KEN FOLLETT

LOS PILARES DE LA TIERRA

(Datos editoriales Nº 1)
Título original: The Pillars of the Earth
Diseño de la portada: Megan Greig
Ilustración de la portada: Fachada de la catedral de Notre-Dame (detalle de dibujo), Estrasburgo, Museo de l'Oeuvre de Notre-Dame
Primera edición en este formato: enero, 2003
© 1989, Ken Follett
© de la traducción: 1990, Rosalía Vázquez
© de la edición en castellano para todo el mundo: 1990, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain - Impreso en España
I.S.B.N.: 84-9759-290-5 (vol. 98/8) Depósito legal: B. 46.798 - 2002
Fotocomposición: Lozano Paisano, S. L. (L'Hospitalet)
Impreso en Novoprint, S. A.
Energía, 53. Sant Andreu de la Barca (Barcelona)
P 892905

(Datos editoriales Nº 2)
Título original: The Pillars of the Earth
Diseño de la portada: Depto. de Diseño Nuevas Ediciones de Bolsillo
Caligrafía de la portada: Oriol Miró
Primera edición: octubre, 2000
©1989, Ken Follett
©del traductor: Rosalía Vázquez
©1990, Plaza & Janés Editores, S. A. (otro ©1996 misma editorial)

Edición de bolsillo: Nuevas Ediciones de Bolsillo, S. L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía Y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain - Impreso en España
I.S.B.N.: 84-8450-384-4
Depósito legal: M. 39.460 - 2000
Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L. Brosmac, S. L.
Pol. Ind. N.° 1, calle C, n.° 31, Móstoles (Madrid)
P803844

Créditos editoriales: se desconocen los datos editoriales de la versión digital original. Por esa razón se anotan los créditos editoriales de las versiones papel de consulta. También se anota que el grupo de revisores estuvo conformado por: Bizien, Trespin, Gorrister, bowman_i, Ninsfor, Kory R, y yo.

NOTA DE KEN FOLLETT

Cierto día de 1973 o de 1974 viajé a Peterborough, en la Anglia Oriental, a fin de hacer un reportaje para el *Evening News* de Londres, en el que a la sazón trabajaba, y mientras esperaba el tren que me llevaría de nuevo a Londres me fui a dar una vuelta por la catedral. Aquella visita dio origen a una obsesión.

En 1976 hice el esbozo de una novela sobre la construcción de una catedral. Escribí unas siete mil palabras y lo dejé. Hice otro esbozo para una historia mucho más sencilla sobre un espía alemán en la Inglaterra en guerra, y ello decidió mi destino durante una década.

Sin embargo persistía la idea de la catedral, y entre historia e historia de espías solía acudir a alguna de las soñolientas catedrales de las ciudades de Inglaterra, y me pasaba un par de días deambulando por la iglesia, intentando descifrar los secretos grabados en sus piedras. Una catedral rebosa de historias si uno sabe dónde buscar.

Caminé por las calles de la Winchester moderna, perfilando en mi imaginación el castillo, los palacios y la Casa Real de la Moneda donde hoy se alzan supermercados y aparcamientos de coches. Cogí un tren hacia el Norte y permanecí en pie en las almenas del castillo de Lincoln, bajo la nieve de febrero, soportando el mismo viento glacial que debieron aguantar los centinelas medievales. Fui a la catedral de Wells y estudié los dibujos del maestro albañil garabateados en la tracería hasta la galería en un rincón donde ahora se almacenan bancos rotos de iglesia. Volé a París para contemplar la iglesia abadía de St. Denis, la primera iglesia gótica del mundo, que fue inaugurada en presencia del rey Luis VII de Francia. Y pude mirar las bóvedas de piedra que él mirara, y ver brillar el sol a través de los mismos vitrales.

LOS PILARES DE LA TIERRA es una historia humana de amor y odio, de ambición y codicia, de lujuria, maldad y venganza. Pero tiene lugar en un mundo marcadamente distinto del actual. Las pasiones de las gentes son las mismas, aunque no sus condiciones. Encontré fascinantes las diferencias y similitudes, y pienso que también lo serán para los lectores.

Una introducción a "Los pilares de la Tierra"

Nada ocurre tal como se planea.

La novela *Los Pilares de la Tierra* sorprendió a mucha gente, incluido yo mismo. Se me conocía como autor de *thrillers.* En el mundo editorial, cuando uno alcanza el éxito con un libro, lo inteligente es escribir algo en la misma línea una vez al año durante el resto de la vida. Los payasos no deberían tratar de interpretar el papel de Hamlet y las estrellas del pop no deberían componer sinfonías. Y yo no debería haber puesto en peligro mi reputación escribiendo un libro impropio de mí y en exceso ambicioso.

Además, no creo en Dios. No soy lo que suele entenderse por una «persona espiritual». Según mi agente, mi mayor problema como escritor es que no soy un espíritu atormentado. Lo último que cabía esperar de mí era una historia sobre la construcción de una iglesia.

Así pues, era poco probable que escribiese un libro como *Pilares, y* de hecho estuve a punto de no hacerlo. Lo empecé, lo dejé y no volví a mirarlo hasta pasados diez años.

Ocurrió de este modo.

Cuando era niño, toda mi familia pertenecía a un grupo religioso puritano llamado los Hermanos de Plymouth. Para nosotros, una iglesia era una escueta sala con hileras de sillas en torno a una mesa central. Estaban prohibidos los cuadros, las estatuas y cualquier otra forma de ornamentación. La secta tampoco veía con buenos ojos las visitas de los miembros a iglesias de la competencia. Por tanto, crecí sin saber apenas nada de la gran riqueza arquitectónica de las iglesias europeas.

Comencé a escribir novelas hacia los veinticinco años, siendo reportero del *Evening News* de Londres. Me di cuenta por aquel entonces de que nunca había prestado mucha atención al paisaje urbano que me rodeaba y carecía de vocabulario para describir los edificios donde se desarrollaban las aventuras de mis personajes. De modo que compré *A History of European Architecture,* de Nikolaus Pevsner. Tras la lectura de ese libro empecé a ver de otra manera los edificios en general y las iglesias en particular. Pevsner escribía con verdadero fervor cuando hacía referencia a las catedrales góticas. La invención del arco ojival, afirmaba, fue un singular acontecimiento en la historia, resolviendo un problema técnico -cómo construir iglesias más altas- mediante una solución que era a la vez de una belleza sublime.

Poco después de leer el libro de Pevsner, mi periódico me envió a la ciudad de Peterborough, en East Anglia. No recuerdo ya qué noticia debía cubrir, pero nunca olvidaré lo que hice una vez transmitido el artículo. Tenía

que esperar aproximadamente una hora para tomar el tren de regreso a Londres y, recordando las fascinantes y apasionadas descripciones de Pevsner sobre la arquitectura medieval, fui a visitar la catedral de Peterborough.

Fue uno de esos momentos reveladores.

La fachada occidental de la catedral de Peterborough cuenta con tres enormes arcos góticos semejantes a puertas para gigantes. El interior es más antiguo que la fachada, y una serie de arcos de medio punto en majestuosa procesión delimita la nave lateral. Como todas las grandes iglesias, es a la vez tranquila y hermosa. Pero yo percibí algo más que eso. Gracias al libro de Pevsner, intuí el esfuerzo que había requerido aquella obra. Conocía los esfuerzos de la humanidad por construir iglesias cada vez más altas y bellas. Comprendía el lugar de aquel edificio en la historia, mi historia.

La catedral de Peterborough me embelesó.

A partir de ese momento visitar catedrales se convirtió en uno de mis pasatiempos. Cada tantos meses viajaba a alguna ciudad antigua de Inglaterra, me alojaba en un hotel y estudiaba la iglesia. Así conocí las catedrales de Canterbury, Salisbury, Winchester, Gloucester y Lincoln, cada una de ellas una pieza única, cada una poseedora de una apasionante historia que contar. La mayoría de la gente dedica una o dos horas a una catedral; yo, en cambio, prefiero emplear un par de días.

Las propias piedras revelan la historia de su construcción: interrupciones e inicios, daños y reconstrucciones, ampliaciones en épocas de prosperidad, y homenajes en forma de vidriera a los hombres ricos que por lo general pagaban las facturas. La situación de la iglesia en el pueblo cuenta otra historia. La catedral de Lincoln se halla justo frente al castillo: los poderes religioso y militar cara a cara. En torno a la de Winchester se extiende una ordenada cuadrícula de calles, trazada por un obispo medieval con ínfulas de urbanista. La de Salisbury fue trasladada en el siglo XIII de un emplazamiento defensivo en lo alto de una colina -donde se ven aún las ruinas de la vieja catedral- a un despejado llano en señal de que había llegado una paz permanente.

Pero una duda me asaltaba sin cesar: ¿Por qué se construyeron esas iglesias?

Hay respuestas sencillas -para glorificar a Dios, para satisfacer la vanidad de los obispos, etc.-, pero a mí no me bastaban. Los constructores carecían de la maquinaria adecuada, desconocían el cálculo de estructuras, y eran pobres: el príncipe más rico vivía peor que, pongamos por caso, un recluso en una cárcel moderna. Aun así, lograron erigir los edificios más hermosos jamás creados y los construyeron tan bien que cientos de años después todavía siguen en pie para que nosotros los estudiemos y admiremos.

Empecé a leer acerca de estas iglesias, pero los libros me resultaban poco convincentes. Encontraba mucha palabrería estética sobre las fachadas pero casi nada respecto a la parte viva de las construcciones. Finalmente descubrí *The Cathedral Builders* de Jean Gimpel. Gimpel, la oveja negra de una familia francesa de marchantes, se impacientaba tanto como yo al leer sobre la «eficacia» estética de un triforio. Su libro hablaba de la gente real que vivía en míseras casuchas y levantó sin embargo esos fabulosos edificios. Gimpel examinó los libros de cuentas de los monasterios y se interesó en la identidad de los constructores y su remuneración. Fue el primero en advertir, por ejemplo, que una minoría digna de mención eran mujeres. La Iglesia medieval era sexista, pero también las mujeres contribuyeron a la construcción de las catedrales.

Gracias a otra obra de Gimpel, *The Medieval Machine,* supe que la Edad Media fue una época de rápida innovación tecnológica durante la cual se aprovechó la energía de los molinos de agua para diversos usos industriales. No tardé en sentir interés por la vida medieval en general. Y empecé a forjarme una idea de los motivos que impulsaron a las gentes de la Edad Media a ver la construcción de catedrales como algo lógico y normal.

La explicación no resulta sencilla. Es en cierto modo como tratar de entender por qué el hombre del siglo xx destina tan grandes sumas de dinero a explorar el espacio exterior. En ambos casos interviene toda una red de influencias: curiosidad científica, intereses comerciales, rivalidades políticas y las aspiraciones espirituales de una humanidad atada a este mundo. Y tuve la impresión de que existía una sola manera de trazar el esquema de esa red: escribir una novela.

En algún momento de 1976 escribí las líneas generales y unos cuatro capítulos de la novela. Se la envié a mi agente, Al Zuckerman, que me contestó en una carta: «Has creado un tapiz. Lo que necesitas es una serie de melodramas enlazados.»

Volviendo la vista atrás, comprendo que a la edad de veintisiete años no era capaz de escribir una novela de esas características. Era como si un aprendiz de acuarelista proyectase un óleo de grandes proporciones. Para tratar el tema como merecía, el libro debía ser muy extenso, abarcar un período de varias décadas y dar vida al complejo marco de la Europa medieval. Por entonces yo escribía libros mucho menos ambiciosos, y así y todo no dominaba aún el oficio.

Abandoné el libro sobre la catedral y se me ocurrió otra idea, un *thriller* acerca de un espía alemán en territorio inglés durante la guerra. Afortunadamente ese proyecto sí estaba a mi alcance, y con el título *La isla de las tormentas* se convirtió en mi primer *best seller.*

En la década siguiente escribí *thrillers,* pero continué visitando catedrales, y la idea de la novela sobre una catedral nunca llegó a desvanecerse por completo. La resucité en enero de 1986, después de terminar mi sexto *thriller, El valle de los leones.*

Mis editores se pusieron nerviosos. Querían otra historia de espías. Mis amigos albergaban también sus temores. No soy la clase de autor capaz de eludir un fracaso amparándome en que el libro era bueno pero los lectores no habían estado a la altura. Escribo para entretener, y ello me complace. Un fracaso me hundiría. Nadie trató de disuadirme, pero muchos expresaron sus reservas.

Sin embargo no deseaba escribir un libro «difícil». Escribiría una historia de aventuras con pintorescos personajes que fuesen ambiciosos, perversos, atractivos, heroicos e inteligentes. Quería lectores corrientes tan fascinados como yo por el aspecto romántico de las catedrales medievales.

Por entonces ya había desarrollado el método de trabajo que sigo usando hoy día. Empiezo con un esquema del argumento que incluye lo que ocurrirá en cada capítulo y mínimos esbozos de los personajes. Pero ese libro no era como los demás. El principio no me dio problemas, pero a medida que el argumento avanzaba década a década y los personajes pasaban de la juventud a la madurez encontraba mayores dificultades para inventar nuevos giros e incidentes en sus vidas. Descubrí que un libro extenso representa un desafío mucho mayor que tres cortos.

El héroe de la historia tenía que ser un religioso o algo parecido. Eso no me resultaba fácil. Me costaría interesarme en un personaje preocupado exclusivamente por la otra vida (como les costaría también a muchos lectores). A fin de que el prior Philip despertase más simpatía, lo doté de una fe muy práctica y realista, un interés por las almas de la gente aquí en la tierra y no sólo en el cielo.

La sexualidad de Philip era otro problema. Teóricamente, todos los monjes y sacerdotes eran célibes en la Edad Media. El recurso obvio habría sido mostrar a un hombre debatiéndose en una terrible lucha con su lujuria. Pero no conseguí entusiasmarme con ese tema. Me formé en los años sesenta, y me inclino siempre del lado de quienes afrontan la tentación cayendo en ella. Finalmente lo presenté como una de esas escasas personas para quienes el sexo no tiene gran importancia. Es el único de mis personajes que sobrelleva el celibato con alegría.

Me puse en contacto con Jean Gimpel, que me había servido de inspiración una década atrás, y para mi asombro descubrí que vivía no sólo en Londres sino en mi misma calle. Contraté sus servicios como asesor, y nos convertimos en amigos y contrincantes en tenis de mesa hasta su muerte.

En marzo del año siguiente, 1987, llevaba dos años trabajando en la novela y tenía sólo un esquema incompleto y unos cuantos capítulos. No podía dedicar el resto de mi vida a ese libro. Pero ¿qué debía hacer? Podía dejarlo y escribir otro *thriller.* O podía trabajar con más ahínco. Por aquellas fechas escribía de lunes a viernes y me ocupaba de la correspondencia los sábados por la mañana. A partir de enero de 1988 empecé a escribir de lunes a sábado y contestaba las cartas el domingo. Mi rendimiento aumentó de manera espectacular, en parte por el día extra, pero sobre todo por la intensidad con que trabajaba. El problema del final del libro, que no había esbozado, se resolvió mediante una repentina inspiración cuando se me ocurrió involucrar a los personajes principales en el famoso asesinato de Thomas Becket.

Si no recuerdo mal, terminé el primer borrador a mediados de aquel año. Una mezcla de entusiasmo e impaciencia me impulsó a trabajar aún con mayor denuedo en la revisión, y comencé a trabajar los siete días de la semana. Descuidé por completo la correspondencia, pero concluí el libro en marzo de 1989, tres años y tres meses después del inicio.

Estaba agotado pero contento. Tenía la sensación de haber escrito algo especial, no un simple *best seller* más sino quizá una gran novela popular.

Poca gente se mostró de acuerdo.

Mi editorial norteamericana para tapa dura, William Morrow & Co., imprimió aproximadamente el mismo número de ejemplares que de *El valle de los leones,* y cuando vendieron igual cantidad, se dieron por satisfechos. Mis editores londinenses demostraron mayor interés, y *Pilares* se vendió mejor que mis anteriores libros. Pero entre los editores de todo el mundo la reacción inicial fue un suspiro de alivio ante el hecho de que Follett hubiese concluido su disparatado proyecto y salido indemne. El libro no ganó premio alguno, ni llegó siquiera a ser finalista. Unos cuantos críticos lo elogiaron encarecidamente, pero la mayoría mostró sólo indiferencia. Se convirtió en número uno en ventas en Italia, donde los lectores tienen siempre una actitud favorable conmigo. La edición en rústica ocupó la primera posición en las listas de ventas británicas durante una semana.

Empecé a pensar que me había equivocado. Quizá el libro era sólo una lectura amena como tantas otras, bueno pero no extraordinario.

Hubo no obstante una persona que creyó fervientemente que se trataba de un libro especial. Mi editor alemán, Walter Fritzsche, de Gustav Lübbe Verlag, soñaba desde hacía tiempo con publicar una novela sobre la construcción de una catedral. Incluso había comentado la idea a algunos de sus autores alemanes, sin llegar a ningún resultado. Así que se entusiasmó

con lo que estaba escribiendo, y cuando por fin recibió el manuscrito, tuvo la sensación de que sus esperanzas se habían cumplido.

Hasta ese momento mi obra había gozado de moderado éxito en Alemania. (Los villanos de mis libros eran a menudo alemanes, así que no podía quejarme.) El entusiasmo de Fritzsche fue tal que pensó que *Pilares* cambiaría esa tendencia, convirtiéndome en el escritor más popular de Alemania.

Ni siquiera yo le creí.

Sin embargo Fritzsche tenía razón.

Lübbe realizó una excelente edición del libro. Contrató a un joven artista, Achim Kiel, para la portada, pero él insistió en realizar el diseño de todo el libro, tratándolo como un objeto, y Lübbe tuvo el valor de aceptar su propuesta. Kiel cobraba unos honorarios considerables, pero logró transmitir al comprador la sensación de Fritzsche de que el libro era algo especial. (Kiel siguió encargándose de mis ediciones alemanas durante años, creando una imagen que Lübbe utilizó después repetidas veces.)

Advertí el primer indicio de que los *lectores* veían el libro como algo especial cuando Lübbe preparó un anuncio para celebrar los 100.000 ejemplares vendidos. Hasta entonces nunca había alcanzado semejante cifra de ventas con un libro en tapa dura más que en Estados Unidos (que tiene una población cinco veces mayor que Alemania).

Al cabo de dos años *Pilares* comenzó a aparecer en las listas de *best sellers* de más larga duración, habiendo entrado unas ochenta veces en la lista alemana de libros más vendidos. Con el paso del tiempo se integró a la lista de manera permanente. (Hasta el día de hoy ha aparecido más de trescientas veces en la lista semanal.)

Un día me dediqué a comprobar la hoja de liquidación de los derechos del libro enviada por *New American Library*, editorial responsable de mis ediciones en rústica para Estados Unidos. Dichas hojas están concebidas para evitar que el autor sepa qué ocurre realmente con su libro, pero después de perseverar durante décadas he aprendido a interpretarlas. Y descubrí que *Pilares* vendía alrededor de 50.000 ejemplares semestralmente. *La isla de las tormentas,* en cambio, vendía unos 25.000 ejemplares, como la mayoría de mis otros libros.

Comprobé las ventas en el Reino Unido y vi que se mantenía la misma proporción: *Pilares* vendía más o menos el doble.

Empecé a advertir que *Pilares* se mencionaba más que cualquier otro libro en las cartas de mis admiradores. Firmando ejemplares en las librerías, me encontré con que era cada vez mayor el número de lectores que consideraban *Pilares* su novela preferida. Mucha gente me pidió que

escribiese una segunda parte. (Lo haré, algún día.) Algunos afirmaban que era el mejor libro que habían leído, un halago que no había recibido por ningún otro título. Una agencia de viajes inglesa se dirigió a mí para plantearme la creación de una festividad de los «Pilares de la Tierra». Empezaba a parecer un libro de culto.

Finalmente comprendía qué ocurría. Era uno de esos libros en que actúa el boca a boca. En el mundo editorial es sabido que la mejor publicidad es aquella que no puede comprarse: la recomendación personal de un lector a otro. Ése era el motivo de las ventas de *Pilares.* Tú lo has conseguido, querido lector. Editores, agentes, críticos y aquellos que otorgan los premios literarios pasaron por alto en general este libro, pero no *vosotros.* Vosotros os disteis cuenta de que era distinto y especial, y vosotros lo comunicasteis a vuestros amigos, y al final corrió la voz.

Y así ocurrió. Parecía el libro menos adecuado; yo parecía el autor menos adecuado, y estuve a punto de no escribirlo. Sin embargo es mi mejor libro, y vosotros lo habéis honrado con vuestra lectura.

Os lo agradezco.

KEN FOLLETT
Stevenage, Hertforshire
enero 1999

En la noche del 25 de noviembre de 1120, el "Navío Blanco" zarpó rumbo a Inglaterra y se hundió en Barfleur con todos cuantos viajaban a bordo salvo uno... El navío era lo más moderno en transportes marítimos e iba dotado de todos los adelantos conocidos por los armadores de la época... La notoriedad de aquel naufragio se debía al gran número de personalidades que se encontraban a bordo. Además del hijo y heredero del rey, viajaban también dos bastardos reales, varios condes y barones y gran parte de la Corte... Su trascendencia histórica fue la de dejar a Henry sin heredero directo y su resultado final el de una lucha por la sucesión y el periodo de anarquía que siguió a la muerte de Henry.

A. L. POOLE. Desde el Libro Domesday [1] a la Carta Magna

[1] Libro-Registro de la Gran Inquisición llevada a cabo en 1086 por Guillermo el Grande sobre la propiedad de las tierras de Inglaterra. (N. de la T.)

PRÓLOGO - 1123

Los chiquillos llegaron temprano para el ahorcamiento.

Todavía estaba oscuro cuando los tres o cuatro primeros se escurrieron con cautela de las covachuelas, sigilosos como gatos, con sus botas de fieltro. El pequeño pueblo aparecía cubierto por una ligera capa de nieve reciente como si le hubiesen dado una nueva mano de pintura y sus huellas fueron las primeras en macular su perfecta superficie. Se encaminaron a través de las arracimadas chozas de madera y a lo largo de las calles de barro helado hasta la silenciosa plaza del mercado donde la horca permanecía a la espera.

Los muchachos aborrecían cuanto sus mayores tenían en estima.

Despreciaban la belleza y se burlaban de la bondad. Se morían de risa a la vista de un lisiado y, de encontrarse con un animal herido, lo mataban a pedradas. Alardeaban de heridas y mostraban orgullosos sus cicatrices, reservando una admiración especial ante una mutilación. Un chico al que le faltara un dedo podía llegar a ser un rey.

Amaban la violencia, podían recorrer millas para presenciar derramamientos de sangre y jamás se perdían un ahorcamiento.

Uno de los muchachos orinó en la tarima de la horca. Otro subió los escalones, se llevó los dedos a la garganta, se dejó caer y contrajo el rostro parodiando de forma macabra el estrangulamiento. Los otros lanzaron voces de admiración, y dos perros aparecieron en la plaza del mercado, ladrando y corriendo. Uno de los muchachos más pequeños empezó a devorar una manzana, y uno de los mayores le dio un puñetazo en la nariz y se la quitó. El más pequeño se desahogó lanzando una piedra contra uno de los perros, que se alejó aullando.

Luego, como no había nada más que hacer, se sentaron sobre el pavimento seco del pórtico de la gran iglesia a la espera de que sucediera algo.

Detrás de las persianas de las sólidas casas de madera y piedra que se alzaban alrededor de la plaza, oscilaba la luz de las velas en los hogares de artesanos y mercaderes prósperos, mientras las fregonas y los aprendices encendían el fuego, calentaban agua y preparaban las gachas de avena. El día cambió de la negra oscuridad a una luz grisácea. La gente del pueblo empezó a salir de los bajos portales, envueltos en gruesos abrigos de lana tosca, acercándose temblorosos de frío hasta el río para coger agua.

Pronto un grupo de hombres jóvenes, mozos de caballos, braceros y aprendices irrumpieron en la plaza del mercado. Desalojaron a bofetadas y puntapiés a los chiquillos del pórtico de la iglesia recostándose luego en los arcos de piedra esculpida, rascándose, escupiendo en el suelo y comentando con afectada seguridad la muerte por ahorcamiento. Si tiene suerte, afirmaba uno, el cuello se lo rompe tan pronto como cae, una muerte rápida y sin dolor. Pero de no ser así se queda ahí colgado, se pone amoratado, con la boca abierta, y se agita como un pez fuera del agua hasta quedar estrangulado. Otro aseguró que morir así podía durar el tiempo que le cuesta a un hombre recorrer una milla, y un tercero dijo que aún podía ser peor. Él había presenciado un ahorcamiento de un hombre en que el cuello se le había alargado treinta centímetros para cuando murió.

Las mujeres viejas formaban un grupo en el lado opuesto del mercado, lo más lejos posible de los jóvenes, que eran capaces de gritar comentarios vulgares a sus abuelas. Las ancianas siempre se levantaban temprano, aunque ya no tuvieran bebés ni niños de quienes preocuparse. Y eran las primeras en encender el fuego y en barrer el hogar. Su líder reconocida, la fornida viuda Brewster, se unió a ellas haciendo rodar un barril de cerveza con la misma facilidad con que un niño hace rodar un aro. Antes de que diera tiempo a quitar la tapa se congregó un pequeño grupo de clientes esperando con sus jarras.

El alguacil del sheriff [2] abrió la puerta principal para dar paso a los campesinos que vivían en los alrededores, en las casas adosadas a los muros de la ciudad. Algunos llevaban huevos, leche y mantequilla fresca para vender, otros acudían a comprar cerveza o pan y había quienes permanecían en pie en la plaza, esperando a que tuviese lugar el ahorcamiento.

De vez en cuando la gente ladeaba la cabeza como gorriones cautelosos y echaban una ojeada al castillo que se alzaba en la cima de la colma que dominaba el pueblo. Veían subir de forma constante el humo de la cocina y el ocasional destello de una antorcha por detrás de las ventanas estrechas como flechas de la despensa de piedra. Y de repente, más o menos en el momento en que el sol apareció por detrás de las densas nubes grises, se abrieron las pesadas puertas de madera y salió un pequeño grupo. El sheriff iba en cabeza montando un hermoso corcel negro seguido por un carro tirado por bueyes en el que iba el prisionero maniatado.

---

[2] Alto funcionario de la Corona en condados o señoríos encargado de mantener la paz administrar justicia bajo la dirección de tribunales etc. (N de la T)

Detrás del carro cabalgaban tres hombres y, aunque a aquella distancia no podían distinguirse sus rostros, su indumentaria delataba un caballero, un sacerdote y un monje. Dos hombres de armas cerraban la procesión.

Todos ellos habían estado ante el tribunal del Condado reunido en la nave de la iglesia el día anterior. El sacerdote había pillado al ladrón con las manos en la masa, el monje había identificado el cáliz de plata como perteneciente al monasterio, el caballero era el señor del ladrón y le había identificado como fugitivo. Y el sheriff le había condenado a muerte.

Mientras descendían lentamente por la ladera de la colina, el resto del pueblo se había agolpado alrededor de la horca. Entre los últimos en llegar se encontraban los ciudadanos más destacados. El carnicero, el panadero, dos curtidores, dos herreros, el cuchillero y el saetero, todos ellos con sus esposas.

La multitud parecía mostrar un talante extraño. Habitualmente disfrutaban con los ahorcamientos. Por lo general el preso era un ladrón, y ellos aborrecían a los ladrones con la rabia de la gente que ha luchado con dureza por lograr lo que tenían. Pero aquel ladrón era diferente. Nadie sabía quién era ni de dónde había llegado. No les había robado a ellos sino a un monasterio que se encontraba a veinte millas de distancia. Y había robado un cáliz incrustado de piedras preciosas, algo de un valor tan grande que hubiera sido virtualmente imposible venderlo, pues no era como vender un jamón, un cuchillo nuevo o un buen cinturón, cuya pérdida hubiera podido perjudicar a alguien. No podían odiar a un nombre por un delito tan inútil. Se escucharon algunos insultos y silbidos al entrar el preso en la plaza, pero incluso éstos carecían de entusiasmo y sólo los chiquillos se burlaron de él con encarnizamiento.

La mayor parte de la gente del pueblo no había presenciado el juicio, ya que no se celebraban en días de fiesta y todos tenían que ganarse la vida, de manera que aquella era la primera vez que veían al ladrón. Era realmente joven, entre los veinte y los treinta años, de estatura y constitución normales, pero tenía un aspecto extraño. Su tez era blanca como la nieve en los tejados, tenía los ojos ligeramente saltones, de un verde asombrosamente brillante, y el pelo del color de una zanahoria pelada. A las mozas les pareció feo, las viejas sintieron lastima de él y los chiquillos se morían de risa.

El sheriff les era familiar, pero los otros tres hombres que habían decidido la condena del ladrón les resultaban extraños. El caballero, un hombre gordo y rubio, era sin duda una persona de cierta importancia pues montaba un caballo de batalla, un enorme animal que costaría al menos lo que un carpintero podía ganar en diez años. El monje, mucho más viejo, tendría unos cincuenta años. Era un hombre alto y flaco e iba derrumbado sobre su

montura como si la vida fuera para él una carga insoportable. El sacerdote era realmente impresionante, un hombre joven de nariz afilada, pelo negro y lacio, enfundado en ropajes negros y montando un semental castaño. Tenía la mirada viva y peligrosa, como la de un gato negro capaz de olisquear un nido de ratoncillos.

Un chiquillo, apuntando cuidadosamente, escupió al prisionero. Fue un buen disparo y le dio entre los ojos. El preso gruñó una maldición y se lanzó hacia el que le había escupido, pero se vio inmovilizado por las cuerdas que le sujetaban a cada lado del carro.

El incidente hubiera carecido de importancia de no haber sido porque las palabras que pronunció eran en francés normando, la lengua de los señores. ¿Era de alto linaje o simplemente se encontraba muy lejos de casa? Nadie lo sabía.

El carro de bueyes se detuvo delante de la horca. El alguacil del sheriff subió hasta la plataforma del carro con el dogal en la mano. El prisionero comenzó a forcejear. Los chiquillos lanzaron vítores; se hubieran sentido amargamente decepcionados si el prisionero hubiera permanecido tranquilo. Las cuerdas que le sujetaban las muñecas y los tobillos le impedían los movimientos, pero sacudía bruscamente la cabeza a uno y otro lado intentando evadirse del dogal. El alguacil, un hombre corpulento, retrocedió un paso y golpeó al prisionero en el estómago.

El hombre se inclinó hacia delante, falto de respiración, y el alguacil aprovechó para deslizarle el dogal por la cabeza y apretar el nudo. Luego saltó al suelo y tensó la cuerda, asegurando el otro extremo en un gancho colocado al pie de la horca.

Aquel era el momento crucial. Si el prisionero forcejeaba sólo lograría adelantar su muerte.

Entonces los hombres de armas desataron los pies del prisionero, dejándole en pie sobre el carro, solo, con las manos atadas a la espalda. Se hizo un silencio absoluto entre la muchedumbre.

Cuando se alcanzaba ese punto solía producirse algún alboroto. O la madre del prisionero sufría un ataque y empezaba a dar alaridos o la mujer sacaba un cuchillo y se precipitaba hacia la plataforma en un ultimo intento de liberarle. En ocasiones el prisionero invocaba a Dios pidiendo el perdón o lanzaba maldiciones escalofriantes contra sus ejecutores. Ahora los hombres de armas se habían situado a cada lado de la horca, dispuestos a intervenir de producirse algún incidente.

Fue entonces cuando el prisionero empezó a cantar.

Tenía una voz alta de tenor, muy pura. Las palabras eran en francés, pero incluso quienes no comprendían la lengua podían darse cuenta por la dolorida melodía de que era una canción de tristeza y desamparo.

Un ruiseñor preso en la red de un cazador
cantó con más dulzura que nunca,
como si la fugaz melodía
pudiera volar y apartar la red.

Mientras cantaba, miraba fijamente a alguien entre el gentío.

Gradualmente se fue abriendo un hueco alrededor de la persona a quien miraba y todo el mundo pudo verla.

Era una muchacha de unos quince años. Al mirarla, la gente se preguntaba cómo no se habrían dado cuenta antes de su presencia.

Tenía un pelo largo y abundante de un castaño oscuro, brillante, que le nacía en la frente despejada con lo que la gente llamaba pico de viuda. Los rasgos eran corrientes y la boca sensual, de labios gruesos.

Las mujeres mayores, al observar su ancha cintura y los abultados senos, imaginaron que estaba embarazada y supusieron que el prisionero era el padre de la criatura por nacer, pero nadie más observó nada salvo sus ojos. Hubiera podido ser bonita, pero tenía los ojos muy hundidos, de mirada intensa y de un asombroso color dorado, tan luminosos y penetrantes que cuando miraba a alguien sentía como si pudiera ver hasta el fondo de su corazón y tenía que apartar la mirada ante el temor de que pudiera descubrir sus secretos. Iba vestida de harapos y las lágrimas le caían por las suaves mejillas.

El conductor del carro miró expectante al alguacil y éste al sheriff, a la espera de la señal de asentimiento. El joven sacerdote de aspecto siniestro, con gesto impaciente, dio al sheriff con el codo, pero éste hizo caso omiso. Dejó que el ladrón siguiera cantando. Se hizo un silencio impresionante mientras el hombre feo de voz maravillosa mantenía a raya a la muerte.

Al anochecer, el cazador cogió su presa.
El ruiseñor jamás su libertad.
Todas las aves y todos los hombres tienen que morir,
pero las canciones pueden vivir eternamente.

Una vez acabada la canción, el sheriff miró al alguacil y le hizo un gesto de asentimiento. Éste gritó "¡Jop!", azotando el flanco del buey con una cuerda al tiempo que el carretero hacía chasquear también su látigo. El buey

avanzó haciendo tambalearse al preso, el buey arrastró el carro y el preso quedó colgando en el aire. La cuerda se tensó y el cuello del ladrón se rompió con un chasquido.

Se oyó un alarido y todos miraron a la muchacha.

No era ella la que había gritado sino la mujer del cuchillero, que se encontraba a su lado. Sin embargo la joven era el motivo del grito. Había caído de rodillas frente a la horca, con los brazos alzados y extendidos ante ella. Era la postura que se adoptaba para lanzar una maldición. La gente se apartó temerosa, pues todos sabían que las maldiciones de quienes habían sufrido una injusticia eran especialmente efectivas y todos habían sospechado que algo no marchaba bien en aquel ahorcamiento. Los chiquillos estaban aterrados.

La joven dirigió la mirada de sus ojos dorados e hipnóticos a los tres forasteros, el caballero, el monje y el sacerdote. Y entonces lanzó su maldición, subiendo el tono de su voz a medida que pronunciaba las palabras:

—Yo os maldigo. Sufriréis enfermedades y pesares, hambre y dolor. Vuestra casa quedará destruida por el fuego y vuestros hijos morirán en la horca. Vuestros enemigos prosperarán y vosotros envejeceréis entre sufrimientos y remordimientos, y moriréis atormentados en la impureza y la angustia...

Mientras pronunciaba las últimas palabras, la muchacha cogió un saco que había en el suelo junto a ella y sacó un gallo joven y vivo. Sin saber de dónde, en su mano apareció un cuchillo y de un solo tajo le cortó la cabeza al gallo.

Mientras aún seguía brotando la sangre del cuello, la muchacha arrojó al gallo descabezado contra el sacerdote de pelo negro. No llegó a alcanzarle, pero la sangre le salpicó por todas partes, al igual que al monje y al caballero que le flanqueaban. Los tres hombres retrocedieron con una sensación de asco, pero la sangre les alcanzó, salpicándoles en la cara y manchando sus ropas.

La muchacha se volvió y echó a correr.

El gentío le abría paso y se cerraba tras ella. Por último el sheriff mandó furioso a sus hombres de armas que fueran tras ella. Empezaron a abrirse paso entre la muchedumbre, apartando a empujones a hombres, mujeres y niños, pero la muchacha se perdió de vista en un santiamén y el sheriff sabía de antemano que aunque fuera tras ella no la encontraría.

Dio media vuelta fastidiado. El caballero, el monje y el sacerdote no habían visto la huida de la muchacha. Seguían con la mirada clavada en la horca. El sheriff siguió aquella mirada. El ladrón muerto colgaba del extremo de la cuerda con el rostro pálido y juvenil, con tintes azulados. Debajo de su

cuerpo, que oscilaba levemente, el gallo descabezado, aunque no del todo muerto, corría en derredor de él formando un círculo desigual sobre la nieve manchada con su misma sangre.

PRIMERA PARTE (1135-1136)

CAPÍTULO UNO

1

Tom estaba construyendo una casa en un gran valle, al pie de la empinada ladera de una colina y junto a un arroyo burbujeante y límpido.

Los muros alcanzaban ya tres pies de altura y seguían subiendo rápidamente. Los dos albañiles que Tom había contratado trabajaban sin prisa aunque sin pausa bajo el sol, raspando, lanzando y luego alisando con sus paletas, mientras el perro que les acompañaba sudaba bajo el peso de los grandes bloques de piedra. Alfred, el hijo de Tom, estaba mezclando argamasa, cantando en voz alta al tiempo que arrojaba paletadas de arena en un pilón. También había un carpintero trabajando en un banco junto a Tom, tallando cuidadosamente un madero de abedul con una azuela.

Alfred tenía catorce años y era alto como Tom. Éste llevaba la cabeza a la mayoría de los hombres y Alfred sólo medía un par de pulgadas menos y seguía creciendo. Físicamente eran también parecidos. Ambos tenían el pelo castaño claro y los ojos verdosos con motas marrón. La gente decía que los dos eran guapos. Lo que más les diferenciaba era la barba. La de Tom era castaña y rizada, mientras que Alfred sólo podía presumir de una hermosa pelusa rubia.

Tom recordaba con cariño que hubo un tiempo en que su hijo tenía el pelo de ese mismo color. Ahora Alfred se estaba convirtiendo en un hombre, y Tom hubiera deseado que se tomara algo más de interés por el trabajo, porque aún tenía mucho que aprender para ser albañil como su padre. Pero hasta el momento los principios de la construcción sólo parecían aburrir y confundir a Alfred.

Cuando la casa estuviera terminada sería la más lujosa en muchas millas a la redonda. La planta baja se utilizaría como almacén, con un techo abovedado evitando así el peligro de incendio. La gran sala, que en realidad era donde la gente hacía su vida, estaba encima y se llegaría a ella por una escalera exterior. A aquella altura el ataque resultaría difícil siendo en cambio fácil la defensa. Adosada al muro de la sala habría una chimenea que expulsaría el humo del fuego. Se trataba de una innovación radical: Tom sólo había visto una casa con chimenea pero le había parecido una idea tan

excelente que estaba dispuesto a copiarla. En un extremo de la casa encima de la sala habría un pequeño dormitorio porque eso era lo que ahora exigían las hijas de los condes demasiado delicadas para dormir en la sala con los hombres, las mozas, y los perros de caza. La cocina la edificaría aparte pues tarde o temprano todas se incendiaban y el único remedio era construirlas alejadas y conformarse con que la comida llegara tibia.

Tom estaba haciendo la puerta de entrada de la casa. Las jambas habían de ser redondeadas dando así la impresión de columnas, un toque de distinción para los nobles recién casados que habían de habitar la casa. Sin apartar la vista de la plantilla de madera modelada, Tom colocó su cincel en posición oblicua contra la piedra y lo golpeó suavemente con el gran martillo de madera. De la superficie se desprendieron unos pequeños fragmentos dando una mayor redondez a la forma. Repitió la operación. Tan pulida como para una catedral.

En otro tiempo había trabajado en una catedral en Exeter. Al principio lo hizo como costumbre, y se sintió molesto y resentido cuando el maestro constructor le advirtió que su trabajo no se ajustaba del todo al nivel requerido, ya que él tenía el convencimiento de que era bastante más cuidadoso que el albañil corriente. Pero entonces se dio cuenta de que no bastaba que los muros de una catedral estuvieran bien construidos. Tenían que ser perfectos porque una catedral era para Dios y también porque siendo un edificio tan grande la más leve inclinación de los muros, la más insignificante variación en el nivel aplomado, podría debilitar la estructura de forma fatal. El resentimiento de Tom se transformó en fascinación. La combinación de un edificio enormemente ambicioso con la más estricta atención al mínimo detalle le abrió los ojos a la maravilla de su oficio. Del maestro de Exeter aprendió lo importante de la proporción, el simbolismo de diversos números y las fórmulas casi mágicas para lograr el grosor exacto de un muro o el ángulo de un peldaño en una escalera de caracol. Todas aquellas cosas le cautivaban. Y quedó verdaderamente sorprendido al enterarse de que muchos albañiles las encontraban incomprensibles.

Al cabo de un tiempo se había convertido en la mano derecha del maestro constructor y entonces fue cuando empezó a darse cuenta de las limitaciones del maestro. El hombre era un gran artesano pero un organizador incompetente. Se encontraba absolutamente desconcertado ante problemas tales como el modo de conseguir la cantidad de piedra exacta para no romper el ritmo de los albañiles, el asegurarse que el herrero hiciera un número suficiente de herramientas útiles, el quemar cal y acarrear arena para los albañiles que hacían la argamasa, el talar árboles para los carpinteros y recaudar el dinero suficiente del Cabildo de la catedral para pagar por todo

ello. De haber permanecido en Exeter hasta la muerte del maestro constructor era posible que hubiera llegado a ser maestro, pero el Cabildo se quedó sin dinero, en parte debido a la mala administración del maestro constructor, y los artesanos hubieron de irse a otra parte en busca de trabajo. A Tom le ofrecieron el puesto de constructor del alcalde de Exeter, para reparar y mejorar las fortificaciones de la ciudad. Sería un trabajo para toda la vida, salvo imprevistos. Pero Tom lo había rechazado porque quería construir otra catedral. Agnes, su mujer, jamás había comprendido aquella decisión. Podían haber tenido una buena casa de piedra, criados y establos. Y sobre la mesa habría todas las noches carne a la hora de la cena; jamás perdonó a Tom que rechazara aquel trabajo. No podía comprender aquel terrible deseo por construir una catedral, la sorprendente complejidad de la organización, el desafío intelectual de los cálculos, la imponente belleza y grandiosidad del edificio acabado. Una vez que Tom hubo paladeado ese vino, nunca más pudo satisfacerle otro inferior.

Desde entonces habían pasado diez años y jamás habían permanecido por mucho tiempo en sitio alguno. Tan pronto proyectaba una nueva sala capitular para un monasterio, como trabajaba uno o dos años en un castillo, o construía una casa en la ciudad para algún rico mercader. Pero tan pronto como ahorraba algún dinero se ponía en marcha con su mujer e hijos en busca de otra catedral.

Alzó la vista que tenía fija en el banco y vio a Agnes en pie, en el lindero del solar, con un cesto de comida en una mano y sujetando con la otra un gran cántaro que llevaba apoyado en la cadera. Era mediodía. Tom la miró con cariño. Nadie diría nunca de ella que era bonita, pero su rostro rebosaba fortaleza. Una frente ancha, grandes ojos castaños, nariz recta y una mandíbula vigorosa. El pelo, oscuro y fuerte, lo llevaba con raya en medio y recogido en la nuca. Era el alma gemela de Tom.

Sirvió cerveza para Tom y Alfred. Permanecieron allí en pie por un instante, los dos hombres grandes y la mujer fornida, bebiendo cerveza con tazas de madera. Y entonces, de entre los trigales, apareció saltando el cuarto miembro de la familia, Martha, bonita como un narciso, pero un narciso al que le faltara un pétalo, porque tenía un hueco entre los dientes de leche. Corrió hacia Tom, le besó en la polvorienta barba y le pidió un pequeño sorbo de cerveza. Él abrazó su cuerpecillo huesudo.

—No bebas mucho o te caerás en alguna acequia —le advirtió. La niña avanzó en círculo tambaleándose, simulando estar bebida.

Todos tomaron asiento sobre un montón de leña. Agnes alargó a Tom un pedazo de pan de trigo, una gruesa tajada de tocino hervido y una cebolla pequeña. Tom dio un bocado al tocino y empezó a pelar la cebolla. Después

de dar comida a sus hijos, Agnes empezó a hincar el diente en la suya. *Acaso fue una irresponsabilidad rechazar aquel aburrido trabajo en Exeter e irme en busca de una catedral que construir,* -se dijo Tom-, *pero siempre he sido capaz de alimentarlos a todos pese a mi temeridad.*

Sacó su cuchillo de comer del bolsillo delantero de su delantal de cuero, cortó una rebanada de la cebolla y la comió con un bocado de pan. Paladeó el sabor dulce y picante a la vez.

—Vuelvo a estar preñada —dijo Agnes.

Tom dejó de masticar y se la quedó mirando. Sintió un escalofrío de placer. Se la quedó mirando con sonrisa boba, sin saber qué decir.

—Es algo sorprendente ¿no? —dijo ella, ruborizándose.

Tom la abrazó.

—Bueno, bueno —dijo sin perder su sonrisa placentera—. Otra vez un bebé para tirarme de la barba. ¡Y yo que pensaba que el próximo sería el de Alfred!

—No te las prometas tan felices todavía —le advirtió Agnes—. Trae mala suerte nombrar a un niño antes de que nazca.

Tom hizo un gesto de asentimiento. Agnes había tenido varios abortos, un niño que nació muerto y otra chiquilla, Matilda, que sólo había vivido dos años.

—Me gustaría que fuera un niño, ahora que Alfred ya es mayor. ¿Para cuándo será?

—Después de Navidad.

Tom empezó a hacer cálculos. El armazón de la casa estaría acabado con las primeras heladas y entonces habría que cubrir con paja toda la obra de piedra para protegerla durante el invierno. Los albañiles pasarían los meses de frío cortando piedras para las ventanas, bóvedas, marcos de puerta y chimenea, mientras que el carpintero haría las tablas para el suelo, las puertas y las ventanas, y Tom construiría el andamiaje para el trabajo en la parte alta. En primavera abovedarían la planta baja, cubrirían el suelo de la casa y pondrían el tejado. Aquel trabajo daría de comer a la familia hasta Pentecostés, y para entonces el bebé tendría ya seis meses. Luego se pondrían de nuevo en marcha.

—Bueno —dijo contento—. Todo irá bien.

Dio otro bocado a la cebolla.

—Soy demasiado vieja para seguir pariendo hijos —dijo Agnes—: éste tiene que ser el último.

Tom se quedó pensativo. No estaba seguro de los años que tenía, pero muchas mujeres concebían hijos en esa época de su vida, aunque era cierto que sufrían más a medida que se hacían mayores y que los niños no eran tan

fuertes. Sin duda Agnes tenía razón. Pero ¿cómo asegurarse de que no volvería a concebir? Inmediatamente se dio cuenta de cómo podría evitarse y una nube ensombreció su buen humor.

—A lo mejor podré encontrar un buen trabajo en una ciudad —dijo, intentando contentarla—. Una catedral o un palacio. Y entonces podremos tener una gran casa con suelos de madera y una sirvienta para ayudarte con el bebé.

—Es posible —dijo ella con escepticismo, mientras se le endurecían las facciones del rostro. No le gustaba oír hablar de catedrales. Si Tom nunca hubiera trabajado en una catedral, decía su cara, ella podría estar viviendo en aquellos momentos en una casa de la ciudad, con dinero ahorrado y oculto bajo la chimenea y sin tener la más mínima preocupación.

Tom apartó la mirada y dio otro mordisco al tocino. Tenían algo que celebrar, pero estaban en desacuerdo. Se sentía decepcionado.

Siguió masticando durante un rato el duro tocino y luego oyó los cascos de un caballo. Ladeó la cabeza para escuchar mejor. El jinete se acercaba a través de los árboles desde el camino cogiendo un atajo y evitando el pueblo.

Al cabo de un momento apareció un pony al trote montado por un joven que bajó del caballo. Parecía un escudero, una especie de aprendiz de caballero.

—Tu señor viene de camino —dijo.

—¿Quieres decir Lord Percy? —Tom se puso en pie. Percy Hamleigh era uno de los hombres más importantes del país. Poseía aquel valle y otros muchos y era quien pagaba la construcción de la casa.

—Su hijo —dijo el escudero.

—El joven William. —Era el hijo de Percy y quien había de ocupar aquella casa después de su matrimonio. Estaba prometido a Lady Aliena, la hija del conde de Shiring.

—El mismo —asintió el escudero—. Y además viene furioso.

A Tom se le cayó el mundo encima. En las mejores condiciones, era difícil tratar con el propietario de una casa en construcción, pero con un propietario enfurecido resultaba prácticamente imposible.

—¿Por qué está furioso?

—Su novia le ha rechazado.

—¿La hija del conde? —preguntó Tom sorprendido. Le asaltó el temor. Hacía un momento que había estado pensando en lo seguro que se presentaba el futuro—: Pensé que todo estaba ya decidido.

—Eso creíamos todos... salvo al parecer Lady Aliena —dijo el escudero—. Nada más conocerle proclamó que no se casaría con él por todo el oro del mundo.

Tom frunció el ceño preocupado. Se negaba a admitir que aquello fuera verdad.

—Pero creo recordar que el muchacho no es mal parecido.

—Como si eso importara en su posición —dijo Agnes—. Si se dejara a las hijas de los condes casarse con quienes quisieran, todos estaríamos gobernados por juglares ambulantes o proscritos de ojos oscuros.

—Quizás la joven cambie de opinión —dijo Tom esperanzado.

—Lo hará si su madre la sacude con una buena vara de abedul —dijo Agnes.

—Su madre ha muerto —dijo el escudero.

Agnes hizo un ademán de asentimiento.

—Eso explica el que no conozca la realidad de la vida. Pero no veo por qué su padre no puede obligarla.

—Al parecer en cierta ocasión hizo la promesa de que jamás la obligaría a casarse con alguien a quien aborreciera —les aclaró el escudero.

—Una promesa necia —dijo Tom irritado. ¿Cómo era posible que un hombre poderoso se ligara de aquella manera al capricho de una muchacha? Su matrimonio podría influir en alianzas militares, finanzas baroniales..., incluso en la construcción de aquella casa.

—Tiene un hermano —dijo el escudero—, así que no es tan importante con quién pueda casarse ella.

—Aun así...

—Y el conde es un hombre inflexible —siguió diciendo el escudero—. No faltará a una promesa, ni siquiera a la que haya hecho a una niña. —Se encogió de hombros—. Al menos es lo que dicen.

Tom se quedó mirando los bajos muros de piedra de la casa en construcción. Se dio cuenta, lleno de inquietud, de que todavía no había ahorrado el dinero suficiente para mantener a la familia durante el invierno.

—Tal vez el muchacho encuentre otra novia con la que compartir esta casa. Tiene todo el Condado para escoger.

—¡Ahí va Dios! Creo que ahí está —dijo Alfred con su voz quebrada de adolescente.

Siguiendo su mirada, todos dirigieron la vista hacia el otro extremo del campo. Desde el pueblo llegaba un caballo a galope, levantando una nube de polvo y tierra por el sendero. El juramento de Alfred lo provocó tanto el tamaño como la velocidad del caballo. Era inmenso. Tom ya había visto animales como aquellos, pero tal vez no fuera el caso de Alfred. Era un caballo de batalla, tan alto de cruz que alcanzaba la barbilla de un hombre, y su anchura proporcional. En Inglaterra no se criaban semejantes caballos de guerra sino que procedían de ultramar y eran extraordinariamente caros.

Tom metió lo que le quedaba del pan en el bolsillo de su delantal y luego, entornando los ojos para protegerse del sol, miró a través del campo. El caballo tenía las orejas echadas hacia atrás y los ollares palpitantes. Pero a Tom le pareció que llevaba la cabeza bien levantada, prueba de que aún seguía bajo control. El jinete, seguro de sí mismo, se echó hacia atrás al acercarse, tensando las riendas, y el enorme animal pareció reducir algo la marcha. Tom podía sentir ya el redoble de sus cascos en el suelo, debajo de sus pies. Echó una mirada en derredor buscando a Martha, para recogerla y evitar que pudieran hacerle daño. A Agnes también se le había ocurrido la misma idea, pero no se veía a Martha por parte alguna.

—En los trigales —dijo Agnes, pero Tom ya lo había pensado y corría hacia el lindero del campo. Escudriñó entre el ondulante trigo, preso de un gran temor, pero no vio a la niña.

Lo único que se le ocurrió fue intentar que el caballo redujera la marcha. Salió al sendero y empezó a caminar hacia el corcel que avanzaba a la carga, agitando los brazos. El caballo lo vio, alzó la cabeza para una mejor visión y redujo la marcha de manera perceptible. Luego, ante el horror de Tom, el jinete espoleó al caballo.

—¡Maldito loco! —rugió Tom aun cuando el jinete no pudo oírle.

Y entonces fue cuando Martha salió de los trigales y avanzó hacia el sendero a sólo unas yardas frente a Tom.

Por un instante Tom quedó petrificado por el pánico. Luego se lanzó hacia delante gritando y agitando los brazos. Pero aquel era un caballo de guerra adiestrado para cargar contra las hordas vociferantes y no se inmutó. Martha permanecía en pie en medio del angosto sendero, mirando como hipnotizada al inmenso animal que se le venía encima. Hubo un instante en el que Tom comprendió desesperado que no llegaría hasta su hija antes que el caballo. Se desvió a un lado, rozando con un brazo el trigo alto. Y en el último instante el caballo se desvió hacia el otro lado. El estribo del jinete rozó el hermoso pelo de Martha. Uno de los cascos hizo un profundo hoyo en la tierra junto al pie descalzo de la niña. Luego el caballo se alejó de ellos, cubriendo a ambos de tierra y polvo. Tom abrazó a la niña con fuerza contra su corazón desbocado.

Permaneció un momento inmóvil jadeando aliviado, con las piernas y los brazos temblorosos y un inmenso vacío en el estómago. Pero al instante se sintió invadido por la ira ante la incalificable temeridad de aquel estúpido joven cabalgando en su poderoso caballo de guerra. Levantó furioso la mirada. Lord William estaba deteniendo el caballo, sentado en la silla, tensando las riendas. El caballo se desvió para evitar el edificio en construcción. Sacudió violentamente la cabeza poniéndose de manos, pero

William permaneció firme. Le hizo ir a medio galope y luego al trote, mientras le conducía en derredor formando un amplio círculo.

Martha estaba llorando. Tom se la dio a Agnes y esperó a William.

El joven Lord era un muchacho alto, de buena planta, de unos veinte años, pelo rubio y ojos tan rasgados que daba la impresión de tenerlos entornados por el sol. Vestía una túnica corta y negra con unas calzas negras y zapatos de cuero con correas que se entrecruzaban hasta las rodillas. Se mantenía bien sobre el caballo y no parecía en modo alguno afectado por lo ocurrido. "Ese majadero ni siquiera sabe lo que ha hecho, -pensó Tom con amargura-. Me gustaría retorcerle el pescuezo".

William detuvo el caballo ante el montón de leña y se quedó mirando a los constructores.

—¿Quién está a cargo de esto? —preguntó.

Tom sentía deseos de decirle: "Si hubieras hecho daño a mi pequeña te hubiera matado", pero dominó su ira. Fue como tragar un buche amargo. Se acercó al caballo y le sujetó por la brida.

—Soy el maestro constructor —dijo lacónico—. Me llamo Tom.

—Ya no se necesita esta casa —dijo William—. Despide a tus hombres.

Aquello era lo que Tom había temido. Pero todavía tenía la esperanza de que William estuviera actuando impelido por su enfado que se le podría persuadir para que cambiara de opinión. Hizo un esfuerzo para hablar con tono cordial y razonable.

—Se ha hecho mucho trabajo —dijo—. ¿Por qué dilapidar lo que ha habéis gastado? Algún día necesitarás la casa.

—No me expliques cómo tengo que manejar mis asuntos, Tom Builder —dijo William—. Estáis todos despedidos. —Sacudió una rienda, pero Tom sujetaba la brida—. Suelta mi caballo —dijo con tono amenazador.

Tom tragó saliva. Dentro de un momento William haría levantar la cabeza al caballo. Tom se metió la mano en el bolsillo del delantal y sacó el trozo de pan que le había sobrado de la comida. Se lo presentó al caballo que bajó la cabeza y cogió un pedazo.

—Debo agregar algo antes de que os vayáis, mi señor –dijo con tono tranquilo.

—Suelta el caballo o te cortaré la cabeza.

Tom le miró directamente a los ojos tratando de ocultar su miedo. Él era más grande que William, pero de poco le serviría si el joven Lord sacaba su espada.

—Haz lo que te dice el señor —farfulló Agnes temerosa.

Se hizo un silencio mortal. Los demás trabajadores permanecían inmóviles como estatuas, observando. Tom sabía que lo prudente sería ceder.

Pero William había estado a punto de pisotear con su caballo a su pequeña, y ello lo había puesto furioso.

—Tiene que pagarnos —dijo con el corazón desbocado.

William tiró de las riendas pero Tom siguió sujetando con firmeza la brida y el caballo estaba entretenido, hociqueando en el bolsillo del delantal de Tom en busca de más comida.

—¡Dirigíos a mi padre para cobrar lo que se os debe! –exclamó William iracundo.

—Así lo haremos, mi señor. Le estamos muy agradecidos –oyó Tom que decía el carpintero con voz aterrada.

¡Maldito cobarde!, se dijo Tom, aunque él mismo estaba temblando.

—Si queréis despedirnos tenéis que pagarnos de acuerdo con la costumbre —se forzó a decir pese a todo—. La casa de vuestro padre está a dos días de viaje y para cuando lleguemos es posible que ya no esté allí.

—Hay hombres que han muerto por menos de esto —le advirtió William. Tenía las mejillas enrojecidas por la ira.

Por el rabillo del ojo Tom vio al joven Lord dejar caer la mano sobre la empuñadura de su espada. Sabía que había llegado el momento de ceder y presentar excusas, pero tenía un nudo en el estómago debido a la ira y pese a lo asustado que estaba no se resignó a soltar las bridas.

—Pagadnos primero y luego matadme —dijo con temeridad—. Tal vez os cuelguen o tal vez no, pero tarde o temprano moriréis. Y entonces yo estaré en el cielo y vos en el infierno.

La sonrisa de desprecio de William se convirtió en una mueca y palideció. Tom estaba sorprendido. ¿Qué era lo que había asustado al muchacho? Con toda seguridad no habría sido la mención del ahorcamiento. En realidad no era nada probable que ahorcaran a un Lord por la muerte de un artesano. ¿Acaso le aterraba el infierno?

Durante unos breves momentos permanecieron mirándose fijamente. Tom observó con asombro y alivio cómo la expresión de ira y desprecio de William daba paso a otra de ansiedad y terror. Finalmente, William cogió una bolsa de cuero que llevaba en el cinturón y se la arrojó.

—Págales —le dijo.

Tom tentó a su suerte. Cuando William tiró de nuevo de las riendas y el caballo alzó su poderosa cabeza y avanzó de lado, Tom se movió con el caballo sin soltar la brida.

—Al despido, una semana completa de salario. Ésa es la costumbre —dijo Tom. A su espalda escuchó a Agnes respirar con fuerza y supo que le consideraba un loco al prolongar aquel enfrentamiento, pese a lo cual continuó impasible—. De manera que serán seis peniques para el peón, doce

para el carpintero y cada uno de los albañiles y veinticuatro para mí. En total sesenta y seis peniques.

No conocía a nadie que fuera capaz de sumar peniques con tanta rapidez como él.

El escudero miraba a su amo en actitud interrogante.

—Muy bien —dijo furioso William.

Tom soltó las riendas y dio un paso atrás.

William obligó al caballo a volverse, espoleándole con fuerza, y avanzó a saltos desde el sendero a través de los trigales.

De repente, Tom se dejó caer sobre el montón de leña. Se preguntaba qué había podido pasarle. Había sido una locura desafiar de aquella manera a Lord William. Se consideraba afortunado de estar con vida.

El resonar de los cascos del corcel de William fue perdiéndose en la lejanía. Tom vació la bolsa sobre una tabla y sintió una oleada de triunfo mientras escuchaba el tintineo de los peniques de plata al caer bajo la luz del sol. Había sido una locura pero dio resultado. Había logrado un pago justo tanto para él como para los hombres que trabajaban a sus órdenes.

—Incluso los señores han de actuar según las costumbres –dijo casi para sí.

—Confiemos en que nunca tengas que pedir trabajo a Lord William —dijo Agnes con esperanza.

Tom le sonrió. Se daba cuenta de que su mal humor se debía a que había pasado mucho miedo.

—No frunzas tanto el ceño o cuando nazca el niño sólo tendrás leche agria en el pecho.

—No podremos comer a menos que encuentres trabajo para el invierno.

—Aún queda mucho hasta el invierno —repuso Tom.

2

Se quedaron en el pueblo durante el verano. Más adelante considerarían la decisión terriblemente equivocada, pero en aquellos momentos les pareció la más acertada porque tanto Tom como Agnes y Alfred podían ganarse un penique diario cada uno trabajando en los campos durante la cosecha. Cuando al llegar el otoño tuvieron que ponerse en marcha, poseían una pesada bolsa con peniques de plata y un cerdo bien cebado.

La primera noche la pasaron en el porche de la iglesia de un pueblo, pero la segunda encontraron un priorato rural y disfrutaron de la hospitalidad monástica. Al tercer día se encontraron en el corazón de la Chute Forest, una vasta extensión de matorrales y monte selvático, por un camino no mucho

más ancho que un carro, con la exuberante vegetación estival marchitándose entre los robles que la flanqueaban.

Tom llevaba sus herramientas en una bolsa y los martillos colgados del cinturón, con la capa enrollada bajo el brazo izquierdo y su pico de hierro en la mano derecha, utilizándolo a modo de bastón de caminante. Se sentía feliz de encontrarse de nuevo en el camino. Tal vez su próximo trabajo fuera en una catedral. Podía llegar a ser maestro albañil y seguir allí el resto de su vida. Y construir una iglesia tan hermosa que le garantizara su entrada en el cielo.

Agnes llevaba sus escasas posesiones caseras dentro de la gran olla que se había atado a la espalda. Alfred tenía a su cargo las herramientas que utilizarían para hacer una nueva casa en alguna parte: un hacha, una azuela, una sierra, un martillo pequeño, una lezna para hacer agujeros en el cuero y la madera y una pala. Martha era muy pequeña para llevar otra cosa que su propio tazón y cuchillo de comer atados a la cintura y su abrigo de invierno sujeto a la espalda.

Sin embargo tenía la obligación de conducir al cerdo hasta que pudieran venderlo en el mercado.

Tom vigilaba estrechamente a Agnes mientras caminaban por aquel interminable bosque. Ahora su embarazo estaba más que mediado y llevaba un peso considerable en el vientre, aparte del fardo que soportaba sobre la espalda. Pero parecía incansable. También Alfred parecía soportarlo muy bien. Estaba en esa edad en que a los muchachos les sobra tanta energía que no saben qué hacer con ella. Sólo Martha se cansaba. Sus delgadas piernas parecían hechas para saltar contenta, no para largas marchas, y constantemente se quedaba atrás; los demás habían de detenerse para que ella y el cerdo les alcanzaran.

Mientras caminaba, Tom iba pensando en la catedral que un día construiría. Como siempre, empezó imaginándose una arcada. Era algo muy sencillo: dos verticales soportando un semicírculo. Luego pensó en otra, exactamente igual a la primera. Las unió en su mente para formar una profunda arcada. Seguidamente fue añadiendo otra, y otra y muchas más hasta tener toda una hilera de ellas unidas formando un túnel. Ésa era la esencia de una construcción, ya que había de tener un techo para impedir que entrara la lluvia y dos paredes que sostuvieran el techo. Una iglesia era precisamente un túnel con refinamientos.

Los túneles eran oscuros, de manera que el primer refinamiento consistía en ventanas. Si el muro fuera lo bastante fuerte podría hacerse agujeros en él. Éstos serían redondos por la parte alta, con los dos costados rectos y un alféizar plano, o sea con la misma forma que la arcada original. Una de las

cosas que daba belleza a una construcción era utilizar formas semejantes para los arcos, las ventanas y las puertas. La regularidad era otra, y Tom visualizó doce ventanas idénticas, separadas proporcionalmente a lo largo de cada uno de los muros del túnel.

Tom intentó visualizar también las molduras sobre las ventanas, pero continuamente perdía la concentración: tenía la sensación de que le estaban observando. Claro que es una idea estúpida, se dijo, a menos, naturalmente, que les estuvieran observando las aves, los zorros, los gatos, las ardillas, las ratas, los ratones, los hurones, los armiños y los campañoles que poblaban el bosque.

Al mediodía se sentaron junto a un arroyo. Bebieron su agua pura y comieron bacón frío y manzanas silvestres caídas de los árboles del bosque.

Por la tarde, Martha estaba cansada. Hubo un momento en que quedó rezagada unas cien yardas. Mientras permanecía allí en pie, esperando a que la niña les alcanzara, Tom recordaba a Alfred cuando tenía su misma edad; había sido un chiquillo guapo, de pelo dorado, vigoroso y audaz. Tom sintió una mezcla de cariño e irritación mientras observaba a Martha que reprendía al cerdo por su lentitud. De repente apareció una figura, entre los matorrales, unos pasos delante de Martha. Fue tan rápido lo que ocurrió después que Tom apenas podía creerlo. El hombre que apareció de súbito se echó hacia el hombro una cachiporra. Tom sintió que le subía a la garganta un grito de terror, pero antes de que pudiera emitir ningún sonido el hombre descargó la cachiporra sobre Martha. Le dio de pleno en un lado de la cabeza y hasta Tom llegó el espantoso sonido del impacto.

La niña cayó al suelo como una muñeca desmadejada.

Tom se encontró corriendo por el camino hacia ellos, golpeando con los pies la endurecida tierra, como los cascos del corcel de William, anhelando que sus piernas corriesen más rápidas. Veía lo que estaba pasando, mientras corría, pero era como contemplar una pintura en la parte alta del muro de una iglesia porque era capaz de verla pero nada podía hacer para cambiarla. El atacante era un proscrito, sin lugar a dudas. Se trataba de un hombre bajo y fornido que vestía una túnica verde y andaba descalzo. Por un instante miró fijamente a Tom y éste pudo ver que tenía el rostro horriblemente mutilado. Le habían cortado los labios, probablemente como castigo a un crimen en el que habría tenido papel destacado la mentira, y su boca tenía una repulsiva mueca permanente, rodeada del tejido contraído de la cicatriz. Aquella visión hubiera hecho pararse a Tom en seco de no haber sido por el cuerpecillo postrado de Martha.

El proscrito apartó la mirada de Tom y la clavó en el cerdo. Lo agarró con la rapidez de un rayo y se metió debajo del brazo al animal que se revolvía

frenético. Luego desapareció de nuevo entre la enmarañada maleza, llevándose la única propiedad valiosa de la familia.

Tom se arrodilló al instante junto a Martha. Puso su ancha mano sobre el pequeño pecho de la niña y sintió latir su corazón con regularidad y fuerza, calmándose así sus peores temores. Sin embargo seguía con los ojos cerrados y tenía el pelo manchado de sangre roja y brillante.

Al cabo de un momento Agnes se arrodilló junto a él. Aplicó la mano al pecho, la muñeca y la frente de Martha, y luego dirigió una firme mirada a Tom.

—Vivirá —dijo con voz tensa—. Ahora vete a recuperar ese cerdo.

Tom se liberó rápidamente del saco de herramientas y lo dejó caer en el suelo. Con la mano izquierda cogió su gran martillo con cabeza de hierro. Con la derecha seguía sujetando el pico. Podía ver los matorrales aplastados por donde había llegado y se había ido el ladrón, y también podía oír los gruñidos del cerdo por el bosque. Se sumergió en la maleza.

Era fácil seguir el rastro. El proscrito era un hombre de constitución pesada, que corría con un cerdo retorciéndose debajo del brazo y había abierto una ancha senda a través de la vegetación, aplastando sin miramientos flores, arbustos e incluso árboles jóvenes. Tom se lanzó furioso tras él, impaciente por echarle mano y golpearle hasta dejarle sin sentido. Atravesó aplastándola, una espesura de pimpollos de abedul, rodó por una vertiente y chapoteó al atravesar una ciénaga que le condujo hasta un angosto sendero. En él se detuvo. El ladrón pudo haber seguido por la izquierda o por la derecha y ya no había vegetación pisoteada que mostrara el camino. Pero Tom aguzó el oído y oyó gruñir al cerdo hacia la izquierda. También oyó a alguien corriendo por el bosque detrás de él. Lo más probable es que se tratara de Alfred. Corrió en busca del cerdo.

El sendero le condujo hasta una hondonada; luego torcía bruscamente y empezaba a ascender de nuevo. Ahora ya podía oír claramente al cerdo. Siguió corriendo colina arriba, respirando con dificultad; todos aquellos años de aspirar polvo de piedra le habían debilitado los pulmones. De repente, el sendero se hizo plano y Tom vio al ladrón, tan sólo a veinte o treinta yardas de distancia corriendo como si le persiguieran todos los demonios. Hizo un esfuerzo supremo y de nuevo empezó a ganar terreno. Si podía continuar a aquel ritmo sin duda que le agarraría, ya que un hombre con un cerdo no puede correr tan aprisa como otro que no lo lleve. Pero ahora le dolía el pecho. El ladrón estaba a quince yardas de distancia, luego a doce.

Tom alzó el pico sobre su cabeza a modo de lanza. Sólo un poco más cerca y lo lanzaría. Once yardas, diez...

Un instante antes de lanzar el pico avistó por el rabillo del ojo una cara flaca con una gorra verde que emergía de los matorrales que bordeaban el sendero. Era demasiado tarde para desviarse. Lanzaron una pesada estaca frente a él, haciéndole tropezar como era la intención. Cayó al suelo.

Había soltado el pico pero aún tenía en la mano el martillo. Rodó por el suelo, y luego se incorporó sobre una rodilla. Pudo ver que eran dos. El de la gorra verde y un hombre calvo con una enmarañada barba blanca. Corrieron hacia Tom. Tom se hizo a un lado y atacó con el martillo al de la gorra verde

El hombre lo esquivó, pero la enorme cabeza de hierro le alcanzó en el hombro haciéndole lanzar un alarido de dolor. Se dejó caer al suelo sujetándose el brazo como si lo tuviera roto. No tenía tiempo de levantar nuevamente el martillo para asestar otro golpe demoledor antes de que el hombre calvo le atacara a su vez, de manera que descargó el martillo contra la cara del hombre.

Los dos hombres huyeron, atentos sólo a sus heridas. Tom se dio cuenta que ya no tenían arrestos. Dio media vuelta. El ladrón seguía huyendo por el sendero. Tom reanudó la persecución, haciendo caso omiso del dolor que sentía en el pecho. Pero apenas había corrido unas cuantas yardas cuando oyó una voz familiar que gritaba a su espalda.

Alfred.

Se detuvo, volviéndose a mirar.

Alfred estaba peleando con los dos hombres, con los puños y los pies. Golpeó tres o cuatro veces en la cabeza al de la gorra verde y luego asestó varios puntapiés en las espinillas al hombre calvo. Pero los dos hombres le cercaron de tal manera que Alfred ya no podía golpear y dar puntapiés con la fuerza suficiente. Tom vaciló entre seguir tras el cerdo o rescatar a su hijo. Pero entonces el calvo puso la zancadilla a Alfred y al caer al suelo el muchacho los dos hombres se lanzaron sobre él moliéndole a golpes la cara y el cuerpo.

Tom corrió hacia ellos. Se lanzó a la carga contra el calvo, arrojándole de una embestida a los matorrales y luego, volviéndose, atacó martillo en ristre al de la gorra verde. El hombre, que ya había sentido los efectos de aquel martillo y que seguía sin poder utilizar más que un brazo, esquivó el primer ataque y luego dio media vuelta y corrió hacia los matorrales en busca de protección antes de que Tom iniciara otro ataque.

Tom se volvió y vio alejarse al hombre calvo por el sendero. Luego miró en dirección contraria. El ladrón con el cerdo había desaparecido de la vista. Masculló un juramento. Aquel cerdo representaba la mitad de cuanto había ahorrado durante el verano. Se sentó jadeante en el suelo.

—¡Hemos vencido a los tres! —exclamó excitado Alfred.

Tom le miró.

—Si, pero tienen nuestro cerdo —dijo.

Habían comprado aquel cerdo en primavera, en cuanto hubieron ahorrado suficientes peniques, y lo habían estado engordando durante todo el verano. Un cerdo bien cebado podía venderse por sesenta peniques. Con algunas coles y un saco de grano podía alimentar durante todo el invierno a una familia, y además podían hacerse par de zapatos de cuero y una o dos bolsas. Su pérdida era una catástrofe.

Tom miró con envidia a Alfred, que ya se había recuperado de la persecución y de la pelea y que esperaba impaciente. *Qué lejos quedaban aquellos tiempos* -pensó Tom-, *en que yo era capaz de correr como el viento sin sentir apenas los latidos del corazón. Precisamente cuando tenía su misma edad hace veinte años. Veinte años parecía que fuese ayer.*

Se puso en pie.

Pasó el brazo sobre los anchos hombros de Alfred mientras desandaban lo recorrido por el sendero. El muchacho todavía era un palmo más bajo que su padre, aunque pronto le alcanzaría e incluso podría pasarle. *Espero que también le crezca el entendimiento,* pensó Tom.

—Cualquier imbécil puede tomar parte en una pelea, pero el hombre prudente sabe mantenerse lejos de ellas —dijo. Alfred le dirigió una mirada vacía. Salieron del sendero, cruzaron el trecho pantanoso y empezaron a subir por la ladera, siguiendo en sentido inverso el rastro que había dejado el ladrón. Mientras se abrían paso por el bosquecillo de abedules, Tom pensó en Martha y una vez más sintió que le hervía la sangre. El proscrito la había golpeado sin necesidad, ya que no representaba amenaza alguna para él.

Tom apretó el paso y un momento después salieron al camino. Martha permanecía tumbada en el mismo lugar, sin que la hubieran movido. Tenía los ojos cerrados y la sangre empezaba a secarse en el pelo. Agnes estaba arrodillada junto a ella, y sorprendentemente había también otra mujer y un muchacho. Se le ocurrió pensar que no era tan extraño que a primera hora de aquel día se hubiera sentido observado, ya que el parecer por el bosque pululaba mucha gente.

Tom se inclinó poniendo la mano de nuevo sobre el pecho de Martha.

Respiraba con normalidad.

—Pronto despertará —dijo la desconocida con tono autoritario— Luego vomitará y después estará bien.

Tom la miró con curiosidad. Estaba arrodillada junto a Martha.

Era joven, quizá tuviera una docena de años menos que Tom. Su túnica corta, de cuero, descubría unas esbeltas y morenas piernas.

Tenía la cara bonita, y el pelo castaño oscuro le nacía en la frente formando un pico de viuda. Tom sintió el aguijón del deseo. Entonces ella levantó la vista para mirarle y le sobresaltó. Tenía unos ojos intensos, muy separados, de un desusado color de miel dorada oscura que daban a todo su rostro un aspecto mágico. Tuvo la certeza de que ella sabía lo que él había estado pensando.

Apartó la mirada de la mujer para disimular su turbación y se encontró con los ojos de Agnes, parecía resentida.

—¿Dónde está el cerdo? —preguntó.

—Nos encontramos con otros dos proscritos —dijo Tom.

—Les sacudimos bien, pero el del cerdo se largó —añadió Alfred.

Agnes tenía una expresión severa, pero no dijo una palabra más.

—Podemos llevar a la niña a la sombra si lo hacemos con cuidado —dijo la desconocida al tiempo que se ponía en pie.

Tom se dio cuenta de que era pequeña, al menos un pie más baja que él. Se inclinó y cogió con sumo cuidado a Martha. Casi no sentía el peso del cuerpo de la niña. Avanzó unos cuantos pasos por el camino y la depositó sobre la hierba, a la sombra de un viejo roble.

Seguía sin sentido.

Alfred estaba recogiendo las herramientas que habían quedado desperdigadas por el camino durante la pelea. El niño que acompañaba a la desconocida le miraba con ojos muy asombrados y la boca abierta, sin decir palabra. Tendría unos tres años menos que Alfred y era un muchacho de aspecto peculiar, observó Tom, sin nada de la belleza sensual de su madre. Tenía la tez muy pálida, el pelo de un rojo anaranjado y los ojos azules, ligeramente saltones. Tom se dijo que tenía la mirada estúpidamente alerta de un zoquete, el tipo de chico que, o bien moría joven, o sobrevivía para convertirse en el tonto del pueblo. Alfred se sentía visiblemente incómodo bajo su mirada.

Mientras Tom les observaba, el niño cogió la sierra de las manos de Alfred, sin decir nada, y la examinó como si se tratara de algo asombroso. Alfred, asombrado ante aquella descortesía, se la quitó a su vez y el muchacho la soltó con indiferencia.

—¡Compórtate como es debido, Jack! —le dijo su madre. Parecía incómoda.

Tom la miró. El muchacho no se parecía en absoluto a ella.

—¿Eres su madre? —le preguntó Tom.

—Sí. Me llamo Ellen.

—¿Dónde está tu marido?

—Está muerto.

Tom se quedó sorprendido.

—¿Viajas sola? —preguntó con tono incrédulo. El bosque resultaba ya bastante peligroso para un hombre como él. A una mujer sola apenas le cabría la esperanza de sobrevivir.

—No estamos viajando —dijo Ellen—. Vivimos en el bosque.

Tom se sobresaltó.

—Quieres decir que sois... —Calló, no queriendo ofenderla.

—Proscritos —dijo ella—. ¿Pensabas que todos los proscritos eran como ese Faramond Openmouth que te ha robado el cerdo?

—Sí —asintió Tom, aunque lo que hubiera querido decir era *Jamás pensé que un proscrito pudiera ser una mujer hermosa*. Incapaz de contener su curiosidad preguntó—: ¿Qué crimen cometiste?

—Maldije a un sacerdote —repuso ella apartando la mirada.

A Tom no le pareció que aquello pudiera ser un delito, pero quizá aquel sacerdote tuviera un gran poder o fuera muy quisquilloso. O tal vez Ellen no quisiera contar la verdad.

Miró a Martha. Poco después la niña abrió los ojos. Parecía confusa y algo asustada. Agnes se arrodilló junto a ella.

—Estás a salvo —le dijo—. No pasa nada.

Martha se incorporó y vomitó. Agnes la mantuvo abrazada e hizo que se le calmaron los espasmos. Tom se sentía impresionado. Había resultado cierta la predicción de Ellen. También había dicho que Martha se encontraría perfectamente bien y al parecer también eso se cumplía. Se sintió aliviado y quedó algo sorprendido ante la intensidad de su propia emoción.

—No soportaría perder a mi pequeña —dijo. Y hubo de contener las lágrimas. Se dio cuenta de que Ellen miraba comprensiva y una vez más tuvo la impresión de que aquellos ojos de un dorado extraño podían leer hasta el fondo de su corazón.

Arrancó una ramita de roble, la despojó de sus hojas y limpió con ella la carita de Martha que seguía estando pálida.

—Necesita descansar —dijo Ellen—. Dejadla echada el tiempo que un hombre recorre tres millas.

Tom miró el sol. Todavía quedaba mucha luz del día. Se acomodó para esperar. Agnes mecía suavemente a Martha en sus brazos. Jack dirigía su atención a Martha y la miraba con la misma estúpida intensidad. Tom quería saber más cosas sobre Ellen. Se preguntó si la podría persuadir para que le contara su historia. No quería que se fuera.

—¿Cómo ocurrió todo? —preguntó con vaguedad.

Ellen volvió a mirarle a los ojos y luego empezó a hablar.

Su padre había sido un caballero, les dijo. Un hombre grande, fuerte y violento que quería hijos con quienes poder cabalgar, cazar, luchar, compañeros con quienes beber y que fueran con él de juerga por las noches. Pero sobre esta cuestión fue el hombre más infortunado que pudo existir ya que su mujer le obsequió con Ellen y luego murió. Y cuando volvió a casarse, su segunda mujer resultó estéril.

Acabó por aborrecer a la madrastra de Ellen y finalmente la envió lejos. Debió de ser un hombre cruel pero a Ellen no se lo parecía. Lo adoraba y compartía su antipatía por su segunda mujer. Cuando su madrastra se fue, Ellen se quedó con su padre y fue creciendo en una casa donde casi todos eran hombres. Se cortó el pelo, llevaba una daga y aprendió a no jugar con gatitos ni a preocuparse por los perros ciegos. Cuando tenía la edad de Martha solía escupir al suelo, comer corazones de manzana y dar fuertes patadas en el vientre de un caballo para hacerle aspirar con fuerza y así poder apretarle más la cincha. Sabía que a todos los hombres que no formaban parte de la pandilla de su padre los llamaban chupapollas y a todas las mujeres que no iban con ellos las llamaban putas, aunque no estaba segura de lo que aquellos insultos significaban en realidad ni tampoco le importaba demasiado.

Mientras escuchaba su voz en el blando aire de una tarde otoñal, Tom cerró los ojos y se la imaginó como una chiquilla de pecho liso y cara sucia, sentada a la larga mesa, con los brutales camaradas de su padre bebiendo cerveza fuerte, eructando y entonando canciones sobre batallas, rapiñas y violaciones, caballos, castillos y vírgenes, hasta quedar dormida con su pequeña y trasquilada cabeza sobre la áspera madera.

Si hubiera seguido teniendo su pecho liso, su vida hubiera sido feliz. Pero llegó el día en que los hombres la miraban de forma distinta. Ya no lanzaban risas estentóreas cuando les decía: *Quitaos de mi camino si no queréis que os arranque los cojones y se los dé de comer a los cerdos.* Algunos se la quedaban mirando cuando se quitaba su túnica de lana y se echaba a dormir con su larga camisola de lino. Cuando hacían sus necesidades en el bosque se volvían de espaldas a ella, cosa que nunca hicieron hasta entonces.

Cierto día vio a su padre conversando seriamente con el párroco, acontecimiento realmente inusitado. Y ambos la miraban como si estuvieran hablando de ella. A la mañana siguiente su padre le dijo: *Vete con Henry y Everard y haz lo que te digan.* Luego la besó en la frente. Ellen se preguntó qué le ocurriría. ¿Acaso se volvía blando con la edad? Montó a horcajadas su corcel gris, ya que siempre se había negado a cabalgar el palafrén propio de las damas o el pony de los niños, y se puso en marcha con los dos hombres de armas.

La llevaron a un convento y allí la dejaron.

Por todo aquel lugar sonaron los juramentos obscenos de Ellen cuando los dos hombres emprendieron la marcha de regreso. Apuñaló a la abadesa y recorrió a pie todo el camino de vuelta hasta la casa de su padre. Él la envió de nuevo al convento, atada de pies y mano y sujeta a la montura de un asno. La tuvieron recluida en la celda de castigo hasta que la abadesa se recuperó de las heridas. Hacía frío y humedad y estaba tan negro como la noche, y aunque había agua para beber no tenía nada de comer. Cuando la dejaron salir huyó de nuevo a casa. Su padre volvió a enviarla al convento y en esa ocasión la azotaron antes de meterla en la celda.

Ni que decir tiene que finalmente lograron rendirla y vistió el hábito de novicia, acató las reglas y aprendió las oraciones aunque en el fondo de su corazón aborreciera a las monjas, despreciara a los santos, y en un principio no creyera todo cuanto le dijeran sobre Dios. Pero aprendió a leer y escribir, dominó la música, los números y el dibujo e incorporó el latín al francés y al inglés que ya hablaba casa de su padre.

En definitiva, la vida en el convento no era tan mala. Se trataba una comunidad únicamente femenina con sus reglas y rituales peculiares, y aquello era exactamente a lo que ella estaba acostumbrada.

Todas las monjas tenían que hacer algún trabajo físico, y a Ellen pronto se la destinó a trabajar con los caballos. No pasó mucho tiempo antes de que tuviera a su cargo los establos.

La pobreza jamás la preocupó. La obediencia no le fue fácil pero finalmente la logró. La tercera regla, la castidad, nunca llegó a molestarle demasiado aunque de vez en cuando, y sólo por fastidiar a abadesa, descubría a alguna de las otras novicias los placeres de...

Llegado a ese punto, Agnes interrumpió el relato de Ellen y llevó consigo a Martha en busca de un arroyo donde limpiar la cara y lavarle la túnica. Para protegerse se llevó también a Alfred, aunque aseguró que se quedaría cerca. Jack se levantó dispuesto a seguirla pero Agnes le dijo con firmeza que no lo hiciera, y el muchacho pareció entenderla porque volvió a sentarse. Tom se dio cuenta de que Agnes había logrado llevarse a sus hijos para que no siguieran oyendo aquella historia indecente e impía, al tiempo que le dejaba a él vigilado.

Cierto día, siguió diciendo Ellen, el palafrén de la abadesa quedó cojo, cuando hacía varios días que se encontraba fuera del convento. Dio la casualidad de que el priorato de Kingsbridge estaba cerca, de manera que el prior prestó a la abadesa otro caballo para que siguiera camino. Una vez en el convento, ésta dijo a Ellen que devolviera al priorato el caballo prestado y trajera consigo el caballo cojo.

Allí, en el establo del monasterio, a la vista de la ruinosa y vieja catedral de Kingsbridge, Ellen conoció a un muchacho que parecía un cachorro maltratado. Tenía las extremidades flexibles como cachorro y su actitud alerta, pero estaba asustado, como si le hubieran arrancado a golpes toda su alegría juguetona. Al hablarle Ellen no la entendió. Probó con el latín, pero no era un monje. Finalmente dijo algo en francés y el rostro del muchacho se iluminó de alegría y le contestó en la misma lengua.

Ellen jamás regresó al convento.

Desde aquel día vivió en el bosque. Primero en un tosco chamizo de ramas y hojas, y más adelante en una cueva seca. No había olvidado las habilidades masculinas que había aprendido en casa su padre. Podía cazar un ciervo, poner trampas a los conejos y derribar cisnes con el arco. Era capaz de despedazar, limpiar y guisar la carne. Incluso sabía cómo raer y curar los cueros y pieles para indumentaria. Además de caza, comía frutos silvestres, frutos secos y vegetales. Cualquier otra cosa que necesitara, como sal, ropa de lana, un hacha o un cuchillo nuevo, tenía que robarla.

Lo peor fue cuando nació Jack.

Pero ¿qué pasó con el francés?, quiso saber Tom. ¿Era el padre de Jack? Y en tal caso, ¿cuándo murió? ¿Y cómo? Pero por la expresión de la cara de ella pudo ver que no estaba dispuesta a hablar de aquella parte de la historia y daba la impresión de ser una persona a la que nadie podría persuadir en contra de su voluntad, de manera que Tom guardó para sí sus preguntas.

Para entonces su padre había muerto, habiéndose dispersado sus hombres de tal manera que a ella ya no le quedaban parientes ni amigos en el mundo. Cuando Jack estaba a punto de nacer, hizo una hoguera para que se mantuviera encendida durante toda la noche en la boca de la cueva. Tenía comida y agua a mano, así como un arco, flechas y cuchillos para protegerse de los lobos y de los perros salvajes. Incluso disponía de una pesada capa roja que había robado a un obispo para poder envolver al recién nacido. Pero para lo que no estaba preparada era para el dolor y el miedo de dar a luz, y durante mucho tiempo creyó que se moría. Sin embargo el niño nació saludable y vigoroso, y ella sobrevivió.

Durante los once años siguientes, Ellen y Jack llevaron una vida sencilla y frugal. El bosque les daba cuanto necesitaban siempre que anduvieran con cuidado y almacenaran suficientes manzanas, nueces y venado ahumado o en salazón para los meses de invierno. Ellen pensaba a menudo que si no hubiera reyes, señores, arzobispos ni sheriffs, todo el mundo podría vivir de esa misma manera y ser perfectamente feliz.

Tom le preguntó cómo se las arreglaba con los demás proscritos, con hombres como Faramond Openmouth. ¿Qué pasaría si la sorprendieran por la

noche e intentaran violarla?, se preguntaba al tiempo que la idea le hacía sentir un estremecimiento de deseo, aun cuando él jamás hubiera poseído a una mujer contra su voluntad. Ni siquiera a la suya.

Ellen, mirando a Tom con aquellos ojos claros y luminosos, le dijo que los otros proscritos le tenían miedo, y al instante él se dio cuenta del motivo. La creían bruja. En cuanto a las gentes cumplidoras de la ley, gentes que sabían que podían robar, violar o asesinar a un proscrito sin miedo al castigo, Ellen se limitaba a evitarlos. Entonces, ¿por qué no se había ocultado de Tom? Porque había visto a una niña herida y quiso ayudar. Ella también tenía un hijo.

Había enseñado a Jack todo lo que había aprendido en casa de su padre sobre armas y caza. Y también todo cuanto le enseñaron las monjas: a leer y escribir, música y números, francés y latín, cómo dibujar, incluso historias de la Biblia. Finalmente, durante las largas noches invernales, le había transmitido todo el legado del muchacho francés que sabía más historias, poemas y canciones que cualquier otro en el mundo.

Tom no creía que un niño como Jack supiera leer y escribir. Tom sabía escribir su nombre y un puñado de palabras como "peniques", "metros" y "litros". Y Agnes, que era hija de un hombre de iglesia, sabía mas, aunque escribía lentamente y con dificultad, sacando la lengua por la comisura de la boca. En cambio Alfred no sabía escribir una sola palabra y apenas era capaz de entender su propio nombre, y Martha ni siquiera sabía eso. ¿Era posible que aquel muchacho medio tonto supiera más que toda la familia de Tom?

Ellen dijo a Jack que escribiera algo, y éste alisó un trozo de tierra y garrapateó sobre él unas letras. Tom reconoció la primera palabra "Alfred", aunque no las otras, y se sintió un estúpido. Ellen puso fin a aquella situación embarazosa leyendo en voz alta toda la frase: *Alfred es más alto que Jack.* Luego el muchacho dibujó rápidamente dos figuras, una más grande que la otra y aunque ambas eran muy toscas, una tenía los hombros anchos y una expresión más bien bovina y la otra era pequeña y tenía una mueca sonriente. Tom, que por su parte tenía una gran facilidad para el dibujo, quedó asombrado ante la sencillez y vigor del dibujo sobre la tierra.

Pero el muchacho parecía idiota.

Ellen, como si hubiera adivinado los pensamientos de Tom, confesó que había empezado a darse cuenta de ello. Jamás había tenido la compañía de otros niños ni de cualquier otro ser humano salvo su madre, y el resultado era que estaba creciendo como un animal salvaje. Pese a todos sus conocimientos no sabía cómo comportarse con la gente. Ése era el motivo de que guardara silencio, se quedara mirando fijamente o arrebatara las cosas.

Mientras hablaba, la mujer parecía vulnerable por primera vez.

Había desaparecido aquella inquebrantable seguridad en sí misma y Tom pudo darse cuenta de que estaba inquieta, casi desesperada.

Por el bien de Jack tenía que incorporarse de nuevo a la sociedad, pero ¿cómo? De ser un hombre hubiera podido convencer a algún señor para que le concediera una granja, sobre todo si le mentía de manera convincente diciéndole que acababa de regresar de peregrinación a Jerusalén o Santiago de Compostela. También había algunas mujeres granjeras, pero invariablemente eran viudas con hijos mayores. Ningún señor daría una granja a una mujer con un hijo pequeño. Nadie en la ciudad ni en el campo la contrataría como trabajadora. Además no tenía dónde vivir y los trabajos no especializados rara vez ofrecían también vivienda. En definitiva, no tenía identidad.

Tom sintió lastima por ella. Había dado a su hijo cuanto podía.

Pero no era bastante. Pero no veía solución a su dilema. Pese a ser una mujer hermosa, con recursos y realmente formidable, estaba condenada a pasar el resto de su vida escondiéndose en el bosque con su extraño hijo.

Finalmente volvieron Agnes, Martha y Alfred. Tom miró ansioso a la niña, pero pareció como si lo peor que le hubiera podido pasar fuera que le hubieran lavado a conciencia la cara. Durante un rato Tom se había sentido absorto por los problemas de Ellen, pero en aquel momento se enfrentó de nuevo con su propia situación. Estaba sin trabajo y les habían robado el cerdo. Empezaba a anochecer.

—¿Adónde os dirigís? —preguntó Ellen.

—A Winchester —dijo Tom. Winchester tenía un castillo, un palacio, varios monasterios y, lo más importante de todo, una catedral.

—Salisbury está muy cerca —dijo Ellen—. Y la última vez que estuve allí estaban reconstruyendo la catedral, haciéndola más grande.

A Tom empezó a latirle con fuerza el corazón. Aquello era lo que estaba buscando. Si pudiera encontrar trabajo en el proyecto de construcción de una catedral se creía con capacidad suficiente para llegar a ser maestro constructor.

—¿Por dónde se va a Salisbury? —preguntó ansioso.

—Tendrías que retroceder tres o cuatro millas por el camino que habéis venido. ¿Recuerdas una encrucijada cuando cogisteis por la izquierda?

—Sí, junto a una charca de agua estancada.

—Eso es. El camino de la derecha lleva a Salisbury.

Se despidieron. A Agnes no le gustó Ellen, pese a lo cual le dijo con amabilidad:

—Gracias por ayudarme a cuidar de Martha.

Ellen sonrió y permaneció pensativa cuando se alejaron.

Después de caminar unos minutos, Tom volvió la cabeza. Ellen seguía allí, observándoles, de pie en el camino, con las piernas separadas, protegiéndose los ojos con la mano. Junto a ella se encontraba aquel peculiar muchacho. Tom saludó con la mano y ella devolvió el saludo.

—Una mujer interesante —le dijo Tom a Agnes.

Agnes no respondió palabra.

—Ese chico es extraño —dijo Alfred.

Caminaron bajo el sol otoñal que se estaba poniendo. Tom se preguntaba cómo sería Salisbury. Nunca había estado allí. Claro que su sueño era el de construir una catedral nueva desde sus cimientos pero eso casi nunca ocurría. Era mucho más corriente encontrarse con una vieja construcción que estaba siendo mejorada, ampliada o reedificada en parte. Pero a él le bastaría con eso siempre que ofreciera la perspectiva de construir, finalmente, de acuerdo con sus propios dibujos.

—¿Por qué me golpeó ese hombre? —preguntó Martha.

—Porque quería robarnos el cerdo —le contestó Agnes.

—Debería tener su propio cerdo —dijo indignada Martha, como si sólo entonces se diera cuenta de que el proscrito había hecho algo. El problema de Ellen estaría resuelto si supiera algún oficio, meditaba Tom. Un albañil, un carpintero, un tejedor o un curtido jamás se hubiera encontrado en la situación de ella. Él siempre podía ir a una ciudad y buscar trabajo. Había algunas mujeres artesanas, pero en general eran esposas o viudas de artesanos.

—Lo que esa mujer necesita es un marido —dijo Tom en voz alta.

—Tal vez, pero no el mío —dijo Agnes con tono resuelto.

3

El día que perdieron el cerdo fue también el último del buen tiempo. Aquella noche la pasaron en un granero, y al salir por la mañana el cielo estaba plomizo y soplaba un viento frío con rachas de fuerte lluvia. Desenrollaron sus abrigos de tejido grueso y felpudo y se los pusieron, abrochándoselos bien debajo de la barbilla y cubriéndose lo más posible la cara con la capucha, para protegerse de la lluvia.

Se pusieron en marcha con desgana; cuatro lamentables fantasma bajo un aguacero inexorable, chapoteando con sus zuecos de madera por el embarrado camino lleno de charcos.

Tom se hacía cábalas de cómo sería la catedral de Salisbury. En principio una catedral era una iglesia como otra cualquiera. Era simplemente la iglesia

en la que el obispo tenía su trono. Pero en realidad las iglesias catedrales eran las más grandes, las más ricas, la más espléndidas y las más primorosas. Una catedral rara vez era nada más que un túnel con ventanas. La mayoría consistían en tres túneles, uno alto flanqueado por otros dos más pequeños, delineando la forma de una cabeza con sus dos hombros. Todo el conjunto formaba una nave con dos laterales. Los muros laterales del túnel central se reducían a dos hileras de pilares enlazados entre sí por arcos formando una arcada. Las naves laterales se utilizaban para procesiones, que podían llegar a ser espectaculares en una iglesia catedral. En ocasiones su espacio se dedicaba también a pequeñas capillas laterales dedicadas a determinados santos, que atraían importantes donaciones extraordinarias. Las catedrales eran las construcciones más costosas del mundo, mucho más que palacios y castillos, y habían de hacerse merecedoras de su mantenimiento.

Salisbury estaba más cerca de lo que Tom había pensado. A media mañana terminaron su ascensión y se encontraron con que el camino descendía suavemente, delante de ellos, formando una larga curva. Y a través de los campos azotados por la lluvia, sobre la lisa llanura, semejante a una embarcación en medio de un lago, vieron la ciudad fortificada de Salisbury erguida sobre una colina. Los detalles aparecían velados debido a la lluvia, pero Tom pudo distinguir varias torres, cuatro o cinco, elevándose muy por encima de los muros de la ciudad. A la vista de tanto trabajo en piedra sintió que se le levantaba el ánimo.

Un viento glacial barrió la llanura, dejándoles la cara y las manos heladas, mientras avanzaban por el camino en dirección a la puerta este. Al pie de la colina convergían cuatro caminos entre un enjambre de casas que se prolongaban desde la ciudad, y allí se unieron a ellos otros viajeros que caminaban con la cabeza baja y los hombros encorvados, luchando contra los elementos y en busca del refugio que ofrecían los muros.

En la ladera que conducía hasta la puerta se encontraron una carreta tirada por una yunta de bueyes y cargada de piedra, circunstancia en extremo alentadora para Tom. El carretero se encontraba inclinado sobre la parte posterior del tosco vehículo de madera, empujando con el hombro e intentando ayudar con su fuerza a los dos bueyes que a duras penas movían la carreta.

Tom vio la oportunidad de hacerse con un amigo. Hizo una seña a Alfred y ambos arrimaron el hombro a la parte trasera de la carreta, ayudando en el esfuerzo.

Las inmensas ruedas de madera retumbaron sobre un puente de troncos que cruzaba un enorme foso seco. Los terraplenes eran formidables. Tom

pensó que para cavar aquel foso y hacer subir la tierra a fin de formar la muralla de la ciudad, hubieron de trabajar centenares de hombres, un trabajo mucho mayor incluso que para excavar los cimientos de la catedral. El puente por el que cruzaba la carreta crujía y traqueteaba bajo su peso y el de los dos vigorosos animales que tiraban de ella.

La ladera se niveló y la carreta se movió con una mayor facilidad cuando ya se acercaron a la puerta. El carretero se enderezó y Tom y Alfred le imitaron.

—Os lo agradezco de corazón —dijo el carretero.

—¿Para qué es esta piedra? —le preguntó Tom.

—Para la nueva catedral.

—¿Para la nueva catedral? Oí decir que solo iban a agrandar la vieja.

El carretero asintió.

—Eso era lo que decían hace diez años. Pero ahora hay más nueva que vieja.

Seguían las buenas noticias.

—¿Quién es el maestro constructor?

—John de Shaftesbury, aunque el obispo Roger tiene mucho que ver con los diseños.

Era normal. Los obispos muy raramente dejaban a los constructores que hicieran solos el trabajo. Con frecuencia uno de los problemas del maestro constructor era tener que calmar la enfebrecida imaginación de los clérigos y establecer unos límites prácticos a su desbordada fantasía. Pero el que contrataba a los hombres debía ser John de Shaftesbury.

—¿Albañil? —pregunto el carretero, indicando con la cabeza la bolsa de herramientas de Tom.

—Sí. Y en busca de trabajo.

—Es posible que lo encuentres —le dijo el carretero, sin ir más allá—. Si no en la catedral, quizás en el castillo.

—¿Quién gobierna el castillo?

—Roger es a la vez obispo y alcalde.

Claro, se dijo Tom. Había oído hablar del poderoso Roger de Salisbury, que desde tiempos inmemoriales había estado muy próximo al rey.

Atravesaron la puerta y se encontraron dentro de la ciudad. La plaza estaba abarrotada de edificios hasta el punto de que tanto la gente como los animales parecían estar en peligro de desbordar su muralla circular y desplomarse todos en el foso. Las casas de madera estaban apretadas unas contra otras, empujándose entre sí como los espectadores de un ahorcamiento. Hasta la más mínima porción de tierra estaba ocupada. Allí donde se habían construido dos casas separadas por un callejón, alguien

había introducido en éste una media morada, sin ventanas, ya que la puerta ocupaba casi todo el frente; allí donde el espacio era demasiado pequeño incluso para la más angosta de las casas, en ese hueco habían instalado un puesto para la venta de cerveza, pan o manzanas. Y si ni siquiera había sitio para esto, entonces había un establo, una cochinera, un estercolero o un depósito de agua.

Y también era ruidosa. La lluvia no amortiguaba demasiado el clamor que se elevaba de los talleres de los artesanos; vendedores ambulantes voceando sus mercancías, gente que se saludaba, regateaba o discutía. Había además animales que relinchaban, ladraban o peleaban.

—¿Por qué huele tan mal? —preguntó Martha levantando la voz para hacerse oír por encima del ruido.

Tom sonrió. Hacía un par de años que Martha no había estado en la ciudad.

—Es el olor de la gente —le dijo.

La calle era poco más ancha que la carreta y su yunta de bueyes, pero el carretero no dejó pararse a sus animales, por temor a que no volvieran a ponerse en marcha. Les azuzó con el látigo, haciendo caso omiso de todo obstáculo, y los animales prosiguieron en su ciego avance a través del gentío, apartando por la fuerza, de manera indiscriminada a un caballero montado en caballo de batalla, a un guardabosque con su arco, a un monje gordo a lomos de un pony, a hombres de armas y mendigos, amas de casa y prostitutas. El carro se encontró detrás de un pastor viejo que se esforzaba por mantener unido su pequeño rebaño. Tom pensó que debía ser día de mercado.

Al paso de la carreta, una de las ovejas se lanzó por la puerta abierta de una cervecería y al instante todo el rebaño invadió el local, balando asustadas y derribando a su paso mesas, taburetes y jarras de cerveza.

La tierra bajo sus pies era un auténtico lodazal lleno de porquerías. Tom sabía calibrar bien la lluvia que podía caer sobre un tejado y el ancho del canalón capaz de aliviarlo. Y pudo darse cuenta de que toda la lluvia que caía sobre los tejados de aquella parte de la ciudad, acababa vertiéndose en esa misma calle. Se dijo que, con una fuerte tormenta, se necesitaría una embarcación para atravesarla.

La calle iba ensanchándose a medida que se acercaban al castillo que se alzaba en la cima de la colina. Allí ya había casas de piedra, una o dos de ellas necesitadas de pequeñas reparaciones. Pertenecían a artesanos y mercaderes que tenían sus tiendas y almacenes en la planta baja y arriba la vivienda. Tom pudo darse cuenta, mientras observaba con mirada conocedora cuanto se exponía a la venta, que se trataba de una ciudad próspera. Todo el

mundo necesitaba cuchillos y cacerolas, pero tan sólo la gente acaudalada compraba chales bordados, cinturones con adornos y broches de plata.

Frente al castillo, el carretero dirigió los bueyes hacia la derecha y Tom y su familia lo siguieron. La calle formaba un cuarto de círculo, bordeando las murallas del castillo. Cuando hubieron atravesado otra puerta dejaron atrás el tumulto de la ciudad, con igual rapidez con la que se habían sumergido en él, y entraron en un tipo diferente de turbulencia: la de la diversidad febril, aunque ordenada, de un importante emplazamiento de construcción.

Se encontraban en el interior del recinto amurallado de la catedral que ocupaba toda la cuarta parte del círculo noroeste de la ciudad circular. Tom se detuvo un instante, tratando de absorberlo todo, sólo con verlo, escucharlo y olerlo; se sentía ilusionado como ante un día soleado. Mientras seguían al carro cargado de piedra, pudieron ver otros dos que se alejaban vacíos. En alpendes a lo largo de los muros de la iglesia, podía verse a albañiles esculpiendo los bloques de piedra con cinceles de hierro y martillos de madera, dándoles las formas que una vez unidas formarían plintos, columnas, capiteles, fustes, contrafuertes, arcos, ventanas, remates, antepechos y parapetos. En el centro del recinto, muy alejado de otros edificios, se encontraba la herrería; a través de la puerta abierta se veían los destellos del fuego. Y por todo el recinto resonaba el vigoroso tintineo del martillo sobre el yunque mientras el herrero hacía herramientas nuevas para sustituir a las que ya se estaban desgastando en manos de los albañiles. Para mucha gente aquélla sería una escena caótica, pero lo que Tom vio era un inmenso y complejo mecanismo que sentía comezón de controlar. Vio lo que cada hombre estaba haciendo y pudo darse cuenta de inmediato hasta qué punto habían avanzado los trabajos. Estaban construyendo la fachada de la parte este.

Había una serie de andamios en el extremo oriental a una altura de veinticinco o treinta pies. Los albañiles se habían refugiado en el pórtico, esperando que amainara la lluvia, pero sus peones subían y bajaban corriendo las escaleras con piedras sobre los hombros. Más arriba todavía, en la estructura de madera del tejado, se encontraban los fontaneros, semejantes a arañas deslizándose por una telaraña gigante de madera, clavando chapas de plomo en las riostras e instalando los tubos y canalones de desagüe.

Tom comprendió pesaroso que el edificio estaba prácticamente terminado. Si llegaran a contratarle, el trabajo no duraría más de un par de años, apenas el tiempo suficiente para alcanzar la posición de maestro albañil, y ni que decir tiene que de maestro constructor. No obstante, si llegaran a ofrecerle trabajo lo aceptaría teniendo en cuenta que el invierno se

les venía encima. Él y su familia hubieran podido sobrevivir todo un invierno sin trabajo de haber tenido cerdo, pero sin él Tom tenía que encontrar trabajo.

Siguieron a la carreta a través del recinto hasta donde estaban amontonadas las piedras. Los bueyes hundieron agradecidos sus cabezas en el abrevadero.

—¿Dónde esta el maestro constructor? —preguntó el carretero al albañil que pasaba junto a ellos.

—En el castillo —le contestó él.

—Supongo que lo encontrarás en el palacio del obispo —dijo el carretero volviéndose hacia Tom, después de agradecer con un movimiento de cabeza la información.

—Gracias.

—Gracias a ti.

Tom salió del recinto seguido de Agnes y los niños. Volvieron sobre sus pasos a través de las angostas calles atestadas de gente hasta llegar frente al castillo. Había otro foso seco y una segunda e inmensa muralla de tierra rodeando la fortaleza central. Atravesaron el puente levadizo. A un lado de la puerta había una garita y sentado en el taburete un hombre fornido con túnica de piel miraba caer la lluvia.

Iba armado.

—Buenos días. Me llamo Tom Builder. Necesito ver al maestro constructor, John de Shaftesbury —dijo Tom dirigiéndose a él.

—Está con el obispo —dijo con indiferencia el centinela.

Pasaron al interior. Al igual que la mayoría de los castillos, era una colección de construcciones diversas rodeadas todas ellas por un muro de tierra. El patio tendría unas cien yardas de parte a parte.

Frente a la puerta y en el extremo más alejado se alzaba un macizo torreón, el último reducto en caso de ataque, elevándose por encima de las murallas para que sirviera de atalaya. A su izquierda podían ver un montón de edificaciones bajas, en su mayoría de madera: un establo largo, una cocina, una panadería y diversos almacenes. En el centro había un pozo. A la derecha, ocupando la mayor parte de la mitad septentrional del recinto, había una gran casa de piedra, a todas luces el palacio. Estaba construido en el mismo estilo que la catedral nueva, con las puertas y ventanas pequeñas y la parte superior curvada. Tenía dos plantas. De hecho era nueva; los albañiles aún estaban trabajando en una de sus esquinas, al parecer construyendo una torre. Pese a la lluvia había mucha gente en el patio, saliendo y entrando, o pasando presurosos, bajo la lluvia, de un edificio a otro: hombres de armas,

sacerdotes, mercaderes, trabajadores de la construcción y servidores de palacio.

Tom pudo observar varias puertas en el palacio, todas abiertas a pesar de la lluvia. No estaba del todo seguro sobre lo que debería hacer. Si el maestro constructor estaba con el obispo quizás no debiera interrumpirles. Por otra parte un obispo no era un rey, y Tom era un hombre libre y un albañil con un asunto perfectamente legal y no un siervo plañidero con una queja. Se decidió por la audacia. Dejando a Agnes y a Martha, atravesó con Alfred el embarrado patio hasta llegar al palacio, entrando por la puerta más próxima.

Se encontraron en una pequeña capilla de techo abovedado y una ventana en el extremo más alejado, sobre el altar. Cerca de la puerta estaba sentado un sacerdote ante un escritorio alto, escribiendo rápidamente sobre vitela. Alzó la vista.

—¿Dónde está maestro John? —preguntó Tom rápidamente.

—En la sacristía —repuso el sacerdote, indicando con la cabeza una puerta en la pared.

Tom no preguntó si podía ver al maestro. Pensó que si se comportaba como si le estuvieran esperando era probable que perdiera menos tiempo. Atravesó la pequeña capilla con un par de zancadas y entró en la sacristía.

Se trataba de una cámara pequeña y cuadrada iluminada por infinidad de velas. La mayor parte del suelo estaba ocupado por un arenal poco profundo. Habían alisado perfectamente la finísima arena con una regla. En la habitación había dos hombres. Ambos dirigieron una rápida mirada a Tom, volviendo luego de nuevo su atención a la arena. El obispo, un arrugado anciano de ojos negros y brillantes, dibujaba sobre la arena con un agudo puntero. El maestro constructor, con delantal de cuero, le observaba en actitud paciente y expresión escéptica.

Tom esperó con preocupado silencio. Tenía que causar una buena impresión. Mostrarse cortés aunque no servil y hacer gala de conocimientos sin ser pedante. Un maestro artesano quería que sus subordinados fueran tan obedientes como hábiles. Tom lo sabía por su propia experiencia como contratista.

El obispo Roger estaba diseñando un edificio de dos plantas grandes ventanas en tres lados. Era buen dibujante, trazando líneas muy rectas y ángulos rectos perfectos, dibujó un plano y una lateral del edificio. Tom pudo darse cuenta de que jamás sería construido.

—Ahí está —dijo el obispo cuando hubo terminado.

—¿Qué es? —dijo John volviéndose hacia Tom.

Éste simuló creer que le preguntaba su opinión sobre el dibujo.

—No puede haber ventanas tan grandes en una planta —dijo.

El obispo le miró irritado.

—No es una planta baja, es una sala escritorio.

—Es igual. De todas formas se desplomará.

—Tiene razón —dijo John.

—Pero es que han de tener luz para escribir.

John se encogió de hombros.

—¿Quién eres tú? —preguntó volviéndose hacia Tom.

—Me llamo Tom y soy albañil.

—Lo supuse. ¿Qué te trae por aquí?

—Estoy buscando trabajo. —Tom contuvo el aliento.

John sacudió la cabeza con ademán negativo.

—No puedo contratarte.

Todas las esperanzas de Tom se vinieron abajo. Hubiera que dar media vuelta e irse, pero esperó cortésmente a oír los motivos.

—Hace ya diez años que estamos construyendo aquí —siguió diciendo John—. La mayoría de los albañiles tienen casa en la ciudad. Estamos terminando y ahora tengo más albañiles aquí de los que en realidad necesito.

—¿Y el palacio? —preguntó Tom aun sabiendo que sería inútil.

—Estamos en las mismas —dijo John—. Precisamente estoy utilizando en él mi excedente de hombres. De no ser por él y por los castillos del obispo Roger, estaría ya prescindiendo de albañiles.

Tom hizo un ademán de asentimiento.

—¿Sabe si hay trabajo en alguna parte? —dijo con voz natural, intentando disimular su desesperación.

—A principios de año estaban construyendo en el monasterio de Shaftesbury. Tal vez aún sigan. Está a una jornada de distancia.

—Gracias —dijo Tom dando media vuelta para marchar.

—Lo siento —dijo John detrás de él—. Pareces un buen hombre.

Tom siguió caminando sin contestar. Se sentía defraudado. Había concebido esperanzas demasiado pronto. No tenía nada de extraño el que le hubieran rechazado. Pero se había sentido sumamente eufórico ante la perspectiva de volver a trabajar en una catedral. Ahora tendría que trabajar en la aburrida muralla de una ciudad o en la detestable casa de un orfebre.

Se cuadró de hombros mientras regresaba, atravesando el patio del castillo hasta donde le esperaban Agnes y Martha. Tom jamás le expresaba su decepción. Siempre intentaba dar la impresión de que todo marchaba bien, de que dominaba la situación y que poco importaba si allí no había trabajo, porque con toda seguridad habría algo en la próxima ciudad, o en la siguiente. Sabía que si mostraba la más leve muestra de inquietud, Agnes le

apremiaría a que buscara un trabajo fijo para instalarse definitivamente y él no quería eso, a menos que pudiera hacerlo en una ciudad donde hubiera que construir una catedral.

—Aquí no hay nada para mí —dijo a Agnes—. Pongámonos en marcha.

Agnes pareció alicaída.

—Se diría que con una catedral y un palacio en construcción habría puesto para otro albañil.

—Las dos construcciones están casi acabadas —le explicó Tom—. Tienen más hombres de los que necesitan.

La familia atravesó de nuevo el puente levadizo, sumergiéndose una vez más en las atestadas calles de la ciudad. Había entrado en Salisbury por la puerta del Este y saldrían por la del Oeste porque ése era el camino hacia Shaftesbury. Tom torció a la derecha, guiándoles por la parte de la ciudad que todavía no habían visto.

Se detuvo ante una casa de piedra en estado calamitoso, que estaba pidiendo a gritos reparaciones a fondo. Era evidente que habían utilizado una argamasa muy floja, que estaba desprendiéndose y cayendo. El hielo se había introducido en los agujeros, resquebrajando algunas piedras. De seguir en aquellas condiciones durante otro invierno, los daños aún serían peores. Tom decidió hablar de ello con el propietario.

La entrada a la planta baja era un arco amplio. La puerta de madera estaba abierta y en la entrada se encontraba sentado un artesano con un martillo en la mano derecha y una lezna, una pequeña herramienta metálica de punta afilada, en la izquierda. Estaba labrando un complejo dibujo sobre una silla de montar de madera colocada sobre el banco, delante de él. Tom pudo ver al fondo provisiones de madera y cuero y a un muchacho barriendo la viruta de madera.

—Buenos días, maestro guarnicionero —dijo Tom.

El guarnicionero levantó la mirada, juzgó a Tom como el tipo de hombre que se haría su propia silla de montar en caso de necesitar alguna e hizo un saludo breve con la cabeza.

—Soy constructor —siguió diciendo Tom—, y he visto que necesitáis de mis servicios.

—¿Por qué?

—Tu argamasa se está cayendo, tus piedras se están rajando y es posible que tu casa no dure otro invierno.

El guarnicionero sacudió la cabeza.

—Esta ciudad está llena de albañiles. ¿Por qué habría de emplear un forastero?

—Bueno —dijo Tom dando media vuelta—. Que Dios sea contigo.

—Así lo espero —dijo el guarnicionero.

—Un tipo con muy malos modos —farfulló Agnes a Tom mientras se alejaban.

Aquella calle les condujo hasta un mercado instalado en la plaza. Allí, en un mar de barro de medio acre, los campesinos de alrededores intercambiaban lo poco que podía haberles sobrado de carne o grano, leche o huevos, por aquellas otras cosas que necesitaban y que ellos mismos no podían hacer: ollas, rejas de arado, cuerdas y sal. Por lo general, los mercados eran de un gran colorido y más bien ruidosos. Se regateaba mucho en tono cordial, existía una rivalidad simulada entre los propietarios de los puestos contiguos, bollos baratos para los niños, en ocasiones un juglar o un grupo de titiriteros, muchas prostitutas pintarrajeadas y quizás un soldado lisiado contando historias de desiertos orientales y hordas sarracenas enloquecidas. Quienes habían hecho un buen trato caían con frecuencia en tentación de celebrarlo y se gastaban sus beneficios en buena cerveza de tal manera que, hacia mediodía, el ambiente estaba muy caldeado. Otros perdían el dinero a los dados y siempre acababan en pendencias. Sin embargo, en la mañana de aquel día lluvioso, con cosecha del año vendida o almacenada, el mercado estaba tranquilo. Los campesinos empapados por la lluvia y taciturnos hacían tratos con dueños de puestos muertos de frío, deseando todo el mundo estar de nuevo en casa junto a un buen fuego.

La familia de Tom iba abriéndose paso a través del gentío, haciendo caso omiso de los ofrecimientos que con escaso entusiasmo hacían el salchichero y el afilador.

Casi habían llegado al otro extremo de la plaza del mercado cuando Tom vio a su cerdo.

Al principio se quedó tan sorprendido que no daba crédito a ojos.

—Tom, mira —le siseó Agnes y entonces se dio cuenta de que ella también lo había visto.

No cabía la menor duda. Conocía a aquel cerdo tan bien como a Alfred o a Martha. Lo llevaba sujeto con mano experta un hombre con la tez arrebatada y la inmensa circunferencia de quien come toda la carne que necesita y luego repite. Sin duda alguna un carnicero.

Tanto Tom como Agnes se pararon en seco y se quedaron mirándole.

Como le impedían el paso, el hombre no pudo evitar darse cuenta de su presencia.

—¿Qué pasa? —preguntó desconcertado por sus miradas e impaciente por seguir adelante.

Fue Martha quien rompió el silencio.

—¡Ese cerdo es nuestro! —exclamó excitada.

—Así es —rubricó Tom mirando de frente al carnicero

Por un instante la expresión del hombre se hizo furtiva y Tom comprendió que sabía que el cerdo era robado.

—Acabo de pagar cincuenta peniques por él y eso lo convierte en mi cerdo —dijo pese a todo.

—Nadie a quien hayas dado tu dinero era el propietario así que no podía venderlo. Sin duda ese ha sido el motivo de que te lo dejara tan barato ¿A quién se lo compraste?

—A un campesino.

—¿A uno que conoces?

—No. Pero escúchame. Soy el carnicero de la guarnición. No puedo ir pidiendo a todos los granjeros que me venden un cerdo o una vaca que me presenten a doce hombres que juren que el animal es suyo y que puede venderlo.

El hombre se apartó para seguir su camino, pero Tom le detuvo cogiéndole del brazo. Por un instante el hombre pareció enfadarse pero luego se dio cuenta de que si se enzarzaba en una riña tal vez tuviera que soltar al cerdo y que si alguno de la familia de Tom lograba cogerlo se encontraría en desventaja y sería entonces él quien había de demostrar la propiedad.

—Si quieres hacer una acusación ve al sheriff —dijo conteniéndose.

Tom desechó la idea. No tenía prueba alguna.

—¿Qué aspecto tenía el hombre que te vendió mi cerdo? —preguntó en su lugar.

El carnicero puso una expresión taimada.

—El de cualquiera —dijo.

—¿Mantenía la boca oculta?

—Sí, ahora que lo pienso.

—Era un proscrito disimulando una mutilación —dijo Tom con amargura—. Supongo que no pensaste en eso.

—¡Está lloviendo a cántaros! —protestó el carnicero— ¡Todo el mundo se está poniendo a cubierto!

—Sólo quiero que me digas cuánto hace que os separasteis.

—Ahora mismo.

—¿Y adónde se dirigía?

—Supongo que a una cervecería.

—Para gastarse mi dinero —dijo Tom irritado—. Bueno, vete. Es posible que algún día te roben a ti y entonces desearás que no haya tanta gente dispuesta a comprar gangas sin hacer antes preguntas.

El carnicero parecía enfadado y vaciló como si quisiera darle réplica. Pero se lo pensó mejor y se marchó.

—¿Por qué le has dejado que se fuera? —preguntó Agnes.

—Porque a él le conocen aquí y a mí no —replicó Tom—. Si pelease con él, el culpable sería yo. Y como el cerdo no lleva mi nombre escrito en el culo, ¿quién puede decir si es mío o no?

—Pero todos nuestros ahorros.

—A lo mejor aún podemos hacernos con el dinero del cerdo —dijo Tom—. Cálmate y déjame pensar —La disputa con el carnicero le había puesto de mal humor y desahogaba su frustración con Agnes—. En alguna parte de esta ciudad hay un hombre sin labios y con cincuenta peniques de plata en su bolsillo. Todo cuanto hemos de hacer es encontrarle y quitarle el dinero.

—Claro —afirmó Agnes resuelta.

—Tú vuelve por el camino que hemos venido. Llégate hasta el recinto de la catedral. Yo me pondré en marcha y llegaré a la catedral desde la otra dirección. Entonces volveremos por la calle siguiendo así con todas. Si no está en las calles estará en alguna cervecería. Cuando lo veas quédate cerca de él y envía a Martha para avisar. Alfred vendrá conmigo. Haz lo posible para que él no te descubra.

—No te preocupes —dijo Agnes implacable—. Necesito ese dinero para dar de comer a mis hijos.

—Eres una leona, Agnes —dijo Tom poniéndole la mano en el brazo y sonriéndole.

Ella se le quedó mirando a los ojos un instante y de pronto se puso de puntillas y le besó en la boca, brevemente aunque con intensidad. Luego dio media vuelta y desandó el camino a través de la plaza del mercado con Martha a la zaga. Tom la observó mientras se perdía de vista sintiéndose preocupado por ella pese a su valor. Luego, acompañado de Alfred, tomó la dirección contraria.

El ladrón creería que estaba completamente a salvo. Claro, cuando robó el cerdo Tom se dirigía a Winchester. El ladrón se ha ido en dirección opuesta para vender el cerdo en Salisbury. Entonces aquella mujer proscrita, Ellen, había dicho a Tom que estaban reconstruyendo la catedral de Salisbury, por lo que él había cambiado de planes, tropezando sin pensarlo con el ladrón. Sin duda el hombre pensaba que nunca volvería a ver a Tom, lo que le daba a éste la oportunidad de cogerle por sorpresa.

Tom caminaba lentamente por la embarrada calle, intentando aparentar indiferencia al mirar a través de las puertas abiertas. Quería seguir pasando inadvertido, porque el episodio podía terminar de forma violenta y no quería que la gente recordara a un albañil alto escudriñando por la ciudad. La mayoría de las casas eran chamizos corrientes de madera, barro y barda, con

el suelo recubierto de paja, una chimenea en el centro y algunos muebles de confección casera.

Un barril y algunos bancos la convertían en cervecería. Una cama en el rincón con una cortina para aislarla anunciaba que había prostituta. Y un ruidoso gentío alrededor de una sola mesa significaba una partida de dados.

Una mujer con los labios manchados de rojo le mostró los pechos y Tom, sacudiendo la cabeza, pasó presuroso de largo. En su fuero interno le intrigaba la idea de hacerlo con una extraña, en pleno día y pagando, pero en toda su vida jamás lo había intentado.

Pensó de nuevo en Ellen, la mujer proscrita; también algo en ella le intrigaba. Tenía un poderoso atractivo, pero aquellos ojos hundidos e intensos le intimidaban. La invitación de la prostituta le había resultado algo molesta durante unos momentos, pero aún no se había disipado el hechizo de Ellen, y sintió un repentino y loco deseo de volver corriendo al bosque, para buscarla y caer sobre ella.

Llegó hasta el recinto de la catedral sin encontrar al proscrito. Miró a los fontaneros clavando las chapas de plomo en el tejado triangular de madera sobre la nave. Todavía no habían empezado a cubrir los tejados inclinados de las naves laterales de la iglesia y aún era posible ver los medios arcos de apoyo que conectaban el borde exterior del pasillo con el muro principal de la nave, apuntalando la mitad superior de la iglesia. Se los mostró a Alfred.

—Sin esos apoyos, el muro de la nave se curvaría hacia fuera y se doblaría a causa del peso de las bóvedas de piedra en el interior —le explicó—. ¿Ves cómo los medios arcos se alinean con los contrafuertes en el muro de la nave? También se alinean con los pilares del arco de la nave en el interior. Y las ventanas de la nave lateral se alinean con los arcos de la arcada. Los fuertes se alinean con los fuertes y los débiles con los débiles

Alfred parecía confundido y molesto. Tom suspiró. Vio a Agnes aparecer por el lado opuesto y sus pensamientos se centraron de nuevo en el problema inmediato. La capucha de Agnes le ocultaba el rostro, pero Tom la reconoció por su paso decidido y seguro. Campesinos de hombros anchos se apartaban para dejarla pasar. Si llegara a darse de manos a boca con el proscrito y hubiera pelea, las fuerzas estarían muy igualadas, se dijo implacable.

—¿Le has visto? —le preguntó Agnes

—No. Y es evidente que tú tampoco —Tom esperaba que el ladrón no hubiera abandonado todavía la ciudad. Estaba convencido de que no se iría sin gastarse algunos peniques. El dinero de nada le servía en el bosque.

Agnes estaba pensando lo mismo.

—Está aquí, en alguna parte. Sigamos buscando.

—Volveremos por otras calles y nos encontraremos otra vez en la plaza del mercado.

Tom y Alfred volvieron sobre sus pasos a través del recinto y salieron por el pórtico. La lluvia ya les estaba empapando las capas.

Tom pensó por un momento en una jarra de cerveza y un bol de carne de buey junto al fuego de una cervecería. Luego recordó lo mucho que había trabajado para comprar el cerdo y vio de nuevo al hombre sin labios descargar su palo sobre la cabeza inocente de Martha. Su fuga le hizo entrar en calor.

Resultaba difícil buscar de manera sistemática, ya que el desorden imperaba en el trazado de las calles. Se extendían de aquí para allá siguiendo los lugares en los que la gente había construido casas. Había infinidad de esquinas y de callejones sin salida. La única calle recta era la que iba desde la puerta del este hasta el puente levadizo del castillo. Había empezado ya a buscar por los alrededores, acercándose en zigzag a la muralla de la ciudad y de nuevo al interior.

Aquellos eran los barrios más pobres, con la mayoría de las casas en ruinas, las cervecerías más ruinosas y las prostitutas más viejas. El linde de la ciudad descendía desde el centro de tal manera que los desechos de los barrios más opulentos eran desalojados calle abajo para instalarse al pie de las murallas. Algo semejante parecía ocurrir con la gente ya que en aquel barrio había más lisiados y mendigos y niños hambrientos, mujeres con señales de golpes y borrachos impenitentes.

Sin embargo al hombre sin labios no se le veía por ninguna parte.

Por dos veces, Tom avistó a un hombre de constitución y aspecto semejantes, pero al mirarle más de cerca pudo ver que el rostro del hombre era normal.

Terminó su búsqueda en la plaza del mercado. Allí encontró a Agnes que le esperaba impaciente con el cuerpo tenso y los ojos brillantes.

—¡Lo he encontrado! —exclamó.

Tom se sintió presa de excitación aunque también aprensivo.

—¿Dónde?

—Entró en una pollería de allá abajo, junto a la puerta del Este.

—Llévame hasta allí.

Dieron la vuelta al castillo hasta el puente levadizo, bajaron por la calle recta hasta la puerta del Este y luego entraron en un laberinto de callejas debajo de las murallas. Al cabo de un momento Tom vio la pollería. Ni siquiera era una casa. Tan sólo un tejado inclinado sustentado por cuatro pilastras, adosado a la muralla de la ciudad, con un gran fuego en la parte trasera en el que se asaba un cordero ensartado en un espetón y borboteaba

un caldero. Era casi mediodía y aquel pequeño lugar estaba lleno de gente, hombres en su mayoría. El olor de la carne activó los jugos gástricos de Tom. Escudriñó entre la gente, temeroso de que el proscrito se hubiera ido durante el tiempo que habían necesitado para llegar allí. Divisó de inmediato al hombre, sentado en un taburete, algo apartado de la gente, comiendo con una cuchara el estofado de un bol, sujetándose la bufanda delante de la cara para ocultar la boca.

Tom se volvió rápido para que el hombre no le viera. Tenía que pensar en cómo actuar. Estaba lo bastante furioso como para derribar de un golpe al proscrito y quitarle su bolsa. Pero la gente no le dejaría irse. Tendría que dar explicaciones, no sólo a quienes presenciaran lo ocurrido sino también al sheriff. Tom estaba en su perfecto derecho y el hecho de que el ladrón fuera un proscrito significaba que nadie respondería por su honradez, en tanto que Tom era sin la menor duda un hombre respetable y un albañil. Pero para dejar en claro todo aquello se necesitaría tiempo, posiblemente semanas si resultaba que el sheriff se encontraba fuera, en alguna otra parte del Condado.

Y era posible que tuviera que responder a una acusación de interrumpir la paz del rey en el caso de que se produjera una refriega.

No, sería más prudente sorprender al ladrón cuando estuviera solo.

El hombre no podía pasar la noche en la ciudad, ya que no tenía vivienda en ella y no podía alojarse en parte alguna al no poder acreditar su respetabilidad. Por lo tanto tendría que irse antes de que se cerraran las puertas de la ciudad al anochecer.

Y sólo había dos puertas.

—Probablemente se irá por el mismo camino que ha llegado —dijo Tom a Agnes—. Esperaré afuera de la puerta del Este. Deja que Alfred vigile la del Oeste. Tú quédate en la ciudad y observa lo que hace el ladrón. Lleva contigo a Martha pero no dejes que él la vea. Si necesitas enviarnos un mensaje a mí o a Alfred hazlo a través de Martha.

—De acuerdo —dijo Agnes lacónica.

—¿Y qué he de hacer si viene por mi lado? —preguntó Alfred.

Parecía excitado.

—Nada. —El tono de Tom era tajante—. Observa el camino que toma y luego espera. Martha vendrá a avisarme y los dos nos ocuparemos de él—. Alfred parecía decepcionado y Tom le dijo—: Haz lo que te digo. No quiero perder a mi hijo como he perdido a mi cerdo.

Alfred asintió reacio.

—Separémonos antes de que nos vea juntos conspirando. Vamos.

Tom se apartó rápidamente de ellos, sin mirar atrás. Confiaba en que Agnes seguiría al pie de la letra el plan. Se dirigió presuroso hacia la puerta del Este saliendo en la ciudad, atravesando el desvencijado puente de madera en el que aquella misma mañana había empujado su carreta con la yunta de bueyes. Delante de él tenía el camino a Winchester, todo recto, como una larga alfombra que fuera desenrollándose a través de colinas y valles. A su izquierda, el Portway, el río por el que Tom y seguramente también el ladrón había ido a Salisbury, daba vuelta a una colina y desaparecía. Tenía la certeza de que el ladrón tomaría el camino de Portway.

Tom bajó la colina y atravesó el enjambre de casas en la encrucijada volviéndose luego en dirección al Portway. Tenía que ocultarse.

Siguió andando a lo largo del camino en busca del escondrijo adecuado Recorrió doscientas yardas sin encontrar nada. Al mirar hacia atrás se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Ya no distinguía las caras de la gente en los cruces, por lo que no podría saber si aparecía el hombre sin labios y tomaba el camino de Winchester.

Escudriñó de nuevo el panorama. A ambos lados de la carretera había zanjas que hubieran proporcionado un buen escondrijo con tiempo seco pero ese día estaban llenas de agua. Del otro lado de las zanjas el terreno ascendía formando un montecillo. En los pastos de la parte sur de la carretera algunas vacas pastaban los rastrojos. Tom vio a una vaca tumbada en el borde elevado del campo, de cara al camino y oculta en parte por el montecillo. Con un suspiro volvió sobre sus pasos. Atravesó de un salto la zanja y dio un puntapié a la vaca, que se levantó y se fue. Tom se tumbó en el trecho seco y cálido que el animal había dejado. Se echó la capucha sobre la cara y se dispuso a esperar, lamentando no haber sido un poco previsor y haber comprado algo de pan antes de salir de la ciudad.

Sentía ansiedad y algo de temor. El proscrito era un hombre más pequeño, pero se movía con rapidez y era resabiado, como lo demostró al golpear a Martha y robar el cerdo. Tom se sentía algo atemorizado ante la posibilidad de que le hirieran, pero mucho más preocupado ante la idea de no poder recuperar el dinero.

Esperaba que Agnes y Martha se encontraran bien. Él sabía que Agnes sabía cuidar de sí misma. Y además si el proscrito llegaba a descubrirla, ¿qué podía hacer? Tan sólo mantenerse alerta.

Desde donde estaba, Tom podía ver las torres de la catedral. Le hubiera gustado tener un momento para ver el interior. Sentía curiosidad respecto al tratamiento de los pilares de la arcada. Éstos solían ser pilares gruesos, cada uno de ellos coronado por arcos. Dos arcos en dirección Norte y Sur para conectar con los pilares vecinos en la arcada. Y uno hacia el Este o el Oeste a

través de la nave lateral. El resultado era feo, ya que no parecía del todo correcto que un arco emergiera de la parte superior de una columna redonda. Cuando Tom construyera su catedral, cada piso sería un grupo de fustes con un arco emergiendo de la parte superior de cada uno de ellos. Una ordenación lógica y elegante.

Empezó a visualizar la decoración de los arcos. Las formas geométricas eran las más comunes... No se necesitaba demasiada habilidad para esculpir zigzags y losanges, pero a Tom le gustaba el follaje y un toque de naturaleza que contribuían a suavizar la dura regularidad de las piedras.

Su mente estuvo ocupada por aquella catedral imaginaria hasta media tarde, cuando avistó la figura leve y la cabeza rubia de Martha que llegaba corriendo por el puente y entre las casas. Al llegar al cruce vaciló un instante y luego enfiló por el buen camino. Tom la observaba caminar hacia él, viéndola fruncir el entrecejo al tratar de adivinar dónde podría estar. Al llegar la niña a su altura, Tom la llamó en voz queda.

—Martha.

La niña lanzó un pequeño grito, luego le vio y corrió hacia él saltando la zanja.

—Mamá te envía esto —dijo sacando algo de debajo de la capa.

Era una empanada de carne caliente.

—¡Vive el cielo que tu madre es una buena mujer! —exclamó Tom, dándole un bocado descomunal. Era carne de buey y cebolla y le supo a gloria.

Martha se puso en cuclillas sobre la hierba junto a Tom.

—Esto es lo que le ha pasado al hombre que robó nuestro cerdo. —Arrugando la naricilla se concentró para recordar lo que le habían indicado que dijera. Estaba tan bonita que Tom casi se quedó sin aliento—. Salió de la pollería y se reunió con una dama con la cara pintada y se fue a casa de ella. Nosotras esperamos fuera.

Mientras el proscrito se gastaba nuestro dinero con una..., pensó Tom con amargura.

—Sigue.

—No estuvo mucho tiempo en casa de la dama y cuando salió se fue a una cervecería. Ahora esta allí. No bebe mucho pero juega a los dados.

—Espero que gane —dijo Tom con tono adusto—. Sigue.

—Eso es todo.

—¿Tienes hambre?

—He comido un bollo.

—¿Le has contado a Alfred todo esto?

—Todavía no. Tengo que hacerlo ahora.

—Dile que se ande con ojo.

—Que se ande con ojo —repitió la niña—. ¿Debo decirle eso antes o después de que le cuente lo del hombre que robó nuestro cerdo?

En definitiva poco importaba.

—Después —dijo Tom, ya que Martha quería una respuesta firme. Sonrió a su hija—. Eres una chica muy lista. Ya puedes irte.

—Me gusta este juego —aseguró ella. Agitó la mano, brincando con sus piernecitas de niña al saltar melindrosa la zanja y volver corriendo a la ciudad. Tom la siguió con la mirada con una mezcla de cariño y enfado. Él y Agnes habían trabajado encarnizadamente para ganar dinero y poder alimentar a sus hijos, y estaba dispuesto incluso a matar para recuperar lo que les habían robado.

Quizás también el proscrito estuviera dispuesto a matar. Los proscritos estaban fuera de la ley, como su propio nombre indicaba. Vivían en un ambiente de violencia desatada. Ésa no debía ser la primera vez que Faramond Openmouth tropezaba con una de sus víctimas. Era peligroso, desde luego.

La luz del día comenzó a desvanecerse con sorprendente rapidez como a veces ocurría en las lluviosas tardes otoñales. Tom empezó a preocuparse por si sería capaz de reconocer al ladrón bajo aquella lluvia. A medida que anochecía empezaba a disminuir la circulación de entrada y salida de la ciudad, ya que la mayoría de los visitantes se habían ido con tiempo para llegar a sus aldeas al anochecer. Las luces de velas y linternas empezaron a parpadear en las casas más altas de la ciudad y en los chamizos de los barrios pobres. Tom empezó a cavilar con pesimismo en si después de todo el ladrón no se quedaría en la ciudad toda la noche. Quizás tuviera en ella amigos deshonestos como él que le acogerían incluso a sabiendas de que era un proscrito. Tal vez...

Y entonces Tom divisó a un hombre con la boca tapada por una bufanda.

Avanzaba por el puente de madera junto a otros dos hombres. Tom pensó de pronto que era posible que los dos cómplices de ladrón, el calvo y el hombre del sombrero verde, hubieran acudido con él a Salisbury. No había visto a ninguno de los dos en la ciudad pero podían haberse separado durante un tiempo, reuniéndose de nuevo para el camino de vuelta. Tom masculló un juramento ya que no creía que pudiera encararse a tres hombres. Pero el grupo se separó a medida que se acercaban y Tom se sintió aliviado al darse cuenta de que después de todo no iban juntos. Los dos primeros eran padre e hijo, dos campesinos morenos, de ojos muy juntos y narices aguileñas. Cogieron el camino del Portway seguidos por el hombre de la bufanda.

A medida que el ladrón se acercaba, se fijó en sus andares. Parecía que estaba sobrio. Era una lástima.

Al mirar de nuevo hacia la ciudad vio a una mujer y una niña que salían del puente. Eran Agnes y Martha. Se sintió consternado. Ni había imaginado que estuvieran presentes cuando se enfrentara con el ladrón. Pero cayó en la cuenta de que no les había dicho que no estuvieran.

Se puso tenso cuando todos ellos avanzaron por el camino en su dirección. Tom era tan grande que la mayoría de la gente se retiraría en caso de enfrentamiento, pero los proscritos estaban desesperados y era imposible predecir lo que podía ocurrir durante una pelea.

Los dos campesinos siguieron camino, ligeramente alegres, hablando de caballos. Tom descolgó de su cinturón el martillo de cabeza de hierro y lo agarró con la mano derecha. Odiaba a los ladrones que no trabajaban y que les quitaban el pan a las buenas gentes. No tendría remordimiento alguno en sacudir a aquél con el martillo.

El ladrón pareció que aminoraba el paso al acercarse, como si presintiera un peligro. Tom esperó hasta que estuvo a cuatro o cinco yardas de distancia, demasiado cerca para retroceder corriendo y demasiado lejos para echar a correr hacia delante. Entonces Tom dio la vuelta al promontorio, saltó la acequia y se plantó en el camino.

—¿Qué es esto? —dijo el hombre nervioso, parándose de repente y mirándole.

No me ha reconocido, pensó Tom.

—Ayer me robaste mi cerdo y hoy se lo has vendido a un carnicero —le dijo.

—Yo nunca...

—No lo niegues —dijo Tom—. Dame el dinero que te han pagado por él y no te haré daño.

Por un instante creyó que el ladrón se lo iba a dar, pero se sintió decepcionado al ver que el hombre vacilaba. Entonces el ladrón se dio media vuelta y echó a correr, tropezando directamente con Agnes.

No corría lo suficientemente aprisa como para derribarla, y además era una mujer a la que no resultaba fácil derribar, así que los dos se tambalearon de un lado a otro durante un momento como dos torpes marionetas. El hombre se dio cuenta entonces de que ella le estaba impidiendo el paso deliberadamente y la empujó a un lado.

Agnes alargó la pierna al pasar el ladrón junto a ella, metiendo el pie entre las rodillas de él, y ambos cayeron al suelo.

Tom echó a correr hacia ella con el corazón en la boca. El ladrón se estaba poniendo en pie con una rodilla sobre la espalda de ella.

Tom le agarró por el cuello y le apartó violentamente de Agnes. Le arrastró hasta la linde del camino antes de que pudiera recuperar el equilibrio, y le arrojó a la acequia.

Agnes se puso en pie. Martha corrió hacia ella.

—¿Estás bien? —preguntó Tom rápidamente.

—Sí —le contestó Agnes.

Los dos campesinos se habían detenido, y contemplaban la escena preguntándose qué estaría pasando. El ladrón estaba de rodillas en la acequia.

—¡Un proscrito! —les gritó Agnes para desanimarles a intervenir—. Nos ha robado el cerdo.

Los campesinos no contestaron pero se quedaron a ver en qué terminaba todo.

—Dame mi dinero y te dejaré marchar —dijo Tom al ladrón.

Pero el hombre salió de la zanja, rápido como una rata, con un cuchillo en la mano, y se lanzó a la garganta de Tom. Agnes lanzó un chillido.

Él esquivó la acometida. El cuchillo centelleó frente a su cara y sintió un agudo dolor en la mandíbula.

Retrocediendo, blandió su martillo al tiempo que el cuchillo volvió a centellear. El ladrón retrocedió de un salto y tanto el cuchillo como el martillo cortaron aire húmedo de la noche sin conectar entre sí.

Por un instante ambos hombres se mantuvieron quietos, frente a frente y jadeantes. A Tom le dolía la mejilla. Se dio cuenta de que las fuerzas estaban equiparadas, porque aunque él era más alto y fuerte, el ladrón tenía un cuchillo que era un arma más mortal que el martillo de un albañil. Se sintió invadido por un frío temor al darse cuenta de que podía estar a punto de morir. De repente tuvo la impresión de que no podía respirar.

Por el rabillo del ojo observó un movimiento repentino. También lo captó el ladrón, que lanzó una rápida mirada a Agnes y ladeó la cabeza para esquivar la piedra lanzada por la mano de ella.

Tom reaccionó con la rapidez de un hombre que teme por su vida y descargó el martillo sobre la cabeza inclinada del ladrón. Le dio en el preciso momento en que el hombre volvía a mirarle.

La cabeza de hierro le golpeó en la frente, justo en el nacimiento del pelo. Fue un golpe apresurado, no asestado con toda la inmensa fuerza de que era capaz Tom. El ladrón se tambaleó, aunque sin llegar a caer.

Tom volvió a golpearle, esa vez con más fuerza. Tuvo tiempo de levantar el martillo sobre su cabeza y orientarlo bien mientras el ladrón, aturdido, intentaba fijar la mirada. Tom pensó en Martha mientras descargaba el martillo.

Golpeó con toda su fuerza y el ladrón cayó al suelo como un muñeco abandonado.

Tom estaba demasiado tenso para sentirse aliviado. Se arrodilló junto al ladrón y empezó a registrarle.

—¿Dónde tiene la bolsa? ¡Dónde tiene la bolsa, maldición! —Resultaba difícil mover aquel cuerpo inerte. Finalmente Tom logró ponerlo boca arriba y le abrió la capa. Una gran bolsa de cuero colgaba de su cinturón. Tom la abrió. Dentro había otra bolsa de lana suave cerrada con un cordel. Tom la sacó. No pesaba—. ¡Vacía! Debe de tener otra —exclamó.

Sacó la capa de debajo del hombre y la palpó cuidadosamente. No tenía bolsillos disimulados ni nada por el estilo. Le quitó las botas; dentro no había nada. Sacó del cinturón su cuchillo de comer y rajó las suelas. Nada.

Introdujo impaciente su cuchillo por el cuello de la túnica de lana, rasgándola hasta el orillo. No llevaba oculto ningún cinturón con dinero.

El hombre yacía en medio del enfangado camino, desnudo salvo por sus medias. Los dos campesinos miraban a Tom como si pensaran que estaba loco.

—¡No tiene ni un penique! —dijo Tom furioso a Agnes.

—Debe de haber perdido todo a los dados —dijo ésta con amargura.

—Espero que arda en las llamas del infierno —dijo Tom.

Agnes se arrodilló y puso la mano sobre el pecho del ladrón.

—Ahí es donde esta ahora —dijo—. Lo has matado.

4

Para Navidad se morirían de hambre.

El invierno llegó pronto y fue tan frío, duro e implacable como el cincel de hierro de un cantero. En los árboles todavía quedaban manzanas cuando las primeras escarchas espolvorearon los campos. La gente decía que era una ola de frío, pensando que duraría poco, pero no fue así. En las aldeas que habían dejado para algo más adelante la labranza de otoño, rompieron sus arados en la tierra dura como la roca. Los campesinos se apresuraron a matar a los cerdos y a salarlos para el invierno, y los señores sacrificaron su ganado porque los pastos invernales no soportarían el mismo número de animales que en verano. Pero las interminables heladas secaron la hierba, y algunos de los animales que quedaban también murieron. Los lobos llegaron a estar desesperadamente famélicos y con la oscuridad entraban en las aldeas para robar gallinas escuálidas y niños desnutridos.

En los lugares de construcción en todo el país, tan pronto como llegaron las primeras heladas, se apresuraron a cubrir los muros y paredes construidos

durante aquel verano con paja y estiércol a fin de aislarlos del frío más fuerte, ya que la argamasa no se había secado completamente y si se helaba podría agrietarse. Hasta la primavera no volverían a trabajar con argamasa. Algunos albañiles habían sido contratados tan sólo para el verano y regresaron a sus respectivas aldeas, donde eran más conocidos como hombres habilidosos que como albañiles, y solían pasar el verano haciendo arados, sillas de montar, guarniciones, carretas, palas, puertas y cualquier otra cosa que requiriera una mano hábil con el martillo, el escoplo y la sierra. Los demás albañiles se trasladaban a los alojamientos colgadizos del recinto; mientras duraba la luz del día se dedicaban a cortar piedras con formas intrincadas. Pero como las heladas fueron tempranas, el trabajo avanzaba demasiado deprisa. Y como los campesinos tenían hambre, los obispos, alcaldes y señores tenían menos dinero del esperado para trabajar en la construcción. Y por ello, a medida que avanzaba el invierno, fueron despedidos algunos albañiles.

Tom y su familia peregrinaron de Salisbury a Shaftesbury, y de allí a Sherborne, Wells, Bath, Bristol, Gloucester, Oxford, Wallingford y Windsor. Por todas partes ardía el fuego en el interior de las viviendas, en el patio de las iglesias y entre los muros del castillo resonaba la canción del hierro sobre la piedra, y los maestros constructores hacían pequeños modelos exactos de arcos y bóvedas con sus hábiles manos enfundadas en mitones. Algunos maestros se mostraron impacientes, bruscos o descorteses. Otros miraban tristemente a los hijos de Tom, delgados a más no poder, y a la mujer encinta, hablándole con amabilidad y sentimiento. Pero en labios de todos estaba la misma respuesta: no, aquí no hay trabajo para ti.

Siempre que podían recurrían a la hospitalidad de los monasterios, donde los viajeros podían hacer una especie de comida y encontrar un sitio para dormir. Pero la regla era estricta, sólo por una noche. Al madurar las zarzamoras en las espesas zarzas, Tom y su familia vivieron de ellas como los pájaros. Agnes solía encender en el bosque un fuego debajo de la olla de hierro y cocer gachas de avena. Pero aun así la mayor parte del tiempo se veían obligados a comprar pan a los panaderos o arenques en escabeche a los pescaderos, o a comer en las cervecerías y pollerías, que le resultaba más caro que prepararse ellos mismos la comida. Y por ello el dinero se iba esfumando de forma inexorable.

Martha, que no era de naturaleza delgada, había enflaquecido de manera inverosímil. Alfred seguía creciendo como una hierba en tierra poco profunda y se estaba haciendo larguirucho. Agnes comía poco, pero el bebé que llevaba en el vientre se hacía más y más comilón y Tom se daba cuenta de que a su mujer le atormentaba el hambre. A veces le ordenaba que comiera más, y entonces incluso su voluntad de hierro se doblegaba ante la autoridad de su

marido y del hijo que aún no había nacido. Pese a ello no adquiría peso ni se ponía sonrosada como le había ocurrido durante otros embarazos. Por el contrario, tenía un aspecto macilento a pesar de su voluminoso vientre, parecido al de un niño hambriento en tiempos de extrema carestía.

Desde que salieron de Salisbury habían caminado las tres cuartas partes de un gran círculo y al final del año estaban de nuevo en el inmenso bosque que se extendía desde Windsor a Southampton. Se dirigían a Winchester. Tom había vendido todas sus herramientas de albañil y, salvo algunos peniques, se habían gastado todo el dinero.

Tan pronto como encontrara trabajo tendría que pedir prestadas herramientas o bien dinero para comprarlas Si no encontraba trabajo en Winchester no sabría qué hacer. En su pueblo natal tenía hermanos, pero estaba en el norte a varias semanas de viaje y la familia moriría de inanición antes de llegar allí. Agnes era hija única y sus padres habían muerto.

Mediado el invierno no había trabajo agrícola. Tal vez Agnes pudiera obtener algunos peniques como criada en alguna casa rica de Winchester. Lo que sí era seguro era que no podía seguir por mucho más tiempo recorriendo penosamente los caminos ya que pronto daría a luz

Pero hasta Winchester aún les quedaban tres días de camino y en ese momento tenían hambre. Las zarzamoras se habían acabado, no había monasterio alguno a la vista y Agnes no tenía avena para cocerla en la olla que llevaba sujeta a la espalda. La noche anterior habían cambiado un cuchillo por una hogaza de pan de centeno, cuatro boles de caldo sin carne y un lugar para dormir junto al fuego en la cabaña de un campesino. Desde entonces no habían visto una sola aldea. Pero hacia la última hora de la tarde Tom vio subir humo de entre los árboles y descubrieron la cabaña de un solitario guarda forestal del Rey. Les dio un saco de nabos a cambio del hacha pequeña de Tom.

Desde entonces tan sólo habían caminado tres millas cuando Agnes dijo que estaba demasiado cansada para seguir. Tom se quedó sorprendido. Durante todos los años que habían vivido juntos jamás la había oído decir que estuviera demasiado cansada para hacer cualquier cosa.

Agnes se sentó al abrigo de un inmenso castaño de Indias junto al camino. Tom hizo un hoyo poco hondo para el fuego, utilizando una banqueta de pala de madera, una de las pocas herramientas que le habían quedado, ya que nadie quiso comprársela. Los niños recogieron ramitas y Tom encendió el fuego, cogiendo luego la olla y, yendo en busca de un arroyo, volvió con ella llena de agua helada y la colocó al borde del fuego. Agnes cortó a rebanadas algunos nabos.

Martha fue recogiendo las castañas caídas del árbol y Agnes le enseñó a pelarlas y a machacar la blanda pulpa hasta obtener una harina tosca que serviría para espesar la sopa de nabos. Tom envió a Alfred a por más leña, mientras él cogió un palo y se dedicó a hurgar entre las hojas secas que cubrían el suelo del bosque con la esperanza de encontrar un erizo hibernando o una ardilla para echarla al caldo. No hubo suerte.

Se sentó junto a Agnes mientras caía la noche y se iba haciendo la sopa.

—¿Nos queda algo de sal? —le preguntó.

Su mujer negó con la cabeza.

—Hace ya semanas que estás comiendo las gachas sin sal —le dijo—, ¿te habías dado cuenta?

—A veces el hambre es la mejor especia.

—Pues de ésa tenemos mucha —De repente Tom se sentía terriblemente cansado; sentía el peso abrumador de las constantes decepciones sufridas durante los últimos cuatro meses y ya no podía mostrarse valiente por más tiempo.

—¿Qué es lo que ha ido mal, Agnes? —preguntó con voz quejumbrosa.

—Todo —dijo ella— El invierno pasado no tuviste trabajo. En primavera encontraste, pero luego la hija del conde canceló la boda. Lord William canceló la casa. Entonces decidimos quedarnos y trabajar en la recolección. Fue una equivocación.

—Desde luego, me hubiera resultado más fácil encontrar un trabajo en la construcción durante el verano que en otoño.

—Además el invierno llegó pronto. Y a pesar de todo hubiéramos estado bien de no habernos robado el cerdo.

Tom asintió con gesto fatigado

—Mi único consuelo es saber que el ladrón estará sufriendo todos los tormentos del infierno.

—Así lo espero.

—¿Es que lo dudas?

—Los religiosos no saben tanto como pretenden. Recuerda que mi padre era uno de ellos

Tom lo recordaba muy bien. Un muro de la iglesia parroquial del padre de Agnes se había desmoronado sin posibilidad de arreglo y habían contratado a Tom para reconstruirlo. A los sacerdotes no se les permitía casarse, pero aquél tenía un ama de llaves y ésta tenía una hija. En la aldea era un secreto a voces que el padre de esa hija era el sacerdote. Agnes no era hermosa ni siquiera entonces, pero su cutis tenía todo el brillo de la juventud y rebosaba energía. Solía hablar con Tom mientras éste trabajaba, y en ocasiones el viento ceñía el vestido a su cuerpo hasta el punto de que Tom podía ver sus

curvas, incluso su ombligo casi como si hubiera estado desnuda. Una noche ella apareció en la pequeña cabaña donde Tom dormía y le puso una mano en la boca para indicarle que no hablara. Luego se quitó el vestido para que él pudiera verla desnuda a la luz de la luna. Entones, Tom abrazó su cuerpo joven y vigoroso e hicieron el amor.

—Los dos éramos vírgenes —dijo, en voz alta.

Agnes sabía en qué pensaba. Sonrió. Luego su rostro se ensombreció de nuevo.

—Parece tan lejano —dijo.

—¿Podemos comer ya? —preguntó Martha.

El olor de la sopa activaba los jugos gástricos de Tom. Hundió el bol en la olla hirviente y sacó unos trozos de nabo con algo de caldo.

Utilizó la punta afilada de su cuchillo para comprobar si estaba cocido el nabo; aún le faltaba algo, pero decidió no hacerles esperar más. Llenó un bol para cada niño y luego llevó uno a Agnes.

Parecía agotada y pensativa. Sopló la sopa para enfriarla y luego se llevó el bol a los labios.

Los niños vaciaron rápidamente los suyos y pidieron más. Tom apartó la olla del fuego utilizando el borde de su capa para no quemarse los dedos, y vació la sopa que quedaba en los boles de los niños.

—¿Y tú? —le preguntó Agnes cuando volvió junto a ella.

—Ya comeré mañana —dijo él.

La mujer parecía demasiado cansada para discutir.

Tom y Alfred alimentaron la hoguera y recogieron leña suficiente para toda la noche. Luego, envolviéndose en las capas, se tumbaron sobre las hojas para dormir.

Tom tenía el sueño ligero y se despertó inmediatamente al oír los quejidos de Agnes.

—¿Qué pasa? —susurró.

Ella volvió a quejarse. Tenía la cara pálida y los ojos cerrados.

—Ya viene el niño —dijo.

Tom se quedó sin respiración por un instante. *Aquí no* -se dijo-, *aquí no, sobre un suelo helado en el corazón del bosque.*

—Pero aún no es el tiempo —dijo.

—Se ha adelantado.

—¿Has roto aguas? —preguntó Tom, tratando de mantener la calma.

—Poco después de irnos de la cabaña del guarda forestal —jadeó Agnes sin abrir los ojos.

—¿Y los dolores?

—Los tengo desde entonces.

Muy propio de ella mantenerlo en silencio. Entretanto, Alfred y Martha se habían despertado.

—¿Qué pasa? —preguntó Alfred.

—El niño está a punto de nacer —dijo Tom.

Martha se echó a llorar. Tom frunció el entrecejo, pensativo.

—¿Podrías esperar hasta que volvamos a la cabaña del guarda? —preguntó a Agnes. Al menos allí tendría un techo, paja donde tumbarse y alguien que le ayudara.

Agnes sacudió la cabeza.

—El niño se ha desprendido ya.

—Entonces no tardará mucho.

Se encontraban en la zona más desierta del bosque. En toda la mañana no habían visto una sola aldea y el guarda les había dicho que tampoco verían ninguna durante todo el día siguiente. Ello quería decir que no había posibilidad alguna de encontrar a una mujer que pudiera hacer de partera. El mismo Tom tendría que sacar al bebé. Pero con aquel frío y con sólo la ayuda de los niños, y si algo iba mal no tenía medicinas ni conocimientos...

Es culpa mía —se dijo Tom—, *la dejé embarazada y luego en la miseria. Confiaba en mí para que la mantuviera y ahora esta dando a luz al aire libre en pleno invierno.* Siempre había despreciado a las mujeres que traían hijos al mundo y luego dejaban que se muriesen de hambre. Y ahora no era mejor que ellas. Se sintió avergonzado

—Estoy tan cansada... —dijo Agnes—. No creo que pueda traer a este niño al mundo. Sólo quiero descansar.

A la luz de la hoguera la cara le brillaba cubierta por una fina capa de sudor. Tom comprendió que tenía que sobreponerse. Iba a tener que darle fuerzas a Agnes.

—Yo te ayudaré —le dijo.

No había nada misterioso ni complicado en lo que estaba a punto de suceder. Él había sido testigo del nacimiento de varios niños. La tarea la realizaban por lo general las mujeres, ya que ellas sabían cómo se sentía la madre, y ello les permitía prestarle una mejor ayuda, pero no había motivo alguno para que un hombre no lo hiciera, llegado el caso. En primer lugar tenía que hacer que se sintiera cómoda. Luego, averiguar lo avanzado del parto. Después, hacer los preparativos necesarios y por último tranquilizarla mientras esperaran.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Con frío —contestó ella.

—Acércate más al fuego —le indicó Tom al tiempo que se quitaba la capa y la extendía sobre el suelo, a un paso de distancia del fuego

Tom la levantó sin esfuerzo y la dejó sobre la capa con suavidad.

Se arrodilló junto a ella. La túnica de lana que Agnes llevaba debajo de su propia capa estaba abotonada de arriba a abajo. Tom le desabrochó dos botones e introdujo la mano. Agnes lanzó una leve exclamación.

—¿Te duele? —preguntó él sorprendido y preocupado.

—No —repuso ella con una leve sonrisa—. Tienes las manos frías.

Palpó la forma de su vientre. Lo tenía más abultado y puntiagudo que la noche anterior, cuando los dos durmieron juntos sobre la paja del suelo en la cabaña de un campesino. Tom apretó algo más tanteando la forma del niño por nacer. Encontró un extremo del cuerpo exactamente debajo del ombligo de Agnes pero no lograba localizar el otro extremo.

—Puedo palpar su trasero, pero no la cabeza —dijo.

—Eso es porque va de camino —le aseguró ella.

La cubrió, remetiéndole la capa por debajo. Tenía que hacer rápidamente los preparativos. Miró a los niños. Martha se sorbía las lágrimas. Alfred parecía asustado. Sería buena cosa darles algo en qué ocuparse.

—Coge la olla y llévala junto al arroyo, Alfred. Límpiala y vuélvela a traer llena de agua fresca. Y tú, Martha, coge algunos juncos y hazme dos trozos de cordel, cada uno de ellos lo bastante grande para una gargantilla. Venga, aprisa. Para cuando amanezca tendréis otro hermano o hermana.

Cada uno se fue por su lado. Tom sacó su cuchillo de comer y una piedra pequeña y dura y empezó a afilar la hoja. Agnes volvió a quejarse. Tom dejó el cuchillo y le cogió la mano.

Así había permanecido sentado junto a ella cuando nacieron los otros; Alfred, luego Matilda que murió a los dos años, y Martha. Y el hijo que nació muerto, un niño al que Tom, en secreto, pensaba ponerle el nombre de Harold. Pero en cada ocasión siempre había habido alguien más, dando seguridad y confianza; para Alfred, la madre de Agnes, para Matilda y Harold, una partera de la aldea, y para Martha nada menos que la dama del señorío. Esta vez tendría que hacerlo solo, aunque sin mostrar su inquietud. Debía hacer que Agnes se sintiera contenta y confiada.

Pasado el espasmo, Agnes se tranquilizó.

—¿Recuerdas cuando nació Martha y Lady Isabella hizo de partera? —le preguntó Tom.

Agnes sonrió.

—Estabas construyendo una capilla para el señor y le pediste que enviara a la doncella a la aldea en busca de la partera.

—Y ella dijo *¿Esa vieja bruja borracha? No la dejaría traer al mundo a una camada de perros lobos*. Y nos llevó a su propia cama y Lord Robert no pudo acostarse hasta que hubo nacido Martha.

—Era una buena mujer.

—No hay muchas damas como ella.

Alfred volvió con la olla llena de agua fría. Tom la colocó cerca del fuego, aunque no lo bastante cerca para que hirviera. Así tendrían agua templada. Agnes buscó debajo de su capa y sacó una pequeña bolsa de lino conteniendo trapos limpios que llevaba preparados.

Martha también regresó con las manos llenas de juncos y se sentó en el suelo para trenzarlos.

—¿Para qué necesitas cordeles? —preguntó.

—Para algo muy importante, ya verás —dijo Tom— Hazlos bien.

Alfred parecía inquieto e incómodo.

—Vete a buscar más leña —le dijo Tom—. Hagamos una buena hoguera.

El muchacho se alejó, contento por tener algo que hacer.

El rostro de Agnes se tensó con el esfuerzo al empezar de nuevo, por sacar un niño de su vientre, emitiendo un ruido semejante a un árbol crujiendo bajo la galerna. Tom se dio cuenta que el esfuerzo estaba acabando con sus últimas reservas de energía. Deseaba de todo corazón haber podido soportarlo en su lugar por darle a ella algo de alivio. Finalmente pareció que se calmaba el dolor y Tom volvió a respirar algo más tranquilo. Daba la impresión de que Agnes dormitaba.

Alfred volvió con una brazada de leña pequeña.

Agnes volvió a espabilarse.

—Tengo mucho frío —dijo.

—Echa leña al fuego, Alfred. Y tú, Martha, túmbate junto a madre y procura que esté caliente —dijo Tom.

Ambos obedecieron con expresión inquieta. Agnes rodeó con brazos a Martha, manteniéndola apretada contra sí. Tenía escalofríos.

Tom estaba tremendamente preocupado. El fuego ardía con fuerza y crepitaba, pero el aire era cada vez más frío. Podía llegar a ser uno que matara al bebé con su primer aliento. No era desconocido que los niños nacieran al aire libre, de hecho solía ocurrir durante la temporada de la recolección, cuando todo el mundo estaba ocupado, y las mujeres trabajaban hasta el último minuto. Pero entonces la tierra estaba seca, la hierba verde y el aire fragante; jamás se ha sabido de una mujer que diera a luz al aire libre en invierno.

Agnes se incorporó, apoyándose en un codo, y abrió más las piernas.

—¿Qué pasa? —preguntó Tom asustado.

Agnes estaba haciendo un esfuerzo demasiado fuerte para poder contestar.

—Alfred, arrodíllate detrás de tu madre y deja que se apoye contra ti —dijo Tom.

Cuando Alfred se encontró en posición, Tom abrió la capa Agnes y desabrochó la falda de su vestido. Arrodillándose entre las piernas de ella pudo ver que la abertura del alumbramiento empezaba a dilatarse.

—Ya no falta mucho, cariño —murmuró, esforzándose por afirmar la voz, temblorosa por el temor.

Agnes volvió a tranquilizarse, cerrando los ojos y descargando todo su peso sobre Alfred. La abertura pareció contraerse algo. En el bosque reinaba el silencio, salvo por el crepitar de la gran hoguera. De repente, Tom pensó en cómo había alumbrado Ellen, la proscrita, sola en el bosque. Debió de ser terrorífico; había dicho que tenía miedo de que llegara un lobo mientras se encontraba indefensa, y robara al bebé recién nacido. Según se decía, este año los lobos se mostraban más audaces que de costumbre, pero seguramente no atacarían a un grupo de cuatro personas.

Agnes volvió a ponerse tensa y nuevas gotas de sudor brillaron en su rostro contraído. *Ya estamos*, pensó Tom. Estaba asustado. Vio abrirse de nuevo la abertura y ahora ya podía distinguir a la luz del fuego el pelo negro y húmedo de la cabeza del bebé, que aparecía por ella. Pensó en rezar pero ya no había tiempo. Agnes empezó a respirar con jadeos breves y rápidos. La abertura siguió ensanchándose hasta un punto que parecía imposible, y en seguida empezó a salir la cabeza boca abajo. Un instante después Tom vio las orejas arrugadas, pegadas a cada lado de la cabeza del bebé, y luego los pliegues de la piel del cuello. Aún no podía ver si el niño era normal.

—Tiene la cabeza fuera —dijo, aunque naturalmente Agnes ya lo sabía porque podía sentirlo. Volvió a tranquilizarse. El bebé se volvió lentamente de manera que Tom le pudo ver los ojos y la boca cerrados, húmedos por la sangre y los fluidos viscosos del vientre.

—¡Ah! ¡Mirad qué carita! —gritó Martha.

Agnes la oyó y sonrió levemente. Luego empezó de nuevo con los esfuerzos. Tom, inclinándose hacia delante entre los muslos de ella, sujetó con la mano izquierda la pequeña cabeza mientras iban saliendo los hombros, primero uno y luego el otro. A continuación salió precipitadamente el resto del cuerpo y Tom puso la mano derecha debajo de las caderas del bebé para sostenerlo, mientras sus diminutas piernas salían al frío mundo.

La abertura de Agnes empezó a cerrarse inmediatamente alrededor del palpitante cordón azul que salía del ombligo del niño.

Tom levantó en alto al bebé y lo examinó ansioso. Había mucha sangre y al principio temió que algo había ido terriblemente mal, pero al examinarlo de cerca no pudo ver ninguna herida. Miró entre las piernas. Era un chico.

—¡Es horrible! —dijo Martha.

—Es perfecto —aseguró Tom, y sintió que las piernas le flaqueaban por el alivio—. Un chico perfecto.

El niño abrió la boca y se echó a llorar.

Tom miró a Agnes. Sus ojos se encontraron y ambos sonrieron.

Tom mantuvo apretado contra su pecho al diminuto bebé.

—Saca un bol de agua de la olla, Martha. —La niña se levantó de un salto para hacer lo que le decían—. ¿Dónde están esos paños, Agnes?

Agnes señaló la bolsa de hilo que estaba en el suelo junto a su hombro. Alfred se la alargó a Tom. Corrían las lágrimas por la cara del muchacho. Era la primera vez que había visto nacer a un niño.

Tom humedeció un trapo en el bol de agua caliente y limpió con delicadeza la sangre y las mucosidades de la cara del niño. Agnes se desabrochó la parte delantera de la túnica y Tom puso al niño en sus brazos. Mientras le miraba el cordón azul que iba del vientre del niño a la ingle de Agnes, dejó de palpitar y se encogió, poniéndose blanco.

—Dame esos dos cordeles que has hecho. Ahora veras para qué eran —dijo Tom a Martha. La niña le dio los dos largos de juncos trenzados. Tom los ató los dos alrededor del cordón umbilical, apretando con fuerza los nudos. Luego con el cuchillo cortó el cordón entre los nudos.

Luego se echó hacia atrás, permaneciendo en cuclillas. Lo habían logrado. Lo peor había pasado y el bebé estaba bien. Se sentía orgulloso.

Agnes movió al niño para poner su carita sobre su pecho. La diminuta boca encontró el pezón bien desarrollado, dejó de llorar y empezó a chupar.

—¿Cómo sabe que ha de hacer eso? —preguntó Martha asombrada.

—Es un misterio —le aseguró Tom. Luego, alargándole el bol, añadió—: Tráele a tu madre un poco de agua fresca para beber.

—¡Ah! Sí —dijo Agnes agradecida, como si acabara de darse cuenta de que se sentía desesperadamente sedienta. Martha le llevó el agua; Agnes bebió hasta la última gota—. Está estupenda —dijo—. Gracias.

Miró al niño que seguía mamando y luego a Tom.

—Eres un buen hombre —dijo con voz queda—. Te quiero.

Tom sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Sonrió a Agnes y luego bajó la mirada. Se dio cuenta de que seguía sangrando mucho. El arrugado cordón umbilical, que todavía seguía sangrando lentamente, había caído en un charco de sangre sobre la capa de Tom, entre las piernas de ella.

Levantó de nuevo la vista. El bebé había dejado de mamar y se había quedado dormido. Agnes lo arropó en su capa y cerró los ojos.

—¿Esperas algo? —preguntó Martha al cabo de un momento.

Tom respondió.

—Las secundinas.

—¿Y eso qué es?

—Ya lo verás.

Madre e hijo dormitaron durante un rato, y luego Agnes abrió los ojos. Sus músculos se tensaron, la abertura se dilató ligeramente y apareció la placenta. Tom la cogió y se quedó mirándola. Era como algo sobre el mostrador de un carnicero. Al mirarla con mayor atención vio que parecía rota, como si le faltara un trozo. Pero nunca había visto ninguna tan de cerca después de un alumbramiento; suponía que siempre serian así, porque siempre debían desgajarse del vientre. La arrojó al fuego. Al quemarse hizo un olor extremadamente desagradable, pero si la hubiera tirado al bosque hubiera podido atraer a zorros, e incluso a algún lobo.

Agnes seguía sangrando. Tom recordaba que con las secundinas siempre había cierto derramamiento de sangre, pero no recordaba que fuera tan abundante. Se dio cuenta de que la crisis no había llegado a su fin. Por un instante se sintió mareado a causa de la tensión y la falta de comida. Pero en seguida se recuperó.

—Todavía sangras un poco —dijo a Agnes, tratando de disimular la preocupación que sentía.

—Pronto terminará —dijo ella—. Tápame.

Tom le abrochó la falda y luego le envolvió la capa alrededor de las piernas.

—¿Puedo descansar ahora? —preguntó Alfred.

Aún seguía arrodillado detrás de Agnes, sosteniéndola. Debía de estar entumecido de permanecer tanto tiempo en la misma postura.

—Me pondré yo —dijo Tom.

Agnes estaría más cómoda con el bebé si pudiera mantenerse incorporada a medias, pensó. Y además, un cuerpo detrás de ella le mantendría la espalda caliente y la protegería del viento. Cambió de sitio con Alfred. Éste se quejó dolorido al estirar sus piernas. Tom rodeó con los brazos a Agnes y al niño.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—Cansada.

El recién nacido empezó a llorar. Agnes lo colocó de forma que le encontrara el pezón. Mientras mamaba, ella parecía dormida.

Tom estaba inquieto. El cansancio era normal, pero lo que le preocupaba era aquella especie de letargo que padecía Agnes. Estaba demasiado débil.

El bebé se quedó dormido y poco después los otros dos niños; Martha acurrucada junto a Agnes y Alfred tumbado junto a la parte más alejada de la

hoguera. Tom mantenía abrazada a Agnes, acariciándola con ternura. De vez en cuando le daba un beso en la cabeza.

Sintió relajarse el cuerpo de ella al sumirse en un sueño cada vez más profundo. Llegó a la conclusión de que probablemente sería lo mejor para ella. Le tocó la mejilla; tenía la tez pegajosa de humedad pese a sus esfuerzos por mantenerla caliente. Metió la mano por debajo de la capa de ella y tocó el pecho del pequeño. El niño estaba caliente y el corazón le latía con fuerza. Tom sonrió. Un bebé vigoroso, se dijo, un superviviente.

Agnes se movió ligeramente.

—¿Tom?

—Dime.

—¿Recuerdas la noche que fui a tu vivienda, cuando estabas trabajando en la iglesia de mi padre?

—Pues claro —contestó él dándole unas palmaditas—. ¿Cómo podría olvidarlo?

—Nunca lamenté haberme entregado a ti. Nunca, ni por un solo momento. Me siento tan contenta cada vez que pienso en aquella noche...

Estaba muy contento de saberlo.

Se quedó un rato adormilada. Luego habló de nuevo.

—Espero que construyas tu catedral —dijo.

Le sorprendió aquello.

—Creí que estabas en contra de ello.

—Sí, pero estaba equivocada. Te mereces algo hermoso.

Tom no comprendía lo que ella quería decir.

—Construye una hermosa catedral para mí —siguió diciéndole Agnes. No parecía estar en sus cabales. Tom se alegró de que volviera a dormirse, pero esta vez su cuerpo parecía completamente fláccido y la cabeza caída a un lado. Tom hubo de sujetar al niño para evitar que cayera de su pecho.

Permanecieron así durante bastante tiempo. Finalmente el bebé despertó de nuevo y empezó a llorar. Agnes no reaccionó. El llanto despertó a Alfred que dio media vuelta rodando y miró a su hermano recién nacido.

Tom sacudió con suavidad a Agnes.

—Despierta —dijo—. El pequeño quiere mamar.

—¡Padre! —exclamó Alfred con voz asustada—. ¡Mírale la cara!

Tom tuvo una corazonada. Había sangrado demasiado.

—¡Agnes! —dijo— ¡Despierta!

No hubo respuesta. Agnes estaba inconsciente. Tom se levantó, sosteniéndola por la espalda hasta dejarla tumbada sobre el suelo.

Agnes tenía el rostro lívido.

Temeroso de lo que iba a encontrarse, abrió la capa que le envolvía las piernas.

Había sangre por todas partes.

Alfred lanzó una exclamación entrecortada al tiempo que se volvía de espaldas.

—¡Protégenos, señor! —musitó Tom.

El llanto del bebé despertó a Martha. Al ver la sangre empezó a chillar. Tom, sujetándola, le dio una bofetada. La niña se quedó callada.

—No grites —le dijo Tom con calma mientras la soltaba.

—¿Se está muriendo madre? —preguntó Alfred.

Tom puso la mano bajo el pecho izquierdo de Agnes. El corazón no le latía.

No le latía.

Apretó con más fuerza. Estaba caliente y su pesado pecho descansó sobre la mano de él, pero no respiraba y el corazón no le latía.

Algo como un entumecimiento, como una niebla, invadió a Tom. Agnes se había ido. Le miró el rostro. ¿Cómo era posible que no respirara? Ansiaba que se moviera, que abriera los ojos, que hablara. Seguía manteniendo la mano sobre su pecho. A veces un corazón podía empezar a latir de nuevo, decía la gente... pero Agnes había perdido tanta sangre...

Miró a Alfred.

—Madre ha muerto —musitó.

Alfred le miraba mudo. Martha empezó a llorar. El recién nacido también lloraba. *Tengo que cuidar de ellos* -pensó Tom-. *He de ser fuerte por ellos.*

Pero ansiaba llorar, rodear a Agnes con sus brazos y mantener junto a él su cuerpo mientras se enfriaba, y recordarla cuando era una muchacha, riendo y haciendo el amor. Necesitaba sollozar de rabia y agitar el puño frente a los cielos implacables. Endureció su corazón. Tenía que dominarse, tenía que ser fuerte por sus hijos.

Tenía los ojos secos.

¿Qué hago primero?, se dijo.

Cavar una tumba.

Tengo que cavar un agujero muy hondo para depositarla en el que no se acerquen los lobos, y conservar sus huesos hasta el día del Juicio Final. Luego rezar una oración por su alma. Agnes, Agnes, ¿por qué me has dejado solo?

El recién nacido seguía llorando. Tenía los ojos fuertemente cerrados y abría y cerraba la boca de forma rítmica, como si pudiera recibir sustento del aire. Necesitaba que le alimentaran. Los pechos de Agnes rebosaban de leche tibia. ¿Por qué no?, se dijo Tom. Colocó al bebé frente al pecho de ella. El

niño encontró el pezón y empezó a mamar. Tom ciñó la capa de Agnes alrededor del niño.

Martha estaba mirando, con los ojos muy abiertos y chupándose el dedo gordo.

—¿Podrías sostener al bebé así, para que no se caiga? —le preguntó Tom.

La niña asintió arrodillándose junto a la madre muerta y al niño.

Tom cogió la pala. Agnes había elegido aquel lugar para descansar y se había sentado a la sombra del castaño de indias. Así pues, que sea éste el lugar de su reposo definitivo. Tragó saliva con fuerza luchando contra el deseo de sentarse en el suelo y echarse a llorar. Marcó un rectángulo sobre la tierra, a algunos pasos del tronco del árbol, donde no habría raíces cerca de la superficie, y empezó a cavar.

Descubrió que ello le servía de ayuda. Cuando se concentraba para hundir su pala en el duro suelo y sacar la tierra, el resto de su mente quedaba en blanco y era capaz de conservar el dominio de sí mismo. Fue turnándose con Alfred para que también él pudiera beneficiarse de aquel trabajo físico constante. Cavaron con rapidez.

—¿Se ve bastante hondo? —preguntó Alfred en un momento determinado.

Tom se dio cuenta entonces de que se encontraba en pie dentro de un hoyo tan profundo como su altura. No quería que el trabajo acabara, pero se vio obligado a asentir.

—Ya es suficiente —dijo, saliendo del hoyo.

Había amanecido mientras cavaba. Martha había cogido en brazos al bebé y estaba sentada junto al fuego, acunándolo. Tom fue junto a Agnes, arrodillándose. La envolvió fuertemente en su capa dejándole la cara visible. Seguidamente la cogió en brazos. Se acercó a la tumba y la dejó en el borde. Luego bajó al hoyo, y a continuación, levantándola, la depositó con sumo cuidado sobre la tierra; permaneció un buen rato mirándola, arrodillado junto a ella en su fría tumba. La besó suavemente en los labios y luego le cerró los ojos.

Salió de la tumba.

—Venid aquí, niños —les dijo.

Alfred y Martha acudieron y se colocaron a su lado. Martha llevaba en brazos al bebé. Tom puso un brazo alrededor de cada uno de ellos.

Todos permanecieron mirando la tumba.

—Decid: *Dios bendiga a madre*. —dijo Tom.

—Dios bendiga a madre —repitieron ambos.

Martha sollozaba y había lágrimas en los ojos de Alfred. Tom les abrazó a los dos, tragándose las lágrimas.

Luego los soltó y cogió la pala. Martha gritó cuando lanzó la primera palada de tierra a la tumba. Alfred abrazó a su hermana. Tom siguió llenando la tumba. No podía soportar la idea de echar tierra sobre la cara de ella, de manera que primero le cubrió los pies y luego las piernas y el cuerpo. Fue apilando la tierra formando un montículo y cada palada se deslizaba hacia abajo hasta que al fin la tierra le llegó al cuello, luego a la boca que él había besado, finalmente todo el rostro desapareció para no volver a verlo nunca más.

Acabó de llenar la tumba con rapidez.

Cuando hubo terminado esparció por doquier la tierra restante para que no formara montón, ya que los proscritos eran muy capaces de cavar una tumba con la esperanza de que el cuerpo llevara alguna sortija. Permaneció allí en pie, contemplando la tumba.

—Adiós, cariño —susurró—. Fuiste una buena esposa y te quiero.

Hizo un esfuerzo supremo y dio media vuelta.

La capa estaba todavía en el suelo, donde Agnes había yacido para el alumbramiento. Toda la parte de abajo estaba sucia con sangre. Tomó el cuchillo y cortó en dos la capa, arrojando la parte sucia al fuego.

Martha seguía con el bebé en brazos.

—Dámelo —dijo Tom.

La niña le miró con ojos asustados. Tom envolvió al niño en la parte limpia de la capa. El bebé empezó a llorar.

Se volvió hacia los niños que le miraban mudos.

—No tenemos leche para que el bebé pueda vivir, así que ha de quedarse aquí con su madre —dijo

—¡Pero morirá! —exclamó Martha

—Sí —asintió Tom, esforzándose por controlar la voz—. Hagamos lo que hagamos, morirá.

Hubiera querido que el bebé dejara de llorar.

Recogió sus posesiones, las metió en la olla y luego se la colgó a la espalda tal como siempre la había llevado Agnes.

—Vámonos —dijo.

Martha empezó a sollozar. Alfred estaba pálido. Empezaron a caminar por el camino cuesta abajo bajo la luz gris de una mañana fría. Finalmente se extinguió del todo el llanto del niño.

No era conveniente quedarse junto a la tumba porque los niños no hubieran sido capaces de dormir allí y de nada hubiera servido toda una noche de vigilia; además les haría bien mantenerse en movimiento.

Tom marcó un paso rápido pero ahora sus pensamientos vagaban libremente y no era capaz de controlarlos. No había más remedio que seguir andando. No había que hacer preparativos ni trabajos; no había que organizar nada y no podían ver otra cosa que el oscuro bosque y las sombras oscilando a la luz de las antorchas. Pensaba en Agnes y al seguir el rastro de algún recuerdo sonreía para sí y luego se volvía para contarles lo que acababa de recordar. Entonces al recordar que estaba muerta, el impacto le producía dolor físico. Estaba aturdido como si hubiera ocurrido algo del todo incomprensible, aunque en el mundo, desde luego, fuera muy corriente el que una mujer de su edad muriera de parto y un hombre de la suya se quedara viudo. Pero la sensación de pérdida era como una herida; había oído decir que las personas a las que les habían cortado los dedos de un pie no podían tenerse en pie y se caían constantemente, hasta que volvían a aprender a tenerse en pie. Así se sentía él, como si le hubieran amputado algo de su ser y no pudiera hacerse a la idea de que se había ido para siempre.

Intentó no pensar en ella pero seguía recordando el aspecto que tenía antes de morir. Parecía increíble que hiciera tan sólo unas horas que estaba viva y que ahora ya hubiera muerto. Recordó su rostro mientras se esforzaba por dar a luz y su sonrisa orgullosa mirando al recién nacido. Recordaba lo que después le había dicho: *Espero que construyas tu catedral*, añadiendo luego, *Construye una hermosa catedral para mí.* Habló como si supiera que se estaba muriendo.

A medida que caminaba pensaba más y más en el bebé que había abandonado atrás envuelto en una media capa depositado sobre una tumba reciente. Probablemente todavía seguiría vivo, a menos que lo hubiera olfateado un zorro. Pero moriría antes de la amanecida. Lloraría un rato, luego cerraría los ojos y la vida empezaría a abandonarle a medida que fuera quedándose frío mientras dormía.

A menos que un zorro le olfateara.

Nada podía hacer por el niño. Para sobrevivir necesitaba leche; no la había ni tampoco alguna aldea en la que Tom encontrara a una mujer que amamantara al niño o alguna oveja, cabra o vaca que pudiera sustituirla. Nabos era todo cuanto tenía para darle, que lo matarían, como el zorro.

A medida que avanzaba la noche le parecía cada vez más horroroso el haber abandonado al bebé. Sabía bien que era algo corriente.

Unos campesinos con familia numerosa y granjas pequeñas solían dejar a los recién nacidos expuestos al frío, y en ocasiones el sacerdote hacía la vista gorda. Pero Tom no pertenecía a esa clase de gente. Debiera haberle llevado en brazos hasta que muriera y luego enterrarlo. Claro que aquello no serviría de nada, pero de todos modos era lo que debía haber hecho.

Se dio cuenta de que ya era de día.

Se paró de repente.

Los niños se quedaron mirándole muy quietos, esperando. Estaban preparados para cualquier cosa, ya nada era normal.

—No debí haber dejado al bebé —dijo Tom

—Pero no podíamos darle de comer. Moriría de todas maneras —alegó Alfred.

—Aun así, no debí dejarle —insistió Tom.

—Volvamos a buscarle —dijo Martha.

Tom todavía dudaba. Regresar en aquel momento sería como admitir que había hecho mal abandonando al niño.

Pero era verdad, había hecho mal.

Dio media vuelta.

—Muy bien. Volvamos —dijo.

En aquel momento los peligros que con anterioridad había descartado le parecían de repente más posibles. Para entonces algún zorro habría olfateado con toda seguridad al bebé y le habría arrastrado a su cubil. O quizás un lobo. Los jabalís también eran peligrosos aunque no comieran carne ¿Y qué decir de las lechuzas? Una lechuza podía llevarse al bebé pero no sin antes picotearle los ojos.

Avivó el paso sintiéndose mareado por el cansancio y el hambre. Martha tuvo que correr para seguirle, pero no se quejó.

Tom temía lo que pudiera encontrar al volver junto a la tumba.

Los depredadores eran implacables y sabían cuándo se encontraba indefenso un ser vivo.

No sabia cuánto camino podían haber andado, había perdido sentido del tiempo. El bosque le resultaba poco familiar a ambos lados del camino aunque acabaran de pasar por él. Buscó ansioso el lugar donde se encontraba la tumba. Seguramente el fuego aún no se había apagado, habían hecho una hoguera muy grande. Escudriñó los árboles buscando las hojas peculiares del castaño de Indias. Pasaron junto a un recodo lateral que no recordaba y empezó a pensar desquiciado que quizá ya habían pasado junto a la tumba y no la habían visto. Luego le pareció distinguir delante de ellos un leve centelleo naranja.

Sintió que el corazón le latía con fuerza; apretó el paso y guiñó los ojos. Sí, era un fuego. Echó a correr. Oyó que Martha le gritaba como si creyera que la estaba abandonando, y él les gritó a su vez por encima del hombro:

—¡Lo hemos encontrado! —Y oyó a los niños que corrían tras él.

Llegó a la altura del castaño de Indias con el corazón desbocado. El fuego ardía alegremente; allí estaba el montón de leña y también el sayo manchado

de sangre donde se había desangrado Agnes hasta morir. Y allí estaba la tumba, un trozo de tierra removida recientemente bajo la cual yacía ella. Y sobre la tumba estaba... nada. Tom buscó frenético en derredor suyo con la mente confusa. Ni rastro del bebé. Incluso había desaparecido la mitad de la capa en la que le había dejado envuelto. Y, sin embargo, la tumba estaba intacta.

Sobre la tierra blanda no se veían huellas de animales, ni sangre ni señal alguna de que el bebé hubiera sido arrastrado.

Tom tuvo la sensación de que no podía ver con demasiada claridad y que tenía la mente confusa. Ahora ya sabía que había hecho algo terrible abandonando al recién nacido mientras aún vivía. Cuando supiera que estaba muerto podría descansar. Pero era posible que todavía siguiera vivo por allí cerca, en alguna parte; decidió buscar caminando en círculo.

—¿Adónde vas? —le preguntó Alfred.

—Tenemos que buscar al bebé —dijo Tom sin volver la vista.

Anduvo alrededor del límite del pequeño calvero escudriñando debajo de los arbustos; todavía se sentía algo mareado y confuso. No vio nada, ni siquiera el menor indicio de la dirección en la que el lobo se hubiera llevado al niño, porque ya estaba seguro de que había sido un lobo. El cubil del animal debía estar por allí cerca.

—Tenemos que hacer un círculo más grande —dijo a sus hijos.

Abrió de nuevo la marcha alejándose más del fuego, hurgando entre los arbustos y matorrales. Empezaba a sentirse confuso, pero logró mantener la mente fija en una cosa: la imperativa necesidad de encontrar al niño. Ahora ya no era dolor lo que sentía, sino tan sólo una ardiente y compulsiva determinación, y en el fondo de su mente el aterrador convencimiento de que todo aquello había sido culpa suya. Anduvo a ciegas por todo el bosque, escudriñando el suelo, deteniéndose de vez en cuando para escuchar el inconfundible lloriqueo de un recién nacido. Pero cuando él y los niños se quedaron quietos, sobre el bosque planeaba el más absoluto silencio.

Tom perdió la noción del tiempo. Sus círculos, cada vez más amplios, le llevaban de nuevo hasta el camino, aunque más adelante comprendió que hacía mucho tiempo que lo habían cruzado. En un momento preguntó cómo era posible que no hubieran dado con el hogar del guarda forestal. Tuvo la vaga idea de que había perdido la dirección, de que ya no estaban dando vueltas alrededor de la tumba, sino que habían estado vagando por el bosque a la buena de Dios. En realidad poco importaba, salvo el seguir buscando.

—Padre —dijo Alfred.

Tom le miró, irritado de que interrumpiera el curso de sus pensamientos. Alfred llevaba a Martha a sus espaldas, completamente dormida.

—¿Que pasa? —dijo Tom.

—¿Podemos descansar? —le preguntó Alfred.

Tom vaciló. No quería detenerse, pero Alfred parecía a punto de derrumbarse.

—Bueno, pero no por mucho tiempo —advirtió reacio.

Se encontraban en una ladera. Al pie debía de haber algún arroyo. Estaba sediento; cogió a Martha de la espalda de Alfred y con ella en brazos bajó por la ladera. Tal como esperaba encontró un arroyo pequeño y claro con hielo en las orillas. Dejó a Martha en el suelo. La niña ni siquiera se despertó. Él y Alfred se arrodillaron y cogieron agua fresca con las manos.

Alfred se tumbó cerca de Martha y cerró los ojos. Tom miró en derredor. Estaban en un calvero alfombrado por hojas secas. Todos los árboles que les rodeaban eran bajos, robles vigorosos cuyas ramas se entrelazaban unas con otras. Tom atravesó el calvero, pensando en buscar al bebé por detrás de los árboles, pero al llegar al otro lado sintió que las piernas le flaqueaban y tuvo que sentarse bruscamente.

Ya era pleno día, pero estaba brumoso y no parecía hacer más calor que a medianoche. Temblaba de forma incontrolable. Se daba cuenta que había estado caminando vestido tan sólo con su túnica. Se preguntó qué había pasado con su capa, pero fue incapaz de recordarlo. Tal vez la bruma se estaba haciendo más densa o algo pasaba en los ojos, porque ya no podía ver a los niños al otro lado del calvero. Quiso levantarse e ir hacia ellos, pero algo no marchaba bien en sus piernas.

Al cabo de un rato un sol débil se abrió paso entre las nubes, y poco después llegó el ángel.

Atravesó el calvero desde el este vestido con una larga capa de invierno, de lana casi blanca. Tom lo vio acercarse sin sorpresa. Tampoco era capaz de sentir temor o asombro; con la misma mirada vacua carente de toda emoción vagaba por los macizos troncos de los robles que le rodeaban. Tenía el ovalado rostro enmarcado por abundante pelo oscuro y la capa le ocultaba los pies de manera que parecía estar deslizándose sobre las hojas secas. Se detuvo precisamente frente a él y los dorados ojos claros parecieron penetrarle hasta el alma y comprender su dolor.

A Tom le parecía familiar, como si hubiera visto una pintura de ese mismo ángel en alguna iglesia en la que hubiera entrado recientemente. Entonces se abrió la capa. Tenía el cuerpo de una mujer de veinticinco años, de piel blanca y pezones rosados. Tom siempre había dado por sentado que los cuerpos de los ángeles eran inmaculados, sin vello alguno, pero éste no era así.

Ella hincó una rodilla en el suelo, frente a él, donde se encontraba sentado junto al nogal. Se inclinó hacia él y le besó en la boca. Tom estaba demasiado aturdido por todos los sobresaltos anteriores para sorprenderse incluso de aquello. Ella le empujó suavemente hasta que quedó tumbado y luego, abriéndose la capa, se echó sobre él con el cuerpo desnudo contra el suyo. Tom sintió el ardor del cuerpo de ella a través de la ropa. En seguida dejó de temblar.

Ella le cogió la barbuda cara con ambas manos y volvió a besarle sedienta, como quien bebe agua fresca al cabo de un día largo y seco. Luego fue bajando las manos hasta las muñecas de él y le llevó las manos a los pechos. Tom los cogió como con un reflejo. Eran suaves y flexibles, y los pezones se endurecieron bajo las yemas de sus dedos.

En el fondo de su mente aleteaba la idea de que estaba muerto. No creía que el cielo fuera así, pero apenas le importaba. Hacía horas que había perdido sus facultades críticas. Y la escasa capacidad que le quedaba para pensar de manera racional se desvaneció y dejó que dominara su cuerpo. Trató de incorporarse, apretando su cuerpo contra el de ella, acumulando energía de su calor y desnudez. Ella abrió la boca, hundiendo la lengua en la suya, buscando su lengua.

Tom reaccionó ansioso.

Ella se apartó por un instante. Tom observó aturdido cómo se levantaba la falda de su túnica hasta la cintura y se montaba sobre él. La mujer clavó los ojos en los suyos, con aquella mirada que parecía verlo todo, al tiempo que se inclinaba sobre él. Hubo un instante angustioso cuando se tocaron sus cuerpos y ella pareció indecisa.

Luego sintió que la penetraba. La sensación fue tan apasionante que tuvo la impresión de que iba a estallar de placer. Ella movió las caderas sonriéndole y besándole el rostro.

Al cabo de un rato ella cerró los ojos y empezó a jadear. Tom comprendió que estaba perdiendo el control. La observó maravillosamente fascinado. Ella emitía pequeños gritos rítmicos, moviéndose cada vez más deprisa, y su éxtasis conmovió a Tom hasta lo más profundo de su alma herida de tal manera, que no sabía si quería sollozar de desesperación, gritar de alegría o reír histérico; y luego a ambos les sacudió una oleada de placer, como árboles bajo una galerna, una y otra vez. Al fin, se calmó su pasión, y ella se desplomó sobre su pecho.

Yacieron así durante mucho tiempo. El calor del cuerpo de ella lo mantenía caliente. Se sumergió en una especie de sueño ligero.

Parecía más corto y más semejante a una ensoñación que a un sueño verdadero, pero cuando abrió los ojos tenía la mente clara.

Miró a la hermosa joven que yacía sobre él y se dio cuenta instante de que no era un ángel sino Ellen, la proscrita, con la que se había encontrado en aquella parte del bosque el día que les robaron el cerdo. Ella le sintió moverse y abrió los ojos, mirándole con una expresión en la que se mezclaba el afecto y la ansiedad. Tom pensó de repente en sus hijos. Apartó suavemente a Ellen y se sentó. Alfred y Martha seguían tumbados sobre las hojas, envueltos en sus capas, con el sol sobre sus rostros dormidos. Entonces recordó horrorizado lo ocurrido durante la noche, que Agnes estaba muerta y que el recién nacido, ¡su hijo! había desaparecido. Se cubrió el rostro con las manos.

Ellen emitió un extraño silbido de dos tonos. Él levantó la cabeza. Surgió una figura del bosque, y Tom reconoció a Jack, el hijo tan peculiar de ella, con su tez extraordinariamente pálida, su pelo rojo, sus brillantes ojos verdes parecidos a los de un pájaro. Tom se levantó, arreglándose la indumentaria, y Ellen se puso en pie, ciñéndose la capa.

El muchacho llevaba algo en la mano. Se acercó a Tom y se lo mostró. Era la mitad de la capa en la que había envuelto al niño antes de depositarlo sobre la tumba de Agnes.

Tom miró al muchacho y luego a Ellen sin comprender.

—Tu hijo está vivo —dijo ella cogiéndole las manos y mirándole los ojos.

Tom no se atrevía a creerla. Sería algo demasiado hermoso, demasiado feliz para este mundo.

—No puede ser —dijo.

—Lo es.

Tom empezó a tener esperanzas.

—¿De veras? —dijo— ¿De veras?

Ella asintió con la cabeza.

—De veras. Te llevaré junto a él.

Tom se dio cuenta de que le decía la verdad. Se sintió invadido por una oleada de alivio y felicidad. Cayó de rodillas sobre la tierra y allí lloró como si se hubiera abierto una esclusa.

5

—Jack oyó llorar al bebé —le explicó Ellen—. Iba de camino hacia el río, en un lugar al norte de aquí donde se pueden matar patos con piedras si eres buen tirador. No sabía qué hacer y volvió corriendo a casa en mi busca. Pero mientras nos dirigíamos al lugar vimos a un sacerdote montando un palafrén y con el niño en brazos.

—He de encontrarlo... —dijo Tom.

—No temas —dijo Ellen—. Sé dónde esta. Cogió por un sendero lateral muy cerca de la tumba. Es un pequeño camino que conduce a un pequeño monasterio oculto en el bosque.

—El niño necesita leche.

—Los monjes tienen cabras.

—Gracias a Dios —exclamó Tom con fervor.

—Te llevaré allí después de que comas algo. Pero... —frunció el entrecejo—. No hables todavía a tus hijos del monasterio.

Tom miró hacia el calvero. Alfred y Martha seguían durmiendo.

Jack se había acercado a ellos y los contemplaba con su mirada vacua.

—¿Por qué no?

—No estoy segura... Pero me parece que será más prudente esperar.

—Pero tu hijo se lo dirá.

Ellen negó con la cabeza.

—Él vio al sacerdote, pero no creo que se le haya ocurrido lo demás.

—Muy bien. —Tom se mostró solemne—. Si hubiera sabido que estabas por aquí cerca, quizás hubieras podido salvar a mi Agnes.

Ellen agitó la cabeza y el pelo oscuro le cayó sobre la cara.

—No hay nada que pueda hacerse salvo mantener a la mujer con calor, y eso ya lo hiciste. Cuando una mujer sangra por dentro, o se para la hemorragia y se pone mejor, o no se para y se muere. —A Tom se le llenaron los ojos de lágrimas, y Ellen dijo—: Lo siento.

Tom asintió sin decir nada.

—Pero los vivos han de ocuparse de los vivos y tú necesitas comida caliente y una nueva capa —dijo Ellen al tiempo que se ponía en pie.

Despertaron a los niños. Tom les dijo que el niño estaba bien, que Ellen y Jack habían visto un sacerdote con él en brazos, y que más tarde él y Ellen irían a buscar al sacerdote, pero que antes Ellen les daría de comer. Aceptaron tranquilamente las asombrosas noticias.

Nada en el mundo era ya capaz de asombrarles. Tom no estaba menos aturdido. La vida se estaba moviendo demasiado deprisa para que él pudiera asimilar todos los cambios. Era como encontrarse montado sobre un caballo desbocado. Todo ocurría con tanta rapidez, que no se tenía tiempo para reaccionar ante los acontecimientos, y todo cuanto podía hacer era resistir a pie firme e intentar conservar la cordura. Agnes había alumbrado con el aire frío de la noche; el bebé había nacido milagrosamente sano, y, de repente, Agnes, el alma gemela de Tom, se había desangrado entre sus brazos hasta morir, y él había perdido la cabeza. Había condenado al recién nacido dándole por muerto. Luego le habían buscado y habían fracasado. Y finalmente había aparecido Ellen, y Tom la había tomado por un ángel, habían hecho el amor

como en un sueño, y ella le había dicho que el niño estaba vivo y bien. ¿Disminuiría su marcha la vida como para dejar reflexionar a Tom sobre todos aquellos terribles acontecimientos?

Se pusieron en marcha. Tom siempre había dado por sentado que los proscritos vivían en condiciones míseras y se preguntaba cómo sería su casa. Ellen les condujo en zigzag a través del bosque. No había senderos pero ella nunca vacilaba al atravesar arroyos, evitar las ramas bajas, superar una ciénaga helada, un montón de matorrales o el enorme tronco de un roble caído. Finalmente se dirigió hacia una espesura de zarzas y pareció desaparecer. Tom siguió tras ella; descubrió que contrariamente a su primera impresión había un angosto pasadizo que atravesaba tortuoso la espesura de zarzas. Siguió sus pasos. Las zarzas se cerraban sobre su cabeza y se encontró en una semi-oscuridad. Permaneció quieto esperando a que sus ojos se hicieran a la oscuridad. Poco a poco se dio cuenta de que se encontraba en una cueva.

El ambiente estaba caldeado. Delante de él ardía un fuego sobre un hogar de piedras planas. El humo subía directamente hacia arriba; debía de haber una chimenea natural en alguna parte. A cada lado de él había pieles de animales, una de lobo y otra de ciervo, sujetas a los muros de la cueva con estaquillas de madera. Del techo, sobre su cabeza, colgaba un anca de venado ahumado. Vio una caja de confección casera repleta de manzanas silvestres, balas de junco sobre anaqueles y juncos secos en el suelo. Al borde del fuego había una olla como en cualquier casa normal, y a juzgar por el olor contenía el tipo de potaje que todo el mundo comía: vegetales cocidos con huesos de carne y hierbas. Tom estaba asombrado. Era una casa más confortable que la de muchos siervos.

Al otro lado del fuego había dos colchones hechos con piel de ciervo y posiblemente rellenos con juncos; en la parte superior de cada uno había una piel de lobo, cuidadosamente enrollada. Seguramente Ellen y Jack dormían allí, con el fuego entre ellos y la entrada de la cueva. Al fondo de ésta había una magnífica colección de armas y pertrechos de caza. Un arco, algunas flechas, redes, trampas para los conejos, varias dagas de aspecto terrible, una lanza de madera con la punta cuidadosamente afilada y endurecida al fuego, y tres libros entre todos aquellos instrumentos primitivos. Tom se quedó pasmado. Nunca había visto libros en una casa, y menos aún en una cueva. Los libros pertenecían a las iglesias.

Jack cogió un bol de madera, lo sumergió en la olla y luego empezó a beber de él. Alfred y Martha le observaban hambrientos. Ellen dirigió a Tom una mirada de excusa.

—Jack, cuando hay forasteros debemos darles comida antes de cogerla nosotros —dijo a su hijo.

—¿Por qué? —El muchacho miraba desconcertado.

—Porque es un gesto cortés. Da potaje a los niños.

Aunque no quedó convencido, Jack obedeció a su madre.

Ellen dio un poco de sopa a Tom, que la bebió sentado en el suelo. Tenía gusto a carne y le reconfortó. Ellen echó una piel sobre sus hombros. Cuando se hubo bebido el caldo, pescó los vegetales y la carne con los dedos. Hacía semanas que no probaba la carne. Parecía de pato, cazado probablemente por Jack con piedras y un tirachinas.

Comieron hasta dejar la olla vacía. Luego Alfred y Martha se tumbaron sobre los juncos. Antes de quedarse dormidos, Tom les dijo que él y Ellen iban a buscar al sacerdote, y Ellen dijo a Jack que se quedara junto a ellos y que tuviera cuidado hasta que regresaran. Los dos niños asintieron exhaustos y cerraron los ojos.

Tom y Ellen salieron. Él llevaba sobre los hombros la piel que Ellen le había echado para que estuviera caliente. Tan pronto como hubieron salido de la espesura de las zarzas, Ellen se detuvo, acercó la cabeza de Tom a la suya y le besó en la boca.

—Te quiero —dijo apasionadamente—. Te quise desde el momento en que te vi. Siempre he querido un hombre que fuera fuerte y cariñoso y pensé que no existía nadie parecido. Luego te vi. Te deseé. Pero me di cuenta de que amabas a tu mujer. ¡Cómo la envidié, Dios mío! Siento que haya muerto, lo siento de veras, porque veo en tus ojos el dolor y todas las lágrimas que necesitas verter. Me destroza el corazón verte tan triste. Pero ahora que ella se ha ido, te quiero para mí.

Tom no supo qué decir. Era difícil de creer que una mujer tan hermosa, con tantos recursos y tan segura de sí misma, pudiera haberse enamorado de él a primera vista. Y todavía más difícil saber cómo se sentía él. Ante todo profundamente desolado por la pérdida de Agnes. Ellen tenía razón al decir que tenía acumulado mucho llanto; sentía el peso de las lágrimas en sus ojos. Pero también se sentía consumido de deseo por Ellen, con su cálido y hermoso cuerpo, sus ojos dorados y su abierta sensualidad. Se sentía terriblemente culpable de desear con tal intensidad a Ellen cuando sólo hacía unas horas que Agnes estaba en la tumba.

Se la quedó mirando, y de nuevo los ojos de ella penetraron hasta el fondo de su corazón.

—No digas nada. No tienes de qué sentirte avergonzado. Sé que la amabas. Y estoy segura que ella también lo sabía. Aún sigues queriéndola..., naturalmente que la quieres. Siempre la querrás.

Ellen le había dicho que no dijera nada, y en cualquier caso nada tenía que decir. Aquella extraordinaria mujer le tenía desconcertado. Parecía como si todo lo enderezara. El hecho de que pareciera saber lo que anidaba en su corazón le hizo sentirse mejor, como si ya no tuviera de qué avergonzarse. Suspiró.

—Eso está mejor —le dijo. Le cogió de la mano y juntos se alejaron de la cueva.

Durante casi una milla estuvieron atravesando el bosque virgen hasta llegar a un camino. Mientras avanzaban por él, Tom no dejaba de mirar el rostro de Ellen a su lado. Recordaba que cuando la vio por primera vez pensó que no llegaba a ser bella por culpa de sus extraños ojos. Pero en aquellos momentos no comprendía cómo pudo haber pensado semejante cosa. Ahora veía aquellos asombrosos ojos como la expresión perfecta de su ser único. Ahora le parecía absolutamente perfecta y lo único que le extrañaba era cómo podía estar con él.

Anduvieron tres o cuatro millas. Tom aún se sentía cansado pero el potaje le había fortalecido y, aunque confiaba totalmente en Ellen, todavía se sentía ansioso por ver al niño con sus propios ojos.

—De momento mantengámonos ocultos a la vista de los monjes —dijo Ellen cuando ya se veía el monasterio a través de los árboles.

—¿Por qué? —preguntó Tom perplejo.

—Abandonaste a un recién nacido. Eso se considera asesinato. Observemos el lugar desde el bosque y veamos qué clase de gente es.

Tom no creía que fuera a encontrarse en dificultades, dadas las circunstancias, pero no estaba mal obrar con cautela, así que asintió con la cabeza y siguió a Ellen a través de arbustos y matorrales. Momentos después se encontraban tumbados junto a la linde del clavero.

Era un monasterio muy pequeño. Tom había construido monasterios y pensó que éste debía de ser lo que llamaban una celda, una rama avanzada de un gran priorato o abadía. Sólo había dos construcciones de piedra, la capilla y el dormitorio. El resto estaba construido en madera y zarzo pintado: cocina, establos y un granero, así como una hilera de construcciones agrícolas, más pequeñas. El lugar estaba limpio, tenía un aspecto aseado, y daba la impresión de que los monjes cultivaban la tierra tanto como rezaban

—Si hubieras encontrado algo podrías volver aquí y recoger al niño.

El instinto de Tom se rebelaba contra aquella idea.

—¿Y que pensarán los monjes de mi abandono del bebé?

—Ya saben que lo has hecho —replicó ella con tono impaciente—. Sólo se trata de que lo confieses ahora o más adelante.

—¿Saben los monjes cómo cuidar a los niños?

—Al menos saben tanto como tú.

—Eso lo dudo.

—Bueno, han encontrado la manera de alimentar a un recién nacido que sólo puede chupar.

Tom empezó a darse cuenta de que Ellen tenía razón. Por mucho que anhelara tener en sus brazos aquella pequeña cosa, no podía negar que los monjes estaban en mejores condiciones que él para cuidar del niño.

—Dejarlo otra vez —dijo tristemente—. Supongo que tengo que hacerlo.

Permaneció donde estaba, mirando a través del calvero, a la pequeña figura en el regazo del sacerdote. Tenía el pelo oscuro como el de Agnes. Tom ya había tomado una decisión, pero en aquel momento no lograba apartarse de allí.

Y entonces, por la parte más alejada del calvero, apareció un numeroso grupo de monjes, unos quince o veinte, llevando hachas y sierras, y de repente Tom y Ellen corrieron peligro de ser vistos. Se sumergieron de nuevo entre los arbustos. Tom ya no podía ver al bebé.

Se desviaron entre la maraña de matorrales y en cuanto llegaron al camino echaron a correr. Corrieron trescientas o cuatrocientas yardas cogidos de la mano hasta que Tom se sintió exhausto. Además ya se encontraban fuera del alcance de la vista. Dejaron de nuevo el camino y encontraron un lugar para descansar ocultos.

Se sentaron en un ribazo herboso entre sol y sombra. Tom miró a Ellen tumbada boca arriba, jadeante, con las mejillas arreboladas, los labios sonriéndole. Se le había abierto el cuello de la túnica dejando al descubierto la garganta y la curva de un pecho. De súbito sintió la necesidad de contemplar de nuevo su desnudez y el deseo fue mucho más fuerte que el remordimiento que sentía. Se echó sobre ella para besarla, aunque luego vaciló. Mirarla era un verdadero placer. Habló impremeditadamente y sus propias palabras le cogieron por sorpresa.

—¿Quieres ser mi mujer, Ellen? —le dijo.

CAPÍTULO DOS

1

Peter de Wareham era un perturbador nato.

Le habían trasladado a la pequeña celda en el bosque desde la casa matriz en Kingsbridge, y era fácil comprender por qué el prior de Kingsbridge estaba tan ansioso por librarse de él. Era un hombre alto y fuerte, cerca de los treinta, de poderoso intelecto y modales desdeñosos, que vivía en un estado permanente de justificada indignación.

Al llegar por primera vez y empezar a trabajar en los campos estableció un ritmo enloquecido y luego acusó a los demás de perezosos. Sin embargo, y ante su propia sorpresa, la mayoría de los monjes habían mantenido su ritmo de trabajo e incluso los más jóvenes llegaron a cansarle. Entonces buscó otro pecado que no fuera la ociosidad decidiéndose en segundo lugar por la gula.

Empezó por comer sólo la mitad de su pan y nada de carne.

Durante el día bebía agua de los arroyos y cerveza aguada, y rechazaba el vino. Dio una reprimenda a un saludable monje por haber pedido más gachas, e hizo llorar a un muchacho que en broma se había bebido el vino de otro.

Los monjes no mostraban indicios de gula, reflexionaba el prior Philip mientras regresaban desde lo alto de la colina al monasterio, a la hora del almuerzo. Los más jóvenes eran delgados y musculosos, y los mayores nervudos, quemados por el sol. Ninguno de ellos tenía esas características redondeces pálidas y blandas de quienes comen mucho y no hacen nada. Philip pensaba que todos los monjes debían estar delgados. Los monjes gordos provocaban la envidia y el aborrecimiento del hombre pobre hacia los servidores de Dios.

Como era característico en él, Peter había encubierto su acusación con una confesión.

—He cometido el pecado de gula —había dicho aquella misma mañana cuando estaban tomando un respiro sentados en los tocones de los árboles que acababan de talar, comiendo pan de centeno y bebiendo cerveza— He desobedecido la regla de san Benito que dice que los monjes no deben comer carne ni beber vino —Miró a los otros en derredor suyo, con la cabeza alta y brillándole orgullosa la mirada, que finalmente se detuvo en Philip— Y cada uno de los que están aquí es culpable del mismo pecado —acabó diciendo.

En realidad era muy triste que Peter fuera así, pensó Philip. El hombre estaba consagrado al trabajo de Dios y tenía una mente excelente y una gran fortaleza de propósito. Parecía tener una necesidad compulsiva de sentirse especial y que en todo momento se tuviera en cuenta su presencia, lo cual le inducía a provocar escenas.

Era auténticamente pesado, pero Philip le quería como a todos los demás, porque detrás de toda aquella arrogancia y desdén, Philip podía descubrir un alma turbada, que en realidad no creía posible que nadie se interesara por él.

—Esto nos da oportunidad de recordar lo que decía san Benito sobre el tema ¿Recuerdas las palabras exactas, Peter? —había dicho Philip.

—Dijo: *Todos, salvo los enfermos, deberían abstenerse de comer carne*. Y además, *El vino no es en modo alguno una bebida de monjes* —contestó Peter.

Philip asintió. Como había sospechado, Peter no conocía la regla tan bien como él.

—Casi es correcto, Peter —dijo— El santo no se refería a la carne en general sino a *la carne de animales de cuatro patas*, y aun así hacía la excepción no sólo de los enfermos sino también de los débiles. ¿A qué se refería con lo de *los débiles*? Aquí, en nuestra pequeña comunidad, somos de la opinión que el hombre que ha quedado debilitado por un trabajo agotador en los campos, es posible que necesite comer carne de vaca para, de esa manera, conservar su fortaleza.

Peter había estado escuchando con silencio taciturno, fruncido el ceño desaprobador, juntas las negras y espesas cejas sobre el puente de su gran nariz curva, y una expresión de desafío contenido en el rostro.

—En cuanto al tema del vino, el santo dice: *Leemos que el vino no es en modo alguno bebida de monjes* —siguió diciendo Philip—. La utilización de la palabra *leemos* da a entender que no respalda de manera absoluta la proscripción. Y también dice que una pinta de vino al día debería ser suficiente para cualquiera. Y nos advierte del peligro de beber hasta la saciedad. Creo que está claro que no espera que los monjes se abstengan por completo, ¿no crees?

—Pero dice que en todo ha de mantenerse la frugalidad —arguyó Peter

—¿Y tú piensas que aquí no somos frugales? —le preguntó Philip.

—Así es —dijo con voz estridente.

—Deja que aquellos a quienes Dios les da el don de la abstinencia sepan que recibirán su adecuada recompensa —citó Philip—. Si crees que aquí el alimento es demasiado abundante, puedes comer menos. Pero recuerda lo que dice el santo: Cita la Epístola I a los Corintios en la que san Pablo dice:

Cada uno ha recibido su propio don de Dios, uno éste, el otro, aquél. Y luego el santo nos dice: *Por esa razón la cantidad de comida de otra gente no puede determinarse sin cierta duda*. Peter, recuerda esto mientras ayunas y meditas sobre el pecado de la gula.

Luego habían vuelto al trabajo, Peter con aires de mártir. Philip se dio cuenta de que no podría acallarle con facilidad. De los tres votos hechos por los monjes -pobreza, castidad y obediencia-, este último era el que creaba más dificultades a Peter.

Naturalmente había maneras de tratar a los monjes desobedientes. Confinamiento en solitario, a pan y agua, flagelación y, como recurso extremo, la excomunión y expulsión del convento. Habitualmente Philip no vacilaba en aplicar tales correctivos, especialmente cuando un monje estaba poniendo en tela de juicio su autoridad. En consecuencia estaba considerado como un ordenancista duro. Pero de hecho aborrecía tener que recurrir a correctivos, quebraba la armonía de la hermandad monástica y hacía que todos se sintieran desgraciados. De cualquier forma, en el caso de Peter, el correctivo no serviría de nada. En realidad sólo se lograría que el hombre se mostrara más orgulloso e implacable. Philip tenía que encontrar una forma de controlar a Peter y al mismo tiempo hacerle más receptivo.

No sería tarea fácil. Aunque por otra parte pensó que si todo resultara fácil, el hombre no necesitaría la guía de Dios.

Llegaron al calvero del bosque en el que estaba el monasterio.

Mientras cruzaban el espacio abierto, Philip vio al hermano John agitando enérgicamente los brazos en dirección a ellos desde el redil de las cabras. Le llamaban Johnny Eightpence ("Ochopeniques") y estaba algo mal de la cabeza. Philip se preguntó qué sería lo que le tenía tan inquieto. Con Johnny se encontraba un hombre con hábitos de sacerdote. Su aspecto le resultaba vagamente familiar y Philip se acercó presuroso.

El sacerdote era un hombre bajo y fornido, de unos veinticinco años, con el pelo negro cortado casi al rape y unos brillantes ojos azules que revelaban una inteligencia despierta. El mirarle fue para Philip como verse en un espejo. Descubrió sobresaltado que era Francis, su hermano pequeño.

Y Francis sostenía a un recién nacido.

Philip no sabía qué era más sorprendente, si la presencia de Francis o la del bebé. Los monjes se arremolinaron alrededor de ellos. Francis se puso en pie y entregó el niño a Johnny. Entonces Philip le abrazó.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Philip encantado—. ¿Y por qué llevas contigo un bebé?

—Luego te contaré por qué estoy aquí —dijo Francis— En cuanto al bebé, lo he encontrado en el bosque, completamente solo, junto a una gran hoguera.

—Y... —le alentó a seguir Philip.

Francis se encogió de hombros.

—No puedo decirte nada más porque es todo cuanto sé. Confiaba en llegar aquí anoche, pero no me fue posible, así que he dormido en la cabaña de un guarda forestal. Al alba emprendí de nuevo la marcha. Y cuando cabalgaba por el camino oí el llanto de un niño. Lo recogí y lo traje aquí. Esa es toda la historia.

Philip miró incrédulo al diminuto bulto en brazos de Johnny.

Alargó la mano y levantó una esquina de la manta. Vio una carita rosada y arrugada, una boca abierta sin dientes y una cabecita calva, la viva imagen en miniatura de un monje anciano. Levantó algo más la manta y vio unos hombros pequeños y frágiles, unos brazos que se agitaban y unos puños cerrados. Observó más de cerca el trozo del cordón umbilical que colgaba del ombligo del niño. Era ligeramente repugnante. Se preguntó si eso sería natural. Tenía el aspecto de una herida que estuviese cicatrizando bien, por lo que lo mejor sería dejarla tal como estaba. Separó aún más la manta.

—Es un chico —dijo con un carraspeo incómodo, al tiempo que volvía a taparle con la manta. Uno de los novicios rió entre dientes.

De repente, Philip se sintió incapaz. *¿Qué puedo hacer con él?*, se preguntó. *¿Alimentarlo?*

El niño se echó a llorar y aquel sonido resonó en su corazón como un himno entrañable.

—Tiene hambre —dijo, y en su fuero interno pensó: *¿Cómo lo he sabido?*

—No podemos alimentarlo —dijo uno de los monjes

Philip estaba a punto de preguntar *¿por qué no?*, cuando lo comprendió. No había mujeres en muchas millas.

Pero Johnny había resuelto ya el problema, como pudo comprobar Philip. Johnny se sentó en el taburete con el bebé en su regazo. Tenía en la mano una toalla con una de sus esquinas retorcida en espiral; sumergió la esquina en un balde de leche, dejando que se empapara bien y luego la acercó a la boca del niño. Éste la abrió, chupó la toalla y tragó.

A Philip le entraron ganas de aplaudirle.

—Eso ha sido muy inteligente por tu parte, Johnny —dijo sorprendido.

Johnny sonrió.

—Ya lo había hecho antes, cuando una cabra murió antes de destetar a su cabrito —dijo orgulloso.

Todos los monjes observaban atentos mientras Johnny repetía la sencilla operación de empapar la punta de la toalla y dejar que el recién nacido la chupara. Philip observó divertido que al aplicar la toalla a la boca del niño, algunos monjes abrieron la suya con movimiento reflejo. Era una manera lenta de alimentar al bebé, aunque sin duda alguna alimentar bebés era un asunto lento.

Peter de Wareham, que había sucumbido a la fascinación general ante el bebé y que durante un rato se había olvidado de mostrarse crítico sobre algo, se recuperó por fin y dijo.

—Lo más fácil sería encontrar a la madre del niño.

—Lo dudo —dijo Francis— Probablemente la madre no estará casada y por tanto será culpable de trasgresión moral. Me imagino que será joven. Quizás haya logrado mantener el embarazo en secreto y al acercarse el momento del alumbramiento se vino al bosque, encendió un fuego y dio a luz sola. Luego abandonó al niño a los lobos y se fue por donde había venido. Se asegurará de que no puedan encontrarla.

El bebé se había quedado dormido. Siguiendo un impulso Philip se lo cogió a Johnny. Lo mantuvo apretado contra su pecho sujetándolo con una mano y meciéndolo.

—¡Pobre criatura! —dijo.

Se sintió invadido por el ansia de proteger y cuidar del niño. Se dio cuenta de que los monjes le miraban atónitos ante su repentino alarde de ternura. Naturalmente, nunca le habían visto acariciar a nadie, ya que en el monasterio estaba estrictamente prohibido cualquier tipo de efusión física. Era evidente que le creían incapaz de semejante gesto. Bueno, se dijo, ahora ya saben la verdad.

—Entonces tendremos que llevar el niño a Winchester y tratar de encontrarle una madre adoptiva —dijo Peter de Fareham de nuevo.

Si aquello lo hubiera dicho cualquier otro, quizás Philip no se hubiera mostrado tan rápido en contradecirle. Pero había sido Peter. Philip habló presuroso, y a partir de entonces su vida nunca volvió a ser la misma.

—No vamos a dárselo a una madre adoptiva —afirmó con decisión—. Este niño es un don de Dios —Miró a todos en derredor. Los monjes le miraban a su vez, con los ojos muy abiertos, pendientes de sus palabras—. Nosotros cuidaremos de él —siguió diciendo—. Le alimentaremos, le enseñaremos y le conduciremos por los caminos del Señor. Luego, cuando sea hombre, se hará monje, y entonces se lo devolveremos a Dios.

Se hizo un maravillado silencio.

Entonces intervino de nuevo Peter.

—Eso es imposible, ¡los monjes no pueden criar un bebé! —exclamó con voz airada.

Philip se encontró con la mirada de su hermano y ambos sonrieron, rememorando tiempos pasados. Cuando Philip habló de nuevo, el tono de su voz estaba cargado con el peso del pasado.

—¿Imposible? No, Peter. Estoy seguro de que puede hacerse y también lo está mi hermano. Lo sabemos por experiencia, ¿verdad, Francis?

El día que Philip consideraba ahora como el último, su padre regresó herido a casa. Philip fue el primero en verle, cabalgando sobre el serpenteante sendero de la ladera de la colina hacia la aldehuela, en el montañoso Gales del norte. Como siempre, Philip, que por entonces tenía seis años, corrió a su encuentro. Pero esta vez su padre no lo subió al caballo, delante de él. Cabalgaba lentamente, desplomado sobre la silla sujetando las riendas con la mano derecha mientras el brazo izquierdo le colgaba inerte. Tenía la cara pálida y la ropa manchada de sangre. Philip se sentía intrigado y atemorizado a un tiempo, ya que nunca había visto a su padre mostrar debilidad.

—Vete a buscar a tu madre —le dijo.

Cuando le hubieron llevado a casa, su madre le cortó la camisa. Philip quedó horrorizado al ver a su madre, siempre tan ahorradora, estropear expresamente una ropa tan buena. Aquello le impresionó más que la sangre.

—No te preocupes por mí —había dicho su padre, pero su vozarrón habitual se había debilitado hasta no ser más que un murmullo y nadie le hizo caso, otro hecho asombroso ya que su palabra era ley—. Déjame y llévate a todos al monasterio. Pronto estarán aquí los malditos ingleses.

En lo alto de la colina había un monasterio con una iglesia, pero Philip no alcanzaba a comprender por qué habrían de ir allí, cuando ni siquiera era domingo.

—Si sigues perdiendo sangre no podrás ir a ninguna parte. Nunca —le dijo ella. Pero tía Gwen dijo que daría la alarma y salió de la habitación.

Años más tarde, cuando pensaba en los acontecimientos que siguieron, Philip comprendió que en aquel momento nadie se había acordado de él ni de Francis, su hermano de cuatro años, y que nadie pensó tampoco en conducirles al monasterio, donde estarían seguros.

La gente pensaba en sus propios hijos y dieron por sentado que Philip y Francis estaban bien porque se encontraban con sus padres. Pero el padre se estaba desangrando hasta morir y la madre intentaba salvarle y así fue cómo los ingleses les sorprendieron a los cuatro.

Durante la corta experiencia de Philip nada le había preparado para la aparición de dos hombres de armas que abrieron la puerta de un puntapié y

entraron en la casa de una sola habitación. En otras circunstancias no hubieran resultado aterradores porque eran el tipo de adolescentes grandes y desmañados que se burlaban de las viejas, maltrataban a los judíos y a medianoche se liaban a puñetazos fuera de las cervecerías. Pero en aquellos momentos, y Philip lo comprendió años después cuando finalmente fue capaz de pensar de manera objetiva sobre aquel día, los dos jóvenes estaban sedientos de sangre; habían participado en una batalla; habían oído los gritos agónicos de los hombres y visto morir a sus amigos y literalmente habían estado muertos de miedo. Pero habían ganado la batalla y sobrevivido, y ahora perseguían con saña a sus enemigos. Y nada podría satisfacerles tanto como más sangre, más gritos, más heridas y más muerte.

Todo ello estaba escrito en sus caras crispadas al irrumpir en la habitación como zorros en un gallinero.

Actuaron con gran rapidez, pero Philip no olvidaría nunca cada movimiento, como si todo ello hubiera durado mucho tiempo. Los dos hombres llevaban armadura ligera, tan sólo una túnica corta de malla y un casco de cuero con bandas de hierro. Ambos llevaban las armas en las manos. Uno de ellos era feo, con una gran nariz corva y bizquera mostrando los dientes con una espantosa mueca simiesca.

El otro tenía una barba exuberante, manchada de sangre, sin duda de algún otro, pues no parecía estar herido. Los dos hombres recorrieron con la mirada la habitación sin detenerse. Sus ojos, calculadores e implacables dieron de lado a Philip y Francis; observaron la presencia de la madre y se clavaron en el padre. Casi estuvieron junto a él antes de que nadie pudiera moverse.

La madre había estado inclinada sobre él atándole un vendaje en el brazo izquierdo. Se enderezó volviéndose hacia los intrusos con los ojos centelleantes de valor desesperado. El padre se puso en pie de un salto y se llevó la mano derecha a la empuñadura de la espada. Philip lanzó un grito de terror.

El hombre feo levantó su espada y la descargó por la empuñadura sobre la cabeza de la madre. Luego la empujó a un lado sin clavarle la espada, probablemente porque no quería arriesgarse a que la hoja quedara atascada en un cuerpo mientras el hombre siguiera estando vivo. Philip imaginó todo aquello años más tarde. En aquel momento se limitó a correr hacia su madre sin comprender que ella ya no podía protegerle. Ella dio un traspiés, aturdida, y el hombre feo pasó junto a ella, alzando de nuevo su espada. Philip se aferró a las faldas de su madre mientras ella se tambaleaba, pero el niño no pudo dejar de mirar a su padre.

Éste sacó el arma de la vaina y la alzó con un movimiento defensivo. El hombre feo descargó la suya y las hojas sonaron como una campana. Al igual que todos los niños pequeños, Phil pensaba que su padre era invencible. Fue entonces cuando supo la verdad. El padre estaba débil por la pérdida de sangre. Al encontrarse las dos espadas la suya cayó y el atacante alzó la suya ligeramente y atacó rápido de nuevo. Descargó el golpe donde los grandes músculos del cuello de padre se unían a los anchos hombros. Philip empezó a chillar al ver la afilada hoja hundirse en el cuerpo de su padre. El hombre feo impulsó de nuevo el brazo para otro ataque y hundió la punta de su espada en el vientre del padre.

Philip miró a su madre paralizado por el terror. Sus ojos se encontraron con los de ella en el preciso momento en que el otro hombre, el barbudo, la golpeaba. Cayó al suelo junto a Philip, sangrando de una herida en la cabeza. El hombre barbudo cogió entonces la espada por el otro extremo, dándole la vuelta de manera que apuntara hacia abajo y sujetándola con las dos manos. Luego la alzó mucho, como si estuviera a punto de clavársela a sí mismo, y la descargó con fuerza. Hubo un espantoso crujido de hueso roto al atravesar la punta el pecho de la madre. La hoja se hundió profundamente, tan hondo -observó Philip, incluso estando bajo el influjo de un terror ciego e histérico-, que debió de haberle atravesado la espalda clavándola al suelo como si de un clavo se tratara.

Philip miró de nuevo desesperado a su padre. Le vio derrumbarse hacia delante sobre la espada del hombre feo, vomitando gran cantidad de sangre. Su atacante retrocedió y tiró de la espada, intentando sacarla del cuerpo. El padre avanzó otro paso vacilante, sin apartarse de él. El hombre feo lanzó un grito furioso y removió la espada en el vientre. Finalmente logró sacarla. Al caer al suelo, su padre se llevó la mano al vientre desgarrado como intentando tapar la inmensa herida abierta. Philip siempre había creído que lo que la gente tenía dentro del cuerpo era más o menos sólido, y se sintió confundido y con náuseas a la vista de los desagradables tubos y órganos que salían de su padre. El atacante levantó muy en alto la espada, con la punta hacia abajo, sobre el cuerpo del padre, como había hecho el hombre barbudo sobre la madre, y descargó de la misma manera el golpe final.

Los dos ingleses se miraron y de repente Philip vio el alivio reflejado en sus rostros. Ambos se volvieron a mirarles, a él y a Francis. Uno hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y el otro se encogió de hombros. Y Philip comprendió que iban a matarles a él y a su hermano abriéndoles de arriba abajo con aquellas afiladas espadas, y cuando comprendió lo mucho que le iba a doler, se sintió invadido por el terror hasta el punto de que pareció que la cabeza iba a estallarle.

El hombre con sangre en la barba se adelantó rápido y cogió a Francis por un tobillo. Lo mantuvo en el aire cabeza abajo mientras el chiquillo chillaba, llamando a su madre sin comprender que estaba muerta. El hombre feo retiró su espada del cuerpo del padre y puso el brazo en posición, dispuesto a atravesar el corazón de Francis con su arma.

Aquella acción no llegó a tener lugar. Resonó una voz de mando y los dos hombres se quedaron inmóviles. Callaron los gritos y Philip se dio cuenta que era él quien los había estado dando. Miró hacia la puerta y vio al abad Peter, con su hábito de tejido casero, con la ira de Dios en la mirada, llevando en la mano una cruz de madera a modo de espada.

Cuando en sus pesadillas Philip revivía aquel día y se despertaba sudando y gritando en la oscuridad, siempre era capaz de calmarse y de dormirse de nuevo, evocando en su mente aquel cuadro final y la forma en que los gritos y las heridas habían sido dominados por el hombre desarmado que llevaba sólo la cruz.

El abad Peter habló de nuevo. Philip no llegó a entender el lenguaje que utilizó, naturalmente fue el inglés, pero su significado era claro, ya que los dos hombres parecieron avergonzados y el barbudo dejó a Francis con cuidado en el suelo. Sin dejar de hablar, el monje entró tranquilamente en la habitación. Los hombres de armas retrocedieron un paso, casi como si les inspirara temor... a ellos, con sus espadas y armaduras mientras él sólo llevaba un hábito de lana y una cruz. Les dio la espalda con un gesto de desprecio y se puso en cuclillas para hablar a Philip. Su tono era práctico.

—¿Cómo te llamas?

—Philip.

—Ah, sí, ya recuerdo. ¿Y tu hermano?

—Francis.

—Está bien. —El abad miró a los cuerpos ensangrentados caídos sobre el suelo de tierra—. Ésta es tu madre, ¿verdad?

—Sí. —sintió el pánico de nuevo al señalar el cuerpo mutilado de su padre—: ¡Y ése es mi papá!

—Ya lo sé —dijo el monje con voz tranquilizadora—. No debes de seguir gritando; sólo tienes que contestar a mis preguntas. ¿Te das cuenta de que están muertos?

—No lo sé —repuso Philip tristemente. Sabía que eso se decía cuando morían los animales, pero ¿cómo podía sucederle a mamá y a papá?

—Es como quedarse dormido —dijo el abad Peter.

—¡Pero tienen los ojos abiertos! — gritó Philip.

—Chiss. Entonces lo mejor será que se los cerremos.

—Sí —asintió Philip. Tenía la sensación de que aquello solucionaría algo.

El abad Peter se puso en pie, cogió de la mano a Philip y Francis y los condujo atravesando la habitación junto al cuerpo de su padre.

Arrodillándose, cogió a Philip la mano derecha.

—Te enseñaré cómo —le dijo. Dirigió la mano de Philip hacia la cara de su padre, pero de repente Philip tuvo miedo de tocarle porque el cuerpo parecía muy extraño, pálido, inerte y horriblemente herido.

Apartó violentamente la mano. Luego miró con ansiedad al abad Peter, un hombre al que nadie desobedecía, pero el abad no parecía enfadado con él.

—Vamos —dijo cariñosamente volviendo a coger la mano de Philip. Esta vez no se resistió. Sujetando el dedo índice de Philip con el suyo y el pulgar, el abad hizo que el pequeño lo pusiera sobre el párpado de su padre y se lo bajara hasta cubrir aquella espantosa mirada fija; luego, el abad soltó la mano de Philip y le dijo—: Ciérrale el otro ojo. —Ya sin ayuda, Philip alargó la mano, puso el dedo sobre el párpado de su padre y se lo cerró. Luego se sintió mejor.

—¿Cerraremos también los de vuestra mamá? —preguntó el abad Peter.

—Sí.

Se arrodillaron junto al cuerpo de su madre. El abad le limpió la sangre de la cara con su manga.

—¿Y Francis? —preguntó Philip.

—Quizá también quiera ayudar —dijo el abad.

—Haz lo mismo que yo, Francis —dijo Philip a su hermano—. Cierra los ojos de mamá como yo he cerrado los de papá para que pueda dormir.

—¿Están durmiendo? —preguntó Francis.

—No, pero es como si durmieran —dijo Philip con autoridad.

—Entonces, bueno —dijo Francis y alargó una mano regordeta sin vacilar y con todo cuidado cerró los ojos de su madre.

Luego el abad los levantó, uno en cada brazo, y sin una mirada a los hombres de armas los sacó de la casa subiendo el empinado sendero de la ladera hasta el santuario del monasterio.

Les dio de comer en la cocina del monasterio. Luego, para que no estuvieran ociosos y se abandonaran a sus pensamientos, les dijo que ayudaran al cocinero a preparar la cena de los monjes. Al día siguiente les llevó a ver los cuerpos de sus padres ya lavados y vestidos, con las heridas limpias y en parte disimuladas, yaciendo en dos ataúdes, uno junto a otro, colocados en la nave de la iglesia. También allí se encontraban algunos de sus parientes, ya que no todos los aldeanos habían logrado llegar al monasterio a tiempo para escapar del ejército invasor. Cuando Philip se echó a llorar, Francis también lo hizo.

Alguien intentó hacerles callar.

—Dejadles llorar —dijo el abad Peter.

Sólo después de aquello, cuando su corazón había llegado al convencimiento de que sus padres se habían ido de verdad y nunca más regresarían, les habló al fin de su futuro.

Entre sus parientes no había una sola familia que no hubiera sufrido alguna pérdida. En todos los casos el padre o la madre habían resultado muertos. No había quien se ocupara de los muchachos. Sólo quedaban dos opciones: podían ser entregados o incluso vendidos a un labrador, que les haría trabajar como esclavos hasta que fueran lo bastante mayores y fuertes para escaparse, o podían ser entregados a Dios.

No era raro que los chiquillos entraran en un monasterio. La edad habitual era alrededor de los once años y el límite inferior alrededor de los cinco, ya que los monjes no estaban preparados para ocuparse de los infantes. A veces los muchachos eran huérfanos, otras veces acababan de perder a uno de los padres, y en ocasiones sus padres tenían demasiados hijos. Habitualmente la familia solía entregar al monasterio un importante donativo junto con el niño. Una granja, una iglesia o incluso toda una aldea. En caso de absoluta pobreza podía prescindirse del donativo. Sin embargo, el padre de Philip había dejado una modesta granja en una colina, así que los muchachos no dependían de la caridad. El abad Peter propuso que el monasterio tomara a su cargo a los niños y la granja, y los parientes supervivientes se mostraron de acuerdo. El trato fue temporalmente suspendido aunque no anulado de manera permanente por el ejército invasor del rey Henry, que había matado al padre de Philip.

El abad sabía mucho de dolor, pero pese a toda su sabiduría no estaba preparado para lo que ocurriera con Philip. Al cabo de un año más o menos, cuando la pena parecía haber pasado y los dos muchachos se habían adaptado a la vida del monasterio, Philip se vio poseído por una especie de ira implacable. Las condiciones en la comunidad de la colina no eran tan malas como para justificar semejante ira: tenían comida, ropa, un fuego en el dormitorio durante el invierno, e incluso algo de cariño y afecto. Tenían también una disciplina estricta y los tediosos rituales para lograr orden y estabilidad. Pero Philip empezó a comportarse como si hubiera sido injustamente encarcelado. Desobedecía los mandatos, subvertía las órdenes de los dignatarios monásticos a la primera oportunidad, robaba comida, rompía huevos, soltaba a los caballos, se burlaba de los inválidos e insultaba a los mayores. La única ofensa que no cometió fue la de sacrilegio, y por ello el abad le perdonaba cualquier otra cosa. Finalmente lo superó. Unas Navidades echó la vista atrás, consideró los doce meses transcurridos y se dio

cuenta de que en todo el año no había pasado una sola noche en la celda de castigo.

No existía un solo motivo para su reincorporación a la normalidad. Probablemente le sirvió de ayuda el hecho de interesarse por sus lecciones. Le fascinaba la teoría matemática de la música, e incluso la forma en que se conjugaban los verbos latinos tenía una cierta lógica satisfactoria. Le habían dado como trabajo el ayudar al intendente, el monje encargado de proveer a las necesidades del monasterio, desde sandalias a semillas, y ello también impulsó su interés. Empezó a sentirse ligado al hermano John por una admiración hacia el héroe. Era un monje joven, apuesto y musculoso, que parecía el epítome del saber, la santidad, la prudencia y la amabilidad.

Tal vez por imitar a John o por propia inclinación, o quizás por ambas circunstancias, empezó a encontrar una especie de consuelo en los turnos diarios de oración y servicios. Y así entró en la adolescencia con la organización del monasterio en la mente y las sagradas armonías en los oídos.

En sus estudios, tanto Philip como Francis iban muy por delante de cualesquiera de los muchachos de su edad que conocían, pero estaban convencidos de que ello se debía a que vivían en el monasterio y su educación había sido más intensiva. Llegados a ese punto alcanzaron a comprender que eran excepcionales. Incluso cuando empezaron a recibir enseñanzas en la pequeña escuela y a recibir lecciones del propio abad, en lugar del pedante maestro novicio, pensaron que iban por delante debido tan sólo a sus tempranos comienzos.

Al considerar retrospectivamente su juventud, a Philip le parecía que había sido una breve edad de oro que había transcurrido durante un año, o quizá menos, entre el fin de su rebeldía y la furiosa embestida de la lujuria carnal. Y entonces llegó la angustiosa época de los pensamientos impuros, de las poluciones nocturnas, de las sesiones terriblemente embarazosas con su confesor -que era el propio abad-, de las infinitas penitencias y de la mortificación de la carne con disciplinas.

Nunca dejó de atormentarle completamente la lujuria, pero finalmente llegó a ser menos importante, y sólo le importunaba de vez en cuando, en las raras ocasiones en que su cuerpo y su mente estaban ociosos, como la vieja herida que todavía sigue doliendo con tiempo húmedo.

Francis había librado aquella misma batalla algo más tarde, aunque no había hecho confidencias a Philip sobre el tema. Éste tenía la impresión de que su hermano había luchado con menos ahínco contra los deseos impuros, y había aceptado sus derrotas con espíritu más bien alegre. Pero lo

importante era que ambos habían hecho las paces con las pasiones, el más encarnizado enemigo de la vida monástica.

Al igual que Philip trabajaba con el intendente, Francis lo hacía con el prior, el suplente del abad Peter. Al morir el intendente Phil tenía veintiún años, y pese a su juventud se hizo cargo del trabajo.

Cuando Francis alcanzó los veintiún años, el abad propuso crear un nuevo puesto para él, el de sub-prior. Pero tal proposición fue la que precipitó la crisis. Francis suplicó que le dispensaran de esa responsabilidad y ya puestos en ello, pidió que le dejaran abandonar el monasterio. Quería ser ordenado sacerdote y servir a Dios en el mundo exterior.

Philip se mostró sorprendido y aterrado. Nunca se le había ocurrido pensar que alguno de los dos abandonara el monasterio, y en aquel momento la idea le resultaba tan desconcertante como si acabara de enterarse de que era el heredero del trono. Pero al cabo de muchos dimes y diretes acabó accediendo, y Francis salió al mundo para convertirse en capellán del conde de Gloucester.

Antes de que ello ocurriera, Philip había pensado en su futuro y lo había visto con toda claridad: sería monje, viviría una vida humilde y obediente y cuando fuera viejo quizás llegara a ser abad, esforzándose por vivir siguiendo el ejemplo dado por Peter. Y ahora se preguntaba si Dios no tendría otro destino para él. Recordaba la parábola de los talentos: Dios esperaba de sus servidores que extendieran su reino, no que se limitaran a conservarlo. Con cierta turbación hizo partícipe de sus pensamientos al abad Peter, perfectamente consciente de que se arriesgaba a recibir una reprimenda por dejarse llevar por el orgullo.

Por ello quedó sorprendido al conocer la respuesta del abad.

—Me preguntaba cuánto tiempo necesitarías para darte cuenta de ello. Ni que decir tiene que estás destinado a otra cosa. Nacido a la sombra de un monasterio, huérfano a los seis años, educado por monjes, nombrado intendente a los veintiún años... Dios no se toma tantas molestias en la formación de un hombre que va a pasar su vida en un pequeño monasterio en la desierta cima de la colina, en las remotas montañas de un reino. Aquí no hay campo de acción para ti. Debes abandonar este lugar.

Aquello dejó a Philip atónito, pero antes de separarse del abad se le ocurrió una pregunta que le espetó al instante:

—Si este monasterio es tan poco importante, ¿por qué Dios os puso a vos aquí?

El abad Peter sonrió.

—Quizá para que me ocupara de ti.

Aquel mismo año el abad fue a Canterbury para presentar sus respetos al arzobispo.

—Te he cedido al prior de Kingsbridge —dijo a Philip a su regreso.

Philip se sintió intimidado. El priorato de Kingsbridge era uno de los monasterios más grandes e importantes del país. Era un priorato catedralicio. Su iglesia era una catedral, la sede de un obispo, y éste era técnicamente el abad del monasterio, aunque de hecho estuviera gobernada por el prior.

—El prior James es un viejo amigo —dijo el abad Peter a Philip—. Estos últimos años ha estado muy desanimado. Ignoro el motivo. En cualquier caso, Kingsbridge necesita sangre nueva. James tiene dificultades sobre todo con una de sus celdas, un pequeño emplazamiento en el bosque, y necesita desesperadamente a un hombre de la más absoluta confianza para ocuparse de ella y enderezarla de nuevo por el sendero de la piedad.

—Así que voy a ser el prior de la celda... —dijo Philip sorprendido.

El abad asintió.

—Si estamos en lo cierto al creer que Dios te tiene reservado mucho trabajo, podemos confiar en que te ayudará a resolver cualquier problema que tenga la celda.

—¿Y si estamos equivocados?

—Siempre podrás volver aquí y ser mi cillerero. Pero no estamos equivocados, hijo mío. Ya lo verás.

Los adioses fueron lacrimosos. Había pasado allí diecisiete años y los monjes eran su familia, más real para él ahora que los padres, los que un día le habían arrancado de forma brutal. Probablemente no volvería a ver nunca más a aquellos monjes, y eso le entristecía.

Al principio se sintió deslumbrado por Kingsbridge. El monasterio amurallado era más grande que muchas aldeas; la iglesia catedral era una vasta y lóbrega caverna y la casa del prior un pequeño palacio. Pero una vez que se hubo acostumbrado a su enorme tamaño, pudo darse cuenta de las señales de desánimo que el abad Peter había observado en su viejo amigo, el prior. La iglesia necesitaba a todas luces reparaciones importantes, se rezaban apresuradamente las oraciones, se quebrantaban de forma constante las reglas del silencio y había demasiados sirvientes, más sirvientes que monjes. Philip superó rápidamente su deslumbramiento, que pronto se convirtió en ira. Hubiera querido agarrar por la garganta al prior James y decirle.

—¿Cómo os atrevéis a hacer esto? ¿Cómo os atrevéis a ofrecer a Dios oraciones apresuradas? ¿Cómo os atrevéis a permitir que los novicios jueguen a los dados y que los monjes tengan perros? ¿Cómo os atrevéis a vivir en un

palacio rodeado de sirvientes mientras la Iglesia de Dios se está quedando en ruinas?

Como es de suponer, nada dijo de todo aquello. Tuvo una entrevista breve y protocolaria con el prior James, un hombre alto, delgado, de hombros encorvados, que parecía llevar sobre ellos todo el peso de los problemas del mundo. Luego habló con el sub-prior Remigius.

Al comienzo de la conversación Philip insinuó que, a su juicio, era posible que el priorato estuviera necesitado de algunos cambios, confiando en que su principal ayudante le respaldara de corazón. Pero Remigius miró despectivo a Philip como diciendo "¿Quién crees tú que eres?", y cambió de tema.

Remigius dijo que la celda de St-John-in-the-Forest había sido creada tres años antes, con algunas tierras y propiedades, y que a esas alturas ya debería mantenerse por sí misma, pero que de hecho seguía dependiendo para los suministros de la casa matriz. Y aún había otros problemas. Un diácono que había pasado la noche en ella había criticado la manera de conducir los servicios religiosos. Había viajeros que aseguraban que en aquella zona les habían robado los monjes. Había también rumores de impureza... El hecho de que Remigius fuera incapaz o se resistiera a dar detalles exactos era un indicio más de la forma indolente en que estaba gobernada toda la organización. Philip se alejó tembloroso de ira. Se suponía que un monasterio había de glorificar a Dios. Si fallaba en ello no era nada. El priorato de Kingsbridge era peor que nada. Escarnecía a Dios con su poltronería. Pero Philip no podía hacer nada al respecto. Lo más que podía esperar era la reforma de una de las celdas de Kingsbridge.

Durante la cabalgada de dos días hasta la celda en el bosque, había ido meditando sobre la escasa información que le habían dado, y consideró mientras rezaba la mejor manera de abordar los problemas. Llegó a la conclusión de que al principio debería mostrarse receptivo. Habitualmente eran los monjes quienes elegían al prior.

Pero en el caso de una celda, que en definitiva era una avanzada del monasterio principal, el prior de la casa matriz podía elegirlo, simplemente. De manera que al no haberse sometido Philip a la elección, ello significaba que no podría contar con la buena voluntad de los monjes. Tendría que ir abriéndose camino con cautela. Necesitaba una mayor información sobre los problemas que afligían a aquel lugar antes de decidir la mejor manera de resolverlos. Tenía que ganarse el respeto y confianza de los monjes, especialmente de aquellos que, siendo de más edad que él, se mostraran resentidos por su designación. Y una vez que hubiera completado su información y asegurado su liderazgo, se pondría en acción.

Pero la cosa no salió así.

Al segundo día, cuando empezaba a anochecer, detuvo a su pony en la linde de un calvero e inspeccionó su nueva morada. En aquellos días sólo había un edificio en piedra, la capilla, ya que Philip construyó al año siguiente el dormitorio en piedra. Las demás construcciones, de madera, tenían un aspecto destartalado. Philip mostró su desaprobación. Se suponía que cuanto hicieran los monjes había de perdurar y aquello era válido tanto para las porquerizas como para las catedrales. Al mirar en derredor encontraba nuevas pruebas del mismo abandono que tanto le había escandalizado en Kingsbridge.

No había vallas, el heno se desbordaba por la puerta del granero y había un estercolero cerca del vivero de peces. Sintió que se le tensaban los músculos de la cara a causa de la reprensión contenida; se dijo: *Despacio, despacio*.

Al principio no vio a nadie. Y así es como debía ser porque era la hora de vísperas y la mayoría de los monjes estarían en la capilla. Dio suavemente con el látigo en el flanco del pony y atravesó el calvero hasta una cabaña que parecía un establo. Un joven con paja en el pelo y mirada vacía asomó la cabeza por encima de la puerta y miró sorprendido a Philip.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Philip, para añadir luego con un poco de timidez—: hijo mío.

—Me llaman Johnny Eightpence —contestó el jovenzuelo.

Philip desmontó y le entregó las riendas.

—Muy bien, Johnny Eightpence, puedes desensillar mi caballo.

—Sí, padre. —Sujetó las riendas en una baranda y empezó a alejarse.

—¿Adónde vas? —le interpeló rápido Philip.

—A decir a los hermanos que ha llegado un forastero.

—Debes practicar la obediencia, Johnny. Desensilla mi caballo. Yo diré a los hermanos que estoy aquí.

—Sí, padre. —Johnny le miró asustado y se dedicó a la tarea.

Philip miró a su alrededor. En el centro del calvero había un largo edificio semejante a un gran salón. Cerca de él se alzaba una construcción redonda y pequeña, de la que salía humo por un agujero en el tejado. Aquélla debía ser la cocina. Decidió ir a ver lo que había de cena. En los monasterios con reglas estrictas sólo se servía una comida diaria, el almuerzo al mediodía. Pero evidentemente aquél no era un monasterio con reglas estrictas y tendrían una cena ligera después de vísperas, algo de pan con queso o pescado en salazón.

O tal vez un bol con caldo de cebada cocinado con hierbas. Pero a medida que se acercaba a la cocina olfateó el inconfundible aroma de carne asada que hacía la boca agua. Se detuvo un instante con el ceño fruncido y luego entró.

Dos monjes y un muchacho se encontraban sentados alrededor del hogar central. Mientras Philip les observaba, uno de los monjes pasó al otro una jarra, de la que éste bebió. El muchacho daba vueltas a un espetón en el que había ensartado un pequeño cerdo.

Al entrar Philip en la zona iluminada, le miraron sorprendidos. Sin decir palabra le cogió la jarra al monje y la olfateó.

—¿Por qué bebéis vino? —preguntó.

—Porque alegra el corazón, forastero —dijo el monje—. Toma, echa un buen trago.

Era evidente que no les habían advertido de la llegada de un nuevo prior. E igualmente evidente que no le temían a las consecuencias en el caso de que un monje viajero informara en Kingsbridge sobre su comportamiento. Philip sentía deseos de romper aquella jarra de vino en la cabeza del hombre, pero respiró hondo y habló con tono apacible.

—Los hijos de los hombres pobres pasan hambre para suministrarnos a nosotros carne y bebida —dijo—. Y lo hacen por la gloria de Dios y no para alegrar nuestros corazones. Ya hay bastante vino por esta noche.

Dio media vuelta y se llevó la jarra.

—¿Quién te crees que eres? —oyó decir al monje mientras salía. No contestó. Muy pronto lo sabrían.

Dejó la jarra en el suelo, fuera de la cocina, y atravesó el calvero en dirección a la capilla, cerrando y abriendo los puños en un intento por dominar su ira. *No te precipites,* -se dijo-. *Sé prudente. Tómate tu tiempo.*

Se detuvo un momento en el pequeño pórtico de la capilla para calmarse. Luego empujó con cuidado la gran puerta de roble y entró en silencio.

Había una docena aproximada de monjes y algunos novicios de pie, de espaldas a él, en filas desordenadas. Frente a ellos estaba el sacristán, leyendo de un libro abierto. Dijo el servicio rápidamente y los monjes murmuraron las respuestas a la ligera. Tres velas de distintas longitudes chisporroteaban sobre la sabanilla del altar.

En el fondo, dos monjes jóvenes mantenían una conversación, haciendo caso omiso del servicio y discutiendo sobre algo animadamente. Al llegar Philip a su altura, uno de ellos dijo algo divertido y el otro se echó a reír, ahogando las palabras parloteadas por el sacristán. Aquello fue para Philip la gota que colmó el vaso. De su mente se borró toda idea de mostrarse tranquilo.

—¡GUARDAD SILENCIO! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

La risa se cortó en seco. El sacristán interrumpió la lectura. La capilla quedó en silencio y los monjes se volvieron y miraron a Philip.

Alargó el brazo hacia el monje que se había reído y le cogió de la oreja. Tenía más o menos la edad de Philip y era más alto, pero estaba demasiado sorprendido para ofrecer resistencia al hacerle Philip bajar la cabeza.

—¡De rodillas! —le gritó Philip.

Por un momento pareció como si el monje quisiera zafarse. Pero sabía que se había comportado mal, y la resistencia se rindió ante la conciencia culpable, como ya había supuesto Philip. Y, cuando Philip le tiró con más fuerza de la oreja, se arrodilló.

—Todos vosotros —ordenó Philip—. ¡De rodillas!

Todos habían hecho voto de obediencia, y la escandalosa indisciplina bajo la que a todas luces estaban viviendo recientemente no logró borrar los hábitos de años. La mitad de los monjes y todos los novicios se arrodillaron.

—Todos habéis quebrantado vuestros votos —dijo Philip dando rienda suelta a su desprecio—. Sois todos blasfemos. —Miró en derredor sosteniendo las miradas—. Vuestro arrepentimiento comienza ahora —dijo finalmente.

Uno a uno fueron arrodillándose lentamente hasta quedar solo en pie el sacristán. Era un hombre más bien grueso, de mirada soñolienta, unos veinte años mayor que Philip. Éste se acercó a él, avanzando entre los monjes arrodillados.

—Dame el libro —dijo.

El sacristán le miró desafiante sin decir palabra.

Philip alargó la mano y cogió suavemente el gran volumen. El sacristán apretó la mano que sostenía el libro. Philip vaciló. Había pasado dos días reflexionando sobre la conveniencia de mostrarse cauteloso y moverse despacio, y sin embargo allí estaba con el polvo del camino todavía en los pies, arriesgándolo todo en una confrontación violenta con un hombre del que nada sabía.

—Dame el libro y arrodíllate —repitió.

Hubo un atisbo de burla en el rostro del sacristán.

—¿Quién eres? —preguntó.

Philip vaciló de nuevo. Era evidente que se trataba de un monje, tanto por sus hábitos como por el corte de pelo; y todos ellos habrían supuesto, por su comportamiento, que ocupaba un puesto de autoridad, pero lo que todavía no estaba claro era si su rango le situaba por encima del sacristán. Todo cuanto había de decir era: *Soy vuestro nuevo prior*, pero no quería hacerlo. De repente parecía muy importante imponerse por el peso de su autoridad moral.

El sacristán se dio cuenta de su vacilación y se aprovechó de ella.

—Por favor, dinos a todos nosotros —dijo con cortesía burlona— quién es el que nos ordena arrodillarnos en su presencia.

Al instante terminaron todas las vacilaciones de Philip y se dijo: *Dios está conmigo, por lo tanto qué puedo temer*. Respiró hondo y sus palabras resonaron poderosas desde el suelo enlosado hasta el techo abovedado de piedra.

—¡Es Dios quien te ordena que te arrodilles en su presencia! —tronó.

El sacristán pareció algo menos seguro. Philip aprovechó la oportunidad y le quitó el libro. Ahora el sacristán había perdido toda autoridad, y finalmente se arrodilló aunque a disgusto.

—Soy vuestro nuevo prior —dijo Philip mirándoles y disimulando su alivio.

Hizo que siguieran arrodillados mientras él leía el servicio. Se prolongó durante mucho tiempo porque les hizo repetir las respuestas una y otra vez hasta que pudieron decirlas al unísono perfecto.

Luego les condujo en silencio fuera de la capilla, y atravesando el calvero hasta el refectorio. Hizo llevar de nuevo el cerdo a la cocina y ordenó pan y cerveza floja, designando a un monje para que leyera en voz alta mientras ellos comían. Tan pronto como hubieron terminado les condujo, siempre en silencio, hasta el dormitorio.

Ordenó que trasladaran a él el lecho del prior que se encontraba en la casa separada de éste. Dormiría en la misma habitación de los monjes. Era la manera más sencilla y efectiva de evitar pecados de impureza.

La primera noche no durmió en absoluto; permaneció sentado, a la luz de una vela, rezando en silencio hasta que a medianoche llegó el momento de despertar a los monjes para maitines. Celebró ese servicio rápidamente para que supieran que no era del todo despiadado. Luego volvieron a la cama pero Philip no durmió.

Salió con el alba, antes de que los demás se despertaran y miró en derredor suyo, reflexionando sobre el día que tenía por delante. Uno de los campos había sido arrebatado recientemente al bosque, y en el mismo centro se encontraba el inmenso tocón de un viejo roble.

Aquello le dio una idea.

Después del servicio de prima y del desayuno los llevó a todos al campo con cuerdas y hachas, y pasaron la mañana desarraigando el formidable tocón; la mitad de ellos tiraba de las cuerdas mientras la otra mitad atacaba las raíces con las hachas, clamando al unísono

"A-a-a-hora". Cuando hubieron sacado el tocón, Philip les dio a todos cerveza, pan y una loncha del cerdo que les había negado para cenar.

Pero ése no fue el fin de sus problemas sino el comienzo de las soluciones. Desde el principio se negó a pedir a la casa matriz otra cosa que no fuera grano para pan y velas para la capilla. La certeza de que no podrían

tener más carne que la que ellos mismos criaran o cazaran convirtió a los monjes en meticulosos ganaderos y tramperos de aves. Aunque con anterioridad habían considerado los servicios religiosos como una manera de eludir el trabajo, a partir de entonces se sintieron muy contentos cuando Philip redujo las horas de capilla para que pasaran más tiempo en los campos.

Al cabo de dos años se bastaban por sí mismos y transcurridos otros dos estaban aprovisionando al priorato de Kingsbridge de carne, caza y queso hecho con leche de cabra que se convirtió en un exquisito manjar muy solicitado. La celda prosperaba, los servicios religiosos eran irreprochables y los hermanos estaban saludables y eran felices.

Philip debería sentirse satisfecho, pero la casa matriz, el priorato de Kingsbridge, iba de mal en peor.

Debería ser uno de los centros religiosos en cabeza del reino, rebosante de actividad, recibiendo en su biblioteca la visita de eruditos extranjeros, con sus santuarios atrayendo a peregrinos de todo el país, los barones consultando a su prior, su hospitalidad renombrada entre la nobleza y su caridad famosa entre los pobres. Pero la iglesia se venía abajo, la mitad de los edificios monásticos estaban vacíos y el priorato estaba endeudado con los prestamistas. Philip iba a Kingsbridge al menos una vez al año y cada vez regresaba hirviéndole la sangre de ira por la forma en que estaban siendo dilapidadas las riquezas donadas por devotos fieles y acreditadas por la dedicación de algunos monjes.

Parte del problema emanaba del emplazamiento del priorato. Kingsbridge era una pequeña aldea en un camino secundario que no conducía a parte alguna. Desde la época del primer rey Guillermo, llamado el Conquistador y también el Bastardo, según quién estuviera hablando, la mayoría de las catedrales habían sido trasladadas a ciudades grandes, pero Kingsbridge había escapado a aquella reorganización. No obstante, a juicio de Philip, ése no era un problema insuperable. Un monasterio activo, con una iglesia catedral, debería ser una ciudad en sí mismo.

El problema real era el letargo del viejo prior James. Gobernado el timón por una mano floja, el barco iba a la deriva sin rumbo fijo.

Y Philip veía con amargura cómo iba declinando el priorato de Kingsbridge mientras el prior James seguía con vida.

Envolvieron al recién nacido en lienzos limpios y le acostaron en una gran cesta de pan a modo de cuna. Al punto se quedó dormido, rebosante su pequeño estómago de leche de cabra. Philip lo dejó a cargo de Johnny Eightpence que, aunque en cierto modo era corto de alcances, siempre trataba con asombrosa delicadeza a toda criatura pequeña y frágil.

Philip sentía gran curiosidad por saber a qué se debía la visita de Francis al monasterio. Durante el almuerzo hizo insinuaciones pero Francis permaneció inmutable, de modo que Philip hubo de reprimir su curiosidad.

Después del almuerzo era la hora del estudio. Allí no disponían de claustros apropiados, pero los monjes podían sentarse en el pórtico de la capilla y leer o pasearse arriba y abajo por el calvero. De vez en cuando se les permitía acudir a la cocina para calentarse junto al fuego, como era costumbre. Philip y Francis caminaban juntos por la linde del calvero como hacían frecuentemente por los claustros del monasterio de Gales. Y Francis empezó a hablar.

—El rey Henry ha tratado siempre a la Iglesia como si fuera un feudo subordinado a su reino —empezó diciendo—. Ha dado órdenes a los obispos, recaudado impuestos e impedido el ejercicio directo de la autoridad papal.

—Ya lo sé —dijo Philip—. ¿Y qué?

—El rey Henry ha muerto.

Philip se detuvo en seco. Aquello no se lo esperaba.

—Murió en su casa de caza en Lyons-la-Foret, en Normandía, después de comer lampreas, que era uno de sus bocados favoritos aunque siempre le habían sentado mal —siguió diciendo Francis.

—¿Cuando?

—Hoy es el primer día del año así que fue exactamente hace un mes.

Philip se sentía sobresaltado de veras. Henry había sido rey desde antes que él naciera. Durante su vida nunca había conocido la muerte de un rey, pero lo que sí sabía era que surgirían dificultades, y posiblemente una guerra.

—¿Y ahora qué ocurrirá? —preguntó con ansiedad.

Reanudaron el paseo.

—El problema es que el hijo del rey murió en el mar, hace ya muchos años. Es posible que lo recuerdes —dijo Francis.

—Así es.

Por aquel entonces Philip tenía doce años. Fue el primer acontecimiento de importancia nacional que penetró en su mente juvenil y le hizo tomar conciencia del mundo que existía fuera del convento. El hijo del rey había muerto en el naufragio de un navío que llevaba por nombre White Ship, en las cercanías de Cherburgo. Al abad Peter, quien le había contado todo aquello al joven Philip, le tenía muy preocupado que la muerte del heredero diera lugar a guerra y desorden, pero en aquella ocasión el rey Henry mantuvo el control y la vida siguió tranquila para Philip y Francis.

—Claro que el rey tenía otros muchos hijos —siguió diciendo Francis—. Al menos veinte, incluyendo a mi propio señor, el conde Robert de Gloucester. Pero como ya sabes todos ellos son bastardos. Pese a su desenfrenada

fecundidad, sólo logró engendrar un vástago legítimo... y fue una niña, Maud. Un bastardo no puede heredar el trono, pero una mujer es casi igual de malo.

—¿Acaso el rey Henry no nombró heredero? —dijo Philip.

—Sí, eligió a Maud. Ésta tiene un hijo llamado Henry. El mayor deseo del viejo rey era que su nieto heredara el trono. Pero el niño aún no tiene tres meses, de manera que el rey hizo jurar a los barones lealtad a Maud.

Philip estaba confundido.

—Si el rey nombró a Maud heredera suya y los barones le han jurado ya lealtad... ¿Dónde está el problema?

—La vida de la corte nunca es tan sencilla —dijo Francis—. Maud esta casada con Geoffrey de Anjou. Anjou y Normandía han sido rivales durante generaciones. Nuestros señores normandos odian a los angevinos. Francamente, el viejo rey se mostró demasiado optimista si creyó que un montón de barones anglonormandos iba a entregar Inglaterra y Normandía a un angevino, lo hubieran o no jurado.

Philip se sentía en cierto modo confundido por los conocimientos de su hermano pequeño y su actitud irrespetuosa ante los hombres más importantes del país.

—¿Cómo sabes eso?

—Los barones se reunieron en Le Neubourg para tomar una decisión. Ni qué decir tiene que allí estaba mi propio señor, el conde Robert. Y yo fui con él para escribir sus cartas.

Philip miró con curiosidad a su hermano, pensando en cuán diferente debía ser la vida de Francis de la suya.

—El conde Robert es el hijo mayor del viejo rey, ¿no? —recordó de repente.

—Sí, y es muy ambicioso, pero acepta la opinión general de que los bastardos tienen que conquistar sus reinos, no heredarlos.

—¿Quién más hay?

—El rey Henry tenía tres sobrinos, hijos de su hermana. El mayor es Theobald de Blois. Luego está Stephen, al que el viejo rey quería mucho y al que dotó con grandes propiedades, aquí en Inglaterra, y el pequeño de la familia, Henry, a quien ya conoces como obispo de Winchester. Los barones se muestran favorables al mayor, Theobald, de acuerdo con una tradición que, probablemente, tú creerás del todo razonable. —Francis miró a Philip y sonrió.

—Perfectamente razonable —rubricó Philip sonriendo a su vez— ¿De manera que Theobald es nuestro nuevo rey?

Francis sacudió la cabeza.

—Él creyó que lo era, pero los benjamines nos las arreglamos muy bien para colocarnos en primera fila. —Llegaron al final del calvero y dieron la vuelta—. Mientras Theobald aceptaba afablemente el homenaje de los barones, Stephen atravesó el canal hasta Inglaterra, se dirigió como un rayo a Winchester y con la ayuda del hermano pequeño, el obispo Henry, se apoderó del castillo y, lo más importante de todo, del tesoro real.

Philip estuvo a punto de decir: *Así que Stephen es nuestro soberano*. Pero se mordió la lengua. Ya lo había dicho refiriéndose a Maud y Theobald, y en ambas ocasiones se había equivocado.

—Stephen sólo necesitaba una cosa más para asegurarse la victoria —siguió diciendo Francis—: El apoyo de la Iglesia, pues hasta que fuera coronado en Westminster por el arzobispo no sería realmente rey.

—Pero eso sin duda alguna sería fácil —dijo Philip—. Su hermano Henry es uno de los sacerdotes más importantes del país. Obispo de Winchester, abad de Glastonbury, rico como Creso y casi tan poderoso como el arzobispo de Canterbury. Y si el obispo Henry no estuviera dispuesto a respaldarle, ¿por qué le habría ayudado a apoderarse de Winchester?

Francis hizo un ademán de asentimiento.

—Debo decir que las operaciones del obispo Henry durante toda esta crisis han sido brillantes. Pero, verás, no estaba ayudando a su hermano a impulsos del amor fraterno.

—Entonces, ¿cuál era su motivación?

—Hace unos minutos te recordaba hasta qué punto el difunto rey Henry trató a la Iglesia como si fuera una parte más de su reino. El obispo Henry quiere asegurarse de que nuestro nuevo rey, quienquiera que pueda ser, tratará mejor a la Iglesia. De manera que, antes de asegurarse su apoyo, Henry hizo que Stephen jurara solemnemente que mantendría los derechos y privilegios de la Iglesia.

Philip quedó impresionado. Las relaciones de Stephen con la Iglesia ya habían quedado establecidas desde los comienzos de su reinado según las condiciones de la Iglesia. Pero quizás aún fuera más importante el precedente. La Iglesia tenía que coronar reyes, pero hasta ese momento no había tenido derecho a establecer condiciones. Llegaría un día en que ningún rey podría alcanzar el poder sin establecer antes un trato con la Iglesia.

—Eso significa mucho para mí —dijo Philip.

—Claro que Stephen puede quebrantar sus promesas —siguió diciendo Francis— Pero en cualquier caso tienes razón. Jamás podrá mostrarse tan implacable con la Iglesia como lo había hecho Henry. Pero existe otro peligro. Dos de los barones se mostraron extraordinariamente ofendidos por lo que hizo Stephen. Uno de ellos fue Bartholomew, conde de Shiring.

—Le conozco. Shiring está a un día de viaje de aquí. Se dice que Bartholomew es un hombre devoto.

—Acaso lo sea. Todo cuanto yo sé es que es un barón santurrón y estirado, que no renegará de su juramento de lealtad a Maud pese a haberle sido prometido un perdón.

—¿Y el otro barón descontento?

—El mío propio, Robert de Gloucester. Te dije que era ambicioso. Su alma se siente atormentada por la idea de que si hubiera sido legítimo, sería rey. Quiere sentar en el trono a su hermana de padre con la creencia de que si ella confiara sin reservas en su hermano para que la guiara y la aconsejara, sería rey a todos los efectos salvo de nombre.

—¿Piensa hacer algo al respecto?

—Me temo que sí —Francis bajó la voz aun cuando no hubiera nadie allí cerca—. Robert y Bartholomew junto con Maud y su marido van a fomentar una rebelión. Planean derribar del trono a Stephen y sentar a Maud en su lugar.

Philip se paró en seco.

—¡Lo que destruirá lo conseguido por el obispo de Winchester! —agarró a su hermano por el brazo— Pero Francis...

—Sé lo que estas pensando. —De súbito Francis abandonó su tono desenvuelto y pareció ansioso y atemorizado—. Si el conde Robert supiera que te lo he dicho me ahorcaría. Confía completamente en mí. Pero mi lealtad suprema es para la Iglesia, tiene que serlo.

—Pero ¿qué puedes hacer?

—He pensado en pedir audiencia al nuevo rey y contárselo todo. Naturalmente los dos condes rebeldes lo negarían y a mí me colgarían por traición. Pero la rebelión habría fracasado y yo iría al cielo.

Philip sacudió la cabeza.

—Se nos ha enseñado que es en vano buscar el martirio.

—Y creo que Dios me tiene reservado más trabajo aquí en la tierra. Tengo un cargo de confianza en la casa de un gran barón, y si sigo ahí y logro avanzar gracias a un trabajo duro, puedo hacer mucho por impulsar los derechos de la Iglesia y el imperio de la ley.

—¿No hay otro camino?

Francis clavó la mirada en la de Philip.

—Ése es el motivo de que esté aquí.

Philip sintió un escalofrío de temor. Estaba claro que Francis iba involucrarle. No existía otro motivo para que le hubiera revelado el espantoso secreto.

—Yo no puedo desvelar la rebelión pero tú sí —siguió diciendo Francis.

—¡Que Dios y todos los santos me protejan! —exclamó Philip.

—Si la maquinación llegara a descubrirse aquí, en el sur, no recaería sospecha alguna sobre la casa de Gloucester, aquí nadie me conoce, nadie sabe siquiera que seas mi hermano. Puedes pensar en una explicación plausible de cómo llegó a ti la información. Por ejemplo, que viste una reunión de hombres de armas, o también que alguien de la casa del conde Bartholomew reveló la conjura mientras confesaba sus pecados a un sacerdote que conoces.

Philip se ciñó la capa temblando. De súbito parecía que hiciera más frío. Aquello era peligroso, muy peligroso. Estaban hablando de mezclarse en política real, que con regularidad acababa con practicantes más avezados. Era una locura que personas ajenas a todo aquello, como Philip, llegaran a involucrarse.

Pero era mucho lo que había en juego. Philip no podía permanecer impasible frente a una conjura contra un rey elegido por la iglesia, sobre todo cuando tenía en su mano una posibilidad de impedirla; aunque para Philip sería peligroso revelar la conjura, para Francis sería un suicidio.

—¿Cuál es el plan de los rebeldes? —preguntó Philip.

—En estos momentos el conde Bartholomew va camino de regreso a Shiring. Desde allí despachará mensajeros a sus seguidores en todo el sur de Inglaterra. El conde Robert llegará a Gloucester uno o dos días después y reunirá sus fuerzas en el oeste del país. Finalmente, el conde Brian Fitz cerrará sus puertas. Y todo el suroeste de Inglaterra pasará a pertenecer sin lucha a los rebeldes.

—¡Entonces casi es demasiado tarde! —exclamó Philip.

—En realidad no. Disponemos de una semana aproximadamente. Pero has de actuar con rapidez.

Philip se dio cuenta con desolación que más o menos había decidido hacerlo.

—No sé a quién decírselo —alegó—. En circunstancias normales habría de ser al conde, pero en este caso el culpable es él. El sheriff probablemente estará de su parte. Tenemos que pensar en alguien que estemos seguros que está de la nuestra.

—¿El prior de Kingsbridge?

—Mi prior es viejo y está cansado. Lo más probable es que no hiciera nada.

—Debe de haber alguien.

—Está el obispo.

En realidad, Philip jamás había hablado con el obispo de Kingsbridge, pero estaba seguro de que si le recibía y le escuchaba se pondría de

inmediato del lado de Stephen, porque éste había sido elegido por la Iglesia. Y era lo bastante poderoso para poder hacer algo al respecto.

—¿Dónde vive el obispo? —preguntó Francis.

—A un día y medio de viaje de aquí.

—Lo mejor será que salgas hoy.

—Sí —asintió Philip pesaroso.

—Me gustaría que lo hiciera cualquier otro. —Francis parecía sentir remordimiento.

—Y yo también —dijo Philip presa de honda emoción—. Y yo también.

Philip llamó a los monjes a la pequeña capilla y les dijo que el viejo rey había muerto.

—Tenemos que rezar para que la sucesión sea pacífica y tengamos un nuevo rey que ame a la Iglesia más que el difunto Henry —les dijo. Pero lo que no les reveló fue que la llave de una sucesión pacífica había caído en cierto modo en sus manos. En lugar de ello les dijo:

—Hay otras noticias que me obligan a visitar a nuestra casa matriz en Kingsbridge. Y he de partir ahora mismo.

El sub-prior leería los servicios religiosos y el intendente se ocuparía de la granja, pero ninguno de los dos era capaz de habérselas con Peter de Wareham, y Philip temía que si llegaba a prolongarse su ausencia, Peter crearía tales dificultades que a su vuelta se encontraría sin monasterio. No había sido capaz de encontrar una manera de controlar a Peter sin herirle en su amor propio y en aquellos momentos no había tiempo, de manera que había de hacerlo lo mejor que pudiera.

—Hoy hemos estado hablando de la gula —dijo después de una pausa—. El hermano Peter merece nuestro agradecimiento por recordarnos que, cuando Dios bendice nuestra granja y a nosotros nos da salud, no es para que engordemos y estemos confortables, sino para su mayor gloria. Compartir nuestras riquezas con los pobres forma parte de nuestro sagrado deber. Hasta ahora hemos venido descuidando ese deber, sobre todo porque aquí en el bosque no hay nadie con quien poder compartir. El hermano Peter nos ha recordado nuestro deber de salir al exterior y buscar a los pobres para así poderles prestar ayuda.

Los monjes estaban sorprendidos. Imaginaban que el tema de la gula había quedado cerrado. El propio Peter parecía confundido; se sentía satisfecho de volver a ser el centro de la atención, pero desconfiaba de lo que Philip pudiera guardar bajo la manga. Y con razón.

—He decidido —siguió diciendo Philip— que cada semana daremos a los pobres un penique por cada monje de nuestra comunidad. Si ello significa que

todos hayamos de comer un poco menos, nos alegraremos ante la perspectiva de nuestra recompensa en el cielo. Lo más importante es que habremos de asegurarnos de que nuestro dinero está bien empleado. Cuando damos a un hombre pobre un penique para que compre pan para su familia, es posible que se vaya directamente a la cervecería a emborracharse para luego volver a casa y pegar a su mujer, que lógicamente hubiera prescindido con gusto de nuestra caridad. Lo mejor es darle el pan, y mejor aún dárselo a sus hijos. Dar limosna es una tarea sagrada que tiene que hacerse con igual diligencia que cuidar a los enfermos o educar a jóvenes. Por ese motivo muchas casas monásticas nombran a un limosnero para que se haga cargo de repartir las limosnas. Nosotros haremos lo mismo.

Philip miró en derredor suyo. Todos se mostraban atentos e interesados. Peter tenía un aspecto satisfecho, habiendo llegado evidentemente a la conclusión de que todo aquello era una victoria suya.

Nadie había adivinado lo que se avecinaba.

—El cargo de limosnero es un trabajo duro. Habrá de caminar a pueblos y aldeas más cercanos, y con frecuencia irá a Winchester. Y por ello se moverá entre las clases más mezquinas, sucias, feas y viciosas. Porque así son los pobres. Tiene que rezar por ellos cuando blasfemen, visitarles cuando estén enfermos, y perdonarles cuando intenten estafar o robar. Necesitará fortaleza, humildad y una paciencia infinita. Echará de menos el confort de esta comunidad, porque estará más tiempo fuera que con nosotros.

Miró de nuevo en derredor. Ahora ya todos se mostraban cautos, porque ninguno quería ese trabajo. Detuvo la mirada en Peter de Wareham. Peter comprendió lo que se le venía encima y el rostro se le descompuso.

—Fue Peter quien atrajo nuestra atención sobre nuestras deficiencias en esa área —siguió diciendo Philip con parsimonia—, de manera que he decidido que sea él quien tenga el honor de ser nuestro limosnero — Sonrió—. Puedes empezar hoy.

La expresión de Peter era tan sombría como un cielo encapotado.

Estarás demasiado tiempo fuera para crear problemas, pensó Philip. *Y un estrecho contacto con los pobres piojosos y detestables de los apestosos callejones de Winchester atemperarán tu desdén hacia la vida tranquila.*

Sin embargo, Peter consideró aquello, a todas luces, como un castigo puro y simple, y miró a Philip con tal expresión de aborrecimiento que por un momento Philip se amedrentó.

Apartó los ojos y miró a los otros.

—Después de la muerte de un rey siempre hay peligro e incertidumbre — les dijo—. Rezad por mí mientras esté fuera.

2

Hacia el mediodía de la segunda jornada de viaje, el prior Philip se encontraba a pocas millas del palacio del obispo. A medida que se iba acercando sentía un extraño hormigueo en el estómago; había urdido una historia para justificar su conocimiento de la conjura planeada. Pero era más que posible que el obispo no la creyera y que, de creerla, pidiera pruebas. Y lo que aún era peor, -y semejante posibilidad no se le había ocurrido hasta después de separarse de Francis-, era posible, aunque poco probable, que el obispo fuera uno de los conspiradores y apoyara la rebelión; podía ser compinche del conde de Shiring. No era infrecuente encontrar obispos que antepusieron sus propios intereses a los de la Iglesia.

El obispo podía torturar a Philip para lograr que revelara su fuente de información. Naturalmente no tenía derecho a hacerlo, pero tampoco lo tenía de conjurar contra el rey. Philip recordaba los instrumentos de tortura que aparecían en las pinturas del infierno. Tales pinturas estaban inspiradas en lo que ocurría en las mazmorras de barones y obispos. Philip no creía poseer la fortaleza suficiente para morir martirizado.

Al avistar a un grupo de gente que viajaba a pie por el camino delante de él, su primer impulso fue el de frenar el caballo para evitar pasarlos, porque había muchos caminantes que no tenían escrúpulos en robar a un monje. Luego vio que dos de aquellas figuras eran niños y otra una mujer. Por lo general un grupo familiar era seguro; puso el caballo al trote para alcanzarlos.

A medida que se acercaba los distinguió con mayor claridad. Estaba formado por un hombre alto, una mujer pequeña, un adolescente casi tan grande como el hombre, y dos niños. Evidentemente eran pobres. No llevaban pequeños fardos con sus más caras pertenencias, y vestían harapos. El hombre tenía una gran osamenta aunque estaba demacrado, como a punto de morir de una enfermedad incurable, o simplemente de hambre. Miró con cautela a Philip, atrajo más hacia sí a los niños con un ademán y un murmullo. Al principio, Philip pensó que tendría unos cincuenta años, pero al verle más de cerca se dio cuenta de que estaba en la treintena, aunque tenía el rostro lleno de arrugas por las preocupaciones.

—Hola, monje —dijo la mujer.

Philip la miró inquisitivo. No era frecuente que una mujer hablara antes que su marido, y aunque la interpelación de *monje* no fuera exactamente descortés, hubiera sido más respetuoso decir *hermano* o *padre*. La mujer sería unos diez años más joven que el hombre, y tenía los ojos hundidos de

un color dorado claro poco corriente que le daba un aspecto impresionante. A Philip le pareció peligrosa.

—Buenos días, padre —dijo el hombre, como excusándose por la brusquedad de su mujer.

—Dios te bendiga —dijo Philip, frenando el paso de su yegua—. ¿Quién eres?

—Tom, maestro constructor en busca de trabajo.

—Y supongo que sin encontrarlo.

—Así es.

Philip asintió. Era una historia corriente. Los artesanos constructores iban por lo general en busca de trabajo, y a veces no lo encontraban, bien por mala suerte o porque no era mucha la gente que construía. Aquellos hombres se acogían a menudo a la hospitalidad de los monasterios. Si habían estado trabajando hasta época reciente, al irse daban donativos generosos; aunque si hacía algún tiempo que recorrían los caminos era posible que no tuvieran nada que ofrecer. El dar una bienvenida igualmente cálida a ambos constituía a veces una prueba de caridad monástica.

Ese constructor era, a todas luces, de los que no tenían dinero aunque su mujer parecía bien equipada.

—Bueno —dijo Philip—, llevo comida en mis alforjas y es hora de almorzar. La caridad es una obligación sagrada. De manera que si tu familia quiere comer conmigo, obtendré una recompensa en el cielo y también compañía mientras almuerzo.

—Es muy bondadoso por vuestra parte —dijo Tom. Miró a la mujer, que se encogió levemente de hombros y luego asintió apenas con la cabeza. Casi de inmediato el hombre dijo—: Aceptaremos vuestra caridad y os damos las gracias.

—Agradecédselo a Dios, no a mí —dijo Philip de manera automática.

—Las gracias a los campesinos cuyos diezmos suministran la comida —dijo la mujer.

Una mujer muy mordaz, pensó Philip. Pero no dijo palabra. Se detuvieron en un pequeño calvero donde el pony de Philip podía pastar la rendida hierba invernal. En su fuero interno, Philip se sentía contento de aquella excusa para retrasar su llegada al palacio y la temida entrevista con el obispo. El albañil había dicho que él también se dirigía al palacio del obispo, con la esperanza de que éste tuviera que hacer reparaciones o incluso construir una ampliación. Mientras hablaban, Philip observaba de manera subrepticia a la familia. La mujer parecía demasiado joven para ser la madre del muchacho mayor. Éste era como un ternero, fuerte, desmañado y de expresión poco inteligente. El otro muchacho era pequeño y extraño, con el pelo de color

zanahoria, la tez blanca como la nieve y los ojos saltones de un verde brillante. Tenía una manera peculiar de fijarse en las cosas, con una expresión ausente que a Philip le recordaba al pobre Johnny Eightpence, aunque la mirada del muchacho era adulta y avispada. Philip descubrió que a su manera resultaba tan perturbador como su madre. El tercero de los hijos era una niña de unos seis años. Lloraba de manera intermitente y su padre la observaba constantemente con afectuosa preocupación, dándole una alentadora palmada de vez en cuando, aunque sin decirle nada. Era evidente que le tenía un gran cariño; también en una ocasión tocó a su mujer y Philip pudo darse cuenta de la mirada de ardiente deseo entre ellos.

La mujer envió a los niños en busca de hojas anchas para que les sirvieran de fuentes. Philip abrió sus alforjas.

—¿Dónde está el monasterio, padre? —le preguntó Tom.

—En el bosque, a un día de viaje de aquí. Hacia el oeste —La mujer alzó rápida la mirada y Tom enarcó las cejas—. ¿Lo conocéis? —preguntó Philip.

Por algún motivo, Tom parecía violento.

—Debemos de haber pasado cerca de él de camino desde Salisbury —dijo finalmente.

—Sí, claro. Posiblemente. Pero está a mucha distancia del camino principal, así que no hubierais podido verlo, a menos de saber dónde estaba y que fuerais en su busca.

—Comprendo —dijo Tom, pero sus pensamientos parecían estar en otra parte.

A Philip se le ocurrió una idea.

—Decidme una cosa ¿tropezasteis con una mujer en la carretera, posiblemente muy joven, sola y embarazada?

—No —repuso Tom. Su tono era indiferente, pero Philip tuvo la sensación de que estaba profundamente interesado—. ¿Por qué lo pregunta?

Philip sonrió.

—Porque ayer a primera hora encontraron un recién nacido en el bosque. Y lo trajeron a mi monasterio. Es un chico y no creo que tuviera siquiera un día. Debió nacer esa noche. Así que la madre debía de encontrarse en la zona al mismo tiempo que vosotros.

—No vimos a nadie —repitió Tom—. ¿Qué hicisteis con el recién nacido?

—Le dimos leche de cabra. Parece que le sentó bien.

Ambos miraban con fijeza a Philip. Éste pensó que era una historia capaz de conmover a cualquiera.

—¿Y estáis buscando a la madre? —preguntó Tom al cabo de un momento.

—No, no. Mi pregunta era casual. Si me encontrara con ella naturalmente que le devolvería a su hijo. Pero es evidente que no lo quiere y se asegurará que no la encuentren.

—¿Y qué pasará con el niño?

—Lo criaremos en el monasterio. Será un hijo de Dios. Así es como mi hermano y yo fuimos criados. Nos arrebataron a nuestros padres cuando éramos muy jóvenes, y desde entonces el abad fue nuestro padre y los monjes nuestra familia. Comíamos, estábamos calientes, nos instruíamos.

—Y los dos se hicieron monjes —dijo la mujer. En su tono había un atisbo de ironía, como si hubiera demostrado que en definitiva la caridad del monasterio era interesada.

Philip se sintió contento de poder contradecirla.

—No, mi hermano dejó la Orden.

Volvieron los niños. No habían encontrado hojas anchas porque en invierno no era cosa fácil, de manera que comerían sin platos. Philip les dio todo el pan y el queso. Atacaron voraces la comida como animales hambrientos.

—Este queso lo hacemos en mi monasterio —dijo Philip—. A mucha gente le gusta así, tierno, pero aún es mejor si se le deja madurar.

Estaban demasiado hambrientos para que aquello les importara.

Terminaron el pan y el queso en un santiamén. Philip tenía tres peras. Las sacó después de hurgar en sus alforjas y se las dio a Tom. Éste dio una a cada niño.

Philip se puso en pie.

—Rezaré para que encuentres trabajo.

—Si os acordáis, padre, habladle de mí al obispo. Conocéis nuestra necesidad y os habéis dado cuenta de que somos honrados —dijo Tom.

—Lo haré.

Tom sujetó al caballo mientras Philip montaba.

—Sois un buen hombre, padre —le dijo, y Philip observó sorprendido que Tom tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Que Dios sea con vosotros —dijo Philip.

Tom siguió sujetando por un instante al caballo.

—El recién nacido del que nos habéis hablado..., el que encontrasteis —hablaba con voz queda como si no quisiera que los niños le oyeran—, ¿le habéis puesto ya nombre?

—Sí, le llamamos Jonathan, que significa regalo de Dios.

—Jonathan. Me gusta. —Tom soltó al caballo.

Por un instante, Philip le miró con curiosidad. Luego espoleó a su caballo y se alejó al trote.

El obispo de Kingsbridge no vivía en Kingsbridge. Su palacio se alzaba en la cima de una colina orientada hacia el sur, en un valle exuberante, a un día entero de viaje de la fría catedral de piedra y sus tristes monjes. Lo prefería así ya que una asistencia excesiva a la iglesia entorpecería sus otras obligaciones de cobrar rentas, administrar justicia y maniobrar en la corte real. Y a los monjes también les venía como anillo al dedo ya que cuanto más lejos estuviera el obispo menos interferiría en lo que hacían.

Hacía frío como para nevar la tarde que Philip llegó allí. En el valle del obispo soplaba un viento glacial y unas nubes grises y bajas se cernían sobre la casa señorial de la colina. No era propiamente un castillo, aunque estaba igualmente defendida. Se habían aclarado cien yardas de bosque a todo su alrededor. La mansión estaba rodeada por una vigorosa cerca de madera de la altura de un hombre, con una acequia de agua de lluvia al exterior. El centinela, junto a la puerta, mostraba una actitud descuidada, pero su espada era de cuidado.

El palacio era una hermosa mansión de piedra construida en forma de letra E. La planta baja tenía gruesos muros con varias puertas sólidas y pesadas pero sin ninguna ventana. Una de las puertas estaba abierta y Philip pudo ver en la penumbra del interior toneles y sacos. Las otras puertas estaban cerradas con cadenas.

Philip se preguntó qué habría detrás de ellas. Cuando el obispo tenía prisioneros, allí era donde languidecían.

El trazo corto de la E lo formaba una escalera exterior que conducía a la zona habitable encima de la planta baja. La pieza principal que era el trazo largo de la E sería el salón. Y las dos habitaciones que formaban la parte superior e inferior de la E serían una capilla y un dormitorio. Así se lo imaginaba Philip. Había pequeñas ventanas con contraventanas como ojos brillantes contemplando desconfiados el mundo.

Dentro del recinto había una cocina, una tahona de piedra, establos y un granero de madera. Todos los edificios se encontraban en buen estado, circunstancia desafortunada para Tom, se dijo Philip.

En el establo había buenos caballos, incluida una pareja de corceles, y un puñado de hombres de armas vagaban por allí matando el tiempo. Quizá tuviera visitantes el obispo.

Philip dejó su caballo a un mozo de cuadra y subió las escaleras con sensación de abatimiento. En todo aquel lugar palpitaba un penoso ambiente militar. ¿Dónde estaban las colas de suplicantes de agravios, de madres que llevaban a bendecir a sus infantes? Entraba en un mundo que no le era familiar y estaba en posesión de un peligroso secreto. *Es posible que*

transcurra mucho tiempo antes de que pueda salir de aquí, se dijo temeroso. *Desearía que Francis no hubiera acudido a mí.*

Terminó de subir la escalera. *Un pensamiento indigno,* se dijo. *Se me presenta una oportunidad de servir a Dios y a la Iglesia y sólo me preocupo de mi propia seguridad. Algunos hombres se enfrentan diariamente al peligro, en el campo de batalla, en el mar y en peregrinaciones arriesgadas o en las cruzadas. Incluso un monje ha de sufrir a veces un pequeño temor y temblar.*

Respiró hondo y entró.

El zaguán estaba en penumbra y lleno de humo. Philip cerró la puerta rápidamente para evitar que entrase el aire helado y luego atisbó entre las sombras. En el otro extremo de la habitación ardía un gran fuego que junto con unas ventanas pequeñas era toda la luz que recibía. Alrededor de la chimenea había un grupo de hombres, unos con indumentaria clerical y otros con los costosos trajes de la pequeña nobleza. Estaban enfrascados en una grave discusión y hablaban en voz baja y seria. Sus asientos estaban distribuidos al azar pero todos ellos miraban y hablaban a un sacerdote sentado en el centro del grupo, como una araña en su tela. Era un hombre delgado, y por la manera en que mantenía separadas sus largas piernas y sus largos brazos apoyados en los del sillón daba la impresión de que estuviese a punto de saltar. Tenía el pelo lacio y negro como el azabache, rostro pálido y la nariz afilada. Todo ello, unido a sus ropajes negros, le hacía parecer a un tiempo apuesto y amenazador.

No era el obispo.

Un mayordomo se levantó de su asiento junto a la puerta.

—Buenos días, padre. ¿A quién queréis ver? —preguntó a Philip.

Un podenco tumbado junto al fuego levantó la cabeza y lanzó unos gruñidos.

El hombre de negro dirigió rápidamente la mirada hacia allí, y al ver a Philip alzó una mano, e interrumpió la conversación.

—¿Qué pasa? —preguntó con brusquedad.

—Buenos días —dijo Philip con cortesía—. He venido a ver al obispo.

—No está —dijo el sacerdote dando por concluida la conversación.

Philip se quedó de piedra; había estado temiendo la entrevista y sus peligros y ahora se sentía defraudado ¿Qué podría hacer con su terrible secreto?

—¿Cuándo esperáis que regrese? —preguntó al sacerdote.

—No lo sabemos. ¿Para qué queréis verle?

El sacerdote habló en un tono algo brusco, que incomodó a Philip.

—Asuntos de Dios —le dijo con tono cortante— ¿Quién sois vos?

El sacerdote alzó las cejas como sorprendido de que le desafiaran y los otros hombres quedaron repentinamente quietos como esperando una explosión, pero al cabo de una pausa respondió con bastante tranquilidad.

—Soy su arcediano. Mi nombre es Waleran Bigod.

Buen nombre para un sacerdote, se dijo Philip.

—Mi nombre es Philip. Soy prior del monasterio de St-John-in-the-Forest. Es una celda del priorato de Kingsbridge.

—He oído hablar de vos —dijo Waleran—. Sois Philip de Gwynedd.

Philip quedó sorprendido. No podía imaginar cómo un verdadero arcediano había de conocer el nombre de alguien tan insignificante como él. Pero su rango, por modesto que fuera, bastó para cambiar la actitud de Waleran. La mirada irritada desapareció del rostro del arcediano.

—Acercaos al fuego —dijo—. ¿Tomareis un trago de vino caliente para reconfortaros la sangre?

Hizo un ademán a alguien sentado en un banco junto al muro y una figura andrajosa se apresuró a cumplir su mandato.

Philip se acercó al fuego. Waleran dijo algo en voz baja y los demás hombres se pusieron en pie, dispuestos a irse. Philip se sentó, calentándose las manos mientras Waleran acompañaba a sus visitantes a la puerta. Philip se preguntó de qué habían estado hablando y por qué el arcediano no había puesto fin a la reunión con una plegaria.

El andrajoso sirviente le alargó una copa de madera. Bebió un sorbo de vino caliente y especiado mientras reflexionaba sobre su próximo movimiento. Si el obispo no estuviera disponible ¿a quién podía dirigirse? Pensó en hablar con el conde Bartholomew y suplicarle sin más que considerara su rebeldía. La idea era ridícula. El conde se limitaría a arrojarle a una mazmorra y a echar la llave. Sólo quedaba el sheriff, quien en teoría era el representante del rey en el condado. Pero nadie podía asegurar de qué lado se inclinaría cuando aún existían algunas dudas de quién sería el rey. *Aún así,* se dijo Philip, *al final habré de correr ese riesgo.* Ansiaba retornar a la vida sencilla del monasterio, donde su enemigo más peligroso era Peter de Wareham.

Una vez que se hubieron ido los invitados de Waleran y cerrada la puerta para aislarles del ruido de los caballos en el patio, Waleran volvió junto al fuego y arrastró un gran sillón.

Philip estaba preocupado con su problema y en realidad no quería hablar con el arcediano, aunque se sintió obligado a mostrarse cortés.

—Espero no haber interrumpido su reunión —dijo.

Waleran hizo un ademán restándole importancia.

—Estaba a punto de terminar —dijo—. Esas cosas se prolongan más de lo necesario; estábamos discutiendo la renovación de arriendos de las tierras diocesanas. Es el tipo de cosas que pueden quedar solventadas en unos momentos, si la gente se mostrara decidida —Agitó una mano huesuda como dando de lado todos los arriendos diocesanos y a sus beneficiarios—. Veamos, ya me he enterado de que habéis hecho un trabajo excelente en esa pequeña celda del bosque.

—Me sorprende que esté enterado de ello —replicó Philip.

—El obispo es abad ex-officio de Kingsbridge y por ello se interesa.

O tal vez tiene un arcediano bien informado, se dijo Philip.

—Bueno, Dios nos ha bendecido —dijo.

—Así es.

Hablaban en francés normando, la lengua que habían estado utilizando Waleran y sus invitados, la lengua del gobierno. Pero había algo extraño en el acento de Waleran y al cabo de unos momentos Philip se dio cuenta de que éste tenía las inflexiones de alguien que hubiera sido educado hablando inglés. Ello significaba que no era un aristócrata normando sino un nativo que había medrado por su propio esfuerzo como el propio Philip.

Un instante después vio confirmada su teoría cuando Waleran cambió al inglés.

—Deseo que Dios conceda bendiciones parecidas al priorato de Kingsbridge.

Así pues, no era sólo Philip quien se sentía inquieto sobre el estado de las cosas en Kingsbridge. Probablemente Waleran sabría mejor lo que ocurría allí que Philip.

—¿Cómo está el prior James?

—Enfermo —contestó lacónico Waleran.

Philip pensó tristemente que entonces era seguro que nada podía hacer respecto a la insurrección del conde Bartholomew. Tendría que ir a Shiring y probar suerte con el sheriff.

Se le ocurrió que Waleran era el tipo de hombre que conocería a toda persona de importancia en el condado.

—¿Qué me dice del sheriff de Shiring? —le preguntó.

Waleran se encogió de hombros.

—Impío, arrogante, codicioso y corrupto. Así son todos los sheriffs, ¿por qué lo preguntáis?

—Si no puedo hablar con el obispo probablemente tendré que ir ver al sheriff.

—Debéis de saber que yo gozo de la confianza del obispo —dijo Waleran con una leve sonrisa—. Si puedo ser de alguna ayuda...

Hizo un amplio ademán, como un hombre que se estuviera mostrando generoso, aun a sabiendas de que puede ser rechazado.

Philip, que se había tranquilizado algo pensando que el momento de crisis había quedado aplazado por uno o dos días, se sentía de nuevo presa de gran turbación. ¿Podía confiar en el arcediano Waleran? Philip se dijo que la indiferencia de éste era estudiada. El arcediano se mostraba inseguro, pero en realidad debía estar rebosante de curiosidad por saber qué era aquello tan importante. Sin embargo ello no era motivo suficiente para desconfiar de él. Parecía una persona juiciosa. ¿Sería lo bastante poderoso para hacer algo respecto a la conjura? De no poderlo hacer por sí mismo, acaso le fuera posible localizar al obispo. De repente a Philip le pareció que la idea de confiar en Waleran presentaba una ventaja importante porque mientras el obispo podía insistir en conocer la fuente real de la información de Philip, el arcediano no tenía autoridad para hacerlo y habría de contentarse con la historia que Philip le contara, la creyera o no.

Waleran esbozó de nuevo su leve sonrisa.

—Si sigue pensándolo empezaré a creer que desconfía de mí.

Philip se dio cuenta de que comprendía a Waleran. Era un hombre en cierto modo semejante a él. Joven, bien educado, de humilde cuna e inteligente. Acaso un poco demasiado mundano para el gusto de Philip, pero era excusable en un sacerdote que se veía obligado a pasar tanto tiempo con damas y caballeros y no tenía el beneficio de la vida protegida de un monje. Philip pensó que en el fondo de su corazón Waleran era un hombre devoto. Haría lo correcto para la Iglesia.

Philip vaciló en el momento de tomar la decisión. Hasta entonces solo él y Francis conocían el secreto. Una vez que se lo hubiera dicho a una tercera persona podía ocurrir de todo. Aspiró hondo.

—Hace tres días llegó a mi monasterio, en el bosque, un hombre herido —empezó a decir impetrando el perdón en su fuero interno por mentir—. Era un hombre armado sobre un hermoso y rápido corcel. Se había caído a una o dos millas de distancia. Debía cabalgar veloz cuando cayó, porque tenía el brazo roto y las costillas aplastadas. Le colocamos el brazo pero nada pudimos hacer con las costillas; además al toser vomitaba sangre, señal evidente de daños internos. —Mientras hablaba, Philip observaba atento el rostro de Waleran. Hasta aquel momento sólo revelaba una atención cortés—. Le aconsejé que confesara sus pecados por encontrarse en peligro de muerte. Me reveló un secreto.

Vaciló.

No estaba seguro de hasta qué punto Waleran se hallaba al corriente de las noticias políticas.

—Supongo que ya sabrá que Stephen de Blois ha reclamado el trono de Inglaterra con las bendiciones de la Iglesia.

Waleran sabía más que Philip.

—Y fue coronado en Westminster tres días antes de Navidad —dijo.

—¿Ya?

Francis no sabía aquello.

—¿Cuál era el secreto? —preguntó Waleran con un atisbo de impaciencia.

Philip dio el paso decisivo.

—Antes de morir el jinete me dijo que su señor Bartholomew, conde de Shiring, había conspirado con Robert de Gloucester para levantarse en armas contra Stephen.

Estudió el rostro de Waleran conteniendo el aliento.

Las mejillas de Waleran adquirieron una mayor palidez. Se inclinó hacia delante en su asiento.

—¿Creéis que decía la verdad? —dijo en tono apremiante.

—Un moribundo suele decir la verdad a su confesor.

—Acaso estuviera repitiendo un rumor que circulara por la casa del conde.

Philip no había esperado que Waleran se mostrara escéptico.

Improvisó presuroso.

—No, no —dijo—. Se trataba de un mensajero enviado por el conde Bartholomew para reunir las fuerzas del conde en Hampshire.

La mirada inteligente de Waleran escudriñó la expresión de Philip.

—¿Llevaba algún mensaje por escrito?

—No.

—¿Algún sello o muestra de la autoridad del conde?

—Nada. —Philip empezó a sudar ligeramente—. Me dio la impresión de ser bien conocido por la gente a la que iba a ver, como representante autorizado del conde.

—¿Cómo se llamaba?

—Francis —dijo Philip estúpidamente, y al punto sintió deseos de morderse la lengua.

—¿Sólo eso?

—No me dijo qué otro nombre tenía —dijo Philip con la sensación de que su historia estaba quedando al descubierto con el interrogatorio de Waleran—. Sus armas y armadura podrían identificarle. Enterramos las armas con él..., a los monjes no les sirven de nada. Podríamos cavar en la tumba y sacarlas, pero le aseguro de antemano que eran corrientes, sin distintivo alguno. No creo que revelaran señal alguna. —Tenía que apartar a Waleran de aquella línea de investigación—. ¿Qué cree que deba hacerse? —le preguntó.

Waleran mostró un gesto preocupado.

—Resulta difícil saber qué hacer sin tener pruebas. Los conspiradores pueden negar sencillamente la inculpación y entonces es condenado el acusador. —No dijo específicamente, "sobre todo si la historia resulta ser falsa", pero Philip dedujo que era lo que pensaba. Waleran siguió diciendo —¿Se lo habéis dicho a alguien?

Philip hizo un ademán negativo con la cabeza.

—¿Adónde iréis cuando os vayáis de aquí?

—A Kingsbridge. Tuve que inventar un motivo para dejar la celda, así que dije que iba a hacer una visita al priorato. Y ahora he de hacerlo así para que sea verdad.

—No habléis allí a nadie de esto.

—No lo haré.

Philip no había pensado hacerlo, pero ahora se preguntaba por qué Waleran se mostraba tan insistente al respecto. Tal vez fuera por interés propio. Si estaba dispuesto a aceptar el riesgo de poner al descubierto la conspiración, quería asegurarse de que le fuera reconocido el mérito. Era ambicioso. Tanto mejor para el propósito de Philip.

—Dejadme esto a mí —dijo Waleran mostrándose de nuevo brusco.

Y el contraste en su actitud anterior hizo comprender a Philip que podía quitarse y ponerse la amabilidad como si se tratara de una capa. Waleran siguió diciendo— Id ahora al priorato de Kingsbridge y olvidaos del sheriff. Espero que así lo hagáis.

—Sí.

Philip comprendió que todo iba a marchar bien, al menos por un tiempo. Se sintió liberado de un gran peso. No le iban a arrojar a una mazmorra ni a interrogarle bajo torturas. Y tampoco sería acusado de sedición; además había descargado aquella responsabilidad en otra persona, alguien que parecía encantado con ella.

Se levantó de su asiento y se dirigió a la ventana más próxima.

Estaba mediada la tarde y aún había mucha luz; sentía una gran necesidad de alejarse de allí, dejando tras él el secreto.

—Si me voy ahora podré hacer ocho o diez millas antes de que caiga la noche —dijo.

Waleran no insistió en que se quedara.

—Ello os conducirá a la aldea de Bassingbourg; allí encontrareis una cama. Si emprendéis camino por la mañana temprano podréis estar en Kingsbridge para el mediodía.

—Sí —Philip se apartó de la ventana y miró a Waleran. El arcediano contemplaba el fuego con el ceño fruncido, sumido en sus pensamientos.

Philip le observó unos instantes. El arcediano no compartía sus ideas. A Philip le hubiera gustado saber lo que maquinaba aquella cabeza inteligente—. Salgo de inmediato —dijo.

Waleran salió de su ensimismamiento, mostrándose de nuevo extremadamente amable. Sonrió y se puso en pie.

—Muy bien —dijo. Acompañó a Philip hasta la puerta y bajó luego con él las escaleras hasta el patio. El mozo de cuadra condujo hasta ellos el caballo de Philip y lo ensilló. Waleran pudo haberse despedido en ese momento y volver junto a su chimenea, pero esperó. Philip supuso que quería asegurarse de que tomaba el camino de Kingsbridge y no el de Shiring.

Philip montó su caballo sintiéndose más tranquilo que cuando llegó. Estaba a punto de irse cuando vio a Tom Builder atravesar la puerta con su familia a la zaga.

—Ese hombre es un albañil que conocí de camino —dijo Philip a Waleran—. Parece un hombre honrado que atraviesa tiempos duros. Si necesitáis hacer algunas reparaciones os dejará sin duda muy satisfecho.

Waleran no contestó. Tenía la mirada fija en la familia mientras atravesaban el recinto. Todo su aplomo y compostura se habían esfumado. Tenía la boca abierta y la mirada fija; parecía un hombre que sufriera un sobresalto.

—¿Qué pasa? —le preguntó Philip ansioso.

—¡Esa mujer! —exclamó Waleran con un susurro.

Philip la miró.

—Es verdaderamente hermosa —dijo, dándose cuenta por primera vez—. Pero se nos ha enseñado que para un sacerdote lo mejor es ser casto. Apartad la mirada, arcediano.

Waleran no le escuchaba.

—Creí que había muerto —musitó. De súbito pareció recordar a Philip. Apartó los ojos de la mujer y miró a Philip, sobreponiéndose—. Presentad mis respetos al prior de Kingsbridge —dijo.

Luego dio una palmada en la grupa del caballo de Philip haciendo que el animal se lanzara al trote, atravesando la puerta. Cuando Philip hubo recogido las riendas y dominado al caballo se encontraba ya demasiado lejos para decir adiós.

3

Philip avistó Kingsbridge hacia el mediodía del día siguiente, tal como lo había previsto el arcediano Waleran. Emergió de una boscosa colina y contempló un paisaje de campos helados y muertos, animado sólo por el

desnudo esqueleto de algún que otro árbol. No se veía alma viviente ya que en lo crudo del invierno no había trabajo en la tierra. A un par de millas de distancia a través de los fríos campos, la catedral de Kingsbridge se alzaba sobre un promontorio; un edificio inmenso y achaparrado semejante a una tumba sobre un túmulo funerario.

Philip siguió el camino hasta una depresión y Kingsbridge desapareció de la vista. Su tranquilo pony se abrió paso cuidadosamente a lo largo de los senderos helados. Iba pensando en el arcediano Waleran. Tenía tanto aplomo, seguridad en sí mismo, y capacidad, que a Philip le hacía sentirse joven y cándido, aunque la diferencia de edad entre ambos no fuera mucha. Waleran había controlado sin esfuerzo toda la entrevista. Se había librado amablemente de sus invitados, había escuchado atentamente la historia de Philip, descubriendo de inmediato el problema crucial de falta de pruebas y comprendiendo rápidamente que aquella línea de investigación era inútil, y luego se apresuró a que Philip siguiera su camino, sin garantía alguna de que se emprendería una acción, y de ello se daba cuenta en ese momento.

Philip sonrió tristemente al comprender cómo le había manipulado. Waleran ni siquiera le había dicho que transmitiría al obispo lo que Philip le había comunicado. Pero Philip confiaba en que la gran vena de ambición que había adivinado en Waleran garantizaría que la información sería utilizada de alguna forma. Incluso pensaba que tal vez éste se sintiera algo en deuda con él.

Y debido al hecho de que Waleran le había impresionado se mostraba tanto más intrigado por el único indicio de debilidad: su reacción ante la mujer de Tom Builder. A Philip ella le había parecido sombríamente peligrosa. Al parecer Waleran la había encontrado deseable, lo que en definitiva venía a ser lo mismo. Sin embargo, había algo más; Waleran debió conocerla antes porque dijo: *Creí que había muerto*. Daba la impresión de que hubiera pecado con ella en un pasado lejano. Ciertamente había algo de lo que debía sentirse culpable a juzgar por la forma en que se aseguró de que Philip no siguiera por allí y pudiera enterarse de más cosas.

Ni siquiera ese secreto culpable sirvió para menoscabar la opinión que Philip tenía de Waleran. Éste era un sacerdote, no un monje. La castidad había constituido siempre parte esencial del estilo de vida monástica, pero nunca le había sido impuesta a los sacerdotes. Los obispos tenían amantes y los párrocos, amas de llaves. Al igual que con la prohibición de pensamientos pecaminosos el celibato clerical era una ley demasiado dura para ser obedecida. Si Dios no pudiera perdonar a los sacerdotes lascivos habría muy poco clero en el cielo.

Al alcanzar Philip una nueva cima reapareció Kingsbridge. El paisaje estaba dominado por la poderosa iglesia, con sus arcos redondeados y sus pequeñas y hundidas ventanas, al igual que el monasterio dominaba la aldea. La parte oeste de la iglesia, frente a la cual se encontraba Philip, tenía dos achaparradas torres gemelas, una de las cuales había sido derribada por una tormenta hacía cuatro años. Aún no había sido reconstruida y la fachada parecía expresar un puro reproche. Aquel espectáculo provocaba siempre el enfado de Philip, ya que el montón de escombros en la entrada de la iglesia era un vergonzoso recordatorio del colapso de la rectitud monástica en el priorato. Los edificios del monasterio, construidos con la misma piedra caliza pálida, se alzaban en grupos próximos a la iglesia, como conspiradores alrededor de un trono. En el exterior del muro bajo que rodeaba al priorato había una serie de cabañas dispersas, construidas con troncos y barro, con tejados de barda, ocupadas por los campesinos que labraban los campos de los alrededores y los sirvientes que trabajaban en el monasterio para los monjes. Un río angosto e impaciente atravesaba presuroso la esquina suroeste de la aldea, llevando agua fresca al monasterio.

Philip empezó ya a sentir que se le revolvía la bilis al atravesar el río por un viejo puente de madera. El priorato de Kingsbridge era una vergüenza para la Iglesia de Dios y el movimiento monástico, pero Philip nada podía hacer al respecto. Y la ira y la impotencia le revolvían el estómago.

El priorato era el propietario del puente y cobraba pontazgo.

Mientras el maderamen crujía bajo el peso de Philip y su caballo, un monje de edad salía de un cobertizo que había en la orilla opuesta, acercándose a la rama de sauce que servía de barrera. Agitó la mano al reconocer a Philip. Éste se dio cuenta de que cojeaba.

—¿Qué te pasa en el pie, hermano Paul? —le preguntó.

—No es más que un sabañón. Se irá cuando llegue la primavera.

Philip pudo ver que en los pies sólo llevaba sandalias. Paul era un pájaro encallecido, pero también demasiado viejo para pasarse todo el día afuera con aquel tiempo.

—Debías tener un fuego —dijo Philip.

—Sería una bendición, pero el hermano Remigius dice que el fuego costaría más dinero del que da el pontazgo.

—¿Cuánto cobramos?

—Un penique por un caballo y un cuarto de penique por un hombre.

—¿Utiliza mucha gente el puente?

—Sí, sí. Mucha.

—Entonces ¿cómo es posible que no podamos permitirnos un fuego?

—Bueno, naturalmente los monjes no pagan ni los sirvientes del priorato ni los aldeanos, de manera que sólo queda algún caballero que vaya de viaje o un calderero, un día por otro. Luego, los días festivos, cuando la gente acude desde todas partes para asistir a los servicios en la catedral, recogemos montones de medios peniques.

—Soy del parecer que podríamos custodiar el puente solo los días festivos y dejar que tuvieras un fuego con los ingresos —dijo Philip.

Paul parecía preocupado.

—No digas nada a Remigius ¿quieres? Se disgustará si cree que me he estado quejando.

—No te preocupes —le dijo Philip.

Azuzó a su caballo para que Paul no pudiera ver la expresión de su rostro. Aquel tipo de estupidez le sacaba de quicio. Paul había dado su vida al servicio de Dios y del monasterio y cuando ya declinaba bajo el peso de los años tenía que soportar el dolor y el frío por uno y dos cuartos de penique al día. No sólo era algo cruel, sino también un despilfarro, ya que a un hombre viejo y paciente como Paul podía dedicársele a alguna tarea productiva, tal vez a criar gallinas, y el beneficio para el monasterio sería mayor que el de unos cuantos cuartos de penique. Pero el prior de Kingsbridge estaba demasiado viejo y aletargado para comprenderlo, y al parecer lo mismo le pasaba a Remigius, el sub-prior. Philip pensaba con amargura que era un grave pecado malgastar de forma tan descuidada los bienes humanos y materiales que se habían consagrado a Dios con amorosa devoción.

Se sentía malhumorado mientras guiaba a su pony a través de los espacios libres entre las cabañas y la puerta del priorato. Éste conformaba un recinto rectangular con la iglesia en el centro. Los edificios habían sido construidos de tal manera que cuanto había al norte y al oeste de la iglesia era público, mundano, secular y práctico, en tanto que las partes sur y este eran privadas, espirituales y sagradas. Por lo tanto, la entrada al recinto se encontraba en la esquina noroeste del rectángulo. La puerta estaba abierta y el joven monje que se encontraba en la garita del portero junto a ella saludó con la mano al paso del caballo de Philip. Ya dentro del recinto, adosado al muro oeste se encontraba el establo, una sólida edificación en madera, sin duda mejor construida que algunas de las viviendas para la gente del otro lado del muro. En su interior se encontraban dos mozos de cuadra sentados sobre balas de paja. No eran monjes sino empleados del priorato. Se pusieron en pie, reacios como si les molestara la llegada de un visitante para darles trabajo extra. Un olor acre hirió el olfato de Philip, quien se dio cuenta de que los pesebres llevaban sin limpiar unas tres o cuatro semanas. Aquel día no estaba dispuesto a pasar por alto la negligencia de los mozos de cuadra.

—Antes de que metáis en el establo a mi pony, limpiad uno de los pesebres y poned paja fresca. Luego haced lo mismo con los demás caballos. Si el pesebre se mantiene siempre húmedo cogen el mal de las pezuñas. No tenéis tanto que hacer que no podáis mantener limpio este establo —dijo al entregarles las riendas. Los dos mozos parecían malhumorados, así que añadió— Haced lo que os digo o me aseguraré de que se os retenga un día de paga por pereza. —Estaba a punto de irse cuando recordó algo— En mi alforja hay un queso. Llevadlo a la cocina y entregadlo al hermano Milius.

Se alejó sin esperar a que le contestaran. El priorato tenía sesenta empleados para atender a sus cuarenta y cinco monjes, un número de sirvientes vergonzosamente excesivo a juicio de Philip. La gente que no tenía suficiente trabajo se volvía fácilmente remolona y dejaban de hacer el poco que tenían, como sin duda ocurría con los dos mozos de cuadra. Era un ejemplo más de la negligencia del prior James.

Philip caminó a lo largo del muro oeste del recinto del priorato, dejando atrás la casa de invitados, curioso por saber si en el priorato había algún visitante. Pero la inmensa y única habitación del edificio estaba fría y desierta, con un montón de hojas secas en el umbral arrastradas el invierno último por el viento. Dando la vuelta a la izquierda atravesó la gran extensión de hierba rala que separaba la casa de invitados -que en ocasiones albergaba gentes impías, incluso mujeres- de la iglesia. Se acercó a la parte oeste de la iglesia, donde se encontraba la entrada pública. Las piedras rotas de la torre desmoronada seguían donde cayeron, en un gran montón que medía el doble de la estatura de un hombre.

Al igual que la mayoría de las iglesias, la catedral de Kingsbridge había sido construida en forma de cruz. El extremo occidental se abría en una nave que conformaba el madero largo de la cruz. El travesaño consistía en dos cruceros orientados al norte y al sur a cada lado del altar. Más allá del cruce, al extremo este de la iglesia se le llamaba el presbiterio y estaba reservado principalmente a los monjes. En el extremo más alejado se encontraba la tumba de san Adolfo, ante la que todavía acudían peregrinos de vez en cuando. Philip entró en la nave y recorrió con la mirada la avenida de arcos redondos y poderosas columnas. Su contemplación sólo sirvió para deprimirle todavía más. Era un edificio húmedo y lóbrego y se había deteriorado desde que lo vio por última vez. Las ventanas en los bajos pasillos a cada lado de la nave eran como túneles estrechos en los muros de inmenso grosor. Arriba, en el tejado, las ventanas más grandes del triforio iluminaban el techo de madera pintada, revelando hasta qué punto se estaba deteriorando; los apóstoles, santos y profetas se hacían cada vez más difusos fundiéndose de manera inexorable con el fondo. Un leve olor a vestiduras corrompidas

impregnaba la atmósfera pese al viento frío que soplaba, ya que las ventanas no tenían cristales. Desde el otro extremo de la iglesia llegaban los sonidos de la misa mayor, las frases latinas salmodiadas y las respuestas cantadas. Philip avanzó por la nave. El suelo nunca había sido enlosado, de manera que la tierra estaba cubierta de musgo en los rincones rara vez hollados por los zuecos de los campesinos y las sandalias de los monjes. Las espirales talladas y las flautas de las macizas columnas así como los machos cabríos esculpidos que decoraban los arcos, que un día estuvieron pintados y dorados, ya sólo conservaban unas delgadas hojas doradas y un entramado de manchas donde había estado la pintura. El mortero que unía las piedras se estaba desprendiendo y cayendo, formando pequeños montones junto a los muros. Philip sintió resurgir en él la ira familiar.

Cuando la gente acudía allí se pensaba que iba a sentirse deslumbrada por la majestad del Dios Todopoderoso. Pero los campesinos eran gentes sencillas que juzgaban por las apariencias, y al contemplar todo aquello pensarían que Dios era una deidad insensible e indiferente, que no era probable que apreciara su adoración o tomara en cuenta sus pecados. En definitiva, los campesinos pagaban para la iglesia con el sudor de su frente, y en verdad era indignante que se vieran recompensados con aquel ruinoso mausoleo.

Philip se arrodilló ante el altar y permaneció allí un momento, consciente de que aquella justa indignación no era el estado de ánimo más apropiado para un devoto. Una vez se hubo calmado algo se puso en pie y siguió su camino.

El brazo oriental de la iglesia, el presbiterio, estaba dividido en dos. Cerca del cruce se hallaba el coro, con bancos de madera donde los monjes se instalaban durante los servicios religiosos. Más allá del coro se encontraba la capilla que albergaba la tumba del santo. Philip se situó detrás del altar con el propósito de ocupar un sitio en el coro.

Entonces un féretro le hizo detenerse en seco.

Se quedó sorprendido Nadie le había dicho que hubiera muerto un monje. Claro que había que tener en cuenta que sólo había hablado con tres personas: Paul, que ya era viejo y tenía la mente algo ausente, y los dos mozos de cuadra, a los que no había dado oportunidad de hablar. Se acercó al féretro para ver de quién se trataba. Al mirar al interior se quedó de piedra.

Era el prior James.

Philip permaneció boquiabierto. Ahora todo había cambiado, había un nuevo prior, una nueva esperanza.

El júbilo no era la actitud adecuada ante la muerte de un venerable hermano, por muchas que hubieran sido sus faltas. Philip acomodó la expresión de su rostro y su mente a una actitud de duelo.

Estudió al yaciente. El prior tuvo en vida el pelo blanco, el rostro afilado y andaba encorvado. En aquellos momentos había desaparecido su expresión perpetuamente abatida y en lugar de parecer preocupado y desconsolado daba la impresión de sentirse en paz. Al arrodillarse Philip junto al féretro y murmurar una oración se preguntó si un gran peso no habría atormentado el corazón del anciano durante los últimos años de su vida. Un pecado inconfesado, el recuerdo de una mujer o un daño causado a un hombre inocente. Fuera como fuese, ahora ya no hablaría de ello hasta el día del juicio final.

Pese a su resolución, Philip no pudo evitar que su mente vagara hacia el futuro. El prior James, indeciso, ansioso y falto de voluntad, había dirigido el monasterio con mano inerte. Ahora habría alguien nuevo, alguien que impondría disciplina a los sirvientes haraganes, repararía la iglesia en ruinas y sacaría rendimiento de la gran riqueza de la propiedad convirtiendo el priorato en una fuerza poderosa para Dios. Philip se sentía demasiado excitado para permanecer tranquilo.

Se levantó y caminó con paso más ligero y decidido hasta el coro y ocupó un lugar vacío en los bancos de atrás.

El oficio religioso lo celebraba el sacristán, Andrew de York, un hombre irascible, de rostro congestionado que siempre parecía estar a punto de sufrir una apoplejía. Era uno de los dignatarios antiguos del monasterio. Todo cuanto había de sagrado era responsabilidad suya: los servicios religiosos, los libros, las reliquias sagradas, las vestiduras y los ornamentos, así como la mayor parte de lo que constituía el inventario del edificio de la iglesia. Bajo sus órdenes trabajaban un cantor, para supervisar la música, y un tesorero para cuidar de los candelabros, los cálices y otros vasos sagrados de oro y plata engastados con piedras preciosas. Por encima del sacristán no había más autoridad que la del prior y el sub-prior, Remigius, que era un gran compañero de Andrew.

Andrew leía el oficio divino con su tono habitual de ira contenida; había una tremenda confusión en la mente de Philip y hubo de pasar algún tiempo antes de darse cuenta de que el oficio divino no se estaba celebrando de manera decorosa. Un grupo de monjes jóvenes hacían ruido, hablando y riendo. Se dio cuenta de que se estaban burlando de un anciano maestro de novicios que se había quedado dormido en su asiento. Los jóvenes monjes, que en su mayoría habían sido novicios hasta fecha muy reciente bajo la instrucción del viejo maestro y que probablemente aún les escocían los

palmetazos de su vara, le estaban lanzando bolitas de porquería a la cara. Cada vez que una de ellas daba en el blanco, el monje se movía y agitaba, pero sin despertarse. Andrew parecía no darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Philip miró en derredor buscando al circuitor, el monje responsable de la disciplina. Se encontraba en el otro extremo del coro, enfrascado en conversar con otro monje, sin prestar atención al servicio religioso ni al comportamiento de los jovenzuelos.

Philip siguió observando un poco más. En el mejor de los casos aquellas cosas acababan con su paciencia. Uno de los monjes parecía ser un cabecilla, un muchacho de buena planta, de unos veintiún años, con sonrisa maliciosa. Philip le vio aplicar la punta de su cuchillo de comer en la parte superior de una vela encendida y lanzar la cera derretida y caliente a la coronilla del maestro de novicios. Al recibir el viejo monje la cera ardiente se despertó con un alarido y los jovenzuelos se partieron de risa.

Con un suspiro, Philip se levantó de su asiento. Se acercó por detrás al jovenzuelo, le cogió por la oreja, le sacó rápidamente del coro y le condujo hasta el crucero sur. Andrew levantó la mirada del misal y frunció el ceño cuando les vio alejarse. No se había enterado de lo ocurrido.

Cuando se encontraron fuera del alcance del oído de los monjes, Philip se detuvo y soltó la oreja del muchacho.

—¿Nombre? —le preguntó.

—William Beauvis.

—¿Y puede saberse qué diablo te ha poseído durante la misa mayor?

William parecía malhumorado

—Estaba cansado del oficio divino.

Philip jamás había simpatizado con los monjes que se quejaban de sus obligaciones.

—¿Cansado? —dijo levantando ligeramente la voz— ¿Qué has hecho hoy?

—Maitines y laudes en plena noche, prima antes del desayuno; luego tercia sexta, estudio y ahora misa mayor.

—¿Has comido?

—He desayunado.

—¿Y esperas que te den de comer?

—Sí.

—La mayoría de los muchachos que tienen tu edad trabajan en los campos hasta deslomarse, desde el alba hasta ponerse el sol para poder desayunar y comer, y además darte a ti parte de su pan. ¿Sabes por qué lo hacen?

—Sí —repuso William cambiando de pie y mirando al suelo.

—¿Por qué?

—Lo hacen porque quieren que los monjes canten para ellos los oficios divinos.

—Exactamente. Los trabajadores campesinos te dan pan, carne y un dormitorio construido en piedra con un buen fuego en invierno y tú estás tan cansado que no puedes permanecer sentado y quieto durante la misa mayor para ellos.

—Lo siento, hermano.

Philip se quedó mirando aún un momento a William. Su falta no era grave. La verdadera culpa era imputable a sus superiores, que con su negligencia permitían payasadas en la iglesia.

—Si los oficios divinos te cansan, ¿por qué te has hecho monje?

—Soy el quinto hijo de mi padre.

Philip hizo un gesto de asentimiento.

—Y, sin duda, donó alguna tierra al priorato a condición de que te admitiéramos.

—Sí, una granja.

Era una historia corriente. Un hombre que tuviera un exceso de hijos daba uno de ellos a Dios, y para asegurarse de que Dios no iba a rechazar el regalo, daban al propio tiempo una parte de tierra suficiente para mantener al hijo en pobreza monástica. De esa manera, muchos hombres que no tenían vocación se convertían en monjes desobedientes.

—Si fueras trasladado, digamos a una granja, o a mi pequeña celda de St-John-in-the-Forest, donde hay mucho trabajo por hacer al aire libre y más bien poco tiempo para pasarlo rezando, ¿crees que ello te ayudaría a participar en los oficios divinos con la adecuada devoción?

A William se le iluminó el rostro.

—Sí, hermano. Creo que sí.

—Eso pensaba. Veré qué puede hacerse. Pero no te alegres demasiado. Quizás tengas que esperar hasta que tengamos un nuevo prior y le pida que te traslade.

—De todas maneras, muchas gracias.

Había terminado el oficio y los monjes empezaban a abandonar la iglesia en procesión. Philip se llevó un dedo a los labios para poner fin a la conversación. Mientras los monjes desfilaban por el crucero sur, Philip y William se incorporaron a la fila y entraron en los claustros, el cuadrángulo abovedado adyacente al lado sur de la nave; allí se disolvió la procesión. Philip se dirigió hacia la cocina, pero se vio interceptado por el sacristán, que se plantó en actitud agresiva ante él, con los pies apartados y las manos en las caderas.

—Hermano Philip —dijo.

—Hermano Andrew —dijo a su vez Philip, pensando qué mosca le había picado.

—¿Qué pretendes, interrumpiendo la celebración de la misa mayor?

Philip se quedó estupefacto.

—¿Interrumpiendo el servicio? —repitió incrédulo— El muchacho se estaba portando mal y...

—Soy perfectamente capaz de ocuparme de los malos comportamientos en mis propios servicios —dijo Andrew levantando la voz.

Los monjes, que habían empezado a dispersarse, se quedaron por los alrededores para escuchar lo que discutían.

Philip no podía entender todo aquel jaleo. De vez en cuando, los monjes jóvenes y los novicios debían ser reprendidos por sus hermanos mayores durante los oficios, y no había regla alguna que estableciera que sólo podía hacerlo el sacristán.

—Pero si no viste lo que estaba ocurriendo —alegó Philip.

—O quizás lo vi y decidí ocuparme de ello más tarde.

Philip estaba completamente seguro de que no había visto nada.

—Entonces, ¿qué viste? —preguntó desafiante.

—¡No pretendas interrogarme! — gritó Andrew. Su rostro pasó del color rojo al morado—. Podrás ser prior de una pequeña celda en el bosque, pero yo hace doce años que soy sacristán y llevaré los servicios de la catedral como crea conveniente, sin la ayuda de forasteros a los que doblo la edad.

Philip empezó a pensar que quizás se hubiera equivocado a juzgar por lo furioso que estaba Andrew. Pero lo más importante era que una discusión en los claustros no era precisamente un espectáculo edificante para los otros monjes, y había que ponerle fin. Así que Philip se tragó su orgullo, apretó los dientes e inclinó sumiso la cabeza.

—Admito la reprimenda, hermano, y suplico humildemente tu perdón —dijo.

Andrew estaba preparado para una discusión a voces, y la pronta retirada de su adversario no le resultó satisfactoria.

—¡Pues que no vuelva a ocurrir! —dijo con descortesía.

Philip no contestó. Andrew se había propuesto decir la última palabra de manera que cualquier otra observación de Philip sólo conseguiría una nueva réplica; permaneció allí de pie, con la mirada clavada en el suelo y mordiéndose la lengua, mientras Andrew permaneció unos momentos mirándole furioso. Finalmente el sacristán dio media vuelta y se alejó con la cabeza erguida.

Los otros monjes se quedaron mirando a Philip, que se sentía verdaderamente molesto por la humillación que le había inferido Andrew,

pero tenía que aceptarla porque un monje orgulloso era un mal monje. Abandonó el claustro sin decir palabra.

El alojamiento de los monjes se encontraba al sur de la plaza del claustro, el dormitorio en la esquina sureste y el refectorio en la suroeste. Philip se encaminó hacia el oeste, saliendo una vez más a la zona pública del recinto del priorato, frente a la casa de invitados y los establos. Allí en la esquina suroeste del recinto estaba el patio de la cocina, rodeado en tres de los lados por el refectorio, la propia cocina y la tahona, y la fábrica de cerveza. En medio del patio había un carro cargado de nabos a la espera de que los descargaran. Philip subió los escalones que conducían a la cocina y entró en ella.

La atmósfera era tan densa que fue como un golpe. Hacía mucho calor y todo estaba impregnado con el olor de guisos de pescado. Se escuchaba el ruido estridente de cacerolas y órdenes vociferantes. Tres cocineros, los tres congestionados por el calor y las prisas, estaban preparando la cena con la ayuda de seis o siete pinches jóvenes; había dos inmensas chimeneas, una en cada extremo de la habitación. En cada chimenea ardía un gran fuego en el que se estaban asando veinte o más pescados ensartados en un espetón al que daba vueltas sin cesar un muchacho sudoroso. A Philip se le hizo la boca agua. En unas grandes ollas de hierro llenas de agua y colgadas sobre las llamas, hervían zanahorias enteras. Dos jóvenes se encontraban de pie junto a un tajo cortando finas rebanadas de hogazas de pan blanco de una yarda de largas, para ser utilizadas como tajaderos... fuentes comestibles. Un monje vigilaba todo aquel aparente caos. El hermano Milius, el cocinero del convento, tenía más o menos la misma edad que Philip. Permanecía sentado en un taburete alto observando la frenética actividad que tenía lugar en derredor suyo, con una sonrisa imperturbable, como si todo estuviera en orden y perfectamente organizado... y probablemente así sería bajo su mirada experimentada.

—Gracias por el queso —dijo sonriendo a Philip.

—Ah, sí. —Philip lo había olvidado con todo aquel maremágnum— Está hecho con leche ordeñada sólo por la mañana. Verás que su sabor es sutilmente diferente.

—Ya se me está haciendo la boca agua. Pero pareces taciturno. ¿Algo va mal?

—Nada. He tenido unas palabras con Andrew. —Philip hizo un gesto de indiferencia como dando de lado a Andrew—. ¿Puedo coger una piedra caliente del fuego?

—Naturalmente.

En los fuegos de la cocina siempre había varias piedras preparadas para retirarlas y utilizarlas para calentar rápidamente pequeñas cantidades de agua o de sopa.

—El hermano Paul que está en el puente tiene un sabañón y Remigius no quiere que encienda un fuego —explicó Philip.

Cogió un par de tenazas de mango largo y retiró del hogar una piedra caliente.

Milius abrió un armario y sacó un trozo de cuero viejo que una vez había sido una especie de delantal.

—Toma, envuélvela en esto.

—Gracias —Philip colocó la piedra caliente en el centro del cuero recogiendo con cuidado las puntas.

—Date prisa —le dijo Milius— La cena está lista.

Philip salió de la cocina agitando la mano. Atravesó el patio de la cocina y se dirigió hacia la puerta. A su izquierda exactamente junto al muro oeste estaba el molino. Hacía muchos años que se había abierto un canal en el priorato, río arriba, para llevar agua del río a la acequia del molino; después de accionar la rueda del molino, el agua tomaba por un canal subterráneo hasta la cervecería, la cocina, la fuente de los claustros donde los frailes se lavaban las manos antes de comer, y finalmente hasta la letrina próxima al dormitorio, después de lo cual bajaba hacia el sur, revertiendo en el río. Uno de los primeros priores había sido un proyectista inteligente.

Philip observó que delante del establo había un montón de paja sucia. Los mozos de cuadra estaban cumpliendo sus órdenes y limpiando las cuadras. Salió por la puerta y atravesando la aldea se encaminó al puente.

¿Acaso fue presuntuoso por mi parte reprender al joven William Beauvis?, se preguntó mientras pasaba entre las chozas. Meditándolo bien se dijo que no. De hecho hubiera estado mal ignorar semejante interrupción durante el oficio.

Al llegar al puente asomó la cabeza por el pequeño cobertizo de Paul.

—Caliéntate el pie con esto —dijo entregándole la piedra caliente envuelta en el cuero—. Cuando se enfríe un poco, quita el cuero y pon el pie directamente sobre la piedra. Te durará hasta la caída de la noche.

El hermano Paul mostró un agradecimiento patético. Se quitó la sandalia y puso inmediatamente el pie sobre aquel bulto.

—Siento que ya se me alivia el dolor —dijo.

—Si vuelves a poner esta noche la piedra en el fuego de la cocina, por la mañana volverá a estar caliente —le dijo Philip.

—¿Y no le importará al hermano Milius? —preguntó Paul nervioso.

—Te aseguro que no.

—Eres muy bueno conmigo, hermano Philip.

—No tiene importancia. —Philip se fue antes de que el agradecimiento de Paul se hiciera embarazoso. En definitiva no era otra cosa que una piedra caliente.

Volvió al priorato. Se dirigió a los claustros y se lavó las manos en la pila de piedra del lado sur. Luego entró en el refectorio. Uno de los monjes leía en voz alta ante un facistol. Se había establecido que la cena se hiciera en silencio, aparte de la lectura, pero el ruido de unos cuarenta monjes comiendo originaba un constante murmullo y también se oían muchos cuchicheos pese a la regla. Philip ocupó un lugar vacío en una de las largas mesas. El monje sentado junto a él comía con enorme apetito.

—Hoy hay pescado fresco —murmuró al encontrarse con la mirada de Philip.

Philip asintió. Ya lo había visto en la cocina.

—Hemos oído decir que en vuestra celda del bosque tenéis pescado fresco todos los días —dijo el monje con envidia.

Philip sacudió la cabeza.

—En días alternos tenemos volatería —susurró.

El monje se mostró aún más envidioso.

—Aquí tenemos pescado salado seis días a la semana.

Un sirviente colocó una gruesa rebanada de pan delante de Philip y luego puso encima un aromático pescado con las hierbas del hermano Milius. A Philip se le hizo la boca agua. Se disponía a atacar el pescado con su cuchillo cuando en el otro extremo de la mesa se levantó un monje y le señaló. Era el circuitor, el monje que tenía a su cargo la disciplina. *¿Y ahora qué?*, se dijo Philip.

El circuitor rompió la regla del silencio como estaba en su derecho.

—¡Hermano Philip!

Los monjes dejaron de comer y en el salón se hizo el silencio.

Philip quedó enarbolando el cuchillo sobre el pescado y levantó la vista expectante.

—La regla establece que no hay cena para quienes llegan tarde —dijo el circuitor.

Philip suspiró; parecía como si ese día no hiciera nada bien.

Apartó el cuchillo. Entregó de nuevo la rebanada de pan y el pescado al sirviente, e inclinó la cabeza para escuchar la lectura.

Durante el periodo de descanso después de la cena, Philip se dirigió al almacén que había debajo de la cocina para hablar con Cuthbert Whitehead, el despensero. El almacén era una cueva oscura y grande con pilares cortos y

gruesos y unas pequeñísimas ventanas. El ambiente era seco y rebosaba de los aromas de lo almacenado. Lúpulo y miel, manzanas viejas y hierbas secas, queso y vinagre. Al hermano Cuthbert solía encontrársele allí, porque su trabajo no le dejaba tiempo para los oficios, lo que respondía muy bien a sus inclinaciones. Era un individuo listo, con los pies bien firmes en la tierra y que sentía escaso interés por la vida espiritual. El despensero era la contrapartida material del sacristán. Cuthbert tenía que atender todas las necesidades materiales de los monjes, recogiendo los productos de las granjas y las alquerías del monasterio e ir al mercado a comprar lo que los monjes y sus empleados no podían producir por sí mismos. La tarea exigía una cuidadosa reflexión y cálculo.

Cuthbert no la llevaba a cabo solo. Milius, el cocinero, tenía a su cargo la preparación de las comidas y había un chambelán que se ocupaba de la indumentaria de los monjes. Ambos trabajaban a las órdenes de Cuthbert y había otros tres personajes que normalmente también estaban bajo su control, pero que gozaban de cierto grado de independencia: el maestre de invitados, el enfermero que se ocupaba de los monjes ancianos y enfermos en un edificio aparte, y el postulante. Incluso teniendo gente que trabajaba a sus órdenes, la tarea de Cuthbert era formidable, pese a ello lo llevaba todo en la cabeza, asegurando que era una vergüenza malgastar pergamino y tinta.

Philip sospechaba que Cuthbert no había llegado a aprender a leer y escribir lo suficiente. Cuthbert había tenido el pelo blanco desde su juventud, de ahí el sobrenombre de Whitehead (Cabeza blanca) pero en aquellos días había dejado atrás los sesenta y el único pelo que le quedaba crecía en abundantes mechones blancos de sus orejas y de las aletas de la nariz, como para compensar su calvicie. Como el propio Philip había sido despensero en su primer monasterio, comprendía bien los problemas de Cuthbert y simpatizaba con sus quejas. En consecuencia éste sentía afecto por Philip. En aquellos momentos, sabedor de que Philip se había quedado sin cenar, Cuthbert cogió media docena de peras de un barril. Estaban algo arrugadas pero eran sabrosas y Philip se las comió agradecido, mientras Cuthbert rezongaba sobre las finanzas del monasterio.

—No alcanzo a comprender cómo es posible que el priorato esté endeudado —dijo Philip con la boca llena de fruta.

—No debería estarlo —aseguró Cuthbert—. Posee más tierras y cobra diezmos de más iglesias parroquiales que nunca.

—Entonces, ¿por qué no somos ricos?

—Ya conoces el sistema que tenemos aquí. En su mayor parte, las propiedades del monasterio están divididas entre los distintos cargos. El sacristán tiene sus tierras, yo tengo las mías y hay dotaciones de menor

importancia para el maestro de invitados, el enfermero y el postulante. El resto pertenece al prior. Cada uno utiliza los ingresos de su propiedad para cubrir sus necesidades.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Bueno, habría que ocuparse de todas esas propiedades. Supongamos por ejemplo que tuviéramos algunas tierras y que las arrendáramos por una cantidad en metálico. No deberíamos limitarnos a entregárselas al mejor postor y cobrar el dinero. Deberíamos tratar de encontrar un buen arrendador y vigilarle para asegurarnos que trabaja bien la tierra. De lo contrario los pastos pueden quedar anegados y el suelo esquilmado hasta tal punto que el arrendador se encuentre imposibilitado de pagarnos el arriendo, así que nos devuelve las tierras en malas condiciones. O bien consideremos una alquería en la que trabajen nuestros empleados y la dirijan los monjes. Si nadie visita la alquería salvo para llevarse su producción, los monjes se vuelven perezosos y perversos, los empleados roban las cosechas y la granja produce cada vez menos a medida que pasan los años. Incluso una iglesia necesita que se ocupen de ella. No deberíamos limitarnos a coger los diezmos. Deberíamos poner un buen sacerdote que conozca el latín y que lleve una vida santa. De lo contrario la gente se sume en la impiedad, casándose, trayendo hijos al mundo y muriendo sin las bendiciones de la Iglesia y defraudando con sus diezmos.

—Los obedecedores deberían administrar su propiedad con cuidado —dijo Philip mientras daba fin a su última pera.

—Deberían, pero tienen otras cosas en la cabeza. En cualquier caso, ¿qué sabe de novicios de labranza un maestro? ¿Por qué un enfermero habrá de ser un competente administrador de propiedades? Claro que un prior enérgico les obligará a manejar prudentemente, hasta cierto punto, sus recursos. Pero durante trece años hemos tenido un prior débil y ahora no tenemos dinero para reparar la iglesia catedral, comemos pescado salado seis días a la semana, y nadie acude a la casa de invitados.

Philip saboreaba su vino sumido en triste silencio. Le resultaba difícil pensar fríamente ante semejante derroche de los bienes de Dios. Hubiera querido agarrar al responsable y sacudirle hasta que entrara en razón, pero en ese caso la persona responsable yacía en un ataúd, detrás del altar. Al menos eso hacía vislumbrar cierta esperanza.

—Pronto tendremos un nuevo prior —dijo Philip—. Él deberá enderezar las cosas.

Cuthbert le miró de manera especial.

—¿Remigius? ¿Enderezar las cosas?

Philip no estaba seguro de lo que Cuthbert quería decir.

—No será Remigius el nuevo prior, ¿verdad?

—Es lo más probable.

Philip quedó consternado.

—¡Pero si no es mejor que el prior James! ¿Por qué habrían de votarle los hermanos?

—Verás, los forasteros les inspiran recelos y por tanto no votan a nadie que no conozcan. Ello significa que ha de ser uno de nosotros. Remigius es sub-prior, el monje más antiguo aquí.

—Pero no hay regla alguna que establezca que hayamos de elegir al monje más antiguo —protestó Philip—. Puede ser otro de los obedecedores. Podrías ser tú.

Cuthbert asintió.

—Ya me lo han pedido. Me he negado.

—Pero ¿por qué?

—Me estoy haciendo viejo, Philip. Fracasaría en el trabajo que ahora tengo si no fuera porque estoy tan acostumbrado a él que puedo hacerlo de manera automática. Una mayor responsabilidad sería excesiva. Realmente no tengo energía suficiente para hacerme cargo de un monasterio en situación precaria y reformarlo. Al final no lo haría mucho mejor que Remigius.

Philip seguía sin poder creérselo.

—Están otros. El sacristán, el postulante, el maestro de novicios.

—El maestro de novicios es viejo y aún está más fatigado que yo. El maestro de invitados es glotón y borracho. Y el sacristán y el postulante se han comprometido a votar por Remigius. ¿El motivo? No lo sé, pero puedo suponerlo. Yo diría que Remigius ha prometido al sacristán hacerle sub-prior y al postulante sacristán, como recompensa por su apoyo.

Philip se dejó caer pesadamente hacia atrás sobre los sacos de harina en los que estaba sentado.

—Me estás diciendo que Remigius ya tiene conseguida la elección.

Cuthbert no contestó de inmediato. Se puso en pie y se dirigió al otro extremo del almacén, colocando en fila una bañera de madera llena de anguilas vivas, un balde de agua clara y un barril que contenía una tercera parte de salmuera.

—Ayúdame con esto —dijo. Sacó un cuchillo, cogió una anguila de la bañera y le golpeó la cabeza contra el suelo de piedra, para destriparla luego con el cuchillo. Alargó a Philip el pescado que aún se agitaba débilmente—. Límpialo en el balde y luego échalo al barril. Estas calmarán nuestro apetito durante la Cuaresma.

Philip limpió la anguila medio muerta lo mejor que supo y la echó en el agua salada.

Cuthbert destripó otra anguila.

—Hay otra posibilidad —dijo—. Un candidato que fuera un buen prior reformador y cuyo rango, aunque por debajo del sub-prior, fuera el mismo que el de sacristán o el de postulante.

Philip sumergió la anguila en el balde.

—¿Quién?

—Tú.

—¿Yo? —Philip quedó tan sorprendido que dejó caer la anguila al suelo. Técnicamente tenía el rango de obedecedor del priorato, pero nunca pensó en sí mismo como un igual del sacristán y los otros porque todos ellos eran mucho mayores que él—. Soy demasiado joven...

—Piénsalo —dijo Cuthbert—. Has pasado toda tu vida en monasterios. Fuiste despensero a los veintiún años. Durante cuatro o cinco años has sido prior de una pequeña institución... y la has reformado. Cualquiera podría ver que Dios ha puesto su mano sobre ti.

Philip recogió la anguila que se le había escapado y la echó en el barril de salmuera.

—La mano de Dios está sobre todos nosotros —dijo evasivo. En cierto modo se sentía aturdido por la sugerencia de Cuthbert. Quería para Kingsbridge un nuevo prior que fuera enérgico, pero nunca se le ocurrió pensar que él pudiera ocupar el puesto—. Bueno, es verdad que sería mejor prior que Remigius —reconoció pensativo.

Cuthbert parecía satisfecho.

—Si tienes un defecto, Philip, es la candidez.

Philip no se consideraba cándido en modo alguno.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca se te ha ocurrido pensar que la gente obra impulsada por bajos motivos. La mayoría de nosotros sí que lo hacemos. Por ejemplo, todos en el monasterio dan por sentado que eres candidato y que has venido a pedir votos.

Philip estaba indignado.

—¿En qué se basan para decir eso?

—Intenta considerar tu comportamiento como haría una mente suspicaz y mezquina. Has llegado poco después de la muerte del prior James, como si tuvieras aquí a alguien que te hubiera enviado un mensaje secreto.

—Pero, ¿cómo se imaginan que he organizado esto?

—No lo saben, pero creen que eres más listo que ellos. —Cuthbert empezó de nuevo a destripar anguilas—. Y date cuenta de cómo te has comportado hoy. En cuanto entraste en los establos ordenaste que los limpiaran. Luego te ocupaste de las payasadas durante la celebración de la

misa mayor. Hablaste de trasladar al joven William Beauvis a otra casa, cuando todo el mundo sabe que el transferir monjes de una casa a otra es privilegio del prior. Criticaste de manera implícita a Remigius al llevar al hermano Paul una piedra caliente. Y finalmente trajiste a la cocina un queso delicioso, del que todos comimos un bocado después de la cena. Y aunque nadie dijera de dónde procedía, ninguno de nosotros podría confundir el sabor de un queso de St-John-in-the-Forest.

Philip se sentía extremadamente incómodo ante la idea de que sus acciones hubieran sido mal interpretadas.

—Son cosas que hubiera podido hacer cualquiera.

—Cualquier monje veterano hubiera podido hacer una de ellas. Pero nadie más que tú las hubiera hecho todas. ¡Llegaste y te hiciste cargo! Ya has empezado a reformar este lugar. Y, como es natural, los seguidores de Remigius están intentando hacerte retroceder. Ésa es la razón de que el sacristán Andrew te reprendiera en el claustro.

—¡Así que era eso! Me preguntaba qué mosca le habría picado. —Philip enjuagó una anguila pensativo—. Y supongo que cuando el postulante me hizo renunciar a mi cena fue por la misma razón.

—Desde luego. Una forma de humillarte delante de los monjes. Y a propósito, creo que esas dos maniobras fueron contraproducentes para sus intenciones. Ninguna de las dos reprimendas estaba justificada y sin embargo, las aceptaste de buen grado. De hecho lograste parecer un verdadero santo.

—No lo hice intencionadamente.

—¡Tampoco los santos! Está sonando la campana para nonas. Más vale que me dejes a mí el resto de las anguilas. Después del oficio es la hora de estudio y se permiten las discusiones en el claustro. Un montón de hermanos querrán hablar contigo.

—¡No tan deprisa! —exclamó Philip preocupado—. El que la gente crea que quiero ser prior no significa que vaya a presentarme a la elección. —Se sentía desalentado ante la perspectiva de una lucha electoral y no del todo seguro de querer abandonar su bien organizada celda del bosque y hacerse cargo de los extraordinarios problemas del priorato de Kingsbridge—. Necesito tiempo para reflexionar —dijo suplicante.

—Lo sé. —Cuthbert se enderezó y miró de frente a Philip—. Mientras lo haces, recuerda por favor que el orgullo excesivo es un pecado corriente, pero que un hombre puede, con la misma facilidad, frustrar la voluntad de Dios por una excesiva humildad.

Philip asintió.

—Lo recordaré. Gracias.

Al salir del almacén se dirigió presuroso a los claustros. En su mente reinaba la confusión mientras se reunía con los demás monjes y entraba en procesión en la iglesia. Se dio cuenta de que la perspectiva de convertirse en prior de Kingsbridge le tenía muy inquieto.

Durante años se había sentido profundamente disgustado por la forma desastrosa en que era gobernado el priorato, y ahora él mismo tenía la oportunidad de enderezar las cosas. De repente no se sintió seguro de poder hacerlo. No era tan sólo una cuestión de ver lo que había de hacerse y ordenar que se hiciera. Se tenía que convencer a la gente que administrar las propiedades y encontrar dinero era una tarea para una cabeza clara. La responsabilidad era demasiado grande.

La iglesia le calmó como siempre le sucedía. Después de su mal comportamiento de aquella mañana los monjes se mantenían quietos y solemnes. Mientras escuchaba las frases familiares del oficio y murmuraba las respuestas como había hecho durante tantos años, se sintió capaz una vez más de pensar con claridad.

¿Quiero ser prior de Kingsbridge? se preguntó. Y al instante le llegó la respuesta: i*Sí*! Hacerse cargo de aquella iglesia en ruinas, repararla, pintarla de nuevo, y llenarla con los cantos de un centenar de monjes y las voces de millares de fieles diciendo el padrenuestro. Sólo por ello quería la dignidad. Luego estaban las propiedades del monasterio que habían de ser reorganizadas, dándoles nuevo impulso y haciéndolas de nuevo ricas y productivas. Quería ver una multitud de chiquillos aprendiendo a leer y a escribir en un rincón de los claustros. Quería que la casa de invitados resplandeciera de luz y calor de tal manera que acudieran a visitarles los barones y obispos, concediendo valiosos regalos al priorato antes de irse. Quería disponer de una habitación especial dedicada a biblioteca y llenarla con libros de sabiduría y belleza. Sí, quería ser prior de Kingsbridge.

¿Existen algunas otras razones? se preguntó. *Cuando me imagino como prior, introduciendo mejoras para la mayor gloria de Dios, ¿albergo orgullo en mi corazón?*

Ah, sí.

No podía engañarse a sí mismo en el ambiente frío y sagrado de las iglesias. Su objetivo era la gloria de Dios, pero también le complacía la gloria de Philip. Le gustaba la idea de dar órdenes sin que nadie las rebatiera. Se veía a sí mismo tomando decisiones, dando consejo y aliento, dictando castigos y perdones como le pareciera justo. Se imaginaba a la gente diciendo: *¡Philip de Gwynedd reformó este lugar. Era un desastre hasta que él se hizo cargo y miradlo ahora!*

Pero sería bueno, se dijo. Dios me ha dado inteligencia para administrar propiedades y habilidad para dirigir grupos de hombres. Ya lo he demostrado como despensero en Gwynedd y como prior en St-John-in-the-Forest. Y cuando dirijo un lugar los monjes se sienten felices. En mi priorato los ancianos no tienen sabañones y los jóvenes no se sienten frustrados por falta de trabajo. Me preocupo por la gente.

Por otra parte tanto Gwynedd como St-John-in-the-Forest resultan fáciles en comparación con el priorato de Kingsbridge. El monasterio de Gwynedd estaba bien dirigido. La celda en el bosque se encontraba en dificultades cuando él se hizo cargo pero era pequeña y fácil de manejar. Por el contrario, la reforma de Kingsbridge era un trabajo de titanes. Pasarían semanas antes de que se pudiera averiguar cuáles eran sus recursos, cuántas tierras y dónde estaban, y si tenían bosques, pastos, o trigales. Sería un trabajo de años establecer el control sobre todas las propiedades dispersas, averiguar lo que estaba mal y enderezarlo y aunarlo todo formando un conjunto próspero. Todo cuanto Philip había hecho en la celda del bosque había sido poner a trabajar duramente a una docena de hombres jóvenes en los campos y rezar solemnemente en la iglesia.

Muy bien, admitió Philip, *mis motivos no son del todo puros y mi habilidad está en tela de juicio. Tal vez debiera negarme a participar. Al menos tendría la seguridad de evitar el pecado de orgullo. Pero ¿qué fue lo que dijo Cuthbert? «Un hombre puede frustrar con igual facilidad la voluntad de Dios mediante una excesiva humildad.»*

¿Qué quiere Dios? se preguntó finalmente. *¿Quiere a Remigius? La capacidad de Remigius es inferior a la mía y sus motivos probablemente no serán más puros. ¿Hay otro candidato? De momento no. Hasta que Dios revele una tercera posibilidad debemos asumir que la elección está entre Remigius y yo. Es evidente que Remigius dirigirá el monasterio como lo ha venido haciendo mientras el prior James estuvo enfermo, lo que es como decir que se mostrará ocioso y negligente, y que dejará que continúe su decadencia. ¿Y yo? Estoy lleno de orgullo y todavía no se ha puesto a prueba mi talento, pero intentaré reformar el monasterio y lo lograré si Dios me da fuerzas.*

Así que, muy bien, dijo a Dios tan pronto como terminó el oficio. *Muy bien. Aceptaré la designación y lucharé con todas mis fuerzas para ganar la elección. Y si Tú no me quieres a mí por alguna razón que hayas preferido no revelarme, bueno, entonces sabrás de detenerme por todos los medios posibles.*

Aunque Philip había pasado veintidós años en monasterios, sus priores habían gozado de larga vida y, por tanto, nunca tuvo ocasión de conocer unas elecciones. Se trataba de un acontecimiento único en la vida monástica ya que los hermanos no estaban obligados a la obediencia cuando votaban. De repente, todos eran iguales.

Hubo un tiempo, si las leyendas decían verdad, que los monjes habían sido iguales en todo. Un grupo de hombres habían decidido volver la espalda al mundo de la lujuria y construir un santuario en la soledad, donde poder vivir en adoración y negación de sí mismos.

Y se harían con un trecho de tierra yerma, limpiando el bosque y secando el pantano. Y cultivarían la tierra y construirían juntos su iglesia. En aquellos días fueron realmente como hermanos. El prior era, como daba a entender su título, tan sólo el primero entre iguales. Y juraron obediencia a la regla de san Benito, no a dignatarios monásticos. Pero todo cuanto quedaba ya de aquella democracia primitiva era la elección del prior y del abad.

Algunos monjes se sentían incómodos con su poder. Querían que se les dijera a quién habían de votar o sugerían que la decisión fuera delegada en un comité de monjes mayores. Otros abusaban del privilegio y se mostraban insolentes o pedían favores a cambio de su apoyo. La mayoría se mostraban sencillamente ansiosos por tomar la decisión acertada.

Aquella tarde Philip habló en los claustros con casi todos ellos, por separado o en pequeños grupos, y les dijo con toda franqueza que quería el puesto y que tenía la convicción de hacerlo mejor que Remigius pese a su juventud. Contestó a sus preguntas, que por lo general se referían a raciones de comida o bebida. Acababa cada conversación diciendo: *Si cada uno de nosotros toma una decisión bien meditada y acompañada de la oración, Dios bendecirá sin la menor duda el resultado.* Era una frase prudente, pero sobre todo él la decía con la más absoluta convicción.

—Estamos ganando —dijo el cocinero Milius a la mañana siguiente cuando él y Philip tomaban el desayuno de pan bazo y una pequeña cerveza mientras los pinches de cocina alimentaban los hogares.

Philip dio un mordisco al duro pan moreno y tomó un buen sorbo de cerveza para ablandarlo. Milius era un joven entusiasta y vivo de ingenio, protegido de Cuthbert y admirador de Philip. Tenía el pelo oscuro y liso y una cara pequeña de facciones regulares. Al igual que Cuthbert se sentía feliz sirviendo a Dios de manera práctica y faltaba a la mayoría de los servicios. A Philip su optimismo le pareció excesivo.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —le preguntó escéptico.

—Todos los que en el monasterio están de parte de Cuthbert te apoyan, el chambelán, el enfermero, el maestro de novicios, yo mismo, porque

sabemos que eres un buen proveedor y las provisiones constituyen el gran problema en el régimen actual. Muchos monjes votarán por ti por una razón similar. Creen que administrarás mejor las riquezas del priorato y que ello dará como resultado una mayor comodidad y una mejor comida.

Philip frunció el entrecejo.

—No quisiera que nadie se llamara a engaño. Mi primera preocupación será la reparación de la iglesia y mejorar los oficios. Tienen prioridad frente a la comida.

—Claro, claro. Y ellos lo saben —dijo Milius con cierto apresuramiento—. Ése es el motivo de que el maestro de invitados y uno o dos de los otros sigan pensando en votar a Remigius. Prefieren un régimen de inactividad y una vida tranquila. Los demás que le apoyan son todos seguidores suyos que esperan disfrutar de privilegios especiales cuando él esté al frente: el sacristán, el postulante, el tesorero y así sucesivamente. El cantor es amigo del sacristán, pero creo que podríamos ganarlo para nosotros, sobre todo si le prometes nombrar un bibliotecario.

Philip asintió. El cantor tenía a su cargo la música y estaba convencido de que no le competía a él ocuparse de los libros además de todas sus obligaciones.

—En todo caso es una buena idea —dijo Philip—. Necesitamos un bibliotecario para que forme nuestra propia colección de libros.

Milius se levantó del taburete y empezó a afilar un cuchillo de cocina. Rebosaba energía y siempre tenía que estar haciendo algo con las manos, precisó Philip.

—Hay cuarenta y cuatro monjes con derecho a voto —dijo Milius. Habían sido cuarenta y cinco pero uno de ellos acababa de morir—. Calculo que dieciocho están a favor nuestro y diez con Remigius. Los dieciséis restantes están indecisos. Necesitamos veintitrés para alcanzar la mayoría. Ello significa que habrás de ganarte cinco indecisos.

—Planteado de esa manera parece fácil —dijo Philip—. ¿De cuanto tiempo disponemos?

—No lo sé. Los hermanos convocan la elección pero si lo hacemos demasiado pronto el obispo puede negarse a confirmar al que hayamos elegido. Y si la retrasamos demasiado puede ordenarnos que la convoquemos. También tiene derecho a nombrar un candidato. En estos momentos es posible que ni siquiera esté enterado de que el prior ha muerto.

—Entonces puede pasar mucho tiempo.

—Sí. Y tan pronto como estemos seguros de alcanzar la mayoría, deberás volver a tu celda y quedarte allí hasta que todo haya terminado.

—¿Por qué? —Philip estaba desconcertado ante aquella propuesta.

—La familiaridad engendra desprestigio. —Milius agitó con entusiasmo el cuchillo recién afilado—. Perdóname si parezco irrespetuoso pero fuiste tú quien preguntó. En este momento te rodea un aura. Eres una figura lejana, santificada, especialmente para nosotros, los monjes más jóvenes. Hiciste un milagro con esa pequeña celda, reformándola y convirtiéndola en autosuficiente. Eres un ordenancista duro pero alimentas bien a tus monjes. Eres un líder nato pero puedes inclinar la cabeza y aceptar una reprimenda como el más joven de los novicios. Conoces las Escrituras y haces el mejor queso del país.

—Y tú exageras.

—No demasiado.

—No creo que la gente piense así de mí..., no es natural.

—Claro que no lo es. —Milius mostró su asentimiento con otro leve encogimiento de hombros—. Y no durará en cuanto lleguen a conocerte. Si te quedaras aquí perderías esa aura. Te verían hurgarte los dientes y rascarte el trasero, te oirían roncar y echarte cuescos, descubrirían cómo eres cuando estás de mal humor, han herido tu orgullo o te duele la cabeza. No queremos que eso suceda. Déjales que vean a Remigius cometer errores y chapucerías un día tras otro, mientras que tu imagen permanece radiante y perfecta en sus mentes.

—Esto no me gusta —dijo Philip con tono preocupado—. Parece falso.

—No hay nada deshonesto en ello —protestó Milius—. Es el reflejo auténtico de lo bien que servirías a Dios y al monasterio si fueras prior y lo detestable que sería el gobierno de Remigius.

Philip sacudió la cabeza.

—Me niego a parecer un ángel. Muy bien, no me quedaré aquí; en cualquier caso he de volver al bosque. Pero hemos de ser sinceros con los hermanos. Les estamos pidiendo que elijan a un hombre falible e imperfecto que necesitará de su ayuda y sus oraciones.

—¡Diles eso! —exclamó con entusiasmo Milius—. Es perfecto, les encantará.

Es incorregible, pensó Philip. Cambió de tema.

—¿Cuál es tu impresión sobre los indecisos, los hermanos que todavía no tienen decidido el voto?

—Son conservadores —afirmó Milius sin vacilar—. Ven en Remigius el hombre de más edad, el que introducirá menos cambios y cuyas decisiones son predecibles. El hombre que en estos momentos está eficazmente al frente.

Philip asintió.

—Y se muestran cautelosos ante mí, como si fuera un perro extraño que pudiera morder.

La campana llamó a capítulo. Milius se bebió de un trago la cerveza que le quedaba.

—Ahora habrá algún ataque contra ti, Philip. No puedo saber qué forma adoptará, pero seguro que intentarán presentarte como demasiado joven, inexperto, impetuoso y poco seguro. Debes mostrarte tranquilo, cauteloso y sensato, pero dejándonos a Cuthbert y a mí tu defensa.

Philip empezó a sentirse inquieto. Aquello de sopesar cada uno de sus movimientos y calcular cómo lo interpretarían y juzgarían los demás, era una forma nueva de pensar.

—Habitualmente sólo pienso en cómo juzgará Dios mi comportamiento —dijo con un ligero tono de desaprobación.

—Lo sé, lo sé —dijo Milius impaciente—. Pero no es pecado ayudar a la gente sencilla para que vea tus acciones a la verdadera luz.

Philip frunció el entrecejo. Los alegatos de Milius eran desoladoramente plausibles.

Salieron de la cocina, atravesaron el refectorio y se dirigieron a los claustros. Philip se sentía tremendamente inquieto ¿Ataque? ¿Qué significaba un ataque? ¿Dirían falsedades sobre él? ¿Cuál debería ser su reacción? Si la gente decía embustes sobre él, se pondría furioso, ¿debería contener su ira para dar la impresión de ser una persona tranquila, moderada y todo eso? Pero de hacerlo así, ¿no creerían los hermanos que aquellas mentiras eran verdaderas? Llegó a la conclusión de que se mostraría tal como era. Quizás con algo más de gravedad y dignidad.

La sala capitular era una construcción pequeña y redonda adosada a la parte este de los claustros. Tenía bancos colocados en círculos concéntricos. No había fuego y hacía frío en contraste con la temperatura de la cocina. La luz entraba a través de unas ventanas altas colocadas por encima del nivel de la mirada, de manera que en todo el salón no había nada que ver salvo a los otros monjes.

Eso fue exactamente lo que hizo Philip. Estaba presente casi todo el monasterio en pleno. Los había de todas las edades, desde los diecisiete años a los setenta. Altos y bajos, morenos y rubios, todos ellos vestidos con el áspero hábito de lana sin blanquear, tejida en casa, y calzados con sandalias de cuero; allí estaba el maestro de invitados, con su oronda barriga y su nariz roja reveladores de sus vicios, vicios que quizás fueran perdonables, pensó Philip, si es que alguna vez tuvo un invitado; allí estaba el chambelán que obligaba a los monjes a cambiarse de ropa y a afeitarse en Navidad y Pentecostés (se recomendaba al mismo tiempo un baño aunque no

obligatorio). Recostado contra la pared más alejada se encontraba el hermano de más edad, un anciano frágil, pensativo e imperturbable, con el pelo todavía gris en lugar de blanco, un hombre que rara vez hablaba pero que cuando lo hacía era de una manera efectiva, un hombre que probablemente debió de haber sido prior de no haberse mostrado tan humilde; allí estaba el hermano Simón con su mirada furtiva y sus manos inquietas, un hombre que confesaba pecados de impureza con tal frecuencia, según le cuchicheó Milius a Philip, que parecía disfrutar más con la confesión que con el pecado. También estaba presente William Beauvis, comportándose como es sabido, el hermano Paul, cojeando ligeramente, Cuthbert Whitehead, al parecer muy seguro de sí mismo; John Small, el pequeño tesorero, y Fierre, el admonitor, el hombre de palabra mezquina que el día anterior le había negado la cena a Philip. Cuando éste miró en derredor, se dio cuenta de que todos los ojos estaban fijos en él, lo que le hizo bajar incómodo los suyos.

Remigius llegó con Andrew, el sacristán, y se sentaron junto a John Small y Fierre. *De manera que no van a disimular que forman una facción,* se dijo Philip.

El capítulo empezó con la lectura sobre Simeón el Estilita, el santo del día. Era un ermitaño que había pasado la mayor parte de su vida en lo alto de una columna, y aunque no existía duda alguna sobre su capacidad de abnegación, Philip siempre había albergado cierta duda secreta sobre el valor real de su testimonio. Las gentes se habían arremolinado para contemplarle, pero ¿habían acudido para ser inspiradas espiritualmente o para contemplar a un fenómeno?

Después de las plegarias se procedió a la lectura de un capítulo del libro de san Benito. La reunión, así como el pequeño edificio en el que tenía lugar, tomaba precisamente su nombre de la lectura diaria de un capítulo. Remigius se puso en pie para leer y mientras hacía una pausa con el libro ante él, Philip escudriñó su perfil, viéndole por primera vez como a un rival. Remigius tenía un estilo enérgico y eficiente de moverse y de hablar que le proporcionaba un aire de capacidad muy lejos de su verdadera índole. Una observación más atenta revelaba indicios de lo que había detrás de aquella fachada. Sus ojos azules y algo saltones se movían sin parar, inquietos, de un lado a otro. Antes de hablar agitaba vacilante dos o tres veces la boca de aspecto débil, y continuamente abría y cerraba los puños aunque permaneciera quieto. Toda su autoridad residía en la arrogancia, el mal humor y su actitud cortante frente a sus subordinados.

Philip se preguntaba por qué se habría decidido a leer él mismo el capítulo. Pero un instante después lo comprendió. *El primer grado de humildad es una pronta obediencia*, leyó Remigius. Había elegido el capítulo

quinto que se refería a la obediencia para recordar a todo el mundo su antigüedad y la subordinación de ellos. Era una táctica de intimidación. Remigius era realmente astuto. *No viven como ellos querrían, ni obedecen a sus propios deseos y placeres, sino que siguiendo el mandato y la dirección de otro y permaneciendo en sus monasterios, su deseo es ser gobernados por un abad* -seguía leyendo-*. No cabe duda de que ellos son los que practican lo dicho por el Señor. «No vine para hacer mi voluntad sino la voluntad de Aquél que me envió».* Remigius estaba trazando su esquema de batalla en la forma esperada. En esa contienda él se disponía a representar la autoridad establecida.

El capítulo fue seguido por la necrología, y ese día, como era natural, todas las oraciones fueron por el alma del prior James. La parte más animada del capítulo quedó reservada para el final: discusión de los asuntos, confesión de las faltas y acusaciones de mal comportamiento.

—Ayer, durante la misa mayor hubo un alboroto —empezó diciendo Remigius.

Philip casi sintió alivio. Ahora ya sabía cómo le iban a atacar. No estaba seguro de si su actuación del día anterior había sido correcta, pero sabía por qué lo había hecho y estaba preparado para defenderse.

—Yo no estuve presente —siguió diciendo Remigius—. Hube de permanecer en la casa del prior ocupado con asuntos urgentes, pero el sacristán me contó lo ocurrido.

En aquel momento le interrumpió Cuthbert Whitehead.

—No te hagas reproche alguno a ese respecto, hermano Remigius —dijo en tono tranquilizador—. Sabemos que en principio los asuntos del monasterio no deben tener preferencia sobre la misa mayor, pero comprendemos que la muerte de nuestro bien amado prior te ha obligado a ocuparte de muchos asuntos ajenos a tu competencia habitual. Tengo la seguridad de que todos estamos de acuerdo en que no es necesaria penitencia alguna.

El viejo y astuto zorro, pensó Philip. Era evidente que Remigius no había tenido la menor intención de confesar una falta. Sin embargo, Cuthbert le había perdonado, produciendo la impresión general de que en realidad se había admitido una falta. Ahora, aunque Philip pudiera ser culpable de un error, sólo se encontraría al mismo nivel que Remigius. Además Cuthbert había sugerido que Remigius encontraba dificultades para cumplir con los deberes y obligaciones del prior. Cuthbert había minado de forma absoluta la autoridad de Remigius con sólo unas amables palabras. Remigius estaba furioso. Philip sintió la garganta seca por la excitación del triunfo.

Andrew sacristán lanzó una mirada acusadora a Cuthbert.

—Estoy seguro que ninguno de nosotros hubiera deseado criticar a nuestro reverendo superior —dijo—. El alboroto al que se refería fue provocado por el hermano Philip, que ha venido a visitarnos desde la celda de St-John-in-the-Forest. Philip hizo salir al joven William Beauvis de su lugar en el coro, se lo llevó hasta el crucero sur, y allí le reprendió mientras yo celebraba el oficio.

Remigius adoptó una expresión de pesaroso reproche.

—Todos estaremos de acuerdo en que Philip debería haber esperado a que terminara el oficio.

Philip observó las expresiones de los demás monjes. No parecían estar de acuerdo ni en desacuerdo con lo que se estaba diciendo. Estaban siguiendo los procedimientos con el aire de espectadores a un torneo en el que no existiera bueno ni malo y cuyo único interés residiera en quién sería el triunfador.

Philip hubiera querido protestar diciendo: *Si hubiera esperado, el mal comportamiento se hubiera prolongado durante todo el oficio*; pero recordó el consejo de Milius y permaneció callado. Milius habló por él.

—Tampoco yo asistí a misa mayor como desgraciadamente suele ser tan frecuente en mí, ya que se celebra antes de la comida, así que tal vez puedas decirme, hermano Andrew, qué estaba ocurriendo en el coro antes de que el hermano Philip se decidiera a intervenir, ¿se mantenía el orden y el decoro?

—Había una cierta agitación entre los jóvenes —replicó el sacristán malhumorado—. Tenía la intención de hablarles más tarde.

—Es comprensible que te muestres impreciso respecto a los detalles; tenías la mente absorta en el oficio —dijo Milius comprensivo—. Afortunadamente tenemos un admonitor cuyo especial deber es ocuparse de los malos comportamientos que tengan lugar entre nosotros. Dinos lo que tú observaste, hermano Fierre.

El admonitor tenía una expresión hostil.

—Exactamente lo que ya te ha dicho el sacristán.

—Parece que habremos de preguntar al propio hermano Philip sobre los detalles.

Philip pensó que Milius había estado muy hábil. Había dejado bien sentado que ni el sacristán ni el admonitor habían visto lo que los jóvenes monjes hacían durante el oficio. Pero aun cuando admirara la habilidad dialéctica de Milius, se sentía reacio a tomar parte en el juego. La elección de un prior no era un concurso de ingenio, era cuestión de tratar de descubrir la voluntad de Dios. Vaciló. Milius le miraba como diciéndole: *Ahora tienes tu oportunidad*. Pero en Philip había una vena de terquedad que se hacía

presente con más claridad cuando alguien intentaba empujarle a adoptar una postura de dudosa moralidad.

—Ocurrió tal como mis hermanos han descrito —dijo mirando de frente a Milius.

Milius se quedó de piedra. Miró incrédulo a Philip. Abrió la boca, pero era evidente que no sabía qué decir. Philip se sintió culpable de haberle fallado. *Luego le daré explicaciones,* pensó, *a menos que esté demasiado enfadado.*

Remigius estaba a punto de seguir insistiendo en su acusación, cuando se escuchó otra voz.

—Quisiera confesar —dijo.

Se volvieron todas las miradas. Era William Beauvis, el infractor original, puesto en pie, en actitud avergonzada.

—Estaba arrojando perdigones de barro al maestro de los novicios y riendo —dijo en voz baja y clara—. El hermano Philip hizo que me avergonzara. Pido perdón a Dios y a mis hermanos que me pongan una penitencia.

Se sentó bruscamente.

Antes de que Remigius pudiera reaccionar otro joven novicio se puso en pie.

—Tengo una confesión que hacer. Me comporté de la misma manera. Suplico una penitencia —dijo. Y volvió a sentarse.

Aquel repentino acceso de conciencia culpable fue contagioso. Confesó un tercer monje, luego un cuarto, y finalmente un quinto. La verdad había salido a flote pese a los escrúpulos de Philip, y no podía evitar el sentirse satisfecho. Se dio cuenta de que Milius trataba de contener una sonrisa triunfante. La confesión dejaba bien claro que se había estado produciendo un pequeño tumulto bajo las mismas narices del sacristán y el admonitor.

Los culpables fueron condenados por un Remigius extraordinariamente disgustado con una semana de silencio absoluto. No deberían hablar y nadie debería hablarles. Era un castigo más duro de lo que parecía. Philip lo había sufrido cuando era joven. Incluso durante un solo día el aislamiento resultaba opresivo y toda una semana era absolutamente terrible.

Pero Remigius no hacía más que dar salida a su ira por haber sido superado en su táctica. Una vez que hubieron confesado no le quedaba otro remedio que castigarlos, aunque al hacerlo estuviera admitiendo que Philip había estado en lo cierto. Su ataque contra Philip le había fallado y éste salía triunfante. Pese a una leve sensación de remordimiento, Philip saboreó aquel momento. Pero la humillación de Remigius no era todavía total.

Cuthbert habló de nuevo.

—Hubo otra perturbación que debemos discutir. Tuvo lugar en el claustro, apenas terminada la misa mayor —Philip se preguntó qué sería lo que se avecinaba—. El hermano Andrew se encaró al hermano Philip y le acusó de mal comportamiento. —Claro que lo hizo, pensó Philip. Todo el mundo lo sabía—. Bueno, todos sabemos que el momento y el lugar para tales acusaciones es aquí y ahora, durante el capítulo. Y existen buenas razones para que nuestros antepasados lo establecieran así. Durante la noche se calman los temperamentos y los agravios pueden discutirse a la mañana siguiente en un ambiente de calma y moderación. Y toda la comunidad puede aportar su sabiduría colectiva para hacer frente al problema. Pero, y lamento decirlo, Andrew hizo caso omiso de esa prudente regla y provocó una escena en el claustro inquietando a todo el mundo y hablando con intemperancia. Dejar pasar semejante mal comportamiento sería injusto para los hermanos más jóvenes que han sido castigados por lo que hicieron.

Ha sido inmisericorde y también inteligente, pensó Philip satisfecho. En ningún momento llegó a ser discutida la cuestión de si Philip había tenido razón al sacar a William del coro durante la celebración del oficio. Cada intento de plantearla se había transformado en una indagación en el comportamiento del acusador. Y así era como debía ser, ya que la acusación de Andrew contra Philip había sido insincera. Entre Cuthbert y Milius habían desacreditado a Remigius y sus dos principales aliados, Andrew y Fierre.

La cara habitualmente roja de Andrew se había puesto en esos momentos morada por la furia, y Remigius casi parecía atemorizado.

Philip se sentía satisfecho, ya que se lo merecían, pero ahora ya se preocupaba que se estuviera corriendo el peligro de llevar demasiado lejos su humillación.

—No es decoroso que los hermanos jóvenes discutan sobre penitencia a sus mayores —dijo—. Dejemos que el superior se ocupe del asunto en privado.

Al mirar a su alrededor comprobó que los monjes aprobaban su magnanimidad, y comprendió que sin intentarlo se había apuntado otro tanto.

Parecía que todo hubiera terminado. El talante general de la reunión estaba con Philip y tenía la seguridad de haberse ganado a la mayoría de los indecisos. Entonces habló Remigius.

—Aún he de plantear otra cuestión.

Philip estudió el rostro del superior; parecía desesperado.

Miró a Andrew, el sacristán, y a Fierre, el admonitor, y vio que parecían sorprendidos. Así pues, aquello era algo que no estaba preparado. ¿Acaso Remigius iba a suplicar que le dieran el cargo?

—La mayoría de vosotros sabéis que el obispo tiene derecho a nombrar candidatos para nuestra consideración —empezó diciendo Remigius—. También puede negarse a confirmar nuestra elección. Esa división de poderes puede conducir a disputas entre el obispo y el monasterio, como algunos de los hermanos más antiguos sabe por experiencia. Al final el obispo no puede obligarnos a aceptar su candidato y nosotros tampoco podemos insistir con el nuestro. Y cuando se plantea un conflicto hay que resolverlo mediante negociación. En tal caso, el resultado depende en gran parte de la determinación y la unidad de los hermanos..., especialmente de su unidad.

Aquello no le hizo ninguna gracia a Philip. Remigius había conseguido sofocar su ira y de nuevo se presentaba tranquilo y altivo. Philip no sabía lo que se avecinaba pero sí que se había desvanecido su sensación de triunfo.

—El motivo de que esté mencionando todo esto son dos importantes informaciones que han llegado a mi conocimiento —siguió diciendo Remigius—. La primera es que quizás haya más de un candidato entre nosotros, en este salón. —Philip pensó que eso no había sorprendido a nadie—. La segunda es que el obispo ha nominado también un candidato.

Hubo una pausa expectante. Aquélla era una mala noticia para ambas partes.

—¿Sabes a quién quiere el obispo? —preguntó alguien.

—Sí —dijo Remigius. Y en aquel mismo instante Philip estuvo seguro de que mentía— El elegido del obispo es el hermano Osbert, de Newbury.

Uno o dos monjes lanzaron una exclamación ahogada. Y todos se quedaron horrorizados. Conocían a Osbert porque había sido admonitor en Kingsbridge durante algún tiempo. Era el hijo ilegítimo del obispo y consideraba a la Iglesia simplemente como un medio que le permitiría llevar una vida de ociosidad y abundancia. Nunca había hecho un intento serio de cumplir con sus votos pero mantenía una simulación semitransparente y confiaba en que su paternidad le mantendría a salvo de dificultades. La perspectiva de tenerle como prior era aterradora, incluso para los amigos de Remigius. Tan sólo el maestro de invitados, y uno o dos de sus compañeros irremediablemente depravados, serían capaces de mostrarse favorables a Osbert, confiando en un régimen de relajada disciplina y descuidada indulgencia.

—Si nombramos a dos candidatos, hermanos, es posible que el obispo diga que estamos divididos, que somos incapaces de aunar nuestra mente colectiva y que por lo tanto él tendrá que decidir por nosotros. Y en consecuencia habremos de aceptar su elección. Si queremos evitar a Osbert, haremos bien presentando un solo candidato. Y tal vez debiera añadir que

habríamos de asegurarnos de que nuestro candidato no pueda ser fácilmente descartado, por ejemplo, por su juventud o inexperiencia.

Hubo un murmullo de asentimiento. Philip estaba desolado. Un momento antes se sentía seguro de su victoria, pero se la habían arrebatado de las manos. Ahora todos los monjes estaban con Remigius viendo en él al candidato seguro, al candidato de la unidad, al hombre que anularía a Osbert. Philip estaba seguro de que Remigius mentía respecto a Osbert, pero eso no cambiaba nada. Ahora los monjes estaban asustados y respaldarían a Remigius, y ello significaba más años de decadencia para el priorato de Kingsbridge.

—Vayámonos ahora para reflexionar y rezar sobre este problema mientras hoy hacemos el trabajo de Dios —dijo Remigius antes de que nadie pudiera reflexionar sobre sus palabras. Se puso en pie y se alejó seguido por Andrew, Pierre y John Small, que parecían aturdidos aunque triunfantes.

Tan pronto como se hubieron ido, se desató un murmullo de conversaciones entre los demás monjes.

—Nunca pensé que Remigius tuviera imaginación suficiente para maquinar un truco semejante —dijo Milius a Philip.

—Está mintiendo —dijo Philip con amargura—. Estoy seguro.

Cuthbert se reunió con ellos y oyó la observación de Philip.

—Poco importa si miente, ¿no creéis? —dijo—. La amenaza es suficiente.

—Al final se sabrá la verdad —dijo Philip.

—No forzosamente —contestó Milius—. Supongamos que el obispo no nombra a Osbert. Remigius se limitará a decir que el obispo cedió ante la perspectiva de tener que luchar contra un priorato unido.

—No estoy dispuesto a renunciar —dijo Philip con terquedad.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Milius.

—Debemos averiguar la verdad —afirmó Philip.

—No podemos.

Philip se devanaba los sesos; sentía una frustración angustiosa.

—¿Por qué no preguntamos simplemente? —dijo.

—¿Preguntar? ¿Qué quieres decir?

—Preguntar al obispo cuáles son sus intenciones.

—¿Cómo?

—Podemos enviar un mensaje al palacio del obispo, ¿no? —dijo Philip pensando en voz alta. Miró a Cuthbert.

Cuthbert estaba pensativo.

—Sí. Estoy enviando continuamente mensajeros al exterior. Enviaré uno al palacio.

—¿Y que pregunte al obispo cuáles son sus intenciones? —preguntó escéptico Milius.

Philip frunció el entrecejo. Ése era el problema. Cuthbert se mostró de acuerdo con Milius.

—El obispo no nos lo dirá —dijo.

A Philip se le ocurrió de repente una idea. Levantó las cejas y se dio con el puño en la palma de la mano al descubrir la solución.

—No —dijo—. El obispo no nos lo dirá, pero sí su arcediano.

Aquella noche Philip soñó con Jonathan, el bebé abandonado. En su sueño, el niño estaba en el porche de la capilla de St-John-in-the-Forest y Philip se encontraba en el interior leyendo el oficio de prima, cuando un lobo salió furtivo del bosque y atravesó el campo, deslizándose como una serpiente en dirección al infante. Philip no se atrevía a moverse por temor a causar una perturbación durante el oficio y recibir una reprimenda de Remigius y Andrew, ya que ambos se encontraban allí, aunque en realidad ninguno de ellos había estado nunca en la celda. Decidió gritar, pero por mucho que lo intentaba no lograba emitir sonido alguno, como suele suceder con frecuencia en los sueños. Fue tal el esfuerzo que hizo por gritar que finalmente se despertó y permaneció acostado y temblando en la oscuridad mientras escuchaba la respiración de los monjes dormidos a su alrededor, e iba convenciéndose lentamente de que el lobo no era real.

Desde su llegada a Kingsbridge apenas se había acordado del niño. Se preguntó qué habría de hacer con él si llegara a ser prior. Entonces todo sería distinto. Un bebé en un pequeño monasterio oculto en el bosque, aunque algo inusual, carecía de importancia. El mismo niño en el priorato de Kingsbridge levantaría una polvareda. Aunque a fin de cuentas, ¿qué había de malo? No era pecado dar a la gente algo sobre lo que hablar. Cuando fuera prior haría lo que quisiera. Podría traerse a Johnny Eightpence a Kingsbridge para que cuidara de la criatura. La idea le satisfizo desmesuradamente. *Eso es justo lo que haré*, pensó. Luego recordó que con toda probabilidad no llegaría a ser prior.

Permaneció despierto hasta el alba, muerto de impaciencia. Ahora ya no había nada que pudiera hacer para impulsar su caso. Era inútil hablar con los monjes porque su pensamiento estaba dominado por la amenaza de Osbert. Algunos de ellos se habían dirigido a Philip para decirle que sentían que hubiera perdido, como si ya se hubiera celebrado la elección. Se resistió a la tentación de llamarles cobardes sin fe. Se limitó a sonreír y les dijo que tal vez todavía les esperaba una sorpresa. Pero no podía decirse que su propia fe fuera muy grande. Entraba dentro de lo posible que el arcediano Waleran no

estuviera en el palacio del obispo. O que tal vez sí estuviera allí pero que por alguna razón no quisiera comunicarle a Philip los planes del obispo. O también, y ello sería lo más probable dado el carácter del arcediano, podía haber hecho sus propios planes.

Philip se levantó al amanecer con los otros monjes y se fue a la iglesia para la prima, el primer oficio del día. Después se encaminó al refectorio para tomar el desayuno con los demás, pero Milius le interceptó y le indicó con un gesto disimulado la cocina. Philip le siguió con los nervios tensos. El mensajero debía estar de regreso.

Había sido rápido. Debió recibir la respuesta de inmediato y haberse puesto en camino el día anterior por la tarde. Aún así, había viajado veloz. Philip no sabía de caballo alguno en las cuadras del priorato capaz de hacer un viaje con tanta rapidez. Pero ¿cuál sería la respuesta? Quien esperaba en la cocina no era el mensajero, sino el propio arcediano. Waleran Bigod.

Philip se le quedó mirando sorprendido. La figura delgada, envuelta en el manto negro del arcediano, estaba encaramada en un taburete, semejante a un cuervo en un tocón. Tenía la punta de la nariz corva enrojecida por el frío. Se calentaba las manos, huesudas y blancas, con una copa de vino caliente con especias.

—¡Es de agradecer que hayas venido! —exclamó Philip.

—Me alegro de que me escribieras —dijo con frialdad Waleran.

—¿Es verdad? —preguntó impaciente Philip—. ¿Piensa el obispo presentar la candidatura de Osbert?

Waleran alzó una mano para detenerle.

—Ya llegaré a eso. En este momento, Cuthbert me estaba contando los acontecimientos de ayer.

Philip disimuló su decepción. No había sido una respuesta directa. Estudió el rostro de Waleran intentando leer en su mente. Desde luego, éste tenía sus propios planes, pero Philip no podía adivinar cuáles eran.

Cuthbert, a quien Philip no había visto hasta entonces, sentado junto al fuego, mojando el pan cenceño en la cerveza para facilitar el trabajo a sus viejos dientes, relató de manera sucinta lo ocurrido en el capítulo del día anterior. Philip se agitaba inquieto, intentando adivinar las intenciones de Waleran. Probó de comer un bocado de pan pero le fue imposible tragarlo. Bebió un poco de cerveza aguada para ocupar en algo las manos.

—Así que —terminó diciendo Cuthbert—, nuestra única oportunidad residía en intentar comprobar las intenciones del obispo. Y afortunadamente Philip pensó que podía confiar en su buena relación contigo, así que te enviamos el mensaje.

—¿Y ahora nos dirás lo que queremos saber? —inquirió Philip impaciente.

—Sí. Os lo diré. —Waleran dejó sobre la mesa su copa de vino sin probar—. Al obispo le hubiera gustado que su hijo fuera prior de Kingsbridge.

A Philip se le cayó el alma a los pies.

—Así que Remigius ha dicho la verdad...

—Sin embargo, el obispo no esta dispuesto a provocar una polémica entre los monjes —siguió diciendo Waleran.

Philip frunció el ceño. Eso era más o menos lo que Remigius había previsto, pero había algo que no estaba del todo claro.

—No habrás hecho todo este viaje sólo para decirnos eso —observó Philip.

Waleran dirigió una mirada respetuosa a Philip y éste supo que había dado en el clavo.

—No —dijo Waleran—. El obispo me ha pedido que tantee el ambiente del monasterio. Y me ha autorizado a hacer una designación en su nombre. En realidad llevo conmigo el sello del obispo para poder escribir una carta de designación a fin de que el asunto sea oficial y obligatorio. Como verás tengo autoridad plena.

Philip reflexionó un momento sobre aquello. Waleran tenía poderes para hacer una designación y darle validez con el sello del obispo. Eso significaba que éste había dejado todo el asunto en manos de Waleran, que hablaba por boca del obispo.

—¿Estas de acuerdo con lo que te ha dicho Cuthbert de que el nombramiento de Osbert podría ser motivo de disputa, lo que el obispo querría evitar? —dijo Philip respirando hondo.

—Sí, así lo creo —afirmó Waleran.

—Entonces no nombrarás a Osbert...

—No.

Philip casi estaba a punto de estallar. Los monjes estarían tan contentos de librarse de la amenaza de Osbert que votarían agradecidos por cualquiera que Waleran pudiera nombrar.

Ahora Waleran tenía poder para elegir al nuevo prior.

—Así pues, ¿a quién nombrarás? —dijo Philip.

—A ti... o a Remigius —repuso Waleran.

—La habilidad de Remigius para dirigir el priorato...

—Conozco sus habilidades y también las tuyas —le interrumpió Waleran alzando de nuevo una mano delgada y blanca para interrumpir a Philip—. Sé cuál de los dos sería el mejor prior. —Hizo una pausa—. Pero hay otra cuestión.

Y ahora qué, se dijo Philip. Qué otra cosa hay que considerar salvo quién pueda ser el mejor prior. Miró a los otros. Milius también parecía confuso, pero el viejo Cuthbert sonreía levemente como si supiera lo que se avecinaba.

—Al igual que vosotros estoy ansioso de que hombres enérgicos y capaces ocupen los puestos importantes en la Iglesia, sin consideraciones de edad, en lugar de darlos como recompensa por su largo servicio a hombres mayores cuya santidad es posible que sea mayor que su habilidad como administradores.

—Claro —dijo con impaciencia Philip, que no veía la necesidad de semejante conferencia.

—Y nosotros hemos de trabajar juntos para llegar a tal fin... Vosotros tres y yo.

—No entiendo adónde quieres ir a parar —dijo Milius.

—Yo sí —afirmó Cuthbert.

Waleran sonrió levemente a Cuthbert, volviendo luego su atención a Philip.

—Permitidme que hable sin rodeos —dijo—. El obispo es viejo. Morirá un día y entonces necesitaremos un nuevo obispo al igual que hoy necesitamos un nuevo prior. Los monjes de Kingsbridge tienen el derecho de elegir al nuevo obispo, porque el obispo de Kingsbridge es también el abad del priorato.

Philip frunció el ceño. Todo aquello era superfluo. Iban a elegir a un prior, no a un obispo.

Pero Waleran siguió hablando.

—Naturalmente, los monjes no gozarán de absoluta libertad para elegir a quien quieran como obispo, pues el arzobispo y el propio rey tendrán sus puntos de vista. Pero, en definitiva, son los monjes quienes legitiman el nombramiento. Y cuando ese momento llegue, vosotros tres tendréis una poderosa influencia sobre la decisión.

Cuthbert asentía con la cabeza como reconociendo que estaba en lo cierto, y Philip empezaba a sospechar lo que se les venía encima.

—Tú quieres que te haga prior de Kingsbridge. Yo quiero que tú me hagas obispo —acabó diciendo Waleran.

Así que era eso.

Philip se quedó mirando a Waleran en silencio. Era muy sencillo. El arcediano quería hacer un trato.

Philip estaba escandalizado. No era lo mismo que comprar o vender un cargo clerical, lo que era conocido como pecado de simonía. Pero tenía un desagradable tufo comercial.

Intentó reflexionar con objetividad sobre la proposición. Aquello significaba que iba a ser prior. En cuanto lo pensó su corazón se puso a latir con más fuerza. Se sentía reacio a eludir cualquier cosa que le hiciera alcanzar el priorazgo.

Ello significaría que probablemente Waleran, llegado el momento, se convertiría en obispo. ¿Sería un buen obispo? Ciertamente sería competente. Al parecer no tenía vicios graves. Su modo de enfocar el servicio a Dios era más bien mundano y práctico, pero en definitiva también el de Philip. Éste tenía la impresión de que Waleran tenía una vena implacable de la que él carecía, pero también se daba cuenta de que estaba basada en una decisión genuina de defender y alimentar los intereses de la Iglesia.

¿Qué otro podría ser candidato cuando falleciera el obispo? Probablemente, Osbert. No era raro que los cargos religiosos pasaran de padres a hijos, pese a la exigencia oficial del celibato clerical. Naturalmente Osbert representaría un riesgo mucho mayor para la Iglesia como obispo de lo que pudiera serlo como prior. Incluso merecería la pena apoyar a un candidato mucho peor que Waleran con tal de mantener a Osbert al margen.

¿Se presentaría algún otro para el cargo? Imposible saberlo. Podían pasar años antes de que muriera el obispo.

—No podemos garantizar que te elijan —dijo Cuthbert a Waleran.

—Lo sé —dijo Waleran—. Sólo os estoy pidiendo que presentéis mi designación. Y lo que es más, eso es exactamente lo que os ofrezco a cambio... una nominación.

Cuthbert asintió.

—Estoy de acuerdo con ello —dijo con tono solemne.

—Y yo también —rubricó Milius.

El arcediano y los dos monjes miraron a Philip. Éste vacilaba atormentado. Sabía que aquélla no era manera de elegir a un obispo.

Pero tenía el priorazgo al alcance de la mano. Quizás no estuviera bien trocar un cargo sagrado por otro, como si se tratara de tratantes de caballos. Pero si se negaba podía ocurrir que Remigius se convirtiera en el prior... y que Osbert fuera el obispo.

No obstante, en aquellos momentos los argumentos racionales parecían bizantinos. El deseo de ser prior era como una fuerza interior irresistible y no podía negarse pese a todos los pros y los contras. Recordó la oración que había elevado a Dios el día anterior, diciéndole que intentaba luchar por conseguir el cargo. Alzó en aquel omento los ojos y le envió otra: *Si Tú no quieres que esto suceda, entonces silencia mi lengua, paraliza mi boca, contén mi aliento en la garganta, e impide que hable.*

—Acepto —dijo después mirando de frente a Waleran.

El lecho del prior era inmenso, tres veces más ancho que cualquier cama en la que Philip hubiera dormido antes. La base de madera se alzaba hasta la mitad de la estatura de un hombre, y encima de ella había un colchón de plumas. Tenía cortinas alrededor para evitar las corrientes, y las escenas bíblicas bordadas en ella se debían a las manos pacientes de una mujer piadosa. Philip la examinó con cierto recelo. Ya le parecía suficiente extravagancia el que el prior tuviera un dormitorio para él solo. Philip no había tenido en toda su vida dormitorio propio y esa noche era la primera vez que dormía solo. El lecho era excesivo. Consideró la posibilidad de hacer que llevaran al dormitorio un colchón de paja y que trasladaran aquella cama a la enfermería donde aliviaría los viejos huesos de algún monje doliente. Pero naturalmente la cama no era específicamente para Philip. Cuando el priorato acogía a un visitante especialmente distinguido, a un obispo, a un gran señor o incluso a un rey, entonces el invitado ocupaba ese dormitorio y el prior se instalaba lo mejor que podía en cualquier otra parte. Así que en realidad Philip no podía librarse de aquel lecho.

—Esta noche sí que vas a dormir bien —observó Waleran Bigod sin poder disimular su envidia.

—Supongo que sí —repuso Philip dubitativo.

Todo había sucedido muy rápidamente. Waleran había escrito una carta al priorato, allí mismo, en la cocina, ordenando a los monjes que celebraran de inmediato una elección y nombrando a Philip.

Había firmado la carta en nombre del obispo y le había estampado el sello del obispo. Después los cuatro se habían dirigido a la sala capitular.

Tan pronto como Remigius los vio entrar supo que la batalla estaba perdida. Waleran leyó la carta y los monjes lanzaron vítores al oír el nombre de Philip. Remigius tuvo juicio suficiente para prescindir de la formalidad de la votación y admitir la derrota.

Y Philip fue prior.

Había dirigido el resto del capítulo en un estado de aturdimiento y luego había atravesado el césped hasta la casa del prior situada en la esquina sureste del recinto del priorato, donde se puso a residir.

Al ver el lecho comprendió que su vida había cambiado de forma total e irrevocable. Él era diferente, especial, algo aparte de los demás monjes. Tenía poder y privilegios. Y también la responsabilidad. Él solo había de garantizar que esa pequeña comunidad de cuarenta y cinco hombres sobreviviera y prosperara. Si pasaban hambre, sería culpa suya. Si se volvían viciosos, la responsabilidad sería sólo suya.

Si deshonraba a la Iglesia de Dios, Dios haría responsable a Philip. Se recordó que había sido él quien había buscado aquella pesada tarea. En adelante había de soportarla.

Su primera obligación como prior sería conducir a los monjes a la iglesia para la misa mayor. Ese día se celebraba la Epifanía, el duodécimo día de la Navidad, y era fiesta. Todos los aldeanos asistirían al oficio y también acudiría más gente del distrito circundante. Una buena catedral con un conjunto vigoroso de monjes, y con una reputación de oficios espectaculares, podría atraer a un millar de personas o más. Incluso la triste Kingsbridge atraería a la mayoría de la pequeña nobleza local, ya que los oficios constituían también un acontecimiento social, cuando podían encontrarse con sus vecinos y hablar de negocios.

Pero, antes del oficio, Philip tenía algo más que discutir con Waleran, ahora que por fin estaban a solas.

—La información que te transmití —empezó diciendo—, sobre el conde de Shiring...

Waleran asintió.

—No la he olvidado. En realidad, quizás sea más importante que la cuestión de quién es prior u obispo. El conde Bartholomew ha llegado ya a Inglaterra; mañana le esperan en Shiring.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Philip impaciente.

—Voy a servirme de Sir Percy Hamleigh. De hecho, espero que hoy esté en la congregación.

—He oído hablar de él, pero nunca le he visto —dijo Philip.

—Entonces busca a un Lord obeso con una mujer espantosa y un hijo apuesto. No podrás dejar de ver a la mujer, es un verdadero espantajo.

—¿Qué te hace pensar que se pondrá del lado del rey Stephen en contra del conde Bartholomew?

—Que odian al conde con toda su alma.

—¿Por qué?

—El hijo, William, estaba comprometido con la hija del conde pero le cogió manía y se rompió el compromiso, y los Hamleigh se sintieron humillados; todavía les escuece el insulto y saltarían ante la menor oportunidad de devolver el golpe a Bartholomew.

Philip asintió, satisfecha su curiosidad. Estaba contento de haberse sacudido aquella responsabilidad. Él ya tenía suficiente con la suya.

El priorato de Kingsbridge era un problema lo bastante grande como para tenerle ocupado. Waleran podía ocuparse del mundo exterior.

Salieron de la casa del prior y se encaminaron de nuevo al claustro. Los monjes estaban esperando. Philip se colocó en cabeza de la fila y la procesión se puso en marcha.

Fue un momento hermoso cuando entró en la iglesia con los monjes cantando detrás de él. Le gustó más de lo que había pensado. Se dijo que su nueva eminencia simbolizaba el poder que ahora tenía para hacer el bien, y ése era el motivo de que se sintiera tan profundamente excitado. Le hubiera gustado que el abad Peter de Gwynedd hubiera podido verle. El anciano se hubiera sentido enormemente orgulloso.

Condujo a los monjes a los bancos del coro. Un oficio mayor como aquel lo celebraba a menudo el obispo. En esta ocasión lo haría el delegado del obispo, el arcediano Waleran. Al comenzar éste, Philip escudriñó a los allí congregados buscando a la familia que le había descrito Waleran. Había alrededor de ciento cincuenta personas de pie en la nave; los ricos con sus gruesos abrigos de invierno y zapatos de cuero, los campesinos con sus toscas zamarras y botas de fieltro o zuecos de madera. A Philip no le resultó difícil localizar a los Hamleigh. Estaban sentados delante, cerca del altar. A la primera que vio fue a la mujer. Waleran no había exagerado: era realmente repelente.

Llevaba una capucha, pero casi toda su cara resultaba visible, y Philip pudo ver que tenía toda la tez cubierta de repugnantes diviesos, que pasaba el tiempo tocándose, nerviosa. Junto a ella se encontraba un hombre grueso, de unos cuarenta años, que debía de ser Percy. Su indumentaria le revelaba como hombre de considerable riqueza y poder, aunque no pertenecía al rango superior de barones y condes. El hijo estaba recostado contra una de las macizas columnas de la nave. Era un hombre apuesto de pelo muy rubio, y de ojos con expresión aviesa y altanera. El haber enlazado por el matrimonio con la familia de un conde hubiera permitido a los Hamleigh cruzar la línea divisoria entre la pequeña nobleza rural y la nobleza del reino. No era de extrañar que estuvieran furiosos con la ruptura de la boda.

Philip volvió a concentrar la mente en el oficio divino. Waleran lo estaba celebrando con demasiada rapidez para el gusto de Philip. Se preguntaba de nuevo si habría hecho bien al aceptar la designación de Waleran para obispo cuando el actual muriera. Waleran era un hombre consagrado, pero parecía no dar la suficiente importancia al culto. Después de todo, la prosperidad y el poder de la Iglesia eran tan sólo los medios para alcanzar un fin. El objetivo supremo era la salvación de las almas. Philip decidió que no debería preocuparse demasiado de Waleran. Ahora la cosa ya estaba hecha. Y, en cualquier caso, tal vez el obispo frustrara la ambición de Waleran viviendo todavía otros veinte años.

Los fieles se mostraban ruidosos. Desde luego ninguno de ellos conocía las respuestas. Se esperaba que tan sólo tomaran parte los monjes y sacerdotes, salvo en las oraciones más familiares y el amén.

Algunos fieles asistían con silencio reverente, pero otros iban de un lado a otro, intercambiando saludos y charlando. "Son gente sencilla", pensó Philip. Tienen que hacer algo para atraer su atención.

El oficio divino estaba a punto de terminar y el arcediano Waleran se dirigió a ellos.

—La mayoría de vosotros sabéis que el bien amado prior de Kingsbridge ha muerto. Su cuerpo, que yace aquí en la iglesia entre nosotros, será enterrado hoy para su eterno descanso en el cementerio del priorato, después de la comida. El obispo y los monjes han elegido a su sucesor, el hermano Philip de Gwynedd, quien nos condujo a la iglesia esta mañana.

Calló, y Philip se puso en pie para encabezar la procesión y salir de la iglesia.

—He de hacer todavía otro doloroso anuncio —dijo entonces Waleran.

Aquello cogió por sorpresa a Philip. Volvió a sentarse rápidamente.

—Acabo de recibir un mensaje —prosiguió diciendo Waleran. Philip sabía que no había recibido ningún mensaje. Habían estado juntos toda la mañana. ¿Qué se proponía ahora el astuto arcediano?—. El mensaje me comunica una pérdida que a todos nos va a causar un profundo dolor.

Hizo una nueva pausa.

Alguien había muerto, pero ¿quién? Waleran lo sabía antes de su llegada pero lo había mantenido en secreto, y se disponía a que creyeran que acababa de recibir la noticia. ¿Por qué?

Philip sólo podía pensar en una posibilidad, y si estaba en lo cierto Waleran era mucho más ambicioso y carente de escrúpulos de lo que Philip había imaginado. ¿Sería verdad que los había engañado y manipulado a todos? ¿Había sido Philip un simple peón en el juego de Waleran?

Las palabras finales de Waleran fueron la confirmación de que así había sido.

—Amadísimos míos —dijo con tono solemne—. El obispo de Kingsbridge ha muerto.

CAPÍTULO TRES

1

—Esa zorra estará allí —dijo la madre de William—. Estoy segura de que estará.

William miró la amenazadora fachada de la catedral de Kingsbridge con una mezcla de temor y de anhelo. Si Lady Aliena asistía al oficio divino de la Epifanía sería en extremo embarazoso para todos ellos, y, sin embargo, el corazón le latía con más fuerza ante la idea de volver a verla.

Cabalgaban por la carretera que conducía a Kingsbridge; William y su padre montando caballos de guerra, y su madre en un hermoso corcel con un séquito de tres caballeros y tres palafreneros. Formaban un grupo impresionante e incluso temible, lo que satisfacía a William. Y los campesinos que caminaban por la carretera se dispersaban ante sus poderosos caballos. A pesar de todo, madre estaba furiosa.

—Todo el mundo está enterado, hasta esos desgraciados siervos —decía entre dientes—. Incluso hacen chanzas sobre nosotros. *¿Cuándo una novia no es una novia? ¡Cuando el novio es William Hamleigh!* Hice azotar a un hombre por eso, pero no sirvió de nada. Me gustaría agarrar a esa zorra, la despellejaría viva y colgaría su piel de un clavo y dejaría que los cuervos picoteasen su carne.

William hubiera querido que dejara en paz aquel tema. Se había humillado a la familia y la culpa había sido suya, o al menos era lo que decía madre, y no quería que se lo recordaran.

Atravesaron trapaleando el desvencijado puente de madera que conducía a la aldea de Kingsbridge y espolearon a los caballos por la empinada calle mayor que conducía al priorato. Había ya veinte o treinta caballos paciendo en la hierba rala del cementerio, en la parte norte de la iglesia, pero ninguno de estampa tan hermosa como los de los Hamleigh. Cabalgaron hasta la cuadra y dejaron sus monturas en manos de los mozos de cuadra del priorato.

Atravesaron el prado en formación, William y su padre flanqueando a madre, los caballeros detrás de ellos y los palafreneros cerrando la marcha. La gente se apartaba abriéndoles paso, pero William podía ver cómo intercambiaban codazos y les señalaban. Miró de soslayo a madre y por su torva expresión estaba seguro de que pensaba lo mismo.

Entraron en la iglesia. William aborrecía las iglesias. Eran viejas y sombrías, incluso con tiempo bueno, y en los rincones oscuros y los túneles bajos de las naves laterales siempre flotaba ese leve olor a pútrido. Y lo peor de todo era que las iglesias siempre le hacían pensar en los tormentos del infierno y a él le aterraba el infierno.

Recorrió con la mirada a los fieles. Al principio apenas podía distinguir la cara de la gente debido a la penumbra. Pero al cabo de un momento sus ojos se acostumbraron. No veía a Aliena. Siguieron avanzando por el pasillo. No parecía estar allí. Se sintió aliviado y defraudado a un tiempo. Pero entonces la vio, y el corazón pareció que le iba a saltar del pecho.

Estaba en el lado sur de la nave, cerca de las primeras filas, escoltada por un caballero a quien William no conocía y rodeada de hombres de armas y damas de honor. Se encontraba de espaldas a él, pero su pelo oscuro y rizado era inconfundible. Ella se volvió mientras la observaba, mostrando una mejilla de suave curva y una nariz recta y arrogante. Sus ojos, tan oscuros que casi eran negros, se encontraron con los de William. Éste se quedó sin aliento. Aquellos ojos oscuros, ya de por sí grandes, se hicieron aún mayores al verle.

William hubiera querido mirar indiferente más allá de ella, como si no la hubiera visto, pero le era imposible apartar la vista. Quería que ella le sonriera aunque fuera con un leve fruncimiento de sus labios gruesos, con un simple reconocimiento cortés. William inclinó la cabeza en su dirección, muy ligeramente. Los rasgos de ella se endurecieron y volvió la cara al frente.

William hizo una mueca como si le doliera algo. Se sentía como un perro al que hubieran apartado de un puntapié, y hubiera querido agazaparse en un rincón donde nadie pudiera verle. Miró a un lado y a otro preguntándose si alguien había observado el intercambio de miradas. Mientras seguía avanzando por el pasillo con sus padres se dio cuenta de que las miradas de la gente iban de él a Aliena, y de nuevo a él, mientras se daban entre sí con el codo y hablaban en voz baja. Mantuvo los ojos fijos ante sí para evitar encontrarse con los de los demás. Se obligó a mantener la cabeza erguida. *¿Cómo ha podido hacernos eso a nosotros?* se dijo. *Somos una de las familias más orgullosas del sur de Inglaterra y ella nos ha humillado*. Aquella idea le enfureció y hubiera querido sacar su espada y atacar a alguien, a cualquiera.

El sheriff de Shiring se acercó a saludar al padre de William y se estrecharon la mano. La gente dirigió su atención hacia otra parte en busca de algo sobre lo que poder murmurar. William seguía furibundo; jóvenes nobles se acercaban constantemente a Aliena y se inclinaban saludándola, y ella les correspondía con su sonrisa.

Empezó el oficio divino. William se preguntaba cómo era posible que todo hubiera salido tan mal. El conde Bartholomew tenía un hijo que heredaría su

titulo y su fortuna, de manera que lo único que podía hacer con una hija era establecer una alianza. Aliena tenía dieciséis años, era virgen y no parecía inclinada a entrar en un convento, por lo que se suponía que estaría encantada de casarse con un acaudalado noble de diecinueve años. Después de todo, consideraciones políticas hubieran podido inducir fácilmente a su padre a casarla con un noble gordo y gotoso de cuarenta años o incluso con un barón calvo de sesenta.

Una vez que se hubo llegado a un acuerdo, William y sus padres no se habían mostrado discretos en modo alguno; habían propagado la noticia por todos los condados circundantes. El encuentro entre William y Aliena había sido considerado por todo el mundo como un simple formalismo. Salvo por Aliena, como luego pudo verse.

Claro que no eran dos desconocidos. William la recordaba de pequeña. Por entonces tenía una cara traviesa con una naricilla altiva y llevaba corto su indomable pelo. Era mandona, cabezota, agresiva y atrevida. Siempre era ella quien organizaba los juegos de los niños, decidiendo a qué debían jugar y quién tenía que estar en un equipo o en otro, sentenciando en las disputas y llevando el tanteo. William se había sentido fascinado por ella y al mismo tiempo resentido por la forma en que dominaba los juegos infantiles. Siempre había sido posible fastidiar los juegos de ella, convirtiéndose durante un rato en el centro de atención, sólo con iniciar una pelea. Pero aquello no duraba mucho y al final Aliena volvía a hacerse con el control dejándole confuso, derrotado, desdeñado y furioso; pese a todo encantado... como se sentía en aquel momento.

Después de la muerte de su madre, Aliena había viajado mucho con su padre y William la había visto con menos frecuencia, aunque lo bastante para darse cuenta de que se estaba conviniendo en una mujer extraordinariamente bella, y se sintió encantado cuando le dijeron que iba a ser su prometida. Dio por sentado que había de casarse con él, le gustara o no, pero estaba dispuesto a que cuando se reuniera con ella haría todo lo posible por allanar el camino que les conduciría al altar.

Era posible que Aliena fuera virgen, pero él no lo era. Algunas de las jóvenes a las que había seducido eran tan bonitas como Aliena, o casi, pero ninguna de ellas de tan alta cuna. Según su experiencia, muchas jóvenes se sentían impresionadas por su ropa elegante, por sus briosos caballos y la manera tan desenfadada que tenía de gastarse el dinero en vino dulce y cintas. Y si podía llevárselas a un granero, por lo general siempre se le rendían al final, más o menos voluntariamente. Solía abordar a las jóvenes sin miramientos. Al principio les hacía creer que no estaba interesado en ellas. Pero cuando se encontró a solas con Aliena su timidez le abandonó.

Vestía un traje de seda azul brillante, suelto y ondulante, pero William sólo era capaz de pensar en el cuerpo debajo de él, que pronto podría ver desnudo siempre que quisiera. La había encontrado leyendo un libro, ocupación peculiar en una mujer que no era monja. Le había preguntado de qué libro se trataba, en un intento por apartar sus pensamientos de la forma en que sus senos se movían debajo de la seda azul.

—Se titula Libro de Alejandro. Es la historia de un rey llamado Alejandro Magno y de cómo conquistó tierras maravillosas en Oriente, donde en las vides crecen piedras preciosas y las plantas pueden hablar.

William no podía imaginar cómo una persona podía perder el tiempo en semejantes tonterías, pero no lo dijo. Le habló de sus caballos, de sus perros y de sus éxitos cazando, luchando y participando en justas. Aliena no había quedado tan impresionada como él esperaba. Le habló de la casa que su padre estaba construyendo para ellos, y para ayudarla a prepararse para el momento en que dirigiera su casa le indicó, en líneas generales, la manera en que quería que se hicieran las cosas. Se dio cuenta de que la atención de ella empezaba a desviarse, aunque no sabía decir por qué. Se sentó lo más cerca posible de ella porque quería abrazarla, palparla y averiguar si aquellas tetas eran tan grandes como él se las había imaginado. Pero Aliena se apartó de él, cruzándose de brazos y piernas, en actitud tan severa que se vio obligado a abandonar la idea, consolándose al pensar que pronto podría hacer con ella lo que quisiera.

Sin embargo, mientras estaba con Aliena, ésta no dio el menor indicio de la que iba a organizar más tarde. Había dicho, en tono más bien tranquilo: *Creo que no estamos hechos el uno para el otro*, pero él había considerado aquello como una muestra de encantadora modestia por parte de ella y le había asegurado que sí, que estaba hecha para él. No pensó ni por un momento que, tan pronto como él hubo salido de la casa, Aliena irrumpiría en la cámara en la que se encontraba su padre para anunciarle que no se casaría con William, que nada podría persuadirla, que preferiría entrar en un convento y que aunque la arrastraran encadenada hasta el altar no pronunciaría los votos. *La muy zorra*, se decía William, *la muy zorra*. Pero no conseguía acumular todo el veneno que escupía madre cuando hablaba de Aliena. No quería despellejar viva a Aliena. Quería montar su ardiente cuerpo y besarle la boca.

El oficio divino de la Epifanía terminó con el anuncio del fallecimiento del obispo. William esperaba que aquellas noticias superaran finalmente la sensación de la ruptura del matrimonio. Los monjes salieron en procesión y hubo un murmullo sordo de conversaciones nerviosas, mientras los fieles se dirigían hacia la salida. Muchos de ellos tenían lazos materiales y espirituales

con el obispo, en su calidad de arrendatarios, subarrendatarios o empleados en sus tierras, y todo el mundo estaba interesado en la persona que le sucedería y si el sucesor introduciría algún cambio. La muerte de un gran señor siempre era peligrosa para quienes se encontraban bajo su férula.

Mientras William seguía a sus padres a lo largo de la nave quedó sorprendido al ver que el arcediano Waleran se dirigía hacia ellos. Avanzaba enérgico a través de los fieles como un enorme perro negro entre un rebaño de vacas. Y precisamente como vacas le miraba nerviosa la gente por encima del hombro y se apartaba uno o dos pasos de su camino. Waleran ignoró a los campesinos, aunque intercambiaba unas palabras con cada miembro de la pequeña nobleza. Al llegar junto a los Hamleigh, saludó al padre de William, hizo caso omiso de éste y dirigió su atención a madre.

—Una verdadera lástima lo del matrimonio —dijo.

William enrojeció. ¿Creería aquel estúpido que se estaba mostrando cortés con su conmiseración?

Madre no se sintió más inclinada que William a hablar del tema.

—Yo no soy de las que guardan rencor —dijo mintiendo descaradamente.

Waleran pasó por alto sus palabras.

—He oído algo sobre el conde Bartholomew que quizás le interese —dijo. Bajó aún más el tono de la voz para que nadie pudiera escuchar sus palabras—. Parece que el conde no renegará de sus promesas al fallecido rey.

—Bartholomew siempre fue un estirado hipócrita —contestó el padre.

Waleran pareció molesto. Quería que le escucharan, no que hicieran comentarios.

—Bartholomew y el conde Robert de Gloucester no acatarán al rey Stephen, que como sabéis es el elegido de la Iglesia y los barones.

William se preguntaba por qué un arcediano estaría contando a un señor las disputas habituales entre barones. Al parecer su padre pensaba lo mismo.

—Pero no hay nada que los condes puedan hacer —dijo.

Madre compartía la impaciencia de Waleran ante los comentarios que intercalaba el padre.

—Escucha —le siseó.

—Lo que he oído es que están planeando organizar una rebelión y hacer reina a Maud —dijo Waleran.

William no podía creer lo que oía. ¿Podía el arcediano haber hecho en realidad aquella temeraria afirmación con una voz tranquila y segura, precisamente en la nave de la catedral de Kingsbridge? Podrían ahorcar a un hombre por ella, fuera falsa o verdadera.

Padre también se mostró sobresaltado, pero madre reflexionó pensativa.

—Robert de Gloucester es hermano del padre de Maud... Tiene lógica.

William se preguntó cómo podría mostrarse tan práctica con semejante noticia escandalosa. Pero era muy lista y casi siempre tenía razón en todo.

—Cualquiera que pusiera fuera de combate al conde Bartholomew y detuviera la rebelión antes de que comenzara se ganaría la gratitud eterna del rey Stephen y de la Santa Madre Iglesia —dijo Waleran.

—¿De veras? —dijo padre aturdido, mientras madre asentía como si estuviera al tanto de todo aquello.

—A Bartholomew le esperan de regreso en su casa mañana. —Waleran levantó los ojos y captó la mirada de alguien. Volvió a mirar a madre y dijo—: pensé que, de todos, los más interesados seríais vos.

Luego se alejó para saludar a otros.

William se le quedó mirando. ¿Era aquello todo lo que en realidad iba a decir?

Los padres de William reanudaron la marcha y él les siguió afuera atravesando la gran puerta de arcada. Durante las últimas cinco semanas William había oído hablar mucho sobre quién sería rey, pero la cuestión pareció haber quedado zanjada al ser coronado Stephen en la abadía de Westminster tres días antes de Navidad. Ahora, si Waleran estaba en lo cierto, la cuestión se planteaba de nuevo. ¿Pero por qué Waleran había mostrado tanto interés en decírselo a los Hamleigh?

Atravesaron el prado hasta las cuadras. Tan pronto como hubieron dejado atrás al gentío reunido en el pórtico de la iglesia, y cuando nadie podía oírles, padre se mostró excitado.

—¡Vaya un golpe de suerte! Precisamente al hombre que insultó a la familia se le acusa de alta traición.

William no comprendía en qué consistía aquel golpe de suerte, pero era evidente que madre sí, porque hizo una señal de asentimiento.

—Podemos arrestarle a punta de espada y colgarle del árbol más próximo —siguió diciendo el padre. No había pensado en aquello, pero entonces lo vio como un fogonazo. Si Bartholomew era un traidor estaba justificado matarle.

—Ahora podemos vengarnos —intervino excitado—. ¡Y en vez de que nos castiguen recibiremos por ello una recompensa del rey!

—Podrían llevar de nuevo la cabeza bien alta y...

—Sois unos estúpidos —dijo madre con repentina virulencia—. Unos idiotas ciegos y sin dos dedos de seso. Así que colgaríais a Bartholomew del árbol más próximo. ¿Habré de deciros lo que ocurriría entonces?

Ninguno de los dos dijo palabra. Cuando estaba de aquel humor era preferible no contestar a sus preguntas.

—Robert de Gloucester negaría que hubiese conspiración alguna. Luego abrazaría al rey Stephen y le juraría lealtad. Y ahí acabaría todo salvo que a vosotros dos os colgarían por asesinos.

William se estremeció. Le aterraba la idea de que le colgaran; tenía pesadillas. No obstante, comprendía que madre tenía razón. El rey podía creer, o simular que creía, que nadie podía ser lo bastante temerario para rebelarse contra él, y no dudaría en sacrificar dos vidas para darle visos de credibilidad.

—Tienes razón —dijo padre—. Lo ataremos como a un cerdo para la matanza y se lo llevaremos vivo al rey a Winchester, lo denunciaremos allí mismo y reclamaremos nuestra recompensa.

—¿Por qué no te detienes a pensar? —dijo madre desdeñosa. Estaba muy tensa y William pudo darse cuenta de que se encontraba tan nerviosa por todo aquello como padre, pero de distinta manera—. ¿Querría el arcediano Waleran llevar un traidor atado ante el rey? —preguntó—. ¿Querría una recompensa para él? ¿Es que no sabéis que lo que codicia con todo su corazón es el obispado de Kingsbridge? ¿Por qué te ha concedido el privilegio de hacer el arresto? ¿Por qué se ha esforzado por encontrarse con nosotros en la iglesia, como por casualidad, en vez de venir a vernos directamente a Hamleigh? ¿Por qué nuestra conversación ha sido tan corta e indirecta?

Hizo una pausa retórica como esperando una respuesta, pero tanto William como padre sabían bien que en realidad no la quería.

William recordó que se suponía que a los sacerdotes no les gustaba el derramamiento de sangre y consideró la posibilidad de que quizás fuera ése el motivo de que Waleran no quisiera verse implicado en la detención de Bartholomew. Aunque recapacitando mejor se dio cuenta de que Waleran no tenía semejantes escrúpulos.

—Yo os diré por qué —siguió diciendo madre—. Porque no está seguro de que Bartholomew sea un traidor. Su información no es del todo fidedigna. No sé de dónde ha podido sacarla; tal vez escuchó una conversación entre borrachos, o interceptó un mensaje ambiguo. Incluso ha podido hablar con un espía de dudosa credibilidad. En cualquier caso no está dispuesto a arriesgar el cuello. No está dispuesto a acusar abiertamente de traición al conde Bartholomew, por si acaso la acusación resultara ser falsa y entonces el propio Waleran sería acusado de calumniador. Quiere que otro corra el riesgo y haga el trabajo sucio para él. Y cuando todo hubiera terminado, si ha sido probada la traición, daría un paso adelante y se adjudicaría su parte del mérito. Pero si resultara que Bartholomew es inocente, Waleran jamás admitiría haber dicho lo que nos ha dicho hoy.

Parecía muy claro, tal como ella lo presentaba. De no ser por madre, William y su padre habrían caído inexorablemente en la trampa que les había tendido Waleran. Habrían actuado de agentes de Waleran con la mejor voluntad, y corrido los riesgos por él. El juicio político de madre era verdaderamente sagaz.

—¿Quieres decir que debemos olvidarnos sencillamente de eso? —preguntó padre.

—Desde luego que no. —Los ojos de madre centellearon—. Todavía existe una posibilidad de destruir a la gente que nos ha humillado. —Un palafrenero tenía su caballo preparado. Le cogió las riendas y le indicó que se alejara, pero no montó inmediatamente. Permaneció en pie junto al caballo, palmeándole el cuello en actitud reflexiva, y habló en voz queda—. Necesitamos una prueba de la conspiración para que nadie pueda negarla cuando hayamos presentado nuestra acusación. Tendremos que lograr esa prueba con el mayor sigilo, sin descubrir a nadie lo que estamos buscando. Luego, cuando la tengamos, podremos arrestar al conde Bartholomew y conducirlo ante el rey. Enfrentado a la prueba, Bartholomew confesará y suplicará clemencia. Entonces nosotros pediremos nuestra recompensa.

—Y negaremos que Waleran nos ha ayudado —añadió padre.

Madre sacudió negativamente la cabeza.

—Déjale que tenga su parte de gloria y su recompensa. Entonces estará en deuda con nosotros. Eso puede favorecernos mucho.

—Pero, ¿cómo buscaremos la prueba de la conspiración? —preguntó ansioso padre.

—Habremos de encontrar una manera de acercarnos a los alrededores del castillo de Bartholomew. —Madre frunció el ceño—. No será fácil. Nadie creería que fuéramos a hacerle una visita. Todos saben que aborrecemos a Bartholomew.

A William se le ocurrió una idea.

—Yo puedo ir —dijo.

Sus padres mostraron cierto sobresalto.

—Supongo que despertarías menos sospechas que tu padre. Pero ¿con qué pretexto? —dijo madre.

William ya había pensado en ello.

—Puedo ir a ver a Aliena —dijo, y el pulso se le aceleró sólo de pensarlo—. Puedo suplicarle que recapacite sobre su decisión. Después de todo, en realidad no me conoce. Me juzgó mal cuando nos vimos. Puedo ser un buen marido para ella. Tal vez sólo necesite que le corteje con más intensidad. —sonrió con una sonrisa cínica para que no se dieran cuenta de que sentía cada una de sus palabras.

—Una excusa perfectamente creíble —dijo madre. Miró fijamente a William—. Me pregunto si, después de todo, el muchacho puede tener algo del cerebro de su madre.

Por primera vez en meses, William se sentía optimista al ponerse en camino al día siguiente de la Epifanía en dirección al castillo del conde. Era una mañana clara y fría. El viento del norte le azotaba las orejas y la nieve escarchada crujía bajo los cascos de su caballo de batalla. Llevaba una capa gris de un estupendo tejido de Flandes ribeteada de piel de conejo sobre una túnica escarlata.

Le acompañaba su palafrenero Walter. Cuando William tenía doce años, el viejo Walter se convirtió en su tutor de armas y le había enseñado a cabalgar, a cazar, esgrima y lucha. Ahora Walter era su palafrenero, compañero y guardia personal. Era tan alto como William, aunque más ancho; un tipo realmente formidable. Era nueve o diez años mayor que William, lo bastante joven para beber y perseguir a las muchachas, aunque de edad suficiente para mantener al muchacho fuera de líos cuando era necesario. Era el mejor amigo de William.

William sentía una extraña excitación ante la perspectiva de ver otra vez a Aliena, aun sabiendo que se arriesgaba a un nuevo rechazo y humillación. Aquel atisbo fugaz en la catedral de Kingsbridge cuando por un instante se encontró con sus extraordinarios ojos oscuros, había reanimado el deseo que sentía por ella. Esperaba ansioso hablar con ella, estar cerca de ella, ver la cascada de sus bucles agitarse mientras hablaba, observar su cuerpo debajo del vestido.

Al propio tiempo, la oportunidad de vengarse había agudizado su odio. Estaba tenso e inquieto ante la idea de que ahora podría borrar la humillación sufrida por él y su familia.

Hubiera querido tener una idea más clara de lo que tenía que buscar. Estaba bastante seguro de que descubriría si la historia de Waleran era cierta, porque con toda seguridad habría señales de preparativos para la guerra en el castillo, agrupamiento de caballos, limpieza de armas, almacenamiento de alimentos, aun cuando, como era natural, aquellos preparativos parecerían tener otro fin, por ejemplo, el de una expedición, para engañar a cualquier posible observador casual. Pero convencerse de la existencia de una conspiración no era lo mismo que encontrar pruebas. A William no se le ocurría nada que pudiera considerarse como prueba. Pensaba tener los ojos bien abiertos y esperar a que la ocasión se presentara por sí sola. No obstante, se trataba de un plan realmente flojo y le atormentaba la

persistente preocupación de que quizás la oportunidad se le escapara de las manos.

A medida que se acercaba empezó a ponerse nervioso. Se preguntaba si le negarían la entrada en el castillo, y por un momento le dominó el pánico hasta que comprendió que era sumamente improbable. El castillo era un lugar público y si el conde tomaba la decisión de cerrarlo a la pequeña nobleza local, sería tanto como proclamar que se fraguaba la traición.

El conde Bartholomew vivía a unas millas de la ciudad de Shiring. El castillo de Shiring estaba ocupado por el sheriff del condado, de manera que el conde tenía un castillo propio fuera de la ciudad. El pequeño pueblo que había crecido alrededor de las murallas del castillo era conocido como Earlcastle. William ya había estado antes allí, pero en esos momentos lo contemplaba a través de los ojos de un atacante.

Había un foso profundo y ancho con la forma del número ocho, con el círculo superior más pequeño que el inferior. La tierra que había sido excavada para hacer el foso estaba amontonada en el interior de los círculos formando terraplenes. Al pie del ocho un puente atravesaba el foso y en el muro de tierra había una brecha dando paso al círculo inferior. Era la única entrada.

No había forma de alcanzar el círculo superior salvo atravesando el inferior y cruzando otro puente sobre el foso que dividía los dos círculos. El círculo superior era el sanctasanctórum.

Mientras William y Walter cabalgaban por los campos abiertos que rodeaban el castillo pudieron ver idas y venidas continuas. Dos hombres de armas atravesaron el puente en caballos veloces yéndose en distintas direcciones. Y un grupo de cuatro jinetes precedió a William por el puente cuando entró con Walter.

William observó que la última sección del puente podía retraerse en el macizo recinto de piedra que formaba la entrada al castillo. Alrededor de toda la muralla de piedra y a intervalos se alzaban atalayas también de piedra, de tal manera que todos los sectores del perímetro quedaban cubiertos por arqueros de la defensa. Tomar ese castillo mediante ataque frontal sería una operación larga y sangrienta, y los Hamleigh no podían reunir un número suficiente de hombres para asegurarse del éxito. Esa fue la conclusión pesimista de William. Naturalmente, ese día el castillo estaba abierto para el comercio.

William dio su nombre al centinela de la entrada y fue admitido sin más requisitos. En el interior del círculo inferior, protegidos del mundo exterior por las murallas de tierra, se alzaban los edificios domésticos habituales: cuadras, cocinas, talleres, un retrete y una capilla. Reinaba un ambiente bullicioso. Los

palafreneros, los escuderos, los sirvientes y las doncellas, todos se movían con diligencia y hablaban ruidosamente, saludándose unos a otros y gastando bromas.

Para una mente que no fuera recelosa, todo aquel bullicio y las idas y venidas quizás sólo fueran la reacción normal ante el regreso del señor, pero a William le pareció que allí había algo más.

Dejó a Walter en las cuadras con los caballos y se dirigió al extremo más alejado del recinto donde, exactamente enfrente de la garita del centinela, había un puente sobre el foso que conducía al círculo superior. Una vez que lo hubo cruzado le interceptó otro centinela en otra garita. En esa ocasión le preguntó qué le llevaba allí.

—He venido a ver a Lady Aliena —dijo William.

El centinela no le conocía pero le miró de arriba abajo, observando su hermosa capa y túnica roja, y le tomó por lo que parecía, un esperanzado pretendiente.

—Encontrará a la joven Lady en el salón grande —le dijo con una sonrisa.

En el centro del círculo superior había un edificio de piedra cuadrado de tres pisos y gruesos muros. Era la torre del homenaje. Como de costumbre la planta baja era un almacén. El gran salón estaba sobre el almacén y se podía llegar a él por una escalera de madera exterior que podía ser retirada dentro del edificio. En el piso superior estaría el dormitorio del conde. Aquél sería su último baluarte cuando los Hamleigh acudieran a apresarle.

Todo el trazado presentaba una formidable serie de obstáculos para el atacante. Naturalmente, ése era el quid. Pero ahora que William estaba intentando descubrir la forma de superar los obstáculos, vio con extraordinaria claridad la función de los diferentes elementos del esquema. Incluso si los visitantes llegaran a alcanzar el círculo inferior, aún tendrían que atravesar otro puente y otra garita de centinela y luego asaltar la recia torre del homenaje. Como quiera que fuese habían de alcanzar el piso superior, posiblemente construyendo ellos mismos una escalera, e incluso allí habría de nuevo lucha, con toda probabilidad, para subir las escaleras desde el salón hasta el dormitorio del conde. La única manera de tomar ese castillo era con todo sigilo. Así lo comprendió William e intentó descubrir la forma de introducirse clandestinamente.

Subió las escaleras y entró en el salón. Estaba lleno de gente, pero el conde no se encontraba allí. En el rincón más alejado, a mano izquierda, podía verse la escalera que conducía a su dormitorio y a unos quince o veinte caballeros y hombres de armas sentados al pie de ella hablando en voz baja. Eso no era corriente. Los caballeros y los hombres de armas constituían clases sociales distintas. Los caballeros eran terratenientes que vivían de sus

rentas en tanto que los hombres de armas recibían su soldada al día. Los dos grupos se transformaban en camaradas sólo cuando soplaban vientos de guerra. William reconoció a alguno de ellos. Allí estaba Gilbert Catface, un viejo luchador de temperamento violento con una barba descuidada y largas patillas, que aunque había pasado ya los cuarenta seguía manteniéndose vigoroso. Ralph de Lyme, que se gastaba más en trajes que en una novia y que ese día llevaba una capa azul forrada de sed roja. Jack Fitz Guillaume, que ya era caballero aunque apenas tuviera unos años más que William. Y algunos otros cuyos rostros le eran vagamente familiares. Hizo un saludo con la cabeza pero le prestaron escasa atención. Aunque era bien conocido, también era demasiado joven para ser importante.

Se volvió y recorrió con la mirada el salón hasta el extremo opuesto. Y al instante descubrió a Aliena. Su aspecto era totalmente distinto al del día anterior. Entonces iba vestida para asistir a la catedral, con seda preciosa, lana y lino, con sortijas, cintas y botas de punta afilada. En aquel momento llevaba la túnica corta de una campesina o de una niña, e iba descalza. Estaba sentada en un banco estudiando un tablero de juego con fichas de diferentes colores. Mientras William la observaba se subió la túnica y cruzó las piernas, descubriendo las rodillas al tiempo que arrugaba, preocupada, la nariz. El día anterior su aspecto era enormemente sofisticado; hoy era una chiquilla vulnerable y William la encontró más deseable todavía. De repente, se sintió avergonzado de que aquella niña hubiera sido capaz de causarle tanta angustia y ardía en deseos de encontrar una forma de demostrarle que podía dominarla. Era una sensación casi semejante a la de la lujuria. Estaba jugando con un muchacho tres años menor que ella, que mantenía una actitud inquieta e impaciente. Era evidente que no le gustaba el juego. William pudo darse cuenta de un parecido familiar entre los dos jugadores. En realidad, el muchacho era igual que Aliena, tal como William la recordaba en su infancia, con la misma nariz respingona y el pelo corto. Debía tratarse de Richard, su hermano pequeño y heredero del condado.

William se acercó más. Richard le echó una mirada rápida y volvió luego su atención al tablero. Aliena se mostraba concentrada. El tablero de madera pintada tenía la forma de una cruz y estaba dividido en cuadros de distintos colores. Las fichas parecían de marfil, blancas y negras. El juego era, sin duda, una variante del chaquete, o las tablas reales, y probablemente se trataba de un regalo que el padre de Aliena les había traído de Normandía. William estaba más interesado en Aliena. Cuando se inclinaba sobre el tablero el escote de su túnica se ahuecaba y podía ver el nacimiento de sus pechos. Eran grandes, como él se los había imaginado. Se le quedó la boca seca.

Richard movió una ficha sobre el tablero.

—No. No puedes hacer eso —dijo Aliena.

—¿Por qué no? —preguntó el muchacho con enojo.

—Porque va contra las reglas, estúpido.

—No me gustan las reglas —replicó Richard con petulancia.

—¡Tienes que obedecer las reglas! —afirmó Aliena encolerizada.

—¿Por qué?

—Hazlo y ya está. ¡Eso es todo!

—Bueno, pues no lo hago —dijo Richard tirando de un manotazo el tablero, haciendo volar las fichas por los aires; rápida como el rayo, Aliena le dio un bofetón.

El chico lanzó un grito, con el orgullo y la cara heridos.

—Eres... —vaciló un instante—. ¡Eres un jodido demonio! —gritó.

Dio media vuelta y echó a correr pero a los pocos pasos colisionó corno una catapulta contra William.

William le cogió por un brazo y lo levantó en alto.

—Procura que el sacerdote no te oiga llamar semejantes cosas a tu hermana —le dijo.

Richard se revolvía y chillaba.

—Me haces daño... ¡Suéltame!

William le retuvo todavía un momento. Richard dejó de revolverse y se echó a llorar. William le dejó en el suelo y el chiquillo se alejó corriendo hecho un mar de lágrimas.

Aliena miraba a William, olvidando el juego, con gesto extrañado que le hacía arrugar la nariz.

—¿Qué haces aquí? —dijo. Hablaba en voz baja y tranquila, como una persona de más edad.

William se sentó en el banco sintiéndose complacido por la manera autoritaria con que había tratado a Richard.

—He venido a verte —dijo.

—¿Por qué? —La expresión de ella se hizo cautelosa.

William se acomodó de forma que pudiera vigilar la escalera. Vio entrar en el salón a un hombre de unos cuarenta años, vestido como un servidor de alto rango, con una túnica corta de excelente tejido.

Hizo una seña a alguien y de inmediato un caballero y un hombre de armas se dirigieron juntos a la escalera.

—Quiero hablar contigo. —William volvió de nuevo la mirada a Aliena.

—¿Sobre qué?

—Sobre tú y yo.

Por encima del hombro vio que se acercaba a ellos el servidor. Había algo afeminado en la manera de andar de aquel hombre. En la mano llevaba un

pan de azúcar, de un color marrón indefinido y en forma de cono. En la otra, una raíz retorcida que parecía jengibre. El hombre era sin lugar a dudas el mayordomo de la casa y había ido al depósito de especias, una alacena cerrada con llave en el dormitorio del conde, para retirar la provisión diaria de ingredientes preciosos, que en aquel momento se disponía a llevar al cocinero. Azúcar, tal vez para endulzar la tarta de manzanas silvestres, y el jengibre para aromatizar las lampreas.

Aliena siguió la mirada de William.

—Hola, Matthew.

El mayordomo le sonrió y partió un trozo de azúcar para ella.

William tuvo la impresión de que Matthew sentía un gran afecto y devoción por Aliena. Algo en la actitud de ella debió hacerle comprender que estaba incómoda, porque su sonrisa se transformó en un gesto preocupado.

—¿Va todo bien? —preguntó con voz tranquila.

—Sí, gracias.

Matthew miró a William y pareció sorprendido.

—El joven William Hamleigh, ¿no?

William se sintió inquieto al verse reconocido, aunque fuera inevitable.

—¡Guárdate tu azúcar para los niños! —dijo, aun cuando no se lo hubieran ofrecido—. A mí no me gusta.

—Muy bien, señor. —Matthew decía con la mirada que no había llegado adonde estaba creando dificultades a los hijos de la pequeña nobleza. Se volvió hacia Aliena—. Tu padre ha traído una seda maravillosamente suave... Luego te la enseñaré.

—Gracias —dijo ella.

Matthew se alejó.

—Un tonto afeminado —dijo William.

—¿Por qué has sido tan grosero con él? —preguntó Aliena.

—No permito que los sirvientes me llamen "joven William". —Aquella no era la mejor manera de empezar a cortejar a una dama. Tenía que mostrarse seductor—. Si fueras mi mujer mis sirvientes te llamarían Lady.

—¿Has venido para hablar de matrimonio? —preguntó Aliena, y a William le pareció descubrir una nota de incredulidad en su voz.

—Tú no me conoces —dijo William con tono de protesta. Se dio cuenta desolado de que aquella conversación se le escapaba de las manos. Había planeado una pequeña charla antes de entrar en materia, pero Aliena se mostró tan directa y franca que hubo de lanzar su mensaje sin ambages—. Me has juzgado mal. No sé lo que hice la última vez que nos vimos para llegar a desagradarte tanto. Pero fueran cuales fuesen tus motivos, te precipitaste demasiado.

Aliena desvió la mirada reflexionando sobre su contestación. William vio detrás de ella al caballero y al hombre de armas que bajaban las escaleras y salían por la puerta con actitud resuelta. Un momento después un hombre con indumentaria clerical, probablemente secretario del conde, apareció arriba e hizo una seña. Dos de los caballeros se levantaron y subieron. Uno era Ralph de Lyme, ondeante el forro rojo de su capa, y otro hombre calvo de más edad. Era evidente que todos aquellos hombres esperaban en el salón para ver al conde en su cámara, de uno en uno y por parejas. ¿Por qué?

—¿Al cabo de todo este tiempo? —estaba diciendo Aliena. Contenía alguna emoción. Tal vez fuera enfado, pero William tenía la desagradable sensación de que era risa—. ¿Después de tanta preocupación, de tanta rabia, de tanto escándalo, precisamente cuando al fin todo se está olvidando, ahora me dices que me he equivocado?

William se dio cuenta de que tal como lo presentaba ella no parecía plausible.

—No está olvidado ni mucho menos. La gente todavía habla de ello. Mi madre aún esta furiosa y mi padre no puede ir con la cabeza alta en público —dijo enojado—. Para nosotros no está olvidado.

—Para vosotros todo es cuestión del honor de la familia, ¿no?

Su voz tenía una inflexión peligrosa, pero William hizo caso omiso. Acababa de darse cuenta de lo que el conde estaba haciendo con todos aquellos caballeros y hombres de armas. Estaba despachando mensajes.

—¿El honor de la familia? Sí —dijo sin pensarlo.

—Sé que tendría que pensar en el honor, en las alianzas entre familias y todo eso —dijo Aliena—. Pero en el matrimonio eso no lo es todo. —reflexionó un momento y luego tomó una decisión—. Tal vez debiera hablarte de mi madre. Aborrecía a mi padre. Mi padre no es malo, en realidad es un gran hombre y yo le quiero, pero es espantosamente solemne y estricto, y jamás comprendió a mi madre. Ella era una persona feliz y alegre, que le gustaba reír y contar historias y tener música, y mi padre la hizo desgraciada. — William se dio cuenta de que Aliena tenía los ojos llenos de lágrimas, aunque su atención estaba centrada en los mensajes—. Por eso murió, porque no la dejaba ser feliz. Lo sé. Y él también lo sabe, ¿comprendes? Por eso prometió que nunca permitiría que me casara con alguien que no me gustara. ¿Comprendes ahora?

Esos mensajes son órdenes, pensaba William. *Órdenes para los amigos y aliados del conde Bartholomew, advirtiéndoles de que estén preparados para luchar. Y los mensajeros son pruebas.*

Se dio cuenta de que Aliena le estaba mirando.

—¿Casarte con alguien que no te guste? —dijo, repitiendo como un eco las palabras de ella—. ¿No te gusto?

—No me estabas escuchando —dijo ella brillándole los ojos por la ira—. Eres tan egocéntrico que no puedes pensar por un solo momento en los sentimientos de otros. ¿Qué hiciste la última vez que viniste aquí? Hablaste sin cesar de ti y no me hiciste una sola pregunta.

Su voz fue subiendo de tono hasta convertirse casi en gritos y cuando calló, William se dio cuenta de que los hombres que se encontraban al otro extremo del salón guardaban silencio y escuchaban. Se sintió violento.

—No hables tan alto —dijo a Aliena.

Ella no le hizo el menor caso.

—¿Quieres saber por qué no me gustas? Muy bien. Voy a decírtelo. No me gustas porque no tienes educación. No me gustas porque casi no sabes leer. No me gustas porque sólo estas interesado en tus perros, en tus caballos y en ti mismo.

Gilbert Catface y Jack Fitz Guillaume reían abiertamente. William se sintió enrojecer. Aquellos hombres eran unos don nadie, eran caballeros y se estaban riendo de él, el hijo de Lord Percy Hamleigh.

Se puso en pie.

—Muy bien —exclamó con tono apremiante, intentando hacer callar a Aliena. Pero de nada le sirvió.

—No me gustas porque eres egoísta, aburrido y estúpido —gritó Aliena. Todos los caballeros reían—. No me gustas, te desprecio, te aborrezco y me resultas insoportable. ¡Y ése es el motivo de que no quiera casarme contigo!

Los caballeros lanzaron vítores y aplaudieron. William se encogió interiormente. Sus risas le hacían sentirse pequeño, indefenso como un chiquillo, y de chiquillo se había pasado todo el tiempo aterrorizado. Se alejó de Aliena, luchando por mantener una expresión impávida y ocultar sus sentimientos. Atravesó el salón lo más deprisa que pudo sin correr, mientras las risas subían de tono. Finalmente alcanzó la puerta, la abrió de golpe y se precipitó afuera. Dio un portazo y bajó corriendo las escaleras, ahogándose de vergüenza, y el sonido lejano de las risas burlonas siguió resonando en sus oídos a través del embarrado patio hasta la puerta.

El sendero que conducía de Earlcastle a Shiring atravesaba un camino principal, a eso de una milla. Al alcanzar la encrucijada, el viajero podía dirigirse hacia el norte, en dirección a Gloucester y la frontera galesa, o hacia el sur si se dirigía a Winchester y la costa. William y Walter se dirigieron hacia el sur.

La angustia de William se había transformado en ira. Estaba demasiado furioso para hablar. Le hubiera gustado golpear a Aliena y matar a todos aquellos caballeros. Hubiera querido hundir su espada en cada una de aquellas bocas que reían y llegar hasta las gargantas. Y ya había pensado en la manera de vengarse, al menos con uno de ellos. Si daba resultado podría obtener, al mismo tiempo, la prueba que necesitaba. La perspectiva le produjo un consuelo feroz.

Primero tenía que agarrar a uno de ellos. Tan pronto como el camino se adentró por el bosque, William descabalgó y empezó a andar llevando de las riendas a su caballo. Walter le seguía en silencio, respetando su mal humor. William llegó a un trecho de senda angosto y se detuvo.

—¿Quién maneja mejor el cuchillo, tú o yo? —preguntó volviéndose a Walter.

—En la lucha cuerpo a cuerpo yo soy mejor —replicó Walter con cautela—. Pero tu lanzamiento es más certero, Lord.

Cuando estaba furioso le llamaban Lord.

—Supongo que podrás hacer tropezar a un caballo desbocado y derribarlo —dijo William.

—Sí, con una buena estaca.

—Entonces ve a buscar un árbol pequeño, arráncalo y púlelo. Así tendrás una magnífica estaca.

Walter se alejó para hacer lo que le indicaba.

William condujo a los dos caballos a través del bosque hasta un calvero alejado del camino. Les retiró las monturas y quitó algunas de las cuerdas y correas, las suficientes para atar a un hombre de pies y manos con la fuerza necesaria. Su plan era tosco pero no había tiempo para concebir algo más elaborado, de manera que lo único que le quedaba hacer era esperar lo mejor.

Mientras caminaba de vuelta al camino encontró una sólida rama de roble, seca y dura, que haría las veces de cachiporra.

Walter le estaba esperando con su estaca. William eligió el lugar donde el palafrenero había de apostarse, tumbado detrás del ancho tronco de un haya que había cerca del camino.

—No saques la estaca demasiado pronto o espantaras al caballo —le advirtió William—. Pero tampoco te demores demasiado porque no puedes hacer tropezar al caballo con las patas traseras. Lo mejor sería meterle la estaca entre las patas delanteras e hincar el otro extremo en la tierra para que no la aparte de una coz.

—Ya he visto hacerlo antes —dijo Walter con ademán de aquiescencia.

William recorrió unas treinta yardas en dirección a Earlcastle. Su papel consistía en asegurarse de que el caballo se desbocara y corriera tan rápido que no pudiera evitar la estaca de Walter. Se ocultó lo más cerca que pudo del camino. Tarde o temprano pasaría por allí alguno de los mensajeros del conde Bartholomew. William confiaba en que fuera pronto. Estaba ansioso por averiguar si aquello daría resultado y se sentía impaciente por acabar de una vez. Pensó que aquellos caballeros no tenían idea de que mientras se reían de él, él les estaba espiando. Aquello le apaciguó algo. Pero uno de ellos estaba a punto de averiguarlo. *Y entonces lamentará haberse reído. Entonces habrá deseado caer de rodillas y besarle las botas en vez de reír. Tendrá que llorar y suplicar y pedirme que le perdone. Y yo me limitaré a torturarle aún más.*

Pero había también otras cosas que le resarcían. Si su plan tenía éxito, quizás finalmente condujera a la caída del conde Bartholomew y la resurrección de los Hamleigh. Entonces todos aquellos que se mofaron al romperse el compromiso temblarán de miedo y algunos sufrirán algo más que terror.

La caída de Bartholomew sería también la de Aliena, y ésa era la mejor parte. Su desmesurado orgullo y sus aires de superioridad habrían de cambiar cuando su padre hubiera sido ahorcado por traidor. Si para entonces quisiera sedas suaves y conos de azúcar, habría de casarse con William para tenerlos. Se la imaginaba humilde y contenta, sirviéndole dulces calientes de la cocina, mirándole con aquellos inmensos ojos oscuros, ansiosa por complacerle, esperando una caricia, su boca suave ligeramente entreabierta suplicando ser besada.

Sus fantasmas se vieron interrumpidas por el ruido de cascos sobre el barro endurecido del camino. Sacó su cuchillo y lo sopesó, recordando su peso y equilibrio. La punta estaba afilada en ambos lados para una mejor penetración. Se mantuvo erguido, con la espalda apoyada contra el árbol que le ocultaba y sujetando el cuchillo por la hoja, y permaneció a la espera sin apenas respirar. Estaba nervioso.

Temía fallar con el cuchillo, o que el caballo no cayera, incluso que el jinete matara a Walter con un golpe de suerte y entonces William tendría que luchar solo. Algo le preocupaba en el resonar de los cascos a medida que se acercaban. Vio a Walter que le miraba a través de la vegetación con expresión preocupada. Él también lo había oído. Y entonces William se dio cuenta de lo que era. Llegaba más de un caballo. Tenía que decidirse con rapidez. ¿Convendría que atacaran a dos caballeros? Sería desde luego una lucha más justa.

Decidió dejarles que se fueran y esperar a un jinete solitario. Resultaba decepcionante, pero era lo más prudente. Hizo un ademán con la mano a

Walter indicándole que se mantuviera quieto. Walter asintió comprensivo y volvió a ocultarse.

Un instante después aparecieron dos caballos. William percibió seda roja que ondeaba. Ralph de Lyme. Luego vio la cabeza calva del compañero de Ralph. Ambos hombres pasaron al trote, desapareciendo de la vista.

Pese a la decepción, William se vio recompensado porque se confirmaba su teoría de que el conde estaba enviando a aquellos hombres con mensajes. Sin embargo, se preguntaba inquieto si Bartholomew tendría la costumbre de enviarlos por parejas. Sería una precaución natural. A ser posible, todo el mundo viajaba en grupos para una mayor segundad. Por otra parte, Bartholomew tenía un montón de mensajes que enviar y un número limitado de hombres, y era posible que considerara excesivo recurrir a dos caballeros para un solo mensaje. Además los caballeros eran hombres violentos de los que se podía esperar que presentaran dura batalla al duro proscrito, pelea en la que éste tendría poco que ganar, porque un caballero no solía tener cosas que valiera la pena robar, salvo su espada, que era difícil de vender sin tener que responder a preguntas comprometedoras, y su caballo, que era muy posible que quedara lisiado durante la emboscada. Un caballero estaba más seguro en el bosque que la mayoría de la gente. William se rascó la cabeza con la empuñadura de su cuchillo; podía suceder cualquiera de las dos cosas.

Se acomodó para esperar. El bosque estaba silencioso; apareció un débil sol invernal, brillando un rato a través de la densa vegetación para desaparecer finalmente. Su estómago recordó a William que había pasado la hora de la comida. A unas yardas de distancia un ciervo atravesó tranquilo el sendero sin saber que le observaba un hombre hambriento. William empezó a impacientarse.

Decidió que si aparecía otro par de jinetes tendría que atacar. Era arriesgado, pero contaba con la ventaja de la sorpresa, y además tenía a Walter, que era un magnífico luchador. Además podía ser su última oportunidad. Sabía que podían matarle y tenía miedo, pero quizás fuera mejor que vivir en constante humillación. Por otra parte, sucumbir luchando era una forma honorable de morir.

Se dijo que lo mejor de todo sería que fuera Aliena la que llegase sola, montando un pony blanco. Saldría despedida del caballo, hiriéndose brazos y piernas y cayendo en un zarzal. Las espinas desgarrarían su piel suave haciéndola sangrar. William saltaría sobre ella inmovilizándola en el suelo. Se sentiría profundamente mortificada.

Fantaseó con la idea, imaginándose sus heridas, gozando con su respiración anhelante mientras él permanecía a horcajadas sobre ella, e imaginándose la expresión de horror abyecto en el rostro de Aliena cuando se

diera cuenta de que estaba a su absoluta merced. Y entonces volvió a oír el ruido de los cascos.

Esta vez sólo era un caballo.

Se enderezó, sacó el cuchillo, se apoyó contra el árbol y volvió a escuchar.

Era un caballo bueno y rápido, no uno de guerra sino un poderoso corcel. Llevaba un peso moderado como un hombre sin armadura, y marcaba un trote tranquilo sin jadear siquiera. William encontró la mirada de Walter y asintió. Era ése; ahí tenía la prueba. Levantó el brazo derecho sujetando el cuchillo por la punta de la hoja.

Desde lejos llegó el relincho del caballo de William. El sonido atravesó con toda claridad el bosque silencioso y fue perfectamente audible por encima del ligero repique del caballo que se acercaba. Éste también lo oyó y rompió el ritmo de su tranco. El jinete dijo ¡*So*! y lo puso al paso. William juró entre dientes. Ahora el jinete se mostraría cauteloso, lo cual pondría las cosas más difíciles. William pensó, demasiado tarde, que hubiera debido dejar su caballo aún más lejos.

Ahora que el caballo que se acercaba iba al paso, William no podría decir a qué distancia se encontraba. Todo estaba saliendo mal; resistió la tentación de mirar desde detrás del árbol. Prestó oído atento, rígido por la tensión. De repente, oyó al caballo bufar, asombrosamente cerca, y finalmente apareció a una yarda de distancia de donde él se encontraba. El animal le vio un instante antes de que William le viera a él. Dio un respingo y el jinete lanzó un gruñido de sorpresa.

William lanzó un juramento. Se dio cuenta inmediatamente de que el caballo podía volverse y desbocarse en dirección contraria. Se ocultó de nuevo detrás del árbol y salió por el otro lado, detrás del caballo, con el brazo levantado. Vio al jinete, barbudo y con el ceño fruncido, mientras tiraba de las riendas. Era el viejo y curtido Gilbert Catface. William lanzó el cuchillo.

Fue un lanzamiento perfecto. El cuchillo fue directo al anca del caballo y se hundió una pulgada en la carne. El caballo pareció sobresaltarse como un hombre al que algo le coge por sorpresa. Luego, antes de que Gilbert pudiera reaccionar, se lanzó asustado a una rápida galopada yendo directo a la emboscada de Walter.

William corrió tras él. El caballo cubrió en unos momentos la distancia que le separaba de Walter. Gilbert no hacía el menor esfuerzo por controlar a su montura, estaba demasiado ocupado en mantenerse sobre la silla. Cuando estaba a la altura de Walter, William se dijo: *¡Ahora, Walter, ahora!*

Walter calculó su acción con tal exactitud que William ni siquiera vio salir la estaca impulsada de detrás del árbol. Sólo vio que al caballo se le doblaban

las patas delanteras como si de repente hubieran perdido toda su fuerza. Luego las patas traseras parecieron alcanzar a las delanteras de tal forma que todas se enredaron. Finalmente, la cabeza fue para abajo mientras los cuartos traseros se alzaban, y cayó pesadamente.

Gilbert salió disparado. Al intentar lanzarse tras él, William se vio entorpecido por el caballo en el suelo. Gilbert aterrizó bien, rodó sobre sí mismo y quedó de rodillas. Por un instante, William temió que echara a correr y que escapara. Pero entonces, Walter salió de entre los arbustos y se lanzó por los aires con un salto descomunal, yendo a aterrizar contra la espalda de Gilbert, derribándole.

Los dos hombres cayeron al suelo con fuerza. Recuperaron el equilibrio al mismo tiempo y William vio horrorizado que el astuto Gilbert enarbolaba un cuchillo. William, saltando por encima del caballo derribado, lanzó el palo de roble contra Gilbert en el preciso momento en que éste levantaba su cuchillo. El palo dio a Gilbert en un lado de la cara.

Gilbert se tambaleó pero se puso en pie. William le maldijo por ser duro. William se disponía a atacar de nuevo con la cachiporra, pero Gilbert fue más rápido y se lanzó sobre William con el cuchillo. Éste iba vestido para cortejar, no para la lucha, y la afilada hoja atravesó la capa de excelente lana. William retrocedió con la suficiente rapidez para salvar el pellejo. Gilbert seguía acosándole, impidiéndole recuperar el equilibrio, por lo que no podía manejar la cachiporra.

William retrocedía cada vez que Gilbert se lanzaba sobre él, pero nunca disponía de tiempo suficiente para recuperarse, y Gilbert empezaba a acorralarle. De súbito, William temió por su vida. Pero, entonces, Walter llegó por detrás de Gilbert, le golpeó en las piernas y hizo caer.

William se sintió tan aliviado que las piernas le flaqueaban. Por un instante pensó que iba a morir. Dio gracias a Dios por la ayuda de Walter.

Gilbert intentó levantarse pero Walter le dio una patada en la cara. William, para asegurarse, le golpeó por dos veces con la cachiporra, y Gilbert quedó inmóvil.

Le volvieron boca arriba y mientras Walter permanecía sentado sobre su cabeza, William le ataba las manos a la espalda. Luego quitó a Gilbert sus largas botas negras y le ató los tobillos con un fuerte lazo de correa de la guarnición. Se puso en pie. Hizo una mueca a Walter y éste sonrió. Era un verdadero alivio tener firmemente maniatado a ese escurridizo y viejo luchador.

El siguiente paso era hacer confesar a Gilbert.

Estaba volviendo en sí. Walter le hizo volverse. Cuando Gilbert vio a William mostró sorpresa y luego miedo. William se sintió complacido y pensó

que Gilbert ya estaba lamentando sus risas. Dentro de un instante las lamentaría todavía más. El caballo de Gilbert se había puesto asombrosamente en pie. Había corrido unas cuantas yardas pero luego se había detenido y en ese momento miraba hacia atrás, jadeando y sobresaltándose cada vez que el viento agitaba los árboles. El cuchillo de William se había caído del anca. Éste lo recogió mientras Walter iba a por el caballo. William escuchaba atento por si se acercaban nuevos jinetes. En cualquier momento podría llegar otro mensajero, en cuyo caso tendrían que quitar de la vista a Gilbert y mantenerlo callado. Pero no apareció nadie y Walter pudo coger al caballo de Gilbert sin dificultad

Pusieron a Gilbert a lomos de su caballo, conduciéndole luego a través del bosque hasta donde William había dejado sus propias monturas. Los otros caballos empezaron a agitarse al oler la sangre que brotaba de la herida en el anca del caballo de Gilbert, por lo que William lo ató algo alejado.

Miró en derredor buscando un árbol adecuado para sus fines; descubrió un olmo con una vigorosa rama sobresaliendo a una altura de ocho o nueve pies del suelo. Se la indicó a Walter.

—Quiero colgar a Gilbert de esa rama —dijo.

Walter esbozó una sonrisa sádica.

—¿Qué vas a hacerle, Lord?

—Ya lo verás.

La curtida faz de Gilbert estaba lívida por el terror. William pasó una cuerda por debajo de los brazos del hombre, se la ató a la espalda e hizo una lazada en la rama.

—Súbelo —dijo a Walter.

Walter izó a Gilbert. Éste se retorció librándose de la garra de Walter, cayendo al suelo. Walter cogió la cachiporra de William y golpeó a Gilbert en la cabeza hasta dejarle semiinconsciente. Y luego le izó de nuevo. William enrolló varias veces a la rama el extremo suelto de la cuerda, afirmándolo con fuerza. Entonces Walter soltó a Gilbert que quedó balanceándose suavemente de la rama, con los pies a una yarda del suelo.

—Ve a buscar leña —dijo William.

Prepararon una hoguera debajo de Gilbert, y William la encendió con la chispa de un pedernal. Al cabo de unos momentos empezaron a subir las llamas. El calor sacó a Gilbert de su letargo. Al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo empezó a quejarse aterrado.

—Por favor. Bajadme, por favor. Siento haberme reído de vos. Clemencia, por favor.

William guardaba silencio. La humillación de Gilbert era en extremo satisfactoria pero no era lo que él buscaba. Cuando las llamas empezaron a

abrasar los pies descalzos de Gilbert, dobló las piernas por la rodilla para alejar los pies del fuego.

Por la cara le caía el sudor y se notaba un leve olor a socarrado cuando sus ropas empezaron a calentarse. William pensó que ya era tiempo de empezar con el interrogatorio.

—¿Por qué fuiste hoy al castillo? —le preguntó.

Gilbert se le quedó mirando asombrado.

—Para presentar mis respetos. ¿Acaso tiene importancia? —dijo.

—¿Por qué fuiste a presentar tus respetos?

—El conde acaba de regresar de Normandía.

—¿No fuiste especialmente convocado?

—No.

William pensó que quizás fuera verdad. Interrogar a un prisionero no resultaba tan fácil como él imaginara. Reflexionó de nuevo.

—¿Qué te dijo el conde cuando subiste a su cámara?

—Me saludó y me dio las gracias por haber ido a darle la bienvenida a casa. —Tenía la mirada de Gilbert una expresión de comprensión cautelosa. William no estaba seguro.

—¿Y qué más?

—Me preguntó por mi familia y por mi pueblo.

—¿Nada más?

—Nada más. ¿Por qué os importa tanto lo que haya dicho?

—¿Qué te dijo del rey Stephen y de la emperatriz Maud?

—¡Os repito que nada!

Gilbert no pudo mantener por más tiempo las piernas encogidas y pies volvieron a caer sobre las llamas, cada vez más altas. Lanzó alarido angustioso y su cuerpo se estremeció convulso. El espasmo hizo que sus pies se apartaran de las llamas y entonces se dio cuenta de que podía aliviar el dolor oscilando de un lado a otro. Sin embargo a cada balanceo volvía a pasar por encima de las llamas y gritaba de dolor.

Una vez más William se preguntó si Gilbert estaría diciendo la verdad. No había forma de saberlo. Era de suponer que llegado un punto sufriría tanto que diría cualquier cosa que creyera que William quisiera saber, en un intento desesperado por sentir algún alivio. De manera que era importante no darle un indicio demasiado claro de lo que él quería, se dijo preocupado William. ¿Quién hubiera pensado que torturar a la gente resultara tan difícil?

Procuró hablar con tranquilidad y en un tono casi de conversación.

—¿Adónde vas ahora?

Gilbert gritó de dolor y frustración.

—¿Y eso qué importa?

—¿Adónde vas?

—¡A casa!

El hombre estaba perdiendo el control. William sabía que vivía al Norte de allí. Había estado cabalgando en dirección contraria.

—¿Adónde ibas? —repitió William.

—¿Qué queréis de mí?

—Sé cuándo estás mintiendo —dijo William—. No tienes más que decirme la verdad. —Escuchó a Walter emitir un gruñido de satisfacción y se dijo que lo estaba haciendo mejor—. ¿Adónde ibas? —preguntó por cuarta vez.

Gilbert estaba tan exhausto que ni siquiera era capaz de oscilar. Se quedó parado sobre la hoguera, gimiendo de dolor, y una vez más encogió las piernas para apartar los pies de las llamas. Pero para entonces el fuego había prendido con fuerza, llegando a chamuscarle las rodillas. William notó un olor familiar ligeramente nauseabundo, y cayó en la cuenta de que era el de carne quemada. Y le resultaba familiar porque era como el olor a comida. La piel de las piernas y los pies de Gilbert estaba adquiriendo un tono oscuro al tiempo que se arrugaba, mientras que el vello de sus espinillas se volvía negro. La grasa desprendida de la carne caía sobre el fuego chisporroteando. La contemplación de su intensísimo dolor tenía hipnotizado a William, y cada vez que Gilbert gritaba sentía una profunda excitación. Tenía el poder de provocar el dolor de un hombre y ello le hacía sentirse bien. Era algo parecido a como se sentía cuando lograba quedarse a solas con una muchacha, en un lugar donde nadie podía oír sus protestas tumbándola en el suelo y levantándole las faldas hasta la cintura sabiendo que ya nada podía detenerle para poseerla.

—¿Adónde ibas? —volvió a preguntar de mala gana.

—A Sherborne —contestó Gilbert con una voz que era como un grito contenido.

—¿Por qué?

—Soltadme, por el amor de Dios, y os lo diré todo.

William intuyó que tenía la victoria al alcance de la mano. Resultaba enormemente satisfactorio. Pero todavía no había llegado el momento crucial.

—Apártale sólo los pies del fuego —dijo a Walter.

Walter agarró a Gilbert por la túnica y tiró de él, de modo que las piernas quedaron apartadas de las llamas.

—Vamos —dijo William.

—El conde Bartholomew tiene cincuenta caballeros en Sherborm y los alrededores —dijo Gilbert con un grito ahogado—. Yo debí reunirlos y traerlos a Earlcastle.

William sonrió. Todas sus conjeturas estaban resultando satisfactoriamente exactas.

—¿Y qué piensa hacer el conde con esos caballeros?

—No lo dijo.

—Dejemos que se chamusque algo más —dijo William a Walter.

—¡No! —gritó Gilbert—. ¡Os lo diré!

Walter vaciló.

—Rápido —advirtió William.

—Tienen que luchar a favor de la emperatriz Maud contra Stephen —dijo finalmente Gilbert.

Ya estaba. Ahí tenía la prueba. William saboreó su triunfo.

—Y cuando vuelva a preguntarte esto delante de mi padre, ¿contestarás lo mismo? —preguntó.

—Sí, sí.

—Y cuando mi padre te lo pregunte delante del rey, ¿seguirás diciendo la verdad?

—¡Sí!

—Júralo por la Cruz.

—Lo juro por la Cruz. ¡Diré la verdad!

—Amén —dijo William satisfecho, y empezó a patear el fuego.

Ataron a Gilbert a su silla y pusieron a su caballo la rienda corta. Luego cabalgaron al paso. El caballero apenas podía mantenerse erguido y William no quería que muriese ya que muerto no le serviría de nada. Por ello intentó tratarle sin demasiada brutalidad. Al pasar junto a un arroyo echó agua fría sobre los pies abrasados del caballero. Este gritó de dolor pero probablemente le alivió.

William tenía una maravillosa sensación de triunfo mezclada con un extraño sentimiento de frustración. Nunca había matado a un hombre y hubiera deseado matar a Gilbert. Torturar a un hombre sin luego matarle era como desnudar por la fuerza a una muchacha sin luego violarla. Cuanto más pensaba en ello, más acuciante se hacía su necesidad de una mujer.

Tal vez cuando llegara a casa... no, no habría tiempo. Tendría que contar a sus padres lo ocurrido y ellos querrían que Gilbert repitiera su confesión delante de un sacerdote y quizás también de algunos otros testigos. Y luego habrían de planear la captura del conde Bartholomew que seguramente tendría lugar el día siguiente, antes de que el conde reuniera demasiados hombres para luchar. Y William todavía no había pensado en la manera de tomar el castillo por asalto sin tener que recurrir a un asedio prolongado...

Pensaba malhumorado que tal vez pasara mucho tiempo antes de que viera siquiera una mujer atractiva, cuando apareció una en el camino, delante de ellos.

Era un grupo formado por cinco personas que caminaban en dirección a William. Una de ellas era una mujer de pelo castaño oscuro, de unos veinticinco años, no precisamente una muchacha aunque bastante joven. A medida que se acercaba, William se sintió más interesado. Era realmente hermosa, con el pelo formando un pico de viuda sobre la frente y ojos hundidos de un intenso color dorado. Tenía una figura delgada y flexible y un cutis suave y bronceado.

—Quédate rezagado —dijo William a Walter—. Mantén al caballero detrás de ti mientras yo hablo con ellos.

El grupo se detuvo y se quedaron mirándole cautelosos. Eran a todas luces una familia. Uno de ellos era un hombre alto, que probablemente era el marido. Había también un muchacho ya mayor, aunque todavía barbilampiño, y dos arrapiezos. William se dio cuenta sobresaltado que el hombre le resultaba familiar.

—¿Te conozco? —preguntó.

—Yo os conozco —repuso el hombre—. Y conozco vuestro caballo Porque los dos juntos estuvisteis a punto de matar a mi hija.

William empezó a hacer memoria. Su caballo no había llegado tocar a la niña, pero había estado a punto.

—Estabas construyendo mi casa —dijo—. Y cuando te despedí exigiste que te pagara, y casi me amenazaste.

El hombre parecía desafiante y no lo negó.

—Ahora no pareces tan altivo —dijo William con desprecio. Toda |a familia parecía hambrienta. Estaba resultando un buen día para arreglar cuentas con gente que había ofendido a William Hamleigh—. ¿Tenéis hambre?

—Sí, tenemos hambre —dijo el constructor con tono hosco e irritado.

William volvió a mirar a la mujer. Permanecía erguida con los pies ligeramente separados y la barbilla levantada, mirándole sin temor alguno. Aliena le había excitado y en aquel momento necesitaba saciar su lujuria con aquella otra mujer. Estaba seguro de que se mostraría estimulante, se retorcería y arañaría. Tanto mejor.

—No estás casado con esta joven ¿verdad, constructor? —le dijo— Recuerdo a tu mujer... una hembra fea.

La expresión del constructor se hizo dolorida.

—Mi mujer ha muerto —dijo.

—Y a ésta no la has llevado a la iglesia ¿verdad? No tienes un penique para pagar al sacerdote. —Walter tosió detrás de William y los caballos se agitaron impacientes—. Supongamos que te doy dinero para comida —dijo William al constructor para atormentarle.

—Lo aceptaré agradecido —dijo el hombre, aunque William se daba perfecta cuenta de lo que le dolía mostrarse servil.

—No te estoy hablando de un regalo. Compraré a tu mujer.

—No estoy en venta, muchacho —le dijo la mujer. Su desdén enfureció a William.

Ya te enseñaré yo si soy un hombre o un muchacho cuando te tenga a solas, se dijo. Habló dirigiéndose al constructor.

—Te daré una libra de plata por ella.

—No está en venta.

La ira de William crecía por momentos. Era desesperante ofrecer una fortuna a un hombre hambriento y que éste la rechazara.

—Si no coges el dinero, estúpido, te atravesaré con mi espada y la joderé delante de los niños.

El brazo del constructor se movió debajo de su capa. Debe tener alguna especie de arma, se dijo William. También era muy grande, aunque era delgado como un cuchillo podía resultar un peligroso luchador para defender a su mujer. Éste apartó su capa y apoyó la mano en la empuñadura de una daga sorprendentemente larga. Y el mayor de los muchachos era también bastante grande para causar problemas.

—No hay tiempo para esto, Lord. —Walter habló en voz queda, aunque perfectamente clara.

William asintió reacio. Tenía que llevar a Gilbert a la mansión norial de Hamleigh. Era demasiado importante para entretenerse en una pelea por una mujer. Tendría que aguantarse.

Miró a aquella familia formada por cinco personas hambrientas y cubiertas de harapos, dispuestas a luchar hasta el fin contra dos corpulentos hombres con caballos y espadas. No podía comprender.

—Esta bien, podéis moriros de hambre —dijo.

Espoleó a su caballo que partió al trote, y al cabo de unos momentos se habían perdido de vista.

2

—¿Podemos ir ya más despacio? —preguntó Ellen cuando ya se encontraban a una milla más o menos del lugar donde habían tenido el encuentro con William Hamleigh.

Tom se dio cuenta entonces de que habían llevado una marcha infernal. Se había sentido atemorizado. Por un momento pareció como si él y Alfred hubieran de luchar con dos hombres armados a caballo. Tom ni siquiera tenía un arma. Había buscado debajo de su capa su martillo de albañil, viniéndole

entonces a la mente el penoso recuerdo de haberlo cambiado, hacía semanas, por un saco de avena.

No estaba seguro del motivo que al final había hecho retroceder a William, pero sí quería poner entre ellos la mayor distancia posible por si la joven y diabólica mente del joven señor cambiaba de idea.

Tom no había encontrado trabajo en el palacio del obispo de Kingsbridge ni en ninguno de los otros lugares donde lo había intentado. Pero en los alrededores de Shiring había una cantera y en ella, a diferencia de la construcción, se empleaba el mismo número de hombres en invierno que en verano. El trabajo de Tom era mucho más especializado y mejor pagado que el que se hacía en la cantera, pero ya hacía mucho tiempo que había dado de lado aquella consideración. Él sólo quería dar de comer a su familia. La cantera de Shiring era propiedad del conde Bartholomew, y a Tom le habían dicho que al conde se le podía encontrar en su castillo situado a unas millas al oeste de la ciudad.

Y ahora que tenía a Ellen aún estaba más desesperado que antes. Sabía que ella le había seguido por amor, sin haber calculado cuidadosamente las consecuencias. Sobre todo no tenía una idea clara de lo difícil que podría resultar para Tom el encontrar trabajo. En realidad no se había encarado con la posibilidad de que acaso no sobrevivirían a aquel invierno, y Tom se había guardado de desilusionarla porque quería que se quedara con él. Pero en definitiva era posible que una mujer antepusiera su hijo a todo lo demás, y Tom albergaba de continuo el temor de que Ellen le dejara.

Habían estado juntos una semana, siete días de desesperación y siete noches de gozo. Tom se despertaba todas las mañanas sintiéndose feliz y optimista. A medida que avanzaba el día empezaba a tener hambre, los niños se cansaban, y Ellen empezaba a mostrarse taciturna. Algunos días comían, como cuando se encontraron al monje con el queso, y otros masticaban tiras de venado secado al sol de las reservas de Ellen. Era como comer piel de ciervo, pero era mejor que nada. Y cuando oscurecía se tumbaban, sintiéndose fríos y desgraciados, apretándose unos contra otros para darse calor. Luego, al cabo de un rato, ellos empezaban a acariciarse y a besarse. Al principio Tom quería penetrarla de inmediato, pero ella se le negaba cariñosamente. Quería muchos más besos y caricias. Tom lo hizo a la manera de ella y quedó encantado. Exploraba audazmente su cuerpo, acariciándola en partes donde jamás tocara a Agnes, en las axilas y las orejas y en el hueco de sus nalgas. Algunas noches reían juntos con las cabezas debajo de sus capas. En otras ocasiones se mostraban muy cariñosos. Cierta noche en que se encontraban solos en la casa de invitados de un monasterio y los niños dormían muertos de cansancio, ella se mostró dominante e insistente,

ordenándole que le hiciera cosas, enseñándole a excitarla con sus dedos, y él obedecía sintiéndose aturdido y al tiempo que enormemente excitado por el impudor de ella. Cuando todo terminaba solían caer en un sueño profundo e inquieto en el que el amor arrastraba todo el temor y la ira del día.

Era mediodía. Tom pensó que William Hamleigh ya debía estar muy lejos, así que decidió que se detuvieran a descansar. No tenían más comida que el venado desecado. Pero aquella mañana habían pedido algo de pan en una granja solitaria y la mujer les había dado un poco de cerveza en una botella sin tapón, diciéndoles que se quedaran con la botella. Ellen había guardado parte de la cerveza para la comida.

Tom se sentó sobre el borde de un inmenso tocón y Ellen lo hizo junto a él. Bebió un largo trago de cerveza pasándole luego la botella.

—¿Quieres también algo de carne? —le preguntó.

Tom negó con la cabeza y bebió un poco de cerveza. La hubiera apurado gustoso pero dejó algo para los niños.

—Economiza la carne —dijo a Ellen—. Tal vez nos den de cenar en el castillo.

Alfred se llevó la botella a la boca y la apuró. Jack se quedó alicaído y Martha se echó a llorar. Alfred esbozó una extraña sonrisa. Ellen miró a Tom.

—No deberías haber permitido que Alfred se saliera con la suya —dijo.

—Es más grande que ellos, necesita más —repuso Tom encogiéndose de hombros.

—En cualquier caso siempre se lleva la mayor parte. Los pequeños tienen que recibir algo.

—Es una pérdida de tiempo mezclarse en las riñas entre chiquillos —dijo Tom.

El tono de voz de Ellen se hizo duro.

—¿Quieres decir que Alfred puede amedrentar a los más pequeños cuanto quiera sin que tú hagas nada por evitarlo?

—No los amedrenta —dijo Tom—. Los niños siempre se pelean.

Ellen sacudió la cabeza en actitud desconcertada.

—No te entiendo. En general eres un hombre comprensivo, pero en lo que se refiere a Alfred estás completamente ciego.

Tom pensó que Ellen exageraba, pero no quería disgustarla.

—Dales entonces a los pequeños algo de carne —dijo.

Ellen abrió su bolsa. Al parecer seguía enfadada. Cortó una tira de venado seco para Martha y otra para Jack. Alfred alargó la mano para que le diera a su vez, pero Ellen no le hizo el menor caso. Tom pensó que debería haberle dado un poco. No había nada malo en Alfred, solo que Ellen no le entendía. Era un muchacho grande, se dijo orgulloso Tom, con un gran

apetito y un genio vivo, y si eso fuera pecado entonces la mitad de los adolescentes del mundo estarían condenados.

Descansaron un rato y luego se pusieron de nuevo en camino. Jack y Martha iban delante, masticando todavía la carne correosa. Los dos pequeños se llevaban bien a pesar de la diferencia de edad, Martha tenía seis años y Jack probablemente once o doce. Pero a Martha, Jack le parecía absolutamente fascinante y Jack parecía disfrutar con la nueva experiencia de tener a otro niño con quien jugar. Era una pena que a Alfred no le gustara Jack. Y ello sorprendía a Tom. Hubiera creído que Jack, que todavía no se había hecho hombre, no merecería el desdén de Alfred, pero no era así. Claro que Alfred era el más fuerte, pero el pequeño Jack era más listo.

Tom se negó a preocuparse por aquello. Sólo eran muchachos. Tenía demasiadas cosas en la cabeza para perder el tiempo inquietándose por peleas de chiquillos. A veces se preguntaba en su fuero interno si alguna vez volvería a trabajar. Tal vez fuera trampeando por los caminos día tras día, hasta que fueran muriendo uno tras otro.

Uno de los niños encontrado muerto una mañana helada, otro demasiado débil para luchar contra la fiebre, Ellen violada y muerta por uno de esos desalmados de paso como William Hamleigh, y el propio Tom enflaqueciendo más y más hasta que un día por la mañana estuviera demasiado débil para levantarse y yaciera en el foso hasta quedar inconsciente

Naturalmente, Ellen le dejaría antes de que eso llegara a suceder; volvería a su cueva donde todavía tendría un barril de manzanas y un saco de nueces, suficientes para mantener con vida a dos personas hasta la primavera, pero no lo bastante para cinco. A Tom se le rompería el corazón si ella llegara a hacerlo.

Se preguntó cómo estaría el bebé. Los monjes le habían bautizado con el nombre de Jonathan. A Tom le gustaba el nombre. Significaba regalo de Dios, según les había dicho el monje del queso. Tom se imaginaba al pequeño Jonathan encarnado, arrugado y sin pelo, tal como lo había visto al nacer. Ahora sería diferente. Una semana era mucho tiempo para un recién nacido. Ya sería más grande y tendría los ojos más abiertos. Ya no se mantendría indiferente al mundo que le rodeaba. Un fuerte ruido le haría sobresaltarse y una nana le tranquilizaría. Cuando quisiera eructar se le contraerían las comisuras de la boca. Los monjes probablemente no sabrían que era aire y pensarían que estaba sonriendo. Tom esperaba que le cuidaran bien. El monje del queso le había dado la impresión de que eran hombres solícitos y capaces. De cualquier manera cuidarían mejor del bebé que Tom, que no tenía hogar ni dinero; pensó que si alguna vez llegaba a ser maestro de un

proyecto de construcción verdaderamente importante y ganaba cuatro chelines a la semana, más regalías, daría dinero al monasterio.

Salieron del bosque y poco después divisaron el castillo. Tom sintió que se le levantaba el ánimo, pero contuvo con denuedo su entusiasmo. Durante meses había sufrido decepciones y había aprendido que cuanto más esperanzador era el comienzo, tanto más penoso era el rechazo al final.

Se acercaron al castillo por un sendero entre campos yermos. Martha y Jack se encontraron con un pájaro herido y se detuvieron a mirarlo. Era un chochin tan pequeño que bien pudo pasar inadvertido. Martha estuvo a punto de pisarlo y el pajarillo saltó, incapaz al parecer de volar. La niña lo vio y lo cogió, cobijando al diminuto animal en el hueco de las manos.

—Está temblando —dijo— Puedo sentirlo. Debe de estar asustado.

El pájaro no volvió a hacer ningún intento de escapar sino que se quedó muy quieto entre las manos de Martha, recorriendo con sus brillantes ojos a la gente que le rodeaba.

—Creo que tiene una ala rota —dijo Jack.

—Déjame ver —dijo Alfred y le cogió el pájaro.

—Podemos cuidarle —dijo Martha— A lo mejor se pondrá bien.

—No, no se pondrá bien —dijo Alfred. Y con un rápido movimiento de sus grandes manos le retorció el cuello.

—¡Dios mío! —exclamó Ellen y se echó a llorar por segunda vez aquel día. Alfred se puso a reír y dejó caer al pájaro.

—Está muerto —dijo Jack, recogiéndolo.

—¿Qué te pasa, Alfred? —le preguntó Ellen.

—No le pasa nada. El pájaro iba a morir —dijo Tom.

Reanudó la marcha y los demás le siguieron. Ellen volvía a estar enfadada con Alfred y ello irritaba a Tom. ¿Por qué organizar un jaleo por aquel condenado chochin? Tom recordaba como era él a los catorce años. Un muchacho con cuerpo de hombre. La vida era así.

Ellen había dicho: *Cuando se trata de Alfred estás sencillamente ciego*, pero es que ella no comprendía.

El puente de madera que atravesaba el foso hasta la garita del centinela junto a la puerta era endeble y desvencijado, pero posiblemente así lo quería el conde. Un puente era un medio de acceso para los atacantes y cuanto más proclive estuviera a caerse, más seguro estaba el castillo. Las murallas del perímetro eran de tierra con torres en piedra a intervalos. Delante de ellos, una vez cruzado el puente, había una casa de los centinelas consistente en dos torres de piedra unidas por un pasaje; *aquí hay mucho trabajo en piedra,* se dijo Tom, *no como uno de esos castillos que son todos de barro y madera. Tal vez mañana pueda estar trabajando*; recordó el tacto de las buenas

herramientas en sus manos, la raedura del escoplo sobre un bloque de piedra, afinando las esquinas y suavizando las superficies, con la seca sensación del polvo en la nariz mañana por la noche; *puede que tenga el estómago lleno, con comida que me haya ganado sin mendigar*.

Al acercarse más observó con su avezada mirada de albañil que las almenas de la casa de las torres de la entrada estaban en pésimas condiciones. Algunas de las grandes piedras habían caído dejando en algunas partes el parapeto casi a nivel; también había piedras sueltas en el arco de la puerta.

En la puerta había dos centinelas y ambos estaban en posición de alerta. Acaso esperaban algún conflicto. Uno de ellos preguntó a Tom qué le llevaba por allí.

—Soy cantero, y espero que me contraten para trabajar en la cantera del conde —contestó.

—Busca al mayordomo del conde —le dijo el centinela amablemente— Se llama Matthew. Lo encontrarás probablemente en el gran salón.

—Gracias —dijo Tom— ¿Qué clase de hombre es?

El guardia hizo una mueca a su compañero.

—En verdad no puede decirse que sea muy hombre —dijo, y ambos se echaron a reír

Tom pensó que pronto averiguaría lo que querían decir. Entró con Ellen y los chicos a la zaga. Los edificios en el interior de la muralla eran en su mayoría de madera, aunque algunos estuvieran asentados sobre rodapiés de piedra, y había uno construido todo de piedra y que no debía de ser la capilla. Mientras cruzaban por el interior del recinto, Tom observó que las torres alrededor de todo el perímetro estaban sueltas y las almenas en malas condiciones. Cruzaron el segundo foso en dirección al círculo superior y se detuvieron ante una segunda casa de vigilancia. Tom dijo al guarda que buscaba a Matthew Steward. Todos entraron en el recinto superior y se acercaron a la torre del homenaje, cuadrada y de piedra. La puerta de madera a nivel del suelo daba evidentemente a la planta baja. Subieron los peldaños de madera hasta el salón.

Tan pronto como entraron, Tom vio al mayordomo y al conde. Sabía quiénes eran por sus ropajes. El conde Bartholomew vestía una túnica larga con puños acampanados en las mangas y bordados en el orillo. La túnica de Matthew Steward era corta, del mismo estilo que la que llevaba Tom, pero de un tejido más suave, y se tocaba con una pequeña gorra redonda. Se encontraban junto a la chimenea; el Conde sentado y el mayordomo de pie. Tom se acercó a los dos hombres, manteniéndose fuera del alcance de su conversación, esperando que se dieran cuenta de su presencia. El conde

Bartholomew era un hombre alto, de unos cincuenta años, con el pelo blanco y un rostro enjuto, pálido y altivo. No tenía el aspecto de un hombre de espíritu generoso. El mayordomo era más joven. Mantenía una postura que recordó a Tom la observación del centinela. Parecía femenina; Tom no estaba seguro de cómo catalogarle.

En el salón también se encontraban algunas personas, pero ninguna prestó atención a Tom. Él aguardaba sintiéndose a ratos esperanzado y a ratos temeroso. La conversación del conde con su mayordomo parecía eternizarse. Al fin terminó y el mayordomo se apartó después de hacer una inclinación. Fue entonces cuando Tom se adelantó con el corazón en la boca.

—¿Eres Matthew? —preguntó.

—Sí.

—Me llamo Tom. Soy maestro albañil y un buen artesano. Mis hijos están hambrientos. He oído decir que tenéis una cantera. —Contuvo el aliento.

—Tenemos una cantera pero no creo que necesitemos más canteros —dijo Matthew. Volvió la cabeza para mirar al conde quien sacudió negativamente la cabeza de manera imperceptible—. No —dijo Matthew—. No podemos contratarte.

Fue la rapidez de aquella decisión lo que hirió a Tom. Si la gente adoptaba una actitud solemne y reflexionaba profundamente sobre ello dándole finalmente una pesarosa negativa, le resultaba más fácil soportarlo. Tom pudo darse cuenta de que Matthew no era un hombre cruel, pero estaba muy ocupado y él y su hambrienta familia eran tan sólo otra cuestión que debía resolver al momento.

—Puedo hacer algunas reparaciones aquí, en el castillo.

—Tenemos un trabajador que se ocupa de todos esos trabajos —dijo Matthew.

Era el tipo de trabajador aprendiz de todo y maestro de nada, por lo general adiestrado en carpintería.

—Yo soy albañil —dijo Tom—. Mis muros son sólidos.

Matthew estaba irritado por discutir con él y pareció a punto de decir algo desagradable. Pero miró a los niños y su expresión se suavizó de nuevo.

—Me gustaría darte trabajo, pero no te necesitamos.

Tom hizo un gesto de aquiescencia. Ahora debería aceptar humildemente lo que el mayordomo había dicho y adoptar una expresión lastimera suplicando que les dieran de comer y un sitio para dormir una noche. Pero Ellen estaba con él y Tom temía que se fuera, así que lo intentó de nuevo.

—Tan sólo espero que no tengan en puertas una batalla —dijo con voz lo bastante fuerte para que el conde le oyera.

El efecto fue mucho más rotundo de lo que él esperara. Matthew pareció sobresaltarse y el conde se puso en pie.

—¿Por qué dices eso? —preguntó tajante.

—Porque vuestras defensas están en pésimas condiciones —repuso él.

—¿En qué sentido? —preguntó el conde—. ¡Explícate!

Tom respiró hondo. El conde estaba irritado aunque atento. Tom no encontraría otra ocasión como aquella.

—La argamasa en los muros de la casa de la guardia se ha desprendido en algunos sitios. Así que queda una abertura para una palanca. Un enemigo puede desprender fácilmente una o dos piedras y cuando haya un agujero resultará fácil derribar el muro. Además tienen desperfectos —siguió diciendo presuroso casi sin respirar, antes de que alguien pudiera hacer un comentario o poner sus palabras en tela de juicio—. En algunos sitios están a nivel. Ello deja a sus arqueros y caballeros desprotegidos de...

—Sé perfectamente para qué sirven las almenas —le interrumpió el conde malhumorado—. ¿Algo más?.

—Sí. La torre del homenaje tiene una planta baja con una puerta de madera. Si yo me dispusiera a atacar la torre del homenaje atravesaría esa puerta y prendería fuego a los almacenes.

—Y si tú fueras el conde, ¿cómo evitarías eso?

—Tendría preparado un montón de piedras debidamente modeladas y abundante cantidad de arena y cal para argamasa y un albañil dispuesto a bloquear la entrada en momentos de peligro.

El conde Bartholomew miraba fijamente a Tom. Tenía entornados los ojos azul claro y fruncida la blanca frente. ¿Estaba furioso con Tom por su crítica de las defensas del castillo? Nunca se sabe cómo un señor puede reaccionar ante las críticas. En cualquier caso lo mejor era dejarles que cometieran sus propios errores. Pero Tom era un hombre desesperado.

Finalmente el conde pareció llegar a una conclusión.

—Contrata a este hombre —dijo volviéndose hacia Matthew.

Un grito de júbilo pugnó por salir de la garganta de Tom, que hubo de contenerlo con esfuerzo. Apenas podía creerlo. Miró a Ellen y ambos sonrieron felices.

—¡Hurra! —gritó Martha que no padecía de las inhibiciones de los adultos.

El conde Bartholomew dio media vuelta y se dirigió a un caballero que se encontraba cerca. Matthew sonrió a Tom.

—¿Habéis comido hoy? —le preguntó.

Tom tragó saliva. Se sentía tan feliz que casi se le saltaban las lágrimas.

—No, no hemos comido.

—Os llevaré a la cocina.

Siguieron ansiosos al mayordomo que atravesó el salón y cruzó el puente hasta el recinto inferior. La cocina era un gran edificio de madera con rodapié de piedra. Matthew les dijo que esperaran fuera. Había un delicioso aroma en el aire; debían estar haciendo pastas. Tom sintió el ruido que le hacían las tripas y la boca se le hizo agua hasta el punto de que casi le dolía. Al cabo de un momento Matthew salió con una gran jarra de cerveza y se la dio a Tom.

—Dentro de un momento os traerán pan y bacón frío —dijo, alejándose seguidamente.

Tom bebió un sorbo de cerveza y le pasó la jarra a Ellen. Ella dio un poco a Martha y luego se la pasó a Jack. Alfred trató de agarrarla antes de que Jack pudiera beber, pero éste dio media vuelta manteniendo la jarra fuera del alcance de Alfred. Tom no quería otra riña entre los niños, sobre todo cuando al final parecía que las cosas iban bien. Estaba a punto de intervenir, quebrantando así su propia regla de no interferir en las peleas infantiles, cuando Jack se volvió de nuevo y entregó sumiso la jarra a Alfred.

Alfred se la llevó a la boca y empezó a beber. Tom sólo había tomado un sorbo, pensando que la jarra llegaría de nuevo a él después de que todos hubieran bebido, pero Alfred parecía dispuesto a apurarla. Mientras empinaba la jarra para beber hasta la última gota, algo parecido a un pequeño animal le cayó en la cara. Alfred lanzó un grito asustado y dejó caer la jarra. Se quitó de la cara aquella cosa emplumada y retrocedió de un salto.

—¿Qué es esto? —chilló. Aquella cosa cayó al suelo. Se la quedó mirando, lívido y temblando de asco. Todos la miraron. Era el chochin muerto.

Tom se encontró con la mirada de Ellen y ambos la dirigieron a Jack. Éste había cogido la jarra que le había dado Ellen y por un instante se había vuelto de espaldas, como intentando evitar a Alfred. Seguidamente había entregado la jarra a éste con evidente buena voluntad...

En aquellos momentos permanecía en pie quieto, mirando al horrorizado Alfred con una leve sonrisa satisfecha en su inteligente y juvenil rostro aunque de expresión madura. Jack sabía que le harían pagar aquello. Como quiera que fuese, Alfred se tomaría venganza. Cuando los demás no le vieran, Alfred tal vez le daría un puñetazo en el estómago. Ése era su golpe favorito, porque eran de los que más dolían, sin dejar señales. Jack había visto varias veces cómo se lo hacía a Martha.

Pero merecía la pena un puñetazo en el estómago sólo por ver reflejados en la cara de Alfred el sobresalto y el miedo al caerle de la cerveza el pájaro muerto.

Alfred aborrecía a Jack, y eso constituía una nueva experiencia para él. Su madre siempre le había querido y los demás no albergaban sentimiento alguno hacia él. No existía un motivo aparente para la hostilidad de Alfred. Parecía tener el mismo sentimiento que con respecto a Martha. Siempre estaba pellizcándola, tirándole del pelo y poniéndole la zancadilla, y aprovechaba cualquier oportunidad para estropear algo a lo que ella tuviera cariño. La madre de Jack se daba cuenta de lo que ocurría y lo encontraba aborrecible, pero el padre de Alfred parecía pensar que todo estaba bien aunque fuera un hombre afectuoso y quisiera mucho a Martha. Todo aquello resultaba desconcertante sin dejar de ser fascinante.

Todo era fascinante. Jack nunca había pasado una época tan excitante en toda su vida. A pesar de Alfred, a pesar de estar hambriento casi todo el tiempo, a pesar de estar dolido porque su madre prestaba más atención a Tom que a él, Jack estaba hechizado ante la constante sucesión de hechos extraños y de nuevas experiencias.

Había oído hablar de castillos. Durante los largos atardeceres de invierno en el bosque, su madre le había enseñado a recitar chansons, poemas narrativos en francés sobre caballeros y magos, casi todos de millares de líneas. Y en esas historias los castillos aparecían como lugares de refugio y novelescos. Al no haber visto jamás un castillo, se imaginaba que sería una versión algo más grande que la cueva en que vivía. El verdadero castillo resultaba asombroso. Era tan grande, con tanta gente, con tantos edificios, todos ellos ocupados... herrando caballos, sacando agua, dando de comer a las gallinas, cociendo pan y llevando cosas de un lado a otro, siempre llevando cosas, paja para los suelos, leña para los hogares, sacos de harina, fardos de tela, armas, sillas de montar y cotas de malla. Tom le había dicho que el foso y la muralla no formaban parte natural del paisaje, sino que en realidad los habían cavado y construido docenas de hombres trabajando juntos. Jack no desconfiaba de la palabra de Tom, pero le resultaba imposible imaginar cómo pudieron hacerlo.

Al anochecer, cuando se hizo demasiado oscuro para trabajar, toda aquella gente afanosa convergió en el gran salón de la torre del homenaje. Se encendieron velas de junco, se alimentó el fuego de las hogueras y todos los perros acudieron para resguardarse del frío. Algunos hombres y mujeres cogieron tablas y caballetes de un montón apilado en un lado del salón e instalaron mesas formando una T, colocando luego sillas en la cabecera y bancos a cada lado de la parte central. Jack nunca había visto a tantas personas trabajando juntas y quedó asombrado ante lo mucho que disfrutaban. Sonreían y reían mientras levantaban pesadas tablas exclamando ¡*Arriba*! y ¡*Para mí, para mí*!, ¡*Ahora, bajadla con cuidado*!. Jack envidiaba

aquella camaradería y se preguntaba si algún día podría compartirla. Al cabo de un rato todo el mundo se sentó en los bancos. Uno de los sirvientes del castillo fue repartiendo grandes boles y cucharas de madera, contando en voz alta a medida que los entregaba. Luego hizo de nuevo el recorrido poniendo una gruesa rebanada de pan moreno y duro en el fondo de cada bol. Otro de los sirvientes llevó tazas de madera llenándolas de cerveza de una serie de grandes jarros. Jack, Martha y Alfred estaban sentados juntos en la parte final de la T, y cada uno de ellos recibió una taza de cerveza, por lo que no hubo motivo de pelea. Jack cogió su taza y se disponía a beber, pero su madre le dijo que esperara un momento.

Una vez escanciada la cerveza, se hizo el silencio en el salón. Jack esperaba, fascinado como siempre, a ver qué iba a ocurrir. Al cabo de un momento apareció el conde Bartholomew en el rellano de la escalera que bajaba desde su dormitorio. Descendió al salón seguido de Matthew Steward, tres o cuatro hombres bien vestidos, un muchacho y la criatura más bella que Jack jamás había visto.

No estaba seguro de si era una muchacha o una mujer. Iba vestida de blanco y su túnica tenía unas asombrosas mangas acampanadas que se arrastraban por el suelo mientras ella se deslizaba por la escalera. Su pelo era una masa de bucles oscuros enmarcándole la cara y tenía unos ojos oscuros, muy oscuros. Jack comprendió que eso era a lo que se referían las chansons cuando hablaban de una hermosa princesa de un castillo. No era de extrañar que todos los caballeros lloraran cuando la princesa moría.

Cuando hubo bajado la escalera, Jack se dio cuenta de que era muy joven, tan sólo unos años mayor que él, pero mantenía la cabeza erguida y se dirigió a la cabecera de la mesa como una reina. Tomó asiento junto al conde Bartholomew.

—¿Quién es? —susurró Jack.

—Debe ser la hija del conde —repuso Martha.

—¿Cómo se llama?

Martha se encogió de hombros.

—Se llama Aliena —dijo a Jack una muchacha sentada a su lado con la cara sucia—. Es maravillosa.

El conde levantó su copa por Aliena, luego paseó lentamente la mirada alrededor de la mesa y bebió. Fue la señal que todo el mundo estaba esperando. Todos le imitaron, alzando sus copas antes de beber.

La cena fue llevada en calderas inmensas y humeantes. Se sirvió primero al conde, luego a su hija, y después al muchacho y a los hombres que se sentaban con ellos en la cabecera de la mesa. Luego cada uno se fue sirviendo. Era pescado en salazón y un sabroso estofado bien condimentado.

Jack llenó su bol y se lo comió todo, y luego siguió con la rebanada de pan que había en el fondo del bol, bien empapada por la salsa. Entre bocado y bocado contemplaba a Aliena, encandilado por todo cuanto ella hacía, desde la delicada manera que tenía de ensartar trocitos de pescado con la punta de su cuchillo y cogerlos delicadamente entre sus blancos dientes hasta la voz autoritaria con que llamaba a los sirvientes y les daba órdenes.

Todos parecían quererla. Acudían rápidamente cuando ella llamaba, sonreían cuando les hablaba y corrían presurosos a cumplir sus deseos. Jack observó que los jóvenes sentados a la mesa la miraban mucho y que algunos se pavoneaban cuando creían que miraba en su dirección. Pero ella parecía preocupada sobre todo de los hombres mayores sentados con su padre, asegurándose de que tuvieran pan y vino suficiente, haciéndoles preguntas y escuchando atenta sus respuestas. Jack se preguntaba cómo sería el que una bella princesa te hablara y luego te mirara con esos inmensos ojos oscuros mientras uno contestaba.

Después de la cena hubo música. Dos hombres y una mujer tocaron canciones con esquilas de ovejas, un tambor y gaitas hechas con huesos de animales y aves. El conde cerró los ojos y pareció sumido en la música, pero a Jack no le gustaron las canciones obsesivas y melancólicas que tocaban. Hubiera preferido las canciones alegres que cantaba su madre. La gente que estaba en el salón parecía pensar lo mismo porque todos se movían y agitaban, y cuando la música terminó se produjo una sensación general de alivio.

Jack había esperado ver más de cerca a Aliena, pero ante su decepción ésta salió del salón una vez hubo terminado la música y subió la escalera Pensó que debía tener su propio dormitorio en el piso superior

Los niños y algunos mayores jugaron al ajedrez o a las tablas reales para pasar la velada, y los más laboriosos hacían cinturones, gorras calcetines, guantes, boles, silbatos, dados, palas y látigos. Jack jugó varias partidas de ajedrez y las ganó todas. Pero un hombre de armas se enfadó de que le ganara un niño, y entonces la madre de Jack le dijo que dejara de jugar; empezó a vagar por el salón escuchando las diferentes conversaciones. Descubrió que algunas personas hablaban con mucho sentido sobre los campos o los animales, o sobre obispos y reyes, mientras que otras sólo bromeaban, fanfarroneaban y contaban historias divertidas. Todas le parecieron fascinantes. Finalmente se consumieron las velas de junco, el conde se retiró y las otras sesenta o setenta personas se envolvieron bien en sus capas y se dispusieron a dormir sobre el suelo cubierto de paja.

Como de costumbre, su madre y Tom yacían juntos bajo la gran capa de éste y ella le abrazaba como hacía con Jack cuando era pequeño. Les

observaba con envidia, podía oírles cuchichear y a su madre reír en tono bajo e íntimo. Al cabo de un rato sus cuerpos empezaban a moverse rítmicamente bajo la capa. La primera vez que les vio hacer aquello, Jack se sintió terriblemente preocupado, pensando que aquello debía doler. Pero se besaban mientras lo hacían aunque a veces su madre gimiera, pero se dio cuenta de que eran gemidos de placer. Se sentía reacio a preguntar a su madre sobre aquello, aunque sin saber bien por qué. Sin embargo en aquellos momentos en que los fuegos ardían más bajos vio a otra pareja que hacía lo mismo, y llegó a la conclusión de que debía ser algo normal. No era más que otro misterio, se dijo, y poco después se quedó dormido.

Por la mañana despertaron a los niños muy temprano, pero el desayuno no podía servirse hasta que se hubiera dicho la misa, y la misa no podía decirse hasta que el conde se levantara, de manera que tenían que esperar. Un sirviente madrugador les ordenó que recogieran leña para todo el día. Los adultos empezaron a despertarse con el aire frío de la mañana que entraba por la puerta. Cuando los niños hubieron terminado de recoger leña suficiente, se encontraron con Aliena.

Bajaba las escaleras como había hecho la noche anterior, pero tenía un aspecto muy diferente. Llevaba recogidos detrás sus abundantes bucles con una cinta, descubriendo la línea armoniosa de su mandíbula, las orejas pequeñas y el cuello blanco. Sus inmensos ojos oscuros, que la noche anterior parecieran graves y de mirada adulta, en aquellos momentos chispeaban divertidos y sonreía. La seguía el muchacho que la noche anterior se había sentado con ella y el conde a la cabecera de la mesa; parecía uno o dos años mayor que Jack, pero no estaba tan desarrollado como Alfred. Miró con curiosidad a Jack, Martha y Alfred, pero fue ella quien habló.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

Fue Alfred quien contestó

—Mi padre es el cantero que va a hacer las reparaciones en el castillo. Yo soy Alfred. Mi hermana se llama Martha y éste es Jack.

Cuando ella se acercó más, Jack se dio cuenta de que olía a espliego, lo que le dejó desconcertado. ¿Cómo podía una persona oler a flores?

—¿Qué edad tienes? —preguntó a Alfred.

—Catorce años —Jack se dio cuenta de que también Alfred estaba enormemente impresionado. Al cabo de un momento éste preguntó a bocajarro.

—Y tú, ¿qué edad tienes?

—Quince años. ¿Queréis algo de comer?

—Sí.

—Venid conmigo.

Todos salieron del salón detrás de ella, y bajaron los escalones.

—Pero es que no sirven el desayuno antes de la misa...

—Hacen lo que yo les digo —repuso Aliena con un movimiento altivo de cabeza.

Les condujo a través del puente hasta el recinto inferior y entró en la cocina, después de decirles que esperaran fuera. Martha dijo a Jack con un susurro:

—¿Verdad que es bonita?

Él asintió en silencio. Al cabo de unos momentos salió Aliena con una jarra de cerveza y una hogaza de pan de trigo. Dividió el pan en pedazos repartiéndolos entre ellos y luego pasó la jarra en derredor.

—¿Dónde está vuestra madre? —preguntó Martha tímidamente al cabo de un rato.

—Mi madre ha muerto —contestó Aliena rápidamente.

—¿No estás triste? —preguntó de nuevo Martha.

—Lo estuve, pero eso fue hace ya mucho tiempo —Con un movimiento de cabeza indicó al muchacho que estaba junto a ella— Richard ni siquiera puede recordarla.

Jack llegó a la conclusión de que Richard debía ser su hermano.

—Mi madre también ha muerto —dijo Martha, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Cuándo murió? —preguntó Aliena.

—La semana pasada.

Jack se dio cuenta de que Aliena no parecía demasiado impresionada por las lágrimas de Martha. A menos que se mostrase insensible para disimular su pena.

—¿Quién es entonces esa mujer que va con vosotros? —preguntó bravamente Aliena.

—Es mi madre —intervino Jack. Estaba impaciente de poder decirle algo.

Aliena se volvió hacia él como si le viera por vez primera.

—¿Y dónde está tu padre?

—No tengo —dijo. Le excitaba el simple hecho de que ella le mirara.

—¿También ha muerto?

—No —dijo Jack—. Nunca he tenido padre.

Quedó por un momento el silencio y luego Aliena, Richard y Alfred se echaron a reír. Jack se quedó asombrado y les miró confundido. Pero a medida que aumentaba la risa empezó a sentirse mortificado ¿Qué había de divertido en que nunca hubiera tenido padre? Incluso Martha sonreía olvidadas ya sus lágrimas.

—Entonces, si no tienes padre ¿de dónde has venido? —le preguntó Alfred con tono de mofa.

—De mi madre, todos los niños vienen de sus madres —dijo Jack perplejo—. ¿Qué tienen que ver los padres con eso?

Arreciaron las risas; Richard daba saltos muerto de risa señalando con dedo burlón a Jack.

—No sabe una palabra de nada; lo encontramos en el bosque —dijo Alfred a Aliena.

A Jack le ardían las mejillas de vergüenza. Se había sentido tan feliz de estar hablando con Aliena y ahora ella le creía un completo estúpido, un ignorante del bosque. Y lo peor de todo era que aún no sabía qué había dicho de malo; sentía necesidad de llorar, lo que todavía empeoraba las cosas. El pan se le atragantó y le fue imposible tragar. Miró a Aliena, animada su bonita cara por una sonrisa divertida y no pudo soportarlo. Arrojó el pan al suelo y se alejó. Sin importarle a dónde iba, caminó hasta llegar al terraplén de la muralla del castillo, y subió por la empinada cuesta hacia arriba. Allí se sentó sobre la tierra fría con la mirada perdida en la lejanía sintiendo lástima de sí mismo y aborrecimiento hacia Alfred y Richard, e incluso hacia Martha y Aliena. Llegó a la conclusión de que las princesas no tenían corazón.

Sonó la campana llamando a misa. Los oficios divinos eran también un misterio para él. Los sacerdotes, en una lengua que no era la inglesa ni la francesa, cantaban y hablaban a esculturas, pinturas e incluso a seres completamente invisibles. La madre de Jack evitaba asistir a los oficios siempre que podía. Mientras los habitantes del castillo se dirigían a la capilla, Jack se escabulló por la parte superior de la muralla y se sentó lejos de la vista en la parte más alejada.

El castillo estaba rodeado de campos llanos y yermos con bosques a lo lejos. Dos visitantes madrugadores estaban atravesando el nivel inferior en dirección al castillo. El cielo aparecía cubierto por una inmensa nube, baja y grisácea. Jack se preguntó si no iría a nevar.

Ante Jack aparecieron otros dos visitantes madrugadores. Éstos iban a caballo. Cabalgaron rápidos hacia el castillo, dejando rezagada a la primera pareja. Atravesaron el puente de madera en dirección a la casa de guardia. Los cuatro visitantes habrían de esperar hasta que terminara la misa antes de poder ocuparse de los asuntos que les habían llevado hasta allí, cualquiera que fuese su naturaleza, porque todo el mundo asistía a los oficios divinos, salvo los centinelas de guardia.

De repente, le sobresaltó una voz junto a él.

—Así que estás aquí —Era su madre, se volvió hacia ella, que inmediatamente se dio cuenta de que algo le había alterado—. ¿Qué pasa?

Quería que ella le consolara, pero endureció el ánimo.

—¿He tenido alguna vez un padre? —preguntó.

—Sí —repuso Ellen— Todo el mundo tiene padre.

Se arrodilló junto a él.

Jack volvió la cara. Era ella quien tenía la culpa de la humillación que había sufrido por no haberle hablado de su padre.

—¿Qué fue de él?

—Murió.

—¿Cuando yo era pequeño?

—Antes de que nacieras.

—¿Cómo pudo ser mi padre si murió antes de que yo naciera?

—Los bebés nacen de una semilla. Esa semilla sale de la polla de un hombre que la planta en el coño de una mujer. La semilla crece en su vientre hasta convertirse en un bebé, y cuando ya está preparado sale.

Jack permaneció callado un momento, digiriendo aquella información. Sospechó que aquello estaba relacionado con lo que hacían por la noche.

—¿Va a plantar Tom una semilla en ti? —preguntó

—Tal vez.

—Entonces tendrás un nuevo bebé.

Ella asintió.

—Un hermano para ti. ¿No te gustaría?

—No me importa —dijo él—. Tom ya te ha alejado de mí. Un hermano no será diferente.

Ellen le pasó un brazo por los hombros abrazándole.

—Nadie me alejará jamás de ti —dijo Ellen.

Aquello le hizo sentirse algo mejor.

Permanecieron un rato sentados allí.

—Aquí hace frío. Entremos a sentarnos junto al fuego hasta la hora del desayuno —dijo Ellen finalmente.

Jack asintió. Volvieron por la muralla del castillo y bajaron corriendo el terraplén hasta el recinto. No había rastro de los cuatro visitantes. Tal vez hubieran entrado en la capilla.

—¿Cómo se llamaba mi padre? —preguntó Jack mientras atravesaba con su madre el puente que conducía al recinto superior.

—Jack, igual que tú —dijo ella—. Le llamaban Jack Shareburg.

—De manera que si hay otro Jack puedo decir a la gente que soy Jack Jackson (Jack, hijo de Jack).

—Claro que puedes decirlo. La gente no siempre te llamará como tú quieras, pero puedes intentarlo.

Jack asintió. Se sentía mejor. Pensaría en sí mismo como Jack Jackson. Ahora ya no estaba avergonzado. Al menos, estaba enterado de lo de los padres y también sabía el nombre del suyo. Jack Shareburg.

Llegaron a la casa de los centinelas del recinto superior. No había nadie. La madre de Jack se detuvo con el ceño fruncido.

—Tengo la extraña sensación de que está pasando algo extraño —dijo. El tono de su voz era tranquilo y natural, pero había un atisbo de miedo que dejó frío a Jack, que tuvo la premonición de un desastre.

Su madre entró en la pequeña garita en la base de la casa de guardia. Un momento después oyó su exclamación entrecortada.

Entró detrás de ella. Se la veía terriblemente sobresaltada, con la mano en la boca y mirando al suelo.

El centinela yacía boca arriba, con los brazos caídos a los costados. Tenía un tajo en la garganta, había un charco de sangre en el suelo, junto a él, y ni que decir tiene que estaba muerto.

3

William Hamleigh y su padre se pusieron en marcha en plena noche, con casi un centenar de caballeros y hombres de armas a caballo, y madre en la retaguardia. Aquel ejército alumbrado con antorchas, las caras prácticamente ocultas contra el helado aire nocturno, debió aterrar a los habitantes de las aldeas que atravesaron con gran estruendo de camino hacia Earlcastle. Llegaron a la bifurcación cuando todavía era noche cerrada. A partir de allí llevaron sus caballos al paso para darles un descanso y apagar lo más posible el ruido.

Cuando ya empezaba a romper el alba se ocultaron en los bosques, detrás de los campos que se extendían delante del castillo del conde Bartholomew.

En realidad William no había contado el número de hombres de armas que había visto en el castillo, omisión por la que madre le había vituperado despiadadamente aunque tal como intentó disculparse él, muchos de los hombres que había visto estaban esperando a ser enviados con mensajes y era posible que hubieran llegado otros después de la partida de William, por lo que un recuento hubiera resultado inútil. Pero mejor un recuento que nada, alegó padre. No obstante calculó que había visto a unos cuarenta hombres. De manera que si no había habido grandes cambios en las pocas horas transcurridas, los Hamleigh tendrían una ventaja superior a dos por uno.

Ya se encontraban lo bastante cerca para un asedio al castillo. Sin embargo habían concebido un plan para tomarlo sin necesidad de asediarlo.

El problema residía en que el ejército atacante sería visto desde las atalayas y el castillo quedaría cerrado mucho antes de que ellos llegaran. Lo que interesaba era encontrar una manera de que el castillo se mantuviera abierto durante el tiempo que necesitara el ejército para llegar hasta él desde el lugar donde se ocultaban en los bosques.

Como era de rigor, fue madre quien solucionó el problema.

—Necesitamos algo que les mantenga ocupados —dijo rascándose un divieso en la barbilla—. Algo que siembre el pánico entre ellos de manera que no descubran a nuestras fuerzas hasta que sea demasiado tarde. Por ejemplo, un fuego.

—Si llega un forastero y prende fuego les alertará de todas maneras —dijo padre.

—Puede hacerse con sigilo, sin que nadie se entere —dijo William.

—Claro que puede hacerse —dijo madre impaciente—. Habrás de hacerlo mientras están en misa.

—¿Yo? —exclamó William.

Había sido designado para encabezar la avanzadilla.

El cielo matinal iba aclarándose con tremenda lentitud. William estaba nervioso e impaciente. Durante la noche él, madre y padre habían ido mejorando la idea básica, pero todavía había muchas cosas que podían salir mal: que la avanzadilla no pudiera introducirse en el castillo por alguna razón, o que les vigilaran con recelo impidiéndoles actuar bajo mano. O también podían pillarles antes de que hubieran logrado algo. Incluso si el plan daba resultado, siempre habría que luchar y sería la primera batalla real en la que interviniera William. Habría hombres heridos y muertos y William podía ser uno de los desafortunados. Sintió un hormigueo de miedo en el estómago.

Aliena estaría allí y sabría si eran derrotados. Pero también podría llegar a ver su triunfo. Se imaginaba irrumpiendo en el dormitorio de ella blandiendo una espada ensangrentada. Entonces desearía no haberse reído de él.

Desde el castillo les llegó el toque de campana llamando a misa.

William hizo un ademán con la cabeza y dos hombres salieron del grupo y empezaron a caminar a través de los campos en dirección al castillo. Eran Raymond y Rannulf, dos hombres musculosos, de rostro duro, algunos años mayores que William, quien los había elegido personalmente. Su padre dirigía el asalto decisivo.

William siguió con la mirada a Raymond y Rannulf, que atravesaban los campos cubiertos de escarcha. Antes de que llegaran al castillo, William miró a Walter y espoleó a su caballo. Ambos atravesaron los campos al trote. Los

centinelas en las almenas verían a dos parejas de hombres, unos a pie y los otros a caballo, acercándose al castillo, cada uno por su lado, a primera hora de la mañana. Era algo natural.

La sincronización de William era buena. A unas cien yardas del castillo él y Walter dejaron atrás a Raymond y Rannulf. Al llegar al puente desmontaron. William sintió que el corazón se le subía a la garganta. Si fracasaba en aquello, todo el ataque se vendría abajo. En la puerta había dos centinelas. William tenía la sospecha de pesadilla de que iban a caer en una emboscada y que una docena de hombres de armas saldrían de estampida de su escondrijo y le destrozarían. Los centinelas parecían estar alerta aunque no inquietos. No llevaban armaduras. William y Walter vestían cotas de malla debajo de sus capas.

William sintió que se le encogía el estómago. No podía tragar. Uno de los centinelas le reconoció.

—Hola, Lord William —dijo jovial—. Vuelve a cortejar ¿eh?

—¡Dios mío! —exclamó William con voz débil, al tiempo que hundía una daga en el vientre del centinela, impulsándola por debajo de la caja torácica hasta el corazón.

El hombre emitió un sonido entrecortado, se desplomó y abrió la boca como si fuera a gritar. Un ruido cualquiera podría arruinarlo todo. Dominado por el pánico, sin saber qué hacer, William arrancó la daga y la metió en la boca abierta del hombre, llevando la hoja hasta la garganta para hacerle callar. De la boca fluyó sangre en lugar de un grito. Los ojos del hombre se cerraron. William sacó la daga al tiempo que el hombre caía al suelo. El caballo de William se había apartado, asustado por todos aquellos movimientos. William le cogió por las riendas y luego miró a Walter, que se había ocupado del otro centinela. Walter había acuchillado a su hombre con mayor eficacia, rebanándole la garganta para que muriera en silencio. *Tengo que recordar eso,* se dijo William, *la próxima vez que haya de silenciar a un hombre.* Luego pensó: *¡Lo he hecho! ¡He matado a un hombre!* Se dio cuenta de que ya no estaba asustado.

Entregó las riendas de su caballo a Walter y subió corriendo la escalera de caracol hasta la torre de la casa de guardia. En el nivel superior había una habitación desde donde girar la rueda para subir el puente levadizo. William descargó su espada sobre la gruesa maroma. Dos golpes bastaron para cortarlo. Tiró por la ventana el cabo suelto que cayó sobre el terraplén y se deslizó suavemente hasta hundirse en el agua sin chapotear apenas. Ahora el puente levadizo no podía levantarse frente a las fuerzas atacantes de padre. Aquél era uno de los detalles que habían madurado durante la noche.

Raymond y Rannulf alcanzaron la casa de guardia en el preciso momento en que William llegaba al pie de la escalera. Su primer trabajo consistía en derribar las inmensas puertas zunchadas de roble que cerraban el arco que iba desde el puente hasta el recinto. Cada uno de ellos empuñó un martillo de madera y un escoplo y empezaron a hacer saltar la argamasa que rodeaba los fuertes goznes de hierro. Los golpes del martillo sobre el escoplo producían un ruido sordo que a William le sonaba terriblemente fuerte.

William arrastró rápidamente los cuerpos de los dos centinelas muertos al interior de la casa de guardia. Al encontrarse todo el mundo en misa existían grandes posibilidades de que no vieran los cuerpos hasta que fuera demasiado tarde.

Cogió las riendas de manos de Walter y ambos salieron de debajo del arco y se dirigieron a través del recinto hacia la cuadra. William forzó sus piernas para que caminaran con un paso normal y sin prisas y miró subrepticiamente a los centinelas en las atalayas. ¿Habría visto alguno de ellos caer la maroma del puente levadizo en el foso? ¿Se estarían preguntando qué sería ese martilleo? Algunos miraban a William y Walter, pero no parecían dispuestos a entrar en acción y el martilleo parecía empezar a desvanecerse en los oídos de William, por lo que resultaría inaudible en lo alto de las torres. William se sintió aliviado. El plan estaba dando resultados.

Llegaron a las cuadras y entraron. Engancharon ligeramente las riendas de sus caballos en una barra de forma que los animales pudieran escapar. Entonces William sacó su pedernal y consiguió una chispa con la que prendió fuego a la paja del suelo. Estaba sucia y húmeda a trechos, pero sin embargo empezó a arder. Encendió otros tres pequeños fuegos y Walter hizo lo mismo. Permanecieron allí un instante observándolos. Los caballos olisquearon el humo y se agitaron nerviosos en las casillas. William permaneció allí un instante más. El fuego estaba en marcha y por lo tanto también el plan. Luego abandonaron las cuadras y se dirigieron al recinto abierto.

En el pórtico, ocultos bajo el arco, Raymond y Rannulf seguían arrancando la argamasa alrededor de los goznes. William y Walter se volvieron hacia la cocina para dar así la impresión de que trataban de comer algo, cosa que sería natural. En el recinto no había nadie, todo el mundo estaba en misa. Al mirar William casualmente hacia las almenas, observó que los centinelas no vigilaban el castillo sino a través de los campos, como habían de hacerlo. Sin embargo William temía que alguien apareciera en cualquier momento de alguno de los edificios e intentara averiguar qué hacían ellos allí, en cuyo caso tendrían que matarle allí, a la vista de todos, y entonces todo habría terminado.

Rodearon la cocina y se dirigieron hacia el puente que conducía al recinto superior. Al pasar por delante de la capilla escucharon los murmullos apagados del oficio divino. El conde Bartholomew se encontraría allí, completamente desprevenido, pensó William satisfecho. No tiene la menor idea de que hay un ejército a una milla de distancia, que cuatro de sus enemigos se encuentran ya dentro de su fortaleza y que sus cuadras están ardiendo. Aliena también estaba en la capilla, rezando arrodillada. *Pronto estará de rodillas ante mí*, pensó William, y la excitación casi le hizo perder la cabeza.

Llegaron al puente y se dispusieron a atravesarlo. Se habían asegurado de que el primero de los puentes estuviera en condiciones de paso, cortando la maroma del puente levadizo y descomponiendo la puerta de manera que su ejército pudiera entrar. Pero aún así el conde podía huir atravesando el puente para buscar refugio en el recinto superior. La tarea inmediata de William consistía en tratar de evitarlo levantando el puente levadizo de forma tal que el segundo puente quedara interceptado. El conde se encontraría aislado y resultaría vulnerable en el recinto inferior.

Llegaron a la segunda casa de guardia y un centinela salió de la garita.

—Llegáis temprano —dijo.

—Se nos ha convocado para ver al Conde —dijo William.

Se acercó al centinela pero el hombre retrocedió un paso. William no quería que se alejara demasiado, porque si salía de debajo del arco resultaría visible para los centinelas apostados en las almenas del círculo superior.

—El conde está en la capilla —dijo el centinela.

—Tendremos que esperar.

Tenía que matar a aquel guardia rápida y silenciosamente, pero William no sabía cómo acercarse más. Dirigió una mirada rápida a Walter en busca de orientación, pero éste se limitaba a esperar paciente, con aspecto imperturbable.

—Hay encendido un fuego en la torre del homenaje —dijo el centinela—. Id a calentaros. —William vaciló y el guardia empezó a mostrarse receloso.— ¿A qué esperáis? —preguntó con un tono algo molesto.

William trató desesperadamente de encontrar algo que decir.

—¿No podemos comer algo? —preguntó finalmente.

—Imposible hasta que termine la misa —dijo el centinela—. Entonces servirán el desayuno en la torre del homenaje.

En aquel momento, William vio que Walter había estado desplazándose de manera imperceptible hacia un lado. Sólo con que el centinela se moviera un poco, Walter podría colocarse detrás de él. William dio unos pasos despreocupados en dirección contraria, dejando atrás al centinela.

—Francamente no puedo decir que me satisfaga la hospitalidad de vuestro conde —dijo al mismo tiempo. El centinela inició un movimiento para volverse—. Hemos recorrido un largo camino...

Entonces Walter atacó.

Se colocó detrás del centinela rodeándole los hombros con los brazos. Con la mano izquierda echó hacia atrás la barbilla del centinela y con el cuchillo en la mano derecha le rebanó la garganta. William suspiró aliviado. Se había hecho en un instante.

Entre los dos, habían matado a tres hombres antes del desayuno. William tuvo una excitante sensación de poder. *Nadie se reirá de mí a partir de hoy*, se dijo.

Walter arrastró el cuerpo hasta la casa de guardia. Su disposición era la misma que la de la primera, con una escalera de caracol que conducía a la habitación desde donde se hacía subir el puente levadizo. William subió las escaleras seguido de Walter.

William no había hecho un reconocimiento de aquella habitación cuando estuvo el día anterior en el castillo. No se le había ocurrido, pero en cualquier caso hubiera sido difícil alegar un pretexto plausible. Había dado por supuesto que habría una rueda giratoria o al menos un cilindro con una manivela para levantar el puente levadizo. Pero en aquel momento comprobó que no había nada de eso, tan sólo una maroma y un cabestrante. La única manera de alzar el puente levadizo era enrollar la maroma. William y Walter la agarraron y tiraron a la vez, pero el puente ni siquiera emitió un ligero crujido. Era una tarea para diez hombres.

William quedó un momento desconcertado. El otro puente levadizo, el que conducía a la entrada del castillo, tenía una gran rueda. Él y Walter hubieran podido levantarlo. Luego se dio cuenta de que el puente levadizo exterior lo debían levantar cada noche en tanto que el que tenían entre manos, sólo se levantaba en caso de emergencia.

En cualquier caso, nada se ganaría lamentándose. La cuestión era qué hacer a continuación. Si no podía alzar el puente levadizo, al menos podía cerrar las puertas, lo que retrasaría al conde.

Bajó corriendo las escaleras con Walter a la zaga. Al llegar abajo sufrió un sobresalto. Al parecer no todo el mundo asistía a la misa. Vio a una mujer y a un niño salir de la casa de guardia. William se detuvo. Reconoció de inmediato a la mujer. Era la mujer del constructor, la misma que había intentado comprar el día anterior por una libra. Ella también le vio y sus penetrantes ojos color de miel se clavaron en él. William ni siquiera pensó en hacerse pasar por un visitante que estuviera esperando al conde. Sabía que no podía engañarla. Tenía que impedirle que diera la alarma y la mejor forma

de lograrlo era matándola, rápida y silenciosamente, como había matado a los centinelas.

Los penetrantes ojos de Ellen leyeron las intenciones en su rostro, cogió a su hijo de la mano y dio media vuelta. William trató de agarrarla pero ella fue más rápida. Corrió hasta el recinto, dirigiéndose hacia la torre del homenaje; William y Walter corrieron tras ella.

Los pies de Ellen parecían alados y ellos vestían la cota de malla y llevaban armas pesadas. Ellen alcanzó las escaleras que conducían al gran salón. Gritaba mientras iba subiendo. William recorrió con la vista las murallas. Los gritos habían alertado al menos a dos de los centinelas. Todo había terminado. William dejó de correr y permaneció jadeante al pie de las escaleras. Walter le imitó. Dos centinelas, luego tres, y seguidamente cuatro bajaban corriendo de las murallas dirigiéndose al recinto. La mujer desapareció en el interior de la torre del homenaje sin soltar al muchacho. Ya no era importante. Una vez alertados los centinelas de nada serviría matarla.

William y Walter sacaron sus espadas y permanecieron en pie uno junto a otro dispuestos a vender caras sus vidas. El sacerdote estaba alzando la Hostia cuando Tom se dio cuenta de que a los caballos les pasaba algo; podía oír continuos relinchos y pateos, algo que se salía de lo normal. Un momento después alguien interrumpió la tranquila letanía en latín.

—¡Huelo a humo! —se oyó decir en voz alta.

También Tom y los demás pudieron olerlo. Tom era más alto que los otros y podía ver a través de las ventanas de la capilla si se ponía de puntillas. Se dirigió a un lado y miró a través de ellas. Las cuadras ardían por los cuatro costados.

—¡Fuego! —gritó y antes de que pudiera decir nada más su voz quedó ahogada por los gritos de los otros. Todos se precipitaron hacia la puerta y el servicio divino quedó olvidado. Tom hizo retroceder a Martha por miedo a que la multitud la aplastara y dijo a Alfred que se quedara con ellos. Se preguntaba dónde estaban Ellen y Jack. Un momento después no quedaba nadie en la capilla, salvo ellos tres y un sacerdote irritado.

Tom sacó a los niños fuera. Algunos estaban soltando a los caballos para que no murieran achicharrados mientras otros sacaban agua del pozo para sofocar las llamas. Tom no veía a Ellen por ninguna parte. Los caballos liberados corrían alrededor del recinto aterrados por el fuego y la gente que corría y gritaba. El estruendo de los cascos era tremendo. Tom escuchó atentamente durante un momento con el ceño fruncido. En realidad era tremendo. No parecían veinte, treinta sino un centenar. De repente le asaltó una terrible aprensión.

—Quédate aquí un momento, Martha —dijo—. Y tú, Alfred, cuida de ella.

Subió corriendo el terraplén hasta la parte superior de las murallas y el panorama le heló la sangre en las venas. Un ejército de unos ochenta a cien jinetes avanzaba a la carga por los campos pardos en dirección al castillo. Era un espectáculo aterrador. Tom podía ver el centelleo metálico de sus cotas de malla y las espadas desenvainadas. Los caballos corrían como rayos y una nube de aliento cálido salía de sus ollares. Los jinetes avanzaban encorvados sobre sus monturas con un propósito firme y espantoso. No había gritos ni chillidos, tan sólo el ensordecedor estruendo de centenares de cascos.

Tom miró hacia atrás, al recinto del castillo. ¿Por qué nadie más podía escuchar la llegada de aquel ejército? Porque el ruido de los cascos quedaba ahogado por los muros del castillo y fundido con el ruido producido por el pánico dentro del recinto. ¿Por qué los centinelas no habían visto nada? Porque todos habían abandonado sus puestos para combatir el fuego. Ese ataque había sido concebido por alguien inteligente. Ahora correspondía a Tom dar la voz de alarma. ¿Y dónde estaba Ellen?

Recorrió con la mirada el recinto mientras los atacantes seguían acercándose. Todo estaba oscurecido por el denso humo blanco de las cuadras incendiadas. No veía a Ellen por ninguna parte.

Descubrió al conde Bartholomew junto al pozo, intentando organizar la conducción del agua al fuego. Tom bajó presuroso al terraplén y atravesó corriendo el recinto hasta llegar al pozo; cogió sin miramientos al Conde por el hombro y le gritó al oído para hacerse oír por encima del estrépito.

—¡Es un ataque!

—¿Que?

—¡Que nos están atacando!

El conde pensaba en el fuego.

—¿Que nos están atacando? ¿Quién?

—¡Escuchad! —le gritó Tom— ¡Un centenar de caballos!

El conde ladeó la cabeza; Tom vio en el rostro aristocrático y rudo que en su mente se había hecho la luz.

—¡Por la Cruz que tienes razón! —De repente pareció atemorizado— ¿Los has visto?

—Sí.

—¿Quién...? ¡Poco importa quién! ¡Un centenar de caballos!

—Sí.

—¡Peter! ¡Ralph! —El conde se volvió de espaldas a Tom y llamó a sus lugartenientes—. Se trata de una incursión. El fuego ha sido provocado para distraer la atención. ¡Nos están atacando! —Al igual que el conde, al principio se mostraron desconcertados, luego escucharon y finalmente dieron muestras de temor.

El conde gritaba:

—Decid a los hombres que cojan las espadas... ¡Rápido, rápido! —Luego se volvió hacia Tom—. Ven conmigo, cantero, tú eres fuerte, podremos cerrar las puertas. —Atravesó corriendo el recinto seguido de Tom. Si conseguían cerrar las puertas y alzar a tiempo el puente levadizo podrían resistir a un centenar de hombres.

Llegaron a la casa de la guardia. A través del arco podían ver al ejército. Tom se dio cuenta de que ya estaban a menos de una milla y desplegándose. Algunos han estado ya aquí, se dijo. Los caballos más rápidos delante y los rezagados detrás.

—Mira las puertas —vociferó el conde.

Tom miró. Las dos grandes puertas zunchadas de roble estaban en el suelo. Habían arrancado los goznes de la muralla. Pensó que algunos enemigos ya habían estado allí. Sintió el estómago atenazado por el temor.

Volvió a mirar hacia el recinto buscando una vez más a Ellen. No la veía. ¿Qué le habría pasado? En esos momentos podía pasar cualquier cosa. Necesitaba estar con ella y protegerla.

—¡El puente levadizo! —dijo el conde.

Tom comprendió que la mejor forma de proteger a Ellen era manteniendo a raya a los atacantes. El conde subió corriendo la escalera de caracol que conducía al cuarto desde el que se enrollaba la maroma y Tom se obligó a seguirle haciendo un esfuerzo. Si pudieran alzar el puente levadizo, unos cuantos hombres podrían resistir en la casa de guardia. Pero al entrar en el cuarto el mundo se le vino abajo. Habían cortado la maroma y no había manera de levantar el puente.

El conde maldijo con amargura.

—El que haya planeado esto es tan astuto como Lucifer —dijo.

De repente, a Tom se le ocurrió que quienquiera que hubiera arrancado las puertas, cortado la maroma del puente levadizo e iniciado el fuego debía encontrarse todavía dentro del castillo, en alguna parte. Miró temeroso en derredor preguntándose dónde podrían estar los intrusos.

El conde miró por una de las ventanas, prácticamente rendijas.

—¡Santo Dios! ¡Casi están aquí!

Bajó corriendo las escaleras.

Tom le iba pisando los talones. En el pórtico varios caballeros se abrochaban presurosos los cinturones de sus armas y se ponían los cascos. El conde Bartholomew empezó a dar órdenes.

—Vosotros, Ralph y John, enviad algunos caballos sueltos al puente para entorpecer la marcha del enemigo. Richard, Peter, Robin. Coged algunos otros y presentad resistencia aquí.

El pórtico era angosto y unos cuantos hombres podrían contener a los asaltantes, al menos por un rato.

—Tú, cantero, lleva a los servidores y a los niños a través del puente hasta el recinto superior.

Tom se sintió contento de tener una excusa para buscar a Ellen. Primero corrió a la capilla. Alfred y Martha se encontraban donde los dejara momentos antes y parecían asustados.

—Id a la torre del homenaje —les gritó—. Y decid a todas las mujeres y niños con los que os encontréis que vayan allí con vosotros... órdenes del conde. ¡Corred!

Los niños se pusieron en movimiento de inmediato.

Tom miró en derredor suyo. Pronto les seguiría él, estaba decidido a que no le cogieran en el recinto inferior. Pero todavía disponía de algunos momentos para cumplir la orden del conde. Corrió a las cuadras donde la gente seguía arrojando baldes de agua al fuego.

—Olvidaos del fuego. Están atacando el castillo —les gritó—. Llevad a vuestros hijos a la torre del homenaje.

El humo se le metió en los ojos empañando su visión al saltársele las lágrimas. Se frotó los ojos y corrió hacia un pequeño grupo que permanecía allí en pie viendo cómo el fuego devoraba las cuadras.

Les repitió el mensaje y también a un grupo de mozos de cuadra que habían reunido a algunos de los caballos desperdigados. A Ellen no se la veía por ninguna parte.

El humo le hizo toser. Sofocándose, cruzó de nuevo el recinto en dirección al puente que conducía al círculo superior. Allí se detuvo intentando recuperar el aliento y miró hacia atrás. La gente atravesaba en riadas el puente. Casi estaba seguro de que Ellen y Jack se encontraban ya en la torre del homenaje, pero se sentía aterrado ante la idea de que quizás no los hubiera visto. Pudo ver un apretado grupo de caballeros enzarzados en una brutal lucha cuerpo a cuerpo junto a la casa de guardia inferior. Aparte de eso no podía verse otra cosa que humo. De repente, el conde Bartholomew apareció a su lado con su espada ensangrentada y cayéndole las lágrimas debido al humo.

—¡Ponte a salvo! —gritó el conde a Tom.

En aquel preciso momento los atacantes irrumpieron a través del arco de la casa de guardia de abajo, dispersando a los caballeros que la defendían. Tom dio media vuelta y atravesó corriendo el puente.

En la segunda casa de guardia se mantenían quince o veinte hombres del conde, prestos a defender el recinto superior. Abrieron camino para dejar pasar al conde y a Tom. Al cerrar de nuevo filas, Tom oyó cascos golpeando

sobre el puente de madera a sus espaldas. Los defensores ya no tenían posibilidad alguna. Tom comprendió que aquélla había sido una incursión astutamente planeada y perfectamente ejecutada. Pero su principal preocupación era el miedo por la suerte de Ellen y los niños. Sobre ellos iban a caer un centenar de hombres armados sedientos de sangre. Atravesó corriendo el recinto superior en dirección a la torre del homenaje.

A medio camino de los escalones de madera que conducían al gran salón, miró hacia atrás. Los defensores de la segunda casa de guardia habían sido casi inmediatamente superados por los atacantes a caballo. El conde Bartholomew estaba en los escalones detrás de Tom. Ambos tuvieron el tiempo justo de entrar en la torre y levantar la escalera al interior. Tom subió corriendo el resto de los escalones, irrumpiendo en el salón... para descubrir que los atacantes se habían mostrado todavía más astutos.

La avanzadilla del enemigo que había derribado las puertas, cortado la maroma del puente levadizo y pegado fuego a las cuadras, había llevado a cabo otra acción. Había entrado en la torre del homenaje, tendiendo una emboscada a todo aquel que buscaba refugio en ella.

Ahora se encontraban en pie, a la entrada del gran salón, cuatro hombres de cara feroz vestidos con cota de malla. Por todas partes había cuerpos ensangrentados de los caballeros del conde muertos o heridos que fueron ferozmente atacados al entrar. Y Tom descubrió sobresaltado que el líder de aquella avanzadilla era William Hamleigh.

Tom miraba petrificado por la sorpresa. William tenía los ojos muy abiertos e inyectados en sangre. Tom pensó que William iba a matarle, pero antes de que tuviera tiempo de sentir miedo, uno de los secuaces de William le agarró por el brazo y le hizo entrar, apartándole violentamente a un lado.

De manera que eran los Hamleigh quienes atacaban el castillo del conde Bartholomew, pero ¿por qué?

Todos los servidores y los niños se encontraban formando un grupo aterrado en el extremo más alejado del salón. Así que únicamente iban a matar a los hombres armados. Tom recorrió las caras de los que se encontraban en el salón, sintiendo un inmenso alivio al ver a Alfred, Martha, Ellen y Jack, todos juntos con aspecto aterrado aunque vivos, y al parecer indemnes.

Antes de que pudiera reunirse con ellos se inició una lucha en la entrada. El conde Bartholomew y dos de sus caballeros se lanzaron a la carga, siendo sorprendidos por los caballeros de Hamleigh que los esperaban. Uno de los hombres del conde fue abatido de inmediato, pero el otro protegió al conde empuñando su espada. Varios caballeros de Bartholomew se situaron detrás del conde, y de repente se produjo una tremenda escaramuza cuerpo a

cuerpo, utilizando cuchillos y puños porque no había espacio para enarbolar las largas espadas. Por un momento pareció como si los hombres del conde fueran a vencer a los de William. Pero algunos dieron media vuelta y empezaron a defenderse al ser atacados por detrás. Era evidente que el ejército atacante había penetrado en el recinto superior y que en aquellos momentos subían los escalones y atacaban la torre del homenaje.

—¡Deteneos! —vociferó una voz potente.

Los hombres de ambos bandos adoptaron posiciones defensivas y la lucha se detuvo.

—Bartholomew de Shiring, ¿os rendís? —gritó la misma voz.

Tom vio al conde volverse y mirar a través de la puerta. Los caballeros se hicieron a un lado para quedar fuera de su línea de visión.

—Hamleigh —murmuró en tono bajo e incrédulo. Luego, levantando la voz, dijo:

—¿Dejaréis marchar a mi familia y a mis servidores sin hacerles daño?

—Sí.

—¿Lo juráis?

—Lo juro por la Cruz si os rendís.

—Me rindo.

Del exterior llegó un gran vítor.

Tom dio media vuelta. Martha atravesó corriendo el salón hasta llegar junto a él, que la cogió en brazos. Luego abrazó a Ellen.

—Estamos salvados —dijo Ellen con los ojos llenos de lágrimas—. Todos nosotros... nos hemos salvado.

—Sí, estamos a salvo pero de nuevo en la miseria —dijo Tom con amargura.

De súbito, William dejó de dar vítores. Era el hijo de Lord Percy y no era digno de él gritar y vociferar como los hombres de armas. Su rostro adoptó una expresión de satisfacción altiva.

Habían ganado. Llevó adelante el plan no sin algunos contratiempos, pero había dado resultado y el ataque había resultado un gran éxito gracias a su trabajo previo. Había perdido la cuenta de los hombres que había matado y herido, y sin embargo él estaba indemne. Algo le llamó la atención: tenía mucha sangre en la cara para no haber sufrido herida alguna. Se la limpió pero volvió a caerle. Debía ser la suya. Se llevó la mano a la cara y luego a la cabeza. Había perdido algo de pelo y le dolió al tocarse el cuero cabelludo. Le dolía terriblemente. No había llevado casco porque hubiera resultado sospechoso. Empezó a dolerle ahora que ya sabía que estaba herido. No le importó. Una herida era señal de valor.

Su padre subió los escalones y se enfrentó con el conde Bartholomew en el umbral de la puerta. Bartholomew sostenía su espada presentando la empuñadura en actitud de rendición. Percy la cogió y sus hombres volvieron a lanzar vítores.

—¿Por qué habéis hecho esto? —oyó que decía Bartholomew a padre, cuando se hubo apagado el ruido.

—Habéis conspirado contra el rey —contestó padre.

Bartholomew estaba asombrado de que padre supiera eso y en su rostro se reveló el sobresalto. William contuvo el aliento preguntándose si Bartholomew, con la desesperación de la derrota, admitiría la conspiración delante de toda aquella gente. Sin embargo recuperó su compostura y se irguió cuan alto era.

—Defenderé mi honor delante del rey, no aquí —dijo.

Padre hizo un ademán de aquiescencia.

—Como queráis. Decid a vuestros hombres que entreguen las armas y que abandonen el castillo.

El conde murmuró una orden a sus caballeros y uno a uno fueron acercándose a padre y dejando caer al suelo sus espadas, delante de él. William disfrutaba viendo todo aquello. Ahí están todos ellos, humillados ante mi padre, se dijo con orgullo.

—Reunid los caballos sueltos y metedlos en la cuadra. Haz que algunos hombres lo recorran todo y desarmen a los muertos y a los heridos —estaba diciendo padre a uno de sus caballeros.

Las armas y los caballos de los vencidos pertenecían naturalmente a los vencedores. Los caballeros de Bartholomew habían de dispersarse a pie y desarmados. Los hombres de Hamleigh vaciarían también los almacenes del castillo. Se cargarían las mercancías en los caballos confiscados y serían conducidos a Hamleigh, la aldea que daba su nombre a la familia. Padre llamó a otro de sus caballeros.

—Reúne a los sirvientes de cocina y que hagan la comida. El resto de ellos que se vayan —le dijo.

Después de la batalla, los hombres estaban hambrientos. Se celebraría una fiesta por la victoria. Comerían y beberían los mejores manjares y vinos del Conde Bartholomew antes de que el ejército victorioso volviera a casa.

Un momento después los caballeros que rodeaban a padre y a Bartholomew se dividieron para dejar paso a madre.

Parecía muy pequeña entre todos aquellos fornidos luchadores, pero cuando se retiró el chal que le cubría la cara, aquellos que no la habían visto antes retrocedían sobresaltados, como siempre hacía la gente ante su rostro desfigurado. Miró a padre.

—Un gran triunfo —dijo con tono satisfecho.

William hubiera querido decir: *Y debido a un excelente trabajo previo ¿no crees, madre?*

Sin embargo se mordió la lengua. Pero su padre habló por él.

—Ha sido William quien nos ha despejado la entrada.

Madre se volvió hacia él y William esperó ansioso que le felicitara.

—¿De veras? —dijo.

—Sí —afirmó padre—. El muchacho ha hecho un buen trabajo.

Madre hizo un ademán de aquiescencia.

—Tal vez lo haya hecho —dijo.

William se sintió reconfortado por el elogio y sonrió de manera estúpida.

Madre miró al conde Bartholomew.

—El conde debería inclinarse ante mí —dijo.

—No —repuso tajante el conde.

—Traed a la hija —dijo madre.

William miró en derredor. Por un momento se había olvidado de Aliena. Escudriñó entre los sirvientes y los niños, descubriéndola al instante, en pie junto a Matthew, el mayordomo afeminado de la casa.

William se acercó a ella, la agarró del brazo y la llevó junto a su madre. Matthew les siguió.

—Cortadle las orejas —dijo madre.

Aliena lanzó un grito.

William sintió una extraña excitación en los lomos.

El rostro de Bartholomew adquirió un tono ceniciento.

—Prometisteis que no le haríais daño alguno si me rendía —dijo el conde—. Lo jurasteis.

—Y nuestra protección será tan completa como vuestra rendición —aseguró madre.

William se dijo que aquello era muy inteligente. Pese a todo, Bartholomew mantenía una actitud desafiante. William se preguntaba quién sería el elegido para cortar las orejas a Aliena. Tal vez madre le diera a él aquella tarea. La idea le resultaba excitante, en extremo.

—Arrodillaos —dijo madre a Bartholomew.

Bartholomew dobló con lentitud una rodilla e inclinó la cabeza.

William se sintió ligeramente decepcionado.

Madre alzó su voz.

—¡Mirad esto! —gritó a todos los reunidos—. No olvidéis jamás la suerte de un hombre que insulta a los Hamleigh.

Miró desafiante en derredor y el corazón de William latió con fuerza de orgullo.

Madre dio media vuelta y de nuevo ocupó su puesto padre.

—Lleváoslo a su dormitorio. Y vigiladle bien —dijo.

Bartholomew se puso en pie.

—Llévate también a la muchacha —dijo padre a William.

William agarró con fuerza el brazo de Aliena. Le gustaba tocarla. Iba a llevarla arriba, al dormitorio. Y nadie sabía lo que podía ocurrir. Si le dejaban solo con Aliena, podría hacer con ella lo que quisiera. Podría desgarrarle la ropa y contemplar su desnudez, podía...

—Permitid que Matthew Steward venga con nosotros para cuidar de mi hija.

Padre miró a Matthew.

—Parece bastante inofensivo —dijo con una mueca—. Está bien.

William miró la cara de Aliena. Seguía pálida, pero asustada estaba aún más bella. Era excitante verla en situación tan vulnerable.

Ansiaba aplastar su cuerpo perfecto debajo del suyo y ver el miedo en su rostro mientras la obligaba a separar los muslos.

—Todavía quiero casarme contigo —dijo en un impulso acercando la cara a la de ella y en voz queda.

Aliena se apartó de él.

—¿Casarnos? —dijo con desdén en voz alta—. ¡Preferiría morir a casarme contigo, sapo repugnante!

Todos los caballeros sonrieron y algunos de los sirvientes rieron con disimulo. William sintió que le ardía la cara por el bochorno. De repente, madre avanzó un paso y abofeteó a Aliena. Bartholomew hizo un ademán para defender a su hija pero los caballeros le sujetaron.

—Cállate —dijo madre a Aliena—. Ya no eres una dama elegante..., eres la hija de un traidor y pronto estarás en la miseria y muerta de hambre. Ya no eres digna de mi hijo. Apártate de mi vista y no digas una sola palabra más.

Aliena dio media vuelta. William le soltó el brazo y la joven siguió a su padre. Mientras la veía irse, William se dio cuenta de que el sabor dulce de la venganza se le había vuelto amargo en la boca. Jack pensaba que era una verdadera heroína, exactamente como una princesa de un poema. La contemplaba deslumbrado mientras subía las escaleras con la cabeza muy alta. En todo el salón reinó el silencio hasta que ella hubo desaparecido de la vista. Cuando se fue era como si una lámpara se hubiera apagado. Jack se quedó mirando el lugar donde ella había estado.

—¿Quién es el cocinero? —dijo uno de los caballeros acercándose.

El cocinero se sentía demasiado receloso para darse a conocer, pero alguien le señaló.

—Vas a hacer la comida —le dijo el caballero—. Coge a tus ayudantes y vete a la cocina. —El cocinero eligió media docena de personas entre todo aquel gentío. El caballero dijo levantando la voz—: Los demás... desapareced. Iros del castillo. Salid rápidamente y no intentéis llevaros nada que no sea vuestro. Todos tenemos las espadas ensangrentadas y poco importará algo más. ¡En marcha!

Todos atravesaron precipitadamente la puerta. La madre de Jack le tenía cogida la mano y Tom llevaba a Martha de la suya. Alfred les seguía. Todos llevaban sus capas y ninguno tenía propiedades salvo sus ropas y el cuchillo de comer. Con el resto de la gente bajaron los escalones, atravesaron el puente y el recinto inferior así como la casa de guardia, y pasando por encima de las puertas derribadas abandonaron el castillo sin detenerse. Una vez que hubieron salido del puente al campo, por el lado más alejado del foso, la tensión estalló como la cuerda rota de un arco, y todos empezaron a hablar sobre su penosa experiencia con voces excitadas y fuertes. Jack les escuchaba distraído mientras caminaba. Todo el mundo recordaba lo valientes que habían sido. Él no se consideraba valiente... sencillamente había huido.

La única valiente había sido Aliena. Cuando llegó a la torre del homenaje y descubrió que en vez de ser un lugar de refugio era una trampa, se había hecho cargo de los sirvientes y de los niños, diciéndoles que se sentaran y se estuvieran quietos, manteniéndose apartados de los hombres que luchaban, imprecando a los caballeros de los Hamleigh cuando se mostraban rudos con sus prisioneros o levantaban sus espadas contra mujeres y hombres desarmados, comportándose como si fuera absolutamente invulnerable.

Su madre le enredó el pelo.

—¿En qué piensas?

—Me preguntaba qué le ocurrirá a la princesa.

Ellen sabía a qué se refería.

—A Lady Aliena.

—Es como una princesa de un poema viviendo en un castillo. Pero los caballeros no son tan virtuosos como dicen los poemas.

—Eso es verdad —admitió su madre ceñuda.

—¿Qué le pasará?

Ellen sacudió la cabeza.

—En verdad que no lo sé.

—Su madre murió.

—Entonces pasará momentos muy duros.

—Eso pensaba. —Jack hizo una pausa—. Se rió de mí porque no estaba enterado de lo de los padres. Pero de todas maneras me gusta.

Ellen le pasó el brazo por la espalda.

—Siento no haberte hablado de los padres.

Jack le acarició la mano aceptando su disculpa. Siguieron andando en silencio. De vez en cuando una familia abandonaba el camino y se dirigía a campo traviesa a casa de parientes o amigos donde podrían pedir algo de desayuno y pensar en lo que habían de hacer.

La mayor parte de la gente permaneció junta hasta alcanzar la encrucijada. A partir de allí se fue separando, unos fueron hacia el Norte, otros hacia el Sur y algunos siguieron camino recto en dirección al pueblo mercado de Shiring. Ellen se separó de Jack y puso una mano sobre el brazo de Tom, haciéndole detenerse.

—¿Adónde iremos? —le preguntó.

Tom pareció levemente sorprendido ante aquella pregunta; se hubiera esperado que todos les siguieran adonde quiera ir sin hacer preguntas. Jack se había dado cuenta de que su madre provocaba a menudo aquella mirada de sorpresa en Tom. Tal vez la mujer anterior había sido un tipo de persona diferente a ella.

—Vamos al priorato de Kingsbridge —dijo Tom.

—¿Kingsbridge? —Ellen pareció sobresaltada. Jack se preguntó a qué se debería. Tom no se dio cuenta.

—Ayer noche oí decir que había un nuevo prior —siguió diciendo—. Un hombre nuevo suele querer hacer algunas reparaciones o cambios en la iglesia.

—¿Ha muerto el viejo prior?

—Sí.

Por algún motivo aquella noticia tranquilizó a su madre. Jack se dijo que debió haber conocido al viejo prior y no le gustaba. Tom se dio cuenta finalmente del tono preocupado de su voz.

—¿Pasa algo malo con Kingsbridge? —le preguntó.

—He estado allí. Está a más de un día de viaje.

Jack sabía que no era la duración del viaje lo que preocupaba a su madre. Pero no Tom.

—Podemos estar allí mañana hacia el mediodía —dijo.

—Muy bien.

Siguieron caminando.

Algo más tarde, Jack empezó a sentir dolor de vientre. Durante un rato pensó qué sería. En el castillo no le habían hecho daño alguno y Alfred hacía dos días que no le daba puñetazos. Por último se dio cuenta de lo que era.

Volvía a tener hambre.

CAPÍTULO CUATRO

1

La catedral de Kingsbridge no era una grata visión. Se trataba de una estructura baja, achaparrada y maciza con gruesos muros y minúsculas ventanas. Fue construida mucho antes de la época de Tom, cuando los constructores todavía no habían aprendido la importancia de la proporción. Los de la generación de Tom sabían que un muro recto, bien aplomado, era más fuerte que otro más grueso, y que en los muros podían abrirse cuantas ventanas se quisiera, siempre que el arco de la ventana fuera un semicírculo perfecto.

Desde cierta distancia la iglesia parecía ladeada y al acercarse Tom comprendió por qué. Una de las torres gemelas en el extremo Oeste se había derrumbado. Se sintió encantado. El nuevo prior querría levantarla de nuevo, con toda seguridad. La esperanza le hizo apretar el paso. Haber sido contratado como lo fue en Earlcastle, y ver luego cómo a su nuevo patrón le derrotaban durante una batalla y era además capturado, había sido verdaderamente descorazonador. Tenía la sensación de que no soportaría otra decepción como aquélla.

Miró a Ellen. Temía que cualquier día llegara a la conclusión de que él no encontraría trabajo antes de que todos se murieran de hambre, que le dejaría. Ellen le sonrió y luego frunció de nuevo el ceño al mirar la amenazadora mole de la catedral. Tom había notado que ella se encontraba incómoda entre monjes y sacerdotes. Se preguntó si no se sentiría culpable de que ellos dos no estuvieran realmente casados a los ojos de la Iglesia.

El recinto del priorato bullía de actividad. Tom había visto monasterios somnolientos y monasterios activos. Pero Kingsbridge era excepcional; parecía como si hubiesen empezado la limpieza de primavera tres meses antes. Fuera de la cuadra, dos monjes se ocupaban de almohazar caballos y un tercero limpiaba guarniciones, mientras que unos novicios limpiaban los pesebres. Otros monjes estaban barriendo la casa de los invitados que estaba contigua a la caballeriza, y fuera esperaba una carreta llena de paja dispuesta para ser extendida sobre el suelo limpio.

Pero nadie trabajaba en la torre derruida. Tom estudió el montón de piedras que era cuanto quedaba de ella. El derrumbamiento debió de producirse algunos años atrás porque los bordes rotos de las piedras habían sido desgastados por la lluvia y las heladas. La argamasa desmenuzada había

sido arrastrada por el agua y el montón de mampostería se había hundido una o dos pulgadas en la tierra blanda.

Era asombroso que la hubieran dejado sin reparar durante tanto tiempo ya que se suponía que las iglesias catedrales eran prestigiosas. El viejo prior debía ser un perezoso o un incompetente. Tal vez ambas cosas. Probablemente Tom habría llegado en el preciso momento en que los monjes estaban planeando reconstruirla. Ya era hora de que le visitara la suerte.

—Nadie me reconoce —dijo Ellen.

—¿Cuándo estuviste aquí? —le preguntó Tom.

—Hace trece años.

—No es de extrañar que te hayan olvidado.

Al pasar por la fachada oeste de la iglesia, Tom abrió una de las grandes puertas de madera y miró al interior. La nave estaba oscura y lóbrega con gruesas columnas y un vetusto techo de madera. Pero varios monjes estaban enjalbegando las paredes con unas brochas de mango largo y otros barrían el suelo de tierra batida. Sin duda el nuevo prior tenía el propósito de poner en condiciones toda la iglesia. Era un signo esperanzador. Tom cerró la puerta.

Más allá de la iglesia, en el patio de la cocina, un grupo de novicios se encontraban de pie alrededor de una artesa con agua sucia, rascando el hollín y la grasa acumulada en las ollas y utensilios de cocina con piedras rasposas. Tenían los nudillos enrojecidos y ásperos por la continua inmersión en el agua helada. Al ver a Ellen, soltaron risitas y apartaron la vista.

Tom preguntó a un novicio vergonzoso dónde podría encontrar al intendente. Hubiera sido de rigor que preguntara por el sacristán ya que el mantenimiento de la catedral era responsabilidad suya. Pero, como clase, los intendentes eran más asequibles. En cualquier, caso al final sería el prior quien tomaría la decisión. El novicio le indicó la planta baja de uno de los edificios que se alzaban alrededor del patio. Tom entró por una puerta que estaba abierta seguido de Ellen y de los niños. Una vez en el interior todos se detuvieron, escudriñando en la penumbra.

Tom se dio cuenta inmediatamente de que ese edificio era más nuevo y estaba construido con mayor fortaleza que la iglesia. Se respiraba un ambiente seco y no había olor a podredumbre. De hecho, la mezcla de aromas de los alimentos almacenados le producían dolorosos calambres en el estómago ya que hacía dos días que no había comido. Al acostumbrársele los ojos a la oscuridad pudo ver que la planta tenía un buen suelo de losas, pilares cortos y gruesos y el techo abovedado en túnel. Un instante después descubrió a un hombre alto y calvo con un mechón de pelo blanco, echando cucharadas de sal de un barril a un tarro.

—¿Sois el intendente? —preguntó Tom, pero el hombre alzó una mano pidiendo silencio, y entonces Tom se dio cuenta de que estaba contando. Todos esperaron en silencio a que terminara.

—Dos veintenas y diecinueve. Tres veintenas —dijo finalmente, y dejó la cuchara.

—Soy Tom, maestro constructor, y me gustaría reparar su torre del Noroeste —dijo Tom.

—Soy Cuthbert, el intendente. Me llaman Whitehead (Cabeza blanca) y me gustaría que se reparara —contestó el hombre—. Pero habremos de preguntárselo al prior Philip. Habrás oído decir que tenemos un nuevo prior.

—Sí —Tom pensó que Cuthbert era un monje cordial, con mucho mundo y trato fácil. Se sentiría feliz charlando—. Y el nuevo prior parece decidido a mejorar el aspecto del monasterio.

Cuthbert asintió.

—Pero a lo que no está dispuesto es a pagar por ello. Ya te habrás dado cuenta de que los monjes están haciendo todo el trabajo. No contratará ningún trabajador, dice que el priorato tiene ya demasiados servidores.

Aquellas eran malas noticias.

—¿Qué piensan los monjes de ello? —preguntó Tom con tiento.

Cuthbert se echó a reír, arrugando todavía más su ya arrugado rostro.

—Eres un hombre con tacto, Tom Builder. Estás pensando que no ves con frecuencia a los monjes trabajando tan duro. Bueno, el nuevo prior no obliga a nadie. Pero interpreta la regla de san Benito de tal forma que quienes hacen trabajos físicos pueden comer carne roja y beber vino, en tanto que los que se limiten a estudiar y a orar tienen que vivir con pescado en salazón y cerveza floja; también puedo darte una justificación teórica en extremo minuciosa pero el resultado es que tiene un gran número de voluntarios para el trabajo duro, especialmente entre los jóvenes.

Cuthbert no parecía desaprobador, tan sólo confundido.

—Pero los monjes no pueden construir muros de piedra por muy bien que coman.

Mientras hablaba, oyó el llanto de un niño. Aquel sonido le llegó al corazón. Al instante se dio cuenta de la extraña circunstancia de que hubiera un bebé en un monasterio.

—Preguntaremos al prior —estaba diciendo Cuthbert, pero Tom apenas le escuchaba; parecía el llanto de un niño muy pequeño, apenas de una o dos semanas, e iba acercándose. Tom se encontró con la mirada de Ellen, que también parecía sobresaltada. Luego se vio una sombra en la puerta. Tom tenía un nudo en la garganta. Entró un monje con un bebé en los brazos. Tom le miró a la cara. Era su hijo.

Tom tragó saliva. El niño tenía la cara congestionada, los puños apretados y la boca abierta mostrando sus encías desdentadas. Su llanto no era de dolor o enfermedad, tan sólo estaba exigiendo comida, era la protesta saludable y ansiosa de un bebé normal, y a Tom se le quitó un peso de encima, respirando aliviado al ver que su hijo estaba bien. El monje que lo llevaba era un muchacho de aspecto alegre, de unos veinte años, con el pelo alborotado y una amplia sonrisa más bien bobalicona. A diferencia de la mayoría de los monjes, permaneció imperturbable ante la presencia de una mujer. Sonrió a todo el mundo, dirigiéndose luego a Cuthbert.

—Jonathan necesita más leche.

Tom ansiaba coger en los brazos al niño. Intentó mantener el rostro impávido para no revelar sus emociones. Miró de soslayo a los niños. Todo cuanto ellos sabían era que el niño abandonado lo había recogido un sacerdote que iba de viaje. Ni siquiera sabían si lo había llevado consigo al pequeño monasterio del bosque. En aquellos momentos sus rostros sólo revelaban una ligera curiosidad. No habían relacionado a ese bebé con el que ellos habían dejado atrás.

Cuthbert cogió un cazo y una pequeña jarra y la llenó con la leche que había en un balde.

—¿Puedo coger al bebé? —dijo Ellen al monje joven.

Extendió los brazos y el monje le entregó al niño. Tom la envidió. Anhelaba apretar contra su corazón al pequeño y cálido bulto. Ellen acunó al bebé, que quedó callado por un momento.

—Johnny Eightpence es una buena niñera pero no tiene el toque de la mujer —dijo Cuthbert levantando la mirada.

Ellen sonrió al muchacho.

—¿Por qué te llaman Johnny Eightpence?

Cuthbert contestó por él.

—Porque sólo es ocho peniques del chelín —dijo llevándole la mano a la sien para indicar que era bobalicón—. Pero parece comprender mejor las necesidades de las pobres y pequeñas criaturas mejor que nosotros, los listos. Estoy seguro de que todo ello responde a los amplios fines de Dios —dijo expresándose de forma vaga.

Ellen se había ido acercando a Tom y en aquel momento le alargó el niño. Le había leído los pensamientos. Tom la miró con una profunda gratitud y cogió a la pequeña criatura en sus brazos; podía sentir los latidos del corazón del niño a través de la manta en la que estaba envuelto. El material era excelente. Por un instante se preguntó en su fuero interno de dónde habrían sacado los monjes una lana tan suave. Apretó al niño contra su pecho y lo meció. Su técnica no era tan buena como la de Ellen y el niño empezó a llorar

de nuevo, pero a Tom no le importó. Aquel grito fuerte e insistente era música celestial para sus oídos porque ello significaba que el niño que él había abandonado gozaba de buena salud y estaba fuerte. Por duro que fuera, tenía la sensación de que había tomado la decisión acertada al dejar al niño en el monasterio.

—¿Dónde duerme? —preguntó Ellen a Johnny.

Esta vez contestó el propio Johnny.

—Tiene una cuna en el dormitorio con todos nosotros.

—Debe despertaros a todos por la noche.

—De todas maneras nos levantamos a medianoche para maitines —dijo Johnny.

—Claro. Olvidaba que los monjes duermen de noche tan poco como las madres.

Cuthbert alargó la jarra de leche a Johnny y éste cogió el bebé a Tom con un experimentado movimiento de brazo. Tom no estaba preparado para renunciar al bebé, pero a los ojos de los monjes él no tenía el más mínimo derecho, así que lo dejó ir. Al cabo de un momento, Johnny se fue con el bebé y Tom hubo de dominar su impulso de ir y decir: *Espera, detente, es mi hijo, devuélvemelo*. Ellen permanecía junto a él y le apretó el brazo con un discreto gesto de afecto.

Tom se dio cuenta de que ahora tenía un motivo más para la esperanza. Si lograba encontrar trabajo allí podría ver siempre a Jonathan, y casi sería como si nunca le hubiera abandonado; parecía demasiado bueno para ser verdad y ni siquiera se atrevía a desearlo. Cuthbert miró perspicaz a Martha y Jack, que habían quedado deslumbrados al ver la jarra de cremosa leche que Johnny se había llevado.

—¿Se tomarían los niños un poco de leche? —preguntó.

—Si, por favor, padre ¡Claro que se la tomarían! —contestó Tom. Él también se la tomaría.

Cuthbert vertió leche en dos boles de madera y se los dio a Martha y a Jack. Ambos los apuraron rápidamente, dejando unos grandes círculos blancos alrededor de la boca.

—¿Un poco más? —les ofreció Cuthbert.

—Sí, por favor —respondieron al unísono.

Tom miró a Ellen convencido de que debía sentirse como él, profundamente agradecida de ver que los pequeños al final se alimentaban.

—¿De dónde venís? —preguntó Cuthbert como al azar, mientras llenaba de nuevo los boles.

—De Earlcastle, cerca de Shiring —dijo Tom—. Salimos ayer por la mañana.

—¿Habéis comido desde entonces?

—No —repuso Tom lacónico.

Sabía que la pregunta era un gesto amable por parte de Cuthbert, pero le molestaba tener que admitir que había sido incapaz de dar de comer a sus hijos.

—Entonces tomad unas manzanas para matar el gusanillo antes de la cena —dijo Cuthbert, señalando un barril que había cerca de la puerta.

Alfred, Ellen y Tom se acercaron al barril mientras Martha y Jack bebían su segundo bol de leche. Alfred intentó coger cuantas manzanas abarcaba con sus brazos, pero Tom se las quitó de un papirotazo de las manos.

—Coge dos o tres —le advirtió en voz baja. Él cogió tres.

Tom comió con gusto sus manzanas y sintió algo más tranquilo su estómago, pero no pudo evitar preguntarse a qué hora servirían la cena. Y recordó contento que los monjes solían cenar antes de que oscureciera para así ahorrar velas.

Cuthbert miraba fijamente a Ellen.

—¿Te conozco? —dijo finalmente.

—No lo creo —contestó Ellen, que parecía incómoda.

—Me resultas familiar —dijo inseguro.

—He vivido cerca de aquí cuando era pequeña —dijo Ellen.

—Eso será —dijo Cuthbert—. Por eso tengo la sensación de que pareces mayor de lo que debieras.

—Debe de tener una memoria muy buena.

La miró con el entrecejo fruncido.

—No muy buena —dijo—. Estoy seguro de que hay algo más... Poco importa. ¿Por qué dejasteis Earlcastle?

—Ayer con el alba lo atacaron y lo tomaron —repuso Tom—. El conde Bartholomew está acusado de traición.

Cuthbert quedó escandalizado.

—¡Que los santos nos protejan! —exclamó, y de repente pareció una vieja solterona atacada por un macho—. ¡Traición!

Se oyeron unos pasos afuera. Al volverse Tom vio que entraba otro monje.

—Éste es nuestro nuevo prior —anunció Cuthbert.

Tom reconoció al prior. Era Philip. El monje que se encontraron de camino al palacio del obispo, el que les había dado aquel delicioso queso. Ahora todo encajaba. El nuevo prior de Kingsbridge era el antiguo prior de la pequeña celda en el bosque y cuando se trasladó a Kingsbridge, había llevado consigo a Jonathan. A Tom le latió el corazón con optimismo. Philip era un

hombre bondadoso y parecía que Tom le inspiraba confianza y simpatía. Seguramente le daría un trabajo.

Philip le reconoció.

—Hola, maestro constructor —dijo—. Así que no encontraste trabajo en el palacio del obispo.

—No, padre. El arcediano no quiso contratarme y el obispo no estaba allí.

—¡Claro que no estaba! Estaba en el cielo, aunque entonces aún no lo sabíamos.

—¿Ha muerto el obispo?

—Sí.

—Eso es ya noticia antigua —dijo impaciente Cuthbert—. Tom y su familia acaban de llegar de Earlcastle. El conde Bartholomew ha sido capturado y su castillo asaltado.

Philip se quedó muy quieto.

—¡Ya! —murmuró.

—¿Ya? —repitió Cuthbert—. ¿Qué quieres decir con "ya"? —parecía sentir afecto por Philip, pero a un tiempo se mostraba con él como un padre cuyo hijo hubiera estado en la guerra y hubiera regresado a casa con un arma en el ceñidor y una mirada ligeramente peligrosa—. ¿Sabías que esto iba a suceder?

Philip se mostró algo confuso.

—No, no exactamente —dijo con tono inseguro—. Oí el rumor de que el conde Bartholomew era contrario al rey Stephen. —recuperó su compostura—. Todos debemos estar agradecidos por ello. Stephen ha prometido proteger a la Iglesia, en tanto que Maud posiblemente nos hubiera oprimido tanto como hizo su difunto padre. Sí, en realidad son buenas noticias —parecía tan complacido, como si lo hubiera hecho él mismo.

Tom no quería hablar del conde Bartholomew.

—Para mí no son buenas noticias. El conde me había contratado el día anterior para fortalecer las defensas del castillo. No recibí siquiera un día de paga —dijo.

—¡Qué lástima! —dijo Philip—. ¿Quién atacó el castillo?

—Lord Percy Hamleigh.

—¡Ah! —Philip asintió y de nuevo Tom tuvo la impresión de que sus noticias no hacían más que confirmar lo que Philip esperaba.

—Así que estáis haciendo algunas mejoras aquí —dijo Tom tratando de encauzar la conversación a su propio interés.

—Lo estoy intentando —dijo Philip.

—Estoy seguro de que querréis reconstruir la torre.

—Reconstruir la torre, reparar el tejado, pavimentar el suelo... sí, quiero hacer todo eso. Y tú naturalmente quieres el trabajo —añadió habiéndose dado cuenta al parecer del motivo de la presencia de Tom allí—. No se me había ocurrido. Desearía poder contratarte, pero me temo que no podría pagarte. Este monasterio está sin un penique.

Tom se sintió como si hubiera recibido un fuerte golpe. Había confiado en que en el monasterio encontraría trabajo, todo parecía indicarlo. Apenas podía creer lo que oía. Se quedó mirando a Philip.

En realidad era increíble que el priorato no tuviera dinero. El intendente había dicho que los monjes hacían todo el trabajo extra, pero aún así, un monasterio siempre podía pedir prestado a los judíos. Tom pensó que había llegado al término de su viaje. Lo que quiera que le hubiese mantenido en acción durante todo el invierno estaba agostado, y se sentía débil y sin voluntad. *Ya no puedo seguir,* se dijo, *estoy acabado*.

Philip se dio cuenta de su angustia.

—Puedo ofreceros cena, un lugar para dormir y el desayuno por la mañana —dijo.

Tom sintió una irritación amarga.

—Lo aceptaré, pero preferiría ganármelo —dijo.

Philip enarcó las cejas al percibir el tono irritado, pero habló con tono apacible.

—Pídeselo a Dios. Eso no es mendigar, es rezar.

Seguidamente salió de la habitación.

Los otros parecían algo asustados y Tom se dio cuenta de que debía haber revelado su enfado. Le molestaron todas las miradas fijas en él; salió del almacén unos pasos detrás de Philip, y quedó parado en el patio, mirando la grande y vieja iglesia, intentando dominar sus sentimientos.

Al cabo de un momento le siguieron Ellen y los niños. Ésta le rodeó la cintura con el brazo, con un gesto de consolación, lo que hizo que los novicios empezaran a murmurar entre sí y a darse codazos. Tom les ignoró.

—Rezaré —dijo con aspereza—. Rezaré para que un rayo derribe la iglesia y no deje piedra en pie.

Jack aprendió en los dos últimos días a temer al futuro.

Durante su corta vida jamás había tenido que pensar más allá del día siguiente, pero, de haberlo hecho, hubiera sabido qué podía esperar. En el bosque un día era muy parecido a otro, y las estaciones cambiaban lentamente. Ahora ya no sabía dónde estaría de un día para otro, que haría ni si comería. Lo peor de todo era sentirse hambriento. Jack había estado comiendo a hurtadillas hierba y hojas, para tratar de calmar los retortijones, pero le habían producido un dolor de estómago distinto y le hicieron sentirse

raro. Martha lloraba a menudo porque tenía mucha hambre. Jack y Martha siempre caminaban juntos. Ella confiaba en él, cosa que nunca había hecho con nadie. Sentirse inerme para aliviar su sufrimiento era peor que la propia hambre. Si hubieran seguido viviendo en la cueva él habría sabido a dónde ir para cazar patos, encontrar nueces o robar huevos. Pero en los pueblos, en las aldeas y en los caminos poco familiares que las unían Jack estaba perdido. Todo cuanto sabía era que Tom había de encontrar trabajo.

Pasaron la tarde en la casa de invitados. Era un edificio sencillo, de una sola habitación, con un suelo sucio y una chimenea en el centro, como las casas en las que vivían los campesinos, pero para Jack, que siempre había vivido en una cueva, aquello era realmente maravilloso. Tenía curiosidad por saber cómo habían hecho la casa y Tom se lo dijo. Se habían talado dos árboles jóvenes, y después de desbastarlos los habían unido formando ángulo. Luego se había hecho la misma operación con otros dos, colocándolos a cuatro yardas de distancia de los otros, uniendo luego ambos por la parte superior con una parhilera. Luego se fijaban unas tablillas ligeras paralelas a ésta, uniendo los árboles y formando un tejado en declive que llegaba hasta el suelo. Sobre las tablillas se colocaban bastidores rectangulares de juncos tejidos llamados zarzos y los impermeabilizaban con barro. Los aguilones de los extremos se hacían con estacas clavadas en la tierra, rellenando con barro los resquicios. En uno de los extremos había una puerta y no tenía ventanas.

La madre de Jack extendió paja limpia por el suelo y Jack encendió un fuego con el pedernal que siempre llevaba consigo. Cuando los otros no podían oírles, Jack preguntó a su madre por qué el prior no contrataba a Tom, cuando era evidente que había trabajo por hacer.

—Parece que prefiere ahorrar dinero durante todo el tiempo que la iglesia pueda seguir utilizándose —le dijo ella—. Si la iglesia se derrumbara se verían obligados a reconstruirla, pero como sólo se trata de la torre, pueden pasarse sin ella.

Cuando la luz del día empezaba a apagarse y llegaba al crepúsculo, llegó un pinche de cocina a la casa de invitados con un calderón de potaje y un pan tan largo como la estatura de un hombre, todo para ellos. El potaje estaba hecho con vegetales, hierbas y huesos de carne, y en su superficie sobrenadaba la grasa. El pan era pan bazo, hecho con todo tipo de grano, centeno, cebada y avena además de alubias y guisantes secos. Era el pan más barato, dijo Alfred pero a Jack, que hasta hace unos días nunca había probado el pan, le pareció delicioso. Jack comió hasta que le dolió la tripa y Alfred hasta que no quedó nada.

—De todas formas, ¿por qué se cayó la torre? —preguntó a Alfred cuando finalmente se sentaron junto al fuego para digerir su festín.

—Probablemente le caería un rayo —dijo Alfred—. O tal vez hubo un incendio.

—Pero en ella nada puede quemarse —protestó Jack—. Es toda de piedra.

—El tejado no es de piedra, estúpido —dijo Alfred desdeñoso—. El tejado es de madera.

Jack reflexionó un instante.

—¿Y si el tejado se quema entonces se viene abajo todo?

—A veces —dijo Alfred encogiéndose de hombros.

Guardaron silencio durante un rato. Tom y la madre de Jack estaban hablando en voz baja al otro lado del hogar.

—Es raro lo del bebé —dijo Jack.

—¿Qué es raro? —preguntó Alfred al cabo de un momento.

—Bueno, vuestro bebé se perdió en el bosque a millas de aquí, y ahora hay un bebé en el priorato.

Ni Alfred ni Martha parecieron dar importancia a aquella coincidencia, y Jack pronto se olvidó de ello.

Los monjes se fueron a dormir tan pronto como hubieron acabado de cenar, y no proporcionaron velas a los más humildes de los huéspedes, de manera que la familia de Tom permaneció sentada mirando el fuego hasta que se apagó. Entonces se tumbaron sobre la paja.

Jack permanecía despierto, pensando. Se le ocurrió que si la catedral ardiera esa noche todos sus problemas quedarían resueltos. El prior tendría que contratar a Tom para que reedificara la iglesia, todos ellos vivirían aquí, en esta hermosa casa, y tendrían potaje y pan bazo por los siglos de los siglos.

Si yo fuera Tom, pegaría fuego a la iglesia. Me levantaría sigilosamente, mientras todos durmieran, me escabulliría hasta la iglesia y le prendería fuego con el pedernal, luego volvería sin hacer ruido aquí mientras fuera extendiéndose y simularía estar dormido cuando sonase la alarma. Y cuando la gente empezara a arrojar baldes de agua a las llamas, como hicieron cuando el fuego en las cuadras del castillo del conde Bartholomew, yo me uniría a ellos como si también tuviera gran empeño en apagarlas.

Alfred y Martha estaban dormidos, Jack se dio cuenta por su respiración. Tom y Ellen hacían lo de siempre debajo de la capa (Alfred había dicho que se llamaba "joder"), y luego también ellos se durmieron. Al parecer Tom no pensaba en levantarse y prender fuego a la catedral.

Pero ¿qué iba a hacer? ¿Tendría la familia que recorrer los caminos hasta caer muertos de hambre?

Cuando todos estuvieron dormidos y pudo escuchar a los cuatro respirar con el ritmo lento y regular propio de un profundo y tranquilo sueño, a Jack se le ocurrió que él podía pegar fuego a la catedral. La sola idea hizo latir descompasadamente su corazón de miedo; podía levantarse con gran sigilo. Todas las ventanas de la casa de invitados estaban herméticamente cerradas para prevenir el frío, y la puerta estaba asegurada con una barra, pero probablemente podría quitarla y deslizarse sin despertar a nadie. Era posible que las puertas de la iglesia estuvieran cerradas, pero con toda seguridad habría alguna forma de entrar, sobre todo para alguien pequeño.

Una vez dentro él sabía cómo llegar al tejado. Había aprendido un montón de cosas durante las dos semanas con Tom. Éste se pasaba el tiempo hablando de construcciones, dirigiendo sobre todo sus observaciones a Alfred y, aunque éste no estaba interesado, Jack sí lo estaba. Descubrió, entre otras cosas, que todas las iglesias grandes tenían escaleras construidas en las paredes con el fin de poder llegar a las partes más altas en caso de reparaciones. Buscaría una escalera y subiría al tejado.

Se incorporó en la oscuridad, sin dejar de escuchar la respiración de los demás; podía reconocer la de Tom por el ligero silbido provocado, según decía su madre, por años de inhalar polvo de piedra.

Alfred emitió un fuerte ronquido y después dio media vuelta y se quedó de nuevo silencioso.

Cuando hubiera prendido el fuego tendría que volver rápidamente a la casa de invitados ¿Qué harían los monjes si le pescaban? En Shiring, Jack había visto a un muchacho de su edad atado y azotado por robar un cono de azúcar en una especiería. El muchacho había lanzado alaridos y la vara elástica le había hecho sangrar el trasero.

Aquello parecía mucho peor que los hombres matándose en una batalla, como hicieron en Earlcastle, y la imagen del chico sangrando le había atormentado. Le aterraba pensar que pudiera sucederle lo mismo.

Si hago esto, se dijo, *no se lo contaré a alma viviente.*

Volvió a tumbarse, se ciñó bien la capa y cerró los ojos.

Se preguntaba si la puerta de la iglesia estaría cerrada. De ser así, podría entrar por una de las ventanas. Nadie podría verle si se mantenía en la parte norte del recinto. El dormitorio de los monjes se encontraba en la zona sur de la iglesia, oculto por el claustro y por ese lado no había nada salvo el cementerio.

Decidió ir y echar un vistazo, sólo para ver si era posible.

Vaciló un momento y luego se levantó. La paja nueva crujió bajo sus pies. Escuchó de nuevo la respiración de los cuatro durmientes. Todo permanecía en el más absoluto silencio. Los ratones habían dejado de

moverse entre la paja. Dio un paso y escuchó de nuevo. Los otros dormían. Perdió la paciencia y dio tres pasos rápidos hacia la puerta. Cuando se detuvo los ratones habían decidido que no tenían nada que temer y habían empezado a escarbar de nuevo, pero la gente seguía durmiendo.

Palpó la puerta con las yemas de los dedos y luego deslizó las manos hacia abajo en busca de la barra. Era un travesaño de roble que descansaba sobre dos soportes parejos. Puso debajo de él las manos y lo levantó. Era más pesado de lo que había pensado y luego de levantarlo menos de una pulgada lo dejó caer de nuevo. El golpetazo, al volver a caer sobre los soportes, sonó muy fuerte. Se quedó rígido escuchando. La respiración sibilante de Tom dejó de oírse por un momento. *¿Qué diré si me cogen?* pensaba desesperado Jack. *Diré que iba a ir afuera... que iba a ir afuera... ya sé, diré que iba a hacer mis necesidades.* Se tranquilizó al haber pensado ya en una excusa.

Oyó a Tom darse la vuelta y esperó oír de un momento a otro su voz profunda y sorda. Pero no llegó, y Tom empezó de nuevo a respirar tranquilamente.

Los bordes de la puerta se destacaban bajo un plateado fantasmal. Debe de haber luna, se dijo Jack. Agarró de nuevo el travesaño, respiró hondo e hizo un esfuerzo por levantarlo. Esa vez estaba preparado para soportar su peso. Lo levantó y lo atrajo hacia sí aunque sin levantarlo lo suficiente y no pudo sacarlo de los soportes. Lo levantó una pulgada más y quedó libre. Lo mantuvo contra el pecho, aliviando de este modo el esfuerzo de los brazos. Luego dobló lentamente una rodilla, después la otra y dejó el travesaño en el suelo. Permaneció en esa posición unos momentos, intentando calmar su respiración, mientras sentía aliviarse el dolor de los brazos. Los demás no hacían ruido alguno, salvo los del sueño.

Jack abrió cauteloso una rendija de la puerta. Chirriaron los goznes de hierro al tiempo que entraba un soplo de aire frío. Se estremeció. Ciñéndose la capa abrió la puerta un poco más. Salió por la abertura y cerró tras de sí.

La nube se estaba abriendo y la luna aparecía y desaparecía en el turbulento cielo. Soplaba un viento frío. Por un momento Jack se sintió tentado de volver al calor sofocante de la casa. La enorme iglesia, con su torre derribada, planeaba sobre el resto del priorato, plateada y negra, bajo la luz de la luna, con sus poderosos muros y minúsculas ventanas, dándole un aspecto de castillo. Era fea.

Todo estaba tranquilo. Fuera de los muros del priorato, en la aldea, tal vez estuvieran trasnochando algunas personas, bebiendo cerveza al resplandor del hogar o cosiendo a la luz de velas de junco, pero en este otro lado nada se movía. Aun así Jack vaciló, mirando a la iglesia que le devolvió

acusadora la mirada como si supiera lo que tenía en la cabeza. Apartó con un encogimiento de hombros esa sensación fantasmal y atravesó la ancha pradera hasta el extremo oeste.

La puerta estaba cerrada.

Dio vuelta hasta el lado norte y miró las ventanas de la iglesia. Las ventanas de algunas iglesias estaban cubiertas con tejido transparente para que no pasara el frío, pero éstas no parecían tener nada. Eran bastante grandes para que él pudiera deslizarse a través de ellas, pero estaban demasiado altas para alcanzarlas. Exploró con los dedos las piedras, buscando grietas en el muro donde la argamasa se hubiera desprendido, pero no eran lo bastante grandes para poder afirmar los pies. Necesitaba algo para utilizarlo como escalera.

Pensó en coger algunas piedras desprendidas de la torre y construir una escalera improvisada, pero las que no estaban rotas eran demasiado pesadas y las que estaban rotas eran demasiado desiguales. Tuvo la impresión que durante el día había visto algo que podría servir perfectamente a su propósito, pero por más que se devanaba los sesos no lograba recordarlo. Era como intentar ver algo por el rabillo del ojo, siempre quedaba fuera de la vista. Miró hacia las cuadras a través del cementerio iluminado por la luna y de repente lo recordó. Un pequeño bloque de madera con dos o tres escalones para ayudar a subir a la gente baja a los grandes caballos. Uno de los monjes estuvo subido en él para cepillar las crines de un caballo.

Se encaminó a las cuadras. Era un lugar que probablemente no cerraban por la noche porque apenas había algo de valor que mereciera la pena robar. Caminaba sigiloso, pero a pesar de todo los caballos le oyeron y uno o dos empezaron a bufar y toser. Jack se detuvo asustado. Tal vez hubiera palafreneros durmiendo en el establo. Se paró un momento, aguzando el oído para descubrir algún ruido de movimiento humano, pero no se oyó ninguno y los caballos se quedaron tranquilos.

No veía el bloque de madera por ningún sitio. Tal vez estuviera adosado a la pared. Jack atisbó entre las sombras que proyectaba la luna. Resultaba difícil ver algo. Se acercó cauteloso a la cuadra recorriéndola de arriba abajo. Los caballos volvieron a oírle y en aquellos momentos su proximidad les ponía nerviosos. Uno de ellos relinchó. Jack se quedó rígido. Se oyó una voz de hombre: *Tranquilos, tranquilos.* Mientras permanecía allí como una estatua espantada, vio el bloque de madera ante sus mismas narices, tan cerca que si hubiera dado un paso más habría caído sobre él. Esperó unos momentos. De las cuadras no llegaba ruido alguno. Lo cogió y se lo cargó al hombro. Atravesó de nuevo la pradera en dirección a la iglesia. Las cuadras quedaron en silencio. Cuando hubo llegado al escalón superior del bloque, descubrió

que seguía sin ser lo bastante alto para alcanzar la ventana. Era irritante. Ni siquiera llegaba para ver a través de ella. Aún no había tomado la decisión final de llevar a cabo aquella hazaña, pero no quería que consideraciones prácticas se lo impidieran. Quería decidir por sí mismo. Hubiera deseado ser tan alto como Alfred.

Todavía podía probar otra cosa; retrocedió y tomando carrerilla, saltó a la pata coja sobre el bloque y tomó impulso hacia arriba. Llegó fácilmente al alféizar de la ventana y se agarró al marco de madera. Se aupó con un impulso hasta encontrarse a horcajadas sobre el alféizar. Pero cuando intentó deslizarse a través del hueco se encontró con una sorpresa. La ventana estaba bloqueada por una reja de hierro que no había visto desde fuera, seguramente porque era negra. Jack la palpó con las manos, arrodillado sobre el alféizar. No había forma de entrar por la ventana. Probablemente la habrían puesto a cosa hecha para evitar que la gente entrara cuando la iglesia estuviese cerrada.

Saltó al suelo decepcionado, cogió el bloque de madera y lo llevó de nuevo adonde lo había encontrado. Esta vez los caballos no hicieron el menor ruido.

Contempló la torre derribada en el lado noroeste, a mano izquierda de la puerta principal. Trepó cuidadosamente por encima de las piedras hasta el extremo del montón, atisbando en el interior de la iglesia, buscando la manera de entrar a través de los escombros. Cuando la luna se ocultó detrás de una nube esperó, tiritando, a que reapareciera. Le preocupaba el que su peso, no obstante lo pequeño que era, desequilibrara la posición de las piedras y se produjera un deslizamiento que despertaría a todo el mundo, si antes no le mataba.

Al reaparecer la luna examinó el montón y decidió arriesgarse. Empezó a subir con el corazón en la boca. La mayoría de las piedras estaban firmes, pero una o dos se balancearon bajo su peso. Era el tipo de ascensión con el que hubiera disfrutado a plena luz del día, pudiendo recibir ayuda en caso necesario y con la conciencia tranquila. Pero en aquellos momentos estaba demasiado nervioso y su habitual paso firme le había abandonado. Se deslizó por una superficie suave y estuvo a punto de caer. Fue cuando decidió detenerse. Se encontraba a bastante altura para mirar hacia abajo al tejado del pasillo que se prolongaba a todo lo largo del lateral norte de la nave. Esperaba que tal vez hubiera un agujero en el tejado, o posiblemente una brecha entre éste y el montón de escombros, pero no fue así. El tejado se mantenía incólume entre las ruinas de la torre y no parecía que hubiese brecha alguna por la que colarse. Jack se sintió decepcionado a medias, aunque también a medias aliviado.

Empezó a bajar de espaldas, mirando por encima del hombro en busca de puntos de apoyo. Cuanto más cerca estaba del suelo, mejor se sentía. Saltó los últimos pies y aterrizó contento en la hierba.

Volvió al lateral norte de la iglesia y caminó por allí. Durante las últimas dos semanas había visto varias iglesias y todas ellas tenían más o menos la misma forma. La parte más grande era la nave que siempre se encontraba hacia el oeste. Luego había dos brazos a los que Tom llamaba cruceros, apuntando uno hacia el Norte y el otro hacia el Sur. A la parte este se la llamaba presbiterio y era más corta que la nave. Kingsbridge se diferenciaba tan sólo en que su lado oeste tenía dos torres, una a cada lado de la entrada, como si hubieran de emparejarse con los cruceros.

En el crucero norte había una puerta que Jack intentó abrir, pero que la encontró cerrada con llave; siguió caminando hasta el lado este. Ninguna puerta. Se detuvo a mirar a través del herboso patio. En la parte más alejada del rincón sureste del priorato había dos casas, la enfermería y la casa del prior. Ambas estaban sumidas en la oscuridad y silenciosas; siguió andando en derredor del lado este y a lo largo del lateral sur del presbiterio hasta llegar junto al crucero sobresaliente sur. Al final del crucero, como la mano de un brazo, estaba el edificio redondo que llamaban sala capitular. Entre ésta y el crucero había un angosto pasaje que conducía al claustro; Jack lo atravesó.

Se encontró en un cuadrángulo cuadrado, con césped en el centro y una especie de corredor ancho, cubierto, todo en derredor. La piedra clara de los arcos presentaba un blanco fantasmal bajo la luz de la luna y el corredor en sombras estaba impenetrablemente oscuro. Jack esperó un momento a que se le acostumbraran los ojos.

Había desembocado en la parte este del cuadrado. A la izquierda podía distinguir la puerta que daba a la sala capitular. Más lejos, a su izquierda, en el extremo sur del paseo este pudo ver, frente a él, otra puerta que supuso sería la del dormitorio de los monjes. A su derecha otra puerta conducía al crucero sur de la iglesia. Intentó abrirla pero estaba cerrada con llave.

Avanzó por el paseo norte. Allí encontró una puerta que conducía a la nave de la iglesia; también estaba cerrada.

En el paseo oeste no encontró nada hasta llegar a la esquina suroeste donde dio con la puerta del refectorio. Pensó que habría una enorme cantidad de comida para alimentar cada día a todos aquellos monjes. Cerca había una fuente con una taza. Los monjes se lavaban allí las manos antes de las comidas.

Continuó andando por el lado sur del claustro. A medio camino había una arcada. Jack entró por ella y se encontró en un pequeño pasadizo, con el refectorio a la derecha y el dormitorio a la izquierda. Se imaginó a todos los

monjes profundamente dormidos, en el suelo, exactamente al otro lado del muro de piedra. Al final del pasadizo sólo había un declive embarrado que terminaba en el río. Jack permaneció allí un minuto mirando hacia abajo al agua, a unas cien yardas de distancia. Sin motivo especial alguno recordó una historia sobre un caballero a quien habían cortado la cabeza pero que seguía viviendo. Y sin quererlo se imaginó al descabezado caballero saliendo del río y subiendo la cuesta en dirección a él. Allí no había nada pero Jack todavía estaba asustado. Dio media vuelta y volvió presuroso al claustro. Allí estaba más seguro.

Vaciló debajo de la arcada escudriñando el cuadrángulo iluminado por la luna. Estaba convencido de que debía de haber alguna forma de meterse furtivamente en un edificio tan grande, pero no se le ocurría en qué otro sitio mirar. En cierto modo se sentía contento. Había pensado hacer algo aterradoramente peligroso y si era imposible tanto mejor. Por otra parte le espantaba la idea de dejar aquel priorato y por la mañana lanzarse de nuevo a los caminos. La andadura interminable, el hambre, la decepción, y la ira de Tom y las lágrimas de Martha. Todo ello podía evitarse con sólo una pequeña chispa del pequeño pedernal que colgaba del cinturón.

Por el rabillo del ojo vio moverse algo. Se sobresaltó y el corazón empezó a latirle con más fuerza. Al volver la cabeza vio horrorizado una figura fantasmal con una vela, que se deslizaba sigilosa a lo largo del paseo este en dirección a la iglesia. Le subió a la garganta un grito que a duras penas pudo contener. Otra figura siguió a la primera. Jack retrocedió bajo la arcada para no ser visto, llevándose el puño a la boca y mordiéndole con fuerza para no gritar. Escuchó algo así como lamentos fantasmales. Se quedó mirando con auténtico terror. Entonces se dio cuenta de lo que pasaba. Lo que estaba viendo era una procesión de monjes que iban del dormitorio a la iglesia para el oficio divino de medianoche, al tiempo que cantaban un himno. Durante un momento persistió la sensación de pánico aunque supiera lo que estaba viendo. Luego le embargó el alivio y empezó a temblar de manera incontrolada.

El monje a la cabeza de la procesión abrió la puerta de la iglesia con una enorme llave de hierro, y los monjes desfilaron a través de ella. Ninguno se volvió a mirar en dirección a Jack. La mayoría de ellos parecían medio dormidos. No cerraron la puerta una vez hubieron entrado todos.

Cuando hubo recobrado la compostura Jack se dio cuenta de que ya tenía el paso libre a la iglesia; sentía las piernas demasiado débiles para andar. *Ahora puedo entrar*, se dijo. *No tengo que hacer nada una vez dentro. Miraré si es posible llegar al tejado. Es posible que no prenda fuego, que sólo eche un vistazo.*

Respiró hondo y luego, saliendo de debajo de la arcada, caminó a través del cuadrángulo. Vaciló ante la puerta abierta atisbando a través de ella. Había velas encendidas en el altar y en el coro donde los monjes permanecían en pie en sus respectivos puestos, pero su luz sólo formaba pequeños claros en el centro de aquel espacio grande y vacío, dejando los muros y los pasillos en la más completa oscuridad.

Uno de los monjes estaba haciendo algo incomprensible en el altar. Y los otros entonaban de vez en cuando algunas frases de una especie de galimatías. A Jack le parecía increíble que la gente se levantara de sus camas bien calientes en plena noche para hacer algo semejante.

Se deslizó a través de la puerta y permaneció pegado a la pared.

Ya estaba dentro. La oscuridad le ocultaba. Sin embargo no le convenía quedarse allí porque los monjes le verían cuando salieran. Penetró más adentro. La llama temblorosa de las velas arrojaba sombras inquietantes. El monje que estaba en el altar hubiera podido ver a Jack de haber levantado la mirada, pero parecía completamente absorto en lo que estaba haciendo. Jack se fue trasladando rápidamente del refugio que le brindaba un pilar al del siguiente, deteniéndose un momento entre ambos para que sus movimientos fueran irregulares, coincidiendo con las oscilaciones de las sombras. La luz fue haciéndose más brillante a medida que se acercaba al cruce. Jack tenía miedo de que el monje que estaba en el altar levantara de repente la cabeza, le viera, se lanzara a través del crucero y le agarrara por el pescuezo.

Alcanzó la esquina y se sumergió agradecido en las sombras más profundas de la nave.

Se detuvo un momento sintiéndose aliviado. Luego retrocedió a lo largo del pasillo hacia el extremo oeste de la iglesia, siempre deteniéndose de manera irregular, como haría si estuviera cazando un ciervo al acecho. Cuando se encontró en la zona más alejada y oscura de la iglesia se sentó en el plinto de una columna a esperar que terminara el oficio divino.

Metió la barbilla dentro de la capa y respiró hacia el pecho para calentarse. Su vida había cambiado tanto en las dos últimas semanas que le parecía que habían pasado años desde que vivía contento con su madre en el bosque. Sabía que jamás volvería a sentirse seguro.

Ahora que ya sabía de hambre, frío, peligro, y desesperación, siempre tendría miedo de ellos.

Atisbó desde un costado del pilar. En la parte superior del altar, donde las velas brillaban más que en cualquier otra parte, apenas podías distinguir el alto techo de madera. Jack sabía que las iglesias más nuevas tenían bóvedas de piedra, pero Kingsbridge era vieja. Ese techo de madera ardería bien.

No voy a hacerlo, se dijo.

Tom se sentiría feliz si la catedral ardiera. Jack no estaba seguro de si Tom le resultaba simpático; era demasiado enérgico, mandón y violento. Jack estaba acostumbrado a las maneras más apacibles de su madre. Pero Tom había impresionado a Jack, casi le había maravillado. Los únicos hombres que hasta entonces había conocido eran proscritos, hombres peligrosos y embrutecidos que sólo se detenían ante la violencia y la astucia, hombres para quienes el logro supremo era apuñalar a alguien por la espalda. Tom era un nuevo tipo de persona, orgulloso e intrépido, incluso sin armas. Jack jamás olvidaría la forma en que Tom se había enfrentado a William Hamleigh, aquella vez en que Lord William había querido comprar a su madre por una libra; lo que se le quedó grabado vívidamente en la mente fue que Lord William había tenido miedo. Jack había dicho a su madre que nunca se hubiera imaginado que un hombre pudiera ser tan valiente como Tom.

—Por eso hemos tenido que abandonar el bosque. Necesitas a un hombre de quien tomar ejemplo —le dijo ella.

A Jack aquella observación le dejó perplejo, pero era verdad que le hubiera gustado hacer algo que impresionara a Tom. Aunque prender fuego a la catedral no era lo más acertado. Sería mejor que nadie se enterara, al menos durante muchos años. Pero quizás llegara el día en que Jack dijera a Tom: *¿Recuerdas la noche que ardió la catedral de Kingsbridge y el prior te contrató para que la reconstruyeras y al fin todos tuvimos comida, vivienda y seguridad? Bueno, tengo que explicarte cómo empezó aquel fuego.* Sería un momento realmente grande.

Pero no me atrevo a hacerlo, se dijo.

Callaron los cánticos y hubo un ruido como de arrastrar de pies, como si los monjes abandonaran sus sitios. El oficio divino había terminado. Jack cambió de posición para mantenerse fuera de la vista mientras salían.

A medida que salían soplaban las velas en los puestos del coro, pero dejaron una encendida en el altar. Se oyó el golpe al cerrarse la puerta. Jack esperó un poco más por si alguien se hubiera quedado dentro. Durante mucho rato no se oyó sonido alguno. Finalmente Jack salió de detrás del pilar.

Jack subió por la nave. Tenía una sensación extraña al estar allí solo en aquel edificio grande, frío y vacío. *Así es como deben de sentirse los ratones,* se dijo, *escondiéndose por los rincones cuando la gente anda por ahí y saliendo cuando se han ido*. Llegó hasta el altar y cogió la vela gruesa y brillante y se sitió mejor. Con la vela en la mano empezó a inspeccionar el interior de la iglesia. En el rincón, donde la nave se unía con el crucero sur, el sitio donde más había temido que le descubriera el monje del altar, había una puerta en la pared con un sencillo picaporte. Lo accionó y la puerta se abrió.

La luz de su vela descubrió una escalera de caracol, tan angosta que un hombre gordo no hubiera podido subir por ella, y tan baja que Tom hubiera tenido que hacerlo encorvado. Jack subió por ella.

Salió a una galería estrecha. En un lado, una hilera de pequeños arcos daban a la nave. En el otro, el techo descendía desde la parte superior de los arcos hasta el suelo, que no era llano sino curvado hacia abajo en cada lado. Jack necesitó un momento para darse cuenta de dónde se encontraba. Estaba encima del pasillo de la parte sur de la nave. El techo en forma de túnel abovedado del pasillo era el suelo curvo sobre el que se encontraba. El pasillo era mucho más bajo que la nave así que todavía le quedaba por recorrer mucho trecho desde el tejado principal del edificio.

Fue explorando en dirección oeste a lo largo de la galería. Resultaba realmente excitante ahora que los monjes se habían ido y ya no tenía miedo de que le descubrieran. Era como si hubiese trepado a un árbol y descubierto que en su misma copa, oculto a la vista por las ramas bajas, todos los árboles estuvieran conectados y uno pudiera pasearse por un mundo secreto a sólo unos pies de la tierra.

Al final de la galería había otra puerta pequeña. La atravesó y se encontró en el interior de la torre suroeste, la que no se había derrumbado. El lugar donde se hallaba no estaba destinado desde luego a que nadie lo viera, porque era tosco y no estaba terminado, y en lugar de suelo había vigas con anchos huecos entre ellas. Adosado al muro había un tramo de escalones de madera, una escalera sin barandilla. Jack subió por ella.

A medio camino de un muro había una pequeña abertura en arco. La escalera pasaba justamente por su lado. Jack metió por ella la cabeza levantando su vela. Se encontraba en el espacio del tejado, sobre el techo de madera y debajo del tejado de chapa. Al principio no percibió fin alguno en aquella mezcolanza de vigas de madera, pero al cabo de un momento descubrió la estructura. Inmensas vigas de roble, de un pie de ancho y dos de alto cruzaban la nave a lo ancho, de un extremo al otro. Encima de cada viga dos poderosos cabrios formaban con ella un triángulo. La hilera regular de triángulos se alargaba más allá de la luz de la vela. Mirando hacia abajo, entre las vigas, podía distinguir la parte posterior del techo de madera pintada de la nave, que estaba fijado en los bordes inferiores de las vigas transversales.

En el borde del espacio del tejado, en la esquina de la base del triángulo, había un pasadizo. Jack gateó hasta él a través de la pequeña abertura. Había espacio justo para que pudiera ponerse en pie, un hombre hubiera tenido que ir completamente encorvado. Anduvo un trecho. Había suficiente madera para un fuego. Olfateó intentando identificar el extraño olor que flotaba en el aire.

Llegó a la conclusión de que era brea. Las vigas del tejado estaban embreadas. Arderían como la yesca.

Le sobresaltó un repentino movimiento en el suelo y el corazón empezó a latirle con fuerza. Pensó en el caballero descabezado del río y en los monjes fantasmales por el claustro. Luego recordó a los ratones y se sintió mejor. Pero al mirar con más cuidado descubrió que eran pájaros. Debajo de los aleros había nidos.

El espacio del tejado seguía la forma de la iglesia abajo, con dos brazos sobre los cruceros. Jack llegó hasta el cruce y permaneció en pie en el rincón. Se dio cuenta de que debía de estar directamente encima de la pequeña escalera de caracol que le había conducido desde el nivel del suelo hasta la galería. Si decidiera pegar fuego, allí sería el mejor sitio. Desde allí podría extenderse en cuatro direcciones: al oeste a lo largo de la nave, al sur por el crucero sur, y a través del cruce al presbiterio y al crucero norte.

Las principales vigas del tejado estaban hechas de corazón de roble y aunque estaban embreadas, tal vez no se prendieran con la llama de una vela. Pero debajo de los aleros había un montón de astillas y virutas de madera, trozos de cuerda, sacos y nidos de pájaros abandonados, todo lo cual serviría perfectamente de mecha. Lo único que tendría que hacer sería amontonarlo.

La vela se estaba consumiendo.

Parecía muy fácil. Amontonar todos aquellos desperdicios, acercar la llama de la vela e irse. Atravesar el recinto como un fantasma, deslizarse en la casa de invitados, atrancar la puerta, acurrucarse en la paja y esperar a que dieran la alarma.

Pero si le veían...

Si le pillaban en ese momento podría decir sencillamente que estaba explorando la catedral, y sólo le azotarían. Pero si le descubrían pegando fuego a la iglesia harían algo más que azotarle. Recordó al ladrón de azúcar en Shiring y cómo le sangraba el trasero.

Recordaba algunos de los castigos infligidos a los proscritos. A Farad Openmouth le cortaron los labios, Jack Flathat había perdido una mano y a Alan Catface le habían colocado en los cepos y apedreado, y desde entonces nunca pudo volver a andar bien. Aún peor eran las historias de quienes no habían sobrevivido a los castigos. A un asesino lo ataron a un barril tachonado de puntas y lo lanzaron rodando colina abajo, de manera que todas las puntas se le clavaron en el cuerpo, a un ladrón de caballos le habían quemado vivo, a una prostituta ladrona la habían empalado en una estaca en punta. ¿Qué le harían a un muchacho que hubiese prendido fuego a una iglesia?

Empezó a recoger pensativo todos los desperdicios inflamables de debajo de los aleros, amontonándolos en el pasadizo, debajo exactamente de uno de los cabrios más fuertes.

Una vez que los hubo amontonado hasta una altura de un pie se sentó y se quedó mirándolos.

Su vela estaba en las últimas. Dentro de unos momentos habría perdido la oportunidad.

Con un ademán rápido acercó la llama a un trozo de saco. Se prendió. La llama se extendió rápidamente por unas virutas de madera y luego a un nido seco y abandonado de pájaro. Y en un instante la pequeña fogata empezó a arder alegremente.

Aun podría apagarlo, pensó Jack.

Tal vez aquella mecha estuviera ardiendo demasiado deprisa. A ese paso se apagaría antes de que la madera del tejado empezara a quemarse. Jack recogió presuroso más desperdicios añadiéndolos al montón. Las llamas subieron más alto. *Aún puedo apagarlo*, pensó. La brea de la viga empezó a ennegrecerse y a echar humo. Se quemaron los desechos. *Ahora puedo dejar que se apague el fuego*, pensó. Pero entonces vio que el pasadizo estaba ardiendo. Aun así podría ahogar el fuego con mi capa, se dijo. Pero en lugar de ello arrojó más desperdicios al fuego y se quedó mirando cómo subían las llamas. En el pequeño ángulo de los aleros, la atmósfera estaba caliente y humeante, aunque el glacial aire nocturno estaba sólo a una pulgada, al lado del tejado. Algunas vigas más pequeñas a las que estaban clavadas las chapas del tejado empezaron a arder. Y finalmente apareció una llama temblorosa en la maciza viga principal.

La catedral ardía.

Ya lo había hecho. No cabía retroceder.

Jack estaba asustado. Quería estar envuelto en su capa, acurrucado en un pequeño hueco en la paja, con los ojos fuertemente cerrados y escuchando en derredor suyo la tranquila respiración de los otros.

Retrocedió a lo largo del pasadizo.

Al llegar al final miró hacia atrás. Le sorprendió lo rápido que se estaba propagando el fuego, tal vez debido a la brea con que estaba embadurnada la madera. Todas las vigas pequeñas ardían, las grandes empezaban a prenderse y el fuego se extendía a lo largo del pasadizo. Jack le dio la espalda.

Se metió en la torre y bajó las escaleras, luego corrió a lo largo de la galería sobre el pasillo y bajó presuroso la escalera de caracol hasta el suelo de la nave. Alcanzó corriendo la puerta por la que había entrado.

Estaba cerrada.

Entonces comprendió su estupidez. Los monjes la habían abierto con una llave al entrar, cerrándola de nuevo al salir.

El miedo le dejó un amargor de bilis en la boca. Había prendido fuego a la iglesia y ahora se encontraba encerrado dentro.

Luchó contra el pánico y trató de pensar. Desde fuera había probado todas las puertas, encontrándolas cerradas, pero tal vez alguna de ellas lo estuviera por dentro con trancas en lugar de llave y podría abrirse desde el interior.

Atravesó presuroso el cruce hasta el crucero norte y examinó la puerta en el pórtico norte. Estaba cerrada con llave. Cruzó corriendo la nave en sombras hasta el extremo oeste e intentó abrir cada una de las entradas públicas. Las tres puertas estaban cerradas con llave; por último lo intentó con la pequeña puerta que conducía al pasillo sur desde el paseo norte del cuadrado del claustro; también ésa estaba cerrada con llave.

¿Qué voy a hacer?, se dijo

¿Se despertarían los monjes y correrían a apagar el incendio tan dominados por el pánico que apenas se dieran cuenta de que un muchacho pequeño salía a hurtadillas por la puerta? ¿O le descubrirían de inmediato y le agarrarían, lanzando a gritos acusaciones contra él?; también podía suceder que siguieran dormidos, inconscientes hasta que todo el edificio se hubiera derrumbado y Jack yaciera aplastado por un montón inmenso de piedras.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y deseó no haber acercado jamás la llama de la vela a aquel gran montón de desperdicios. Miró frenético en derredor ¿Le oiría alguien si se asomara por una ventana y chillara?

Se oyó un estrépito arriba. Al levantar la vista vio que en el techo de madera había un agujero donde una de las vigas había caído sobre él perforándolo. El agujero parecía una mancha roja sobre un fondo negro. Un momento después se produjo otro estruendo. Una inmensa viga atravesó el techo y, girando sobre sí misma en el aire, se estrelló contra el suelo con un golpazo que estremeció las poderosas columnas de la nave; detrás de ella hubo una rociada de chispas y rescoldos ardiendo. Jack escuchó a la espera de gritos, peticiones de ayuda o el tañido de una campana, pero no hubo nada de eso. No habían oído el estruendo. Y si aquello no les había despertado, ciertamente no oirían sus gritos.

Voy a morir aquí, se dijo en el paroxismo del terror, *voy a achicharrarme o a quedar aplastado a menos que encuentre una salida.*

Pensó en la torre destruida. La había examinado desde fuera y no había descubierto hueco alguno para entrar, pero se había mostrado muy cauteloso por miedo a caer y provocar un desprendimiento de tierra. Tal vez si volviera a mirar, esta vez desde dentro, pudiera encontrar algo que se le hubiera

pasado por alto. Y acaso la desesperación le ayudara a colarse por donde antes no viera brecha alguna.

Corrió hacia el extremo oeste. Los destellos del fuego que llegaban a través del agujero en el techo, combinados con las llamas de la viga que había caído al suelo de la nave, daban una mayor luz que la de la luna, y el borde de la arcada brillaba dorado en lugar de plateado. Jack examinó el montón de piedras que un día fueran la torre del noroeste; parecían formar un sólido muro. No había forma de salir. Siguiendo un loco impulso abrió la boca y gritó ¡*Madre*!, a pleno pulmón, aunque sabía que no le iba a oír.

De nuevo luchó contra el pánico que le embargaba. Algo se agitaba en el fondo de su mente que no lograba materializar; había logrado entrar en la otra torre, la que todavía estaba en pie, recorriendo la galería que había sobre el pasillo sur. Si ahora la volviera a recorrer pero en sentido contrario sobre el pasillo norte tal vez pudiera encontrar una brecha en aquel montón de escombros, una brecha que acaso no fuera visible desde el suelo. Volvió corriendo al cruce, permaneciendo bajo la protección del pasillo norte por si se estrellaban nuevas vigas encendidas después de atravesar el techo. En ese lado debía de haber una puerta pequeña y una escalera de caracol, como en el otro. Llegó a la esquina de la nave y al crucero norte. No veía puerta alguna. Miró alrededor de la esquina sin descubrir tampoco ninguna. No podía creer en su mala suerte. Era un estúpido, ¡tenía que haber una salida a la galería!

Pensaba denodadamente, luchando por conservar la calma. Había una manera de entrar en la torre derruida, sólo tenía que encontrarla. *Puedo volver al espacio del tejado a través de la torre del suroeste todavía en pie* - se dijo. *Puedo cruzar al otro lado del espacio del tejado. Debe de haber una pequeña abertura en ese lado, dando paso a la torre noroeste derruida. Eso podría proporcionarme una salida*. Miró temeroso al techo. El fuego debía de haberse convertido ya en un infierno. Pero no podía pensar en otra alternativa.

Primero había de atravesar la nave. Miró de nuevo hacia arriba. Hasta donde podía ver no había nada que pudiera desplomarse de inmediato. Respiró hondo y salió disparado hacia el otro lado. Nada le cayó encima.

Ya en el pasillo sur abrió la pequeña puerta y subió corriendo la escalera de caracol. Cuando llegó al final y entró en la galería notó el calor del incendio de arriba. Pasó corriendo la galería, atravesó la puerta que daba a la torre que todavía se conservaba erguida y subió corriendo las escaleras.

Agachó la cabeza y se arrastró a través del pequeño arco hasta el espacio del tejado. Hacía mucho calor y estaba lleno de humo. Toda la madera de arriba estaba en llamas y en el extremo más alejado las vigas más grandes

ardían con fuerza. El olor a brea le hizo toser. Vaciló sólo un instante, luego se subió a uno de los grandes travesaños que cruzaban la nave y empezó a caminar por él. En cuestión de segundos quedó empapado de sudor a causa del calor, y los ojos se le pusieron llorosos de tal forma que apenas podía ver a dónde iba. Al toser, uno de los pies se le salió del travesaño, haciéndole dar un traspié de costado. Cayó con un pie en el travesaño y el otro fuera. El pie derecho aterrizó en el techo y se dio cuenta horrorizado que atravesaba la madera podrida. En su mente pasó como un relámpago la altura de la nave y hasta dónde caería si atravesara el techo; gritó mientras volteaba hacia delante, con los brazos extendidos, imaginándose dando vueltas y más vueltas en el aire, como había hecho la viga al caer. Pero la madera resistió su peso.

Permaneció allí petrificado, muerto de miedo, apoyándose en las manos y en una orilla mientras que con el otro pie había perforado el techo. Luego, el calor achicharrante del fuego le hizo volver a la realidad. Sacó el pie del agujero con extremo cuidado. Luego avanzó a gatas hacia delante.

Mientras se acercaba al otro lado, algunas vigas grandes se desplomaron dentro de la nave. Todo el edificio pareció estremecerse y la viga debajo de Jack tembló como la cuerda de un arco. Se detuvo aferrándose a ella. Siguió arrastrándose y un momento después alcanzaba el pasadizo del lado norte.

Si su suposición resultaba equivocada y no había abertura alguna para pasar a las ruinas de la torre noroeste, habría de volver atrás. Mientras permanecía allí en pie, sintió una ráfaga de frío aire nocturno. Debía de haber alguna brecha. Pero ¿sería lo bastante grande para un muchacho pequeño?

Dio tres pasos en dirección oeste y se detuvo en el mismo borde del vacío.

Se encontró mirando a través de un inmenso agujero a las ruinas de la torre derruida iluminadas por la luz de la luna. Se le aflojaron las rodillas por el alivio. Estaba fuera de aquel infierno. Pero se encontraba a gran altura, a nivel del tejado y la parte superior del montón de escombros estaba muy lejos debajo de él, demasiado lejos para saltar. Ahora podía escapar de las llamas pero ¿le sería posible llegar al suelo sin romperse el cuello?; detrás de él las llamas avanzaban rápidas y el humo salía a oleadas por la brecha en la que se encontraba.

Esa torre tuvo un día una escalera adosada al interior de su muro como aun tenía la otra torre, pero casi toda la escalera quedó destruida con el derrumbamiento. Sin embargo, allí donde los peldaños de madera se habían fijado en el muro con argamasa, sobresalían algunos muñones de madera, algunos de tan sólo una o dos pulgadas de largo, y otros algo más. Jack se preguntó si podría bajar por aquellos fragmentos de peldaños. Sería un

descenso precario. Se dio cuenta de que olía a quemado. Su capa empezaba a ponerse caliente. Un momento más y se prendería. No tenía elección.

Se sentó y buscó el muñón más próximo. Se aferró a él con ambas manos, y luego alargó una pierna hasta encontrar un apoyo firme para el pie. Luego bajó el otro pie. Tanteando con el pie, descendió un peldaño. Los muñones resistieron. Volvió a intentarlo, tanteando la firmeza del siguiente muñón antes de descargar sobre él su peso.

Éste parecía algo inseguro. Puso el pie con cautela, agarrándose con fuerza por si llegaba a encontrarse colgando de las manos. Cada uno de los peligrosos pasos que daba hacia abajo le acercaba más al montón de escombros. A medida que iba bajando los muñones se hacían más pequeños, como si los de abajo hubieran sufrido más los estragos del derrumbamiento. Puso su bota de fieltro sobre un muñón no más ancho que la punta de su pie y cuando descargó su peso en él, el pie se le escurrió. El otro lo tenía sobre un muñón más grande, pero de repente descargó su peso en él y se rompió. Intentó sujetarse con las manos, pero como aquellos fragmentos eran tan pequeños, le fue imposible agarrarlos con fuerza y sintió aterrado que se deslizaba de su precario asidero y caía por los aires.

Dio con sus huesos en el montón de escombros. Por un instante se sintió tan sobrecogido y aterrado que pensó estar muerto. Pero luego se dio cuenta de que había tenido la suerte de caer bien. Le escocían las manos y con toda seguridad tendría las rodillas llenas de rasguños, pero por lo demás se encontraba bien.

Al cabo de un momento descendió por el montón de escombros salvando de un salto los últimos pies hasta el suelo. Estaba a salvo. El alivio hizo que le flaquearan las piernas. Sentía deseos de volver a gritar; había escapado. Se sentía orgulloso. ¡Menuda aventura que había corrido!

Pero aún no había pasado todo. Donde él se encontraba tan sólo llegaba una vaharada de humo, pero el ruido del fuego, tan ensordecedor dentro del espacio del tejado, allí sólo sonaba como un viento lejano. Únicamente los destellos rojizos detrás de las ventanas revelaban que la iglesia estaba en llamas.

Pero aquellos últimos temblores debían de haber perturbado el sueño de alguien, y en cualquier momento algún monje legañoso saldría medio dormido del dormitorio preguntándose si el terremoto que había sentido era real, o tan sólo una pesadilla. Jack había pegado fuego a la iglesia, un crimen atroz a los ojos de los monjes. Tenía que largarse rápidamente.

Atravesó corriendo el césped hasta la casa de invitados. Todo seguía tranquilo y silencioso. Se detuvo jadeante delante de ella. Si seguía respirando de aquel modo despertaría a todo el mundo. Intentó hacerlo con

calma, pero resultó peor. Había que quedarse allí hasta que volviera a respirar con normalidad. El tañido de una campana rompió el silencio y siguió sonando apremiante en inconfundible alarma. Jack se quedó helado. Si entraba en ese momento se darían cuenta. Pero si no lo hacía...

Se abrió la puerta de la casa y apareció Martha. Jack se la quedó mirando aterrado.

—¿Dónde has estado? —le preguntó la niña con voz muy queda—. Hueles a humo.

A Jack se le ocurrió una mentira plausible.

—Sólo he salido un momento —dijo desesperado—. Oí la campana.

—Mentiroso —dijo Martha—. Has estado fuera un montón de tiempo. Lo sé porque estaba despierta.

Jack se dio cuenta que era inútil querer engañarla.

—¿Estaba alguien más despierto? —preguntó temeroso.

—No, sólo yo.

—No les digas que he salido. ¿Querrás?

La niña percibió el miedo en su voz y trató de tranquilizarle.

—Bueno. Será un secreto. No te preocupes.

—¡Gracias!

En aquel momento apareció Tom, rascándose la cabeza.

Jack estaba asustado. ¿Qué pensaría Tom?

—¿Qué pasa? —preguntó Tom somnoliento. Husmeó el aire—. Huele a humo.

Jack señaló la catedral con un dedo tembloroso.

—Creo... —empezó a decir y luego tragó saliva. Se dio cuenta con una sensación de alivio que todo iba a salir bien. Tom daría por sentado que Jack acababa de levantarse como Martha. Así que habló de nuevo, esa vez con tono más tranquilo—. Mira la iglesia. Creo que está ardiendo.

2

Philip todavía no se había acostumbrado a dormir solo. Echaba de menos la atmósfera cargada del dormitorio, el ruido de los demás moviéndose y roncando, el alboroto cuando uno de los monjes de más edad había de levantarse para ir a la letrina, seguido habitualmente por los demás monjes de edad, una procesión normal que siempre divertía a los más jóvenes. Estar solo al anochecer no le molestaba porque se encontraba cansado hasta el agotamiento, pero en plena noche, después de haber asistido completamente despierto al servicio divino, le resultaba difícil conciliar el sueño. En lugar de volver a meterse en el inmenso y suave lecho (resultaba algo embarazoso lo

pronto que se había acostumbrado a eso), encendía el fuego y leía a la luz de la vela o se arrodillaba para orar, o se sentaba a pensar.

Tenía mucho en qué pensar. Las finanzas del priorato estaban en peores condiciones de lo que había pensado. El principal motivo era, con toda probabilidad, que la organización en su conjunto generaba muy poco dinero. Poseían vastas extensiones de terreno, pero muchas de las granjas estaban alquiladas a precios muy bajos y a muy largo plazo, y algunas pagaban el alquiler en especies... tantos sacos de harina, tantos barriles de manzanas, tantas carretas de nabos. Las granjas que no estaban alquiladas las llevaban los monjes, pero nunca parecían capaces de producir un excedente de artículos para la venta.

La otra partida importante del priorato la constituían las iglesias que tenían en propiedad y de las que recibían los diezmos. Por desgracia, la mayoría de ellas estaban bajo el control directo del sacristán, y a Philip le era difícil averiguar cuánto gastaba exactamente. No había cuentas registradas por escrito. Sin embargo resultaba evidente que el ingreso del sacristán era muy escaso o su administración rematadamente mala para mantener en buen estado la iglesia catedral, aunque al correr de los años el sacristán había logrado obtener una impresionante colección de valiosos ornamentos y vasos incrustados de piedras preciosas.

A Philip le resultaba imposible conocer todos esos detalles hasta que tuviera tiempo de hacer un recorrido por todas las extensas propiedades del monasterio, pero en líneas generales eran de una claridad meridiana. Y el viejo prior había estado recibiendo dinero durante algunos años, de prestamistas de Winchester y Londres, tan sólo para poder hacer frente a los gastos cotidianos. Philip se había sentido enormemente deprimido al comprender la gravedad de la situación.

Pero a medida que reflexionaba y rezaba, la solución fue aclarándose. Había concebido un plan en tres etapas. Empezaría por hacerse cargo personalmente de las finanzas del priorato. En ese momento cada uno de los funcionarios monásticos controlaba parte de la propiedad y cubría con los ingresos de la misma su responsabilidad: el intendente, el sacristán, el maestro de invitados, el maestro de novicios y el enfermero. Todos ellos tenían "sus" granjas e iglesias. Ni que decir tiene que ninguno de ellos confesaría nunca tener demasiado dinero, y si les quedaba algún excedente tenían buen cuidado de gastarlo por temor a que les quitaran algo. Philip había decidido nombrar a un nuevo funcionario, al que se designaría con el título de recaudador, cuya tarea consistiría en recibir todo el dinero a que tenía derecho el priorato, sin excepción alguna, entregando luego a cada uno de los funcionarios exactamente lo que necesitara.

Naturalmente el recaudador había de ser alguien en quien Philip confiara plenamente. Al principio se sintió inclinado a asignar dicho trabajo a Cuthbert Whitehead, el intendente, pero luego recordó la aversión de Cuthbert a hacer nada por escrito. No servía. Porque en adelante todos los ingresos y salidas se inscribirían en un gran libro.

Philip había decidido asignar la tarea al joven encargado de cocina, el hermano Milius. A los demás funcionarios monásticos no les gustaría la idea fuera quien fuese quien desempeñara el cargo, pero Philip era quien mandaba y en cualquier caso, la mayoría de los monjes que sabían o sospechaban que el priorato tenía dificultades, apoyarían la reforma. Una vez que tuviera el control del dinero, pondría en práctica la segunda etapa de su plan.

Todas las granjas que se encontraran alejadas serían arrendadas mediante pago en metálico del arriendo. Había en Horkshire una propiedad del priorato que pagaba un "alquiler" de doce corderos que enviaban religiosamente cada año hasta Kingsbridge, pese a que el costo del transporte era superior al valor de los corderos y además la mitad de ellos morían durante el camino. En el futuro tan sólo las granjas más cercanas producirían alimentos para el priorato. También pensaba cambiar el sistema vigente según el cual cada granja producía de todo un poco: algo de grano, algo de carne, algo de leche y así sucesivamente. Durante años, Philip había considerado un derroche semejante sistema. Con este sistema cada una de las granjas sólo llegaba a producir lo suficiente de cada producto para sus propias necesidades. O acaso fuera mejor decir que cada granja se las arreglaba siempre para consumir casi todo lo producido. Philip quería que cada granja se dedicara a una sola cosa. Todo el grano se cultivaría en un grupo de aldeas, en Somerset, donde el priorato tenía también en propiedad varios molinos. Las exuberantes laderas de Wiltshire proporcionarían pastos para el ganado, que a su vez proporcionaría mantequilla y carne. La pequeña celda de St-John-in-the-Forest criaría cabras y haría queso.

Pero el proyecto más importante de Philip era el de destinar las granjas de segunda clase, aquellas de terrenos pobres o mediocres, en especial las propiedades en las colinas, a la crianza de ovejas. Había pasado su adolescencia en un monasterio que criaba ovejas. Todo el mundo las criaba en aquella zona de Gales, y había visto cómo el precio de la lana subía despacio aunque de manera constante, año tras año desde que él podía recordar hasta el presente. Llegaría un momento en que las ovejas podrían resolver, de forma permanente, el problema económico del priorato.

Ésa era la etapa segunda del plan. La tercera era la demolición de la iglesia catedral y la construcción de una nueva. La iglesia actual era vieja, fea y poco práctica, y el mero hecho de que la torre noroeste se hubiera

desplomado era señal inequívoca de que toda la estructura era deleznable. Las iglesias modernas eran más altas, más largas, y sobre todo tenían más luz. También se las diseñaba para mostrar las tumbas importantes y las reliquias sagradas que los peregrinos acudían a visitar. Además, las catedrales iban teniendo cada vez más, pequeños altares adicionales y capillas especiales dedicadas a santos particulares. Una iglesia bien proyectada, que respondiera a las cada vez más numerosas demandas de las congregaciones actuales, atraería muchos más devotos y peregrinos que los que Kingsbridge atraía en la actualidad. Y al hacerlo así, a la larga, ella misma podría subvenir a sus propias necesidades. Cuando Philip hubiera estabilizado e impulsado la economía del priorato, construiría una nueva iglesia que simbolizaría la regeneración de Kingsbridge.

Sería su realización suprema.

Pensaba que dentro de unos diez años tendría dinero suficiente para empezar a reconstruirla. Era una idea más bien desalentadora. ¡Tendría casi cuarenta años! Sin embargo esperaba que dentro de un año aproximadamente podría permitirse un programa de reparaciones que convirtiera la construcción actual, si no en algo impresionante, al menos respetable, para el Pentecostés siguiente al próximo.

Ahora que ya tenía un plan, se sentía de nuevo alegre y optimista. Distraído con los detalles apenas sí oyó un golpe lejano, como un enorme portazo. Se le ocurrió vagamente que alguien se hubiera levantado y anduviera por el dormitorio o el claustro. Supuso que si había dificultades no tardaría mucho en saberlo y sus pensamientos volvieron a centrarse en los alquileres y en los diezmos. Otra fuente importante de ingresos para los monasterios eran las donaciones de los padres de los muchachos que ingresaban como novicios, pero para atraer al tipo de novicios deseable el monasterio necesitaba una escuela floreciente.

Sus reflexiones se vieron de nuevo interrumpidas por el estruendo, esta vez más fuerte, que hizo temblar ligeramente su casa. Pensó que desde luego aquello no era un portazo. ¿Qué estaba pasando? Se acercó a la ventana y la abrió. La noche fría se coló de rondón y le hizo estremecerse. Miró hacia la iglesia, la sala capitular, el claustro, los edificios del dormitorio y la cocina. Todo parecía tranquilo a la luz de la luna. El viento era tan helado que los dientes le dolían al respirar. Olfateó. Olía a humo.

Frunció el ceño ansioso, pero no pudo ver fuego alguno. Metió la cabeza y olfateó en el interior de la habitación pensando que tal vez estuviera oliendo el humo de su propia chimenea, pero no era así.

Confundido y alarmado se puso rápidamente las botas, cogió la capa y salió corriendo de la casa. El olor a humo se hacía más fuerte mientras

atravesaba presuroso la pradera en dirección al claustro. No cabía duda de que en alguna parte del priorato había fuego. Su primera idea fue que se trataba de la cocina; casi todos los fuegos empezaban en las cocinas. Atravesó corriendo el pasaje entre el crucero sur y la sala capitular y cruzó el cuadrado del claustro. Si hubiera sido de día hubiera atravesado el refectorio hasta el patio de la cocina, pero por la noche estaba cerrado con llave, de modo que hubo de atravesar el arco del paseo sur y girar a la derecha hasta la parte trasera de la cocina. Allí no había señal de fuego alguno como tampoco en la cervecería ni en la panadería, y el olor a humo parecía haber disminuido. Corrió un trecho más y desde la esquina de la cervecería miró, a través de la pradera, hacia la casa de invitados y las cuadras. Por allí todo parecía tranquilo.

¿Y si hubiera fuego en el dormitorio? Era el único edificio que también tenía chimenea. Aquello le horrorizó. Mientras corría de nuevo hacia el claustro tuvo una espantosa visión de todos los monjes en sus lechos, asfixiados por el humo, inconscientes mientras el dormitorio ardía por los cuatro costados. Corrió hacia la parte del dormitorio. Cuando ya alargaba la mano se abrió desde dentro y apareció Cuthbert Whitehead con una vela de junco.

—¿Hueles a humo? —preguntó Cuthbert de inmediato.

—Sí. ¿Están los monjes bien?

—Aquí no hay fuego.

Philip se sintió aliviado. Al menos su rebaño estaba a salvo.

—¿Entonces dónde?

—Tal vez en la cocina —dijo Cuthbert.

—No, ya lo he comprobado.

Una vez tranquilizado al saber que nadie se encontraba en peligro, Philip empezó a preocuparse por su propiedad; había estado reflexionando hacía un momento sobre finanzas y sabía que en la actualidad no podía permitirse hacer reparaciones en los edificios. Miró hacia la iglesia, ¿había un leve destello rojo del otro lado de las ventanas?

—Pide la llave de la iglesia al sacristán, Cuthbert —dijo Philip.

Cuthbert se le había adelantado.

—La tengo aquí.

—¡Hombre previsor!

Se dirigieron presurosos por el paseo este a la puerta del crucero sur. Cuthbert la abrió al momento. Tan pronto como lo hizo salió una humareda.

A Philip se le paró el corazón por un instante. ¿Sería posible que su iglesia estuviera ardiendo?

Entró. Al principio el panorama era confuso. En el suelo de la iglesia, alrededor del altar y allí, en el crucero sur, estaban ardiendo grandes trozos de madera ¿De dónde habían caído? ¿Cómo era posible que hubieran hecho tanto humo? ¿Y qué era ese fragor que parecía proceder de un fuego mucho mayor?

—¡Mira! —gritó Cuthbert.

Philip levantó la vista y todas sus preguntas obtuvieron respuestas. El techo estaba ardiendo furiosamente. Se quedó mirándolo horrorizado, era como las entrañas del infierno; había desaparecido la mayor parte del techo pintado, poniendo al descubierto los triángulos de madera del tejado ennegrecidos y abrasados, las llamas y el humo que ascendían y se contorsionaban en una danza diabólica. Philip permanecía callado, petrificado por la conmoción, hasta que el cuello empezó a dolerle de tanto mirar hacia arriba. Finalmente recuperó su presencia de ánimo. Corrió hasta el centro del crucero, se quedó en pie frente al altar y recorrió con la mirada toda la iglesia. Todo el tejado estaba en llamas, desde la puerta oeste hasta el extremo este, al igual que los dos cruceros. Por un momento le invadió el pánico y se preguntó: *¿Cómo podremos llevar el agua hasta allí?*; imaginó una fila de monjes corriendo a lo largo de la galería con baldes, y al momento se dio cuenta de que era imposible. Incluso si pudiera dedicar a esa tarea un centenar de personas, no podrían llevar hasta el tejado la cantidad de agua necesaria para apagar aquel infierno rugiente. Comprendió desolado que todo el tejado iba a quedar destruido. La lluvia y la nieve caerían dentro de la iglesia hasta que pudiera encontrar dinero para un tejado nuevo.

Un fuerte chasquido le hizo levantar la vista. Exactamente encima de él una enorme viga se movía con lentitud de lado. Le iba a caer encima. Se precipitó hacia el crucero sur, donde estaba Cuthbert con aspecto atemorizado.

Toda una sección del tejado, tres triángulos de vigas y cabrios, más las planchas clavadas en ellos, caían lentamente. Philip y Cuthbert lo contemplaron, pasmados, olvidándose completamente de su propia seguridad. El tejado cayó sobre uno de los grandes arcos redondeados del cruce. El enorme peso de la madera y la plancha hendió el trabajo en piedra del arco con un estruendo prolongado, semejante al trueno. Todo sucedía con lentitud. Las vigas cayeron lentamente, el arco se rompió lentamente y la mampostería destrozada cayó lentamente por los aires. Se soltaron otras vigas del tejado y de repente, con un ruido semejante a un trueno largo y lento, toda una sección del muro norte del presbiterio se estremeció, deslizándose de costado hasta el crucero norte.

Philip estaba aterrado. El panorama de la destrucción de una construcción tan poderosa resultaba extrañamente asombroso. Era como ver derrumbarse una montaña o quedarse seco un río. En realidad nunca pensó que aquello pudiera ocurrir. Apenas podía creer lo que estaban viendo sus ojos. Se sentía desorientado y sin saber qué hacer.

Cuthbert le tiraba de la manga.

—¡Vamos afuera! —le gritó.

Philip no podía apartarse de allí. Recordaba que había estado calculando diez años de austeridad y duro trabajo para que el monasterio volviera a disfrutar de una situación económica próspera. Y ahora, de súbito, tendría que construir un nuevo tejado y un nuevo muro norte y quizás todavía más si la destrucción seguía adelante. *Esto es obra del demonio*, se dijo ¿Cómo era posible que el tejado ardiera en una noche glacial como aquella?

—¡Vamos a morir! —le gritó Cuthbert, y la nota de miedo humano en su voz conmovió a Philip. Dio media vuelta y ambos salieron corriendo de la iglesia hasta el claustro. Se había avisado a los monjes y empezaban a salir del dormitorio.

A medida que iban saliendo se detenían para mirar la iglesia. Milius Kitchener se encontraba en pie junto a la puerta, haciéndoles apresurarse para evitar la aglomeración, indicándoles que se alejaran de la iglesia y siguieran por el paseo sur de los claustros. A medio camino de él se encontraba Tom Builder, diciéndoles que al llegar al arco dieran la vuelta y escaparan por allí. Philip oyó decir a Tom:

—Id a la casa de invitados. ¡Manteneos lo más lejos posible de la iglesia!

Se está excediendo, se dijo Philip, *es de suponer que aquí, en el claustro estarán seguros. Pero no había mal en ello y quizás fuera una precaución prudente. De hecho,* siguió reflexionando, *probablemente debiera haberlo pensado yo.*

Pero la cautela de Tom le hizo preguntarse hasta qué punto podía llegar la destrucción. Si el claustro no era del todo seguro, ¿qué pasaría con la sala capitular? Allí, en una pequeña habitación lateral de gruesos muros de piedra y sin ventanas, guardaban el poco dinero que tenían en un hermético cofre de roble, además de los vasos incrustados con piedras preciosas del sacristán y todas las valiosas cartas de privilegio y escrituras de propiedad. Un instante después vio al tesorero Alan, un joven monje que trabajaba con el sacristán y se ocupaba de los ornamentos. Philip le llamó.

—Tenemos que sacar el tesoro de la sala capitular. ¿Dónde está el sacristán?

—Se ha ido, padre.

—Vete a buscarle y coge las llaves. Luego saca el tesoro de la sala capitular y llévalo a la casa de invitados. ¡Corre!

Alan echó a correr. Philip se volvió hacia Cuthbert.

—Más vale que te asegures de que lo hace.

Cuthbert asintió con la cabeza y siguió a Alan.

Philip volvió a mirar a la iglesia. En los escasos minutos que su atención había estado en otras cosas el fuego había arreciado y el fulgor de las llamas brillaba ya con fuerza detrás de todas las ventanas. El sacristán debió de haber pensado en el tesoro antes de poner tan apresuradamente a salvo su propio pellejo. ¿Algo más se les había pasado por alto? A Philip le resultaba difícil pensar de manera sistemática cuando todo estaba ocurriendo de forma vertiginosa. Los monjes estaban a salvo, se estaban ocupando del tesoro... había olvidado al santo.

En la parte más alejada del extremo este de la iglesia, más allá del trono del obispo, se encontraba la tumba en piedra de Saint Adolphus, uno de los primeros mártires ingleses. Dentro de aquella tumba había un ataúd de madera conteniendo los restos del santo. La tapa de la tumba se alzaba periódicamente para mostrar el ataúd. Por entonces Adolphus no era tan popular como tiempo atrás lo había sido, pero antiguamente hubo enfermos que se curaron con sólo tocar la tumba. Los restos de un santo podían atraer la atención hacia una iglesia, fomentando la devoción y los peregrinajes. Se obtenía tanto dinero que, pese a ser vergonzoso, se sabía de monjes que llegaban a robar las reliquias sagradas de otras iglesias. Philip había pensado en reavivar el interés del Adolphus. Tenía que poner a salvo sus restos.

Necesitaría ayuda para levantar la tapa de la tumba y sacar el ataúd. También debiera haber pensado en ello el sacristán. Pero no se le encontraba por parte alguna. El siguiente monje que salió del dormitorio fue Remigius, el altanero sub-prior. No tenía elección.

Philip le llamó.

—Ayúdame a poner a salvo los huesos del santo —le dijo.

Los ojos de Remigius, de un verde claro, se clavaron temerosos en la iglesia en llamas, pero tras un instante de vacilación siguió a Philip a lo largo del paseo del este y a través de la puerta. Una vez dentro, Philip se detuvo. Hacía tan sólo unos momentos que había huido de allí, pero el fuego había avanzado velozmente. El olor le recordaba el alquitrán quemado y pensó que las vigas del tejado debían de haberlas cubierto con brea para evitar que se pudrieran. A pesar de las llamas, se sentía un viento frío. El humo se escapaba a través de las brechas en el tejado y el fuego introducía el viento helado en la iglesia a través de las ventanas. Llovían sobre el suelo de la iglesia ascuas ardiendo y algunas vigas grandes que ardían en el tejado

parecía que fueran a caer de un momento a otro. Hasta aquel momento se había preocupado primero por los monjes y luego por las propiedades del priorato. En aquellos momentos y por primera vez, temía por sí mismo y vaciló antes de seguir avanzando hacia aquel infierno.

Cuanto más esperara, mayor sería el riesgo, y si pensaba demasiado en ello perdería completamente el valor. Se levantó el borde del hábito gritando: *¡Sígueme!*, y corrió hacia el crucero. Fue esquivando las pequeñas hogueras en el suelo, esperando que de un momento a otro le cayera encima una de las vigas del tejado y le aplastara.

Corría con el corazón en la boca con enormes ansias de lanzar gritos para aliviar su tensión. Y de repente se encontró en la zona segura del pasillo del otro lado. Allí se detuvo un momento. Los pasillos eran de piedra, abovedados, y en ellos no había fuego. Remigius se encontraba a su lado. Philip jadeó y tosió al tragar humo. Para atravesar el crucero sólo habían necesitado unos momentos, pero le pareció más largo que una misa de medianoche.

—Moriremos —dijo Remigius.

—Dios nos protegerá —le amonestó Philip al tiempo que decía para sus adentros: *Entonces, ¿por qué estoy tan asustado?* Aquél no era el momento para teología. Recorrió el crucero y dio vuelta a la esquina entrando en el presbiterio, manteniéndose siempre en el pasillo lateral. Podía sentir el calor de los asientos de madera, que ardían alegremente en medio del coro, y Philip lamentó la pérdida. Los asientos estaban hechos con todo lujo y cubiertos de hermosas tallas. Apartó todo aquello de su cabeza y se concentró en la tarea que tenía entre manos. Recorrió corriendo el presbiterio hasta el extremo este.

La tumba del santo se encontraba a medio camino de la iglesia. Era una gran caja de piedra instalada sobre un plinto bajo. Philip y Remigius habrían de levantar la tapa de piedra, ponerla a un lado, sacar el ataúd de la tumba, y llevarlo hasta el pasillo, mientras se desintegraba el tejado sobre sus cabezas. Philip miró a Remigius. El sub-prior tenía desorbitados por el miedo sus saltones ojos verdes. Philip disimuló su propio miedo para tranquilizar a Remigius.

—Coge la losa por ese lado y yo la cogeré por éste —dijo señalándola, y sin esperar la respuesta se acercó a la tumba.

Remigius le siguió.

Se colocaron a cada lado y agarraron la tapa de piedra. Ambos hicieron un esfuerzo al unísono.

La losa no se movió.

Philip comprendió que debiera haber llevado más monjes. No se había detenido a pensar. Pero ya era demasiado tarde. Si salía afuera para pedir ayuda, era posible que el crucero estuviera intransitable cuando intentara volver. Pero no podía dejar así los restos del santo. Podía desplomarse una viga y destrozar la tumba. Entonces se prendería fuego al ataúd de madera y las cenizas serían aventadas, lo que resultaría un espantoso sacrilegio y una terrible pérdida para la catedral.

Se le ocurrió una idea. Avanzó hasta colocarse a un costado de la tumba e indicó a Remigius que se pusiera junto a él. Se arrodilló, puso ambas manos en el borde de la losa y empujó con todas sus fuerzas. Al imitarle Remigius, la losa se levantó. La fueron alzando lentamente, Philip levantó una rodilla y Remigius le imitó. Luego se pusieron en pie. Cuando la losa se encontraba en posición vertical le dieron otro empujón, cayendo al suelo del otro lado de la tumba y partiéndose en dos.

Philip miró al interior de la tumba. El ataúd se encontraba en buenas condiciones; la madera, al parecer, incólume y las asas de hierro enmohecidas en la superficie. Philip se situó en un extremo y agarró dos asas; Remigius hizo lo mismo en el otro lado. Levantaron el ataúd unas pulgadas, pero era mucho más pesado de lo que Philip esperaba, y al cabo de unos minutos Remigius lo dejó caer por su lado.

—No puedo, soy más viejo que tú —dijo.

Philip contuvo una furibunda réplica. Era posible que el ataúd estuviera forrado de chapa. Pero al estar rota la losa de la tumba, el ataúd era todavía más vulnerable que antes.

—Ven aquí —gritó Philip a Remigius—. Intentaremos ponerlo de pie sobre un extremo.

Remigius dio vuelta a la tumba y se colocó junto a Philip. Cada uno de ellos cogió una de las manijas de hierro que sobresalían y tiraron. El extremo subió con relativa facilidad. Lograron alzarlo sobre el nivel superior de la tumba y luego ambos caminaron hacia delante, uno por cada lado, levantando el ataúd a medida que avanzaban, hasta colocarlo en pie sobre uno de sus extremos. Se detuvieron un instante. Philip se dio cuenta entonces de que habían levantado el féretro por su parte inferior de tal manera que el santo había quedado cabeza abajo. Philip le pidió perdón en su fuero interno. Alrededor de ellos caían constantemente fragmentos de madera ardiendo. Cada vez que algunas chispas caían sobre el hábito de Remigius, éste se las sacudía con ademanes frenéticos y siempre que le era posible echaba una ojeada aterrada al tejado ardiendo. Philip se dio cuenta de que el hombre estaba perdiendo el valor por momentos.

Colocaron el ataúd de manera que quedara apoyado contra el interior de la tumba, luego lo empujaron un poco más. Un extremo se alzó del suelo y el otro se despegó del mismo de manera que el ataúd quedó en equilibrio inestable sobre el borde de la tumba. Seguidamente lo fueron inclinando hasta que el otro extremo dio contra el suelo. Lo hicieron girar una vez más de manera que quedara en el suelo de forma correcta. Philip se dijo que los huesos estarían tableteando allí dentro como los dados en un cubilete. Aquello era lo más parecido a un sacrilegio, pero no tenía alternativa. En pie junto a uno de los extremos del ataúd, cada uno de ellos agarró una manija, lo levantaron y empezaron a arrastrarlo a través de la iglesia en dirección a la relativa seguridad del pasillo. Sus esquinas de hierro hacían pequeños surcos en el suelo de tierra batida. Casi habían llegado al pasillo cuando maderas ardiendo y planchas incandescentes se desplomaron con estruendo sobre la mismísima tumba del santo ahora vacía. El ruido fue ensordecedor; el suelo tembló por el impacto y la tumba de piedra quedó hecha trizas.

Una gran viga se desplomó en el interior de la tumba y por unas pulgadas no alcanzó a Remigius y a Philip, aunque les hizo soltar el ataúd. Aquello ya fue demasiado para Remigius.

—¡Esto es obra del demonio! —gritó histérico al tiempo que echaba a correr.

Philip casi estuvo a punto de seguirle. Si esa noche estuviera actuando allí de veras el diablo, nadie sabía lo que podía ocurrir; Philip jamás había visto un demonio, pero había escuchado muchos relatos de gentes que lo habían visto. Philip se dijo con severidad que los monjes estaban hechos para combatir a Satanás, no para huir de él; echó una ojeada ansiosa al refugio que ofrecía el pasillo. Pero en seguida se sobrepuso, agarró las manijas del ataúd y tiró de él.

Logró arrastrarlo de debajo de donde se había desprendido la viga. La madera del ataúd estaba dentada y astillada, pero lo asombroso era que no estaba rota. Lo arrastró un poco más. A su alrededor cayó una lluvia de astillas encendidas. Miró hacia el tejado. ¿Había una figura con dos piernas bailando una danza burlona allá arriba entre las llamas, o era tan sólo una espiral de humo? Miró de nuevo hacia abajo dándose cuenta de que el borde de su hábito se había prendido. Se arrodilló y se sacudió las llamas con las manos, aplastando el tejido encendido contra el suelo, que se apagó en seguida. Luego oyó un ruido que, o bien era el chirrido de la madera atormentada o la enloquecida y burlona risa de un pequeño diablo.

—¡Saint Adolphus, protégeme! —dijo con voz entrecortada al tiempo que volvía a aferrar los asideros del ataúd.

Fue arrastrando por el suelo el ataúd pulgada a pulgada. El diablo le dejó tranquilo por un momento. No levantó los ojos hacia arriba; lo mejor era no mirar al demonio. Finalmente alcanzó la protección del pasillo y se sintió algo más seguro. Su dolorida espalda le obligó a detenerse por un instante y a enderezarse.

Había un largo camino por recorrer hasta la puerta más próxima que estaba en el crucero sur. No estaba seguro de poder arrastrar el ataúd todo aquel trecho antes de que todo el tejado se viniera abajo. Tal vez fuera aquello con lo que contaba el diablo. No pudo evitar dirigir la mirada de nuevo hacia las llamas. La humeante figura de dos piernas se ocultó detrás de una viga ennegrecida en el mismo instante en que Philip la descubrió. *Sabe que no lo lograré*, se dijo Philip.

Miró a lo largo del pasillo, tentado de abandonar el santo y salvar su vida... y entonces vio al hermano Milius, a Cuthbert Whitehead y a Tom Builder que se dirigían hacia él, tres figuras perfectamente corpóreas que acudían presurosos en su ayuda. Sintió desbordársele el corazón de alegría y de repente no estuvo seguro de que hubiera demonio alguno en el tejado.

—¡Gracias sean dadas a Dios! —exclamó—. Ayudadme con esto —dijo innecesariamente.

Tom Builder dirigió una mirada experta al tejado. No pareció haber visto diablo alguno.

—Apresurémonos —dijo, sin embargo.

Cada uno cogió una esquina y colocaron el ataúd sobre sus hombros. Hubieron de hacer un verdadero esfuerzo aun siendo cuatro.

—¡Adelante! —dijo Philip.

Caminaron a lo largo del pasillo tan deprisa como les fue posible, encorvados bajo aquel enorme peso. Cuando llegaron al crucero sur, Tom dijo:

—¡Esperad!

El suelo era una carrera de obstáculos de pequeñas hogueras, y continuamente caían más fragmentos de madera ardiendo. Philip miró a través de la brecha intentando trazar mentalmente una ruta a través de las llamas. Durante los escasos momentos que se detuvieron, por el extremo oeste de la iglesia comenzó un ruido sordo. Philip miró hacia arriba embargado por el temor. El retumbo se convirtió en un trueno.

—Es de construcción floja como la otra —dijo Tom Builder con tono enigmático.

—¿Qué es eso? —gritó Philip.

—La torre suroeste.

—¡Oh, no!

El trueno fue adquiriendo intensidad. Philip contempló horrorizado cómo todo el extremo oeste de la iglesia pareció avanzar una yarda, como si la mano de Dios lo hubiera golpeado. Unas diez yardas de tejado cayeron dentro de la nave con el impacto de un terremoto.

Luego, toda la torre suroeste empezó a desmoronarse y a caer como un corrimiento de tierras, dentro de la iglesia.

La conmoción tenía paralizado a Philip. Su iglesia se estaba desintegrando ante sus propios ojos. Serían precisos años para reparar los daños, incluso si pudiera encontrar el dinero necesario. ¿Qué haría? ¿Cómo continuaría el monasterio? ¿Era acaso el final del priorato de Kingsbridge?

El movimiento del ataúd sobre su hombro al ponerse de nuevo en marcha los otros tres hombres le sacó de su ensimismamiento. Philip seguía a donde le llevaran. Tom fue abriéndose camino a través de un laberinto de hogueras. Un tizón ardiendo cayó sobre la tapa del ataúd pero afortunadamente se deslizó hasta el suelo sin alcanzar a ninguno de ellos. Un momento después llegaban al extremo opuesto. Cruzaron la puerta y salieron de la iglesia al aire frío de la noche. Philip estaba tan abrumado por la destrucción de la iglesia que no sintió alivio alguno por haberse salvado. Recorrieron presurosos el claustro hasta el arco sur y pasaron a través de él.

—Aquí estamos seguros —dijo Tom cuando se encontraron lejos de los edificios. Bajaron con alivio el ataúd hasta el helado suelo.

Philip necesitó unos minutos para recuperar el aliento. Y durante esa pausa comprendió que no era el momento de mostrarse anonadado. Era el prior y el monasterio estaba a su cargo. ¿Cuál debería ser su próximo movimiento? Tal vez fuera prudente asegurarse de que todos los monjes estaban sanos y salvos. Volvió a respirar hondo y luego, enderezando los hombros miró a los otros.

—Tú, Cuthbert, quédate aquí vigilando el ataúd del santo —dijo—. Los demás seguidme.

Les condujo por detrás de los edificios de la cocina, pasando entre la cervecería y el molino y atravesando la pradera hasta la casa de invitados. Allí se encontraban en pie los monjes, la familia de Tom y la mayoría de los aldeanos, formando grupos, hablando en voz baja y mirando atónitos la iglesia en llamas. Antes de hablarles, Philip se volvió a mirarla. El panorama era penoso. Todo el lado oeste era un montón de escombros y se alzaban grandes llamas de lo que quedaba del techo.

Apartó la vista haciendo un esfuerzo.

—¿Está todo el mundo aquí? —preguntó en voz alta— Si creéis que falta alguien, decid su nombre.

—Cuthbert Whitehead —dijo alguien.

—Se encuentra acompañando los huesos del santo. ¿Alguien más?

No faltaba nadie más.

—Cuenta los monjes y asegúrate. Debe de haber cuarenta y cinco incluidos tú y yo —dijo Philip a Milius. Sabía que podía confiar en él y dejó de pensar en aquella cuestión. Se volvió hacia Tom Builder—. ¿Está toda su familia aquí?

Tom les señaló asintiendo. Se encontraban en pie junto al muro de la casa. La mujer, el hijo mayor y los dos pequeños. El muchacho pequeño miró asustado a Philip. *Debe haber sido una experiencia aterradora para ellos*, se dijo.

El sacristán estaba sentado sobre la caja del tesoro. Philip se había olvidado de ella y se sintió aliviado al ver que estaba a salvo.

—El ataúd de Saint Adolphus está detrás del refectorio, hermano Andrew —dijo dirigiéndose al sacristán—. Que te acompañen algunos hermanos para ayudarte y llévalo... —reflexionó un instante. Probablemente el lugar más seguro era la residencia del prior—, llévalo a mi casa.

—¿A tu casa? —argumentó Andrew—. Las reliquias deberían quedar a mi cuidado, no al tuyo.

—Entonces deberías haberlas rescatado de la iglesia —contestó encolerizado Philip—. ¡Haz lo que te digo y no quiero oír una palabra más!

El sacristán se levantó reacio; parecía furioso.

—Apresúrate o te despojaré de tu cargo inmediatamente —Volvió la espalda a Andrew y se dirigió a Milius—. ¿Cuántos?

—Cuarenta y cuatro, además de Cuthbert. Once novicios. Cinco huéspedes. No falta nadie.

—Gracias a Dios —Philip se quedó mirando el fuego que ardía de furia, parecía casi un milagro que todos estuvieran vivos y nadie hubiera resultado herido. Se dio cuenta de que estaba exhausto, pero se sentía demasiado preocupado para sentarse y descansar—. ¿Hay algo más de valor que tengamos que rescatar? —preguntó—. Tenemos el tesoro y las reliquias...

—¿Y qué hay de los libros? —preguntó Alan, el joven tesorero.

Philip lanzó un gemido. Claro, los libros. Se guardaban en un armario cerrado en la parte este del claustro, junto a la puerta de la sala capitular, para que los monjes pudieran cogerlos durante los ratos de estudio. Se necesitaría mucho tiempo en condiciones peligrosas para sacar los libros uno a uno. Tal vez algunos de los jóvenes más fuertes podrían coger el armario entero y llevarlo a un sitio seguro. Philip miró en derredor. El sacristán había elegido ya media docena de monjes para que se ocuparan del ataúd y estaban atravesando el césped. Philip indicó a tres monjes jóvenes y a tres de los novicios más antiguos que le siguieran.

Retrocedió sobre sus pasos a través del espacio abierto delante de la iglesia en llamas. Estaba demasiado cansado para correr. Pasaron entre el molino y la cervecería y dieron vuelta hasta la trasera de la cocina y del refectorio. Cuthbert Whitehead y el sacristán estaban organizando el traslado del ataúd. Philip condujo a su grupo a través del pasadizo que separaba el refectorio del dormitorio y por debajo de la arcada sur hasta el claustro.

Podía sentir el calor del fuego. El gran armario biblioteca tenía tallas en las puertas representando a Moisés y las Tablas de la Ley de piedra. Philip indicó a los jóvenes que inclinaran el armario hacia delante y lo cargaran sobre sus hombros. Lo llevaron alrededor del claustro hasta la arcada sur. Allí Philip se detuvo y volvió la vista atrás mientras los otros seguían. Sintió que le embargaba un profundo dolor ante el espectáculo de la iglesia en ruinas. Ahora ya había menos humo y más llamas, habían desaparecido partes enteras del tejado. Mientras lo miraba, el techo sobre el cruce pareció pandearse y se dio cuenta de que sería el próximo en caer. Se oyó un golpe brutal, mucho más estruendoso que ninguno de los que había oído antes y cayó el tejado del crucero sur. Philip sintió un dolor casi físico, como si su propio cuerpo estuviera ardiendo. Un momento después el muro del crucero pareció combarse hacia el claustro.

Que Dios nos ayude, se dijo Philip, *va a desplomarse.* Cuando empezó a venirse abajo la obra de piedra, desparramándose, se dio cuenta de que caían en dirección suya, y dio media vuelta para huir. Pero antes de haber podido dar tres pasos, algo le golpeó detrás de la cabeza y quedó inconsciente.

Para Tom, el furioso incendio que estaba destruyendo la catedral de Kingsbridge era un faro de esperanza. A través de la pradera contempló las inmensas llamas que se alzaban al aire de las ruinas de la iglesia y todo lo que se le ocurrió fue que aquello prometía trabajo. Aquella idea le había estado rondando por la cabeza desde que había salido con los ojos legañosos de la casa de invitados, y había visto el débil destello rojo a través de las ventanas de la iglesia. Todo el tiempo que había pasado indicando a los monjes que se apresuraran para ponerse a salvo y entrando precipitadamente en la iglesia en llamas para buscar al prior Philip y sacando el ataúd del santo afuera, se había sentido embargado sin remordimiento por un optimismo feliz.

Pero ahora que tenía un momento para reflexionar se le ocurrió que no debía alegrarse de que una iglesia se quemara, aunque pensó que de todas formas nadie había resultado herido, habían puesto a salvo el tesoro del priorato y además la iglesia era vieja y prácticamente se estaba derrumbando. Así que ¿por qué no alegrarse?

Los jóvenes monjes volvían atravesando la pradera y llevando consigo el pesado armario con los libros. *Todo cuanto he de hacer ahora,* pensaba Tom, *es lograr que me den el trabajo de reconstruir esta iglesia. Y ahora es el momento de hablar con el prior Philip.*

Pero éste no estaba con los monjes que transportaban el armario de los libros. Llegaron a la casa de invitados y dejaron en el suelo el armario.

—¿Dónde está vuestro prior? —les preguntó Tom.

El de más edad miró sorprendido hacia atrás.

—No lo sé —dijo—. Creí que venía detrás de nosotros.

Tal vez se hubiera retrasado observando el incendio, se dijo Tom. *Pero acaso se encontrara en dificultades.*

Sin pensárselo dos veces, Tom atravesó corriendo la pradera y dio la vuelta hasta la trasera de la cocina. Esperaba que Philip se encontrara bien, no sólo porque parecía ser un hombre muy bueno sino también por ser el protector de Jonathan. Sin Philip nadie sabía lo que podría ocurrirle al bebé.

Tom encontró a Philip en el pasadizo entre el refectorio y el dormitorio. Se sintió aliviado al ver al prior sentado en el suelo y erguido. Parecía aturdido pero no herido. Tom le ayudó a ponerse en pie.

—Algo me golpeó la cabeza —dijo Philip confuso.

Tom miró detrás de él. El crucero sur se había derrumbado sobre el claustro.

—Tenéis suerte de estar vivo —dijo Tom—. Dios debe teneros reservado algo.

Philip sacudió la cabeza para despejarse.

—Quedé inconsciente por un instante. Ahora ya estoy bien. ¿Dónde están los libros?

—Los llevaron a la casa de invitados.

—Volvamos a ella.

Tom sujetó por el brazo a Philip mientras caminaban. Pudo darse cuenta de que el prior no estaba herido, aunque sí trastornado. Para cuando estuvieron de regreso en la casa de invitados, el incendio de la iglesia había superado ya su apogeo y las llamas empezaban a perder algo de fuerza. Tom podía distinguir con toda claridad los rostros de la gente y entonces se dio cuenta algo asombrado de que estaba amaneciendo.

Philip empezó de nuevo a organizar las cosas. Dijo a Milius Kitchener que hiciera gachas para todo el mundo y autorizó a Cuthbert Whitehead a abrir un barril de vino fuerte para reconfortar a todos, mientras tanto. Ordenó que se encendiera el fuego en la casa de invitados y que los monjes de más edad entraran en ella para resguardarse del frío. Empezó a llover, espesas cortinas

de agua zarandeadas por el viento, realmente glaciales, y las llamas en la destruida iglesia se apagaron pronto.

Cuando todo el mundo se encontraba de nuevo atareado, Philip se alejó solo de la casa de invitados, dirigiéndose a la iglesia. Tom le vio y fue tras él. Era su oportunidad. Si pudiera manejar bien la situación, podría trabajar allí durante años. Philip se detuvo, observando lo que había sido el extremo norte de la iglesia, sacudiendo tristemente la cabeza ante aquel desastre como si fuera su propia vida la que estuviera en ruinas. Tom se mantuvo en pie, junto a él, sin decir palabra. Al cabo de un rato Philip se puso de nuevo en movimiento, caminando a lo largo del costado norte de la nave, a través del cementerio. Tom iba observando también los daños mientras caminaba.

El muro norte de la nave todavía se encontraba en pie, pero el crucero norte y parte del muro norte del presbiterio se habían venido abajo. La iglesia todavía tenía el extremo este. Le dieron la vuelta y miraron hacia el lado sur. La mayor parte del muro sur se había desplomado y el crucero sur se había derrumbado dentro del claustro. La sala capitular todavía seguía en pie. Caminaron hacia la arcada que conducía al paseo este del claustro. Allí se encontraron con el paso cerrado por un montón de escombros. Aquello parecía no tener arreglo, pero el ojo experto de Tom pudo reconocer que los paseos del claustro no estaban seriamente dañados, sólo sepultados bajo las ruinas de los derrumbamientos. Trepó por las piedras desprendidas hasta que pudo ver el interior de la iglesia. Justamente detrás del altar había una escalera medio oculta que conducía abajo, a la cripta. Ésta se encontraba debajo del coro. Tom lo examinó, estudiando el suelo de piedra sobre la cripta para comprobar si se había agrietado. No pudo ver grieta alguna. Era muy posible que la cripta estuviera intacta. No se lo diría todavía a Philip. Reservaría la noticia para un momento crucial.

Philip había seguido andando por detrás del dormitorio. Tom se apresuró a reunirse con él. Encontraron el dormitorio en perfecto estado. Siguieron caminando y descubrieron que los otros edificios monásticos estaban más o menos dañados: el refectorio, la cocina, el horno y la cervecería. Philip hubiera podido sentirse consolado por ello, pero seguía mostrándose abatido.

Terminaron donde habían empezado todo el circuito oeste completamente en ruinas. Habían completado todo el circuito del recinto del priorato sin cruzar una sola palabra. Philip respiró hondo y rompió el silencio.

—Esto es obra del demonio —dijo al fin.

Tom se dijo: *Ésta es mi ocasión.*

—Acaso sea obra de Dios —dijo, lanzándose de cabeza.

Philip le miró sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

—Nadie ha resultado herido. Los libros, el tesoro y los huesos del santo están a salvo. Sólo la iglesia ha quedado destruida —dijo pensando bien sus palabras—. Tal vez Dios quisiera una nueva iglesia.

Philip sonrió con escepticismo.

—Y supongo que Dios querría que la construyeras tú.

No estaba tan aturdido que no fuera capaz de ver que la sugerencia de Tom tal vez fuera en su propio interés.

Tom siguió en sus trece.

—Es posible —dijo porfiado— No fue el demonio el que envió aquí a un maestro constructor la noche en que ha ardido la iglesia.

Philip apartó la vista.

—Bueno, habrá una nueva iglesia, pero lo que no sé es cuándo. ¿Y qué hago yo mientras tanto? ¿Cómo puede continuar la vida del monasterio? Todos nosotros estamos aquí para orar y estudiar.

Philip estaba profundamente abatido. Aquel era el momento en que Tom podía darle una nueva esperanza.

—En una semana mi muchacho y yo podemos retirar todos los escombros del claustro y dejarlo en condiciones de uso —dijo con un tono más seguro de lo que se sentía.

Philip se mostró sorprendido.

—¿Podríais hacerlo? —Pero una vez más cambió su expresión, sintiéndose de nuevo desesperanzado—. ¿Y dónde tendríamos la iglesia?

—¿Qué hay de la cripta? Podríais celebrar los oficios divinos en ella.

—Sí, serviría muy bien.

—Estoy seguro de que la cripta no está demasiado dañada —dijo Tom. Era casi verdad, estaba casi seguro.

Philip lo miraba como si fuera el ángel de misericordia.

—No se necesitará mucho tiempo para abrir un camino a través de los escombros desde el claustro a las escaleras de la cripta —siguió diciendo Tom—. Por ese lado ha quedado completamente destruida la mayor parte de la iglesia, lo que por extremo que parezca es una suerte porque eso significa que ya no hay peligro de que se derrumbe la mampostería; tendría que revisar los muros que aún siguen en pie, y quizás fuera necesario reforzar algunos. Luego habría que comprobarlos diariamente por si apareciesen grietas, y aún así no deberíais entrar en la iglesia durante una tormenta — Todo aquello era importante, pero Tom pudo darse cuenta de que Philip no lo asimilaba. Lo que éste quería en esos momentos de Tom eran noticias positivas, algo que le levantara el ánimo. Y la única manera de que le contratara era darle lo que quería. Tom cambió de tono.

—Si algunos de vuestros monjes más jóvenes trabajaran conmigo, sería posible que arreglara las cosas de manera que pudieseis reanudar la vida monástica, en cierto modo, en dos semanas.

Philip le miraba asombrado.

—¿Dos semanas?

—Dadme comida y alojamiento para mi familia y el salario me lo podéis pagar cuando tengáis dinero.

—¿Puedes devolverme mi priorato en dos semanas? —repitió Philip incrédulo.

Tom no estaba seguro de que pudiera, pero si necesitara tres nadie iba a morirse por ello.

—Dos semanas —repitió con firmeza—, después ya podremos derribar los muros restantes. Tened en cuenta que se trata de un trabajo que requiere experiencia, si ha de hacerse con seguridad. Luego habrá que despejar los escombros, almacenando las piedras para su uso ulterior. Entretanto podremos proyectar la nueva catedral.

Tom contuvo el aliento. Lo había hecho lo mejor que podía ¡Estaba seguro de que Philip le contrataría!

Philip asintió, sonriendo por primera vez.

—Creo que te ha enviado Dios —dijo—. Vamos a tomar algo de desayuno y luego podemos empezar a trabajar.

Tom lanzó un débil suspiro de alivio.

—Gracias —dijo con cierto temblor en la voz que no pudo contener del todo, y añadió—: No puedo deciros cuánto significa esto para mí.

Después del desayuno, Philip celebró un capítulo improvisado en el almacén de Cuthbert, debajo de la cocina. Los monjes se mostraban nerviosos e inquietos. Eran hombres que habían elegido o se habían acomodado a una vida de seguridad, predeterminada y tediosa, y la mayoría se sentían profundamente desorientados. Su perplejidad conmovía a Philip. Más que nunca se sintió como un pastor cuya tarea consistía en cuidar de unas criaturas inexpertas e indefensas. Sólo que ellos no eran animales estúpidos sino sus hermanos, por quienes él sentía gran afecto. Llegó a la conclusión de que la manera de tranquilizarles era decirles lo que iba a suceder, utilizar su energía nerviosa en trabajo duro, y volver a la rutina normal lo antes posible.

Pese a lo desusado del lugar, Philip no abrevió el ritual del capítulo. Ordenó la lectura del martirologio de ese día, seguida de las oraciones conmemorativas. Versaba sobre qué son los monasterios: oración para la justificación o la existencia. Sin embargo algunos de los monjes se mostraban inquietos, de manera que eligió el capítulo veinte de la regla de san Benito, la

sección titulada "De la reverencia durante la oración". Siguió la necrología. El ritual familiar les calmó los nervios y se dio cuenta de que la expresión temerosa en los rostros que le rodeaban se borraba paulatinamente a medida que los monjes iban comprendiendo que, después de todo, su mundo no se había derrumbado.

Al final Philip se dirigió a ellos.

—Después de todo, la catástrofe que nos afligió la noche pasada tan sólo es material —empezó diciendo, procurando dar a su voz el tono más tranquilizador y cálido posible—. Nuestra vida es espiritual, nuestro trabajo la oración, la adoración y la contemplación. —Por un instante paseó la vista en derredor, captando cuantas miradas le fue posible para asegurarse de que tenía toda la atención. Luego añadió—. Os prometo que dentro de algunos días reanudaremos todo ese trabajo.

Hizo una pausa para que sus palabras calaran hondo. El relajamiento de la tensión reinante fue casi tangible. Philip permaneció un momento en silencio, y luego prosiguió:

—Dios, en su sabiduría, nos envió ayer a un maestro constructor que nos ayudará durante esta crisis. Me ha asegurado que si trabajamos bajo su dirección podremos tener el claustro en condiciones para su utilización normal en una semana.

Hubo un murmullo de grata sorpresa.

—Me temo que nuestra iglesia jamás podrá volver a utilizarse para los oficios divinos. Habrá de ser nuevamente construida, y naturalmente eso requerirá muchos años. Sin embargo Tom Builder cree que la cripta no ha sufrido daños. La cripta está consagrada, de manera que podemos celebrar los oficios divinos en ella. Tom afirma que podrá ponerla en condiciones de seguridad en una semana, tan pronto como haya terminado con el claustro. Así que como veis, podremos reanudar nuestros cultos normales para el domingo de Septuagésima.

Una vez más el alivio fue audible. Philip comprendió que había logrado calmarles y darles seguridad. Al principio del capítulo se habían mostrado atemorizados y confusos. Ahora ya estaban tranquilos y confiados.

—Los hermanos que se consideren demasiado débiles para realizar trabajos físicos serán disculpados. A los hermanos que trabajen durante todo el día con Tom Builder, les será permitido la carne roja y el vino —añadió Philip.

Planteada ya la situación, Philip tomó asiento. Remigius fue el primero en hablar.

—¿Cuánto habremos de pagar a ese constructor? —preguntó con suspicacia.

Remigius siempre era el primero en encontrar puntos débiles.

—Por el momento nada —contestó Philip—. Tom conoce nuestra pobreza. Trabajará por la comida y el alojamiento para él y su familia hasta que estemos en condiciones de pagarle su salario.

Philip comprendió que aquello resultaba ambiguo. Parecía significar que Tom no percibiría salario hasta que el priorato pudiera permitírselo, cuando en realidad el priorato le debería el salario de cada día que trabajara a partir de ese mismo momento. Pero antes de que Philip pudiera aclarar el acuerdo establecido, Remigius tomó de nuevo la palabra.

—¿Dónde se alojarán?

—Les he cedido la casa de invitados.

—Pueden vivir con alguna de las familias de la aldea.

—Tom nos ha hecho una oferta generosa —alegó impaciente Philip—. Tenemos suerte de poder contar con él. No quiero que duerma junto con las cabras y los cerdos de otros cuando tenemos una casa decente que está vacía.

—Hay dos mujeres en la familia...

—Una mujer y una niña —le corrigió Philip.

—Está bien, una mujer. ¡No queremos que una mujer viva en el priorato!

Los monjes susurraban inquietos. No les gustaban las objeciones necias de Remigius.

—Es perfectamente normal que las mujeres se alojen en la casa de invitados —afirmó Philip.

—¡Pero no esa mujer! —explotó Remigius aunque de inmediato pareció lamentarlo.

—¿Conoces a esa mujer, hermano?

—Hubo un tiempo en que vivió por estos lugares —admitió reacio.

Philip se sintió intrigado. Era la segunda vez que tenía lugar algo así en relación con la mujer del constructor. Waleran Bigod también se había mostrado inquieto al verla.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Philip.

Antes de que Remigius pudiera contestar, habló el hermano Paul, el viejo monje que se ocupaba del puente.

—Ya lo recuerdo —dijo como en sueños—. Había una muchacha salvaje de los bosques que solía vivir por aquí... Bueno, de eso debe hacer unos quince años. Ella me la recuerda. Posiblemente será la misma muchacha que se ha hecho mayor.

—La gente decía que era bruja —alegó Remigius—. ¡No podemos tener a una bruja en el priorato!

—De eso no sé nada —dijo el hermano Paul con voz lenta y meditativa—. A cualquier mujer que viva salvaje, tarde o temprano la llaman bruja. Cuando la gente dice una cosa no siempre es verdad. Yo me contento con dejar que el prior Philip, con su sabiduría, juzgue si representa un peligro.

—La sabiduría no siempre llega por el mero hecho de asumir un cargo monástico —afirmó tajante Remigius.

—En verdad que no —dijo el hermano Paul con tono mesurado. Luego, mirando de frente a Remigius añadió—: A veces no llega nunca.

Los monjes rieron ante aquella aguda réplica, tanto más divertida por proceder de una fuente inesperada. Philip hubo de simular sentirse disgustado. Batió palmas reclamando silencio.

—¡Ya está bien! —exclamó—. Estas cuestiones son serias. Hablaré con la mujer. Ahora cumplamos con nuestras obligaciones. Quienes deseen que se les dispense del trabajo físico pueden retirarse a la enfermería para la oración y la meditación. Los demás seguidme.

Salió del almacén, dio la vuelta y se dirigió por detrás de los edificios de la cocina en dirección a la arcada sur que conducía al claustro. Unos pocos monjes se separaron del grupo y se dirigieron hacia la enfermería, entre ellos Remigius y Andrew Sacristán. Ninguno de los dos sufría de debilidad, se dijo Philip, pero probablemente crearían dificultades si se incorporaban a las fuerzas laborales, por lo que se sintió muy satisfecho al ver que se iban. La mayoría de los monjes siguieron a Philip.

Tom había reunido ya a los servidores del priorato y había empezado a trabajar. Se encontraba en pie sobre el montón de escombros en el cuadro del claustro, con un gran trozo de tiza en la mano, marcando piedras con la letra T, inicial de su nombre.

Por primera vez en su vida a Philip se le ocurrió preguntarse cómo podían moverse unas piedras tan enormes. Ciertamente eran demasiado grandes para que un hombre pudiera levantarlas. En seguida tuvo la respuesta. Se colocaban en el suelo dos grandes estacas, una junto a otra, y se empujaba una piedra hasta colocarla sobre las estacas. Luego dos personas cogían los extremos de las estacas y las levantaban. Tom Builder debía de haberles enseñado a hacer aquello. El trabajo se desarrollaba rápidamente, con la mayoría de los sesenta servidores del priorato formando un río humano que se llevaban piedras y volverían a por más.

Al verle, Tom bajó del montón de escombros. Antes de hablar con Philip se dirigió a uno de los servidores, el sastre que cosía los hábitos de los monjes.

—Que empiecen los monjes a llevarse piedras —dijo al hombre—. Asegúrate de que sólo se llevan las marcadas por mí. De lo contrario el

montón puede deslizarse y matar a alguien. —Luego se volvió hacia Philip—: He marcado suficientes para mantenerlos ocupados por un tiempo.

—¿Adónde se llevan las piedras? —preguntó Philip.

—Venid y os lo enseñaré. Quiero comprobar si las están amontonando como es debido.

Philip acompañó a Tom. Estaban llevando las piedras al lado este del recinto del priorato.

—Algunos servidores todavía tienen que hacer sus tareas habituales —dijo Philip mientras caminaban—. Los mozos de cuadra han de seguir ocupándose de los caballos, los cocineros deben preparar las comidas, alguien tiene que traer leña, dar de comer a las gallinas e ir al mercado. Pero ninguno de ellos tiene exceso de trabajo, así que puedo prescindir de una media docena. Además podrás disponer de unos treinta monjes.

Tom hizo un ademán de aquiescencia.

—Será suficiente.

Dejaron atrás el extremo este de la iglesia. Los trabajadores estaban amontonando piedras todavía calientes contra el muro este del recinto del priorato, a unas yardas de la enfermería y de la casa del prior.

—Hay que reservar las viejas piedras para la nueva iglesia —dijo Tom—. No serán utilizadas en los muros porque las piedras de segunda mano no aguantan bien la intemperie. Pero servirán para los cimientos. También hay que conservar las piedras rotas. Se mezclarán con argamasa y se introducirán en la cavidad entre las capas interior y exterior de los muros nuevos formando así el núcleo de cascajo.

—Comprendo.

Philip observaba mientras Tom daba instrucciones a los trabajadores de cómo amontonar las piedras, de manera que se trabaran, para que el montón no se viniera abajo. Era evidente a todas luces que se hacía indispensable la pericia de Tom.

Una vez que Tom quedó satisfecho, Philip le cogió del brazo y le condujo, dando vuelta a la iglesia, hasta el cementerio en el lado septentrional. Había parado la lluvia pero las losas de las tumbas todavía estaban mojadas. En el extremo oriental del cementerio estaban enterrados los monjes, y en el occidental los aldeanos. La línea divisoria era el crucero sobresaliente septentrional de la iglesia, en aquellos momentos en ruinas. Philip y Tom se detuvieron frente a él. Un sol tibio rompió las nubes. A la luz del día las ennegrecidas vigas no tenían nada de siniestro, y Philip se sintió casi avergonzado por haber pensado que la noche anterior había visto un diablo.

—Algunos monjes se sienten incómodos por el hecho de que una mujer viva dentro del recinto del priorato —dijo. La expresión que se reflejó en el

rostro de Tom era algo más intensa que la ansiedad. Parecía aterrado, casi presa de pánico. *En verdad la ama*, se dijo Philip. Se apresuró a seguir hablando—: Pero no quiero que vivas en la aldea y compartas una vivienda con otra familia. Para evitar problemas sería aconsejable que tu mujer se mostrara circunspecta. Dile que se mantenga apartada de los monjes lo más posible, en especial de los jóvenes. Si tuviera que andar por el priorato convendría que mantuviera la cara cubierta. Y ante todo no debe hacer nada que pueda despertar sospechas de brujería.

—Así se hará —aseguró Tom. El tono de su voz era decidido y parecía algo desalentado. Philip recordó que la mujer tenía un agudo ingenio. Tal vez no aceptara con agrado el que le dijeran que debería intentar pasar inadvertida. Pero el día anterior su familia se encontraba en la miseria, así que probablemente consideraría esas restricciones como un pequeño pago por la seguridad y un techo sobre sus cabezas.

Entraron. La noche anterior Philip había considerado toda aquella destrucción como una tragedia sobrenatural, una terrible derrota para las fuerzas de civilización y religión verdadera, un golpe asestado al trabajo de toda su vida. En esos momentos ya sólo parecía un problema que había que resolver. Enorme, desde luego, incluso temible, pero no sobrehumano. El cambio había que agradecérselo sobre todo a Tom. Philip le estaba profundamente agradecido.

Llegaron al extremo occidental. Philip vio que en las cuadras estaban ensillando a un caballo rápido y se preguntó quién se disponía a viajar precisamente ese día. Dejó que Tom regresara al claustro mientras él se dirigía al establo a comprobar quién se iba. Uno de los ayudantes del sacristán había ordenado que ensillaran el caballo. Era el joven Alan, el que había rescatado el cofre del tesoro de la sala capitular.

—¿Adónde vas, hijo mío? —le preguntó Philip.

—Al palacio del obispo —contestó Alan—. El hermano Andrew me envía en busca de velas, agua bendita y sagradas formas, porque lo hemos perdido todo en el edificio y tenemos que celebrar los oficios sagrados lo más pronto posible.

Aquello tenía sentido. Todas esas cosas las conservaban en una caja cerrada en el coro, y con toda seguridad la caja se habría quemado. Philip se sintió contento de que el sacristán estuviera bien organizado para el cambio.

—Eso está bien —dijo—. Pero espera un momento. Si vas a palacio lleva una carta mía al obispo Waleran.

El taimado Waleran Bigod era ya obispo electo gracias a una maniobra más bien vergonzosa. Pero ahora Philip ya no podía retirar su respaldo y estaba obligado a tratar a Waleran como su obispo.

—He de enviarle un informe sobre el incendio.

—Sí, padre —repuso Alan—. Pero ya llevo una carta de Remigius para el obispo.

—¡Ah! —Philip se quedó sorprendido. Pensó que Remigius estaba muy emprendedor—. Muy bien —dijo a Alan—. Viaja con prudencia y que Dios te acompañe.

—Gracias, padre.

Philip se dirigió hacia la iglesia. Remigius había actuado con gran celeridad. ¿Por qué él y el sacristán se habían mostrado tan presurosos? Aquello le dejó algo inquieto. ¿Se refería la carta tan sólo al incendio de la iglesia o había algo más en ella? Philip se detuvo a medio camino en el césped y se volvió a mirar hacia atrás. Estaría en su perfecto derecho de coger la carta a Alan y leerla. Pero era demasiado tarde. Alan ya estaba atravesando la puerta. Philip se lo quedó mirando, sintiéndose levemente defraudado. En aquel momento la mujer de Tom salía de la casa de invitados llevando un cubo que seguramente contendría cenizas del hogar. Se dirigió hacia el estercolero, cerca de las cuadras. Philip la observó. Su forma de andar era agradable, como el paso de un buen caballo.

Pensó de nuevo en la carta de Remigius a Waleran. No podía librarse de la sospecha intuitiva, pero no por ello menos preocupante de que el principal tema del mensaje en realidad no era el incendio. Pese a no tener razón de peso, estaba seguro de que la carta se refería a la mujer del cantero.

3

Jack se despertó con el primer canto del gallo. Abrió los ojos y vio a Tom que se levantaba. Permaneció echado e inmóvil, escuchando a Tom mear sobre el suelo, al otro lado de la puerta. Sentía deseos de trasladarse al lugar caliente que Tom había dejado y acurrucarse junto a su madre, pero sabía que Alfred se burlaría despiadadamente de él si lo hiciera, así que se quedó donde estaba. Tom volvió a entrar y sacudió a Alfred para que se despertara.

Tom y Alfred bebieron la cerveza que quedaba de la cena de la noche anterior y comieron algo de pan bazo duro. Luego se fueron. Había sobrado algo de pan y Jack esperaba que esta vez lo hubieran dejado, pero tuvo una desilusión, Alfred se lo había llevado como de costumbre.

Alfred trabajaba todo el día con Tom. Jack y su madre iban a veces a pasar el día en el bosque. Su madre colocaba trampas mientras Jack iba a la caza del pato con su honda. Todo cuanto cogían se lo vendían a los aldeanos o a Cuthbert, el intendente. Era su única fuente de ingresos, ya que a Tom no le pagaban. Con ese dinero compraban tejidos, cuero o sebo, y durante los

días que no iban al bosque su madre solía hacer zapatos, camisetas, velas o una gorra, mientras Jack y Martha jugaban con los niños de la aldea. Los domingos, después del oficio divino, a Tom y a su madre les gustaba sentarse junto al fuego y hablar. A veces empezaban a besarse y Tom metía la mano por debajo del vestido de su madre y entonces enviaban a los niños afuera durante un rato y atrancaban la puerta. Aquellos eran los peores momentos de toda la semana, porque Alfred se ponía de mal humor y se dedicaba a perseguir a los pequeños. Pero hoy era un día corriente y Alfred estaba ocupado desde la amanecida hasta el anochecer. Jack se levantó y salió afuera. Hacía frío, pero el ambiente era seco. Martha salió minutos después. Las ruinas de la catedral estaban ya llenas de trabajadores acarreando piedras, sacando escombros a paladas, construyendo soportes de madera para los muros inseguros y demoliendo los que estaban demasiado dañados para conservarlos.

Existía un acuerdo general entre aldeanos y monjes de que el fuego lo había provocado el demonio, y durante largos periodos Jack incluso llegó a olvidar que en realidad había sido él. Cuando lo recordaba solía sobresaltarse, aunque luego se sentía inmensamente complacido consigo mismo; había corrido un riesgo terrible, pero lo había logrado, salvando a la familia de morirse de hambre.

Los monjes desayunaban primero y los trabajadores seglares no tomaban nada hasta que los monjes se iban a la sala capitular. Para Martha y Jack aquel era un periodo interminable. Jack siempre se despertaba con hambre y el frío aire matinal aumentaba su apetito.

—Vamos al patio de la cocina —dijo Jack. Era posible que los pinches de cocina tuvieran algunas sobras. Martha aceptó encantada. Pensaba que Jack era maravilloso y estaba de acuerdo con cualquier cosa que sugiriera.

Cuando llegaron a la cocina encontraron al hermano Bernard que tenía a su cargo el horno, haciendo pan. Como todos sus ayudantes estaban trabajando en las ruinas, tenía que llevar la leña él mismo. Era un muchacho joven, aunque más bien gordo, que sudaba y jadeaba bajo el peso de una carga de troncos.

—Le traeremos leña, hermano —se ofreció Jack.

Bernard soltó la carga junto al horno y dio a Jack el cesto ancho y plano.

—Sois unos buenos niños —dijo con voz entrecortada—. Que Dios os bendiga.

Jack cogió el cesto y los dos corrieron hasta el montón de leña que había detrás de la cocina. Llenaron el cesto de troncos y luego llevaron la pesada carga entre los dos. Cuando llegaron, el horno ya estaba caliente y Bernard vació directamente en el fuego la carga del cesto, enviándoles luego a por

más. A Jack le dolían los brazos pero más aún el estómago, y corrió a cargar de nuevo el cesto. La segunda vez que regresaron, Bernard estaba poniendo pequeñas porciones de masa en una bandeja.

—Traedme otro cesto más y tendréis bollos calientes —les dijo. A Jack se le hizo la boca agua.

La tercera vez llenaron el cesto a tope y volvieron con paso inseguro, sujetando un asa cada uno. Ya cerca del patio se encontraron con Alfred, que llevaba un balde. Seguramente iba a buscar agua del canal que desde la represa del molino atravesaba el césped hasta desaparecer bajo tierra junto a la cervecería. Alfred aborrecía aún más a Jack desde que éste dejó caer el pájaro muerto en su cerveza; por lo general, cuando Jack veía a Alfred solía dar media vuelta e irse por otro lado. En aquel momento se dijo si debería soltar el cesto y echar a correr, pero eso parecería una cobardía y además podía olfatear el aroma del pan recién hecho que llegaba del horno, y estaba realmente hambriento. De manera que siguió caminando con el corazón en la boca.

Alfred se echó a reír al verles luchando bajo un peso que él solo podía llevar fácilmente. Se hicieron a un lado para dejarle mucho sitio, pero él avanzó dos pasos en dirección a ellos y dio un empujón a Jack, haciéndole caer con fuerza de culo, lo que le provocó un fuerte dolor en la rabadilla. Soltó el asa del cesto y toda la leña se desparramó por el suelo. Los ojos se le llenaron de lágrimas, más de rabia que de dolor. Era totalmente injusto que Alfred pudiera hacerle semejante cosa sin la menor provocación y salirse con la suya. Jack se levantó y volvió a colocar pacientemente la leña en el cesto para que Martha viera que no le importaba. Cogieron de nuevo el cesto y siguieron andando hasta el horno.

Y allí tuvieron su recompensa. Los bollos se estaban enfriando en la bandeja sobre un estante de piedra. Cuando entraron, Bernard cogió uno y se lo metió en la boca.

—Ya se pueden comer, podéis coger los que queráis, pero andad con cuidado, todavía están calientes —les dijo.

Jack y Martha cogieron un bollo cada uno. Jack lo probó receloso temiendo quemarse la boca, pero estaba tan delicioso que se lo zampó en un instante. Se quedó mirando los restantes bollos. Quedaban nueve. Miró al hermano Bernard que le sonreía bonachón.

—Sé lo que quieres —le dijo el monje—. Vamos, cogedlos todos.

Jack se levantó el faldón de la capa y envolvió en él el resto de los bollos.

—Se los llevaremos a madre —dijo a Martha.

—Eres un buen chico —dijo Bernard—. Ya os podéis ir.

—Gracias hermano —dijo Jack.

Salieron del horno y se encaminaron a la casa de invitados. Jack estaba excitado. Su madre estaría muy contenta con él por llevarle semejante bocado. Se sintió tentado de comerse otro bollo antes de entregarlos, pero resistió la tentación. Sería tan estupendo darle todos...

Mientras atravesaban la pradera se toparon de nuevo con Alfred.

Sin duda había llenado el balde, había vuelto a las ruinas y lo había vaciado. Así que iba a llenarlo de nuevo. Jack decidió mostrarse indiferente con la esperanza de que Alfred hiciera caso omiso de él. Pero la forma en que llevaba los bollos envueltos en los faldones de su capa hacía difícil de ocultar, y una vez más Alfred se volvió hacia ellos.

Jack le hubiera dado gustoso un bollo pero sabía que si le daba la ocasión Alfred los cogería todos. Jack echó a correr.

Alfred fue tras él y pronto le dio alcance. Alargó su pierna, le puso la zancadilla y Jack salió por los aires. Los bollos calientes quedaron esparcidos por el suelo.

Alfred cogió uno, le limpió un poco de barro y se lo metió en la boca. Se le desorbitaron los ojos por la sorpresa.

—¡Pan recién hecho! —exclamó. Y empezó a recoger presuroso los restantes.

Jack se levantó a duras penas e intentó coger uno de los bollos del suelo, pero Alfred le dio un fuerte golpe con el revés de la mano y le hizo caer de nuevo. Alfred recogió rápidamente el resto de los bollos y se alejó moviendo las mandíbulas. Jack se echó a llorar.

Martha le miraba compadecida, pero Jack no necesitaba compasión. Sufría sobre todo por la humillación. Empezó a caminar, y al ver que Martha le seguía se volvió hacia ella y le gritó: *¡Vete!* La niña pareció dolida pero se detuvo y le dejó que se fuera.

Se dirigió hacia las ruinas secándose las lágrimas con la manga. Se sentía deseoso de matar. *He destruido la catedral,* se dijo; *soy capaz de matar a Alfred.*

Aquella mañana se estaba barriendo a fondo las ruinas y aseándolas. Jack recordó que estaban esperando a un dignatario eclesiástico que inspeccionaría los daños causados.

Lo que realmente le sacaba de quicio era la superioridad física de Alfred. Podía hacer cuanto quería sólo por ser tan grande. Jack caminó un rato, furioso. Le hubiera gustado que Alfred hubiera estado en la iglesia cuando cayeron todas aquellas piedras.

Finalmente vio de nuevo a Alfred. Estaba en el crucero septentrional, cubierto de polvo gris, echando un carro de paladas de desportilladuras de piedra. Cerca del carro había una viga del tejado que casi no había sufrido

daño; tan sólo estaba chamuscada por los bordes y ennegrecida por el hollín. Jack limpió con un dedo la superficie de la viga, dejando una línea blancuzca. Luego escribió con el hollín: *Alfred es un cerdo.*

Algunos trabajadores se dieron cuenta y quedaron sorprendidos al ver que Jack sabía escribir.

—¿Qué dice? —preguntó un joven.

—Pregúntaselo a Alfred —respondió Jack.

Alfred miró lo escrito y frunció el ceño fastidiado. Podía leer su nombre, eso lo sabía Jack, pero no el resto. Se puso furioso. Sabía que era un insulto pero no lo que le había llamado, y eso le resultaba humillante. Tenía una expresión estúpida. Jack sintió que se apaciguaba algo su enfado. Alfred podía ser más grande, pero Jack era más listo.

Todavía seguía sin saber lo que querían decir aquellas palabras. Pero entonces un novicio que pasaba por allí leyó lo escrito y sonrió.

—¿Quién es Alfred? —dijo.

—Él —repuso Jack, señalándole con el pulgar. Alfred parecía todavía más furioso pero aún seguía sin saber qué hacer, de manera que se apoyó sobre su pala en actitud simplona.

El novicio se echó a reír

—Así que cerdo ¿eh? ¿Y qué busca...? ¿Nabos? —dijo.

—Seguramente —repuso Jack encantado de haber encontrado un aliado.

Alfred soltó la pala y se lanzó a por Jack.

Jack estaba ya preparado para su embestida y salió disparado como una flecha. El novicio alargó un pie para hacer caer a Jack como si tratara de mostrarse igualmente con ambos, pero Jack saltó ágilmente por encima de él. Corrió veloz a lo largo de lo que fuera el presbiterio, esquivando montones de escombros y saltando por encima de vigas caídas del tejado. Podía escuchar detrás de él las pesadas pisadas y la respiración ronca de Alfred, y el miedo ponía alas a sus pies.

Al cabo de un momento se dio cuenta de que corría en la dirección equivocada. Por aquel lado de la catedral no había salida. Había cometido una equivocación. Se dio cuenta desolado de que iba a recibir una buena paliza.

La parte superior del extremo oriental se había derrumbado y las piedras estaban amontonadas contra lo que quedaba del muro. No teniendo otro sitio al que ir, Jack subió por aquel motón seguido de cerca por el enfurecido Alfred. Al llegar a la cima vio delante de él una terrorífica caída vertical de unos quince pies. Tanteó temeroso el borde. Estaba demasiado lejos para saltar sin hacerse daño. Alfred intentó agarrarle por un tobillo. Jack perdió el equilibrio. Por un momento permaneció con el pie contra el muro y el otro en el aire, agitando los brazos en un intento de recobrar el equilibrio. Alfred le

aferró el tobillo. Jack se sintió caer de manera inexorable por el lado peligroso. Alfred siguió agarrándole todavía un instante, desequilibrando aún más a Jack, y luego lo soltó. Jack cayó en el aire, sin poder enderezarse y se oyó gritar. Aterrizó sobre el costado izquierdo. El impacto fue brutal. Tuvo la mala suerte de golpearse la cara con una piedra.

Por un instante todo se puso negro.

Al abrir los ojos, Alfred se encontraba en pie a su lado, y junto a él, uno de los monjes más viejos. Jack reconoció al monje. Era Remigius, el sub-prior.

—Levántate, muchacho —le dijo Remigius al verle abrir los ojos.

Jack no estaba seguro de poder hacerlo. No podía mover el brazo izquierdo y tenía insensible el lado izquierdo de la cara. Se sentó erguido; había creído que iba a morir y se sorprendió de que pudiera moverse. Utilizando el brazo derecho para poder levantarse, se puso penosamente en pie, descargando casi todo su peso sobre la pierna derecha. A medida que desaparecía la insensibilidad, empezaban los dolores.

Remigius le cogió por el brazo izquierdo. Jack gritó dolorido. Sin inmutarse, Remigius agarró a Alfred por la oreja. Sin duda iba a aplicar a ambos algún horrendo castigo, pensó Jack. Aunque él tenía tantos dolores que poco le importaba.

—¿Y tú, por qué intentabas matar a tu hermano? —dijo Remigius dirigiéndose a Alfred.

—No es mi hermano —contestó Alfred.

Remigius cambió de expresión.

—¿Que no es tu hermano? —dijo—. ¿Acaso no tenéis el mismo padre y la misma madre?

—Ella no es mi madre —dijo Alfred—. Mi madre ha muerto.

La mirada de Remigius se hizo taimada.

—¿Cuándo murió tu madre?

—En Navidad

—¿La Navidad pasada?

—Sí.

Pese a los dolores que sentía, Jack pudo darse cuenta de que por algún motivo Remigius estaba profundamente interesado en aquello.

—¿Así que tu padre hace poco que ha conocido a la madre de este muchacho? —preguntó el monje con excitación reprimida—. Y desde que están juntos ¿han ido a ver a un sacerdote para que bendiga su unión?

—Humm, no lo sé.

Era evidente que Alfred no entendía las palabras utilizadas por el monje, ni tampoco Jack.

—Bueno, ¿tuvieron una boda? —inquirió Remigius con impaciencia.

—No.

—Comprendo.

Remigius parecía satisfecho con aquello aunque Jack pensaba que debería estar enfadado. La expresión del monje era más bien de contento; permaneció por un instante callado y pensativo, y finalmente pareció acordarse de los dos muchachos.

—Bueno, si queréis quedaros en el priorato y comer el pan de los monjes, nada de pelearos, aunque no seáis hermanos. Nosotros, los hombres de Dios, no debemos ver derramamiento de sangre. Ésa es una de las razones de que vivamos una vida retirada del mundo.

Con aquella pequeña parrafada, Remigius dejó a los dos muchachos, dio media vuelta y se alejó. Por fin Jack podía correr junto a su madre.

Había necesitado tres semanas, no dos, pero Tom tenía ya la cripta en condiciones de ser utilizada como iglesia temporal y ese día iba a acudir el obispo electo para celebrar en ella el primer oficio divino. Se habían retirado los escombros del claustro y Tom había separado las partes dañadas. Las estructuras del claustro eran sencillas, únicamente galerías cubiertas, y el trabajo había sido fácil. Casi todo el resto de la iglesia no era más que montones de ruinas y algunos de los muros que todavía seguían en pie corrían peligro de derrumbarse. Pero Tom había despejado un camino que conducía desde el claustro, a través de lo que fuera el crucero sur, hasta las escaleras de la cripta.

Tom miró en derredor. La cripta era espaciosa, alrededor de cincuenta pies cuadrados, lo suficientemente grande para los oficios divinos de los monjes. Era una estancia más bien oscura, con pesadas columnas y un techo bajo y abovedado, pero de construcción sólida, lo que le había permitido resistir el fuego; habían llevado una mesa de caballete para que sirviera de altar, y los bancos del refectorio harían las veces de los sitiales para los monjes. Cuando el sacristán puso su sabanilla bordada sobre el altar y los candelabros incrustados con piedras preciosas, tenía un hermoso aspecto.

Al reanudarse los oficios sagrados se redujeron los efectivos laborales de Tom. La mayoría de los monjes volvieron a su vida contemplativa y muchos de los que se ocupaban de tareas agrícolas o administrativas se incorporaron de nuevo a su trabajo. Sin embargo Tom seguiría utilizando como trabajadores a la mitad, más o menos, de los servidores del priorato. El prior Philip se había mostrado inexorable al respecto. Consideraba que tenían demasiados, y si alguno no se mostraba dispuesto a ser trasladado de sus tareas como mozo de cuadra o pinche de cocina, estaba absolutamente

decidido a prescindir de él. Algunos se habían ido, pero la mayoría se quedaron.

El priorato ya debía a Tom el salario de tres semanas. A razón de cuatro peniques diarios, que era el salario de un maestro constructor, la deuda ascendía a setenta y dos peniques. A medida que pasaban los días aumentaba la deuda, y cada vez le resultaría más difícil al prior Philip prescindir de Tom. Al cabo de medio año, Tom pediría al prior que empezara a pagarle. Para entonces le debería dos libras y media de plata, que Philip habría de encontrar antes de poder despedir a Tom. La deuda hacía que Tom se sintiera seguro.

Había incluso la posibilidad, aunque apenas se atrevía a pensar en ella, de que ese trabajo le durara el resto de su vida. Después de todo era una iglesia catedral. Y si quienes podrían hacerlo decidían encargar una construcción nueva y prestigiosa, y eran capaces de encontrar dinero con qué pagarla, sería el proyecto de construcción más amplio del reino, que emplearía a docenas de albañiles durante varias décadas.

En realidad eso era esperar demasiado. Hablando con los monjes y aldeanos, Tom se había enterado de que Kingsbridge jamás había sido una catedral importante. Escondida en una tranquila aldea de Wiltshire, por ella había desfilado una serie de obispos con escasas ambiciones y era evidente que había iniciado un lento declive. El priorato era mediocre y con muy escaso peculio. Algunos monasterios atraían la atención de reyes y arzobispos por su pródiga hospitalidad, sus excelentes escuelas, sus grandes bibliotecas, las investigaciones de sus monjes filósofos y la erudición de sus priores y abates.

Pero Kingsbridge carecía de todas esas calificaciones. Lo más probable sería que el prior Philip construyera una pequeña iglesia, sencilla y más bien modesta, y que su construcción no durase más de diez años.

Sin embargo ello le venía a Tom como anillo al dedo.

Se había dado cuenta, antes incluso de que se enfriaran las ruinas ennegrecidas por el fuego, de que ésa era su oportunidad para construir su propia catedral.

El prior Kingsbridge estaba ya convencido de que Dios había enviado a Tom a Kingsbridge. Éste sabía que se había ganado la confianza de Philip por la manera eficiente en que había iniciado el proceso de limpieza y adecuación del priorato para que pudiera reanudar sus actividades. Cuando llegara el momento empezaría a hablar a Philip de los proyectos para una nueva construcción. Si fuera capaz de manejar hábilmente la situación, sería más que posible que Philip le pidiera que hiciese los bocetos. El hecho de que la iglesia nueva fuera más bien modesta ofrecía más probabilidades de que el proyecto pudiera ser confiado a Tom en lugar de a un maestro con una mayor

experiencia en la construcción de catedrales. Tom había cifrado sus esperanzas muy altas.

Sonó la campana de la sala capitular. Ésa era también la señal de que los trabajadores legos habían de ir a desayunar. Tom salió de la cripta y se encaminó hacia el refectorio. A mitad de camino le abordó Ellen.

Se plantó en actitud agresiva delante de él, como cerrándole el camino, y en sus ojos había una mirada extraña. Martha y Jack la acompañaban. Éste tenía un aspecto horrible. Uno de sus ojos estaba cerrado, el lado izquierdo de la cara con heridas e hinchado, y se apoyaba sobre la pierna derecha como si la izquierda no pudiera soportar ningún peso. Tom sintió lástima del chiquillo.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

—Esto se lo ha hecho Alfred —dijo Ellen.

Tom se lamentó en su fuero interno. Por un instante se sintió avergonzado de Alfred, que era mucho más grande que Jack. Pero tampoco Jack era un ángel. Tal vez hubiera provocado a Alfred. Tom miró en derredor buscando a su hijo y finalmente lo divisó dirigiéndose al refectorio, cubierto de polvo.

—¡Alfred! —gritó—. ¡Ven aquí!

Alfred dio media vuelta, vio el grupo familiar y se acercó despacio, con actitud culpable.

—¿Le has hecho tú esto? —le preguntó Tom.

—Se cayó de un muro —repuso Alfred hosco.

—¿Le empujaste?

—Iba persiguiéndole.

—¿Quién empezó?

—Jack me insultó.

—Le llamé cerdo porque se llevó nuestro pan —dijo Jack hablando con dificultad a causa de los labios hinchados.

—¿Pan? —inquirió Tom—. ¿De dónde sacasteis el pan antes del desayuno?

—Nos lo dio Bernard Baker. Fuimos a buscar leña para él.

—Debiste compartirlo con Alfred —dijo Tom.

—Lo hubiera hecho.

—Entonces ¿por qué saliste corriendo? —dijo Alfred.

—Iba a llevárselo a madre —protestó Jack—. ¡Y entonces Alfred se lo comió todo!

Catorce años criando niños había enseñado a Tom que no había la menor posibilidad de saber quién tenía o no razón en las peleas infantiles.

—Vosotros tres id a desayunar, y como hoy haya más peleas, tú, Alfred acabarás con la cara como Jack y seré yo quien te la ponga así. Largaos.

Los niños se alejaron.

Tom y Ellen les siguieron a paso más lento.

—¿Eso es todo lo que vas a decir? —preguntó Ellen al cabo de un momento.

Tom la miró de reojo. Seguía enfadada, pero él nada podía hacer.

—Los dos son culpables, como siempre —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Cómo puedes decir eso, Tom?

—El uno es tan malo como el otro.

—Alfred les cogió el pan. Jack le llamó cerdo. No es como para derramar sangre.

Tom sacudió la cabeza.

—Los chicos siempre se pelean. Podrías pasar toda la vida buscando culpables en sus trifulcas. Lo mejor es dejar que se las arreglen solos.

—Con eso no basta, Tom —dijo Ellen con tono colérico—. No tienes más que mirar las caras de Jack y de Alfred. Eso no es el resultado de una riña infantil. Es el ataque sañudo de un muchacho, casi un hombre, a un niño.

A Tom le molestó su actitud. Sabía que Alfred no era perfecto, pero tampoco lo era Jack. Tom no quería que Jack se convirtiera en el niño mimado de la familia.

—Alfred no es un hombre. Tiene catorce años. Pero está trabajando. Contribuye al mantenimiento de la familia, y Jack no lo hace. Juega todo el día como un niño. A mi modo de ver eso significa que Jack debería mostrar respeto a Alfred. Como habrás podido darte cuenta, es algo que no hace.

—¡No me importa! —exclamó Ellen encolerizada—. Podrás decir lo que te parezca, pero mi hijo ha resultado muy malherido e incluso pudo ser grave y ¡yo no voy a permitirlo! —Se echó a llorar. En voz más baja, pero todavía furiosa añadió—: Es mi hijo y no puedo soportar verlo así.

Tom se compadeció de ella y se sintió tentado de consolarla, pero temía ceder. Tenía la sensación de que esa conversación iba a convertirse en un punto crucial. Al vivir solo con su madre, Jack siempre había estado demasiado protegido. Tom no quería aceptar que hubiera de amortiguarse los choques normales de la vida cotidiana. Ello sentaría un precedente que crearía infinitas dificultades en los próximos años. Tom sabía bien que en esa ocasión Alfred había ido demasiado lejos, y en su fuero interno estaba decidido a obligar a Alfred a que dejara a Jack en paz. Pero no sería prudente decirlo.

—Los golpes forman parte de la vida —dijo a Ellen—. Jack deberá aprender a recibirlos o a evitarlos. No puedo pasarme la vida protegiéndole.

—¡Puedes protegerle de ese hijo tuyo tan pendenciero!

Tom acusó el golpe. Le dolía que Ellen calificara de pendenciero a Alfred.

—Podría hacerlo, pero no lo haré —dijo enfadado—. Jack debe de aprender a ventilárselas por sí mismo.

—¡Vete al infierno! —exclamó Ellen. Y dando media vuelta se alejó.

Tom entró en el refectorio. La cabaña de madera donde los trabajadores legos comían habitualmente había quedado dañada por el derrumbamiento de la torre del suroeste, de manera que hacían sus comidas en el refectorio, una vez que los monjes terminaban las suyas y se iban. Tom se sentó apartado de todo el mundo con pocas ganas de mostrarse sociable. Un pinche le llevó una jarra de cerveza y algunas rebanadas de pan en un cestillo. Mojó un trozo de pan en la cerveza para ablandarlo y empezó a comer.

Alfred era un muchacho muy desarrollado, con excesiva energía, se dijo Tom con cariño. En el fondo de su corazón, Tom sabía que el muchacho era algo pendenciero, pero con el tiempo se tranquilizaría.

Entretanto, Tom no estaba dispuesto a que sus propios hijos dieran un trato especial a un recién llegado. Ya habían tenido que soportar demasiado. Habían perdido a su madre, se habían visto obligados a patear los caminos, habían estado a punto de morir de hambre. No estaba dispuesto a imponerles nuevas cargas si podía evitarlo. Se merecían alguna indulgencia. Lo que Jack tenía que hacer era mantenerse apartado del camino de Alfred. No se moriría por ello.

Los desacuerdos con Ellen siempre hacían que Tom se sintiera triste. Se habían peleado varias veces, por lo general a causa de los niños, aunque ésta había sido su peor disputa hasta el momento. Cuando Ellen tenía aquel gesto duro y hostil, Tom no podía recordar lo que había sido, sólo un poco antes, sentirse apasionadamente enamorado de ella. Le parecía una mujer extraña y furiosa que se había colado de rondón en su tranquila vida.

Con su primera mujer jamás había tenido unas discusiones tan agrias y furiosas. Echando una mirada retrospectiva le parecía que él y Agnes habían estado de acuerdo en todo lo importante, y que cuando en algo no lo estaban, ninguno de los dos se enfadaba. Así era como debía ser entre el hombre y la mujer, y Ellen debería comprender que no podía formar parte de una familia y al mismo tiempo hacer su santa voluntad.

Tom nunca deseaba que Ellen se fuera, ni siquiera cuando le sacaba de quicio, pero aún así frecuentemente pensaba en Agnes con pena. Le había acompañado durante la mayor parte de su vida de adulto y ahora siempre tenía la sensación de que algo le faltaba. Cuando Agnes vivía, jamás se le ocurrió pensar lo afortunado que era de tenerla y tampoco le había mostrado

agradecimiento. Pero ahora que estaba muerta la echaba de menos y se sentía avergonzado de no haberle prestado más atención.

Durante los momentos tranquilos de la jornada, cuando había dado instrucciones y todos trabajaban afanosos y él podía dedicarse por entero a una tarea que exigiera habilidad, como la reconstrucción de una pequeña parte del muro en los claustros o reparando una columna en la cripta, a veces mantenía conversaciones imaginarias con Agnes. Sobre todo, le hablaba de Jonathan, su hijo pequeño. Tom veía al niño casi todos los días, cuando le daban de comer en la cocina, recorría los claustros o le acostaban en el dormitorio de los monjes. Parecía perfectamente sano y feliz, y nadie salvo Ellen sabía y ni siquiera sospechaba que Tom sentía un interés especial por él. Tom también hablaba a Agnes, como si estuviera viva, de Alfred y del prior Philip, e incluso de Ellen, explicándole sus sentimientos respecto a ellos, salvo en el caso de Ellen. También le contaba sus planes prácticos para el futuro, su esperanza de que le emplearan en aquel lugar durante años y su sueño de diseñar y construir la nueva catedral. En su mente oía las respuestas y preguntas de Agnes. En ocasiones se mostraba complacida, alentadora, fascinada, suspicaz o desaprobadora. A veces Tom pensaba que tenía razón, otras que estaba equivocada. Si hubiera hablado con alguien de esas conversaciones, hubiera dicho que se estaba comunicando con un espectro y tendría que ver a montones de sacerdotes con agua bendita y exorcismos.

Pero él sabía bien que no había nada de sobrenatural en lo que estaba ocurriendo. Lo único que sucedía era que él la conocía tan bien que podía imaginar lo que sentiría o diría en casi todas las situaciones. Acudía a su mente en los momentos más extraños sin ser solicitada. Cuando pelaba una pera con su cuchillo para la pequeña Martha, Agnes reía burlona ante sus esfuerzos por quitar la piel sin romperla. Siempre que tenía que escribir algo pensaba en ella, porque Agnes le había enseñado todo cuanto había aprendido de su padre, el sacerdote. Y recordaba que le había enseñado a recortar una pluma de ave y a pronunciar caementarius, que era como en latín se decía "albañil" Cuando los domingos se lavaba la cara, solía enjabonarse la barba y recordar cuando eran jóvenes, y Agnes le enseñaba que lavándose la barba mantendría la cara limpia de parásitos y furúnculos. No pasaba un solo día sin que cualquier pequeño incidente la trajera vívidamente a su mente.

Sabía que era afortunado de tener a Ellen. No se le podía dejar de prestar atención. Era única. Había algo anormal en ella y era precisamente ese algo anormal lo que le daba aquel magnetismo. Se sentía agradecido de que le hubiera consolado en su dolor a la mañana siguiente de morir Agnes, pero en ocasiones deseaba haberla encontrado algunos días después de haber

enterrado a su mujer, para así haber tenido tiempo de sentirse acongojado a solas. No hubiera guardado un periodo de luto, eso quedaba para señores y monjes, no para la gente corriente, pero hubiera tenido tiempo de acostumbrarse a la ausencia de Agnes antes de empezar a habituarse a vivir cor Ellen. Aquellas ideas no se le habían ocurrido en los primeros días, cuando la amenaza de morir de hambre se había combinado con la excitación sexual de Ellen, dando lugar a una especie de júbilo histérico de fin del mundo. Pero desde que había encontrado trabajo y seguridad empezaba a sentir remordimientos. Y a veces le parecía que al pensar de esa manera en Agnes, no sólo la echaba de menos sino que se condolía del paso de su propia juventud. Nunca jamás volvería a ser tan cándido, tan agresivo, tan hambriento o tan fuerte como lo había sido cuando por primera vez se enamoró de Agnes. Terminó de comer el pan y salió del refectorio antes que los demás. Se dirigió a los claustros. Se sentía complacido con el trabajo que llevaba a cabo en ellos. Ahora resultaba difícil imaginar que el cuadrángulo hubiera estado tres semanas antes sepultado bajo una masa de escombros. Lo único que recordaba de la catástrofe eran unas grietas en algunas de las losas del pavimento de las que no había logrado encontrar recambios.

No obstante había muchísimo polvo. Haría que barrieran de nuevo los claustros y los rociaran con agua. Atravesó la iglesia en ruinas. En el crucero septentrional vio una viga ennegrecida en la que habían escrito algo con hollín. Tom lo leyó con parsimonia. Decía: *Alfred es un cerdo.* Así que era eso lo que había enfurecido a Alfred. Gran parte de la madera del tejado no había quedado convertida en cenizas y por doquier había vigas ennegrecidas como aquélla. Tom decidió que reuniría a un grupo de trabajadores para recoger toda aquella madera y llevarla al almacén de leña. *Haz que el sitio esté aseado,* solía decir Agnes cuando esperaban la visita de alguien importante. *Querrás que estén contentos de que esté a cargo de Tom.* Sí, querida, pensó Tom, y sonrió mientras se dirigía a su trabajo.

Se divisó al grupo de Waleran Bigod a una milla aproximadamente a través de los campos. Eran tres, cabalgando rápido. El propio Waleran iba a la cabeza, sobre un caballo negro, con su capa negra agitada por el viento. Philip, junto con los funcionarios monásticos más antiguos, les esperaba junto a las cuadras. Philip no estaba seguro del trato que había de dar a Waleran. Era indiscutible que éste le había decepcionado al no decirle que el obispo había muerto. Pero cuando al fin se impuso la verdad, Waleran no se mostró en modo alguno abochornado y Philip no supo qué decirle. Y seguía sin saberlo aunque sospechaba que nada se ganaría con lamentos. En cualquier caso, todo aquello había quedado superado por la catástrofe del incendio.

Como quiera que fuese, en el futuro Philip se mostraría muy cauteloso con Waleran.

El caballo de Waleran era un semental, nervioso y excitable pese a haber cabalgado durante varias millas. Mantuvo la cabeza baja con fuerza mientras lo dirigían hacia la cuadra. No era necesario que un clérigo se vanagloriara sobre su montura, y la mayoría de los hombres de Dios elegían caballos más tranquilos.

Waleran descabalgó con soltura y dio las riendas a un mozo de cuadra. Philip le saludó ceremonioso. Waleran se volvió y examinó las ruinas Un panorama tétrico se presentó ante sus ojos.

—Ha sido un devastador incendio, Philip —dijo al fin. Philip quedó algo sorprendido al ver que parecía verdaderamente desolado.

—Obra del diablo, mi señor obispo —dijo Remigius, antes de que Philip pudiera contestar.

—¿Lo ha sido esta vez? —preguntó Waleran—. Según mi experiencia, al diablo suelen ayudarle en tales actividades los monjes que encienden hogueras en la iglesia para templar el helor durante los maitines, o que descuidan velas encendidas en el campanario.

A Philip le divirtió ver a Remigius apabullado, pero no podía dejar pasar las insinuaciones de Waleran.

—He hecho una investigación sobre las posibles causas del incendio —dijo—. Nadie encendió un fuego en la iglesia esa noche. Puedo afirmarlo porque estuve presente esa noche en maitines. Y hace meses que nadie ha subido al tejado.

—Entonces, ¿cómo te lo explicas? ¿Un rayo? —inquirió Waleran con escepticismo.

Philip hizo un gesto negativo.

—No hubo tormenta. Parece que el fuego empezó en los alrededores del crucero. Después del oficio sagrado dejamos una vela encendida sobre el altar como es costumbre. Es posible que se prendiera la sabanilla del altar y una corriente de aire lanzara alguna chispa hacia la madera del techo que es muy vieja y está seca. —Philip se encogió de hombros—. No es una explicación demasiado satisfactoria pero es la única que tenemos.

Waleran asintió.

—Echemos una mirada más de cerca a los daños.

Se encaminaron hacia la iglesia. Los dos acompañantes de Waleran eran un hombre de armas y un sacerdote joven. El hombre de armas se quedó atrás para ocuparse del caballo. El sacerdote acompañó a Waleran, quien se lo presentó a Philip como deán Baldwin.

Mientras cruzaban el césped en dirección a la iglesia, Remigius puso una mano sobre el brazo de Waleran para detenerle.

—Como podéis ver la casa de invitados no ha sufrido daño alguno —dijo.

Todos se detuvieron y se volvieron a mirar. Philip se preguntó irritado qué estaría tramando Remigius. Si la casa de invitados no había resultado dañada, ¿por qué hacer que todos se pararan y la miraran? La mujer del constructor había salido de la cocina y todos la vieron entrar en la casa. Philip miró de reojo a Waleran. Éste parecía algo extrañado. Philip recordó aquel momento, en el palacio de obispo, cuando Waleran vio a la mujer del constructor y pareció casi aterrado. ¿Qué pasaba con aquella mujer?

Waleran dirigió una rápida mirada a Remigius, al tiempo que hacía un gesto de asentimiento casi imperceptible.

—¿Quién vive ahí? —preguntó luego volviéndose hacia Philip.

—El maestro constructor con su familia —dijo Philip aún a sabiendas de que Waleran la había reconocido.

Waleran hizo un gesto de aquiescencia y todos reanudaron la marcha. Ahora Philip ya sabía el motivo de que Remigius llamara la atención sobre la casa de invitados, quería asegurarse de que Waleran viera a la mujer. Philip decidió hablar con ella tan pronto como se presentara la oportunidad.

Un grupo de siete u ocho monjes y servidores del priorato levantaban, bajo la atenta mirada de Tom, una viga del tejado medio quemada. Todo el lugar hervía de actividad, pero así y todo tenía un aspecto ordenado. Philip tuvo la sensación de que el ambiente de actividad eficiente le hacía honor aun cuando el responsable fuera Tom.

Tom acudió a saludarles. Dominaba con su estatura a todos ellos.

—Este es Tom, nuestro maestro constructor. Ya ha logrado poner de nuevo en uso los claustros y la cripta. Le estamos muy agradecidos.

—Te recuerdo —dijo Waleran a Tom—. Viniste a verme poco después de Navidad. No tenía trabajo para ti.

—Así es —asintió Tom con su voz honda—, quizás Dios me estuviera reservando para ayudar al prior Philip en sus momentos difíciles.

—Un constructor teólogo —dijo Waleran con tono burlón.

Tom enrojeció ligeramente bajo su capa de polvo. Philip pensó que Waleran tenía mucha sangre fría al hacer burla de un hombre tan grande, incluso siendo Waleran un obispo y Tom tan sólo un albañil.

—¿Cuál es tu siguiente paso aquí? —preguntó Waleran.

—Tenemos que hacer que este sitio sea seguro, demoliendo los muros restantes antes de que se desplomen sobre alguien —contestó Tom con bastante mansedumbre—. Luego limpiaremos el lugar y lo dejaremos despejado para la construcción de la nueva iglesia. Tan pronto como sea

posible habremos de encontrar árboles altos para las vigas del nuevo tejado. Cuanto más curada esté la madera, mejor será el tejado.

—Antes de empezar a talar árboles habremos de encontrar el dinero para pagarlos —intervino Philip presuroso.

—Hablaremos de eso más tarde —dijo Waleran con actitud enigmática.

Aquella observación intrigó a Philip. Esperaba que Waleran tuviera un proyecto para obtener el dinero necesario para la construcción de la nueva iglesia. Si el priorato hubiera de confiar en sus propios recursos, no podría empezarse hasta dentro de bastantes años. Ello había traído de cabeza a Philip durante las tres últimas semanas y todavía no había encontrado una solución.

Condujo al grupo hasta los claustros a través del camino que había sido abierto entre los escombros. Una ojeada le bastó a Waleran para comprobar que esa zona había quedado en condiciones de uso. Salieron de allí y atravesaron el césped en dirección a la casa del prior en la esquina sureste del recinto.

Una vez en el interior Waleran se quitó la capa y se sentó, tendiendo sus manos pálidas hacia el fuego. El hermano Milius el cocinero sirvió vino caliente con especias en pequeños boles de madera.

—¿Se te ha ocurrido que Tom Builder pudiera haber provocado el fuego para así tener trabajo? —dijo Waleran a Philip, tomando un sorbo de vino.

—Sí, se me ha ocurrido —repuso Philip—. Pero no creo que lo hiciera. Hubiera tenido que entrar en la iglesia que estaba cerrada a cal y canto.

—Pudo haber entrado durante el día y esconderse.

—Pero entonces no hubiera podido salir cuando hubiera prendido el fuego —sacudió la cabeza. No era esa la verdadera razón de que estuviera seguro de la inocencia de Tom—. En cualquier caso, no le creo capaz de semejante cosa. Es un hombre inteligente, mucho más de lo que pudiera creerse a primera vista, pero no es taimado. Si fuera culpable creo que lo hubiera descubierto por la expresión de su cara cuando le miré de frente y le pregunté cómo pensaba él que había comenzado el fuego.

Ante la sorpresa de Philip Waleran se mostró inmediatamente de acuerdo.

—Creo que tienes razón —dijo—. Como quiera que sea no me lo imagino prendiendo fuego a la iglesia. No es de esa clase de hombres.

—Quizás nunca lleguemos a saber con seguridad cómo empezó el incendio —dijo Philip—. Pero tenemos que afrontar el problema de cómo obtener dinero para la construcción de una nueva iglesia. No sé...

—Sí —asintió Waleran, al tiempo que alzaba una mano para interrumpir a Philip. Se volvió hacia los demás que estaban en la habitación—. He de hablar a solas con el prior Philip. Tenéis que dejarnos solos —dijo.

Philip estaba intrigado. No se imaginaba por qué Waleran habría de hablar con él a solas sobre esa cuestión.

—Antes de que nos vayamos, señor obispo, hay algo que los hermanos me han pedido que os diga —dijo Remigius.

Y ahora ¿qué?, pensó de nuevo Philip.

Waleran enarcó escéptico una ceja.

—¿Y por que habrían de pedirte a ti en vez de a su prior que plantees una cuestión?

—Porque el prior Philip hace oídos sordos a su queja.

Philip estaba furioso y perplejo. No había tenido queja alguna. Remigius estaba intentando poner en una situación incómoda a Philip provocando una escena ante el obispo electo. Philip encontró la mirada interrogante de Waleran. Se encogió de hombros e hizo un esfuerzo por parecer despreocupado.

—Estoy impaciente por saber a qué queja se refiere —dijo—. Adelante por favor, hermano Remigius, si es que estás completamente seguro de que la cuestión es lo bastante importante para merecer la atención del obispo.

—Hay una mujer viviendo en el priorato —dijo Remigius.

—¡Otra vez con las mismas! —exclamó Philip exasperado—. Es la mujer del constructor y vive en la casa de invitados.

—Es una bruja —afirmó Remigius.

Philip se preguntaba por qué estaba haciendo eso Remigius. Éste había montado ya en una ocasión aquel caballo y no hubo manera de hacerlo correr. El asunto era discutible, pero el prior tenía la autoridad y Waleran apoyaría sin duda alguna a Philip, a menos que quisiera que recurrieran a él cada vez que Remigius estuviera en desacuerdo con su superior.

—No es una bruja —dijo Philip con tono cansado.

—¿Has interrogado a la mujer? —inquirió Remigius.

Philip recordó que había prometido hablar con ella. No llegó a hacerlo. Había visto al marido aconsejándole que le recomendara circunspección, pero en realidad él no había hablado con la mujer. Era una lástima porque ello permitía a Remigius apuntarse un tanto. Pero era un tanto sin importancia, y Philip estaba seguro de que no influiría en Waleran para que diera la razón a Remigius.

—No la he interrogado —admitió Philip—. Pero no existe indicio alguno de brujería y toda la familia es perfectamente honesta y cristiana.

—Es una bruja y una fornicadora —afirmó Remigius, sofocado de justa indignación.

—¿Qué? —explotó Philip—. ¿Con quién fornica?

—Con el constructor.

—¿Estás loco? Si es su marido.

—No, no lo es —dijo Remigius con tono de triunfo—. No están casados y sólo se conocen desde hace un mes.

Si Remigius decía la verdad, entonces la mujer era técnicamente una fornicadora. Era el tipo de fornicación al que normalmente se hacía la vista gorda, ya que muchas parejas no acudían a que fuera bendecida su unión por un sacerdote hasta haber pasado cierto tiempo juntos, a menudo hasta que era concebido el primer hijo. En realidad en zonas muy pobres o remotas del país las parejas vivían con frecuencia como marido y mujer durante décadas y criaban hijos, y luego desconcertaban a un sacerdote visitante pidiéndole que solemnizara su unión para cuando ya estaban naciendo sus nietos. Sin embargo una cosa era que un párroco se mostrase indulgente entre los pobres campesinos en las márgenes de la Cristiandad, y otra muy distinta que un empleado importante del priorato estuviera cometiendo el mismo acto dentro de las lindes del monasterio.

—¿Qué te hace pensar que no estén casados? —preguntó escéptico Philip, aunque en su fuero interno estuviera seguro de que Remigius habría comprobado los hechos antes de plantear la cuestión delante de Waleran.

—Encontré a los hijos peleándose y me dijeron que no eran hermanos. Luego salió a relucir toda la historia.

Philip se sintió decepcionado por Tom. La fornicación era un pecado bastante común, aunque especialmente aborrecible para los monjes que renunciaban a toda carnalidad. ¿Cómo podía haber hecho eso Tom? Debería saber que era algo odioso para Philip. Estaba más furioso con Tom que con el propio Remigius. Pero éste había actuado con malicia.

—¿Por qué no hablaste conmigo, con tu prior, sobre esto? —le preguntó Philip.

—No lo he sabido hasta esta mañana.

Philip se reclinó en su asiento, derrotado. Remigius le tenía bien cogido. Había hecho aparecer a Philip como un necio. Así se vengaba de su derrota en la elección. Philip miró a Waleran. La queja se había presentado ante éste y era él quien tenía que pronunciar la sentencia.

Waleran no dudó un solo instante.

—El caso es bastante claro —dijo—. La mujer deberá confesar su pecado y hacer penitencia pública por él. Deberá abandonar el priorato y vivir en castidad, separada del constructor, durante un año. Luego podrán casarse.

Un año separados era una sentencia dura. Philip creía que la mujer se lo merecía por haber profanado el monasterio. Pero se sentía inquieto pensando en cómo la recibiría.

—Tal vez no se someta a tu juicio —dijo.

—Entonces arderá en los infiernos —repuso Waleran encogiéndose de hombros.

—Me temo que si abandona Kingsbridge, Tom se irá con ella.

—Hay otros constructores.

—Desde luego.

Philip sentiría perder a Tom. Pero por la expresión de Waleran se daba cuenta de que a éste no le importaría lo más mínimo el que Tom y su mujer abandonaran Kingsbridge y nunca más volvieran. Y de nuevo se preguntó por qué sería tan importante aquella mujer.

—Y ahora iros todos y dejadme hablar con vuestro prior —dijo Waleran.

—Un momento —intervino enérgico Philip. Después de todo aquélla era su casa y aquellos sus monjes. Él seria quien les convocara y les despidiera, no Waleran—. Yo mismo hablaré con el constructor sobre este asunto. Ninguno de vosotros deberá mencionarlo a nadie, ¿me habéis comprendido? Habrá un duro castigo si me desobedecéis. ¿Está claro, Remigius?

—Sí —repuso éste.

—Muy bien. Podéis iros.

Remigius, Andrew, Milius, Cuthbert y el deán Baldwin se apresuraron a salir. Waleran se sirvió un poco más de vino caliente y estiró los pies hacia el fuego.

—Las mujeres siempre crean problemas —dijo—. Cuando hay una yegua en las cuadras, todos los sementales empiezan a mordisquear a los mozos de los establos, a dar coces en sus casillas, y en general a causar problemas. Incluso los castrados empiezan a portarse mal. Los monjes son como ellos, les está negada la pasión física pero aún pueden oler las nalgas.

Philip se sentía incómodo. Le parecía que no era necesario hablar de manera tan explícita. Se miró las manos.

—¿Qué hay de la reconstrucción de la iglesia? —preguntó.

—Sí. Debes de haber oído que ese asunto del que viniste a hablarme, lo del conde Bartholomew y la conspiración contra el rey Stephen, nos ha sido beneficioso.

—Sí. —Parecía que hubiera pasado mucho tiempo desde que Philip había ido al palacio del obispo asustado y tembloroso para hablar del complot contra el rey elegido por la Iglesia—. He oído que Percy Hamleigh atacó el castillo del conde y le hizo prisionero.

—Así es. Bartholomew se encuentra ahora en una mazmorra en Winchester esperando a conocer su sentencia —dijo Waleran con satisfacción.

—¿Y el conde Robert de Gloucester? Era el conspirador más poderoso.

—Y por lo tanto su castigo es el más benévolo. De hecho no recibe castigo alguno. Ha jurado lealtad al rey Stephen y su parte en el complot ha sido... pasada por alto.

—¿Y qué tiene que ver esto con nuestra catedral?

Waleran se puso en pie y se acercó a la ventana. En sus ojos había auténtica tristeza mientras contemplaba la iglesia en ruinas, y Philip se dio cuenta de que pese a sus aires mundanos había en él un fondo de piedad.

—El papel que jugamos en la derrota de Bartholomew hace del rey Stephen nuestro deudor. No pasará mucho tiempo antes de que tú y yo vayamos a verle.

—¡A ver al rey! —exclamó Philip. Se sentía algo intimidado ante aquella perspectiva.

—Nos preguntará qué queremos como recompensa.

Philip se dio cuenta de a dónde iba Waleran y se sintió emocionado hasta el fondo de su alma.

—Y le diremos...

Waleran, se apartó de la ventana y se quedó mirando a Philip. Sus ojos parecían dos piedras preciosas negras, centelleantes de ambición.

—Le diremos que queremos una catedral nueva para Kingsbridge —dijo.

Tom sabía que Ellen se subiría por las paredes.

Ya estaba furiosa por lo ocurrido a Jack. Lo que Tom necesitaba era apaciguarla. Pero la noticia de su "penitencia" contribuiría a encenderla aún más. Hubiera querido retrasar uno o dos días el decírselo, para dar tiempo a que se tranquilizara, pero el prior Philip había dicho que debería estar fuera del recinto antes de la anochecida. Tenía que decírselo de inmediato y teniendo en cuenta que Philip se lo había dicho a Tom a mediodía, habría de decírselo a Ellen durante la comida.

Entraron en el refectorio con los otros empleados del priorato cuando los monjes terminaron de comer y se marcharon. Las mesas estaban llenas, pero Tom pensó que quizás no fuera mala cosa porque tal vez la presencia de otras personas la hicieran contenerse. Pronto supo a sus expensas que se había equivocado de medio a medio en sus cálculos.

Intentó dar la noticia de modo gradual.

—Saben que no estamos casados —fue lo primero que dijo.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó ella furiosa—. ¿Algún aguafiestas?

—Alfred. Pero no le culpes, se lo sacó ese astuto monje llamado Remigius. De todas formas nunca dijimos a los niños que lo mantuvieran en secreto.

—No culpo al muchacho —dijo ella ya más tranquila—. ¿Y qué han dicho?

Tom se inclinó sobre la mesa y habló en voz baja.

—Dicen que eres una fornicadora —le confesó, esperando que nadie más pudiera oírle.

—¿Una fornicadora? —dijo Ellen en voz alta—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Acaso esos monjes no saben que para fornicar se necesitan dos?

Las gentes sentadas cerca de ellos se echaron a reír.

—¡Chiss! —dijo Tom—. Dicen que tenemos que casarnos.

Ellen le miró fijamente.

—Si eso fuera todo no tendrías esa cara de pocos amigos, Tom Builder. Cuéntame el resto.

—Quieren que confieses tu pecado.

—Pervertidos hipócritas —dijo Ellen asqueada—. Se pasan toda la noche unos traseros con otros y tienen la cara dura de llamar pecado a lo que hacemos nosotros.

Se recrudecieron las risas. La gente dejó de hablar para escuchar a Ellen.

—Habla bajo —le suplicó Tom.

—Supongo que también querrán que haga penitencia. La humillación forma parte de todo ello. ¿Qué quieren que haga? Vamos, dime la verdad, no puedes mentir a una bruja.

—¡No digas eso! —dijo entre dientes Tom—. No harás más que empeorar las cosas.

—Entonces dímelo.

—Tendremos que vivir separados durante un año y tú tienes que mantenerte casta...

—¡Me meo en eso! —gritó Ellen.

Ahora ya todo el mundo les miraba.

—¡Y me meo en ti, Tom Builder! —siguió diciendo Ellen que se había dado cuenta de que tenía público—. ¡Y también me meo en todos vosotros! —añadió. La mayoría de la gente sonreía. Resultaba difícil ofenderse, tal vez porque estaba encantadora con la cara encendida y los ojos dorados tan abiertos. Se puso en pie—. ¡Y me meo en el priorato de Kingsbridge! —Se subió a la mesa de un salto y recibió una ovación. Empezó a pasear por ella. Los comensales retiraban precipitadamente sus boles de sopa de cerveza, apartándolos de su camino, y volvían a sentarse riendo—. ¡Me meo en el prior! —dijo—. ¡Me meo en el sub-prior y en el sacristán, en el cantor, en el tesorero y en todas sus escrituras y cartas de privilegios, y en sus cofres

llenos de peniques de plata! —había llegado al final de la mesa. Cerca de ella había otra mesa más pequeña donde solía sentarse alguien para leer en voz alta mientras comían los monjes. Sobre ella había un libro abierto. Ellen saltó de la mesa de comer a la mesa de lectura.

De repente Tom se dio cuenta de lo que iba a hacer.

—¡Ellen! —clamó—. ¡No lo hagas, por favor...!

—¡Me meo en la regla de san Benito! —dijo ella a voz en grito.

Luego se levantó las faldas, dobló las rodillas y orinó sobre el libro abierto.

Los hombres rieron estrepitosamente, golpearon sobre las mesas, patearon, silbaron y vitorearon. Tom no estaba seguro de si compartían el desprecio de Ellen por la regla de san Benito o sencillamente estaban disfrutando viendo exhibirse a una mujer hermosa. Había algo erótico en su desvergonzada vulgaridad, pero también resultaba excitante ver a alguien burlarse del libro hacia el que los monjes se mostraban tan tediosamente solemnes. Fuera cual fuese la razón, aquello les había encantado.

Ellen saltó de la mesa y corrió hacia la puerta entre nutridos aplausos.

Todos empezaron a hablar al mismo tiempo. Nadie había visto en su vida algo semejante. Tom se sentía horrorizado e incómodo, sabía que las consecuencias serían catastróficas. Y sin embargo una parte de él se decía *¡Vaya mujer!*

Al cabo de un momento Jack se levantó y siguió a su madre afuera del refectorio, con una sombra de sonrisa en su cara hinchada. Tom miró a Alfred y Martha. Alfred tenía una expresión desconcertada, pero Martha hacía risitas.

—Vamos fuera —les dijo Tom, y los tres salieron del refectorio.

A Ellen no se la veía por ninguna parte. Atravesaron el césped y la encontraron en la casa de invitados. Estaba sentada en una silla esperándole. Llevaba la capa y tenía en la mano su gran bolsa de piel; parecía haber recuperado su sangre fría y la calma. Tom se quedó frío al ver la bolsa, pero simuló no haberse fijado.

—Vamos a tener un infierno —dijo.

—No creo en el infierno —le aseguró Ellen.

—Espero que te dejarán confesar y cumplir la penitencia.

—No pienso confesar.

—¡No te vayas, Ellen! —le suplicó él, perdido ya el control.

Ella parecía triste

—Escucha, Tom. Antes de conocerte tenía para comer y un lugar donde vivir. Estaba a salvo y segura, y me bastaba a mí misma. No necesitaba a nadie. Desde que estoy contigo he permanecido más cerca de morir de hambre de lo que nunca ocurriera en mi vida. Ahora tienes trabajo aquí,

aunque sin seguridad. El priorato no tiene dinero para construir una nueva iglesia y el próximo invierno quizás te encuentres de nuevo recorriendo los caminos.

—Philip encontrará dinero de alguna manera —adujo Tom—. Estoy seguro de que lo hará.

—No puedes estar seguro —le rebatió ella.

—Tú no crees —dijo Tom con amargura. Luego añadió sin poder contenerse— Eres como Agnes, no crees en mi catedral.

—Si sólo fuera yo me quedaría, Tom —le aseguró Ellen con tristeza—. Pero mira a mi hijo.

Tom miró a Jack. Tenía la cara morada y con heridas, las orejas se le hablan hinchado el doble de lo normal, las aletas de la nariz estaban cubiertas de sangre seca y tenía roto uno de los dientes delanteros.

—Temía que creciera como un animal si nos quedábamos en el bosque —siguió diciendo Ellen—. Pero si es éste el precio que hay que pagar por enseñarle a vivir con otra gente, resulta demasiado caro, así que me vuelvo al bosque.

—No digas eso —dijo Tom desesperado—. Hablemos sobre ello. No tomes una decisión precipitada.

—No es precipitada, no es precipitada, Tom —afirmó Ellen tristemente—. Me siento tan triste que ni siquiera puedo estar furiosa. De veras que quería ser tu mujer. Pero no a cualquier precio.

Tom se dijo que si Alfred no hubiera perseguido a Jack nada de todo eso hubiera pasado. Pero sólo había sido una pelea de niños. O quizás Ellen estuviera en lo cierto al decir que Alfred era su punto flaco. Tom empezó a pensar que se había equivocado. Tal vez hubiera debido mantenerse más firme con Alfred. Las peleas entre muchachos era una cosa, pero Jack y Martha eran más pequeños que Alfred. Tal vez fuera un pendenciero.

Pero ahora ya era demasiado tarde para cambiar.

—Quédate en la aldea —dijo Tom desesperado—. Espera un tiempo y veremos qué pasa.

—No creo que ahora los monjes me dejaran.

Comprendió que Ellen tenía razón. La aldea pertenecía al priorato y cuantos allí vivían pagaban el alquiler a los monjes, por lo general en días de trabajo y los monjes podían negarse a dar alojamiento a quien no les gustara. Y no se les podía culpar por rechazar a Ellen. Ella había tomado su decisión y se había orinado literalmente en sus posibilidades de retractación.

—Entonces me iré contigo —dijo Tom—. El monasterio me debe ya setenta y dos peniques. Recorreremos de nuevo los caminos. Ya hemos sobrevivido antes.

—¿Y qué me dices de tus hijos? —le preguntó Ellen con dulzura.

Tom recordó a Martha llorando de hambre. Sabía que no podía hacerla pasar otra vez por aquello. Y también estaba su hijito, Jonathan. *No quiero volver a abandonarlo*, se dijo Tom, *lo hice una vez y sentí asco de mí.*

Pero no podía soportar la idea de perder a Ellen.

—No te atormentes —le dijo ella—. No voy a patear contigo de nuevo los caminos. Eso no es solución; estábamos peor bajo todos los aspectos de lo que estamos ahora. Me vuelvo al bosque y tú no vas a venir conmigo.

Tom se la quedó mirando. Quería creer que no iba a hacer lo que decía, pero por la expresión de su cara supo que lo haría. No se le ocurría nada más que decir para detenerla. Abrió la boca para hablar, pero no pudo articular una sola palabra. Se sintió impotente. Ellen respiraba con fuerza, con el pecho palpitante por la emoción. Tom ansiaba acariciarla pero tenía la impresión de que ella no quería que lo hiciera; *quizás no vuelva a abrazarla jamás*, se dijo. Le resultaba difícil de creer. Durante meses había yacido con ella noche tras noche, tocándola con la misma familiaridad que lo podía hacer consigo mismo y ahora, de repente, le estaba prohibida y ella se había convertido en una extraña.

—No estés tan triste —le dijo Ellen. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No puedo evitarlo —contestó Tom—. Me siento triste.

—Lamento hacerte tan desdichado.

—No lo sientas. Lamenta más bien haberme hecho feliz. Eso es lo que duele, que me hicieras tan feliz.

Ellen no pudo contener un sollozo. Dio media vuelta y se alejó sin decir otra palabra.

Jack y Martha fueron detrás de ella. Alfred vaciló un instante, en actitud desmañada, y luego los siguió.

Tom se quedó mirando la silla que ella acababa de dejar. *No, no puede ser verdad, no me abandona.*

Se sentó en la silla. Todavía estaba caliente de su cuerpo, de ese cuerpo que él tanto amaba. Endureció el rostro para contener las lágrimas.

Sabía que ahora Ellen ya no cambiaría de idea. Jamás vacilaba. Era una persona que cuando tomaba una decisión la cumplía hasta el fin.

Pero tal vez llegara a lamentarlo.

Se aferró a ese jirón de esperanza. Sabía que le amaba. Eso no había cambiado. La misma noche anterior había hecho el amor de forma frenética, como alguien que saciara una sed terrible. Y después de que él quedara satisfecho había rodado encima de él, besándole con avidez, jadeando entre su barba mientras gozaba una y otra vez, hasta quedar tan exhausta de placer que no pudo seguir. Y no era sólo eso lo que a ella le gustaba.

Disfrutaban estando juntos todo el tiempo. Hablaban sin cesar, mucho más de lo que él y Agnes habían hablado, incluso en sus primeros tiempos. *Me echará en falta tanto como yo a ella*, se dijo. *Al cabo de un tiempo, cuando su ira se haya calmado y esté encarrilada en una nueva rutina, echará de menos a alguien con quien hablar, un cuerpo firme que tocar, una cara barbuda que besar. Entonces pensara en mí. Pero es orgullosa. Es posible que sea demasiado orgullosa para volver aunque lo desee.*

Se puso en pie de un salto. Tenía que contar a Ellen lo que tenía en la mente. Salió de la casa. Se encontraba en la puerta del priorato despidiéndose de Martha. Tom corrió dejando atrás las cuadras y llegó junto a ella. Ellen le sonrió melancólica.

—Adiós, Tom.

Tom le cogió las manos.

—¿Volverás algún día? Aunque sólo sea para vernos. Si supiera que no te vas para siempre, que volveré a verte algún día, aunque sólo sea por algún tiempo... si supiera eso podría soportarlo.

Ellen vaciló.

—Por favor.

—De acuerdo —asintió ella.

—Júralo.

—No creo en juramentos.

—Pero yo sí.

—Muy bien. Lo juro.

—Gracias.

La atrajo hacia sí con delicadeza. Ella no se resistió. La abrazó y no pudo contenerse por más tiempo. Las lágrimas le corrieron por el rostro. Por último, Ellen se apartó. Él la dejó ir de mala gana. Ella se volvió hacia la puerta.

En aquel momento se oyó un ruido en las cuadras, el ruido de un caballo desobediente, piafando y bufando. Todos miraron automáticamente en derredor. El caballo era el semental de Waleran Bigod, y el obispo se disponía a montarlo. Su mirada se encontró con la de Ellen y quedó petrificado.

En ese momento Ellen empezó a cantar.

Tom no conocía la canción aunque se la había oído cantar a menudo. La melodía era terriblemente triste. Las palabras eran francesas, pero él las entendía bastante bien.

Un ruiseñor preso en la red de un cazador
cantó con más dulzura que nunca,
como si la fugaz melodía
pudiera volar y apartar la red.

La mirada de Tom fue de ella al obispo. Waleran parecía aterrado, con la boca abierta, los ojos desorbitados y el rostro tan lívido como la muerte. Tom estaba atónito ante el hecho de que una sencilla canción tuviera el poder de atemorizar de tal manera a un hombre.

Al anochecer, el cazador cogió su presa.
El ruiseñor jamás su libertad.
Todas las aves y todos los hombres tienen que morir, morirán,
pero las canciones pueden vivir eternamente.

—Adiós, Waleran Bigod. Abandono Kingsbridge pero no a ti. ¡Estaré contigo en tus sueños! —gritó Ellen.

Y en los míos, se dijo Tom.

Por un instante, nadie se movió. Ellen dio media vuelta, con Jack cogido de la mano. Todos la miraban en silencio mientras atravesaba las puertas del priorato y desaparecía entre las sombras crecientes del crepúsculo.

SEGUNDA PARTE (1136 – 1137)

CAPÍTULO CINCO

1

Desde que Ellen se fue, los domingos transcurrían muy tranquilos en la casa de invitados. Alfred jugaba a pelota con los muchachos de la aldea en la pradera del otro lado del río. Martha, que echaba de menos a Jack, se distraía recogiendo verduras y haciendo potaje o vistiendo a una muñeca. Tom trabajaba en su proyecto de catedral. En una o dos ocasiones había insinuado a Philip que debería pensar qué tipo de iglesia quería construir, pero éste no se había dado cuenta o había preferido ignorar la insinuación. Tenía un montón de cosas en la cabeza. Pero Tom apenas pensaba en otra cosa, especialmente los domingos.

Le gustaba sentarse en la casa de invitados, justo al lado de la puerta, y contemplar a través del césped la catedral en ruinas. A veces hacía diseños sobre una plancha de pizarra, pero la mayor parte del trabajo bullía en su cabeza. Sabía que para la mayoría de la gente resultaba difícil visualizar objetos sólidos y espacios complejos, pero a él siempre le había sido fácil.

Y un domingo, unos dos meses después de la partida de Ellen, se sintió preparado para empezar a dibujar.

Hizo una alfombrilla de juncos tejidos y ramitas flexibles de unos tres pies por dos, y luego unos limpios laterales de madera para que la alfombrilla tuviera los bordes levantados como una bandeja. A renglón seguido quemó algo de tiza a modo de cal, lo mezcló con una pequeña cantidad de fuerte argamasa, y llenó la bandeja con la mezcla. Al empezar a endurecerse, trazó líneas sobre ella con una aguja. Para las líneas rectas utilizó la regla, el cartabón para los ángulos rectos y los compases para las curvas. Haría tres dibujos. Una sección para explicar cómo estaba construida la iglesia, un alzado para ilustrar sus hermosas proporciones y un plano de planta para señalar el emplazamiento. Empezó con la sección.

Era muy sencilla. Dibujó una arcada alta, con la parte superior plana. Ésa era la nave vista desde el fondo. Había de tener un techo de madera plano como el de la vieja iglesia. Tom hubiera preferido sobre todo construir una bóveda curvada de piedra, pero sabía que Philip no podía permitírselo. Sobre

la nave dibujó un tejado triangular. La anchura de la construcción estaba determinada por la del tejado, que a su vez estaba limitado por la manera en que pudiera disponerse. Resultaba difícil encontrar vigas más largas de treinta y cinco pies, y además, eran extraordinariamente costosas. Tan valiosa era la madera buena que con frecuencia el propietario de un buen árbol lo talaba y vendía incluso antes de que alcanzara esa altura. La nave de la catedral de Tom tendría probablemente treinta y dos pies de anchura o el doble de la longitud de su *pole*[3] de hierro.

La nave que había dibujado era alta, de una altura increíble. Pero una catedral había de ser una construcción dramática, deslumbrante por su tamaño, obligando a mirar al cielo por su altura. Si la gente acudía a las catedrales se debía en parte a que eran los edificios más grandes del mundo. Un hombre que jamás hubiese ido a una catedral pasaría por la vida sin haber visto un edificio mucho mayor que la cabaña en la que vivía.

Por desgracia el edificio dibujado por Tom se derrumbaría. El peso de la chapa y la madera del tejado resultaría excesivo para los muros, que se combarían derrumbándose. Tenían que ser apuntalados.

A tal fin, Tom dibujó dos arcadas con la parte superior curvada, a media altura de la nave, una a cada lado. Eran las naves laterales. Tendrían techos curvados en piedra. Como las naves laterales eran más bajas y estrechas, no sería tan grande el gasto de bóvedas en piedra. Cada una de las naves laterales tendría un tejado colgadizo en declive.

Las naves laterales, unidas a la central por sus bóvedas de piedra, aportaban un cierto apoyo, pero no alcanzaban la altura suficiente. Tom construiría, a intervalos, soportes adicionales en el espacio del tejado de las naves laterales, encima del techo abovedado y debajo del tejado colgadizo. Dibujó uno de ellos, un arco de piedra elevándose desde la parte superior del muro de la nave lateral y cruzando hasta el muro de la nave central. En el punto en que el soporte descansaba sobre el muro de la nave lateral, Tom lo reforzó con un macizo contrafuerte sobresaliendo del lateral de la iglesia. Puso una torrecilla encima del contrafuerte para añadirle peso y darle un aspecto más atractivo.

No se podía tener una iglesia asombrosamente alta sin los elementos que consolidaran las naves laterales, soportes y refuerzos. Pero tal vez resultara difícil explicárselo a un monje, por lo que Tom había dibujado el diseño para ayudar a aclararlo.

---

[3] Medida de superficie equivalente a 5,029 m.

Dibujó también los cimientos, profundizando en el suelo debajo de los muros. Los legos en la materia siempre se asombraban de lo hondo que llegaban los cimientos.

Era un dibujo sencillo, demasiado para ser de gran utilidad a los constructores, pero bastaría para enseñárselo al prior Philip. Tom quería que comprendiera lo que se le estaba proponiendo, que visualizara el edificio y que se sintiera atraído por él. Resultaba difícil imaginarse una iglesia grande y sólida cuando a uno sólo le enseñaban unas cuantas líneas garrapateadas sobre escayola. Philip necesitaría toda la ayuda que Tom pudiera prestarle.

Los muros que había dibujado parecían sólidos vistos desde el extremo, pero no lo serían. Entonces Tom empezó a dibujar la vista lateral del muro de la nave, tal como podría verse desde el interior de la iglesia. Estaba perforado a tres niveles. La mitad del fondo apenas era un muro; se trataba sencillamente de una hilera de columnas con las cabezas unidas por arcos circulares; se las llamaba "la arcada". A través de los huecos de ésta podían verse las ventanas de las naves laterales, con la parte superior redondeada. Las ventanas habían de coincidir exactamente con los huecos de tal manera que la luz exterior penetrara sin impedimentos hasta la nave central. Las columnas entre ellos coincidirían con los contrafuertes de los muros exteriores.

Sobre cada arco de la arcada había una hilera de tres arcos pequeños formando la galería de la tribuna. A través de ellos no llegaba luz alguna porque detrás se encontraba el tejado colgadizo del costado de la nave lateral. Encima de la galería estaba el triforio, llamado así porque en él se habían abierto ventanas que iluminaban la mitad superior de la nave.

Cuando fue construida la vieja catedral de Kingsbridge, los albañiles habían confiado en la construcción de gruesos muros para mayor refuerzo, abriendo con timidez ventanas pequeñas que apenas dejaban entrar la luz. Los constructores modernos estaban convencidos de que un edificio sería lo bastante fuerte si sus muros fueran rectos y aplomados.

Tom diseñó los tres niveles del muro de la nave -arcada, galería y triforio- exactamente en proporciones 3:1:2. La arcada era la mitad de alta que el muro y la galería un tercio del resto. En una iglesia la proporción lo era todo. Daba una sensación subliminal de grandeza a toda la construcción. Al observar el dibujo ya acabado, Tom se dijo que era perfectamente airoso. Pero ¿lo creería así Philip? Tom podía ver las filas de arcos sucediéndose a lo largo de la iglesia, con sus molduras y tallas iluminadas por el sol de la tarde. Pero ¿vería lo mismo Philip?

Empezó su tercer dibujo. Se trataba del plano de la planta baja de la iglesia. Imaginó doce arcos en la arcada. Por lo tanto, la iglesia quedaba

dividida en doce secciones llamadas intercolumnios. La nave tendría una longitud de seis intercolumnios, y el presbiterio, de cuatro. Entre ambos, ocupando el espacio de los intercolumnios séptimo y octavo, estaría el crucero, con los brazos del transepto destacándose a cada lado y la torre alzándose encima.

Todas las catedrales y casi todas las iglesias tenían forma de cruz. Claro que la cruz era el símbolo único y más importante de la Cristiandad, pero también había una razón práctica. Los transeptos aportaban espacio utilizable para otras capillas y otras dependencias como la sacristía.

Cuando hubo dibujado un plano sencillo de la planta baja, Tom volvió sobre el dibujo central, que mostraba el interior de la iglesia visto desde el extremo occidental. Dibujó entonces la torre alzándose por encima y detrás de la nave.

La torre debería tener una vez y media la altura de la nave o duplicarla. La primera daría al edificio un perfil atractivo por su regularidad, con las naves laterales, la nave central y la torre alzándose en proporción escalonada: 1:2:3. La torre más alta resultaría más impresionante, porque la nave sería el doble de las naves laterales y la torre el doble de la nave central, siendo entonces las proporciones de 1:2:4. Tom había elegido esta última, ya que sería la única catedral que construiría en su vida y quería que tratara de alcanzar el cielo. Esperaba que Philip pensara igual.

Claro que si Philip aceptaba el proyecto Tom habría de dibujarlo de nuevo, con más cuidado y a escala exacta. Habría de hacer muchos más dibujos, centenares de ellos. Plintos, columnas, capiteles, ménsulas, marcos de puerta, torrecillas, escaleras, gárgolas y otros incontables detalles. Tom estaría dibujando durante años. Pero lo que tenía delante era la esencia del edificio, y era bueno: sencillo, económico, airoso y perfectamente proporcionado.

Se sentía impaciente por enseñárselo a alguien.

Había pensado dejar que la argamasa se endureciera y luego buscar el momento adecuado para llevársela al prior Philip, pero ahora que ya estaba hecho quería que Philip lo viera en seguida. ¿Pensaría Philip que era un presuntuoso? El prior no le había pedido que preparara un dibujo. Tal vez pensara en otro maestro arquitecto, en alguien del que supiera que había trabajado en otros monasterios y hubiera hecho un buen trabajo. Quizás considerara absurdas las aspiraciones de Tom.

Pero por otra parte, si Tom no le mostraba algo, Philip podía llegar a la conclusión de que era incapaz de dibujar y tal vez contratara a otro sin considerar siquiera a Tom. Pero no estaba dispuesto a arriesgarse. Prefería sin duda que le considerasen presuntuoso.

Todavía había luz del día. Sería la hora del estudio en los claustros. Philip estaría en la casa del prior leyendo la Biblia. Tom decidió ir a llamar a su puerta. Salió de la casa sujetando con todo cuidado la tabla.

Mientras dejaba atrás las ruinas, la perspectiva de construir una nueva catedral le pareció de súbito desalentadora. Todas esas piedras, toda esa madera, todos esos artesonados, todos esos años. Tendría que controlarlo todo, asegurarse de que hubiera un suministro constante de materiales, comprobar la calidad de la madera y de la piedra, contratar y despedir hombres, comprobar infatigable su trabajo en el aplomado y el nivelado, hacer plantillas para las molduras, diseñar y construir maquinas para elevar materiales... Se preguntaba si sería capaz de hacer todo ello.

Pero luego pensó en lo emocionante que sería crear algo de nada. Ver un día, en el futuro, una iglesia nueva aquí donde no había más que escombros y decir: *yo he hecho esto*.

Y otra idea bullía en su mente, oculta, sepultada en un oscuro rincón, algo que apenas quería admitir a sí mismo. Agnes había muerto sin la asistencia de un sacerdote y estaba enterrada en terreno sin consagrar. Le hubiera gustado volver junto a su tumba y hacer que un sacerdote dijera oraciones ante ella y quizá ponerle una pequeña lápida. Pero temía que si de alguna forma llamaba la atención hacia el lugar en el que estaba sepultada, saldría a relucir toda la historia del abandono del recién nacido. Dejar que una criatura muriera todavía seguía considerándose asesinato. A medida que transcurrían las semanas cada vez se sentía más preocupado por el alma de Agnes, preguntándose si estaría en buen lugar o no. Temía preguntar sobre ello a un sacerdote, porque no quería dar detalles. Pero se consoló con la idea de que si construía una catedral, con toda seguridad Dios le favorecía, y se preguntaba si podría pedirle que fuera Agnes quien recibiera los beneficios de ese favor en lugar de él. Si pudiera dedicar a Agnes su trabajo en la catedral estaba seguro de que el alma de ella estaría a salvo y él podría descansar tranquilo.

Llegó a la casa del prior. Era una edificación pequeña, de piedra, a un solo nivel. La puerta estaba abierta aunque el día era frío. Vaciló un instante. *Muéstrate tranquilo, competente, seguro de ti mismo y experto*, se dijo. *Un maestro en cada uno de los aspectos de la construcción moderna. Precisamente el hombre digno de toda confianza.* Se detuvo ante la casa. Sólo tenía una habitación. En un extremo había una gran cama con lujosas colgaduras, en el otro un altar pequeño con un crucifijo y un candelabro. El prior Philip se encontraba de pie junto a la ventana, leyendo con gesto preocupado una hoja de vitela. Levantó la vista y sonrió a Tom.

—¿Qué me traes?

—Dibujos, padre —repuso Tom, hablando con tono profundo y tranquilizador— Para una nueva catedral. ¿Puedo mostrároslos?

Philip pareció sorprendido e intrigado.

—Desde luego.

En un rincón había un gran facistol. Tom lo trasladó bajo la luz, junto a la ventana, colocando sobre él la argamasa enmarcada. Philip miró el dibujo mientras Tom observaba su rostro. Pudo darse cuenta de que Philip nunca había visto un dibujo alzado, un plano de planta baja o una sección de un edificio. El prior fruncía el entrecejo desconcertado.

Tom empezó a explicarlo. Señaló el alzado.

—Este os muestra un intercolumnio de la nave central —dijo—. Imaginaos que os encontráis en pie en el centro de la nave mirando hacia un muro. Aquí están las columnas de la arcada; están unidos por arcos. A través de ellos podéis ver las ventanas de la nave lateral. Encima de la arcada está la galería de la tribuna y encima de ella las ventanas del triforio.

La expresión de Philip se despejaba a medida que iba comprendiendo; era un oyente que captaba con rapidez. Luego miró el plano de la planta baja, y Tom pudo ver que aquello también le tenía perplejo.

—Cuando recorramos el emplazamiento y marquemos dónde habrán de levantarse los muros y dónde quedaran los pilares enclavados en el suelo, así como las posiciones de las puertas y los contrafuertes —dijo Tom—, tendremos un plano como éste, y nos dirá dónde habremos de colocar las estacas y cuerdas.

El rostro de Philip se iluminó de nuevo al comprender. Tom se dijo que no era mala cosa que a Philip le costara desentrañar los dibujos, ya que ello ofrecía a Tom la ocasión de mostrarse seguro de sí mismo y experto. Finalmente, Philip dirigió la mirada hacia la sección.

—Aquí está la nave central con un techo de madera; detrás de ella está la torre. Aquí las naves laterales a cada lado de la central. En los bordes exteriores de las naves laterales están los contrafuertes —explicó Tom.

—Parece espléndida —dijo Philip.

Tom pudo darse cuenta de que lo que, sobre todo, había impresionado a Philip había sido el dibujo de la sección, con el interior de la iglesia puesto al descubierto como si el extremo occidental hubiera sido abierto a modo de la puerta de un armario para revelar su interior.

Philip miró de nuevo el plano de la planta baja.

—¿Sólo hay seis intercolumnios en la nave?

—Sí. Y cuatro en el presbiterio.

—¿No resulta pequeña?

—¿Podéis permitiros otra más grande?

—No puedo permitirme construir ninguna —alegó Philip—. Supongo que no tendrás ni idea de lo mucho que esto costaría.

—Sé con toda exactitud cuánto costaría —dijo Tom. Vio reflejarse la sorpresa en la cara de Philip, pues éste no había reparado en que Tom sabía hacer números. Es más, había pasado muchas horas calculando el costo de su dibujo hasta el último penique, aunque dio a Philip una cifra en números redondos—; no costará más de tres mil libras.

Philip se echo a reír irónico.

—He pasado las últimas semanas ocupándome de los ingresos anuales del priorato —Agitó la hoja de vitela que leía con tanto interés al llegar Tom—. Aquí está la respuesta. Trescientas libras anuales. Y gastamos hasta el último penique.

Tom no se quedó sorprendido. Era evidente que el priorato había sido administrado en el pasado de forma desastrosa, pero tenía fe en que Philip enderezaría la economía.

—Encontrareis el dinero, padre —le dijo—. Con la ayuda de Dios —añadió con devoción.

Philip volvió su atención a los dibujos, aunque no parecía convencido.

—¿Cuánto tiempo será necesario para construir esto?

—Depende del número de personas que penséis emplear —dijo Tom—. Si contratáis treinta albañiles, con suficientes trabajadores, aprendices, carpinteros y herreros para que les sirvan, podría necesitarse quince años. Un año para los cimientos, cuatro para el presbiterio, otros cuatro para el transepto y seis años para la nave central.

Philip pareció impresionado una vez más.

—Desearía que mis funcionarios monásticos tuvieran tu habilidad para prever y calcular —dijo. Estudió los dibujos pensativo—. De manera que necesito encontrar doscientas libras al año. No parece tan difícil cuando lo presentas de esa forma —pareció reflexionar. Tom se sintió excitado. Philip empezaba a considerarlo como un proyecto factible, no sencillamente como un dibujo abstracto—. Supongamos que pudiera disponer de más dinero ¿Podríamos construir más deprisa?

—Hasta cierto punto —replicó Tom, cauteloso. No quería que Philip se excediera en su optimismo, porque ello podría conducir a la decepción—. Podéis emplear sesenta albañiles y construir toda la iglesia de una vez, en lugar de trabajar de este a oeste. Y para ello se necesitarían de ocho a diez años. Con un número mayor de sesenta para una construcción de este tamaño empezarían a estorbarse unos a otros, y el trabajo sería más lento.

Philip hizo un gesto de aquiescencia. Pareció entenderlo sin dificultad.

—Aún así, incluso con sólo treinta albañiles puedo tener terminado en cinco años el lado oriental. Y podréis utilizarlo para los oficios sagrados e instalar un nuevo sepulcro para los huesos de Saint Adolphus.

—¿De veras? —Ahora Philip ya se mostraba realmente excitado—. Había pensado que pasarían décadas antes de que pudiéramos tener una nueva iglesia. —Dirigió a Tom una mirada perspicaz—. ¿Has construido alguna catedral?

—No, pero he diseñado y construido iglesias más pequeñas. Además trabajé en la catedral de Exeter durante varios años y terminé como maestro constructor suplente.

—Tú quieres construir esta catedral ¿verdad?

Tom vaciló. Más valía que se mostrara franco con Philip; aquel hombre no soportaba las evasivas.

—Sí, padre. Querría que me designarais maestro constructor —repuso con toda la calma que le fue posible.

—¿Por qué?

Tom no esperaba aquella respuesta. Tenía tantos motivos... *Porque he visto que se hacen muy mal y yo puedo hacerla bien,* se dijo. *Porque no hay nada tan satisfactorio para un maestro artesano como ejercitar su habilidad, salvo tal vez hacer el amor a una mujer hermosa; porque algo como esto da sentido a la vida de un hombre.* ¿Qué respuesta querría Philip? Sin duda al prior le gustaría que dijera algo devoto. Pero decidió, audaz, decir la verdad.

—Porque será hermosa —exclamó.

Philip le miró de manera extraña. Tom no podría decir si estaba enfadado o cuál era su sentimiento.

—Porque será hermosa —repitió Philip. Tom empezó a pensar que aquélla era una razón boba y decidió añadir algo más, pero no se le ocurrió nada. Entonces se dio cuenta de que Philip no se mostraba en absoluto escéptico, sino que estaba conmovido. Las palabras de Tom le habían llegado al corazón. Finalmente, Philip hizo un gesto de asentimiento como si lo aceptara después de alguna reflexión—. Sí. ¿Y qué otra cosa puede ser mejor que hacer algo hermoso para Dios? —dijo.

Tom permaneció callado. Philip todavía no ha dicho: *Sí, serás maestro constructor*. Tom esperaba.

Philip pareció llegar a una decisión.

—Dentro de tres días voy a ir con el obispo Waleran a ver al rey en Winchester —dijo—. No conozco exactamente los planes del obispo pero estoy seguro de que pediremos al rey Stephen que nos ayude a pagar una nueva iglesia catedral en Kingsbridge.

—Esperemos que os conceda vuestro deseo —dijo Tom.

—Nos debe un favor —adujo Philip con sonrisa enigmática—. Debe ayudarnos.

—¿Y si lo hace? —preguntó Tom.

—Creo que Dios te ha enviado a mí con un propósito, Tom Builder —dijo Philip—. Si el rey Stephen nos da el dinero podrás construir la iglesia.

Esa vez fue Tom quien se sintió conmovido. Apenas sabía qué decir. Le habían concedido el deseo de toda su vida... pero con condiciones. Todo dependía de que Philip obtuviera la ayuda del rey. Hizo un gesto de aquiescencia aceptando la promesa y el riesgo.

—Gracias, padre —dijo.

La campana tocaba a vísperas. Tom cogió su pizarra.

—¿Necesitáis eso? —le preguntó Philip.

Tom se dio cuenta de que sería una buena idea dejarla allí. Sería un recordatorio constante para Philip.

—No, no lo necesito —dijo—. Lo tengo todo en mi cabeza.

—Entonces me gustaría guardarlo aquí.

Tom asintió al tiempo que se dirigía a la puerta.

Se le ocurrió que si no preguntaba en ese momento lo referente a Agnes, probablemente no lo haría jamás. Se volvió.

—¿Padre?

—Dime.

—Mi primera mujer... se llamaba Agnes... Murió sin la presencia de algún sacerdote y está enterrada en suelo sin consagrar. No es que hubiera pecado..., fueron tan sólo las circunstancias. Me preguntaba... A veces un hombre construye una capilla o funda un monasterio con la esperanza de que en el más allá Dios recuerde su devoción. ¿Creéis que mi dibujo podría servir para proteger el alma de Agnes?

Philip pareció pensativo.

—A Abraham se le pidió que sacrificara a su único hijo. Dios ya no pide sacrificios de sangre, pues ha sido hecho el sacrificio supremo. Pero la lección que se desprende de la historia de Abraham es que Dios nos pide lo mejor que tenemos que ofrecer, aquello que es más valioso para nosotros. ¿Es ese dibujo lo mejor que puedes ofrecer a Dios?

—Salvo por mis hijos, así es.

—Entonces puedes quedar tranquilo, Tom Builder. Dios lo aceptará.

2

Philip no tenía idea de por qué Waleran Bigod quería que se reuniese con él en las ruinas del castillo del conde Bartholomew.

Se había visto obligado a viajar hasta el pueblo de Shiring y, después de pasar la noche en él, ponerse en marcha esa mañana en dirección a Earlcastle. En aquellos momentos, mientras su caballo marchaba a trote corto hacia el castillo que surgía ante él de la niebla matinal, llegó a la conclusión de que posiblemente se trataba de una cuestión de comodidad. Waleran iba de camino de un lugar a otro, siendo aquel lugar lo más cerca que pasaba de Kingsbridge, y el castillo era un punto de encuentro fácil.

Philip hubiera deseado saber más cosas sobre lo que Waleran estaba planeando. No había visto al obispo electo desde el día en que inspeccionó las ruinas de la catedral. Waleran no sabía cuánto dinero necesitaba Philip para construir la iglesia, y éste a su vez no sabía lo que Waleran planeaba pedir al rey. A Waleran le gustaba mantener en secreto sus planes. Y ello ponía a Philip en extremo nervioso.

Estaba contento de que Tom Builder le hubiera dicho con toda exactitud lo que costaría construir la nueva catedral, aunque la información hubiera resultado deprimente. Una vez más se sentía satisfecho de tener cerca a Tom. Era un hombre de cualidades sorprendentes; apenas sabía leer ni escribir pero era capaz de diseñar una catedral, dibujar planos, y calcular el número de hombres, el tiempo que se necesitaría para construir la catedral y cuánto costaría. Era un hombre tranquilo, pero de una presencia formidable: muy alto, con un rostro curtido y una frondosa barba, ojos de mirada penetrante y frente despejada. En ocasiones, Philip se sentía ligeramente intimidado por él e intentaba disimularlo adoptando una actitud cordial. Pero Tom era muy serio y no tenía la menor idea de que Philip lo encontrara amedrentador. La conversación sobre su mujer le había parecido conmovedora y había revelado una devoción que hasta entonces no había manifestado. Tom era de esas personas que conservaba su religiosidad en el fondo del corazón. En ocasiones, eran los mejores.

A medida que Philip se acercaba a Earlcastle iba sintiéndose más incómodo. Aquél había sido un castillo floreciente que defendía a toda la región a su alrededor, empleando y alimentando a un elevado número de personas. Ahora se encontraba en ruinas, y las cabañas que se apiñaban extramuros estaban desiertas, como nidos vacíos en las ramas desnudas de un árbol en invierno. Y Philip era responsable de todo ello. Reveló que la conspiración se había fraguado allí y había descargado la ira de Dios sobre el conde, el castillo y sus habitantes.

Observó que ni los muros ni el puesto de guardia habían sufrido grandes daños durante la lucha. Ello significaba que los atacantes probablemente habían entrado antes de que pudieran cerrar las puertas. Condujo a su caballo a través del puente de madera y entró en el primero de los dos

recintos. Allí se hacía más patente la batalla. Aparte de la capilla de piedra, todo cuanto quedaba de los edificios del castillo era unos cuantos tocones abrasados emergiendo del suelo y un pequeño remolino de cenizas, impulsadas a lo largo de la base del muro del castillo.

No había el menor rastro del obispo. Philip cabalgó alrededor del recinto, cruzó el puente hasta el otro lado y entró en el nivel superior. En él había una sólida torre del homenaje en piedra, con una escalera de madera de aspecto poco seguro que conducía a la entrada del segundo piso. Philip se quedó mirando aquella amenazadora obra de piedra con sus angostas y largas ventanas. Pese a su aspecto poderoso, no logró proteger al conde Bartholomew.

Desde esas ventanas podría echar un vistazo a los muros del castillo para ver la llegada del obispo. Ató su caballo a la barandilla de la escalera y subió.

La puerta se abrió nada más tocarla. Entró. El gran salón estaba oscuro y polvoriento y los juncos del suelo más secos que huecos. Había una chimenea apagada y una escalera de caracol que conducía arriba. No pudo ver mucho a través de la ventana, y decidió subir al otro piso.

Al final de la escalera de caracol se encontró ante dos puertas. Supuso que la más pequeña conduciría a la letrina y la grande al dormitorio del conde. Se decidió por la mayor.

La habitación no estaba vacía.

Philip se detuvo bruscamente, paralizado por el sobresalto. En el centro de la habitación, frente a él, había una joven de extraordinaria belleza. Por un instante pensó que estaba viendo una visión y el corazón le latió con fuerza. Una masa de bucles oscuros le enmarcaban un rostro encantador. Le devolvió la mirada con unos grandes ojos oscuros y Philip se dio cuenta de que estaba tan sobresaltada como él. Se tranquilizó; estaba a punto de avanzar otro paso en la habitación cuando le agarraron por detrás y sintió en la garganta la hoja fría de un largo cuchillo.

—¿Quién diablos eres tú? —preguntó una voz masculina.

La joven se dirigió hacia él.

—Decid vuestro nombre o Matthew os matará —dijo con actitud regia.

Sus modales revelaban que era de noble cuna, pero ni siquiera a los nobles les estaba permitido amenazar a los monjes.

—Dile a Matthew que aparte las manos del prior de Kingsbridge o será él quien saldrá perdiendo.

Le soltó. Al mirar hacia atrás por encima del hombro vio a un hombre delgado más o menos de su edad. Era de suponer que ese Matthew había salido de la letrina.

Philip se volvió de nuevo hacia la joven. Parecía tener unos diecisiete años. Pese a sus modales altivos iba pobremente vestida. Mientras la observaba se abrió un arcón que había detrás de ella, adosado a la pared, y de él salió un adolescente con aspecto vergonzoso. En la mano tenía una espada. Debía de estar esperando al acecho o bien ocultándose. Philip no podría decir cuál de las dos cosas.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Philip.

—Soy la hija del conde de Shiring y me llamo Aliena.

¡La hija!, se dijo Philip. No sabía que todavía estuviese viviendo allí. Miró al muchacho. Tendría unos quince años y se parecía a la joven, salvo por la nariz chata y el pelo corto. Philip le miró enarcando las cejas.

—Soy Richard, el heredero del condado —dijo el muchacho, con la voz quebrada de los adolescentes.

—Y yo soy Matthew, el mayordomo del castillo —dijo el hombre que se encontraba detrás de Philip.

Philip comprendió que los tres habían estado ocultos allí desde la captura del conde Bartholomew. El mayordomo cuidaba de los hijos. Debía de tener cantidades de comida o dinero ocultos.

—Sé dónde está tu padre pero, ¿qué me dices de tu madre? —dijo Philip dirigiéndose a la joven.

—Murió hace muchos años.

Philip sintió una punzada de arrepentimiento. Aquellos niños eran virtualmente huérfanos y en parte era obra suya.

—¿No tenéis parientes que cuiden de vosotros?

—Cuido del castillo hasta el retorno de mi padre —dijo ella.

Philip se dio cuenta de que estaba viviendo en un mundo de ilusión. La joven intentaba vivir como si siguiera perteneciendo a una familia acaudalada y poderosa. Con su padre prisionero y caído en desgracia era una joven como otra cualquiera. El muchacho no era heredero de nada. El conde Bartholomew jamás volvería a ese castillo, a menos que el rey decidiera ahorcarle en él. Sintió lastima de la joven pero en cierto modo admiraba su fuerza de voluntad, que mantenía la fantasía y hacía que otras dos personas la compartieran. Podría haber sido reina, se dijo.

De fuera llegó la trápala de cascos sobre madera. Varios caballos estaban atravesando el puente.

—¿Por qué habéis venido aquí? —preguntó Aliena a Philip.

—Es sólo una cita —repuso Philip.

Dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Matthew le cerraba el paso. Por un instante permanecieron inmóviles, mirándose cara a cara. Parecía un cuadro,

aquellas cuatro personas en la habitación. Philip se preguntó si iban a impedirle que se fuera. Finalmente el mayordomo se hizo a un lado.

Philip salió. Se levantó el borde del hábito y bajó presuroso la escalera de caracol. Al llegar abajo oyó pasos detrás de él. Matthew le alcanzó.

—No digáis a nadie que estamos aquí —le dijo.

Philip vio que Matthew comprendía lo irreal de la situación de todos ellos.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis aquí? —le preguntó.

—Todo el tiempo que nos sea posible —contestó el mayordomo.

—Y cuando hayáis de iros, ¿qué haréis entonces?

—No lo sé.

Philip hizo un gesto de aquiescencia.

—Guardaré vuestro secreto —le dijo.

—Gracias, padre.

Philip cruzó el polvoriento salón y salió afuera. Al mirar hacia abajo vio al obispo Waleran y a otros dos hombres deteniendo los caballos junto al suyo. Waleran llevaba una gruesa capa de piel negra y un gorro también de piel negra. Alzó la vista y Philip se encontró con sus ojos claros.

—Mi señor obispo —dijo Philip con respeto. Bajó los escalones de madera. Todavía conservaba vívida en la mente la imagen de la joven virginal y casi sacudió la cabeza para librarse de ella.

Waleran desmontó. Philip observó que llevaba los mismos acompañantes, el deán Baldwin y el hombre de armas. Les saludó con un movimiento de cabeza y luego, arrodillándose, besó la mano de Waleran.

Waleran aceptó el homenaje pero no se recreó en él. Lo que a Waleran le gustaba era el propio poder, no sus florituras.

—¿Estás solo, Philip? —preguntó Waleran.

—Sí. El priorato es pobre y una escolta para mí es un gasto innecesario. Cuando era prior de St-John-in-the-Forest nunca llevé escolta y aún estoy vivo.

Waleran se encogió de hombros.

—Ven conmigo —le dijo—. Quiero enseñarte algo.

Atravesó el patio en dirección a la torre más cercana. Philip le siguió. Waleran entró por una puerta baja al pie de la torre y subió por las escaleras que había en el interior. Había murciélagos arracimados en el techo bajo y Philip bajó la cabeza para evitar rozarlos. Emergieron en la parte alta de la torre y permanecieron de pie entre las almenas, contemplando la tierra que les rodeaba.

—Éste es uno de los condados más pequeños del país —dijo Waleran.

—¿De veras? —Philip sintió escalofríos. Soplaba un viento frío y húmedo y su capa no era tan gruesa como la de Waleran. Se preguntó adónde querría llegar el obispo.

—Parte de esta tierra es buena, pero el resto corresponde a bosques y laderas de colinas pedregosas.

En un día claro hubieran podido ver muchos acres de forestas y tierras de cultivo, pero en aquel momento, aunque se habían despejado las primeras brumas, apenas podían distinguir el cercano lindero del bosque hacia el sur y los campos llanos alrededor del castillo.

—Este condado tiene una gran cantera que produce piedra caliza de primera calidad —siguió diciendo Waleran—. Sus bosques tienen muchos acres de buena madera. Y sus granjas generan considerable riqueza. Si tuviéramos este condado, Philip, podríamos construir nuestra catedral.

—Y si los cerdos tuvieran alas podrían volar —dijo Philip.

—¡Hombre de poca fe!

Philip se quedó mirando a Waleran.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio.

Philip se mostraba escéptico, pero pese a todo sintió un diminuto brote de esperanza. ¡Si llegara a ser realidad!

—El rey necesita apoyo militar —alegó de todas formas—, dará el condado a quien pueda mandar caballeros en las guerras.

—El rey debe su corona a la Iglesia y su victoria sobre Bartholomew a ti y a mí. Los caballeros no es cuanto necesita.

Philip comprendió que Waleran hablaba en serio. ¿Seria posible? ¿Entregaría el rey el condado de Shiring a la Iglesia para financiar la reconstrucción de la catedral de Kingsbridge? A pesar de los argumentos de Waleran, apenas resultaba creíble. Pero Philip no podía evitar el pensar lo maravilloso que sería tener la piedra, la madera y el dinero para pagar al artesano, siéndole todo ello entregado en bandeja. Y recordó que Tom Builder había dicho que podía contratar sesenta albañiles y terminar la iglesia en ocho o diez años. La sola idea resultaba enormemente sugestiva.

—Pero, ¿qué me dices del anterior conde? —inquirió.

—Bartholomew ha confesado su traición. Nunca negó la conspiración, pero durante algún tiempo mantuvo que lo que había hecho no era traición, basándose en que Stephen era un usurpador. Sin embargo, el torturador del rey acabó con su resistencia.

Philip se estremeció e intentó no pensar en lo que le habrían hecho a Bartholomew para lograr que aquel hombre tan rígido se doblegara.

Apartó aquella idea de la mente.

—El condado de Shiring —murmuró para sí. Era una petición increíblemente ambiciosa. Pero la idea era excitante. Se sintió rebosante de un optimismo irracional.

Waleran miró al cielo.

—Pongámonos en marcha —dijo—. El rey nos espera pasado mañana.

William Hamleigh observaba a los dos hombres de Dios desde su escondrijo, detrás de las almenas de la torre contigua. El alto, el que parecía un cuervo, con su nariz afilada y la capa negra, era el nuevo obispo de Kingsbridge. El más bajo y enérgico, con la cabeza rapada y los brillantes ojos azules, era el prior Philip. William se preguntó qué estarían haciendo allí.

Había visto llegar al monje, mirar en derredor suyo como si esperara encontrar gente allí y luego entrar en la torre del homenaje. William no podía saber si había visto a las tres personas que vivían en ella. Sólo estuvo unos momentos dentro y tal vez se habían ocultado a su llegada. Tan pronto como llegó el obispo, el prior Philip salió de la torre del homenaje y ambos subieron a una torre cercana. En aquellos momentos el obispo estaba señalando toda la tierra que rodeaba el castillo con cierto aire posesivo. William podía darse cuenta por su actitud y sus gestos que el obispo se mostraba entusiasmado, y el prior escéptico. Estaba seguro de que planeaban algo.

Pero él no había ido allí para espiarles. Era a Aliena a quien acudía a espiar.

Lo hacía cada vez con más frecuencia. Le obsesionaba sin cesar e involuntariamente soñaba despierto que se abalanzaba sobre ella, atada y desnuda en un trigal, encogida como un asustado cachorro en un rincón de su dormitorio, o perdida en el bosque ya anochecido. Llegó a tal extremo su obsesión que tenía que verla en carne y hueso. Todas las mañanas cabalgaba a primera hora hasta Earlcastle. Dejaba a su escudero Walter al cuidado de los caballos en el bosque y atravesaba los campos a pie hasta el castillo. Se introducía furtivamente en él y buscaba un escondrijo desde el que pudiera observar la torre del homenaje y el recinto superior. A veces tenía que esperar mucho tiempo para verla. Su paciencia se ponía duramente a prueba, pero la idea de irse de nuevo sin verla, aunque fuera un momento, le resultaba insoportable, de manera que siempre se quedaba. Luego, cuando al fin aparecía Aliena, la garganta se le quedaba seca, el corazón le latía desbocado y sentía un sudor frío en las palmas de las manos. A menudo estaba con su hermano o con aquel mayordomo afeminado, pero a veces estaba sola. Una tarde de verano, mientras esperaba verla desde primera hora de la mañana, Aliena se había acercado al pozo, y después de sacar agua se había quitado la ropa para lavarse. El recuerdo de aquella imagen le

ponía fuera de sí. Tenía senos turgentes y altivos, que se movían incitantes cuando ella levantaba los brazos para enjabonarse el pelo. Los pezones se le inflamaban de manera deleitable al echarse agua fría. Entre las piernas tenía una mata sorprendentemente grande de vello oscuro y rizado, y cuando se lavó allí, frotándose vigorosamente con la mano enjabonada, William, perdido el control, eyaculó allí mismo.

Desde entonces nada semejante volvió a ocurrir y desde luego Aliena no pensaría lavarse allí, en pleno invierno, pero podía deleitarle de otras mil formas aunque menos atractivas. Cuando estaba sola solía cantar e incluso hablar consigo misma. William la había visto trenzarse el pelo, bailar o perseguir a las palomas por las murallas como una niña pequeña. Observándola de manera clandestina hacer todas esas pequeñas cosas tan personales, William tenía una sensación de poder sobre ella que resultaba absolutamente maravillosa.

Claro que Aliena no saldría mientras el obispo y el monje estuvieran allí. Afortunadamente no se quedaron mucho tiempo. Abandonaron las almenas con premura y momentos después ellos y su escolta cabalgaban fuera del castillo. ¿Acaso habían ido sólo para contemplar el panorama desde las almenas? De ser así debieron sentirse algo decepcionados por el tiempo.

El mayordomo había salido en busca de leña antes de que llegaran los visitantes. Cocinaba en la torre del homenaje. Pronto volvería al salir en busca de agua del pozo. William suponía que comían gachas de avena, ya que no disponían de horno para cocer pan. A última hora del día el mayordomo abandonaba el castillo, a veces llevándose al muchacho consigo. Una vez que se iban, sólo era cuestión de tiempo ver aparecer a Aliena.

Cuando se aburría con la espera, William solía conjurar la imagen de ella lavándose. El recuerdo casi era tan estupendo como la realidad. Pero ese día se sentía inquieto. La visita del obispo y del prior parecía haber viciado el ambiente. Hasta ese día el castillo y sus tres habitantes habían tenido un aire encantado, pero la llegada de aquellos hombres desprovistos absolutamente de magia, cabalgando sobre sus embarrados caballos había roto el hechizo. Era como verse perturbado por un ruido en medio de un hermoso sueño. Por más que lo intentaba no podía seguir dormido.

Durante un rato se dedicó a hacer conjeturas sobre el motivo que hubiera llevado hasta allí a los visitantes, pero no lograba desentrañar el misterio. Sin embargo estaba seguro de que tramaban algo. Había una persona que probablemente podría resolverlo. Su madre. Decidió abandonar por el momento a Aliena y volver a casa para informar de lo que había visto.

Llegaron a Winchester al anochecer del segundo día. Entraron por la King's Gate, en el muro meridional de la ciudad, y fueron directamente al recinto de la catedral. Allí se separaron. Waleran se dirigió a la residencia del obispo de Winchester, un palacio dentro de su propio terreno, adyacente al recinto de la catedral. Philip fue a presentar sus respetos al prior y suplicarle que le cediera un colchón en el dormitorio de los monjes.

Al cabo de tres días de marchar por los caminos, Philip encontró la calma y quietud del monasterio tan refrescante como un manantial en un día caluroso. El prior de Winchester era un hombre rechoncho y de trato fácil, de tez sonrosada y pelo blanco. Invitó a Philip a cenar con él en su casa. Mientras comían hablaron de sus respectivos obispos. El prior de Winchester estaba a todas luces deslumbrado por el obispo Henry y totalmente subordinado a él. Philip dio por sentado que cuando el obispo de uno fuera tan acaudalado y poderoso como Henry, nada podía ganarse discutiendo con él. Pero aún así Philip no tenía intención de someterse hasta ese punto a su obispo. Durmió como una marmota y a medianoche se levantó para maitines.

Cuando por primera vez entró en la catedral de Winchester empezó a sentirse intimidado.

El prior le había dicho que era la iglesia más grande del mundo, y al verla pensó que así era. Tenía una longitud de unas doscientas yardas. Philip había visto aldeas que hubieran cabido en su interior. Tenía dos grandes torres, una sobre el crucero y otra en el extremo occidental. La torre central se había desmoronado treinta años antes sobre la tumba de William Rufus[4], un rey impío que jamás debió haber sido enterrado en una iglesia. Pero posteriormente fue reconstruida. Philip, que se encontraba de pie, directamente debajo de la nueva torre, sintió que todo el edificio tenía un aire de inmensa dignidad y fortaleza. La catedral que Tom había diseñado sería, en comparación, modesta. Y ello si es que llegaba siquiera a construirse. Entonces se dio cuenta de que se estaba moviendo en los círculos más altos y se sintió nervioso. Él no era más que un muchacho de aldea en una colina galesa que había tenido la buena fortuna de convertirse en monje. Y ese mismo día iba a hablar con el rey. ¿Acaso tenía derecho?

Volvió a la cama al igual que los demás monjes, pero permaneció despierto, profundamente preocupado. Temía decir o hacer algo que pudiera ofender al rey Stephen o al obispo Henry y que con ello pudiera ponerles en contra de Kingsbridge. La gente de origen francés se mofaba a menudo de la forma en que los ingleses hablaban su lengua. ¿Qué pensarían del acento galés? En el mundo monástico a Philip siempre se le había considerado por su

[4] Guillermo II, el Rojo (1087-1100).

piedad, su obediencia y su devoción al trabajo de Dios. Todas esas cosas no contaban para nada allí, en la ciudad capital de uno de los reinos más grandes del mundo. Philip se sentía fuera de su ambiente. Le oprimía la sensación de ser una especie de impostor, un don nadie pretendiendo ser alguien, y estaba seguro de que ello se descubriría en un santiamén y que sería enviado de nuevo a casa, desacreditado.

Se levantó con el alba, acudió a prima y luego desayunó en el refectorio. Los monjes disfrutaban de cerveza fuerte y pan blanco. Era un monasterio acaudalado. Después del desayuno, cuando los monjes fueron a capítulo, Philip se encaminó al palacio del obispo, un hermoso edificio con grandes ventanas, rodeado de varios acres de jardín amurallado.

Waleran estaba seguro de lograr el apoyo del obispo Henry en su indignante proyecto. Éste era tan poderoso que tan sólo con su ayuda podía hacerse posible todo el asunto. Era Henry de Blois, el hermano más joven del rey. Además de ser el clérigo mejor y más relacionado de Inglaterra, era el más rico porque también era abad del acaudalado monasterio de Glastonbury. Se esperaba que fuera el próximo arzobispo de Canterbury. Kingsbridge no podía tener un aliado más poderoso. Philip pensó que tal vez se lograría. Quizás el rey les permitiera construir una catedral nueva; y cuando pensaba en ello se sentía como si el corazón fuera a salírsele del pecho henchido de esperanza.

Un mayordomo de la casa dijo a Philip que no era probable que el obispo Henry apareciera antes de media mañana. Philip estaba demasiado inquieto para volver al monasterio. Hirviendo de impaciencia se dedicó a recorrer la ciudad más grande que jamás había visto.

El palacio del obispo se alzaba en el extremo sudeste de la ciudad. Philip caminó a lo largo del muro oriental, a través de los terrenos de otro monasterio, la abadía de St. Mary, y desembocó en un barrio que parecía dedicado a laborar la piel y la lana. La zona estaba atravesada en todos los sentidos por pequeños arroyos; al observarlos más de cerca, Philip se dio cuenta de que no eran naturales, sino canales hechos por la mano del hombre, desviando parte del caudal del río Itchen para que fluyera por las calles y suministrara la gran cantidad de agua que se necesitaba para el curtido de los cueros y el lavado del vellón. Esas industrias se instalaban habitualmente junto a un río, y Philip se admiró ante la audacia de hombres capaces de llevar el río hasta sus talleres en lugar de obrar al revés.

A pesar de toda aquella industria, la ciudad era más tranquila y menos concurrida que cualquier otra que Philip hubiera visitado. Los lugares como Salisbury o Hereford parecían ceñidos por sus muros, semejantes a un hombre gordo dentro de una túnica estrecha. Las casas estaban demasiado

juntas, los patios eran demasiado pequeños, la plaza del mercado atestada de gente, las calles demasiado estrechas. La gente y los animales andaban a empellones por falta de espacio, dando la sensación de que de un momento a otro empezarían las peleas. Pero Winchester era tan grande que parecía haber sitio para todo el mundo. Mientras paseaba por la ciudad, Philip fue comprendiendo gradualmente que la sensación de amplitud se debía a que las calles estaban trazadas siguiendo un modelo de parrilla cuadrada. En su mayoría eran rectas y los cruces en ángulo recto. Nunca había visto nada semejante. Aquella ciudad debieron haberla construido siguiendo un plan específico. Había docenas de iglesias, de todas las formas y tamaños, algunas de madera y otras de piedra, cada una de ellas dando servicio a su propio barrio pequeño. La ciudad debía ser muy rica para poder mantener a tantos sacerdotes.

Mientras caminaba por la calle Fleshmonger se sintió ligeramente mareado. Jamás había visto tanta carne cruda en un solo lugar. La sangre fluía desde todas las carnicerías hasta la calle, y unas ratas enormes se escurrían entre los pies de la gente que había ido a comprar.

El extremo sur de la calle Fleshmonger desembocaba en el centro de High Street, que se encontraba enfrente del viejo palacio real. A Philip le dijeron que los reyes no habían utilizado el palacio desde que se construyó en el castillo la nueva torre del homenaje, pero los acuñadores reales seguían fabricando peniques de plata en los bajos del edificio, protegidos por gruesos muros y puertas con rejas de hierro. Philip permaneció un rato ante éstas observando las chispas que despedían los martillos al ser descargados sobre los troqueles, maravillado por la gran riqueza desplegada ante sus ojos. Había un puñado de personas contemplando también las operaciones. Sin duda era algo que iban a ver los visitantes de Winchester. Una joven que se encontraba allí de pie, cerca de Philip, le sonrió y él le devolvió la sonrisa.

—Por un penique puedes hacer lo que quieras —dijo ella.

Philip se preguntó qué querría decir y de nuevo esbozó una vaga sonrisa. Entonces la mujer se abrió la capa y quedó horrorizado al ver que estaba completamente desnuda.

—Por un penique de plata puedes hacer todo cuanto gustes —repitió ella.

Philip sintió un leve impulso de deseo, algo así como el espectro de un recuerdo enterrado hacía ya mucho tiempo. Entonces se dio cuenta de que era una prostituta. Se sintió enrojecer. Se volvió rápidamente y se alejó presuroso.

—No temas —le gritó ella—. Me gusta una hermosa cabeza redonda.

Le persiguió la risa burlona de la mujer.

Se sintió acalorado y molesto. Entró en una bocacalle de High Street y se encontró en la plaza del mercado. Podía ver las torres de la catedral alzándose por encima de los puestos de mercado. Caminó presuroso entre la muchedumbre, sin atender los ofrecimientos de los vendedores, encontrando finalmente el camino de regreso al recinto.

Sintió como una brisa fresca la armoniosa quietud del entorno de la iglesia. Se detuvo en el cementerio para ordenar sus pensamientos. Se sentía avergonzado y ofendido. ¿Cómo se atrevía aquella mujer a tentar a un hombre con los hábitos de monje? Era evidente que le había identificado como visitante... ¿Acaso era posible que monjes que se encontraban lejos de su casa monacal fueran clientes suyos? Comprendió que evidentemente lo eran. Los monjes cometían los mismos pecados que la gente corriente. Sencillamente le había escandalizado la desvergüenza de la mujer. La imagen de su desnudez persistía en su memoria y como el núcleo encendido de la llama de la vela parpadeó por un instante y se desvaneció tras los párpados cerrados. Suspiró. Había sido una mañana de imágenes vívidas; los arroyos artificiales, las ratas en las carnicerías, los montones de peniques de plata recién acuñados y finalmente las partes íntimas de la mujer. Sabía que durante un rato aquellas imágenes volverían a él para perturbar sus meditaciones.

Entró en la catedral. Se sentía demasiado impuro para arrodillarse y orar. Pero sólo de recorrer la nave y salir por la puerta sur se sintió en cierto modo purificado. Atravesó el priorato y se dirigió al palacio del obispo.

La planta baja era una capilla. Philip subió las escaleras que conducían al vestíbulo y entró en él. Cerca de la puerta había un pequeño grupo de servidores y clérigos jóvenes, de pie o sentados en un banco adosado a la pared. Al fondo del salón se encontraban Waleran y el obispo Henry sentados a una mesa. Un mayordomo detuvo a Philip.

—Los obispos están desayunando —le dijo, como dando a entender que no podía verles.

—Me reuniré con ellos en la mesa —le dijo Philip.

—Será mejor que espere —le dijo el mayordomo.

Philip pensó que el mayordomo le había confundido con un monje corriente.

—Soy el prior de Kingsbridge —dijo.

El mayordomo se hizo a un lado, encogiéndose de hombros.

Philip se acercó a la mesa. El obispo Henry se encontraba sentado a la cabecera con Waleran a su derecha. Henry era un hombre bajo, de hombros anchos y rostro agresivo. Tendría más o menos la edad de Waleran, uno o dos años mayor que Philip; no más de treinta años. Sin embargo, en

contraste con la tez pálida de Waleran y el cuerpo huesudo de Philip, Henry tenía el color encendido y el aspecto bien nutrido de un excelente comedor. Su mirada era viva e inteligente y su rostro tenía una expresión firme y decidida. Era el pequeño de cuatro hermanos, y en su vida probablemente hubo de luchar por todo. Philip quedó sorprendido al ver que Henry llevaba la cabeza afeitada, señal de que en un tiempo hizo votos monásticos y aún se consideraba monje. Sin embargo no vestía con tejidos hechos en casa. De hecho llevaba una magnífica túnica de seda púrpura. Por su parte, Waleran vestía una impecable camisa de hilo blanca debajo de su habitual túnica negra, y Philip comprendió que los dos hombres iban vestidos como correspondía para una audiencia con el rey. Estaban comiendo carne fría de vaca y bebiendo vino tinto. Después de su paseo, Philip estaba realmente hambriento y la boca se le hizo agua.

Waleran levantó la vista y al verle mostró en su rostro una leve irritación.

—Buenos días —dijo Philip.

—Es mi prior —aclaró Waleran a Henry.

A Philip no le gustó demasiado que le presentaran como el prior de Waleran.

—Philip de Gwynedd, prior de Kingsbridge, mi señor obispo.

Iba dispuesto a besar la ensortijada mano del obispo pero Henry se limitó a decir:

—Espléndido —al tiempo que tomaba otro bocado de carne. Philip permaneció allí de pie, en situación incómoda. ¿Acaso no iban a invitarle a tomar asiento?

—Nos reuniremos contigo dentro de poco, Philip.

Philip comprendió que le estaban despidiendo. Dio media vuelta y se sintió humillado. Se incorporó de nuevo al grupo que se encontraba cerca de la puerta. El mayordomo que había intentado retenerle sonreía satisfecho, diciéndole con la mirada: *Te lo advertí*. Philip se mantuvo apartado de los demás. De súbito sintió vergüenza de su hábito pardo manchado que había estado llevando día y noche durante medio año. Los monjes benedictinos teñían con frecuencia sus hábitos de negro, pero Kingsbridge hacía años que había renunciado a ello por motivos de economía. Philip siempre había creído que vestir hermosos trajes era pura vanidad, del todo inapropiado para cualquier hombre de Dios, por elevada que fuera su dignidad. Pero en aquellos momentos descubría su conveniencia. Era posible que no le hubiesen tratado de forma tan displicente si hubiera ido vestido con sedas y pieles.

Bueno, se dijo, *un monje debe ser humilde, así que resultará beneficioso para mi alma.*

Los dos obispos se levantaron de la mesa y se dirigieron a la puerta. Un servidor presentó a Henry un manto con hermosos bordados y flecos de seda.

—Hoy no tendrás mucho qué decir, Philip —dijo Henry mientras se lo ponía.

—Deja que seamos nosotros quienes hablemos —añadió Waleran.

—Deja que sea yo quien hable —dijo Henry con levísimo énfasis en el yo—. Si el rey te hace una o dos preguntas contesta con toda sencillez y no intentes presentar los hechos con demasiadas florituras. Comprenderá que necesitas una nueva iglesia sin que hayas de recurrir a lamentos y lloriqueos

Philip no necesitaba que le dijeran aquello. Henry estaba mostrándose desagradablemente condescendiente. Sin embargo, Philip hizo un ademán de aquiescencia disimulando su resentimiento.

—Más vale que nos pongamos en marcha —dijo Henry—. Mi hermano es madrugador y puede querer concluir rápidamente los asuntos del día para irse de caza al New Forest.

Salieron. Un hombre de armas con una espada al cinto, que llevaba un báculo, se colocó delante de Henry mientras caminaban por High Street y luego subían por la colina en dirección a la Puerta Oeste. La gente se apartaba al paso de los dos obispos, pero no así ante Philip, que acabó andando detrás. De vez en cuando alguien pedía la bendición y Henry trazaba el signo de la cruz en el aire sin aminorar el paso. Poco antes de llegar al puesto de guardia torcieron a un lado y atravesaron un puente de madera tendido sobre el foso del castillo. A pesar de que se le había asegurado que no tendría que hablar mucho, Philip sentía un hormigueo de temor en el estómago.

Estaba a punto de ver al rey.

El castillo se alzaba en la parte sudoeste de la ciudad. Sus muros occidental y meridional formaban parte de las murallas de la ciudad, pero los que separaban de la ciudad la parte de atrás del castillo no eran menos altos y fuertes que los de las defensas exteriores, como si el rey necesitara tanta protección frente a los ciudadanos como frente al mundo exterior.

Entraron por una parte baja que había en el muro y al instante se encontraron ante la maciza torre del homenaje que dominaba aquel extremo del recinto. Era una formidable torre cuadrada. Al contar las ventanas estrechas como flechas, Philip calculó que debía tener cuatro pisos. Como siempre, la planta baja consistía en almacenes y una escalera exterior conducía a la entrada de arriba. Un par de centinelas apostados al pie de la escalera se inclinaron al paso de Henry. Entraron en el vestíbulo; había en el suelo algunos asientos rebajados en el muro de piedra, bancos de madera y una chimenea. En una esquina dos hombres de armas protegían la escalera

que conducía arriba, inserta en el muro. Uno de los hombres encontró la mirada del obispo Henry y con un gesto de asentimiento subió las escaleras para decir al rey que su hermano estaba esperando.

La inquietud hacía que Philip sintiera náuseas. En los próximos minutos podía quedar decidido todo su futuro. Hubiera deseado sentirse más a gusto con sus aliados. Hubiera deseado haber pasado las primeras horas de la mañana rezando para que las cosas salieran bien en lugar de vagar por Winchester. Hubiera deseado llevar un hábito limpio.

En el salón se encontraban unas veinte o treinta personas, en su mayoría hombres. Parecía haber una mezcolanza de caballeros, sacerdotes y prósperos ciudadanos. De repente a Philip le sobresaltó la sorpresa. Junto al fuego se encontraba Percy Hamleigh, hablando con una mujer y un joven. ¿Qué hacía allí? Las dos personas que se encontraban con él eran su horrible mujer y su embrutecido hijo. Habían colaborado con Waleran, si así podía decirse, en la caída de Bartholomew. Difícilmente podría ser una coincidencia el que se encontraran allí ese día. Philip se preguntó si Waleran los esperaba.

—¿Has visto...? —preguntó Philip a Waleran.

—Los he visto —replicó tajante Waleran, visiblemente descontento.

Philip tuvo la impresión de que su presencia en esos momentos era un mal presagio, aunque no supiera exactamente por qué. El padre y el hijo se parecían. Ambos eran hombres grandes y corpulentos, de pelo rubio y rostro taciturno. La mujer tenía todo el aspecto del tipo de demonio que torturaba a los pecadores en las pinturas del infierno. Se tocaba constantemente los granos de la cara con una mano esquelética e inquieta. Permanecía en pie apoyándose ora en un pie, ora en el otro, lanzando miradas todo el tiempo alrededor de la habitación. Sus ojos se encontraron con los de Philip y rápidamente desvió la mirada.

El obispo Henry iba de un lado a otro, saludando a los conocidos y bendiciendo a quienes no lo eran, pero al parecer sin perder de vista las escaleras, porque tan pronto como el centinela volvió a bajarlas, Henry le miró y ante el movimiento afirmativo de cabeza del hombre interrumpió la conversación a mitad de la frase.

Waleran subió las escaleras detrás de Henry, y Philip cerró la marcha con el corazón en la boca. El salón en el que entraron era del mismo tamaño y forma que el de abajo, pero el conjunto producía una sensación diferente. De las paredes colgaban reposteros y el suelo de madera, bien fregado, estaba cubierto de alfombras de piel de cordero. En la chimenea ardía un gran fuego y la habitación estaba brillantemente iluminada con docenas de velas. Junto a la puerta había una mesa de roble con plumas, tinta y un montón de hojas de

vitela para cartas. Un clérigo se encontraba sentado a ella a la espera de que el rey le dictara.

Lo primero que observó Philip era que el rey no llevaba corona. Vestía una túnica púrpura sobre polainas de piel como si estuviera a punto de montar a caballo. A sus pies estaban tumbados dos grandes perros de caza semejantes a cortesanos favoritos. Se parecía a su hermano, el obispo Henry, pero las facciones de Stephen eran algo más finas, lo que le hacía mejor parecido. Tenía abundante pelo leonado. Sin embargo sus ojos eran igualmente inteligentes. Se reclinó en su gran sillón, que Philip supuso que era un trono, en actitud tranquila, con las piernas estiradas y los codos apoyados en los brazos del asiento. Pese a aquella actitud, en la habitación planeaba un ambiente de tensión. El rey era el único que parecía estar a sus anchas.

Al tiempo que entraban los obispos y Philip, se retiraba un hombre alto con costosa indumentaria. Saludó al obispo Henry con un movimiento familiar de cabeza e ignoró a Waleran. Philip se dijo que con toda probabilidad era un poderoso barón.

El obispo Henry se acercó al rey, inclinándose ante él.

—Buenos días, Stephen —dijo.

—Todavía no he visto a ese bastardo de Ranulf —dijo el rey Stephen—. Si no aparece pronto le cortaré los dedos.

—Estará aquí cualquier día de éstos, te lo prometo. Aunque de todos modos tal vez debieras cortarle los dedos.

Philip no tenía idea de quien era Ranulf, ni por qué el rey quería verle, pero tuvo la impresión de que, aun cuando Stephen estaba disgustado, no hablaba en serio en lo que se refería a la mutilación del hombre.

Antes de que Philip ahondara en aquella línea de pensamiento, Waleran dio un paso adelante y se inclinó.

—Recordarás a Waleran Bigod, el nuevo obispo de Kingsbridge —dijo Henry.

—Si, pero ¿quién es ése? —dijo Stephen mirando a Philip.

—Es mi prior —dijo Waleran.

Waleran no dijo el nombre, por lo que Philip se apresuró a ampliar la información.

—Philip de Gwynedd, prior de Kingsbridge.

Su voz sonó más fuerte de lo que era su intención. Se inclinó.

—Acércate, padre prior —dijo Stephen—. Pareces atemorizado ¿Qué es lo que te preocupa?

Philip no sabía cómo responder aquello. Le preocupaban tantas cosas...

—Estoy preocupado porque no tengo un hábito limpio que ponerme —dijo a la desesperada.

Stephen se echó a reír, aunque sin malicia.

—Entonces deja de preocuparte —le dijo. Y mirando a su hermano, tan bien vestido añadió—. Me gusta que un monje parezca un monje, no un rey.

Philip se sintió algo mejor.

—Me he enterado de lo del incendio ¿Cómo os las arregláis? —preguntó Stephen

—El día del incendio Dios nos envió a un constructor. Reparó los claustros con gran rapidez y para los oficios sagrados utilizamos la cripta. Con su ayuda estamos despejando el enclave para la reconstrucción y además ha dibujado los planos de una iglesia nueva —dijo Philip.

Al oír aquello Waleran enarcó las cejas. No estaba enterado de lo de los planos. Philip se lo habría dicho si le hubiera preguntado, pero no lo hizo.

—Loablemente rápido —dijo el rey—. ¿Cuándo empezaréis a construir?

—Tan pronto como pueda encontrar el dinero.

Entonces intervino el obispo Henry.

—Ése es el motivo de que haya traído conmigo para verte al prior Philip y al obispo Waleran. Ni el priorato ni la diócesis disponen de recursos para financiar un proyecto de tal envergadura.

—Y tampoco la Corona, mi querido hermano —dijo Stephen.

Philip se sintió desalentado. No era aquel un buen comienzo.

—Lo sé. Por eso he buscado la manera de que puedas hacer posible para ellos la reconstrucción de Kingsbridge, sin costo alguno para ti —dijo Henry.

Stephen se mostró escéptico.

—¿Y has tenido éxito en la concepción de un proyecto tan ingenioso, por no decir mágico?

—Sí. Y mi sugerencia consiste en que cedas las tierras del conde de Shiring a la diócesis para que pueda financiar el programa de reconstrucción.

Philip contuvo el aliento.

El rey pareció pensativo.

Waleran abrió la boca dispuesto a hablar, pero Henry le hizo callar con un gesto.

—Es una idea inteligente. Me gustaría hacerlo —dijo el rey.

A Philip le dio un salto el corazón

—Lo malo es que acabo de prometer virtualmente el condado a Percy Hamleigh —dijo el rey.

Philip no pudo acallar un lamento. Había pensado que el rey iba a decir que sí. La decepción fue como una puñalada.

Henry y Waleran quedaron pasmados. Nadie había previsto aquello.

Henry fue el primero en hablar.

—¿Virtualmente? —preguntó.

El rey se encogió de hombros.

—Podría zafarme del compromiso, aunque resultaría considerablemente embarazoso. Después de todo fue Percy quien condujo ante la justicia al traidor Bartholomew.

—No sin ayuda, mi señor —intervino rápido Waleran.

—Sabía que tuviste cierta parte en ello.

—Fui yo quien informó a Percy Hamleigh de la conspiración contra vos.

—Sí. Y a propósito ¿cómo lo supiste tú?

Philip se agitó nervioso. Estaban pisando terreno peligroso. Nadie debía saber que en su origen la información procedía de su hermano Francis, ya que éste seguía trabajando para Robert de Gloucester, a quien le había sido perdonada su intervención en la conspiración.

—La información me llegó a través de una confesión en el lecho de muerte —dijo Waleran.

Philip se sintió aliviado. Waleran estaba repitiendo la mentira que Philip le había dicho a él, pero hablando como si esa "confesión" se la hubieran hecho a él y no a Philip. Pero éste se sentía más que contento de que la atención se apartara de su propia persona en todo ese asunto.

—Aún así fue Percy y no tú quien lanzó el ataque contra el castillo de Bartholomew, jugándose el todo por el todo, y quien arrestó al traidor.

—Puedes recompensar a Percy de cualquier otra manera —le sugirió Henry.

—Lo que quiere Percy es Shiring —dijo Stephen—. Conoce la zona. Y la gobernará de forma efectiva. Podría darle Cambridgeshire, pero ¿le seguirían los hombres de los pantanos?

—Primero debes dar gracias a Dios y después a los hombres. Fue Dios quien te hizo rey —dijo Henry.

—Pero Percy arrestó a Bartholomew.

Henry se sintió ofendido ante tamaña irreverencia.

—Dios lo controla todo...

—No insistas en ello —dijo Stephen alzando la mano derecha.

—Está bien —repuso Henry en actitud sumisa.

Aquello fue una clara demostración del poder real. Por un momento habían estado discutiendo casi como iguales, pero Stephen con una breve frase había recuperado la ventaja.

Philip se sintió amargamente decepcionado. Al principio le pareció que era una petición imposible, pero poco a poco había empezado a pensar que se

la concedería, imaginando incluso cómo utilizaría aquella riqueza. Ahora había vuelto a la realidad con un fuerte batacazo.

—Mi señor rey —dijo Waleran—. Os doy gracias por mostraros dispuesto a reconsiderar el futuro del condado de Shiring, y esperaré vuestra decisión con ansiedad y oración.

Era impecable, se dijo Philip. Parecía como si Waleran aceptara con elegancia. De hecho venía a recapitular que la cuestión quedaba todavía pendiente. El rey no había dicho eso. Bien analizada, la respuesta había sido negativa. Pero no había nada ofensivo en insistir en que el rey todavía podía inclinar su decisión a uno u otro lado. *Debo recordar esto*, pensó Philip; *cuando estés a punto de recibir una negativa, trata de lograr un aplazamiento.*

Stephen vaciló un instante, como si albergara una leve sospecha de que le estaban manejando. Luego pareció desechar cualquier duda.

—Gracias a los tres por haber venido a verme —dijo.

Philip y Waleran dieron media vuelta y se dispusieron a salir, pero Henry siguió en sus trece.

—¿Cuándo conoceremos tu decisión?

De nuevo Stephen pareció sentirse en cierto modo acorralado.

—Pasado mañana —dijo.

Henry se inclinó y los tres salieron de la habitación.

La incertidumbre era casi tan mala como una negativa. Philip encontraba insoportable la espera. Pasó la tarde con la maravillosa colección de libros del priorato de Winchester, pero ni siquiera ellos eran capaces de impedir que siguiera especulando sobre lo que el rey tendría en la mente. ¿Podía el rey desdecirse de la promesa que había hecho a Percy Hamleigh? ¿Hasta qué punto era Percy importante? Era un miembro de la pequeña aristocracia rural que aspiraba a un condado. Con toda seguridad Stephen no tenía motivo alguno para temer ofenderle. Pero ¿hasta qué punto Stephen quería ayudar a Kingsbridge? Era notorio que los reyes se hacían más devotos con la edad. Y Stephen era joven.

Philip se encontraba barajando una y otra vez las posibilidades en su mente y mirando, aunque sin leer, el *De Consolatione Philosophiae Libri V* de Boecio, cuando un novicio llegó prácticamente de puntillas por una de las galerías del claustro y se acercó a él con timidez.

—En el patio exterior hay alguien que pregunta por vos, padre —le susurró el muchacho.

Era evidente que no se trataba de un monje, ya que habían hecho esperar afuera al visitante.

—¿Quién es? —preguntó Philip.

—Es una mujer.

La primera y aterradora idea que acudió al pensamiento de Philip era que se trataba de la prostituta que le había abordado delante de la casa de la moneda. Pero aquel día se había encontrado con la mirada de otra mujer.

—¿Qué aspecto tiene?

El muchacho hizo un gesto de aversión.

Philip asintió comprensivo.

—Regan Hamleigh. —¿Qué nueva maldad estaría concibiendo?—. Voy en seguida.

Recorrió despacio y pensativo los claustros y salió al patio. Necesitaría de todo su ingenio para tratar con esa mujer.

Regan se encontraba en pie, delante del locutorio del intendente, envuelta en una gruesa capa, ocultando su rostro con una capucha. Miró a Philip con tan clara malevolencia que éste estuvo en un tris de dar media vuelta e irse de inmediato por donde había venido. Pero luego se sintió avergonzado de huir ante una mujer y se mantuvo firme.

—¿Que quieres de mí? —preguntó.

—¡Monje necio! —escupió— ¿Cómo podéis ser tan estúpido?

Se sintió enrojecer.

—Soy el prior de Kingsbridge. Y mejor será que me llames Padre —le dijo. Pero se dio cuenta, fastidiado, de que parecía más bien petulante que autoritario.

—Muy bien, *padre*, ¿cómo es posible que os dejéis *utilizar* por esos dos obispos codiciosos?

Philip aspiró hondo.

—¡Habla sin rodeos! —dijo enfadado.

—Resulta difícil encontrar palabras bastante claras para alguien tan necio como vos, pero lo intentaré. Waleran está utilizando la iglesia incendiada como pretexto para hacerse con las tierras del condado de Shiring en su propio provecho. ¿He hablado con bastante claridad? ¿Habéis captado la idea?

El tono desdeñoso de Regan seguía sulfurando a Philip, pero no pudo resistir a la tentación de defenderse.

—No hay nada oculto en todo ello —dijo— Los ingresos procedentes de la tierra están destinados a reconstruir la catedral.

—¿Qué os hace pensar eso?

—Esa era la idea —protestó Philip, aunque en el fondo de la mente empezara a sentir el resquemor de la duda.

Cambió el tono desdeñoso de Regan que se hizo malicioso.

—¿Pertenecerán las nuevas tierras al priorato? ¿O más bien a la diócesis? —insinuó.

Philip se la quedó mirando un instante y luego apartó la vista. El rostro de aquella mujer era demasiado repelente. Él había estado trabajando con la presunción de que las tierras pertenecerían al priorato y estarían bajo su control, y no la diócesis, en cuyo caso el control lo tendría Waleran. Pero en aquel momento recordó que cuando fueron recibidos por el rey, el obispo Henry había pedido específicamente al rey que aquellas tierras fueran dadas a la diócesis. Philip supuso en aquel momento que se trataba de un *lapsus linguae*. Pero no recordaba que lo hubieran subsanado entonces ni después.

Observó suspicaz a Regan. Era imposible que hubiera sabido de antemano lo que Henry iba a decir al rey. Tal vez tuviera razón respecto a ello. Quizá sólo estuviera intentando crear dificultades. Con una disputa entre Philip y Waleran, llegado a ese punto, ella llevaba todas las de ganar.

—Waleran es el obispo y ha de tener una catedral —dijo Philip.

—Ha de tener un montón de cosas —aclaró ella. Al empezar a razonar parecía menos malévola y más humana, pero aun así Philip no podía soportar mirarla por mucho tiempo—. Para algunos obispos lo primero sería una hermosa catedral. Waleran tiene otras necesidades. En cualquier caso, mientras tenga en su mano los cordones de la bolsa se encontrará en posición de conceder lo que le parezca, mucho o poco, a vos y a vuestros constructores.

Philip se dio cuenta de que, al fin, Regan tenía razón en algo. Si fuera Waleran quien cobrara las rentas, naturalmente retendría parte de ellas para sus gastos. Y únicamente él podría fijar esa parte. No habría nada que le impidiera desviar los fondos para asuntos ajenos a la catedral, si así lo deseaba. Y Philip nunca sabría de un mes para otro si estaría en condiciones de pagar a los constructores.

No cabía la menor duda de que sería preferible que fuera el priorato el que tuviera la propiedad de la tierra. Pero Philip estaba seguro de que Waleran se opondría a esa idea y de que el obispo Henry respaldaría a Waleran. Para Philip la única esperanza era el rey. Y el rey Stephen, al ver a los hombres de la iglesia divididos, era posible que resolviera el problema entregando el condado a Percy Hamleigh.

Que naturalmente era lo que Regan buscaba.

Philip negó con la cabeza.

—Si Waleran está intentando engañarme, ¿para qué habría de traerme aquí? Hubiera podido venir solo y presentar su súplica.

Ella asintió.

—Pudo haberlo hecho. Pero también el rey podía haberse preguntado hasta qué punto era sincero Waleran al decir que sólo quería el condado para construir una catedral. Vos habéis hecho que desapareciese cualquier duda

que Stephen pudiese albergar al aparecer aquí para apoyar la solicitud de Waleran. —Su tono se hizo de nuevo desdeñoso—. Y vos tenéis un aspecto tan patético con vuestro hábito manchado que habéis inspirado lástima al rey. No, Waleran fue muy listo al traeros con él.

Philip tenía la horrible sensación de que tal vez Regan estuviera en lo cierto, pero no estaba dispuesto a admitirlo.

—Lo que pasa es que tú quieres el condado para tu marido —le dijo.

—Si pudiera daros la prueba, ¿cabalgaríais medio día para verla vos mismo?

Lo último que quería Philip era verse enredado en las manipulaciones de Regan. Pero tenía que averiguar si su alegato era verdadero.

—Sí, cabalgaré medio día —admitió a disgusto.

—¿Mañana?

—Sí.

—Estad preparado al amanecer.

Era William Hamleigh, el hijo de Percy y Regan, quien a la mañana siguiente estaba esperando a Philip en el patio exterior cuando los monjes empezaban a cantar prima. Philip y William salieron de Winchester por la Puerta Oeste, torciendo de inmediato hacia el Norte en la calle Athelynge. Philip pronto se dio cuenta de que el palacio del obispo Waleran estaba en esa dirección y se encontraba a medio día de viaje. De manera que allí era a donde iban. Pero ¿por qué?. Se sentía profundamente receloso, y decidió mantenerse alerta ante cualquier astucia. Era muy posible que los Hamleigh intentaran utilizarlo. Hizo cábalas de cómo podrían hacerlo. Tal vez Waleran poseyera algún documento que los Hamleigh quisieran ver o incluso robar, alguna especie de escritura o carta de privilegio. El joven Lord William podía decir al servicio del obispo que habían enviado a los dos a buscar el documento. Seguramente le creerían por ir Philip con él. Era muy posible que William escondiera una carta en la manga. Philip tenía que mantenerse en guardia. Era una mañana gris y melancólica, bajo una fina lluvia. William cabalgó a buena marcha durante las primeras millas, pero luego disminuyó el ritmo para dejar que descansaran los caballos.

—Así que quiere quitarme el condado, monje —dijo al cabo de un rato.

Philip quedó desconcertado ante su tono hostil. No había hecho nada para merecerlo y le molestó, así que su respuesta fue dura.

—¿A ti? —dijo—. Tú no vas a tenerlo, muchacho. Puede que lo reciba yo, o tu padre, o quizás el obispo Waleran. Pero nadie ha pedido al rey que te lo dé a ti. Eso suena a broma.

—Yo lo heredaré.

—Eso está por verse —Philip llegó a la conclusión de que no valía la pena discutir con William—. No te deseo ningún mal —dijo en tono conciliatorio—. Lo único que yo quiero es construir una nueva catedral.

—Entonces quedaos con el condado de algún otro —dijo William—. ¿Por qué la gente ha de tomarla siempre con nosotros?

Philip se dio cuenta de que había una gran amargura en el tono del muchacho.

—¿La toma la gente siempre con vosotros? —le preguntó.

—Cabía esperar que hubieran aprendido la lección de lo ocurrido a Bartholomew. Insultó a nuestra familia y mirad dónde está ahora.

—Creí que era su hija la responsable del insulto.

—Esa zorra es tan orgullosa y arrogante como el padre. Pero también ella sufrirá. Al final todos se arrodillarán ante nosotros, ya verá.

Esos no eran los sentimientos naturales de un muchacho de veinte años, se dijo Philip. William se asemejaba más a una mujer de mediana edad envidiosa y virulenta. Philip no disfrutaba en modo alguno con aquella conversación. La mayoría de la gente disimulaba su enconado odio con una cierta elegancia, pero William era demasiado tosco para hacerlo.

—Más vale dejar la venganza para el día del Juicio Final —dijo Philip.

—¿Por qué no esperáis vos al día del Juicio Final para construir vuestra iglesia?

—Porque para entonces será demasiado tarde para salvar las almas de los pecadores de los tormentos del infierno.

—¡No empecéis con eso! — dijo William con una nota de histeria en la voz— ¡Reservadlo para vuestros sermones!

Philip se sintió tentado de darle otra réplica mordaz, pero se mordió la lengua. Había algo muy extraño en aquel muchacho. Tenía la sensación de que William podía ser presa en cualquier momento de una furia incontrolable y que si se enfurecía podía ser extraordinariamente violento. Philip no le tenía miedo. No temía a los hombres violentos, tal vez porque de niño había visto lo peor que eran capaces de hacer y había sobrevivido. Pero nada se ganaba enfureciendo a William con reprimendas, así que le habló con calma.

—El cielo y el infierno es de lo que yo me ocupo. La virtud y el pecado, el perdón y el castigo, lo bueno y lo malo. Me temo que no puedo guardar silencio respecto a ellos.

—Entonces hablad con vos mismo —dijo William y espoleando al caballo lo puso al trote apartándose de Philip.

Cuando se encontraba ya a cuarenta o cincuenta yardas de distancia de Philip, volvió a reducir la marcha. Éste se preguntó si el muchacho reduciría la

marcha y volvería para cabalgar a su lado, pero no lo hizo y durante el resto de la mañana cabalgaron separados.

Philip se sentía inquieto y algo deprimido; había perdido el control de su destino. En Winchester había dejado que Waleran Bigod llevara la voz cantante y en esos momentos permitía que William Hamleigh le indujera a hacer ese viaje misterioso. *Todos están intentando manipularme,* se dijo. *¿Por qué permito que lo hagan? Es hora de que sea yo quien empiece a tomar la iniciativa.* Pero en ese momento no había nada que pudiera hacer, salvo dar media vuelta y volver a Winchester, y ello parecía un gesto fútil, de manera que siguió tras William, contemplando meditabundo los cuartos traseros del caballo de éste mientras continuaban cabalgando.

Poco antes del mediodía llegaron al valle donde se alzaba el palacio del obispo. Philip recordaba haber acudido allí a principios de año, terriblemente agitado, llevando consigo un secreto mortal. Desde entonces habían cambiado extraordinariamente un montón de cosas.

Ante su sorpresa, William dejó atrás el palacio y empezó a subir por la colina. El camino se estrechaba hasta convertirse en un pequeño sendero entre los campos. Philip sabía que no conducía a ninguna parte importante. A medida que alcanzaban la cima de la colina, Philip observó que se estaban llevando a cabo obras de edificación. Algo por debajo de la cima les detuvo, un banco de tierra que parecía cavada recientemente. A Philip le asaltó una terrible sospecha.

Apartándose, cabalgaron a lo largo del banco hasta encontrar un hueco. En el interior del banco había un foso seco, relleno a esa altura para permitir que pasara la gente. Lo atravesaron.

—¿Es esto lo que hemos venido a ver? —preguntó Philip.

William se limitó a asentir con la cabeza.

Había quedado confirmada la sospecha de Philip. Waleran estaba construyéndose un castillo. Sintió una inmensa tristeza.

Aguijó a su caballo y atravesó la cuneta con William a la zaga. La cuneta y el banco rodeaban la cima de la colina. Junto al borde interior de la cuneta se había levantado un grueso muro de piedra hasta una altura de dos o tres pies. Era evidente que el muro estaba sin terminar, y a juzgar por su grosor se había pensado que fuera muy alto.

Waleran estaba construyendo un castillo, pero allí no había trabajadores ni se veían herramientas ni almacenamientos de piedras o madera. Se había hecho mucho en poco tiempo. Y de repente habían suspendido los trabajos. Era evidente que Waleran se había quedado sin dinero.

—Supongo que no habrá duda de que es el obispo quien está construyendo este castillo —dijo Philip a William.

—¿A quién iba a permitir Waleran Bigod que construyera un castillo cerca de su palacio? —repuso William.

Philip se sintió dolido y humillado. La cuestión era de una claridad meridiana. El obispo Waleran quería el condado de Shiring, con su cantera y su madera para construir su propio castillo, no una catedral. Philip era tan sólo un instrumento, el incendio de la catedral de Kingsbridge una excusa oportuna. Su papel consistía en avivar la devoción del rey para que concediera el condado a Waleran.

Philip se vio a sí mismo tal como Waleran y Henry debían verle. Ingenuo, sumiso, sonriente y conforme mientras se le conducía al matadero. Le habían juzgado a la perfección. Había confiado en ellos, había delegado en ellos, incluso había soportado con una sonrisa sus desaires porque creía que le estaban ayudando, cuando en realidad le estaban engañando.

Se sentía escandalizado ante la falta de escrúpulos de Waleran. Recordaba la mirada de tristeza de Waleran mientras contemplaba la catedral en ruinas. Philip había avistado por un instante en Waleran una devoción hondamente arraigada. Waleran debía pensar que al servicio de la Iglesia los fines piadosos justifican los medios deshonestos. Philip jamás lo creyó así. «Nunca haría a Waleran lo que éste está intentando hacerme a mí», se dijo.

Jamás se había considerado crédulo. Se preguntaba en qué residía su error. Y pensó que había permitido que le deslumbraran el obispo Henry y sus ropajes de seda, la magnificencia de Winchester y su catedral, los montones de plata en la casa de la moneda, las cantidades de carne en las carnicerías y, sobre todo, la idea de ver al rey. Había olvidado que Dios ve a través de los ropajes de seda en el corazón pecador, que la única riqueza que vale la pena es la de obtener el tesoro del cielo y que incluso el rey ha de arrodillarse en la iglesia. Al experimentar la sensación de que todos los demás eran mucho más poderosos y sofisticados que él había perdido de vista sus propios valores, dejado en suspenso sus facultades críticas y depositado su confianza en sus superiores. Su recompensa había sido el engaño.

Echó una última mirada al castillo en construcción batido por la lluvia y luego hizo dar vueltas a su caballo y se alejó sintiéndose herido. William le siguió.

—¿Qué dice ahora de eso, monje? —se mofó William. Philip no contestó.

Recordaba que había ayudado a que Waleran llegara a ser obispo.

Quieres que te designe prior de Kingsbridge y yo quiero que me hagas obispo, le había dicho Waleran.

Claro que Waleran no había revelado que el obispo había muerto ya, de manera que la promesa parecía algo insustancial. Y parecía que Philip estaba obligado a hacer esa promesa para asegurarse la elección como prior. Pero

todo ello eran excusas. La realidad era que debía haber dejado la elección de prior y del obispo en manos de Dios.

No había tomado esa piadosa decisión y recibía el castigo al tener que contender ahora con el obispo Waleran.

Cuando pensaba hasta qué punto le habían desairado, manipulado y engañado, se sentía furioso. Se dijo con amargura que la obediencia era una virtud monástica, pero fuera de los claustros tenía sus inconvenientes; el mundo del poder y de la riqueza urgía a que un hombre fuera exigente, receloso e insistente.

—Esos obispos embusteros le han hecho quedar como un tonto ¿no es así? —dijo William.

Philip frenó a su caballo. Temblando de ira apuntó con un dedo acusador a William.

—Cierra la boca, muchacho. Estás hablando de obispos santos de Dios. Si dices una sola palabra más te prometo que arderás en los infiernos.

William se quedó lívido de terror.

Philip aguijó a su caballo. La actitud burlona de Hamleigh le hizo recordar que los Hamleigh tenían un motivo ulterior al llevarle a ver el castillo de Waleran. Querían provocar el enfrentamiento entre Philip y Waleran para asegurarse de que el tan disputado condado no fuera a manos del prior y tampoco del obispo, sino a las de Percy. Bueno, Philip no estaba dispuesto a que ellos también lo manipularan. Había acabado con las manipulaciones. En adelante él sería quien practicara el juego.

Todo eso estaba muy bien, pero ¿qué podía hacerse? Si Philip se enfrentaba a Waleran, Percy sería el beneficiario de las tierras, y si Philip no hacía nada sería Waleran quien se las llevara.

¿Qué era lo que el rey quería? Quería ayudar a construir la nueva catedral. Era un gesto realmente regio y beneficiaría a su alma en la otra vida. Pero también necesitaba recompensar la lealtad de Percy. Y aunque resultara bastante extraño, no parecía tener demasiado interés en dar satisfacción a los hombres más poderosos, los dos obispos. A Philip se le ocurrió que quizás la solución del dilema que resolviera el problema del rey fuera la de satisfacer a ambos, a él y a Percy Hamleigh.

Bueno, ésa era una idea.

Y le satisfizo. Una alianza entre él y los Hamleigh era lo último que alguien pudiera imaginar, y tal vez por eso mismo pudiera dar resultado. Los obispos estarían completamente ajenos a ello, por lo que les cogería del todo desprevenidos.

Sería un estupendo trastrocamiento.

Pero, ¿sería capaz de negociar un trato con los codiciosos Hamleigh? Percy quería las ricas tierras de cultivo de Wiltshire, el título de conde y el poder y prestigio de un cuerpo de caballeros bajo su mando. Philip también quería las ricas tierras de cultivo, no así el titulo de conde ni a los caballeros. Estaba más interesado en la cantera y en el bosque.

En la mente de Philip empezaba a tomar forma una especie de compromiso; empezó a pensar que todavía no estaba todo perdido.

Resultaría reconfortante ganar ahora después de todo lo ocurrido.

Con creciente excitación empezó a considerar la forma de abordar a los Hamleigh. Estaba decidido a no desempeñar el papel de suplicante. Tenía que formular su proposición de forma que pareciera irresistible.

Para cuando llegaron a Winchester la capa de Philip estaba empapada y su caballo irritable, pero pensaba que tenía la respuesta.

—Vamos a ver a tu madre —dijo a William al pasar por debajo del arco de la Puerta Oeste.

William se mostró sorprendido.

—Pensaba que quería ir a ver inmediatamente al obispo Waleran.

Sin duda eso era lo que Regan había dicho a William que cabía esperar.

—No te molestes en decirme lo que piensas —le dijo Philip con tono tajante—. Llévame junto a tu madre.

Se sentía dispuesto a un enfrentamiento con Lady Regan. Se había mantenido pasivo demasiado tiempo.

William dio la vuelta en dirección sur y condujo a Philip a una casa en la calle Gold, entre el castillo y la catedral. Era una gran morada con muros de piedra hasta la altura de la cintura de un hombre y estructura de madera en la parte superior. En el interior había un vestíbulo de entrada al que daban varios departamentos. Probablemente los Hamleigh se alojarían allí. Muchos ciudadanos de Winchester alquilaban habitaciones a personas que acompañaban a la corte regia. Si Percy obtuviera el título de conde tendrían una casa en la ciudad.

William hizo entrar a Philip en una habitación delantera con una gran cama y una chimenea. Regan estaba sentada junto al fuego y Percy en pie, a su lado. Regan miró a Philip con expresión sorprendida, pero se dominó rápidamente.

—Bueno, monje ¿tenía yo razón? —dijo.

—Te has equivocado de medio a medio, necia mujer —dijo Philip con dureza.

Regan enmudeció, sobresaltada ante el tono enfadado de Philip.

Éste se sintió satisfecho al poder administrarle un poco de su propia medicina. Siguió hablando con el mismo tono.

—Pensaste que podrías provocar un enfrentamiento entre Waleran y yo. ¿Imaginaste por un momento que yo pudiera descubrir lo que planeabas? Eres una taimada arpía, aunque no la única persona en el mundo capaz de pensar.

Por la expresión de ella, Philip pudo darse cuenta de que comprendía que su plan no había dado resultado y que pensaba furiosamente qué podía hacer. Siguió presionándola mientras la veía desconcertada.

—Has fracasado, Regan. Ahora tienes dos opciones. Una, la de mantenerte a la expectativa y esperar a que ocurra lo mejor, cifrando vuestras esperanzas en la decisión del rey. Vuestra suerte depende de su talante mañana por la mañana.

Hizo una pausa.

—¿Y la otra opción? —preguntó ella reacia.

—La otra es que hagamos un trato, tú y yo. Nos dividimos el condado sin dejar nada a Waleran. Acudimos ante el rey en privado y le decimos que hemos llegado a un acuerdo. Y obtenemos la bendición real antes de que los obispos puedan formular objeciones —Philip se sentó en un banco simulando indiferencia—. Es vuestra mejor oportunidad. En realidad no tenéis elección — Clavó la mirada en el fuego, no queriendo que Regan se diese cuenta de lo tenso que se sentía; pensó que aquella idea había de atraerles. Era la certeza de obtener algo contra la posibilidad de no lograr nada. Pero eran codiciosos... Quizás prefiriesen arriesgar el todo por el todo.

Percy fue el primero en hablar.

—¿Dividir el condado? ¿Cómo?

Philip observó con alivio que al fin se mostraban interesados.

—Voy a proponer una división tan generosa que estaríais locos si la rechazaseis —le dijo Philip. Se volvió hacia Regan—. Os estoy ofreciendo la mejor parte.

Le miraron a la espera de que siguiera hablando, pero Philip permaneció callado.

—¿Qué queréis decir con lo de la mejor mitad?

—¿Qué es más valioso? ¿La tierra cultivable o el bosque?

—Ciertamente la tierra cultivable.

—Entonces vos la tendréis y yo el bosque.

Regan entornó los ojos.

—De esa forma tendréis madera para vuestra catedral.

—Acertasteis.

—¿Y qué hay de los pastos?

—¿Qué preferís... los pastos de ganado o aquellos en los que pacen las ovejas?

—Los primeros.

—Entonces yo me quedaré con las granjas de la colina y sus ovejas. ¿Qué preferiríais, los ingresos de los mercados o la cantera?

—Los ingresos de los merc... —empezó a decir Percy.

—Supongamos que queremos la cantera —le interrumpió Regan.

Philip comprendió que se había dado cuenta de su propósito. Quería la piedra de la cantera para su catedral. Él sabía que Regan no la quería. Los mercados dejaban más dinero con menos esfuerzos.

—Sin embargo no la querréis ¿verdad? —dijo con firmeza.

—No. Nos quedaremos con los mercados —dijo Regan sacudiendo la cabeza.

Percy intentó aparentar nerviosismo como si le estuvieran esquilmando.

—Necesito el bosque para cazar —dijo—. Un conde ha de ir de caza de vez en cuando.

—Podréis cazar en él —dijo Philip presuroso—. Yo sólo quiero la madera.

—Es razonable —dijo Regan. Su conformidad había sido tan rápida que a Philip le asaltó la inquietud. ¿Habría dejado de lado algo importante sin darse cuenta? ¿O acaso fuera sencillamente que Regan se sentía impaciente por prescindir de detalles de poca monta? Antes de que pudiera seguir reflexionando, Regan continuó hablando— Supongamos que al revisar las escrituras y cartas de privilegio de la vieja tesorería del conde Bartholomew encontramos que hay algunas tierras que nosotros creemos que deberían ser nuestras y vos pensáis que os corresponden.

El hecho de que se detuviera a discutir semejantes detalles animó a Philip a pensar que iba a aceptar su proposición.

—Habremos de ponernos de acuerdo sobre alguien que arbitre. ¿Qué os parece el obispo Henry? —dijo con frialdad Philip intentando disimular su excitación.

—¿Un sacerdote? —dijo ella con su habitual desdén—. ¿Se mostraría objetivo? No. ¿Qué me decís del sheriff de Wiltshire?

Philip pensó que no sería más objetivo que el obispo, pero no se le ocurría nada capaz de satisfacer a ambas partes, así que hizo su último observación.

—De acuerdo..., a condición de que si entramos en disputa sobre su decisión tengamos el derecho de apelar al rey.

Ésa sería suficiente salvaguardia.

—De acuerdo —dijo Regan. Luego, mirando de soslayo a su marido agregó—: Si es del agrado de mi marido.

—Sí, sí —dijo Percy.

Philip sabía que estaba rozando el triunfo.

—Si estamos de acuerdo sobre la propuesta en su conjunto entonces... —empezó a decir respirando hondo.

—Esperad un momento —le interrumpió Regan—. No estamos de acuerdo.

—Pero si os he dado cuanto queríais.

—Aún podemos obtener todo el condado, no una parte.

—Y también es posible que no recibáis nada en absoluto.

Regan vaciló.

—¿Cómo os proponéis llevar esto adelante si llegamos a un acuerdo?

Philip había pensado en ello. Miró a Percy.

—¿Te será posible ver al rey esta noche?

—Si tengo un buen motivo... sí —dijo Percy, aunque parecía inquieto.

—Ve a verle y dile que hemos llegado a un acuerdo. Pídele que lo anuncie como su decisión mañana por la mañana. Asegúrale que tanto tú como yo estamos satisfechos con dicho acuerdo.

—¿Y qué me decís si pregunta si los obispos se muestran también de acuerdo?

—Dile que no ha habido tiempo de consultarles. Recuérdale que es el prior, no el obispo, quien ha de construir la catedral. Dale a entender que si yo quedo satisfecho los obispos deben de estarlo también.

—Pero, ¿qué pasará si los obispos presentan quejas al anunciarse el trato?

—¿Cómo podrían hacerlo? —dijo Philip—. Su pretensión es que solicitan el condado tan sólo con el fin de financiar la construcción de la catedral. No es concebible que Waleran proteste alegando que de esa manera ya no podrá desviar fondos para otros fines.

Regan emitió una especie de cacareo. Le gustaba la astucia de Philip.

—Es un buen plan —dijo.

—Hay una condición —advirtió Philip mirándola de frente—. El rey tiene que anunciar que mi parte está destinada al priorato. Si no deja esa especificación bien clara, le pediré que lo haga. Si dice cualquier otra cosa, la diócesis, el sacristán, el arzobispo, cualquiera otra cosa, rechazaré de plano el trato. No quiero que haya duda alguna sobre ello.

—Comprendo —dijo Regan algo malhumorada.

Su irritación hizo sospechar a Philip que estaba barajando con la idea de presentar al rey una versión ligeramente diferente al acuerdo. Estaba satisfecho de haber dejado bien claro ese punto. Se levantó para irse, pero quería sellar aquel pacto de alguna forma.

—Entonces estamos de acuerdo —dijo con una levísima inflexión interrogante en la voz—. Tenemos un pacto solemne.

Miró a ambos.

—Tenemos un pacto —repitió Percy, al tiempo que Regan asentía ligeramente.

Philip empezó a latirle el corazón más aprisa.

—Bueno —dijo tajante—. Os veré mañana por la mañana en el castillo.

Mantuvo el rostro impávido mientras abandonaba la habitación, pero al salir a la calle, ya a oscuras, se permitió dar rienda suelta a su satisfacción con una amplia y triunfante sonrisa.

Después de cenar, Philip se sumió en un sueño inquieto y turbulento. Se levantó a medianoche para maitines y luego permaneció despierto en su colchón de paja preguntándose qué pasaría al día siguiente.

A su juicio el rey Stephen debería sancionar la propuesta ya que resolvía su problema. Le proporcionaba un conde y una catedral. De lo que no estaba tan seguro era de que Waleran aceptara su derrota, pese a lo que él había asegurado a lady Regan. Era posible que encontrara una excusa para oponerse. Si su línea de pensamiento fuera lo bastante rápida, podía protestar de que semejante trato no aportaría el dinero necesario para la impresionante catedral que él quería, prestigiosa y ricamente decorada. Podrían persuadir al rey para que reflexionara de nuevo.

Poco antes del amanecer, a Philip se le ocurrió un nuevo peligro: la posibilidad de que Regan le traicionara. Podía hacer un trato con Waleran. ¿Y si hubiera ofrecido al obispo el mismo trato? Waleran podría disponer de la piedra y de la madera que necesitaba para su castillo. Tal posibilidad le mantuvo inquieto en el lecho. Deseaba haber podido ir en persona a ver al rey, pero éste probablemente no le hubiera recibido y además Waleran hubiera podido enterarse y mostrarse suspicaz. No, no le era posible tomar ninguna precaución para protegerse contra el riesgo de la traición. Ahora lo único que le cabía hacer era rezar.

Y así lo hizo hasta apuntar el día.

Desayunó con los monjes. Descubrió que el pan blanco no llenaba el estómago como el pan bazo, pero de todas maneras aquella mañana no le era posible comer mucho. Fue temprano al castillo aun sabiendo que el rey no recibía gente a aquella hora. Entró en el salón vestíbulo y se sentó a esperar en uno de los bancos tallados en la piedra.

El salón iba llenándose lentamente de solicitantes y cortesanos. Algunos de ellos iban lujosamente vestidos con túnicas amarillas, azules y rosas, y lujosas orlas de piel en sus capas. Philip recordó que el famoso Libro Domesday se guardaba en alguna parte del castillo. Probablemente se encontraría en el salón de arriba donde el rey había recibido a Philip y a los

dos obispos. Philip no lo había visto, pero estaba demasiado nervioso para darse cuenta de nada. El tesoro real también estaba allí, pero era de suponer que se encontraría en el piso más alto, en una bóveda, en el dormitorio del rey. Una vez más Philip se sintió en cierto modo deslumbrado por cuanto le rodeaba, pero decidió que no le intimidaría por más tiempo. Toda aquella gente con sus hermosos atavíos, caballeros y lores, mercaderes y obispos, no eran más que hombres. La mayoría de ellos apenas sabían escribir sus nombres. Además se encontraban allí para obtener algo para sí mientras que él, Philip, estaba allí en nombre de Dios. Su misión y su descolorido hábito marrón le situaban por encima de todos aquellos solicitantes, no por debajo de ellos.

Aquel pensamiento le dio valor.

Cuando apareció un sacerdote en lo alto de la escalera que conducía al piso superior, le produjo una cierta tensión. Todo el mundo esperaba que aquello significase que el rey iba a recibir. El sacerdote intercambió algunas palabras en voz baja con uno de los guardias armados. Luego subió de nuevo las escaleras. El guardia seleccionó a un caballero entre toda aquella multitud. Éste dejó su espada a los guardias y subió las escaleras.

Philip pensó en la vida tan extraña que debían llevar los clérigos del rey. Claro que el rey había de tener clérigos junto a él, no sólo para decir misa sino también para llevar a cabo toda la lectura y escritura requeridos por el gobierno del reino. No había nadie que pudiera hacerlo salvo los clérigos. Aquellos pocos legos que habían aprendido a leer y a escribir no podían hacerlo con la rapidez suficiente. Pero no había demasiada santidad en la vida de los clérigos del rey. El propio hermano de Philip, Francis, había elegido esa vida y trabajaba para Robert de Gloucester. *Si es que vuelvo a verle alguna vez,* se dijo Philip, *tengo que preguntarle cómo es su vida.*

Poco después de que el primer solicitante subiera las escaleras aparecieron los Hamleigh.

Philip resistió el impulso de acercarse a ellos de inmediato. No quería que la gente supiera que estaban en connivencia. Todavía no. Los miró con atención, estudiando sus expresiones e intentando leer sus pensamientos. Llegó a la conclusión de que William parecía esperanzado, Percy ansioso y Regan tensa como la cuerda de un arco. Al cabo de unos momentos, Philip se puso en pie y atravesó el salón con el aire más indiferente que le fue posible adoptar. Les saludó con cortesía.

—¿Le has visto? —preguntó a Percy.

—Sí.

—¿Y qué?

—Dijo que lo pensaría durante la noche.

—Pero ¿por qué? —inquirió Philip. Estaba decepcionado y contrariado—. ¿Qué hay que pensar?

—Preguntádselo a él —dijo Percy encogiéndose de hombros.

Philip estaba exasperado.

—Bueno, ¿qué actitud tenía? ¿Parecía complacido o qué?

—Me parece que le ha gustado la idea de verse liberado de su dilema, pero que se siente suspicaz por el hecho de que todo parezca demasiado fácil.

Era una suposición sensata, pero aún así Philip estaba fastidiado de que el rey Stephen no hubiera cogido al vuelo esa oportunidad.

—Será mejor que no sigamos hablando —dijo al cabo de un momento— No nos interesa que los obispos piensen que estamos conspirando contra ellos, al menos hasta que el rey anuncie su decisión.

Saludó cortésmente con una inclinación de cabeza y se alejó.

Volvió a su asiento de piedra. Intentó pasar el tiempo pensando en lo que haría si su plan daba resultado. ¿Podría empezar pronto la nueva catedral? Dependería sobre todo de lo deprisa que pudiera sacar algún dinero de sus nuevas propiedades. Debía de haber un buen número de ovejas; tendría vellón para vender en verano. Podían alquilarse algunas de las granjas de la colina y la mayoría de los alquileres se pagaban inmediatamente después de la cosecha. Para otoño tal vez hubiera dinero suficiente para contratar a un leñador y a un maestro cantero para empezar a almacenar madera y piedra. Al mismo tiempo, los trabajadores podrían empezar a excavar para los cimientos bajo la vigilancia de Tom Builder. Podrían estar preparados para empezar a trabajar con la piedra en algún momento del año siguiente.

Era un hermoso sueño.

Los cortesanos subían y bajaban las escaleras con alarmante rapidez. Aquel día el rey Stephen despachaba deprisa. Philip empezó a preocuparse de que el rey pudiera terminar su trabajo del día e irse de caza antes de que llegaran los obispos.

Al fin llegaron. Philip se puso en pie lentamente mientras ellos entraban. Waleran parecía tenso, pero Henry tan sólo aburrido. Para éste era una cuestión de poca importancia. Debía prestar su apoyo a un colega obispo, aun cuando el resultado no le afectara lo más mínimo. En cambio para Waleran ese resultado era crucial para su plan de construir un castillo, y ese castillo era tan sólo un peldaño en el progresivo ascenso de Waleran por la escala del poder.

Philip no estaba seguro de cómo tratarlos. Habían intentado ponerle una trampa y le hubiera gustado reprochárselo amargamente, decirles que había descubierto su traición. Pero con ello sólo lograría ponerles en guardia de que algo se tramaba, y Philip quería que no recelaran nada para que el

compromiso recibiera la aprobación del rey antes de que pudieran reponerse de la sorpresa. De manera que ocultó sus sentimientos y saludó con cortesía. No hubiera debido preocuparse, ya que los obispos le ignoraron totalmente.

No pasó mucho tiempo antes de que los guardias les convocaran. Henry y Waleran subieron las escaleras abriendo la marcha seguidos por Philip. Los Hamleigh la cerraban. Philip tenía el corazón encogido.

El rey Stephen se encontraba de pie frente al fuego que ardía en la chimenea. En esa ocasión tenía un aire más enérgico y serio. Era un buen presagio, ya que se mostraría impaciente con cualquier objeción de circunstancias por parte de los obispos. El obispo Henry se acercó a su hermano y se quedó de pie junto a él, mientras los demás permanecían en fila en el centro de la habitación. Philip sintió dolor en las manos y entonces se dio cuenta de que tenía clavadas las uñas en las palmas. Aflojó los dedos.

El rey habló al obispo Henry en voz baja, de modo que nadie pudiera oírle. Henry frunció el ceño y dijo algo igualmente inaudible. Hablaron durante unos momentos y luego Stephen alzó una mano haciendo callar a su hermano. Miró a Philip.

Philip recordó que el rey le había hablado con amabilidad la última vez que estuvo allí, bromeando con su nerviosismo y diciendo que le gustaba que un monje vistiera como tal.

Sin embargo en esa ocasión no hubo conversación intrascendente. El rey tosió y empezó a hablar.

—A partir de hoy, mi leal súbdito Percy Hamleigh ostentará el título de Conde de Shiring.

Philip vio de soslayo que Waleran daba un paso hacia delante como dispuesto a protestar. Pero el obispo Henry le detuvo con un ademán rápido y severo.

El rey prosiguió.

—De las posesiones del antiguo conde, Percy recibirá el castillo, toda la tierra arrendada a los caballeros, además de todas las otras tierras de cultivo y todos los pastos de hierba.

Philip apenas podía contener su excitación. Parecía que el rey hubiera aceptado el trato. Echó otra mirada furtiva a Waleran, cuyo rostro era la viva imagen de la frustración.

Percy se arrodilló delante del rey y alargó las manos juntas en actitud de oración. El rey puso sus manos sobre las de Percy.

—Te hago a ti, Percy, Conde de Shiring, para que poseas y disfrutes las tierras y rentas antes señaladas.

—Juro por cuanto hay de sagrado ser vuestro vasallo leal y luchar por vos contra cualquier otro.

Stephen soltó las manos de Percy y éste se puso en pie.

Stephen se volvió hacia los demás.

—El resto de las tierras cultivables pertenecientes al anterior conde, se las entrego —hizo una pausa mirando alternativamente a Philip y a Waleran—, se las entrego al priorato de Kingsbridge para la construcción de la nueva catedral.

Philip contuvo un grito de alegría... ¡había ganado! Pero no pudo evitar sonreír gozoso al rey. Miró a Waleran. Éste se mostraba conmocionado hasta el tuétano. No pretendía en modo alguno mostrarse ecuánime. Tenía la boca abierta, los ojos desorbitados y miraba al rey con franca incredulidad. Luego volvió la mirada a Philip. Waleran sabía fuera como fuese que había fracasado y que Philip era el beneficiario de su fracaso. Pero lo que no podía imaginar era cómo había sucedido.

—El priorato de Kingsbridge disfrutará también del derecho a sacar piedra de la cantera del conde y madera de su bosque, sin limitación alguna, para la construcción de la nueva catedral —dijo el rey.

A Philip se le quedó seca la garganta. ¡Ése no era el trato! Se había acordado que tanto la cantera como el bosque pertenecerían al priorato y que Percy sólo tendría derecho a cazar. En definitiva, Regan había alterado las condiciones del trato. Según las nuevas estipulaciones, Percy tendría la propiedad, y el priorato tan sólo el derecho a sacar la piedra y la madera. Philip disponía tan sólo de unos segundos para decidir si debía rechazar todo el trato.

—En caso de desacuerdo entre ambas partes —siguió diciendo el rey— el sheriff de Shiring decidirá, pero las partes tienen el derecho de apelar a mí en última instancia. —Philip reflexionaba. *Regan se ha comportado de forma deleznable, pero ¿qué diferencia hay? El trato sigue proporcionándome casi todo cuanto quería.* Y entonces el rey añadió—: Creo que este acuerdo ha sido ya aprobado por las dos partes aquí presentes.

Ya no quedaba tiempo.

Waleran abrió la boca para negar que hubiera aprobado el compromiso, pero Philip se le adelantó.

—Sí, mi señor —dijo Percy.

El obispo Henry y el obispo Waleran volvieron al unísono la cabeza en dirección a Philip y se le quedaron mirando. Sus expresiones revelaban el más absoluto asombro al comprender que Philip, el joven prior que ni siquiera estaba al tanto para acudir con un hábito limpio a la corte del rey, había negociado un trato con él a sus espaldas. Al cabo de un momento la expresión de Henry se distendió divertida, como alguien que hubiere sucumbido en el tablero ante un niño de mente ágil. Pero la mirada de

Waleran se tornó malévola. Philip podía leer en la mente de Waleran. Se estaba dando cuenta de que había cometido un error garrafal al subestimar a su oponente y se sentía humillado. En cuanto a Philip, aquel momento le compensaba por todo. La traición, la humillación, los desaires. Levantó la mandíbula, arriesgándose a cometer pecado de orgullo, y dirigió a Waleran una mirada con la que le decía: *Habrás de poner más ahínco cuando trates de engañar a Philip de Gwynedd.*

—Informaremos de mi decisión al anterior conde, Bartholomew —dijo el rey.

Philip supuso que Bartholomew se encontraría en una mazmorra, en alguna parte dentro del recinto de ese castillo. Recordó a aquellos niños viviendo con su servidor en el castillo en ruinas y se sintió en cierto modo culpable mientras se preguntaba qué sería ahora de ellos.

El rey dio permiso a todos para que se retiraran, salvo al obispo Henry. Philip atravesó la habitación como flotando en el aire. Llegó junto a la escalera al mismo tiempo que Waleran y se detuvo para que éste pasara primero. Waleran le dirigió una furiosa mirada. Cuando habló su voz era como bilis y, pese al júbilo que sentía Philip, las palabras de Waleran le dejaron helado hasta el tuétano. Aquella máscara de odio abrió la boca y Waleran dijo entre dientes:

—Juro por todo cuanto hay de sagrado que jamás construirás tu iglesia.

Luego se echó al hombro las vestiduras negras y bajó las escaleras.

Philip comprendió que se había hecho un enemigo de por vida.

3

William Hamleigh apenas podía contener su excitación al aparecer Earlcastle ante sus ojos.

Era la tarde del día siguiente al que el rey había tomado su decisión. William y Walter habían cabalgado durante la mayor parte de dos días, pero William no estaba cansado. Se sentía con el corazón henchido y un nudo en la garganta. Estaba a punto de volver a ver a Aliena.

En una ocasión pensó casarse con ella porque era la hija de un conde, pero Aliena le había rechazado por tres veces. Se estremeció al recordar su desdén. Le había hecho sentirse como un don nadie, como un labriego. Se había comportado como si los Hamleigh no fueran dignos de consideración. Pero las cosas habían cambiado. Ahora era la familia de ella la que no era digna de consideración. Él era hijo de un conde y ella no era nada. No tenía título, ni posición, ni tierras ni riquezas. Él, William, iba a tomar posesión del

castillo y la iba a arrojar de él, y entonces tampoco tendría hogar. Casi parecía demasiado hermoso para ser verdad.

Aminoró la marcha de su caballo al acercarse al castillo. No quería que Aliena fuera advertida de su llegada. Quería causarle una sorpresa repentina, horrible y devastadora.

El conde Percy y la condesa Regan habían regresado a su vieja casa solariega en Hamleigh para preparar el traslado al castillo del tesoro, los mejores caballos y los sirvientes de la casa. William había de ocuparse de contratar a gentes de la zona para limpiar el castillo, encender los fuegos y hacer aquel lugar habitable.

Unas nubes bajas, de un gris acerado, se acumulaban en el cielo, tan cercanas que casi parecían rozar las almenas. Seguro que esa noche llovería. Eso le parecía insuperable. Arrojaría a Aliena del castillo bajo la lluvia.

Él y Walter desmontaron llevando a los caballos de la brida por el puente levadizo de madera. *La última vez que estuve aquí me apoderé de la plaza*, pensaba William orgulloso. La hierba empezaba ya a crecer en el recinto inferior. Ataron a los caballos y los dejaron que pastaran. William dio a su caballo de guerra un puñado de grano. Dejaron sus monturas en la capilla de piedra, ya que no había cuadras. Los caballos bufaban y pataleaban, pero soplaba un fuerte viento que apagaba los sonidos. William y Walter cruzaron el segundo puente hasta el recinto superior.

No había señales de vida. De repente a William se le ocurrió que quizá Aliena se hubiera ido. De ser así, menuda decepción. Él y Walter habrían de pasar una noche espantosa, hambrientos en un castillo frío y sucio. Subieron los peldaños exteriores hasta la puerta del salón vestíbulo.

Empujó la puerta. El inmenso salón estaba vacío y a oscuras y olía como si no lo hubieran utilizado durante meses. Como había esperado, estaban viviendo en el piso alto. William caminó silencioso atravesando el vestíbulo hasta las escaleras. Los juncos secos crujían bajo sus pies. Walter le seguía pisándole los talones.

Subieron las escaleras. No podían oír nada. Los gruesos muros de piedra de la torre del homenaje ahogaban todo sonido. William se detuvo a medio camino y se llevó un dedo a los labios. Salía luz por debajo de la puerta que había al final de las escaleras. Allí había alguien.

Terminaron de subir y se detuvieron ante la puerta. Desde dentro les llegó el sonido de una risa juvenil. William sonrió feliz. Encontró la manecilla, la hizo girar suavemente y luego abrió la puerta de un puntapié. La risa se convirtió en un chillido de terror.

Ante sus ojos apareció una bonita escena. Aliena y su hermano pequeño, Richard, se encontraban sentados a una mesa pequeña cerca del fuego, con

un tablero delante de ellos, practicando algún tipo de juego, y Matthew, el mayordomo, estaba en pie detrás de ella, mirando por encima de su hombro. El rostro de Aliena estaba sonrosado por los destellos del fuego y sus bucles oscuros brillaban con reflejos caoba. Llevaba una tenue túnica de hilo. Tenía la vista levantada hacia William, sus labios rojos abiertos por la sorpresa. William la miraba disfrutando de su terror y sin decir palabra. Al cabo de un momento Aliena se recuperó y se puso en pie.

—¿Qué quieres?

William había ensayado esa escena muchas veces en su imaginación. Entró lentamente en la habitación, se acercó al fuego y se calentó las manos.

—Vivo aquí. ¿Qué quieres tú? —dijo finalmente.

Aliena miró por primera vez a William y luego a Walter. Estaba asustada y confusa, aunque su tono era desafiante.

—Este castillo pertenece al conde de Shiring. Di lo que hayas de decir y vete.

William sonrió triunfante.

—El conde de Shiring es mi padre —dijo. El mayordomo emitió un gruñido como si se lo hubiera estado temiendo. Aliena parecía desconcertada. William continuó hablando—: Ayer el rey hizo conde a mi padre en Winchester. Ahora el castillo nos pertenece. Yo soy el dueño hasta que llegue mi padre. —Chasqueó los dedos al mayordomo—. Y tengo hambre, así que traedme pan, carne y vino.

El mayordomo vaciló por un instante. Miró preocupado a Aliena. Temía dejarla pero no tenía elección. Se dirigió a la puerta.

Aliena dio un paso hacia la puerta como dispuesta a seguirle.

—Quédate aquí —le ordenó William.

Walter permanecía en pie entre la puerta y ella.

—No tienes ningún derecho a darme órdenes —dijo Aliena con un atisbo de su antigua arrogancia.

—Quédate, mi señora. No les enfurezcas. Volveré en seguida —dijo Matthew con voz atemorizada.

Aliena le miró con el entrecejo fruncido, pero permaneció donde estaba. Matthew salió de la habitación.

William se sentó en la silla de Aliena. Ella se acercó a su hermano. William les observaba. Eran muy parecidos, pero toda la fuerza estaba en el rostro de la joven. Richard era un adolescente alto y desmañado, al que aún no había empezado a crecerle la barba. William saboreaba la sensación de tenerlos en su poder.

—¿Qué edad tienes, Richard? —le preguntó.

—Catorce años —dijo el muchacho con hosquedad.

—¿Has matado alguna vez a un hombre?

—No —contestó y añadió con un leve intento de bravuconería—: Todavía no.

También tú sufrirás, pequeño y pomposo estúpido, se dijo William. Volvió su atención a Aliena.

—Y tú, ¿qué edad tienes?

En un principio pareció como si Aliena no fuera a hablarle, pero luego cambió de idea; quizás recordando lo que Matthew le acabara de decir: no les enfurezcas.

—Diecisiete años —dijo.

—Caramba, caramba. Toda la familia sabe contar —dijo William—. ¿Eres virgen, Aliena?

—Pues claro —dijo ella sulfurada.

De repente William alargó la mano y le cogió un pecho. Colmaba su manaza. Apretó. Lo sentía firme aunque elástico. Aliena retrocedió de un salto y se desprendió de su mano.

Richard se lanzó hacia delante, aunque demasiado tarde, y apartó de un empujón el brazo de William. Nada pudo satisfacer más a William. Se levantó con rapidez de la silla y descargó un fuerte puñetazo en la cara de Richard. Como ya había imaginado Richard era débil; dio un grito y se llevó las manos a la cara.

—¡Dejadle en paz! —le gritó Aliena.

William la miró sorprendido; parecía más preocupada por su hermano que por ella misma. Valía la pena recordarlo.

Matthew volvió con una bandeja de madera en la que había una hogaza de pan, un trozo de jamón y una jarra de vino. Palideció al ver a Richard tapándose la cara con sus manos. Dejando la bandeja sobre la mesa se acercó al muchacho. Apartó con delicadeza las manos del muchacho, y le miró el rostro. Ya tenía el ojo amoratado e hinchado.

—Os dije que no les enfurecierais —musitó, aunque pareció aliviado de que la cosa no fuera peor.

William se sintió decepcionado. Había esperado que el mayordomo se enfureciera. Matthew amenazaba con ser un aguafiestas.

A William se le hizo la boca agua a la vista de la comida. Acercó una silla a la mesa, sacó su cuchillo de comer, y cortó una loncha gruesa de jamón. Walter tomó asiento frente a él.

—Trae algunas copas y escancia el vino —dijo William con la boca llena de pan y jamón. Matthew se dispuso a hacerlo—. Tú no, ella —dijo William. Aliena vaciló. Matthew la miró ansioso e hizo un gesto de aquiescencia. Aliena se acercó a la mesa y cogió la jarra.

Al inclinarse, William metió la mano por el orillo de su túnica deslizando rápidamente los dedos por la pierna de Aliena. Con las yemas de los dedos palpó unas esbeltas pantorrillas con un suave vello, luego los músculos detrás de la rodilla y finalmente, la suave piel de la parte inferior de los muslos. Fue entonces cuando Aliena se apartó de un salto y dando media vuelta arrojó la pesada jarra de vino contra su cabeza.

William evitó el golpe con la mano izquierda y la abofeteó con la derecha. Concentró toda su fuerza en la bofetada; sintió un agradable dolor en la mano. Aliena lanzó un chillido. Por el rabillo del ojo, William vio moverse a Richard. Era lo que estaba esperando. Apartó de un empujón a Aliena, que cayó al suelo de golpe. Richard se lanzó sobre William como un ciervo cargando contra el cazador. William evitó el primer golpe y luego le dio un puñetazo en el estómago. Al inclinarse el muchacho William le golpeó repetidas veces en los ojos y la nariz. Era excitante, pero no tanto como golpear a Aliena. Segundos después Richard tenía la cara cubierta de sangre.

De repente Walter lanzó un grito de alerta y se puso en pie mirando por encima del hombro de William. Éste dio media vuelta y vio a Matthew abalanzarse hacia él enarbolando un cuchillo, dispuesto a atacar. Aquello cogió a William por sorpresa. No se esperaba valentía en un mayordomo afeminado. Walter no podía alcanzarle a tiempo de evitar el golpe. Todo cuanto William podía hacer era mantener en alto los dos brazos para protegerse y por un horrible instante pensó que le iban a matar en su momento de triunfo. Un atacante más fuerte hubiera apartado de un golpe los brazos de William, pero Matthew era de constitución débil, debilitada además por la vida en el interior, y el cuchillo no llegó a alcanzar del todo el cuello de William. Se sintió de repente aliviado pero todavía no estaba del todo a salvo. Matthew alzó el brazo para asestar un nuevo golpe. William retrocedió un paso e intentó sacar su espada. Y entonces Walter dio vuelta a la mesa con una larga y afilada daga en la mano, y apuñaló a Matthew por la espalda.

En el rostro de Matthew se dibujó una expresión de terror. William vio aparecer en el pecho de Matthew la punta de la daga de Walter, rasgándole la túnica. A Matthew se le cayó el cuchillo de la mano, rebotando sobre las planchas de madera del suelo. Intentó aspirar, jadeando, pero de su garganta salió un gorgoteo, y parecía incapaz de respirar. Se encogió, empezó a brotar la sangre por la boca, cerró los ojos y se desplomó. Mientras el cuerpo caía al suelo, Walter retiró su larga daga. Por un instante brotó de la herida un chorro de sangre, pero casi al instante quedó reducido a un hilo.

Todos se quedaron mirando el cuerpo caído en el suelo. Walter, William, Aliena y Richard. William se sentía excitado ante lo cerca que había estado de la muerte. Alargando el brazo agarró el cuello de la túnica de Aliena. Tenía la

sensación de que podía hacer cualquier cosa. El lino era suave al tacto y hermoso, un tejido costoso. Dio un fuerte tirón. La túnica se rasgó. Siguió tirando hasta rasgarla hasta abajo. En la mano se le quedó una tira de un pie de ancho. Aliena lanzó un grito. Luego intentó unir los dos bordes de delante, aunque sin lograrlo. A William se le quedó la garganta seca. La repentina vulnerabilidad de ella le resultaba excitante, mucho más que en las ocasiones en las que la había visto lavándose, porque en aquel momento Aliena sabía que la estaba mirando, se sentía avergonzada y esa misma vergüenza le excitaba aún más. Aliena se cubría los pechos con un brazo y con el otro el triángulo. William soltó el trozo de tela y la agarró por el pelo. La atrajo violentamente hacia él, haciéndole dar media vuelta, y le rasgó el resto de la túnica por detrás.

Aliena tenía unos delicados hombros blancos, y unas caderas sorprendentemente llenas. La apretó contra él frotando sus caderas contra las nalgas de ella. Bajó la cabeza y la mordió con fuerza el cuello hasta que sintió el sabor de la sangre y ella volvió a gritar. Vio que Richard se movía.

—Sujeta al chico —dijo Walter.

Walter agarró a Richard y lo mantuvo inmóvil con fuerza férrea.

Sujetó a Aliena fuertemente contra él con un brazo y exploró con la otra mano su cuerpo. Palpó sus pechos, sopesándolos y estrujándolos, pellizcando sus pequeños pezones. Luego, pasándole la mano por el estómago, llegó al triangulo de vello entre las piernas, frondoso y rizado como el pelo de la cabeza. Tanteó toscamente con los dedos. Aliena empezó a llorar. Su verga estaba rígida, a punto de estallar.

Se apartó de ella y la empujó hacia atrás sobre su pierna extendida. Aliena cayó de espaldas con estrépito. Se quedó sin aliento y luchó por respirar.

William no había planeado aquello y tampoco estaba del todo seguro de cómo había ocurrido, pero ahora ya nada en el mundo era capaz de detenerle.

Se levantó la túnica y enseñó a Aliena su verga. Pareció quedarse horrorizada, probablemente nunca había visto una tan rígida. Era de veras virgen. Tanto mejor.

—Trae al muchacho aquí —dijo William a Walter—. Quiero que lo vea todo.

Por alguna razón la idea de hacerlo delante de Richard le parecía enormemente excitante.

Walter empujó a Richard hacia delante, obligándole a ponerse de rodillas.

William se arrodilló en el suelo tratando de separar las piernas de Aliena. Ella empezó a forcejear. William se dejó caer sobre ella, intentando someterla

por la fuerza, pero Aliena seguía resistiéndose y no podía penetrarla. William estaba irritado, aquello iba a estropearlo todo. Se incorporó sobre un codo y la golpeó en la cara con el puño. Ella gritó y la mejilla empezó a adquirir un tono rojo intenso, pero tan pronto como intentó penetrarla empezó de nuevo a resistirse.

Walter hubiera podido inmovilizarla, pero estaba sujetando al chico. De repente a William se le ocurrió una idea.

—Córtale la oreja al chico, Walter.

Aliena se quedó inmóvil.

—¡No! —gritó con voz sorda—. Dejadle en paz, no le hagáis más daño.

—Entonces abre las piernas —dijo William.

Aliena se le quedó mirando con los ojos desorbitados por el horror ante la espantosa decisión a que la obligaban. William estaba disfrutando con su angustia. Walter, practicando el juego a la perfección, sacó su cuchillo y lo aplicó a la oreja derecha de Richard. Vaciló, y luego con un movimiento casi tierno le cortó al muchacho el lóbulo de la oreja.

Richard se puso a gritar. La sangre brotó de la pequeña herida. El trocito de carne cayó sobre el pecho palpitante de Aliena.

—¡Quietos! —chilló—. Muy bien, lo haré.

Abrió las piernas.

William se escupió en la mano, luego frotó las palmas entre las piernas de ella. Le metió los dedos. Aliena gritó de dolor. Aquello le excitó todavía más. Luego se bajó sobre ella, que permanecía inmóvil, tensa, con los ojos cerrados. Tenía el cuerpo resbaladizo por el sudor del forcejeo, pero empezó a tiritar. William ajustó su posición, luego se detuvo disfrutando con la expectación y el terror de ella. Miró a los otros. Richard les miraba horrorizado, Walter con expresión salaz.

—Ya te llegará el turno, Walter —dijo William.

Aliena gimió, perdida toda esperanza.

De repente, William la penetró groseramente, empujando con toda la fuerza y tan hondo como pudo. Sintió la resistencia del himen de ella, una auténtica virgen, y volvió a empujar brutalmente. Le dolió, pero a ella todavía más. Aliena gritó. Empujó una vez más, todavía con más fuerza y lo sintió romperse. Aliena se quedó lívida, con la cabeza caída a un lado y se desmayó. Y entonces, por fin, William, con un esfuerzo supremo introdujo su semilla dentro de ella, riendo sin cesar de triunfo y placer, hasta quedar completamente exhausto.

La tormenta continuó durante casi toda la noche, y finalmente se detuvo hacia la madrugada. El repentino silencio despertó a Tom Builder. Mientras

yacía en la oscuridad escuchando junto a él la pesada respiración de Alfred y la más tranquila de Martha a su otro lado, calculó que posiblemente sería una mañana clara, lo que significaba que podía ver la salida del sol por vez primera en dos o tres semanas de cielo cubierto. Lo había estado esperando.

Se levantó y abrió la puerta. Todavía estaba oscuro, había mucho tiempo. Dio a su hijo con el pie.

—¡Alfred! ¡Despierta! Vamos a ver salir el sol.

Alfred se incorporó gruñendo. Martha dio media vuelta sin despertarse. Tom se acercó a la mesa y quitó la tapadera a una vasija de barro. Sacó la mitad de una hogaza y cortó dos gruesas rebanadas, una para Alfred y la otra para él. Se sentaron en el banco y tomaron el desayuno. Había una jarra de cerveza. Tom bebió un largo trago y se la pasó a Alfred. Agnes les hubiera hecho usar tazas, y también Ellen, pero ya no había mujer en la casa. Cuando Alfred hubo bebido salieron de la casa.

El cielo fue pasando del negro al gris mientras atravesaban el recinto del priorato. Tom tenía pensado ir a casa del prior y despertar a Philip. Sin embargo los pensamientos de éste habían seguido la misma línea y ya se encontraba en las ruinas de la catedral, envuelto en una gruesa capa, arrodillado en el suelo mojado y diciendo sus oraciones.

Su tarea consistía en establecer una línea exacta este-oeste que formaría el eje alrededor del que habría de construirse la nueva catedral.

Tom lo había preparado todo hacía ya algún tiempo. En el extremo oriental había plantado en el suelo un hierro largo y delgado con un pequeño hueco en el extremo superior semejante al ojo de una aguja. El hierro era casi tan alto como Tom, de tal manera que su «ojo» quedaba a la altura de los ojos de Tom. Éste lo había afirmado en su sitio con una mezcla de escombros y argamasa para que no se moviera accidentalmente. Esa mañana plantaría otro hierro semejante, exactamente al oeste del primero, en el extremo opuesto del emplazamiento.

—Mezcla algo de argamasa, Alfred —dijo.

Alfred se alejó en busca de arena y cal. Tom se dirigió al cobertizo de sus herramientas, cerca del claustro, y cogió un pequeño mazo y otro hierro. Luego se encaminó al extremo occidental del emplazamiento y permaneció en pie esperando a que saliera el sol. Philip se reunió con él una vez terminados sus rezos, mientras Alfred mezclaba en un esparavel, la arena y la cal con agua.

El cielo iba iluminándose. Los tres hombres se pusieron tensos. Los tres tenían la mirada fija en el muro oriental del recinto del priorato. Al final, el disco rojo del sol surgió por detrás del extremo superior del muro.

Tom fue cambiando de posición hasta poder ver la circunferencia del sol a través del pequeño agujero en el hierro hincado en tierra, al otro extremo. Luego, mientras Philip empezaba a rezar en voz alta en latín, Tom colocó el segundo hierro delante de él de manera que le impidiera ver el sol. Seguidamente lo fue bajando con firmeza hacia el suelo, hundió en la tierra mojada su extremo puntiagudo, y manteniéndolo siempre con toda exactitud entre su ojo y el sol, cogió el mazo que colgaba de su cinturón y golpeó con todo cuidado al hierro hundiéndolo en la tierra hasta que su «ojo» se encontró a nivel de los suyos. Ahora, si hubiera llevado a cabo la tarea con absoluto rigor, el sol debería brillar a través de los ojos de los dos hierros.

Cerrando un ojo miró a través del hierro que tenía más cerca al del otro extremo. Vio que el sol seguía brillando a través de los ojos de los dos hierros. Así pues se encontraban en la línea perfecta este-oeste. Esa línea daría la orientación de la nueva catedral.

Se lo explicó a Philip y luego se apartó dejando que el propio prior mirara a través de los ojos de los hierros para comprobarlo.

—Perfecto —dijo Philip.

—Lo es —asintió Tom.

—¿Sabes qué día es hoy? —le preguntó Philip.

—Viernes.

—También es el aniversario del martirio de san Adolphus. Dios nos ha enviado una salida de sol para que podamos orientar la iglesia en el día de nuestro patrón. ¿No es acaso una buena señal?

Tom sonrió. De acuerdo con su experiencia era más importante un buen trabajo de especialista que los buenos presagios. Pero estaba contento con Philip.

—Sí, desde luego. Es una señal muy buena —dijo.

CAPÍTULO SEIS

1

Aliena estaba decidida a no pensar en aquello.

Pasó toda la noche sentada en el frío suelo de piedra de la capilla, con la espalda contra el muro y la mirada fija en la oscuridad. Al principio no podía pensar en otra cosa que en la infernal escena por la que había tenido que pasar, pero el dolor se fue aliviando algo de forma gradual y fue capaz de concentrar la mente en los ruidos de la tormenta, la lluvia cayendo sobre el tejado de la capilla y el viento aullando alrededor de las murallas del castillo desierto.

Al principio había quedado desnuda. Después de que los dos hombres hubieron... Cuando hubieron terminado habían vuelto a la mesa, dejándola caída en el suelo y a Richard sangrando junto a ella.

Los hombres habían comenzado a comer y a beber como si se hubieran olvidado de ella y luego ella y Richard probaron suerte y huyeron de la habitación. Para entonces había estallado la tormenta y hubieron de atravesar el puente bajo una lluvia torrencial para poder refugiarse en la capilla. Richard había vuelto casi de inmediato a la torre del homenaje. Entró en la habitación donde se encontraban los hombres, cogiendo su capa y la de Aliena del clavo que había junto a la puerta, y luego salió corriendo antes de que William y su caballerizo tuvieran tiempo de reaccionar.

Pero Richard aún seguía sin hablar con ella. Le había dado su capa, envolviéndose él en la suya y luego se había sentado en el suelo a una yarda de distancia de ella y con la espalda apoyada también contra el mismo muro. Deseaba que alguien que la quisiera la rodeara con sus brazos y la consolara, pero Richard se comportaba como si ella hubiera hecho algo terriblemente vergonzoso. Y lo peor de todo era que ella pensaba lo mismo. Se sentía culpable como si ella hubiese cometido un pecado. Comprendía perfectamente que Richard no quisiera consolarla, no quisiera tocarla.

Se alegraba de que hiciera frío. La ayudaba a sentirse apartada del mundo, aislada. No dormía, pero en algún momento de la noche ambos cayeron en una especie de trance y durante mucho tiempo permanecieron allí sentados tan inmóviles como la propia muerte.

El repentino cese de la tormenta rompió el trance. Aliena se dio cuenta de que podía ver las ventanas de la capilla, pequeñas manchas grises en lo

que antes había sido negror impenetrable. Richard se puso en pie y se dirigió a la puerta. Aliena le siguió con la mirada, sintiéndose irritada por la perturbación. Quería seguir allí sentada, recostada contra el muro hasta que muriera de frío o de hambre, porque no se le ocurría nada más atrayente que caer tranquilamente en una inconsciencia permanente. Luego Richard abrió la puerta y la débil luz del alba le iluminó la cara.

Aquello sobresaltó a Aliena y la sacó de su trance. Richard apenas estaba reconocible. Tenía el rostro deformado, cubierto de sangre seca y heridas. Hacía que Aliena sintiera deseos de llorar. Richard siempre había hecho alarde de una falsa bravuconería. De pequeño siempre corría por el castillo montando un caballo imaginario y pretendiendo atravesar a la gente con una lanza imaginaria. Los caballeros de su padre siempre le habían alentado, simulando sentirse atemorizados por su espada de madera. En realidad a Richard le asustaría un gato maullando. Pero la noche anterior había hecho lo mejor que pudo y por ello le habían golpeado sin misericordia. Ahora ella tenía que cuidar de su hermano.

Se puso lentamente en pie. Sentía dolor en todo el cuerpo, aunque no tan terrible como la noche anterior. Reflexionó sobre lo que podía estar ocurriendo en la torre del homenaje. En algún momento de la noche William y su escudero habrían dado fin a la jarra de vino y entonces se habrían quedado dormidos. Probablemente se despertarían con la salida del sol.

Pero para entonces ella y Richard tenían que haberse ido.

Se encaminó hacia el otro extremo de la capilla, hacia el altar. Era una sencilla caja de madera pintada de blanco y desprovista de todo ornamento. Aliena se apoyó en ella y luego la apartó con un súbito empujón.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Richard con voz atemorizada.

—Éste era el escondrijo secreto de padre. Me habló de él antes de irse —le explicó Aliena.

En el suelo, donde había estado el altar, había un envoltorio de tela. Al desenvolverlo apareció una espada de tamaño corriente, una vaina, un cinto y una daga de un pie de largo, de aspecto terrorífico.

Richard se acercó a mirar. Tenía escasa habilidad con la espada.

Hacía un año que estaba recibiendo lecciones pero todavía se mostraba torpe. Sin embargo, Aliena no podía llevarla, de modo que se la entregó a él. Richard se ciñó el cinto.

Aliena se quedó mirando la daga. Nunca había llevado arma alguna. Toda su vida había tenido a alguien que la protegiera. Comprendió que necesitaba de aquella arma mortal para su propia protección y se sintió del todo abandonada. No estaba segura de poder usarla jamás. He clavado una lanza de madera en un cerdo salvaje, pensó. ¿Por qué no podría clavar esto en un

hombre... en alguien como William Hamleigh? Se estremeció sólo de pensarlo.

La daga tenía una vaina de cuero con una gaza para colgarla de un cinturón. Sin embargo, ésta era lo bastante grande para que Aliena pudiera colgarse la daga de su delgada muñeca. Se la colocó en la mano izquierda, ocultando la daga en la manga. Era larga... casi le sobrepasaba el codo. Incluso si no fuera capaz de apuñalar a alguien, tal vez podría utilizarla para asustar a la gente.

—Vayámonos de aquí. Deprisa —dijo Richard.

Aliena asintió, pero cuando se dirigía a la puerta se detuvo en seco. El día se iba aclarando rápidamente y pudo ver en el suelo de la capilla dos bultos difusos de los que no se habían dado cuenta antes. Al acercarse descubrió que eran monturas, una de tamaño corriente y la otra realmente enorme. Se imaginó a William y a su escudero, llegando la noche anterior, ebrios por su triunfo en Winchester y cansados por el viaje, quitando despreocupadamente las monturas a sus caballos y dejándolas caer allí antes de dirigirse presurosos hacia la torre del homenaje. No imaginaron por un instante que alguien tuviera el atrevimiento de robárselos. Pero la gente desesperada siempre hace acopio de valor.

Aliena se acercó a la puerta y miró afuera. La luz era clara aunque todavía débil, y aún no había colores. El viento había cesado y el cielo estaba completamente despejado. Durante la noche habían caído del tejado de la capilla varias ripias de madera. El recinto aparecía vacío salvo por los dos caballos que pastaban en la hierba. Ambos se quedaron mirando a Aliena y luego bajaron de nuevo la cabeza. Uno de ellos era un enorme caballo de guerra, lo que explicaba aquella desmesurada montura. El otro era un robusto semental, no era bonito aunque sí compacto y sólido. Aliena los observó, luego miró las monturas y de nuevo a los caballos.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó ansioso Richard.

Aliena tomó la decisión.

—Nos llevamos sus caballos —dijo con firmeza.

—Nos matarán. —Richard parecía asustado.

—No podrán alcanzarnos. En cambio, si no nos llevamos sus caballos saldrán en nuestra persecución y nos matarán.

—¿Y qué pasará si nos cogen antes de que podamos escapar?

—Debemos darnos prisa. —Aliena no se sentía tan confiada como parecía, pero tenía que animar a Richard—. Ensillemos primero el corcel... Parece más manso. Trae la montura pequeña.

Atravesó presurosa el recinto. Los dos caballos estaban atados con largas cuerdas a los tocones de los edificios quemados. Aliena cogió la cuerda del

corcel y lo atrajo suavemente. Éste debía ser el caballo del escudero. Aliena hubiera preferido otro más pequeño y más tímido, pero pensó que podría manejarle. Richard habría de montar el caballo de guerra.

El corcel miró desconfiado a Aliena echando hacia atrás las orejas. Aliena se sentía desesperadamente impaciente, pero se obligó a hablarle con cariño y a tirar con suavidad de la cuerda, y el caballo se calmó. Le sujetó la cabeza y le frotó el hocico. Entonces Richard le deslizó la brida y le ajustó el bocado. Aliena se sintió aliviada. Richard puso la más pequeña de las dos monturas sobre el caballo y la aseguró con movimientos rápidos y firmes. Los dos habían estado manejando caballos prácticamente desde su infancia. Había dos bolsas atadas a ambos lados de la silla del escudero.

Aliena esperaba que contuvieran algo útil, un pedernal, algo de comida, un poco de grano para los caballos, pero no había tiempo de averiguarlo. Miró nerviosa hacia el otro lado del recinto, al puente que conducía a la torre del homenaje. No había nadie.

El caballo de guerra había estado viendo cómo ensillaban al corcel, y sabía lo que se le venía encima, pero no estaba dispuesto a cooperar con extraños. Bufó, resistiéndose al tirón de la cuerda.

—¡Calla! —le musitó Aliena.

Sujetó la cuerda con fuerza, tirando sin cesar, y el caballo avanzó reacio. Pero era muy fuerte y si se decidía a hacer un decidido esfuerzo de resistencia, habría dificultades. Aliena se preguntaba si el corcel podría soportarlos, a Richard y a ella. Pero entonces William podría perseguirlos sobre el caballo de guerra.

Cuando tuvo cerca al caballo, hizo una lazada con la cuerda alrededor del tocón para impedir que se alejara. Pero cuando Richard intentó colocarle la brida, el caballo levantó la cabeza evitándola.

—Trata de poner antes la silla —dijo Aliena.

Empezó a hablar al animal y a darle palmadas en su poderoso cuello mientras Richard levantaba la maciza montura y la ataba. El caballo empezó a aparecer en cierto modo dominado.

—¡Vamos, sé bueno! —dijo Aliena con tono firme, pero no engañó al caballo. Se dio cuenta de que en el fondo sentía pánico. Richard se acercó con la brida y el caballo lanzó un bufido intentando alejarse.

—Tengo algo para ti —dijo Aliena y se metió la mano en el bolsillo vacío de su capa. Esa vez sí que engañó al caballo. Sacó la mano con un puñado de nada, pero el caballo bajó la cabeza y hocicó en su mano buscando comida. Aliena sintió en la mano la piel rugosa de su lengua. Mientras estaba con la cabeza baja y la boca abierta Richard le deslizó la brida.

Aliena echó otro vistazo temeroso hacia la torre del homenaje.

Todo seguía tranquilo.

—Monta —dijo a Richard.

Éste puso el pie no sin dificultad en un estribo alto y montó sobre el inmenso caballo, Aliena desató la cuerda del tocón.

El caballo lanzó un fuerte relincho.

Aliena sintió que se le paraba el corazón. Aquel ruido debió de llegar hasta la torre del homenaje. Un hombre como William debía conocer los relinchos de su propio caballo.

Aliena se apresuró a desatar el otro caballo. Con los dedos helados intentó deshacer el nudo. La sola idea de que William pudiera haberse despertado le hacía perder la serenidad. Abriría los ojos, se sentaría, miraría en derredor, recordaría donde estaba, y se preguntaría por qué su caballo había llamado. Con toda seguridad acudiría. Estaba segura de que no podría volver a verle la cara. Revivió con todo su horror aquella cosa tan vergonzosa, brutal y angustiosa que le había hecho.

—¡Vamos Aliena! —dijo Richard con tono apremiante; tenía que luchar para mantener quieto a su caballo. Necesitaba hacerle galopar durante una o dos millas para cansarlo, entonces se mostraría más dócil. Relinchó de nuevo y empezó a andar de costado.

Aliena deshizo al fin el nudo. Sintió la tentación de tirar la cuerda, pero luego no tendría manera de atar otra vez al caballo, así que la enrolló apresuradamente como pudo y la sujetó a un tirante de la silla. Necesitó ajustar los estribos; tenían la longitud adecuada para el escudero de William, que medía varias pulgadas más que ella, así que estaban demasiado bajos para que ella los alcanzara una vez en la silla. Pero imaginaba con creciente temor a William bajando las escaleras, atravesando el vestíbulo, saliendo a...

—No podré sujetar a este caballo mucho más tiempo —dijo Richard con tono tenso.

Aliena estaba tan nerviosa como el caballo de guerra. Montó el corcel. Al sentarse en la silla sintió un fuerte dolor en el bajo vientre y apenas sí pudo mantenerse en ella. Richard dirigió a su caballo hacia la puerta y el de Aliena le siguió sin necesidad de que ella lo obligase. Tal y como pensaba, no alcanzaba a los estribos y hubo de sujetarse con las rodillas. Mientras se alejaban oyó un grito en alguna parte detrás de ella, lo que la hizo gemir en voz alta. Vio a Richard aguijar al caballo. El inmenso animal se lanzó al trote. El suyo le imitó. Aliena se sintió agradecida de que siempre hiciera lo que hacía el caballo de guerra, ya que no se encontraba en posición de controlarlo por sí misma. Richard volvió a aguijar a su caballo, que adquirió velocidad al pasar por debajo del arco de la casa de guardia. Aliena oyó otro grito mucho

más cerca. Mirando por encima del hombro vio a William y a su escudero corriendo a través del recinto tras ella.

El caballo de Richard era nervioso y tan pronto como se vio en campo abierto bajó la cabeza y empezó a galopar. Atravesaron con estruendo el puente levadizo. Aliena sintió algo sobre el muslo y por el rabillo del ojo vio una mano de hombre que intentaba alcanzar los tirantes de su silla. Pero un instante después había desaparecido y supo que habían escapado. Se sintió terriblemente aliviada, pero le volvió el dolor. Mientras el caballo galopaba a través de los campos, sintió como si la apuñalaran por dentro, el mismo dolor que había sentido cuando la penetró aquel asqueroso William. Y sentía un líquido tibio que se deslizaba por el muslo. Dio riendas al caballo y cerró los ojos con fuerza contra el dolor. Pero el horror de la noche anterior volvía a ella y lo veía todo de nuevo detrás de los párpados cerrados. Mientras galopaban a través de los campos iba salmodiando al ritmo del golpeteo de los cascos: *¡No debo recordar, no debo recordar, no debo, no debo!*

Su caballo torció a la derecha y Aliena tuvo la impresión de que subían por una ligera cuesta. Abrió los ojos y vio que Richard había dejado el sendero fangoso y estaba tomando un camino largo hacia los bosques. Pensó que seguramente querría asegurarse de que el caballo de guerra quedara bien cansado antes de aflojar el paso. Resultaría más fácil de manejar a los dos animales después de haberlos montado hasta quedar exhaustos. Pronto se dio cuenta de que su propia montura empezaba a flaquear. Se echó hacia atrás en la silla. El caballo redujo la marcha a medio galope, luego al trote y finalmente al paso. El caballo de Richard todavía tenía energía para quemar, y siguió adelante.

Aliena miró hacia atrás a través de los campos. El castillo se encontraba a una milla de distancia y no estaba segura de poder ver a dos figuras de pie, en el puente levadizo, mirando hacia ella. Pensó que habrían de andar un largo camino para encontrar caballos de repuesto. Se sintió a salvo por un tiempo.

Sentía pinchazos en las manos y los pies a medida que entraba en calor. El caballo despedía tanto calor como una hoguera, envolviéndola en una capa de aire cálido. Richard dejó al fin que su caballo redujera la marcha, y volviéndose lo condujo junto a ella, con su caballo marchando al paso y resoplando fuerte. Se internaron entre los árboles. Ambos conocían bien aquellos bosques por haber vivido allí la mayor parte de su vida.

—¿Adónde iremos? —preguntó Richard.

Aliena frunció el entrecejo. ¿Adónde podían ir? No tenían comida, nada de beber y tampoco dinero. No tenía ropa, salvo la capa que llevaba, ni

enaguas, zapatos ni sombrero. Tenía el propósito de cuidar de su hermano, pero ¿cómo?

Ahora se daba cuenta de que durante los tres últimos meses había estado viviendo en un sueño. Si bien en el fondo de su mente había sabido que la antigua vida había terminado, se había negado a aceptarlo. William Hamleigh la había despertado. No dudaba por un momento de que su historia era real y que el rey Stephen había hecho conde de Shiring a Percy Hamleigh, pero quizás hubiera algo más. Tal vez el rey hubiera dispuesto algunas provisiones para ella y Richard. De no ser así, debiera hacerlo y ciertamente ellos podían presentar una súplica. Como quiera que fuese, tendrían que ir a Winchester. Allí podrían averiguar por fin qué había sido de su padre.

De repente se dijo: *¿Por qué ha ido todo mal, padre?*

Desde que su madre había muerto, su padre le había dedicado un cuidado especial. Sabía que se había ocupado de ella mucho más de lo que era habitual en otros padres con sus hijos. Lamentaba no haber contraído nuevamente matrimonio para darle otra madre, y le había explicado que ninguna mujer podría hacer que se sintiese tan feliz como con el recuerdo de su difunta esposa. Como quiera que fuese, Aliena nunca había deseado otra madre. Su padre cuidaba de ella y ella de Richard, y de esa manera nada malo podía sucederle a ninguno de los tres.

Aquellos días se habían ido para siempre.

—¿Adónde podemos ir? —volvió a preguntar Richard.

—A Winchester —dijo ella—. Iremos a ver al rey.

Richard se mostró entusiasmado.

—¡Sí! Y cuando digamos al rey lo que William y su escudero hicieron anoche, seguramente...

Aliena se sintió poseída al instante por una furia incontrolable.

—¡Cierra la boca! —chilló. Los caballos se sobresaltaron nerviosos. Aliena tiró con rabia de las riendas—. ¡No vuelvas a decir eso jamás! —Se atragantaba por la furia y apenas podía articular las palabras—. ¡No diremos a nadie lo que hicieron... a nadie! ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás!

En las alforjas del escudero había un gran trozo de queso seco, algunos restos de vino en una bota, un pedernal y alguna leña menuda y una o dos libras de grano que Aliena supuso que estaba destinado a los caballos. A mediodía los dos hermanos comieron el queso y bebieron el vino mientras los caballos pastaban la hierba rala y los arbustos de hoja perenne y bebían en un arroyo transparente. Aliena había dejado de sangrar y tenía insensible la parte inferior de la espalda.

Habían visto a algunos viajeros pero Aliena advirtió a Richard que no hablara con nadie. Para un observador casual parecían una pareja formidable, sobre todo Richard montando su poderoso caballo y con la espada. Pero unos momentos de conversación bastaría para revelar que no eran más que un par de chiquillos sin alguien que les cuidara y, por lo tanto, a todas luces posiblemente vulnerables. De manera que debían mantenerse alejados de la gente.

Cuando el día empezó a declinar buscaron algún sitio donde pasar la noche. Encontraron un calvero cerca de un arroyo a un centenar de yardas más o menos del camino. Aliena dio a los caballos algo de grano mientras Richard encendía un fuego. Si hubieran tenido una olla hubieran podido hacer algunas gachas con el grano de los caballos. Tal como estaban las cosas, habrían de masticar el grano crudo a menos que pudieran encontrar algunas castañas dulces para asarlas. Mientras reflexionaba sobre ello y Richard andaba por alguna parte buscando leña, quedó aterrada al oír una voz honda muy cerca de ella.

—¿Y quién eres tú, muchacha?

Aliena lanzó un grito. El caballo retrocedió asustado. Al volverse vio a un hombre barbudo y sucio completamente vestido de cuero marrón. Avanzó un paso hacia ella.

—¡Mantente alejado de mí! —chilló.

—No tienes de qué asustarte —le dijo el hombre.

Por el rabillo del ojo Aliena vio a Richard entrar en el calvero por detrás del forastero, con una brazada de leña. Se quedó mirando a los dos. ¡Desenvaina tu espada!, dijo para sus adentros Aliena, pero el chico estaba demasiado asustado e inseguro para hacer nada. Aliena retrocedió intentando poner el caballo entre ella y el forastero.

—No tenemos dinero —dijo—. No tenemos nada.

—Soy el guardabosque oficial del rey —dijo el hombre.

Aliena estuvo a punto de desmayarse de alivio. Un oficial guardabosque era un servidor del rey a quien se pagaba para obligar a cumplir las leyes del bosque.

—¿Por qué no lo dijiste antes, tonto? —dijo ella furiosa por haberse asustado—. ¡Pensaba que eras un proscrito!

Pareció sobresaltado al tiempo que ofendido, como si Aliena hubiera dicho algo descortés.

—Entonces vos seréis una dama de alta cuna —es cuanto dijo.

—Soy la hija del conde de Shiring.

—Y el muchacho será su hijo —dijo el guardabosque aunque no parecía haber visto a Richard.

Richard se adelantó y dejó caer la leña.

—Así es —afirmó—. ¿Cómo te llamas?

—Brian. ¿Pensáis pasar aquí la noche?

—Sí.

—¿Completamente solos?

—Sí —Aliena sabía que aquel hombre se preguntaba por qué no llevarían escolta, pero no pensaba decírselo.

—¿Y decís que no tenéis dinero?

Aliena le miró con el ceño fruncido.

—¿Dudas de lo que digo?

—Ah, no. Por vuestros modales puedo reconocer que pertenecéis a la nobleza —¿Había cierta ironía en su voz?—. Si estáis solos y sin dinero tal vez preferiríais pasar la noche en mi casa. No está lejos.

Aliena no tenía intención de quedar a merced de aquel tipo inculto. Estaba a punto de negarse cuando el hombre habló de nuevo.

—Mi mujer estará contenta de daros de comer. Y tengo un cobertizo donde podréis dormir solos.

En la mujer estribaba la diferencia. Aceptar la hospitalidad de una familia respetable era bastante seguro. Aún así, Aliena se mostró dubitativa. Luego pensó en una chimenea, en un cazo de gachas calientes, una taza de vino y una cama de paja con un techo sobre ella.

—Te estamos muy agradecidos —dijo—. No tenemos nada para darte. Te he dicho la verdad, no tenemos dinero. Pero un día volveremos y te recompensaremos.

—Para mí es bastante. —Se acercó al fuego y lo apagó a puntapiés.

Aliena y Richard montaron en sus caballos, a los que no habían quitado las sillas.

—Dadme las riendas —dijo el guardabosque acercándose a ellos.

Así lo hizo Aliena sin estar segura de lo que aquel hombre quería hacer, y Richard la imitó. El hombre se puso en marcha a través del bosque conduciendo a los caballos. Aliena hubiera preferido llevar ella las riendas pero decidió dejar que el hombre lo hiciera como quisiera.

Estaba más lejos de lo que les había dicho; habían recorrido tres o cuatro millas y todavía era oscuro cuando llegaron a una pequeña casa de madera con tejado de barda en el lindero de un campo. Pero a través de las persianas se veía luz y llegaban olores de guisos. Aliena desmontó agradecida.

La mujer del guardabosque había oído los caballos y acudió a la puerta.

—Un joven señor y una joven dama solos en el bosque. Dales algo de beber —le dijo el hombre. Luego, volviéndose a Aliena—. Adelante. Me ocuparé de los caballos.

A Aliena no le gustó su tono perentorio. Hubiera preferido ser ella quien diera las instrucciones, pero como no tenía el menor deseo de desensillar a su caballo entró en la casa con Richard detrás. Estaba llena de humo y de olores, pero caliente. En un rincón había una vaca atada con una cuerda. Aliena se sentía contenta de que el hombre hubiera mencionado un cobertizo, ya que jamás había dormido con el ganado. Una olla hervía en el fuego. Se sentaron en un banco y la mujer dio a cada uno un cazo de sopa de la olla. Sabía a caza. La mujer se mostró sobresaltada al ver a la luz la cara de Richard.

—¿Qué os pasado? —le preguntó.

Richard abrió la boca para contestar, pero Aliena se le adelantó.

—Hemos pasado por una serie de calamidades —le dijo—. Vamos de camino para ver al rey.

—Ya veo —dijo la mujer. Era pequeña, de tez morena y mirada cautelosa.

Aliena dio fin rápidamente a la sopa y alargó el cazo para que le sirviera más. La mujer miró hacia otro lado. Aliena estaba desconcertada ¿Acaso no sabía que Aliena quería más sopa? ¿O sería que no tenía más? Se disponía a hablar con dureza cuando entró el guardabosque.

—Os llevaré al granero donde podréis dormir —les dijo al tiempo que descolgaba una lámpara de un clavo junto a la puerta—. Venid conmigo.

Aliena y Richard se pusieron en pie.

—Necesito algo más —dijo Aliena dirigiéndose a la mujer—. ¿Podrías darme un vestido viejo? No llevo nada debajo de la capa.

Por algún motivo la mujer pareció molesta.

—Veré lo que puedo encontrar —farfulló.

Aliena se dirigió a la puerta. El guardabosque la miraba de forma extraña, con los ojos clavados en su capa, como si le fuera posible ver a través de ella si lo hacía con la suficiente intensidad.

—¡Muéstranos el camino! —le dijo imperiosa. El hombre salió de la casa.

Les condujo a la parte de atrás de la casa y a través de un bancal de hortalizas. La luz oscilante de la lámpara iluminó una pequeña construcción de madera, más bien un cobertizo que un granero. El hombre abrió la puerta que golpeó contra una tina destinada a recoger el agua de la lluvia que caía del tejado.

—Echad un vistazo —les dijo el hombre—. Ved si os conviene.

Richard entró primero.

—Trae la luz, Aliena —le dijo.

Al volverse Aliena para coger la lámpara de manos del guardabosque éste le dio un fuerte empujón. Cayó de costado en el interior del granero, topando contra su hermano. Ambos cayeron al suelo. Quedaron a oscuras y la

puerta se cerró de golpe. De fuera les llegó un ruido peculiar, como si algo pesado se adosara a la puerta.

Aliena no podía creer lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué está pasando, Alie? —gritó Richard.

Aliena se sentó ¿Era de veras aquel hombre un guardabosque o por el contrario era un proscrito? No podía ser un proscrito. Su casa era demasiado buena para eso. Pero si de verdad era un guardabosque ¿por qué los había encerrado? ¿Habrían infringido alguna ley? ¿Sospechaba que los caballos no fueran suyos? O acaso tuviera algún motivo deshonesto.

—¿Por qué habrá hecho esto, Alie? —preguntó Richard.

—No lo sé —dijo ella cansada. Ya ni siquiera le quedaba energía para enfadarse o inquietarse. Sospechaba que el guardabosque había puesto la tina de agua contra ella. Empezó a palpar en la oscuridad las paredes del granero, también podía llegar a los declives más bajos del tejado. La construcción estaba hecha con troncos estrechamente unidos. Y la habían edificado con todo cuidado. Era la prisión del guardabosque donde encarcelaba a los infractores antes de presentarlos ante el sheriff.

—No podemos salir —dijo Aliena. Se sentó. El suelo estaba seco y cubierto de paja—. Estaremos detenidos aquí hasta que nos deje salir —dijo con resignación.

Richard se sentó junto a ella. Al cabo de un rato se tumbaron espalda contra espalda. Aliena se sentía demasiado maltrecha, asustada y tensa para poder dormir, aunque también exhausta, por lo que al cabo de unos momentos se sumió en un reconfortante sopor.

Se despertó al abrirse la puerta y recibir en la cara la luz del día. Se sentó atemorizada, sin saber dónde estaba ni por qué dormía sobre el duro suelo. Luego, recordó, y todavía se asustó más. ¿Qué iba a hacer el guardabosque con ellos? Sin embargo no fue él quien entró, sino su mujer pequeña y morena. Y aunque su expresión era hermética y resuelta como la noche anterior, llevaba en la mano un gran trozo de pan y dos tazas.

Richard se sentó a su vez. Los dos miraron cautelosos a la mujer.

Ella, sin decir palabra, alargó a cada uno una taza, partió luego en dos el trozo de pan y lo repartió entre ambos. Aliena se dio cuenta de repente de que estaba hambrienta. Mojó su pan en la cerveza y empezó a comer.

La mujer se quedó en el umbral de la puerta mirándoles mientras terminaban con el pan y la cerveza. Luego alargó a Aliena lo que parecía un montón de lino amarillento y usado, bien doblado. Aliena lo desdobló. Era un vestido viejo.

—Ponte esto y largaos de aquí —dijo la mujer.

Aliena se sentía confundida ante aquella combinación de amabilidad y dureza, pero no dudó en aceptar el vestido. Se volvió de espaldas, dejó caer la capa y se metió el vestido rápidamente por la cabeza, volviéndose a poner la capa.

Se sintió mejor.

La mujer le dio un par de zuecos muy usados y demasiado grandes.

—No puedo cabalgar con zuecos —dijo Aliena.

La mujer se echó a reír.

—No vais a cabalgar.

—¿Por qué no?

—Se ha llevado vuestros caballos.

A Aliena se le cayó el alma a los pies. Era injusto que siguieran teniendo tan mala suerte.

—¿Adónde se los ha llevado?

—A mí no me habla de esas cosas, pero supongo que habrá ido a Shiring. Venderá los animales, luego averiguará quienes sois y si puede sacar de vosotros algo más que vuestros caballos.

—Entonces ¿por qué dejas que nos vayamos?

La mujer miró a Aliena de arriba abajo.

—Porque no me gusta la manera en que te miró cuando dijiste que estabas desnuda debajo de tu capa. Tal vez tú no entiendas esto ahora, pero sí cuando seas mujer.

Aliena ya lo entendía pero no se lo dijo.

—¿No te matará cuando descubra que nos has dejado ir?

La mujer sonrió despreciativa.

—A mí no me asusta tanto como a otros. Y ahora en marcha.

Salieron. Aliena comprendía que aquella mujer había aprendido a vivir con un hombre brutal e inhumano, y aun así había logrado conservar un mínimo de decencia y compasión.

—Gracias por el vestido —dijo con timidez.

La mujer no quería su agradecimiento.

—Winchester es por ahí —dijo señalando hacia el sendero.

Se alejaron sin mirar atrás.

Aliena nunca había llevado zuecos. La gente de su clase siempre calzaba botas de piel o sandalias, y los encontró incómodos y pesados.

Sin embargo eran mejor que nada cuando el suelo estaba frío.

—¿Por qué nos están pasando estas cosas, Alie? —preguntó Richard cuando ya hubieron perdido de vista la casa del guardabosque.

La pregunta desmoralizó a Aliena. Todo el mundo era cruel con ellos. La gente podía pegarles y robarles como si fueran caballos o perros. No había

nadie que los protegiera. Hemos sido demasiado confiados, se dijo. Habían vivido durante tres meses en el castillo sin siquiera atrancar las puertas. Decidió que en el futuro no se fiaría de nadie. Nunca volvería a dejar que nadie cogiera las riendas de su caballo, aunque tuviera que recurrir a la violencia para evitarlo. Nunca más volvería a dejar que alguien se le acercara por la espalda, como había hecho el guardabosque la noche anterior cuando la empujó al interior del cobertizo. Nunca volvería a aceptar la hospitalidad de un extraño. Nunca dejaría la puerta sin cerrojos por la noche. Nunca aceptaría a las primeras de cambio las muestras de amabilidad.

—Caminemos más aprisa —dijo a Richard—. Tal vez podamos llegar a Winchester a la caída de la noche.

Siguieron el sendero hasta el calvero donde se encontraran con el guardabosque. Todavía estaban los restos de su hoguera. Desde allí podían encontrar fácilmente el camino a Winchester. Habían estado muchas veces en Winchester y conocían bien el camino. Una vez en el camino real podrían andar más deprisa. La escarcha había endurecido el barro.

El rostro de Richard empezaba a recuperar su estado normal. Se lo había lavado el día anterior en un arroyo muy frío en el bosque, y se había quitado casi toda la sangre seca. Se le había formado una fea costra allí donde tuvo el lóbulo de la oreja y los labios aún los tenía hinchados, pero había desaparecido la inflamación del resto de la cara. Sin embargo las heridas y su irritada coloración aún le daban un aspecto alarmante. Aunque ello posiblemente les beneficiaría.

Aliena echaba de menos el calor del caballo. Tenía penosamente fríos los pies y las manos, si bien su cuerpo guardaba el calor por el esfuerzo de la caminata. Siguió haciendo frío durante toda la mañana, pero hacia el mediodía la temperatura subió algo. Para entonces tenía hambre. Recordaba que tan sólo el día anterior se sentía como si no le importara volver a tener calor o a comer de nuevo. Pero no quería pensar en aquello.

Cada vez que oían cascos de caballos o divisaban gente a lo lejos corrían a ocultarse en la espesura hasta que pasaran los viajeros. Atravesaron rápidamente aldeas sin hablar con nadie. Richard quiso mendigar para conseguir comida, pero Aliena no le dejó. Mediada la tarde se encontraron a unas millas de su destino sin que nadie les hubiera molestado. Aliena se dijo que después de todo no era tan difícil evitar las dificultades. Y entonces, en aquel trecho especialmente solitario del camino, surgió de repente un hombre de los arbustos y se plantó delante de ellos.

No les dio tiempo a esconderse.

—Sigue andando —dijo Aliena a Richard, pero el hombre se movió al tiempo que ellos impidiéndoles seguir su camino.

Aliena miró hacia atrás pensando en escabullirse por allí, pero otro tipo había salido del bosque a unas diez o quince yardas, impidiendo la huida.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo con voz recia el hombre que tenían enfrente. Era un hombre gordo, de rostro congestionado, con un vientre enorme e hinchado y una barba sucia y enmarañada. Llevaba una pesada cachiporra. Se trataba, casi con toda certeza, de un proscrito. Por su cara, Aliena estaba convencida de que era el tipo de hombre capaz de cometer violencia sin pensarlo dos veces, y sintió que la embargaba el miedo.

—Déjanos en paz —dijo suplicante—. No tenemos nada que te interese.

—No estoy tan seguro —dijo el hombre dando un paso hacia Richard—. Esa bonita espada valdrá varios chelines.

—Es mía —protestó Richard, pero su tono era el de un chiquillo asustado.

Es inútil, se dijo Aliena. Estamos impotentes. Yo soy una mujer y el un chiquillo, y la gente puede hacer con nosotros lo que le parezca.

Con un movimiento sorprendentemente ágil el hombre gordo enarboló de repente su cachiporra y la descargó sobre Richard, que intentó evitarla. El golpe iba dirigido a la cabeza pero le alcanzó en el hombro. El hombre gordo era fuerte y el golpe derribó a Richard.

Aliena perdió de súbito la paciencia. Había sido tratada de manera injusta, habían abusado vilmente de ella, la habían robado, tenía frío y hambre y apenas era capaz de dominarse. A su hermano pequeño, hacía menos de dos días le habían golpeado hasta casi matarle y en aquellos momentos, al ver que alguien le aporreaba, perdió la cabeza. Sin meditar su decisión se sacó la daga de la manga, se lanzó contra el gordo proscrito y le puso la punta de su daga sobre el inmenso vientre.

—¡Déjale en paz, perro! —chilló.

Le cogió completamente por sorpresa. La capa se le había abierto al atacar a Richard y todavía tenía la cachiporra en las manos. Había bajado completamente la guardia. Sin duda se había creído a salvo de cualquier ataque por parte de una joven al parecer desarmada. La daga, atravesó la lana de su capa y el tejido de su ropa interior y se detuvo en la epidermis tensa del estómago. Aliena sintió un impulso de repugnancia, un instante de franco horror ante la idea de romper piel humana y penetrar hasta la carne de una persona de verdad. Pero el miedo endureció su decisión y hundió la daga hasta alcanzar los órganos blandos del abdomen. Luego le aterró la idea de no matarle y de que siguiera vivo para vengarse y siguió hundiendo la daga hasta la empuñadura, donde quedó detenida.

De repente aquel hombre aterrador, arrogante y cruel quedó convertido en un animal asustado y herido. Dio un grito de dolor, dejó caer su cachiporra y se quedó mirando la daga que tenía clavada.

Aliena se dio vuelta al momento de que el hombre sabía que estaba mortalmente herido. Apartó la mano horrorizada. El hombre retrocedió tambaleándose. Aliena recordó que a sus espaldas había otro ladrón y la embargó el pánico. Seguramente se tomaría una venganza horrible por la muerte de su cómplice. Agarró de nuevo la empuñadura de la daga y tiró de ella. El hombre herido se había alejado ligeramente y Aliena hubo de sacar la daga de costado. Sintió como desgarraba las partes blandas al sacarla de su enorme vientre. Notó que la sangre le salpicaba la mano y el hombre chilló como un animal al caer al suelo. Aliena se volvió rápidamente con la daga en la mano ensangrentada e hizo frente al otro hombre. Al mismo tiempo, Richard se puso en pie a duras penas y desenvainó su espada.

El otro ladrón miró a uno y a otro, luego a su amigo moribundo y sin más dio media vuelta y corrió a ocultarse en el bosque.

Aliena le observó con toda incredulidad. Le habían asustado. Resultaba difícil de creer.

Miró al hombre caído en el suelo. Yacía boca arriba, con las entrañas saliéndole por la gran herida del vientre. Tenía los ojos muy abiertos y la cara contorsionada por el dolor y el miedo.

Aliena no se sentía orgullosa ni tranquila por haberse defendido de hombres despiadados. Además estaba asqueada por aquel espantoso espectáculo.

A Richard no le atormentaban semejantes escrúpulos.

—¡Le apuñalaste, Alie! —dijo en un tono entre excitado e histérico—. ¡Acabaste con ellos!

Aliena le miró. Había que enseñarle una lección.

—Remátale —le dijo.

Richard la miró extrañado.

—¿Qué?

—Que le mates —repitió—. Haz que deje de sufrir. ¡Acaba con él!

—¿Por qué yo?

Aliena habló con tono especialmente duro.

—Porque te comportas como un muchacho y yo necesito un hombre. Porque jamás hiciste nada con una espada, salvo jugar a la guerra y alguna vez tienes que empezar. ¿Qué te pasa? ¿De qué tienes miedo? De todas maneras ya está casi muerto. No puede hacerte daño. Maneja tu espada. Adquiere algo de práctica. ¡Mátale!

Richard sujetó la espada con ambas manos y pareció inseguro.

—¿Cómo?

El hombre aulló de nuevo.

—¡No sé cómo! ¡Córtale la cabeza o atraviésale el corazón! ¡Cualquier cosa! ¡Pero hazle callar!

Richard parecía acorralado. Levantó la espada y la bajó de nuevo.

—Si no lo haces te dejaré solo, lo juro por todos los santos. Me levantaré una noche y me iré, y cuando despiertes por la mañana, ya no estaré y tú te encontraras completamente solo. ¡Mátale!

Richard levantó de nuevo la espada. Y entonces, de manera increíble, el hombre dejó de chillar e intentó levantarse. Rodó hacia un lado y se incorporó apoyándose en un codo. Richard lanzó un grito que era en parte un alarido de miedo y un grito de combate, y descargó con fuerza la espada sobre el cuello del forajido. El arma era pesada y la hoja bien afilada, y el golpe sajó a medias el grueso cuello. La sangre salió a chorros y la cabeza se ladeó grotescamente. El cuerpo se derrumbó en tierra.

Aliena y Richard permanecieron un instante mirándole. La sangre caliente despedía vapor en el aire invernal. Ambos se sentían pasmados ante lo que habían hecho. De repente, Aliena echó a correr seguida de Richard.

Se detuvo cuando le fue imposible correr más y entonces se dio cuenta de que estaba sollozando. Caminó más lentamente sin importarle ya que Richard le viera llorar. En cualquier caso poco parecía importarle.

Se fue calmando de manera gradual. Los zuecos de madera le hacían daño. Se detuvo y se los quitó. Reanudó la marcha descalza, con los zuecos en la mano. Pronto llegarían a Winchester.

—Somos estúpidos —dijo Richard al cabo de un rato.

—¿Por qué?

—Ese hombre. Le dejamos allí. Deberíamos haberle cogido las botas.

Aliena se detuvo y se quedó mirando a su hermano horrorizada.

Él se la quedó mirando a su vez con una ligera sonrisa.

—¿No hay nada malo en eso, verdad? —dijo.

2

Aliena volvió a sentirse esperanzada mientras atravesaba la West Gate en dirección a la Calle principal de Winchester a la caída de la noche. En el bosque tuvo la impresión de que podrían asesinarla y que nadie llegaría a enterarse jamás de lo ocurrido, pero en aquel momento se encontraba de nuevo en la civilización. Desde luego la ciudad rebosaba de ladrones y asesinos. Pero ellos no podían cometer sus crímenes a plena luz del día y con absoluta impunidad. En la ciudad había leyes y a quienes las infringían se les desterraba, se les mutilaba o se les ahorcaba.

Recordaba haber caminado con su padre por aquella calle haría tan sólo un año. Naturalmente iba a caballo. Su padre montaba un brioso corcel castaño y ella un hermoso palafrén gris. La gente se apartaba a su paso cuando cabalgaban por las anchas calles. Tenían una casa en la parte sur de la ciudad y cuando llegaban a ella les daban la bienvenida ocho o diez sirvientes. Habían limpiado bien la casa, había paja fresca en el suelo y todas las chimeneas estaban encendidas. Durante su estancia en ella, Aliena vestía bonitos trajes todos los días, botas y cinturones de piel de becerro y se adornaba con broches y brazaletes. Su tarea consistía en asegurarse de que siempre fuera bien recibido cualquiera que acudiese a ver al conde, y que nunca faltase carne y vino para los de la clase elevada, pan y cerveza para los más pobres, una sonrisa y un sitio junto el fuego para todos. Su padre era puntilloso en lo de la hospitalidad, pero no se las arreglaba muy bien cuando había de practicarla personalmente. La gente le encontraba frío, distante e incluso dominante. Aliena compensaba aquellas carencias.

Todo el mundo respetaba a su padre y las más altas personalidades acudían a visitarle. El obispo, el prior, el sheriff, el canciller real y los barones de la corte. Se preguntaba cuántos de ellos la reconocerían en esos momentos caminando descalza por el barro y la suciedad de esa misma calle. Aquella idea no consiguió empañar su optimismo. Lo importante era que ya había dejado de sentirse como una víctima. Se encontraba de nuevo en un mundo en el que había reglas y leyes, y tenía una posibilidad de recuperar el control de su vida.

Pasaron por delante de su casa. Estaba vacía y cerrada a cal y canto. Los Hamleigh no habían tomado posesión de ella todavía. Por un instante, Aliena sintió la tentación de intentar entrar en ella. ¡Es mi casa!, se dijo. Pero no lo era, naturalmente, y la idea de pasar la noche allí le hizo recordar cómo había vivido en el castillo, cerrando los ojos a la realidad. Pasó de largo con decisión.

Otra cosa buena de estar en la ciudad era que allí había un monasterio. Los monjes siempre daban cama a cualquiera que se lo pidiere. Richard y ella dormirían aquella noche bajo techo, a salvo y en un lugar seco.

Encontró la catedral y entró en el patio del priorato. Dos monjes se encontraban en pie, ante una mesa de caballete, repartiendo pan bazo y cerveza entre un centenar o más de personas. A Aliena no se le había ocurrido que pudiera haber tanta gente suplicando la hospitalidad de los monjes. Ella y Richard se pusieron a la cola. Era asombroso, se dijo, cómo una gente que habitualmente se empujaría y daría codazos para recibir comida gratis, permanecía de pie en ordenada fila sólo porque un monje les decía que así lo hicieran.

Recibieron su cena y se les condujo a la casa de invitados. Era una gran construcción de madera semejante a un granero, desprovista de todo mobiliario, iluminada débilmente por velas de junco y con olor a humanidad por tanta gente junta. El suelo estaba cubierto de juncos no demasiados frescos. Aliena se preguntó si debería decir a los monjes quién era. Era posible que el prior la recordara. En un priorato tan grande era de suponer que hubiera una casa de invitados especialmente destinada a visitantes de alta alcurnia. Pero se sintió reacia a hacerlo. Tal vez porque temiera que se mostraran desdeñosos con ella o también porque pensara que de nuevo iba a estar a merced de alguien, y aunque nada tenía que temer de un prior, pese a todo se sentía más cómoda permaneciendo en el anonimato e inadvertida.

Los demás invitados eran en su mayoría peregrinos con algún que otro artesano ambulante, reconocibles por las herramientas que llevaban, y unos cuantos buhoneros, hombres que iban por las aldeas vendiendo cosas que los campesinos no podrían hacer por sí mismos, como alfileres, cuchillos, ollas y especias. Algunos de ellos llevaban consigo a su mujer e hijos. Los niños eran ruidosos y estaban excitados, correteando por todas partes, peleándose y cayéndose. De vez en cuando alguno salía disparado contra un adulto, recibía un cachete y se echaba a llorar a moco tendido. Algunos no estaban bien educados y Aliena vio a varios chiquillos orinándose sobre los juncos del suelo. Probablemente esas cosas carecían de importancia en una casa donde el ganado dormía en la misma habitación que la gente, pero en un recinto lleno de gente era más bien repugnante. Todos tendrían que dormir más tarde sobre esos mismos juncos.

Empezó a tener la sensación de que la gente la miraba como si supiera que la habían desflorado. Claro que era ridículo, pero la sensación persistía. Comprobó si sangraba, pero no. Sin embargo cada vez que se movía se encontraba con alguien que tenía una mirada fija y penetrante en ella. Tan pronto como sus ojos se encontraban volvían la vista a otro lado, pero poco después sorprendía a alguien haciendo lo mismo. Se decía continuamente que aquello era una tontería, que no la miraban a ella sino que paseaban curiosos la vista por toda la gente que les rodeaba. De cualquier manera no había nada digno de mirar, no era diferente de los demás. Estaba tan sucia, tan mal vestida y tan cansada como todos. Pero la sensación persistía y empezó a irritarse contra su voluntad; había un hombre cuya mirada encontraba siempre, un peregrino de mediana edad con una familia numerosa. Finalmente Aliena perdió la paciencia.

—¿Qué es lo que miras? ¡Deja ya de mirarme! —le gritó.

El hombre se sintió violento y apartó los ojos sin decir palabra.

—¿Por qué has hecho eso, Alie? —le preguntó Richard en voz baja.

Aliena le dijo que cerrara la boca y así lo hizo.

Poco después los monjes se dieron una vuelta por allí y se llevaron las velas. Preferían que la gente se fuera pronto a dormir, manteniéndoles así alejados por la noche de las cervecerías y los prostíbulos de la ciudad, y por la mañana les resultaba más fácil a los monjes hacer que los visitantes se fueran temprano. Varios hombres solteros salieron del recinto cuando se hubieron apagado las luces, sin duda encaminándose a los burdeles, pero la mayor parte de la gente se acurrucó, envolviéndose bien en sus capas.

Hacía muchos años que Aliena no dormía en un lugar como ése. De pequeña siempre había envidiado a la gente que dormía abajo, unos al lado de otros, frente a un rescoldo, en una habitación llena de humo y olor a comida, con los perros para protegerles. En aquel recinto reinaba una sensación de intima unión, que no existía en las espaciosas y vacías cámaras de la familia del Lord. Por aquellos días había abandonado a veces su cama y bajado de puntillas la escalera para dormir junto a una de sus sirvientas favoritas, Madge, la lavandera, o la vieja Joan.

El sueño le llegó con el olor de su infancia en el recuerdo y soñó con su madre. Normalmente le resultaba difícil recordar el aspecto de su madre, pero en aquellos momentos descubrió sorprendida que podía recordar con toda claridad el rostro de mamá, hasta en su más mínimo detalle. Los rasgos pequeños, la sonrisa tímida, la constitución frágil, la mirada de ansiedad en sus ojos. Vio la manera de andar de su madre, inclinada ligeramente a un lado, como si siempre estuviera tratando de pegarse a la pared, con el brazo contrario algo extendido en busca de equilibrio. Podía oír la voz de su madre, una voz contralto sorprendentemente sonora, siempre dispuesta a cantar o a reír, temerosa de hacerlo. En su sueño, Aliena supo algo que jamás había visto claro estando despierta, que su padre atemorizó a su madre de tal manera, ahogando su sentido del gozo de la vida, que se había mustiado muriendo como una flor bajo la sequía. Todo aquello acudía a la mente de Aliena como algo muy familiar, algo que había sabido desde siempre. Lo espantoso de todo aquello es que, en el sueño, ella estaba encinta. Su madre parecía contenta. Estaban sentadas juntas en un dormitorio y Aliena tenía un vientre tan grande que debía sentarse con las piernas ligeramente separadas y las manos cruzadas sobre aquel bulto. Entonces William Hamleigh irrumpía en la habitación con una daga de larga hoja en la mano y Aliena supo que iba a apuñalarla en el vientre de la misma manera en que ella apuñaló al proscrito en el bosque. Empezó a chillar con tal fuerza que de repente se sentó erguida y entonces se dio cuenta de que William no estaba allí y que ella ni siquiera había gritado. El ruido sólo había estado en su cabeza.

Después de aquello permaneció despierta, preguntándose si en realidad estaría encinta.

Aquella idea no se le había ocurrido antes y en esos momentos se sentía aterrada. Sería repugnante tener un hijo de William Hamleigh. Y además podía no ser suyo, podía ser de su escudero. Nunca podría saberlo. ¿Cómo podía querer a aquel bebé? Cada vez que le mirara le recordaría aquella noche espantosa. Prometió que tendría al bebé en secreto y lo dejaría morir de frío tan pronto como hubiera nacido, como los campesinos hacían cuando tenían demasiados hijos. Tan pronto como hubo tomado aquella decisión se sumió de nuevo en el sueño.

Apenas despuntado el día los monjes llevaron el desayuno. El ruido despertó a Aliena. La mayoría de los demás huéspedes estaban ya despiertos, al haberse dormido tan temprano, pero Aliena había llegado prácticamente exhausta.

De desayuno les dieron gachas con sal. Aliena y Richard se lo comieron con avidez y les hubiera gustado que estuvieran acompañadas de pan. Mientras desayunaban, Aliena reflexionó sobre lo que diría al rey Stephen. Estaba segura de que habría olvidado que el antiguo conde Shiring tenía dos hijos. Tan pronto como se presentaran y se lo recordaran tomaría medidas en favor de ellos. Al menos eso creía. Pero por si fuera necesario convencerle, habría de llevar preparado algo. Llegó a la conclusión de que no insistiría en la inocencia de su padre, ya que ello significaría poner en tela de juicio el parecer del rey, con lo que sólo lograría ofenderle. Tampoco protestaría que a Percy Hamleigh le hubiera hecho conde. Los hombres de Estado aborrecían que se discutieran sus decisiones. «Para el bien o para el mal, la cuestión está zanjada», solía decir su padre. No, se limitaría a decir que su hermano y ella eran inocentes y a pedir al rey que les diera una propiedad de caballero para poder atender modestamente sus necesidades y para que Richard pudiera prepararse y llegar a ser, dentro de unos años, uno de los guerreros del rey. Una pequeña propiedad permitiría a Aliena cuidar de su padre cuando el rey tuviere a bien ponerle en libertad. Había dejado de ser una amenaza. Sin título, sin seguidores, sin dinero, recordaría al rey que su padre había servido con toda lealtad al viejo rey, Henry, que había sido tío de Stephen. No se mostraría imperiosa, tan sólo humildemente firme, franca y sencilla.

Después del desayuno preguntó a un monje dónde podría lavarse la cara. La miró sobresaltado. Era evidente que no era una pregunta habitual. Sin embargo los monjes estaban a favor de la limpieza y éste la condujo hasta un conducto abierto por donde un agua fría y clara desembocaba en los terrenos del priorato, y le advirtió que no se lavara, «indecentemente», por si acaso alguno de los hermanos la viera por accidente y de esa manera empañara su

alma. Los monjes hacían mucho bien, pero sus actitudes a veces resultaban irritantes.

Una vez que ella y Richard se hubieren quitado de la cara el polvo del camino abandonaron el priorato y se encaminaron colina arriba, a lo largo de la calle principal, al castillo que se alzaba a un lado de la puerta Oeste. Si llegaban temprano, Aliena pensaba que se atraería la voluntad o cautivaría a quien estuviese encargado de admitir a los solicitantes, y así no quedaría olvidada entre la multitud de gente importante que llegaría más tarde. Sin embargo el ambiente tras los muros del castillo estaba aún más tranquilo de lo que ella esperara. ¿Había estado el rey Stephen allí tanto tiempo que eran ya pocas las personas que necesitaban verle? No estaba segura de cuándo podía haber llegado. Por lo general, el rey permanecía en Winchester durante todo el tiempo de Cuaresma, pero Aliena no estaba segura de cuándo pudo haber empezado la Cuaresma, porque viviendo en el castillo con Richard y Matthew, sin sacerdote alguno, había perdido la noción del tiempo.

Había un corpulento centinela montando guardia junto a los escalones de la torre del homenaje. Aliena se dispuso a pasar junto a él como cuando acudía allí con su padre, pero el guardia le cortó el camino bajando la lanza y poniéndola atravesada.

Aliena le miró con gesto imperioso.

—¿Qué sucede? —dijo.

—¿Adónde crees que vas, muchacha? —replicó el centinela.

Aliena se dio cuenta con desaliento que era de ese tipo de personas a quienes les gustaba ser guardias porque les daba la oportunidad de impedir que la gente fuera a donde quisiera.

—Estamos aquí para presentar una petición al rey —dijo con tono glacial—. Déjanos pasar.

—¿Tú? —dijo el guardia desdeñoso—. ¿Con un par de zuecos de los que mi mujer se avergonzaría? ¡Largo de aquí!

—Apártate de mi camino, centinela —dijo Aliena—. Todo ciudadano tiene derecho a presentar peticiones al rey.

—Sí, pero los de tu clase, los pobres, no son lo bastante locos para intentar ejercer ese derecho...

—¡Yo no soy de esa clase! —dijo Aliena con firmeza—. Soy la hija del conde de Shiring y mi hermano es su hijo, así que déjanos pasar o acabarás pudriéndote en una mazmorra.

El guardia pareció algo menos desdeñoso.

—No puedes presentar una petición al rey porque no está aquí —dijo a pesar de todo con aire de suficiencia—. Está en Westminster como deberías saber si en realidad eres quien dices ser.

Aliena quedó estupefacta.

—Pero, ¿por qué se ha ido a Westminster? ¡Tendría que estar aquí por Pascua Florida!

El centinela comprendió entonces que no eran unos golfillos callejeros.

—La corte de Pascua está en Westminster. Parece que no va a hacer las cosas exactamente como las hacía el viejo rey. ¿Y por qué habría de hacerlas?

Naturalmente tenía razón, pero a Aliena no se le había ocurrido por un instante la idea de que un nuevo rey estableciera un régimen distinto. Era demasiado joven para recordar la época en que Henry había sido el nuevo rey. Se sintió desolada. Había creído que sabía lo que tenía que hacer y se había equivocado. Le entraron deseos de renunciar.

Sacudió la cabeza para librarse de la sensación de fracaso. Aquello sólo era un revés, no una derrota. Apelar al rey no era la única manera de ocuparse de su hermano y de ella. Había ido a Winchester con dos propósitos, y el segundo era el de averiguar qué le había pasado a su padre. Él sabría qué podría hacer ahora.

—Entonces, ¿quién está ahí? —preguntó al centinela—. Debe de haber algún funcionario real.

—Hay un escribiente y un mayordomo —contestó el guardia—. ¿Decís que el conde de Shiring es vuestro padre?

—Sí. —Aliena sintió que se le paraba el corazón—. ¿Sabes algo de él?

—Sé dónde está.

—¿Dónde?

—En la prisión. Aquí mismo, en el castillo.

¡Tan cerca!

—¿Dónde está la prisión?

El centinela apuntó con el pulgar por encima del hombro.

—Colina abajo, después de pasar la capilla, frente a la puerta principal.

El impedirles el paso en la torre del homenaje había satisfecho su mezquina vanidad y en esos momentos estaba dispuesto a dar información.

—Lo mejor será que veáis al carcelero. Se llama Odo y tiene unos bolsillos muy grandes.

Aliena no entendió aquella información de los bolsillos grandes pero estaba demasiado inquieta para detenerse a descifrarla. Hasta aquel momento su padre había estado en un lugar vago y distante llamado «prisión», pero ahora, de repente, estaba allí, en aquel mismo castillo. Olvidó su súplica al rey. Todo cuanto quería hacer era ver a su padre. La idea de que estaba muy cerca, dispuesto a ayudarla, la hizo sentir de manera más vívida el peligro y la incertidumbre de los últimos meses. Ansiaba refugiarse en sus brazos y oírle decir: *Ahora todo va bien. En adelante todo marchará bien.*

La torre del homenaje se alzaba en una esquina del recinto. Aliena miró hacia abajo, al resto del castillo. Era un conjunto abigarrado de construcciones de piedra y madera protegidas por muros altos. Colina abajo, había dicho el centinela, después de la capilla y frente a la puerta principal. Vio un pulcro edificio de piedra que parecía una capilla. La entrada principal era una puerta en el muro exterior que permitía al rey entrar en su castillo, sin tener que pasar antes por la ciudad. Frente a esa entrada y cerca del muro posterior que separaba el castillo de la ciudad, había una pequeña construcción de piedra que podía ser la prisión.

Aliena y Richard bajaron corriendo la pendiente. Aliena se preguntaba cómo estaba su padre. ¿Alimentaban suficientemente a la gente en la prisión? A los prisioneros que en su día tuvo su padre siempre se les daba pan bazo y potaje, pero había oído que en otras partes a los prisioneros se les trataba mal. Tenía la esperanza de que no fuese ése el caso.

Mientras atravesaban el recinto sintió que el corazón se le subía a la boca. Era un castillo grande, pero estaba rodeado de construcciones: cocinas, establos y barracas. Había dos capillas. En esos momentos en que el rey estaba ausente, Aliena pudo ver indicios de esa ausencia y fue observándolos distraída mientras caminaba hacia la prisión. Cerdos y ovejas habían salido de los suburbios inmediatamente fuera de la puerta, hozando y mordisqueando entre los montones de desperdicios; varios hombres de armas andaban holgazaneando sin tener otra cosa que hacer que dirigir insolencias a las mujeres que pasaban, y en el pórtico de una de las capillas tenía lugar una especie de juego de azar. Aquella atmósfera de laxitud incomodó a Aliena. Le preocupaba que no se ocuparan de su padre como era debido, y empezó a temer lo que pudiera encontrar.

La cárcel era un edificio en piedra medio abandonado que parecía haber sido un día la vivienda de un funcionario real, un canciller o administrador de cierta categoría, antes de que quedase en aquel lamentable estado. El piso alto que tiempo atrás había servido de salón, era una perfecta ruina y había perdido parte del tejado. Tan sólo se conservaba la planta baja. En ella no había ventanas, tan sólo una gran puerta de madera con clavos de hierro. La puerta estaba ligeramente abierta. Mientras Aliena vacilaba delante de ella, una guapa mujer de mediana edad con un abrigo de excelente calidad la abrió y entró en la planta. Aliena y Richard la siguieron.

El tétrico interior apestaba a polvo acumulado y a putrefacción. La planta había sido en su origen un almacén abierto, pero después la habían dividido en pequeños compartimientos separados por paredes de cascotes apresuradamente levantadas. En alguna parte de las profundidades del edificio un hombre se quejaba con tono monótono, como un monje

salmodiando oficios en una iglesia. La zona inmediata a la puerta estaba conformada como un pequeño recibidor con una silla, una mesa y un fuego en el centro del suelo. Un hombre corpulento, de aspecto estúpido, con una espada al cinto, estaba barriendo perezoso el suelo. Levantó la vista y saludó a la mujer guapa.

—Buenos días, Meg.

Ella le dio un penique y desapareció entre las sombras. El hombre miró a Aliena y a Richard.

—¿Qué queréis?

—Estoy aquí para ver a mi padre —le dijo Aliena—. Es el conde de Shiring.

—No, no lo es —le dijo el carcelero—. Ahora sólo es Bartholomew.

—Al diablo con tus distinciones, carcelero. ¿Dónde está?

—¿Cuánto dinero tienes?

—No tengo dinero, así que no te molestes en pedirme soborno.

—Si no tienes dinero no puedes ver a tu padre —dijo el hombre, y se puso de nuevo a barrer.

Aliena hubiera querido gritar. Estaba a una yarda de su padre y le impedían verle. El carcelero iba armado; no ganaría nada desafiándole. Pero no tenía dinero. Había temido que ocurriera aquello cuando vio que la mujer llamada Meg le daba un penique, pero pensó que se trataba de algún privilegio especial. Sin embargo a todas luces, no era así. Un penique debía ser el precio para ser admitido en aquel lugar.

—Buscaré un penique y te lo traeré en cuanto pueda. Pero ¿no nos dejarías verle ahora? ¿Sólo un momento?

—Traedme primero el penique —dijo el carcelero, y volvió de nuevo a su faena.

Aliena tenía los ojos empañados por las lágrimas. Se sintió tentada de lanzar a gritos un mensaje con la esperanza de que su padre pudiera oírla, pero comprendió que así solo contribuiría a desmoralizarlo y asustarlo. Provocaría su ansiedad al no recibir información alguna. Se dirigió hacia la puerta y se sintió desesperadamente impotente. Se volvió en el umbral.

—¿Cómo está? Dime sólo eso... por favor. ¿Está bien?

—No, no lo está –repuso el carcelero—. Se está muriendo. Y ahora, largo.

Aliena tenía los ojos arrasados en lágrimas y tropezó al cruzar la puerta. Se alejó sin ver a dónde iba y topó con algo, una oveja o un cerdo, y estuvo a punto de caer. Empezó a sollozar. Richard la cogió por el brazo y ella se dejó guiar. Salieron del castillo por la puerta principal, encontrándose entre las desperdigadas casuchas y los campos de los suburbios y finalmente llegaron a una pradera. Se sentaron sobre un tocón.

—No me gusta cuando lloras, Alie —dijo Richard con tono patético.

Aliena trató de dominarse. Había encontrado a su padre y eso ya era algo. Se había enterado de que estaba enfermo. El carcelero era un hombre cruel que probablemente había exagerado la gravedad de la enfermedad. Todo cuanto tenía que hacer era encontrar un penique y entonces podría hablar con él, comprobarlo por sí misma y preguntarle qué debería hacer... por Richard y por él.

—¿Cómo vamos a encontrar un penique, Richard? —le preguntó.

—No lo sé.

—No tenemos nada para vender. Nadie nos prestará. Tú no eres lo bastante duro para robar...

—Podemos pedir limosna —dijo él.

Era una idea.

Un campesino de aspecto próspero bajaba por la colina en dirección al castillo, en una vigorosa jaca negra. Aliena se puso en pie de un salto y corrió hacia el camino.

—Por favor. ¿Podría darme un penique, señor? —le dijo cuando estuvo más cerca.

—¡Vete al cuerno! —gruñó el hombre poniendo a su caballo al trote.

Aliena volvió junto al tocón.

—Los mendigos por lo general piden comida o ropa vieja —dijo desalentada—. Nunca he sabido de nadie que les haya dado dinero.

—Bueno, entonces, ¿cómo consigue dinero la gente? —dijo Richard.

Era evidente que nunca se le había ocurrido antes aquella pregunta.

—El rey obtiene dinero con los impuestos, los señores con las rentas, los sacerdotes con los diezmos. Los tenderos tienen algo qué vender. Los artesanos cobran salarios. Y los campesinos no necesitan dinero porque tienen campos.

—Los aprendices tienen salarios.

—Y también los braceros. Podemos trabajar.

—¿Para quién?

—Winchester está lleno de pequeñas fabricas donde hacen cueros y tejidos —dijo Aliena. Volvió a sentirse de nuevo optimista—. Una ciudad es un buen lugar para encontrar trabajo. —Se puso en pie de un salto—. Vamos, en marcha.

Richard todavía seguía vacilando.

—Yo no puedo trabajar como un hombre corriente —dijo—. Soy hijo de un conde.

—Ya no lo eres —le aseguró Aliena sin rodeos—. Ya has oído lo que dijo el carcelero, más vale que te acostumbres a la idea de que ahora eres igual que cualquier otro.

Richard parecía malhumorado y no contestó.

—Bueno, yo me voy —dijo Aliena—. Quédate aquí si quieres.

Se apartó de él y tomó el camino de la puerta Oeste. Conocía los enfados de su hermano; nunca duraban mucho.

Tal como imaginaba, la alcanzó antes de que llegara a la ciudad.

—No te enfades, Alie —le dijo—. Trabajaré. En realidad soy muy fuerte... seré un bracero muy bueno.

Aliena le sonrió.

—Estoy segura de que lo serás.

No era verdad, pero no valía la pena desengañarle.

Bajaron por calle principal. Aliena recordaba que Winchester estaba trazada y dividida de manera muy lógica. La parte meridional, a su derecha mientras caminaban, estaba distribuida en tres partes. Primero estaba el castillo, luego un barrio de mansiones lujosas y después el recinto de la catedral y el palacio del obispo en la esquina sureste. También la mitad septentrional, a su izquierda, estaba dividida en tres: el barrio de los judíos, la parte central, que era donde se encontraban las tiendas, y las fábricas en la esquina noreste.

Bajaron por la calle principal y se dirigieron al extremo este de la ciudad. Luego torcieron a la izquierda entrando en una calle por la que corría un arroyo. En uno de los lados había casas corrientes, la mayoría de madera, y algunas parcialmente construidas de piedra. Al otro lado de la calle había un montón de construcciones improvisadas sin orden ni concierto, muchas de las cuales no tenían más que un tejado sostenido por postes. La mayoría de ellos daba la impresión de que iban a derrumbarse de un momento a otro. En algunos casos, un pequeño puente o sencillamente algunas tablas conducían a través del arroyo al edificio, aunque algunos de ellos en realidad atravesaban el arroyo. En cada uno de los edificios o patios podía verse a hombres y mujeres haciendo algo que requería grandes cantidades de agua: lavar lana, curtir pieles, abatanar y teñir tejidos, elaborar cerveza y otras operaciones que Aliena no supo identificar. Su olfato captó toda una variedad de olores, acres y de levadura, sulfurosos y ahumados, de madera y pútridos. Toda la gente parecía enormemente ocupada. Claro que los campesinos también tenían mucho trabajo y muy duro, pero siempre hacían sus tareas a un ritmo tranquilo y tenían tiempo para detenerse a examinar algo curioso o para hablar con alguien que pasara junto a ellos. En las factorías la gente nunca levantaba la vista. Parecía como si el trabajo absorbiera toda su

atención y energía. Se movían con rapidez, transportando sacos y llevando grandes baldes de agua o batiendo pieles o tejidos. Mientras procedían a sus misteriosas tareas en la penumbra de sus destartaladas cabañas, traían a la memoria de Aliena a los demonios agitando sus calderos de las imágenes del infierno.

Se detuvo delante de un lugar donde estaban haciendo algo que ella conocía: abatanando tejidos. Una mujer de aspecto musculoso estaba sacando agua del arroyo y derramándola en el interior de un inmenso hoyo de piedra revestido de plomo, deteniéndose de vez en cuando para añadir una medida de tierra de enfurtir que sacaba de un saco. Dos hombres con grandes palas de madera golpeaban el tejido en el hoyo. Con aquel proceso se lograba que el tejido se encogiera y engrosara, haciéndolo más impermeable. La tierra de enfurtir, por su parte, extraía por lixiviación los aceites de la lana. En la parte trasera de los locales había almacenadas balas de tejidos sin tratar y sacos de tierra de enfurtir.

Aliena cruzó el arroyo y se acercó a la gente en el hoyo. La miraron y siguieron con su trabajo. Alrededor de ellos todo estaba mojado y Aliena se dio cuenta de que trabajaban con los pies descalzos.

—¿Esta aquí vuestro maestro? —les preguntó con voz fuerte al darse cuenta de que no iban a interrumpir sus tareas y preguntarle qué deseaba.

La mujer contestó indicando con la cabeza la parte trasera del local.

Aliena hizo seña a Richard de que la siguiera. Atravesaron una puerta y se encontraron en un patio donde se estaban secando en bastidores de madera grandes cantidades de tela.

Vio a un hombre inclinado sobre uno de aquellos bastidores, colocando el tejido.

—Estoy buscando al maestro —le dijo Aliena.

El hombre se enderezó y se la quedó mirando. Era un individuo feo, tuerto y con una ligera corcova en la espalda, como si hubiera estado tantos años inclinado sobre los bastidores de secado que ya no pudiera enderezarse del todo.

—¿De qué se trata? —dijo.

—¿Eres el maestro abatanador?

—He trabajado en ello casi cuarenta años, de hombre y de muchacho, así que espero ser un maestro —le dijo—. ¿Qué es lo que quieres?

Aliena se dio cuenta de que estaba tratando con el tipo de hombre que siempre tenía que demostrar lo listo que era.

—Mi hermano y yo quisiéramos trabajar. ¿Podría emplearnos? —dijo adoptando un tono humilde.

Hubo una pausa mientras el hombre la miraba de arriba abajo.

—Por todos los santos, ¿qué podría hacer con vosotros?

—Haremos cualquier cosa —le aseguró Aliena con resolución—. Necesitamos algún dinero.

—No me servís —dijo el hombre desdeñoso, y se dio media vuelta para continuar con su trabajo.

Aliena no estaba dispuesta a contentarse con aquello.

—¿Por qué no? —dijo enfadada—. No estamos pidiéndole dinero, sólo queremos ganarnos algo.

El hombre se volvió de nuevo hacia ella.

—¡Por favor! —dijo Aliena, aunque aborrecía suplicar.

El hombre la miró impaciente como hubiera podido mirar a un perro, preguntándose si merecería la pena hacer el esfuerzo de darle un puntapié, pero Aliena comprendió que se sentía tentado de demostrarle lo tonta que era y lo listo que era él.

—Muy bien —dijo el hombre con un suspiro—. Te lo explicaré. Venid conmigo.

Les condujo hasta el hoyo. Los hombres y la mujer estaban sacando la pieza de tela del agua, enrollándola a medida que aparecía. El maestro se dirigió a la mujer.

—Ven aquí, Lizzie. Enséñanos tus manos.

La mujer se acercó obediente y alargó las manos. Estaban ásperas y enrojecidas, con grietas donde se las había golpeado.

—Tócalas —dijo el maestro a Aliena.

Ésta tocó las manos de la mujer. Estaban frías como el hielo y muy ásperas, pero lo que llamaba más la atención era lo fuertes que parecían. Se miró las suyas sin soltar las de la mujer y de repente las vio suaves, blancas y muy pequeñas.

—Ha tenido las manos metidas en el agua desde que era una mocosa, así que está acostumbrada. Tú eres diferente. En este trabajo no durarías siquiera una semana.

Aliena hubiera querido discutir con él y decirle que se acostumbraría, pero no estaba segura de que fuera verdad. Antes de que pudiera decir nada intervino Richard.

—¿Y qué hay de mí? —dijo—. Soy más grande que esos dos hombres. Puedo hacer ese trabajo.

Realmente Richard era más alto y corpulento que los hombres que habían estado manejando los bates de abatanar. Y Aliena recordó que había podido manejar un caballo de guerra y que por tanto sería capaz de golpear tejidos.

Los dos hombres habían acabado de enrollar la tela mojada y uno de ellos se cargó el rollo al hombro para llevarlo al patio a secar. El maestro le detuvo.

—Deja que el joven señor sienta el peso de la tela, Harry.

El hombre llamado Harry descargó la tela de su hombro y la puso en el de Richard. Éste se encorvó bajo el peso, se enderezó con un esfuerzo supremo, palideció y finalmente cayó de rodillas de tal manera que los extremos del rollo tocaban al suelo.

—No puedo llevarlo —dijo sin aliento.

Los hombres se echaron a reír. El maestro se mostró triunfante y el llamado Harry cogió el rollo, se lo echó al hombro con movimiento experto y se alejó con él.

—Es un tipo distinto de fortaleza la que se adquiere al tener que trabajar —dijo el maestro.

Aliena estaba enfadada. Se reían de ella cuando todo lo que quería era encontrar una manera honesta de ganarse un penique. Sabía que el maestro estaba disfrutando en grande haciendo que pareciese una boba. Seguiría en ello mientras ella le dejara. Pero nunca les daría trabajo, ni a su hermano ni a ella.

—Gracias por tu amabilidad —dijo con sarcasmo, y dando media vuelta se alejó.

Richard estaba acongojado.

—¡Pesaba mucho porque estaba muy mojado! —dijo—. Yo no esperaba eso.

Aliena comprendió que habría de mostrarse animosa para mantener la moral de Richard.

—Ése no es el único trabajo —dijo mientras avanzaba chapoteando por la embarrada calle.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

Aliena no contestó de inmediato. Llegaron al muro septentrional de la ciudad y torcieron a la izquierda, dirigiéndose al Oeste. Allí se encontraban las casas más pobres, adosadas a la muralla. Muchas de ellas no eran más que chozas colgadizas, y como carecían de patios traseros la calle estaba sucia.

—¿Recuerdas que las muchachas solían acudir a veces al castillo, cuando ya no tenían sitio en su casa y aún no tenían marido? Padre siempre las admitía. Solían trabajar en las cocinas, en la lavandería o en los establos y padre acostumbraba a darles un penique los días de guardar —dijo finalmente Aliena.

—¿Crees que podríamos vivir en el castillo de Winchester? —dijo Richard dubitativo.

—No. Mientras el rey esté fuera no admitirán gente; deben de tener más de la que necesitan. Pero hay muchísima gente rica en la ciudad. Es posible que necesiten sirvientes.

—No es trabajo de hombres.

Aliena sintió deseos de decirle: *¿Por qué no se te ocurrirá de vez en cuando alguna idea en lugar de encontrar mal todo cuanto digo?*

Pero se mordió la lengua.

—Sólo será preciso que uno de nosotros trabaje el tiempo suficiente para poder tener un penique. Entonces podremos ver a padre y preguntarle qué hemos de hacer —se limitó a decir.

—De acuerdo.

Richard no era contrario a la idea de que uno de los dos trabajara, sobre todo si fuera Aliena.

Torcieron a la izquierda y entraron en el sector de la ciudad llamada la judería. Aliena se detuvo delante de una gran casa.

—Aquí deben de tener sirvientes —dijo.

Richard se mostró escandalizado.

—No irás a trabajar para los judíos, ¿verdad?

—¿Por qué no? Verás, no se pesca la herejía de la gente como quien pesca piojos.

Richard se encogió de hombros y la siguió al interior.

Era una casa de piedra. Como la mayoría de las casas de la ciudad, tenía una fachada estrecha pero era muy larga. Había un vestíbulo que tenía el mismo ancho de la casa. En él ardía un fuego y se veían algunos bancos. Con los olores que llegaban de la cocina a Aliena se le hizo la boca agua, aunque eran distintos a los habituales, con un toque de especias extrañas. Apareció una joven desde la parte trasera de la casa y les saludó. Tenía la tez morena y ojos castaños, y les habló con respeto.

—¿Queréis ver al orfebre?

De manera que era eso.

—Sí, por favor —dijo Aliena.

La joven desapareció de nuevo y Aliena miró en derredor. Claro que un orfebre necesitaba una casa de piedra para proteger su oro. La puerta entre el salón y la parte trasera de la casa era de pequeñas planchas de roble ensambladas con hierro. Las ventanas eran estrechas, demasiado pequeñas para que nadie pudiera pasar a través de ellas, ni siquiera un niño. Aliena pensó en lo terrible que debía ser tener todas las riquezas en oro y plata pudiendo ser robadas en un instante y dejarle a uno en la miseria. Luego pensó que su padre había sido rico, con unas propiedades más corrientes como tierras y el título, y sin embargo en un día lo había perdido todo.

Entró el orfebre. Era un hombre pequeño y moreno y les miró escrutador, como si estuviera examinando una pieza pequeña de joyería y calibrando su valor. Al cabo de un momento pareció haberse formado una idea.

—¿Tenéis algo que queráis vender?

—Has acertado en tu juicio, orfebre —dijo Aliena—. Has adivinado que somos personas de alta alcurnia que en estos momentos se encuentran en la ruina. Pero no tenemos nada para vender.

El hombre pareció preocupado.

—Si tratáis de recibir un préstamo, mucho me temo...

—No esperamos que nadie nos preste dinero —le interrumpió Aliena—. Al igual que no tenemos nada que vender, tampoco tenemos nada para empeñar.

El hombre pareció aliviado.

—Entonces, ¿cómo puedo ayudaros?

—¿Me admitirías como sirvienta?

El hombre se sobresaltó.

—¿A una cristiana? ¡Desde luego que no!

Era evidente que tan sólo la idea le horrorizaba.

Aliena se sintió decepcionada.

—¿Por qué no? —preguntó Aliena con tono lastimero.

—No resultaría.

Aliena se sintió ofendida. Era repugnante el que alguien encontrara su religión poco grata. Recordó la inteligente frase que hacía un rato le había espetado a Richard: *No se pesca la religión de la gente como quien pesca piojos.*

—La gente de la ciudad pondría objeciones. —añadió el orfebre.

Aliena estaba segura de que se estaba escudando con la opinión pública, aunque de toda manera era probable que fuese verdad.

—Supongo que entonces será mejor que busquemos a un cristiano rico.

—Vale la pena intentarlo —dijo el orfebre dubitativo—. Permitidme que os diga algo con toda franqueza. Un hombre prudente no os emplearía como sirvienta. Estáis acostumbrada a dar órdenes y os resultaría muy duro tener que recibirlas.

Aliena abrió la boca para protestar, pero el hombre alzó una mano y prosiguió:

—Sí, ya sé que tenéis buena voluntad. Pero durante toda vuestra vida os han servido otros e incluso ahora, en lo más profundo de vuestro corazón estáis convencida de que las cosas deberían arreglarse para daros satisfacción. La gente de alto linaje son malos sirvientes. Son desobedientes, resentidos, irreflexivos y susceptibles, y creen trabajar duro, aunque hacen

menos que cualquier otro y crean dificultades con el resto del servicio. —Se encogió de hombros—. Ésa es mi experiencia.

Aliena olvidó que se había sentido ofendida por el desagrado de que había dado muestras hacia su religión. Era la primera persona amable que había encontrado desde que había abandonado el castillo.

—Pero ¿qué podemos hacer? —preguntó desalentada.

—Yo sólo puedo deciros lo que haría un judío. Buscaría algo para vender. Cuando llegué a esta ciudad empecé comprando joyas a gente que necesitaba dinero, fundiendo luego la plata y vendiéndosela a los acuñadores.

—Pero ¿de dónde sacó el dinero para comprar las joyas?

—Pedí prestado a mi tío y debo decir que se lo pagué con intereses.

—Pero a nosotros nadie nos prestará.

El hombre pareció pensativo.

—¿Que habría hecho yo si no hubiera tenido tío? Creo que hubiera ido al bosque y recogido nueces, trayéndolas luego a la ciudad y vendiéndoselas a las amas de casa que no tienen tiempo para ir al bosque ni tampoco plantan árboles en sus patios traseros porque están llenos de basura y suciedad.

—Estamos en la peor época del año —alegó Aliena—. Ahora no crece nada.

El orfebre sonrió.

—La juventud siempre es impaciente —dijo—. Esperad un poco.

—Muy bien. —No valía la pena hablarle de padre. El orfebre había hecho cuanto pudo por mostrarse amable. — Gracias por su consejo.

—Que os vaya bien.

El orfebre volvió a la parte trasera de la casa cerrando la maciza puerta de madera.

Aliena y Richard salieron de la casa. El orfebre se había mostrado amable pero, pese a todo, habían perdido medio día y habían sido rechazados en todas partes. Aliena se sentía abatida. Sin saber ya qué hacer vagaron por la judería, recalando de nuevo en la calle principal. Aliena empezaba a sentir hambre. Era la hora del almuerzo y sabía que si ella estaba hambrienta el apetito de Richard sería voraz. Caminaron sin dirección fija a lo largo de calle principal, envidiosos de las bien alimentadas ratas que pululaban entre las basuras, llegando finalmente al viejo palacio real. Allí se detuvieron, al igual que hacían todos los forasteros en la ciudad, para ver a través de los barrotes a los acuñadores fabricando dinero. Aliena se quedó mirando los montones de peniques de plata, pensando que ella sólo necesitaba uno y no podía lograrlo.

Al cabo de un rato vio a una joven, más o menos de su edad en pie cerca de ellos sonriendo a Richard. Parecía amistosa. Aliena vaciló, la vio sonreír de nuevo y la habló.

—¿Vives aquí?

—Sí —dijo la chica. Estaba interesada en Richard, no en ella.

—Nuestro padre está en prisión y estamos intentando ganarnos la vida y tener algo de dinero para sobornar al carcelero. ¿Sabes qué podríamos hacer?

La muchacha volvió su atención a Richard.

—¿No tenéis dinero y queréis saber cómo conseguirlo?

—Así es. Estamos dispuestos a trabajar duro. Haremos cualquier cosa. ¿Se te ocurre algo?

La joven dirigió a Aliena una mirada larga y calculadora.

—Sí, desde luego —dijo al fin—. Conozco a alguien que puede ayudaros.

Aliena estaba excitada. Era la primera persona que le decía "sí" en todo el día.

—¿Cuándo podemos verle? —preguntó ansiosa.

—Verla.

—¿Cómo?

—Es una mujer. Y si vienes conmigo es probable que puedas verla ahora mismo.

Aliena y Richard se miraron encantados. Aliena apenas se atrevía a dar crédito a su cambio de suerte.

La joven dio media vuelta y ellos la siguieron. Les condujo hasta una gran casa de madera en la parte sur de calle principal. Casi toda la casa era planta baja, pero tenía un pequeño piso encima. La joven empezó a subir una escalera exterior y les indicó que la siguieran.

El piso de arriba era un dormitorio. Aliena miró a su alrededor con los ojos de par en par. Estaba decorada y amueblada más lujosamente que cualquiera de las habitaciones del castillo, incluso cuando vivía su madre. De los muros colgaban tapices, el suelo estaba cubierto de pieles y el lecho rodeado de cortinas bordadas. En un sillón parecido a un trono se encontraba sentada una mujer de mediana edad con un traje magnífico. A Aliena le pareció que de joven debió ser hermosa, aunque ya tenía arrugas en el rostro y el pelo más bien ralo.

—Ésta es la señora Kate —dijo la chica—. Esta joven no tiene dinero y su padre está en prisión, Kate.

Kate sonrió. Aliena le devolvió la sonrisa aunque hubo de esforzarse. Había algo que le disgustaba en aquella Kate.

—Lleva al muchacho a la cocina y dale un vaso de cerveza mientras hablamos.

La muchacha hizo salir a Richard. Aliena estaba contenta de que su hermano pudiera beber cerveza. Tal vez le dieran también algo qué comer.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Kate.

—Aliena.

—No es un nombre corriente, pero me gusta. —Se puso en pie y se acercó a ella, tal vez demasiado. Cogió a Aliena por la barbilla—. Tienes una cara muy bonita. —El aliento le olía a vino—. Quítate la capa.

Aliena se sentía desconcertada ante aquella inspección, pero se sometió a ella. Parecía algo inofensivo y después de todas las negativas de aquella mañana no estaba dispuesta a arrojar por la borda su primera oportunidad decente mostrando escaso espíritu de cooperación. Se desprendió de la capa con un movimiento de hombros, dejándola caer sobre un banco y permaneció allí en pie con el viejo traje de lino que le había dado la mujer del guardabosque.

Kate paseó alrededor de ella, al parecer impresionada.

—Mi querida joven, jamás te verás falta de dinero o de cualquier otra cosa. Si trabajas para mí las dos seremos ricas.

Aliena frunció el entrecejo. Aquello parecía estúpido. Todo cuanto ella quería era ayudar en la lavandería, en la cocina o en la costura, y no comprendía que cualquiera de esas cosas pudiera hacer rico a nadie.

—¿De qué clase de trabajo me hablas? —preguntó.

Kate estaba detrás de ella. Deslizó las manos por las caderas de Aliena, tanteándolas, y tan cerca que Aliena podía sentir los senos de Kate contra su espalda.

—Tienes una hermosa figura —le dijo—. Y tu cutis es una maravilla. Eres de alta alcurnia ¿no?

—Mi padre era el conde de Shiring.

—¡Bartholomew! Bueno, bueno... Le recuerdo... No es que jamás fuera cliente mío. Un hombre muy virtuoso, tu padre. Bien, comprendo por qué estáis en la ruina.

De manera que Kate tenía clientes.

—¿Qué vendes? —preguntó Aliena.

Kate no le contestó directamente. Volvió a colocarse enfrente de Aliena, mirándole el rostro.

—¿Eres virgen, querida?

Aliena se ruborizó de vergüenza.

—No seas tímida —le dijo Kate—. Ya veo que no. Bueno, no importa. Las vírgenes tienen un gran valor, pero naturalmente no dura. —Puso las manos en las caderas de Aliena, e inclinándose la besó en la frente—. Eres voluptuosa aunque tú no lo sepas. Por todos los santos, eres irresistible. —Deslizó la mano desde la cadera de Aliena hasta su pecho y cogió suavemente uno de sus senos, sopesándolo y apretándolo ligeramente. Luego, inclinándose más, besó a Aliena en los labios.

De repente Aliena lo vio todo claro. Por qué la muchacha había sonreído a Richard delante de la casa de la moneda, de dónde sacaba Kate su dinero, lo que ella habría de hacer si trabajaba para Kate y qué tipo de mujer era. Se sentía estúpida por no haberlo comprendido antes. Dejó por un instante que Kate la besara. Era tan diferente de lo que William Hamleigh había hecho que no se sintió en modo alguno asqueada, pero no era eso lo que haría para ganar dinero. Se liberó del abrazo de Kate.

—Quieres hacer de mí una prostituta —dijo.

—Una dama de placer, querida —dijo Kate—. Levantarse tarde, llevar todos los días hermosos vestidos, hacer felices a los hombres y hacerse rica. Serías una de las mejores. Hay algo en ti... Podrías cobrar cualquier cosa, lo que quisieras. Créeme, lo sé.

Aliena se estremeció. En el castillo siempre había habido una o dos prostitutas. Era necesario en un lugar donde había tantos hombres sin sus mujeres y siempre se las había considerado lo más bajo de todo lo bajo, las más humildes de las mujeres, por debajo incluso de las barrenderas. Pero en realidad no era el bajo estatus lo que hacía estremecerse a Aliena de repugnancia. Era la idea de que los hombres como William Hamleigh entraran y la poseyeran por un penique. Aquella idea trajo de nuevo a su mente el horrible recuerdo de su enorme cuerpo cubriéndola mientras ella yacía en el suelo con las piernas abiertas, temblando de terror y asco, esperando a que la penetrara. La escena surgió de nuevo ante ella con renovado horror haciéndola perder su aplomo y confianza. Tenía la sensación de que si permanecía en aquella casa un sólo instante más volvería a ocurrirle todo aquello. Se sintió embargada por un deseo irrefrenable de salir de allí. Retrocedió hasta la puerta. La atemorizaba ofender a Kate, la atemorizaba que cualquiera se pusiese furioso con ella.

—Perdóname, por favor, pero no puedo hacer eso, en realidad no pue...

—Piensa en ello —le dijo Kate con jovialidad—. Vuelve si cambias de idea. Todavía estaré aquí...

—Gracias —dijo Aliena vacilante.

Finalmente dio con la puerta. La abrió y se escurrió prácticamente por una rendija. Todavía trastornada, bajó corriendo las escaleras hasta la calle y se dirigió a la puerta principal de la casa. La abrió de un empujón, pero tuvo miedo de entrar.

—¡Richard! —le llamó—. ¡Sal, Richard! —No hubo contestación. En el interior había una luz difusa y sólo podía ver unas vagas figuras femeninas.—¿Dónde estás, Richard? —chilló histérica.

Se dio cuenta de que los transeúntes se quedaban mirándola y aquello la puso más nerviosa. De repente Richard apareció con un vaso de cerveza en una mano y un muslo de pollo en la otra.

—¿Qué pasa? —dijo con la boca llena. Por su tono advertía que estaba fastidiado de que le interrumpieran.

Aliena le agarró del brazo, tirando de él.

—Sal de ahí —le dijo—. ¡Es un burdel!

Varios transeúntes se echaron a reír al oír aquello y uno o dos hicieron comentarios burlones.

—Es posible que te hubieran dado algo de carne —dijo Richard.

—¡Querían que me convirtiera en prostituta! —dijo Aliena furiosa.

—Bueno, bueno —dijo Richard. Apuró la cerveza, puso el vaso en el suelo junto a la puerta y se metió el resto de muslo de pollo dentro de la camisa.

—¡Vamos! —le urgió impaciente Aliena, aunque una vez más la necesidad de ocuparse de su hermano pequeño tenía el poder de calmarla. La idea de que alguien quisiera convertir a su hermana en una prostituta no pareció inmutarle, pero parecía lamentar el tener que irse de una casa donde había pollo y cerveza sólo con pedirlo.

La mayoría de los transeúntes empezaron a seguir su camino terminada la diversión, pero hubo una que siguió allí. Era la mujer bien vestida que vieron en la prisión. Había dado al carcelero un penique y él la había llamado Meg. Miraba a Aliena con expresión curiosa mezclada de compasión. A ésta empezaba a molestarle que la gente se la quedara mirando y apartó irritada la vista. Entonces la mujer le dijo:

—¿Tienes problemas, verdad?

El tono amable de Meg hizo que Aliena se volviera.

—Sí —dijo después de una pausa—. Tenemos problemas.

—Os vi en la prisión. Mi marido está allí. Le visito todos los días. ¿Qué os llevó a vosotros allí?

—Nuestro padre está preso.

—Pero no entrasteis adentro.

—No tenemos dinero para dar al carcelero.

Meg miró por encima del hombro de Aliena hacia la puerta del prostíbulo.

—¿Es eso lo que estáis haciendo aquí, intentando obtener dinero?

—Sí, pero no sabía lo que era hasta que...

—Pobrecita —dijo Meg—. Mi Annie tendría tu edad de haber vivido... ¿Por qué no venís conmigo mañana por la mañana a la prisión y entre todos veremos si podemos convencer a Odo para que se comporte como cristiano y tenga compasión de dos niños desamparados?

—¡Sería maravilloso! —exclamó Aliena. Estaba conmovida. No tenía garantía de éxito pero el hecho de que alguien estuviera dispuesto a ayudarles hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Meg seguía mirándola con fijeza.

—¿Habéis cenado?

—No. A Richard le dieron algo en... ese lugar.

—Más vale que vengáis a mi casa. Os daré pan y carne. —Observó la expresión cautelosa de Aliena—. Y no tendréis que hacer nada a cambio.

Aliena la creyó.

—Gracias —dijo—. Eres muy amable. No hemos encontrado mucha gente amable. No sé cómo darte las gracias.

—No es necesario —dijo Meg—. Venid conmigo.

El marido de Meg era mercader en lana. Tanto en su casa al sur de la ciudad, como en su puesto los días que había mercado, y en la gran feria anual que se celebraba en St. Gile's Hill, compraba el vellón que le llevaban los campesinos de los campos aledaños. Los embutía en grandes sacos para lana, que contenía cada uno de ellos los vellones de doscientas cuarenta ovejas, y los almacenaba en el granero de detrás de su casa. Una vez al año, cuando los tejedores flamencos enviaban a sus agentes para comprar la suave y fuerte lana inglesa, el marido de Meg se los vendía todos y tomaba las medidas necesarias para que los sacos fueran embarcados vía Dover y Boulogne con destino a Brujas y Gante, donde se transformaría el vellón en un tejido de la más alta calidad, vendido en todo el mundo a precios demasiado elevados para los campesinos que criaban las ovejas. Así se lo contó Meg a Aliena y Richard durante la cena, con una cálida sonrisa que expresaba la convicción de que, pasara lo que pasase, no había motivos para que la gente se mostrara desagradable.

Su marido había sido acusado de quedarse corto en el peso de sus ventas, delito que la ciudad se lo tomaba muy en serio ya que su prosperidad estaba basada en una reputación de tratos honrados. A juzgar por la manera en que Meg lo relató a Aliena, pensó que posiblemente su marido fuera culpable. Sin embargo su ausencia no resultó en menoscabo del negocio. Meg se limitó sencillamente a ocupar su sitio. Por otra parte, en invierno poco había que hacer. Había hecho un viaje a Flandes para asegurar a todos los agentes de su marido que la empresa seguía funcionando como siempre. También se ocupó de las reparaciones en el granero, agrandándolo algo al propio tiempo. Cuando empezaba el esquileo, compraba como había hecho su marido. Sabía cómo juzgar su calidad y fijar el precio. Había sido admitida ya en el gremio de mercaderes de la ciudad pese al baldón en la reputación de su marido, porque existía la tradición entre los mercaderes de ayudar a las

familias del gremio en momentos de dificultades, y por otra parte todavía no había quedado demostrada su culpabilidad.

Richard y Aliena devoraron la comida, bebieron vino y se sentaron junto al fuego hasta que afuera empezó a oscurecer. Entonces se fueron de nuevo al priorato a dormir. Aliena volvió a tener pesadillas. Esa vez soñó con su padre. En su sueño se encontraba sentado en un trono, en la prisión, tan alto, pálido y autoritario como siempre, y cuando fue a verle hubo de hacer ante él una reverencia como si fuera un rey. Luego se dirigió a ella con tono acusador diciendo que le había abandonado en la prisión y se había ido a vivir a un prostíbulo. Aliena se sintió ofendida por una acusación tan injusta y dijo furiosa que era él quien la había abandonado a ella. Se disponía a añadir que la había dejado a merced de William Hamleigh, pero se sintió reacia a decir a su padre lo que William le había hecho. Luego vio que William se encontraba también en la habitación, sentado en una cama comiendo cerezas de un cazo. Escupió el hueso en su dirección dándole en la mejilla y causándole dolor. Su padre sonrió, y entonces William empezó a arrojarle a ella cerezas maduras. Se reventaron en su cara y en el vestido que tenía, y ahora estaba todo manchado con el jugo de las cerezas que parecía manchas de sangre.

En su sueño se sintió tan profundamente triste que al despertarse y descubrir que todo aquello no era verdad la embargó una enorme sensación de alivio, aunque pensaba que la realidad, sin hogar y sin dinero, era mucho peor que ser apedreada con cerezas maduras.

La luz del amanecer se filtraba a través de las grietas en las paredes de la casa de huéspedes. Toda la gente se iba despertando en derredor suyo y empezaba a ponerse en movimiento. Pronto llegarán los monjes, abrirían puertas y persianas y llamarían a todo el mundo a desayunar.

Aliena y Richard comieron presurosos, dirigiéndose luego a casa de Meg. Ésta ya estaba preparada para salir, había hecho un estofado de carne de vaca capaz de resucitar a un muerto para la comida de su marido, y Aliena dijo a Richard que le llevara la pesada olla. Aliena hubiera deseado tener algo que dar a su padre. No había pensado en ello, pero aunque lo hubiera hecho no podría haberle comprado nada. Era terrible pensar que no podían hacer nada por él

Subieron por calle principal, entraron en el castillo por la puerta trasera y luego, dejando atrás la torre del homenaje, bajaron por la colina hasta la prisión. Aliena recordaba que cuando el día anterior preguntó a Odo si su padre estaba bien, el carcelero le había contestado: *No, no lo está. Se está muriendo.* Aliena se dijo que había exagerado por crueldad, pero en aquellos momentos empezó a preocuparse

—¿Le pasa algo a mi padre? —preguntó a Meg.

—No lo sé, querida —le contestó Meg— Nunca le he visto.

—El carcelero dijo que se estaba muriendo.

—Ese hombre es más mezquino que un gato. Posiblemente lo dijo para que te sintieras desgraciada. En todo caso lo sabrás dentro de un momento.

Aliena no se sintió tranquilizada pese a las buenas intenciones de Meg, y la atormentaba el temor mientras atravesaba la puerta y entraba en la penumbra maloliente de la prisión.

Odo se estaba calentando las manos en el fuego que había en el centro de la habitación. Saludó con la cabeza a Meg y miró a Aliena.

—¿Tienes el dinero? —le dijo.

—Pagaré por ellos —intervino Meg—. Aquí tienes dos peniques, uno mío y el otro de ellos.

En el rostro estúpido de Odo apareció una expresión taimada.

—Para ellos son dos peniques. Uno por cada uno —dijo.

—No seas tan zorro —dijo Meg— Les dejarás entrar a los dos o te crearé dificultades en el gremio de mercaderes y perderás el trabajo.

—Muy bien, muy bien. No hay necesidad de amenazas —dijo malhumorado. Señaló hacia un arco en el muro de piedra, a su derecha—. Bartholomew es por ahí.

—Necesitaréis luz —dijo Meg. Sacó del bolsillo de su capa dos velas, las encendió en el fuego y dio una a Aliena. Luego se dirigió rápida hacia el arco opuesto.

—Gracias por el penique —le dijo Aliena, pero Meg había desaparecido entre las sombras.

Aliena atisbó aprensiva hacia donde Odo le había indicado. Con la vela en alto atravesó la arcada y se encontró en un minúsculo vestíbulo cuadrado. A la luz de la vela pudo ver tres pesadas puertas, aseguradas todas con barras en el exterior.

—¡Enfrente vuestro! —les gritó Odo.

—Levanta la barra, Richard —dijo Aliena.

Richard sacó la pesada barra de madera de sus abrazaderas y la apoyó sobre el muro. Aliena abrió la puerta al tiempo que lanzaba hacia las alturas una rápida y silenciosa plegaria.

Salvo por la luz de la vela, la celda estaba completamente a oscuras. Vaciló en el umbral atisbando entre las sombras oscilantes. El lugar olía como un retrete.

—¿Quién es? —preguntó una voz.

—¿Padre? —dijo Aliena. Pudo distinguir una figura oscura sentada en el suelo cubierto de paja.

—¿Aliena? —La voz se mostraba incrédula—. ¿Eres Aliena? —Parecía la voz de padre pero más vieja.

Aliena se acercó más, manteniendo levantada la luz de la vela le alumbró de lleno la cara. Aliena lanzó una exclamación de horror.

Apenas estaba reconocible.

Siempre había sido un hombre delgado pero en aquellos momentos parecía un esqueleto. Estaba terriblemente sucio y vestido con harapos.

—¡Aliena! —exclamó—. ¡Eres tú! —Una sonrisa contrajo su rostro, pero era más bien la mueca de una calavera.

Aliena se echó a llorar. Nadie la había preparado para la conmoción que sufriría al verle transformado hasta aquel punto. Al instante se dio cuenta de que se estaba muriendo. El odioso Odo había dicho la verdad. Pero aún estaba vivo, aún seguía sufriendo y se mostraba penosamente contento de verla. Aliena había decidido conservar la calma pero en aquel momento, perdido todo control, cayó de rodillas frente a él, sacudida por grandes sollozos desgarradores que llegaban de lo más hondo de sí misma.

Bartholomew se inclinó, rodeándola con sus brazos y dándole palmaditas en la espalda como si estuviera consolando a un niño por una herida en la rodilla o un juguete roto.

—No llores —le dijo con cariño—. Sobre todo ahora que has hecho a tu padre tan feliz.

Aliena sintió que le quitaban la vela de la mano.

—¿Y este joven tan alto es mi Richard? —preguntó Bartholomew.

—Sí, padre —repuso Richard con dificultad.

Aliena abrazó a su padre, sintiendo sus huesos como palos dentro de un saco. Se estaba extinguiendo, no quedaba carne debajo de la piel. Quería decirle algo, algunas palabras de cariño o consuelo, pero los sollozos la impedían hablar.

—¡Vaya si has crecido, Richard! —estaba diciendo su padre—. ¿Ya tienes barba?

—Esta apuntando, padre, pero es muy rubia.

Aliena se dio cuenta de que Richard estaba a punto de echarse a llorar y que luchaba por mantener la compostura. Se hubiera sentido humillado de venirse abajo delante de su padre y éste probablemente le hubiera dicho que se dominara y fuera un hombre, lo que todavía sería peor. Preocupada por Richard, dejó de llorar. Logró dominarse con gran esfuerzo. Abrazó una vez más el cuerpo espantosamente flaco de su padre. Luego, soltándose, se limpió los ojos y se sonó con la manga.

—¿Estáis los dos bien? —preguntó Bartholomew. Hablaba con más lentitud de lo que solía y de vez en cuando le temblaba la voz—. ¿Cómo os las

arregláis? ¿Dónde estáis viviendo? No me han querido decir nada sobre vosotros, ha sido la peor tortura que pudieron imaginar. Pero parece que estáis bien, en buen estado físico, y saludables. ¡Es formidable!

Su referencia a la tortura hizo que Aliena se preguntara si le habrían sometido a torturas físicas, pero no se lo preguntó. Tenía miedo de lo que pudiera decirle. En vez de ello contestó a su pregunta con una mentira.

—Estamos muy bien, padre. —Sabía que la verdad le hubiera resultado devastadora. Hubiera destruido aquel instante de felicidad y hubiera enturbiado los últimos días de su vida con la agonía del remordimiento—. Hemos estado viviendo en el castillo y Matthew ha cuidado de nosotros.

—Pero no podéis seguir viviendo allí —dijo su padre—. El rey ha hecho ahora conde a ese obeso patán de Percy Hamleigh... Es el nuevo señor del castillo.

De modo que lo sabía.

—Todo está bien —le tranquilizó Aliena—. Nos hemos ido.

Su padre le tocó el traje, el viejo vestido de lino que le había dado la mujer del guardabosque.

—¿Qué es esto? —preguntó con brusquedad—. ¿Has vendido tus trajes?

Aliena se dio cuenta de que conservaba su antigua percepción. No resultaría fácil engañarle. Decidió decirle en parte la verdad.

—Dejamos el castillo con mucha prisa y nos quedamos sin ropa.

—¿Dónde está ahora Matthew? ¿Por qué no va con vosotros?

Aliena había estado temiendo aquella pregunta. Vaciló.

Fue tan sólo una pausa momentánea, pero su padre se dio cuenta.

—¡Vamos! ¡No intentes ocultarme nada! —dijo con algo de su vieja autoridad—. ¿Dónde está Matthew?

—Le mataron los Hamleigh —dijo Aliena—. Pero no nos hicieron daño. —Contuvo el aliento. ¿La creería?

—Pobre Matthew... —dijo tristemente—. Nunca fue un luchador. Espero que haya ido directo al cielo.

Había aceptado su historia. Aliena se sintió aliviada. Cambió de conversación, apartándose así de aquel terreno peligroso.

—Decidimos venir a Winchester para pedir al rey que nos asegure el porvenir de alguna manera, pero ha...

—De nada servirá —la interrumpió enérgico su padre antes de que ella pudiera explicarle por qué no habían visto al rey—. No hará nada por vosotros.

A Aliena le dolió su tono contundente. Había hecho lo mejor que le había sido posible, dadas las circunstancias, y hubiera querido que su padre le

dijera “Bien hecho” y no “Eso es una pérdida de tiempo”. Siempre se había mostrado rápido en corregir y lento en alabar.

Debía de estar acostumbrada, se dijo.

—¿Qué debemos hacer ahora, padre? —preguntó sumisa.

Bartholomew intentó acomodarse mejor y se escuchó un tintineo. Aliena descubrió sobresaltada que estaba encadenado.

—Tuve oportunidad de ocultar algún dinero. La ocasión no era muy propicia pero hube de hacerlo. Llevaba cincuenta besantes en un cinturón debajo de la camisa. Di el cinturón a un sacerdote.

—¡Cincuenta! —exclamó Aliena sorprendida.

Un besante era una moneda de oro. No lo acuñaban en Inglaterra sino que llegaba de Bizancio. Jamás había visto más de una a la vez. Un besante valía veinticuatro peniques de plata, así que cincuenta valdrían... No podía imaginárselo.

—¿A qué sacerdote? —preguntó Richard, más práctico.

—Al padre Ralph, de la iglesia de St. Michael, cerca de la puerta norte.

—¿Es un hombre bueno? —preguntó Aliena.

—Espero que sí. En realidad no lo sé. El día que los Hamleigh me trajeron a Winchester, antes de encerrarme aquí, me encontré solo con el padre Ralph durante unos momentos y supe que sería mi única oportunidad. Le di el cinturón y le supliqué que lo guardara para vosotros. Cincuenta besantes tienen el valor de cinco libras de plata.

Cinco libras. Al hacerse una idea de aquella cantidad Aliena se dio cuenta de que aquel dinero podría transformar su existencia. No estarían en la miseria y no tendrían que vivir al día. Podrían comprar pan y un par de botas para sustituir esos zuecos que tanto daño le hacían e incluso un par de ponis baratos si tenían que viajar. No resolverían todos sus problemas, pero servirían para ahuyentar esa aterradora sensación de vivir constantemente al borde de una crisis de vida o muerte. No tendría que estar pensando continuamente en cómo podrían sobrevivir. Y de esa manera podría dedicar su atención a algo constructivo, como por ejemplo sacar a su padre de aquel lugar espantoso.

—¿Qué hemos de hacer cuando tengamos el dinero? Tenemos que lograr tu libertad —dijo.

—No voy a salir de aquí —dijo con aspereza—. Olvidaos de eso. Si no me estuviera muriendo me ahorcarían.

Aliena lanzó una exclamación entrecortada. ¿Cómo podía hablar así?

—¿De qué te asombras? —dijo su padre—. El rey tiene que librarse de mí, pero de esta manera no pesaré sobre su conciencia.

—Mientras el rey se encuentra fuera, este lugar no está bien vigilado, padre —dijo Richard—. Creo que con unos cuantos hombres podríamos sacarte.

Aliena sabía que tal cosa no ocurriría. Richard carecía de la habilidad o la experiencia para organizar una fuga y era demasiado joven para persuadir a hombres hechos y derechos para que le siguieran. Temía que su padre hiriera a Richard menospreciando su propósito.

—No se te ocurra ni pensarlo. Si irrumpís aquí me negaré a irme contigo —fue cuanto dijo.

Aliena sabía que era inútil discutir con él cuando había tomado una decisión. Pero le rompía el corazón el pensar que su padre hubiera de acabar sus días en aquella apestosa prisión. Sin embargo se le ocurrió que había infinidad de maneras para hacerle más confortable su estancia.

—Bueno, si vas a quedarte aquí, podemos limpiar este lugar y traer juncos frescos. También algunas velas, y pedir prestada una Biblia para que leas. Podemos encender un fuego...

—¡Ya basta! —dijo su padre—. No vais a hacer nada de eso. No permitiré que mis hijos echen a perder su vida rondando una prisión a la espera de que un viejo se muera.

A Aliena se le llenaron de nuevo los ojos de lágrimas.

—¡Pero no podemos dejarte así!

Su padre hizo caso omiso de sus palabras, lo que era su reacción habitual ante la gente que le contradecía.

—Vuestra querida madre tenía una hermana, vuestra tía Edith —dijo—. Vive en la aldea de Huntleigh, en el camino a Gloucester, con su marido que es caballero. Deberéis ir allí.

A Aliena se le ocurrió que aún podrían ver a su padre de vez en cuando, y que acaso permitiría que sus parientes políticos le procuraran una mayor comodidad. Intentó recordar a tía Edith y a tío Simón. No los había visto desde la muerte de su madre. Recordaba vagamente a una mujer delgada y nerviosa como su madre y a un hombre grande y campechano que comía y bebía una barbaridad.

—¿Cuidarán de nosotros? —preguntó dubitativa.

—Desde luego. Son familia.

Aliena se preguntaba si aquél sería motivo suficiente para que la modesta familia de un caballero acogiera con los brazos abiertos en su casa a dos jovenzuelos bien desarrollados y hambrientos. Pero su padre había dicho que todo iría bien y Aliena confiaba plenamente en él.

—¿Qué haremos? —preguntó.

—Richard será el escudero de su tío y aprenderá el arte de la caballería. Tú serás dama de honor de tía Edith hasta que te cases.

Mientras hablaban, Aliena tuvo la sensación de que había estado acarreando un pesado fardo durante millas y no se había dado cuenta de lo que le dolía la espalda hasta haber descargado el fardo. Ahora que su padre se había hecho cargo, le parecía que la responsabilidad durante los últimos días había sido demasiado dura de soportar. Y la autoridad y habilidad de su padre para dominar la situación, incluso estando en la cárcel enfermo, la reconfortaba y embotaba su pesar, porque hacía que no pareciese necesario preocuparse por la persona que tenía delante.

—Antes de que me dejéis quiero que los dos hagáis un juramento. —dijo entonces Bartholomew en tono solemne.

Aliena se sobresaltó. Siempre les había aconsejado en contra de los juramentos. *Pronunciar un juramento es poner tu alma en peligro,* solía decir. *Jamás pronunciéis un juramento a menos que prefiráis morir a quebrantarlo.* Y se encontraba allí a causa de un juramento. Los demás barones habían faltado a su juramento, pero su padre se había negado a hacerlo. Preferiría morir a romper su juramento, y allí estaba muriéndose.

—Dame tu espada —añadió dirigiéndose a Richard.

El muchacho desenvainó la espada y se la entregó.

Su padre la cogió y, haciéndola girar, se la tendió por la empuñadura.

—Arrodíllate.

Richard se arrodilló delante de su padre.

—Pon tu mano sobre la empuñadura —le indicó Bartholomew. Hizo una pausa, al cabo de la cual su voz adquirió renovadas fuerzas—. Jura por Dios Todopoderoso y por Jesucristo y todos los santos que no descansarás hasta que seas conde de Shiring y señor de todas las tierras que yo gobernaba.

Aliena estaba sorprendida y en cierto modo deslumbrada. Esperaba que su padre les pidiera una promesa general, como la de decir siempre la verdad y tener temor de Dios. Pero no, estaba encomendando a Richard una tarea muy específica, una tarea que podría llevarle toda una vida.

Richard tomó aliento y habló con voz ligeramente temblorosa.

—Juro por Dios Todopoderoso, por Jesucristo y todos los santos que no descansaré hasta ser conde de Shiring y señor de todas las tierras que tú gobernaste.

El padre suspiró como si hubiera cumplido con un deber oneroso. Luego sorprendió de nuevo a Aliena. Volviéndose, alargó hacia ella la empuñadura.

—Jura por Dios Todopoderoso y por Jesucristo y todos los santos que cuidarás de tu hermano Richard hasta que haya cumplido su promesa.

Aliena se sintió abrumada por una sensación de condena. De manera que ése sería su sino. Richard vengaría a su padre y ella cuidaría de Richard. Para ella sería también una misión de venganza, ya que, si Richard llegara a ser conde, William Hamleigh perdería su herencia. Por su mente pasó la idea fugaz de que nadie le había preguntado a ella cómo quería que fuera su vida. Pero aquel pensamiento absurdo se esfumó al momento. Ése era su destino y era como debía ser. No es que se mostrara poco dispuesta, pero sabía que aquél era un momento decisivo y tenía la impresión de que detrás de ella se iban cerrando puertas y que se estaba fijando de manera irrevocable el sendero de su vida. Puso la mano sobre la empuñadura y prestó juramento. Ella misma se sorprendió por la fortaleza y resolución de su voz.

—Juro por Dios Todopoderoso, por Jesucristo y todos los santos que cuidaré de mi hermano Richard hasta que haya cumplido su promesa. —Se santiguó. *He prestado juramento,* se dijo, *y moriré antes de quebrantar mi palabra.* Aquella idea le dio una especie de furiosa satisfacción.

—Así sea —dijo su padre con una voz que parecía haberse debilitado de nuevo—. Y ahora, jamás deberéis volver a este lugar.

Aliena no podía creer lo que acababa de oír.

—El tío Simón puede traernos a verte de vez en cuando y podremos asegurarnos de que estás caliente y bien alim...

—No —dijo el padre con severidad—. Tenéis una tarea que cumplir. No debéis malgastar vuestras energías visitando una prisión.

Aliena volvió a sentir en su voz aquel tono que daba por terminada toda discusión, pero le fue imposible no protestar de nuevo ante la dureza de su decisión.

—Entonces déjanos volver aunque sólo sea una vez para traerte algunas cosas que te hagan sentir mejor.

—No necesito comodidades.

—Por favor.

—Nunca.

Aliena desistió. Siempre se había mostrado consigo mismo al menos tan duro como con los demás.

—De acuerdo —dijo con un sollozo.

—Y ahora más vale que os vayáis —dijo.

—¿Ya?

—Sí. Éste es un lugar de desesperanza, corrupción y muerte. Ahora que os he visto, que sé que estáis bien y que tengo vuestra promesa de reconstruir lo que hemos perdido, estoy contento. Lo único que destruiría mi felicidad sería el veros malgastando el tiempo visitando una prisión. Ahora, marchaos.

—¡No, padre! —exclamó Aliena, aunque sabía que de nada serviría.

—Escuchad —dijo Bartholomew, y al fin su voz se hizo más tierna—. He vivido una vida honorable y ahora voy a morir. He confesado mis pecados y estoy preparado para la eternidad. Rezad por mi alma. Iros.

Aliena se inclinó y le besó en la frente. Sus lágrimas le cayeron en la cara.

—Adiós, querido padre —musitó. Luego se puso en pie.

Richard se inclinó y le besó a su vez.

—Adiós, padre —dijo con voz insegura.

—Que Dios os bendiga a los dos y os ayude a cumplir vuestros juramentos —musitó Bartholomew.

Richard le dejó la vela. Se encaminaron a la puerta. En el umbral Aliena se volvió a mirarle a la luz de la oscilante llama. Su consumido rostro tenía una expresión de tranquila decisión que le era muy familiar. Le estuvo mirando hasta que las lágrimas le enturbiaron la visión. Luego, volviéndose, atravesó el vestíbulo de la prisión y salió vacilante al aire libre.

3

Richard abrió la marcha. Aliena estaba embotada por la pena. Era como si su padre ya hubiera muerto, pero aún peor porque seguía sufriendo. Oyó a Richard preguntar direcciones pero no puso atención. No pensó siquiera a dónde iban hasta que él se detuvo delante de una pequeña iglesia de madera con una casucha colgadiza junto a ella. Al mirar en derredor Aliena se dio cuenta de que se encontraban en un barrio pobre, con pequeñas casas destartaladas y calles sucias por las que perros fieros perseguían a las ratas entre las basuras y niños descalzos jugaban por el barro.

—Ésa debe ser la iglesia de St. Michel —dijo Richard.

El colgadizo al lado de la iglesia debía ser la casa del sacerdote.

Tenía una ventana con contraventanas. La puerta estaba abierta. Entraron.

Había un fuego encendido en el centro de la única habitación. El mobiliario consistía en una mesa tosca, varios taburetes y un barril de cerveza en un rincón. El suelo estaba cubierto de juncos. Cerca del fuego se encontraba un hombre sentado en una silla bebiendo de una gran taza. Vestía una indumentaria corriente, una camisola sucia con una sotana parda. Y zuecos.

—¿Padre Ralph? —preguntó Richard dubitativo.

—¿Y qué si lo soy? —contestó el hombre.

Aliena suspiró. ¿Por qué la gente habría de crear dificultades cuando ya había tantas en el mundo? Pero ya no le quedaban energías para afrontar los malhumores, de manera que dejó que Richard se las entendiera.

—¿Eso quiere decir que sí? —dijo Richard.

—¡Ralph! ¿Estas ahí? —llamó una voz desde el exterior. Un momento después entró una mujer de mediana edad y dio al sacerdote un trozo de pan y un gran cazo de algo que olía a estofado de carne. Por una vez el olor de carne no le hizo la boca agua a Aliena. Estaba demasiado embotada para sentir siquiera hambre. La mujer era probablemente una de las feligresas de Ralph, porque sus ropas eran de la misma mala calidad que las de él. Le cogió la comida sin decir palabra y empezó a comer. La mujer miró con curiosidad a Aliena y Richard, y luego se fue.

—Bueno, padre Ralph, soy el hijo de Bartholomew, el antiguo conde de Shiring —dijo Richard.

El hombre dejó de comer y les miró. Su gesto era hostil y había algo más que Aliena no podía descifrar. ¿Miedo? ¿Culpa? Volvió su atención a la comida.

—¿Qué queréis de mí? —farfulló sin embargo.

Aliena sintió que le asaltaba el temor.

—Sabéis muy bien lo que quiero —repuso Richard—. Mi dinero. Cincuenta besantes.

—No sé de qué me hablas —dijo Ralph.

Aliena se le quedó mirando incrédula. Era imposible que les estuviera sucediendo aquello. Su padre había entregado a aquel sacerdote dinero para ellos. ¡Lo había hecho! Su padre no cometía errores con esas cosas.

Richard se había puesto pálido.

—¿Qué queréis decir? —preguntó.

—Quiero decir que no sé de qué me hablas. ¡Y ahora vete al cuerno! —Tomó otra cucharada de estofado.

Naturalmente el hombre mentía, pero ¿qué podían hacer? Richard insistió porfiado.

—Mi padre os dejó dinero... cincuenta besantes. Os dijo que me lo dierais. ¿Dónde está?

—Tu padre no me dio nada.

—Él dijo que os lo había dado.

—Entonces miente.

Eso era algo que, con toda seguridad, su padre jamás hubiera hecho. Aliena tomó por primera vez la palabra.

—Sois un embustero y nosotros lo sabemos.

Ralph se encogió de hombros.

—Id a presentar vuestra queja al sheriff.

—Si lo hacemos os encontraréis con problemas. En esta ciudad les cortan las manos a los ladrones.

Un atisbo de temor ensombreció brevemente el rostro del sacerdote, pero se desvaneció rápidamente y su respuesta fue desafiante.

—Será mi palabra contra la de un traidor encarcelado, si vuestro padre vive lo bastante para prestar declaración.

Aliena comprendió que estaba en lo cierto. No había testigo que pudiera afirmar que su padre le había dado el dinero, porque lógicamente aquello tenía que permanecer en secreto. Era un dinero que no podía serle arrebatado por el rey, por Percy Hamleigh o por cualquiera de los otros cuervos carroñeros que revoloteaban alrededor de las posesiones de un hombre arruinado. Aliena comprendió con amargura que las cosas seguían siendo como en el bosque. La gente podía robarles con toda impunidad porque eran los hijos de un noble caído en desgracia. *¿Por qué me atemorizan esos hombres?,* se preguntó furiosa. *¿Por qué yo no les atemorizo a ellos?*

—Tiene razón ¿verdad? —dijo Richard en voz baja, mirándola.

—Sí —dijo Aliena con tono virulento—. Es inútil que vayamos a denunciarlo al sheriff.

Estaba pensando en la única vez que los hombres habían tenido miedo de ella. En el bosque cuando apuñaló a aquel proscrito gordo y el otro había salido corriendo muerto de miedo. Aquel sacerdote no era mejor que el proscrito, pero era viejo y débil y seguramente pensó que nunca se vería cara a cara con sus víctimas. Tal vez pudiera asustarle.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Richard.

Aliena cedió a un repentino y furioso impulso.

—Quemar su casa.

Colocándose en el centro de la habitación, dio un puntapié al fuego con sus zuecos de madera, desbaratando los troncos ardiendo.

Los juncos que había alrededor de la chimenea se prendieron de inmediato.

—¡Eh! —chilló Ralph.

Se levantó a medias de su asiento, dejando caer el pan y volcándose encima el estofado, pero antes de que pudiera ponerse completamente en pie Aliena se lanzó contra él. Había perdido el control y actuaba sin reflexionar. Le empujó y el hombre se escurrió de la silla y cayó al suelo. Aliena estaba asombrada de lo fácil que era derribarle. Cayó sobre él, presionando con las rodillas sobre su pecho, impidiéndole respirar. Enloquecida por la furia acercó su cara a la de él.

—¡Voy a hacer que ardas hasta morir! ¡Eres un pagano descreído, embustero y ladrón!

Ralph volvió la mirada a un lado y pareció todavía más aterrado.

Aliena vio que Richard había desenvainado su espada y se disponía a descargarla. La sucia cara del sacerdote se puso lívida.

—Eres un demonio... —musitó.

—Eres tú quien roba su dinero a unos pobres niños. —Por el rabillo del ojo vio un palitroque, uno de cuyos extremos ardía con fuerza. Lo cogió y se lo acercó a la cara.

—Y ahora voy a quemarte los ojos, uno a uno. Primero el izquierdo...

—No, por favor —suplicó Ralph—. No me hagáis daño, por favor.

Aliena quedó perpleja ante lo rápidamente que se vino abajo.

Entonces se dio cuenta de que los juncos estaban todos ardiendo a su alrededor.

—Entonces dime dónde está el dinero —dijo con una voz que de repente sonó normal.

El sacerdote seguía aterrado.

—En la iglesia.

—Exactamente ¿dónde?

—Debajo de la piedra que hay detrás del altar.

Aliena miró a Richard.

—Vigílale mientras voy a ver —le dijo—. Si se mueve, mátale.

—La casa va a arder por los cuatro costados, Alie —dijo Richard.

Aliena se acercó al rincón donde estaba el barril de cerveza y levantó la tapa. Estaba por la mitad. Lo cogió por el borde y lo inclinó. La cerveza se derramó por todo el suelo, empapando los juncos y sofocando las llamas.

Aliena salió de la casa. Sabía que, en realidad, había estado a punto de cegar al sacerdote, pero en lugar de sentirse avergonzada estaba deslumbrada por la sensación de su propio poder. Estaba resuelta a no dejar que la gente hiciera de ella una víctima y se había demostrado a sí misma que podía mantenerse firme en su resolución.

Se dirigió a la iglesia e intentó abrir la puerta. Estaba asegurada con una pequeña cerradura. Podía haber regresado a la casa para que el sacerdote le diera la llave, pero sencillamente se sacó la daga de la manga, insertó la hoja en la ranura de la puerta y rompió la cerradura. La puerta se abrió y Aliena entró decidida.

Era una de esas iglesias de lo más pobre. No había nada salvo el altar, y tampoco tenía más decoración que unas toscas pinturas en las paredes de madera con lechada de cal. En un rincón oscilaba la llama de una única vela debajo de una pequeña efigie de madera que era de presumir representara a

St. Michael. El éxito de Aliena quedó empañado por un instante al darse cuenta de que cinco libras eran una tentación terrible para un hombre tan pobre como el padre Ralph. Pero en seguida apartó aquella idea de su cabeza.

El suelo era de tierra pero había una sola losa ancha de piedra detrás del altar. Era un escondrijo realmente estúpido, pero indudablemente a nadie se le ocurriría molestarse en robar en una iglesia tan pobre. Aliena hincó una rodilla y empujó la losa. Era muy pesada y no se movió un ápice. Empezó a sentirse inquieta. No podía confiar en que Richard mantuviera quieto a Ralph por tiempo indefinido. El sacerdote podía escaparse y pedir ayuda, y entonces Aliena tendría que probar que el dinero era suyo. En realidad, aquélla sería la menor de sus preocupaciones después de haber atacado a un sacerdote y penetrado a la fuerza en una iglesia. Sintió un escalofrío al comprender que ahora ya se encontraba fuera de la ley.

Ese escalofrío de temor le dio una mayor fuerza. Con un poderoso impulso movió la piedra una o dos pulgadas. Cubría un agujero de un pie más o menos de profundidad. Logró retirar la piedra un poco más. Dentro del agujero había un ancho cinturón de cuero. Aliena metió la mano y lo sacó.

—¡Ya está! —dijo en voz alta—. Lo he conseguido.

Sentía una gran satisfacción por haber derrotado a aquel sacerdote deshonesto y recuperado el dinero de su padre. Pero luego, al ponerse en pie, se dio cuenta de que su victoria era limitada. El peso del cinturón era sospechosamente ligero. Abrió el extremo y dejó caer las monedas. Había tan sólo diez. Y diez besantes tenían el valor de una libra de plata.

¿Qué había pasado con el resto? Era evidente que el padre Ralph se lo había gastado. Aliena se enfureció de nuevo. El dinero de su padre era cuanto tenía en el mundo y un sacerdote ladrón le había robado las cuatro quintas partes. Salió de la iglesia agitando el cinturón. Ya en la calle un transeúnte la miró sobresaltado al encontrarse con sus ojos, como si hubiera algo extraño en su expresión. Aliena no se dio cuenta y entró en la casa del sacerdote.

Richard estaba en pie junto al padre Ralph, con la punta de su espada en la garganta del sacerdote.

—¿Dónde está el resto del dinero de mi padre? —chilló desde la puerta.

—Desaparecido —musitó el sacerdote.

Aliena se arrodilló junto a su cabeza acercándole su daga a la cara.

—¿Desaparecido, dónde?

—Me lo gasté —confesó con voz sorda por el miedo.

Aliena sentía deseos de apuñalarle, golpearle o arrojarlo al río, pero nada de aquello hubiera servido. Estaba diciendo la verdad.

Miró el barril volcado. Un bebedor podía consumir muchísima cerveza. Se sentía a punto de estallar de frustración.

—Te cortaría una oreja si pudiera venderla por un penique —le dijo sibilante. Él parecía creer que, de todas maneras, iba a cortársela.

—Se ha gastado el dinero. Llevémonos lo que queda y vámonos —dijo Richard inquieto.

Aliena admitió reacia que tenía razón. Su ira empezaba a desvanecerse dejándole un poso de amargura. Nada ganarían atemorizando por más tiempo al sacerdote, y cuanto más tiempo siguieran allí, más posibilidades habría que llegara alguien y les creara problemas. Se puso en pie.

—Muy bien —dijo.

Metió de nuevo las monedas de oro en el cinturón y se lo ciñó a la cintura debajo de la capa.

—Es posible que un día vuelva y te mate —espetó al sacerdote, apuntándole con un dedo.

Luego salió.

Avanzó con paso rápido por la angosta calle. Richard corrió presuroso tras ella.

—¡Has estado maravillosa, Alie! —exclamó excitado— ¡Le metiste el miedo en el cuerpo y te has llevado el dinero!

Aliena asintió.

—Así es —dijo con aspereza. Aún seguía tensa pero, desvanecida ya su ira, su única sensación era la de vacío e infelicidad.

—¿Qué compraremos? —preguntó Richard ansioso.

—Sólo algo de comida para el viaje.

—¿No deberíamos comprar caballos?

—Con una libra, ni soñarlo.

—De todas maneras, podemos comprarte unas botas.

Aliena reflexionó sobre aquel punto. Los zuecos eran para ella una verdadera tortura, pero el suelo estaba demasiado frío para andar descalza. Sin embargo, las botas eran caras y se sentía reacia a gastar el dinero con tanta rapidez.

—No —dijo decidida—. Aún podré aguantar algunos días sin botas. Por ahora guardaremos el dinero.

Richard quedó decepcionado, pero no discutió la autoridad de su hermana.

—¿Qué compraremos para comer?

—Pan bazo, queso curado y vino.

—¿Por qué no alguna empanada?

—Cuestan demasiado.

—¡Ah! —Permaneció callado por un momento y luego dijo—: Estás terriblemente gruñona, Alie.

—Lo sé —dijo Aliena con un suspiro. *¿Por qué me siento así?* se dijo. *Debería estar orgullosa. He conseguido que lleguemos hasta aquí desde el castillo. He defendido a mi hermano. He encontrado a mi padre. Tengo nuestro dinero.*

Sí, y he clavado un cuchillo en el vientre de un hombre gordo, y he hecho que mi hermano le rematara, y he acercado una tea ardiendo a la cara de un sacerdote, y estaba dispuesta a dejarle ciego.

—¿Es a causa de nuestro padre? —preguntó Richard comprensivo.

—No, no lo es —replicó Aliena—. Es a causa de mí misma.

Aliena lamentó no haber comprado las botas.

En la carretera a Gloucester llevó los zuecos hasta que le sangraron los pies, luego anduvo descalza hasta que no pudo soportar por más tiempo el frío, y volvió a calzarse los zuecos. Descubrió que no mirarse los pies le servia de ayuda. Le dolían más cuando se veía las heridas y la sangre.

En la tierra de las colinas había muchos minifundios pobres donde los campesinos cultivaban un acre más o menos de avena o centeno y criaban algunos animales entecos. Aliena se detuvo en los aledaños de una aldea, cuando pensó que debían estar cerca de Huntleigh, para preguntar a un campesino que estaba esquilando una oveja en un patio vallado contiguo a una granja baja construida con zarzo y barro. Tenía la cabeza de la oveja sujeta con una cosa de madera semejante a un cepo y la estaba quitando la lana con un cuchillo de hoja larga. Otras dos ovejas esperaban inquietas por allí, y una tercera ya estaba esquilada, pastaba en el campo y parecía desnuda bajo el aire helado.

—Es pronto para esquilar —dijo Aliena.

El campesino la miró y sonrió divertido. Era un hombre joven, pelirrojo y con pecas, y las mangas arremangadas mostraban unos brazos velludos.

—Pero necesito el dinero. Más vale que la oveja tenga frío que yo hambre.

—¿Cuánto te pagan por la lana?

—A penique el vellón. Pero he de ir a Gloucester a venderla, así que pierdo un día en el campo, precisamente cuando es primavera y hay tanto que hacer —. Estaba bastante alegre a pesar de sus quejas.

—¿Qué aldea es ésta? —le preguntó Aliena.

—Los forasteros la llaman Huntleigh —le dijo. Los campesinos nunca llamaban a la aldea por su nombre, era sencillamente "la aldea"—. ¿Quiénes sois vosotros? —preguntó francamente curioso—. ¿Qué os trae por aquí?

—Somos los sobrinos de Simón de Huntleigh —dijo Aliena.

—¿De veras? Bueno, lo encontraréis en la casa grande. Retroceded por este camino unas yardas y luego coged por el sendero a través de los campos.

—Gracias.

La aldea se asentaba en el centro de sus campos arados como un cerdo en un lodazal. Había unas veinte viviendas pequeñas arracimadas alrededor de la casa solariega que no era mucho mayor que la morada de un campesino próspero. Al parecer, la tía Edith y el tío Simón no eran muy ricos. Delante de la casa se encontraba un grupo de hombres con dos caballos. Uno de ellos parecía ser el señor.

Llevaba una casaca escarlata. Aliena le miró con mayor detenimiento. Hacía doce o trece años que no veía a su tío Simón, pero le pareció que era él. Lo recordaba como un hombre grande y ahora parecía más pequeño, pero ello se debería sin duda a que Aliena había crecido. Estaba perdiendo pelo y tenía una papada que ella no recordaba. Entonces le oyó decir: *Este animal está muy débil*, y en seguida reconoció su voz áspera, ligeramente velada.

Empezó a tranquilizarse. En adelante les alimentarían, les vestirían, les cuidarían y protegerían. Ya no más pan bazo y queso curado, ni dormir en los graneros. Ya no volverían a recorrer los caminos con la mano en la daga. Tendría una cama blanda, un traje nuevo y cenaría carne de vaca. Tío Simón se encontró con su mirada.

—Mirad esto —dijo a sus hombres—. Una hermosa muchacha y un joven soldado han venido a visitarnos. —Luego algo más le llamó la atención, y Aliena supo que se había dado cuenta de que no le eran totalmente extraños—. Os conozco, ¿verdad? —dijo.

—Así es, tío Simón. Nos conoces —dijo Aliena.

Se sobresaltó como si algo le hubiera asustado.

—¡Por todos los santos! Esa voz es la de un fantasma.

Aliena no entendió aquello pero luego él se lo explicó. Se acercó a ella y la escudriñó como si estuviera a punto de examinar los dientes a un caballo.

—Tu madre tenía la misma voz —le dijo—, como miel derramándose de una jarra. Y por Dios que también eres tan bella como ella. —Alargó la mano para tocarle la cara y Aliena se puso rápidamente fuera de su alcance—. Pero, como puedo ver, eres tan estirada como tu condenado padre. Supongo que es él quien os ha enviado aquí, ¿no?

Aliena se encrespó. No le gustaba que se refiriera a su padre como "tu condenado padre". Pero si replicaba, él lo consideraría como una nueva prueba de arrogancia. De manera que se mordió la lengua y contestó sumisa:

—Sí, dijo que tía Edith cuidaría de nosotros.

—Bueno, pues estaba equivocado —dijo tío Simón—. Tía Edith está muerta. Y lo que es más, desde que vuestro padre cayó en desgracia he perdido la mitad de mis tierras con las que se ha quedado ese gordo patán de Percy Hamleigh. Aquí los tiempos son duros. Así que ya podéis dar media vuelta y volveros a Winchester. No podéis quedaros conmigo.

Aliena se sentía acongojada. Parecía muy duro.

—¡Pero somos de tu familia! —exclamó.

Tuvo la decencia de mostrarse algo avergonzado, pese a lo cual su respuesta fue áspera.

—No sois familia mía. Eres la sobrina de mi primera mujer. Pero en vida, Edith nunca vio a su hermana por culpa de ese pomposo asno con el que se casó tu madre.

—Trabajaremos —le suplicó Aliena—. Los dos estamos dispuestos a...

—No gastes saliva —le dijo—. No os quiero aquí.

Aliena estaba escandalizada. No admitía discusiones. Estaba claro que de nada serviría discutir con él o suplicarle. Pero eran tantas las decepciones y reveses que había sufrido de ese tipo que sintió más amargura que tristeza. Hacía una semana que una cosa semejante la hubiera hecho llorar. En aquellos momentos sólo tenía ganas de escupirle.

—Recordaré esto cuando Richard sea el conde de nuevo y recuperemos el castillo.

Su tío se echó a reír.

—¿Crees que viviré tanto tiempo?

Aliena decidió no quedarse allí por un momento más, para que la siguiera humillando.

—Vámonos —dijo a Richard—. Ya nos las arreglaremos solos.

Tío Simón había dado ya media vuelta y se ocupaba del caballo. Los hombres que le acompañaban parecían algo incómodos. Aliena y Richard se alejaron.

Una vez que se encontraron fuera del alcance de sus voces, Richard dijo con tono lastimero:

—¿Qué vamos a hacer ahora, Alie?

—Vamos a demostrar a esas gentes inhumanas que somos mejores que ellos —dijo con tono inexorable. Pero no se sentía valiente, tan sólo llena de odio hacia el tío Simón, el padre Ralph, Odo Jailer, los proscritos, el guardabosque y, sobre todo y ante todo, hacia William Hamleigh.

—Menos mal que tenemos algún dinero —dijo Richard.

En efecto. Pero el dinero no duraría siempre.

—No podemos gastarlo —dijo Aliena mientras caminaban por el sendero que conducía al camino principal—. Si nos lo gastamos todo en comida o

cosas así, cuando se haya terminado estaremos de nuevo en la miseria. Tenemos que hacer algo con él.

—No veo por qué. Creo que deberíamos comprar un pony.

Aliena se le quedó mirando. ¿Estaba bromeando? Desde luego, no sonreía. Lo único que pasaba era que no comprendía.

—No tenemos posición, título ni tierras —le razonó con paciencia—. El rey no va a ayudarnos. No nos contratarán como braceros... ya lo intentamos en Winchester y nadie quiso admitirnos. Pero hemos de ganarnos la vida como sea y convertirte en un caballero.

—¡Ah! Comprendo —dijo Richard.

Aliena se daba cuenta de que en realidad no comprendía.

—Necesitamos tener alguna ocupación con la que alimentarnos y que nos dé al menos una oportunidad de obtener el dinero suficiente para comprarte un buen caballo.

—¿Quieres decir que deberé convertirme en aprendiz de artesano?

Aliena sacudió negativamente la cabeza.

—Tienes que convertirte en caballero, no en carpintero. ¿Alguna vez hemos conocido a alguien que lleve una vida independiente sin tener alguna habilidad?

—Sí —dijo de repente Richard—. A Meg, en Winchester.

Tenía razón, era comerciante en lana, aunque nunca hubiera sido aprendiza.

—Pero Meg tiene un puesto en el mercado.

Pasaban cerca del campesino pelirrojo que les había indicado las direcciones. Sus cuatro ovejas ya esquiladas pastaban por el campo y el se encontraba haciendo fardos con los vellones, atándolos con cuerdas hechas con juncos. Levantó la cabeza de su trabajo y les saludó con la mano. Eran las gentes como él las que llevaban su lana a las ciudades y se la vendían a los mercaderes. Pero el mercader había de tener un lugar donde desarrollar su negocio...

O tal vez no.

Aliena empezó a concebir una idea.

De repente dio media vuelta.

—¿A donde vas? —le preguntó Richard.

Pero Aliena estaba demasiado excitada para contestarle.

—¿Cuánto dijiste que te daban por la lana? —preguntó al campesino apoyándose en la valla.

—Un penique por vellón —contestó él.

—Pero tienes que perder todo un día yendo y viniendo de Gloucester.

—Eso es lo malo.

—Imagínate que te compro la lana. Eso te ahorraría el viaje.

—¡Pero nosotros no necesitamos lana, Alie! —exclamó Richard.

—¡Cálmate, Richard! —No quería explicarle en ese momento su idea. Estaba impaciente por ponerla a prueba con el campesino.

—Sería muy de agradecer —dijo el campesino. Pero parecía dubitativo, como si sospechara alguna artimaña.

—Sin embargo, no puedo ofrecerte un penique por vellón.

—¡Ajá! Ya me supuse que habría algún pero.

—Puedo darte dos peniques por cuatro vellones.

—¡Pero si valen un penique cada uno! —protestó vivamente el campesino.

—En Gloucester. Esto es Huntleigh.

El hombre sacudió la cabeza.

—Prefiero recibir cuatro peniques y perder un día en el campo que tener dos peniques y ganar un día.

—Supón que te ofrezco tres peniques por cuatro vellones.

—Pierdo un penique.

—Y te ahorras un día de viaje.

El hombre parecía desconcertado.

—Hasta ahora nunca había oído nada semejante.

—Es como si yo fuera un carretero y tú me pagaras un penique por llevarte la lana al mercado. —A Aliena su lentitud le parecía exasperante— La cuestión es si un día extra en los campos compensa o no el pago de un penique.

—Depende de lo que haga durante el día —dijo pensativo.

—¿Qué vamos a hacer nosotros con cuatro vellones, Alie? —preguntó Richard.

—Vendárselos a Meg —repuso ella impaciente—. Por un penique cada uno. De esa manera nos ganamos un penique.

—¡Pero tendremos que hacer todo el camino hasta Winchester por un penique!

—No, tonto Compramos lana a cincuenta campesinos y nos la llevamos toda a Winchester ¿No lo comprendes? Podemos ganar cincuenta peniques Así comeremos y ahorraremos dinero para un buen caballo para ti

Se volvió hacia el campesino. Había desaparecido su alegre sonrisa y se rascaba su pelirroja cabeza. Aliena sentía haberle desconcertado, pero quería que aceptara su oferta. Si lo hacía sabría que le sería posible cumplir el juramento que hiciera a su padre. Pero los campesinos eran testarudos. Sentía ganas de cogerle por el cuello y sacudirle. En su lugar metió la mano dentro de su capa y hurgó en su bolsa

Habían cambiado los besantes de oro por peniques de plata en la casa del orfebre, en Winchester. Sacó tres peniques y se los enseñó al campesino

—¿Los ves? —dijo— Ahora la decisión es tuya. Cógelos o déjalos.

Aquellas monedas de plata ayudaron al campesino a decidirse.

—Hecho —dijo, y cogió el dinero.

Aquella noche utilizó un fardo de vellones a modo de almohada.

El olor a oveja le recordó la casa de Meg.

Al despertarse aquella mañana descubrió que no estaba encinta; parecía que las cosas iban arreglándose.

Cuatro semanas después de Pascua, Aliena y Richard entraron en Winchester con un viejo caballo tirando de un carro de construcción casera en la que llevaban un gran saco que contenía doscientos cuarenta vellones, el número exacto que constituía un saco estándar de lana.

Y fue entonces cuando descubrieron los impuestos.

Anteriormente siempre habían entrado en la ciudad sin atraer la atención, pero en esa ocasión aprendieron por qué las puertas de la ciudad eran estrechas y estaban vigiladas constantemente por funcionarios de Aduanas. Había que pagar un portazgo de un penique por cada carro cargado de mercancías que entraba en Winchester. Afortunadamente aún les quedaban algunos peniques y pudieron pagar, de lo contrario no les hubieran permitido la entrada.

La mayoría de los vellones les habían costado entre medio y tres cuartos de penique cada uno; habían pagado seis chelines por el viejo caballo y el destartalado carro se lo habían dado por añadidura. Casi todo el resto del dinero se lo habían gastado en comida. Pero esa noche tendrían una libra de plata y un caballo con el carro.

El plan de Aliena era volver a salir y comprar otro saco de vellones, repitiendo la operación una y otra vez hasta que todas las ovejas hubieran sido esquiladas. Para finales de verano quería tener el dinero necesario para comprar un caballo fuerte y un nuevo carro.

Se sentía excitada mientras conducía al viejo rocín por las calles en dirección a casa de Meg. Para cuando terminara el día, habría demostrado que era capaz de cuidar de su hermano y de sí misma sin ayuda de nadie. Le hacía sentirse muy madura e independiente, dueña de su propio destino. No había recibido nada del rey, no necesitaba parientes ni malditas ganas de tener un marido.

Estaba ansiosa por ver a Meg, que había sido su inspiración. Meg era por sí misma inspiración. Meg era una de las pocas personas que habían ayudado a Aliena sin tratar de robarle, violarla o explotarla. Aliena tenía un montón de

preguntas para hacerle sobre los negocios en general y el comercio de la lana en particular.

Era día de mercado de manera que necesitó algún tiempo para conducir su carro hasta la calle de Meg a través de la atestada ciudad.

Por fin llegaron a su casa. Aliena entró en el vestíbulo; allí se encontraba en pie una mujer a la que nunca había visto antes.

—¡Ah! —exclamó Aliena deteniéndose en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer.

—Soy amiga de Meg.

—Ya no vive aquí —dijo la mujer con tono tajante.

—¡Caramba! —Aliena pensó que no era necesario que se mostrara tan brusca— ¿A dónde se ha trasladado?

—Se ha ido con su marido que abandonó la ciudad desacreditado —dijo la mujer.

Aliena se sintió decepcionada y asustada. Había contado con Meg para que le facilitara la venta de la lana.

—¡Es una noticia terrible!

—Era un comerciante deshonesto y si yo fuera tú, no iría por ahí alardeando de ser amiga de ella. Y ahora vete.

A Aliena le escandalizó el hecho de que alguien pudiera hablar mal de Meg.

—No me importa lo que su marido pueda haber hecho. Meg era una gran mujer y muy superior a los ladrones y rameras que habitan en esta apestosa ciudad —dijo, saliendo de inmediato de la casa antes de que la mujer pudiera pensar siquiera en una réplica.

Su victoria verbal le produjo tan sólo un consuelo momentáneo.

—Malas noticias —dijo a Richard—. Meg se ha ido de la ciudad.

—¿Es un mercader en lanas la persona que ahora vive ahí? —le preguntó su hermano.

—No se lo pregunté. Estaba demasiado ocupada echándole un rapapolvo —En aquellos momentos se sentía como una estúpida.

—¿Qué vamos a hacer, Alie?

—Tenemos que vender esos vellones —dijo con ansiedad—. Más vale que nos vayamos a la plaza del mercado.

Hicieron retroceder al caballo volviendo por donde habían llegado hasta la Calle principal, luego fueron abriéndose paso entre la muchedumbre hasta el mercado que se encontraba entre la Calle principal y la catedral. Aliena conducía el caballo y Richard caminaba detrás del carro, empujándolo cuando el caballo necesitaba ayuda, que era durante casi todo el tiempo. La plaza del mercado era un hervidero de gente, caminando a duras penas por los

angostos pasillos entre los puestos, retrasados constantemente en su avance por carros como los de Aliena. Ésta se subió encima de su saco de lana y escudriñó en busca de mercaderes en lana. Sólo pudo distinguir uno. Se bajó y condujo el caballo en aquella dirección.

El hombre estaba haciendo buenos negocios. Tenía acordonado un gran espacio con un cobertizo detrás de él. El cobertizo estaba construido con zarzos, unos marcos ligeros de madera rellenados con un entramado de ramitas y cañas, y era evidente que se trataba de una estructura temporal instalada para los días de mercado. El mercader era un hombre atezado, con el brazo izquierdo terminado en un muñón a la altura del codo. En el muñón llevaba sujeto un peine de lana y siempre que se le ofrecía un vellón metía el brazo en la lana, cardaba una porción con el peine y lo palpaba con la mano derecha antes de dar un precio. Luego utilizaba el peine junto con su mano derecha para contar el número de peniques que había acordado pagar. Para compras grandes pesaba los peniques en una balanza.

Aliena fue abriéndose camino a duras penas entre la multitud y se acercó al hombre. En aquel momento un campesino estaba ofreciendo al mercader tres vellones más bien delgados atados con un cinturón de cuero.

—Algo escasos —dijo el mercader—. Tres cuartos de penique cada uno. —Contó dos peniques. Luego cogió una pequeña hacha y descargó un golpe rápido y experto, partiendo un tercer penique en cuatro partes. Entregó al campesino los dos peniques y uno de los cuartos—. Tres veces tres cuartos de penique hacen dos peniques y un cuarto.

El campesino quitó el cinturón a los vellones y se los entregó.

Los siguientes eran dos hombres jóvenes con un saco entero de lana, lleno hasta los bordes. El mercader lo examinó minuciosamente.

—Se trata de un saco entero, pero la calidad es inferior —les dijo—. Os daré una libra.

Aliena se preguntaba cómo podía estar seguro de que el saco estaba lleno. Tal vez lo había aprendido con la práctica. Le observó mientras pesaba una libra de peniques de plata.

Algunos monjes se acercaban con un gran carro lleno hasta arriba de sacos de lana. Aliena decidió hacer su venta antes que los monjes.

Hizo una señal a Richard y éste descargó del carro su saco de lana y lo llevó hasta el mostrador.

El mercader examinó la lana.

—Mezcla de calidades —dijo—. Media libra.

—¿Qué? —exclamó Aliena incrédula.

—Ciento veinte peniques —dijo el hombre.

Aliena estaba horrorizada.

—¡Pero si acabas de pagar una libra por un saco!

—Depende de la calidad.

—¿Has pagado una libra por una calidad inferior?

—Media libra —repitió el hombre con terquedad.

Llegaron los monjes y abarrotaron el puesto, pero Aliena no estaba dispuesta a moverse. Su existencia estaba en juego y temía más a la miseria que al mercader.

—Dígame por qué —insistió—. No hay nada malo en la lana, ¿verdad?

—No.

—Entonces dame lo que pagaste a esos dos hombres.

—No.

—¿Por qué no? —dijo casi chillando.

—Porque nadie paga a una muchacha lo que pagaría a un hombre.

Aliena sintió deseos de estrangularle. Le estaba ofreciendo menos de lo que había pagado ella. De aceptar su precio todo el trabajo hubiera sido para nada. Peor todavía, su plan para proveer a la existencia de su hermano y la suya propia se habría desmoronado, y llegado a su fin el breve periodo de independencia y de valerse por sí sola. ¿Y por qué? ¡Porque aquel estúpido no quería pagar lo mismo a una joven que a un hombre!

El jefe de los monjes la estaba mirando. Le sacaba de quicio que la gente se la quedara mirando.

—¡Dejad de mirarme! —le gritó con brusquedad—, ¡Y acabad vuestro negocio con ese campesino descreído!

—Muy bien —dijo con suavidad el monje. Hizo una seña a sus acompañantes que arrastraron hasta allí un saco.

—Coge los diez chelines, Alie. —dijo su hermano— De lo contrario sólo tendremos un saco de lana.

Aliena miraba furiosa al mercader mientras éste examinaba la lana de los monjes.

—Calidad mezclada —dijo. Aliena se preguntaba si aquel hombre diría alguna vez "lana de buena calidad"—. Una libra y doce peniques el saco.

¿Por qué habría tenido que irse Meg precisamente en ese momento?, reflexionaba Aliena con amargura. Todo habría ido bien si se hubiera quedado.

—¿Cuantos sacos tenéis? —preguntó el mercader.

—Diez —dijo un monje joven con hábitos de novicio.

—No, once —dijo el que los dirigía. El novicio pareció dispuesto a contradecirlo, pero permaneció callado.

—Eso hace once libras y media de plata más doce peniques.

El mercader empezó a pesar el dinero.

—No cederé —aseguró Aliena a Richard—. Llevaremos la lana a otro sitio... tal vez a Shiring, o a Gloucester.

—¡Tan lejos! ¿Y qué pasará si tampoco la vendemos allí?

Tenía razón. Era posible que en todas partes encontraran el mismo problema. La verdadera dificultad estribaba en que no tenían posición, apoyo ni protección. El mercader no se atrevería a insultar a los monjes, e incluso los campesinos pobres podían crearle problemas si los trataba de manera injusta. Pero el hombre que intentaba estafar a dos niños sin nadie en el mundo para ayudarles no corría peligro alguno.

Los monjes fueron arrastrando los sacos hasta el cobertizo del mercader. Cada vez que colocaban uno, el mercader entregaba a su jefe una libra de plata y doce peniques ya pesados. Una vez entregados todos los sacos aún quedaba sobre el mostrador una bolsa de plata.

—Ahí sólo hay diez sacos —dijo el mercader.

—Ya os dije que sólo había diez —recordó el novicio al monje principal.

—Éste es el undécimo —dijo el monje principal, poniendo la mano sobre el saco de Aliena.

Aliena se le quedó mirando asombrada.

El mercader se mostró igualmente sorprendido.

—Le he ofrecido media libra —dijo.

—Se lo he comprado a ella —dijo el monje—. Y te lo vendo a ti. —Hizo una seña a los otros monjes, que arrastraron el saco de Aliena hasta el cobertizo.

El mercader parecía malhumorado, pero entregó la última libra y doce peniques. El monje le entregó el dinero a Aliena.

Aliena estaba pasmada. Todo había ido mal y, de repente, ese desconocido la había salvado... ¡y además después de haberse mostrado brusca con él!

—Gracias por su ayuda, padre —dijo Richard.

—Da gracias a Dios —le contestó el monje.

Aliena no sabía qué decir. Estaba emocionada. Apretó el dinero contra su pecho. ¿Cómo podía agradecérselo? Miró a su salvador. Era un hombre bajo, delgado y de mirada profunda. Sus movimientos eran rápidos y parecía siempre vigilante, como un pequeño pájaro de plumaje deslustrado pero de ojos brillantes. De hecho, tenía los ojos azules. La corona de pelo alrededor de su cabeza afeitada era negra y canosa, pero su rostro era joven. Aliena empezó a darse cuenta de que le resultaba vagamente familiar. ¿Dónde lo había visto antes?

Los pensamientos del monje seguían la misma línea.

—Vosotros no me conocéis pero yo a vosotros sí —les dijo—. Sois los hijos de Bartholomew, el anterior conde de Shiring. Sé que habéis sufrido grandes infortunios y me siento contento de tener ocasión de ayudaros. Siempre que queráis os compraré vuestra lana.

Aliena sentía deseos de besarle. No sólo la había salvado hoy, sino que estaba dispuesto a garantizarles su futuro. Al fin recuperó el habla.

—No sé cómo daros las gracias —dijo—. Bien sabe Dios que necesitamos un protector.

—Bueno. Ahora tenéis dos, Dios y yo —le dijo.

Aliena se sentía profundamente conmovida.

—Habéis salvado mi vida y ni siquiera sé quién sois —dijo.

—Me llamo Philip —dijo él—. Soy el prior de Kingsbridge.

CAPÍTULO SIETE

1

Fue un gran día cuando Tom Builder condujo a los picapedreros a la cantera.

Fueron allí unos días antes de Pascua, quince meses después de que ardiera la vieja catedral. El prior había necesitado todo ese tiempo para reunir el dinero suficiente que le permitiera contratar artesanos.

Tom había encontrado en Salisbury un leñador y un maestro cantero, casi terminado ya el palacio del obispo. Hacía dos semanas que el leñador y sus hombres habían estado trabajando, descubriendo y talando altos pinos y robles en sazón. Concentraban sus esfuerzos en los bosques cercanos al río, aguas arriba desde Kingsbridge, ya que resultaba muy costoso el transporte de materiales por las carreteras zigzagueantes y embarradas, y podía ahorrarse muchísimo dinero haciendo flotar la madera río abajo hasta el emplazamiento en construcción. Se desmochaba toscamente la madera para planchas de andamiaje, dándoles cuidadosamente la forma de plantillas para guiar a los albañiles y los canteros o, en el caso de los árboles más altos, apartándolos para ser utilizados como vigas de tejado. En aquellos momentos estaba llegando a Kingsbridge una madera excelente, a un ritmo constante, y todo cuanto Tom tenía que hacer era pagar a los leñadores todos los sábados por la tarde.

Los canteros habían ido llegando a lo largo de los últimos días. Otto Blackface, el maestro cantero, había llevado consigo a sus dos hijos, ambos canteros, cuatro nietos, todos ellos aprendices, y dos peones, uno primo suyo y el otro, cuñado. Semejante nepotismo era normal y Tom no tenía nada que objetar. Por lo general, un grupo familiar formaba un excelente equipo.

Pero aún no había ningún artesano trabajando en Kingsbridge, en el propio enclave, salvo Tom y el carpintero del priorato. Era una buena idea almacenar algunos materiales. Pero muy pronto, Tom habría de contratar a la gente que constituía el espinazo del equipo constructor, a los albañiles. Eran los hombres que ponían una piedra sobre otra y hacían que los muros se elevaran. Y entonces comenzaría la gran empresa. Tom caminaba como en volandas. Aquello era lo que había esperado y por lo que había trabajado durante diez años.

Decidió que su hijo Alfred sería el primer albañil que contrataría. Tenía dieciséis años y había aprendido los conocimientos básicos de un albañil. Era capaz de cortar piedras cuadradas y de levantar un auténtico muro. Tan pronto como empezara la contratación, Alfred cobraría el salario completo.

Jonathan, el otro hijo de Tom, tenía quince meses y crecía deprisa. Era un niño robusto que se había convertido en el favorito mimado de todo el monasterio. Al principio, Tom se había sentido algo preocupado de que Johnny Eightpence, en cierto modo retrasado, fuera quien se ocupara del bebé, pero Johnny se mostraba tan cuidadoso como cualquier madre y tenía más tiempo para dedicarle que muchas de ellas. Los monjes seguían sin sospechar siquiera que Tom fuera el padre de Jonathan, y era posible que jamás llegaran a saberlo.

Martha, de siete años, había perdido los incisivos y echaba de menos a Jack. Era la que más preocupaba a Tom porque necesitaba una madre.

No eran pocas las mujeres dispuestas a casarse con Tom y a ocuparse de su pequeña hija. Él sabía que no carecía de atractivo y, sin duda, tenía asegurada la vida ahora que el prior Philip había empezado a construir en serio. Había dejado la casa de huéspedes y se había construido en la aldea una bonita casa de dos habitaciones con chimenea. Finalmente, como maestro constructor de todo el proyecto, confiaba en recibir un salario y beneficios que serían la envidia de muchos pequeños nobles rurales. Pero le era imposible imaginarse casado con alguna mujer que no fuese Ellen. Era como un hombre acostumbrado a beber el mejor de los vinos y a quien el vino corriente le sabía a vinagre. En la aldea había una viuda, una mujer bonita y metida en carnes, de rostro sonriente y pecho generoso, con dos hijos bien educados, que había hecho varias empanadas para él, le había besado con vehemencia durante la fiesta de Navidad y estaría dispuesta a casarse tan pronto como él quisiera. Pero Tom sabía que se sentiría infeliz con ella, porque siempre añoraría la excitación de estar casado con la hechicera y apasionada Ellen, siempre desconcertante.

Ellen había prometido volver algún día a visitarle. Tom estaba completamente seguro de que cumpliría su promesa y se aferraba tenazmente a ella, aunque ya hacía más de un año que se había ido. Y cuando Ellen volviera, le iba a pedir que se casara con él.

Pensaba que ahora aceptaría. Ya no se encontraba en la miseria, estaba en condiciones de mantener a su propia familia y también a la de ella. Estaba convencido de que podrían evitarse las peleas de Alfred y Jack si se les manejaba bien. Si a Jack se le hacía trabajar, se decía Tom, Alfred no se resentiría tanto por su presencia. Ofrecería tomar a Jack como aprendiz. El muchacho había mostrado interés por la construcción, era más listo que una

ardilla y al cabo más o menos de un año sería lo bastante mayor para hacer trabajos pesados.

Entonces Alfred no podría decir que Jack estuviera ocioso. El otro problema que se planteaba era que Jack sabía leer y Alfred no. Tom pediría a Ellen que enseñara a Alfred a leer y a escribir. Podía darle lecciones todos los domingos. Entonces Alfred y Jack estarían en igualdad de condiciones. En esas condiciones los muchachos serían semejantes, los dos educados, los dos trabajando y antes de que pasara mucho tiempo, los dos igualmente desarrollados.

Sabía que, pese a todas las dificultades, a Ellen le gustaba realmente vivir con él. Le gustaba su cuerpo y también su mente. Quería regresar junto a él.

Otra cuestión era la de si podría arreglar las cosas con el prior Philip. Ellen había insultado la religión de Philip de manera más bien contundente. Resultaba difícil de imaginar algo más ofensivo para un prior que lo que ella había hecho. Tom aún no había resuelto ese problema.

Entretanto, toda su energía intelectual se concentraba en la planificación de la catedral. Otto y su equipo de canteros construirían para ellos una vivienda rústica en la cantera, donde podrían dormir por la noche. Una vez instalados construirían casas auténticas, y quienes estuvieran casados llevarían a sus familias a vivir con ellos.

De todos los trabajos especializados de la construcción, el que requería menos habilidad y más músculo era la explotación de la cantera. El maestro cantero era quien ejercitaba su derecho para decidir las zonas que habrían de minarse y en qué orden. Tenía que ocuparse de las escalas y del equipo de elevación. Si hubieran de trabajar en una cara cortada a pico, diseñaría un andamiaje. Habría de asegurarse que hubiera un suministro constante de herramientas procedente de la herrería. En realidad, la extracción de las piedras era relativamente sencilla. El cantero solía utilizar un zapapico con cabeza de hierro con el que hacía una estría inicial en la roca, profundizándola luego con un martillo y un escoplo. Una vez que la estría era lo bastante grande para aflojar la roca, introducía en ella una cuña de madera. Si había calculado bien, la roca se dividía exactamente por donde él quería.

Los peones retiraban las piedras de la cantera con sogas o levantándolas con una cuerda sujeta a una gran rueda giratoria. En el taller, los canteros cortaban las piedras toscamente con hachas, dándoles la forma especificada por el maestro constructor. Luego, naturalmente, en Kingsbridge se haría el tallado y se les daría forma.

El transporte era el principal problema. La cantera estaba a un día de viaje del emplazamiento de la construcción, y un carretero cargaría

probablemente cuatro peniques por viaje, sin poder transportar además más de ocho o nueve de las piedras grandes, so pena de romper el carro o matar al caballo. Una vez que los canteros se hubieran instalado, Tom tendría que explorar la zona y ver si había algunas vías fluviales que pudieran utilizar para acortar el viaje.

Se pusieron en marcha desde Kingsbridge con el alba. Mientras caminaban a través del bosque, los árboles que se arqueaban sobre el camino hicieron pensar a Tom en las columnas de la catedral que construiría. Siempre le habían enseñado a decorar los remates redondeados de las columnas con volutas y zigzags, pero recientemente se le había ocurrido que las decoraciones en forma de hoja resultarían más llamativas.

Habían viajado a buen ritmo de tal manera que, mediada la tarde, se encontraron en los aledaños de la cantera. Tom escuchó sorprendido, a cierta distancia, el sonido del metal golpeando sobre roca, como si alguien estuviera trabajando allí. De hecho, la cantera pertenecía al conde de Shiring, Percy Hamleigh, pero el rey había dado al priorato de Kingsbridge el derecho a la explotación de la cantera para la catedral. Tom pensó que quizás el conde Percy intentara trabajar en la cantera para su propio beneficio al tiempo que lo hacía el priorato. Posiblemente el rey no habría prohibido eso de manera específica, pero de ser así resultaría inconveniente en extremo.

Al acercarse más, Otto, un hombre de rostro atezado y modales toscos, frunció el ceño al oír el ruido, pero no dijo palabra. Los demás hombres farfullaron entre sí incómodos. Tom les ignoró pero caminó más deprisa, impaciente por averiguar lo que estaba pasando. El camino se curvaba a través de un trecho de bosque y terminaba al pie de una colina. La propia colina era la cantera, y antiguos canteros le habían arrancado un buen bocado del costado. La impresión inicial de Tom fue que resultaría fácil de trabajar. Siempre solía ser mejor una colina que bajo tierra porque resultaba más fácil bajar las piedras desde la altura que subirlas desde una hondonada.

No había duda alguna de que estaban explotando la cantera. Había un alojamiento al pie de la colina, un sólido andamiaje que se alzaba veinte pies o más en la ladera rocosa de la colina, y un montón de piedras esperando ser retiradas. Tom pudo contar diez canteros como mínimo. Y lo que era peor, había un par de hombres de armas de rostro duro, zanganeando delante de la vivienda y arrojando piedras a un barril.

—No me gusta el aspecto de esto —dijo Otto.

A Tom tampoco, pero simuló mantenerse imperturbable. Entró en la cantera como si fuera de su propiedad y se acercó rápido a los dos hombres de armas. Se pusieron en pie torpemente con el aire sobresaltado y levemente culpable de los centinelas que han estado de guardia demasiados

días sin que nada ocurriera. Tom repasó rápidamente sus armas. Cada uno de ellos llevaba una espada y una daga, así como fuertes justillos de cuero, pero no tenían armadura. El propio Tom llevaba el martillo de albañil colgado del cinto. No estaba en situación de provocar una pelea. Caminó directo hacia los dos hombres sin decir palabra, pero en el último momento se apartó, y pasando junto a ellos se dirigió a la vivienda. Los dos hombres se miraron sin estar seguros de lo que tenían que hacer. Si Tom hubiera sido de constitución menos fuerte o no hubiera llevado el martillo, quizás hubieran sido más rápidos en detenerle, pero ya era demasiado tarde.

Tom entró en la vivienda. Era una construcción espaciosa de madera con una chimenea. De las paredes colgaban herramientas limpias y en el rincón había una gran piedra para afilarlas. Dos canteros permanecían en pie delante de un macizo banco de madera moldeando piedras con hachas.

—Saludos, hermanos —dijo Tom utilizando la expresión con que se saludaban entre sí los artesanos—. ¿Quién es aquí el maestro?

—Yo soy el maestro cantero —dijo uno de ellos—. Soy Harold de Shiring.

—Yo soy el maestro constructor de la catedral de Kingsbridge. Me llamo Tom.

—Saludos, Tom Builder. ¿A qué has venido?

Tom examinó a Harold por un instante antes de contestar. Era un hombre pálido y lleno de polvo, de ojos pequeños de un verde también polvoriento que entornaba al hablar, como si estuviese siempre parpadeando por el polvo de la piedra. Se apoyaba indiferente en el banco aunque no estuviera tan tranquilo como pretendía. Estaba nervioso, cauteloso e inquieto. *Sabe perfectamente por qué estoy aquí*, pensó Tom.

—Naturalmente he traído a mi maestro cantero para trabajar aquí.

Los dos hombres de armas habían entrado siguiendo a Tom, y Otto y su equipo llegaron pisándoles los talones. A continuación también se acercaron uno o dos de los hombres de Harold, curiosos por averiguar a qué venía tanto jaleo.

—La cantera es propiedad del conde. Si quieres sacar piedra, tendrás que ir a verle.

—No, no lo haré —dijo Tom—. Cuando el rey dio la cantera al conde Percy también dio el derecho al priorato de Kingsbridge para sacar piedra. No necesitamos ningún otro permiso.

—Bueno, no podemos trabajarla todos, ¿verdad?

—Tal vez sí —dijo Tom—. No quisiera privar a tus hombres de su trabajo. Esta colina es toda de roca, suficiente para dos catedrales y más. Tendríamos que conseguir la manera de administrar la cantera para que todos podamos cortar piedra aquí.

—No puedo aceptar eso —dijo Harold—. Estoy empleado por el conde.

—Muy bien, yo estoy empleado por el prior de Kingsbridge y mis hombres empezarán a trabajar aquí mañana, te guste o no.

Llegados a ese punto, habló uno de los hombres de armas.

—Mañana no trabajarás aquí ni ningún otro día.

Hasta aquel momento Tom se había aferrado a la idea de que, aun cuando Percy estaba violando el espíritu del edicto real al trabajar él mismo la cantera, de verse obligado acataría la letra del acuerdo, permitiendo que el priorato sacara piedra. Pero era evidente que se había dado instrucciones a aquellos hombres de armas para que obligaran a abandonar el campo a los canteros del priorato. Aquélla era una cuestión distinta. Tom comprendió, con el ánimo decaído, que no le sería posible sacar piedra alguna sin lucha previa.

El hombre de armas que acababa de hablar era un individuo bajo aunque fornido, de unos veinticinco años, con expresión belicosa. Parecía estúpido aunque testarudo, del tipo con los que resulta más difícil razonar.

—¿Quién eres tú? —dijo Tom con mirada desafiante.

—Soy un alguacil del conde de Shiring. Me dijo que protegiera esta cantera y eso es precisamente lo que voy a hacer.

—¿Y cómo te propones hacerlo?

—Con esta espada. —Apoyó la mano en la empuñadura del arma que llevaba al cinto.

—¿Y qué crees que el rey te hará cuando seas conducido ante su presencia por quebrantar su paz?

—Correré el riesgo.

—Pero sólo sois dos —dijo Tom con tono razonable—. Nosotros somos siete hombres y cuatro muchachos. Si os matamos no nos ahorcarán.

Los dos hombres parecieron pensativos, pero antes de que Tom pudiera aprovecharse de su ventaja intervino Otto.

—Un momento —dijo a Tom—. He traído aquí a mi gente para cortar piedra, no para luchar.

A Tom se le cayó el alma a los pies. Si los canteros no estaban dispuestos a respaldarle, no había nada que hacer.

—¡No seas apocado! —dijo Tom—. ¿Vas a dejar que un par de fanfarrones te priven de tu trabajo?

Otto parecía malhumorado.

—Lo que no voy a hacer es luchar con hombres armados —replicó—. He estado ganándome bien la vida durante diez años y no estoy desesperado hasta ese punto por tener trabajo. Además yo no sé quién tiene razón en esta porfía. En lo que a mí respecta es tu palabra contra la de ellos.

Tom miró a los que formaban el equipo de Otto. Los dos canteros tenían la misma expresión obstinada de Otto. Como era de esperar acataban sus decisiones, era su padre y también su jefe. Y Tom comprendía el punto de vista de Otto. En realidad, si él se encontrara en su situación, probablemente se comportaría de igual manera. No se arriesgaría a luchar contra hombres armados a menos que estuviera desesperado.

Pero el saber que Otto se estaba comportando de manera razonable no daba a Tom consuelo alguno. De hecho le hacía sentirse aún más frustrado. Decidió intentarlo de nuevo.

—No habrá lucha —aseguró—. Saben muy bien que el rey les ahorcaría si nos hicieran algún daño. Encendamos una hoguera y preparémonos a pasar la noche para empezar a trabajar por la mañana.

Fue una equivocación el mencionar la noche.

—¿Cómo podremos dormir rondando por ahí esos sanguinarios bribones? —dijo uno de los hijos de Otto.

Un murmullo de acuerdo corrió entre los restantes componentes del equipo.

—Haremos turnos de vigilancia —dijo Tom desesperado.

Otto sacudió negativamente la cabeza.

—Nos vamos esta noche. Ahora mismo —afirmó decidido.

Tom miró a los hombres y comprendió que había perdido. Había emprendido el viaje aquella mañana con tantas esperanzas y apenas podía creer que sus planes se vieran frustrados por aquel par de brutos. Era demasiado mortificante para poder expresarlo. No pudo evitar una última y amarga observación de despedida.

—Vais contra los deseos del rey y eso es algo muy peligroso —dijo a Harold—. Díselo así al conde de Shiring. Y dile también que soy Tom Builder, de Kingsbridge, y que si alguna vez llego a poner las manos alrededor de su cuello es posible que apriete hasta ahogarlo.

Johnny Eightpence había confeccionado un hábito de monje en miniatura para el pequeño Jonathan, con mangas amplias y una capucha. Aquella minúscula figura estaba tan encantadora con él que conmovía a cualquiera, pero no era práctico en modo alguno. La capucha le caía constantemente hacia delante impidiéndole ver, y cuando se arrastraba por el suelo el hábito se le enredaba entre las rodillas.

Mediada la tarde, cuando Jonathan hubo dormido su siesta y los monjes la suya, el prior Philip se encontró con el bebé, acompañado por Johnny Eightpence, en lo que había sido la nave de la iglesia y ahora se había convertido en el patio de juegos de los novicios.

Aquélla era la hora en que se permitía a los novicios dar rienda suelta a sus energías y Johnny les miraba jugar al marro mientras Jonathan observaba el laberinto de clavos y cuerdas con el que Tom Builder había trazado el plano de la planta baja del extremo oriental de la nueva catedral.

Philip se detuvo unos momentos junto a Johnny para disfrutar de un silencio en compañía, mientras contemplaba correr a los muchachos. Sentía un gran afecto por Johnny, que compensaba con un corazón extraordinariamente bondadoso su falta de cerebro.

Jonathan se había puesto en pie apoyándose contra una estaca que Tom había hincado en tierra para indicar el pórtico norte. Agarrándose a la cuerda sujeta a la estaca y con un apoyo tan inestable, dio un par de pasos, lentos y torpes.

—Pronto andará —dijo Philip a Johnny.

—Lo intenta, padre, pero casi siempre se cae sobre el trasero.

Philip se puso en cuclillas y alargó las manos hacia Jonathan.

—Ven hacia mí —dijo—. Vamos.

Jonathan sonrió, mostrando algunos dientes. Dio otro paso sujetándose a la cuerda de Tom. Luego, señalando a Philip como si ello pudiera servirle de ayuda, con un repentino impulso de audacia, atravesó el espacio que les separaba con tres pasos rápidos y decisivos.

—¡Estupendo! —exclamó Philip al tiempo que le cogía en brazos.

Abrazó al chiquillo sintiéndose orgulloso, como si aquel logro no fuera del niño sino suyo.

Johnny también estaba excitado.

—¡Ha andado! ¡Ha andado!

Jonathan forcejeaba para que le dejaran en el suelo; así lo hizo Philip para ver si podía volver a andar, pero al parecer había tenido suficiente por aquel día e inmediatamente se puso de rodillas, gateando hacia Johnny.

Philip recordaba que algunos monjes se habían mostrado escandalizados de que hubiera llevado a Kingsbridge a Johnny y al pequeño Jonathan, pero con Johnny era fácil el trato siempre que no se olvidara que era un niño con un cuerpo de hombre. Y Jonathan había superado toda oposición gracias a su propio encanto.

Durante el primer año no fue Jonathan el único motivo de desasosiego. Habiendo elegido un buen administrador, los monjes se habían sentido burlados al introducir Philip una conducta de austeridad para reducir los gastos diarios del priorato. Philip se había sentido algo dolido. Estaba seguro de haber dejado bien claro que la principal de sus prioridades sería la nueva catedral. Los funcionarios monásticos también habían mostrado resistencia a su plan de retirarles la independencia económica, aunque supieran muy bien

que sin las adecuadas reformas el priorato iba de cabeza a la ruina. Y cuando gastó dinero para aumentar los vellones de ovejas del monasterio, estuvo a punto de estallar un motín. Pero los monjes eran, ante todo, gentes que querían que se les dijera lo que había que hacer. Y el obispo Waleran, que quizás hubiera alentado a los rebeldes, se había pasado la mayor parte del año yendo y viniendo de Roma. Así que a lo más que llegaron los monjes fue a refunfuñar.

Philip había sufrido algunos momentos de soledad, pero estaba seguro de que los resultados le darían la razón. Su política ya estaba dando unos frutos muy satisfactorios. El precio de la lana había vuelto a subir y Philip había empezado con el esquilado. Ésa era precisamente la razón de que se hubiera permitido contratar leñadores y canteros. A medida que la situación económica fuera mejorando y progresara la construcción de la catedral, su posición como prior llegaría a ser inexpugnable.

Dio una cariñosa palmada en la cabeza de Johnny Eightpence y atravesó el emplazamiento de la construcción. Tom y Alfred habían empezado a cavar los cimientos con alguna ayuda de los servidores del priorato y de los monjes más jóvenes. Pero hasta el momento sólo habían alcanzado cinco o seis pies de profundidad. Tom había dicho a Philip que las zanjas en algunos sitios habían de tener hasta veinticinco pies de profundidad. Necesitaría gran cantidad de peones y alguna maquinaria de elevación para cavar tan hondo.

La nueva iglesia sería más grande que la antigua, pero aún seguiría siendo pequeña para una catedral. Philip quería que fuera la catedral más larga, más alta, más rica y más hermosa de todo el reino, pero logró ahogar ese deseo y se dijo que debía sentirse agradecido con cualquier tipo de iglesia.

Entró en el cobertizo de Tom y contempló el trabajo en madera sobre el banco. El constructor había pasado allí la mayor parte del invierno trabajando con una vara de medición de hierro y una serie de excelentes formones, haciendo lo que él llamaba plantillas, modelos en madera para que los albañiles los utilizaran a manera de guía cuando cortaban la piedra para darle forma. Philip había estado observando admirado mientras Tom, un hombre grande con manos grandes, tallaba la madera de manera exacta y concienzuda, formando curvas perfectas, esquinas escuadradas y ángulos exactos. Philip cogió una de las plantillas y la examinó. Tenía la forma de una margarita, un cuarto de círculo con varios salientes redondeado; semejantes a pétalos. ¿Qué tipo de piedra necesitaba adoptar esa forma? Descubrió que aquellas cosas resultaban difíciles de visualizar y se sentía constantemente impresionado por la poderosa imaginación de Tom. Miró los dibujos de Tom trazados sobre argamasa en marcos de madera y finalmente llegó a la

conclusión de que lo que tenía en la mano era una plantilla para los pilares de la arcada, que tendrían el aspecto de grupos de fustes, pero en ese momento se daba cuenta de que sería una ilusión. Los pilares serían sólidas columnas de piedra con decoraciones semejantes a saetas.

Cinco años, había dicho Tom, y la parte este quedaría terminada. Cinco años, y Philip podría celebrar de nuevo oficios sagrados en una catedral. Todo cuanto había de hacer era encontrar el dinero. Había sido una dura tarea reunir ese año el dinero necesario para comenzar modestamente, porque sus reformas eran lentas en dar resultados. Pero al próximo año, una vez que hubiera vendido la lana nueva de primavera, estaría en condiciones de contratar a más artesanos y empezar a construir en serio.

Sonó el tañido de la campana llamando a vísperas. Philip salió del pequeño cobertizo encaminándose hacia la entrada a la cripta. Al mirar por encima de la puerta del priorato quedó asombrado al ver llegar a Tom Builder con todos los canteros. ¿Por qué habían regresado? Tom había dicho que estaría fuera una semana y que los canteros se quedarían allí por tiempo indefinido. Philip se dirigió presuroso a reunirse con ellos.

Al acercarse más notó que su aspecto era de cansancio y desánimo, como si hubiera ocurrido algo terriblemente desalentador.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué estáis aquí?

—Malas noticias —dijo Tom Builder.

Durante el oficio de vísperas, Philip se sintió dominado por la ira. Lo que el conde Percy había hecho era indignante. No existía duda alguna sobre quién había obrado bien y quién había obrado mal en aquel caso, y tampoco la más mínima ambigüedad en las instrucciones del rey. El propio conde estuvo presente cuando se hizo el anuncio, y el derecho del priorato a explotar la cantera estaba contenido en una cédula real. El pie derecho de Philip golpeaba sin cesar sobre el suelo de piedra de la cripta con ritmo rápido y exacerbado

Le estaban robando. Era como si Percy estuviera sustrayendo peniques del cepillo de una iglesia. No existía excusa posible para ello. Percy desafiaba de forma flagrante tanto a Dios como al rey. Pero lo peor de todo era que Philip no podía construir la catedral nueva a menos que sacara piedra gratis de la cantera. Ya estaba trabajando con un mínimo de presupuesto y si tuviera que pagar el precio de mercado para la piedra y transportarla desde una distancia aún mayor, no podría en modo alguno construir. Tendría que esperar otro año o más y luego pasarían seis o siete antes de poder volver a celebrar los oficios en una catedral. La idea le resultaba totalmente insoportable.

Hizo una llamada a capítulo urgente tan pronto como hubieron concluido las vísperas y dio a los monjes la noticia.

Había desarrollado una técnica especial para manejar las reuniones de las llamadas a capítulo. Remigius, el sub-prior, todavía guardaba rencor a Philip por haberle derrotado en la elección y con frecuencia desvelaba su resentimiento cuando se discutían cuestiones del monasterio. Era un hombre conservador, falto de imaginación y pedante, cuyo punto de vista sobre la manera de llevar el priorato chocaba frontalmente con el de Philip. Los hermanos que apoyaron a Remigius en la elección mostraban tendencia a respaldarlo en las sesiones capitulares. Andrew, el sacristán apopléjico, Fierre el admonitor, a quien competía la disciplina y mantenía las actitudes de mira estrecha que parecían inherentes a aquel cargo. Y finalmente, John Small, el tesorero perezoso. De la misma manera, los colegas más cercanos a Philip eran los hombres que habían hecho campaña a su favor: Cuthbert Whitehead, el viejo intendente y el joven Milius, a quien Philip había designado para el cargo de nueva creación de tesorero, controlador de las finanzas del priorato. Philip dejaba siempre que Milius discutiera con Remigius. Habitualmente Philip examinaba todo cuanto fuera importante con Milius antes de la reunión, y cuando no lo hacía se podía esperar que Milius expresara un punto de vista cercano al de Philip. Luego Philip lo resumía todo como árbitro imparcial y, aunque Remigius rara vez se salía con la suya, Philip aceptaba con frecuencia algunos de sus argumentos o adoptaba parte de su proposición para dar la impresión de un gobierno de consenso.

Los monjes estaban furiosos por lo que había hecho el conde Percy. Todos ellos se habían alegrado cuando el rey Stephen dio al priorato madera y piedra gratis, y en esos momentos se sentían escandalizados ante el hecho de que Percy hubiera desafiado la orden del rey.

Sin embargo, al apagarse las protestas, Remigius quiso dejar algo bien sentado.

—Recuerdo haber dicho esto hace un año —empezó a decir—. Siempre fue poco satisfactorio el pacto según el cual la cantera es propiedad del conde aunque nosotros tengamos derecho a su explotación. Deberíamos haber insistido en la propiedad absoluta.

El hecho de que hubiera mucho de cierto en aquella observación no hizo que a Philip le resultara más fácil reconocerlo. La propiedad absoluta era lo que había acordado con Lady Regan, pero en el último momento ella le había hecho la jugarreta. Se sintió tentado de decir que había obtenido el mejor trato que le fue posible y que le hubiera gustado ver a Remigius mejorándolo en el laberinto traicionero de la corte real. Pero se mordió la lengua ya que a

fin de cuentas era el prior y tenía que aceptar la responsabilidad cuando las cosas marchaban mal.

Milius acudió en su ayuda.

—Está muy bien todo eso de desear que el rey nos hubiera dado la propiedad absoluta de la cantera, pero no lo hizo, y la cuestión principal es: ¿Qué hacemos ahora?

—Creo que es evidente a todas luces —intervino de inmediato Remigius—. Podemos expulsar a los hombres del conde nosotros mismos o tendremos que lograr que lo haga el rey. Debemos enviarle una delegación para pedir que haga cumplir su carta de privilegio.

Hubo un murmullo de asentimiento.

—Deberíamos enviar a nuestros oradores más prudentes y fáciles de palabra —intervino el sacristán Andrew.

Philip se dio cuenta de que Remigius y Andrew se veían ya encabezando la delegación.

—Una vez que el rey se entere de lo ocurrido, no creo que Percy de Hamleigh sea conde de Shiring por mucho tiempo.

Philip no estaba tan seguro de ello.

—¿Dónde está el rey? —dijo Andrew como si se le ocurriera de pronto— ¿Lo sabe alguien?

Philip había estado recientemente en Winchester y allí se había enterado de los movimientos del rey.

—Ha ido a Normandía —dijo.

—Costará mucho tiempo alcanzarle —se apresuró a decir Milius.

—La búsqueda de la justicia requiere siempre paciencia —dijo Remigius con tono docto.

—Pero cada día que pasa buscando justicia dejamos de construir nuestra nueva catedral —replicó Milius. Por el tono de su voz se notaba que estaba exasperado por la facilidad con que Remigius aceptaba un aplazamiento en el programa de la construcción. Philip compartía ese sentimiento. Milius siguió diciendo—: Y no es ése nuestro único problema. Cuando hayamos encontrado al rey habremos de persuadirle de que nos escuche. Y ello tal vez nos cueste semanas. Luego es posible que conceda a Percy la oportunidad de defenderse y eso representará un nuevo aplazamiento...

—¿Cómo podría defenderse Percy? —inquirió Remigius enojado.

—No lo sé, pero estoy seguro de que ya pensará en algo —le contestó Milius.

—Pero en definitiva el rey está obligado a cumplir su palabra.

—No estéis tan seguros —intervino una nueva voz.

Todo el mundo se volvió a mirar. Quien hablaba era el hermano Timothy, el monje de más edad del priorato. Un hombre pequeño y modesto que raramente hablaba, pero que cuando lo hacía merecía la pena escucharle. Philip pensaba de vez en cuando que Timothy debiera haber sido el prior. Durante el capítulo solía permanecer sentado, al parecer medio dormido, pero en ese momento se inclinaba hacia delante, brillándole los ojos por la convicción.

—Un rey es una criatura del momento —siguió diciendo—. Se encuentra constantemente bajo amenazas de rebeldes dentro de su propio reino y también de los monarcas vecinos. Necesita aliados. El conde Percy es un hombre poderoso con gran número de caballeros. Si el rey necesita de Percy en el momento en que presentemos nuestra petición nos será rechazada sin tener en cuenta lo justo de nuestro caso. El rey no es perfecto. Sólo hay un juez verdadero y es Dios. —Volvió a sentarse, reclinándose contra la pared y entornando los ojos como si no le interesara lo más mínimo cómo eran recibidas sus palabras. Philip disimuló una sonrisa. Timothy había expresado con toda contundencia sus propias dudas en la conveniencia de recurrir al rey en busca de justicia.

Remigius se mostraba reacio a renunciar a la perspectiva de un viaje largo y excitante a Francia y a una estancia en la corte real, pero al propio tiempo no podía discutir la lógica de Timothy.

—¿Qué podemos hacer entonces? —dijo.

Philip no estaba seguro. El sheriff no estaría en condiciones de intervenir en el caso. Percy era demasiado poderoso para que un simple sheriff pudiera controlarlo. Y tampoco se podía confiar en el obispo. Era realmente frustrante. Pero Philip no estaba dispuesto a cruzarse de brazos y a aceptar la derrota. Entraría en aquella cantera aunque hubiera de hacerlo él mismo.

Ello le dio una idea.

—Un momento —dijo.

Implicaría a todos los hermanos sanos del monasterio y tenía que prepararse minuciosamente como si se tratara de una operación militar sin armas. Necesitarían comida para dos días.

—No sé si esto dará resultado, pero vale la pena intentarlo. Escuchad —dijo.

Y enseguida les expuso su plan.

Se pusieron en marcha casi de inmediato: treinta monjes, diez novicios, Otto Blackface y su cuadrilla de canteros. Tom Builder, Alfred, dos caballos y un carro. Cuando oscureció encendieron fanales para que les iluminaran el camino. A medianoche se detuvieron a descansar y a devorar la comida que

habían preparado apresuradamente en la cocina. Pollo, pan blanco y vino tinto. Philip siempre estuvo convencido de que el trabajo duro había de ser recompensado con buena comida. Al reanudar la marcha entonaron el oficio sagrado al que debieran estar asistiendo en el priorato.

En un momento dado en que la oscuridad era más intensa, Tom Builder, que iba en cabeza, alzó una mano para detenerles.

—Sólo nos queda una milla hasta la cantera —dijo a Philip.

—Bien —dijo Philip. Luego se volvió hacia los monjes—. Quitaos las galochas y las sandalias y poneos las botas de fieltro. —Él mismo se quitó las sandalias, enfundándose unas botas de fieltro suave que los campesinos llevaban en invierno.

Apartó a dos novicios.

—Edward y Philemon, quedaos aquí con los caballos y el carro. Permaneced callados y esperad a que se haga completamente de día. Entonces reuníos con nosotros. ¿Habéis comprendido?.

—Sí, padre —respondieron al unísono.

—Muy bien —dijo Philip—. Todos los demás seguid a Tom Builder, en silencio absoluto, por favor.

Todos se pusieron en marcha.

Soplaba un ligero viento del oeste y el susurro de los árboles cubría el sonido de la respiración de cincuenta hombres y el arrastre de cincuenta pares de botas de fieltro. Philip empezó a sentirse inquieto. En aquel momento en que iba a poner en marcha su plan, le parecía algo descabellado. Elevó una oración silenciosa para que tuviera el resultado apetecido.

El camino torcía hacia la izquierda, y entonces la luz trémula de los fanales mostró de manera difusa una vivienda de madera, un montón de bloques de piedra a medio terminar, algunas escalas y andamiajes y, al fondo, la oscura ladera de una colina desfigurada por las blancas cicatrices infligidas por los canteros. De repente, a Philip se le ocurrió pensar si los hombres dormidos en la vivienda tendrían perros. Si así fuera, Philip habría perdido el elemento sorpresa haciendo peligrar todo el esquema. Pero ya era demasiado tarde para retroceder.

Todo el grupo se deslizó por el costado de la vivienda. Philip contuvo el aliento esperando oír en cualquier momento una cacofonía de ladridos. Pero no había perros.

Hizo detenerse a su gente alrededor de la base del andamio.

Estaba orgulloso de ellos por haber mantenido un hermético silencio. A la gente le resultaba difícil mantenerse callada incluso en la iglesia. Tal vez se sintieron demasiado atemorizados para hacer ruido.

Tom Builder y Otto Blackface empezaron a situar en silencio a los canteros alrededor del enclave. Los dividieron en dos grupos. Uno de ellos se reunió cerca de la cara de la roca, a nivel del suelo. Los componentes del otro grupo subieron al andamio. Cuando todos estuvieron situados, Philip indicó con gestos a los monjes, que se colocaron en pie o sentados en derredor de los trabajadores. Él permaneció separado del resto, a medio camino entre la vivienda y la cara de la roca.

Su sincronización fue perfecta. El alba llegó momentos después de que Philip tomara sus disposiciones finales. Sacó una vela de debajo de la capa y la encendió con uno de los fanales. Luego, poniéndose de cara a los monjes alzó la vela. Era la señal acordada. Cada uno de los cuarenta monjes y novicios sacaron una vela y la fueron encendiendo de alguno de los tres fanales. El efecto resultó espectacular. El día se hizo sobre una cantera ocupada por figuras silenciosas y fantasmales, sosteniendo cada una de ellas una luz pequeña y parpadeante. Philip se volvió de nuevo de cara a la vivienda. Seguían sin dar señales de vida. Se dispuso a esperar. Los monjes sabían bien cómo hacerlo. Permanecer en pie inmóviles durante horas formaba parte de su vida cotidiana. Sin embargo, los trabajadores no estaban acostumbrados a aquello y al cabo de un rato empezaron a impacientarse, arrastrando los pies y murmurando en voz baja, pero en aquellos momentos ya no importaba.

Sus murmullos o la luz diurna que iba aumentando despertaron a los moradores de la vivienda. Philip oyó a alguien toser y escupir. Luego sonó como una raspadura, como si se estuviera levantando una barra detrás de la puerta. Alzó la mano pidiendo absoluto silencio.

Se abrió de par en par la puerta de la vivienda. Philip mantuvo la mano en alto, salió un hombre frotándose los ojos. Philip le reconoció como Harold de Shiring, el maestro cantero, por la descripción que de él le había hecho Tom. Al principio, Harold no observó nada desusado. Se apoyó en el quicio de la puerta y tosió de nuevo, esa tos profunda y borbotante del hombre que tiene en sus pulmones demasiado polvo de piedra. Philip bajó la mano. En alguna parte, detrás de él, el chantre dio una nota y de inmediato todos los monjes empezaron a cantar. La cantera se inundó de armonías misteriosas.

El efecto sobre Harold fue devastador. Levantó la cabeza como si hubieran tirado de ella con un cordel. Se le desorbitaron los ojos y quedó con la boca abierta al ver el coro espectral que, como por arte de magia, había aparecido en la cantera. Lanzó un grito de terror. Retrocedió vacilante y entró de nuevo en la vivienda. Philip se permitió una sonrisa satisfecha. Era un buen comienzo.

Sin embargo, el pavor sobrenatural no duró mucho tiempo. Philip, levantando de nuevo la mano, la agitó sin volverse. Los canteros empezaron a trabajar en respuesta a su señal y el ruido metálico del hierro sobre la roca puntuaba la música del coro.

Dos o tres caras se asomaron temerosas por la puerta. Pronto se dieron cuenta los hombres de que lo que veían era a unos monjes y trabajadores corpóreos y corrientes, nada de visiones ni de espíritus, y salieron de la vivienda para verlos mejor. Aparecieron dos hombres de armas abrochándose el cinto y se quedaron inmóviles mirando.

Para Philip ése era el momento crucial. ¿Qué harían los hombres de armas?

La visión de aquellos hombres grandes barbudos y sucios con sus cintos, sus espadas y dagas y su justillo de cuero duro evocó en Philip el recuerdo vívido, claro como el cristal, de los dos soldados que irrumpieran en su hogar cuando tenía seis años matando a su madre y a su padre. De repente y de forma inesperada acusó un punzante dolor por unos padres que apenas recordaba. Se quedó mirando con repugnancia a los hombres del conde Percy, no viéndolos a ellos sino a un horrible hombre de nariz ganchuda y a otro hombre moreno con sangre en la barba. Y se sintió embargado por la furia y el asco y por la firme decisión de que aquellos rufianes estúpidos y sin el menor temor a Dios fueran derrotados.

Por el momento no hicieron nada. De manera gradual fueron apareciendo los canteros del conde. Philip los contó. Había doce más los hombres de armas.

El sol apuntó en el horizonte.

Los canteros de Kingsbridge estaban ya sacando piedras. Si los hombres de armas quisieran detenerlos habrían de empezar por los monjes que rodeaban y protegían a los trabajadores. Philip había jugado la carta de que los hombres de armas vacilarían antes de usar la violencia con unos montes que estaban rezando.

Hasta allí había acertado. En efecto vacilaban.

Los dos novicios que quedaron atrás llegaron conduciendo los caballos y el carro. Miraron temerosos en derredor suyo. Philip les indicó con un gesto dónde habían de situarse. Luego, volviéndose, se encontró con la mirada de Tom Builder e hizo un ademán de aquiescencia.

Para entonces ya habían cortado varias piedras y Tom encomendó a algunos de los monjes más jóvenes que cogieran las piedras y las llevaran al carro. Los hombres del conde observaban con interés aquella nueva situación, las piedras eran demasiado pesadas para que las levantara un solo hombre de manera que hubieron de bajarla del andamio con cuerdas y una vez en

tierra llevarlas en andas. Cuando metieron la primera piedra en el carro los hombres de armas se reunieron con Harold. Subieron otra piedra al carro. Los dos hombres de armas se separaron del grupo que se encontraba junto a la vivienda y se dirigieron al carro. Philemon, uno de los novicios, subió de un salto al carro y se sentó sobre una de las piedras en actitud desafiante. *Un chico valiente,* se dijo Philip. Pero sintió temor.

Los hombres se acercaron al carro. Los cuatro monjes que habían transportado las dos primeras piedras permanecían delante de él formando una barrera. Philip se puso tenso. Los hombres se detuvieron plantando cara a los monjes. Ambos se llevaron la mano a la empuñadura de sus espadas. Callaron los cánticos y todo el mundo permaneció silencioso conteniendo el aliento.

Philip se decía que seguramente no serían capaces de pasar a cuchillo a cuatro monjes indefensos. Luego pensó lo fácil que sería para ellos, hombres grandes y fuertes, acostumbrados a matanzas en los campos de batalla, hundir sus afiladas espadas en los cuerpos de quienes nada tenían que temer, ni siquiera venganza. Y, sin embargo, también habrían de tener en cuenta el castigo divino al que se arriesgaban asesinando a hombres de Dios. Incluso desalmados como aquellos debían de saber que, finalmente, habría de llegarles el día del Juicio. ¿Les aterrarían las llamas eternas? Tal vez, pero también les aterrorizaba su patrón, el conde Percy. Philip supuso que el pensamiento dominante en sus mentes debía de ser si el conde consideraría que habían tenido una excusa adecuada para su fracaso en mantener alejados de la cantera a los hombres de Kingsbridge. Les observó, vacilantes ante un puñado de monjes jóvenes, con la mano en la empuñadura de sus espadas, y se los imaginó sopesando el peligro de fallar a Percy frente a la ira de Dios.

Los dos hombres se miraron. Uno de ellos sacudió negativamente la cabeza. El otro se encogió de hombros. Ambos se alejaron de la cantera.

El chantre dio una nueva nota y las voces de los monjes estallaron en un himno triunfal. Los canteros lanzaron vítores, Philip sintió un inmenso alivio. Por un momento la situación pareció terriblemente peligrosa. No pudo evitar una resplandeciente sonrisa de placer. La cantera era suya.

Apagó de un soplo su vela y se acercó al carro. Abrazó a cada uno de los cuatro monjes que habían plantado cara a los hombres de armas y a los dos novicios que condujeron el carro hasta allí.

—Estoy orgulloso de vosotros —dijo con tono afectuoso—. Y creo que Dios también lo está.

Los monjes y los canteros se estrechaban las manos y se felicitaban mutuamente.

—Ha sido una acción excelente, padre Philip —dijo Otto Blackface acercándose al prior—. Es usted un hombre valiente, si me permite decírselo.

—Dios nos ha protegido —dijo Philip.

Dirigió la mirada hacia los canteros del conde que formaban un desconsolado grupo en pie, delante de la vivienda. No quería enemistarse con ellos, pues aunque en ese momento eran los perdedores, existía el peligro de que Percy pudiera utilizarlos para crear nuevos problemas. Philip decidió hablar con ellos.

Cogió a Otto del brazo y le condujo hasta la vivienda.

—Hoy se ha hecho la voluntad de Dios —dijo a Harold—. Espero que no haya resentimiento.

—Nos hemos quedado sin trabajo —dijo Harold—. Eso es duro.

De repente, a Philip se le ocurrió la manera de tener a los hombres de Harold de su parte.

—Si queréis podéis volver hoy de nuevo al trabajo. Trabajad para mí. Contrataré a todo el equipo. Ni siquiera habréis de abandonar vuestra vivienda —dijo impulsivo.

Harold quedó sorprendido ante el giro que tomaban los acontecimientos; pareció sobresaltado pero en seguida recobró la compostura.

—¿Con qué salarios?

—De acuerdo con las tarifas medias —contestó rápidamente Philip—. Dos peniques al día para los artesanos, un penique para los peones y cuatro para ti. Tú pagarás a los aprendices.

Harold se volvió a mirar a sus compañeros. Philip se llevó aparte a Otto para dejarles discutir en privado la proposición. En realidad no podía permitirse pagar a doce hombres más y si aceptaban su oferta habría de aplazar aún más la fecha en que pudiera contratar albañiles; también significaba que habría de cortar la piedra a un ritmo más rápido del que pudiera utilizarla.

Constituiría una autentica reserva pero perjudicaría a sus entradas de dinero. Sin embargo, poner a todos los canteros de Percy en la nómina del priorato sería un excelente movimiento defensivo. Si Percy quisiera trabajar de nuevo la cantera por sí mismo habría de contratar primero a un equipo de canteros, lo que quizás le fuera difícil una vez que hubiera corrido la voz de los acontecimientos que ese día habían tenido lugar allí. Y si en el futuro Percy intentara otra artimaña para cerrar la cantera, Philip tendría excelentes existencias de piedra.

Harold parecía estar discutiendo con sus hombres. Al cabo de unos momentos se apartó de ellos y se acercó de nuevo a Philip.

—Si trabajamos para vos, ¿quién estará a cargo? —preguntó—. ¿Yo o su propio maestro cantero?

—Será Otto quien esté a cargo —repuso Philip sin vacilar. Ciertamente no podía estarlo Harold por si un día su lealtad volviera al servicio de Percy. Y tampoco podía haber dos maestros porque ello posiblemente provocaría disputas—. Tú seguirás dirigiendo a tu propio equipo —dijo Philip a Harold—. Pero Otto estará por encima de ti.

Harold pareció decepcionado y volvió junto a sus hombres, prosiguiendo la discusión. Tom Builder se reunió con Philip y Otto.

—Vuestro plan ha dado resultado, padre —dijo con una amplia sonrisa—. Hemos vuelto a tomar posesión de la cantera sin derramar una gota de sangre. Sois asombroso.

Philip estuvo de acuerdo hasta que se dio cuenta de que estaba cometiendo pecado de orgullo.

—Ha sido Dios quien ha hecho el milagro —se recordó a sí mismo y también a Tom.

—El padre Philip ha contratado a Harold y a sus hombres para que trabajen conmigo —dijo Otto.

—¿De veras? —Tom parecía disgustado. Se suponía que era el maestro constructor quien había de reclutar a los artesanos, no el prior—. Yo hubiera dicho que no podía permitírselo.

—En efecto, no puedo —admitió Philip—. Pero no quiero que esos hombres anden por ahí sin nada que hacer, a la espera de que a Percy se le ocurra otra nueva estratagema para hacerse de nuevo con la cantera.

Tom pareció pensativo, y luego asintió.

—Y será muy útil disponer de una buena reserva de piedra para el caso de que Percy se saliera con la suya.

A Philip le satisfizo que Tom se diera cuenta de la utilidad de lo que había hecho.

Harold pareció haber llegado a un acuerdo con sus hombres. Se acercó de nuevo a Philip.

—¿Me entregará a mí los salarios, dejándome repartir el dinero como me parezca bien?

Philip se mostró dubitativo. Ello significaba que el maestro se llevaría más de lo que le correspondiera.

—Eso corresponde al maestro constructor —dijo, sin embargo.

—Es una práctica bastante común —dijo Tom—. Si es eso lo que quiere tu equipo, yo estoy de acuerdo.

—En tal caso aceptamos —dijo Harold.

Harold y Tom se estrecharon las manos.

—De manera que todo el mundo tiene lo que quiere. Formidable —exclamó Philip.

—Hay alguien que no tiene lo que quería —dijo Harold.

—¿Quién? —preguntó Philip.

—Regan, la mujer del conde Percy —dijo Harold con voz lúgubre—. Cuando descubra lo que ha ocurrido aquí, correrá la sangre.

2

Aquel no era día de caza, de manera que los jóvenes de Earlcastle practicaban uno de los juegos favoritos de William Hamleigh, el de apedrear al gato.

En el castillo siempre había muchísimos gatos y poco importaba uno más o uno menos. Los hombres cerraban las puertas y las contraventanas del vestíbulo de la torre del homenaje y adosaban los muebles contra la pared a fin de que el animal no pudiera esconderse en parte alguna. Luego hacían un montón de piedras en el centro de la habitación. El gato, un viejo cazarratones con el pelo ya grisáceo, olfateó en el aire la sed de sangre y se sentó junto a la puerta con la esperanza de salir.

Cada uno de los jóvenes había de depositar un penique en el pote por cada piedra que lanzara, y quien arrojara la piedra fatal se llevaba el pote. Mientras se echaban suertes para establecer el orden de lanzamientos, el gato empezó a ponerse nervioso yendo arriba y abajo por delante de la puerta.

Walter fue el primero en tirar. Eso suponía una ventaja ya que aunque el gato se mostraba cauteloso ignoraba la naturaleza del juego y se le podía coger por sorpresa. Walter dio la espalda al animal, cogió una piedra del montón y manteniéndola oculta en la mano se volvió con lentitud y la arrojó de repente.

Falló. La piedra dio contra la puerta y el gato echó a correr dando saltos. Los otros rieron burlones.

El segundo lanzamiento solía ser desafortunado, ya que el gato estaba fresco y corría ligero, mientras que más adelante se sentiría cansado y posiblemente herido. El siguiente era un joven hacendado.

Observó al gato correr alrededor de la habitación en busca de algún sitio por donde salir, y esperó a que redujera la marcha. Entonces arrojó la piedra. Fue un buen disparo pero el gato lo vio venir e hizo un regate. Los hombres mugieron.

Volvió a correr el gato por la habitación, presa ya de pánico, saltando los caballetes y las mesas arrinconadas contra la pared, y luego de nuevo al

suelo. El siguiente en lanzar fue un caballero de más edad. Observó al gato correr alrededor de la habitación. Simuló un lanzamiento para ver hacia dónde saltaría el gato y luego arrojó de veras la piedra mientras el animal corría, apuntando algo por delante de él. Los demás aplaudieron su astucia, pero el gato había visto venir la piedra y se detuvo de repente, evitándola. El gato, desesperado, intentó meterse detrás de un cofre de roble que había en un rincón. El lanzador de turno vio una oportunidad y la aprovechó, arrojando rápidamente la piedra mientras el gato se encontraba parado, y le dio en la grupa. Hubo un gran coro de vítores. El gato renunció a esconderse detrás del cofre y corrió en derredor de la habitación, pero ya iba cojeando y se movía con más lentitud.

Le tocaba el turno a William.

Pensó que si andaba con cuidado probablemente podría matar al gato. Le chilló, para fatigarlo algo más, haciéndole correr por un instante más aprisa. Luego, con el mismo fin, simuló un lanzamiento. Si alguno de los otros se hubiera demorado tanto le habrían abroncado, pero William era el hijo del conde y naturalmente esperaron con paciencia. El gato, sin duda dolorido, redujo la marcha, acercándose esperanzado a la puerta. William echó hacia atrás el brazo dispuesto a lanzar la piedra. Antes de que ésta abandonara su mano, se abrió la puerta de manera inesperada y en el umbral apareció un sacerdote vestido de negro. William hizo su lanzamiento, pero el gato salió disparado como la flecha de un arco. El sacerdote lanzó un chillido agudo y aterrado y se recogió los faldones de sus vestiduras. Los jóvenes estallaron en risas. El gato se estrelló contra las piernas del sacerdote y luego, recobrando el equilibrio, salió disparado por la puerta. El sacerdote permaneció inmóvil en actitud aterrada como una vieja a la que hubiera asustado un ratón. Los jóvenes reían estrepitosamente.

William reconoció al sacerdote. Era el obispo Waleran.

Y ello le hizo reír todavía más. El hecho de que aquel sacerdote afeminado sintiera terror de un gato y fuera también un rival de la familia hacía más jugoso el incidente.

El obispo recuperó rápidamente su compostura. Enrojeció, y señaló con dedo acusador a William.

—Sufrirás tormento eterno en las más hondas profundidades del infierno —dijo con voz áspera.

Al punto la risa de William se transformó en terror. Cuando era pequeño su madre le había provocado pesadillas, contándole lo que los demonios hacían a la gente en el infierno, haciéndoles arder entre llamas, sacándoles los ojos y cortándoles sus partes pudendas con afilados cuchillos, y desde entonces le sacaba de quicio oír hablar de ello.

—¡Callaos! —dijo chillando al obispo. En la habitación se hizo el más absoluto silencio. William desenvainó su cuchillo y se dirigió hacia Waleran—. ¡No vengáis aquí predicando, serpiente!

Waleran no parecía en modo alguno asustado, tan solo intrigado e interesado al haber descubierto la debilidad de William. Aquello enfureció aún más a William.

—¡Voy a atravesaros, por todos los…!

Estaba lo bastante fuera de sí como para apuñalar al obispo. Pero le detuvo una voz procedente de las escaleras, detrás de él.

—¡William! ¡Ya basta!

Era su padre.

William se detuvo y al cabo de un instante envainó el cuchillo.

Waleran entró en el salón, seguido de otro sacerdote que cerró la puerta tras él. Era el deán Baldwin.

—Me sorprende veros, obispo.

—¿Porque la ultima vez que nos vimos indujo al prior de Kingsbridge a que me traicionara? Sí, supongo que debería estar sorprendido porque habitualmente no soy hombre que olvide fácilmente. —Por un momento volvió de nuevo su mirada glacial hacia William y luego la concentró una vez más en el padre—. Pero prescindo de mi resentimiento cuando va contra mis intereses. Necesitamos hablar.

El padre asintió pensativo.

—Será preferible que vayamos arriba. Tú también, William.

El obispo Waleran y el deán Baldwin subieron las escaleras hasta los apartamentos del conde, seguidos de William. Se sentía chasqueado por habérsele escapado el gato. Por otra parte se daba cuenta de que él también había escapado de milagro, ya que si hubiese tocado al obispo le habrían ahorcado, pero había algo en la exquisitez y en los modales relamidos de Waleran que William detestaba.

Entraron en la cámara de su padre, la habitación donde William había violado a Aliena. Cada vez que entraba allí recordaba la escena. Su cuerpo blanco y lozano, el miedo que reflejaba su cara, la forma en que gritaba, el rostro contraído de su hermano pequeño cuando le obligaron a mirar y finalmente el toque maestro de William, la forma en que luego había dejado a Walter gozar de ella. Hubiera querido retenerla allí, prisionera, para poder tenerla a su disposición siempre que quisiera.

Desde entonces Aliena se había convertido en su obsesión. Incluso había intentado seguirle la pista. Habían pillado a un guardabosque tratando de vender el caballo de guerra de William en Shiring, y confesó bajo tortura que se lo había robado a una joven que respondía a la descripción de Aliena.

William se había enterado por el carcelero de Winchester que había visitado a su padre antes de que éste muriera. Y su amiga Mrs. Kate, la propietaria de un burdel que él solía frecuentar, le dijo que había ofrecido a Aliena un lugar en su casa. Pero el rastro había terminado allí. *No dejes que te ofusque la mente, Willy boy*, le había dicho Kate animándole. *¿Necesitas tetas grandes y pelo largo? Nosotras lo tenemos. Llévate esta noche a Betty y a Minie, cuatro grandes tetas para ti solo, ¿por qué no?* Pero Betty y Minie no eran inocentes y de tez blanca, ni sentían un miedo de muerte. Y tampoco le habían satisfecho. De hecho, no había alcanzado una verdadera satisfacción con mujer alguna desde aquella noche con Aliena en esa misma cámara del conde.

Apartó de la mente aquella idea. El obispo Waleran hablaba con su madre.

—Supongo que sabéis que el prior de Kingsbridge ha tomado posesión de vuestra cantera.

No lo sabían. William estaba asombrado y su madre furiosa.

—¿Que? ¿Cómo? —exclamó.

—Al parecer vuestros hombres de armas lograron que los canteros se retiraran, pero al día siguiente cuando se despertaron se encontraron con la cantera llena de monjes cantando himnos y temieron atacar a hombres de Dios. El prior Philip ha contratado a vuestros canteros y ahora se encuentran todos trabajando juntos en perfecta armonía. Me sorprende que vuestros hombres de armas no volvieran para informaros.

—¿Dónde están esos cobardes? —chilló madre. Tenía la cara congestionada—. Tengo que verlos…, haré que les corten las pelotas y …

—Comprendo por qué no han regresado —dijo Waleran.

—Poco importan los hombres de armas —dijo padre—. No son más que soldados. El único responsable es ese taimado prior. Jamás imaginé que recurriera a una treta semejante. Se ha burlado de nosotros, eso es todo.

—Exactamente —dijo Waleran—. Con todos esos aires de santa inocencia tiene la astucia de una rata casera.

William pensó que Waleran era también como una rata, una rata negra de hocico puntiagudo, de pelo negro y resbaladizo, sentada en un rincón, con una corteza entre las zarpas, lanzando miradas astutas alrededor de la habitación mientras mordisqueaba su comida. ¿Por qué le interesaba tanto quién ocupara la cantera? Era tan astuto como el prior Philip, también él tramaba algo.

—No podemos dejarle que se salga con la suya —estaba diciendo madre—. Los Hamleigh no pueden aceptar esa derrota. Hay que humillar a ese prior.

Padre no estaba tan seguro.

—No es más que una cantera —dijo— Y el rey di…

—No es sólo la cantera, se trata del honor de la familia —le interrumpió madre—. Y poco importa lo que haya dicho el rey.

William estaba de acuerdo con madre. Philip de Kingsbridge había desafiado a los Hamleigh y había que aplastarle. Si la gente no tuviera miedo de uno, uno no sería nadie. Pero lo que no comprendía era dónde estaba el problema.

—¿Por qué no vamos con algunos hombres y arrojamos a los canteros del prior?

Padre sacudió la cabeza.

—Una cosa es poner impedimentos pasivos a los deseos del rey como hicimos al explotar nosotros mismos la cantera, y otra muy distinta enviar hombres armados para expulsar a trabajadores que están allí con permiso expreso del rey. Eso podría hacerme perder el condado.

William aceptó reacio su punto de vista. Padre siempre se mostraba cauto, pero por lo general tenía razón.

—Tengo una sugerencia —dijo el obispo Waleran. William estaba seguro de que ocultaba algo debajo de la manga negra y bordada—. Creo que la catedral no debiera construirse en Kingsbridge.

Aquella observación dejó atónito a William. No comprendía su importancia. Y tampoco padre. Pero a madre se le desorbitaron los ojos y dejó de rascarse la cara por un momento.

—Es una idea interesante —dijo pensativa.

—Antiguamente la mayoría de las catedrales se encontraban en pueblos como Kingsbridge —siguió diciendo Waleran—. Hace sesenta o setenta años, en tiempos del primer rey Guillermo, muchas de ellas fueron trasladadas a ciudades. Kingsbridge es un pueblo pequeño en medio de ninguna parte, allí no hay nada más que un monasterio decadente que no es lo bastante rico para mantener una catedral, y mucho menos para construirla.

—¿Y dónde deseáis vos que se construya? —pregunto madre

—En Shiring —repuso Waleran—. Es una gran ciudad, su población debe alcanzar los mil habitantes y tiene un mercado y una feria de lana anual. Está en un camino principal. Shiring es apropiada. Y si los dos hacemos campaña en ese sentido, el obispo y el conde unidos, podremos lograrlo.

—Pero si la catedral estuviera en Shiring, los monjes de Kingsbridge no podrían ocuparse de ella.

—Ahí esta el quid de la cuestión —dijo madre impaciente—. Sin la catedral, Kingsbridge no sería nada. El priorato se hundiría en la oscuridad y Philip sería de nuevo un cero a la izquierda, que es lo que se merece.

—Entonces ¿quién se ocuparía de la nueva catedral? —insistió padre.

—Un nuevo capítulo de canónigos nombrados por mí —dijo Waleran.

Hasta entonces William se había sentido tan desconcertado como su padre, pero en ese momento empezó a comprender la idea de Waleran. Con el traslado de la catedral a Shiring, éste se haría también con el control personal de la misma.

—¿Y que me decís del dinero? —preguntó padre—. ¿Quién pagará la construcción de la nueva catedral, de no ser el priorato de Kingsbridge?

—Creo que nos encontraremos con que la mayor parte de las propiedades del priorato están dedicadas a la catedral —dijo Waleran—. Si la catedral se traslada, las propiedades van con ella. Por ejemplo, cuando el rey Stephen dividió el antiguo condado de Shiring, cedió las granjas de la colina al priorato de Kingsbridge, como desgraciadamente sabemos muy bien, pero lo hizo para ayudar a la financiación de la nueva catedral. Si le dijéramos que algún otro estaba construyendo la nueva catedral, esperaría que el priorato entregara esas tierras a los nuevos constructores. Como es de suponer, los monjes presentarían batalla, pero el examen de sus cartas de privilegio daría por zanjada la cuestión.

A William, el panorama se le aparecía cada vez más claro. Con esta estratagema, Waleran no sólo obtendría el control de la catedral sino que también se haría con la mayor parte de las riquezas del priorato.

Padre pensaba lo mismo.

—Para vos es un buen plan, obispo, pero ¿queréis decirme qué gano yo con todo ello?

Fue madre quien le contestó.

—¿Es que no lo ves? —dijo enojada—. Tú posees Shiring. Piensa en toda la prosperidad que la catedral traerá consigo a la ciudad. Durante años habrá centenares de artesanos y peones construyendo la iglesia. Todos ellos habrán de vivir en algún sitio y pagarte una renta, tendrán que comer y vestirse de tu mercado. Luego estarán los canónigos a cargo de la catedral, y los fieles que acudirán a Shiring por Pascua y Pentecostés en lugar de hacerlo a Kingsbridge, y los peregrinos que acudirán a ver los sepulcros... Todos ellos gastarán dinero.

Los ojos le brillaban por la codicia. Hacía mucho tiempo que William no recordaba haberla visto tan entusiasmada.

—Si manejamos bien esto —añadió tras una breve pausa—, convertiremos a Shiring en una de las ciudades más importantes del reino.

Y será mía, se dijo William. *Cuando mi padre muera, yo seré el conde.*

—Muy bien —dijo padre—. Arruinará a Philip, os dará poder a vos, obispo, y a mí me hará rico. ¿Cómo podrá hacerse?

—En teoría la decisión de trasladar el emplazamiento de la catedral debe tomarla el arzobispo de Canterbury.

Madre se le quedó mirando.

—¿Por qué "en teoría"?

—Porque precisamente ahora no hay arzobispo. William de Corbeil murió en Navidad y el rey Stephen todavía no ha nombrado sucesor. Sin embargo, sabemos quién tiene todas las probabilidades de obtener el cargo. Nuestro viejo amigo Henry de Winchester. Quiere esa dignidad. El Papa ya le ha dado mando interino y el rey es su hermano.

—¿Hasta qué punto es su amigo? —inquirió padre—. No fue de mucha ayuda para vos cuando intentasteis apoderaros de este condado.

Waleran se encogió de hombros.

—Si puede, me ayudará. Tenemos que presentarle el caso de manera convincente.

—No querrá hacerse enemigos poderosos precisamente en estos momentos en que espera que le nombren arzobispo —sugirió madre.

—Desde luego. Pero Philip no es lo bastante poderoso para ser tenido en cuenta. No es probable que se le consulte para la elección de arzobispo.

—Entonces ¿por qué no habría de darnos Henry lo que queremos? —preguntó William.

—Porque aún no es el arzobispo y sabe que la gente le está observando para ver cómo se comporta durante su periodo transitorio. Quiere que se le vea tomando decisiones juiciosas y no simplemente repartiendo favores entre sus amigos. Ya habrá tiempo suficiente después de la elección.

—De manera que lo más que podemos hacer es que atienda favorablemente nuestro caso. ¿Y cuál es nuestro caso? —dijo madre en actitud reflexiva.

—Que Philip no puede construir una catedral y nosotros sí.

—¿Y cómo podemos convencerle de ello?

—¿Habéis estado últimamente en Kingsbridge?

—No.

—Yo estuve en Pascua. —Waleran sonrió—. Ni siquiera habían empezado a construir. Todo cuanto tenían era una extensión llana de tierra con unas cuantas estacas clavadas en el suelo y algunas cuerdas marcando el lugar donde esperan construir. Habían empezado cavar para los cimientos, pero sólo tenían unos cuantos pies de profundidad, allí tienen trabajando a un albañil con su aprendiz y al carpintero del priorato. Y de vez en cuando también trabaja algún que otro monje. Es un panorama poco impresionante, sobre todo bajo la lluvia. Me gustaría que el obispo Henry lo viera.

Madre asintió comprensiva. William pudo darse cuenta de que el plan era bueno, aunque le fastidiara la idea de colaborar con el odioso Waleran Bigod.

Waleran siguió con su exposición:

—Primero pondremos al corriente a Henry sobre el lugar tan pequeño e insignificante que es Kingsbridge y lo pobre que es el monasterio. Le enseñaremos el enclave donde les ha costado más de un año cavar algunos hoyos poco profundos. Luego le llevaremos Shiring y le impresionaremos con la rapidez con la que allí puede levantarse una catedral, con el obispo, el conde y los ciudadanos contribuyendo conjuntamente en el proyecto con las máximas energías.

—¿Vendrá Henry? —preguntó con ansiedad madre.

—Todo cuanto podemos hacer es pedírselo —contestó Waleran— En su calidad de arzobispo, le invitaré a visitarnos en Pentecostés. Le halagará el que le consideremos ya como arzobispo.

—Tenemos que mantener esto en secreto para que no se entere el prior Philip —dijo padre.

—No creo que sea posible —repuso Waleran—. El obispo no puede hacer una visita por sorpresa a Kingsbridge, resultaría demasiado extraño.

—Pero si Philip sabe de antemano que va a visitarle el obispo Henry, es posible que haga un gran esfuerzo para adelantar el programa de construcción.

—¿Cómo? No tiene dinero, sobre todo ahora que ha contratado todos vuestros canteros. Los canteros no pueden construir muros —Waleran movió de un lado a otro la cabeza con sonrisa satisfecha—. De hecho, no puede hacer absolutamente nada, salvo esperar a que el sol brille en Pentecostés.

Al principio Philip se sintió complacido de que el obispo de Winchester acudiera a Kingsbridge. Naturalmente el oficio se celebraría al aire libre, pero eso estaba bien. Lo harían en el lugar donde estuvo la antigua catedral. En el caso de que lloviera, el carpintero del priorato construiría una protección provisional sobre el altar y todo el espacio en derredor, para que el obispo no se mojara. La congregación podía soportar la lluvia. La visita parecía un acto de fe por parte del obispo Henry, como si quisiera significar que todavía seguía considerando Kingsbridge como una catedral, y que la carencia de una iglesia auténtica sólo era un problema temporal. Sin embargo, se le ocurrió preguntarse qué motivo pudiera haber impulsado a Henry. La razón habitual para que un obispo visitara un monasterio era la de obtener comida, bebida y alojamiento gratis para él y su séquito. Pero Kingsbridge era famoso, por no decir escandaloso, por la sencillez de su comida y la austeridad de sus acomodos, y las reformas de Philip apenas habían conseguido elevar su

desastroso nivel al de más o menos adecuado, además Henry era el clérigo más rico del reino, por lo que con toda certeza no acudía a Kingsbridge en busca de comida y bebida. Pero a Philip también le parecía un hombre que no hacía nada sin un motivo determinado.

Cuanto más pensaba en ello mayor era su sospecha de que el obispo Waleran tenía algo que ver con aquella visita; había esperado que Waleran se presentara en Kingsbridge uno o dos días después de recibir la carta, para discutir las medidas a tomar para el servicio y la hospitalidad a Henry y asegurarse de que éste se sintiera complacido e impresionado por Kingsbridge, pero a medida que pasaban los días sin que apareciera Waleran fueron afirmándose las sospechas de Philip.

Sin embargo, incluso en los momentos de mayor suspicacia jamás había soñado por un momento en la traición que, diez días antes de Pentecostés, le había sido revelada por el prior de la catedral de Canterbury. Al igual que Kingsbridge, Canterbury estaba a cargo de monjes benedictinos y éstos se ayudaban entre sí, siempre que les era posible. El prior de Canterbury, que trabajaba en estrecha relación con el arzobispo en funciones, se había enterado de que Waleran había invitado a Henry a Kingsbridge con el propósito expreso de convencerle de que trasladara la diócesis y la nueva catedral a Shiring.

Philip se sintió sobrecogido. El corazón le palpitó con fuerza y le tembló la mano que sostenía la carta. Era una maniobra diabólicamente inteligente por parte de Waleran, que Philip no había previsto. Ni siquiera se le pasó por la imaginación algo semejante. Lo que en realidad le sobresaltaba era su falta de percepción.

Sabía lo traicionero que era Waleran. Hacía un año que el obispo había intentado engañarle en lo referente al condado de Shiring. Y jamás olvidaría lo furioso que se había mostrado Waleran cuando Philip le ganó por la mano. Aún podía ver el rostro de Waleran contraído por la ira cuando le dijo: *Juro por todo cuanto hay de sagrado que jamás construirás tu iglesia*. Pero a medida que pasaba el tempo fue perdiendo fuerza la amenaza de aquel juramento. Philip había bajado la guardia y ahora se encontraba con el brutal recordatorio de la larga memoria de Waleran.

El obispo Waleran dice que no tienes dinero y que en quince meses no has construido nada, escribía el prior de Canterbury. *Dice que el obispo Henry comprobará por sí mismo que la catedral jamás llegará a construirse si se deja en manos del priorato de Kingsbridge. Alega que ahora es el momento de actuar antes de que haya algún progreso real.*

Waleran era demasiado astuto para dejarse coger en un embuste patente, de manera que formulaba una enorme exageración. De hecho, Philip

había llevado a cabo una gran tarea, había despejado las ruinas, aprobado los planos, establecido el nuevo extremo oriental, comenzado la cimentación y también el talado de árboles y el almacenamiento de piedras. Pero no tenía mucho más que mostrar al visitante y para lograr sólo aquello había tenido que superar enormes obstáculos: la reforma de la administración del priorato, obtener del rey una importante concesión de tierras y derrotar al conde Percy en la explotación de la cantera. ¡No era justo!

Con la carta en la mano, se acercó a la ventana y miró hacia el lugar donde iba a construirse la iglesia. Las lluvias primaverales lo habían convertido en un lodazal. Dos monjes jóvenes, cubiertos cor sus capuchas, se encontraban trasladando madera desde la orilla de río. Tom Builder había construido un artilugio con una cuerda y una polea para sacar cubas de tierra del hoyo de los cimientos y estaba manejando el torno de enrollar mientras su hijo Alfred, dentro del hoyo, llenaba las cubas con el barro. Parecía como si fuera a seguir trabajando a ese ritmo durante toda una vida sin que se notara la diferencia. Al ver aquella escena, cualquiera que no fuera profesional llegaría a la conclusión de que allí no se concluiría catedral alguna hasta el día del Juicio Final.

Philip se apartó de la ventana y volvió a su escritorio. ¿Qué podía hacerse? De momento se sintió tentado de no hacer nada. Pensó que lo mejor sería dejar que les visitara el obispo Henry, que echara un vistazo y tomara su propia decisión. Si la catedral hubiera de construirse en Shiring, que así fuera. Dejaría que el obispo Waleran se hiciera con el control y lo utilizara para sus propios fines. Dejaría que llevaran la prosperidad a la ciudad de Shiring y a la perversa dinastía Hamleigh. Que se hiciera la voluntad de Dios.

Sabía desde luego que aquello no tendría validez. Tener fe en Dios no consistía en sentarse sin hacer nada. Significaba creer que uno podía lograr lo que se proponía, haciéndolo lo mejor que pudiera con honradez y energía. La obligación sagrada de Philip era hacer cuanto pudiera para evitar que la catedral cayera en manos de gentes cínicas e inmorales que la explotarían para su propio engrandecimiento. Ello significaba mostrar al obispo Henry que su programa de construcción estaba bien en marcha y que Kingsbridge tenía la energía y la decisión de llevarlo a cabo hasta el fin.

¿Era eso verdad? El hecho era que a Philip le iba a resultar extraordinariamente difícil construir allí una catedral. Casi se había visto obligado a abandonar el proyecto porque el conde se negaba a permitirle el acceso a la cantera. Pero sabía que al final lo lograría con la ayuda de Dios. Pero su propia convicción no sería suficiente para persuadir al obispo Henry.

Decidió hacer cuanto pudiera para que aquel lugar resultara lo más impresionante dentro de su capacidad. Pondría a trabajar a todos los monjes

durante los diez días que quedaban hasta Pentecostés. Tal vez pudieran ahondar parte de la zanja de la cimentación hasta la profundidad necesaria de manera que a Tom y Alfred les fuera posible empezar a colocar las piedras de los cimientos. Quizás pudiera completarse una parte de los cimientos hasta el nivel del suelo de forma que Tom estuviera en condiciones de empezar a construir un muro. Aquello sería algo mejor que el panorama actual, pero no mucho más. Lo que Philip necesitaba realmente era un centenar de trabajadores, pero ni siquiera tenía dinero para diez.

Naturalmente el obispo Henry llegaría un domingo, cuando nadie estuviera trabajando a menos que Philip pidiera la cooperación de los fieles. Aquello representaría un centenar de trabajadores. Se imaginaba a sí mismo en pie ante ellos, anunciando un nuevo tipo de oficio sagrado en Pentecostés. En lugar de cantar himnos y decir oraciones, iban a cavar zanjas y acarrear piedras. Se quedarían asombrados. Se...

¿Qué harían en realidad?

Posiblemente cooperarían de todo corazón.

Frunció el ceño. *Una de dos, o soy un demente o es posible que esta idea dé resultado*, se dijo.

Reflexionó algo más sobre ella. *Una vez terminado el oficio, me levantaré y diré que en esta ocasión la penitencia para el perdón de todos los pecados será medio día de trabajo en el lugar donde se está construyendo la catedral. A la hora del almuerzo habrá pan y cerveza. Lo harán. Claro que lo harán.*

Consideró que era necesario discutir la idea con alguien más.

Pensó en Milius, pero en seguida desechó la idea. La manera de pensar de Milius era demasiado semejante a la suya. Necesitaba alguien con un enfoque algo diferente. Decidió hablar con Cuthbert Whitehead, el cillerero. Se puso la capa, echándose hacia delante la capucha para protegerse la cara de la lluvia, y salió.

Atravesó presuroso el lugar en construcción totalmente embarrado, saludó a Tom con la mano al pasar y se encaminó al patio de la cocina. Aquella serie de construcciones contaba ya con un gallinero, un cobertizo para vacas y una lechería, ya que a Philip no le gustaba gastar un dinero del que tan escaso andaba en productos corrientes que podían aportar los propios monjes, como huevos y mantequilla. Entró en el almacén del cillerero en la cripta, debajo de la cocina. Aspiró el aire fresco y fragante, aromatizado por las hierbas y especias que Cuthbert almacenaba. Éste se encontraba contando ajos, escudriñando las ristras de cabezas y farfullando números en voz baja. Philip observó ligeramente sobresaltado que Cuthbert se estaba haciendo viejo. Parecía como si por debajo de la piel le estuviera desapareciendo la carne.

—Treinta y siete —dijo Cuthbert en voz alta—. ¿Quieres un vaso de vino?

—No, gracias. —Philip había descubierto que si tomaba vino durante el día le provocaba pereza y mal humor. Sin duda, ése era el motivo por el que San Benito aconsejaba a los monjes que bebieran con moderación—. Necesito tu consejo, no tus vituallas. Ven y siéntate.

Abriéndose paso entre cajas y barriles, Cuthbert tropezó con un saco y a punto estuvo de caer antes de sentarse en un taburete de tres patas frente a Philip. Éste se dio cuenta de que el almacén no estaba tan ordenado como tiempo atrás. Algo le vino a la mente.

—¿Andas mal de la vista, Cuthbert?

—Ya no es lo que era, pero me las compongo bien —dijo Cuthbert con brusquedad.

Posiblemente haría ya años que no andaba bien de la vista, incluso tal vez fuera ése el motivo de que no leyera muy bien. Sin embargo era evidente que el tema hería su susceptibilidad, de manera que Philip no dijo una palabra más, pero tomó nota mental para empezar a preparar a un cillerero que le remplazara.

—He recibido una carta muy inquietante del prior de Canterbury —dijo, explicando luego a Cuthbert los manejos del obispo Waleran. Terminó diciendo—: La única manera que se me ocurre de hacer que el terreno donde se está construyendo dé la impresión de un hervidero de actividad es poner a trabajar en él a la congregación. ¿Se te ocurre alguna razón por la que no deba hacerlo?

Cuthbert ni siquiera se detuvo a reflexionar.

—Me parece una idea excelente —dijo de inmediato.

—No es muy ortodoxo, ¿verdad? —insistió Philip.

—Ya se ha hecho antes.

—¿De veras? —Philip se quedó sorprendido a la par que complacido—. ¿Dónde?

—He oído hablar de ello en varios lugares.

Philip se sentía excitado.

—¿Y dio resultado?

—A veces. Probablemente dependerá del tiempo.

—¿Qué sistema se sigue? ¿Hace el anuncio el sacerdote al finalizar el oficio?

—Es algo más organizado. El obispo o el prior envía mensajeros a las iglesias parroquiales anunciando que puede obtenerse el perdón de los pecados si se trabaja en la construcción.

—Es una gran idea —declaró Philip entusiasmado—. Podríamos reunir más fieles de lo habitual, atraídos por la novedad.

—O tal vez menos —dijo Cuthbert—. Algunos preferirían dar dinero al sacerdote o encender una vela a un santo que pasar todo el día pateando por el barro y acarreando piedras pesadas.

—No había pensado en eso —dijo Philip desanimado de pronto—. Después de todo quizás no sea una idea tan buena.

—¿Tienes alguna otra?

—Ninguna.

—Entonces habrás de intentar poner ésta en práctica y confiar en que dé resultado, ¿no te parece?

—Sí, esperemos que dé resultado —dijo Philip.

3

En la víspera de Pentecostés, Philip no pegó ojo en toda la noche.

Había estado luciendo el sol durante toda la semana, algo que encajaba perfectamente con su plan ya que el buen tiempo induciría a más gente a presentarse voluntaria, pero el sábado al anochecer empezó a llover. Permanecía despierto escuchando con desconsuelo el tamborileo de las gotas de lluvia sobre el tejado y el viento entre los árboles. Tenía la impresión de que había rezado bastante. Dios ya debía tener plena conciencia de las circunstancias.

Durante el domingo anterior cada uno de los monjes del priorato había visitado una o más iglesias para hablar a los fieles y decirles que podrían alcanzar el perdón de sus pecados si trabajaban los domingos en la construcción de la catedral. En Pentecostés obtendrían el perdón del año anterior, y a partir de ese momento un día de trabajo equivaldría a una semana de pecados ordinarios, excluidos naturalmente el asesinato y el sacrilegio. El propio Philip había ido a la ciudad de Shiring y había hablado en cada una de sus cuatro iglesias parroquiales. A Winchester había enviado a dos monjes para que visitaran tantas pequeñas iglesias como les fuera posible, de las que existían en aquella ciudad. Winchester estaba a dos días de distancia pero las fiestas de Pentecostés se prolongaban durante seis días y la gente solía hacer ese viaje para asistir a una gran feria o a algún oficio sagrado espectacular. En definitiva, muchos miles de fieles habían escuchado el mensaje. Lo que no era posible saber era cuántos responderían a la llamada.

Durante el resto del tiempo todos habían estado trabajando en el enclave de la construcción. El buen tiempo y los días más largos de principios de verano habían ayudado mucho, y se había llevado a cabo la mayor parte de lo que Philip había esperado tener. Se habían echado los cimientos para el muro

de la parte más oriental del presbiterio. Se había cavado en toda su profundidad la zanja de algunos de los cimientos del muro norte, dejándola preparada para que se colocaran las piedras de los cimientos. Tom había construido suficientes mecanismos de levantamiento para mantener a buen número de personas ocupadas en cavar el resto de la inmensa fosa. Además, en la orilla del río se amontonaba la madera enviada río abajo por los leñadores, así como las piedras de la cantera, todo lo cual había de ser acarreado ladera arriba hasta el enclave de la catedral. Allí había trabajo para centenares de personas.

Pero, ¿acudiría alguien?

A medianoche, Philip se encaminó bajo la lluvia hasta la cripta para los maitines. Al volver del oficio sagrado, la lluvia había cesado. No volvió a acostarse sino que se sentó a leer. Durante esos días el tiempo de que disponía para el estudio y la meditación era entre la medianoche y la madrugada, ya que durante todo el día estaba ocupado con la administración del monasterio.

Sin embargo, esa noche le resultaba difícil concentrarse y su mente volvía siempre a las perspectivas del día que se avecinaba y las posibilidades de éxito o fracaso. Al día siguiente podía perder todo por cuanto había trabajado durante el año anterior, y aún más. Se le ocurrió, quizás porque se sentía fatalista, que no debería buscar el éxito para su propia satisfacción. ¿Acaso era su orgullo el que estaba allí en juego? El orgullo era el pecado ante el que era más vulnerable. Luego pensó en toda la gente que dependía de él para que la apoyara, la protegiera y la empleara. Los monjes, los servidores del priorato, los canteros, Tom y Alfred, los aldeanos de Kingsbridge y los fieles de todo el condado. Al obispo Waleran no le importarían como le importaban a Philip. Waleran parecía creer que tenía derecho utilizar a la gente como le pareciera, al servicio de Dios. Philip creía que el preocuparse por la gente era servir a Dios. A eso se refería la salvación. No, la voluntad de Dios no podía ser que el obispo Waleran se saliera con la suya en esta pugna. Que mi orgullo está en juego, sólo un poco, admitía Philip para sí, pero en la balanza hay también muchas almas de hombres.

Por fin el alba rompió la noche, y una vez más se encaminó a la cripta, en esa ocasión para el oficio sagrado de prima. Los monjes estaban inquietos y excitados. Sabían que ese día era crucial para su futuro. El sacristán celebró presuroso el oficio y una vez más se lo perdonó Philip.

Cuando salieron de la cripta y enfilaron hacia el refectorio para desayunar ya era completamente de día y el cielo era de un azul límpido y despejado.

Dios había enviado al fin el tiempo por el que habían orado. Era un buen comienzo.

Tom Builder sabía que ese día su futuro estaba en juego.

Philip le había mostrado la carta del prior de Canterbury. Tom estaba seguro de que si la catedral se construía en Shiring, Waleran contrataría a su propio maestro constructor. No querría utilizar un diseño aprobado por Philip y tampoco arriesgarse a emplear a alguien que acaso fuera leal al prior. Para Tom, era Kingsbridge o nada. Era la única oportunidad que jamás tendría de construir una catedral, y en esos momentos peligraba.

Le invitaron a asistir aquella mañana a capítulo con los monjes. Ello ocurría de vez en cuando. Por lo general se debía a que iban a tratar del programa de construcción y era posible que necesitaran de su experta opinión en temas como el diseño, el costo o los plazos de tiempo. Ese día iba a hacer los preparativos para dar trabajo a los voluntarios, si es que acudía alguno; quería que aquel lugar fuera un hervidero de actividad laboriosa y eficiente cuando llegara el obispo Henry.

Permaneció sentado pacientemente durante las lecturas y las oraciones, sin comprender las palabras latinas, pensando en sus planes del día. Finalmente Philip volvió de nuevo al inglés y le pidió que esbozara la organización del trabajo.

—Yo me encontraré construyendo el muro este de la catedral y Alfred estará colocando las piedras de los cimientos —empezó diciendo Tom—. En ambos casos el objetivo es mostrar al obispo Henry lo adelantada que está la construcción.

—¿Cuántos hombres necesitaréis para ayudaros? —le preguntó Philip.

—Alfred necesitará dos peones para que le lleven las piedras. Utilizará material de las ruinas de la iglesia vieja; también necesitará a alguien para que le mezcle la argamasa. Yo también necesitaré un mezclador de argamasa y dos peones. Alfred podrá utilizar piedras de cualquier forma siempre que estén lisas por arriba y por debajo, pero mis piedras deberán estar debidamente preparadas ya que serán visibles por encima del suelo, de manera que he traído conmigo de la cantera dos cortadores de piedra para que me ayuden.

—Todo eso es muy importante para causar buena impresión al obispo Henry, pero la mayoría de los voluntarios estarán cavando para los cimientos —dijo Philip.

—Así es. Están marcados los cimientos de todo el presbiterio de la catedral y en la mayoría de ellos sólo se han cavado unos cuantos pies de profundidad. Los monjes deberán manejar el sistema de alzamiento. Ya he

dado instrucciones al respecto a varios de ellos, y los voluntarios pueden llenar los baldes.

—¿Qué pasará si llegan más voluntarios de los necesarios? —preguntó Remigius.

—Podemos dar trabajo a todos los que lleguen —dijo Tom—. Si no tenemos suficientes artilugios de alzamiento, la gente podrá sacar la tierra de las zanjas en cubos y cestos. El carpintero habrá de estar por allí para hacer más escalas; disponemos de la madera.

—Pero hay un límite para el número de personas que puedan bajar a ese foso de los cimientos —insistió Remigius.

Tom tenía la impresión de que Remigius sólo quería discutir.

—Podrán bajar varios centenares. Es un foso inmenso —dijo Tom malhumorado.

—¿Hay que hacer algún otro trabajo además de cavar? —le preguntó Philip.

—Desde luego —repuso Tom—. Hay que acarrear madera y piedra desde la orilla del río hasta arriba, al emplazamiento. Los monjes habréis de aseguraros de que los materiales quedan apilados en los lugares adecuados del enclave. Las piedras habrán de colocarse junto a las zanjas de los cimientos pero fuera de la iglesia para que no entorpezcan el trabajo. El carpintero os dirá dónde habrá que poner la madera.

—¿Carecerán todos los voluntarios de experiencia? —preguntó Philip una vez más.

—No forzosamente. Si nos llega gente de las ciudades es posible que haya algunos artesanos. Al menos así lo espero. Tendremos que descubrirlos y hacer uso de sus habilidades. Los carpinteros podrán construir viviendas para el trabajo invernal. Cualquier albañil puede cortar piedras y echar los cimientos. Si hubiera algún herrero podríamos ponerle a trabajar en la herrería de la aldea, haciendo herramientas. Toda esa clase de cosas serán de una tremenda utilidad.

—Todo ha quedado bien claro —dijo Milius, el tesorero—. Me gustaría poner manos a la obra. Ya hay algunos aldeanos esperando a que se les diga lo que tienen que hacer.

Había algo más que Tom necesitaba decirles, algo importante aunque sutil, y trataba de encontrar las palabras adecuadas. Los monjes podían mostrarse arrogantes e indisponer a los voluntarios.

Tom quería que aquel día el trabajo fuera sobre ruedas y con alegría.

—Yo ya he trabajado con voluntarios —empezó diciendo—. Es importante que no se los trate... que no se los trate como a sirvientes. Podemos pensar que están trabajando para alcanzar una recompensa celestial y que, por lo

tanto, trabajarán con más ahínco que si lo hicieran por dinero, pero no es forzoso que todos piensen así. Algunos creerán que están trabajando por nada y, por lo tanto, haciéndonos un gran favor, y si nos mostramos desagradecidos, trabajarán despacio y cometerán errores. Lo mejor será dirigirles con amabilidad.

Su mirada se encontró con la de Philip y observó que el prior reprimía una sonrisa, como si supiera los temores que se ocultaban bajo las palabras melifluas de Tom.

—Bien dicho —asintió Philip—. Si les tratamos bien, se sentirán felices y a sus anchas, creándose así un buen ambiente que impresionará de manera positiva al obispo Henry. —Miró en derredor a los monjes allí reunidos—. Si no hay más preguntas, pongamos manos a la obra.

Bajo la protección del prior Philip, Aliena había disfrutado de un año de seguridad y prosperidad.

Todos sus planes se habían cumplido. Ella y Richard habían recorrido el distrito rural comprando lana a los campesinos durante toda la primavera y el verano, vendiéndosela a Philip tan pronto como tenían un saco de lana. Y habían dado fin a la temporada con cinco libras de plata.

Su padre había muerto unos días después de su visita, aunque no lo supo hasta Navidad. Localizó su tumba —luego de gastar en sobornos gran parte de la plata tan duramente ganada— en un cementerio de mendigos en Winchester; había llorado amargamente, no sólo por él sino también por la vida que habían pasado juntos, segura y libre de preocupaciones, una vida que nunca más volvería. En cierto modo, ya le había dicho adiós antes de que muriera. Cuando abandonó la prisión supo que jamás volvería a verle. Pero también, como quiera que fuese, se hallaba todavía con ella porque estaba ligada al juramento que le hiciera y se había resignado a pasar su vida cumpliendo su voluntad.

Durante el invierno, ella y Richard habían vivido en una pequeña casa adosada al priorato de Kingsbridge. Habían construido una carreta, comprando las ruedas al carretero de Kingsbridge, y en la primavera adquirieron un buey joven para arrastrarla. La temporada de esquilado estaba en esos momentos en pleno auge y ya habían ganado más dinero de lo que les había costado el buey y la nueva carreta. El próximo año tal vez pudiera contratar a un hombre que la ayudara y encontrar un puesto de paje para Richard en casa de alguien perteneciente a la pequeña nobleza para que pudiera empezar el aprendizaje de caballero.

Pero todo dependía del prior Philip.

Al ser una joven de dieciocho años que vivía por sí misma, seguían considerándola presa fácil todos los ladrones y también muchos comerciantes legales. Había intentado vender un saco de lana a los mercaderes de Shiring y Gloucester sólo para averiguar qué ocurriría, y en ambas ocasiones le habían ofrecido la mitad de su precio. En una ciudad nunca había más de un mercader, de manera que sabían que no tenía alternativa. Con el tiempo tendría su propio almacén y vendería todas sus existencias a los compradores flamencos. Pero eso aún quedaba muy lejos. Entretanto dependía de Philip.

Y, de pronto, la posición de Philip se había hecho precaria.

Aliena se mantenía en constante alerta frente al peligro de los proscritos y los ladrones, pero cuando todo parecía sobre ruedas, sufrió un inmenso sobresalto al verse amenazado inesperadamente su modo de ganarse la vida.

Richard no quería trabajar en Pentecostés para la construcción de la catedral, lo que a Aliena le pareció un gran desagradecimiento por su parte. Le obligó a aceptar y poco después de salir el sol ambos recorrieron las pocas yardas que les separaban del recinto del priorato. Casi toda la aldea se había concentrado allí, treinta o cuarenta hombres, algunos con sus mujeres e hijos. Aliena quedo sorprendida hasta que recordó que el prior Philip era su señor y que cuando el señor pedía voluntarios probablemente lo más prudente era acudir. Durante el año anterior había adquirido una nueva y sorprendente perspectiva de las vidas de la gente corriente.

Tom Builder estaba distribuyendo el trabajo entre los aldeanos. Richard se dirigió de inmediato a hablar con Alfred, el hijo de Tom; tenían casi la misma edad. Richard tenía quince años y Alfred alrededor de un año más, y todos los domingos jugaban a la pelota con los otros chicos de la aldea; también estaba allí la niña pequeña, Martha, pero la mujer, Ellen, y el muchacho de extraño aspecto, habían desaparecido, nadie sabía a dónde. Aliena recordó el día en que la familia de Tom llegó a Earlcastle. Por entonces estaban en la miseria. Fueron rescatados de ella por el prior Philip, al igual que Aliena.

A Aliena y a Richard se les proporcionó palas y se les dijo que cavaran para los cimientos. El suelo estaba húmedo pero como había salido el sol pronto se secaría la superficie. Aliena empezó a cavar con energía. Aunque había cincuenta personas trabajando en ello, necesitaron mucho tiempo para que los hoyos parecieran bastante profundos a la vista. Richard descansaba con frecuencia sobre su pala.

—¡Cava si quieres llegar a ser caballero alguna vez! —le dijo Aliena en una ocasión, pero de nada sirvió.

Aliena estaba más delgada y fuerte que hacía un año, gracias a las largas caminatas y a levantar pesadas cargas de lana en bruto, pero en aquellos

momentos descubrió que todavía podía dolerle la espalda al cavar. Se sintió aliviada cuando el prior Philip hizo sonar la campana para que se tomaran un descanso. Los monjes les llevaron pan caliente de la cocina y sirvieron cerveza ligera. El sol empezaba a calentar con fuerza y algunos hombres se desnudaron hasta la cintura.

Mientras descansaban, un grupo de forasteros entró por la puerta. Aliena les miró esperanzada. Era tan sólo un puñado de gente pero tal vez fueran la avanzadilla de una gran multitud. Se acercaron a la mesa en la que se estaba repartiendo el pan y la cerveza y el prior Philip les dio la bienvenida.

—¿De dónde venís? —preguntó mientras se echaban al coleto agradecidos las jarras de cerveza.

—De Horsted —contestó uno de ellos limpiándose la boca con la manga. Aquello parecía prometedor. Horsted era una aldea de doscientos o trescientos habitantes a pocas millas al oeste de Kingsbridge. Con suerte, podían confiar en que llegara de allí otro centenar de voluntarios.

—Y en total ¿cuántos de vosotros venís? —preguntó Philip.

Al hombre pareció sorprenderle la pregunta.

—Sólo nosotros cuatro —contestó.

Durante la hora siguiente, la gente entraba a cuentagotas por la puerta del priorato hasta que mediada la mañana hubo setenta u ochenta voluntarios trabajando, incluidas las aldeanas. Luego, la afluencia cesó del todo.

No era suficiente.

Philip se encontraba en pie en el extremo este, observando cómo Tom construía un muro. Había construido ya las bases de dos contrafuertes hasta el nivel de la tercera serie de piedras, y en ese momento estaba levantando el muro entre ellos. *Probablemente nunca llegará a terminarse*, se dijo Philip con desánimo.

Lo primero que Tom hacía cuando los peones le llevaban una piedra, era coger un instrumento de hierro en forma de L y utilizarlo para comprobar si los bordes de la piedra eran cuadrados. Luego, con una pala, echaba una capa de argamasa sobre el muro, la distribuía con la punta de la paleta y colocaba encima la nueva piedra, rascando el exceso de argamasa. Para colocar la piedra se guiaba por un cordel tenso sujeto por ambos extremos a cada contrafuerte. Philip observó que la piedra estaba casi tan lisa en la parte superior como en la inferior, donde estaba la argamasa, como si pudiera verse de lado.

Aquello le sorprendió y preguntó a Tom el motivo.

—Una piedra jamás debe tocar las de arriba ni las de abajo —le contestó Tom—. Para eso es precisamente la argamasa.

—¿Por qué no deben tocarse?

—Porque provocarían grietas. —Tom se puso en pie para explicárselo—. Si camina por un tejado de pizarra su pie lo atravesará, pero si pone una tabla a través del tejado podrá andar por él sin dañar la pizarra. La tabla reparte el peso y eso es también lo que hace la argamasa.

A Philip jamás se le había ocurrido aquello. La construcción era algo fascinante, sobre todo con alguien como Tom capaz de explicar lo que estaba haciendo.

La parte más tosca de la piedra era la de detrás. Philip se dijo que con toda seguridad aquella cara sería visible en el interior de la iglesia. Luego recordó que, de hecho, Tom estaba construyendo un muro doble con una cavidad entre ellos de tal manera que la cara de atrás de cada piedra quedaría oculta.

Cuando Tom hubo depositado la piedra sobre su lecho de argamasa, cogió el nivel. Éste consistía en un triangulo de hierro con una correa sujeta a su vértice y unas marcas en la base. La correa tenía incorporado un peso de plomo de manera que siempre colgaba recta.

Colocó la base del instrumento sobre la piedra y comprobó cómo caía la correa. Si se inclinaba hacia un lado u otro del centro, Tom golpeaba sobre la piedra con su martillo hasta dejarla exactamente nivelada. Seguidamente iba corriendo el instrumento hasta colocarlo a caballo entre las dos piedras adyacentes para comprobar si la parte superior de ambas piedras estaba en línea. Por último colocó el instrumento oblicuamente sobre la piedra para asegurarse de que no se inclinaba a un lado ni a otro. Antes de coger una nueva piedra hizo chasquear el cordón tenso para asegurarse de que las caras de las piedras estaban en línea recta. Philip no sabía que fuera tan importante que los muros de piedra quedaran exactamente rectos y nivelados.

Alzó la mirada hacia el resto del enclave de la construcción. Era tan inmenso que ochenta hombres y mujeres y algunos niños parecían perdidos en él. Trabajaban alegremente bajo los rayos del sol, pero eran tan pocos que a Philip le pareció que en sus esfuerzos había un aire de futilidad. Al principio había esperado que acudieran cien personas, pero en esos momentos comprendió que ni siquiera así hubieran sido suficientes.

Entró en el recinto otro pequeño grupo y Philip se obligó a ir a darles la bienvenida con una sonrisa. Sus esfuerzos no tenían por qué ser vanos.

Como quiera que fuese, obtendrían el perdón de sus pecados.

Al acercarse a ellos vio que era un grupo numeroso. Contó hasta doce y luego entraron otros dos. Después de todo tal vez llegara a tener un centenar de personas para mediodía, hora en que se esperaba al obispo.

—Dios os bendiga a todos —les dijo. Estaba a punto de decirles dónde podían empezar a cavar cuando le interrumpió una gran voz.

—¡Philip!

Frunció el ceño desaprobador. La voz pertenecía al hermano Milius. Incluso éste debía llamarle "padre" en público. Philip miró hacia donde venía la voz. Milius se balanceaba sobre el muro del priorato en postura no muy digna.

—¡Baja inmediatamente del muro, hermano Milius! —dijo Philip con voz tranquila aunque imperiosa.

Ante su asombro Milius siguió allí.

—¡Ven y mira esto! —le gritó.

Philip se dijo que los recién llegados iban a tener una pobre impresión de la obediencia monástica, pero no podía evitar preguntarse qué sería lo que había excitado de tal forma a Milius para hacerle perder de aquel modo todos sus modales.

—Ven aquí y dime de qué se trata, Milius —dijo con un tono de voz que habitualmente reservaba para los novicios alborotadores.

—¡Tienes que mirar! —gritó Milius.

Philip se dijo ya enfadado que habría de tener una buena razón para aquello. Pero como no quería dar un buen rapapolvo a su más íntimo colaborador delante de todos aquellos forasteros, optó por sonreír y hacer lo que Milius le pedía. Profundamente irritado, atravesó el suelo embarrado frente al establo y saltó al muro bajo.

—¿Qué significa este comportamiento? —dijo en tono acre.

—¡No tienes más que mirar! —dijo Milius señalando con el brazo.

Siguiendo su indicación, Philip miró por encima de los tejados de la aldea, más allá del río, hacia el camino que seguía la subida y bajada del terreno hacia el oeste. Al principio no podía creer lo que veía. Entre los campos de verdes cosechas el ondulante camino estaba repleto de una sólida masa, centenares de personas, todas ellas caminando en dirección a Kingsbridge.

—¿Qué es eso? —preguntó desconcertado—. ¿Un ejército? —Y fue entonces cuando cayó en la cuenta de que se trataba de voluntarios—. ¡Míralos! —gritó—. Deben de ser quinientos... tal vez mil... o más.

—¡Así es! —dijo Milius con aire feliz—. ¡Después de todo han venido!

—Estamos salvados.

Se hallaba tan emocionado que ni siquiera recordó por qué había de dar un rapapolvo a Milius. La multitud ocupaba todo el trecho hasta el puente y la fila atravesaba toda la aldea hasta la puerta del priorato. La gente a la que había saludado era la cabeza de una falange. En aquellos momentos estaban atravesando multitudinariamente la puerta y dirigiéndose hacia el extremo occidental del emplazamiento en construcción, a la espera de que alguien les dijera lo que tenían que hacer.

—¡Aleluya! —exclamó Philip sin poderse contener.

Pero no era suficiente con alegrarse, tenía que utilizar los servicios de aquella gente. Bajó de un salto del muro.

—¡Vamos! —gritó a Milius—. Convoca a todos los monjes y que dejen de trabajar. Vamos a necesitarlos como ayudantes. Dile al cocinero que hornee todo el pan que pueda y que saque algunos barriles más de cerveza. Necesitamos más baldes y palas. Hemos de tener a toda esa gente trabajando antes de que llegue el obispo Henry.

Durante la hora siguiente, Philip mantuvo una actividad frenética.

Al principio, tan sólo para quitar de en medio a la gente, encargó a un centenar o más la tarea de acarrear materiales desde la orilla del río.

Tan pronto como Milius hubo reunido el grupo de monjes que habían de supervisar el trabajo, empezó a enviar a los voluntarios a los cimientos. Pronto les faltaron palas, barriles y baldes. Philip ordenó que se trajeran todas las marmitas de la cocina, e hizo que algunos voluntarios construyeran toscas cajas de madera y bandejas de mimbre para transportar tierra. Tampoco había escalas ni artilugios de alzamiento, por lo que hicieron un largo declive en un extremo de la fosa más grande de los cimientos, de manera que la gente pudiera entrar y salir de ella. Se dio cuenta de que no había reflexionado lo suficiente sobre dónde poner las enormes cantidades de tierra que estaban sacando de los cimientos. Ahora ya era demasiado tarde para perder el tiempo pensando en ello, de manera que ordenó que la tierra se arrojara en un gran trecho de suelo rocoso cerca del río. Tal vez llegara a ser cultivable. Mientras estaba dando esa orden, Bernard Kitchener llegó aterrado diciendo que sólo había hecho provisiones para doscientas personas a lo sumo, y que al menos había un millar.

—Enciende un fuego en el patio de la cocina y haz sopa en una tina de hierro —le dijo Philip—. Pon agua a la cerveza. Utiliza cuanto haya en el almacén. Haz que algunos aldeanos preparen comida en sus propios hogares. ¡Improvisa!

Dio media vuelta y siguió organizando a los voluntarios.

Mientras se encontraba todavía dando órdenes, alguien le dio unos golpecitos en el hombro al tiempo que decía en francés:

—¿Podéis prestarme vuestra atención por un momento, prior Philip? — Era el deán Baldwin, el ayudante de Waleran Bigod.

Al volverse, Philip se encontró con el grupo visitante al completo, todos ellos a caballo y con lujosa indumentaria, contemplando atónitos la escena que les rodeaba. Allí estaba el obispo Henry, hombre bajo y fornido, de gesto belicoso, contrastando su corte de pelo de fraile con la capa púrpura bordada. Junto a él se encontraba el obispo Waleran, vestido como siempre de negro,

sin que su habitual mirada de desdén glacial lograra disimular del todo su consternación. También les acompañaba el obeso Percy Hamleigh, su fornido hijo William y Regan, su horrenda mujer. Percy y William lo miraban todo boquiabiertos, pero Regan comprendió al instante lo que Philip había hecho y estaba furiosa.

Philip volvió de nuevo su atención al obispo Henry y quedó sorprendido al ver que éste le estaba mirando con gran interés. Philip le devolvió la mirada con toda franqueza. La expresión del obispo Henry era de sorpresa, curiosidad y una especie de respeto divertido.

Al cabo de un instante Philip se acercó al obispo, contuvo la cabeza de su caballo y besó el anillo en la mano que le alargaba Henry.

Henry desmontó con movimiento suave y ágil y el resto del grupo le imitó. Philip llamó a un par de monjes para que condujeran los caballos a la cuadra. Henry era más o menos de la edad de Philip, pero su tez rojiza y su bien cubierta osamenta le hacían parecer más viejo.

—Bueno, padre Philip —le dijo—. He venido a comprobar unos informes según los cuales no eras capaz de construir una nueva catedral aquí, en Kingsbridge. —Hizo una pausa, miró en derredor a los centenares de trabajadores y luego volvió la vista a Philip—. A lo que parece me informaron mal.

Philip sintió como si se le parara el corazón. Henry lo había dicho con toda claridad. Philip había ganado.

Philip se volvió hacia el obispo Waleran. La cara de éste era una máscara de furia contenida. Sabía que había sido derrotado de nuevo.

Philip se arrodilló e inclinando la cabeza para disimular la expresión de triunfal deleite, besó la mano de Waleran.

Tom estaba disfrutando con la construcción del muro. Hacía tanto tiempo desde que lo había hecho por última vez, que había olvidado la profunda tranquilidad que le embargaba al colocar una piedra sobre otra en líneas perfectamente rectas y al ver cómo iba elevándose la construcción.

Cuando los voluntarios empezaron a llegar a centenares y se dio cuenta de que el plan de Philip iba a dar resultado, se sintió todavía más contento. Aquellas piedras formarían parte de la catedral de Tom y el muro que en aquel momento tan sólo tenía un pie de alto, finalmente se alzaría en busca del cielo. Tom sintió que se encontraba en los comienzos del resto de su vida. Supo de la llegada del obispo Henry. Como una piedra lanzada en un estanque, el obispo provocó ondas entre la masa de trabajadores, al detenerse la gente por un instante para contemplar aquellas figuras suntuosamente vestidas abriéndose camino con esmerado cuidado por el barro. Tom siguió colocando piedras. El obispo debió quedar admirado a la

vista de los millares de voluntarios trabajando alegres y entusiastas para construir su nueva catedral. Ahora Tom necesitaba causar también una buena impresión. Nunca se había sentido a gusto con gentes bien vestidas, pero necesitaba mostrarse competente y prudente, tranquilo y seguro de sí mismo, el tipo de hombre en quien se puede confiar las preocupantes complejidades de un gran y costoso proyecto de construcción.

Se mantuvo alerta a la espera de la llegada de los visitantes y cuando vio acercarse al grupo dejó la paleta. El prior Philip condujo al obispo Henry hasta donde se encontraba Tom y éste, arrodillándose, besó la mano del obispo.

—Tom es nuestro constructor. Nos lo envió Dios el mismo día que ardió la iglesia.

Tom se arrodilló de nuevo ante el obispo Waleran y luego miró al resto del grupo. Se obligó a recordar que era el maestro constructor y que no debería mostrarse servil. Reconoció a Percy Hamleigh para quien un día había construido media casa.

—Mi señor Percy —dijo con una leve inclinación. Vio a la horrorosa mujer de Percy—. Mi señora Regan. —Finalmente descubrió al hijo. Recordó a William arrollando casi a Martha con su enorme caballo de guerra y también cómo había intentado comprar a Ellen en el bosque. Aquel joven era un tipo desagradable. Pero la expresión de Tom era cortés—. Y el joven Lord William. Saludos.

El obispo Henry observaba a Tom con mirada penetrante.

—¿Has dibujado tus planos, Tom Builder?

—Sí, mi señor obispo. ¿Querríais verlos?

—Ciertamente.

—Tal vez quisierais seguirme.

Henry asintió, y Tom les condujo hasta su cobertizo, a unas yardas de distancia. Entró en la pequeña construcción de madera y salió con el plano del suelo, dibujado sobre argamasa con un gran marco de madera de cuatro pies de longitud. Apoyándolo contra el muro del cobertizo, se hizo atrás.

El momento era delicado. La mayoría de la gente no entendía los planos, pero los obispos y los señores aborrecían admitirlo, por lo que se hacía necesario explicarles la idea de manera que su ignorancia no quedara de manifiesto ante los demás. Claro que algunos obispos sí que la entendían, en cuyo caso se sentían insultados cuando un simple constructor pretendía darles explicaciones.

—Éste es el muro que estoy construyendo —dijo Tom, señalando nervioso el plano.

—Sí, a todas luces la fachada este —dijo Henry. Aquello daba respuesta al interrogante. Sabía leer perfectamente un plano—. ¿Por qué no tienen los cruceros naves laterales?

—Para economizar —contestó Tom al instante—. Pero como no empezaremos a construirlos hasta dentro de otros cinco años, si el monasterio sigue prosperando como ha hecho durante el primer año que lo ha regido el prior Philip, es posible que para entonces podamos permitirnos construir cruceros con naves laterales.

Había elogiado a Philip y contestado a la pregunta a un tiempo, y creía haberse mostrado bastante inteligente.

Henry asintió aprobador.

—Muy sensato el establecer un plan modesto dejando lugar al propio tiempo para una posible ampliación. Enséñame el alzado.

Tom sacó el alzado. Esa vez no hizo comentario alguno, sabedor de que Henry era capaz de entender lo que estaba mirando, tal como quedó confirmado con el comentario de Henry.

—Las proporciones tienen donosura.

—Gracias —dijo Tom. El obispo parecía complacido con todo—. Es una catedral modesta, pero será más luminosa y bella que la antigua —añadió Tom.

—¿Y cuánto tiempo llevará terminarla?

—Quince años con un trabajo ininterrumpido.

—Cosa que nunca ocurre. Sin embargo... ¿Puedes mostrarnos qué aspecto tendrá? Me refiero a alguien que la vea desde fuera.

Tom comprendió lo que decía.

—¿Os referís a un boceto?

—Sí.

—Ciertamente.

Tom volvió junto al muro que estaba construyendo, con el grupo del obispo detrás. Se arrodilló ante su esparavel y extendió sobre él una capa uniforme de argamasa, alisando la superficie. Luego, con la punta de su paleta, hizo un bosquejo del extremo occidental de la iglesia. Sabía que eso lo hacía muy bien. El obispo, su grupo y todos los monjes y trabajadores voluntarios que andaban por allí miraban fascinados. El dibujo siempre les parecía un milagro a quienes no sabían hacerlo. En unos minutos Tom había hecho un dibujo lineal de la cara oeste con tres portales arqueados, una gran ventana y dos torrecillas que la flanqueaban. Era un truco sencillo pero siempre causaba impresión.

—Extraordinario —dijo el obispo Henry una vez terminado el dibujo—. Que tu habilidad se vea bendecida por Dios.

Tom sonrió. Aquello representaba un poderoso respaldo a su nombramiento.

—Mi señor obispo, ¿tomaréis algún refrigerio antes de celebrar el oficio sagrado? —dijo el prior Philip.

—Con mucho gusto.

Tom sintió un gran alivio. Había superado felizmente la prueba.

—Os ruego que paséis a la casa del prior. Está enfrente —siguió diciendo Philip al obispo. El grupo se puso en movimiento. Philip apretó el brazo de Tom y dijo con un murmullo de júbilo contenido—: ¡Lo hemos conseguido!

Tom respiró aliviado al alejarse los dignatarios. Se sentía contento y orgulloso. *Sí*, se dijo, *lo hemos conseguido*. El obispo Henry estaba más que impresionado. Estaba pasmado, pese a su compostura. Era evidente que Waleran le había pintado una escena de letargo e inactividad, razón por la que había resultado mucho más llamativa. El resultado era que la malignidad de Waleran se había vuelto contra él, fortaleciendo el triunfo de Philip y Tom.

Mientras disfrutaba de la grata sensación de una victoria honrada, oyó una voz familiar.

—Hola, Tom Builder.

Al volverse se encontró con Ellen.

Tom se quedó pasmado. Los problemas de la catedral habían ocupado de tal forma su mente que durante todo el día no había pensado en ella. La contempló feliz. Estaba exactamente como cuando se fue: esbelta, la tez morena, el oscuro pelo que se agitaba como olas en una playa y aquellos ojos hundidos de un dorado luminoso. Le sonrió con aquella boca de labios gruesos que siempre le hacía pensar en besos.

Se sentía desbordado por el deseo apremiante de abrazarla, pero logró dominarse.

—Hola, Ellen —se forzó a decir con cierta dificultad.

—Hola, Tom —dijo un joven que la acompañaba.

Tom le miró con curiosidad.

—¿No te acuerdas de Jack? —dijo Ellen.

—¡Jack! —repitió Tom asombrado.

El muchacho había cambiado. Ahora ya era algo más alto que su madre y tenía ese físico huesudo que impulsaba a las abuelas a decir que un muchacho ha dado un fuerte estirón. Seguía teniendo el pelo rojo y brillante, la tez blanca y los ojos verdes, pero sus rasgos habían adquirido proporciones más atractivas e incluso era posible que algún día fuera guapo.

Tom miró de nuevo a Ellen. Por un momento se limitó a disfrutar con su contemplación. Quería decirle: *Te he echado de menos. No puedes ni*

imaginar cuánto te he echado de menos, y casi estuvo a punto de hacerlo, pero no se atrevió.

—Bueno, ¿dónde habéis estado? —se limitó a preguntar.

—Hemos estado viviendo donde siempre lo hemos hecho, en el bosque —dijo ella.

—¿Y qué os ha hecho volver precisamente hoy?

—Nos enteramos de que pedíais voluntarios y sentimos curiosidad por saber cómo te iba. Y además no he olvidado que prometí volver un día.

—Me alegro de que lo hayas hecho —dijo Tom—. Tenía unos deseos enormes de verte.

—¿Sí? —Ellen parecía mostrarse cauta.

Era el momento que desde hacía un año había estado esperando y planeando, y cuando al fin llegaba se sentía atemorizado. Hasta entonces había sido capaz de vivir con la esperanza, pero si ese día Ellen le rechazaba, sabría que la habría perdido para siempre. Le asustaba empezar. El silencio se prolongaba. Tom aspiró con fuerza.

—Escucha —le dijo—. Quiero que vuelvas conmigo. Pero, por favor, no digas nada hasta que hayas escuchado lo que tengo que decirte..., por favor.

—Muy bien —repuso ella con un tono sin inflexiones.

—Philip es un prior muy bueno. El monasterio esta prosperando cada vez más gracias a su buena administración. Mi trabajo aquí es seguro. Nunca más tendremos que volver a patear los caminos. Lo prometo.

—No fue porque...

—Lo sé. Pero quiero decírtelo todo.

—Muy bien.

—He construido una casa en la aldea con dos habitaciones y una chimenea, y puedo agrandarla. No tendremos que vivir en el priorato.

—Pero Philip es dueño de la aldea.

—Ahora Philip está en deuda conmigo. —Tom abarcó con un movimiento de brazo todo el panorama—. Sabe que no hubiera podido hacer todo esto sin mí. Si le pido que te perdone por lo que hiciste y que considere como penitencia suficiente el año que has pasado de exilio, estará de acuerdo. No puede negármelo en un día como éste.

—¿Y qué me dices de los chicos? —preguntó ella—. ¿Esperas que te contemple impávida correr la sangre de Jack cada vez que Alfred está irritado?

—En realidad creo tener la respuesta para ello —dijo Tom—. Alfred ahora es ya albañil. Tomaré a Jack como aprendiz mío. De esa manera Alfred no se sentirá resentido por la ociosidad de Jack. Y tú puedes enseñar a Alfred a leer y escribir, y de esa manera los dos muchachos se encontrarán en igualdad de

condiciones. Los dos estarán trabajando y también los dos sabrán leer y escribir.

—Has pensado mucho sobre ello, ¿verdad? —dijo Ellen.

—Sí.

Tom esperó su reacción. No se le daba muy bien mostrarse persuasivo. Todo cuanto podía hacer era plantear la situación. Si al menos también en este caso pudiera hacer un bosquejo a Ellen...

Tenía la impresión de que no se le había escapado nada y que había dado respuesta a cualquier objeción. ¡Ellen tenía que aceptar! Pero todavía se mostraba vacilante.

—No estoy segura —dijo.

Tom sintió que perdía el dominio de sí mismo.

—Por favor, Ellen, no digas eso. —Temía echarse a llorar delante de toda aquella gente y sentía tal nudo en la garganta que apenas podía hablar—. ¡Te quiero tanto! Por favor, no vuelvas a irte —le suplicó—. Lo único que me ha mantenido con fuerzas para seguir adelante ha sido la esperanza de que volverías. No puedo soportar vivir sin ti. No cierres las puertas del paraíso. ¿No te das cuenta de que te quiero con todo mi corazón?

La actitud de ella cambió de pronto.

—¿Por qué no lo decías entonces? —musitó. Y se acercó a él, que la rodeó con los brazos—. Yo también te quiero, loco tonto —le dijo.

Tom se sintió flaquear de alegría. *De veras me quiere, de veras*, se dijo. La abrazó con fuerza y luego la miró a la cara.

—¿Querrías casarte conmigo, Ellen?

Ellen tenía los ojos llenos de lágrimas, pero también sonreía.

—Sí, Tom. Me casaré contigo —dijo levantando la cara.

Tom la atrajo con fuerza y la besó en la boca. Durante un año había soñado con aquello. Cerró los ojos concentrándose en el maravilloso contacto de los labios de Ellen contra los suyos. Ellen tenía la boca ligeramente abierta y los labios húmedos. El beso era tan exquisito que por un instante se olvidó de todo.

—¡No vayas a tragártela, hombre! —le dijo alguien cerca de ellos.

—¡Estamos en una iglesia! —le dijo Tom apartándose de ella.

—No me importa —le contestó ella alegremente, besándole de nuevo.

El prior Philip les había ganado por la mano una vez más, pensaba amargamente William mientras se encontraba sentado en casa del prior, bebiendo el vino aguado de Philip y comiendo dulces de la cocina del priorato. William necesitó algún tiempo para apreciar en todo su valor la brillante y

total victoria de Philip. No hubo error alguno en la valoración original del obispo Waleran de la situación.

Era verdad que Philip andaba corto de dinero y que tendría grandes dificultades para construir una catedral en Kingsbridge. Pero, pese a ello, el astuto monje había hecho un tenaz progreso, había contratado a un maestro constructor, comenzado la obra y luego, con un hábil juego de manos, había conjurado unas numerosas fuerzas laborales para embaucar al obispo Henry. Y éste había quedado gratamente impresionado, tanto más cuanto que Waleran le había presentado de antemano una imagen realmente desoladora.

Y además el condenado monje sabía que había ganado. No podía borrar del rostro aquella sonrisa triunfal. En aquellos momentos conversaba animadamente con el obispo Henry sobre razas de ovejas y el precio de la lana, y Henry le escuchaba con extrema atención, casi con respeto, mientras que prácticamente ignoraba a los padres de William, que eran mucho más importantes que un simple prior. Philip lamentaría ese día. Nadie podía permitirse superar a los Hamleigh y salirse con la suya. No habrían alcanzado la alta posición que tenían permitiendo a monjes situarse por encima de ellos. Bartholomew de Shiring les había insultado y murió en una prisión de traidores. Philip no saldría mejor parado.

Tom Builder era otro hombre que lamentaría haber provocado a los Hamleigh. William no había olvidado el desafío de Tom en Durstead, sujetando la cabeza de su caballo y obligándole a pagar a los trabajadores. Y hoy mismo, Tom le había llamado con absoluta falta de respeto "el joven Lord William". Ahora sin duda estaba a partir un piñón con Philip, construyendo catedrales y no mansiones. Aprendería a su costa que era preferible correr el albur con los Hamleigh que aunar fuerzas con sus enemigos.

William permaneció sentado, echando chispas en silencio hasta que el obispo Henry, poniéndose en pie, se mostró dispuesto a celebrar el oficio sagrado. El prior Philip hizo una seña a un novicio, que salió corriendo de la habitación. Un instante después empezó a sonar una campana.

Todos salieron de la casa. El primero en hacerlo fue el obispo Henry seguido del obispo Waleran, en tercer lugar el prior Philip, y finalmente los seglares. Todos los monjes estaban esperando fuera y se pusieron en fila detrás de Philip formando una procesión. Los Hamleigh hubieron de cerrar la marcha.

Toda la parte occidental del recinto del priorato estaba ocupada por los voluntarios, sentados sobre muros y tejados. Henry subió a una plataforma en el centro del lugar en construcción. Los monjes se situaron detrás de él formando hileras, donde habría de estar el coro de la nueva catedral. Los

Hamleigh y los demás miembros seglares del séquito del obispo se dirigieron a donde habría de estar la nave.

Al ocupar sus lugares, William vio a Aliena.

Tenía un aspecto muy diferente. Su indumentaria era de ínfima calidad, calzaba zuecos de madera y los abundantes bucles que le enmarcaban la cara estaban húmedos de sudor. Pero desde luego era Aliena y seguía siendo tan hermosa que se le secó la garganta y se quedó mirándola sin poder apartar la vista, mientras empezaba el oficio y en el recinto del priorato se alzaron mil voces diciendo el padrenuestro.

Aliena pareció acusar el impacto de su mirada, porque se mostraba inquieta, apoyándose ora en un pie, ora en otro, mientras paseaba la mirada en derredor como buscando algo, finalmente se encontró con los ojos de William. En su cara se reflejó una expresión de horror y miedo, y retrocedió sobrecogida aunque se encontraba a unas diez yardas de él y separada por docenas de personas. El miedo de Aliena la hacía tanto más deseable para William y sintió que su cuerpo reaccionaba como no lo había hecho durante todo el año. La lujuria que Aliena le inspiraba estaba mezclada con el resentimiento que sentía a causa del hechizo que le había lanzado. Aliena enrojeció y bajó la vista como si estuviera avergonzada. Cambió unas breves palabras con un muchacho que estaba junto a ella, su hermano, claro, se dijo William, reconociendo el rostro al evocar como un relámpago el erótico recuerdo. Luego dio media vuelta y desapareció entre la multitud.

William se sintió decepcionado. A punto estuvo de seguirla, pero naturalmente no le era posible en medio de un oficio sagrado, y delante de sus padres, dos obispos, cuarenta monjes y un millar de fieles. De modo que se volvió de nuevo de cara al altar completamente decepcionado. Había perdido la ocasión de averiguar dónde vivía.

Aunque Aliena se hubiera ido, seguía fija en su mente. Se preguntó si sería pecado tener una erección en la iglesia. Observó que su padre parecía agitado.

—¡Mira! —decía a madre—. ¡Mira a esa mujer!

Al principio, William creyó que padre se refería a Aliena. Pero no se la veía por parte alguna y al seguir la mirada de su padre vio a una mujer de unos treinta años, no tan voluptuosa como Aliena, pero con un aspecto ágil e indomable que la hacía interesante. Se encontraba en pie, a cierta distancia, junto a Tom, el maestro constructor, y William pensó que probablemente era su mujer, la mujer que él había intentado comprar un día en el bosque, haría de eso más o menos un año. Pero ¿por qué la conocería su padre?

—¿Es ella? —preguntó padre.

La mujer volvió la cabeza, como si les hubiera oído, y les miró directamente. William vio de nuevo sus ojos dorados, claros y penetrantes.

—Por Dios que es ella —dijo madre con tono sibilante.

La mirada de la mujer conmocionó a padre. Su rostro abotagado palideció, y las manos le temblaron.

—¡Que Jesucristo nos proteja! —dijo—. Creí que había muerto.

Y William se preguntaba: *¿Qué diablos es todo esto?*

Jack se lo había estado temiendo. Durante todo un año supo que su madre echaba en falta a Tom Builder. Su mal genio se había atemperado algo, a menudo tenía una expresión lejana, ensoñadora, y por las noches a veces jadeaba como si estuviera soñando o imaginando que hacía el amor con Tom. Durante todo ese tiempo, Jack supo que volvería allí. Y ahora había aceptado quedarse. Y él, Jack, aborrecía la idea.

Los dos habían sido siempre felices. Quería a su madre y ella le quería a él. Y nadie se interponía entre ellos. Bien era verdad que la vida en el bosque resultaba poco interesante. Había echado de menos la atracción del gentío y las ciudades que había visto durante su breve estancia con la familia de Tom. Había notado la falta de Martha. Y lo extraño fue que mitigara su aburrimiento en el bosque soñando despierto con la joven en la que siempre pensaba como la Princesa, aun cuando supiera que se llamaba Aliena. Le hubiera interesado trabajar con Tom y descubrir cómo se construían los edificios. Pero entonces ya no sería libre. La gente le diría lo que tenía que hacer. Hubiera tenido que trabajar, quisiera o no. Y hubiera tenido que compartir a su madre con el resto del mundo.

Mientras se encontraba sentado en el muro cerca de la puerta del priorato, pensando desconsolado en todo ello, quedó sorprendido al ver a la Princesa.

Parpadeó. Se abría camino entre la muchedumbre en dirección a la puerta, con aspecto angustiado. Estaba todavía más bella de lo que él la recordaba. En aquellos días tenía un cuerpo juvenil, voluptuoso y de suaves redondeces que cubría con ricos trajes. Ahora estaba más delgada y parecía más una mujer que una adolescente. Vestía una camisola empapada de sudor que se le ceñía al cuerpo, revelando unos pechos turgentes y las costillas, un vientre liso, caderas estrechas y largas piernas. Tenía la cara sucia de barro y despeinada la hermosa cabellera. Estaba trastornada por algo, con una expresión de temor y desconsuelo. Pero la emoción daba una mayor belleza a su rostro. Jack se quedó cautivado. Sintió una excitación peculiar en las ijadas que nunca había experimentado hasta entonces. La siguió. No fue una decisión consciente. Hacía sólo un momento que se encontraba sentado en el

muro, mirándola con la boca abierta, y un instante después cruzaba presuroso la puerta tras ella. La alcanzó ya afuera, en la calle. Desprendía un olor almizclado, como si hubiera estado trabajando duro. Recordó que solía oler a flores.

—¿Algo va mal? —le preguntó.

—No, no pasa nada —repuso ella lacónica, acelerando el paso.

Jack siguió andando junto a ella.

—No te acuerdas de mí. La última vez que nos vimos me explicaste cómo eran concebidos los niños.

—¡Ya está bien! ¡Calla la boca y vete! —le gritó Aliena.

Jack se detuvo y la dejó alejarse. Se sentía decepcionado. Era evidente que había dicho algo incorrecto.

Le había tratado como a un chiquillo irritante. Tenía ya trece años, pero eso a ella le parecería la infancia desde la arrogante altura de sus dieciocho años.

La vio subir hasta una casa, coger una llave que llevaba en una correa colgada al cuello y abrir la puerta.

¡Vivía allí!

Eso hizo que todo le pareciera diferente.

De repente, no consideró tan mala la perspectiva de abandonar el bosque e irse a vivir a Kingsbridge. Vería a la Princesa todos los días. Ello le compensaría de muchas cosas.

Permaneció donde estaba, vigilando la puerta, pero Aliena no volvió a salir. Le parecía estar haciendo algo extraño, de pie en la calle con la esperanza de ver a alguien que apenas le conocía. Pero no sentía deseos de alejarse de allí. En su interior sentía una nueva emoción. Ya nada parecía tan importante como la Princesa. Se había convertido para él en una idea fija. Estaba encantado. Estaba poseído.

Estaba enamorado.

TERCERA PARTE (1140 – 1142)

CAPÍTULO OCHO

1

La ramera que William eligió no era muy bonita pero tenía grandes senos. Además se sintió atraído por su cabellera abundante y rizosa. Se había acercado a él con paso lento y moviendo las caderas. Se dio cuenta entonces de que tenía algunos años más de los que él imaginó. Tal vez veinticinco o treinta. Aunque su sonrisa era inocente, la mirada se percibía dura y calculadora. Walter fue el siguiente en elegir, y se decidió por una muchacha menuda, de aspecto vulnerable y juvenil, con el pecho liso. Una vez que William y Walter hicieron su selección, les llegó el turno a los otros cuatro caballeros.

William los había llevado al burdel porque necesitaban un poco de expansión. Hacía meses que no participaban en batalla alguna y empezaban a mostrarse descontentos y pendencieros.

La guerra civil que había estallado hacía un año entre el rey Stephen y su rival Maud, la llamada Emperatriz, parecía atravesar momentos de calma. William y sus hombres estuvieron siguiendo a Stephen por todo el suroeste de Inglaterra. La estrategia de éste era enérgica aunque errática. De repente atacaba con enorme entusiasmo una de las plazas fuertes de Maud; pero, de no obtener una victoria rápida, se cansaba pronto del asedio y se retiraba. El jefe militar de los rebeldes no era la propia Maud, sino su medio hermano Robert, conde de Gloucester. Y, hasta ese momento, Stephen no había logrado obligarle a una lucha abierta. Era una guerra indecisa con mucho movimiento y escasa lucha real, y por ello los hombres se mostraban inquietos.

El lupanar se hallaba dividido mediante mamparas, en pequeños cuartos, en cada uno de los cuales había un colchón de paja. William y sus caballeros llevaron a las mujeres elegidas detrás de las mamparas. La puta de William ajustó la mampara para tener algo de intimidad. Luego, se bajó la parte superior de la camisola y dejó los senos al descubierto. Eran grandes, como ya supuso William, pero también lo eran los pezones, y además resultaban visibles las venas de una mujer que hubiera amamantado niños. William se

sintió algo decepcionado. Sin embargo, la atrajo hacia sí, le cogió los pechos, los apretó y le pellizcó los pezones.

—Con cuidado —pidió la mujer con tono de ligera protesta.

Lo rodeó con los brazos empujándole hacia delante las caderas y frotándose contra él. Al cabo de unos momentos, metió la mano entre sus dos cuerpos y tanteó en busca de su ingle.

William farfulló un juramento. Su cuerpo no respondía.

—No te preocupes —murmuró la ramera.

Le enfureció su tono condescendiente; pero nada dijo mientras se soltaba de su abrazo, se arrodillaba, levantaba la parte delantera de su túnica y empezaba a trabajar con la boca.

En un principio, a William le resultó grata la sensación y pensó que todo marcharía bien. Pero después de la excitación inicial, perdió de nuevo interés. Se quedó mirando la cara de ella, ya que eso le excitaba en algunas ocasiones. Sin embargo, en aquel momento, sólo le hacía pensar en lo impotente que debía parecerle. Empezó a ponerse furioso, lo que sólo sirvió para que se le encogiera más.

—Intenta tranquilizarte —le aconsejó la mujer deteniéndose.

Al empezar de nuevo, chupó con tal fuerza que le hizo daño. William la apartó con rudeza y los dientes de ella rascaron su delicada piel haciéndole gritar. La abofeteó con el dorso de la mano. La prostituta lanzó un grito entrecortado y cayó de lado.

—Eres una zorra torpe —gruñó William.

La mujer yacía a sus pies, sobre el colchón, mirándolo temerosa.

Le propinó un puntapié al azar, más por irritación que con deseos de hacerle daño. Le dio en el vientre. Fue más fuerte de lo que él pensaba y el dolor la hizo doblarse.

William se dio cuenta de que, al fin, su cuerpo reaccionaba.

Se arrodilló, le hizo ponerse boca arriba y la montó. La mujer lo miraba con una expresión de dolor y miedo. William le levantó la falda del traje hasta la cintura. El vello entre sus piernas era abundante y rizoso. Eso le gustó. Se acariciaba a sí mismo mientras miraba el cuerpo femenino. El miembro de William no estaba lo bastante duro.

Empezaba a desaparecer el miedo de la mirada de ella. A él se le ocurrió que acaso aquella puta estuviera intentando deliberadamente ahogar el deseo de él para no tener que prestarle servicio. Aquella idea le enfureció. Le pegó en la cara con el puño cerrado.

La mujer chilló e intentó zafarse de debajo de él. William descargó sobre ella todo su peso para inmovilizarla pero la ramera seguía debatiéndose y chillando. Ahora ya lo tenía completamente erecto. Intentó separarle los

muslos pero ella se le resistía. Alguien apartó la mampara y Walter entró. Llevaba sólo las botas y la camiseta, y tenía el pene erecto semejante al asta de una bandera. Otros dos caballeros le iban a la zaga, Ugly Gervase y Hugh Axe.

—Sujetádmela, muchachos —les dijo William.

Los tres caballeros se arrodillaron en derredor de la prostituta y la sujetaron hasta inmovilizarla.

William se puso en posición para penetrarla; luego, hizo una pausa disfrutando de antemano.

—¿Qué ha ocurrido, señor? —le preguntó Walter.

—Cambió de idea al ver el tamaño —respondió William con una mueca burlona.

Todos rompieron a reír de forma estrepitosa. William la penetró.

Le gustaba hacerlo mientras alguien miraba. Empezó a moverlo adentro y afuera.

—Me interrumpiste justo cuando yo estaba metiendo la mía —le dijo Walter.

William pudo darse cuenta de que Walter aún no estaba satisfecho.

—Métesela en la boca a esta —le sugirió—. Eso le gusta.

—Lo intentaré.

Walter cambió de posición y agarró a la mujer por el pelo haciéndole levantar la cabeza. La puta estaba demasiado atemorizada para intentar algo, de manera que se sometió sin rechistar. Ya no era necesario que Gervase y Hugh la sujetaran, pero se quedaron allí mirando. Parecían fascinados. Probablemente jamás habían visto que dos hombres gozaran a una mujer al tiempo. William tampoco lo había visto nunca. Lo encontraba curiosamente excitante. Walter parecía sentir lo mismo porque, al cabo de unos momentos empezó a jadear y a moverse de forma convulsiva. Luego, eyaculó. Mirándolo, William hizo lo mismo un segundo o dos después.

Al cabo de un momento se levantaron. William aún seguía excitado.

—¿Por qué no la tomáis vosotros dos? —propuso a Gervase y a Hugh. Le gustaba la idea de ver una repetición del espectáculo.

Sin embargo a ellos no pareció interesarles.

—Yo tengo un encanto que me está esperando —respondió Hugh.

—Y yo también —rubricó Gervase.

La puta se puso en pie y se aseó el traje. La expresión de su rostro era impenetrable.

—No estuvo tan mal, ¿eh? —le comentó William.

La mujer se puso delante de él y se quedó mirándolo un momento. Después se humedeció los labios y escupió. William sintió un fluido pegajoso y

caliente sobre la cara. La prostituta había retenido en la boca el semen de Walter. Aquella porquería le empañó la visión. Levantó furioso una mano para golpearla; pero la mujer se escurrió entre las mamparas. Walter y los otros caballeros rompieron a reír. William no pensó que fuera divertido; pero, como no podía perseguirla con toda la cara cubierta de semen, comprendió que la única manera de conservar la dignidad era simular que no le importaba, por lo que se unió a las risas.

—Bien, señor, espero que ahora no vayas a tener un bebé de Walter —bromeó Ugly Gervase, haciendo que arreciaran las risotadas.

Incluso a William le pareció aquello divertido. Salieron juntos del pequeño reservado, apoyándose unos en otros y enjugándose los ojos.

Las demás chicas se quedaron mirándolos con inquietud. Habían escuchado los gritos de la puta de William y temían que hubiera dificultades. Algún que otro cliente atisbó curioso desde su reservado.

—Es la primera vez que he visto que eso lo suelte una mujer —se chanceó Walter, y empezaron de nuevo a reír.

Uno de los caballeros de William se encontraba de pie en la puerta con aire inquieto. Era tan sólo un muchacho y probablemente nunca, hasta entonces, había pisado un burdel. Sonrió nervioso sin saber si debía unirse a las risas.

—¿Qué estás haciendo aquí con esa cara de inquisidor, idiota? —le preguntó William.

—Hay un mensaje para vos, señor —dijo el escudero.

—Bien, no pierdas el tiempo. Dime de qué se trata.

—Lo siento mucho, señor —repuso el zagal. Parecía tan asustado que William pensó que iba a dar media vuelta y a salir corriendo de la casa.

—¿Qué es lo que te pasa, pedazo de ceporro? —rugió William—. ¡Dame el mensaje!

—Vuestro padre ha muerto, señor —respondió el mozo de sopetón al tiempo que rompía a llorar.

William enmudeció y se quedó mirándolo. ¿Muerto? ¿Ha dicho muerto?

—¡Pero si gozaba de excelente salud! —gritó al fin como un estúpido.

Era verdad que su padre ya no se hallaba en condiciones de luchar en los campos de batalla, lo que no era de extrañar en un hombre que rondaba los cincuenta años. El escudero siguió llorando. William recordó el aspecto del padre la última vez que le vio. Corpulento, de rostro encendido, campechano y colérico, tan rebosante de vida como el que más. Y de eso sólo hacía... Entonces se dio cuenta, con cierto asombro, de que llevaba casi un año sin ver a su padre.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó al escudero—. ¿Qué es lo que le ha ocurrido?

—Sufrió un ataque, señor —contestó el muchacho sollozando.

¡Un ataque!

Empezaba a penetrar en su mente la noticia. Padre estaba muerto. Aquel hombre corpulento, fuerte, jactancioso e irascible, yacía indefenso y helado sobre una losa de piedra en cualquier parte...

—Tengo que ir a casa —dijo de repente William.

—Primero habrás de pedir al rey que te libere —le advirtió Walter en tono cariñoso.

—Sí, así es —asintió William con vaguedad—. Tengo que pedir permiso.

Su mente era un torbellino.

—¿He de pagar a la propietaria del burdel? —le preguntó Walter.

—Sí.

Le entregó una bolsa.

Alguien le echó a William la capa sobre los hombros. Walter murmuró algo a la mujer que dirigía el prostíbulo y le dio algún dinero. Hugh Axe abrió la puerta para que William saliera. Los demás le siguieron.

Caminaban en silencio por las calles de la pequeña ciudad. William experimentaba un peculiar desinterés, como si estuviera viéndolo todo desde arriba. No podía hacerse a la idea de que su padre ya no existiera. Mientras se acercaban al cuartel general, intentó sobreponerse.

El rey Stephen se encontraba celebrando audiencia en la iglesia, ya que por allí no había castillo o casa consistorial. Era una iglesia de piedra, pequeña y sencilla, con los muros pintados por dentro de rojo vivo, de azul y de naranja. En medio del suelo de la nave, había un fuego encendido y junto a él se hallaba el rey. Apuesto, con su cabello leonado, se encontraba sentado en un trono de madera, con las piernas estiradas en su habitual postura de descanso. Vestía como soldado, botas altas y túnica de cuero; pero llevaba corona en lugar de casco. William y Walter se abrieron paso entre los numerosos peticionarios que se encontraban ante la puerta de la iglesia, saludaron a los guardias que mantenían quieto al público y se introdujeron en el círculo interior. Stephen, que estaba hablando con un conde recién llegado, vio aproximarse a William y se interrumpió de inmediato.

—William, amigo mío. Ya te has enterado.

William se inclinó.

—Mi rey y señor.

Stephen se puso en pie.

—Te acompaño en tu dolor —dijo.

Rodeó a William con los brazos y lo retuvo un instante antes de soltarlo.

Sus muestras de afecto hicieron brotar las primeras lágrimas de William.

—Vengo a pediros permiso para ir a casa —dijo.

—Concedido con gusto, aunque no contento —respondió el rey—. Echaremos en falta tu fuerte brazo derecho.

—Gracias, señor.

—También te concedo la custodia del Condado de Shiring y todas las rentas hasta que sea decidida la cuestión de la sucesión. Ve a casa, entierra a tu padre y vuelve con nosotros tan pronto como puedas.

William hizo una nueva inclinación y se retiró. El rey reanudó su conversación con el conde. Los cortesanos se reunieron en torno a William para expresarle su condolencia. Mientras recibía las frases de cada uno de ellos y las agradecía, le vino a la memoria, con sobresalto, el significado de lo que le había dicho el rey. Le había concedido la custodia del Condado hasta que quede decidida la cuestión de la sucesión. ¿Qué cuestión? William era el hijo único de su padre. ¿Cómo podía haber cuestión alguna? Observó los rostros que tenía en derredor y su expresión se animó al ver a un joven sacerdote que era uno de los clérigos del rey, que estaban siempre mejor informados.

Se llevó aparte al sacerdote.

—¿Qué diablos ha querido decir al mencionar la "cuestión" de la sucesión, Joseph?

—Hay otro pretendiente al Condado —repuso Joseph.

—¿Otro pretendiente? —repitió asombrado William, pues no tenía medio hermanos, hermanos ilegítimos, primos ni... —. ¿Quién es?

Joseph señaló hacia una figura en pie, de espaldas a ellos. Se encontraba entre la comitiva del conde recién llegado. Vestía la indumentaria de un escudero.

—Pero si ni siquiera es caballero —exclamó William en voz alta—. ¡Mi padre era el conde de Shiring!

El escudero le oyó y se volvió hacia ellos.

—¡Mi padre también era el conde de Shiring!

En un principio, William no lo reconoció. Sólo vio a un joven de unos dieciocho años, guapo, de hombros anchos, bien vestido para ser escudero y con una espada al cinto. Su actitud revelaba seguridad en sí mismo, incluso arrogancia. Y lo más asombroso fue que se quedó mirando a William con tan profunda expresión de odio que le hizo retroceder.

La cara le resultaba muy familiar, aunque cambiada. Así y todo, a William le era imposible identificarlo. Pero entonces descubrió una fea cicatriz en la oreja derecha del escudero, donde le había sido seccionado el lóbulo. Como un relámpago, le vino a la memoria un pequeño trozo de carne blanca

cayendo sobre el pecho palpitante de una virgen aterrada y escuchó a un muchacho gritar de dolor. Aquel era Richard, el hijo del traidor Bartholomew, el hermano de Aliena.

El chiquillo al que habían obligado a mirar mientras dos hombres violaban a su hermana, se había convertido en un hombre formidable en cuyos ojos, de un azul claro, ardía la llama del deseo de venganza. De repente William se sintió asustadísimo.

—Lo recuerdas, ¿verdad? —preguntó Richard arrastrando un poco las palabras, lo que no llegó a enmascarar del todo la furia glacial que palpitaba en ellas.

William asintió.

—Recuerdo.

—Y yo también, William Hamleigh —dijo Richard—. Y yo también.

William se encontraba sentado en el gran sillón, a la cabecera de la mesa que solía ocupar su padre. Siempre supo que un día le pertenecería aquel asiento. Imaginó que se sentiría muy poderoso cuando lo hiciera; sin embargo, ahora, lo que estaba era bastante atemorizado. Temía que la gente dijera que no era el hombre que su padre había sido, y que no le tuvieran respeto.

Su madre se hallaba a su derecha. La había observado con frecuencia cuando su padre se sentaba en aquel sillón, y se daba cuenta de cómo ella jugaba con sus temores y debilidades para salirse con la suya. Estaba decidido a no dejarla hacer lo mismo con él.

El asiento de su izquierda lo ocupaba Arthur, un hombre carnoso, de modales tranquilos, que fue el juez local del conde Bartholomew.

Al acceder al título de conde, padre había contratado a Arthur, porque tenía buen conocimiento de las propiedades. A William nunca le convenció aquel razonamiento. Los servidores de otras gentes se aferraban a veces a las ideas de sus anteriores amos.

—No es posible que el rey Stephen haga conde a Richard —decía madre furiosa—. ¡No es más que un escudero!

—No entiendo cómo ha logrado siquiera llegar hasta ahí —dijo William con irritación—. Creí que se habían quedado en la miseria.

Pero llevaba ropas estupendas y una buena espada. ¿De dónde ha sacado el dinero?

—Se estableció como mercader de lana —explicó la madre—. Tiene todo el dinero que necesita. O más bien lo tiene su hermana. He oído decir que es Aliena quien lleva el negocio.

Aliena. Así que ella estaba detrás de todo aquello. William nunca la había olvidado del todo. Pero jamás le había vuelto a atormentar tanto desde que estalló la guerra, hasta su encuentro con Richard.

Desde entonces había pensado de continuo en ella, tan fragante y hermosa, tan vulnerable y deseable como siempre. La aborrecía, precisamente por el dominio que tenía sobre él.

—¿De manera que ahora Aliena es rica? —preguntó simulando indiferencia.

—Sí. Pero tú has estado luchando por el rey durante un año. No puede negarte tu herencia.

—Al parecer Richard también ha peleado como un valiente —objetó William—. He hecho algunas averiguaciones. Y, lo que todavía es peor, he oído decir que su valor ha llegado a conocimiento del rey.

La expresión de la madre cambió de furioso desdén a una actitud reflexiva.

—De manera que tiene una oportunidad.

—Mucho me lo temo.

—Muy bien. Hemos de luchar por desbancarlo.

—¿Cómo? —preguntó William de manera automática.

Había decidido no permitir que su madre se hiciera cargo, pero en esos momentos acababa de hacerlo.

—Tienes que volver junto al rey con más caballeros, armas nuevas y mejores caballos. También con muchos escuderos y hombres de armas.

A William le hubiera gustado mostrarse en desacuerdo con ella pero sabía que tenía razón. A la larga, el rey concedería el Condado al hombre que considerase iba a ser su partidario más efectivo, sin importarle lo justo o injusto del caso.

—Y eso no es todo —siguió diciendo la madre—. Has de tener mucho cuidado en presentarte y actuar como un conde. De esa manera, el rey empezará a pensar en el nombramiento como en algo que no admite duda.

—¿Qué aspecto debe tener un conde y cómo ha de actuar? —preguntó intrigado William a pesar suyo.

—Expresa tu pensamiento con la mayor frecuencia. Ten siempre una opinión acerca de todo cuanto acontezca. Cómo debería el rey proseguir con la guerra; cuáles son las mejores tácticas para cada batalla, en qué situación política se halla el norte y, de modo muy especial, comenta la cualidad y lealtad de otros condes. Habla de unos a otros. Di al conde de Huntington que el conde de Wearenne es un gran luchador, di al obispo de Ely que no confías en el sheriff de Lincoln. La gente dirá al rey: *William de Shiring pertenece a la facción de Wearenne*; o *William de Shiring y sus seguidores están en contra*

del sheriff de Lincoln. Si te muestras como poderoso, el rey se sentirá a gusto concediéndote un mayor poder.

William tenía escasa fe en aquellas sutilezas.

—Creo que será más efectivo lo poderoso de mi ejército —dijo, y volviéndose al juez local le preguntó—: ¿Cuánto hay en mi tesorería, Arthur?

—Nada, señor —contestó éste.

—¿De qué diablos hablas? —inquirió William con aspereza—. Tiene que haber algo. ¿Cuánto?

Arthur mostraba un ligero aire de superioridad como si nada tuviera que temer de William.

—No hay dinero alguno en la tesorería, señor.

A William le habría gustado estrangularlo.

—¡Éste es el Condado de Shiring! —dijo con voz lo bastante alta para hacer levantar la vista a los caballeros y los funcionarios del castillo que comían al otro extremo de la mesa—. ¡Tiene que haber dinero!

—Desde luego entra dinero sin cesar, señor —dijo tranquilamente Arthur—. Pero vuelve a salir, sobre todo en tiempos de guerra.

William estudió el rostro pálido y bien afeitado. Arthur se mostraba demasiado suficiente. ¿Era honrado? No había forma de saberlo.

William habría dado algo porque sus ojos pudieran penetrar en la mente de un hombre.

Madre sabía lo que William estaba pensando.

—Arthur es honrado —respondió sin importarle que el hombre estuviera presente—. Es viejo, perezoso y se halla encastillado en sus ideas, pero es honrado.

William quedó como herido por un rayo. Apenas había tomado asiento en el sillón y su poder empezaba ya a desvanecerse como por arte de magia. Le pareció encontrarse bajo una maldición. Parecía existir una ley según la cual William sería siempre un muchacho entre hombres, cualquiera que fuese la edad que tuviera.

—¿Cómo ha podido ocurrir esto? —preguntó casi sin fuerzas.

—Antes de morir, tu padre estuvo enfermo durante la mayor parte del año —dijo madre—. Me daba cuenta de que estaba dejando que la situación se le escapara de las manos; pero no logré que hiciera nada al respecto.

Fue una novedad para William descubrir que, a fin de cuentas, su madre no era omnipotente. Volvióse hacia Arthur.

—Tenemos algunas de las mejores tierras de cultivo del reino. ¿Cómo es posible que estemos sin dinero?

—Hay granjas que están en dificultades y varios arrendatarios van atrasados en el pago de sus rentas.

—¿Y por qué?

—Una de las razones que escucho con frecuencia es que los jóvenes no quieren trabajar el campo y se van a las ciudades.

—¡Entonces hemos de impedírselo!

Arthur se encogió de hombros.

—Una vez que un siervo ha vivido durante un año en cualquier ciudad se convierte en hombre libre. Es la ley.

—¿Y qué pasa con los arrendatarios que no han pagado? ¿Qué les has hecho?

—¿Qué puede hacérseles? —contestó Arthur—. Si les quitamos su medio de vida, jamás estarán en condiciones de pagar. De modo que hemos de ser pacientes y esperar a que llegue una buena cosecha que les permita ponerse al día.

William pensó, irritado, que Arthur parecía satisfecho de su incapacidad para resolver aquellos problemas. Pero, por un momento, frenó su genio.

—Bien, si todos los jóvenes se van a las ciudades, ¿qué me dices de nuestros alquileres por las propiedades urbanas en Shiring? Con ellos tendría que ingresar algún dinero.

—Aunque parezca extraño no ha sido así —alegó Arthur—. En Shiring hay numerosas casas vacías. Los jóvenes deben irse a cualquier otro sitio.

—O la gente te está mintiendo —replicó William—. Supongo que vas a decirme que los ingresos por el mercado de Shiring y la Feria del Vellón también han caído.

—Sí...

—Entonces, ¿por qué no aumentas las rentas y los impuestos?

—Lo hemos hecho, señor, cumpliendo las órdenes de vuestro difunto padre. Pese a todo, los ingresos han caído.

—Con una propiedad tan poco productiva, ¿cómo era posible que Bartholomew pudiera seguir adelante? —preguntó exasperado.

Incluso para aquello tenía respuesta Arthur.

—Poseía también la cantera. En los viejos tiempos daba mucho dinero.

—Y ahora está en manos de ese condenado monje.

William estaba trastornado. Justo cuando necesitaba hacer un despliegue ostentoso, le decían que estaba sin un céntimo. La situación era muy peligrosa para él. El rey sólo le había concedido la custodia de un Condado. En cierto modo, lo estaba poniendo a prueba. Si volvía a la corte con un ejército reducido, podría parecer ingratitud, incluso deslealtad.

Además, era posible que el panorama que le había presentado Arthur no fuera del todo auténtico. William se hallaba seguro de que la gente le estaba defraudando y que era muy probable que, además, se estuvieran riendo a sus

espaldas. La idea le puso furioso. No se encontraba dispuesto a tolerarlo. Ya les enseñaría él. Antes de aceptar la derrota habría derramamiento de sangre.

—Has encontrado una excusa para todo —dijo a Arthur—. Y el hecho es que has dejado que estas propiedades fueran a la deriva durante la enfermedad de mi padre, que es cuando debieras haberte mostrado más vigilante.

—Pero, señor...

William levantó la voz.

—Cierra la boca o haré que te azoten.

Arthur palideció y guardó silencio.

—A partir de mañana —decidió William—, vamos a empezar a recorrer el Condado. Iremos a visitar cada una de las aldeas de mi propiedad y a sacudirlas para que se pongan en marcha. Tal vez tú no sepas cómo tratar a esos campesinos embusteros y quejumbrosos, pero yo sí. Pronto averiguaremos hasta qué punto se encuentra empobrecido mi Condado. Y, si me has mentido, juro por Dios que serás el primer ahorcado de los muchos que van a verse.

Además de Arthur, se llevó consigo a su escudero Walter, así como a los otros cuatro caballeros que habían luchado junto a él durante el pasado año. Ugly Gervase, Hugh Axe, Gilbert de Rennes y Miles Dice.

Todos ellos eran hombres grandotes y violentos, prontos a la cólera y dispuestos siempre a pelear. Cabalgaban con sus mejores caballos e iban armados hasta los dientes para imponer el terror entre los campesinos. William tenía el convencimiento de que un hombre se encontraba indefenso si la gente no le tenía miedo.

Era un día caluroso de fines de verano y, en los campos, se veían las gavillas de trigo. Aquella abundancia de riqueza visible enfureció más a William, al carecer él de dinero. Alguien tenía que estar robándole. A esas alturas, deberían sentirse ya demasiado atemorizados para atreverse a hacerlo. Su familia había obtenido el Condado al caer en desgracia Bartholomew. Sin embargo, él no tenía un céntimo mientras que el hijo de Bartholomew nadaba en la abundancia. La idea de que la gente le estuviera robando y que, al mismo tiempo, se rieran de su ignorancia, lo sacaba de quicio. Su cólera iba en aumento conforme cabalgaba.

Decidió empezar por Northbrook, una pequeña aldea bastante alejada del castillo. Los aldeanos componían una mezcla de siervos y hombres libres. William era el propietario de los siervos, los cuales nada podían hacer sin su permiso. En ciertas épocas del año, le debían un determinado número de horas de trabajo, además de una parte de sus propias cosechas. Los hombres libres sólo tenían que pagarle el alquiler, en dinero o en especie. Cinco de

ellos iban retrasados en el pago. William suponía que ellos habían creído que podrían salirse con la suya al estar tan lejos del castillo. Sería un buen lugar para empezar la danza.

Había sido una larga cabalgada y el sol ya estaba alto cuando se acercaban a la aldea. Había veinte o treinta casas rodeadas de tres grandes campos, todos ellos cubiertos ya de rastrojos. Cerca de las casas, en el lindero de uno de los campos, había tres grandes robles agrupados. Al aproximarse más, William vio que la mayoría de los aldeanos se encontraban sentados a la sombra de los robles, al parecer comiendo. Espoleó a su caballo, recorrió a medio galope los últimos metros, y los demás le siguieron. Se detuvieron frente a los reunidos en medio de una nube de polvo.

Aquellas gentes se pusieron torpemente en pie, tragándose con precipitación su pan bazo e intentando quitarse el polvo de los ojos. La mirada recelosa de William observó un pequeño y curioso drama. Un hombre de mediana edad, de barba negra, habló en voz baja, pero con tono apremiante, a una rolliza muchacha que tenía en los brazos un gordito bebé de mejillas coloradas. Un joven se les acercó; pero el hombre de más edad se apresuró a obligarle a que se alejara. Luego, la muchacha, protestando al parecer, se alejó en dirección a las casas y desapareció entre el polvo. William quedó intrigado. Había algo furtivo en toda aquella escena y le hubiera gustado que madre estuviera allí para interpretarlo.

Decidió no hacer nada por el momento. Luego, habló a Arthur en voz lo bastante alta para que todos pudieran oírlo.

—Cinco de mis arrendatarios libres están retrasados en sus pagos, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Quién es el peor?

—Athelstan hace dos años que no paga pero ha tenido muy mala suerte con sus cerdos...

William le interrumpió imponiendo su voz sobre la de Arthur.

—¿Quién de vosotros es Athelstan?

Se adelantó un hombre alto, de hombros hundidos, de unos cuarenta y cinco años. Estaba perdiendo pelo y tenía los ojos acuosos.

—¿Por qué no me pagas la renta? —inquirió William.

—Es una propiedad pequeña, señor, y no tengo gente que me ayude, ahora que mis muchachos se han ido a trabajar a la ciudad. Además hubo la fiebre porcina y...

—Un momento —le interrumpió William—. ¿A dónde fueron tus hijos?

—A Kingsbridge, señor, para trabajar en la nueva catedral, porque quieren casarse como tienen que hacer los jóvenes, y mi tierra no da para sostener a tres familias...

William almacenó en su memoria, para analizarla más adelante con detenimiento, la información de que aquellos jóvenes habían ido a trabajar en la catedral de Kingsbridge.

—De cualquier manera, tu propiedad es lo bastante grande para mantener a una familia. Sin embargo, sigues sin pagarme la renta.

Athelstan empezó a hablar de nuevo de sus cerdos. William lo contemplaba con expresión malévola sin escuchar siquiera. *Sé por qué no has pagado,* se dijo, *sabías que tu señor estaba enfermo y decidiste estafarle mientras se encontraba incapacitado para hacer valer sus derechos. Los otros cuatro estafadores pensaron lo mismo. ¡Nos robasteis cuando éramos débiles!*

Por un momento sintió una enorme compasión de sí mismo.

Estaba seguro de que los cinco lo habían estado pasando en grande con su habilidad para robarles. Pues bien, ahora aprenderían la lección.

—Vosotros, Gilbert y Hugh, coged a ese campesino y mantenedlo quieto —ordenó con voz tranquila.

Athelstan todavía seguía hablando. Los dos caballeros desmontaron y se acercaron a él. La historia de la fiebre porcina no llegó a su fin. Los caballeros lo cogieron por los brazos. El hombre palideció de miedo.

William habló a Walter con la misma voz tranquila.

—¿Tienes tus guantes de cota de malla?

—Sí, señor.

—Póntelos. Dale a Athelstan una lección. Pero asegúrate de que queda vivo para que haga correr la noticia.

—Sí, señor.

Walter sacó de sus alforjas un par de manoplas de cuero con una excelente malla cosida a los nudillos y al dorso de los dedos, y se los calzó con deliberada lentitud. Los aldeanos observaban atemorizados, y Athelstan empezó a gemir de terror.

Walter se bajó del caballo, se aproximó a Athelstan y le golpeó en el estómago con el puño de malla. El ruido, al descargar el golpe, resonó de manera terrible. Athelstan se dobló en dos y se quedó sin respiración ni siquiera para gritar. Gilbert y Hugh le hicieron enderezarse y Walter le golpeó en la cara. Empezó a sangrar por la nariz y la boca. Entre los que miraban, una mujer que sin duda sería la suya, empezó a chillar precipitándose hacia Walter.

—¡Deteneos! ¡Dejadlo en paz! ¡No lo matéis! —gritaba.

Walter la apartó con violencia. Otras dos mujeres la retuvieron y le hicieron retirarse. Pero ella seguía chillando y forcejeando. Los demás campesinos, sublevándose en silencio, miraban a Walter golpear sistemáticamente a Athelstan hasta que su cuerpo quedó inerte, la cara cubierta de sangre y los ojos cerrados por la inconsciencia.

—¡Soltadlo! —dijo finalmente William.

Gilbert y Hugh soltaron a Athelstan, el cual se desplomó en el suelo y quedó inmóvil. Las mujeres soltaron a la esposa, la cual corrió hacia él sollozando y cayendo de rodillas. Walter se quitó las manoplas y limpió la malla de la sangre y los pequeños restos de piel y carne que habían quedado adheridos.

William perdió todo su interés por Athelstan. Recorrió con la mirada la aldea y vio una construcción de madera de dos pisos, al parecer nueva, levantada al borde del arroyo.

—¿Qué es eso? —preguntó a Arthur señalándola.

—No lo he visto hasta ahora, señor —repuso éste nervioso.

William pensó que mentía.

—Es un molino de agua, ¿verdad?

Arthur se encogió de hombros pero su indiferencia resultó poco convincente.

—No imagino qué otra cosa puede ser ahí junto al arroyo.

¿Cómo podía mostrarse tan insolente cuando acababa de ver a un campesino apaleado casi hasta la muerte por orden suya?

—¿Pueden mis siervos construir molinos sin mi permiso? —preguntó casi al borde de la desesperación.

—No, señor.

—¿Y sabes por qué está prohibido?

—Para que tengan que llevar su grano a los molinos del señor y pagarle por la molienda.

—Y el señor obtendrá beneficios.

—Sí, señor —Arthur habló con el tono condescendiente de quien explica a un niño algo elemental—. Pero si pagan una multa por construir el molino, el señor se beneficiará igualmente.

A William su tono le pareció exasperante.

—No, no se beneficiará lo mismo. La multa nunca alcanzaría a lo que de otra manera habrían de pagar los campesinos. Por eso les gusta construir molinos. Y, también por eso, mi padre jamás lo permitió.

Sin dar tiempo a que Arthur pudiera contestarle, espoleó su caballo y se dirigió al molino. Sus caballeros le siguieron llevando a la zaga a los aldeanos en desordenado grupo.

William desmontó. No cabía la menor duda de lo que era aquella construcción. Una gran rueda giraba a impulsos de la rápida corriente del arroyo. La rueda hacía girar un astil que atravesaba el muro lateral del molino. Era una construcción de madera sólida, hecha para que durara. Quien la había construido esperaba a todas luces ser libre para utilizarla durante años.

El molinero se encontraba en pie, junto a la puerta abierta, con una pretendida expresión de ofendida inocencia. En la habitación, detrás de él, había sacos de grano amontonados de forma ordenada. William desmontó. El molinero se inclinó ante él con un ademán cortés. Pero, ¿no había acaso en su mirada un atisbo de desdén? Una vez más, William tuvo la penosa sensación de que aquella gente creía que él era un don nadie y que su incapacidad para imponerles su voluntad le hacía sentirse impotente. Le embargaban la indignación y la frustración. Gritó furioso al molinero.

—¿Qué te hizo pensar que podrías salirte con la tuya? ¿Imaginas que soy tan estúpido? ¿Es eso? ¿Es eso lo que crees?

Y le dio al hombre un puñetazo en la cara.

El molinero lanzó un exagerado grito de dolor y cayó al suelo de manera premeditada.

William, pasando por encima de él, entró en el molino. El astil de la rueda exterior se hallaba conectado, con una serie de ruedas dentadas de madera, al astil de la muela en el piso de arriba. El grano molido caía a través de una tolva a la era a ras del suelo. El segundo piso, que tenía que soportar el peso de la muela, estaba sostenido por cuatro robustos maderos, cogidos sin duda del bosque de William sin su permiso. Si se cortaran esos maderos, toda la construcción se vendría abajo.

William volvió a salir. Hugh Axe (Hacha) llevaba sujeta a su montura el arma de la que había tomado el nombre.

—Dame tu hacha de combate —dijo William.

Hugh se la entregó.

William entró de nuevo y empezó a golpear los maderos de apoyo en el piso superior.

Le producía una satisfacción inmensa sentir los golpes del hacha contra la edificación que con tanto cuidado habían construido los campesinos en su intento de birlarle sus ingresos por molienda. *Ahora ya no se ríen de mí*, se dijo con bestial regocijo. Walter entró a su vez y se quedó mirando. William hizo una profunda hendidura en uno de los apoyos y luego cortó un segundo hasta la mitad. La plataforma superior, que soportaba el enorme peso de la muela, empezó a oscilar.

—Trae una cuerda —ordenó William.

Walter salió a buscarla.

William atacó los otros dos maderos y ahondó todo lo que se atrevió. La estructura estaba a punto para derrumbarse. Walter regresó con una cuerda. William la ató a uno de los maderos y luego sacó el otro extremo y lo amarró al cuello de su caballo de guerra.

Los campesinos observaban todos aquellos manejos en hosco silencio.

—¿Dónde está el molinero? —preguntó William una vez asegurada la cuerda.

El molinero se acercó manteniendo el aire de quien recibe un trato injusto.

—Átalo y mételo dentro, Gervase —dijo William.

El molinero intentó echar a correr; pero Gervase le puso la zancadilla, se sentó luego sobre él y le ató con correas las manos y los pies. Luego, los dos caballeros le agarraron. El molinero empezó a forcejear y a suplicar clemencia.

—No podéis hacer eso. Es asesinato. Ni siquiera un señor puede ir asesinando a la gente —protestó uno de los aldeanos adelantándose entre los reunidos allí.

—Si vuelves a abrir la boca te meteré adentro con él —le amenazó William apuntándole con un dedo tembloroso.

Por un instante, el hombre pareció desafiante. Luego lo pensó mejor y dio media vuelta.

Los caballeros salieron del molino. William hizo avanzar a su caballo hasta que la cuerda quedó tensa. Después le dio una palmada en la grupa, tensándola aún más.

El molinero empezó a gritar dentro de la casa. Eran alaridos que helaban la sangre. Eran las voces de un hombre poseído por un terror mortal, de un hombre que sabía que en cuestión de minutos iba a quedar aplastado hasta morir.

El caballo agitó la cabeza intentando aflojar la cuerda que le rodeaba el cuello. William le gritó y le asestó un puntapié en las ancas para que hiciera fuerza.

—¡Vosotros, tirad de la cuerda! —voces a sus hombres.

Los cuatro caballeros agarraron la cuerda tensa y unieron sus esfuerzos a los del caballo. Se alzaron en protesta las voces de los aldeanos; pero estaban demasiado aterrados para intervenir. Arthur se encontraba apartado de todos ellos, con aspecto de sentirse mal.

Los gritos del molinero se hicieron más agudos. William se imaginaba el terror ciego que debía embargar al hombre mientras esperaba su espantosa

muerte. Se decía que ninguno de aquellos campesinos olvidaría jamás el castigo de los Hamleigh.

El madero crujió con fuerza. Se oyó un fuerte chasquido al romperse. El caballo saltó hacia delante y los caballeros soltaron la cuerda. Empezó a desplomarse una esquina del tejado. Las mujeres comenzaron a lanzar fuertes gemidos. Las paredes de madera del molino se estremecieron. Arreciaron los gritos del molinero. Hubo un potente estruendo al ceder el piso superior. Los chillidos enmudecieron de repente y el suelo tembló al caer la muela sobre la era. Las paredes se astillaron, el tejado se derrumbó y, al cabo de un instante, el molino se había convertido en un montón de leña con un muerto debajo.

William empezó a sentirse mejor.

Algunos aldeanos corrieron junto a las ruinas y empezaron a apartar maderas frenéticamente. Si esperaban encontrar al molinero con vida iban a tener una gran decepción. Su cuerpo tendría un aspecto horripilante. Tanto mejor.

William miró en torno suyo y vio a la muchacha de mejillas coloradas como las del bebé que llevaba en brazos, en pie detrás del gentío, como si intentase pasar inadvertida. Recordó al hombre de la barba negra, seguramente su padre, que tan interesado se mostró en que no fuera vista. Decidió que descubriría el misterio antes de abandonar la aldea. Se encontró con la mirada de ella y le hizo una seña para que se acercara. La muchacha miró hacia atrás con la esperanza de que estuviera llamando a otro.

—Tú —le dijo William—. Ven aquí.

El hombre de la barba negra la vio y gruñó exasperado.

—¿Quién es tu marido, zagala?

—No tiene ma... —empezó a decir el padre.

Sin embargo llegó demasiado tarde, porque la muchacha ya había contestado.

—Edmund.

—Así que estás casada. Pero ¿quién es tu padre?

—Yo lo soy —respondió el hombre de la barba—. Theobald.

William se volvió hacia Arthur.

—¿Es Theobald hombre libre?

—Es un siervo, señor.

—Y cuando la hija de un siervo se casa, ¿no tiene derecho el señor, como su propietario, a gozar de ella la noche de la boda?

Arthur se mostró escandalizado.

—¡Señor! Esa costumbre primitiva no se ha puesto en práctica en esta parte del mundo desde donde alcanza la memoria.

—Una gran verdad —reconoció William—. En su lugar, el padre paga una multa. ¿Cuánto pagó Theobald?

—Aún no la ha pagado, señor; pero...

—¡No la has pagado! Y la zagala tiene ya un hijo gordinflón de mejillas coloradas.

—Nunca tuvimos el dinero, señor. Ella estaba encinta de Edmund y querían casarse. Pero ahora podemos pagar porque hemos recogido la cosecha —dijo Theobald.

William sonrió a la muchacha.

—Déjame ver al niño.

Ella lo miró temerosa.

—Vamos. Dámelo.

La muchacha tenía miedo pero le resultaba imposible decidirse a entregarle al crío. William se le acercó más y le quitó con delicadeza el chiquillo. La moza lo miró con ojos aterrorizados pero no se resistió. El bebé empezó a gritar. William lo sostuvo por un instante. Luego, lo agarró por los tobillos con una mano y con movimiento rápido lo lanzó al aire, todo lo que le fue posible. La muchacha lanzó un alarido semejante al de un fantasma agorero anunciando la muerte, siguiendo con la mirada la trayectoria hacia arriba del pequeñín. El padre corrió con los brazos extendidos, intentando recogerlo cuando cayera.

Mientras la muchacha miraba hacia arriba gritando, William la agarró por el traje y se lo rasgó. Tenía un cuerpo juvenil, redondeado y sonrosado.

El padre logró recoger al bebé, poniéndolo a salvo. La joven intentó echar a correr. Pero William la alcanzó y la tiró al suelo.

El padre entregó el niño a una mujer y se volvió a mirar a William.

—Como no pude ejercer mi derecho de pernada en la noche de bodas, y tampoco me ha sido pagada la multa, ahora me cobraré lo que se me debe —dijo William.

El padre se precipitó hacia él. William desenvainó su espada. El padre se detuvo. William miró a la zagala, caída en el suelo, intentando cubrir su desnudez con las manos. El miedo de ella le excitaba.

—Y, cuando haya terminado, también la disfrutarán mis caballeros —dijo con sonrisa satisfecha.

2

En tres años, Kingsbridge había cambiado hasta el punto de estar irreconocible.

William no había estado allí desde Pentecostés, cuando Philip y su ejército de voluntarios frustraron los planes de Waleran Bigod. Había entonces cuarenta o cincuenta casas de madera que rodeaban como un enjambre la puerta del priorato y se desperdigaban por el sendero cenagoso que conducía, ladera abajo, hasta el puente. Sin embargo, en esos momentos, al acercarse a la aldea, vio a través de los campos ondulantes, que había al menos tres veces más de casas. Formaban una franja parda a lo largo del muro de piedra gris del priorato y cubrían por completo el espacio entre éste y el río. Algunas de aquellas casas parecían grandes. En el interior del recinto del priorato, había nuevos edificios de piedra y los muros de la iglesia daban la impresión de estar alzándose con rapidez. Junto al río, había dos nuevos muelles. Kingsbridge se estaba convirtiendo en una ciudad.

El aspecto de aquel lugar le confirmaba la sospecha que venía albergando desde que regresó de la guerra. Durante su recorrido cobrando rentas atrasadas y aterrorizando a los siervos desobedientes, había estado oyendo hablar de Kingsbridge. Los jóvenes desposeídos de tierras iban allí a trabajar; familias pudientes enviaban a sus hijos a la escuela del priorato; los pequeños propietarios vendían sus huevos y sus quesos a los hombres que trabajaban en la construcción.

Y todo aquel que podía, acudía allí en las fiestas de guardar a pesar de que no hubiera catedral. El de hoy era un día sagrado, el de la Sanmiguelada, que ese año caía en domingo. En aquella mañana tibia, de principios de otoño, el tiempo era bueno para viajar, de manera que habría un buen gentío. William esperaba averiguar qué era lo que les impulsaba a acudir a Kingsbridge.

Con él cabalgaban sus cinco hombres. Habían llevado a cabo un trabajo de primera en las aldeas. Las noticias del recorrido de William se habían propagado con extraordinaria rapidez y, a los pocos días, la gente sabía a qué atenerse. Ante la próxima llegada de William solían enviar a sus hijos y a las mujeres jóvenes a ocultarse en el bosque. William gozaba infundiendo pavor en los corazones de las gentes. De esa manera los mantenía en su lugar. ¡Ahora ya sabían bien quién estaba al mando!

Cuando el grupo se acercaba a Kingsbridge, puso su caballo al trote y los demás le imitaron. Llegar veloces siempre resultaba más impresionante. Las gentes se retiraban apretándose en los linderos del camino, o se lanzaban hacia los campos para apartarse de los grandes caballos, cuyos cascos resonaban estruendosos por el puente de madera, dando sus jinetes de lado al funcionario que se encontraba en la garita para el cobro del portazgo. Pero se vieron obligados a reducir de pronto la marcha al encontrar la angosta

calle bloqueada ante ellos por una carreta cargada de barriles de cal, tirada por dos poderosos bueyes de movimientos lentos.

William miró en derredor mientras seguían al carro en su ascenso por la ladera de la colina. Casas nuevas, construidas de forma apresurada, llenaban los espacios existentes entre las antiguas. Pudo ver una pollería, una cervecería, una herrería y una zapatería. Existía un inconfundible ambiente de prosperidad. William sintió envidia. Sin embargo no había mucha gente por la calle. Tal vez estuvieran todos arriba, en el priorato. Con sus caballeros a la zaga siguió a la carreta de bueyes a través de las puertas del priorato. No era la clase de entrada que a él le gustaba hacer, y sintió un atisbo de inquietud ante la posibilidad de que la gente se diera cuenta y se riera de él.

Pero, por fortuna, nadie miró.

En claro contraste con la ciudad desierta al otro lado de los muros, en el recinto del priorato reinaba la más afanosa actividad. William detuvo su caballo y miró alrededor intentando captarlo todo. Había tanta gente y tanto trasiego de un lado a otro que, en un principio, le pareció algo desconcertante. Luego, el panorama se dividió en tres secciones.

En la zona más cercana a él, en el extremo oeste del recinto del priorato, había un mercado. Los puestos formaban hileras perfectas de norte a sur, y varios centenares de personas circulaban por los pasillos comprando comida y bebida, sombreros y zapatos, cuchillos, cinturones, patitos, cachorros, ollas, pendientes, lana, hilos, cuerda y otros muchos artículos de primera necesidad, y también superfluos.

Era evidente que el mercado florecía y que todos los peniques, medios peniques y cuartos de penique que cambiaban de manos debían sumar una gran cantidad de dinero. No era de extrañar, se dijo William con amargura, que en Shiring el mercado estuviera de capa caída cuando allí, en Kingsbridge, había una alternativa floreciente. Las rentas que pagaban los propietarios de puestos, los portazgos por suministros y los impuestos sobre las ventas que debería ingresar la tesorería del conde de Shiring iban a parar a los cofres del priorato de Kingsbridge.

Pero un mercado necesitaba de una licencia del rey, y William estaba seguro de que el prior Philip no la tenía. Probablemente pensaría solicitarla tan pronto como le pescaran, al igual que el molinero de Northbrook. Por desgracia, no le resultaría tan fácil a William dar una lección a Philip.

Mas allá del mercado, había una zona de tranquilidad. Adyacente a los claustros, donde sin duda estuvo la crujía de la vieja iglesia, había un altar debajo de un dosel. Un monje de pelo blanco se encontraba en pie delante de él leyendo un libro. En el extremo más alejado del altar, unos monjes, formando filas perfectas, cantaban himnos; pero, a aquella distancia, la

música quedaba ahogada por los ruidos procedentes de la plaza del mercado. Era una pequeña congregación.

Aquello debían ser nonas, un oficio sagrado reservado a los monjes, se dijo William. Como era natural, todo trabajo y toda actividad quedarían suspendidas, en el mercado, durante el principal servicio sagrado de la Sanmiguelada.

En el área más alejada del recinto del priorato, se estaba construyendo el extremo oriental de la catedral. En eso era en lo que el prior Philip estaba gastando lo que arañaba del mercado, se dijo con acritud William. Los muros tenían diez o doce metros de altura, y era ya posible ver la silueta de las ventanas y la línea de la arcada. Las intricadas estructuras, de aspecto ligero, del andamiaje de madera, colgaban de forma precaria del trabajo en piedra, semejantes a nidos de gaviotas sobre un risco cortado a pico. Por todo el recinto pululaban trabajadores. William pensó que había algo extraño en su aspecto. Al cabo de un momento se dio cuenta de que se trataba del colorido de sus trajes. Desde luego, aquellos no eran los peones habituales. Los trabajadores que cobraban tendrían ese día festivo.

Aquellas gentes eran voluntarios.

No había esperado que hubiera tantos. Centenares de hombres y mujeres acarreaban piedras, cortaban madera y hacían rodar barricas. También subían carros llenos de arena, desde el río. Todos ellos trabajando sin cobrar un céntimo, sólo para obtener el perdón de sus pecados.

El astuto prior había imaginado un hábil plan, pensó William con envidia. La gente que acudiera a trabajar en la catedral gastaría dinero en el mercado. La gente que acudiera al mercado dedicaría algunas horas a la catedral, por sus pecados. Una mano lava a la otra.

Cabalgó atravesando el cementerio, hasta llegar al enclave de la construcción, curioso por verla más de cerca.

Los ocho pilares macizos de la arcada desfilaban a cada lado en cuatro parejas opuestas. Desde lejos, William había pensado que podía ver los arcos redondeados uniendo un pilar con el otro; pero, en ese momento, se dio cuenta de que los arcos no habían sido construidos todavía. Lo que había visto era la cimbra en madera, a la que habían dado la forma que esto iban a tener, y sobre la que descansarían las piedras mientras se construían los arcos y la argamasa se endurecía. La cimbra no descansaba sobre el suelo, sino que se apoyaba en los moldes de proyectura de los capiteles en la parte superior de los pilares.

Los muros exteriores de los pasillos iban alzándose paralelos a la arcada, con espacios regulares para las ventanas. Entre hueco y hueco, se proyectaba un contrafuerte desde el muro. Mirando a través de los extremos abiertos de

los muros sin terminar, William pudo ver que no eran de piedra maciza, sino muros dobles con un espacio entre sí. Al parecer la cavidad se rellenaba con escombros y argamasa.

El andamiaje estaba hecho con recias estacas unidas con caballetes de vástagos flexibles y juncos tejidos colocados a través de las estacas. William observó que en todo ello debían haber gastado cuantioso dinero.

Cabalgó alrededor del exterior del presbiterio, seguido de sus caballeros. Contra los muros, había cabañas colgadizas de madera, y viviendas para los artesanos. La mayoría de ellas estaban en aquellos momentos cerradas a cal y canto, porque ese día no había albañiles colocando piedras ni carpinteros haciendo cimbras. Sin embargo, los artesanos supervisores, el maestro albañil y el maestro carpintero, se encontraban dando instrucciones a los peones voluntarios, y les decían dónde tenían que almacenar la piedra, la madera, la arena y la cal que estaban acarreando desde las orillas del río.

William cabalgó alrededor del extremo este de la iglesia hasta el lado sur, donde su camino se vio bloqueado por los edificios monásticos. Entonces dio media vuelta, maravillado por la astucia del prior Philip, que tenía a sus maestros artesanos ocupados en domingo y a más trabajadores laborando sin paga.

Mientras reflexionaba acerca de lo que iba viendo, le pareció clarísimo que el prior Philip era responsable en gran medida del declive en la buena fortuna del Condado de Shiring. Las granjas estaban perdiendo a sus hombres jóvenes en favor de la construcción; y Shiring, la joya del Condado, estaba siendo eclipsada por la nueva ciudad de Kingsbridge, en rápido crecimiento. Los residentes en ella pagaban rentas a Philip, no a William, y la gente que compraba y vendía mercancías en su mercado proporcionaba ingresos al priorato y se los quitaba al Condado. Philip tenía la madera, las granjas ovinas y la cantera que un día fueron fuentes de riqueza para el conde.

William, acompañado de sus hombres, cabalgó de nuevo a través del recinto, hasta el mercado. Decidió echarle un vistazo más de cerca. Hizo entrar al caballo entre los vendedores. Marchaba muy despacio. La gente no se apartaba temerosa para abrirle paso. Cuando el caballo les empujaba, miraban a William con irritación o fastidio, más que con temor, y se apartaban del camino cuando les parecía bien, en actitud un tanto condescendiente. Allí no aterraba a nadie. Aquello le puso nervioso. Si la gente no se asustaba, era imposible predecir lo que podía hacer.

Recorrió una hilera y volvió por la siguiente, siempre con sus caballeros a la zaga. Le contrariaban los parsimoniosos movimientos del gentío. Habría ido más rápido andando; pero estaba seguro de que, en ese caso, aquellas

gentes insubordinadas de Kingsbridge hubieran sido lo bastante insolentes como para darle empellones.

Se encontraba a mitad del recorrido en el pasillo de regreso cuando vio a Aliena.

Tiró bruscamente de las riendas y se quedó mirándola pasmado.

Ya no era aquella joven delgada, tensa y asustada, calzando zuecos que había visto allí mismo, en Pentecostés, hacía ya tres años. Su cara, enflaquecida entonces por la tensión, estaba de nuevo más llena y tenía un aspecto feliz y saludable. Los ojos oscuros le brillaban alegres, y los bucles danzaban alrededor de su rostro cuando movía la cabeza.

Estaba tan hermosa que la cabeza de William era un torbellino de deseo.

Vestía un traje escarlata, con ricos bordados y, en sus expresivas manos, centelleaban sortijas. La acompañaba una mujer de más edad, que permanecía en pie algo separada de ella, como una sirviente.

Mucho dinero, había dicho madre. Así era como Richard había podido convertirse en escudero y unirse al ejército del rey Stephen, equipado con hermosas armas. Maldita sea. Era una joven en la miseria, sin dinero ni poder..., ¿cómo lo había logrado? Se encontraba ante un puesto que vendía agujas de hueso, hilo de seda, dedales de madera y otros artículos para coser, discutiendo alegremente sobre los artículos con el judío de baja estatura y pelo oscuro que los vendía. Su actitud era firme, y se mostraba tranquila y segura de sí misma. Había recuperado las maneras que tuvo como hija del conde.

Parecía mucho mayor. Bueno, es que lo era. William tenía veinticuatro; así que ella debía andar ahora por los veintiuno. Pero representaba más edad aún. Ya no quedaba en ella nada de la niña que él había conocido. Era una mujer.

Aliena levantó la vista y se tropezó con su mirada.

La última vez que eso ocurrió, Aliena, ruborizada de vergüenza, había huido. En esta ocasión, siguió a pie firme sin apartar la vista. William intentó esbozar una sonrisa de complicidad. El rostro de ella expresó un desprecio abrumador.

William sintió que enrojecía. Seguía tan altanera como siempre, y se mofaba de él como lo hizo cinco años atrás. La había humillado y desflorado. Pero ya no se mostraba aterrada por su presencia. Quería hablarle y decirle que podía hacerle lo que ya le había hecho una vez. Pero no estaba dispuesto a gritárselo por encima de las cabezas de la multitud. La impávida mirada de ella le hacía sentirse empequeñecido. Intentó un gesto de desprecio; pero no le fue posible. Se daba cuenta de que estaba haciendo una estúpida mueca. Lleno de una profunda conturbación, dio media vuelta y espoleó a su caballo;

pero aun así el gentío le obligó a aminorar la marcha, y la destructiva mirada de Aliena le abrasaba la nuca mientras iba alejándose de ella palmo a palmo.

Cuando al fin logró salir de la plaza del mercado, se encontró frente a frente con el prior Philip.

El pequeño galés se encontraba allí plantado, con los brazos en jarra y el pecho abombado en actitud agresiva. William vio que no estaba tan delgado como tiempo atrás y que el poco pelo que le quedaba se le estaba volviendo prematuramente gris. Tampoco parecía ya demasiado joven para su cargo. En esos momentos sus ojos azules brillaban por la ira.

—Lord William —le llamó en tono desafiante.

William logró apartar de su mente el pensamiento de Aliena y recordó que tenía una acusación que formular contra Philip.

—Me alegro de encontraros, prior.

—Y yo a vos —dijo furioso Philip, a pesar de que fruncía el ceño un poco dubitativo.

—Estáis levantando aquí un mercado —dijo William en tono reprobador.

—¿Y qué?

—No creo que el rey Stephen haya dado licencia para establecer un mercado en Kingsbridge. Ni tampoco ningún otro rey, que yo sepa.

—¿Cómo os atrevéis? —explotó Philip.

—Yo o cualquiera...

—¡Vos! —gritó Philip ahogando su voz—. ¿Cómo os atrevéis a venir aquí y hablar de una licencia..., vos que durante todo el mes pasado habéis recorrido este Condado provocando incendios, cometiendo robos, violaciones y al menos un asesinato?

—Eso no tiene nada que ver con...

—¡Cómo es posible que os atreváis a venir a un monasterio y hablar de licencias! —gritó Philip.

Dio un paso adelante señalando con dedo acusador a William, cuyo caballo le esquivó nervioso. La voz de Philip era más penetrante que la de William, a quien le resultaba imposible decir palabra; empezó a formarse un gentío de monjes, trabajadores voluntarios y clientes del mercado para seguir el altercado. Philip se mostraba imparable.

—Después de todo lo que has hecho sólo hay una cosa que deberías decir: *He pecado, padre.* ¡Deberías caer de rodillas en este priorato! Deberías suplicar el perdón si quieres escapar a las llamas del infierno.

William palideció. Siempre que se mencionaba el infierno le embargaba un terror incontrolable. Trató desesperadamente de interrumpir el torrente de palabras de Philip.

—Pero ¿qué me dice de su mercado? ¿Qué hay de su mercado? —insistió en preguntar.

Philip apenas le oyó. Se hallaba poseído de una fortísima indignación.

—¡Suplica el perdón por las terribles cosas que has hecho! —gritó—. ¡De rodillas! ¡De rodillas o arderás en el infierno!

William estaba tan aterrado que ya no dudaba de que iba a sufrir el fuego del infierno si no se arrodillaba y rezaba en ese mismo instante delante de Philip. Sabía que tenía que confesarse porque había matado a muchos hombres en la guerra, además de los pecados cometidos durante su recorrido por el Condado. ¿Qué pasaría si muriera antes de haber confesado? Se sentía demasiado sobrecogido ante la idea de las llamas eternas y los demonios con sus afilados cuchillos.

Philip se dirigió hacia él con el dedo enhiesto y le gritó.

—¡De rodillas!

William hizo retroceder a su caballo. Miró desesperado en torno suyo. La gente le cercaba por todas partes. Sus caballeros estaban detrás de él con aspecto confundido. No sabían qué hacer frente a aquella amenaza espiritual lanzada por un monje desarmado. William se sintió incapaz de soportar más humillaciones; después de lo de Aliena aquello era demasiado. Tiró de las riendas haciendo que su poderoso caballo de guerra anduviera hacia atrás de forma grosera. La multitud se dividió ante sus potentes cascos. Cuando sus patas delanteras golpearon de nuevo el suelo, William le espoleó con dureza y el animal se lanzó hacia delante. Los mirones se dispersaron; volvió a espolearlo y el caballo avanzó a medio galope. Descompuesto por la vergüenza atravesó veloz la puerta del priorato seguido de sus caballeros. Asemejaban una jauría de perros rabiosos ahuyentados por una vieja con una escoba.

William confesó sus pecados, tembloroso y abrumado por el miedo, sobre el suelo frío de la pequeña capilla del palacio episcopal. El obispo Waleran escuchaba en silencio, y su rostro era una máscara de aversión mientras William enumeraba todas las muertes, palizas y violaciones de que era culpable. William, incluso mientras se confesaba, sentía la más profunda repugnancia hacia aquel obispo arrogante con sus manos limpias y blancas cruzadas sobre el corazón y un leve palpitar en las traslucidas aletas de la nariz, como si olfateara mal olor en el aire polvoriento. A William le atormentaba tener que suplicar a Waleran la absolución pero sus pecados eran de tal categoría que ningún sacerdote corriente podría perdonarlos. Así que se arrodilló, poseído por el temor, cuando Waleran le ordenó que

encendiera una vela a perpetuidad en la capilla de Earlcastle. Luego, le dijo que había quedado absuelto de sus pecados.

El miedo, como si de niebla se tratara, se fue levantando poco a poco.

Salieron de la capilla al ambiente cargado de humo del gran salón y se sentaron junto al fuego. El otoño se disponía a dar paso al invierno, y hacía frío en la inmensa casa de piedra. Un pinche de cocina les llevó pan caliente especiado, hecho con miel y jengibre. Al fin William empezaba a sentirse a gusto. Entonces recordó sus otros problemas: Richard, el hijo de Bartholomew, estaba tratando de hacer valer su derecho al Condado, y William era demasiado pobre para reunir un ejército lo bastante grande como para que impresionara al rey. Durante el mes anterior había rastrillado considerables sumas de dinero, pero seguían sin ser suficientes.

—Ese condenado monje le está chupando la sangre al Condado de Shiring —comentó con un suspiro.

Waleran cogió pan con una mano pálida de dedos largos como una garra.

—Me he estado preguntando cuánto tiempo ibas a tardar en llegar a esa conclusión.

Claro que a Waleran se le habría ocurrido aquello mucho antes.

Se mostraba tan superior. William hubiera preferido no hablar con él, pero necesitaba la opinión del obispo sobre un punto legal.

—El rey nunca concedió licencia para establecer un mercado en Kingsbridge, ¿verdad?

—Que yo sepa, no.

—Entonces Philip está quebrantando la ley.

Waleran encogió sus huesudos hombros cubiertos de negro.

—Sí, hasta donde yo tengo conocimiento.

Waleran se mostraba muy poco interesado, pero William siguió hurgando.

—¡Hay que impedírselo!

Waleran sonrió con suficiencia.

—No podéis tratarlo del mismo modo que a un siervo que ha casado a su hija sin vuestro permiso.

William enrojeció. Waleran se refería a uno de los pecados que acababa de confesar.

—Entonces, ¿cómo hay que tratarlo?

Waleran reflexionó.

—Los mercados son prerrogativa del rey. En tiempo de mayor tranquilidad, tal vez él mismo se ocupara de ello.

William rió burlón. Pese a toda su inteligencia, Waleran no conocía al rey como él.

—Ni siquiera en tiempo de paz, le parecería bien que le presentara una queja respecto a un mercado que carece de licencia.

—Bien, entonces su delegado para los asuntos locales es el sheriff de Shiring.

—¿Qué puede hacer?

—Puede presentar una denuncia contra el priorato ante el tribunal de justicia del Condado.

William negó con la cabeza.

—Eso es lo que menos me interesa. El tribunal le impondría una multa, el priorato la pagaría y el mercado continuaría prosperando. Es casi como si se le concediera la licencia.

—Lo malo es que, en realidad, no existen motivos para impedir que Kingsbridge tenga un mercado.

—¡Sí que los hay! —exclamó indignado William—. Reduce el comercio en el mercado de Shiring.

—Shiring está a un día entero de viaje desde Kingsbridge.

—La gente recorre largos caminos.

Waleran volvió a encogerse de hombros. William se había dado cuenta de que hacía ese gesto cuando no se hallaba conforme con algo.

—De acuerdo con la tradición, un hombre pasará una tercera parte del día caminando hacia el mercado, otra tercera parte del día en el mercado y la última tercera parte del día regresando a casa. Por lo tanto, un mercado da servicio a la gente durante una tercera parte del día del viaje, que se calcula son siete millas. Si dos mercados se encuentran separados por más de catorce millas, entonces las zonas de captación no se superponen. Shiring está a veinte millas de Kingsbridge. De acuerdo con la regla, Kingsbridge tiene derecho a un mercado, y el rey debería concedérselo.

—El rey hace lo que quiere —replicó William jactancioso.

Pero se quedó preocupado. No sabía nada de la regla. Con ella se fortalecía la posición del prior Philip.

—De cualquier modo, no estamos tratando con el rey sino con el sheriff —apuntó Waleran; frunció el entrecejo y añadió—: El sheriff puede ordenar al priorato que desista de crear un mercado sin licencia.

—Eso es una pérdida de tiempo —objetó William desdeñoso—. ¿Quién hace caso de una orden que no está respaldada por una amenaza?

—Es posible que Philip.

William no creyó semejante cosa.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Los labios exangües de Waleran esbozaron una sonrisa burlona.

—No sé si seré capaz de explicároslo bien. Philip cree que la ley debe cumplirse, que ha de imperar.

—Una idea estúpida —respondió con impaciencia William—. El rey es el rey.

—Os dije que no os lo haría entender.

El aire de suficiencia de Waleran enfureció a William, que se puso en pie y se acercó a la ventana. Al mirar por ella, vio, en la cima de la colina cercana, los terraplenes donde Waleran, cuatro años atrás, empezó a construirse un castillo, confiando en sufragar los gastos con los ingresos del Condado de Shiring. Philip había hecho fracasar sus planes; y ahora la hierba había vuelto a crecer sobre los montículos de tierra, y el seco foso estaba lleno de zarzas. William recordó que Waleran había esperado edificar con la piedra procedente de la cantera del Condado de Shiring. Y ahora era Philip quien la poseía.

—Si fuera otra vez dueño de la cantera, podría utilizarla como garantía y pedir dinero prestado para reunir un ejército —musitó.

—¿Por qué no la recuperáis? —le pregunto Waleran.

William meneó la cabeza.

—Lo intenté en una ocasión.

—Y Philip os ganó por la mano. Pero ahora ya no hay allí monjes. Podéis enviar una partida de hombres para expulsar a los canteros.

—¿Pero cómo impediría que Philip volviera a tomar posesión al igual que hizo la última vez?

—Construid una cerca alta alrededor de la cantera y mantened vigilancia permanente.

Era posible, pensó William con avidez. Y resolvería su problema de una vez por todas. No obstante se detuvo a meditar: ¿Qué motivo impulsaba a Waleran a sugerir aquello? Madre le había advertido que anduviera con ojos con aquel obispo poco escrupuloso. *Lo único que necesitas saber de Waleran Bigod*, le había dicho, *es que cuanto hace lo ha calculado antes con minucioso cuidado. En él no hay nada espontáneo, nada improvisado, nada casual, nada superfluo. Y, sobre todo, nada generoso.*

Pero Waleran odiaba a Philip y había jurado que le impediría construir su catedral. Ése era motivo suficiente.

William lo miró pensativo. Su carrera se encontraba atascada.

Había llegado a obispo muy joven; pero Kingsbridge era una diócesis insignificante y empobrecida y, con toda seguridad, Waleran la había considerado tan sólo un peldaño para dignidades más altas. Sin embargo, era el prior, y no el obispo, quien estaba adquiriendo riquezas y fama. Waleran se

apagaba, ensombrecido por Philip, al igual que William. Ambos tenían motivo para querer destruirlo.

William decidió una vez más sobreponerse a la repugnancia que le inspiraba Waleran, en beneficio de sus propios intereses a largo plazo.

—Muy bien —dijo—. Eso puede dar resultado. Pero supongamos que entonces Philip va a quejarse al rey.

—Diréis que lo habéis hecho como represalia por el mercado que Philip ha creado sin licencia —apuntó Waleran.

William asintió.

—Cualquier excusa valdrá, siempre que yo vuelva a la guerra con un ejército lo bastante numeroso.

Los ojos de Waleran brillaron de malicia.

—Tengo la impresión de que Philip no construirá esa catedral si ha de comprar la piedra al precio del mercado. Y, si deja de construir, Kingsbridge empezara a declinar. Eso solucionará todos vuestros problemas.

William no estaba dispuesto a mostrar gratitud.

—Aborrecéis de veras a Philip, ¿verdad?

—Se interpone en mi camino —se limitó a decir Waleran; pero, por un instante, William tuvo un atisbo de la descarnada crueldad que latía bajo los modales fríos y calculadores del obispo.

William volvió a fijar la mente en las cuestiones prácticas.

—Allí debe de haber unos treinta canteros, algunos con sus mujeres e hijos.

—¿Y qué?

—Puede que haya derramamiento de sangre.

Waleran enarcó sus negras cejas.

—¿De veras? Entonces habré de darte la absolución.

3

A fin de llegar con el alba, se pusieron en marcha cuando todavía estaba oscuro. Enarbolaban antorchas que ponían nerviosos a los caballos. Además de Walter y los otros cuatro caballeros, William llevaba consigo seis hombres de armas. Caminando detrás de ellos, iban una docena de campesinos que habrían de cavar el foso y levantar la cerca.

William creía con firmeza en una planificación militar cuidadosa, lo cual era precisamente el motivo de que él y sus hombres fueran tan útiles al rey Stephen; pero, en esta ocasión, no tenía plan alguno de batalla. Unos cuantos canteros y sus familias no podían oponer mucha resistencia, y William no podía dejar de recordar lo que le dijo el líder de los canteros... ¿Se llamaba

Otto? Sí, Otto Blackface. Pues Otto se había negado a luchar el primer día que Tom Builder llevó a sus hombres a la cantera.

Amaneció una helada mañana de diciembre, con jirones de niebla colgando de los árboles, semejantes a la ropa tendida de la gente pobre. William aborrecía aquella época del año. Hacía frío por la mañana, oscurecía muy pronto y en el castillo siempre había humedad. Se servían demasiada carne y demasiado pescado en salazón. Su madre siempre estaba enfadada y los sirvientes malhumorados. Sus caballeros se mostraban pendencieros. Esa pequeña escaramuza les vendría bien. Y también a él. Ya había gestionado un préstamo de doscientas libras con los judíos de Londres, con la cantera como la garantía. Antes de que el día finalizara, tendría asegurado su futuro. Cuando les faltaba alrededor de una milla para llegar a la cantera, William se detuvo, eligió dos hombres y los envió a pie, a modo de avanzadilla.

—Tal vez haya un centinela o algunos perros —les advirtió—. Tened preparado un arco con la flecha dispuesta en la cuerda.

Un poco más adelante, el camino torcía a la izquierda, y terminaba de repente ante la ladera cortada a pico de una colina mutilada. Era la cantera. Reinaba el más absoluto silencio. Junto al camino, los hombres de William sujetaban a un asustado rapaz, seguramente un aprendiz al que habían enviado a montar guardia. A sus pies, un perro se desangraba con una flecha clavada en el cuello.

La partida que había emprendido la incursión, se acercó sin preocuparse por guardar silencio. William detuvo el caballo y examinó el panorama. Había desaparecido gran parte de la colina desde la última vez que la vio. El andamiaje subía por la ladera hasta zonas inaccesibles y descendía luego hasta una profunda hondonada abierta al pie. Cerca de la carretera, se encontraban almacenados bloques de piedra de distintas formas y tamaños; dos macizas carretas de madera, con inmensas ruedas, estaban cargadas de piedra y dispuestas para salir. Todo aparecía cubierto de polvo gris, incluso los arbustos y los árboles. Habían talado una gran área de bosque. "Mi bosque", pensó furioso William, y había diez o doce construcciones de madera, algunas con pequeños huertos, uno de ellos con una pocilga. Era una pequeña aldea.

Probablemente, el centinela se había quedado dormido y su perro también.

—¿Cuántos hombres hay aquí, zagal? —le preguntó William.

El mozo, aunque se hallaba asustado, parecía valiente.

—Vos sois Lord William, ¿verdad?

—Contesta a la pregunta, muchacho, o te cortaré la cabeza con esta espada.

El chico se puso lívido de miedo, pero contestó con una voz de tembloroso desafío.

—¿Va a tratar de robar esta cantera al prior Philip?

¿Qué me pasa? se preguntó William. *Ni siquiera soy capaz de asustar a un flacucho zagal barbilampiño. ¿Por qué la gente cree que puede desafiarme?*

—Esta cantera es mía —respondió con tono sibilante—. Olvídate del prior Philip. Ahora ya nada puede hacer por vosotros. ¿Cuántos hombres?

Y en lugar de contestar, el muchacho volvió la cabeza y empezó a vociferar:

—¡Ayuda! ¡Guardia! ¡Nos atacan! ¡Nos atacan!

William se llevó la mano a la espada. Vaciló mirando hacia las casas. Un rostro espantado atisbaba desde una puerta. Arrebató a uno de sus hombres una antorcha llameante y espoleó a su caballo. Cabalgó hacia las casas llevando la antorcha muy alta, mientras veía a sus caballeros detrás de él. Se abrió la puerta de la cabaña más cercana y asomó la cabeza un hombre de ojos legañosos que se hallaba en ropa interior. William arrojó la tea ardiendo por encima de la cabeza del hombre. Cayó en el suelo, detrás de él, sobre la paja, en la cual prendió rápidamente. William, con un grito triunfal siguió cabalgando.

Atravesó el pequeño enjambre de casas. Detrás de él sus hombres cargaban, aullando y arrojando sus antorchas sobre los tejados de barda. Se abrieron todas las puertas y empezaron a salir hombres, mujeres y niños llenos de terror que chillaban tratando de evitar los estruendosos cascos. Iban de una parte a otra, dominados por el pánico, mientras las llamas se extendían. William se detuvo un instante a contemplar la escena. Los animales domésticos corrían por todas partes, y un cerdo frenético cargaba contra cuanto encontraba al paso, en tanto que una vaca, desconcertada, permanecía inmóvil en medio de todo aquel tumulto, moviendo a un lado y a otro su estúpida cabeza. Incluso los hombres jóvenes, que solían componer el grupo más agresivo, parecían confusos y asustados.

Desde luego, el amanecer era la mejor hora para este tipo de asaltos, ya que el hecho de mostrarse medio desnudos disminuía la agresividad de las gentes.

Un hombre de tez morena, con un mechón de pelo negro, salió de una de las cabañas. Llevaba las botas puestas y empezó a dar órdenes. Debía tratarse de Otto Blackface. William no alcanzaba a oír lo que decía, aunque, por sus ademanes, suponía que Otto estaba ordenando a las mujeres que cogieran a los niños y corrieran a refugiarse en los bosques. ¿Pero qué estaría diciendo a los hombres? William lo supo un momento después. Dos jóvenes

corrieron hasta una cabaña apartada de las otras y abrieron la puerta que estaba atrancada por fuera. Entraron en ella y salieron de nuevo enarbolando pesados martillos de cortar piedra. Otto envió a otros hombres a la misma cabaña que, a todas luces, era donde se hallaban guardadas las herramientas. Era evidente que se disponían a presentar batalla.

Tres años antes, Otto se había negado a luchar por Philip. ¿Por qué había cambiado de idea?

Fuera como fuera iba a matarlo. William sonrió ceñudo y desenvainó la espada.

Ya había seis u ocho hombres armados con machos y hachas de mango largo. William espoleó su caballo y cargó contra el grupo que se encontraba cerca de la puerta de la cabaña de herramientas, el cual se desperdigó, y sus integrantes quedaron fuera de su alcance. Pero enarboló su espada y pudo alcanzar a uno de ellos y hacerle un profundo corte en el brazo. El hombre soltó el hacha.

William se alejó al galope y luego hizo dar la vuelta a su caballo.

Jadeaba con fuerza y se sentía bien. Con el ardor de la batalla no se experimentaba temor, sólo excitación. Algunos de sus hombres habían visto lo ocurrido y miraron a William interrogantes. Les hizo ademán de que le siguieran y cargó de nuevo contra los canteros. No podían esquivar a seis caballeros con la facilidad que a uno. William derribó a dos, y varios más cayeron bajo las espadas de sus hombres. Se movía con demasiada rapidez para poder contarlos o comprobar si estaban muertos o nada más que heridos. Cuando Otto volvió había reagrupado a sus fuerzas. Al lanzarse los caballeros a la carga, los canteros se escurrieron entre las casas ardiendo. William se dio cuenta, bien a pesar suyo, de que se trataba de una táctica inteligente. Los caballeros los siguieron; pero a los canteros les resultaba más fácil esquivarlos por separado, y los caballos se apartaban de las viviendas en llamas. William persiguió a un hombre canoso que llevaba un martillo, y falló varias veces antes de que el hombre se evadiera de él, corriendo a través de una casa con el techo incendiado.

William comprendió que el problema era Otto. Él era quien alentaba a los canteros, y también quien los organizaba. Tan pronto como cayera, los demás abandonarían la lucha. William detuvo su caballo y buscó con la mirada al hombre de tez morena. La mayoría de las mujeres y los niños habían desaparecido, salvo dos criaturas de cinco años que se encontraban en medio de la batalla cogidas de la mano y llorando. Los caballeros de William cargaban entre las casas, persiguiendo a los canteros. Con gran sorpresa, William vio que uno de sus hombres de armas había caído bajo un martillo y

yacía en el suelo quejándose y sangrando. William quedó consternado, ya que no había previsto baja alguna entre los suyos.

Una mujer corría desolada entre las casas en llamas, e iba de una a otra gritando algo. William no podía saber qué. Era evidente que llamaba a alguien. Finalmente la mujer encontró a las dos niñas, y se las llevó, una debajo de cada brazo. Al intentar alejarse corriendo, casi topó con uno de los caballeros de William, Gilbert de Rennes, el cual levantó la espada con intención de descargarla sobre ella. De repente Otto saltó de detrás de una cabaña enarbolando un hacha de mango largo. Su habilidad en el manejo de esa herramienta era tal que atravesó limpiamente el muslo de Gilbert, quedando la hoja clavada en la madera de la montura. La pierna cortada cayó al suelo y Gilbert, gritando, se desplomó del caballo, jamás volvería a luchar.

Había sido un caballero muy valioso. William espoleó furibundo su caballo. La mujer con los niños había desaparecido. Otto forcejeaba, intentando sacar la hoja de su hacha de la silla de Gilbert. Levantó la vista y vio llegar a William. Si en ese momento hubiera echado a correr, probablemente habría escapado, pero se quedó tratando de sacar su hacha. Se soltó en el preciso momento en que William caía casi sobre él. William alzó su espada. Otto se mantuvo a pie firme y levantó su hacha. William se dio cuenta, en el último momento, de que iba a descargarla sobre su caballo, y de que el cantero podía lisiar al animal antes de que él estuviera lo bastante cerca para atacarle. Tiró desesperadamente de las riendas y el caballo patinó y se detuvo, luego retrocedió, al tiempo que apartaba su cabeza de Otto, quien descargó el golpe sobre el cuello del animal. El filo del hacha se hundió profundamente en los poderosos músculos. Brotó la sangre como una fuente y el caballo se precipitó al suelo. William lo había desmontado antes de que el inmenso cuerpo tocara tierra. Estaba enfurecido; aquel caballo de batalla le había costado una fortuna y con él había sobrevivido durante todo un año de guerra civil. Era exasperante haberlo perdido bajo el hacha de un cantero. Saltó por encima del cuerpo del animal y se lanzó sobre Otto con la furia de un maníaco, enarbolando su espada.

Otto no era presa fácil. Alzando su hacha con ambas manos, utilizó el mango de corazón de roble para detener los mandobles de William, quien atacaba cada vez con más fuerza haciéndole retroceder. Pese a su edad, Otto tenía unos músculos poderosos y los golpes apenas le hacían mella. William agarró su espada con las dos manos y la descargó con mayor fuerza todavía. Una vez más se interpuso el mango del hacha, pero esta vez la espada de William se hundió en la madera. Entonces Otto empezó a avanzar y William a retroceder. Tiró con fuerza de su espada y al fin logró liberarla. Mas para entonces Otto lo tenía prácticamente bajo su dominio.

De repente William temió por su vida.

Otto levantó el hacha, William la esquivó echándose hacia atrás. Su talón se encontró con algo que le hizo tropezar y caer de espaldas sobre el cuerpo de su caballo. Aterrizó en un charco de sangre cálida pero logró conservar la espada. Vio a Otto junto a él, con su hacha levantada. Al descender el arma William rodó frenéticamente de costado; sintió el viento al cortar la hoja el aire junto a su cara. Luego se levantó de un salto y atacó al cantero.

Un soldado se habría echado a un lado antes de arrancar su arma del suelo, sabedor de que un hombre es en extremo vulnerable después de asestar un golpe fallido. Pero Otto no era un soldado sino un loco valiente, y permanecía en pie con una mano en el mango de su hacha y el otro brazo extendido para recobrar el equilibrio, dejando que todo su cuerpo se convirtiera en un fácil blanco. William lanzó el apresurado ataque prácticamente a ciegas, y sin embargo acertó. La punta de la espada atravesó el pecho de Otto. William la hundió con más fuerza y la hoja se deslizó entre las costillas del hombre. Otto soltó su hacha y en su rostro apareció una expresión que William conocía bien. Sus ojos se mostraron sorprendidos. Tenía la boca abierta como si se dispusiera a gritar a pesar de que no emitía sonido alguno. De repente, su tez adquirió un color gris. Presentaba el aspecto de un hombre que ha sufrido una herida mortal. William hundió todavía más su espada para asegurarse y luego la sacó. Los ojos de Otto quedaron en blanco, una brillante mancha roja, que iba agrandándose, empapó su camisa. Por último se desplomó. William dio media vuelta y escrutó el panorama general. Vio a dos canteros que huían apresurados, seguramente después de haber visto cómo mataban a su líder. Mientras corrían, gritaban a los demás. La lucha se convirtió en una retirada. Los caballeros persiguieron a los que trataban de escapar.

William se quedó inmóvil, jadeante ¡Los condenados canteros habían presentado batalla! Miró a Gilbert, yacía inmóvil en un charco de sangre con los ojos cerrados. William le puso una mano en el pecho. Ni un latido; Gilbert había muerto.

William caminó entre las casas, que ardían aún. Fue contando los cuerpos; habían muerto tres canteros, y además una mujer y una niña. Ambas parecían haber sido pateadas por los caballos. Tres de los hombres de armas de William estaban heridos y cuatro caballos habían perecido o estaban lisiados.

Cuando completó el recuento permaneció en pie junto al cuerpo de su cabalgadura. Aquel caballo de guerra le había gustado más de lo que le gustaba la mayoría de la gente; después de la lucha, solía sentirse exultante. Pero, en esos momentos, sólo estaba deprimido. Aquello era una carnicería.

Lo que hubiera debido ser una sencilla operación para expulsar a unos trabajadores indefensos, se había convertido en una batalla campal con importantes bajas. Los caballeros persiguieron a los canteros hasta el lindero del bosque. Pero, a partir de allí, los caballos nada podían contra los hombres, así que dieron media vuelta. Walter se acercó adonde estaba William y vio a Gilbert muerto en el suelo.

—Gilbert ha matado más hombres que yo —declaró santiguándose.

—No hay muchos como él para que pueda permitirme perder un hombre así en una trifulca con un condenado monje —dijo William con amargura—. Y no hablemos de los caballos.

—¡Vaya sorpresa! —comentó Walter—. Esa gente ha ofrecido más resistencia que los rebeldes de Robert de Gloucester.

William meneó la cabeza asqueado.

—No lo entiendo —dijo mirando los cuerpos que había alrededor—. ¿Por qué diablos creían que luchaban?

CAPÍTULO NUEVE

1

Poco antes del amanecer, cuando la mayoría de los hermanos se encontraban en la cripta para el oficio de prima, sólo quedaban dos personas en el dormitorio, Johnny, que barría en un extremo de la larga habitación, y Jonathan, que se hallaba en el otro, jugando a la escuela.

El prior Philip se detuvo en la puerta y se quedó observando a Jonathan. Tenía ya casi cinco años, era un chiquillo despierto y decidido, con una seriedad infantil que encantaba a todos. Johnny aún seguía vistiéndole con un hábito de monje en miniatura. Aquel día Jonathan imitaba al maestro de novicios dando clase ante una imaginaria hilera de alumnos. *¡Eso está mal, Godfrey!* decía con gran severidad ante el banco vacío. *No habrá comida para ti si no te aprendes los veleros.* Quería decir los verbos. Philip sonrió con cariño. No habría podido querer más a un hijo. Jonathan era la única cosa en su vida que le producía la más pura alegría.

El niño correteaba por el priorato como un cachorro, mimado y consentido por todos los monjes. Para la mayoría de ellos era como un cachorrillo, algo con lo que jugar. Para Philip y Johnny era algo más. Johnny lo quería como una madre; y Philip, a pesar de que trataba de ocultarlo, se sentía como el padre del rapaz. Él mismo había sido educado, desde muy pequeño, por un bondadoso abad, y le parecía lo más natural del mundo desempeñar idéntico papel con Jonathan. No le hacía cosquillas ni le perseguía como los monjes, pero le contaba historias de la Biblia, jugaba con él a contar y vigilaba a Johnny.

Entró en la habitación y, después de sonreír a Johnny, se sentó en el banco con los imaginarios escolares.

—Buenos días, padre —dijo Jonathan con tono solemne. Johnny le había enseñado a mostrarse muy cortés.

—¿Te gustaría ir a la escuela? —le preguntó Philip.

—Ya sé latín —fanfarroneó Jonathan.

—¿De veras?

—Sí. Escucha, *Omnius pluvius buvius tuvius nomine patri amén*.

Philip procuró no reírse.

—Eso suena como latín, pero no lo es del todo. El maestro de novicios, el hermano Osmund, te enseñará a hablarlo con toda corrección.

Jonathan se había quedado un poco desanimado al descubrir que, después de todo, no sabía latín.

—Bueno, pero puedo correr deprisa. Y todavía más deprisa. ¡Mira!

Recorrió a toda velocidad la habitación de un extremo al otro.

—¡Formidable! —elogió Philip—. ¡Eso sí que es correr!

—Sí... y todavía puedo hacerlo más rápido.

—Ahora no —le dijo Philip—. Escúchame un momento. Voy a estar fuera durante un tiempo.

—¿Volverás mañana?

—No, no tan pronto.

—¿La semana que viene?

—No. Tampoco la semana que viene.

Jonathan parecía desconcertado. No podía concebir el tiempo más allá de una semana. Y aún había otro misterio.

—Pero... ¿por qué?

—Tengo que ver al rey.

—¡Ah! —Aquello tampoco significaba gran cosa para Jonathan.

—Y, mientras estoy fuera, me gustaría que fueses a la escuela. ¿Te gustaría a ti?

—¡Sí!

—Tienes casi cinco años. La semana próxima es tu cumpleaños. Viniste a nosotros el primer día del año.

—¿De dónde vine?

—De Dios. Todas las cosas vienen de Dios.

Jonathan sabía que aquello no era una contestación.

—Pero, ¿dónde estaba antes? —insistió.

—No lo sé.

Jonathan frunció el ceño, lo cual resultaba extraño en un rostro tan joven y despreocupado.

—Tengo que haber estado en alguna parte.

Philip comprendió que llegaría un día en que alguien tendría que decirle a Jonathan cómo nacían los bebés. Hizo una mueca ante aquella idea. Bien, por fortuna, todavía no era tiempo. Cambió de tema.

—Mientras esté fuera, quiero que aprendas a contar hasta cien.

—Puedo contar —dijo Jonathan—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, *quincie, dieséis, diesiete...*

—No está mal —aprobó Philip—. Pero el hermano Osmond te enseñará más. En clase has de permanecer sentado, muy quieto, y hacer todo lo que él te diga.

—¡Voy a ser el mejor de la escuela! —se jactó el chaval.

—Ya lo veremos.

Philip se quedó mirándolo un momento más. Estaba fascinado por la forma en que se desarrollaba el chiquillo, de cómo aprendía cosas y de las fases por las que pasaba. Era curiosa esa continua insistencia en querer hablar latín, o contar, o correr mucho. ¿Acaso era un preludio necesario para un saber auténtico? Debía responder sin duda a algún propósito en el plan de Dios. Y llegaría día en que Jonathan se convertiría en un hombre. ¿Cómo sería entonces? La idea despertó la impaciencia de Philip porque Jonathan creciera. Pero eso tardaría tanto como la construcción de la catedral.

—Pues entonces dame un beso y dime adiós —le pidió Philip.

Jonathan levantó la cara y Philip le besó en la suave mejilla.

—Adiós, padre —dijo Jonathan.

—Adiós, hijo mío —repuso Philip. Luego apretó con afecto el brazo de Johnny y se marchó.

Los monjes estaban ya saliendo de la cripta y se encaminaban al refectorio. Philip anduvo en sentido contrario y entró en la cripta para orar por el éxito de su misión.

Sintió que se le rompía el corazón cuando le notificaron lo ocurrido en la cantera. ¡Habían matado a cinco personas, entre ellas una pobre chiquilla! Se refugió en su habitación y lloró como un niño. Cinco miembros de su rebaño asesinados por William Hamleigh y su manada de bestias. Philip los había conocido a todos. Harry de Shiring que había sido un día el cantero de Lord Percy, Otto, el hombre de rostro atezado que estuvo al frente de la cantera desde sus comienzos; Mark, el apuesto hijo de Otto, su mujer, Alwen, que en los atardeceres tocaba canciones con los cencerros de las ovejas, y la pequeña Norma, la nieta de siete años de Otto y la niña de sus ojos. Gente trabajadora, de buen corazón y temerosa de Dios, que habían tenido derecho a esperar de sus señores paz y justicia. William los había matado como un zorro mata pollitos. Era algo que hacía llorar a los ángeles.

Philip había llorado por ellos, y luego había ido a Shiring a pedir justicia. El sheriff se había negado en redondo a ejercer acción alguna.

—Lord William tiene un pequeño ejército... ¿cómo podría arrestarle? —había dicho el sheriff Eustace—. El rey necesita caballeros para luchar contra Maud... ¿qué diría si encarcelara a uno de sus mejores hombres? Si culpara de asesinato a William, sus caballeros me matarían de inmediato o, más adelante, el rey Stephen ordenaría que me colgasen por traidor.

Philip se dio cuenta que, en una guerra civil, la primera baja era la de la justicia.

Luego, el sheriff le comunicó que William había presentado una denuncia oficial referente al mercado de Kingsbridge.

Era absurdo que William quedara impune por asesinato y, además, le acusara por un tecnicismo. Se sentía impotente. Bien era verdad que no tenía permiso para instalar un mercado y que infringía la ley desde un punto de vista estricto. Pero no podía estar equivocado. Era el prior de Kingsbridge. Lo único que tenía era su autoridad moral. William podía reunir un ejército de caballeros. El obispo Waleran podía recurrir a sus contactos en las altas esferas, el sheriff podía alegar la autoridad real. Pero todo cuanto Philip tenía en su mano era decir: esto esta bien y esto esta mal. Y, si intentara cambiar la situación, se encontraría realmente indefenso. De manera que ordenó que se suspendiera el mercado.

Aquello lo dejó en una posición desesperada.

Las finanzas del priorato habían mejorado de forma espectacular gracias, por una parte, al más estricto control y, por otra, a las ganancias, siempre en alza, procedentes del mercado y de la cría de ovejas. Pero Philip gastaba siempre hasta el último penique en la construcción, y había obtenido fuertes préstamos de los judíos de Winchester, los cuales todavía se hallaban pendientes de pago. Y ahora, de golpe y porrazo, había perdido su suministro de piedra libre de costos, se habían acabado sus ingresos del mercado y era más que probable que sus trabajadores voluntarios, muchos de los cuales acudían principalmente por el mercado, empezaran a disminuir. Tendría que despedir por un tiempo a la mitad de los constructores, y abandonar la esperanza de que la catedral fuese acabada cuando él estuviera todavía con vida. No estaba dispuesto a aceptarlo.

Se preguntaba si aquella crisis sería culpa suya. ¿Había tenido, tal vez un exceso de confianza? ¿Se mostró más ambicioso de lo debido? El sheriff Eustace le dio a entender algo semejante: *Sois demasiado grande para vuestras botas, Philip*, le había dicho malhumorado. *Dirigís un pequeño monasterio, sois un insignificante prior. Pero queréis gobernar al obispo, al conde y al sheriff. Bien, pues no podéis. Somos demasiado poderosos para vos. Lo único que hacéis es crear dificultades.*

Eustace era un hombre feo, de dientes desiguales y con un ojo estrábico. Vestía una sucia túnica amarilla. Pero, por poco respetable que fuera, sus palabras hirieron profundamente a Philip. La conciencia le decía que los canteros no habrían muerto si él no se hubiera ganado la enemistad de William Hamleigh. Pero no podía hacer otra cosa que ser enemigo de William. Si renunciara, sería mayor aún el número de personas que sufrirían, gente como el molinero a quien William había matado, o la hija del siervo a quien él y sus caballeros habían violado. Philip tenía que seguir en la brecha.

Y ello significaba que tenía que ir a ver al rey.

Le desagradaba en extremo la idea. Ya lo había visitado en una ocasión, en Winchester, hacía cuatro años, y aun cuando había obtenido lo que quería, se sintió incomodísimo en la corte real. El rey estaba rodeado de gentes sin escrúpulos, y muy astutas, que andaban a empellones por lograr su atención y se disputaban sus favores. Philip los encontró a todos despreciables. Intentaban lograr una riqueza y una posición que no merecían. No llegaba a comprender bien el juego que practicaban en su mundo, pues consideraba que la mejor manera de obtener algo era procurar merecerlo, y no adular al donante. Pero, en aquel momento, no le quedaba otra alternativa que entrar en ese mundo y practicar aquel juego. Tan sólo el rey podía conceder a Philip el permiso para tener un mercado. Sólo el rey podía ya salvar la catedral.

Terminó sus rezos y abandonó la cripta. Estaba saliendo el sol. Los muros grises de la catedral a medio edificar aparecían bañados por una tonalidad rosada. Los constructores que trabajaban desde que apuntaba el sol hasta que se ponía, comenzaban ya la faena. Abrían sus viviendas, afilaban sus herramientas y se ponían a mezclar la argamasa. La pérdida de la cantera aún no había afectado a la construcción. Desde el principio, habían estado sacando sin cesar más piedras de las que utilizaban y disponían de unas existencias que les durarían durante muchos meses.

Había llegado el momento en que Philip debía partir. El rey se encontraba en Lincoln. Philip tendría un compañero de viaje, el hermano de Aliena, Richard. Después de luchar durante un año como escudero, el rey lo había nombrado caballero. Había vuelto a casa a equiparse de nuevo y, en aquellos momentos, iba a incorporarse otra vez al ejército real.

A Aliena le había ido asombrosamente bien como mercader de lana. Ya no vendía su lana a Philip, sino que trataba directamente con los compradores flamencos. En realidad, ese mismo año había querido adquirir toda la producción de vellón al priorato. Habría pagado algo menos que los flamencos; pero Philip hubiera recibido el dinero antes. El prior lo había rechazado. Sin embargo era un signo de su éxito que hubiera podido hacer siquiera la oferta.

En aquellos momentos se encontraba en la cuadra con su hermano, como pudo ver Philip al dirigirse hacia allí. Se había congregado buen número de gente para decir adiós a los viajeros. Richard se encontraba montado en un caballo de guerra castaño, que debía de haber costado a Aliena veinte libras por lo menos. Se había convertido en un joven apuesto, de espaldas anchas. Sus rasgos perfectos quedaban algo empañados por una fea cicatriz en la oreja derecha, tal vez, pensaban todos, a causa de un accidente de esgrima. Llevaba una espléndida indumentaria en rojo y verde, e iba armado con una

espada nueva, lanza, hacha de combate y daga. Su equipaje se hallaba sobre un segundo caballo que llevaba de la rienda. Lo acompañaban dos hombres de armas, montando corceles, y un escudero sobre una vigorosa jaca.

Aliena se encontraba hecha un mar de lágrimas. Philip no podría decir con exactitud si estaba triste de ver a su hermano partir, orgullosa de su magnífico aspecto o temerosa de que acaso no volviera. Tal vez las tres cosas. Algunos de los aldeanos habían acudido a decirle adiós, incluidos la mayoría de los jóvenes y muchachos. Sin duda Richard era su héroe. También se encontraban allí todos los monjes para desear a su prior un buen viaje.

Los mozos de cuadra llevaron los caballos. Un palafrén ensillado para Philip y una jaca cargada con su modesto equipaje, casi todo comida. Los constructores dejaron sus herramientas y se acercaron hasta allí, con el barbudo Tom y su pelirrojo hijastro a la cabeza. Como era de rigor, Philip abrazó a Remigius, el sub-prior, y se despidió con mayor afecto de Milius y Cuthbert. Luego montó en el palafrén. Pensó con tristeza que, durante cuatro semanas, habría de permanecer todo el día sentado en aquella dura silla. Desde allí arriba, bendijo a todos. Los monjes, los constructores y los aldeanos agitaban las manos y les deseaban buen viaje mientras él y Richard atravesaban juntos las puertas del priorato. Bajaron por la angosta calle y atravesaron la aldea saludando a quienes acudían a verlos marchar. Luego los cascos resonaron sobre el puente de madera y, por último, enfilaron el camino a través de los campos. Poco después, al mirar Philip por encima del hombro, vio el sol naciente brillando a través del hueco de la ventana en el extremo oriental, a medio construir, de la nueva catedral. Si fracasaba en su misión, tal vez nunca llegaría a terminarse. Después de cuanto había pasado para llegar a aquel punto, ahora no podía soportar la idea de la derrota. Giró la cabeza y se concentró en el camino que tenía por delante.

La ciudad de Lincoln se alzaba sobre una colina. Philip y Richard llegaban a ella por la parte sur, por una antigua y concurrida calle llamada Ermine Street. Incluso desde aquella distancia, podían ver las torres de la catedral y las almenas del castillo. Pero se encontraban todavía a tres o cuatro millas cuando se hallaron de pronto con una puerta de la ciudad. *Los suburbios deben ser extensos,* se dijo*. Y la población debe contarse por miles.*

Lincoln había sido tomada en Navidad por Ranulf de Chester, el hombre más poderoso del norte de Inglaterra, y pariente de la emperatriz Maud. Después, el rey Stephen se había apoderado de nuevo de la ciudad; pero las fuerzas de Ranulf seguían atrincheradas en el castillo. A medida que se acercaban, Philip y Richard se enteraron de que la ciudad se encontraba en

una posición desusada al tener a dos ejércitos rivales acampados dentro de sus murallas.

Philip no había hablado gran cosa con Richard durante las cuatro semanas que cabalgaban juntos. El hermano de Aliena era un joven airado, que odiaba a los Hamleigh y estaba empecinado en tomar venganza. Y hablaba como si los sentimientos de Philip fueran idénticos. Sin embargo, había una diferencia. Philip aborrecía a los Hamleigh por lo que hacían a sus vasallos, consideraba que el mundo sería un lugar mejor si se viera libre de ellos. Richard no se sentiría a gusto consigo mismo hasta que no hubiera derrotado a los Hamleigh. Su motivo era del todo egoísta.

Físicamente, Richard era fuerte y valiente, siempre dispuesto a luchar; pero en otros aspectos, era un ser débil. Confundía a sus hombres de armas tratándolos a veces en plan de igualdad, mientras en otras ocasiones les daba órdenes como a sirvientes. En las tabernas intentaba causar impresión pagando cerveza a los forasteros. Pretendía conocer el camino cuando en realidad no estaba seguro, y había llegado a hacer que el grupo se desviara en ciertos momentos porque no era capaz de admitir que había cometido una equivocación. Cuando llegaron a Lincoln, Philip ya sabía que Aliena valía diez veces más que su hermano.

Pasaron junto a un gran lago lleno de barcos. Luego, al pie de la colina, atravesaron el río que constituía el límite sur de la propia ciudad. Era evidente que el medio de vida de Lincoln estaba en las embarcaciones. Junto al puente, había un mercado de pescado. Atravesaron otra puerta con centinela. Habían dejado atrás los suburbios caóticos y penetraron en la bulliciosa ciudad. Delante de ellos, una calle angosta, increíblemente concurrida, ascendía empinada hasta la cima del monte. Las casas, prácticamente pegadas unas a otras a cada lado de la calle, estaban construidas casi todas de piedra, al menos en parte, señal inconfundible de considerable riqueza. La colina era tan empinada, que la mayoría de las casas tenían su piso principal, varios pies por encima del nivel del suelo en un extremo, mientras que el otro se encontraba por debajo de la superficie. La zona de la parte baja del extremo del declive se hallaba ocupada invariablemente por un taller de artesano o una tienda. Los únicos espacios abiertos eran los cementerios junto a las iglesias, y en cada uno de ellos había un mercado, de grano, de aves de corral, de lana, de cuero o de otras cosas. Philip y Richard, con su séquito, se abrieron camino a duras penas a través de la densa muchedumbre de ciudadanos, hombres de armas, animales y carretas. Philip descubrió asombrado que, a sus pies, había piedras. ¡Toda la calle estaba empedrada! *Cuánta riqueza debe de haber aquí,* se dijo, *para cubrir el suelo de piedra como en una catedral o un palacio.* El suelo seguía estando resbaladizo por

los desperdicios y los excrementos de los animales, pero era muchísimo mejor que el río de barro en que se transformaban en invierno las calles de casi todas las ciudades.

Llegaron a la cima de la colina y pasaron por otra puerta. Habían penetrado en el corazón de la ciudad, y el ambiente cambiaba de repente. Reinaba una mayor tranquilidad, aunque muy tensa. Inmediatamente a su izquierda se encontraba la entrada al castillo. La gran puerta reforzada con hierro que daba acceso al pasaje abovedado, se encontraba herméticamente cerrada. Detrás de las ventanas, estrechas y alargadas como flechas, se movían sombras difusas: centinelas enfundados en armaduras patrullaban en lo alto de las murallas. Los débiles rayos de sol centelleaban en sus bruñidos cascos. Philip observó sus idas y venidas. No hablaban entre sí, no bromeaban o reían, ni se inclinaban sobre la balaustrada para silbar a las jóvenes que pasaban. Permanecían ojo avizor erguidos y temerosos.

A la derecha de Philip, a no más de un cuarto de milla de la puerta del castillo, se alzaba la fachada oeste de la catedral. Philip descubrió al punto que, pese a su proximidad a la fortaleza, la había ocupado el cuartel general de los ejércitos del rey. Una hilera de centinelas cerraba el paso a la angosta calle que conducía a la iglesia a través de las casas de los canónigos. Detrás de los guardias, caballeros y hombres de armas entraban y salían a través de las tres puertas de la catedral. El cementerio se había convertido en un campamento del ejército; con tiendas, hogueras para cocinar y caballos pastando en el tepe[5]. Allí no había edificios monásticos. De la catedral de Lincoln no se ocupaban los monjes sino unos sacerdotes, llamados canónigos, que vivían en casas urbanas corrientes cerca de la iglesia.

El espacio entre la catedral y el castillo se hallaba vacío, salvo por la presencia de los recién llegados. Philip se dio cuenta de que toda la atención estaba concentrada en ellos, tanto la de los guardias que se encontraban del lado del rey como la de los centinelas que guardaban las murallas opuestas. Atravesaban tierra de nadie, entre dos campos armados. Tal vez el lugar más peligroso de Lincoln. Miró en derredor y vio que Richard y los otros se habían puesto ya en marcha. Los siguió presuroso.

Los centinelas del rey les hicieron pasar de inmediato. Richard era bien conocido. Philip contempló admirado la fachada oeste de la catedral. Tenía un arco principal altísimo, y otros arcos a cada lado, la mitad del tamaño del central pero, aun así, asombrosos. Parecía el camino al cielo. En cierto modo,

[5] El tepe es un césped de alta calidad cultivado en origen hasta un estado completo de madurez, momento en el que es extraído formando rollos que son transportados y posteriormente transplantados en el terreno de destino. El tepe se extrae en placas rectangulares de 1 metro cuadrado de superficie con 15-20 cm de sustrato para facilitar su enrollado y garantizar el perfecto enraizamiento posterior en el terreno definitivo.

lo era. Philip decidió al punto que quería arcos altos en la fachada oeste de la catedral de Kingsbridge.

Un escudero se hizo cargo de los caballos. Philip y Richard atravesaron el campamento y entraron en la catedral. Estaba más atestada en el interior que fuera. Las naves laterales habían sido convertidas en cuadras, y centenares de caballos se encontraban atados a las columnas de la arcada. Hombres armados pululaban entre fuegos de campamento. Algunos hablaban inglés, otros francés y unos pocos flamenco, la lengua gutural de los mercaderes de lana de Flandes. En general, los caballeros se encontraban allí dentro y los hombres de armas en el exterior. Philip se entristeció al ver a varios de los ocupantes jugando al *Nine Men's Morris* [6] por dinero; y todavía se sintió más conturbado ante la presencia de algunas mujeres con ropa demasiado escasa para ser invierno, y que parecían coquetear con los hombres, como si se tratase de pecadoras o incluso, Dios no lo quisiera, prostitutas.

Para evitar mirarlas, levantó la vista al techo. Era de madera y se hallaba bellamente pintado de resplandecientes colores. Pero corría un terrible peligro de incendio con todas aquellas gentes cocinando en la nave. Siguió a Richard a través de la muchedumbre. El joven parecía estar allí a sus anchas y sentirse confiado y seguro de sí mismo. Saludaba a los caballeros tanto como a los barones y a los lores.

El crucero y el extremo este de la catedral habían sido acordonados. Al parecer, este último había quedado reservado para los sacerdotes. Como debía ser, pensó Philip. Y el crucero se había convertido en la vivienda del rey. Detrás de un cordón, había otra fila de guardias. A continuación, un gran número de cortesanos; luego, un círculo interior de condes y en el centro el rey Stephen, sentado en un trono de madera. El monarca había envejecido desde la última vez que Philip le vio hacía ya cinco años, en Winchester. Tenía el hermoso rostro surcado por arrugas nacidas de la preocupación, y en su pelo leonado podían verse ya las canas. Además, había adelgazado durante el batallar de todo aquel año. Parecía mantener una amable discusión con sus condes, disintiendo sin acritud. Richard se acercó al círculo interior e hizo una profunda y ceremoniosa reverencia. El rey lo miró.

—¡Richard de Kingsbridge! ¡Estoy muy contento de tu regreso! —dijo con voz sonora al reconocerle.

—Gracias, mi rey y señor —contestó el joven caballero.

Philip se adelantó, se colocó junto a Richard y saludó de la misma manera ceremoniosa.

—¿Has traído a un monje como escudero? —le preguntó Stephen.

---

[6] Juego con nueve peones sobre un tablero que tiene tres cuadrados concéntricos.

Todos los cortesanos rieron.

—Es el prior de Kingsbridge, señor —le informó Richard.

Stephen volvió a mirarlo y Philip pudo darse cuenta de que empezaba a recordar quién era.

—Claro, claro. Conozco al prior... Philip. —Su tono no era tan cálido como al saludar a Richard—. ¿Habéis venido a luchar a mi lado?

Los cortesanos rieron de nuevo.

Philip se sentía satisfecho de que el rey hubiera recordado su nombre.

—Estoy aquí porque el trabajo de Dios para la reconstrucción de la catedral de Kingsbridge necesita ayuda urgente de mi rey y señor.

—He de oír eso —le interrumpió presuroso Stephen—. Venid a verme mañana cuando tenga más tiempo.

Se volvió de nuevo hacia los condes y reanudó la conversación en voz más baja.

Richard hizo una reverencia y se retiró, imitado por el prior.

Philip no habló con el rey al día siguiente, ni tampoco al otro ni al otro.

La primera noche pernoctó en una cervecería, pero se sintió desazonado por el constante olor a carne asada y las risas de las mujeres de la vida. Por desgracia, en la ciudad no había monasterio alguno. En circunstancias normales, el obispo le habría ofrecido alojamiento. Pero el rey vivía en el palacio episcopal y todas las casas alrededor de la catedral se encontraban atestadas con los miembros de la corte de Stephen. La segunda noche, Philip salió de la ciudad, fue más allá del suburbio de Wigford, donde había un monasterio que tenía una casa para leprosos. Allí le dieron pan bazo y cerveza floja, un duro colchón sobre el suelo, silencio desde la puesta del sol hasta media noche, oficios sagrados en las primeras horas de la mañana y gachas claras sin sal de desayuno. Se sintió feliz.

Cada día, por la mañana temprano, iba a la catedral, llevando consigo la valiosa carta de privilegio dando al priorato derecho a sacar piedra de la cantera. Un día tras otro, el rey hacía la vista gorda ante su presencia. Cuando los demás peticionarios hablaban entre sí, discutiendo acerca de quién gozaba del favor real y quién no, Philip permanecía al margen.

Sabía bien el motivo por el que se le mantenía a la espera. La Iglesia toda estaba malquistada con el rey. Stephen no había cumplido las generosas promesas que habían logrado obtener de él en los inicios de su reinado. Se había enemistado con su hermano, el astuto obispo Henry de Winchester, al dar su apoyo a otra persona para la dignidad de arzobispo de Canterbury, acción que también decepcionó a Waleran Bigod, el cual pretendía subir agarrado a los faldones de Henry. Pero el pecado más grande de Stephen a los ojos de la Iglesia, era haber ordenado el arresto del obispo Roger de

Salisbury y de sus dos sobrinos, que eran obispos de Lincoln y de Ely, los tres en un día, bajo la acusación de estar construyendo un castillo sin licencia. Desde las catedrales y monasterios se había alzado en todo el país un coro ofendido ante semejante acto de sacrilegio. Stephen se mostró dolido. Alegó que los obispos, como hombres de Dios, no tenían necesidad de castillos, y si los construían no podía esperar que se les tratara como hombres de Dios. Era sincero, aunque cándido.

La ruptura había sido reparada, pero el rey Stephen ya no se mostraba dispuesto a escuchar las peticiones de los hombres santos, de manera que Philip hubo de esperar. Aprovechó la oportunidad para dedicarse a la meditación. Era algo para lo que, como prior, tenía poco tiempo, y que echaba en falta. Pero de súbito se encontró sin nada que hacer durante horas, y pasaba el tiempo sumido en meditación.

Finalmente, los demás cortesanos dejaron un espacio en derredor suyo, haciendo bien patente su presencia, y a Stephen le debió resultar cada vez más difícil ignorarle. Durante la mañana de su séptimo día en Lincoln se encontraba sumido en la contemplación del sublime misterio de la Trinidad cuando se dio cuenta de que alguien se encontraba en pie delante de él, mirándolo y hablándole. Era el rey.

—¿Dormías con los ojos abiertos, hombre de Dios? —estaba diciendo Stephen en un tono entre divertido e irritado.

—Lo siento, señor. Estaba pensando —se disculpó Philip sorprendido, e hizo una reverencia.

—No importa. Quiero que me prestes tu hábito.

—¿Qué? —Philip estaba demasiado sorprendido para cuidar sus maneras.

—Quiero echar un vistazo al castillo y, si voy vestido de monje, no me lanzarán flechas. Vamos, entra en una de las capillas y quítate el hábito.

Philip sólo llevaba debajo una larga camiseta.

—Pero... ¿qué me pondré yo, señor?

—Olvidé lo recatados que sois los monjes —Stephen chasqueó los dedos dirigiéndose a un joven caballero.

—Préstame tu túnica, Robert. Rápido.

El caballero, que se encontraba hablando con una joven, se quitó la túnica con un rápido movimiento y se la dio al rey con una reverencia. Luego, hizo un gesto vulgar a la joven. Sus amigos rieron y le vitorearon.

El rey Stephen entregó la túnica a Philip.

El prior se metió en la pequeñísima capilla de San Dunstan y, después de pedir perdón al santo con una apresurada oración, se quitó el hábito y se endosó la corta túnica escarlata del caballero.

Desde luego se sentía muy extraño. Había llevado ropas monásticas desde los seis años, y no se encontraría más raro si se vistiera de mujer. Salió de la capilla y entregó su hábito a Stephen, quien se apresuró a endosárselo por la cabeza. Luego, el rey le dejó asombrado con sus palabras.

—Ven conmigo si quieres. Podrás hablarme de la catedral de Kingsbridge.

Philip quedó desconcertado. Su primer impulso fue negarse; tal vez uno de los centinelas que hacían guardia en las murallas del castillo se sintiera tentado a disparar contra él, al no hallarse protegido por hábitos religiosos. Pero se le estaba ofreciendo la oportunidad de hallarse a solas con el rey y de disfrutar de mucho tiempo para explicarle todo lo referente a la cantera y al mercado. Jamás tendría una ocasión como aquélla.

Stephen cogió su propia capa, que era púrpura con el cuello y todo el reborde de piel blanca.

—Poneos esto —dijo a Philip—. Alejaréis sus disparos de mí.

Los demás cortesanos se quedaron muy quietos, observando y preguntándose qué iba a ocurrir.

El rey expresaba así una opinión. Estaba diciendo que Philip no tenía nada que hacer en un campamento armado y no podía esperar que se le concedieran privilegios a costa de hombres que arriesgaban sus vidas por el rey. En verdad no era injusto. Pero el prior sabía que, si aceptaba ese punto de vista, más le valdría volver a casa y renunciar a toda esperanza de disponer de nuevo de la cantera o de reabrir el mercado. Tenía que aceptar el desafío.

—Acaso sea la voluntad de Dios que yo muera para salvar al rey —dijo después de respirar hondo.

Cogió la capa púrpura y se la puso.

Un murmullo de sorpresa corrió entre aquel gentío, y el propio rey Stephen pareció sorprendido. Todo el mundo esperaba que Philip se negara. Casi al punto deseó haberlo hecho. Pero ya se había comprometido.

Stephen dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta norte. Philip lo siguió. Varios cortesanos iniciaron un movimiento en pos de ellos; pero Stephen les hizo retroceder con un gesto de la mano.

—Hasta un monje puede despertar sospechas si va acompañado de toda la corte real —dijo.

Se cubrió la cabeza con la capucha del hábito del prior y salieron al cementerio.

La suntuosa capa que Philip llevaba atrajo miradas curiosas mientras se abrían camino a través del campamento. Los hombres que daban por sentado que era un barón, se extrañaban de no reconocerlo. Aquellas miradas le

hicieron sentirse culpable, como si fuera un impostor. Nadie miraba a Stephen.

No fueron derechos a la puerta principal del castillo sino que caminaron a través de un laberinto de angostos senderos para salir junto a la iglesia de San Pablo, a través de la esquina noreste del castillo, cuyas murallas estaban construidas sobre grandes terraplenes rodeados de un foso seco. Había una franja de espacio abierto de cincuenta yardas de ancho entre el borde del foso y los edificios más cercanos. Stephen anduvo sobre la hierba y se encaminó hacia el oeste; estudió el muro norte del castillo, manteniéndose pegado a la parte trasera de las casas en el borde exterior de la zona despejada.

Philip fue con él. El rey le hizo caminar a su izquierda, entre él y el castillo. Huelga decir que aquel espacio abierto tenía como objeto permitir que los arqueros hicieran un buen disparo sobre cualquiera que se acercara a los muros. Philip no tenía miedo a morir, aunque sí al dolor, y el pensamiento que ocupaba su mente era hasta qué punto podía doler que te clavaran una flecha.

—¿Asustado, Philip? —le preguntó Stephen.

—Aterrado —respondió el monje con candidez. Y luego, sintiéndose audaz por el propio miedo, añadió con desenvoltura—: ¿Y qué me decís vos?

El rey se echó a reír ante su atrevimiento.

—Algo —admitió.

Philip consideró que ésa era su oportunidad para hablar de la catedral. Pero no lograba concentrarse cuando su vida corría semejante peligro. El castillo le obsesionaba y no cesaba de escrutar las murallas por si hubiera algún hombre con un arco.

La fortaleza ocupaba todo el lado suroeste de la ciudad interior, y el muro oeste formaba parte de la muralla de la ciudad. Stephen llevó a Philip a través de la puerta oeste y entraron en el suburbio llamado Newland. Allí las casas eran como cabañas de campesinos, construidas con cañas y barro, pero tenían grandes jardines al igual que las casas de la ciudad. Un viento glacial azotaba a través de los campos abiertos, más allá de las casas. Stephen torció hacia el sur bordeando siempre el castillo. Señaló una pequeña puerta en el muro.

—Supongo que fue por ahí por donde Ranulf de Chester logró huir —dijo.

Philip se sentía allí menos asustado. En el sendero había otras personas y las murallas tenían menos vigilancia por aquel lado, ya que los ocupantes del castillo temían un ataque desde la ciudad y no desde el campo. Philip respiró hondo y luego lo soltó.

—Si me matan, ¿daréis a Kingsbridge un mercado y haréis que William Hamleigh devuelva la cantera?

Stephen no contestó de inmediato. Descendieron por la colina hasta la esquina suroeste del castillo y alzaron la vista hacia la torre del homenaje. Desde el lugar en que ellos se encontraban parecía inexpugnable. Al dar la vuelta, encontraron otro paso justo debajo de aquella esquina. Entraron entonces en la ciudad baja para caminar a lo largo del costado sur del castillo. Philip sintió de nuevo el peligro. No resultaría difícil para alguien que se encontrara dentro de la fortaleza, llegar a la conclusión de que los dos hombres que estaban haciendo un recorrido a lo largo de los muros debían de andar de exploración y, por lo tanto, serían buena presa, sobre todo el de la capa púrpura. Para distraer su miedo, se dedicó a observar la torre del homenaje. Había en el muro unos pequeños agujeros que eran las salidas de las letrinas. Todos los excrementos y porquería que se expulsa descendían por la pared de piedra, se iban terraplén abajo, y allí se quedaban hasta pudrirse. No era de extrañar que apestara. Philip intentó contener la respiración. Apresuraron el paso.

Había otra torre más pequeña en la esquina sureste. El monje y el rey habían contorneado ya tres lados del cuadrado. Philip se preguntaba si Stephen habría olvidado la pregunta. Pero no se animaba a formularla de nuevo. Podía pensar que le estaba presionando y ofenderse.

Llegaron a la calle mayor, que atravesaba el centro de la ciudad, y torcieron de nuevo; pero, antes de que Philip tuviera tiempo de sentirse aliviado, cruzaron otra puerta que les condujo a la ciudad interior. Instantes después se hallaban en lo que era tierra de nadie, entre la catedral y el castillo. Philip vio, horrorizado, que el rey se detenía allí.

Stephen se volvió a hablar a Philip, colocándose de manera que pudiese observar el castillo por encima del hombro del monje, cuya vulnerable espalda cubierta de púrpura y armiño quedaba expuesta ante la garita de guardia por la que pululaban centinelas y arqueros. El prior se quedó rígido como una estatua pensando que, en cualquier momento, iban a dispararle por detrás una flecha o un venablo. Empezó a sudar a pesar del gélido viento.

—Os di la cantera hace años, ¿no es así? —dijo el rey Stephen.

—No fue así exactamente —contestó Philip apretando los dientes—. Nos concedisteis el derecho a sacar piedra para la catedral. Pero la cantera se la disteis a Percy Hamleigh. Ahora, William, el hijo de Percy, ha expulsado a mis canteros, matando a cinco personas, entre ellas a una mujer y una niña, y nos niega el acceso.

—No debería hacer tales cosas, sobre todo si quiere que le nombre conde de Shiring —dijo Stephen pensativo.

Philip se sintió alentado. Pero, un momento después, el rey dijo:

—Ya me gustaría encontrar el modo de entrar en ese castillo.

—Haced que William abra de nuevo la cantera. Por favor —pidió Philip—. Os está desafiando a vos y robando a Dios.

Stephen pareció no oír.

—No creo que tengan ahí muchos hombres —volvió a musitar—. Supongo que casi todos ellos están en las murallas para dar impresión de fuerza. ¿Qué era eso de un mercado?

Philip llegó a la conclusión de que todo aquello formaba parte de la prueba. Hacerle permanecer en pie en zona descubierta dando la espalda a un montón de arqueros. Se limpió el sudor de la frente con el borde de piel de la capa del rey.

—Mi rey y señor —empezó diciendo—, todos los domingos la gente acude desde todo el Condado para rezar en Kingsbridge y trabajar, sin percibir un penique, en la construcción de la catedral. Durante los comienzos, algunos hombres y mujeres emprendedores solían acudir y vendían empanadas de carne, vino, sombreros y cuchillos a los trabajadores voluntarios. Y así, poco a poco fue creciendo un mercado. Y ahora os estoy pidiendo que le concedáis licencia.

—¿Pagaríais por vuestra licencia?

Philip sabía que un pago era normal. Pero también estaba al corriente de que acostumbraban a liberar de él a las instituciones religiosas.

—Sí, señor. Pagaré. A menos que vos queráis darme la licencia sin tener que pagarla, a la mayor gloria de Dios.

Por primera vez Stephen miró a Philip a los ojos.

—Eres un hombre valiente, permaneciendo ahí, con el enemigo detrás de ti mientras intentas convencerme.

El prior le devolvió la mirada con tono de franqueza.

—Si Dios decide que mi vida ha llegado a su fin, nada me salvará —respondió aparentando más valentía de la que sentía en realidad—. Pero si Dios quiere que viva y construya la catedral de Kingsbridge, ni diez mil arqueros podrán derribarme.

—¡Bien dicho! —aprobó Stephen y, dando una palmada en el hombro a Philip, se volvió en dirección a la catedral. El monje caminó junto a él, las piernas flojas por el alivio, sintiéndose mejor a cada paso que le alejaba del castillo. Al parecer, había pasado con éxito la prueba. Pero era importante obtener del rey un compromiso sin ambigüedades. Dentro de un momento, le absorberían de nuevo los cortesanos.

—Mi señor, si quisierais escribir una carta al sheriff de Shiring... —sugirió Philip haciendo acopio de valor.

Le interrumpieron. Uno de los condes se precipitó hacia ellos presa de gran agitación.

—Robert de Gloucester viene hacia aquí, mi rey y señor.

—¿Cómo? ¿A qué distancia se encuentra?

—Muy cerca. Todo lo más a un día.

—¿Por qué no se me ha advertido? ¡Había destacado hombres por doquier!

—Llegaron por el Fosse Way y luego dejaron el camino para acercarse a campo traviesa.

—¿Quién va con él?

—Todos los condes y caballeros que están de su parte y que han perdido sus tierras en los dos últimos años. Ranulf de Chester también le acompaña.

—Naturalmente... ¡Ese perro traidor!

—Se ha traído a todos sus caballeros desde Chester, además de una horda de galeses salvajes y rapaces.

—¿Cuántos hombres en total?

—Alrededor de mil.

—¡Maldición...! Son cien más que nosotros.

Se habían acercado a ellos varios barones, uno de los cuales tomó la palabra.

—Señor, si vienen a campo traviesa tendrán que cruzar el río por el vado...

—¡Bien pensado, Edward! —exclamó Stephen— Llévate a tus hombres a ese vado e intenta resistir. También necesitarás arqueros.

—¿Sabe alguien a qué distancia se encuentran ahora? —preguntó Edward.

—El batidor ha dicho que muy cerca —contestó el primer conde—. Pueden alcanzar el vado antes que tú.

—Ahora mismo salgo —decidió Edward.

—¡Excelente muchacho! —comentó el rey Stephen, y se golpeó la palma de la mano derecha con el puño cerrado de la izquierda—. Por fin me enfrentaré a Robert de Gloucester en el campo de batalla. Quisiera tener más hombres. Aún así... una ventaja de cien soldados no es excesiva.

Philip escuchaba todo aquello ceñudo y en silencio. Tenía la seguridad de que había estado a punto de obtener la aceptación del rey. Pero la mente del monarca se encontraba ya ocupada por otras cuestiones. Aunque Philip no se hallaba dispuesto a darse por vencido. Todavía llevaba puesta la capa púrpura del rey. Se desprendió de ella.

—Tal vez convenga que cada uno vuelva a recuperar su personalidad, mi rey y señor —dijo.

Stephen asintió con gesto ausente. Un cortesano que se encontraba detrás del rey se adelantó y le ayudó a quitarse el hábito monacal.

—Señor, parecíais bien dispuesto a sancionar mi solicitud —le dijo al tiempo que le entregaba la capa real.

A Stephen pareció irritarle que se lo recordara. Se ajustó la capa, y estaba a punto de hablar cuando se escuchó una nueva voz.

—¡Mi rey y señor!

Philip reconoció la voz. Se le cayó el alma a los pies. Al volverse, vio a William Hamleigh.

—¡William, muchacho! —exclamó el rey con el tono cordial que reservaba para los combatientes—. ¡Has llegado justo a tiempo!

William se inclinó.

—Señor, he traído cincuenta caballeros y doscientos hombres de mi condado.

Aquello acabó con las esperanzas de Philip.

Stephen se mostró muy contento.

—Eres un hombre excelente —dijo con tono caluroso—. Esto nos da ventaja sobre el enemigo.

Echó el brazo por los hombros de William y se encaminó con él a la catedral.

Philip se quedó quieto, viendo cómo se alejaban. Había tenido el éxito al alcance de la mano. Al final, el ejército de William había prevalecido sobre la justicia, se dijo con amargura. El cortesano que había ayudado al rey a quitarse el hábito monacal se lo tendió a Philip, el cual lo cogió. El cortesano siguió al rey y a su séquito hasta el interior de la catedral. Philip se puso de nuevo su ropa. Se sentía decepcionadísimo. Contempló los tres inmensos arcos de las puertas de la catedral. Había tenido la esperanza de construir en Kingsbridge arcadas parecidas. Pero el rey Stephen acababa de ponerse al lado de William Hamleigh. Se vio enfrentado a dos opciones: lo justo del caso presentado por Philip frente a la ventaja del ejército de William. No había pasado la prueba.

La única esperanza que le quedaba a Philip era que Stephen fuera derrotado en el combate que se avecinaba.

2

El obispo celebró la misa en la catedral cuando el cielo empezaba a pasar de negro a gris. Para entonces, los caballos estaban ya ensillados, los caballeros vestían su cota de malla, se había dado de comer a los hombres de armas y se les había servido una medida de vino fuerte para aumentar su valor.

William Hamleigh se encontraba arrodillado en la nave, junto con otros caballeros y condes, mientras los caballos de guerra pateaban y relinchaban en las naves laterales. Se encontraba recibiendo de antemano el perdón por las muertes que causara ese día.

A William se le habían subido a la cabeza el miedo y la excitación.

Si ese día el rey saliera victorioso, el nombre de William se vería asociado para siempre a él, porque se diría que los hombres que había llevado de refuerzo inclinaron la balanza en favor de aquél. En cambio, si el rey saliera derrotado, nadie sabía lo que podría ocurrir. Se estremeció sobre el frío suelo de piedra.

El rey estaba delante, con una nueva indumentaria blanca y una vela en la mano. En el momento de la consagración, la vela se rompió, apagándose su llama. William tembló atemorizado. Era un mal presagio. Un sacerdote le llevó una nueva vela y retiró la rota. Stephen sonrió indiferente; pero la sensación de terror sobrenatural siguió embargando a William y, al mirar en derredor, pudo comprobar que otros sentían lo mismo.

Después del oficio, el rey se puso la armadura ayudado por un paje. Tenía una cota que le llegaba a la rodilla, confeccionada en cuero y que llevaba cosidos unos anillos de hierro. De cintura para abajo, se abría por delante y por detrás para que le permitiera cabalgar. El paje se la ajustó con fuerza a la garganta. Luego, le puso un ceñido casquete al que iba unido un largo capirote de malla que le cubría el pelo leonado y le protegía el cuello. Sobre el casquete llevaba yelmo de hierro. Sus botas de cuero llevaban guarniciones de malla y espuelas puntiagudas.

Mientras se ponía la armadura, los condes se agolparon a su alrededor. William, siguiendo el consejo de su madre, se comportó como si fuera ya uno de ellos, abriéndose paso entre el gentío para poder incorporarse al grupo que rodeaba al rey. Después de escuchar durante un momento, comprendió que intentaban persuadir a Stephen de que se retirara, dejando a Lincoln en poder de los rebeldes.

—Poseéis un territorio más extenso que el de Maud... Podéis formar un ejército más numeroso —le aconsejaba un hombre ya de edad en quien William reconoció a Lord Hugh—. Id al sur, obtened refuerzos y luego regresad con un ejército que les supere en número.

Después del augurio de la vela rota, el propio William se sentía casi inclinado a la retirada. Pero el rey no tenía tiempo para semejantes charlas.

—Ahora somos lo bastante fuertes para derrotarlos —dijo en tono animoso—. ¿Dónde está vuestro espíritu?

Se ciñó un cinto con la espada a un lado y una daga en el otro, ambas armas enfundadas en vainas de madera y cuero.

—Los ejércitos están demasiado equilibrados —advirtió un hombre alto, de pelo corto y rizado y una barba muy recortada, el conde de Surrey—. Es, por tanto, arriesgado en exceso.

William sabía que aquel argumento era muy flojo para Stephen. El rey era ante todo un caballero.

—¿Demasiado equilibrados? —repitió con desdén—. Prefiero un combate justo.

Se puso los guanteletes con malla en el dorso de los dedos. El paje le entregó un largo escudo de madera, recubierto de cuero. El monarca puso la correa alrededor del cuello y lo empuñó con la mano izquierda.

—Si nos retiramos, tenemos poco que perder en estos momentos —insistió Hugh—. Ni siquiera poseemos el castillo.

—Perdería la oportunidad de enfrentarme a Robert de Gloucester en el campo de batalla —respondió Stephen—. Durante dos años me ha estado evitando. Ahora que se me presenta la ocasión de habérmelas con ese traidor de una vez por todas, no voy a retroceder sólo porque nuestras fuerzas estén equilibradas.

Un mozo de cuadra le llevó su caballo, ensillado con esmero. Cuando Stephen estaba a punto de montarlo, hubo señales de gran actividad en la puerta del extremo Oeste de la catedral. Un caballero llegó corriendo a través de la nave, cubierto de barro y sangrando. William tuvo la fatídica premonición de que las noticias que traía eran muy malas. Al inclinarse ante el rey, William lo reconoció como uno de los hombres de Edward que fueron enviados a defender el vado.

—Llegamos demasiado tarde, señor —anunció el mensajero con voz ronca y resollando con fuerza—. El enemigo ha cruzado el río.

Era otra mala señal. De repente, William se quedó frío. Ahora sólo había campo abierto entre el enemigo y Lincoln.

Stephen también se mostró abatido por un instante. Pero recuperó en seguida la compostura.

—¡No importa! —clamó—. ¡Así tardaremos menos en encontrarnos!

Montó su caballo de guerra.

Llevaba el hacha de combate sujeta a la silla. El paje le entregó una lanza de madera con punta de hierro brillante, completando de ese modo sus armas. Stephen chasqueó la lengua y el caballo emprendió obediente la marcha.

Mientras avanzaba por la nave de la catedral, los condes, barones y caballeros montaron a su vez y lo siguieron. Salieron del templo en procesión. Una vez fuera, se les unieron los hombres de armas. Y entonces fue cuando empezaron a sentirse atemorizados, buscando una oportunidad para alejarse.

Pero su digno desfile, y el ambiente casi ceremonioso ante los ciudadanos que los contemplaban, no facilitaba la evasión de quienes se acobardaran. Sus filas engrosaron con un centenar o más de ciudadanos, panaderos gordos, tejedores cortos de vista y cerveceros de rostros congestionados, armados con gran pobreza y cabalgando en sus jacas y palafrenes. Su presencia demostraba la impopularidad de Ranulf.

El ejército no podía pasar por delante del castillo porque habría quedado expuesto a los disparos de los arqueros desde las murallas almenadas. Por tanto, hubieron de salir de la ciudad por la puerta Norte, la llamada Newport Arch, torciendo hacia el oeste. Allí era donde habría de librarse la batalla.

William estudió el terreno. Aun cuando la colina, por la parte sur de la ciudad, descendía abrupta hasta el río, allí en el lado oeste había una larga serranía que bajaba suavemente hasta la llanura. William comprendió de inmediato que Stephen había elegido el lugar perfecto para defender la ciudad; ya que, por doquiera que el enemigo se acercara, siempre se encontraría por debajo del ejército del rey.

Cuando Stephen se encontraba más o menos a un cuarto de milla de la ciudad, dos ojeadores ascendieron por la ladera cabalgando veloces. Divisaron al rey y se dirigieron a él. William trató de acercarse para oír su informe.

—El enemigo se acerca rápidamente, señor —dijo uno.

William miró a través de la llanura. Desde luego podía divisar a lo lejos una masa negra que se movía con lentitud en dirección a él. Le recorrió un escalofrío de miedo. Trató de dominarse pero el temor persistía. Desaparecería cuando empezara la lucha.

—¿Cómo están organizados? —preguntó Stephen.

—Ranulf y los caballeros de Chester marchan en el centro, señor —explicó el ojeador—. Van a pie.

William se preguntó cómo podía saber eso el ojeador. Debía de haberse introducido en el campamento enemigo y escuchado mientras se daban las órdenes de marcha. Se necesitaba mucho valor.

—¿Ranulf en el centro? —dijo Stephen—. ¡Como si fuera el líder en lugar de Robert!

—Robert de Gloucester cubre su flanco izquierdo con un ejército de hombres que se llaman a sí mismos "Los Desheredados" —siguió diciendo el ojeador.

William sabía por qué utilizaban ese nombre. Habían perdido todas sus tierras desde que empezó la guerra civil.

—Entonces Robert ha dado el mando de la operación a Ranulf —murmuró pensativo Stephen—. Una lástima. Conozco bien a Robert, prácticamente

hemos crecido juntos, y puedo adivinar sus tácticas. Pero Ranulf es un extraño para mí. No importa. ¿Quién está a su derecha?

—Los galeses, señor.

—Supongo que arqueros.

Los hombres del Sur de Gales tenían fama de ser unos insuperables arqueros.

—Éstos no —puntualizó el ojeador—. Son una manada de locos, con las caras pintadas, que entonan canciones bárbaras y van armados con martillos y clavas. Muy pocos de ellos tienen caballo.

—Deben ser del norte de Gales —musitó Stephen—. Supongo que Ranulf les ha prometido botín de pillaje. Que Dios ayude a Lincoln si llegan a atravesar sus murallas. ¡Pero no lo harán! ¿Cómo te llamas, ojeador?

—Roger—repuso el hombre.

—Por este trabajo te concedo cuatrocientas áreas de tierra.

—Gracias, señor —exclamó el hombre excitado.

—Y ahora veamos.

Stephen se volvió y miró a sus condes. Estaba a punto de tomar sus disposiciones. William se puso rígido, preguntándose qué papel le asignaría el rey, el cual preguntó:

—¿Dónde está mi Lord Alan de Brittany?

Alan hizo adelantarse a su caballo. Era el líder de unas fuerzas de mercenarios bretones, hombres desarraigados que luchaban por una paga y cuya lealtad era para sí mismos.

—Te colocarás en primera línea, a mi izquierda, con tus valientes bretones.

William comprendió aquella medida. Los mercenarios bretones contra los aventureros galeses. Los felones contra los indisciplinados.

—¡William de Ypres! —llamó Stephen.

—Mi rey y señor. —Un hombre moreno, con un caballo de guerra negro levantó su lanza. Aquel William era el líder de otra fuerza de mercenarios, estos flamencos, de los que se decía que eran algo más dignos de confianza que los bretones.

—Tú también a mi izquierda, pero detrás de los bretones de Alan.

Los líderes mercenarios dieron media vuelta y cabalgaron de nuevo hasta donde estaban las fuerzas, para organizar a sus hombres.

William se preguntaba dónde iba a colocarlo a él. No deseaba en modo alguno encontrarse en primera línea. Ya había hecho suficiente para sobresalir llevando consigo a su ejército. Ese día le vendría muy bien una posición en retaguardia, segura y sin sobresaltos.

—Mis lores de Worcester, Surrey, Northampton, York y Hertford formarán en mi flanco derecho.

William comprobó una vez más la sensatez de las disposiciones de Stephen. Los condes y sus caballeros, en su mayoría a caballo, harían frente a Robert de Gloucester y los nobles desheredados que lo apoyaban, los cuales, en su mayoría, irían también a caballo. Pero William se sintió decepcionado al no hallarse incluido entre los condes. Estaba seguro de que el rey no le había olvidado.

—Yo defenderé el centro, desmontado y con soldados de a pie —dijo Stephen.

Por primera vez, William se sintió contrario a aquella decisión. Siempre que se pudiera, era preferible seguir montado. Pero se decía que Ranulf iba a pie en cabeza del ejército adversario; y el excesivo sentido del juego limpio de Stephen le impulsaba a encontrarse con el enemigo en un plano de igualdad.

—Conmigo en el centro, tendré a mi izquierda a William de Shiring con sus hombres —manifestó el rey.

William no supo si sentirse excitado o aterrado. Era un gran honor el ser elegido para presentar batalla junto al rey. Su madre estaría muy contenta; pero a él le colocaba en la situación más peligrosa. Y lo que todavía era peor, tendría que ir a pie. Y también significaba que el rey podría verle y juzgar su actuación, lo cual le obligaría a mostrarse arrojado y tomar la iniciativa llevando la lucha a las filas enemigas, en lugar de mantenerse alejado de los puntos de combate y pelear tan sólo cuando se viere obligado. Esta última táctica era su preferida.

—Los leales ciudadanos de Lincoln formarán la retaguardia —decidió Stephen.

Aquello era una mezcla de comprensión y excelente sentido militar. Los ciudadanos no serían muy útiles en parte alguna; pero, en la retaguardia, no crearían demasiadas dificultades y sufrirían pocas bajas.

William alzó el pendón del conde de Shiring. Era otra idea de madre. Desde un punto de vista estricto, no tenía derecho a ondear el estandarte, ya que todavía no era conde; pero los hombres que le acompañaban estaban acostumbrados a seguir el estandarte de Shiring... Eso era lo que él alegaría en el caso de que se le interpelase al respecto. Y, si la batalla la ganaban ellos, era muy posible que antes de terminar el día fuera conde.

Sus hombres se agolparon alrededor de él. Walter estaba a su lado como siempre, una presencia firme, tranquilizadora. Y también Gervase, Hugh y Miles. Gilbert, a quien mataron en la cantera, había sido sustituido por

Guillaume de St. Clair, un muchacho de rostro juvenil con una vena depravada.

William miró en derredor y se sintió acometido por la ira al ver a Richard de Kingsbridge vistiendo una centelleante armadura nueva y a lomos de un magnífico caballo de guerra. Estaba con el conde de Surrey. No había llevado consigo un ejército para el rey como hizo William; pero su aspecto era impresionante. Un rostro juvenil, vigoroso y valiente. Si en ese día acometía grandes hazañas, podía ganarse el favor real. Las batallas eran imprescindibles. Y los reyes también.

Cabía también la posibilidad de que Richard resultara muerto. Menudo golpe de suerte sería. William lo deseó más de lo que jamás había deseado a mujer alguna.

Miró hacia el lado oeste. El enemigo estaba ya más cerca.

Philip se encontraba en el tejado de la catedral y podía divisar la ciudad de Lincoln, extendida a sus pies como si fuera un mapa. La parte vieja rodeaba la catedral en la cima de la colina. Tenía calles rectas y jardines bien cuidados. El castillo se alzaba en el lado suroeste. La zona más suave, ruidosa y atestada de gente, ocupaba la empinada ladera del lado sur, entre la ciudad vieja y el río Witham. Ese distrito solía bullir de actividad comercial; pero aquel día, un temeroso silencio la cubría como un sudario, y las gentes se encontraban en pie en sus tejados para ver la batalla. El río llegaba del Este, corría al pie de la colina y luego se ensanchaba hasta convertirse en un gran puerto natural llamado Brayfield Pool, lleno de muelles, naves y embarcaciones pequeñas. A Philip le habían dicho que un canal llamado el Fosdyke iba hacia el Oeste desde Brayfield Pool hasta desembocar en el río Trent. Al contemplarlo desde aquella altura, Philip quedó maravillado de lo recto que era su curso durante millas. La gente decía que su cauce fue construido en los viejos tiempos.

El canal constituía el borde del campo de batalla. Philip observó al ejército del rey Stephen saliendo de la ciudad en desordenado tropel y, ya en la serranía, formar tres perfectas columnas. El prior vio que Stephen había colocado a los condes a su derecha porque ofrecían un mayor colorido con sus túnicas rojas y amarillas y sus llamativos estandartes. También eran los más activos, pues cabalgaban arriba y abajo, dando órdenes, celebrando consultas y haciendo planes. Los miembros del grupo situado a la izquierda del rey, en la ladera de la serranía que descendía hasta el canal, iban vestidos con tonos mortecinos, grises y marrones, tenían menos caballos y no mostraban tanta actividad, reservando sus energías. Ésos debían ser los mercenarios.

Mas allá del ejército de Stephen, donde la línea del canal se hacía borrosa y se fundía con los setos vivos, el ejército enemigo cubría los campos como

un enjambre de abejas. En un principio, daba la impresión de que se mantenían estacionados. Pero luego, cuando volvió a mirar al cabo de un rato, descubrió que se hallaban más cerca. Y, si se concentraba un poco, podía ver ya cómo se movían. Se preguntaba qué fuerza tendrían. Según todos los indicios, ambos ejércitos estaban a la par.

No había nada que Philip pudiera hacer para influir sobre el resultado, una situación que solía sacarle de quicio. Intentó tranquilizar su espíritu y mostrarse fatalista. Si Dios quería una nueva catedral en Kingsbridge, haría que Robert de Gloucester derrotara en esa batalla al rey Stephen. Así, él podría pedir a la victoriosa emperatriz Maud que le devolviese la cantera y le permitiera abrir de nuevo el mercado. Si, por el contrario, Stephen derrotara a Robert, no tendría más remedio que aceptar la voluntad de Dios, renunciar a sus ambiciosos planes y dejar, una vez más, que Kingsbridge fuera declinando hasta una adormecida oscuridad.

Por mucho que lo intentara, a Philip no le era posible pensar en esa posibilidad. Quería que Robert venciera.

Un fuerte viento azotó las torres de la catedral, amenazando con derribar a los espectadores más débiles y arrojarlos al cementerio que estaba debajo. El viento era glacial. Philip sintió escalofríos y se arrebujó en la capa.

Los dos grupos se encontraban ya bastante cerca uno del otro.

El ejército rebelde se detuvo cuando se hallaba a una milla más o menos de la primera línea de las huestes del rey. Era irritante poder verlos así, en conjunto, sin lograr distinguir detalle alguno. William quería saber hasta qué punto iban bien armados, si marchaban al encuentro animados y agresivos, o cansados y reacios. Incluso le interesaba su estatura. Seguían avanzando con un lento serpentear, como si los que formaban la retaguardia, víctimas de la misma ansiedad que embargaba a William, quisieran adelantarse para echar una ojeada al enemigo.

En el ejército de Stephen, los condes y los caballeros que iban montados se alinearon lanza en ristre, como si estuvieran en un torneo, a punto de empezar las justas. William, reacio, envió a la retaguardia a todos los caballos de su contingente. Dijo a los escuderos que no volvieran a la ciudad, sino que mantuvieran allí a las cabalgaduras por si acaso las necesitaban... Se refería, por supuesto, a si las necesitaban para huir; pero no lo dijo. Si se perdía una batalla, siempre era preferible correr que morir.

Hubo un tiempo de calma durante el cual parecía que la lucha jamás iba a empezar. Paró el viento y los caballos se calmaron. No así los hombres. El

rey Stephen se quitó el casco y se rascó la cabeza. William se sintió inquieto. Lo de luchar estaba muy bien; pero pensar en ello le producía nauseas.

Luego, sin motivo aparente, el ambiente volvió a ser tenso. Alguien lanzó un grito de guerra. Todos los caballos se mostraron de pronto espantadizos. Se inició un vítor que quedó al punto ahogado por el estruendo de los cascos. La batalla había comenzado. William percibió el olor acre y penoso del miedo.

Miró en derredor, en su desesperado intento de averiguar lo que estaba ocurriendo. Pero la confusión reinaba por doquier y, al ir a pie, tan sólo podía ver lo que tenía a su lado. Los condes, a la derecha, parecían haber iniciado la batalla al cargar contra el enemigo. Era de presumir que las fuerzas que se enfrentaban a ellos, el ejército de los nobles desheredados del conde Robert, estuvieran respondiendo de la misma manera, cargando en formación. Casi de inmediato, le llegó un grito desde la izquierda y, al volverse, William vio que aquellos de los mercenarios bretones que todavía montaban caballos los estaban espoleando para que avanzasen. Ante aquello, se alzó una terrorífica cacofonía en el sector correspondiente del ejército enemigo, seguramente la chusma galesa. No podía ver de qué lado se hallaba la ventaja.

Había perdido de vista a Richard.

De detrás de las filas enemigas, salieron disparadas docenas de flechas semejantes a una bandada de pájaros. Cayendo por todas partes. William aborrecía las flechas porque mataban al azar. El rey Stephen rugió un grito de guerra y se lanzó a la carga. William desenvainó su espada y corrió hacia delante. Pero los jinetes a derecha e izquierda se habían desplegado en su avance, situándose entre él y el enemigo.

A su derecha, se produjo un ensordecedor estruendo de hierro contra hierro, y el aire se impregnó de un olor metálico que conocía bien. Los condes y los desheredados se habían incorporado a la batalla. Todo cuanto William podía ver era hombres y caballos chocando, dando vueltas, cargando y cayendo. Los relinchos de los animales se confundían con los gritos de guerra de los combatientes y, en alguna parte, entre todo aquel ruido, William podía oír ya los chillidos espantosos, que helaban la sangre, de los heridos agonizantes. Albergó la esperanza de que Richard fuera uno de los que gritaban.

William miró a la izquierda y quedó horrorizado el ver que los bretones estaban retrocediendo ante las clavas y las hachas de la salvaje horda galesa. Éstos habían enloquecido. Gritaban, chillaban y se pateaban los unos a los otros en su avidez por alcanzar al enemigo. Tal vez les impulsara su codicia por saquear la opulenta ciudad. Los bretones, sin más perspectiva que les sirviera de acicate que otra semana de paga, luchaban a la defensiva cediendo terreno. William se sintió asqueado. Se sentía frustrado al no haber

podido siquiera descargar un solo golpe. Le rodeaban sus caballeros y, delante de él, estaban los caballos de los condes y los bretones. Forzó el paso al lado del rey y un poco adelantado. Se peleaba por todas partes. Caballos derribados, hombres enfrentados mano a mano como gatos enfurecidos, el ensordecedor chocar de las espadas y el olor dulzón de la sangre. Pero William y el rey Stephen se encontraron, por un momento, inmovilizados en una zona muerta.

Philip lo veía todo; pero no comprendía nada. No tenía la menor idea de lo que estaba pasando. Sólo apreciaba una gran confusión. Espadas centelleantes, caballos cargando, estandartes ondeando y cayendo, y los ruidos de batalla que, arrastrados por el viento, le llegaban en sordina, a causa de la lejanía. Aquello era demencial y desolador. Algunos hombres caían y morían; otros se levantaban de nuevo y volvían a la lucha. Pero le resultaba imposible saber quién llevaba ventaja.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó un sacerdote de la catedral que se hallaba en pie junto a Philip y que llevaba un abrigo de piel.

—No logro saberlo —respondió el prior moviendo la cabeza.

Pero mientras hablaba, percibió un movimiento. Por el lado izquierdo del campo de batalla, algunos hombres bajaban corriendo la colina en dirección al canal. Eran mercenarios andrajosos y por lo que Philip podía ver, los que huían eran los hombres del rey y quienes los perseguían eran los mercenarios tribales y pintarrajeados del ejército atacante. Hasta allí llegó el grito victorioso de los galeses. Philip sintió levantársele el ánimo. ¡Ya estaban ganando a los rebeldes!

Entonces, se produjo un cambio de marea en el otro lado. A la derecha, donde luchaban los hombres a caballo, dio la impresión de que el ejército del rey retrocedía. La retirada llegó a convertirse en descarada huida. Fueron muchos los hombres del rey que hicieron volver a sus caballos y empezaron a alejarse del campo de batalla. Philip se dijo exaltado: *¡Debe ser la voluntad de Dios!*

¿Era posible que todo hubiera terminado tan pronto? Los rebeldes avanzaban por los dos flancos. Pero el centro seguía resistiendo con firmeza. Los hombres que rodeaban al rey Stephen luchaban con mayor fiereza que los que estaban situados a ambos lados. ¿Serían capaces de contener el torrente? Tal vez Stephen y Robert de Gloucester lucharan frente a frente, un combate en solitario de los líderes podía a veces solventar la cuestión, pese a lo que estuviera ocurriendo en el campo de batalla. La cuestión todavía no había quedado resuelta.

La marea creció con aterradora rapidez. En un determinado momento, los dos ejércitos se encontraron igualados, ambos luchando de manera feroz. Al

instante siguiente, los hombres del rey retrocedían con rapidez. William se sintió muy descorazonado. A su izquierda, los mercenarios bretones bajaban corriendo la colina perseguidos hasta dentro del canal por los galeses. A su derecha, los condes, con sus caballos de guerra y sus estandartes, se batían en retirada tratando de escapar hacia Lincoln. Tan sólo el centro ofrecía resistencia. El rey Stephen se batía denodadamente, descargando su espada a diestro y siniestro y los hombres de Shiring luchaban como manadas de lobos en derredor suyo. Pero la situación era insostenible. Si los flancos seguían retirándose, el rey pronto se encontraría rodeado. William quería que Stephen retrocediera. Pero el monarca era más valiente que prudente y siguió luchando tenaz.

William advirtió que el centro de la batalla se desplazaba hacia la izquierda. Miró alrededor y vio que los mercenarios flamencos avanzaban desde atrás y caían sobre los galeses, los cuales se vieron forzados a dejar de perseguir a los bretones colina abajo y hubieron de dar la vuelta para defenderse. Por un momento se estableció una refriega. Luego, los hombres de Ranulf de Chester, en el centro de la primera línea del enemigo, atacaron a los flamencos, que se encontraron emparedados entre ellos y los galeses. Al ver el repliegue, el rey Stephen apremió a sus hombres para que avanzaran. William pensó que acaso Ranulf había cometido una equivocación. Si ahora las fuerzas del rey se cernieran sobre los hombres de Ranulf, sería éste quien quedaría inmovilizado entre ambos lados.

Uno de los caballeros de William cayó a los pies de éste, que de repente se encontró en pleno combate.

Un robusto norteño con la espada ensangrentada arremetió contra William, que esquivó la estocada con facilidad. No había gastado fuerzas y, en cambio, su adversario estaba ya cansado. William atacó buscando la cara del hombre, falló y paró otra estocada. Luego, levantó bien alta la espada, exponiéndose deliberadamente a otro ataque, y cuando el otro hombre avanzó, como era de esperar, para su nuevo ataque, William lo esquivó una vez más y sujetando la empuñadura de la espada con ambas manos, la descargó sobre el hombro de su contrincante. El golpe le partió la armadura y le rompió la clavícula. Rodó por el suelo.

En ese instante, William disfrutó jubiloso. Ya no sentía miedo.

—¡Venid aquí, perros! —rugió.

Otros dos caballeros ocuparon el lugar del que había caído y atacaron a William al mismo tiempo. Los mantuvo alejados; pero se vio obligado a retroceder.

Hubo un movimiento a su derecha y uno de sus adversarios hubo de hacerse a un lado para defenderse de un hombre de rostro congestionado.

Iba armado con una clava y parecía un carnicero enloquecido. De esa manera, William ya sólo tuvo que ocuparse de un atacante. Se abalanzó sobre él con una mueca salvaje. A su adversario lo dominó el pánico y empezó a dar estocadas sin orden ni concierto, dirigidas a la cabeza de William, el cual las esquivó y hundió la daga en el muslo del hombre, justo debajo del borde de su chaqueta corta de malla. Al doblársele la pierna, el hombre cayó.

Una vez más, William se había quedado sin adversario. Permaneció allí, inmóvil, respirando de forma entrecortada. Por un instante, había creído que el ejército del rey iba a ser derrotado, pero se había rehecho y por el momento ninguno de los dos contendientes parecía llevar ventaja. Miró a su derecha preguntándose qué sería lo que había desviado la atención de uno de sus contrarios. Y entonces pudo ver, atónito, que los ciudadanos de Lincoln estaban presentando al enemigo dura batalla. Tal vez se debiera a que lo que defendían eran sus propios hogares. Pero ¿quién los había reunido después de que los condes hubieran huido en ese flanco? Su pregunta obtuvo rápida respuesta. Para su consternación, vio a Richard de Kingsbridge montado en su caballo de guerra urgiendo y animando a la lucha a los ciudadanos. Si el rey llegara a ver a Richard comportándose con bravura, todo el trabajo de William habría sido en vano. En aquel momento el rey se encontró con la mirada del joven caballero y agitó la mano a modo de aliento. William lanzó un rabioso juramento.

Al rehacerse las fuerzas de los ciudadanos, se alivió la presión sobre el rey, pero sólo durante un momento. Por la izquierda, los hombres de Ranulf habían provocado la desbandada de los mercenarios flamencos y, en aquellos instantes, éste se lanzaba hacia el centro de las fuerzas defensoras. Al propio tiempo, los llamados desheredados concentraban sus fuerzas contra Richard. La lucha se hizo encarnizada.

Un hombre inmenso, enarbolando un hacha de combate, atacó a William, quien lo esquivó con un movimiento desesperado, temiendo de repente por su vida. A cada acometida del hacha, William retrocedía de un salto, dándose cuenta aterrado de que todo el ejército del rey retrocedía a su vez al mismo ritmo. A su izquierda, los galeses volvían a subir por la colina y empezaron a arrojar piedras. La acción resultaba ridícula, pero era efectiva, porque ahora William había de vigilar, por una parte las piedras que llovían por doquier, y, por la otra, defenderse contra el gigante que blandía el hacha de combate. Parecía como si hubiera muchos más enemigos que antes, y William comprendió, abatido, que aquellos efectivos superaban en mucho a los hombres del rey. Sintió la garganta agarrotada por un miedo histérico al darse cuenta de que la batalla estaba perdida y que él se encontraba en peligro mortal. El rey debería huir ya. ¿Por qué diablos seguía luchando? Era

demencial. Lo matarían. ¡Los matarían a todos! Se impusieron los instintos de lucha de William y, en lugar de retroceder como había estado haciendo, saltó hacia delante dirigiendo su espada a la cara del hombre. Lo alcanzó en el cuello, justo debajo de la barbilla. Hundió la espada con fuerza. El hombre cerró los ojos. Por un instante William sintió un alivio agradecido. Sacó la espada y esquivó rápido el hacha que caía de las manos del hombre muerto.

Echó una ojeada al rey que se encontraba a unas yardas a su izquierda. En aquel momento, descargaba su espada con fuerza sobre el casco de un hombre, y el arma real se partió en dos como la ramita de un árbol. *Ya está*, se dijo William aliviado; *la batalla ha terminado. El rey huirá y se pondrá a salvo para volver otro día a la lucha.*

Pero la esperanza fue prematura. El rey había iniciado una media vuelta para salir corriendo, cuando un ciudadano le ofreció un hacha de leñador, de mango largo. Ante la desolación de William, Stephen la agarró y reanudó la lucha.

William estuvo tentado a salir huyendo. Al mirar a su derecha vio a Richard a pie, luchando como un demente, presionando hacia adelante, repartiendo mandobles en derredor suyo y derribando hombres por la derecha, por la izquierda y por el centro. William no podía huir cuando su rival seguía luchando.

Se vio ante un nuevo atacante. Esta vez era un hombre bajo enfundado en una armadura ligera y que se movía con extrema rapidez. Su espada centelleaba bajo la luz del sol. Al chocar sus espadas, William se dio cuenta de que estaba enfrentándose a un luchador formidable. Una vez más se encontró a la defensiva y temiendo por su vida. El convencimiento de que tenían perdida la batalla minaba su voluntad de lucha. Esquivó las rápidas estocadas con la esperanza de poder descargar un golpe lo bastante fuerte para atravesar la armadura del rival. Vio su oportunidad y lanzó una estocada. El otro hombre esquivó y atacó a su vez. William sintió que el brazo izquierdo se le quedaba inerte. Le habían herido.

Se puso enfermo de terror. Siguió retrocediendo frente al ataque, sintiéndose en extraño desequilibrio, como si el suelo oscilara bajo sus pies. El escudo le colgaba suelto del cuello, puesto que le era de todo punto imposible mantenerlo firme con el brazo izquierdo inutilizado. El hombre pequeño vio la victoria a su alcance y arreció su ataque. William vio la muerte y se sintió embargado de un inmenso terror.

De repente, Walter apareció a su lado.

William se echó atrás. Walter descargó su espada con las dos manos. Al coger por sorpresa al hombre pequeño, lo partió limpiamente por la mitad. A

William el alivio le hizo sentir vértigo. Puso una mano sobre el hombro de Walter.

—¡Nos han vendido! —le gritó Walter a través de todo aquel estruendo—. ¡Larguémonos de aquí!

William se recobró. El rey seguía luchando aun cuando la batalla estuviera ya perdida. Si al menos abandonara e intentase escapar, podría huir al sur y reunir un nuevo ejército. Pero cuanto más tiempo siguiera luchando mayor era la probabilidad de que lo capturaran o le mataran, lo cual sólo podía significar una cosa. Que Maud sería reina.

William y Walter empezaron a retroceder juntos. ¿Por qué el rey se comportaba como un loco? Tenía que demostrar su valor. La bizarría sería su muerte. Una vez más, William se vio tentado de abandonar al rey. Pero Richard de Kingsbridge seguía allí, defendiendo como una roca el flanco derecho, accionando su espada y tumbando hombres como un segador.

—Todavía no —gritó William a Walter—. ¡Vigila al rey!

Iban retrocediendo paso a paso. La lucha fue haciéndose menos encarnizada al darse cuenta los hombres de que la suerte estaba ya echada y no valía la pena correr riesgos. William y Walter cruzaron sus espadas con dos caballeros, pero a éstos les bastaba con echarlos para atrás, y William y Walter peleaban a la defensiva. Se asestaron duros golpes; sin embargo, ninguno de los que peleaban quería exponerse al peligro.

William retrocedió dos pasos y se arriesgó a echar una ojeada al rey. En aquel preciso momento, una gran piedra atravesó volando el campo y fue a estrellarse contra el casco de Stephen. El rey se tambaleó y cayó de rodillas. El adversario de William se detuvo y volvió la cabeza para ver qué era lo que éste miraba. El hacha de combate cayó de las manos del monarca. Un caballero enemigo corrió hacia él y le quitó el casco.

—¡El rey! —vociferó triunfante—. ¡Tengo al rey!

William, Walter y el ejército real en pleno, dieron media vuelta y corrieron.

Philip no cabía en sí de júbilo. La retirada comenzó en el centro del ejército y fue extendiéndose como una oleada a los flancos. En cuestión de segundos, todas las huestes reales estaban en fuga. Ésa era la recompensa que recibía el rey Stephen por su injusticia.

Los atacantes los persiguieron. En la retaguardia de las fuerzas del rey, había cuarenta o cincuenta caballos sin jinete, cuyas riendas sujetaban escuderos. Algunos de los hombres que huían saltaron sobre ellos y se dirigieron, no a la ciudad de Lincoln, sino a campo abierto.

Philip se preguntaba qué le habría pasado al soberano.

Los ciudadanos de Lincoln empezaron a abandonar precipitadamente sus tejados. Reunieron a los niños y a los animales. Algunas familias desaparecieron en el interior de sus casas, cerrando herméticamente las ventanas y asegurando las puertas con barras. Se produjo un agitado movimiento entre las embarcaciones en el lago. Varios ciudadanos estaban intentando huir por el río. La gente empezó a llegar a la catedral en busca de refugio.

Otros muchos corrieron a todas las entradas de la ciudad, para cerrar las inmensas puertas reforzadas con hierro. De repente, los hombres de Ranulf de Chester irrumpieron desde el castillo. Se dividieron en grupos, siguiendo seguramente un plan previamente establecido, y cada grupo se dirigió a una de las puertas de la ciudad. Se abrieron paso entre los ciudadanos, derribándolos a un lado y a otro, y abrieron de nuevo las puertas para dar paso a los rebeldes victoriosos. Philip decidió bajar del tejado de la catedral. Los demás que estaban con él, en su mayoría canónigos pertenecientes a ella, tuvieron la misma idea. Todos atravesaron encorvados la puerta baja que conducía a la torrecilla. Allí se encontraron con el obispo y los arcedianos, que lo habían presenciado todo desde una mayor altura, en la torre. Philip tuvo la impresión de que el obispo Alexander parecía asustado. Era una lástima, el obispo debería tener ese día valor para dar y vender.

Todos bajaron con sumo cuidado la escalera de caracol, larga y angosta y salieron a la nave de la iglesia por el lado oeste. En el templo había ya alrededor de un centenar de ciudadanos, y seguían entrando como un torrente por las tres grandes puertas. Mientras Philip observaba todo aquello, llegaron dos caballeros al patio de la catedral. Venían manchados de sangre y embarrados, procedentes a todas luces del campo de batalla. Sin desmontar, entraron directamente a la iglesia.

—¡Han capturado al rey! —gritó uno de ellos al ver al obispo.

El corazón de Philip latió con fuerza. El rey Stephen no sólo había sido derrotado, sino que se encontraba prisionero. Ahora ya, las fuerzas que lo apoyaban se vendrían abajo en todo el reino. En la mente de Philip se precipitaban confusas las implicaciones. Pero, antes de que pudiera reflexionar sobre todo ello, oyó gritar al obispo Alexander.

—¡Cerrad las puertas!

Philip apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—¡No! —gritó a su vez—. ¡No podéis hacer eso!

El obispo se quedó mirándolo, lívido de terror. No estaba seguro de quién era Philip. Éste había ido a visitarlo por pura cortesía y, desde entonces, no habían cruzado palabra. Haciendo un visible esfuerzo, Alexander le recordó en aquellos penosos momentos:

—Ésta no es vuestra catedral, prior Philip, sino la mía. ¡Cerrad las puertas!

Varios sacerdotes se dispusieron a cumplir su orden.

Philip estaba horrorizado ante aquel despliegue de egoísmo absoluto por parte de un clérigo.

—¡No podéis cerrar las puertas a las gentes! —gritó iracundo—. ¡Pueden matarlos!

—¡Si no cerramos las puertas nos mataran a todos! —chilló histérico Alexander.

Philip lo agarró por la pechera de sus vestiduras.

—Recordad quién sois —dijo subrayando las palabras—. No se espera de nosotros que tengamos miedo, y en particular ante la muerte. Dominaos.

—¡Quitádmelo de encima! —chilló de nuevo, histérico, Alexander.

Varios canónicos obligaron a Philip a apartarse.

—¿Acaso no veis lo que está haciendo? —les gritó Philip.

—Si te sientes tan valiente, ¿por qué no sales ahí afuera y los proteges tú mismo?

Philip se soltó furioso.

—Eso es lo que voy a hacer —masculló.

Dio media vuelta. La gran puerta central se estaba cerrando. Philip atravesó como un rayo la nave. Tres sacerdotes estaban empujando para cerrarla del todo mientras, desde el exterior, más gente forcejeaba pretendiendo entrar por el hueco que aún había, aunque cada vez más estrecho. Philip logró pasar a través de él un instante antes de que la puerta quedara cerrada.

En los momentos que siguieron, un pequeño gentío se había agolpado en el pórtico. Hombres y mujeres aporreaban la puerta pidiendo a gritos que les dejaran entrar. Pero en el interior de la iglesia no hubo respuesta alguna.

De repente, Philip sintió miedo. Le asustaba ver el pánico reflejado en los rostros de aquellas gentes a las que habían dejado fuera. Él mismo sintió que temblaba. Ya había tenido antes, en una ocasión, un encuentro con un ejército victorioso, a la edad de seis años, y sentía que volvía a embargarle el horror de aquel día. Revivió, con toda nitidez, como si hubiera ocurrido el día anterior, el momento en que los hombres de armas irrumpieran en casa de sus padres. Permaneció clavado en el lugar donde se encontraba, tratando de dominar el temblor mientras la muchedumbre se agitaba en derredor suyo. Durante mucho tiempo, le atormentó aquella pesadilla. Veía las caras de aquellos hombres sedientos de sangre, y cómo la espada había traspasado a su madre, así como el espantoso espectáculo de las entrañas de su padre saliéndole del vientre. Se sintió dominado de nuevo por el terror histérico,

abrumador, demencial e incomprensible. Luego, vio un monje que entraba por la puerta con una cruz en la mano y los gritos callaron. El monje les enseñó, a su hermano y a él, a cerrar los ojos de su madre y de su padre, para que así pudieran dormir el largo sueño. Y entonces recordó, como si acabara de despertarse de una ensoñación, que ya no era un niño asustado, sino un hombre hecho y derecho y un monje. Y que al igual que el abad Peter los rescató a su hermano y a él en aquel día espantoso, veintisiete años atrás, ahora, en este sombrío día, un Philip adulto, fortalecido por la fe y protegido por Dios, acudiría en ayuda de quienes temían por su vida.

Se obligó a dar un solo paso adelante. Una vez que lo hubo hecho, el segundo resultó algo menos difícil y el tercero ya casi fue fácil.

Al llegar a la calle que conducía a la puerta oeste, estuvo a punto de que le derribara una multitud de gente que huía. Hombres y muchachos corrían cargados con fardos, que contenían sus más valiosas posesiones; había ancianos con la respiración entrecortada, zagalas gritando, mujeres llevando en brazos niños que chillaban. El gentío lo arrastró con él durante un trecho; luego, forcejeó contra corriente. Se dirigían a la catedral. Philip quería decirles que estaba cerrada y que debían mantenerse tranquilos en sus casas, que atrancaran las puertas. Pero todo el mundo gritaba y nadie se detenía a escuchar.

Avanzó despacio por la calle, moviéndose en sentido contrario al de la gente. Había avanzado apenas un poco cuando apareció por la calle un grupo de cuatro jinetes a la carga. Ellos eran la causa de la estampida. Algunas gentes se apretaron contra los muros de las casas. Pero otras no pudieron quitarse de en medio a tiempo y cayeron bajo los rápidos cascos. Philip se sintió horrorizado ante su propia impotencia para hacer algo, y se escurrió hasta un callejón para evitar convertirse también en víctima. Un momento después, los jinetes habían desaparecido y la calle se halló desierta.

Varios cuerpos yacían en el suelo. Al salir Philip de su callejón, vio que uno de ellos se movía. Era un hombre de mediana edad con una capa escarlata. Trataba de arrastrarse sobre el suelo a pesar de su pierna herida. Philip cruzó la calle con intención de ayudarle; pero, antes de que llegara junto a él, aparecieron dos hombres con cascos y escudos de madera.

—Éste está vivo, Jack —dijo uno de ellos.

Philip se estremeció. Le pareció que el comportamiento, las voces, la indumentaria, e incluso las caras, eran las mismas que las de aquellos dos hombres que asesinaran a sus padres.

—Nos valdrá un buen rescate... Mira esa capa roja —dijo el que respondía al nombre de Jack.

Se volvió, se llevó los dedos a la boca y silbó. Apareció corriendo un tercer hombre.

—Llévate al castillo a éste hombre y átalo.

El que acababa de llegar pasó los brazos alrededor del pecho del hombre caído y lo arrastró. El herido gritó de dolor al rebotarle las piernas sobre las piedras.

—¡Deteneos! —gritó Philip.

Los tres se pararon un instante. Lo miraron y se echaron a reír. Luego, siguieron con lo que estaban haciendo.

Philip volvió a gritarles pero le ignoraron por completo. Vio impotente cómo arrastraban al hombre herido. Otro hombre de armas salió de una casa, llevando una larga capa de piel y con seis bandejas de plata debajo del brazo. Jack lo vio y se dio cuenta del botín.

—Éstas son casas ricas —informó a su camarada—. Deberíamos entrar en una de ellas a ver lo que encontramos.

Se dirigieron a la puerta cerrada de una casa de piedra y trataron de abrirla a golpes con un hacha de combate.

Philip comprendía lo inútil de su cruzada; pero no estaba dispuesto a renunciar. Sin embargo Dios no le había colocado en aquella situación para defender las propiedades de las gentes acaudaladas. Así que dejo a Jack y a sus compañeros y caminó presuroso hacia la puerta oeste. Por la calle, llegaban corriendo más hombres de armas. Mezclados con ellos venían varios hombres morenos y bajos, con las caras pintadas, vestidos con zamarras de piel de cordero y armados con clavas. Philip supo que se trataba de los galeses tribales, y se avergonzó de pertenecer a la misma tierra que aquellos salvajes. Se afirmó contra el muro de una casa y trató de pasar inadvertido.

Dos hombres salieron de una casa de piedra arrastrando por las piernas a un hombre de barba blanca con un birrete.

—¿Dónde está tu dinero, judío? —preguntó uno de ellos, con la punta de un cuchillo apoyada en la garganta del hombre.

—No tengo dinero —contestó el judío con tono lastimero.

Philip pensó que nadie se lo creería. Era famosa la riqueza de los judíos de Lincoln. Y, además, el hombre vivía en una casa de piedra.

Otro soldado salió arrastrando a una mujer por el pelo. Era de mediana edad y, probablemente, la esposa del judío.

—Dinos dónde está el dinero o le meteré la espada por el culo —vociferó el primero de los hombres. Levantó la falda de la mujer, dejando al descubierto el vello grisáceo y apuntando una larga daga a su pubis.

Philip estaba a punto de intervenir, pero el viejo cedió de inmediato.

—No le hagáis daño. El dinero está en la parte de atrás —dijo con tono apremiante—. Se halla enterrado en el jardín, junto a la pila de leña... Soltadla, por favor.

Los tres hombres entraron corriendo en la casa. La mujer ayudó a su marido a levantarse. Otro grupo de jinetes cabalgó con estruendo por la angosta calle. Philip se apresuró a quitarse de la vista. Cuando volvió a salir, los dos judíos habían desaparecido.

Un joven con armadura bajó, desolado, por la calle, intentando salvar la vida, perseguido por tres o cuatro galeses. El primero de los perseguidores enarboló su espada y alcanzó al fugitivo en la pantorrilla. A Philip no le pareció que la herida fuera profunda; pero resultó suficiente para que el joven tropezara y cayera al suelo. Otro de los perseguidores llegó junto al caído y balanceó un hacha de combate. Philip se adelantó con el corazón en la boca.

—¡Detente! —gritó.

El hombre levantó el hacha.

Philip se precipitó sobre él.

El agresor descargó el hacha; pero Philip le empujó en el último momento. La afilada hoja resonó al chocar contra el pavimento de piedra, a un palmo de la cabeza de la víctima. El atacante recuperó el equilibrio y se quedó mirando asombrado a Philip, el cual le devolvió la mirada con firmeza, intentando no temblar y deseando poder recordar algunas palabras en galés. Antes de que ninguno hiciera el menor movimiento, los otros dos perseguidores llegaron junto a ellos, y uno le dio un fuerte empujón a Philip, derribándolo. Eso fue lo que le salvó la vida, como pudo apreciar un instante después. Cuando se recuperó, todos se habían olvidado de él. Con un salvajismo increíble, estaban dando muerte al pobre muchacho que yacía en el suelo. Philip se puso en pie a duras penas. Era ya demasiado tarde; sus martillos y hachas seguían golpeando un cadáver.

—Si no puedo salvar a nadie, ¿para qué me habéis enviado aquí? —gritó airado levantando los ojos al cielo.

A modo de respuesta, oyó un grito procedente de una casa cercana. Era un edificio de una sola planta, de madera y piedra, no tan costoso como los que lo rodeaban. La puerta estaba abierta y Philip entró corriendo. Había dos habitaciones, con un arco entre ambas y paja sobre el suelo. En un rincón, se acurrucaba aterrorizada una mujer con dos niños pequeños. Tres soldados se encontraban en el centro de la casa enfrentándose a un hombre menudo y calvo. En el suelo, yacía una joven de unos dieciocho años. Le habían rasgado el traje de arriba abajo y uno de los agresores estaba arrodillado sobre ella, sujetándole los muslos abiertos. Era evidente que el hombre trataba de evitar que violaran a su hija. Al entrar Philip, el padre se lanzó contra uno de los

soldados, el cual lo apartó de un manotazo. Retrocedió tambaleándose. El soldado hundió su espada en el abdomen del padre. La mujer del rincón gritó como un alma en pena.

—¡Deteneos! —vociferó Philip.

Lo miraron como si estuviera loco.

—¡Todos iréis al infierno si hacéis eso! —sentenció intentando hablar con el tono más autoritario.

El que había matado al padre levantó su espada para descargarla sobre él.

—Un momento —dijo el hombre que se encontraba en el suelo y que seguía sujetando las piernas de la muchacha—. ¿Quién eres tú, monje?

—Soy Philip de Gwynedd, prior de Kingsbridge y, en el nombre de Dios, te ordeno que dejes tranquila a esa muchacha si es que estimáis en algo vuestras almas inmortales.

—¡Un prior! Eso me pareció —dijo el hombre del suelo—. Vale un buen rescate.

—Ve al rincón con la mujer, que es tu sitio —dijo el primero de los hombres envainando la espada.

—No pongáis vuestras manos sobre los hábitos de un monje —ordenó Philip intentando mostrarse peligroso; pero él mismo escuchaba una nota de desesperación en su voz.

—Llévatelo al castillo, John —dijo el hombre que estaba todavía sentado sobre la muchacha, y que parecía ser el jefe.

—Vete al infierno —contestó John—. Antes quiero joderla yo también.

Agarró a Philip por los brazos antes de que pudiera resistirse y lo arrojó al rincón. El monje cayó al suelo junto a la madre.

El hombre llamado John se levantó la parte delantera de la túnica y cayó sobre la joven.

La madre volvió la cabeza y empezó a sollozar.

—¡No lo permitiré! —exclamó Philip.

Se puso en pie, cogió al violador por el pelo y lo apartó de la joven.

El tercer hombre levantó una cachiporra. Philip vio venir el golpe; pero ya era demasiado tarde. La cachiporra cayó sobre su cabeza. Por un instante, sintió un dolor espantoso; luego, todo se hizo negro y perdió la conciencia antes de caer al suelo.

Los prisioneros fueron llevados al castillo y encerrados en jaulas de madera, estrechas y de la altura de un hombre. En lugar de paredes compactas, tenían postes verticales, poco separados entre sí, pero que permitían al carcelero vigilar su interior. En época normal, cuando se

utilizaban para encerrar a ladrones, asesinos y herejes, solía haber una o dos personas por jaula. En aquellos momentos, los rebeldes tenían encerrados ocho o diez en cada una de ellas, y todavía quedaban más prisioneros. A estos últimos los ataron juntos y los condujeron a un lugar aislado del castillo. Habrían podido escapar con bastante facilidad; pero no lo hicieron, quizás porque se sentían más seguros allí que fuera, en la ciudad.

Philip se sentó en un rincón de una de las jaulas, con un espantoso dolor de cabeza. Se consideraba un loco y un fracasado. A fin de cuentas, había resultado tan inútil como el cobarde obispo Alexander. No había salvado una sola vida ni evitado un solo golpe. Sin él, los ciudadanos de Lincoln no habrían estado peor. A diferencia del abad Peter, se había visto impotente para detener la violencia. Se dijo que, sencillamente, él no era el mismo tipo de hombre.

Y, lo que era peor aún, en su vano intento por ayudar a los ciudadanos, era muy posible que hubiera perdido toda probabilidad de obtener concesiones de la emperatriz Maud cuando se convirtiera en su soberana. En aquellos momentos, era prisionero de su ejército. Por lo tanto, se daría por sentado que había estado al lado de las fuerzas del rey Stephen. El priorato de Kingsbridge tendría que pagar un rescate para su liberación. Lo más probable era que todo aquel asunto llegara a conocimiento de Maud, en cuyo caso ésta no mostraría buena disposición hacia él. Se sentía enfermo, decepcionado y torturado por los remordimientos.

Durante todo aquel día, fueron llegando más prisioneros. La afluencia cesó alrededor de la caída de la noche. Pero el saqueo de la ciudad continuaba fuera de los muros del castillo. Philip podía oír gritos, las voces bárbaras y los ruidos de destrucción. Hacia la media noche, cesaron todos los ruidos, seguramente porque los soldados estaban tan borrachos con el vino robado y tan saciados de violaciones y violencia que ya ni siquiera podían causar más daño. Algunos de ellos entraron tambaleándose en el castillo, fanfarroneando de sus triunfos, peleándose entre sí y vomitando sobre la hierba, hasta quedar agotados y dormidos.

Philip también durmió, aunque no tenía espacio suficiente para tumbarse y hubo de hacerlo en un rincón de la jaula con la espalda apoyada en los barrotes de madera. Se despertó con el alba, temblando de frío; pero, gracias a Dios, se le había calmado el dolor de cabeza reduciéndose a una sorda molestia. Se levantó para estirar las piernas y se dio golpes en el cuerpo con los brazos para entrar en calor. Las cuadras abiertas mostraban a hombres durmiendo en los cubículos, mientras los caballos se encontraban atados afuera. A través de la puerta de la panadería y del sótano de la cocina, aparecían pares de piernas. Los pocos soldados que permanecían sobrios

habían levantado tiendas. Se veían caballos por todas partes. En la esquina sureste del castillo se encontraba la torre del homenaje, un castillo dentro del castillo, construida sobre un alto montículo. Sus potentes muros de piedra rodeaban media docena o más de edificios de madera. Los condes y los caballeros del lado de los vencedores se encontrarían allí durmiendo después de haber hecho su propia celebración.

El pensamiento de Philip se centró de nuevo en las implicaciones de la batalla del día anterior. ¿Significaría aquella que la guerra había terminado? Era muy probable. Stephen tenía una esposa, la reina Matilda, que acaso siguiera con la lucha. Era condesa de Boulogne y, con sus caballeros franceses, había tomado el castillo Dover durante los comienzos de la guerra. Ahora, controlaba gran parte de Kent en beneficio de su marido. Sin embargo, le resultaría difícil reunir el apoyo de los barones mientras Stephen estuviera cautivo. Era posible que resistiera por un tiempo en Kent, pero no cabía esperar que realizara avance alguno.

Sin embargo, aún no habían terminado los problemas de Maud. Todavía tenía que consolidar su victoria militar, obtener la aprobación de la Iglesia y ser coronada en Westminster. Pese a todo, con decisión y cierta prudencia era posible que saliera triunfante.

Y ésas eran buenas noticias para Kingsbridge, o deberían serlo si Philip lograra salir de allí sin estar marcado como partidario de Stephen.

No había sol, pero el ambiente fue haciéndose algo más cálido a medida que avanzaba el día. Los compañeros de prisión de Philip fueron despertándose; se quejaban de dolores y molestias. La mayoría de ellos habían recibido al menos golpes, y se sentían peor después de una noche fría con el mínimo cobijo del techo y los maderos de la jaula. Algunos eran ciudadanos acaudalados y otros caballeros capturados durante la batalla. Cuando la mayoría de ellos estuvieron despiertos Philip preguntó:

—¿Sabe alguien qué le ha ocurrido a Richard de Kingsbridge?

Por Aliena esperaba que Richard hubiera sobrevivido.

—Luchó como un león... Al ponerse las cosas mal, reunió a los ciudadanos —respondió un hombre con un vendaje ensangrentado en la cabeza.

—¿Murió o ha sobrevivido?

—Cuando llegó el final no lo vi —dijo el hombre, agitando despacio la cabeza herida.

—¿Y qué le pasó a William Hamleigh?

Sería un bendito alivio que William hubiese caído.

—Estuvo junto al rey durante casi toda la batalla. Pero luego huyó... Lo vi a caballo, atravesando raudo los campos, muy por delante del grupo.

—¡Ah!

Se esfumó la débil esperanza. Los problemas de Philip no se resolverían con tanta facilidad.

La conversación fue extinguiéndose y en la jaula reinó el silencio. Afuera, los soldados empezaban a moverse, tratando de vencer sus resacas, comprobando su botín, asegurándose de que sus rehenes seguían cautivos y cogiendo su desayuno de la cocina. Philip se preguntaba si darían de comer a los prisioneros. Tenían que hacerlo, se dijo; de lo contrario, morirían y no cobrarían rescate alguno. ¿Pero quién aceptaría la responsabilidad de alimentar a toda aquella gente? Eso le indujo a pensar cuanto tiempo iba a estar allí. Sus aprehensores enviarían un mensaje a Kingsbridge exigiendo un rescate. Los hermanos enviarían a uno de sus miembros para negociar su liberación. ¿A cuál de ellos? Milius sería el mejor; pero Remigius, que en su calidad de sub-prior estaba a cargo del priorato durante la ausencia de Philip, enviaría a alguno de sus incondicionales; hasta era posible que acudiera él mismo. Remigius actuaría con extrema lentitud, pues era incapaz de una acción rápida y decisiva, ni siquiera en su propio interés. Podrían pasar meses. Philip se sintió cada vez más pesimista.

Otros prisioneros tuvieron mejor fortuna. Poco después de la salida del sol, empezaron a llegar las mujeres, los hijos y los parientes de los cautivos, en un principio temerosos y vacilantes, y luego más seguros de sí mismos, para negociar el rescate de las personas queridas. Solían regatear durante un rato con los aprehensores, alegando su falta de dinero, ofreciendo joyas baratas u otros objetos. Hasta que, al fin, llegaban a un acuerdo, se iban y volvían poco después con el rescate convenido, por lo general dinero. Crecían sin cesar los montones del botín, y las jaulas empezaban a vaciarse.

Hacia mediodía, la mitad de los prisioneros habían salido. Philip supuso que serían gentes de la localidad. Los que quedaban debían proceder de ciudades lejanas y se trataba probablemente de los caballeros capturados durante la batalla. Aquella suposición quedó confirmada al aparecer el alguacil del castillo y preguntar los nombres de cuantos allí quedaban. La mayoría de ellos eran caballeros del sur. Philip observó que, en una de las jaulas, no había más que un hombre, y estaba sujeto a un cepo, como si alguien quisiera asegurarse por partida doble contra el riesgo de fuga. Luego de mirar durante algunos minutos a aquel prisionero tan especial, Philip se dio cuenta de quién era.

—¡Mirad! —dijo a sus tres compañeros de jaula—. Ese hombre que está ahí solo. ¿Es quien creo que es?

Los otros lo miraron.

—¡Por Cristo, es el rey! —exclamó uno de ellos.

Los demás asintieron.

Philip se quedó mirando al hombre de pelo leonado, lleno de barro, con las manos y los pies sujetos cruelmente con los tornillos del cepo. Su aspecto no se diferenciaba del de cualquiera de ellos. El día anterior era el rey de Inglaterra. El día anterior había negado una licencia de mercado a Kingsbridge. Hoy no podía ponerse en pie sin la ayuda de alguien. El rey había recibido su merecido; aunque, de todas maneras, Philip sentía lastima por él.

A primera hora de la tarde, llevaron alimento a los prisioneros. Eran los restos tibios de la comida cocinada para los combatientes. No obstante, se lanzaron voraces sobre ella. Philip se contuvo y dejó a los otros la mayor parte, ya que consideraba el hambre como una baja debilidad a la que uno había de resistirse de cuando en cuando. Cualquier ayuno obligado le parecía una oportunidad de mortificación de la carne.

Cuando se encontraban rebañando la escudilla, hubo un brote de actividad en la torre del homenaje de la que salió un grupo de condes. Philip observó que dos de ellos caminaban un poco adelantados a los otros, que los trataban con deferencia. Tenían que ser Ranulf de Chester y Robert de Gloucester. Pero Philip no sabía quién era cada uno.

Se acercaron a la jaula de Stephen.

—Buen día, primo Robert —dijo el rey subrayando con fuerza la palabra primo.

—No era mi intención que pasaras la noche en el cepo. Ordené que te trasladaran. Pero mi orden no fue cumplida. Sin embargo veo que has sobrevivido —contestó el más alto de los dos hombres.

Un hombre con el ropaje de sacerdote se apartó del grupo y se dirigió a la jaula donde se encontraba Philip. En un principio éste no le prestó atención, porque Stephen estaba preguntando qué pensaban hacer con él y Philip quería oír la respuesta. Pero el sacerdote hizo una pregunta.

—¿Quién de vosotros es el prior de Kingsbridge?

—Soy yo —repuso Philip.

El sacerdote se dirigió a uno de los hombres de armas que había llevado a Philip hasta allí.

—Suelta a ese hombre.

Philip se sentía confundido. Jamás había visto a aquel sacerdote. Su nombre había sido sacado con toda seguridad de la lista que hizo el alguacil del castillo. Pero... ¿por qué? Se sentía contento de salir de la jaula, pero no estaba dispuesto a celebrarlo... todavía. Ignoraba lo que podía esperarle.

El hombre de armas protestó.

—¡Es mi prisionero!

—Ya no lo es —le contestó el sacerdote—. Déjalo salir.

—¿Por qué he de liberarlo sin recibir un rescate? —protestó el hombre intransigente.

El sacerdote le replicó con igual energía.

—En primer lugar, porque no es un combatiente del ejército del rey, y tampoco un residente de esta ciudad y, por ello, has cometido un delito al encarcelarlo. Segundo, porque es un monje y tú eres culpable de sacrilegio al poner las manos sobre un hombre de Dios. Y tercero porque el secretario de la reina Maud dice que tienes que ponerlo en libertad y, si te niegas, tú mismo acabarás dentro de la jaula en un abrir y cerrar de ojos. Así que, apresúrate.

—Muy bien —farfulló el hombre.

Philip quedó consternado. Había estado alimentando la débil esperanza de que Maud jamás llegaría a saber que hubiera estado en prisión allí. Si el secretario de Maud había podido verlo, esa esperanza se esfumaba.

Salió de la jaula con la sensación de haber tocado fondo.

—Acompáñame —dijo el sacerdote.

Philip le siguió.

—¿Van a dejarme en libertad? —preguntó.

—Así lo creo. —El sacerdote quedó sorprendido ante la pregunta—. ¿Ignoras a quién vas a ver?

—No tengo la menor idea.

El sacerdote sonrió.

—Entonces dejaré que te lleves una sorpresa.

Recorrieron parte del castillo hasta llegar a la torre del homenaje y subieron el largo tramo de escalera que cubría el montículo hasta la puerta. Philip se devanaba los sesos sin lograr adivinar por qué el secretario de Maud podía sentirse interesado por él.

Atravesó la puerta detrás del sacerdote. La torre del homenaje era circular, estaba construida en piedra y se hallaba alineada con casas de dos plantas que habían sido edificadas pegadas al muro. En el centro, había un pequeñísimo patio con un pozo. El sacerdote condujo a Philip hasta una de las casas. En el interior, había otro sacerdote, en pie delante de la chimenea y de espaldas a la puerta. Tenía la misma constitución que Philip, de baja estatura y delgado, y el mismo pelo negro; sólo que no llevaba la cabeza afeitada ni se le veían canas. Era una espalda que le resultaba muy familiar. Philip apenas podía creer en su suerte. Se le iluminó el rostro con una amplia sonrisa.

El sacerdote se volvió. Tenía los mismos ojos azules y brillantes que Philip, y también él sonreía. Extendió los brazos.

—¡Philip! —dijo.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó atónito el prior—. ¡Francis!

Los dos hermanos se abrazaron y a Philip se le llenaron los ojos de lágrimas.

3

En el castillo de Winchester el salón de recepciones real ofrecía un aspecto muy diferente. Los perros habían desaparecido y también el sencillo trono de madera del rey Stephen, los bancos y las pieles de animales en las paredes. En su lugar, se veían tapices bordados, alfombras de rico colorido, cuencos con dulces y sillas pintadas. La estancia olía a flores.

Philip nunca se había sentido a gusto en la corte real. Y una corte real *feminine* era más que suficiente para que se sintiera presa de una embarazosa inquietud. La emperatriz Maud representaba su única esperanza para recuperar la cantera y abrir de nuevo el mercado. Pero no confiaba demasiado en que aquella mujer altiva y obstinada tomara una decisión justa.

La emperatriz se encontraba sentada en un trono dorado, delicadamente tallado. Vestía un traje del color azul celeste. Era alta y delgada, de ojos oscuros y orgullosos y tenía un brillante pelo negro y liso. Sobre el traje, llevaba una especie de casaca de seda que le llegaba a la rodilla, con la cintura muy ceñida y el faldellín acampanado, un estilo que no se había visto en Inglaterra hasta su llegada, pero que ya estaba siendo muy imitado. Con su primer marido había estado casada durante once años, y otros catorce con el segundo; pero aún parecía no haber cumplido los cuarenta. La gente se hacía lenguas de su belleza; sin embargo, a Philip le parecía un tanto angulosa y la encontraba poco afable. Pero debía reconocer que no se hallaba muy ducho en encantos femeninos, puesto que era más bien inmune a ellos.

Philip, Francis, William Hamleigh y el obispo Waleran le hicieron una reverencia y permanecieron en pie esperando. Maud los ignoró durante un rato y siguió hablando con una de sus damas. La conversación parecía bastante trivial, porque ambas reían con agrado. Sin embargo, Maud no la interrumpió para saludar a sus visitantes.

Francis trabajaba en estrecha colaboración con ella y la veía casi a diario; pero no eran grandes amigos. Su hermano Robert, el antiguo patrón de Francis, se lo había cedido al llegar ella a Inglaterra, porque necesitaba un secretario de primera clase. Sin embargo, ése no era el único motivo. Francis actuaba de enlace entre los dos hermanos y vigilaba a la impetuosa Maud. En la vida llena de hipocresía de la corte real, no era de extrañar que los hermanos se traicionaran mutuamente, y el verdadero papel de Francis

consistía en impedir a Maud que hiciera algo bajo mano. Maud lo sabía y lo aceptaba, pero su relación con Francis no dejaba de ser bastante incómoda.

Habían transcurrido dos meses desde la batalla de Lincoln y, durante ese tiempo, todo había ido bien para Maud. El obispo Henry le había dado la bienvenida a Winchester, traicionando así a su hermano el rey Stephen, y había convocado a un concilio de obispos y abates, los cuales la habían elegido como su reina. En aquellos momentos, se encontraba negociando con la comunidad de Londres los preparativos para su coronación en Westminster. El rey David, de Escocia, que además era tío suyo, iba de camino para hacerle una visita real oficial, de soberano a soberana.

El obispo Henry tenía el fuerte respaldo del obispo Waleran de Kingsbridge y, según Francis, éste último había convencido a William Hamleigh de que cambiara de lado y prestara juramento de lealtad a Maud. Y ahora William acudía a recibir su recompensa.

Los cuatro hombres permanecían esperando en pie. El conde William, con su patrocinador el obispo Waleran, y el prior Philip con el suyo, Francis. Era la primera vez que Philip ponía los ojos en Maud. Su aspecto no contribuyó a tranquilizarle. Pese a su porte regio, le pareció más bien voluble. Cuando Maud terminó de charlar, se volvió hacia ellos con expresión triunfante como diciendo: Daos cuenta de lo poco importantes que sois, hasta mi dama tiene prioridad sobre vosotros.

Miró fijamente a Philip durante unos momentos, hasta que él empezó a encontrar la situación embarazosa.

—Bien, Francis. ¿Me has traído a tu gemelo? —preguntó al fin.

—Mi hermano Philip, señora, el prior de Kingsbridge.

Philip volvió a hacer una reverencia.

—Demasiado viejo y canoso para ser un gemelo, señora.

Era el tipo de observación trivial y humilde que los cortesanos parecían encontrar divertida. Pero ella le dirigió una mirada glacial y le ignoró. Philip decidió renunciar a cualquier intento de hacerse simpático.

Maud se volvió hacia William.

—Y el conde de Shiring, que luchó con valentía contra mi ejército en la batalla de Lincoln; pero que ahora ha comprendido que se hallaba en un error.

William se inclinó y tuvo la prudencia de mantener la boca cerrada.

Maud se dirigió de nuevo a Philip.

—Me pides que te conceda una licencia para tener un mercado.

—Sí, mi señora.

—Los ingresos del mercado se destinaran a la construcción de la catedral, señora —explicó Francis.

—¿Qué día de la semana quieres celebrar tu mercado? —le preguntó Maud.

—El domingo.

La reina enarcó sus cejas depiladas.

—Por lo general vosotros, los hombres santos, sois contrarios a la celebración de mercados en domingo. ¿Acaso no alejan a la gente de la iglesia?

—En nuestro caso no es así —respondió Philip—. La gente acude para trabajar en la construcción y asistir al oficio sagrado y, por lo tanto, también compran y venden.

—Así que ya tienes ese mercado en funcionamiento —le atajó bruscamente Maud.

Philip se dio cuenta de que había cometido una torpeza. Sentía deseos de abofetearse.

Francis acudió en su ayuda.

—No, señora, en la actualidad no se celebra el mercado —dijo—. Empezó de manera informal; pero el prior Philip ordenó su interrupción hasta obtener una licencia.

Era la verdad; pero no del todo. Sin embargo, Maud pareció aceptarla. Philip pidió en silencio el perdón para Francis.

—¿Hay algún otro mercado en la zona? —preguntó Maud.

En aquel momento intervino el conde William.

—Sí, lo hay. En Shiring. Y el mercado de Kingsbridge le ha estado perjudicando.

—¡Pero Shiring se halla a veinte millas de Kingsbridge! —intervino a su vez Philip.

—La regla establece que los mercados deberán estar separados entre sí por al menos catorce millas. De acuerdo con ese criterio Kingsbridge y Shiring no están en condiciones de competir —argumentó Francis.

Maud asintió dispuesta, al parecer, a aceptar la opinión de Francis en materia de legislación. *Hasta el momento, la cosa marcha a nuestro favor*, se dijo Philip.

—También has solicitado el derecho a sacar piedra de la cantera del conde de Shiring.

—Durante muchos años, tuvimos ese derecho pero el conde William expulsó últimamente a nuestros canteros y mató a cinco...

—¿Quién os concedió el derecho a sacar la piedra? —le interrumpió Maud.

—El rey Stephen...

—¿El usurpador?

—Mi señora, el prior Philip reconoce, como es natural, que todos los edictos del pretendiente Stephen quedan invalidados a menos que vos los ratifiquéis —se apresuró a decir Francis.

Philip no estaba de acuerdo con semejante cosa; pero comprendió que sería imprudente decirlo.

—¡Cerré la cantera como represalia con su mercado ilegal! —replicó con brusquedad William.

Philip se dijo que era asombroso cómo, un caso palpable de justicia quedaba completamente nivelado cuando se presentaba en la corte.

—Toda esta deplorable querella es resultado de la demencial forma de gobernar de Stephen.

El obispo Waleran habló por primera vez:

—Sobre ese punto, señora, estoy de corazón con vos —dijo en tono almibarado.

—Entregar una cantera a una persona y dejar que otra la explotara sólo podía crear dificultades —comentó Maud—. La cantera debe pertenecer a uno o a otro.

Así era en verdad, se dijo Philip y, si hubiera de seguir el espíritu del gobierno de Stephen, pertenecería a Kingsbridge.

—Mi decisión es que pertenezca a mi muy noble aliado, el conde de Shiring —siguió diciendo Maud.

A Philip se le cayó el alma a los pies. La construcción de la catedral no podría proseguir tan bien como hasta entonces sin tener libre acceso a la cantera. Habría que ir más despacio mientras Philip intentaba encontrar dinero para comprar piedra. ¡Y todo por el antojo de una mujer caprichosa! Philip echaba humo.

—Gracias, señora —contestó William.

—Por otra parte, Kingsbridge tendrá los mismos derechos a un mercado como el de Shiring —agregó Maud.

Maud había dado a cada uno una parte de lo que querían. Tal vez no fuese tan cabeza hueca después de todo.

—¿Un mercado con los mismos derechos que el de Shiring, señora? —inquirió Francis.

—Eso es lo que he dicho.

Philip no estaba seguro de por qué Francis había repetido aquello. En cuestión de licencias era común hacer referencias a los derechos que disfrutaba otra ciudad. Era imparcial y ahorraba escrituras. Philip habría de comprobar qué era lo que decía la carta de privilegio de Shiring. Cabía la posibilidad de que hubiera restricciones o privilegios adicionales.

—De esa manera ambos obtenéis algo. El conde William, la cantera; y el prior Philip, el mercado. A cambio, cada uno de vosotros habrá de pagarme cien libras. Eso es todo —concluyó Maud.

Y dirigió la atención a otra cosa.

Philip se sentía abrumado. ¡Cien libras! En aquel momento, el monasterio no tenía ni cien peniques. ¿De dónde iba a sacar ese dinero? Pasarían años antes de que el mercado rindiera un centenar de libras. Era un golpe devastador que de manera irremisible detendría a perpetuidad el programa de construcción. Permaneció allí en pie, mirando a Maud. Ella, al parecer, se encontraba de nuevo enfrascada en conversión con su dama, Francis le dio con el codo. Philip abría ya la boca para hablar; pero su hermano se llevó un dedo a los labios.

—Pero... —empezó a decir Philip.

Francis meneó apremiante la cabeza.

Philip sabía que Francis tenía razón. Hundió los hombros, bajo el peso de la derrota. Impotente, dio media vuelta y se alejó de la presencia real.

Francis quedó impresionado durante el recorrido que hizo con Philip por el priorato de Kingsbridge.

—Estuve aquí hace diez años y era un auténtico vertedero —exclamó con irreverencia—. Le has devuelto la vida.

Se sintió atraído en especial por la sala de escribanía que Tom había terminado mientras Philip se encontraba en Lincoln. Un pequeño edificio contiguo a la sala capitular, con grandes ventanas, un hogar con chimenea, una hilera de pupitres para escribir y un gran armario de roble para los libros. Cuatro de los hermanos estaban trabajando ya allí, en pie delante de los altos pupitres, escribiendo con plumas de ave sobre pliegos de vitela. Tres de ellos se hallaban copiando. Uno, los Salmos de David; otro, el Evangelio según san Mateo y un tercero la Regla de san Benito. Además, el hermano Timothy escribía una historia de Inglaterra, aunque, como la había comenzado con la creación del mundo, Philip se temía mucho que el pobre no llegara nunca a terminarla. La sala de escribanía era pequeña, ya que Philip no había querido desviar demasiada piedra de la catedral, pero era un lugar cálido, seco y bien iluminado, justo lo que se necesitaba.

—Es vergonzoso, pero el priorato tiene pocos libros y, hoy día son extremadamente caros, así que ésta es la única manera de enriquecer nuestra colección —explicó Philip.

En la cripta, había un taller donde un monje ya viejo enseñaba a dos adolescentes a tensar la piel de una oveja para hacer pergamino, y también cómo fabricar tinta y cómo ligar las hojas de un libro.

—Podrás vender libros —cometo Francis.

—Sí, claro... La sala de escribanía amortizará varias veces su costo.

Salieron del edificio y siguieron caminando por los claustros. Era la hora del estudio. La mayoría de los monjes estaban leyendo. Algunos meditaban, actividad sospechosamente similar a la de dormitar, como Francis observó escéptico. En la esquina noroeste, se encontraban veinte escolares conjugando verbos latinos.

—¿Ves a ese chiquillo al final del banco? —preguntó Philip deteniéndose y señalando.

—¿El que escribe en una pizarra sacando la lengua? —preguntó Francis.

—Es el bebé que encontraste en el bosque.

—¡Pero si es muy mayor!

—Cinco años y medio y además se muestra muy precoz.

Francis meneó la cabeza asombrado.

—El tiempo pasa tan deprisa... ¿cómo está?

—Malcriado por los monjes; pero sobrevivirá. Tú y yo lo hicimos.

—¿Quiénes son los otros alumnos?

—Unos son novicios y otros hijos de mercaderes y de la pequeña nobleza local. Aprenden a leer y a contar.

Dejaron atrás el claustro y pasaron al lugar en el que estaban edificando. Del ala oriental de la nueva catedral, se encontraba ya construida más de la mitad. La gran hilera doble de poderosas columnas tenía cuarenta pies de altura y todos los arcos que los unían se hallaban terminados. Sobre la arcada, empezaba a tomar forma la galería tribuna. A cada lado de la arquería se habían construido los muros bajos de la nave lateral, con sus contrafuertes voladizos. Mientras recorrían todo aquello, Philip vio que los albañiles estaban construyendo los arbotantes que unirían la parte superior de esos contrafuertes con la de la galería tribuna, dejando así descansar el peso del tejado sobre los contrafuertes.

Francis se mostró casi maravillado.

—¡Y tú has hecho todo esto, Philip! —exclamó—. La sala de escribanía, la escuela, la nueva iglesia, incluso todas esas cosas en el pueblo... Estas cosas están ahí porque tú has hecho que estén.

Philip se hallaba conmovido. Nadie le había dicho jamás algo semejante. De habérselo preguntado, habría respondido que Dios bendijo sus esfuerzos. Pero, en el fondo de su corazón, sabía que lo que Francis decía era verdad. Esa ciudad próspera y activa era obra suya. El que así se le reconociera le producía un sentimiento cálido y reconfortante, sobre todo viniendo de su hermano pequeño, tan crítico y sofisticado.

Tom, el constructor, los vio y se acercó a ellos.

—Has hecho un progreso maravilloso —le elogió Philip.

—Sí, pero mirad eso.

Tom señaló hacia la esquina norte del recinto del priorato donde se almacenaba la piedra de la cantera, donde solía haber centenares de piedras apiladas en hileras. En aquel momento, sólo se veían unas veinticinco desperdigadas por el suelo.

—Por desgracia —agregó—, nuestro maravilloso progreso significa que hemos agotado prácticamente nuestras existencias de piedra.

El júbilo de Philip se desvaneció. Todo cuanto había logrado allí, corría el riesgo de perderse por culpa del rígido fallo de Maud.

Caminaron a lo largo del lado norte del enclave, donde los talladores más hábiles se encontraban trabajando en sus bancos, esculpiendo las piedras, para darles forma, con sus martillos y formones. Philip se detuvo detrás de un artesano y estudió su trabajo. Era un capitel, la piedra grande y salediza que se coloca en la parte superior de una columna. Utilizando un martillo ligero y un pequeño cincel esculpía unos dibujos de hojas. Tenía mucho relieve, y el trabajo era en extremo delicado. Philip quedó sorprendido al ver que el artesano era el joven Jack, el hijastro de Tom.

—Creí que Jack era un principiante —comentó.

—Lo es.

Tom se alejó y cuando estuvieron fuera del alcance de su oído, añadió:

—El muchacho es notable. Hay hombres aquí que están esculpiendo desde antes de que él hubiera nacido, y ninguno de ellos es capaz de igualar su trabajo. —Algo incómodo, prorrumpió en una ligera risa—. Ni siquiera es mi propio hijo.

El propio hijo de Tom era ya maestro y tenía su cuadrilla de aprendices y jornaleros; pero Philip sabía que Alfred y su equipo no hacían trabajos delicados. El prior se preguntaba cómo se sentiría Tom al respecto en el fondo de su corazón.

El pensamiento de Tom retornó al problema de cómo pagar la licencia del mercado.

—Ni que decir tiene que el mercado dará un montón de dinero —dijo.

—Sí, pero no el suficiente. Al principio, producirá unas cincuenta libras anuales.

Tom asintió cabizbajo.

—Eso vendrá muy justo para pagar la piedra.

—Podríamos arreglárnoslas si no hubiéramos de pagar a Maud cien libras.

—¿Y qué hay de la lana?

La lana que iba amontonándose en los graneros de Philip podría venderse dentro de unas semanas en la Feria del Vellón de Shiring y daría alrededor de cien libras.

—Ese dinero es el que voy a dedicar a pagar a Maud. Pero entonces me quedaré sin nada para abonar los salarios de los artesanos durante los doce meses próximos.

—¿No podéis pedir prestado?

—Ya lo he hecho. Los judíos no quieren concederme más préstamos. Lo pedí durante mi estancia en Winchester. No prestan dinero si no tienes para devolvérselo.

—¿Y qué me decís de Aliena?

Philip se sobresaltó. Nunca se le había ocurrido pedirle dinero prestado. En sus graneros tenía aún más lana. Después de la Feria del Vellón, era posible que poseyera doscientas libras.

—Pero necesita el dinero para vivir. Y los cristianos no cargan intereses. Si me prestara a mí el dinero, no tendría nada con qué comerciar. Aunque... —mientras hablaba, le daba vueltas en la cabeza a una nueva idea: recordaba que Aliena había querido comprarle toda su producción de lana durante el año; tal vez pudieran hacer alguna especie de arreglo—. De cualquier manera, creo que hablaré con ella —dijo—. ¿Está ahora en casa?

—Creo que sí... La vi esta mañana.

—Vamos, Francis... Conocerás a una joven en verdad notable.

Se separaron de Tom y salieron presurosos del recinto a la ciudad.

Aliena poseía dos casas, una junto a otra, adosadas al muro oeste del priorato. Vivía en una y utilizaba la segunda a modo de granero. Era muy rica. Tenía que haber alguna manera de que pudiera ayudar al priorato a pagar el precio abusivo que Maud había impuesto para la licencia del mercado. En la mente de Philip empezaba a tomar forma una idea vaga.

Aliena estaba en el granero, inspeccionando la descarga de una carreta de bueyes cargada a más no poder de sacos de lana. Llevaba una prenda de brocado como la que vestía la emperatriz Maud, y llevaba el pelo recogido en la coronilla con una blanca cofia de hilo. Presentaba su habitual aspecto autoritario. Los dos hombres que se encontraban descargando la carreta obedecían sus instrucciones sin rechistar. Todo el mundo la respetaba aun cuando, cosa extraña, no tuviera con nadie una estrecha amistad. Saludó calurosamente a Philip.

—Cuando nos enteramos de lo de la batalla de Lincoln, temimos que os hubieran matado —exclamó.

Su mirada revelaba una auténtica preocupación, y al prior le conmovió la idea de que la gente pudiera haberse sentido preocupada por su suerte. Presentó a Aliena a Francis.

—¿Os hicieron justicia en Winchester? —preguntó ella.

—A medias —respondió Philip—. La emperatriz Maud nos concedió un mercado, pero nos negó la entrada en la cantera. De ese modo lo uno compensa más o menos lo otro. Pero nos ha impuesto el pago de cien libras por la licencia del mercado.

Aliena se mostró escandalizada.

—¡Eso es terrible! ¿Le dijisteis que los ingresos del mercado están destinados a la construcción de la catedral?

—Sí, claro.

—¿Y de dónde sacaréis cien libras?

—Pensé que tal vez tú pudieras ayudarme.

—¿Yo?

Aliena se mostró sorprendida.

—Dentro de unas semanas, una vez que hayas vendido tu lana a los flamencos, tendrás doscientas libras o más.

Aliena pareció conturbada.

—Os las daría muy gustosa; pero necesito ese dinero para adquirir más lana el año próximo.

—¿Recuerdas que querías comprarnos nuestra lana?

—Sí; pero ahora es demasiado tarde. Quise comprarla a principios de temporada. Además, pronto podréis venderla vos mismo.

—Pero estaba pensando... ¿podría venderte la lana del próximo año?

Aliena frunció el entrecejo pensativa.

—Si todavía no la tenéis.

—¿Podría vendérosla antes de tenerla?

—No sé cómo podría hacerse.

—Muy sencillo. Tú me das el dinero ahora y yo te doy la lana el año que viene.

Aliena no sabía qué pensar de aquella proposición. Era una forma de hacer negocio muy distinta de las habituales. También para Philip era nueva. Acababa de inventarla.

La joven, pensativa, habló en tono pausado.

—Habría de ofreceros un precio algo más bajo del que obtendríais si esperaseis. Además, la lana podría subir durante el tiempo que transcurra desde ahora hasta el próximo verano... Así ha ocurrido cada año desde que yo me dedico a esto.

—Yo pierdo un poco y tú ganas algo —dijo Philip—. Pero estaré en condiciones de seguir construyendo durante otro año.

—¿Y qué hará el año siguiente?

—No lo sé. Tal vez te venda la lana del año inmediato.

Aliena asintió.

—Parece razonable.

Philip le cogió las manos y la miró a los ojos.

—Si lo haces, Aliena, habrás salvado la catedral —le dijo con fervor.

La actitud de Aliena era solemne.

—Vos me salvasteis en una ocasión, ¿no es verdad?

—Así es.

—De manera que yo haré lo mismo con vos.

—¡Dios te bendiga!

La abrazó embargado por la gratitud; pero, recordando al punto que era una mujer, se apartó presuroso y dijo:

—No sé cómo darte las gracias. Me encontraba ya al borde de la desesperación.

Aliena se echó a reír.

—No estoy segura de ser merecedora de tanto agradecimiento. Seguramente saldré muy beneficiada con este acuerdo.

—Eso espero.

—Sellaremos el trato con una copa de vino —propuso Aliena.

Se interrumpió un instante para pagar al carretero.

La carreta de bueyes había quedado vacía y la lana cuidadosamente almacenada. Philip y Francis salieron del granero mientras Aliena arreglaba cuentas con el hombre que le había traído el cargamento.

Empezaba a ponerse el sol y los trabajadores de la construcción iban regresando a sus hogares. Philip se sentía de nuevo jubiloso. Había encontrado una manera de seguir adelante pese a todos los impedimentos.

—¡Gracias a Dios que nos ha dado a Aliena! —exclamó.

—No me dijiste que fuera tan bella —comentó Francis.

—¿Bella? Sí, supongo que lo es.

Francis se echó a reír.

—¡Estás ciego, Philip! Es una de las mujeres más hermosas que jamás he visto. Por ella un hombre podría renunciar al sacerdocio.

Philip miró severo a su hermano.

—No debes hablar así.

—Lo siento.

Aliena se reunió con ellos y cerró la puerta del granero. Luego se dirigieron a su casa. Era grande, con una habitación principal y un dormitorio

aparte. En un rincón, había un barril de cerveza; del techo colgaba un jamón entero y la mesa estaba cubierta con un mantel de hilo blanco. Una sirvienta de mediana edad escanció vino de un frasco en cubiletes de plata, para los invitados. Aliena vivía de modo muy confortable.

Si es tan bella, se decía Philip *¿por qué no ha encontrado marido?* En verdad no había escasez de aspirantes. La habían cortejado cuantos jóvenes prometedores había en el Condado. Pero Aliena los había rechazado a todos. Philip le estaba tan agradecido que quería que fuera feliz.

La mente de ella seguía ponderando los detalles prácticos.

—No tendré el dinero hasta después de la Feria del Vellón de Shiring —dijo, una vez que hubieron brindado por el acuerdo.

Philip se volvió hacia Francis.

—¿Esperará Maud?

—¿Cuánto tiempo?

—La feria se celebrará dentro de tres semanas a partir del jueves.

Francis asintió.

—Se lo diré. Y esperará.

Aliena se quitó la cofia y sacudió el ondulado pelo oscuro. Luego, suspiró cansada.

—Los días son demasiado cortos —se lamentó—. No consigo hacerlo todo. Quiero comprar más lana; pero he de encontrar carreteros suficientes para llevarla toda a Shiring.

—Y el año próximo todavía tendrás más.

—Me gustaría que fuese posible lograr que los flamencos acudieran aquí a comprar. Para nosotros sería mucho más fácil que tener que llevar toda nuestra lana a Shiring.

—Pero podéis hacerlo —intervino Francis.

Los dos se quedaron mirándolo.

—¿Cómo? —le preguntó Philip.

—Celebrando vuestra propia feria del vellón.

Philip empezó a adivinar lo que quería decir.

—¿Podemos hacerlo?

—Maud os ha concedido exactamente los mismos derechos que a Shiring. Yo mismo escribí vuestra carta de privilegio. Si Shiring puede celebrar una feria del vellón, también podéis hacerlo vosotros.

—¡Caramba! Eso sería algo maravilloso. No tendríamos que llevar todos esos sacos a Shiring. Podríamos hacer aquí los negocios y embarcar la lana directamente con destino a Flandes —exclamó Aliena.

—Eso es lo menos importante —exclamó Philip excitado—. Una feria del vellón da tanto dinero en una semana como un mercado de domingo durante

todo el año. Claro que este año no podremos celebrarla, ya que nadie estaría enterado. Pero haremos correr la voz este año, durante la Feria del Vellón en Shiring, de que el año próximo celebraremos la nuestra, asegurándonos de que todos los compradores se enteren de la fecha.

—Shiring lo va a notar mucho —dijo Aliena—. Vos y yo somos los más importantes vendedores de lana de todo el Condado y, si los dos nos retiramos, la feria de Shiring quedara reducida a menos de la mitad de lo que es en la actualidad.

—William Hamleigh perderá dinero. Y se pondrá más furioso que un toro.

Philip no pudo evitar un estremecimiento de repulsión. Eso era precisamente William, un toro loco.

—¿Y qué? —replicó Aliena—. Si Maud nos ha dado su permiso, seguiremos adelante. William no puede hacer nada al respecto, ¿verdad?

—Espero que no —exclamó con fervor Philip—. Espero ciertamente que no.

CAPÍTULO DIEZ

1

El día de san Agustín el trabajo terminaba a mediodía. La mayoría de los constructores recibían con un suspiro de alivio la campana que lo anunciaba. Sin embargo, Jack estaba demasiado absorto en su tarea para oírla. Se sentía hipnotizado ante el desafío de cincelar formas redondeadas y suaves sobre la dura piedra, la cual tenía voluntad propia y, si intentaba hacerle algo que ella no quisiera, solía combatirle haciendo que su cincel resbalara, que esculpiera demasiado hondo estropeando así las formas. Pero, una vez que llegaba a conocer al trozo de roca que tenía ante sí, podía transformarlo a su gusto. Cuanto más difícil era la labor, más fascinado se sentía. Empezaba a tener la sensación de que el cincelado decorativo que quería Tom era demasiado fácil. Las molduras en zigzags, rombos, dientes de perro, espirales o simples volutas habían llegado a aburrirle, e incluso aquellas hojas resultaban rígidas y repetitivas. Quería cincelar follaje de aspecto natural, flexible e irregular, y copiar las distintas formas de hojas auténticas de roble, fresno y abedul. Pero Tom no iba a dejarle. Y, sobre todo, quería cincelar escenas históricas: Adán y Eva, David y Goliat... O bien el Día del Juicio Final, con monstruos, demonios y gentes desnudas. Pero no se atrevía a proponerlo.

Tom hizo que al fin dejara de trabajar.

—Es fiesta, zagal —le dijo—. Además, todavía eres aprendiz mío y quiero que me ayudes a recoger. Todas las herramientas han de quedar guardadas antes del almuerzo.

Jack guardó con sumo cuidado su martillo y sus cinceles y con grandes precauciones depositó, en el cobertizo de Tom, la piedra en la que había estado trabajando. Luego, se encaminó con su padrastro al enclave de la construcción. Los demás aprendices estaban ordenándolo todo y barriendo las esquirlas de piedra, la arena, los pelotones de argamasa seca y las virutas de madera que prácticamente cubrían el suelo. Tom recogió sus compases y su nivel, y lo mismo hizo Jack con sus varas medidoras de una yarda y sus plomadas, y lo llevó todo al cobertizo.

Tom guardaba en ese cobertizo sus poles, largas varas de hierro, cuadradas en la sección transversal y perfectamente rectas, todas ellas de la misma longitud. Se conservaban en una espetera especial de madera herméticamente cerrada. Eran varas de medición lineal. Mientras seguían

recorriendo el enclave, recogiendo esparaveles y palas, Jack iba pensando en los poles.

—¿Qué longitud tiene un pole? —preguntó.

Algunos de los albañiles le oyeron y se echaron a reír. A menudo encontraban divertidas las preguntas de Jack.

—Un pole es un pole —contestó Edward Short, un albañil pequeño y viejo de tez apergaminada y nariz torcida. Todos volvieron a reír.

Se divertían embromando a los aprendices, sobre todo si eso les permitía hacer alarde de sus conocimientos superiores. A Jack le fastidiaba en extremo que se rieran de su ignorancia; pero aguantó por mor de su gran curiosidad.

—No lo entiendo —dijo paciente.

—Una pulgada es una pulgada, un pie es un pie y un pole es un pole —contestó Edward. —Así pues, el pole es una unidad de medición.

—¿Cuántos pies tiene un pole?

—¡Ajá! Eso depende. En Lincoln, dieciocho. Dieciséis en Anglia Oriental...

Tom le interrumpió con una respuesta sensata.

—Aquí, un pole tiene quince pies.

—En París no utilizan para nada el pole... Sólo las varas medidoras —dijo una mujer albañil de mediana edad.

—Todo el proyecto de la iglesia se basa en los poles. Ve a buscar uno y te lo mostraré. Ya es hora de que aprendas esas cosas —dijo Tom a Jack al tiempo que le entregaba una llave.

Jack fue hasta el cobertizo y cogió un pole de la ringlera. Era muy pesado. A Tom le gustaba explicar cosas y a Jack le encantaba escuchar. La organización del enclave de la construcción formaba un diseño fascinante, semejante al tejido de un abrigo de brocado y, cuanto más lo iba entendiendo, más le atraía.

Tom se encontraba en pie en la nave lateral, en el extremo abierto del presbiterio a medio construir, donde habría de estar la crujía. Cogió el pole y lo dejó sobre el suelo de manera que cruzaba la nave.

—Desde el muro exterior hasta el centro del pilón de la arcada, es un pole —dijo Tom; movió la vara e invirtió los extremos—. Desde ahí hasta el centro de la nave, es un pole —repitió la operación y alcanzó el centro del pilón opuesto—. La nave tiene un ancho de dos poles.

—Sí —dijo Jack—. Y cada intercolumnio ha de tener la longitud de un pole.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Tom un poquito fastidiado.

—Nadie. Los intercolumnios de las naves laterales son cuadrados, de manera que si tienen un pole de ancho han de tener otro de largo. Y desde

luego los intercolumnios de la nave central son de la misma longitud que los de las laterales.

—Desde luego —asintió Tom—. Deberías ser un filósofo.

En el tono de su voz había una mezcla de orgullo e irritación. Se sentía complacido de que Jack captara las cosas con tanta rapidez e irritado al comprobar que un simple muchacho captara con tal facilidad los misterios de la albañilería.

Jack, por su parte, se sentía demasiado cautivado ante la lógica de todo aquello para prestar atención a los puntos sensibles de Tom.

—Entonces, el presbiterio tiene una longitud de cuatro poles —dijo—. Y cuando toda la iglesia quede terminada será de doce poles. —En ese momento, se le ocurrió otra idea—. ¿Qué altura tendrá?

—Seis poles de alto. Tres para la arcada, uno para la galería y dos para el trifolio.

—¿Y por qué ha de medirse todo con poles? ¿Por qué no construir al buen tuntún igual que se hace con las casas?

—En primer lugar, porque así resulta más barato. Todos los arcos de la arcada son idénticos, de manera que podemos volver a utilizar las cimbras. Cuantos menos sean los tamaños y formas de piedra que necesitemos, menos serán los gálibos que hay que hacer. Y así sucesivamente. En segundo lugar, simplifica cada uno de los aspectos de lo que estamos haciendo. Desde el trazado original, ya que todo él esta basado en un pole cuadrado, hasta la pintura de los muros pues resulta más fácil calcular cuánta lechada necesitaremos. Y cuanto más sencillas son las cosas, menos errores se cometen. La parte más costosa de un edificio son los errores. Y, en tercer lugar, cuando todo se basa en la medición con pole, el aspecto de la iglesia es perfecto. La proporción es la clave de la belleza.

Jack asintió encantado. La lucha por controlar una operación tan ambiciosa e intrincada como la construcción de una catedral era, en todo momento fascinante. La idea de que los principios de regularidad y repetición pudieran simplificar la construcción y se obtuviese como resultado un edificio armonioso, era en verdad seductora. Pero no se hallaba muy convencido de que la proporción fuera la clave de la belleza. Él tenía debilidad por las cosas agrestes, esparcidas, alborotadas, como las altas montañas, los viejos robles y el pelo de Aliena.

Estaba hambriento y devoró el almuerzo con rapidez. Luego, salió de la aldea y se encaminó hacia el norte. Era un día cálido de principios de verano e iba descalzo. Desde que su madre y él fueron a vivir a Kingsbridge de manera definitiva y se convirtió en un trabajador, había disfrutado volviendo al bosque de cuando en cuando. Al principio, pasaba el tiempo desahogando

energías acumuladas, corriendo y saltando, trepando a los árboles y disparando su honda contra los patos. Eso ocurrió cuando empezaba a acostumbrarse a su nuevo cuerpo, más alto y fuerte. Pero la novedad dejó de serlo, y ya pensaba en cosas mientras deambulaba por el bosque. En por qué la proporción había de ser hermosa, en cómo los edificios se mantenían en pie y en qué sentiría acariciando los senos de Aliena. Durante años, la había adorado a distancia. La más constante imagen de ella en su pensamiento era la de la primera vez que la vio bajando las escaleras en el salón de Earlcastle y se dijo que debía de ser la princesa de un cuento. Pero siguió siendo una figura remota.

Hablaba con el prior Philip, con Tom Builder y con Malachi el judío y también con otras personas acaudaladas y poderosas de Kingsbridge. Pero Jack jamás tuvo ocasión de dirigirse a ella. Se limitaba a mirarla, rezando en la iglesia o cabalgando en su palafrén por el puente, y también tomando el sol delante de su casa, envuelta en costosas pieles en invierno y vistiendo hermosos trajes de lino en verano, con el pelo alborotado enmarcándole el bello rostro. Antes de dormirse cada noche, solía pensar en lo maravilloso que sería quitarle aquellos ropajes, verla desnuda y besar acariciador sus suaves labios.

Durante las últimas semanas, se había sentido desazonado y deprimido a causa de esas ensoñaciones despierto. Ya no le bastaba con verla a distancia y escuchar sus conversaciones con otras gentes e imaginar que le hacía el amor. Necesitaba que fuera algo real.

Había varias jóvenes de su edad que podrían darle cuanto ansiaba de manera tangible. Entre los aprendices, se hablaba mucho de las muchachas de Kingsbridge y, sobre todo, de las turbulentas. Se decía con toda claridad lo que cada una de ellas dejaba que le hiciera un chico. La mayoría estaban decididas a seguir siendo vírgenes hasta que se casaran, de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia. Pero había algunas cosas que podían hacer sin dejar de ser vírgenes o, al menos, eso era lo que explicaban los aprendices. Todas las jóvenes pensaban que Jack era algo raro. Él pensó que probablemente tenían razón. Pero una o dos de ellas encontraban atractiva esa rareza. Un domingo, después de misa, había entablado conversación con Edith, hermana de un compañero aprendiz. Pero cuando Jack empezó a hablar de lo mucho que le gustaba cincelar la piedra, rompió a reír como una tonta. El domingo siguiente había ido a pasear por el campo con Ann, la rubia hija del sastre. Jack no había hablado demasiado; pero la besó y luego sugirió que se tumbaran en un campo verde de cebada. Allí volvió a besarla tocándole los senos. Ella lo besó a su vez con entusiasmo; pero, al cabo de un rato, se apartó de él y le preguntó: *¿Quién es ella?* Jack que, en ese preciso

momento, había estado pensando en Aliena, quedó anonadado. Intentó dar de lado la pregunta y volver a besarla. Pero ella apartó la cara diciendo: *Quienquiera que sea, es una chica afortunada*. Volvieron juntos a Kingsbridge y, al despedirse, Ann le había dicho: *No pierdas el tiempo intentando olvidarla. No lo conseguirás. Ella es la que tú quieres, así que más vale que lo intentes y lo logres.* Le había sonreído con afecto al tiempo que añadía: *Tienes un rostro atractivo. Acaso no sea tan difícil como crees.*

Su amabilidad le hizo sentirse incómodo, tanto más al ver una de las zagalas a las que los aprendices calificaban de fáciles, y él había dicho a todos que iba a intentar palparla. Ahora ya le parecía tan juvenil aquella manera de hablar que le daba repeluzno. Pero si hubiera dicho a Ann el nombre de la mujer que llenaba su mente, es posible que no se hubiera mostrado tan alentadora. Jack y Aliena formaban la pareja menos adecuada que podía imaginarse. Ella tenía veintidós años y él diecisiete; era hija de un conde, y él un bastardo; era una acaudalada mujer de negocios de lana, y él un aprendiz sin un penique. Y lo que era aún peor, había adquirido fama por el número de pretendientes a quienes había rechazado. Todo señor joven y presentable del Condado, así como los hijos primogénitos de todos los mercaderes prósperos, habían acudido a Kingsbridge para cortejarla; y todos ellos se habían ido decepcionados. ¿Qué oportunidad podía tener Jack, que no tenía nada que ofrecerle, salvo "un rostro atractivo"?

Aliena y él sólo tenían una cosa en común. A ambos les gustaba el bosque. Era una peculiaridad de los dos. La mayoría de las gentes preferían la seguridad de los campos y las aldeas y se mantenían alejados del bosque. Pero Aliena paseaba a menudo por las florestas cercanas a Kingsbridge, y había un lugar especial, bastante apartado, donde gustaba detenerse y sentarse. Jack la había visto allí una o dos veces; aunque la joven no se había percatado de su presencia, pues andaba sigiloso como había aprendido a hacerlo en su infancia, cuando tenía que encontrar su comida en el bosque.

Se encaminaba hacia el calvero de Aliena sin tener la menor idea de lo que haría si llegase a encontrarla allí. Sabía muy bien, eso sí, lo que le gustaría hacer. Tumbarse a su lado y acariciarle el cuerpo. Podía hablar con ella pero ¿qué podría decirle? Le resultaba fácil conversar con las jóvenes de su misma edad. Había bromeado con Edith diciéndole: *No creo todas esas cosas terribles que tu hermano cuenta de ti*. Y, como era de esperar, la muchacha quiso saber cuáles eran esas terribles cosas. Con Ann había ido directamente al grano: *¿Te gustaría ir a pasear conmigo al campo esta tarde?* Pero cuando intentaba imaginar la forma de abordar a Aliena, su mente se quedaba en blanco. No podía evitar pensar en ella como perteneciente a la generación mayor. Se mostraba tan grave y responsable. Jack sabía que no

siempre había sido así. A los diecisiete años, era una joven bulliciosa. Desde entonces, debió de haber sufrido penalidades atroces. Sin embargo, la muchacha alegre debía encontrarse todavía en alguna parte de aquella mujer solemne. Eso la hacía aún más fascinante para Jack.

Se estaba acercando al lugar preferido de Aliena. El bosque se hallaba silencioso bajo el bochorno del día. Jack se movía con sigilo entre los matorrales. Quería verla antes de que ella pudiera descubrirle. Todavía no estaba seguro de si tendría el valor de abordarla.

Ante todo, temía indisponer su voluntad. Había hablado con ella el primer día de su regreso a Kingsbridge, aquel domingo de Pentecostés en que acudieron todos los voluntarios para trabajar en la catedral. Pero sus palabras no fueron acertadas, con el resultado de que apenas habían cruzado algunas breves frases durante cuatro años. No quería volver a dar un resbalón semejante. Momentos después, atisbó por detrás del tronco de una haya y la vio.

Había elegido un lugar de extraordinaria belleza. Una pequeña cascada caía en una lagunilla profunda rodeada de piedras cubiertas de musgo. El sol brillaba en las orillas de la laguna; pero un poco más atrás las hayas daban su sombra. Aliena estaba sentada entre sol y sombra, leyendo un libro.

Jack se sintió asombrado. ¿Una mujer? ¿Leyendo un libro? ¿A las claras? Las únicas personas que leían libros eran los monjes, y muchos de ellos no leían otra cosa que los oficios sagrados. Y además era un libro fuera de lo corriente, mucho más pequeño que los tomos de la biblioteca del priorato. Parecía como si lo hubieran hecho a propósito para una mujer, o para alguien que quisiera llevarlo consigo. Estaba tan sorprendido que olvidó su timidez. Se abrió paso entre los arbustos y entró en el calvero.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó a bocajarro.

Aliena se sobresaltó y lo miró con ojos aterrados. Jack comprendió que la había asustado. Se sintió muy torpe y temió haber empezado una vez más con el pie izquierdo. Aliena se llevó en seguida la mano derecha a la manga izquierda. Jack recordó que hubo un tiempo en que la joven llevaba una daga oculta en la manga. Tal vez la llevara todavía. Un instante después Aliena lo reconoció, y su miedo se esfumó con la misma rapidez que había llegado. Pareció aliviada aunque un poco irritada, bien a pesar de Jack pues tuvo la impresión de que no era bien recibido. Le hubiera gustado dar media vuelta y desaparecer en el bosque. Pero eso dificultaría el que pudiera hablarle en otra ocasión, de manera que permaneció allí inmóvil.

—Siento haberte asustado —dijo afrontando su mirada no muy amistosa.

—No me has asustado —le replicó con viveza.

Jack sabía que eso no era verdad; pero no estaba dispuesto a discutir con ella.

—¿Qué estás leyendo? —volvió a preguntar como al principio.

Aliena miró el volumen encuadernado que tenía sobre las rodillas y su expresión cambió de nuevo, volviéndose melancólica.

—Mi padre compró este libro durante su último viaje a Normandía. Lo trajo para mí. Unos días después, le hicieron prisionero.

Jack se acercó algo más y miró la página por la que estaba abierto.

—¡Es francés! —exclamó.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó asombrada Aliena—. ¿Puedes leer?

—Sí..., pero creí que todos los libros estaban en latín.

—En verdad casi todos lo están. Pero éste es diferente. Es un poema titulado Historia de Alejandro.

Jack se decía: *Lo estoy haciendo de veras... ¡Estoy hablando con ella! Es maravilloso. Pero... ¿qué voy a decirle ahora? ¿Cómo podré hacer que esto continúe?*

—Humm... bueno, ¿de qué trata?

—Es la historia de un rey llamado Alejandro Magno y de cómo conquistó tierras maravillosas de oriente, donde las piedras preciosas crecen en las viñas y las plantas pueden hablar.

Jack se sentía lo bastante intrigado para dar al olvido su desasosiego.

—¿Cómo pueden hablar las plantas? ¿Acaso tienen boca?

—No lo dice.

—¿Crees que esa historia es de verdad?

Aliena le miró interesada y Jack se encontró con los hermosos ojos oscuros de ella.

—No lo sé —le contestó—. Yo siempre me pregunto si las historias serán verdad. A la mayoría de la gente no le importa... Sencillamente les gustan.

—A excepción de los sacerdotes. Ellos creen siempre que las historias sagradas son verídicas.

—Pues claro que esas historias son verdad.

Ante las historias sagradas, Jack experimentaba el mismo escepticismo que con todas las demás; pero su madre, que le había imbuido ese escepticismo, le enseñó también a ser discreto; así que se abstuvo de discutir. Estaba intentando no mirar el pecho de Aliena, que se encontraba justamente al borde de su visión. Tenía la seguridad de que, si bajaba los ojos, ella sabría lo que estaba mirando. Trató de pensar en algo más que poder decir.

—Yo conozco un montón de historias —declaró—. Sé la Canción de Roldan y El peregrinaje de Guillermo de Orange...

—¿Qué quieres decir con eso de que las conoces?

—Puedo recitarlas.

—¿Como un juglar?

—¿Qué es un juglar?

—Un hombre que va por ahí contando historias.

Aquel concepto era nuevo para Jack.

—Nunca oí hablar de un hombre semejante.

—En Francia hay muchísimos. Cuando era niña, solía ir con mi padre al continente. Me encantaban los juglares.

—¿Pero qué es lo que hacen? ¿Se paran en la calle y hablan?

—Depende. Los días de fiesta acuden al salón del señor. Actúan en mercados y ferias. Divierten a los peregrinos en el exterior de las iglesias. A veces, los grandes barones tienen su propio juglar.

Jack pensó que no sólo estaba hablando con ella sino que tenía una conversación que no podía tener con ninguna otra joven de Kingsbridge. Estaba seguro de que él y Aliena eran las dos únicas personas del pueblo, aparte de su madre, que conocían la existencia de poemas en romance franceses. Tenían un interés común y estaban hablando sobre ello. La idea era tan excitante que perdió el hilo de lo que estaban diciendo y se sintió confuso y estúpido.

Por fortuna, Aliena seguía hablando.

—Lo habitual es que el juglar toque el violín mientras recita la historia. Cuando se habla de una batalla, lo toca rápido y fuerte; y es lento y acariciador al referirse a dos enamorados; se vuelve alborotador cuando se trata de una parte divertida.

A Jack le gustó la idea. Música de fondo para realzar los temas destacados de la historia.

—Me gustaría poder tocar el violín —manifestó.

—¿De veras puedes recitar historias? —preguntó Aliena.

Apenas podía creer que estuviera realmente interesada en él hasta el punto de hacerle preguntas personales. Su cara era aún más preciosa al mostrarse animada por la curiosidad.

—Me enseñó mi madre —dijo Jack—. Solíamos vivir en el bosque, los dos solos. Me relataba las historias una y otra vez.

—Pero, ¿cómo puedes recordarlas? Se necesitan días para recitar algunos de ellos.

—No lo sé. Es como conocer el camino a través del bosque. No retienes en la mente todo el bosque; pero, dondequiera que estés, sabes por dónde has de seguir.

Echó una nueva ojeada al texto del libro y algo le llamó la atención. Se sentó en la hierba junto a ella para mirarlo más de cerca.

—Los ritmos son diferentes —dijo.

Aliena no sabía muy bien lo que Jack quería decir.

—¿En qué sentido?

—Son mejores. En La Canción de Roldan la palabra sword (espada) rima con lost, o horse (caballo) o incluso con ball (pelota). En tu libro la palabra sword rima con horde (horda), lord (señor) pero no loss (perdida), con board (tabla) pero no ball (pelota). Es un estilo de rimar completamente diferente. Pero es mejor, mucho mejor. Me gustan esas rimas.

—¿Querrías...? —parecía tímida—. ¿Querrías recitarme algo de la Canción de Roldan?

Jack cambió un poco de posición para poder contemplarla. La mirada intensa de ella, el centelleo anhelante de sus hechiceros ojos, le hicieron casi atragantarse. Tragó con fuerza y en seguida empezó,

El señor y rey de toda Francia, Carlomagno,
Ha pasado siete largos años luchando en España.
Ha conquistado las tierras altas y las llanuras.
Ante él no queda una sola fortaleza.
Tampoco muralla alguna le queda por derribar,
Nada más que Zaragoza, sobre una alta montaña,
Gobernada por el Rey Marsillio el Sarraceno.
Sirve a Mahoma, ante Apolo ora,
Pero ni siquiera ahí estará jamás a salvo.

Jack hizo una pausa.

—Lo conoces. ¡Es verdad que lo conoces! ¡Igual que un juglar! —exclamó impetuosa Aliena.

—Sin embargo ahora comprenderás lo que quiero decir sobre las rimas.

—Sí; pero, de cualquier manera, lo que a mí me gusta son las historias —dijo ella encantada chispeándole los ojos—: Recítame algo más.

Jack estaba a punto de perder el sentido de felicidad.

—Si lo quieres —aceptó con voz débil.

Y, mirándole a los ojos, empezó la segunda estrofa.

2

El primer juego en la víspera de San Juan consistía en comer el pan how-many [7] Al igual que ocurría con muchos de los juegos, había en él un atisbo

[7] ¿Cuántos...?

de superstición que hacía que Philip se sintiera incómodo. Sin embargo, si intentara prohibir cada uno de los ritos con el regusto de viejas religiones resultarían proscritas la mitad al menos de las tradiciones del pueblo y, además, sería desafiado. De manera que ejercía una tolerancia discreta ante la mayoría de las cosas, adoptando una actitud firme respecto a unos cuantos excesos.

Los monjes habían instalado mesas sobre la hierba en el extremo occidental del recinto del priorato. Los pinches de cocina llevaban a través del patio calderos humeantes. El prior podía considerarse el señor del feudo, así que era responsabilidad suya ofrecer un festín a sus arrendatarios con ocasión de fiestas importantes. La política de Philip consistía en mostrarse generoso con la comida y parco con la bebida, de manera que servía cerveza floja y nada de vino. No obstante, había cinco o seis incorregibles que se las arreglaban para emborracharse hasta perder el sentido siempre que había fiesta.

Los ciudadanos principales de Kingsbridge se sentaban a la mesa de Philip. Tom Builder y su familia, los maestros artesanos más antiguos, incluido Alfred, el hijo mayor de Tom, y los mercaderes, entre ellos Aliena; aunque no Malachi el Judío, que solía incorporarse más tarde a las festividades, después de celebrado el oficio. Philip pidió silencio y bendijo la mesa. Luego, alargó a Tom la hogaza how-many. A medida que pasaban los años, Philip iba sintiendo un mayor aprecio por Tom. No había mucha gente que dijera lo que pensaba e hiciera lo que decía. Ante las sorpresas, crisis y desastres, Tom reaccionaba con toda calma sopesando las consecuencias, calibrando los daños y planeando la mejor solución. Philip lo miró con afecto. Tom era hoy un hombre muy diferente del que, cinco años atrás, llegó al priorato suplicando que le dieran trabajo. Entonces se encontraba exhausto, macilento y tan flaco que los huesos parecían a punto de perforar su piel curtida por la intemperie. Durante el tiempo que llevaba allí, había entrado en carnes; sobre todo desde que su mujer regresó. No es que estuviera gordo, pero tenía recubierta su gran osamenta y hacía ya mucho que aquella mirada desesperada se había desvanecido de sus ojos. Vestía ropa cara, una túnica verde Lincoln, calzaba zapatos de piel suave y llevaba un cinturón con hebilla de plata.

A Philip le correspondía hacer la pregunta que tendría que contestar el pan how-many ("¿cuántos...?").

—¿Cuántos años habrán de pasar hasta que quede terminada la catedral? —preguntó.

Tom dio un bocado al pan. Lo habían cocido con semillas pequeñas y duras en su interior y, a medida que Tom escupía las semillas en su mano,

todo el mundo las iba contando en voz alta. A veces, cuando se practicaba ese juego y alguien tenía la boca llena de semillas, resultaba que nadie alrededor de la mesa podía contar en voz lo bastante alta. Pero ese día no existía semejante problema, estando presentes todos los mercaderes y artesanos. La respuesta resultó ser treinta. Philip simuló mostrarse consternado.

—¡Caramba, cuánto voy a vivir! —exclamó Tom, y todos rieron.

Tom pasó el pan a Ellen, su mujer. Philip se mostraba cauteloso respecto a ella. Al igual que la emperatriz Maud, tenía poder sobre los hombres, un tipo de poder con el que Philip no podía competir. El día en que Ellen fue arrojada del priorato, había hecho algo aterrador, una cosa en la que todavía ahora Philip se sentía incapaz de pensar. Había dado por sentado que jamás volvería a verla. Pero un día descubrió horrorizado que había regresado, y Tom le suplicó que la perdonara. Tom había alegado con astucia que, si Dios podía perdonar su pecado, entonces Philip no tenía derecho a negarle el suyo. Philip sospechaba que la mujer no se sentía ni mucho menos arrepentida. Pero Tom se lo había pedido el día que acudieron los voluntarios y salvaron la catedral, y Philip se encontró concediendo a Tom su deseo en contra de su sentimiento. Se habían casado en la iglesia parroquial, una pequeña construcción de madera en la aldea, que había estado allí mucho antes que el priorato. Desde entonces, Ellen se había comportado bien y no había dado motivo a Philip para que lamentara su decisión. Sin embargo, siempre le hacía sentirse incómodo.

—¿A cuántos hombres quieres? —le había preguntado Tom.

Ellen dio un pequeño mordisco al pan, lo que hizo que todos rieran de nuevo. En aquel juego, las preguntas tendían a ser un poco maliciosas. Philip sabía que, si él no estuviera presente, hubieran sido descaradamente impúdicas.

Ellen contó tres semillas. Tom fingió sentirse ofendido.

—Os diré quiénes son mis tres amores —dijo Ellen; Philip confiaba en que no diría nada ofensivo—. El primero es Tom. El segundo Jack. Y el tercero Alfred.

Todos la aplaudieron por su ingenio, y el pan siguió su recorrido alrededor de la mesa. Le había llegado el turno a Martha, la hija de Tom. Tenía unos doce años y era tímida. El pan le predijo que tendría tres maridos, lo que no parecía probable.

Martha pasó el pan a Jack. Al hacerlo, Philip observó su mirada de adoración, y comprendió que la niña admiraba a su hermanastro como a un héroe.

Jack intrigaba a Philip sobremanera. Había sido un chiquillo feo, con su pelo color zanahoria, su piel pálida y sus ojos verdes y saltones; pero ahora, convertido ya en un joven, se habían perfeccionado sus rasgos y su rostro resultaba tan llamativamente atractivo que los forasteros se volvían a mirarlo. En cuanto a temperamento, era tan indómito como su madre. Se mostraba muy poco disciplinado y no tenía la menor idea de lo que quería decir obediencia. Como aprendiz de cantero, había resultado prácticamente inútil, ya que en lugar de mantener una entrega constante de argamasa y piedras, intentaba amontonar lo necesario para todo un día y luego irse a hacer otra cosa. Siempre estaba desapareciendo. En cierta ocasión, decidió que ninguna de las piedras que había allí almacenadas era apropiada para el esculpido especial que tenía que hacer, así que, sin decir nada a nadie, recorrió todo el camino hasta la cantera y cogió una piedra que le había gustado. Dos días después, llegó con ella al priorato a lomos de un pony prestado. Pero la gente le perdonaba sus extravagancias, en parte porque tenía unas dotes excepcionales para esculpir, y también porque era muy simpático..., rasgo que desde luego, a juicio de Philip, no había heredado de su madre. A veces Philip había reflexionado sobre lo que Jack podría hacer en la vida. Si entrara en la Iglesia le sería fácil llegar a obispo.

—¿Cuántos años pasarán antes de que te cases? —le preguntó Martha.

Jack dio un mordisquito. Al parecer tenía muchas ganas de casarse. Philip se preguntó si pensaba en alguien en particular. Jack, a todas luces consternado, se encontró con un montón de semillas en la boca y, mientras las contaban, la expresión de su rostro era de enorme indignación.

El total dio treinta y uno.

—¡Tendré cuarenta y ocho años! —protestó con vehemencia.

Todos lo tomaron por una graciosa exageración. Salvo Philip que, al hacer el cálculo, lo encontró correcto y quedó maravillado de que Jack hubiera podido sumar con tal rapidez. Ni siquiera Milius, el tesorero, era capaz de hacerlo. Jack estaba sentado junto a Aliena. Philip recordó que aquel verano los había visto juntos varias veces. Probablemente se debería a que ambos eran muy inteligentes. En Kingsbridge, no había mucha gente con quien Aliena pudiera hablar a su mismo nivel. Y Jack, no obstante sus actitudes indómitas, era más juicioso que los otros aprendices. Pese a todo, a Philip le intrigaba aquella amistad ya que, a su edad, cinco años marcaba una gran diferencia.

Jack pasó el pan a Aliena y le hizo idéntica pregunta que le habían hecho a él.

—¿Cuántos años pasarán antes de que te cases?

Se escuchó un murmullo de protesta, ya que era demasiado fácil repetir lo mismo. Se suponía que el juego era un ejercicio de ingenio y de originalidad. Pero Aliena, que ya era famosa por el número de pretendientes que había rechazado, les divirtió dando un gran bocado al pan e indicando así que no quería casarse. Pero su astucia no le sirvió de mucho. Escupió una sola semilla.

Si va a casarse el año próximo, se dijo Philip, *todavía no ha aparecido en escena el novio.* Claro que él no creía en el poder de predicción del pan. Lo más probable sería que muriera solterona, salvo que no era doncella, según los rumores, ya que la gente decía que William Hamleigh la había seducido o violado.

Aliena pasó el pan a su hermano Richard. Pero Philip no oyó lo que le preguntaba. Seguía pensando en Aliena. De manera inesperada, ni Aliena ni él habían logrado vender aquel año la totalidad de su lana. El remanente no era importante, menos de una décima parte de la producción de Philip y una proporción todavía menor de la de Aliena. Pero, en cierto modo, resultaba desalentador. A raíz de ese resultado, Philip se había sentido preocupado ante la posibilidad de que Aliena quisiera romper el trato en lo referente a la lana del año siguiente. Sin embargo, mantuvo lo acordado y le pasó religiosamente ciento siete libras.

La gran noticia durante la Feria del Vellón de Shiring había sido el anuncio de Philip de que al año siguiente Kingsbridge celebraría su propia feria. La mayoría de la gente acogió complacida la idea, ya que los arriendos y portazgos que William Hamleigh cargaba en Shiring eran en exceso gravosos, y Philip pensaba aplicar tarifas mucho más bajas. Hasta aquel momento, el conde William no había hecho patente su reacción.

Philip tenía la impresión de que, en todos los conceptos, las perspectivas del priorato eran muchísimo mejores de lo que parecían hacía seis meses. Había logrado resolver el problema planteado por el cierre de la cantera y hacer fracasar el intento de William de impedir la celebración del mercado. Su mercado dominical era de nuevo un hervidero, y pagaba con creces la costosa piedra procedente de una cantera cerca de Marlborough. Durante toda la crisis, la construcción de la catedral había proseguido ininterrumpida, aunque con justeza.

Lo único que todavía inquietaba a Philip era que Maud aún no hubiese sido coronada. Aunque resultaba indiscutible que era ella quien tenía el mando, y los obispos le habían dado su aprobación, su autoridad se basaba tan sólo en su poderío militar hasta que se llevara a cabo la necesaria coronación. La mujer de Stephen todavía retenía Kent, y el municipio de Londres era ambivalente. Un solo golpe de mala suerte, o una decisión

desafortunada, podría dar al traste con ella al igual que la batalla de Lincoln destruyó a Stephen. Y entonces volvería a imperar la anarquía.

Philip se dijo que no debía ser pesimista. Miró en derredor suyo a la gente que se sentaba a la mesa. El juego había terminado, y todos se afanaban con su comida. Eran hombres y mujeres honrados y buenos, que trabajaban arduamente y acudían a la iglesia.

Comían potaje de vegetales, pescado cocido sazonado con pimienta y jengibre, toda una variedad de platos, y, de postre, natillas ingeniosamente coloreadas con rayas rojas y verdes. Una vez terminada la comida todos ellos trasladaron sus bancos a la iglesia, todavía sin terminar, para la representación.

Los carpinteros habían hecho dos mamparas que colocaron en las naves laterales en el extremo oeste, cerrando el espacio entre el muro de la nave y el primer pilón de la arcada, ocultando así, de manera efectiva, el último intercolumnio de cada una de las naves. Los monjes que habían de representar los papeles se encontraban ya detrás de las mamparas, esperando aparecer en el centro de la nave para dar vida a la historia. El que iba a hacer de Adolfo, un novicio barbilampiño de rostro angélico, se encontraba ya tumbado sobre una mesa, en el extremo más alejado de la nave, envuelto en un sudario, simulando estar muerto e intentando contener la risa.

Aquella representación inspiraba a Philip sentimientos encontrados, al igual que el juego del pan ¿cuántos? ¡Era tan fácil caer en la irreverencia y la vulgaridad! Pero a la gente le gustaba tantísimo que, si no la hubiera permitido, habrían tenido su propia representación fuera de la iglesia; y, libres de su vigilancia, se habría convertido en algo por completo indecente. Además, a quienes más les gustaba era a los monjes que tomaban parte en la representación. Disfrazarse y simular ser otra persona, así como actuar de manera afrentosa, rayando incluso en el sacrilegio, parecía proporcionarles una especie de desahogo debido, con toda probabilidad, a que, en su vida real, se comportaban con una gran solemnidad.

Antes de la representación, se celebró uno de los oficios sagrados habituales, que el sacristán procuró que fuese corto. Luego, Philip hizo un breve relato de la vida ejemplar de san Adolfo y de sus milagrosas obras; tras lo cual tomó asiento entre el público y se dispuso a ver la representación.

De detrás de la mampara izquierda, salió una figura grande vistiendo lo que en un principio pareció una indumentaria informe y de gran colorido; pero que, observada de más cerca, se veía que estaba formada por trozos de tela de vistosos colores, enrollada a la figura y sujeta con alfileres. El hombre tenía la cara pintada y llevaba un abultado saco de dinero. Se trataba del

bárbaro rico. Ante su atavío, hubo un murmullo de admiración, que se convirtió en grandes risas al reconocer la gente al actor que había detrás del disfraz. Era el hermano Bernard, el gordo cocinero a quien todos conocían y querían.

Desfiló varias veces arriba y abajo para que todo el mundo pudiera admirarlo, y se abalanzó sobre los chiquillos que se encontraban en primera fila, provocando gritos de terror. Luego, se arrastró hasta el altar, mirando sin cesar en derredor como para asegurarse de que estaba solo, y colocó el saco del dinero detrás de él.

Se volvió hacia el público y, mirando de soslayo, dijo en voz alta:

—Esos locos de cristianos temerán robarme mi plata porque se imaginan que está bajo la protección de san Adolfo. ¡Ja, ja!

Dicho esto, se retiró tras la mampara.

Por el lado contrario, entró un grupo de proscritos vestidos de harapos, enarbolando espadas de madera y hachas, con las caras tiznadas con una mezcla de hollín y tiza. Recorrieron la nave con aire bravucón, hasta que uno de ellos vio el saco del dinero detrás del altar. Se produjo entonces una discusión. ¿Lo robarían o no? El Buen Proscrito alegaba que, con toda seguridad, les daría mala suerte. El Proscrito Malo decía que un santo muerto no podía hacerles daño. Al final, cogieron el dinero y se sentaron en un rincón para contarlo.

Volvió a entrar el bárbaro, buscó por doquier sus caudales y sufrió un ataque de furia. Se acercó a la tumba de san Adolfo, y lo maldijo por no haber protegido su tesoro.

De repente el santo se alzó de su tumba.

El bárbaro se sintió sobrecogido de terror. San Adolfo, ignorándole por completo, se acercó a los proscritos. En actitud dramática, los fulminó uno tras otro con sólo apuntarles con el dedo. Todos ellos simularon los angustiosos espasmos de la muerte, rodando por el suelo, retorciendo sus cuerpos de manera grotesca y haciendo muecas espantosas.

El santo perdonó tan sólo al Buen Proscrito, el cual volvió a poner el dinero detrás del altar.

—¡Guardaos quienes de entre vosotros oséis dudar del poder de san Adolfo! —dijo entonces el santo volviéndose hacia el público.

Y con ello concluyó la representación.

La audiencia vitoreó y aplaudió. Los actores permanecieron unos momentos en la nave sonriendo con timidez. El propósito del drama era, por supuesto, la moraleja; pero Philip sabía que con lo que más había disfrutado la gente había sido con las extravagancias, la furia del bárbaro y las angustias de muerte de los proscritos. Cuando concluyeron los aplausos, Philip se puso

en pie y anunció que las carreras comenzarían en breve en los pastos, junto a las márgenes del río.

Aquél fue el día en que Jonathan, a sus cinco años, descubrió que, después de todo, no era el corredor más rápido de Kingsbridge. Participó en la carrera infantil vistiendo su hábito de monje hecho a medida, provocando grandes risas al sujetárselo a la cintura y correr enseñando sus diminutos calzoncillos. Sin embargo, estuvo compitiendo con niños mayores que él y terminó entre los últimos. Su expresión al darse cuenta de que había perdido era tan asombrada y decepcionada que Tom se sintió dolido por él y lo cogió en brazos para consolarle.

Entre Tom y el huérfano del priorato se había establecido una relación especial que se iba fortaleciendo poco a poco sin que a nadie en la aldea se le ocurriera pensar que podía haber una razón especial para ello. Tom pasaba todo el día en el interior del recinto del priorato, por el que Jonathan correteaba con toda libertad, así que era inevitable que se viesen de continuo. Tom estaba en esa edad en que los hijos son demasiado crecidos para hacer gracias, pero todavía no le han dado nietos, por lo que a veces sienten un cariñoso interés hacia los niños de otros. Por lo que Tom podía saber, a nadie se le había ocurrido jamás que él fuera el padre de Jonathan. Lo que a veces sospechaba la gente era, más bien, que el verdadero padre del chico fuese Philip. Era una suposición mucho más natural, aun cuando el monje se hubiera mostrado sin duda horrorizado si hubiese sido tal cosa.

Jonathan descubrió a Aarón, el hijo mayor de Malachi, y se fue a jugar con su amigo escurriéndose de los brazos de Tom, sin darse cuenta de su decepción.

Mientras tenía lugar la carrera de los aprendices, Philip se acercó y se sentó sobre la hierba junto a Tom. Era un día soleado y caluroso. En la afeitada cabeza de Philip, brillaba el sudor. La admiración que Tom sentía por el prior aumentaba año tras año. Al mirar a su alrededor y ver a los jóvenes corriendo su carrera, a la gente mayor dormitando a la sombra y a los niños chapoteando en el río, pensaba que era Philip quien mantenía la armonía de todo ello. Gobernaba la aldea impartiendo justicia, decidiendo dónde habrían de construirse nuevas casas y terminando con las disputas. También daba trabajo a la mayoría de los hombres y a muchas mujeres, ya fuera trabajando en la construcción o como sirvientes del priorato. Y administraba el propio priorato, que era el corazón palpitante de toda aquella organización. Alejó a los barones rapaces, negoció con el monarca y mantuvo a raya al obispo. Todas aquellas gentes bien alimentadas, que disfrutaban tumbadas al sol, debían en cierto modo su prosperidad a Philip. El propio Tom era el ejemplo más patente. Tenía pleno conocimiento de la profunda clemencia de Philip al

perdonar a Ellen. Era algo muy meritorio en un monje perdonar lo que ella hizo. Y significaba mucho para Tom. Al irse ella, su gozo de construir la catedral se había visto empañado por la soledad. Y ahora que Ellen había vuelto se sentía bien en todos los aspectos. Ella seguía siendo testaruda, irritante, presuntuosa e intolerante; pero, en el fondo, esas cosas carecían de importancia. Dentro de Ellen había una pasión que ardía como la vela en una linterna e iluminaba su vida.

Tom y Philip seguían la carrera, en la que los zagales andaban con las manos.

—Ese muchacho es excepcional —observó Philip.

—Desde luego no son muchos los que son capaces de ir tan deprisa sobre las manos —reconoció Tom.

Philip se echó a reír.

—Desde luego... Pero no estaba pensando en sus habilidades acrobáticas.

—Lo sé.

Hacía tiempo que, para Tom, la inteligencia de Jack había sido motivo tanto de satisfacción como de pena. El mozo mostraba una vívida curiosidad por todo lo relacionado con la construcción, algo de lo que siempre careció Alfred. Tom disfrutaba enseñándole los trucos del oficio. Pero Jack no tenía la virtud del tacto, y solía discutir con sus mayores. Muchas veces era preferible disimular la propia superioridad, cosa que el muchacho todavía no había aprendido. Ni siquiera al cabo de años de sufrir la persecución de Alfred.

—El chico debería recibir una formación —prosiguió diciendo Philip.

Tom frunció el ceño. Ya la estaba recibiendo. Era aprendiz.

—¿Qué queréis decir?

—Que debería aprender a escribir con buena caligrafía y a estudiar la gramática latina, así como a leer a los antiguos filósofos.

Tom se mostró todavía más desconcertado.

—¿Para qué? Va a ser albañil.

Philip lo miró de frente.

—¿Estás seguro? —dijo—. Es un chico que nunca hace lo que se espera que haga.

Tom jamás había pensado en aquello. Había jóvenes que burlaban todas las esperanzas. Hijos de condes que se negaban a luchar, hijos de reyes que ingresaban en monasterios, bastardos de campesinos que llegaban a obispos. Era verdad, Jack respondía a ese tipo.

—Bueno, ¿qué pensáis vos que hará? —preguntó.

—Depende de lo que aprenda —contestó Philip—. Pero lo quiero para la Iglesia.

Tom quedó sorprendido. Jack podía parecer todo menos clérigo.

Su padrastro se sintió herido en cierto modo. Esperaba que Jack llegara a ser maestro albañil, y se sentiría decepcionadísimo si eligiera otro derrotero.

Philip no se dio cuenta de lo infeliz que Tom se sentía.

—Dios necesita que trabajen para él los jóvenes mejores y más inteligentes. Mira a esos aprendices, compitiendo para ver quién salta a mayor altura. Todos ellos son capaces de ser carpinteros, albañiles o canteros. ¿Pero cuántos pueden ser obispos? Sólo uno... Jack —continuó Philip.

Tom pensó que eso era verdad. Si Jack tuviera la oportunidad de hacer carrera en la Iglesia, con un patrón tan poderoso como Philip, probablemente la aceptaría, porque ello representaría muchas mayores riquezas y poder de los que podía esperar como albañil.

—¿Qué deseáis que haga, con exactitud? —preguntó Tom reacio.

—Quiero que Jack sea monje novicio.

—¡Monje!

Aquello parecía menos adecuado todavía para Jack que el sacerdocio. Si el muchacho se burlaba de la disciplina que se imponía en la construcción..., ¿cómo iba a ser posible que aceptase la regla monástica?

—Pasaría la mayor parte del tiempo estudiando —dijo Philip—. Aprendería todo cuanto nuestro maestro de novicios pueda enseñarle y yo mismo le daría clases.

Cuando un muchacho se hacía monje, era norma habitual que los padres entregaran una generosa donación al monasterio. Tom se preguntaba cuánto le costaría lo que le estaba proponiendo.

Philip le adivinó el pensamiento.

—No esperaría que hicieses una donación al priorato —le atajó—. Será suficiente con que des un hijo a Dios.

Lo que Philip no sabía era que Tom ya había dado un hijo al priorato, el pequeño Jonathan, que en esos momentos estaba chapoteando a la orilla del río, con su hábito subido y atado a la cintura. Sin embargo, Tom sabía que sobre aquello tenía que dominar sus propios sentimientos. La oferta de Philip era generosa; resultaba evidente que quería a Jack en el monasterio. Aquella propuesta representaba una magnífica oportunidad para el joven. Cualquier padre habría dado el brazo derecho por impulsar a su hijo a esa carrera. Tom sintió un atisbo de resentimiento ante el hecho de que tan maravillosa oportunidad se la ofrecieron a su hijastro en lugar de a su propio hijo, Alfred. Semejante sentimiento era mezquino y lo alejó de sí. Debería sentirse contento y alentar a Jack, con la esperanza de que el zagal aprendiera a adaptarse al régimen monástico.

—Habría de hacerse pronto —apremió Philip—. Antes de que se enamore de alguna muchacha.

Tom asintió. La carrera que las mujeres estaban celebrando a través de la pradera, llegaba a su punto culminante. Tom las seguía con la vista mientras reflexionaba. Al cabo de un momento, se dio cuenta de que Ellen iba en cabeza. Aliena corría pegada a sus talones; pero cuando llegaron a la línea de meta, Ellen todavía iba algo más adelantada. Alzó las manos con gesto victorioso.

Tom se la señaló a Philip.

—No es a mí a quien hay que convencer —le dijo—. Es a ella.

Aliena quedó sorprendida al verse derrotada por Ellen, la cual era muy joven para ser madre de un chico de diecisiete años; pero aun así tenía al menos diez años más que ella. Se sonrieron la una a la otra mientras seguían en pie, jadeantes y sudorosas junto a la línea de meta. Aliena se dio cuenta de que Ellen tenía unas piernas morenas, delgadas y musculosas y un cuerpo macizo. Todos aquellos años viviendo en el bosque la habían vigorizado.

Jack acudió a felicitar a su madre por la victoria. Aliena pudo percibir que entre ellos existía un gran cariño. No se parecían en nada. Ellen era una trigueña atezada, con ojos hundidos, de un castaño dorado; mientras que Jack era pelirrojo con ojos verdes. *Debe parecerse a su padre*, pensó Aliena. Jamás se había dicho nada acerca del padre de Jack, el primer marido de Ellen. Tal vez se sintieran avergonzados de él.

Mientras observaba a los dos, a Aliena se le ocurrió que Jack debía traer a la memoria de Ellen el marido que había perdido. Acaso fuera ése el motivo de que lo quisiera tanto. Tal vez el hijo fuera, en definitiva, lo único que le quedaba de un hombre al que hubiese adorado. Una semejanza física podía representar, en ese sentido, un poder inmenso. Richard, el hermano de Aliena, le recordaba a veces a su padre, por una mirada o un gesto, y era entonces cuando experimentaba un mayor impulso afectivo, aunque eso no le impedía desear que Richard se semejara más a su padre en el carácter. Sabía que no debería sentirse insatisfecha respecto a Richard. Había ido a la guerra y luchado con bravura, y eso era cuanto se requería de él. Pero, en aquellos días, Aliena se sentía insatisfecha en grado sumo. Tenía dinero y seguridad, un hogar y sirvientes, ricos vestidos y preciosas joyas, y era respetada en el pueblo. Si alguien se lo preguntara diría que era feliz. Sin embargo, por debajo de todas esas cosas se deslizaba una corriente de inquietud. Nunca perdía su entusiasmo por el trabajo; pero algunas mañanas se preguntaba si podía tener importancia el traje que se pusiera o si se adornara con joyas. Si a nadie le importaba su aspecto, ¿por qué habría de importarle a ella? Y lo que resultaba paradójico, era que, al mismo tiempo, tenía cada vez una

mayor conciencia de su cuerpo. Cuando caminaba sentía moverse sus senos. Cuando acudía a la playa de las mujeres, a orillas del río para bañarse, se sentía incómoda por su abundante vello. Al cabalgar sobre su caballo, percibía las partes de su cuerpo que estaban en contacto con la silla. Resultaba muy peculiar. Era como si hubiera un mirón atisbando en cada momento, intentando mirar a través de su indumentaria para verla desnuda, y que ese mirón fuera ella misma. Estaba invadiendo su propia intimidad.

Se tumbó jadeante en la hierba. El sudor le corría entre los senos y por el interior de los muslos. Concentró impaciente sus pensamientos en un problema más inmediato. Ese año no había vendido toda su lana. No era culpa suya. La mayoría de los mercaderes se habían quedado con un remanente de vellón y también el prior Philip, el cual se mostraba muy tranquilo ante aquella coyuntura; pero Aliena se hallaba inquieta. ¿Qué iba a hacer con toda aquella lana? Claro que podía tenerla almacenada hasta el año siguiente. ¿Pero qué iba a pasar si tampoco la vendía? Ignoraba cuánto tiempo había de transcurrir hasta que la lana en bruto se deteriorara. Sospechaba que era posible que se secara y entonces resultara quebradiza y difícil de manejar.

Si las cosas se ponían muy mal, ya no tendría posibilidad de mantener a Richard. Ser caballero era algo muy costoso. El caballo de guerra que costó veinte libras había perdido su empuje a raíz de la batalla de Lincoln y en aquellos momentos era prácticamente inútil. Muy pronto Richard querría otro. Aliena podía permitírselo. Pero representaría un buen bocado a sus recursos. Richard se sentía incómodo al tener que depender de ella. No era una situación habitual en un caballero, y había esperado poder saquear lo suficiente para mantenerse por sí mismo. Pero, desde que el rey Stephen lo armó caballero, se había encontrado en el lado perdedor. Si había de recuperar el Condado, ella tenía que seguir prosperando. En sus peores pesadillas, Aliena perdía todo su dinero y los dos se encontraban de nuevo en la miseria, presa de sacerdotes deshonestos, nobles lujuriosos y proscritos sanguinarios. Y los dos acababan en la apestosa mazmorra donde vio por última vez a su padre, aherrojado al muro y moribundo.

En contraste con semejante pesadilla, tenía un ensueño de felicidad, en el que Richard y ella vivían juntos en el castillo, en su viejo hogar. Richard gobernaba con la misma prudencia que lo había hecho su padre, y Aliena le ayudaba, igual que hizo con él recibiendo a invitados importantes, ofreciendo hospitalidad y sentándose a su izquierda, a la alta mesa, para cenar. Pero, en los últimos tiempos, incluso ese sueño la había dejado descontenta. Agitó la cabeza para ahuyentar la melancolía y volvió a centrar sus pensamientos en la lana. La manera más sencilla de afrontar ese problema consistía en no

hacer nada. Almacenaría el exceso de lana hasta el próximo año y, si entonces no podía venderla, enjugaría la pérdida. Podría soportarla. Sin embargo, existía el remoto peligro de que ocurriera lo mismo el año siguiente, lo cual podría ser el comienzo del declive del negocio. Por ello había de buscar alguna otra solución. Ya intentó vender la lana a un tejedor de Kingsbridge; pero éste ya disponía de cuanto necesitaba.

Y ahora, mientras miraba a las mujeres de Kingsbridge recuperándose de la carrera, se le ocurrió que la mayoría de ellas sabían hacer tejidos con la lana en crudo. Era una tarea sencilla aunque tediosa.

Las campesinas la habían estado haciendo desde Adán y Eva. Se lavaba el vellón; luego, había que peinarlo para que quedase desenmarañado. Después se hilaba. Con el hilo, se hacía el tejido, que quedaba flojo, y había que someterlo a diversas manipulaciones para que encogiera y engrosara, hasta quedar transformado en un paño que podía utilizarse para hacer trajes. Las mujeres del pueblo seguramente estarían dispuestas a hacerlo por un penique diario. ¿Pero cuánto tiempo se necesitaría? ¿Y cuál sería el precio de la tela acabada? Tendría que hacer una prueba con una pequeña cantidad. Luego, si daba resultado, podía tener a varias mujeres trabajando durante las largas noches de invierno.

Se incorporó, excitada por su nueva idea. Ellen estaba tumbada junto a ella y Jack sentado al lado de su madre. Tropezó con la mirada de Aliena, esbozó una sonrisa y apartó la vista como si se sintiera algo incómodo de que le hubiera pescado mirándola. Era un muchacho extraño, con la cabeza pletórica de ideas. Aliena todavía le recordaba como un chiquillo pequeño, de aspecto peculiar, que no sabía cómo se concebía a los niños. Sin embargo, apenas se dio cuenta de su presencia cuando se quedó a vivir en Kingsbridge. Y ahora parecía tan diferente, una persona tan nueva que era como si hubiera surgido de pronto, igual que una flor que aparece una mañana donde el día anterior no había más que la tierra desnuda. Para empezar, había perdido aquel aspecto peculiar. Aliena lo miró risueña y divertida, y se dijo que las jóvenes debían de hallarlo guapísimo. Desde luego tenía una bonita sonrisa. Ella no daba demasiada importancia a su apariencia; pero se sentía algo intrigada por su asombrosa imaginación. Había descubierto que no sólo sabía varios romances completos, algunos de ellos con miles y miles de versos, sino que también podía hacerlos a medida que recitaba, de manera que Aliena nunca sabía si los estaba recitando de memoria o si improvisaba. Y las historias no eran lo único sorprendente en él. Sentía curiosidad por todo en el mundo y se mostraba desconcertado por cosas que los demás daban por sentado. Cierto día le preguntó de dónde llegaba el agua del río.

—En todo momento, miles y miles de galones de agua pasan por Kingsbridge, noche y día, durante el año entero. Y así ha sido desde antes que nosotros naciéramos, desde antes de que nacieran nuestros padres y desde antes de que sus padres nacieran. ¿De dónde viene toda esa agua? ¿Hay un lago en alguna parte que lo alimenta? ¡Debe de ser un lago tan grande como toda Inglaterra! ¿Y qué pasará si un día acaba secándose?

Siempre estaba diciendo cosas parecidas, algunas de ellas menos imaginativas, e hizo comprender a Aliena que se hallaba hambrienta de conversación inteligente. La mayoría de las personas de Kingsbridge sólo sabían hablar de agricultura y adulterio, y ninguno de los dos temas interesaba a Aliena. Claro que con el prior Philip era diferente; pero no podía permitirse a menudo mantener charlas ociosas. Siempre estaba ocupado, con la construcción de la iglesia, los monjes o la ciudad. A Aliena le parecía que también Tom era inteligente; pero lo consideraba más bien un pensador que un conversador. Jack era el primer amigo auténtico que ella había tenido. Lo consideraba un descubrimiento maravilloso, pese a su juventud. En realidad, en las ocasiones en que se encontraba lejos de Kingsbridge, había descubierto que esperaba ansiosa la hora de volver para poder charlar con él.

Aliena se preguntaba de dónde sacaría sus ideas. Aquello le hizo dirigir su atención hacia Ellen. ¡Qué mujer tan extraña debía de ser para criar a un niño en el bosque! Había hablado con ella descubriendo que era un espíritu parejo al suyo, una mujer independiente y que se bastaba por sí sola; resentida, en cierto modo, por la forma en que la había tratado la vida.

—¿Dónde aprendiste las historias, Ellen? —le preguntó Aliena movida por un impulso.

—Del padre de Jack —repuso Ellen sin pensarlo dos veces.

Pero al punto su expresión se hizo cautelosa y Aliena comprendió que no debía hacer más preguntas.

Y entonces la otra idea le vino al pensamiento.

—¿Sabes tejer?

—Claro —repuso Ellen—. ¿Acaso no sabe todo el mundo?

—¿Te gustaría tejer por dinero?

—Tal vez. ¿Qué te ronda por la cabeza?

Aliena se lo explicó. Claro que Ellen no andaba corta de dinero, pero era Tom quien lo ganaba y Aliena sospechaba que tal vez a ella le gustara obtener algo por sí misma.

Acertó.

—Sí, lo intentaré —repuso Ellen.

En aquel momento, se acercó Alfred, el hijastro de Ellen. Al igual que su padre, Alfred era casi un gigante. La mayor parte de la cara le quedaba oculta

tras una frondosa barba. Tenía muy juntos los ojos, de mirada solapada. Sabía leer, escribir y sumar; pese a todo, era estúpido. Sin embargo había prosperado y poseía su propia cuadrilla de albañiles, aprendices y peones. Aliena había observado que los hombres grandes siempre alcanzaban posiciones de poder sin que para ello contara la inteligencia. Y, naturalmente, como capataz de una cuadrilla siempre tenía la seguridad de obtener trabajo para ella al ser su padre maestro constructor de la catedral de Kingsbridge.

Se sentó en la hierba, a su lado. Sus enormes pies estaban calzados con pesadas botas de cuero grises por el polvo de la piedra. Aliena rara vez hablaba con él. Lo natural hubiera sido que tuvieran muchas cosas en común, ya que eran, prácticamente, los únicos jóvenes de la clase acaudalada de Kingsbridge, las gentes que vivían en las casas más cercanas a los muros del priorato. Pero Alfred parecía muy aburrido. Al cabo de un momento habló.

—Debería haber una iglesia de piedra —dijo sin más.

Era evidente que suponía que todos ellos habrían de deducir por sí mismos a qué se debía aquella brusca afirmación.

—¿Te refieres a la iglesia parroquial? —le preguntó Aliena al cabo de un instante de reflexión.

—Sí —afirmó como si la cosa estuviese bien clara.

Por aquellos días, se frecuentaba mucho la iglesia parroquial, ya que la cripta de la catedral que utilizaban los monjes se ponía abarrotada y no tenía ventilación. La población de Kingsbridge había aumentado mucho. Sin embargo, la iglesia parroquial era un edificio viejo de madera con el tejado de barda y el suelo sucio.

—Tienes razón —sonrió Aliena—. Deberíamos tener una iglesia de piedra.

Alfred se quedó mirándola expectante. Aliena se preguntaba qué sería lo que esperaba que dijese.

—¿Qué tienes en la cabeza, Alfred? —le preguntó Ellen, que ya debía estar acostumbrada a sacar algo en limpio de lo que él decía.

—De todas formas, ¿cómo empiezan a construirse las iglesias? —preguntó él—. Quiero decir qué hemos de hacer si queremos una iglesia de piedra.

—Ni idea —contestó Ellen encogiéndose de hombros.

Aliena frunció el entrecejo mientras reflexionaba.

—Se puede formar una comunidad parroquial —le sugirió.

Una comunidad parroquial era una asociación de gentes que celebraban de cuando en cuando un banquete para recoger dinero entre ellos; por lo general para comprar velas para su iglesia local, o para ayudar a viudas o huérfanos de la vecindad. Las pequeñas aldeas nunca tenían semejantes comunidades pero Kingsbridge ya no era una aldea.

—¿Cómo se haría eso? —inquirió Alfred.

—Los miembros de la comunidad pagarían para la construcción de una nueva iglesia.

—Entonces habremos de formar una comunidad —concluyó.

Aliena se preguntó si no le habría juzgado mal. Nunca le había dado la impresión de que fuera un tipo devoto; pero ahora estaba intentando recaudar dinero para construir una nueva iglesia. Tal vez tuviera cualidades ocultas. Sin embargo, a renglón seguido, se dio cuenta de que Alfred era el único constructor que había en Kingsbridge. Tal vez no fuera inteligente pero sí lo bastante astuto. De todos modos a Aliena le gustó la idea. Kingsbridge se estaba convirtiendo en una ciudad y las ciudades siempre tenían más de una iglesia. Con una alternativa a la catedral, la población no estaría tan dominada por el monasterio. En aquellos momentos, Philip era allí el señor y dueño indiscutido. Era un tirano benévolo; pero Aliena podía prever el día en que a los mercaderes de la ciudad les pudiera interesar acaso disponer de una iglesia alternativa.

—¿Querrías explicar lo de la comunidad a algunas otras personas? —le preguntó Alfred.

Aliena había recuperado el aliento después de la carrera. Se sentía reacia a cambiar la compañía de Ellen y Jack por la de Alfred; pero la idea de él había despertado su entusiasmo y, de cualquier manera, habría sido un poco rudo negarse.

—Lo haré gustosa —respondió al tiempo que se levantaba para irse con él.

El sol empezaba a ponerse. Los monjes habían encendido la fogata y estaban sirviendo la cerveza tradicional especiada con jengibre. En aquellos momentos en que estaban solos, Jack quería hacer una pregunta a su madre; pero estaba nervioso. Luego, alguien empezó a cantar, y sabía que ella se les uniría en cualquier momento, así que se la espetó de repente:

—¿Era mi padre un juglar?

Ellen se le quedó mirando. Estaba sorprendida aunque no enfadada.

—¿Quién te ha enseñado esa palabra? —le preguntó—. Nunca has visto un juglar.

—Aliena. Solía ir con su padre a Francia.

Su madre miró a través de la pradera, ya en sombras, hacia la fogata.

—Sí, era un juglar. Me enseñó todos esos poemas de la misma manera que yo te los he enseñado a ti. Y ahora, ¿se los estás recitando a Aliena?

—Sí —admitió Jack algo avergonzado.

—¿Estás muy enamorado de ella, verdad?

—¿Es tan evidente?

Ellen sonrió con cariño.

—Sólo para mí. Al menos así lo creo. Es mucho mayor que tú.

—Cinco años.

—De todas maneras la lograrás. Eres como tu padre. Podía obtener a cualquier mujer que quisiera.

Jack se sentía incómodo hablando de Aliena; pero le emocionaba oír cosas de su propio padre, y anhelaba saber más. Por eso se sintió fastidiadísimo al acercarse en ese momento Tom y sentarse con ellos.

Además empezó a hablar de inmediato.

—He estado conversando con el prior Philip sobre Jack —dijo en tono ligero; pero Jack percibió que existía una tensión subterránea y comprendió que se avecinaban dificultades—. Philip asegura que debería recibir una educación.

La respuesta de la madre fue, como era de suponer, de indignación absoluta.

—Ya tiene una educación —afirmó—. Sabe leer y escribir en francés, conoce la aritmética y es capaz de recitar muchísimos poemas.

—Veamos, no me interpretes mal —la serenó Tom con firmeza—. Philip no dice, ni mucho menos, que Jack sea un ignorante. Todo lo contrario. Lo que dice es que Jack es tan inteligente que debería recibir una educación mucho mayor.

A Jack no le causaron ninguna satisfacción aquellos elogios. Al igual que su madre, experimentaba una tremenda suspicacia respecto a los eclesiásticos. Tenía la total seguridad de que había una triquiñuela oculta en todo aquello.

—¿Mayor? —replicó Ellen desdeñosa—. ¿Qué más quiere ese monje que aprenda? Yo te lo diré: Teología, Latín, Retórica, Metafísica. Pura mierda.

—No te muestres tan desdeñosa de buenas a primeras —dijo Tom con tono apacible—. Si Jack acepta la oferta de Philip, y va a la escuela, aprende el latín y teología y todos esos temas que tú llamas pura mierda, llegando a convertirse en el funcionario de un conde o de un obispo, será un hombre poderoso y acaudalado. Como suele decirse, no todos los barones son hijos de barones.

Ellen entornó los ojos con expresión peligrosa.

—En el caso de que aceptara lo que dices que Philip le ofrece, ¿en qué consiste exactamente esa oferta?

—Quiere que Jack ingrese como novicio y...

—¡Antes habrán de pasar sobre mi cadáver! —gritó Ellen poniéndose en pie de un salto—. ¡Tu condenada Iglesia no se apoderará de mi hijo! Aquellos sacerdotes traicioneros y embusteros se llevaron a su padre. Pero no lo harán

con él. Juro por todos los dioses que antes hundiré un cuchillo en el vientre de Philip.

Tom había visto ya a su mujer con un berrinche en otras ocasiones. Por eso no quedó demasiado impresionado.

—¿Qué diablos te pasa, mujer? —le dijo con calma—. Al muchacho se le ofrece una oportunidad magnífica.

Jack se sentía intrigado, más que nada por las palabras: "aquellos sacerdotes traicioneros y embusteros se llevaron a su padre". ¿Qué quería decir con eso? Deseaba preguntárselo; pero no le dieron oportunidad.

—¡No será monje! —gritó desaforada.

—No habrá de serlo si no quiere.

—Ese taimado prior tiene mañas para salirse siempre con la suya —replicó la madre con tono arisco.

Tom se volvió hacia Jack.

—Ya es hora de que digas algo, zagal. ¿Qué quieres hacer de tu vida?

Jack jamás se había hecho esa pregunta especial, pero la respuesta le vino sin vacilación alguna, como si hiciera ya mucho tiempo que hubiera tomado la decisión.

—Voy a ser maestro constructor, como tú. Voy a construir la catedral más hermosa que el mundo haya visto jamás.

El reborde rojo del sol se hundió tras el horizonte, y cayó la noche.

Era llegado el momento del último ritual de la víspera de San Juan, deseos flotantes. Jack tenía preparado un cabo de vela y un trozo de madera. Miró a Ellen y a Tom. A su vez ambos le miraban a él perplejos. Su certidumbre respecto a ese futuro les había sorprendido. Bueno, no era de extrañar, también le había sorprendido a él.

Viendo que no tenían más que decir, Jack se puso en pie de un salto y atravesó corriendo la pradera en dirección a la fogata. Encendió en ella una ramita seca, reblandeció algo la base de la vela, apretándola con fuerza, y la pegó sobre el trozo de madera. Luego, encendió el pabilo. La mayoría de los aldeanos estaba haciendo lo mismo. Quienes no podían permitirse una vela, hacían una especie de barca con hierba seca y junquillos, retorciendo las hierbas en el centro para formar pabilo.

Jack vio a Aliena en pie, muy cerca de él. Tenía el rostro enmarcado por los destellos de la fogata y parecía pensativa.

—¿Qué vas a desear, Aliena? —le preguntó impulsivo.

Ella le contestó sin detenerse a reflexionar:

—Paz.

Luego, al parecer contrariada, dio media vuelta y se alejó. Jack se preguntó si no sería una locura que la amara. A ella le gustaba bastante,

habían llegado a ser amigos; pero la idea de yacer juntos desnudos, besándose los cuerpos ardientes, se hallaba lejos del corazón de Aliena como cerca estaba del suyo.

Una vez que todo el mundo estuvo preparado, se arrodillaron a la orilla del río, o chapotearon por las partes poco profundas. Sosteniendo sus oscilantes luces, cada uno formulaba un deseo. Jack, cerrando con fuerza los ojos, tuvo la visión de Aliena, tumbada en una cama, asomando sus senos erguidos por encima de la colcha, alargando los brazos hacia él y diciendo: *Tómame, esposo*. Luego, con mucho cuidado, todos hicieron flotar sobre las aguas su vela encendida. Si se hundía o la llama se apagaba, significaba que nunca llegaría a realizarse el deseo formulado. Tan pronto como Jack la dejó ir y la pequeña embarcación se alejó, la base de madera quedó invisible y sólo podía verse la llama. La siguió con la mirada durante un rato; luego perdió su rastro entre los centenares de luces danzarinas que se balanceaban sobre la corriente llevándose río abajo trémulos deseos, hasta desaparecer tras el recodo y perderse de vista.

3

Jack contó historias a Aliena durante todo el verano.

En un principio, se encontraban ocasionalmente los domingos. Luego, se veían de forma regular en el claro junto a la pequeña cascada. Le habló de Carlomagno y sus compañeros, así como de Guillermo de Orange y los sarracenos. Se sentía identificado con sus historias mientras las contaba. A Aliena le gustaba observar el cambio de expresiones en su rostro juvenil. Se indignaba con la injusticia, le aterraba la traición, le excitaba la bravura de un caballero y se conmovía hasta las lágrimas con una muerte heroica. Al ser sus emociones contagiosas, Aliena también se sentía conmovida. Algunos de los poemas eran demasiado largos para poder recitarlos en una sola tarde y, cuando Jack tenía que contar la historia por partes, siempre se interrumpía en el momento más emocionante, de modo que Aliena pasaba toda la semana preguntándose qué sucedería a continuación.

La joven jamás habló con nadie de aquellos encuentros. No estaba segura del motivo. Acaso fuera porque no esperaba que comprendiesen la fascinación de aquellas historias. Cualquiera que fuese la razón, dejó que la gente creyera que iba a sus habituales vagabundeos en la tarde del domingo. Y Jack hizo lo mismo sin comentarlo siquiera con ella. Más adelante, llegaron a un punto en que no podían decírselo a nadie sin que pareciese que confesaban algo de lo que se sentían culpables. De esa manera, y más bien de forma accidental, aquellos encuentros se convirtieron en secretos.

Cierto domingo, para variar, Aliena leyó al mozo la Historia de Alejandro. A diferencia de los poemas de Jack, que giraban siempre sobre intrigas cortesanas, política, encarcelamiento y muertes repentinas en batallas, el romance de Aliena se refería tan sólo a asuntos amorosos y a magia. A Jack le atrajeron sobremanera aquellos nuevos elementos en las historias. Y, al domingo siguiente, se embarcó en un romance nuevo, fruto de su propia imaginación.

Era un día caluroso de finales de agosto. Aliena calzaba sandalias y vestía un ligero traje de lino. El bosque estaba muy quieto y silencioso, salvo por la caída cantarina de la cascada y las modulaciones de la voz de Jack. La historia comenzó al estilo convencional, con la descripción de un valeroso caballero, alto y fuerte, poderoso en el campo de batalla y armado con una espada mágica. Le habían asignado una tarea difícil, la de viajar hasta un lejano país oriental y llevar consigo a su regreso una vid que daba rubíes. Pero pronto se desviaba del modelo habitual. El caballero fue muerto y la historia se centró en su escudero, un joven de diecisiete años, valiente y sin dinero, que estaba perdidamente enamorado, sin la menor esperanza, de la hija del rey, una princesa muy bella. El escudero juró llevar a cabo la tarea que había sido confiada a su señor, aun cuando era joven e inexperto, y sólo tenía un pony y un arco.

En vez de vencer al enemigo con el tremendo golpe de una espada mágica, como era lo usual en tales historias, el escudero luchaba desesperadas batallas perdidas y tan sólo ganaba gracias a la suerte o por su candidez, y solía escapar a la muerte por un pelo. A menudo le atemorizaban aquellos a quienes se enfrentaba, a diferencia de los valientes caballeros de Carlomagno; pero jamás retrocedía ante su misión. De cualquier forma, para su tarea, al igual que para su amor, no había esperanza.

Aliena se sintió más cautivada por el denuedo del escudero de lo que lo había estado por el poderío de su señor. Se mordisqueaba ansiosa los nudillos cuando cabalgaba por terreno enemigo, lanzaba exclamaciones entrecortadas al escapar por milagro a la espada de un gigante y suspiraba cuando dejaba caer su solitaria cabeza para dormir y soñar con la lejana princesa. Su amor por ella parecía irrevocablemente unido a su carácter indomable.

Al final, regresó con la vid que daba rubíes, asombrando a toda la corte.

—Pero al escudero le importaban poco —dijo Jack con un desdeñoso chasquido de dedos—, todos aquellos barones y condes. Sólo le interesaba una persona. Aquella noche se deslizó hasta su habitación eludiendo a los guardianes con un astuto ardid que había aprendido durante su viaje al oriente. Logró encontrarse junto a su lecho y contemplar su rostro. —Jack miró a Aliena a los ojos mientras decía aquello—. La princesa se despertó al

punto; pero no sintió temor. El escudero alargó el brazo y le cogió la mano con cariño.

Jack representó la historia y, cogiendo la mano de Aliena, la retuvo entre las suyas. La joven se sentía tan fascinada por la intensidad de su mirada y la fuerza del amor del escudero, que apenas sí se dio cuenta de que Jack le tenía sujeta la mano.

—El escudero dijo a la princesa: "Te amo con todo mi corazón." Y la besó en los labios.

Dicho lo cual, Jack inclinándose, besó a Aliena. Sus labios la rozaron tan levemente que ella apenas se percató. Sucedió todo con suma rapidez y Jack reanudó al punto la historia:

—La princesa se quedó dormida —siguió diciendo.

Aliena pensaba: *¿Ha sucedido de veras? ¿Me ha besado Jack?*

Apenas podía creerlo pero todavía sentía el contacto de su boca sobre la de ella.

—Al día siguiente, el escudero preguntó al rey si podía casarse con la princesa como recompensa por haberle llevado la vid de las joyas.

Aliena llegó a la conclusión de que Jack la había besado sin darse cuenta. Sólo formaba parte de la historia. *Ni siquiera se ha enterado de lo que ha hecho. Lo daré por olvidado.*

—El rey se negó. El escudero quedó con el corazón destrozado. Todos los cortesanos rieron. Aquel mismo día, el escudero abandonó el país montado en su pony. Pero juró que un día volvería y que ese día se casaría con la hermosa princesa.

Jack calló y soltó la mano de Aliena.

—¿Y qué ocurrió entonces? —le preguntó ella.

—No lo sé —le contestó Jack—. Todavía no lo he pensado.

Todas las personas importantes de Kingsbridge entraron a formar parte de la comunidad parroquial. Para la mayoría, la idea era nueva; pero les gustaba pensar que Kingsbridge era ya una ciudad, no un pueblo, y sintieron halagada su vanidad por el hecho de que recurrieran a ellas, como ciudadanos principales, para construir una iglesia de piedra.

Aliena y Alfred reclutaron a los miembros y organizaron la primera comida de la comunidad, mediado ya setiembre. Los principales ausentes fueron el prior Philip que, en cierto modo, se mostraba hostil a la empresa aunque no lo suficiente como para prohibirla, Tom Builder, que declinó su asistencia por respeto a los sentimientos de Philip, y Malachi que quedaba excluido por su religión.

Entretanto, Ellen había tejido una bala de tela con el remanente de lana de Aliena. Era áspera y descolorida; pero lo bastante buena para el hábito de los monjes, por lo que Cuthbert Whitehead, el cillerero del priorato, la había comprado. El precio era bajo, pero así y todo, duplicaba el costo de la lana original, por lo que, después de pagar a Ellen un penique diario, le quedó a Aliena media libra de beneficio. Cuthbert estaba interesado en adquirir más tela a ese precio, así que Aliena compró a Philip el exceso de lana que le había quedado para incorporarlo a sus propias existencias, y buscó una docena más de personas, en su mayoría mujeres, para tejerla. Ellen estuvo de acuerdo en hacer otra bala, aunque no en enfurtirla, porque decía que era un trabajo demasiado pesado. Las demás mujeres estuvieron de acuerdo.

Y Aliena también. Abatanar o enfurtir era un trabajo duro. Recordaba cuando Richard y ella fueron a ver a aquel maestro abatanador en Winchester para pedirle que les diera trabajo. El abatanador tenía a dos hombres golpeando el lienzo con bates en una cavidad, mientras una mujer lo rociaba con agua. La mujer había mostrado a Aliena sus manos enrojecidas y agrietadas y cuando los hombres le pusieron a Richard una bala de lienzo mojado sobre el hombro, su hermano cayó de rodillas. Algunas gentes se las arreglaban para enfurtir una pequeña cantidad de lienzo, la suficiente para hacer trajes para ellas mismas y sus familias. Pero tan sólo hombres más fuertes podían hacerlo durante todo el día. Aliena se mostró conforme con sus tejedoras en que se limitaran a tejer la lana y ella contrataría hombres para que la abatanaran, o bien vendería el lienzo a un maestro abatanador de Winchester.

La comida de la comunidad tuvo lugar en la iglesia de madera.

Aliena organizó los platos que tenían que cocinar entre los miembros, la mayoría de los cuales poseían un sirviente doméstico. Alfred y sus hombres construyeron una mesa larga con caballetes y tablas. Compraron cerveza fuerte y un barril de vino.

Se sentaron a ambos lados de la mesa sin que nadie ocupara las cabeceras, ya que dentro de la comunidad todos eran iguales. Aliena vestía un traje de seda de un rojo fuerte adornado con un broche de oro y rubíes y una casaca gris oscuro con elegantes mangas amplias.

El párroco bendijo la mesa. El sacerdote se hallaba muy complacido con la idea de la comunidad parroquial, ya que una iglesia nueva contribuiría a aumentar su prestigio y multiplicaría sus ingresos. Alfred presentó un presupuesto y un programa de fechas para la construcción de la nueva iglesia. Se expresó como si todo ello fuera fruto de su trabajo; pero Aliena sabía que la mayor parte era obra de Tom. La construcción duraría dos años y su costo sería de noventa libras. Alfred propuso que cada uno de los cuarenta

miembros de la comunidad pagara seis peniques a la semana. Aliena pudo adivinar por sus expresiones que la cuota era algo superior a la que algunos de ellos habían supuesto. Todos se mostraron de acuerdo en pagarla. No obstante, Aliena pensó que la comunidad debería prever que uno o dos de ellos fallaran.

Por su parte, podía muy bien pagarla. Miró en derredor de la mesa, llegó a la conclusión de que ella era, probablemente, la persona más rica. Pertenecía a una reducida minoría de mujeres. Las otras eran: una cervecera reputada por hacer una buena cerveza fuerte; una modista que empleaba a dos costureras y algunas aprendizas, y la viuda de un zapatero que se ocupaba del negocio que su marido le había dejado. Aliena era la más joven de ellas, y también más joven que cualquiera de los hombres, salvo Alfred que tenía uno o dos años menos.

Aliena echaba de menos a Jack. Aún no conocía la segunda parte de la historia del joven escudero. Ese día era fiesta y le hubiera gustado reunirse con él en el claro. Tal vez pudiera hacerlo más tarde.

Alrededor de la mesa, las conversaciones se centraban en la guerra civil. La reina Matilda había presentado más batalla de la que nadie se esperaba. En fecha reciente, había tomado la ciudad de Winchester, y capturado a Robert de Gloucester. Robert era hermano de la emperatriz Maud y comandante en jefe de sus fuerzas militares. Alguna gente aseguraba que Maud no era más que un figurín y que el auténtico jefe de la rebelión era Robert. Como quiera que fuese, la captura era casi tan mala para Maud como lo fue la de Stephen para los realistas y todo el mundo opinaba acerca de cómo iba a desarrollarse la inminente guerra.

En aquel festín, la bebida era más fuerte que la que daba el prior Philip y, a medida que avanzaba, las discusiones se hacían más broncas. El párroco no supo ejercer una influencia moderadora, tal vez porque estaba bebiendo tanto como los demás. Alfred, que se hallaba sentado junto a Aliena, parecía preocupado, a pesar de que también a él empezaba a enrojecérsele la cara. Aliena no era aficionada a las bebidas fuertes, y con la comida había tomado una copa de sidra.

Cuando ya se había terminado casi la comida, alguien propuso un brindis por Alfred y Aliena. Alfred lo agradeció desbordante de placer. En seguida empezaron a cantar y Aliena comenzó a preguntarse cuándo podría irse sin que lo notaran.

—Lo hemos hecho bien los dos juntos —le dijo Alfred.

Aliena asintió.

—Esperemos a ver cuántos son los que siguen pagando seis peniques semanales, el próximo año por estas fechas.

Alfred no quería oír hablar ese día de dudas o reparos.

—Lo hemos hecho bien los dos juntos —repitió—. Formamos un buen equipo —alzó su copa por ella y bebió—. ¿No crees que somos un buen equipo?

—Desde luego —dijo Aliena siguiéndole la corriente.

—Yo he disfrutado de veras —siguió diciendo Alfred— haciendo esto contigo... Me refiero a la comunidad parroquial.

—Yo también he disfrutado —convino ella amablemente.

—¿De veras? Eso me hace muy feliz.

Aliena lo miró con más atención. ¿Por qué insistía tanto en eso?

Pronunciaba con claridad y precisión y no mostraba indicios de hallarse borracho.

—Ha estado bien —admitió la joven con tono neutro.

Alfred le puso la mano en el hombro. Aliena aborrecía que la tocaran; pero se había acostumbrado a dominarse porque los hombres se ofendían sobremanera.

—Dime una cosa —dijo Alfred bajando la voz hasta un tono de intimidad—. ¿Cómo ha de ser el marido que quieres?

Espero que no vaya a pedirme que me case con él, pensó Aliena alarmada. Le contestó como era habitual en ella.

—No necesito un marido... Ya tengo suficientes preocupaciones con mi hermano.

—Pero a ti te hace falta amor —insistió él.

Aliena gimió en su fuero interno.

Estaba a punto de contestarle cuando Alfred levantó una mano indicándole que callara, una costumbre masculina que Aliena encontraba especialmente desagradable.

—No me digas que no necesitas amor —porfió Alfred—. Todo el mundo lo necesita.

Aliena se quedó mirándolo sin apartar la vista. Sabía que ella era algo peculiar. La mayoría de las mujeres anhelaban casarse y si, como en su caso, todavía seguían solteras a los veintidós años, se sentían no ya anhelantes, sino desesperadas. *¿Qué me pasa a mí?* se dijo. *Alfred es joven, tiene buena presencia y goza de prosperidad. La mitad de las jóvenes de Kingsbridge querrían casarse con él*. Por un instante, jugueteó con la idea de decirle que sí. Pero entonces pensó en lo que sería la vida con Alfred, cenando con él todas las noches, yendo a misa con él, trayendo al mundo a sus hijos... Y le pareció aterrador. Movió negativamente la cabeza.

—Olvídalo, Alfred —le respondió con firmeza—. No necesito un marido, ni por amor ni por nada.

Alfred no parecía dispuesto a rendirse.

—Te quiero, Aliena —le confesó—. Me he sentido de veras feliz trabajando contigo. Te necesito. ¿Deseas ser mi mujer?

Ya lo había soltado. Aliena lo lamentó porque aquello significaba que había de rechazarlo en serio. Había aprendido que era inútil intentar hacerlo con amabilidad. Una negativa amable era tomada como indecisión, e insistían con un mayor ahínco.

—No, no lo deseo —le contestó—. No te quiero, no he disfrutado mucho trabajando a tu lado, y no me casaría contigo aunque fueras el único hombre sobre la tierra.

Se mostró dolido. Debió haber pensado que tenía grandes probabilidades de escuchar una cosa así. Aliena estaba segura de que nada había hecho para alentarle. Le había tratado como a un igual, escuchándolo cuando hablaba, hablándole a su vez de manera directa y franca, cumpliendo con sus responsabilidades como esperaba que él cumpliera con las suyas. Pero algunos hombres pensaban que todo eso estaba destinado a brindarles estímulo.

—¿Cómo puedes decir eso? —farfulló Alfred.

Aliena suspiró. Se sentía herido y a ella le daba lástima. Dentro de un instante, reaccionaría indignado, comportándose como si ella le hubiera acusado injustamente. Al final, llegaría a convencerse de que ella le había insultado de manera gratuita y se mostraría ofensivo. No todos los pretendientes se comportaban de ese modo, tan sólo los de un cierto tipo, y Alfred encajaba en él. Aliena pensó que tenía que irse.

Se puso en pie.

—Respeto tu proposición y te doy gracias por el honor que me haces —le dijo—. Respeta tú mi negativa y no vuelvas a pedírmelo.

—Supongo que te irás corriendo en busca del mocoso de mi hermanastro —le espetó Alfred con tono desagradable—. No imagino que pueda darte satisfacción.

Aliena se sonrojó incómoda. Así que la gente empezaba a darse cuenta de su amistad con Jack. Y nadie mejor que Alfred para interpretarla de un modo indecente. Pues bien, se iba corriendo a ver a Jack y no permitiría que Alfred la detuviera. Inclinándose acercó su cara a la de él hasta casi tocarla. Alfred se sobresaltó.

—Vete al infierno —dijo en tono bajo e intencionado. Luego dio media vuelta y se alejó.

El prior Philip celebraba juicios una vez al mes en la cripta. En los viejos tiempos, lo hacía una vez al año e incluso entonces rara vez se necesitó todo

un día para solventar la cuestión. Pero, al triplicarse la población, el quebrantamiento de las leyes se había multiplicado por diez.

Asimismo había cambiado la naturaleza de los delitos. Antes, la mayoría de ellos estaban relacionados con la tierra, las cosechas y el ganado. Un campesino avaricioso que había intentado cambiar subrepticiamente las lindes de un campo a fin de ampliar sus tierras a expensas de su vecino; un labrador que robaba un saco de grano a la viuda para la que trabajaba; una pobre mujer con demasiados hijos que ordeñaba una vaca que no era suya. Pero, en la actualidad, casi todos los casos tenían relación con el dinero. Philip pensaba esto mientras tomaba asiento en su tribunal el día primero de diciembre.

Los aprendices robaban dinero a sus patronos, un marido cogía los ahorros de su suegra; había mercaderes que pasaban dinero defectuoso y mujeres acaudaladas que pagaban una miseria a sirvientes sencillos que apenas sí podían contar su salario semanal. Hacía cinco años esos delitos no existían en Kingsbridge porque por entonces nadie tenía tales cantidades de dinero.

Philip castigaba casi todos los delitos con una multa. También podía sentenciar a la gente a ser azotada, al cepo o a que la encarcelaran en la celda que había debajo del dormitorio de los monjes. Pero muy rara vez aplicaba tales castigos, los cuales estaban reservados ante todo a los delitos con violencia. También tenía derecho a ahorcar a los ladrones, y el priorato poseía un sólido patíbulo de madera.

Pero jamás lo había utilizado. Y, al menos de momento, todavía abrigaba en el fondo de su corazón la secreta esperanza de no tener que hacerlo nunca. Los crímenes más graves, el asesinato, la muerte de los venados del rey y los asaltos con robo en los caminos, eran remitidos al tribunal del rey en Shiring, presidido por el sheriff. Y los ahorcamientos del sheriff Eustace eran ya más que suficientes.

Ese día Philip tenía siete casos de molienda de grano sin autorización. Los dejó para lo último y se ocupó de ellos en grupo. El priorato había construido un nuevo molino de agua junto al antiguo, pues Kingsbridge necesitaba ya dos. Pero había que pagar el nuevo, lo que significaba que todo el mundo tenía que llevar el grano a moler al priorato. Ésa había sido siempre la ley, al igual que en cualquier otro feudo del país. A los campesinos no se les permitía moler el grano en casa; tenían que pagar al señor para que lo hiciera por ellos. En años recientes, al ir creciendo la ciudad y empezar a averiarse con excesiva frecuencia el antiguo molino de agua, Philip, benévolo, dejó pasar el creciente aumento de molienda ilícita. Pero había llegado el momento de poner fin a aquello.

Tenía garrapateados en una pizarra los nombres de los infractores y los leyó en voz alta, uno a uno, empezando por el más rico.

—Richard Longacre. El hermano Franciscus dice que tienes una gran amoladera a la que dan vueltas dos hombres.

Franciscus era el molinero del priorato.

Se adelantó un hacendado de aspecto próspero.

—Sí, mi señor prior. Pero ahora la he roto.

—Paga sesenta peniques. Enid Brewster, en tu cervecería tienes un molino manual. Se ha visto a Eric Eridson utilizándolo, así que también esta acusado.

—Sí, señor —repuso Enid, una mujer de rostro enrojecido y hombros poderosos.

—¿Y dónde está ahora el molino? —le preguntó Philip.

—Lo arrojé al río, mi señor.

Philip no la creyó, aunque poco podía hacer al respecto.

—Multa de veinticuatro peniques y doce más por tu hijo. ¿Walter Tanner?

Philip prosiguió con su lista, multando a los infractores de acuerdo con la escala de sus operaciones ilegítimas, hasta llegar a la última, la más pobre.

—¿Viuda Goda?

Se adelantó una mujer vieja de rostro flaco.

—El hermano Franciscus te vio moler grano con una piedra.

—No tenía un penique para el molino, señor —contestó la anciana con tono resentido.

—Sin embargo, tuviste un penique para comprar grano —dijo Philip—. Serás multada como todos los demás.

—¿Dejaréis que muera de hambre? —preguntó ella, desafiante.

Philip suspiró. Deseaba que el hermano Franciscus hubiera simulado no darse cuenta de que Goda estaba infringiendo la ley.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien murió de hambre en Kingsbridge? —preguntó, mirando en derredor a los presentes—. ¿Recordáis la última vez que alguien muriese de hambre en nuestra ciudad? —calló un momento como a la espera de una respuesta y luego dijo—: Creo que descubriréis que fue anterior a mi época.

—Dick Shorthouse murió el año pasado —manifestó Goda.

Philip recordó al hombre, un mendigo que dormía en pocilgas y establos.

—Dick cayó a media noche en la calle, borracho perdido, y murió de frío bajo la nevada —respondió Philip—. No murió de hambre. Y si hubiera estado lo bastante sobrio para llegar hasta el priorato, tampoco habría muerto de frío. Si tienes hambre, no trates de engañarme, acude a mí para te asista. Y

si eres demasiado orgullosa para hacerlo y prefieres quebrantar la ley, debes recibir tu castigo como los demás. ¿Me has oído?

—Sí, señor —murmuró la vieja malhumorada.

—Un cuarto de penique de multa. La sesión ha terminado.

Se puso en pie y salió. Subió las escaleras que conducían de la cripta a la planta baja.

Los trabajos en la nueva catedral avanzaban ahora con una lentitud pasmosa, como ocurría siempre cuando faltaba alrededor de un mes para la Navidad. Los bordes y las partes superiores expuestas del trabajo sin terminar de la piedra, estaban cubiertas con paja y estiércol, que se traía de las camas de las caballerías en las cuadras del priorato para mantener protegida de la escarcha la obra reciente. Los albañiles decían que no podían trabajar en invierno a causa del hielo.

Philip había preguntado por qué no podían descubrir los muros cada mañana y volver a cubrirlos por la noche. Durante el día no solía haber escarcha. Tom había dicho que los muros construidos en invierno se desplomaban. Philip lo había creído. Pero no pensaba que fuera debido a la escarcha. Imaginó que el verdadero motivo fuera acaso que las argamasa necesitara varios meses para fraguar adecuadamente. Y el periodo invernal le permitía endurecerse a conciencia antes de que, en el nuevo año, se reanudaran los trabajos de albañilería en las partes altas. Ello explicaría también la superstición de los albañiles de que traía mala suerte construir más de veinte pies de alto cada año. De superarse esa medida, las hiladas inferiores podrían deformarse por el peso que habrían de soportar antes de que hubiera podido fraguar la argamasa.

Philip quedó sorprendido al ver a todos los albañiles en el exterior, en lo que sería el presbiterio de la iglesia. Se acercó para ver lo que estaban haciendo.

Habían confeccionado un arco de madera, semicircular, y lo sujetaban en alto, sostenido por estacas a ambos lados. Philip sabía que el arco de madera era una pieza de lo que llamaban cimbras, y estaba destinado a sostener el arco de piedra mientras se construía. Sin embargo, en aquel momento, los albañiles estaban ensamblando el arco de piedra a nivel del suelo, sin argamasa, para asegurarse de que las piedras encajaban entre sí a la perfección. Aprendices y peones las levantaban sobre las cimbras mientras los albañiles examinaban la operación con ojo crítico.

—¿Para qué es eso? —preguntó Philip al encontrarse con la mirada de Tom.

—Es un arco para la galería de la tribuna.

Philip lo observó reflexivo. La arcada había quedado terminada el año anterior y la galería superior quedaría acabada ese año. Y entonces sólo faltaría por construir el nivel más alto, el trifolio, antes de que empezaran con el tejado. Ahora que los muros habían sido cubiertos para el invierno, los albañiles estaban preparando las piedras para el trabajo del próximo año. Si el arco resultaba perfecto, las piedras de todos los demás se cortaban exactas. Los aprendices, entre los que se encontraba Jack, el hijastro de Tom, construían el arco, hacia arriba, desde cada lado, con las piedras en forma de cuña llamadas dovelas. A pesar de que el arco iba a ser construido a gran altura en la iglesia, tendría elaboradas molduras decorativas, de tal manera que cada piedra tenía, en la superficie que quedaba visible, una línea de grandes dientes de perro esculpidos, otra de medallones pequeños y, debajo del todo, otra línea de boceles. Cuando se juntaban las piedras, los diversos motivos esculpidos coincidían exactamente y, al prolongarse, formaban tres arcos continuos, uno de dientes de perro, otro de medallones y un tercero de boceles. De esa manera, daba la impresión de que el arco había sido construido por varios aros semicirculares de piedra, uno sobre otro, mientras que, de hecho, estaba formado por cuñas colocadas una junto a otra. Sin embargo, las piedras habían de coincidir entre sí de la manera más exacta, ya que, de lo contrario, los motivos esculpidos no se alinearían de manera bien y el efecto quedaría desbaratado.

Philip se quedó allí mirando mientras Jack bajaba la dovela central para colocarla en su sitio. Ya estaba el arco completo. Cuatro albañiles cogieron mazos y golpearon las cuñas que soportaban las cimbras de madera unas pulgadas sobre el suelo. De repente, cayó el soporte de madera. A pesar de que entre las piedras no había argamasa, el arco siguió en pie. Tom Builder gruñó satisfecho.

Alguien tiró de la manga a Philip. Al volverse, se encontró con un monje joven.

—Tenéis un visitante, padre. Está esperando en vuestra casa.

—Gracias, hijo mío.

Philip se alejó de los constructores. Si los monjes habían hecho pasar al visitante a la casa del prior para que esperara, era que se trataba de alguien importante. Atravesó el recinto y entró en su morada.

El visitante era su hermano Francis. Philip lo abrazó con calor.

Francis parecía muy preocupado.

—¿Te han ofrecido algo de comer? —preguntó Philip—. Pareces fatigado.

—Ya me han dado un poco de pan y carne. Gracias. Me he pasado el otoño cabalgando entre Bristol, donde el rey Stephen estaba prisionero y Rochester, donde estaba el conde Robert.

—Has dicho que estaban.

Francis asintió con la cabeza.

—Me he dedicado a negociar un trueque. Stephen por Robert. Se llevó a cabo el día de Todos Santos. El rey Stephen se halla de nuevo en Winchester.

Philip quedó sorprendido.

—Me da la impresión de que la emperatriz Maud ha salido perdiendo con ese cambio. Ha entregado un rey a cambio de un conde.

Francis meneó la cabeza.

—Sin Robert se encontraba perdida. Nadie le tiene simpatía, nadie se fía de ella. El apoyo que le prestaban se estaba perdiendo. Tenía que recuperar a Robert. La reina Matilda fue inteligente. Se negó en redondo a canjearlo por cualquier otro que no fuera el rey Stephen. Se lo propuso y al final lo consiguió.

Philip se acercó a la ventana y miró afuera. Había empezado a caer una lluvia fría y sesgada, que atravesaba el recinto en construcción, oscureciendo los altos muros de la catedral y goteando por los bajos tejados de barda de las viviendas de los artesanos.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Significa que Maud vuelve a ser, una vez más, una aspirante al trono. Después de todo, Stephen ha sido realmente coronado, mientras que Maud nunca lo fue. No del todo.

—Pero fue Maud quien autorizó mi mercado.

—Sí, y eso puede ser un problema.

—¿Queda invalidada mi licencia?

—No. Ha sido concedida de manera legal por un gobernante legitimo, al que la Iglesia había dado su aprobación. El hecho de que no fuera coronada no influye para nada. Pero Stephen puede retirarla.

—Con los ingresos del mercado estoy pagando la piedra —dijo Philip inquieto—. Sin ella no podré construir. En verdad que son malas noticias.

—Lo siento.

—¿Y qué hay de mis cien libras?

Francis se encogió de hombros.

—Stephen te dirá que te las devuelva Maud.

Philip se sintió angustiado.

—¡Todo ese dinero! —exclamó—. Era dinero de Dios y lo he perdido.

—Todavía no lo has perdido —lo tranquilizó Francis—. Es posible que Stephen no revoque tu licencia. Nunca ha mostrado demasiado interés por los mercados en ningún sentido.

—El conde William puede ejercer presión sobre él.

—William cambió de bando, ¿recuerdas? Respaldó con todas sus gentes a Maud. Ya no gozará de mucha influencia con Stephen.

—Espero que tengas razón —dijo Philip con fervor—. Espero, por la gracia de Dios, que tengas razón.

Cuando hizo demasiado frío para sentarse en el claro, Aliena tomó la costumbre de visitar la casa de Tom Builder en los atardeceres. Alfred frecuentaba por lo general la cervecería, de manera que el grupo familiar estaba formado por Tom, Ellen, Jack y Martha. Como Tom estaba prosperando tanto, tenían asientos confortables, un buen fuego y muchas velas. Ellen y Aliena solían dedicarse a tejer. Tom trazaba planos y diagramas, grabando los dibujos con una piedra afilada sobre trozos pulidos de pizarra. Jack simulaba estar haciendo un cinto, afilando cuchillos o construyendo un cesto; aunque la mayor parte del tiempo se la pasara mirando furtivamente la cara de Aliena a la luz de la vela, observando sus labios mientras hablaba, o bien contemplando su blanca garganta cuando bebía un vaso de cerveza. Aquel invierno rieron muchísimo. A Jack le gustaba hacer reír a Aliena. Por regla general, se mostraba tan reservada y dueña de sí misma, que era una gozada verla explayarse, era casi tan maravilloso como verla desnuda por un fugaz instante. Jack siempre estaba pensando en decir cosas que pudieran divertirla. Solía referirse a los artesanos que trabajaban en la construcción, imitando el acento de un albañil parisiense o los andares estevados de un herrero. En cierta ocasión, inventó un relato cómico de la vida de los monjes, endosando a cada uno de ellos un pecado plausible. El orgullo de Remigius, la glotonería de Bernard Kitchener, la afición a la bebida del maestro de invitados y la lascivia de Fierre Circuitor. A menudo Martha se desternillaba de risa e incluso el taciturno Tom esbozaba una sonrisa.

Durante una de aquellas veladas Aliena dijo:

—No sé si podré vender todo este lienzo.

Todos se quedaron boquiabiertos.

—¿Entonces por qué seguimos tejiendo? —preguntó Ellen.

—Aún no he perdido las esperanzas —respondió Aliena—. Sólo que me encuentro con un problema.

Tom levantó la vista de su pizarra.

—Creí que el priorato estaba ansioso por comprarlo todo.

—Ése no es el problema. No encuentro gente para que lo abatane, y el priorato no quiere el tejido flojo. En realidad, no lo quiere nadie.

—Abatanar es un trabajo demoledor, capaz de romperte la espalda. No me sorprende que nadie quiera hacerlo —comentó Ellen.

—¿No puedes encontrar hombres para esa tarea? —sugirió Tom.

—Desde luego no en la próspera Kingsbridge. Todos los hombres tienen trabajo más que suficiente. En las grandes ciudades, hay abatanadores profesionales; pero la mayoría de ellos trabajan para los tejedores, los cuales les prohíben abatanar para los competidores de sus patrones. De cualquier manera, llevar y traer el lienzo desde Winchester resultaría demasiado caro.

—Es un verdadero problema —reconoció Tom, y volvió a sus dibujos.

A Jack se le ocurrió una idea.

—Es una lastima que no podamos lograr que lo hagan los bueyes.

Todos se echaron a reír.

—Sería como pretender enseñar a un buey a construir una catedral —dijo Tom.

—O con un molino —insistió Jack impertérrito—. Por lo general, hay maneras fáciles de hacer los trabajos más duros.

—Quiere abatanar el lienzo, no molerlo —le replicó Tom.

Jack no le escuchaba.

—Utilizamos mecanismos para levantar pesos, y ruedas giratorias para elevar piedras hasta los andamios más altos...

—Sería maravilloso que hubiese algún mecanismo ingenioso para poder abatanar este lienzo —dijo Aliena.

Jack imaginó lo complacida que se sentiría si él lograra resolver ese problema. Esta decidido a encontrar alguna manera.

—He oído decir que se ha utilizado un molino de agua para hacer funcionar fuelles en una herrería... Pero nunca lo he visto —explicó Tom pensativo.

—¿De veras? —exclamó Jack excitado—. Eso lo demuestra.

—Una rueda de molino gira y gira y una piedra de molino gira y gira —dijo Tom—, de tal manera que una piedra impulsa a la otra. Pero el bate de un abatanador va de arriba abajo. Nunca lograrás que una rueda de molino de agua haga subir y bajar un bate.

—Un fuelle también va de arriba abajo.

—Claro, claro. Pero yo nunca vi esa herrería. Sólo he oído hablar de ella.

Jack intentó formarse una idea de la maquinaria de un molino. La fuerza del agua hacía girar la rueda. El astil de ésta estaba conectado con otra rueda dentro del molino. La rueda interior se hallaba colocada en sentido vertical, de tal forma que sus dientes se encajaban en los dientes de otra rueda horizontal. Esta última era la que hacía girar la piedra molar.

—Una rueda en pie puede poner en marcha a otra tumbada —musitó Jack pensando en voz alta.

Martha se echó a reír.

—¡No te esfuerces, Jack! —le dijo—. Si los molinos pudieran abatanar lienzos, ya se les habría ocurrido a las gentes listas.

Jack no le hizo caso.

—Los bates de abatanar podrían fijarse al astil de la rueda del molino —continuó—. El lienzo podría colocarse plano donde los bates cayeran.

—Sí; pero los bates golpearían sólo una vez, y luego se quedarían atascados, con lo que la rueda se pararía. Ya te lo he dicho... Las ruedas giran y giran pero los bates van de arriba abajo —alegó Tom.

—Tiene que haber una manera —insistió Jack con tozudez.

—No la hay —afirmó Tom perentorio con el tono de voz que adoptaba para cerrar el tema de una conversación.

—Sin embargo apuesto a que la hay —farfulló rebelde Jack.

Tom hizo como que no le había oído.

Al domingo siguiente, Jack desapareció.

Fue a la iglesia por la mañana, almorzó en casa como de costumbre pero, a la hora de cenar, no se presentó. Aliena estaba en su cocina haciendo un espeso caldo con jamón y berza cuando llegó Ellen en busca de Jack.

—No lo he visto desde misa —informó la joven.

—Desapareció después de almorzar —explicó Ellen—. Supuse que estaba contigo.

Aliena se sintió algo incómoda de que Ellen hubiera dado por sentada aquella suposición.

—¿Estás preocupada?

—Una madre siempre lo está —contestó Ellen.

—¿Se ha peleado con Alfred? —preguntó Aliena nerviosa.

—Esa misma pregunta he hecho yo. Alfred dice que no. —Ellen suspiró—. Espero que no le haya pasado nada malo. Ya ha hecho estas cosas antes, y me atrevería a decir que volverá a hacerlas. Nunca le enseñé a amoldarse a horas regulares.

Aquella noche, más tarde, a punto ya de acostarse, Aliena fue a casa de Tom para saber si Jack había aparecido. Le dijeron que no. Se acostó preocupada. Richard estaba en Winchester, de manera que se encontraba sola. No hacía más que pensar que Jack pudo haberse caído al río y ahogarse, o cualquier otra cosa por el estilo. Para Ellen sería terrible. Jack era su único hijo auténtico. A Aliena se le llenaron los ojos de lágrimas al imaginarse el dolor de Ellen si perdiera a Jack.

Esto es estúpido, se dijo; *estoy llorando por la pena de alguien causada por algo que no ha ocurrido*. Se dominó e intentó pensar en otra cosa. El exceso de lienzo era su gran problema. En circunstancias normales podía pasarse media noche preocupándose por el negocio; pero esa noche sus

pensamientos volvían sin cesar a Jack. ¿Y si se hubiera roto una pierna y se encontrara inmovilizado en el bosque? Al final, la venció un sueño inquieto. Se despertó con las primeras luces sintiéndose todavía cansada. Se echó su gruesa capa sobre el camisón, se puso las botas forradas de piel, y salió en busca de Jack.

No estaba en el jardín que había detrás de la cervecería, donde solían quedarse dormidos los hombres, evitando congelarse gracias al calor del fétido estercolero. Bajó hasta el puente, caminando temerosa por la orilla del río hasta un recodo donde se arrojaban los desperdicios. Una familia de patos se encontraba picoteando entre los restos de madera, de zapatos desechados, de cuchillos enmohecidos y de huesos de carne putrefactos que se acumulaban en la playa.

Gracias a Dios tampoco estaba allí Jack.

Subió de nuevo hasta la colina y entró en el recinto del priorato, donde los constructores de la catedral comenzaban una nueva jornada de trabajo.

Encontró a Tom en su cobertizo.

—¿Ha vuelto Jack? —preguntó esperanzada.

—Todavía no —repuso Tom al tiempo que meneaba la cabeza.

Cuando Aliena se iba, llegó el maestro carpintero con aspecto preocupado.

—Han desaparecido todos nuestros martillos —informó Tom.

—Es extraño —comentó éste—. Yo he estado buscando un martillo y no he encontrado ninguno.

—¿Dónde están los cabezales de los albañiles? —preguntó Alfred asomando la cabeza por la puerta.

Tom se rascó la cabeza.

—Parece como si hubieran volado cuantos martillos tenemos, —dijo perplejo; luego, cambió de expresión y añadió—: Apuesto a que Jack está detrás de todo esto.

Claro, se dijo Aliena. *Martillos. El abatanado. El molino.*

Sin decir palabra de lo que pensaba, salió del cobertizo de Tom y, atravesando presurosa el recinto del priorato, dejó atrás la cocina y se encaminó hacia el extremo suroeste donde un canal, desviado del río, ponía en movimiento los dos molinos, el viejo y el recién construido.

Tal y como sospechaba, la rueda del molino viejo estaba girando.

Entró.

En el primer momento, lo que vio la dejó confusa y asustada. Había una hilera de martillos sujetos a una viga horizontal. Levantaban sus cabezas, al parecer por propio impulso, semejantes a caballos en busca del pesebre. Luego, caían de nuevo, todos juntos, golpeando de manera simultánea con un

estruendo tremendo que casi la dejó sin aliento. Lanzó un grito sobresaltada. Los martillos alzaron sus cabezas, como si la hubieran oído gritar, y luego golpearon de nuevo. Estaban batiendo cierta cantidad de lienzo flojo sumergida en una o dos pulgadas de agua contenida en un balde de madera semejante a los que utilizaban en la construcción para mezclar la argamasa. Entonces, se dio cuenta de que los martillos estaban abatanando el tejido y dejó de sentirse asustada, aun cuando le seguían pareciendo terriblemente vivos. Pero, ¿cómo lo había hecho? Observó que la viga a la que se encontraban sujetos los martillos estaba paralela al astil de la rueda del molino. Una tabla sujeta a él daba vueltas y más vueltas al tiempo que éste giraba. Al llegar la tabla, tropezaba con los mangos de los martillos haciéndolos bajar, de modo que las cabezas se levantaban. Al seguir girando la tabla, dejaba en libertad los mangos. Entonces las cabezas caían, descargándose sobre el lienzo que se hallaba en la artesa. Era exactamente lo que Jack había dicho durante aquella conversación. Un molino podía abatanar el lienzo.

Aliena oyó su voz.

—Hay que lastrar los martillos para que caigan con más fuerza.

Al volverse, vio a Jack con aspecto cansado aunque triunfante.

—Creo que he resuelto tu problema —le dijo sonriendo con timidez.

—Me siento tan contenta de que te encuentres bien... ¡Estábamos preocupados por ti! —dijo Aliena.

Sin pensarlo, le echó los brazos al cuello y lo besó. Fue un beso muy breve, poco más que un roce; pero entonces, al separarse sus labios, los brazos de Jack le rodearon la cintura, sujetando su cuerpo suavemente aunque con firmeza contra el suyo, y Aliena se encontró mirándole a los ojos. En lo único que podía pensar era en lo feliz que se sentía que él estuviera vivo y sin haber sufrido daño alguno. Le dio un apretón afectuoso. Y, de súbito, Aliena tuvo conciencia de su propia piel. Podía sentir la aspereza de su camisón de lino, y el cuero suave de sus botas y el cosquilleo en los pezones al apretarse contra el pecho de él.

—¿Estabas preocupada por mí? —preguntó Jack asombrado.

—¡Pues claro! Apenas he dormido.

Aliena sonreía feliz pero Jack tenía un aspecto terriblemente solemne y, al cabo de un momento, el talante de él se impuso al suyo y se sintió extrañamente conmovida. Podía oír los latidos de su corazón y empezó a respirar más deprisa. Detrás de ella, los martillos golpeaban al unísono sacudiendo la estructura de madera del molino con cada golpe concertado, y Aliena parecía sentir las vibraciones en lo más profundo de su ser.

—Estoy muy bien —dijo Jack—. Todo está bien.

—Me siento tan contenta... —repitió Aliena y su voz era un susurro.

Le vio bajar los párpados e inclinar su cara sobre la de ella, y luego sintió los labios de Jack contra los suyos. Fue un beso dulce. Tenía los labios llenos y una barba suave de adolescente. Aliena cerró los ojos para concentrarse en aquella sensación. La boca de Jack se movía sobre la suya y le pareció algo natural abrir los labios. De repente, su propia boca se hizo sumamente sensitiva hasta el punto de poder sentir el tacto más ligero, el más leve movimiento. La punta de la lengua de Jack le acariciaba el interior de su labio superior. Aliena se sentía tan abrumada de felicidad que experimentaba ganas de llorar. Apretó su cuerpo contra el de él, aplastando sus suaves senos contra el duro pecho, sintiendo los huesos de sus caderas incrustados en su propio vientre. Ya no era tan sólo que sintiera alivio porque Jack estuviera a salvo y alegría de tenerlo allí. Ahora era una nueva sensación. Su presencia física la embargaba de una emoción estática que la hacía sentirse un poco mareada. Abrazada a su cuerpo, necesitaba tocarlo más, sentir aún más su presencia, tenerle todavía más cerca. Le acarició la espalda. Quería sentir su piel; pero la ropa le hizo sentirse defraudada. Sin pensarlo, metió la lengua entre los labios de Jack. El joven emitió un leve ruido animal desde el fondo de la garganta, como un gemido ahogado de placer.

La puerta del molino se abrió de golpe. Aliena se apartó rápida de Jack. De repente, se sintió sobresaltada como si hubiera estado profundamente dormida y alguien le hubiera dado una bofetada para despertarla. Se sentía horrorizada de lo que habían estado haciendo, besándose y frotándose uno contra otro. ¡Como una puta y un borracho en una cervecería! Retrocedió mirando a su alrededor, sintiéndose mortificada por su turbación. El intruso era Alfred. Aquello le hizo sentirse aún peor. Hacía tres meses que Alfred le pidió que se casara con él y ella lo rechazó con altivez. Y ahora la había visto comportándose como una perra en celo. Daba la impresión de cierta hipocresía. Se sonrojó de vergüenza. Alfred la estaba mirando y su expresión era una mezcla de lascivia y desprecio, que le traía a la memoria la imagen vívida de William Hamleigh. Estaba disgustada con ella misma por dar a Alfred motivo para menospreciarla, y furiosa con Jack por la parte que había desempeñado en todo aquello.

Dio la espalda a Alfred y miró a Jack. Al encontrarse sus ojos éste pareció sobresaltado. Aliena se dio cuenta de que su rostro delataba la ira que sentía, pero no podía evitarlo. La expresión de Jack, de aturdida felicidad, se convirtió en confusión y dolor. En circunstancias normales aquello la habría ablandado; pero, en aquellos momentos estaba fuera de sí. Lo aborrecía por lo que le había hecho hacer a ella. Rápida como un rayo, lo abofeteó. Él permaneció inmóvil; pero en su mirada se reflejó la agonía que estaba

sufriendo. Se le enrojeció la mejilla golpeada. Aliena no podía soportar el dolor que había en sus ojos. Se obligó a apartar la vista.

No resistía seguir allí. Corrió hacia la puerta acompañada del incesante golpeteo de los martillos repercutiendo en sus oídos. Alfred se apartó rápido para dejarla pasar, en actitud casi asustada. Aliena pasó como un rayo junto a él y salió. Tom Builder estaba a punto de entrar junto con un reducido grupo de trabajadores de la construcción. Todo el mundo se dirigía al molino para saber lo que estaba pasando. Aliena cruzó presurosa junto a ellos sin decir palabras. Algunos de ellos la miraron con curiosidad haciéndola arder de vergüenza; pero todos estaban más interesados en los martillazos que se oían salir del molino. La mente lógica de Aliena le recordaba que Jack había resuelto el problema del abatanado de su lienzo; pero la idea de que se había pasado toda la noche haciendo algo por ella era motivo de que se sintiese todavía peor. Pasó corriendo por delante de las cuadras, y también por la puerta del priorato, y a lo largo de la calle, con las botas resbalando y chapoteando por el fango, hasta llegar a su casa.

Al entrar, se encontró allí a Richard. Se hallaba sentado a la mesa de la cocina, con una hogaza de pan y un jarro de cerveza.

—El rey Stephen se ha puesto en marcha —dijo—. La guerra ha empezado de nuevo. Necesito otro caballo.

4

Durante los tres meses siguientes. Aliena apenas cruzó dos palabras con Jack. El mozo se sentía destrozado. Ella le había besado como si lo quisiera, de eso no cabía la menor duda. Cuando la joven salió del molino, estaba seguro de que pronto volverían a besarse de la misma manera. Deambulaba como envuelto en una bruma erótica, pensando: *¡Aliena me quiere! ¡Aliena me quiere!* Le había acariciado la espalda y metido la lengua en su boca, había apretado sus senos contra él. Cuando empezó a evitarle, Jack pensó que tan sólo se sentía incómoda. Después de aquel beso, era imposible que pretendiera no quererle. Esperó paciente a que superara su timidez. Con la ayuda del carpintero del priorato, había hecho un mecanismo de abatanar, más fuerte y permanente, para el molino viejo. Y Aliena pudo abatanar su lienzo. Le dio las gracias en tono sincero; pero su voz era fría y evitaba su mirada.

Cuando hubieron transcurrido, no sólo unos días, sino varias semanas en esa tesitura, se vio obligado a admitir que algo iba muy mal. Se sintió embargado por la desilusión y pensó que el dolor iba a ahogarlo. Estaba perplejo. Sentía el deseo desesperado de tener más años, y más experiencia

con las mujeres, a fin de ser capaz de saber si Aliena era normal o si tenía un carácter peculiar; si esa actitud sería temporal o permanente y si debía ignorarlo o encararse a ella. Como se sentía inseguro y también aterrado ante la posibilidad de que pudiera decir algo que estropeara más las cosas, optó por no hacer nada. Entonces empezó a apoderarse de él un sentimiento constante de rechazo y se sintió inútil, estúpido e impotente. Pensaba en lo loco que había sido al imaginar que la mujer más deseable e inalcanzable del Condado hubiera podido enamorarse de él, tan sólo un muchacho. La había divertido por un tiempo con sus historias y sus bromas; pero en cuanto la besó como un hombre se había alejado por completo. ¡Qué bobo fue esperando otra cosa!

Al cabo de una o dos semanas de decirse lo estúpido que había sido, empezó a sentirse furioso. En el trabajo estaba irritable, y la gente empezaba a mostrarse cautelosa con él. Se comportaba de manera desagradable con su hermanastra, Martha, la cual se sentía casi tan dolida con él como él lo estaba con Aliena. Un domingo por la tarde se gastó el salario apostando en las peleas de gallos.

Toda su pasión la consumía en el trabajo. Esculpía modillones, las piedras que se proyectaban y que parecían sostener arcos o fustes que no llegaban del todo al suelo. En estos modillones se esculpían con frecuencia hojas; pero una alternativa tradicional era la de esculpir a un hombre que pareciera sostener un arco con las manos o lo tuviese apoyado sobre la espalda. Jack alteró un poco el modelo habitual. El resultado fue una figura humana extrañamente contorsionada, con expresión de dolor, como si estuviera condenado a una agonía eterna mientras sostenía el peso inmenso de la piedra. Jack sabía que era algo genial, nadie más podía esculpir una figura que diera la impresión de que sufría. Cuando Tom la vio, movió indeciso la cabeza sin saber si maravillarse ante la expresividad de la figura o desaprobar su escasa ortodoxia. A Philip le atrajo de inmediato. A Jack, por su parte, le importaba poco lo que pensaran. Tenía la absoluta convicción de que si a alguien no le gustaba era porque estaba ciego.

Cierto domingo de cuaresma, cuando todo el mundo estaba de mal humor porque hacía tres semanas que no se comía carne, Alfred acudió al trabajo con expresión triunfante. El día anterior había estado en Shiring. Jack ignoraba lo que podía haber hecho allí; pero, a todas luces, se sentía muy satisfecho.

Durante el descanso de media mañana, cuando Enid Brewster abrió un barril de cerveza en medio del presbiterio para vendérsela a los constructores, Alfred mostró un penique.

—Eh, Jack Tomson, tráeme algo de cerveza —dijo.

Va a decir algo sobre mi padre, pensó Jack. Y no hizo caso de Alfred. Uno de los carpinteros, un hombre ya mayor llamado Peter, le advirtió.

—Más te valdrá hacer lo que te dicen, aprendiz.

Se suponía que un aprendiz había de obedecer siempre a cualquier maestro artesano.

—No soy hijo de Tom —dijo Jack—. Tom es mi padrastro, y Alfred lo sabe.

—Sin embargo haz lo que te dice —repitió Peter en tono razonador.

Jack cogió reacio el dinero de Alfred y se puso en la cola.

—El nombre de mi padre era Jack Shareburg —dijo en voz alta—. Todos podéis llamarme Jack Jackson si queréis diferenciarnos a Jack Blacksmith y a mí.

—Jack Bastard será más propio —dijo Alfred.

—¿Os habéis preguntado alguna vez por qué Alfred nunca se ata los cordones de las botas?

Los presentes miraron los pies de Alfred. Y así era. Sus botas pesadas y embarradas, que habrían de estar atadas hasta arriba con los cordones, estaban descuidadamente abiertas. Jack explicó:

—Es para poder verse antes los dedos por si tiene que contar más allá de diez.

Los artesanos sonrieron y los aprendices rieron divertidos. Jack entregó a Enid el penique de Alfred y cogió un cántaro de cerveza. Se lo llevó a Alfred presentándoselo con una leve reverencia burlona. Alfred estaba irritado, aunque no demasiado, y todavía guardaba algo en la manga. Jack se alejó y bebió su cerveza con los aprendices, con la esperanza de que Alfred le dejara en paz. Esperanza vana. Momentos después, Alfred le siguió.

—Si Jack Shareburg fuera mi padre, yo no me sentiría tan dispuesto a reconocerlo en público. ¿Acaso no sabes lo que era?

—Era un juglar —dijo Jack; trató de mostrarse seguro de sí mismo; pero temía lo que Alfred pudiera decir—. Supongo que no sabrás lo que es un juglar.

—Era un ladrón —dijo Alfred.

—Bah, cierra el pico, pedazo de tarugo.

Jack se volvió y tomó un trago de cerveza pero apenas sí pudo tragarla. Alfred debía de tener algún motivo para afirmar aquello.

—¿Acaso no sabes cómo murió? —insistió Alfred.

Eso es, se dijo Jack. *Eso es de lo que se enteró ayer en Shiring. Ése es el motivo de su estúpida y sonriente mueca.* Volvióse reacio y se enfrentó a Alfred.

—No; no sé cómo murió mi padre, Alfred, pero creo que tú vas a decírmelo.

—Lo colgaron por asqueroso ladrón.

Jack lanzó un grito involuntario de angustia. Sabía, por intuición, que aquello era cierto. Alfred estaba demasiado seguro de sí mismo para haberlo inventado. Y Jack comprendió rápido que ello explicaba la reticencia de su madre, que había estado años temiendo en secreto algo semejante. Durante todo el tiempo se había querido convencer de que nada andaba mal, de que no era un bastardo, de que tenía un verdadero padre con nombre auténtico. De hecho siempre había temido que hubiera algo deshonroso respecto a su padre, que los improperios estaban justificados, que en realidad tenía algo de que avergonzarse. Ya se sentía deprimido, el rechazo de Aliena le había dejado con la sensación de inutilidad y pequeñez. Y ahora la verdad sobre su padre fue como un mazazo.

Alfred seguía allí en pie sonriendo, satisfechísimo de sí mismo. El efecto producido por su revelación le había encantado. Su expresión puso fuera de sí a Jack, para quien ya era bastante terrible que hubieran ahorcado a su padre. Pero que Alfred se sintiera feliz por ello, era ya demasiado. Sin pensarlo dos veces, Jack arrojó su cerveza a la cara sonriente de Alfred.

Los demás aprendices, que habían estado atentos a los hermanastros y disfrutando con su altercado, se apresuraron a retirarse uno o dos pasos. Alfred se limpió la cerveza de los ojos, rugió furioso y, con un movimiento tan rápido que sorprendía en un hombre tan grande como él, descargó su inmenso puño. El golpe alcanzó a Jack en la mejilla con tal fuerza que, en lugar de dolerle, se la dejó insensible. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar el otro puño de Alfred se hundió en su estómago. Ese golpe le produjo un terrible dolor. Jack tuvo la impresión de que nunca volvería a respirar. Se desmadejó y cayó al suelo. Al hacerlo, Alfred le dio un puntapié en la cabeza con una de sus pesadas botas y, por un instante, no pudo ver nada, sólo luces blancas.

Rodó por el suelo a ciegas y luchó para levantarse. Pero Alfred todavía no estaba satisfecho. Al incorporarse Jack, sintió que le agarraba. Empezó a forcejear. Ahora ya estaba aterrado. Alfred no tendría compasión. Le golpearía hasta hacerlo polvo si no conseguía escapar. En un principio, Alfred le agarraba con tal fuerza que Jack no lograba soltarse; pero al echar aquél hacia atrás el poderoso puño para golpearle de nuevo, pudo librarse al fin. Salió corriendo, y Alfred se precipitó en su seguimiento. Jack evitó un barril de cal, haciéndolo rodar delante de Alfred para impedir su persecución. La cal se derramó por el suelo. Alfred saltó sobre el barril; pero salió disparado contra un tonel de agua que se derramó a su vez. Al entrar el agua en

contacto con la cal ésta empezó a hervir y a sisear intensamente. Algunos de los constructores, cuando se dieron cuenta del desperdicio de un material costoso protestaron a gritos. Pero Alfred estaba sordo y Jack no pensaba en otra cosa que en tratar de alejarse de su hermanastro. Siguió corriendo encorvado todavía por el dolor y medio ciego por el puntapié en la cabeza.

Pegado a sus talones, Alfred alargó un pie y le puso la zancadilla. Jack cayó todo lo largo que era. Voy a morir, se dijo mientras rodaba para apartarse. Quedó debajo de una escala apoyada contra el andamio en lo alto de la construcción. Alfred se acercaba con deliberación a él. Jack se sintió como un conejo acorralado. La escala lo salvó. Al inclinarse Alfred para ponerse detrás de ella, Jack avanzó a gatas, colocándose delante de la escala, y con un impulso se lanzó a los primeros peldaños. Trepó como una ardilla.

Sintió temblar la escala al subir Alfred detrás de él. En circunstancias normales, podía ganar a Alfred corriendo; pero todavía se sentía aturdido y sin aliento. Llegó al final de la escala y se encaramó al andamio. Tropezó y cayó contra el muro. Las piedras habían sido colocadas aquella misma mañana y la argamasa aún no se hallaba seca. Al desplomarse Jack sobre ellas se estremeció toda una sección del muro; se soltaron tres o cuatro piedras y cayeron al costado. Jack pensó que iría tras ellas. Se balanceó en el borde y, al mirar hacia abajo, vio caer las grandes piedras dando tumbos, desde una altura de ochenta pies, desplomándose sobre los tejados de las viviendas colgadizas que se encontraban al pie del muro. Se enderezó con la esperanza de que en aquellas viviendas no hubiera nadie. Alfred había llegado al final de la escala y avanzaba hacia él sobre el endeble andamiaje. Alfred estaba congestionado y jadeante, con una mirada rebosante de odio. Jack no tenía duda alguna de que, en aquel estado, Alfred era capaz de matarlo. Si llega a agarrarme, se dijo Jack, me arrojará por el lado. Alfred avanzaba al tiempo que Jack retrocedía. Encontró algo blando y se dio cuenta de que era argamasa. Entonces tuvo una inspiración y, parándose de repente, cogió un puñado y lo arrojó con puntería perfecta a los ojos de Alfred. Éste, cegado, detuvo su avance y sacudió la cabeza para librarse de la argamasa. Al fin Jack tenía una posibilidad de escapar. Corrió hacia el extremo más alejado de la plataforma del andamiaje, con la intención de descender, salir como un rayo del recinto del priorato y pasar el resto del día escondido en el bosque. Pero entonces descubrió horrorizado que en el otro extremo de la plataforma no había escala alguna, porque no tocaba el suelo, estaba construido sobre viguetas introducidas dentro de mechinales en el muro. Se encontraba atrapado. Miró hacia atrás. Alfred se había quitado la argamasa de los ojos y avanzaba hacia él.

Se encontraba imposibilitado de bajar.

En el extremo sin terminar del muro, donde el presbiterio se uniría al crucero, cada hilada de albañilería era media piedra más corta que la de abajo, formando un empinado tramo de angostos escalones que, en ocasiones, utilizaban los peones más audaces como alternativa para subir a la plataforma. Con el corazón en la boca, Jack alcanzó la parte superior del muro y avanzó a lo largo, con todo cuidado aunque deprisa, intentando no ver hasta dónde caería si se escurriera. Llegó a la parte superior de la sección escalonada, se detuvo en el borde y miró hacia abajo. Sintió un ligero mareo. Echó una ojeada por encima del hombro. Alfred estaba sobre el muro siguiéndolo. Empezó a bajar.

A Jack no le cabía en la cabeza cómo era posible que Alfred se arriesgara tanto. Jamás había sido valiente. Era como si el odio hubiera entumecido su sentido del peligro. Mientras bajaban aquellos empinados y angostos escalones, Alfred iba ganando terreno a Jack, el cual se dio cuenta, cuando se encontraba a más de doce pies del suelo de que Alfred le pisaba prácticamente los talones. Desesperado, saltó por el costado del muro sobre el tejado de barda de la vivienda de los carpinteros. Volvió a saltar del tejado al suelo; pero cayó de mala manera torciéndose el tobillo, lo que le hizo rodar de nuevo. Se incorporó a duras penas. Los segundos perdidos a causa de la caída habían permitido que Alfred alcanzara el suelo y corriera hacia la vivienda. Durante un segundo, Jack permaneció en pie con la espalda contra la pared y Alfred se detuvo, calculando para ver por dónde podría atacar. Jack sufrió un momento de indecisión y terror. Luego, haciéndose a un lado entró de espaldas en la vivienda. Estaba vacía, ya que los artesanos se encontraban en pie, alrededor del barril de Enid. Sobre los bancos se veían los martillos, las sierras y los cinceles de los carpinteros, así como los trozos de madera en los que habían estado trabajando. En medio del suelo se encontraba una gran pieza de una nueva cimbra para utilizarla en la construcción de un arco. Y al fondo, contra el muro de la iglesia, ardía un gran fuego alimentado con las virutas y los desperdicios del material de los carpinteros. No había salida alguna.

Jack se volvió para hacer cara a Alfred. Estaba acorralado. Por un instante quedó paralizado por el pánico. Pero luego el miedo dio paso a la furia. *Poco me importa que me mate,* se dijo, *siempre que pueda hacer sangrar a Alfred antes de morir*. No esperó a que éste le golpeara sino que, con la cabeza baja cargó contra él. Estaba tan fuera de sí que ni siquiera utilizó los puños. Se lanzó contra su adversario con la fuerza de un toro.

Era lo último que Alfred esperaba. La frente de Jack golpeó contra su boca. Jack era dos o tres pulgadas más bajo que él y mucho más delgado.

Pese a ello, su ataque hizo retroceder a Alfred. Al recuperar Jack el equilibrio pudo ver la boca ensangrentada de Alfred y se sintió satisfecho.

Por un instante, Alfred quedó demasiado sorprendido para reaccionar con rapidez. En ese preciso momento la mirada de Jack se detuvo en un gran macho de madera que se encontraba sobre un banco. Al recuperarse Alfred y precipitarse sobre Jack, éste levantó el martillo haciéndolo girar a ciegas. Alfred lo esquivó retrocediendo y el martillo no le alcanzó. De repente, era Jack quien tenía ventaja.

Envalentonado persiguió a Alfred, percibiendo ya la sensación de la sólida madera rompiendo los huesos de su hermanastro. Esa vez descargó el golpe con todas sus fuerzas. De nuevo fue esquivado; pero lo recibió la viga que sostenía el tejado de la vivienda. No era una construcción demasiado sólida. Allí nadie vivía. Sólo servía para que las carpinteros trabajaran en ella cuando llovía. Al ser golpeada con el martillo, la viga se movió. Las paredes eran unas endebles vallas hechas con ramitas entretejidas que no prestaban el menor apoyo. El tejado de barda cedió. Alfred miró hacia arriba asustado. Jack sopesó el martillo. Alfred se echó atrás y, al tropezar con un montoncillo de madera, cayó pesadamente y quedó sentado. Jack levantó mucho el martillo para el golpe de gracia. Alguien le sujetó con fuerza los brazos. Miró alrededor y vio al prior Philip con expresión tormentosa. El monje arrancó el martillo de las manos de Jack.

Se desplomó el techo de la vivienda detrás del prior. Jack y Philip se volvieron a mirar. Al caer sobre el fuego, la barda seca se prendió al instante y un momento después ardía con fuerza.

Apareció Tom y se dirigió a los tres trabajadores que tenía más cerca.

—Tú, tú y tú, traed el tonel de agua que hay delante de la herrería. —Se volvió hacia otros tres—. Peter, Rolf, Daniel, id a buscar baldes. Y vosotros, aprendices, arrojad tierra sobre las llamas..., todos vosotros. ¡Y deprisa!

Durante los minutos que siguieron, todo el mundo se mantuvo ocupado con el fuego, y Jack y Alfred quedaron aliviados. El primero se quitó del paso y permaneció allí mirando, aturdido e impotente. Alfred también seguía allí, en pie, a cierta distancia. Jack se preguntaba incrédulo si en realidad estuvo a punto de aplastar la cabeza de Alfred con un martillo. Todo aquello parecía irreal. Todavía seguía en un estado de ofuscado sobresalto cuando la combinación de la tierra y el agua extinguieron por completo las llamas. El prior Philip permanecía allí en pie mirando aquel desastre, con la respiración entrecortada a causa del esfuerzo.

—Mira eso —dijo a Tom, muy enfadado—. Una vivienda en ruinas. El trabajo de los carpinteros echado a perder. Desperdiciado un barril de cal y destruida toda una sección de la nueva albañilería.

Jack comprendió que Tom se encontraba en dificultades. Su trabajo consistía en mantener el orden en el enclave de la construcción, y Philip le culpaba por todo aquel desastre. El hecho de que los causantes fueran los hijos de Tom empeoraba las cosas.

Tom puso la mano sobre el brazo de Philip y habló con calma.

—Nos ocuparemos de la vivienda —dijo.

Pero Philip no estaba dispuesto a mostrarse magnánimo.

—Yo me ocuparé de ella —dijo con tono tajante—. Soy el prior y todos vosotros trabajáis para mí.

—Entonces, permitid que los albañiles deliberen antes de que vos toméis decisión alguna —pidió Tom con un tono de voz tranquila y sensata—. Es posible que os hagamos una proposición que encontréis razonable. De no ser así seguiréis siendo libre de hacer lo que queráis.

Philip se mostraba reacio a permitir que la iniciativa pasara a otras manos; pero la tradición estaba de parte de Tom. Los albañiles se castigaban a sí mismos.

—Muy bien. Pero cualquiera que sea la decisión que toméis no estoy dispuesto a permitir que tus hijos trabajen aquí los dos. Uno de ellos tiene que irse —dijo Philip al cabo de una pausa. Luego, se alejó todavía furioso.

Tom, después de mirar sombrío a Jack y a Alfred, dio media vuelta y se encaminó a la vivienda más grande de los albañiles. Jack comprendió, mientras seguía a Tom, que se encontraba en una situación grave. Cuando los albañiles imponían castigos a algunos de los suyos era casi siempre por delitos como embriaguez mientras trabajaban, robo de materiales de construcción... Y tales castigos solían ser multas. Las peleas entre aprendices se resolvían, por lo general, poniendo en el cepo a ambos contendientes durante todo un día. Pero Alfred no era un aprendiz y, además, por lo general, las peleas no causaban tantos daños. La logia podía expulsar a un miembro que trabajara por menos de los salarios mínimos establecidos. También podía castigar a un miembro que cometiera adulterio con la mujer de otro albañil, pero Jack jamás tuvo noticia de nada semejante. En teoría se podía azotar a los aprendices, y aunque a veces se amenazaba con ese castigo, nunca vio que se hubiera puesto en práctica.

Los maestros albañiles abarrotaron la logia de madera, sentados en los bancos y recostados contra el muro posterior que, de hecho, era el lateral de la catedral.

—Nuestro patrón está enfadado y con motivo. El incidente ha redundado en una gran cantidad de pérdidas costosas. Y lo que todavía es peor, ha hecho caer un baldón sobre nosotros, los albañiles. Hemos de tratar con firmeza a quienes lo provocaron. Es la única manera de que recuperemos

nuestra buena reputación de constructores orgullosos y disciplinados, hombres dueños de sí mismos y también de su oficio —dijo Tom una vez que todos estuvieron dentro.

—Bien dicho —aprobó Jack Blacksmith, y hubo un murmullo de asentimiento.

—Yo sólo vi el final de la pelea —dijo Tom—. ¿Alguien la vio empezar?

—Alfred fue por el muchacho —dijo Peter Carpenter, el que aconsejó a Jack que fuera obediente y llevara a Alfred la cerveza.

—Jack tiró cerveza a la cara de Alfred —intervino un joven albañil de nombre Dan, que trabajaba para Alfred.

—Pero él había provocado al chaval —aseguró Peter—. Alfred insultó al padre natural de Jack.

Tom miró a Alfred.

—¿Lo hiciste?

—Dije que su padre era un ladrón —contestó Alfred—. Y es verdad. Por eso le ahorcaron en Shiring. El sheriff Eustace me lo dijo ayer.

—Es triste que un maestro artesano haya de morderse la lengua si a un aprendiz no le gusta lo que dice —intervino Jack Blacksmith.

Se oyó un murmullo de aprobación. Jack se dio cuenta abatido de que, fuese como fuese, no iba a salirse de rositas de aquel embrollo. *Tal vez esté condenado a convertirme en un criminal como mi padre,* se dijo. *Tal vez acabe también en la horca.*

—Pues yo digo que la cosa cambia cuando el artesano pretende adrede enfurecer al aprendiz —insistió Peter Carpenter, que al parecer se erigía en defensor de Jack.

—Aún así, hay que castigar al aprendiz —afirmó Jack Blacksmith.

—No lo niego —respondió Peter—. Sólo creo que el artesano también deberá recibir su merecido. Los maestros artesanos deberían hacer uso de la prudencia que le otorgan sus años para lograr la paz y la armonía en una construcción. Si provocan peleas, están faltando a su deber.

Aquello pareció despertar cierta aprobación; pero intervino de nuevo Dan, el partidario de Alfred.

—Sería un principio arriesgado perdonar al aprendiz porque el artesano no se muestre amable. Los aprendices siempre creen que los maestros no son amables. Si empezáis a discutir en ese sentido, resultará que los maestros nunca hablarán a sus aprendices por temor a que éstos les golpeen por mostrarse descorteses.

Aquella arenga fue acogida con mucho entusiasmo, ante el fastidio de Jack. Sólo servía para sostener que había de apoyarse sin recato la autoridad de los maestros, sin tener en cuenta lo justo o injusto del caso. Se

preguntaba cuál podría ser su castigo. No tenía dinero para pagar una multa. Aborrecía la idea de que le metieran en el cepo. ¿Qué pensaría Aliena de él? Pero todavía sería peor que le azotaran.

Pensó que acuchillaría a cualquiera que lo intentara.

—No debemos olvidar que nuestro patrón tiene también una idea muy firme sobre esto. Dice que no debemos tener trabajando a Alfred y a Jack en el mismo lugar. Uno de ellos habrá de irse —dijo Tom.

—¿No se le podría hacer cambiar de idea? —preguntó Peter.

—No —respondió Tom al cabo de una pausa en la que permaneció pensativo.

Jack se mostró sobresaltado. No había tomado en serio el ultimátum del prior Philip. Pero, al parecer, Tom sí lo había hecho.

—Si uno de ellos ha de irse, confío en que no habrá discusión acerca de quién ha de hacerlo —plantes Dan.

Era uno de los albañiles que trabajaban para Alfred y no directamente para el priorato. Por tanto si Alfred se fuera, Dan con toda probabilidad habría de irse también.

Una vez más Tom pareció pensativo.

—No, no habrá discusión —dijo y luego, mirando a Jack, añadió—: Jack deberá ser el que se vaya.

Jack comprendió que había calculado de manera desastrosa las consecuencias de la pelea. Apenas podía creer que fueran a echarle. ¿Qué sería de su vida si no trabajara en la catedral de Kingsbridge? Desde que Aliena se había retirado a su caparazón, lo único que le importaba era la catedral. ¿Cómo iba a abandonarla?

—Es posible que el priorato acepte un compromiso. Podría suspenderse a Jack por un mes —propuso Peter Carpenter.

Sí, por favor, suplicó Jack en su fuero interno.

—Demasiado flojo —alegó Tom—. Tenemos que demostrar que actuamos con firmeza. El prior Philip no se contentará con menos.

—Que así sea —dijo Peter cediendo al fin—. Pero esta catedral pierde al joven tallista de piedra de más talento que la mayoría de nosotros hemos conocido, y todo porque Alfred no ha podido tener cerrada su condenada boca.

Varios albañiles expresaron en voz alta el mismo sentimiento.

Alentado con ello, Peter siguió con su andanada.

—A ti, Tom Builder, te respeto más de lo que nunca he respetado a cualquier otro maestro constructor para los que he trabajado; pero debo decir que sientes debilidad por esa cabeza dura de hijo tuyo.

—Nada de improperios, por favor —pidió Tom—. Ajustémonos a los hechos del caso.

—Muy bien —convino Peter—. Yo digo que debe castigarse a Alfred.

—Estoy de acuerdo —asintió Tom ante la sorpresa de todos—. Alfred ha de sufrir castigo.

—¿Por qué? —preguntó éste indignado—. ¿Por pegar a un aprendiz?

—No es tu aprendiz sino el mío —respondió—. E hiciste algo más que pegarle. Le perseguiste por todo el enclave. Si le hubieras dejado irse, no se habría caído la cal, el trabajo de albañilería no se hubiera venido abajo y la vivienda de los carpinteros no habría ardido. Y podrías haberle leído la cuartilla cuando hubiera vuelto. No había necesidad de que hicieras lo que hiciste.

Los albañiles se mostraron de acuerdo.

Dan, que parecía haberse convertido en portavoz, intervino.

—Espero que no estarás proponiendo que expulsemos a Alfred de la logia. Yo, por mi parte, me opondré a ello.

—No —dijo Tom—. Ya es bastante malo perder a un aprendiz de talento. No quiero perder también a un buen albañil con una cuadrilla excelente. Alfred tiene que quedarse, pero creo que habrá que multarle.

Los hombres de Alfred parecieron aliviados.

—Una fuerte multa —intervino Peter.

—El salario de una semana —propuso Dan.

—El de un mes —dijo Tom—. Dudo que el prior se satisfaga con menos.

—A favor —exclamaron varios de los hombres.

—¿Estamos todos de acuerdo sobre esto, hermanos albañiles?

—A favor —exclamaron todos.

—Entonces comunicaré al prior nuestra decisión. Y a vosotros más os valdrá volver al trabajo.

Jack, desolado, vio cómo iban saliendo. Alfred le miró con farisaico triunfo. Tom esperó a que todo el mundo hubiera salido.

—He hecho por ti cuanto he podido —dijo a Jack—. Espero que tu madre lo comprenderá así.

—¡Tú jamás has hecho nada por mí! —explotó Jack—. No pudiste darme de comer, ni vestirme ni darme un techo. ¡Mi madre y yo éramos felices hasta que tú apareciste! ¡Y entonces empezamos a pasar hambre!

—Pero al final...

—¡Jamás me protegiste de ese animal sin seso que llamas hijo!

—Intenté...

—¡Ni siquiera hubieras tenido este trabajo si yo no hubiera prendido fuego a la vieja iglesia!

—¿Qué has dicho?

—Sí, yo prendí fuego a la vieja catedral.

Tom se quedó pálido.

—Fue a causa del rayo...

—No hubo rayo alguno. Era una noche hermosa. Y tampoco nadie encendió fogata alguna en la iglesia. Yo prendí fuego al tejado.

—Pero, ¿por qué?

—Para que pudieras tener trabajo. De lo contrario, mi madre habría muerto en el bosque.

—No, no habría...

—Tu primera mujer murió, ¿no?

Tom se puso lívido. De repente pareció envejecer. Jack comprendió que había herido profundamente a Tom. Había salido triunfante de la discusión pero probablemente había perdido a un amigo. Se sintió agriado y triste.

—Sal de aquí —musitó Tom.

Jack se fue. Casi a punto de llorar, se alejó de los altivos muros de la catedral. Su vida había quedado arrasada en cuestión de momentos. Le resultaba increíble pensar que fuera a alejarse de aquella iglesia para siempre. Al llegar a la puerta del priorato se volvió a mirar. Había estado planeando tantas cosas. Quería esculpir él solo un pórtico entero, quería convencer a Tom para que hubiera ángeles de piedra en el presbiterio, tenía un dibujo innovador para los arcos ciegos en los cruceros, el cual no había mostrado todavía a nadie. Ahora ya no podría realizar ninguna de esas cosas. Era injusto. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Hizo todo el camino hasta su casa viéndolo todo entre brumas.

Madre y Martha se encontraban sentadas a la mesa de la cocina. Madre estaba enseñando a Martha a escribir con una piedra afilada y una pizarra. Quedaron sorprendidas al verlo.

—No es posible que ya sea la hora del almuerzo —dijo Martha.

Madre leyó en la cara de Jack.

—¿Qué pasa? —le preguntó inquieta.

—He tenido una pelea con Alfred y me han expulsado de la construcción —dijo ceñudo.

—¿Expulsaron también a Alfred? —preguntó Martha.

Jack negó con la cabeza.

—¡Eso no es justo! —exclamó la hermana.

—¿Por qué os peleasteis esta vez? —preguntó madre fastidiada.

—¿Ahorcaron en Shiring a mi padre por ladrón? —preguntó Jack.

Martha lanzó una exclamación entrecortada.

Madre parecía triste.

—No era un ladrón —dijo—. Pero, sí. Lo colgaron en Shiring.

Jack estaba harto de aquellas declaraciones misteriosas sobre su padre.

—¿Por qué no habrás de decirme nunca la verdad? —se lamentó con tono salvaje.

—¡Porque me da muchísima pena! —exclamó.

Y, ante el horror de Jack, estalló en llanto.

Nunca la había visto llorar. ¡Siempre fue tan fuerte! También él estaba a punto de desmoronarse. Sin embargo se contuvo e insistió.

—Si no era un ladrón, ¿por qué lo colgaron?

—¡No lo sé! —gritó ella—. Jamás lo supe. Y él tampoco lo supo nunca. Dijeron que había robado una copa incrustada con piedras preciosas.

—¿A quién?

—De aquí..., del Priorato de Kingsbridge.

—¡Kingsbridge! ¿Le acusó el prior Philip?

—No, no. Fue mucho antes de que llegara Philip —miró a Jack a través de las lágrimas—. No empieces a preguntarme quién le acusó y por qué. No entres en ese juego. Podrías pasar el resto de tu vida intentando enderezar un daño que se hizo antes de que tú nacieras. No te he criado para que tomaras venganza. No le hagas eso a tu vida.

Jack se juró a sí mismo que algún día averiguaría más cosas, pese a lo que su madre había dicho. Pero, por el momento, sólo quería que dejara de llorar. Se sentó junto a ella en el banco y la rodeó con el brazo.

—Bien, ahora parece que la catedral ha salido de mi vida.

—¿Qué harás, Jack? —le preguntó Martha.

—No lo sé. No puedo vivir en Kingsbridge, ¿verdad?

La muchacha estaba aturdida.

—¿Y por qué no?

—Alfred ha intentado matarme y Tom me ha expulsado de las obras. No voy a vivir con ellos. De cualquier manera, ya soy un hombre. He de separarme de mi madre.

—¿Pero qué harás?

Jack se encogió de hombros.

—Sólo conozco la construcción.

—Puedes trabajar en otra iglesia.

—Supongo que es posible que llegue a sentir por otra catedral el mismo cariño que le tengo a ésta —dijo desalentado al tiempo que pensaba: *Pero jamás amaré a otra mujer como amo a Aliena.*

—¿Cómo es posible que Tom te haya hecho esto? —dijo la madre.

Jack suspiró.

—En realidad, no creo que quisiera hacerlo. El prior Philip dijo que no estaba dispuesto a permitir que Alfred y yo trabajáramos en el mismo lugar.

—¡De manera que ese condenado monje está en el fondo de todo esto! —exclamó la madre furiosa—. ¡Juro que...!

—Estaba muy enfadado por todos los perjuicios que habíamos causado.

—Me pregunto si no se le podría hacer entrar en razón.

—¿Qué quieres decir?

—Se supone que Dios es misericordioso... Tal vez también deberían serlo los monjes.

—¿Crees que he de ir a suplicar a Philip? —preguntó Jack algo asombrado ante la dirección de las ideas de su madre.

—Estaba pensando en que yo podría hablar con él —dijo Ellen.

—¿Tú?

Eso era todavía más extraño. Jack se sintió inquieto. Para que su madre estuviera dispuesta a suplicar clemencia a Philip, debía sentirse muy trastornada.

—¿Qué te parece? —le preguntó.

Jack recordó que, a juicio de Tom, Philip no se mostraría clemente. Pero, en aquel momento, la preocupación principal de su padrastro se había centrado en que la logia tomara una decisión definitiva. Como había prometido a Philip que se mostrarían firmes, no estaba entonces en situación de pedir clemencia. Pero la posición de madre era distinta. Jack empezó a sentirse algo más esperanzado. Tal vez no tuviera que irse, después de todo. Acaso podría quedarse en Kingsbridge, cerca de la catedral y de Aliena. Ya había dejado de esperar que ella pudiera amarle; no obstante, aborrecía la idea de tener que irse y no volver a verla jamás.

—Muy bien —aceptó—. Vayamos a suplicar al prior Philip. No tenemos nada que perder salvo nuestro orgullo.

Madre se puso la capa y salieron juntos, dejando a Martha sola, sentada a la mesa y con aspecto inquieto.

Jack y su madre no solían caminar juntos y, en aquel momento, quedó asombrado al darse cuenta de lo pequeña que era. Él a su lado, parecía un gigante. De repente sintió un gran cariño por ella. Siempre estaba dispuesta a luchar como un gato en su defensa. La rodeó con el brazo apretándola contra sí. Ellen le sonrió como si supiera lo que estaba pensando.

Entraron en el recinto del priorato y se encaminaron hacia la casa del prior. Madre llamó a la puerta y a continuación entró. Tom estaba allí con el prior Philip. Por la expresión de sus rostros Jack supo al punto que Tom no le había dicho que había sido Jack quien prendió fuego a la catedral vieja. Eso ya era un alivio. Probablemente no se lo diría nunca. El secreto estaba a

salvo. Tom pareció ansioso, incluso algo atemorizado, al ver a su mujer. Jack recordó lo que le había dicho: *He hecho por ti cuanto he podido. Espero que tu madre lo comprenderá así*. Sin duda recordaba que, a raíz de la última vez que Jack y Alfred se pelearon, madre dejó a Tom, el cual temía que en aquellos momentos ocurriera lo mismo.

A Jack le pareció que Philip ya no estaba enfadado. Tal vez la decisión de la logia le hubiera ablandado. Incluso daba la impresión de que se sentía un poco culpable por su dureza.

—He venido aquí a pediros que os mostréis compasivo, prior Philip —dijo madre.

Tom pareció sentirse al punto aliviado.

—Os proponéis enviar a mi hijo lejos de cuanto ama. Su casa, su familia, su trabajo —siguió diciendo madre.

Y la mujer a la que adora, pensó Jack.

—¿De veras? Creí que sólo le habían despedido de su trabajo —contestó Philip.

—Nunca ha aprendido a hacer otro tipo de oficio que el de la construcción, y en Kingsbridge no hay otra obra de ese estilo que pueda hacer. Le ha penetrado en la sangre el desafío de esa gran iglesia. Iría allá donde alguien estuviera construyendo una catedral. Marcharía a Jerusalén si allí hubiera una piedra para ser esculpida con ángeles y demonios.

¿Cómo puede saber todo eso?, se preguntó Jack. Él mismo apenas había pensado en ello; sin embargo era la pura verdad. Ellen añadió:

—Podría no volver a verlo jamás.

Al terminar de hablar, la voz de Ellen acusó un ligero temblor.

Y Jack pensó asombrado en lo mucho que debía quererle. Sabía muy bien que su madre jamás habría suplicado así de haberse tratado de ella.

Philip parecía comprenderla, pero intervino Tom.

—No podemos tener trabajando en el mismo emplazamiento a Jack y a Alfred —argumentó tozudo—. Volverán a pelearse. Tú lo sabes.

—Puede irse Alfred —sugirió ella.

Tom parecía entristecido.

—Alfred es mi hijo.

—¡Pero tiene ya veinte años y es tan mezquino como un oso! —a pesar de que la voz de su madre era firme, las lágrimas le rodaban por las mejillas—. No le importa esta catedral más que a mí, sería felicísimo construyendo casas para carniceros o panaderos en Winchester o en Shiring.

—La logia no puede expulsar a Alfred y retener a Jack —razonó Tom—. Además, ya se ha tomado la decisión.

—¡Pero es una decisión equivocada!

—Es posible que haya otra solución —intervino Philip.

Todos se quedaron mirándolo.

—Puede ser que exista otra manera de que Jack se quede en Kingsbridge, e incluso que se dedique a la catedral, sin el continuo temor de enfrentarse a Alfred.

Jack se preguntaba qué se le vendría encima. Era demasiado bueno para ser verdad.

—Necesito a alguien que trabaje conmigo —siguió diciendo Philip—. Paso demasiado tiempo tomando decisiones de menor importancia sobre la construcción. Me hace falta una especie de ayudante que desempeñe el papel de oficial de las obras. Él se ocuparía de casi todo, dejándome a mí tan sólo las cuestiones más importantes. También administraría el dinero y las materias primas, ocupándose de los pagos a suministradores y carreteros, así como de los salarios. Jack sabe leer y escribir, y también sumar con más rapidez que nadie que yo haya conocido...

—Y conoce todos los aspectos de la construcción —intervino Tom—. Yo me he ocupado de que así fuera.

La mente de Jack giraba vertiginosa. ¡Después de todo podía quedarse! No estaría esculpiendo la piedra sino ocupándose de todo el proyecto en nombre de Philip. Era una proposición asombrosa. Se relacionaría con Tom en plan de igualdad. Sabía que era capaz de hacerlo. Y Tom también.

Sólo había un obstáculo y Jack lo expuso sin rebozo.

—No puedo vivir con Alfred por más tiempo.

—De cualquier manera ya es hora de que Alfred tenga casa propia. Tal vez si nos dejara se dedicaría con más ahínco a buscar una esposa —intervino Ellen.

—Siempre encuentras motivos para librarte de Alfred —dijo enfadado Tom—. ¡No voy a echar a mi hijo de casa!

—Ninguno de vosotros me ha entendido —declaró Philip—. No habéis comprendido del todo mi proposición. Jack no vivirá con vosotros.

Hizo una pausa. Jack adivinó lo que se avecinaba y fue el último y mayor sobresalto del día.

—Jack habrá de vivir aquí, en el priorato —explicó el monje.

Se quedó mirándolos con el entrecejo levemente fruncido, como si no entendiera que aún no se hubiesen dado cuenta de lo que quería decir.

Jack le había comprendido muy bien. Recordó a su madre diciendo en la Noche de San Juan del año anterior: *ése astuto prior tiene buena maña para salirse con la suya, a fin de cuentas*. Madre tenía razón. Philip renovaba la proposición que hizo entonces. La oferta que se hacía a Jack era inflexible.

Podía irse de Kingsbridge y abandonar cuanto amaba o quedarse y perder su libertad.

—Claro que mi oficial de obras no puede ser un laico —terminó diciendo con el tono de quien expresa algo evidente—. Jack habrá de profesar.

5

Durante la noche anterior a la Feria del vellón de Kingsbridge, Philip permaneció levantado como de costumbre, después de los oficios sagrados de medianoche; pero, en lugar de leer y meditar en su casa, dio una vuelta por el recinto del priorato. Era una cálida noche estival con el cielo despejado. Había luna y podía ver sin necesidad de linterna.

Todo el recinto se encontraba invadido por la feria, salvo los edificios monásticos y los claustros, que eran sagrados. En cada una de las esquinas, habían sido cavados unos grandes pozos para letrinas, con la intención de que el resto del recinto no llegara a estar fétido y, al propio tiempo, se habían cubierto las letrinas, a fin de salvaguardar la sensibilidad de los monjes. Se habían colocado centenares de puestos. Los más sencillos consistían en unos toscos tableros de madera sobre unos caballetes. Pero la mayoría era cosa más elaborada. Tenían un cartel con el nombre del propietario y unos dibujos de sus productos, una mesa aparte para pesar y una especie de alacena o cobertizo para guardar las mercancías. Algunos de los puestos tenían tiendas incorporadas, bien para resguardarse de la lluvia o para llevar a cabo los negocios en privado. Los más refinados eran pequeñas casas, con grandes zonas de almacenamiento, varios mostradores, así como mesas y sillas para que el mercader ofreciera hospitalidad a sus clientes más importantes. Philip había quedado sorprendido cuando, con toda una semana de antelación, llegaron los carpinteros del primero de los mercaderes y pidieron que les enseñaran dónde iba a instalarse el puesto. Tardaron cuatro días en construir todo el complejo y dos en almacenar las mercancías.

En un principio, Philip había proyectado instalar los puestos formando dos anchas avenidas en la parte oeste del recinto, más o menos como los puestos del mercado semanal. Pero pronto se dio cuenta de que no sería suficiente. Esas dos avenidas de puestos habían tenido que prolongarse también a todo lo largo de la parte norte de la iglesia, y luego por todo el extremo este del recinto hasta la casa de Philip. Y todavía había más puestos en el interior de la iglesia sin terminar, las naves, entre los pilones. Ni que decir tiene que los propietarios de los puestos no eran todos mercaderes en lanas. En una feria se vendía de todo, desde pan bazo hasta rubíes.

Philip caminó entre las largas hileras iluminadas por la luna.

Como era natural, ya estaban todas preparadas. No se permitiría la instalación de ningún otro puesto. La mayoría de ellos tenían también almacenados sus artículos. El priorato había cobrado ya más de diez libras por derechos e impuestos. Las únicas cosas que ese día podían llevarse a la feria eran platos recién cocinados, pan, empanadas calientes y manzanas asadas. Incluso los barriles de cerveza se habían llevado el día anterior.

Mientras Philip recorría todo aquello, le observaban docenas de ojos entreabiertos y le saludaban frecuentes gruñidos somnolientos. Los propietarios de los puestos no estaban dispuestos a dejar sin vigilancia sus preciosas mercancías. La mayoría de ellos dormían en sus puestos, y los mercaderes más acaudalados dejaban sirvientes de guardia.

Philip no sabía con exactitud el dinero que podría obtener con la feria; pero estaba garantizado que sería un éxito y tenía esperanzas de que su rendimiento superaría en mucho su cálculo inicial en veinticinco libras. Durante los últimos meses, hubo momentos en los que había temido que la feria nunca llegara a celebrarse. La guerra civil se prolongaba sin que Stephen o Maud lograran imponerse. Pero su licencia no había sido revocada. William Hamleigh había recurrido a diversas tretas para sabotear la feria. Había dicho al sheriff que la prohibiera, y éste había pedido autorización para hacerlo a uno de los dos monarcas rivales. Pero no lo había logrado. William había prohibido a sus arrendatarios que vendieran lana en Kingsbridge. Sin embargo como quiera que la mayoría de éstos estaban acostumbrados a venderla a mercaderes como Aliena y no a comercializarla por sí mismos, el resultado de la prohibición fue un aumento en los negocios de la joven. Por último, anunció que reducía los derechos e impuestos de la Feria del Vellón de Shiring al mismo nivel que los que cobraba Philip. Pero la comunicación llegó muy tarde, pues los compradores y vendedores importantes habían hecho ya sus planes.

Ahora ya, en el cielo que se veía ya iluminarse por oriente en la mañana del gran día, William no podía poner en práctica ninguna de sus argucias. Los vendedores se encontraban instalados con sus mercancías y dentro de poco empezarían a llegar los compradores. Philip pensó que William acabaría descubriendo que la Feria del Vellón de Kingsbridge había perjudicado a la de Shiring menos de lo que él había temido. Parecía que las ventas de lana aumentaban cada año sin interrupción. Y había negocio suficiente para dos ferias.

Recorrió todo el recinto hasta la esquina suroeste, donde se encontraban los molinos y el vivero. Permaneció allí un rato viendo el agua fluir entre los dos molinos silenciosos. En la actualidad, uno de ellos se utilizaba exclusivamente para abatanar el paño, lo cual producía un buen dinero. Eso

se lo debían al joven Jack. Tenía un gran ingenio. Sería una buena baza para el priorato. Parecía haberse adaptado bien al noviciado aun cuando mostrara tendencia a considerar los oficios sagrados como consecuencia de la construcción de la catedral, cuando en realidad era lo contrario. Sin embargo ya aprendería. La vida monástica ejercía una influencia santificadora. Philip creía que Dios tenía un propósito para Jack. En lo más recóndito de su mente, alimentaba una esperanza secreta a largo plazo, la de que un día Jack llegase a ocupar su puesto como prior de Kingsbridge.

Jack se levantó con el alba y salió del dormitorio antes del oficio de prima para hacer un último recorrido de inspección al enclave de la construcción. El aire de la mañana era fresco y claro, como las aguas puras de un manantial. Sería un día cálido y soleado, bueno para los negocios y bueno para el priorato. Caminó alrededor de los muros de la catedral, asegurándose de que todas las herramientas y trabajos en marcha estuvieran bien guardados y a salvo en las logias.

Tom había construido unas ligeras vallas alrededor de la madera y la piedra almacenadas, a fin de proteger las materias primas contra los daños accidentales por parte de visitantes descuidados o embriagados. Tampoco querían que alborotador alguno trepara por la estructura, por lo que las escalas habían sido guardadas, las escaleras de caracol adosadas a los muros fueron cerradas con puertas provisionales, y los planos inclinados de las paredes construidas en parte, fueron obstaculizados con grandes bloques de madera. Algunos de los maestros artesanos patrullarían por el recinto a lo largo del día para asegurarse de que no tenía lugar accidente alguno.

Jack siempre se las arreglaba, de una manera o de otra, para pasar por alto muchos de los oficios sagrados. No sentía la aversión de su madre por la religión católica; pero se mostraba un tanto indiferente a ella. No le entusiasmaba en modo alguno, aunque se hallaba dispuesto a tomar parte en cuanto a ella se refería, si eso servía a sus propósitos. Se aseguraba de asistir todos los días al menos a un oficio, por lo general a alguno celebrado por el prior Philip o por el maestro de novicios, que eran los dos monjes con más probabilidades de percatarse de su presencia o de su ausencia. No hubiera podido soportarlo de haber tenido que asistir a todos ellos. Ser monje era el estilo de vida más extraño y perverso que cabía imaginar. Se pasaban la mitad de su vida sometiéndose a dolores e incomodidades que podían evitarse con facilidad, y la otra mitad farfullando galimatías sin sentido, en iglesias vacías, a todas las horas del día y la noche. Rehuían de forma deliberada todo cuanto fuera agradable: chicas, deportes, fiestas y vida familiar. Sin embargo, Jack había observado que, entre ellos, los monjes que parecían más felices habían encontrado, por lo general, algo que les producía

una profunda satisfacción. Ilustrar manuscritos, escribir historia, cocinar, estudiar filosofía o, como Philip, convertir a Kingsbridge de una aldea somnolienta en una ciudad con catedral rebosante de vida.

A Jack no le gustaba Philip, aunque sí trabajar con él. No sentía simpatía por los hombres profesionales de Dios, en lo que coincidía con su madre. Le incomodaba la devoción de Philip, le disgustaba su idea fija de no caer en pecado y desconfiaba de su tendencia a creer que Dios se ocuparía de aquello que Philip no era capaz de solucionar. Pese a todo, trabajar con Philip resultaba muy satisfactorio. Sus órdenes eran claras, dejaba a Jack en libertad para tomar sus propias decisiones y jamás culpaba a sus servidores de sus propios errores.

Sólo hacía tres meses que Jack era novicio, de manera que no se le pediría que pronunciara los votos hasta dentro de otros nueve. Los tres votos eran pobreza, obediencia y castidad. El de pobreza no era lo que parecía. Los monjes no tenían pertenencias personales y tampoco dinero propio, pero vivían más bien como señores que como campesinos. Disfrutaban de buena comida, de ropa caliente y de hermosas casas de piedra para vivir. La castidad no era problema, se dijo Jack con amargura. Había obtenido una cierta satisfacción al decir personalmente y con frialdad a Aliena que entraba en el monasterio. Ella pareció sobresaltarse y sentirse culpable. Y ahora, siempre que sentía esa irritabilidad inquieta que se experimentaba con la falta de compañía femenina, solía pensar en cómo le había tratado Aliena, sus encuentros secretos en el bosque, las veladas en las noches de invierno, las dos veces que la había besado, para recordar luego la repentina transformación de ella en un ser duro y frío como una roca. Al pensar en ello, sentía que nunca querría tener nada que ver con mujeres. Sin embargo, sabía ya de antemano que le resultaría en extremo difícil cumplir con el voto de obediencia. Estaba contento de aceptar las órdenes de Philip, que era inteligente y buen organizador; pero se le hacía muy cuesta arriba obedecer a Remigius, el estúpido sub-prior, al maestro de invitados siempre embriagado, o al pomposo sacristán.

No obstante, estaba pensando en pronunciar votos. No tendría por qué cumplirlos. Lo único que le importaba era levantar la catedral. Los problemas de los suministros, la construcción y la administración le absorbían por completo. Un día podía estar ayudando a Tom a encontrar la manera de comprobar que el número de piedras que llegaban al emplazamiento era el mismo que el que las que salían de la cantera, un problema complejo ya que el tiempo del viaje variaba entre dos y cuatro días, de manera que no era posible establecer sencillamente una cuota diaria. Otro día, los albañiles podían quejarse de que los carpinteros no estaban haciendo las cimbras como

correspondía. Y lo que presentaba un mayor desafío eran los problemas de ingeniería, como levantar toneladas de piedra hasta la parte superior de los muros utilizando la maquinaria provisional sujeta a los endebles andamiajes. Tom Builder discutía todas aquellas cosas con Jack en un plan de igualdad. Parecía haber olvidado la furiosa acusación de su hijastro cuando le dijo que nunca había hecho nada por él. Tom se comportaba como si hubiera olvidado la revelación de que fue Jack quien prendió fuego a la vieja catedral. Ambos trabajaban juntos animosos y los días pasaban rápidos. Incluso durante los tediosos oficios, Jack tenía la mente ocupada en alguna cuestión más o menos enrevesada de la construcción o la planificación. Aumentaban con rapidez sus conocimientos. En lugar de pasar años esculpiendo piedras, estaba aprendiendo el diseño de la catedral. No se podía encontrar nada mejor si se quería ser maestro constructor. Para lograrlo, Jack estaba dispuesto a bostezar durante una serie infinita de maitines de medianoche.

El sol empezaba a apuntar por el muro este del recinto del priorato. Todo estaba en orden. Los propietarios de los puestos que habían pasado la noche con ellos, empezaban a recoger los trastos de dormir y a sacar su mercancía. Pronto aparecerían los primeros clientes. Una panadera pasó junto a Jack llevando sobre la cabeza una bandeja con hogazas recién horneadas. Al chico se le hizo la boca agua al aspirar el aroma del pan caliente. Dio media vuelta, regresó al monasterio y se dirigió al refectorio donde pronto servirían el desayuno. Los primeros en llegar fueron las familias de los propietarios de puestos y las gentes de la ciudad, todos curiosos por ver la primera Feria del Vellón de Kingsbridge; ninguno iba demasiado interesado en comprar. La gente ahorrativa había llenado los estómagos con pan bazo y gachas antes de salir de casa, por lo que no se sentían tentadas por los manjares fuertemente condimentados y de alegres colores que se ofrecían en algunos puestos de comidas. Los niños pululaban por doquier con mirada asombrada, deslumbrados por tantas cosas deseables. Una prostituta optimista y madrugadora, con los labios muy rojos y rojas botas también, iba de un lado a otro sonriendo esperanzada a los hombres de mediana edad; pero a aquella hora el ambiente no era receptivo.

Aliena lo observaba todo desde su puesto, que era uno de los más grandes. En las últimas semanas le había sido entregada la cosecha completa de algodón de todo el año del priorato de Kingsbridge. Y también, como siempre hacía, había estado comprando a granjeros. Ese año había encontrado más vendedores de lo habitual porque William Hamleigh había prohibido a sus arrendatarios vender en la feria de Kingsbridge, por lo que habían vendido toda su lana a los mercaderes. Y, entre ellos, Aliena era la que había hecho más negocio porque estaba establecida en Kingsbridge, que

era donde se celebraba la feria. Hasta tal punto había hecho negocio que se quedó sin dinero de tanto que había comprado y hubo de pedir prestadas a Malachi cuarenta libras para seguir adelante. Ahora, en el almacén instalado en la parte trasera de su puesto, tenía ciento sesenta sacos de vellón, producto de cuarenta mil ovejas, que le habían costado más de doscientas libras; pero que vendería por trescientas, dinero más que suficiente para pagar durante un siglo los salarios de un albañil especializado. El franco florecimiento de su negocio la asombraba a ella misma siempre que pensaba en las cifras.

No esperaba ver a sus compradores antes del mediodía. Sólo acudirían cinco o seis de ellos. Todos se conocían entre sí y ella conocía a casi todos de años anteriores. Ofrecería a cada uno una copa de vino y pasarían un rato sentados hablando. Luego enseñaría su lana al cliente, que pediría que abriera uno o dos sacos, desde luego nunca el primero del montón. El hombre hundiría la mano en el saco y la sacaría con un puñado de lana. Cardaría los mechones para establecer su longitud, los frotaría entre el índice y el pulgar para probar su suavidad y los olisquearía.

Por fin le ofrecería comprarle todas sus existencias por un precio ridículamente bajo y Aliena rechazaría la oferta. Ella, a su vez, le diría el precio que quería y el cliente menearía la cabeza. Luego, tomarían otro vaso de vino.

Aliena practicaría el mismo ritual con otro comprador. Ofrecería almuerzo a cuantos se encontrasen en el puesto a mediodía. Alguno le ofrecería llevarse una gran cantidad de lana a un precio no mucho más alto que el que Aliena había pagado por ello. Le respondería bajando una pizca su precio de venta. A primera hora de la tarde empezaría a cerrar tratos. El primero lo haría a un precio más bien bajo. Los otros mercaderes le pedirían que tratara con ellos al mismo precio pero Aliena se negaría. A lo largo de la tarde, su precio iría subiendo. Si lo hiciera demasiado deprisa, los negocios marcharían lentos y, mientras tanto, los mercaderes calcularían cuanto tiempo les costaría cubrir sus cuotas en otra parte. Solía cerrar los tratos uno por uno, y los sirvientes de sus clientes empezarían a cargar los grandes sacos de lana en las carretas, tiradas por bueyes, con sus enormes ruedas de madera. Mientras Aliena pesaba las bolsas de libra llenas con peniques de plata y florines holandeses.

No cabía duda alguna de que ese día iba a recoger más dinero del que jamás obtuvo antes. Tenía el doble para vender y los precios de la lana se hallaban en alza. Pensaba comprar de nuevo por anticipado la cosecha de un año de Philip, y tenía el secreto propósito de construirse una casa de piedra, con sótanos espaciosos para almacenar lana, un salón elegante y confortable

y, en la parte de arriba, un bonito dormitorio para ella. Tenía su futuro asegurado y confiaba en ser capaz de mantener a Richard el tiempo que él la necesitara. Todo era perfecto. Por eso mismo era tan extraño que se sintiera tan desgraciada.

Hacía casi cuatro años que Ellen regresó a Kingsbridge, y habían sido los mejores cuatro años de la vida de Tom. El dolor por la muerte de Agnes se había ido amortiguando en una pena lejana y sorda. No le había abandonado pero ya no tenía aquella embarazosa sensación de estar a punto de romper a llorar de cuando en cuando sin motivo aparente. Todavía seguía manteniendo conversaciones imaginarias con ella, en las que le hablaba de los hijos, del prior Philip y de la catedral. Pero estas conversaciones eran ya menos frecuentes. Su recuerdo agridulce no empañaba su amor por Ellen.

Era capaz de vivir en el presente. Ver a Ellen y tocarla, hablar con ella y dormir con ella era un gozo permanente.

El día de la pelea entre Jack y Alfred se había sentido muy herido cuando Jack le dijo que jamás se había ocupado de él. Esa acusación había llegado incluso a relegar la aterradora revelación de que había sido Jack quien prendió fuego a la vieja catedral. Durante semanas, le había estado agobiando aquella acusación pero había llegado al fin a la conclusión de que Jack estaba equivocado. Tom lo había hecho lo mejor que pudo y supo y ningún otro hombre habría podido hacer más. Tras llegar a esa certeza, dejó de preocuparse.

La construcción de la catedral de Kingsbridge era el trabajo más satisfactorio que jamás había hecho. Él era el responsable del diseño y de su ejecución. Nadie se interfería en su tarea y tampoco cabría culpar a nadie si las cosas fueran mal. A medida que se alzaban los potentes muros, con sus arcos rítmicos, sus elegantes molduras y sus cinceladuras individuales, podía mirar en derredor suyo y pensar: Esto lo hice yo y lo hice bien.

Parecía muy lejana aquella pesadilla suya de que un día podía volver a encontrarse en los caminos sin trabajo, sin dinero y sin posibilidad de alimentar a sus hijos, ya que ahora tenía un pesado cofre lleno de peniques de plata hasta reventar oculto bajo la paja de su cocina. Aún se estremecía al recordar aquella noche glacial cuando Agnes dio a luz a Jonathan y murió. Pero estaba seguro de que nada parecido volvería a suceder. A veces se preguntaba por qué Ellen y él no tenían hijos. Ambos habían demostrado ser fértiles en el pasado y eran más que frecuentes las oportunidades de que ella se quedara encinta ya que, al cabo de cuatro años, seguían haciendo el amor casi cada noche. Sin embargo, ello no era motivo de pesar para él. El pequeño Jonathan era la niña de sus ojos.

Por antigua experiencia, sabía que la mejor manera de disfrutar de una feria era con un niño pequeño; de manera que, alrededor del mediodía, al empezar la gran afluencia de la gente, buscó a Jonathan, el cual era ya casi una atracción de por sí, vestido con su hábito en miniatura. Hacía poco, quiso que le afeitaran la cabeza y Philip, que sentía tanto cariño por el niño como Tom, lo había permitido, con el resultado de que ahora parecía más que nunca un diminuto monje. Entre la gente, había varios enanos auténticos, haciendo trucos y mendigando. Jonathan se sintió fascinado con ellos. Tom se apresuró a alejarlo, ya que uno de ellos estaba atrayendo a buen número de mirones al exhibir su pene de tamaño nada enano. Había titiriteros, acróbatas y músicos que actuaban y luego pasaban el sombrero. Adivinos, sacamuelas y prostitutas en busca de cándidos. Y también pruebas de fuerza, concursos de lucha y juegos de azar. Las gentes vestían sus ropas de colores más llamativos y quienes podían permitírselo se empapaban de aromas y se abrillantaban el pelo. Todos parecían tener dinero para gastar y se oía sin cesar el tintineo de la plata.

Estaba a punto de empezar el espectáculo de acosar al oso. Jonathan nunca había visto un animal semejante y estaba como hipnotizado. La capa del animal, de un marrón grisáceo, mostraba cicatrices en varias partes, señal de que había sobrevivido al menos a una prueba anterior. Alrededor del cuerpo, llevaba una pesada cadena que estaba sujeta a un poste muy bien clavado en el suelo. El oso daba vueltas a cuatro patas hasta donde le alcanzaba la cadena, mirando furibundo al gentío que esperaba. Tom tuvo la impresión de que en los ojillos del animal se había encendido una mirada aviesa. Si fuera jugador habría apostado por el oso.

A un lado, había un gran cofre cerrado del que llegaban unos ladridos frenéticos. Allí se encontraban los perros y podían oler a su enemigo. De cuando en cuando, el oso dejaba de moverse, miraba hacia el cofre y gruñía. Entonces los ladridos se volvían histéricos. El propietario de los animales estaba recogiendo apuestas. Jonathan empezaba a impacientarse y Tom se hallaba a punto de alejarse cuando, al fin, el guardián del oso quitó el cerrojo al cofre. El oso se puso de manos con la cadena tensa y gruñó. El guardián gritó algo y abrió el cofre.

De él saltaron cinco lebreles. Eran ligeros y rápidos de movimientos y sus hocicos abiertos mostraban unos dientes pequeños y agudos. Todos se lanzaron sobre el oso, el cual les sacudió con sus macizas patas. Alcanzó a uno de los perros y lo lanzó al aire. Entonces los otros retrocedieron.

El gentío se acercó más. Tom vigiló a Jonathan. Vio que estaba en primera fila; pero, aun así, muy lejos del alcance del oso. Éste fue lo bastante listo para retroceder hasta la estaca dejando la cadena floja, de manera que,

si se lanzaba hacia delante, no hubiera de pararse en seco. Pero los perros también hicieron gala de su inteligencia. Después de su desbordado ataque inicial, se reagruparon y se colocaron en círculo. El oso se movió de un lado a otro con agitación, intentando captar todos los canes a la vez.

Uno de los perros se lanzó contra él ladrando con fiereza. El oso le salió al encuentro e intentó fustigarle. El perro retrocedió rápido y quedó fuera de su alcance. Los otros cuatro se lanzaron desde todas direcciones. El oso iba de un lado a otro tratando de barrerlos. El gentío vitoreó cuando tres de los perros hincaron los dientes en las ancas del oso, que se levantó sobre las patas traseras lanzando un alarido de dolor y sacudiéndoselos. Los perros se pusieron rápidamente fuera de su alcance.

Intentaron poner en práctica una vez más la misma táctica. Tom pensó que el oso iba a caer de nuevo en la trampa. El primer perro se lanzó rápido poniéndose a su alcance, el oso avanzó hacia él y entonces el can retrocedió. Pero, al precipitarse los demás, el oso ya estaba en guardia, se volvió rápido y se lanzó hacia el más cercano y le alcanzó en un costado con su zarpa. La multitud vitoreó tanto al oso como lo había hecho con el perro. Las afiladas garras del oso desgarraron la sedosa piel dejando tres surcos profundos y ensangrentados. El perro aulló lastimero y se retiró de la lucha para lamerse las heridas. El gentío se mofó y abucheó.

Los cuatro perros restantes rodearon al oso con cautela, haciendo algunos rápidos avances, aunque retrocediendo antes del punto de peligro. Alguien inició un lento aplauso. Entonces uno de los perros atacó de frente. Se precipitó como un rayo y, metiéndose por debajo de las defensas del oso, se lanzó a su garganta. La gente enloqueció. El perro clavó sus dientes blancos y afilados en el cuello macizo del oso. Los otros perros atacaron a su vez. El oso retrocedió, tratando de sacudir con la zarpa a su atacante. Luego, se tumbó y rodó. Por un momento, Tom no pudo saber lo que ocurría, sólo se veía un montón de piel. Después, tres perros se apartaron y el oso se incorporó y quedó en pie sobre las cuatro patas, dejando en tierra a un perro muerto por aplastamiento.

La gente quedó tensa. El oso había eliminado a dos perros; pero sangraba por el dorso, el cuello y las patas traseras, y parecía asustado. La atmósfera estaba impregnada de olor a sangre y a sudor de los espectadores. Los perros dejaron de ladrar y empezaron a dar vueltas en silencio alrededor del oso. Ellos también parecían atemorizados, sin embargo, tenían el sabor a sangre en la boca y ansiaban matar. Su ataque se inició para luego retroceder. El oso, desganado, intentó alcanzarlo y luego se volvió rápido para hacer frente al segundo perro. Pero esta vez también ése cortó en seco su avance y se puso fuera del alcance del oso. Y entonces el tercer perro hizo

lo mismo. Los perros se lanzaban y retrocedían por turno, manteniendo al oso en constante movimiento. A cada impulso, se acercaban algo más y las zarpas del oso estaban más próximas para agarrarlos. Los espectadores podían darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, aumentando su excitación. Jonathan seguía en primera fila del gentío, a sólo unos pasos de Tom con expresión asombrada y algo asustado. Tom volvió de nuevo los ojos a la lucha en el preciso momento en que el oso apartaba de un zarpazo a uno de los perros mientras que otro se metía entre sus patas traseras y atacaba feroz su blando vientre. El oso hizo un ruido semejante a un chillido. El perro salió de entre sus patas y escapó. Otro de los perros se precipitó hacia el oso. Éste intentó barrerlo fallando sólo por unas pulgadas. Y entonces el mismo perro le volvió a atacar por el vientre. Esta vez al escapar el perro había infligido al oso una gran herida que le hacía sangrar por el abdomen. El oso retrocedió y volvió a ponerse a cuatro patas. Por un momento, Tom pensó que aquello había terminado; pero se equivocaba. Al oso aún le quedaban fuerzas para luchar. Al precipitarse contra el siguiente perro, el oso hizo un amago de ataque, volvió la cabeza, vio llegar al segundo perro y volviéndose con sorprendente rapidez, le descargó un poderoso golpe que le envió volando por los aires. La muchedumbre rugió entusiasmada. El perro aterrizó como un saco de carne. Tom lo miró un instante. Todavía vivía pero parecía incapaz de moverse. Tal vez se hubiera roto la espina dorsal. El oso le ignoró, ya que se encontraba fuera de su alcance, así como incapacitado para la acción.

Ahora ya sólo quedaban dos perros. Ambos se ponían veloces al alcance del oso y se retiraban con la misma rapidez, repitiéndolo varias veces, hasta que las arremetidas del oso fueron perdiendo fuerza. Entonces los perros empezaron a moverse en círculos a su alrededor, cada vez con mayor rapidez. El oso se movía a un lado y a otro intentando no perder de vista a ninguno de ellos. Agotado y sangrando con profusión, apenas podía tenerse en pie. Los perros siguieron girando a su alrededor en círculos cada vez más cerrados. La tierra bajo las poderosas patas del oso se había transformado en barro enrojecido debido a toda aquella sangre. Cualquiera que fuese el resultado, aquello llegaba a su fin. Por último, los dos perros atacaron a la vez. Uno se lanzó a la garganta y el otro al vientre del oso. Con un último y desesperado zarpazo el oso desgarró al perro que se aferraba a su garganta. Brotó un espantoso surtidor de sangre. El gentío lanzó un aullido de aprobación. En un principio, Tom pensó que el perro había matado al oso, pero había sido al revés, la sangre era del perro que en ese momento caía al suelo con la garganta abierta. Siguió brotándole la sangre por un momento y luego se cortó. Había muerto. Pero, entretanto, el último perro había

desgarrado el vientre del oso y empezaba a salírsele las entrañas. Cargó débilmente contra el perro. Éste evadió con facilidad el golpe y atacó de nuevo, arrancando los intestinos al oso, que vaciló y pareció a punto de caer. El rugido de la gente fue in crescendo. Las entrañas del oso esparcían un repulsivo olor. El animal hizo acopio de fuerzas y atacó de nuevo al perro. El golpe dio en el blanco y el perro saltó de costado, brotándole la sangre de una herida en el lomo. Se trataba, no obstante, de una herida superficial, y el perro sabía que el oso estaba acabado, así que volvió al ataque mordiéndole las entrañas hasta que el inmenso animal cerró los ojos y se desplomó muerto en el suelo.

El guardián se adelantó y cogió por el collar al perro victorioso. El carnicero de Kingsbridge y su aprendiz salieron de entre la multitud y empezaron a despedazar al oso para obtener su carne. Tom supuso que había acordado un precio con el guardián por anticipado. Los apostadores que habían ganado pedían que se les pagara. Todo el mundo quería dar palmadas al perro victorioso. Tom buscó a Jonathan. Había desaparecido.

Durante todo el espectáculo, el niño permaneció a un par de yardas de él. ¿Cómo se las había arreglado para desaparecer? Debió de ser cuando el espectáculo había llegado a su punto culminante, concentrando toda la atención de Tom. Ahora estaba furioso consigo mismo. Buscó entre la gente. Tom pasaba una cabeza a casi todo el mundo, y Jonathan resultaba fácil de localizar con su hábito en miniatura y su cabeza rapada. Pero no se le veía por parte alguna.

En realidad, el niño no corría verdadero peligro dentro del recinto del priorato; pero podía toparse con cosas que el prior Philip preferiría que no viera, como por ejemplo a las prostitutas dando satisfacción a sus clientes contra el muro. Mientras miraba en derredor, Tom alzó la vista hacia el andamiaje instalado a gran altura en la catedral y allí descubrió horrorizando una pequeña figura con hábito monacal. Por un instante le embargó el pánico. Hubiera querido gritarle: *¡No te muevas! ¡Te caerás!* Pero sus palabras se hubieran perdido entre el barullo de la feria. Se abrió paso a trompicones en dirección a la catedral. Jonathan corría a lo largo del andamio concentrado en un juego imaginario, sin darse cuenta del peligro que corría de resbalar y caer desde ochenta pies de altura, lo que representaba matarse.

Tom sintió la garganta oprimida por el terror.

El andamio no se apoyaba en el suelo sino en pesadas vigas encajadas en agujeros hechos a tal propósito en lo alto de los muros. Aquellos maderos sobresalían seis pies más o menos. Sobre ellos, en posición horizontal, se habían colocado y atado maderas macizas y, encima de ellas a su vez, caballetes hechos con vástagos flexibles y junquillos tejidos. Al andamiaje se

llegaba habitualmente por las escaleras de piedra en espiral construidas en los gruesos muros. Pero ese día las escaleras estaban cerradas. ¿Cómo podía pues haber subido Jonathan? Tampoco había escalas. Él se había ocupado de eso, y Jack lo había comprobado, para mayor seguridad. El niño debía de haber ascendido por el extremo escalonado del muro sin terminar. El paso se había interceptado con madera para que nadie pudiera acceder al interior; pero Jonathan debió de haber trepado por los bloques. El niño rebosaba seguridad en sí mismo. Pero, de todas maneras, solía caerse al menos una vez al día.

Tom llegó al pie del muro y miró temeroso hacia arriba. Jonathan jugaba feliz a ochenta pies de altura. Sintió que se le helaba la sangre.

—¡Jonathan! —gritó a pleno pulmón.

Las gentes que había por allí se sobresaltaron y miraron hacia arriba para ver a quién gritaba. Al descubrir al niño en el andamiaje, le señalaron a sus amigos. En seguida se formó un pequeño grupo.

Jonathan no había oído a Tom.

—¡Jonathan! ¡Jonathan! —volvió a gritar Tom haciendo bocina con las manos.

Esa vez el niño le oyó. Miró hacia abajo, vio a Tom y agitó la mano.

—¡Baja! —le gritó Tom.

Jonathan estaba a punto de obedecerle pero cambió de idea al mirar el muro sobre el que tendría que andar y el empinado tramo de escalones que habría de bajar.

—¡No puedo! —gritó a su vez, y su aguda voz planeó hasta la gente que estaba abajo.

Tom comprendió que habría de subir para cogerlo.

—No te muevas de donde estás hasta que yo llegue —voceó.

Apartó los bloques de madera de los primeros peldaños y subió al muro.

En la parte inferior, tenía cuatro pies de ancho; pero a medida que se elevaba iba estrechándose. Tom ascendía sin precipitación. Se sintió tentado de apresurarse; pero se forzó a mantener la calma. Al mirar hacia arriba, vio a Jonathan sentado en el borde del andamio balanceando sus piernecillas en el profundo vacío. En lo alto del todo, el muro sólo tenía dos pies de ancho. Aun así, había espacio suficiente para caminar, siempre que se tuvieran nervios de hierro. Y Tom los tenía. Avanzó a lo largo del muro, saltó al andamio y cogió a Jonathan en brazos. Sintió un profundo alivio.

—Eres un chico muy bobo —le dijo pero su voz rebosaba cariño y Jonathan lo abrazó con fuerza.

Al cabo de un momento, Tom miró hacia abajo. Divisó un sinfín de caras mirando hacia arriba. Había unas cien personas o más siguiendo sus evoluciones. Debían creer que se trataba de otro espectáculo como el del oso.

—Muy bien, ahora vamos a bajar —dijo Tom a Jonathan; lo dejó sobre el muro y dijo—: Andando. Yo iré detrás de ti, así que no te preocupes.

Jonathan no estaba en modo alguno convencido.

—Tengo miedo —dijo.

Alargó los brazos para que Tom le cogiera y, al vacilar éste, rompió a llorar.

—Muy bien, yo te llevaré —asintió Tom.

No estaba muy satisfecho, pero Jonathan se encontraba ya demasiado nervioso para hacerle andar a aquella altura.

Tom subió al muro, se arrodilló junto a Jonathan, lo cogió en brazos y se puso de nuevo en pie.

Jonathan se aferró a él con fuerza. Tom comenzó a andar. Como llevaba al niño en brazos no podía ver las piedras que tenía bajo los pies. Y eso no había manera de evitarlo. Con el alma en vilo avanzó cauteloso a lo largo del muro, calculando con cuidado cada paso. No temía por él; pero, con el niño en los brazos, se sentía aterrado. Por último alcanzó el primer peldaño. Allí, la anchura no era mayor pero, como quiera que fuese, parecía menos peligroso al tener que bajar los escalones. Empezó a descender aliviado. A cada peldaño que bajaba iba recuperando la calma. Cuando llegó al nivel de la galería, donde el muro se ensanchaba hasta tres pies, se detuvo para recuperar el aliento. Miró más allá del recinto del priorato hacia Kingsbridge, hacia los campos, pasada la ciudad. Y entonces vio algo que le extrañó. En el camino que llevaba a Kingsbridge, a una media milla de distancia, más o menos, observó una gran nube de polvo. Al cabo de un instante, se dio cuenta de que era una gran tropa de hombres a caballo que se acercaban a la ciudad a buen trote. Intentó descubrir en la lejanía de quiénes se trataba. En un principio pensó que seguramente sería un mercader muy rico o un grupo de mercaderes con un gran séquito. Pero había demasiados y, de todas formas, no parecían tener el aspecto de gentes del comercio. Trató de averiguar qué había en ellos que hiciera pensar que eran otra cosa que mercaderes. Al acercarse más, apreció que algunos de ellos montaban caballos de guerra, la mayoría llevaban cascos e iban armados hasta los dientes.

De repente sintió temor.

—¡Jesucristo! ¿Quiénes son esas gentes? —exclamó en voz alta.

—No digas "Cristo" —le reprendió Jonathan.

Quienesquiera que fuesen anunciaban dificultades.

Tom bajó rápido los escalones. El gentío le vitoreó cuando al fin saltó al suelo. Hizo caso omiso. ¿Dónde estaban Ellen y sus hijos?

Miró en derredor pero no pudo verlos.

Jonathan forcejeaba por soltarse. Tom lo sujetó con fuerza. Como en aquel momento tenía a su hijo más pequeño, lo primero que necesitaba hacer era ponerlo a salvo en alguna parte. Ya se ocuparía luego de encontrar a los otros. Se abrió paso entre la muchedumbre hasta la puerta que conducía a los claustros. Estaba cerrada por dentro para proteger la intimidad del monasterio durante la feria.

—¡Abrid! ¡Abrid! —gritó Tom al tiempo que golpeaba la puerta.

Nada.

Tom no estaba siquiera seguro de que hubiere alguien en los claustros. No disponía de tiempo para andar con adivinanzas. Retrocedió dejó a Jonathan en el suelo levantó su inmenso pie derecho calzado con una gran bota y dio un puntapié en la puerta. Se astilló la madera alrededor de la cerradura. Dio otro puntapié con más fuerza. La puerta se abrió de repente. Al otro lado, apareció un monje ya de edad con aspecto asombrado. Tom alzó a Jonathan y lo metió en el interior.

—Retenedlo aquí —dijo al viejo monje—. Va a haber jaleo.

El monje asintió sin decir palabra y cogió a Jonathan de la mano.

Tom cerró la puerta.

Ahora tenía que encontrar al resto de su familia entre una multitud de mil personas o más.

Se asustó ante la casi imposibilidad de la tarea. No veía una sola cara familiar. Se subió a un barril de cervezas vacío para dominar más. Era mediodía y la feria se encontraba en pleno auge. La muchedumbre avanzaba por los pasillos entre los puestos como un río lento, y había remansos alrededor de los vendedores de comida y bebida, al hacer cola la gente para comprar. Tom escudriñaba entre las gentes pero no lograba ver a nadie de su familia. Ya desesperaba. Miró por encima de los tejados de las casas. Los jinetes ya casi se encontraban ante el puente, y ahora cabalgaban al galope. Todos ellos eran hombres de armas y llevaban teas. Tom estaba horrorizado. Habría una carnicería.

De repente, vio a Jack junto a él, mirándolo con expresión divertida.

—¿Qué haces subido a un barril? —le preguntó.

—Va a haber jaleo —dijo Tom con tono apremiante—. ¿Dónde esta tu madre?

—En el puesto de Aliena. ¿Qué clase de jaleo?

—De los peores. ¿Dónde están Alfred y Martha?

—Martha está con madre. Alfred se encuentra en la riña de gallos. ¿De qué se trata?

—Mira tú mismo.

Tom echó una mano a Jack para ayudarle a subir. Quedó en posición precaria al borde del barril frente a Tom. Los cascos de los jinetes resonaban ya en el puente, entrando en la aldea.

—¡Cristo Jesús! ¿Quiénes son? —exclamó Jack.

Tom buscó con la mirada al jefe, un hombre corpulento montando un caballo de guerra. Lo reconoció al punto por el pelo amarillo y la pesada figura.

—Es William Hamleigh —dijo.

Al llegar los jinetes a la altura de las casas, acercaron sus teas a los tejados prendiendo fuego a la barda.

—¡Están incendiando la ciudad! —gritó Jack.

—Va a ser peor de lo que pensaba —dijo Tom—. Baja ya.

Ambos saltaron al suelo.

—Iré a buscar a madre y a Martha.

—Llévalas a los claustros —le indicó Tom con tono apremiante—, será el único lugar seguro. Si los monjes te ponen reparos, mándalos a la mierda.

—¿Y si aherrojan la puerta?

—Acabo de romper el cerrojo. ¡Date prisa! Yo iré a buscar a Alfred. ¡En marcha!

Jack emprendió rápido la marcha. Tom se dirigió hacia el reñidero de gallos, abriéndose paso a codazos. Varios hombres protestaron por sus modales pero no les hizo caso y ellos, por su parte, callaron al darse cuenta de su tamaño y de su impasible expresión de determinación. No tardó mucho en que el aire arrastrara hasta el recinto del priorato el olor de las casas quemadas. Tom lo olió y se dio cuenta de que una o dos personas olfateaban el aire con curiosidad. Sólo le quedaban unos momentos antes de que se produjera el pánico.

El reñidero de gallos estaba cerca de la puerta del priorato. A su alrededor se arremolinaba una muchedumbre ruidosa. Tom se abrió paso a empujones en busca de Alfred. En el centro de aquel gentío había en el suelo un agujero poco profundo, de unos cuantos pies. Y dentro de ese agujero, dos gallos se estaban desgarrando mutuamente con picos y acerados espolones. Por doquier se veían plumas y sangre. Alfred se encontraba cerca de la primera línea, mirando sin perder detalle, gritando a todo pulmón, animando a uno o a otro de los infelices animales. Tom forcejeó a través de aquella masa de gente para llegar hasta él y lo cogió por el hombro.

¿Cuántos...?

CUARTA PARTE (1142 – 1145)

CAPÍTULO ONCE

1

El triunfo de William se vino abajo con la profecía de Philip y, en lugar de sentirse satisfecho y jubiloso, se sintió aterrado ante la posibilidad de acabar en el infierno por lo que había hecho. Había demostrado bastante arrojo al contestar a Philip en tono de mofa: *¡Esto es el infierno, monje!* Pero eso fue debido a la excitación del ataque. Una vez que todo hubo pasado, y que él y sus hombres abandonaron la ciudad en llamas; cuando sus caballos y los latidos de sus corazones frenaron la marcha, cuando tuvo tiempo para analizar con detalle la redada y pensar en cuántas personas había herido, abrasado y matado, sólo entonces se le vino a la mente el rostro airado de Philip y su dedo señalando a las entrañas de la tierra, así como sus palabras cargadas de terribles presagios: *¡Irás al infierno por esto!*

Cuando se hizo la oscuridad, se sentía absolutamente abatido. Sus hombres de armas querían hablar de la operación, destacando los momentos cruciales y deleitándose con la carnicería; pero pronto se sintieron contagiados por el talante de William y se sumieron en lúgubre silencio. Aquella noche la pasaron en las tierras de uno de los más importantes arrendatarios de William. Durante la cena, los hombres, malhumorados, bebieron hasta casi perder el conocimiento. El arrendador, conociendo el ánimo de los hombres después de una batalla, había llevado a algunas prostitutas a Shiring, pero hicieron escaso negocio. William permaneció despierto durante toda la noche, aterrado ante la posibilidad de morir en pleno sueño e ir derecho al infierno.

A la mañana siguiente, en lugar de regresar a Earlcastle, se fue a ver al obispo Waleran. Cuando llegó, el prelado no estaba en su palacio, pero el deán Baldwin dijo a William que esperaban que llegara esa misma tarde. William aguardó en la capilla, mirando la cruz que había sobre el altar y estremecido de escalofríos pese al calor estival.

Cuando al fin llegó Waleran, William se sentía dispuesto incluso a besarle los pies.

El obispo entró presuroso en la capilla, envuelto en sus negros ropajes.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con frialdad.

William se puso en pie intentando disimular su abyecto terror bajo una apariencia de seguridad en sí mismo.

—Acabo de prender fuego a la ciudad de Kingsbridge...

—Lo sé —le interrumpió Waleran—. Durante todo el día sólo he oído hablar de ello. ¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Acaso estás loco?

Aquella reacción cogió por sorpresa a William. No había hablado de antemano con Waleran acerca de la incursión porque estaba completamente seguro de que la aprobaría. Waleran odiaba cuanto se refería a Kingsbridge, en especial al prior Philip. William había esperado que se mostrara complacido, cuando no jubiloso.

—Acabo de aniquilar a vuestro mayor enemigo. Ahora necesito confesar mis pecados —dijo.

—No me sorprende —le contestó Waleran—. Se dice que hay más de un centenar de muertos abrasados. —Se estremeció—. Una forma horrible de morir.

—Estoy preparado para confesarme —manifestó William.

Waleran meneó la cabeza.

—No sé si puedo darte la absolución.

William lanzó un grito agónico.

—¿Por qué no?

—Ya sabes que el obispo Henry de Winchester y yo estamos otra vez del lado del rey Stephen. No creo que el rey apruebe que yo dé la absolución a un partidario de la reina Maud.

—¡Maldición, Waleran! Fuisteis vos quien me convenció para que cambiara de lado.

Waleran se encogió de hombros.

—Cambia de nuevo.

William comprendió que ése era precisamente el objetivo del obispo. Quería que William prestara su lealtad a Stephen. El horror de que Waleran había hecho alarde ante el incendio de Kingsbridge era simulado. Lo único que había pretendido era situarse en una posición de chalaneo. Aquello produjo a William un alivio inmenso, ya que significaba que Waleran no era de verdad contrario a darle la absolución. ¿Pero quería él volver a cambiar de bando? Por un momento, no dijo palabra mientras intentaba reflexionar con calma acerca de ello.

—Durante todo el verano, Stephen ha estado obteniendo victorias —siguió diciendo Waleran—. Maud está suplicando a su marido que vaya a Normandía a prestarle ayuda, pero él no quiere. La corriente fluye de nuestro lado.

Una perspectiva espantosa se ofrecía a los ojos de William. La Iglesia se negaba a absolverle de sus crímenes, el sheriff le acusaba de asesinato, un rey Stephen victorioso respaldaba al sheriff y a la Iglesia. Y él, William, sería juzgado y ahorcado...

—Haz como yo y sigue al obispo Henry... Él sabe bien por dónde sopla el viento —le apremiaba Waleran—. Si todo sale bien, Winchester se convertirá en archidiócesis y Henry será el arzobispo de Winchester..., en plano de igualdad con el arzobispo de Canterbury. Y cuando Henry muera... ¡quién sabe!... yo podría ser su sucesor. Y después..., bueno, ya hay cardenales ingleses, acaso un día llegue a haber un Papa inglés...

William se quedó mirando como hipnotizado a Waleran, pese a sus propios temores, ante la ambición que sin el menor rebozo mostraba el rostro habitualmente pétreo del obispo. ¿Waleran Papa? Todo era posible. Pero lo más importante eran las consecuencias inmediatas de las aspiraciones de Waleran. William comprendió que él era un peón en el juego de Waleran, quien había aumentado su prestigio cerca del obispo Henry por su habilidad para hacer cambiar a William y a los caballeros de Shiring a un lado o a otro durante la guerra civil. Ése era el precio que William había de pagar para que la Iglesia hiciera la vista gorda ante sus crímenes.

—¿Queréis decir...? —la voz le salía ronca, carraspeó y lo intentó de nuevo—. ¿Queréis decir que oiréis mi confesión si juro lealtad a Stephen y me paso de nuevo a su lado?

Se desvaneció el centelleo de la mirada de Waleran y su rostro se mostró de nuevo hermético.

—Eso es exactamente lo que quiero decir —rubricó.

William no tenía elección; pero, de cualquier manera, no veía motivo alguno para rechazar aquella componenda. Se había puesto de parte de Maud cuando parecía que saldría victoriosa y estaba dispuesto a hacerlo de nuevo ahora que Stephen llevaba las de ganar. Como quiera que fuese, se habría sometido a cualquier cosa para liberarse de su pánico al infierno.

—Entonces de acuerdo —dijo sin pensarlo más—. Sólo que escuchadme en confesión. Deprisa.

—Muy bien —repuso Waleran—. Recemos.

A medida que se confesaba con apresuramiento, William iba sintiéndose descargado del peso de la culpabilidad y, poco a poco, empezó a experimentar complacencia por su triunfo. Al salir de la capilla, sus hombres

pudieron comprobar que se le había levantado el ánimo y al punto lanzaron vítores. William les dijo que volvían una vez más a luchar al lado del rey Stephen, de acuerdo con la voluntad de Dios expresada por boca del obispo Waleran. Los hombres lo tomaron como excusa para celebrarlo. Waleran hizo que les llevaran vino.

—Ahora Stephen habrá de confirmarme en mi Condado —dijo William mientras esperaban para comer.

—Debería hacerlo —asintió Waleran—. Aunque eso no significa que vaya a ser así.

—¡Pero si me he puesto de su lado!

—Richard de Kingsbridge nunca le abandonó.

William se permitió una sonrisa ladina.

—Creo que he dado al traste con esa amenaza de Richard.

—¡Ah! ¿Cómo?

—Richard jamás ha tenido tierras. La única manera de poder mantener su compañía de caballeros era gracias al dinero de su hermana.

—No es ortodoxo; pero, hasta el momento, ha dado resultado.

—Sí, lo que ocurre es que su hermana se ha quedado sin dinero. Incendié ayer su almacén. Ahora está en la miseria. Y por tanto también Richard.

Waleran hizo un gesto de asentimiento.

—En tal caso, sólo es cuestión de tiempo que quede sumido en el olvido. Y entonces yo diría que el Condado es tuyo.

La comida ya estaba lista. Los hombres de armas de William se sentaron en la parte baja de la mesa. William lo hizo en la cabecera junto con Waleran y sus arcedianos. Una vez tranquilizado, William sintió envidia de sus hombres compadreando con las lavanderas. Los arcedianos eran una compañía muy aburrida.

El deán Baldwin ofreció a William una fuente de guisantes.

—¿Cómo evitaríais que alguien más hiciera lo que el prior Philip ha intentando hacer y pusiera en marcha su propia feria del vellón, Lord William? —le preguntó.

William quedó sorprendido ante aquella pregunta.

—¡Nadie se atrevería!

—Acaso otro monje no lo hiciera; pero sí es posible que lo hiciese un conde.

—Necesitaría una licencia.

—Podría obtenerla si ha luchado junto a Stephen.

—En este Condado no.

—Baldwin tiene razón, William —intervino el obispo Waleran—. Todo alrededor de las fronteras de tu Condado, hay ciudades que pueden celebrar una feria del vellón: Wilton, Devizes, Wells, Marlborough, Wallingford...

—Incendié Kingsbridge. Puedo repetirlo en cualquier otro lugar —afirmó William irritado.

Tomó un trago de vino. Le enfurecía que menospreciaran su victoria. Waleran cogió un bollo de pan tierno y lo partió. No llegó a comerlo.

—Kingsbridge es un blanco fácil —alegó—. La ciudad no tiene murallas y tampoco castillo, ni siquiera una iglesia grande en la que la gente pueda refugiarse. Está gobernada por un monje que no tiene caballeros ni hombres de armas. Kingsbridge se halla indefensa. La mayoría de las ciudades no lo están.

—Y una vez que la guerra civil haya terminado —remachó el deán Baldwin—, no podréis incendiar ni siquiera una ciudad como Kingsbridge y quedar impune. Eso es quebrantar la paz del rey. Y ningún rey lo pasaría por alto en tiempos normales.

William comprendió el alegato, lo que contribuyó a aumentar su ira.

—Entonces, acaso toda la acción haya sido inútil.

Dejó el cuchillo sobre la mesa. La tensión le hacía sentir contracciones en el estómago y ya le era imposible comer.

—Claro que si Aliena está arruinada, ello ofrece una especie de vacante —opinó Waleran.

William no alcanzaba a entenderle.

—¿Qué queréis decir?

—Este año ella ha comprado la mayor parte de la lana de este Condado. ¿Qué pasará el año que viene?

—No lo sé.

Waleran prosiguió hablando en el mismo tono reflexivo.

—Aparte del prior Philip, todos los productores de lana en millas a la redonda son arrendatarios del conde o del obispo. En todos los aspectos, tú eres el conde, salvo por el título, y yo soy el obispo. Si obligáramos a todos los arrendatarios a que nos vendieran a nosotros su vellón, controlaríamos las dos terceras partes de todo el comercio de la lana que existe en el Condado. Y podríamos venderla en la Feria del Vellón de Shiring. No habría negocio suficiente para justificar otra feria, aun en el caso de que alguien obtuviera una licencia.

William se dio cuenta al punto de la brillantez de aquella idea.

—Y nosotros habríamos hecho tanto dinero como hizo Aliena —apuntó.

—Así es. —Waleran tomó un delicado bocado de la carne que tenía ante sí y la masticó en actitud meditativa—. De manera que has incendiado

Kingsbridge, has arruinado a tu peor enemigo y has abierto una nueva fuente de ingresos para ti. En un solo día has realizado una fructífera tarea.

William tomó un largo trago de vino y sintió que le reconfortaba sobremanera el estómago. Miró hacia el otro extremo de la mesa y la mirada se le iluminó a la vista de una muchacha de pelo oscuro y curvas bien redondeadas que sonreía coqueta a dos de sus hombres.

Tal vez pudiera gozarla esa noche. Sabía lo que pasaría. Cuando la acorralara en un rincón, la derribara al suelo y le levantara la falda, recordaría la cara de Aliena y su expresión de terror y desesperación al ver en llamas toda su lana. Y sólo entonces él sería capaz de hacerlo. Sonrió ante aquella perspectiva y tomó otra tajada de pierna de venado.

El incendio de Kingsbridge había conmovido al prior Philip hasta lo más profundo del corazón. Lo inesperado de la acción de William, la brutalidad del ataque, las espantosas escenas que tuvieron lugar al cundir el pánico entre la muchedumbre, la aterradora matanza y su propia y absoluta impotencia. Todo ello combinado le había dejado en un terrible estado de aturdimiento.

Lo peor de todo fue la muerte de Tom Builder. Un hombre en el apogeo de sus dotes y un maestro en todos los aspectos de su oficio, del que se había esperado que dirigiera la construcción de la catedral hasta que estuviera terminada. Era también el amigo con quien Philip mantenía más estrecha vinculación fuera del claustro. Siempre habían hablado al menos una vez al día, esforzándose juntos por encontrar soluciones a la interminable variedad de problemas con los que se enfrentaban en su vasto proyecto. Tom tenía una combinación poco frecuente de discernimiento y humildad, por lo que era un auténtico gozo trabajar con él. Parecía imposible que se hubiese ido.

Philip tenía la impresión de que ya no comprendía nada, que carecía de capacidad y que no era apto ni para tener a su cargo una vaquería. Mucho menos una ciudad del tamaño de Kingsbridge.

Siempre había creído que si actuaba siempre con honradez, lo mejor que podía y confiaba en Dios, a fin de cuentas todo acabaría bien. El incendio de Kingsbridge parecía haberle demostrado su error. Había perdido toda motivación y permanecía sentado en su casa del priorato durante todo el día, contemplando cómo iba consumiéndose la vela en el pequeño altar, barajando ideas incoherentes y desoladas y sin hacer nada.

El joven Jack fue quien se ocupó de cuanto había que hacer. Cuidó de que los muertos fueran llevados a la cripta, acomodó a los heridos en el dormitorio de los monjes y organizó comida de emergencia para los supervivientes en la pradera, del otro lado del río. El tiempo era cálido y todo el mundo durmió al aire libre. Al día siguiente de la matanza, Jack organizó a

los aturdidos ciudadanos y les hizo despejar el recinto del priorato de cenizas y escombros, mientras que Cuthbert Whitehead y Milius Bursar ordenaban suministros de alimentos de las granjas cercanas. Al segundo día, enterraron a sus muertos en las ciento noventa y tres tumbas recientemente cavadas en el lado norte del recinto del priorato.

Philip se limitaba a confirmar las órdenes que Jack le sometía. Jack hizo observar que la mayoría de los ciudadanos que habían sobrevivido al incendio habían perdido pocas cosas de valor; en la mayoría de los casos, tan sólo alguna que otra covachuela y unos pocos enseres sin importancia. Las cosechas todavía seguían en los campos, el ganado se encontraba en los pastos y los ahorros de las gentes permanecían en sus escondrijos. Por lo general en sus casas, debajo del hogar al que no había alcanzado el fuego que arrasó la ciudad. Los grandes perjudicados fueron los mercaderes que habían visto arder toda su mercancía. Algunos, como Aliena, habían quedado en la ruina; otros tenían parte de su riqueza en plata, escondida, y podrían comenzar de nuevo. Jack propuso que empezaran a reconstruir de inmediato la ciudad.

A sugerencia de Jack, Philip concedió un permiso extraordinario para que se cortaran libremente árboles en los bosques del priorato a fin de construir las casas; pero tan sólo durante una semana. En consecuencia, Kingsbridge quedó desierta durante siete días mientras las familias elegían y talaban los árboles que iban a utilizar para sus nuevas casas. Durante esa semana, Jack pidió a Philip que dibujara un plano para la nueva ciudad. Aquella idea despertó la imaginación de Philip sacándole de su marasmo.

Trabajó sin respiro en su plan durante cuatro días. En derredor de todos los muros del priorato, habría casas grandes para los artesanos y comerciantes acaudalados. Recordó el modelo en parrilla de las calles de Winchester, y proyectó la nueva Kingsbridge sobre la misma base práctica. Calles rectas, lo bastante anchas para permitir el paso de dos carretas, y que irían a desembocar al río, con calles transversales más estrechas. Estableció el terreno de edificación básico con un ancho de veinticuatro pies que constituía una fachada amplia para una casa urbana. Cada uno de los terrenos edificables tendría una profundidad de ciento veinte pies, lo que permitiría construir un patio trasero con un excusado y un establo, cobertizo para vacas o pocilga. El puente había quedado destruido por el fuego, y habría, pues, que construir uno nuevo en posición más adecuada, al final de la nueva calle mayor, la cual atravesaría la ciudad, yendo derecha desde el puente colina arriba, dejando atrás la catedral y hasta la parte más alejada, como en Lincoln. Otra calle ancha iría desde la puerta del priorato hasta un muelle nuevo en la orilla del río, siguiendo su curso desde el puente y

contorneando el recodo. De esa manera, los cargamentos de suministros podrían llegar al priorato sin tener que pasar por la bulliciosa calle mayor, donde se concentraría todo el movimiento comercial. Habría un distrito de casas pequeñas, completamente nuevo, alrededor del segundo muelle. Los pobres quedarían instalados río abajo del priorato a fin de evitar que desaseadas costumbres emporcaran el suministro de agua pura al monasterio.

La planificación de aquella reconstrucción había sacado a Philip de su marasmo; pero, cada vez que levantaba la vista de sus dibujos, se sentía embargado por la ira y el dolor ante toda aquella pérdida de vidas humanas. Se preguntaba si William Hamleigh no sería, de hecho, la propia encarnación del demonio. Había producido más daños de lo que era humanamente posible. Philip descubrió la misma alternancia de esperanza y aflicción en los rostros de las gentes cuando volvían del bosque con sus cargamentos de madera. Jack, junto con los demás monjes, habían establecido sobre el suelo el plano de la nueva ciudad, con estacas y cuerdas y mientras la gente iba eligiendo sus parcelas se escuchaba de cuando en cuando decir tristemente a alguien: "¡Pero de qué servirá! Tal vez vuelvan a pegarle fuego el año que viene". Si hubiera existido alguna esperanza de justicia, alguna posibilidad de que los malvados fueran castigados, acaso la gente no se hubiera sentido tan desconsolada; pero aun cuando Philip había escrito a Stephen, a Maud, al obispo Henry, al arzobispo de Canterbury y al Papa, sabía que, en tiempos de guerra, existían escasas posibilidades de que un hombre tan poderoso e importante como William fuera llevado ante los tribunales.

Las parcelas para la construcción de edificaciones más grandes en el proyecto de Philip estaban muy solicitadas, pese a ser sus precios más altos, de manera que éste modificó el plan ampliando su número. Casi nadie quería construir en el barrio más pobre; pese a lo cual Philip decidió conservar el trazado para una posible utilización en el futuro. Diez días después del incendio, empezaron a alzarse casas de madera nuevas, la mayoría de las cuales quedaron terminadas una semana después. Una vez que la gente hubo construido sus casas, comenzó de nuevo el trabajo en la catedral. Se pagó a los constructores y éstos quisieron gastar su dinero, así que volvieron a abrirse las tiendas y los pequeños proveedores llevaron sus huevos y cebollas a la ciudad. Las fregonas y las lavanderas empezaron a trabajar de nuevo para los comerciantes y artesanos, de manera que, día a día, la vida cotidiana fue recuperando la normalidad en Kingsbridge.

Pero tan elevado había sido el número de muertos que parecía una ciudad de fantasmas. Cada familia había perdido al menos uno de sus miembros. Un hijo, una madre, un marido o una hermana. La gente no

llevaba brazaletes negros pero sus rostros manifestaban el dolor al igual que los árboles desnudos dan constancia del invierno. Uno de quienes acusó el golpe con mayor fuerza fue Jonathan, que ya tenía seis años. Deambulaba por el recinto del priorato como alma en pena y Philip comprendió que echaba en falta a Tom quien, al parecer, había pasado más tiempo con el chiquillo de lo que todos creían. Una vez que Philip se dio cuenta de ello, tuvo buen cuidado de dedicar una hora diaria a Jonathan contándole historias, practicando juegos de cuentas y escuchando su voluble cháchara.

Philip escribió a los abates de todos los principales monasterios de benedictinos de Inglaterra y Francia preguntándoles si podrían recomendarle un maestro constructor que sustituyera a Tom. En circunstancias normales, un abad en la situación de Philip hubiera acudido a su obispo para tratar del tema, ya que los obispos hacían grandes y frecuentes viajes y sin duda tendrían conocimiento de buenos constructores. Pero el obispo Waleran no ayudaría a Philip. El hecho de que ellos dos estuvieran permanentemente enfrentados hacía que la tarea del prior fuera más solitaria de lo debido.

Mientras Philip esperaba la respuesta de los abates, los artesanos empezaron a considerar de manera instintiva a Alfred como el jefe. Alfred era hijo de Tom, maestro albañil y hacía ya algún tiempo que estaba trabajando en el enclave con su propio equipo medio autónomo. Por desgracia, no tenía el cerebro de Tom; pero sabía leer y escribir y era autoritario. Además iba ocupando de forma gradual el hueco que había dejado su padre.

Daba la impresión de que la construcción planteaba muchos más problemas e interrogantes que en la época de Tom, y Alfred parecía formular siempre una pregunta cuando no se encontraba a Jack por parte alguna. Sin duda era algo natural, en Kingsbridge todo el mundo sabía que los hermanastros se aborrecían mutuamente. Sin embargo la cuestión era que Philip se encontraba una vez más incomodado por interminables problemas de detalle. Pero, a medida que transcurrían las semanas, Alfred adquiría confianza hasta que un día habló con Philip.

—¿No preferiríais que la catedral fuese abovedada? —le preguntó.

El boceto de Tom se basaba en un techo de madera sobre la parte central de la iglesia y techos de piedra abovedados en las naves laterales más estrechas.

—Sí que me gustaría —respondió Philip—. Pero nos decidimos por el techo de madera para ahorrar dinero.

Alfred asintió.

—Lo malo es que un techo de madera puede arder mientras que la piedra es a prueba de fuego.

Philip se quedó mirándolo, al tiempo que se preguntaba si no lo habría juzgado mal. Philip no esperaba que Alfred propusiera variar el diseño de su padre. Era algo que parecía más bien propio de Jack. Pero la idea de una iglesia a prueba de incendios era algo muy atractiva, sobre todo después de haber ardido toda la ciudad.

—El único edificio que ha quedado indemne tras el incendio ha sido la nueva iglesia parroquial —alegó Alfred, siguiendo aquella misma línea de pensamiento.

Y la nueva iglesia parroquial, construida por Alfred, tenía una bóveda de piedra, se dijo Philip. Pero entonces se le ocurrió que podía haber una pega.

—¿Serían capaces los muros actuales de soportar el peso extra de un techo de piedra?

—Habríamos de reforzar los contrafuertes. Sobresaldrían algo más, eso es todo.

Philip vio que había pensado en todo.

—¿Y qué me dices del coste?

—Naturalmente a la larga será más alto. Y se tardarán tres o cuatro años más en que sea terminada. Sin embargo, no influirá sobre vuestro presupuesto anual.

A Philip le gustaba cada vez más la idea.

—¿Pero acaso habremos de esperar otro año antes de poder celebrar los oficios sagrados en el presbiterio?

—No. Con el techo de piedra o de madera, no podemos empezar a trabajar en él hasta la primavera próxima, porque el trifolio ha de endurecerse antes de que pongamos peso alguno sobre él. El techo de madera puede quedar terminado algunos meses antes que el de piedra. Sin embargo, en cualquier caso, el presbiterio quedaría cubierto al final del año próximo.

Philip reflexionó, sopesando la cuestión. Había de considerar la ventaja de un techo a prueba de fuego frente a la desventaja de prolongar la construcción otros cuatro años con los consiguientes gastos de ese periodo extra. Éstos parecían por el momento algo lejanos en el futuro en tanto que la garantía de seguridad era inmediata.

—Creo que discutiré el asunto con los hermanos durante el capítulo —dijo—. Pero a mí me parece una buena idea.

Alfred se retiró después de darle las gracias. Y una vez que hubo salido, Philip se quedó mirando hacia la puerta preguntándose si necesitaría de veras buscar un nuevo maestro constructor.

Kingsbridge dio una valerosa muestra el día uno de agosto, festividad de San Pedro Encadenado. Por la mañana, en todos los hogares de la ciudad se hizo una hogaza. Acababa de realizarse la recolección y la harina era abundante y barata. Quienes no tenían horno propio la llevaban al de algún vecino, o a los grandes hornos propiedad del priorato, y también a los dos tahoneros de la ciudad, Peggy Baxter y Jack-at-the-Noven. Hacia el mediodía, en todo el ambiente flotaba el olor a pan recién horneado, lo que hacía sentirse hambriento a todo el mundo. Las hogazas quedaron expuestas sobre mesas instaladas en la pradera al otro lado del río, y todo el mundo desfiló ante ellas admirándolas. No había dos iguales. Muchas tenían dentro frutas o especias. Había pan de ciruelas, pan de uva, pan de jengibre, pan de azúcar, pan de cebolla, pan de ajo y muchos más. Otras habían sido coloreadas de verde con perejil, de amarillo con yema de huevo, de rojo con sándalo o de púrpura con heliotropo. Había un sinfín de formas extrañas. Triángulos, conos, bolas, estrellas, óvalos, pirámides, flautas, rollos e incluso figuras en ocho. Otras eran aún más pretenciosas. Había hogazas con forma de conejos, de osos, monos y dragones. Se veían casas y castillos de pan. Pero todo el mundo se mostró unánime al reconocer que la hogaza hecha por Ellen y Martha era la de mayor magnificencia. Representaba la catedral con el aspecto que tendría una vez terminada, y se había guiado por el boceto de su difunto marido Tom.

El dolor de Ellen había sido algo terrible de ver. Noche tras noche deambulaba como un alma atormentada y nadie había sido capaz de consolarla. Incluso en aquellos momentos, dos meses después, se la veía macilenta y ojerosa. Pero ella y Martha parecían capaces de ayudarse mutuamente y hacer la catedral de pan les había proporcionado cierta especie de consuelo.

Aliena pasó largo tiempo contemplando la construcción de Ellen.

Deseaba poder hacer algo que también a ella la consolara. No sentía entusiasmo por nada en absoluto. Al comenzar las pruebas, fue recorriendo una mesa tras otra con indiferencia, sin comer. Ni siquiera quiso construirse una casa hasta que el prior Philip la obligó a que se despabilara, y Alfred le llevó madera destacando a algunos de sus hombres para que le ayudaran. Seguía comiendo en el monasterio, siempre y cuando se acordara siquiera de comer. Se había quedado sin energías. Si se le ocurría hacer algo para sí misma, un banco de cocina con la madera sobrante o terminar las paredes de su casa rellenando las grietas con barro del río, o incluso preparar un armadijo para capturar aves y así poder alimentarse, se le venía a la mente cuán duramente había trabajado para establecer su negocio como mercader de lana y con cuánta rapidez había sido destruido, lo que le hacía perder todo

entusiasmo. De manera que seguía en aquel estado día tras día levantándose tarde, yendo al monasterio a comer cuando se sentía hambrienta, pasando el día viendo fluir el río y quedándose dormida sobre la paja del suelo de su nueva casa en cuanto oscurecía.

A pesar de su lasitud, sabía que el festival de aquel primero de agosto era tan sólo una simulación. La ciudad había sido reconstruida y la gente seguía atendiendo a sus obligaciones como antes; pero la matanza proyectaba una larga sombra y Aliena podía percibir detrás de la apariencia de bienestar una profunda corriente subterránea de temor. La mayoría de la gente sabía simular mejor que ella la impresión de que todo iba bien; aunque en realidad todos sentían, como ella, que aquello no podía durar y que cualquier cosa que construyeran en aquellos momentos volvería a ser destruida.

Mientras permanecía allí en pie, contemplando con mirada vacua los montones de hogazas, llegó su hermano Richard. Había venido atravesando el puente desde la ciudad desierta llevando de la brida a su caballo. Estuvo fuera luchando junto a Stephen ya desde antes de la matanza y se mostraba asombrado ante lo que estaba viendo.

—¿Qué diablos ha pasado aquí? —preguntó a su hermana—. No he podido encontrar nuestra casa... ¡Toda la ciudad ha cambiado!

—El día de la feria del vellón vino William Hamleigh con una tropa de hombres armados y prendió fuego a la ciudad —le dijo Aliena.

Richard palideció por el sobresalto y la cicatriz de su oreja derecha se le puso lívida.

—¡William! —dijo con voz entrecortada—. ¡Ese demonio!

—Pero tenemos una nueva casa —siguió diciendo Aliena con tono monótono—. Los hombres de Alfred la construyeron para mí. Es mucho más pequeña y está allá abajo, junto al nuevo embarcadero.

—¿Qué te ha pasado a ti? —preguntó Richard mirándola—: Estás prácticamente calva y no tienes cejas.

—Se me prendió el pelo...

—No habrá...

Aliena negó con la cabeza.

—Esta vez no.

Una de las zagalas llevó a Richard pan de sal para que lo probara. Cogió un poco pero no se lo comió; parecía confundido.

—De todas maneras, me alegro de que estés bien —le dijo Aliena.

Richard asintió.

—Stephen marcha sobre Oxford, donde se ha refugiado Maud. Es posible que pronto termine la guerra. Pero necesito una espada nueva. He venido a

buscar algo de dinero. —Comió un poco de pan; su rostro había recuperado el color—. Por Dios que esto sabe bien. Luego podrás prepararme algo de carne.

De súbito Aliena tuvo miedo de él. Sabía que iba a ponerse furioso con ella, se sentía sin fuerzas para enfrentarse a su hermano.

—No tengo carne —le dijo.

—Bueno, entonces ve a buscarla a la carnicería.

—No te enfades, Richard —le suplicó Aliena y empezó a temblar.

—No estoy enfadado —le rebatió él irritado—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Toda mi lana ardió con el incendio —dijo Aliena, y se quedó mirándolo atemorizada, esperando que explotase.

Richard frunció el entrecejo, tragó y luego arrojó la corteza de su pan.

—¿Toda?

—Toda.

—Pero todavía debes de tener algo de dinero.

—Nada.

—¿Por qué no? Siempre tuviste un gran cofre rebosante de peniques oculto debajo del suelo de...

—En mayo no. Lo gasté todo en lana... hasta el último penique. E incluso pedí prestadas cuarenta libras al pobre Malachi, que ahora no puedo pagarle. Desde luego no puedo comprarte una espada nueva. Ni siquiera puedo comprar un pedazo de carne para tu cena. Estamos sin un penique.

—Entonces ¿cómo podré seguir adelante? —gritó furioso.

Su caballo aguzó las orejas y se agitó inquieto.

—¡No lo sé! —dijo Aliena llorosa—. Y no grites, que asustas al caballo.

Luego, rompió a llorar.

—William Hamleigh es el causante de todo esto —dijo Richard apretando los dientes—. Un día de éstos le voy a hacer desangrarse como un gordo cerdo. Lo juro por todos los santos.

Alfred se acercó a ellos con la poblada barba llena de migas y un trozo de pan de ciruelas en la mano.

—Prueba éste —dijo a Richard.

—No tengo hambre —contestó el caballero con aspereza.

—¿Qué pasa? —preguntó Alfred mirando a Aliena.

Fue Richard quien contestó.

—Acaba de decirme que no tenemos un penique.

Alfred asintió con la cabeza.

—Todo el mundo ha perdido algo, pero Aliena lo ha perdido todo.

—Te darás cuenta de lo que eso significa para mí —dijo Richard dirigiéndose a Alfred aunque mirando acusador a Aliena—. Estoy acabado. Si

no puedo reponer armas, pagar a mis hombres y comprar caballos, me será imposible luchar a favor del rey Stephen. Estará acabada mi carrera de caballero y jamás seré conde de Shiring.

—Aliena puede casarse con un hombre adinerado —alegó Alfred.

Richard rió desdeñoso.

—Los ha rechazado a todos.

—Tal vez alguno de ellos vuelva a requerirla.

—Sí. —La cara de Richard se contrajo con una sonrisa cruel—. Podremos enviar cartas a todos los pretendientes que ha rechazado diciéndoles que ha perdido todo su dinero y que ahora estaría dispuesta a considerar...

—Ya basta —cortó Alfred poniendo una mano sobre el brazo de Richard, el cual calló, y Alfred se volvió hacia Aliena—. ¿Recuerdas lo que te dije hace un año, durante la primera comida de la comunidad?

A Aliena le dio un vuelco el corazón. Apenas podía creer que Alfred insistiera de nuevo sobre aquello. No le quedaban fuerzas para discutir acerca del tema.

—Lo recuerdo —dijo—. Y espero que tú también recuerdes mi respuesta.

—Yo sigo queriéndote —declaró Alfred.

Richard pareció sobresaltado.

—Y todavía deseo casarme contigo. ¿Quieres ser mi mujer, Aliena?

—¡No! —le contestó.

Le habría gustado añadir algo más para que su negativa resultara definitiva e irreversible, pero estaba demasiado cansada. Su mirada fue de Alfred a Richard y de nuevo a su hermano y de repente le fue imposible aguantar por más tiempo. Dio media vuelta y se alejó de ellos a toda prisa atravesando la pradera y cruzando el puente en dirección a la ciudad.

Estaba profundamente enojada y resentida con Alfred por haber repetido su proposición de matrimonio delante de Richard. Hubiera preferido que su hermano la ignorara. Habían pasado tres meses desde el incendio... ¿Por qué Alfred no había hablado de ello hasta ahora? Era como si hubiera estado esperando a Richard y hubiera hecho su movimiento tan pronto como éste hubo llegado.

Caminó por las nuevas calles que se hallaban desiertas. Todo el mundo se encontraba en el priorato probando los panes. La casa de Aliena estaba en el nuevo barrio humilde, abajo junto al embarcadero. Los alquileres eran módicos pero aún así no tenía siquiera idea de cómo podría pagar el suyo. Richard la alcanzó montado a caballo y, al llegar junto a ella, descabalgó y empezó a andar a su lado.

—Toda la ciudad huele a madera fresca —comentó en tono indiferente—. ¡Y todo parece tan limpio!

Aliena ya se había acostumbrado al nuevo aspecto de la ciudad, pero él la veía por primera vez. Era una limpieza artificial. El fuego había barrido la madera húmeda y pútrida de las viejas construcciones; los tejados bardados, con la densa mugre que habían acumulado durante años los fuegos para guisar; los malolientes y rancios establos y los apestosos y viejos muladares. Ahora flotaba un olor a cosas nuevas. Madera nueva, barda nueva, juncos nuevos cubriendo los suelos, incluso lechada nueva en las moradas de los más adinerados.

El fuego parecía haber enriquecido la tierra, hasta el punto de que crecían flores silvestres en los lugares más extraños. Alguien había hecho observar el reducido número de personas que caían enfermas desde el incendio, lo cual parecía confirmar una teoría sustentada por muchos filósofos de que las enfermedades se propagaban a través de los vapores malolientes.

Sus pensamientos eran erráticos. Richard le había hablado.

—¿Que decías? —le preguntó.

—He dicho que no sabía que Alfred te hubiera propuesto matrimonio el año pasado.

—Tenías cosas más importantes en la cabeza. Fue más o menos por la época en que cogieron prisionero a Robert de Gloucester.

—Alfred ha sido muy amable construyéndote una casa.

—Sí, lo fue. Y aquí está.

Aliena observó a su hermano mientras él miraba la casa. Se le veía abatido. Aliena lo sintió por él. Procedía del castillo de un conde e incluso la gran casa que tenían en la ciudad antes del incendio se le había derrumbado. En adelante habría de acostumbrarse al estilo de morada que ocupaban los trabajadores y las viudas.

Aliena le cogió la brida del caballo.

—Dame. Hay sitio para el caballo en la parte trasera.

Hizo atravesar al animal por la habitación única que tenía la casa, y lo sacó por la puerta de atrás. Unas toscas vallas bajas separaban los patios. Aliena ató el caballo a un poste de la valla y empezó a quitarle la pesada silla de madera. Semillas de hierba y cizaña procedentes de cualquier parte habían fertilizado la tierra abrasada. La mayoría de la gente había excavado un excusado, plantado hortalizas y construido una pocilga o un gallinero en aquellos patios; pero el de Aliena aparecía yermo.

Richard recorría la casa pero no había mucho que mirar y al cabo de un momento siguió a Aliena al patio.

—La casa tiene poca cosa... no hay muebles, ni ollas, ni cuencos...

—No tengo dinero —se limitó a decir Aliena en actitud apática.

—Ni siquiera has hecho nada en el jardín —observó Richard mirando en derredor con desagrado.

—Tampoco tengo fuerzas —contestó ella ya enfadada y, dándole la silla, entró en la casa.

Se sentó en el suelo con la espalda apoyada contra la pared. Allí hacía fresco. Podía oír a Richard ocupándose de su caballo en el patio. Al cabo de unos momentos de permanecer allí sentada y quieta, vio que una rata asomaba el hocico entre la paja. En el incendio debieron de morir miles de ratas y ratones; pero empezaban a aparecer de nuevo. Miró en derredor en busca de algo con que matarla; pero no había nada a mano. Como quiera que fuese, el animal había vuelto a desaparecer.

¿Qué voy a hacer? se dijo. *No puedo vivir así durante el resto de mi vida*. Pero sólo la idea de tener que empezar una nueva empresa ya le hacía sentirse agotada. Hubo un tiempo en que logró salvarse y también salvar a su hermano de la penuria; pero aquel esfuerzo había dado al traste con todas sus reservas de energía y le era imposible volver a hacerlo. Habría de encontrar alguna forma de vida pasiva, dirigida por otra persona y poder así vivir sin tomar decisiones o iniciativas. Pensó en Mrs. Kate, de Winchester, la que la había besado en los labios y acariciado el seno y le había dicho: *Mi querida joven, jamás te faltará el dinero o cualquier otra cosa. Si trabajas para mí, las dos seremos ricas*. No, se dijo, eso no. Jamás.

Richard entró llevando la silla.

—Si no puedes cuidar de ti misma, más vale que encuentres a alguien que se ocupe de ti —dijo.

—Siempre te he tenido a ti.

—¡Yo no puedo ocuparme de tu vida! —protestó Richard.

—¿Por qué no? —por un instante se sintió poseída por la ira—. ¡Yo me he cuidado de la tuya durante seis largos años!

—Yo he estado combatiendo en una guerra... Todo cuanto tú has hecho ha sido vender lana.

Y apuñalar a un proscrito, se dijo Aliena. *Y arrojar al suelo a un sacerdote deshonesto, y alimentarte, vestirte y protegerte cuanto tú no podías hacer otra cosa que morderte los nudillos y sentirte aterrado*. Pero, al apagarse ese chispazo de ira, se limitó a decir:

—Estaba bromeando, claro.

Richard gruñó al no estar seguro de si debería ofenderse por aquella observación. Luego, se limitó a menear la cabeza irritado.

—De cualquier manera no debiste rechazar a Alfred con tanta rapidez.

—Cierra la boca, por todos los santos —replicó Aliena.

—¿Qué tiene de malo?

—Alfred nada tiene de malo. ¿Es que no lo entiendes? Algo anda mal en mí.

Richard dejó la silla y la apuntó con un dedo.

—Eso es verdad y yo sé lo que es. Eres una completa egoísta. Sólo piensas en ti.

Era algo tan monstruosamente injusto que Aliena fue incapaz siquiera de enfadarse. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Cómo puedes decir eso? —protestó desolada.

—Porque todo marcharía bien sólo con que tú te casaras con Alfred. Pero sigues negándote.

—El que yo me casara con Alfred no te ayudaría en nada.

—Claro que sí.

—Ya me dirás cómo.

—Alfred me dijo que si fuera su cuñado me ayudaría a luchar. Habría que recortar algo, ya que no puede permitirse mantener a todos mis hombres de armas, pero me prometió darme lo suficiente para un caballo de guerra, armas nuevas y mi propio escudero.

—¿Cuándo? —preguntó Aliena asombrada—. ¿Cuándo te dijo eso?

—Hace poco. En el priorato.

Aliena se sintió humillada y Richard tuvo la donosura de parecer algo avergonzado. Los dos hombres habían estado negociando sobre ella como un par de tratantes de caballos. Aliena se puso en pie y, sin decir palabra, salió de la casa.

Se dirigió de nuevo al priorato y entró en el recinto desde la parte sur, saltando el foso junto al viejo molino de agua. El molino estaba parado al ser aquel día festivo. No habría tomado aquella dirección de haber estado funcionando, porque el golpeteo de los martillos mientras enfurtían los tejidos le causaba siempre dolor de cabeza. Tal y como esperaba, el recinto del priorato se hallaba desierto. Era la hora en que los monjes estudiaban o descansaban, y todos los demás se encontraban aquel día en la pradera. Se dirigió hacia el cementerio, en la parte norte del enclave de la construcción. Las tumbas, cuidadosamente atendidas, con sus aseadas cruces de madera y los ramos de flores frescas le revelaron la verdad. La ciudad aún no había superado aquella matanza. Se detuvo junto a la tumba en piedra de Tom, adornada con un sencillo ángel en mármol esculpido por Jack. *Hace siete años,* se dijo, *mi padre acordó un matrimonio muy razonable para mí. William no era viejo ni tampoco feo o pobre. Cualquier otra joven en mi lugar lo hubiera aceptado con un suspiro de satisfacción. Pero yo lo rechacé y con ello di lugar a todos los desastres que siguieron. El ataque a nuestro castillo, mi*

padre encarcelado, mi hermano y yo en la miseria... Incluso el incendio de Kingsbridge y la muerte de Tom son consecuencia de mi obstinación.

En cierto modo, la muerte de Tom parecía el peor de todos aquellos desastres, tal vez porque tanta gente le había querido o, acaso, por ser el segundo padre que Jack perdía.

Y ahora estoy rechazando otra proposición muy razonable, se dijo siguiendo el curso de sus pensamientos. *¿Qué derecho tengo a sentirme tan especial? Mis melindres ya han provocado bastantes dificultades. Debería aceptar a Alfred y sentirme agradecida de no tener que trabajar para Mrs. Kate*.

Se alejó de la tumba y se dirigió hacia el enclave de la construcción. Se detuvo donde habría de estar la crujía y miró hacia el presbiterio. Estaba acabado. Le faltaba sólo el techo. Los albañiles se preparaban para la siguiente fase, la de los cruceros. De hecho ya se había fijado el plan sobre el suelo, a cada uno de los lados, con estacas y cordel, y los hombres habían empezado a cavar para los cimientos. Frente a ella, los altísimos muros proyectaban largas sombras con el sol de última hora de la tarde. El día era cálido, pero en la catedral hacía frío. Aliena contempló durante largo tiempo las hileras de arcos, grandes a nivel del suelo, pequeños encima y medianos en la parte superior. El ritmo regular de la arcada, pilar, arco, pilar, producía una especie de satisfacción profunda. Justo frente a ella, en el muro este, había una bella ventana redonda. El sol, al salir, brillaría a través de la tracería durante los oficios matinales.

Si Alfred estuviera de veras dispuesto a financiar a Richard, Aliena podría tener todavía la oportunidad de cumplir con el juramento que hizo a su padre de cuidar de Richard hasta que éste recuperara el Condado. En el fondo de su corazón, sabía que habría de casarse con Alfred. Lo que pasaba era que no podía afrontarlo.

Caminó por la nave lateral de la parte sur, deslizando la mano sobre el muro, sintiendo la superficie rugosa de la piedra, hundiendo las uñas en las estrías superficiales labradas por el formón dentado de los canteros. Allí, en las naves laterales, debajo de las ventanas, el muro estaba decorado con arcos ciegos, semejante a una hilera de arcos rellenos. Éstos no tenían objetivo alguno, y sólo estaban destinados a hacer más acusada la sensación de armonía que Aliena siempre experimentaba cuando miraba el edificio. En la catedral de Tom, todo parecía hecho ex profeso para satisfacer sus exigencias.

Acaso su vida fuera algo semejante, todo previsto de antemano como en un inmenso boceto, y ella se comportara como un constructor demencial, empeñada en introducir una cascada en el presbiterio.

En la esquina sureste del templo, una puerta baja conducía hasta una angosta escalera de caracol. Siguiendo un impulso, Aliena la atravesó y empezó a subir. Al desaparecer de su vista la puerta y no ver tampoco ante sí el final de la escalera, comenzó a experimentar una sensación extraña, ya que daba la impresión de que aquel pasaje seguiría ascendiendo sin fin. Y entonces vio luz diurna. Había una ventana pequeña, casi una hendidura en el muro de la pequeña torre, destinada sin duda a iluminar la escalera. Desembocó al fin en la amplia galería que había sobre la nave lateral. No tenía ventanas al exterior pero, por la parte interior, daba a la iglesia todavía descubierta. Se sentó en la base de una de las columnas de la arcada interior, y descansó contra el fuste. La frialdad de la piedra fue como una caricia en su mejilla. Se preguntó si ese pilar lo habría esculpido Jack. Se le ocurrió pensar que si caía desde allí podía morir. Pero en realidad no estaba muy alto. Era posible que sólo se rompiera las piernas y quedara allí inmóvil, presa de terribles dolores hasta que llegaran los monjes y la encontraran.

Decidió subir hasta el trifolio. Volvió a la escalera de la pequeña torre y continuó el ascenso. El tramo siguiente era más corto, pero aun así resultaba aterrador por lo que, al llegar al final, el corazón le latía de forma desacompasada. Entró en el pasaje del trifolio, un túnel angosto en el muro. Se deslizó a lo largo de él hasta llegar al alféizar interior de una ventana del trifolio. Se aferró a la columnilla que dividía la ventana. Al mirar hacia abajo y ver el desplome de setenta y cinco pies empezó a temblar.

Oyó pisadas en la escalera de la pequeña torre. Se dio cuenta de que jadeaba como si hubiera estado corriendo. No había nadie a la vista. ¿Se habría deslizado alguien detrás de ella con intención de sorprenderla? Las pisadas avanzaban por el pasaje del triforio. Aliena dejó de apoyarse en la columnilla y permaneció temblando en el borde. En el umbral apareció una silueta. Era Jack. Su corazón latía con tal fuerza que incluso podía oírlo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó cauteloso.

—Estaba..., estaba viendo cómo marchaba tu catedral.

Jack apuntó al capitel que había sobre la cabeza de ella.

—Yo hice eso.

Aliena levantó la vista. En la piedra aparecía esculpida la figura de un hombre sobre cuya espalda descansaba el peso del arco. Tenía el cuerpo como contorsionado por el dolor. Aliena se quedó mirándolo. Jamás había visto nada parecido.

—Así es como me siento —dijo sin darse cuenta.

Cuando volvió a mirarle, Jack estaba junto a ella, sujetándola por el brazo suavemente aunque con firmeza.

—Lo sé —respondió.

Aliena miró la caída. La idea de precipitarse desde aquella altura le hizo sentirse enferma de miedo. Se dejó conducir a través del pasadizo del triforio. Bajaron las escaleras del torreón y llegaron a tierra firme. Aliena se notaba desfallecida.

—Me encontraba leyendo en el claustro, y al levantar los ojos, te vi en el triforio —dijo Jack volviéndose hacia ella y hablando en tono natural.

Aliena contempló aquel rostro juvenil, con expresión tan honda de preocupación y ternura. Y recordó el motivo que la indujo a apartarse de todo el mundo y a buscar allí la soledad. Ansiaba besarle, y vio el mismo anhelo en la mirada de él. Todas las fibras de su ser la impulsaban hacia sus brazos. Pero ella sabía lo que tenía que hacer.

—Creo que voy a casarme con Alfred —dijo en lugar de gritarle: *Te amo como un torbellino, como un león, como una furia irreprimible.*

Jack la miró. Estaba anonadado. Su expresión era triste, con una tristeza remota y discerniente que no respondía a sus años. A Aliena le pareció que iba a romper a llorar. Pero no lo hizo. Leyó furia en sus ojos. Abrió la boca para decir algo, cambió de idea, vaciló y finalmente habló.

—Más te hubiera valido saltar del triforio —murmuró con un tono de voz tan glacial como el viento del norte.

Dio media vuelta y entró de nuevo en el monasterio.

Lo he perdido para siempre, se dijo Aliena. Y sintió como si el corazón se le fuera a romper.

2

En la festividad del primero de agosto, se vio a Jack salir furtivamente del monasterio. No era, en sí, una falta grave, pero ya antes le habían pescado varias veces y el hecho de que en aquella ocasión lo hubiera hecho para hablar con una mujer soltera empeoraba todo el asunto. Al día siguiente, se examinó su trasgresión durante el capítulo y se le ordenó que se mantuviera estrictamente recluido. Eso significaba que, en ningún momento, había de abandonar los edificios monásticos, el claustro y la cripta y que cada vez que fuera de uno a otro edificio había de hacerlo acompañado.

Jack apenas se daba cuenta. Se sentía tan desolado por el anuncio de Aliena, que ninguna otra cosa era capaz de conmoverle. Si se le hubiera condenado a ser azotado, en lugar de tan sólo a verse confinado, pensaba que hubiera sentido la misma pasividad. Desde luego no había ni que hablar de que siguiera trabajando en la catedral, pero gran parte del placer se había esfumado desde que Alfred se hizo cargo. Por aquel tiempo, pasaba las tardes libres leyendo. Había avanzado muchísimo en latín y ya era capaz de leer

todo aunque despacio. Y, como se daba por descontado que leía para perfeccionar su dominio del latín y no por ningún otro motivo, se le permitía utilizar cualquier libro que llamara su atención. Si bien la biblioteca era reducida, había varias obras de filosofía y matemáticas, y Jack se había lanzado con entusiasmo sobre ellas.

Encontró decepcionante mucho de lo que leía. Había páginas de genealogías, relatos repetidos hasta la saciedad de milagros realizados por muertos hacía ya un tiempo inmemorial, e interminables especulaciones teológicas. El primer libro que de verdad le atrajo narraba toda la historia del mundo desde la Creación hasta la fundación del priorato de Kingsbridge. Cuando lo terminó tuvo la impresión de que sabía todo cuanto había ocurrido. Al cabo de un tiempo comprendió que la pretensión del libro de narrar todos los acontecimientos no era plausible, ya que, en definitiva, ocurrían cosas en todas partes y durante todo el tiempo, no sólo en Kingsbridge y en Inglaterra, sino también en Normandía, Anjou, París, Roma, Etiopía y Jerusalén, de manera que el autor debía de haber dejado mucho fuera. Pese a todo, el libro despertó en Jack un sentimiento que jamás tuvo antes, el de que el pasado era como una historia en la que una cosa conducía a otra y de que el mundo no era un misterio ilimitado sino algo finito que podía llegar a abarcarse.

Aún más intrigante le resultaban los enigmas. Un filósofo preguntaba cómo un hombre débil era capaz de mover una piedra pesada con una palanca. Era algo que a Jack jamás hasta entonces le había parecido extraño. Pero, ahora ya, ese interrogante le atormentaba. En una ocasión había pasado varias semanas en la cantera y recordaba que cuando no podían mover una piedra con una palanca de hierro de un pie de largo, la solución consistía, por lo general, en utilizar otra de dos pies. ¿Por qué un mismo hombre no era capaz de mover una piedra con una palanca corta y sin embargo podía hacerlo con otra larga? Los constructores de catedrales utilizaban una inmensa rueda giratoria para subir maderas y piedras grandes hasta el tejado. El peso sujeto al extremo de la cuerda era demasiado pesado para que un hombre lo levantara manualmente; pero el mismo hombre podía hacer girar la rueda que enrollaba la cuerda y de esa manera el peso subiría. ¿Cómo era posible?

Esas elucubraciones tenían ocupada su mente por un tiempo; pero el pensamiento volvía una y otra vez a Aliena. Solía permanecer en pie en el claustro con un gran libro sobre un facistol y recordar aquella mañana en el viejo molino, en que la besó. Tenía presente cada instante de aquel beso, desde el primer roce suave de labios hasta la excitante sensación de la lengua de ella en su boca. Su cuerpo se ceñía al de la mujer, de los muslos a los hombros, hasta el punto de poder sentir las curvas de sus senos y sus

caderas. La remembranza era tan intensa que le parecía experimentarlo todo de nuevo.

¿Qué había hecho cambiar a Aliena? Por su parte seguía creyendo que el beso había sido real y falsa su ulterior frialdad. En lo más íntimo de su ser sabía que la conocía. Era cariñosa, sensual, romántica, imaginativa y apasionada. También era irreflexiva y dominante, y había aprendido a mostrarse dura. Pero no era fría, cruel o insensible.

No era propio de ella casarse con un hombre sin amarle, tan sólo por su dinero. Sería desgraciada, lo lamentaría y enfermaría de desesperación. Él lo sabía y Aliena, en el fondo de su corazón, también debía saberlo.

Cierto día, cuando se encontraba en la sala escribanía, un sirviente del priorato, que barría el suelo, se detuvo un momento para descansar.

—Menuda fiesta va a haber en vuestra familia —dijo apoyándose en su escoba.

Jack, que se encontraba estudiando un mapa del mundo dibujado sobre una gran hoja de vitela, levantó la vista. Quien hablaba era un viejo avellanado, ya demasiado débil para trabajos pesados. Probablemente habría confundido a Jack con algún otro.

—¿Y por qué motivo, Joseph?

—¿No lo sabéis? Vuestro hermano se casa.

—Yo no tengo hermanos —repuso Jack de manera automática.

Pero sintió helársele el corazón.

—Vuestro hermanastro entonces —rectificó Joseph.

—No, no lo sabía. —Jack tenía que hacer la pregunta, apretó los dientes—. ¿Con quién se casa?

—Con esa Aliena.

De manera que estaba decidida a llevarlo a cabo. Jack había estado alentando la secreta esperanza de que Aliena cambiara de idea. Volvió la cara para que Joseph no pudiera ver la desesperación reflejada en ella.

—Bien, bien —murmuró, esforzándose por hablar con tono natural.

—Sí..., ésa que solía ser tan levantada a las estrellas hasta que lo perdió todo en el incendio.

—¿Dijiste...? ¿Has dicho cuándo?

—Mañana. Se casarán en la nueva iglesia parroquial que ha construido Alfred.

¡Mañana!

Aliena iba a casarse con Alfred al día siguiente. Hasta entonces, Jack nunca había llegado a creer que ello pudiera ocurrir de veras. Ahora la realidad estallaba ante él como un trueno. Y el día siguiente sería el fin en la vida de Jack. Bajó la mirada al mapa que tenía ante sí sobre el facistol. ¿Qué

importaba que el centro del mundo estuviera en Jerusalén o en Wallingford? ¿Sería más feliz si supiera cómo actuaban las palancas?

Había dicho a Aliena que más le valdría saltar desde el trifolio que casarse con Alfred. Lo que debería haber dicho era que él, Jack, podía ya lanzarse desde el triforio. El priorato le fastidiaba. Consideraba que ser monje era un estilo estúpido de vida. Si no podía trabajar en la catedral y Aliena se casaba con otro, la vida no le ofrecía aliciente alguno.

Lo que todavía empeoraba más las cosas, era el saber a ciencia cierta cuán desgraciada sería viviendo con Alfred. Y no era sólo porque él le aborreciera. Había algunas jóvenes que se sentirían más o menos satisfechas de estar casadas con su hermanastro. Edith, por ejemplo, la que lanzaba risitas cuando Jack le dijo lo mucho que le gustaba esculpir la piedra. Edith no hubiera esperado demasiado de Alfred y se hubiera sentido contenta de halagarle y obedecerle siempre que conservara su prosperidad y quisiera a sus hijos. Pero Aliena aborrecería cada instante que pasara con él. Odiaría la tosquedad física de aquel hombre, lo despreciaría por sus modales bravucones, le repugnaría su mezquindad y encontraría insoportable su lenta comprensión. El matrimonio con Alfred sería un infierno para ella.

¿Cómo era posible que no se diese cuenta? Jack se sentía confundido. ¿Qué le bullía a Aliena en la cabeza? Desde luego, cualquier cosa sería preferible a casarse con un hombre al que no amaba. Hacía siete años había causado sensación su negativa a casarse con William Hamleigh. Sin embargo, ahora aceptaba con pasividad la proposición de alguien igual de inadecuado. ¿En qué estaba pensando?

Jack tenía que saberlo.

Necesitaba hablar con ella, y al infierno con el monasterio. Enrolló el mapa, lo guardó en la biblioteca y se dirigió a la puerta. Joseph seguía descansando sobre su escoba.

—¿Os vais ya? —preguntó a Jack—. Creí que teníais que seguir aquí hasta que llegara el admonitor a buscaros.

—El admonitor puede irse a la mierda —respondió Jack al tiempo que salía.

Nada más llegar al paseo oriental del claustro, avistó al prior Philip que se dirigía desde el enclave de la construcción al norte. Jack dio rápidamente media vuelta, pero Philip le llamó.

—¿Qué estás haciendo aquí, Jack? Deberías permanecer en confinamiento.

A Jack se le había agotado la paciencia en cuanto a disciplina monacal. Haciendo caso omiso de Philip, tomó la dirección opuesta y se dirigió hacia el pasaje que conducía desde el paseo sur hasta las pequeñas casas alrededor

del muelle nuevo. Pero no le acompañaba la suerte. En ese mismo momento, salió del pasaje el hermano admonitor, acompañado de sus dos ayudantes. Al ver a Jack se pararon en seco. En la cara de luna de Pierre se reflejó una expresión de indignación asombrada.

—¡Detenga a ese novicio, hermano admonitor! —le gritó Philip.

Pierre alargó un brazo para detener a Jack. Éste le empujó para apartarlo de su camino. El admonitor enrojeció, al tiempo que agarraba a Jack por el brazo. Éste se sacudió la mano de Pierre y le dio un puñetazo en la nariz. El admonitor gritó, más por la afrenta que por el dolor. Y de inmediato los dos ayudantes se abalanzaron sobre Jack, el cual empezó a forcejear como un demente y a punto estuvo de soltarse. Mas, para entonces, Pierre se había recuperado del puñetazo en la nariz y unió sus fuerzas, de tal manera que entre los tres lograron reducir a Jack derribándole y manteniéndolo en el suelo. Siguió porfiando, furioso de que aquella estupidez monacal le impidiera hacer algo tan importante como hablar con Aliena.

—¡Dejadme ir, estúpidos idiotas! —repetía sin cesar.

Los dos ayudantes se sentaron sobre él. Pierre seguía en pie limpiándose la sangre de la nariz con la manga de su hábito. De repente Philip apareció junto a él. Pese a su propia furia, Jack pudo darse cuenta de que Philip también estaba iracundo, como nunca lo había visto.

—No estoy dispuesto a tolerar de nadie este comportamiento —dijo con tono de voz acerado—. Eres un monje novicio y habrás de obedecerme. —Se volvió hacia Pierre—. Confínalo en la sala de obediencia.

—¡No! —gritó Jack—. ¡No podéis!

—Puedes estar seguro de que puedo —afirmó Philip colérico.

La sala de obediencia era una celda pequeña, sin ventanas, situada en la cripta, debajo del dormitorio, en el lado sur, junto a las letrinas. Se solía utilizar para encerrar a quienes quebrantaban la ley, mientras esperaban ser sometidos a juicio por el prior, o trasladados a la cárcel del sheriff en Shiring. Pero también era usada de forma ocasional como celda de castigo para aquellos monjes que cometían graves ofensas contra la disciplina, tales como actos deshonestos con las sirvientes del priorato.

No era el internamiento solitario lo que aterraba a Jack, sino el hecho de que no podía salir para ver a Aliena.

—¡Vos no lo entendéis! —gritaba a Philip—: ¡Tengo que hablar con Aliena!

Era lo peor que podía haber dicho. Aquello irritó aún más a Philip.

—¡Por hablar con ella fuiste castigado en un principio! —contestó furioso.

—¡Pero tengo que hacerlo!

—Lo único que tienes que hacer es aprender a tener temor de Dios y a obedecer a tus superiores.

—¡Vos no sois mi superior, estúpido asno! Vos no sois nada para mí. ¡Dejadme ir, malditos!

—Lleváoslo —ordenó Philip inflexible.

Para entonces se había formado un pequeño grupo y varios monjes levantaron en vilo a Jack por las piernas y los brazos. Se retorcía como un pez en el anzuelo, pero eran demasiados. No podía creer que aquello le estuviera ocurriendo. Le condujeron pataleando y forcejeando a lo largo del pasaje hasta la puerta de la sala de obediencia. Alguien la abrió.

—¡Encerradlo! —se oyó decir al hermano Pierre con tono vengativo.

Lo balancearon y luego lo lanzaron por el aire. Cayó hecho un ovillo sobre el suelo de piedra. Se puso en pie todavía entumecido por los golpes y se precipitó hacia la puerta, pero la cerraron con violencia en el preciso instante en que dio contra ella. Un momento después, dejaron caer desde fuera la pesada barra de hierro y la llave giró en la cerradura.

Jack golpeó la puerta con todas sus fuerzas.

—¡Dejadme salir! —vociferaba desesperado—. ¡Tengo que impedir que se case con él! ¡Dejadme salir!

Pero desde fuera no le llegaba ruido alguno. Siguió llamando y sus exigencias fueron convirtiéndose en súplicas. Fue bajando el tono de su voz hasta convertirse en un susurro. Al final, rompió a llorar de pura furia. Por último, sintió que ya no le quedaban lágrimas. Se volvió hacia la puerta. La celda no estaba completamente a oscuras al entrar algo de luz por debajo de la puerta, lo que le permitió ver vagamente a su alrededor. Fue recorriendo las paredes al tiempo que las palpaba. Por el trazo de las señales del formón en las piedras, supo que aquella celda había sido construida hacía mucho tiempo. La habitación parecía no tener característica particular alguna. Mediría unos seis pies cuadrados, con una columna en una esquina y un techo arqueado. Era evidente que, en un tiempo, formó parte de una habitación más grande y habían levantado la pared para aislarla y convertirla en prisión. En uno de los muros había una hendidura como para una de aquellas ventanas angostas y alargadas, pero estaba completamente cegado y, de cualquier manera, habría sido demasiado pequeña para que nadie hubiera podido deslizarse por ella. El suelo de piedra se hallaba húmedo. Jack se dio cuenta de que se oía el susurro constante de una corriente, y comprendió que el canal de agua que atravesaba el priorato desde el estanque hasta las letrinas debía pasar por debajo de la celda. Ello explicaría por qué el suelo era de piedra en lugar de tierra batida.

Estaba agotado. Se sentó en el suelo con la espalda apoyada contra la pared y clavó la mirada en la rendija de luz que había debajo de la puerta, lo cual sólo servía para atormentarlo, al recordarle dónde querría estar. ¿Cómo pudo meterse en aquel berenjenal? Jamás creyó en el monasterio y tampoco pensó en dedicar su vida a Dios; de hecho, no creía realmente en Dios. Se había convertido en novicio como solución a un problema inmediato, como una manera de quedarse en Kingsbridge, cerca de todo cuanto amaba. Había pensado que siempre que quisiera podría irse. Pero en aquellos momentos en que quería hacerlo, que lo ansiaba más que nada en el mundo, se encontraba imposibilitado. Estaba prisionero. *Tan pronto como salga de aquí, estrangularé al prior Philip*, se dijo. *Lo haré aun cuando luego me ahorquen*.

Aquello le indujo a preguntarse cuándo lo sacarían de allí. Oyó la campana llamando para la cena. Era indudable que pensaban dejarle encerrado durante toda la noche. Tenía la seguridad de que estaban discutiendo su caso en aquel mismo momento. Los monjes peores propondrían que permaneciera encerrado toda una semana... podía oír a Pierre y a Remigius abogando por una disciplina severa. Otros, que sentían simpatía por él, es posible que alegaran que con una noche era castigo suficiente. ¿Qué diría Philip? Sentía afecto por Jack; pero, en esos momentos, estaría terriblemente enfadado, sobre todo después de que le hubiera dicho: *¡Vos no sois mi superior! ¡Vos no sois nada para mí, estúpido asno!* Tal vez Philip se sintiera tentado de dejar que los inflexibles se salieran con la suya. Su única esperanza residía en que acaso quisieran expulsarlo inmediatamente del monasterio lo que, a juicio de ellos, sería un castigo más duro. De esa manera podría hablar con Aliena antes de la boda. Aunque Jack estaba seguro de que Philip sería contrario a aquella solución, pues consideraría la expulsión de Jack como una admisión de su derrota.

La luz que entraba por debajo de la puerta iba haciéndose cada vez más tenue. Ya debía estar oscureciendo. Jack se preguntó cómo se pensaba que los prisioneros hicieran sus necesidades. En la celda no había bacinilla. No sería propio de los monjes olvidar semejante detalle, ya que creían firmemente en la limpieza, incluso para los pecadores. Volvió a examinar el suelo pulgada a pulgada y, cerca de una esquina, encontró un pequeño agujero. Allí sonaba más fuerte el ruido del agua y supuso que daba al canal subterráneo. Ésa tenía que ser su letrina.

Poco después de aquel descubrimiento, se abrió un pequeño postigo. Jack se puso en pie de un salto. En el reborde colocaron un cuenco y un trozo de pan. Jack no pudo ver el rostro del hombre que los puso allí.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—No me está permitido conversar contigo —dijo el hombre con tono monótono. Sin embargo Jack reconoció la voz. Era la de un viejo monje llamado Luke.

—¿Han dicho cuánto tiempo he de estar aquí, Luke? —inquirió Jack.

El monje repitió la misma cantinela:

—No me está permitido conversar contigo.

—¡Por favor, Luke! Si lo sabes dímelo —le suplicó Jack sin importarle lo patético que pudiera parecer.

—Fierre propuso una semana; pero Philip lo dejó en dos días —le susurró Luke.

El postigo se cerró de golpe.

—¡Dos días! —exclamó desesperado Jack—. ¡Para entonces ya estará casada!

No hubo respuesta.

Jack permaneció inmóvil, mirando a la nada. La luz que entraba por el postigo era deslumbrante en comparación con la práctica oscuridad del interior y, por unos momentos, nada pudo ver hasta que los ojos se acostumbraron a las sombras. Pero se le volvieron a llenar de lágrimas y de nuevo se sintió cegado.

Permaneció tumbado en el suelo. Ya no podía hacer nada. Estaría encerrado hasta el lunes, y ese día Aliena sería ya la mujer de Alfred. Se despertaría en el lecho de Alfred y tendría dentro de ella la semilla de Alfred. La idea le produjo náuseas.

La oscuridad fue pronto completa. Se acercó a tientas al reborde y bebió del cuenco. Era agua. Cogió un pedazo pequeño de pan y se lo llevó a la boca, pero no tenía hambre y apenas pudo tragarlo. Bebió el resto del agua y volvió a tumbarse. No durmió pero quedó sumido en una especie de sopor, como en trance. Revivió, como en una ensoñación o una visión, las tardes de domingo que pasó con Aliena durante el último verano, cuando le contó la historia del escudero que amaba a la princesa y salió en busca de la vid que daba joyas.

La campana de la media noche le sacó de su duermevela. Ahora ya estaba acostumbrado al horario monástico y solía estar completamente despierto a medianoche, aunque a menudo necesitaba dormir por las tardes, en especial cuando almorzaban carne. Los monjes estarían saliendo de la cama y formando en fila para la procesión desde el dormitorio a la iglesia. Se encontraban justo encima de Jack, pero le era imposible oír nada. Parecía haber transcurrido muy poco tiempo cuando la campana volvió a llamar para laudes, que se oficiaban una hora después de la medianoche. El tiempo

pasaba rápido, demasiado rápido, ya que al día siguiente Aliena estaría casada.

De madrugada y pese a su infelicidad se quedó dormido. Se despertó sobresaltado. En la celda había alguien con él. Estaba aterrado.

El habitáculo estaba negro como boca de lobo. El ruido del agua parecía más fuerte.

—¿Quién es? —preguntó temblándole la voz.

—No tengas miedo... Soy yo.

—¿Madre? —El alivio casi le hizo perder el conocimiento—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—El viejo Joseph vino a contarme lo ocurrido —contestó con un tono de voz normal.

—Más bajo. Si no te oirán los monjes.

—No, no lo harán. Aquí puedes cantar y gritar sin que te oigan arriba. Lo sé... porque lo he hecho.

En su mente se agolpaban tal número de preguntas que no sabía por dónde empezar.

—¿Cómo llegaste hasta este lugar? ¿Está la puerta abierta? —se dirigió hacia ella tanteando con los brazos extendidos—. Vaya..., estás completamente mojada.

—El canal del agua fluye exactamente por aquí debajo. En el suelo hay una losa suelta.

—¿Cómo lo sabías?

—Tu padre pasó diez meses en esta celda —dijo Ellen, y en su voz rebosaba la amargura acumulada durante años.

—¿Mi padre? ¿En esta celda? ¿Diez meses?

—Fue entonces cuando me enseñó todas esas historias.

—¿Pero por qué estaba aquí?

—Jamás pudimos saberlo —repuso ella con tono resentido—. Fue secuestrado o detenido, nunca logró averiguarlo, en Normandía y lo trajeron aquí. No hablaba inglés ni latín y no tenía la menor idea de dónde se encontraba. Trabajó en las cuadras alrededor de un año, así fue como lo conocí. —Su voz se hizo suave por la nostalgia—. Lo quise en el mismo momento en que puse los ojos en él. Era tan cariñoso y parecía tan asustado e infeliz... Sin embargo cantaba como un pájaro. Hacía meses que nadie había hablado con él. Se puso tan contento cuando le dije que sabía algunas palabras en francés que creo que sólo por eso me enamoré de él. —La ira endureció de nuevo su voz—. Al cabo de un tiempo lo metieron en esta celda. Fue entonces cuando descubrí cómo entrar aquí.

A Jack se le ocurrió que acaso había sido concebido precisamente allí, sobre el frío suelo de piedra. La idea le pareció embarazosa y se sintió contento de que estuviera demasiado oscuro para que su madre y él pudieran verse las caras.

—Pero mi padre debió de hacer algo para que le detuvieran de aquella manera —dijo.

—A él no se le ocurría qué podía ser. Y al final se inventaron un delito. Alguien le dio un cáliz incrustado con piedras preciosas y le dijo que se fuera. Lo detuvieron cuando hubo recorrido una o dos millas, acusándole de haber robado el cáliz. Y por eso lo ahorcaron.

Ellen estaba llorando.

—¿Quién hizo eso?

—El sheriff de Shiring, el prior de Kingsbridge... Poco importa quién.

—¿Y qué hay de la familia de mi padre? Debía de tener padres, hermanos y hermanas...

—Sí, en Francia tenía una gran familia.

—¿Por qué no se escapó y volvió allí?

—Lo intentó una vez pero volvieron a cogerlo y le trajeron de nuevo aquí. Entonces fue cuando le metieron en la celda. Claro que pudo intentarlo de nuevo, una vez que descubrimos cómo salir de aquí. Pero no sabía cómo volver a casa, no conocía una palabra de inglés y no tenía un penique. Sus posibilidades eran escasas. Ahora sabemos que, en definitiva, debiera haberlo hecho, pero por entonces jamás pensamos que lo iban a ahorcar.

Jack la rodeó con los brazos para consolarla. Estaba completamente empapada y temblando. Necesitaba salir de allí para secarse.

Y entonces comprendió sobresaltado que si ella podía salir, también podía hacerlo él. Por unos breves momentos casi se había olvidado de Aliena, mientras su madre le hablaba de su padre. Pero ahora se daba cuenta de que se iba a cumplir su deseo. Hablaría con Aliena antes de su boda.

—Dime cómo se sale —dijo de repente.

Ellen sorbeteó las lágrimas.

—Cógete de mi brazo y yo te guiaré.

Atravesaron la celda y Jack la sintió descender.

—Limítate a dejarte caer en el canal —le dijo—. Aspira profundamente y mete la cabeza debajo del agua. Luego, nada contra corriente. No sigas la corriente o acabarás en la letrina de los monjes. Cuando estés cerca del final te habrás quedado casi sin aliento. Pero conserva la calma, sigue nadando y lo lograrás.

Ellen se hundió todavía más y Jack perdió contacto.

Encontró el agujero y se introdujo por él. Casi de inmediato, sus pies tocaron agua. Cuando hubo alcanzado el fondo del túnel y se puso en pie, sus hombros aún seguían en la celda. Antes de seguir descendiendo, alcanzó la piedra y la colocó de nuevo en su sitio, regocijándose perversamente con el desconcierto de los monjes cuando encontraran la celda vacía.

El agua estaba fría. Respiró hondo y, tumbándose boca abajo, nadó contra corriente. Imprimía la mayor rapidez posible. Mientras avanzaba, iba imaginándose las edificaciones sobre su cabeza. Estaba pasando por debajo del pasadizo; luego, del refectorio, la cocina y el horno. No estaba lejos; pero parecía que aquello no iba a acabar nunca. Intentó salir a la superficie pero dio con la cabeza en la parte superior del túnel. Sintió pánico; sin embargo, recordó lo que le había dicho su madre. Ya estaba casi allí. Al cabo de unos momentos, vio luz delante de él. Había despuntado el alba mientras hablaban en la celda. Se arrastró hasta tener la luz encima de él. Entonces se puso en pie, y aspiró grandes bocanadas de aire fresco. Una vez recobrado el aliento salió de la zanja.

Su madre se había cambiado de ropa. Llevaba ya un vestido seco y limpio, y estaba retorciendo y escurriendo el mojado. También había llevado ropa seca para él. Allí en la orilla, en aseado montón, estaba la indumentaria que no había llevado durante medio año. Una camisa de lino, una túnica verde de lana y botas de piel. Su madre se volvió de espaldas y Jack se despojó del pesado hábito monacal y también de las sandalias, y se puso su propia ropa.

Arrojó a la zanja el hábito de monje. No pensaba volver a llevarlo jamás.

—¿Qué harás ahora? —le preguntó su madre.

—Ir a ver a Aliena.

—¿Ahora mismo? Es muy pronto.

—No puedo esperar.

Ellen asintió.

—Sí, cariño. Está sufriendo mucho.

Jack se inclinó para besarla. Luego, la abrazó impulsivo apretándole contra sí.

—Me sacaste de la prisión —dijo, y luego se echó a reír—. ¡Qué madre tengo!

Ellen sonrió pero sus ojos se hallaban húmedos.

Jack le dio otro abrazo de despedida y se alejó.

Pese a ser ya completamente de día, no había nadie por allí. Como era domingo y la gente no trabajaba, aprovechaban la ocasión para seguir durmiendo después de la salida del sol. Jack no estaba seguro de si debería sentirse atemorizado ante la posibilidad de que le vieran. ¿Tenía derecho el

prior Philip a perseguir a un novicio que se hubiera fugado y obligarle a regresar? Y en el caso de que tuviera ese derecho, ¿querría ejercerlo? Jack no lo sabía. Sin embargo Philip era la ley en Kingsbridge y Jack le había desafiado. Por lo tanto, era seguro que surgirían dificultades de algún tipo. Sin embargo Jack sólo pensaba en los momentos inmediatos.

Llegó a la pequeña casa de Aliena. Entonces se le ocurrió que acaso Richard se encontrara allí. Esperaba que no fuera así. Sin embargo nada podía hacer al respecto. Se acercó a la puerta y llamó suavemente con los nudillos.

Ladeó la cabeza a la escucha. Dentro no se oía ruido alguno.

Volvió a llamar más fuerte y esa vez pudo escuchar el ruido de la paja al moverse alguien.

—¡Aliena! —susurró con fuerza.

—¿Sí? —respondió una voz asustada.

—¡Abre la puerta!

—¿Quién es?

—Soy Jack.

—¡Jack!

Hubo una pausa. Jack esperó.

Aliena cerró los ojos desesperada y se dejó caer contra la puerta descansando la mejilla sobre la tosca madera. *No es posible que sea Jack,* se dijo. *Hoy no, ahora no.*

Le llegó de nuevo su voz, un susurro bajo, apremiante.

—Por favor, Aliena, abre la puerta. ¡Deprisa! ¡Si me cogen me volverán a meter en la celda!

Aliena había oído que le tenían encerrado, pues la noticia corrió por toda la ciudad. Era evidente que se había escapado. Y había corrido junto a ella. El corazón empezó a latirle con fuerza. No podía fallarle.

Levantó la barra y abrió la puerta.

Tenía el rojo cabello aplastado por el agua como si se hubiera bañado. Vestía ropa corriente, no el hábito de monje. Sonrió como si verla fuera lo mejor que le hubiese pasado jamás.

—Has estado llorando —dijo Jack frunciendo el entrecejo.

—¿Por qué has venido aquí?

—Tenía que verte.

—Voy a casarme hoy.

—Lo sé. ¿Puedo entrar?

Aliena sabía que no estaría bien dejarle pasar. Pero pensó que al día siguiente sería la mujer de Alfred, así que tal vez fuera la última vez que

pudiera hablar a solas con Jack. No me importa que esté mal, se dijo. Así que abrió más la puerta. Jack entró y ella volvió a colocar la barra.

Se quedaron en pie mirándose. Ahora Aliena se sentía incómoda.

Jack la miraba con desesperada ansia, como un hombre que, muerto de sed, viera una cascada.

—No me mires así —le pidió ella dando media vuelta.

—No te cases con él —dijo Jack.

—Tengo que hacerlo.

—Serás desgraciada.

—Ya soy desgraciada ahora.

—Mírame. ¡Por favor!

Aliena se volvió de cara a él y alzó los ojos.

—Por favor, dime por qué lo haces —le rogó.

—¿Por qué habría de decírtelo?

—Por la forma en que me besaste en el molino viejo.

Aliena bajó la mirada sintiendo que se ruborizaba intensamente.

Aquel día se había dejado llevar por sus impulsos y, desde entonces, siempre se había sentido avergonzada. Ahora Jack lo utilizaba contra ella. No dijo ni una palabra. No tenía defensa posible.

—Desde entonces te mostraste fría —siguió diciendo Jack.

Ella mantuvo la vista baja.

—¡Éramos tan amigos! —prosiguió él implacable—. Todo aquel verano en tu cañada, junto a la cascada... Mis historias... Éramos felices. Allí te besé una vez. ¿Recuerdas?

Claro que lo recordaba, aun cuando llegó a convencerse a sí misma de que nunca había ocurrido. En aquel momento la enternecía la remembranza y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Y entonces hice que el molino te enfurtiera el tejido —le recordó—. ¡Estaba tan contento de poder ayudarte en tu negocio! Te emocionaste al verlo. Y entonces volvimos a besarnos. Pero no fue un simple beso como el primero. Esa vez fue... apasionado.

¡Dios mío! Sí, lo fue, se dijo Aliena. Y volvió a ruborizarse.

Empezó a respirar más deprisa. Deseaba que Jack se callara; pero no lo hacía.

—Nos abrazamos muy fuerte. Nos besamos durante mucho tiempo. Abriste la boca.

—¡Cállate! —gritó Aliena.

—¿Por qué? —dijo Jack cruel—. ¿Qué había de malo en ello? ¿Por qué te volviste fría?

—¡Porque estoy asustada! —contestó ella sin pensarlo y luego rompió a llorar.

Se tapó la cara con las manos y sollozó. Un instante después sintió las manos de Jack en sus hombros convulsos. Permaneció inmóvil y, al cabo de un rato, él la rodeó con los brazos. Aliena se quitó las manos de la cara y lloró sobre su túnica verde.

Al cabo de un rato, ella abrazó la cintura de Jack.

Él descansó la mejilla sobre el pelo de Aliena, aquel pelo feo, corto, informe que todavía no le había crecido desde el incendio, y le frotó la espalda como si fuera un bebé. A Aliena le hubiera gustado seguir así toda la vida. Pero Jack la apartó para poder mirarla.

—¿Por qué te asusta tanto? —le preguntó.

Aliena lo sabía pero no podía decírselo. Negó con la cabeza al tiempo que daba un paso atrás. Pero Jack la sujetó por las muñecas manteniéndola cerca.

—Escucha, Aliena —dijo—. Quiero que sepas lo terrible que ha sido todo esto para mí. Al principio parecía que me amabas; luego, dio la impresión de que me aborrecías, y ahora te vas a casar con mi hermanastro. No lo entiendo. Yo no sé nada de estas cosas, nunca he estado enamorado antes. Y es todo tan doloroso. No encuentro palabras para expresar lo malo que es. ¿No crees que al menos deberías intentar explicarme por qué he de pasar por todo esto?

Aliena se sintió embargada por los remordimientos. Pensar que le había herido tan cruelmente cuando le quería tanto. Estaba avergonzada por la forma en que le había tratado. Jack sólo le había hecho cosas buenas y amables, y ella le había recompensado arruinando su vida. Tenía derecho a una explicación. Hizo acopio de fuerzas.

—Hace mucho tiempo me pasó algo, Jack, algo realmente espantoso, algo que durante años he procurado olvidar. No quería volver a pensar jamás en ello. Pero, cuando me besaste de aquella manera, todo volvió de nuevo a mí y no pude soportarlo.

—¿Qué fue? ¿Qué es lo que ocurrió?

—Después de que mi padre fuera hecho preso vivimos en el castillo Richard, yo y un servidor llamado Matthew. Y una noche llegó William Hamleigh y nos arrojó de allí.

Jack entornó los ojos.

—¿Y qué pasó?

—Mataron al pobre Matthew.

Jack sabía que no le estaba diciendo toda la verdad.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué mataron a tu servidor?

—Porque intentaba detenerles.

Ahora ya las lágrimas le caían por la cara y sentía la garganta apretada cada vez que intentaba hablar. Movió la cabeza impotente e intentó dar media vuelta, pero Jack no la dejó ir.

—¿Impedirles hacer qué? —preguntó con voz tan suave como un beso.

De repente Aliena supo que podía decírselo y le salió todo con la rapidez de un torrente.

—Me forzaron —dijo—. El escudero me sujetó y William se puso encima de mí, pero aun así yo no le dejaba, y entonces cortaron un trozo de la oreja a Richard y dijeron que le seguirían cortando trozos —ahora ya sollozaba de alivio, agradecida hasta el infinito de poder al fin contarlo; miró a Jack a los ojos y dijo—: Así que abrí las piernas y William me lo hizo mientras que su escudero obligaba a Richard a mirar.

—Lo siento muchísimo —musitó Jack—. Oí rumores pero nunca pensé... ¿Cómo fueron capaces de hacer eso, mi querida Aliena?

Aliena pensó que debía saberlo todo.

—Y luego, una vez que William me lo hubo hecho, también lo hizo el escudero.

Jack cerró los ojos. Tenía el rostro lívido y tenso.

—Y entonces, verás —siguió diciendo Aliena—, cuando tú y yo nos besamos, quise que tú lo hicieras y entonces me vino a la mente William y su escudero y me sentí tan mal, tan asustada que salí corriendo. Ése fue el motivo de que me mostrara tan arisca contigo y te hiciera desgraciado. Lo siento.

—Te perdono —musitó Jack.

La atrajo hacia sí y Aliena le dejó que la rodeara otra vez con sus brazos. Era tan consolador...

Aliena le sintió estremecerse.

—¿Te disgusto? —le preguntó ansiosa.

Jack la miró.

—Te adoro —dijo, y bajando la cabeza la besó en la boca.

Aliena se quedó rígida. Eso no era lo que quería. Jack la apartó un poco y luego volvió a besarla. El roce de los labios de él sobre los suyos era muy suave. Sintió hacia él gratitud y cariño, se humedeció los labios, sólo un poco, y luego los dejó laxos, como un débil eco de un beso. Jack, alentado, volvió a apretar los labios contra los de ella. Aliena podía sentir su aliento cálido en la cara. Él abrió ligeramente la boca y entonces ella la apartó rápida.

—¿Tan desagradable te parece? —preguntó Jack dolido.

En verdad Aliena ya no estaba tan asustada como antes. Había revelado a Jack la espantosa realidad sobre sí misma, y él no se había apartado con repulsión. Por el contrario, se mostraba tan tierno y cariñoso como siempre. Levantó la cabeza y él volvió a besarla. Eso no la aterraba. No había nada amenazador, nada violento ni incontrolable, no había deseo de forzarla, ni odio ni dominación, todo lo contrario. Ese beso había sido un placer compartido. Los labios de Jack se entreabrieron y Aliena sintió la punta de su lengua. Volvió a ponerse tensa. Jack le hizo separar los labios. Ella se tranquilizó de nuevo. Él le mordisqueó suavemente el labio inferior.

Sintió un ligero vértigo.

—¿Querrías volver a hacer lo de la última vez? —le preguntó Jack.

—¿Qué hice?

—Te lo enseñaré. Abre la boca, sólo un poco.

Aliena hizo lo que le pedía y sintió de nuevo la lengua de él acariciándole los labios, introduciéndola entre sus dientes separados y tanteando en su boca hasta encontrar la suya. Aliena se apartó.

—Así —dijo Jack—. Eso es lo que hiciste.

—¿Yo?

Aliena estaba sobresaltada.

—Sí. —Jack sonrió y luego su expresión se hizo solemne—. Si quisieras hacerlo otra vez, eso compensaría toda la tristeza de los últimos nueve meses.

Aliena volvió a levantar la cara cerrando los ojos. Al cabo de un instante, sintió la boca de él sobre la suya. Abrió los ojos, vaciló y después nerviosa, metió la lengua en la boca de él. Al hacerlo recordó cómo se sintió la última vez que lo hizo, en el molino viejo y se repitió aquella sensación de éxtasis. Se vio embargada por la necesidad de tenerle abrazado, de tocar su piel y su pelo, de sentir sus músculos y sus huesos, de estar dentro de él y tenerle dentro de ella. Sus lenguas se encontraron y, en lugar de sentirse incómoda y notar una leve repugnancia, estaba excitada al hacer algo tan íntimo como tocar con su lengua la de Jack.

Ahora ya ambos jadeaban. Él sostenía la cabeza de ella entre las manos y Aliena le acariciaba los brazos, la espalda y luego las caderas, sintiendo los músculos tensos y fuertes. El corazón le latía con fuerza.

Por último, ya sin aliento, rompió el beso.

Aliena lo miró. Tenía la cara enrojecida. Jadeaba y le brillaba en el rostro toda la fuerza de su deseo. Al cabo de un momento se inclinó de nuevo, pero en lugar de besarla en la boca le levantó la barbilla y besó la suave piel de la garganta. Ella misma escuchó su lamento de placer. Bajando aún más la cabeza, Jack rozó con los labios el nacimiento de su seno. A Aliena se le

inflamaron los pezones debajo del tosco tejido de su camisón de lino al tiempo que los sentía insoportablemente tiernos. Los labios de Jack se cerraron sobre uno de ellos.

Aliena sintió en la piel su aliento abrasador.

—Despacio —murmuró temerosa.

Jack le besó el pezón a través del lino y a pesar de que lo hizo de la manera más suave posible, Aliena sintió una sensación de placer tan aguda que fue como si le hubiera mordido, y lanzó un leve grito entrecortado.

Y entonces Jack cayó de rodillas ante ella.

Apretó la cara contra su falda. Hasta aquel momento, toda la sensación la había experimentado en los senos; pero entonces, de repente, sintió el hormigueo en el pubis. Jack, cogiendo el borde de su camisón se lo levantó hasta la cintura. Ella le miraba temerosa de su reacción, ya que siempre se había sentido avergonzada de tener allí tanto vello. Pero a Jack no pareció repelerle. Por el contrario, se inclinó y la besó suavemente, precisamente allí, como si fuera la cosa más maravillosa del mundo.

Aliena cayó de rodillas frente a él. Ahora ya respiraba entrecortadamente, igual que si hubiese corrido una milla. Le necesitaba terriblemente. Sentía la garganta seca por el deseo. Puso las manos sobre las rodillas de él y luego deslizó una de ellas por debajo de su túnica.

Aliena jamás había tocado el pene de un hombre. Estaba caliente, seco y duro como un palo. Jack, cerrando los ojos, gimió hondo, con la garganta, mientras ella exploraba su miembro a todo lo largo con las yemas de los dedos. Finalmente, le levantó la túnica e, inclinándose, se lo besó al igual que él se lo había besado, con un suave roce de labios. Tenía la punta tensa como el parche de un tambor y un poco humedecida.

De repente se sintió poseída por el deseo de mostrarle los senos.

Se puso de nuevo de pie. Jack abrió los ojos. Sin dejar de mirarlo, se sacó rápidamente el camisón por la cabeza y lo arrojó lejos. Ya estaba completamente desnuda. Se sentía consciente de sí misma, pero era una sensación grata, como una indecente delicia. Jack se quedó mirándole los senos como hipnotizado.

—Son muy bellos —dijo.

—¿Lo crees de veras? —le preguntó ella—. Siempre me pareció que eran demasiado grandes.

—¿Demasiado grandes? —repitió Jack como si la sugerencia fuese ofensiva. Alargando el brazo le tocó el seno izquierdo con la mano derecha. Se lo acarició suavemente con las yemas de los dedos. Aliena miraba hacia abajo observando lo que él hacía. Al cabo de un momento quiso que lo hiciera con más fuerza. Le cogió las manos y se las apretó contra sus senos.

—¡Hazlo más fuerte! —le dijo con voz enronquecida—. Necesito sentirte más hondo.

Las palabras de ella le enardecieron. Le acarició vigorosamente los senos y luego, cogiéndole los pezones se los pellizcó con la fuerza suficiente para que sólo le dolieran un poco. Aquella sensación pareció enloquecerla. Se le quedó la mente en blanco, sintiéndose totalmente embargada por el contacto de sus dos cuerpos.

—Quítate la ropa —le pidió—. Quiero mirarte.

Jack se despojó de la túnica y de la ropa interior, se quitó las botas y las calzas y se arrodilló de nuevo ante ella. El pelo rojo empezaba a secársele en forma de bucles indómitos. Tenía el cuerpo delgado y blanco, con hombros y caderas huesudos. Parecía nervioso y ágil, joven y lozano. El pene le sobresalía semejante a un árbol entre la fronda del vello rojizo. De repente Aliena sintió deseos de besarle el pecho. Inclinándose hacia delante rozó con los labios los lisos pezones masculinos. Se inflamaron al igual que los de ella. Los mordisqueó suavemente con el ansia de hacerle sentir el mismo placer que él le había producido. Jack le acarició el pelo.

Quería sentirlo dentro de ella. En seguida.

Aliena comprendió que Jack no estaba seguro de lo que había de hacer.

—¿Eres virgen, Jack? —le preguntó.

Él asintió sintiéndose algo estúpido.

—Me alegro —manifestó ella con fervor—. Me alegro mucho.

Aliena, cogiéndole las manos se las puso entre las piernas. Tenía aquella parte inflamada y sensible y el roce de él fue electrizante.

—Pálpame —le dijo y Jack movió los dedos explorando—. Pálpame dentro —insistió Aliena.

Jack introdujo en ella un dedo vacilante. Estaba resbaladizo por el deseo.

—Ahí —dijo ella suspirando satisfecha—. Ahí es donde tiene que ir.

Le soltó la mano y se tendió encima de la paja.

Jack se tumbó sobre ella, y apoyándose en un codo la besó en la boca. Aliena le sintió entrar un poco y luego detenerse.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Parece tan pequeño —repuso Jack—. Tengo miedo de hacerte daño.

—Empuja más fuerte —le dijo—. Te deseo tanto que no me importa que duela.

Aliena le sintió empujar. Dolía más de lo que ella esperara, pero fue sólo un instante y luego se sintió maravillosamente colmada. Le miró. Él se retiró un poco y empujó de nuevo. Ella empujó a su vez.

—Nunca pensé que fuera tan delicioso —confesó Aliena maravillada.

Jack cerró los ojos como si fuera incapaz de resistir tanta felicidad.

Jack empezó a moverse rítmicamente. Los impulsos constantes producían a Aliena una sensación de placer en alguna parte del pubis. Se escuchó a sí misma dar pequeños gritos excitados cada vez que se juntaban sus cuerpos. Él se bajó hasta tocar con su pecho los pezones de ella, pudiendo sentir Aliena su ardiente aliento. Hundió los dedos en la fuerte espalda de él. Su jadeo regular se transformó en gritos. De repente sintió la necesidad de besarle. Hundiendo las manos en los bucles de él atrajo su cabeza hacia ella. Le besó con fuerza en los labios y luego, metiéndole la lengua en la boca empezó a moverse cada vez más deprisa. Tenerle a él dentro de ella al tiempo que su lengua estaba en la boca de él, la hizo casi enloquecer de placer.

Sintió que la sacudía un espasmo inmenso de gozo, tan violento como si cayera de un caballo y se golpeara contra el suelo. Gritó con fuerza. Abrió los ojos y mirándose en los de él pronunció su nombre. Entonces la invadió otra oleada y luego otra. Sintió también convulso el cuerpo de él, al tiempo que dentro de ella se derramaba un chorro cálido que la enardeció aún más haciéndola estremecerse de placer una y otra vez hasta que, por último, la sensación pareció empezar a desvanecerse y se fue quedando desmadejada y quieta.

Se encontraba demasiado exhausta para hablar o moverse pero sentía sobre ella el peso de Jack, sus huesudas caderas contra las suyas, su pecho liso aplastando sus suaves senos, su boca junto a su oído y los dedos enredados en su pelo. Parte de su mente pensaba de un modo vago: esto es lo que pasa entre hombre y mujer, éste es el motivo que trae tan excitada a la gente, y también la razón de que marido y esposa se quieran tanto.

La respiración de Jack se hizo más leve y regular, y su cuerpo se relajó hasta quedar completamente laxo. Estaba dormido.

Aliena, volviendo la cabeza le besó en la cara. No pesaba demasiado. Ansiaba que siguiera así para siempre, dormido sobre ella.

Aquella idea le hizo recordar. Era el día de su boda.

¡Santo Dios!, pensó, *¿qué he hecho?*

Rompió a llorar.

Al cabo de un momento Jack se despertó.

Besó con ternura las lágrimas que le caían por las mejillas.

—Quisiera casarme contigo, Jack —dijo Aliena.

—Entonces eso es lo que haremos —afirmó él con tono de profunda satisfacción.

No la había comprendido, eso sólo servía para empeorar las cosas.

—Sin embargo, no podemos.

—Pero después de esto...

—Lo sé...

—Después de esto tienes que casarte conmigo.

—No podemos casarnos —repitió ella—. He perdido todo mi dinero y tú no tienes nada.

Jack se incorporó, apoyándose en los codos.

—Tengo mis manos —dijo con orgullo—. Soy el mejor tallista en piedra en muchas millas a la redonda.

—Te despidieron...

—Eso carece de importancia. Puedo encontrar trabajo en cualquier construcción del mundo.

Aliena movió la cabeza desolada.

—No es suficiente. Tengo que pensar en Richard.

—¿Por qué? —exclamó Jack indignado—. ¿Qué tiene que ver todo esto con Richard? Puede cuidar de sí mismo.

De repente Jack pareció pueril, y Aliena comprendió la diferencia de edad. Era cinco años menor que ella y todavía seguía pensando que tenía derecho a ser feliz.

—Juré a mi padre, cuando se estaba muriendo, que cuidaría de Richard hasta que llegara a ser conde de Shiring —explicó.

—¡Pero puede ser que eso no ocurra nunca!

—Un juramento es un juramento.

Jack parecía estupefacto. Rodó apartándose de ella. Salió de ella su pene laxo haciéndola experimentar una dolorosa sensación de pérdida. *Jamás volveré a sentirlo dentro de mí*, pensó desconsolada.

—Es imposible que creas tal cosa —dijo él—. ¡Un juramento sólo son palabras! No es nada en comparación con esto. Esto es real, esto somos tú y yo.

Le miró los senos. Luego, alargando el brazo le acarició el vello rizado entre las piernas. Era tan penetrante que Aliena sintió su tacto como una descarga. Jack la vio sobresaltarse y quedó quieto. Por un instante, Aliena estuvo a punto de decir: *Sí, muy bien, huyamos juntos ahora*, y acaso lo habría hecho si hubiera seguido acariciándola de aquella manera. Pero recuperó la sensatez.

—Voy a casarme con Alfred.

—No seas ridícula.

—Es la única solución.

Jack se quedó mirándola.

—No me es posible creerte —dijo.

—Es verdad.

—No soy capaz de renunciar a ti. No puedo. No puedo.

Se le quebró la voz y ahogó un sollozo.

—¿De qué serviría que quebrantara un juramento hecho a mi padre para prestar otro juramento de matrimonio contigo? Si rompo el primero, el segundo carece de valor.

—No me importa. No quiero tus juramentos. Sólo quiero que estemos toda la vida juntos y hagamos el amor siempre que queramos.

Es el punto de vista del matrimonio de un muchacho de dieciocho años, pensó Aliena, pero no lo dijo. Se hubiera sentido muy contenta de aceptarlo de haber sido libre.

—No puedo hacer lo que quiera —declaró con tristeza—. No es mi destino.

—Lo que estás haciendo está mal —le aseguró Jack—. Quiero decir que es malvado. Renunciar a la felicidad es como arrojar piedras preciosas al océano. Es mucho peor que cualquier pecado.

Aliena se sobresaltó al caer en la cuenta de que su madre hubiera estado de acuerdo con aquello. Ignoraba cómo lo sabía. Apartó la idea de su cabeza.

—Jamás podría sentirme feliz, ni siquiera contigo, si hubiera de vivir con la certeza de haber roto la promesa que hice a mi padre.

—Te importan más tu padre y tu hermano que yo —se quejó Jack con un leve tono acusador por vez primera.

—No...

—Entonces, ¿qué?

Sólo estaba divagando; pero Aliena consideró la pregunta con seriedad.

—Supongo que significa que mi juramento a mi padre es para mí más importante que mi amor por ti.

—¿De veras? —preguntó él incrédulo—. ¿De verdad lo es?

—Sí, lo es —repuso Aliena sintiendo como una losa en el corazón.

Sus palabras le sonaron como el toque a muertos.

—Entonces no hay nada más que decir.

—Sólo... que lo siento.

Se puso en pie. Volviéndose de espaldas a Aliena, cogió su ropa. Ella contempló su cuerpo largo y delgado. En las piernas tenía abundante vello rizado, de un rojizo dorado. Se puso rápidamente la camisa y la túnica; luego los calcetines y se colocó las botas. Todo ocurrió con excesiva rapidez.

—Vas a ser desgraciadísima —dijo a Aliena.

Trataba de mostrarse desagradable con ella pero el intento fue un fracaso, ya que ella pudo captar compasión en su voz.

—Sí, lo soy —repuso—. ¿No querrías al menos... al menos decir que me respetas por mi decisión?

—No —contestó él sin vacilar—. De ninguna manera. Te desprecio por ella.

Aliena seguía allí sentada, desnuda, mirándole. Prorrumpió en llanto.

—Más vale que me vaya —dijo Jack, y se le quebró la voz.

—Sí, vete —sollozó Aliena.

Él fue hacia la puerta.

—¡Jack!

Se volvió ya junto a la salida.

—¿No querrás desearme suerte, Jack?

Levantó la barra.

—Buena... —calló incapaz de seguir hablando, miró el suelo y luego la miró a ella de nuevo, la voz llegó hasta Aliena como un susurro—. Buena suerte —dijo. Y salió.

La casa que había sido de Tom era ya de Ellen, aunque también el hogar de Alfred, de manera que aquella mañana estaba llena de gente preparando el festín de bodas organizado por Martha, la hermana de trece años de Alfred, mientras que la madre de Jack tenía un aspecto desconsolado. Alfred se encontraba allí con una toalla en la mano, a punto de bajar al río. Las mujeres se bañaban una vez al mes y los hombres por Pascua Florida y la Sanmiguelada; pero era tradicional bañarse el día de la boda. Se hizo el silencio con la llegada de Jack.

—¿Qué quieres? —le preguntó Alfred.

—Quiero que suspendas la boda.

—¡Vete al cuerno!

Jack comprendió que había empezado mal. Tenía que intentar no convertir aquello en un enfrentamiento. Lo que estaba proponiendo era también en interés de Alfred, tenía que hacérselo comprender.

—No te quiere, Alfred —le dijo con la mayor amabilidad posible.

—Tú no sabes nada de eso, muchacho.

—Sí que lo sé —insistió Jack—. No te quiere. Sólo lo hace por Richard. Es el único a quien este matrimonio hará feliz.

—Vuelve al monasterio —repuso desdeñoso Alfred—. Y, a propósito, ¿dónde está tu hábito?

Jack respiró hondo. No le quedaba otro remedio que decirle la verdad.

—Me quiere a mí, Alfred.

Esperaba que Alfred se enfureciera; pero en su rostro sólo apareció la sombra de una artera sonrisa. Jack quedó estupefacto. ¿Qué significaba aquello? La luz fue haciéndose poco a poco en su mente.

—¡Ya lo sabías! —exclamó incrédulo—. ¿Sabes que me quiere a mí y no te importa? Ambicionas tenerla como sea, te ame o no. Lo único que quieres es conseguirla.

La sonrisa furtiva de Alfred se hizo más visible y maliciosa y Jack supo que cuanto estaba diciendo era la pura verdad. Pero había algo mas, aún quedaba por leer algo más en la expresión de Alfred. Una increíble sospecha brotó en la mente de Jack.

—¿Por qué quieres tenerla? —dijo—. ¿Acaso... quieres casarte con ella... sólo para quitármela a mí? —La ira le hizo subir el tono de voz—. ¿Te casas con ella tan sólo por rencor?

En el estúpido rostro de Alfred apareció una expresión de taimado triunfo y Jack supo que había vuelto a dar en el clavo. La idea de que Alfred estaba haciendo todo aquello, no por un comprensible deseo por Aliena sino por ruindad simple y pura era algo imposible de soportar.

—¡Maldito seas! Más te valdrá tratarla bien —vociferó.

Alfred se echó a reír.

La suprema perversidad de los propósitos de Alfred fue como un golpe físico para Jack. Alfred no pensaba tratarla bien. Esa sería la venganza final reservada para Jack. Alfred iba a casarse con Aliena y a hacerla desgraciada.

—Eres pura escoria —dijo con amargura Jack—. Una mierda. Una fea, estúpida, diabólica y repugnante babosa.

Su desprecio hizo mella, al fin, en Alfred que, soltando la toalla, se lanzó sobre Jack con el puño cerrado. Jack le esperaba y se adelantó para golpearle primero. De repente, la madre de Jack apareció entre ellos y, a pesar de ser tan pequeña, los detuvo con una sola frase:

—Ve a bañarte, Alfred.

Alfred se calmó en seguida. Comprendió que había ganado la partida sin necesidad de luchar con Jack y su farisaica mirada reveló sus pensamientos. Salió de la casa.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer, Jack? —le preguntó su madre.

Jack se dio cuenta de que estaba temblando de furia. Respiró hondo varias veces antes de poder hablar. Comprendió que no podía impedir la boda. Pero tampoco podía presenciarla.

—Tengo que irme de Kingsbridge.

Vio la pena reflejada en el rostro de su madre, pese a lo cual se mostró de acuerdo.

—Me temía que dirías eso. Pero creo que tienes razón.

En el priorato empezó a repicar una campana.

—De un momento a otro descubrirán que he escapado —dijo Jack.

—Vete aprisa, pero escóndete junto al río, a la vista del puente. Te llevaré algunas cosas —le dijo su madre.

—Muy bien —asintió Jack dando media vuelta.

Martha se encontraba entre él y la puerta, cayéndole las lágrimas por las mejillas. Jack la abrazó, y ella se aferró con fuerza a él. Su cuerpo de adolescente era liso y huesudo como el de un muchacho.

—Vuelve algún día —le rogó con tono intenso.

Jack le dio un rápido beso y salió.

Para entonces ya había mucha gente por allí, cogiendo agua y disfrutando de la templada mañana otoñal. La mayoría de la gente sabía que era novicio con los monjes, ya que la ciudad era lo bastante pequeña para que todo el mundo estuviera enterado de los asuntos de los demás, así que su indumentaria seglar atrajo muchas miradas sorprendidas. Pero nadie llegó a hacerle pregunta alguna. Descendió deprisa la ladera de la colina, cruzó el puente y caminó por la orilla del río hasta llegar junto a un cañaveral. Se agazapó allí para vigilar el puente, esperando la llegada de su madre.

No tenía idea de a dónde iría. Tal vez empezara a caminar en línea recta hasta llegar a una ciudad donde estuvieran construyendo una catedral y se detendría allí. Era cierto lo que había dicho a Aliena de buscar trabajo. Sabía que era lo bastante bueno para que le ocuparan en cualquier parte. Aunque tuvieran completo el equipo en un enclave, sabía que le bastaría con demostrar al maestro constructor cómo esculpía para que la admitiera. Pero ello no parecía ya conducirle a parte alguna; jamás amaría a otra mujer que a Aliena y sus sentimientos eran muy similares en lo que se refería a la catedral de Kingsbridge. Quería construir allí, no en cualquier otra parte.

Tal vez bastara con internarse en el bosque, tumbarse allí y dejarse morir. Le pareció una idea agradable. El tiempo era apacible, los árboles estaban entre verdes y dorados. Tendría un final tranquilo. Tan sólo lamentaría no haber podido saber algo más sobre su padre antes de morir.

Se estaba imaginando a sí mismo tumbado en un lecho de hojas otoñales, en tranquilo tránsito, cuando vio a su madre que cruzaba el puente. Llevaba un caballo de la rienda.

Jack se puso en pie y corrió hacia ella. El caballo era la yegua zaina que siempre montaba Ellen.

—Quiero que te lleves mi yegua —le dijo.

Jack cogió la mano de su madre y se la apretó como muestra de agradecimiento.

A Ellen los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Nunca he cuidado de ti muy bien —dijo—. Primero te crié salvaje en el bosque. Luego, con Tom, casi te dejé morir de hambre. Y además te hice vivir con Alfred.

—Me cuidaste muy bien, madre —le contestó Jack—. Esta mañana hice el amor con Aliena. Ahora ya puedo morir feliz.

—Eres un muchacho demencial —le dijo Ellen—. Eres igual que yo. Si no puedes tener la amante que deseas no tendrás ninguna.

—¿Así eres tú? —le preguntó Jack.

Ella asintió.

—Después de morir tu padre viví sola antes que unirme a otro; jamás necesité de otro hombre hasta que vi a Tom. Y eso fue al cabo de once años. —Se soltó la mano—. Te digo esto por una razón. Es posible que pasen once años; pero llegará un día en que amarás a alguna otra. Te lo aseguro.

Jack negó con la cabeza.

—Eso no parece posible.

—Lo sé —miró nerviosa por encima del hombro hacia la ciudad—. Más vale que te vayas.

Jack se acercó al caballo. Iba cargado con dos abultadas alforjas.

—¿Qué hay en las alforjas? —le preguntó Jack.

—En ésta algo de comida y dinero y un odre lleno —le contestó—. En la otra, las herramientas de Tom.

Jack estaba conmovido. Su madre había insistido en conservar las herramientas de Tom después de su muerte, a modo de recuerdo.

Y ahora se las estaba dando a él. La abrazó.

—Gracias —le dijo.

—¿A dónde iras? —le preguntó Ellen.

Jack pensó de nuevo en su padre.

—¿Dónde narran sus historias los juglares? —preguntó.

—En el camino de peregrinos a Santiago de Compostela.

—¿Crees que los juglares se acordaran de Jack Shareburg?

—Es posible. Diles que eres su vivo retrato.

—¿Dónde está Compostela?

—En España.

—Entonces, voy a España.

—Es un largo camino, Jack.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

Ellen le rodeó con sus brazos y le estrechó con fuerza. Jack pensó en las muchas veces que había hecho aquello a lo largo de los últimos dieciocho años, consolándole por una rodilla herida, un juguete perdido, una decepción de adolescente... En esos momentos, lo hacía por una pena prematura de

adulto. Pensó en todas las cosas que había hecho su madre, desde criarlo en el bosque hasta sacarlo de la celda de castigo. Siempre había estado dispuesta a pelear como un gato por su hijo. Le dolía tener que dejarla.

Ellen lo soltó. Montó rápido la yegua.

Volvió la mirada hacia Kingsbridge. Cuando llegó allí por primera vez, era un pueblo adormecido, con una catedral vieja y medio derruida. Había prendido fuego a aquella vetusta catedral. Pero nadie lo sabía ya más que él. Ahora Kingsbridge era una ciudad pequeña y arrogante. Bueno, había otras ciudades. Le costaba desgajarse, pero se encontraba al borde de lo desconocido, a punto de embarcarse en una aventura y ello aliviaba en cierto modo el dolor de abandonar cuanto amaba.

—Vuelve algún día, Jack. Por favor —le rogó su madre.

—Volveré.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Si te quedaras sin dinero antes de encontrar trabajo, vende la yegua, no las herramientas —le aconsejó.

—Te quiero, madre —dijo Jack.

A Ellen se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Cuídate mucho, hijo mío.

Jack espoleó el caballo, el cual se puso en marcha. Volviéndose, saludó con la mano. Ellen le devolvió el saludo. Luego, lanzó el caballo al trote y, a partir de ese momento, dejó de mirar hacia atrás.

Richard llegó a casa justo a tiempo para la boda.

A su llegada, dijo que Stephen se había mostrado generoso concediéndole dos días de permiso. Su ejército se encontraba en Oxford, donde tenía montado el asedio al castillo en el que Maud había quedado acorralada, de manera que los caballeros no tenían mucho que hacer.

—No podía estar ausente el día de la boda de mi hermana —dijo Richard.

Aliena pensaba mientras con acritud: *Lo que tú quieres es asegurarte que se lleva a cabo para poder obtener de Alfred lo que te propones*; a pesar de todo, se sentía contenta de que estuviera allí para conducirla a la iglesia y la entregara. De lo contrario, no hubiera tenido a nadie...

Se puso una camisola nueva de lino y un vestido blanco, siguiendo la última moda. Poco podía hacer con el pelo que le ardiera el día del incendio; pero se trenzó las partes más largas, sujetándolas con elegantes lazos de seda blanca. Un vecino le prestó un espejo. Estaba pálida y sus ojos revelaban que había pasado la noche en blanco. A ese respecto nada podía hacer. Richard la observaba. Tenía un aspecto un poco cohibido, como si se

sintiera culpable, y se agitaba inquieto. Tal vez temiera que su hermana diera al traste con todo en el último momento.

Había momentos en que se sentía tentadísima de hacerlo. Se imaginaba cogida de la mano de Jack, alejándose de Kingsbridge para empezar una nueva vida en otra parte cualquiera, una vida sencilla de trabajo honrado, libres de las cadenas de viejos juramentos y padres muertos. Pero era su sueño demencial. Jamás podría ser feliz si abandonaba a su hermano.

Una vez hubo llegado a esa conclusión, se imaginó bajando al río y arrojándose a él. Vio su cuerpo inerte con su traje de boda empapado, arrastrada por la corriente, boca arriba, el pelo flotándole alrededor de la cabeza. Y entonces comprendió que el matrimonio con Alfred era algo mejor que aquello, con lo que retornó al punto de partida y consideró que el matrimonio era la mejor solución a su alcance para la mayor parte de sus problemas. Jack habría encontrado despreciable esa manera de pensar.

Repicó la campana de la iglesia.

Aliena se puso en pie.

Jamás se había imaginado que iba a ser así el día de su boda. Cuando de adolescente había pensado en ello se veía del brazo de su padre, yendo desde la torre del homenaje a través del puente levadizo, hasta la capilla en el patio inferior, con los caballeros y hombres de armas, servidores y arrendatarios agolpados en el recinto del castillo para vitorearla y desearle buena suerte. En sus ensoñaciones despierta, el joven que la esperaba en la capilla siempre había sido una imagen difusa; pero sabía que la adoraba y la hacía reír. Y ella pensaba que era maravilloso. Bien. En su vida nada le había salido como esperaba. Richard sostenía abierta la puerta de la única habitación de la pequeña casa y Aliena salió a la calle.

Ante su sorpresa, halló que varios vecinos se encontraban esperando fuera de sus casas para verla. Algunos le gritaron al salir "¡Dios te bendiga!" y "¡Buena suerte!" Sintió una inmensa gratitud hacia ellos. Mientras subía por la calle le arrojaron maíz, que significaba fertilidad. Tendría niños y ellos la querrían.

La iglesia parroquial se encontraba en la parte más alejada de la ciudad, en el barrio de la gente rica, donde viviría a partir de esa misma noche. Dejaron atrás el monasterio. En aquel momento, los monjes estarían celebrando la santa misa en la cripta; pero el prior Philip había prometido asistir al festín de bodas y bendecir a la feliz pareja. Aliena esperaba que así lo hiciera. Había representado una fuerza importante en su vida desde aquel día, hacia ya seis años, en que le compró toda su lana en Winchester.

Llegaron a la nueva iglesia construida por Alfred con la ayuda de Tom. Ya había allí un gran gentío. La boda sería en el porche, en inglés, y luego se

celebraría una misa en latín en el interior de la iglesia. Allí se encontraban todos los que trabajaban para Alfred y también la mayoría de la gente que había tejido para Aliena en los viejos tiempos. Al llegar la novia, todos la vitorearon. Alfred estaba esperando con su hermana Martha y Dan, uno de los albañiles. Vestía una túnica nueva color escarlata, y botas limpias. Llevaba largo el pelo oscuro y brillante, semejante al de Ellen. Entonces Aliena se dio cuenta de que ésta no se encontraba allí. Se disponía a preguntar a Martha dónde estaba su madrastra cuando apareció el sacerdote y empezó el servicio.

Aliena reflexionaba sobre la nueva dirección que tomó su vida seis años atrás, cuando hizo un juramento a su padre, y que en aquellos momentos empezaba otra nueva era, también con un juramento a un hombre. Rara vez hizo algo por sí misma. Aquella mañana había hecho una terrible excepción con Jack. Cuando lo recordaba apenas podía creerlo. Parecía una ensoñación o una de las imaginativas historias de Jack, algo que no tenía relación alguna con la vida real. Jamás se lo contaría a alma viviente. Sería un delicioso secreto que guardaría celosa para sí, recordándolo de cuando en cuando, para disfrutar al igual que un avaro que cuenta en plena noche su tesoro escondido bajo una tabla.

Estaban llegando a los votos. Aliena repitió las palabras del sacerdote:

—Te tomo a ti, Alfred, hijo de Tom Builder, como esposo, y juro guardarte siempre fidelidad.

Una vez dicho aquello, Aliena sintió ganas de llorar.

A continuación, fue Alfred quien hizo su voto. Mientras hablaba, hubo una oleada de murmullos al fondo de la concurrencia y una o dos personas miraron hacia atrás. Aliena se encontró con la mirada de Martha.

—Es Ellen —musitó ésta.

El sacerdote frunció el ceño molesto por aquella interrupción.

—Alfred y Aliena están ahora casados a los ojos de Dios y que la bendición... —empezó a decir.

No llegó a terminar la frase. Una voz se alzó detrás de Aliena.

—¡Maldigo esta boda!

Era Ellen.

Una exclamación horrorizada se alzó entre los congregados.

—Y que la bendición... —repitió el sacerdote intentando proseguir.

Luego calló, quedándose pálido e hizo la señal de la cruz.

Aliena se volvió. Ellen estaba en pie detrás de ella. La multitud retrocedió para dejarle paso. Ellen sostenía un gallo vivo en una mano y un largo cuchillo en la otra. El cuchillo estaba ensangrentado y del corte inferido en el cuello del animal brotaba la sangre.

—Maldigo este matrimonio con penas —siguió diciendo y sus palabras helaron la sangre de Aliena—. Maldigo este matrimonio con esterilidad —dijo—. Lo maldigo con amargura, odio, desolación y pesadumbres. Lo maldigo con impotencia.

Al pronunciar la palabra impotencia lanzó al aire el gallo ensangrentado. Varias personas chillaron al tiempo que retrocedían. Aliena permanecía inmóvil, como si hubiera echado raíces. El gallo voló por los aires, salpicándolo todo de sangre y cayó sobre Alfred. Éste, aterrado, retrocedió de un salto. Aquel espantoso objeto aleteó en el suelo todavía sangrando.

Cuando la gente se recuperó y miró en derredor, Ellen había desaparecido.

Martha había puesto sabanas de hilo limpias y una manta de lana nueva en el lecho, el gran lecho de plumas que perteneció a Ellen y Tom y que, en adelante, sería de Alfred y Aliena. Desde la ceremonia no se volvió a ver a Ellen. El festín había resultado más bien tranquilo, semejante a una excursión en un día frío, con todo el mundo cariacontecido, comiendo y bebiendo de forma maquinal porque no podían hacer otra cosa. Con la puesta de sol, se fueron los invitados, sin ninguna de las habituales y zafias bromas sobre la noche de bodas. Martha se había acostado ya en su pequeña cama, en la otra habitación; y Richard había vuelto a la pequeña casa de Aliena que en adelante sería la suya.

Alfred dijo que el verano próximo construiría para ellos una casa de piedra. Durante toda la comida, había estado fanfarroneando acerca de ello con Richard.

—Tendrá un dormitorio, un salón y una cripta —había dicho—. Cuando la mujer de John Silversmith la vea, deseará una igual. Muy pronto todos los hombres prósperos de la ciudad querrán una casa de piedra.

—¿Tienes hecho algún boceto? —le preguntó Richard.

Aliena detectó una nota de escepticismo en su voz, aun cuando nadie pareció darse cuenta.

—Tengo algunos dibujos viejos de mi padre, hechos en tinta sobre vitela. Uno de ellos es la casa que estábamos construyendo para Aliena y William Hamleigh hace ya tantos años. Me basaré en ese boceto.

Aliena se apartó de ellos muy fastidiada. ¿Cómo era posible que alguien fuera tan burdo que mencionara aquello en el día de su boda?

Durante toda la tarde, Alfred se había mostrado jactancioso, sirviendo vino, contando chistes e intercambiando guiños socarrones con sus compañeros de trabajo. Parecía feliz. En aquel momento se encontraba sentado en el borde de la cama quitándose las botas. Aliena se despojó de las cintas del pelo. No sabía qué pensar de la maldición de Ellen. La había

sobresaltado y no tenía idea de lo que bullía en la mente de aquella mujer. Pero, de cualquier modo, no estaba aterrada como sucedía a la mayoría de la gente.

No podía decirse lo mismo de Alfred. Cuando el gallo ensangrentado cayó sobre él, empezó casi a desvariar. Richard tuvo que sacudirlo para hacerle recobrar la razón, agarrándole de la túnica y zarandeándole de atrás hacia delante. Sin embargo, consiguió sobreponerse con bastante rapidez y, desde entonces, el único indicio de su terror habían sido sus incesantes palmadas a diestra y siniestra y los largos tragos de cerveza.

Aliena sentía una extraña tranquilidad. No disfrutaba con lo que estaba a punto de hacer; pero al menos no la obligaban y, aunque sin duda iba a ser bastante desagradable, no la humillarían. Habría sólo un hombre y nadie más estaría mirando.

Se quitó el traje.

—Por Cristo que es una daga bien larga —dijo Alfred.

Aliena deshizo la banda que se la sujetaba al antebrazo izquierdo, y luego se metió en la cama con la camisola puesta.

Alfred logró al fin quitarse las botas. Se despojó también de sus calzas y se puso en pie. La miró lascivo.

—Quítate la ropa interior —le dijo—. Tengo derecho a ver las tetas de mi mujer.

Aliena vaciló. En cierto modo se sentía reacia a quedarse desnuda, pero sería estúpido negarse a lo primero que pedía. Se sentó, obediente y se sacó la camisola por la cabeza, esforzándose por olvidar cuán diferente se había sentido al hacer lo mismo aquella misma mañana para Jack.

—Qué par de bellezas —exclamó Alfred.

Se acercó y, en pie junto a la cama, le cogió el seno derecho. Tenía las manazas ásperas y las uñas sucias. Apretó con demasiada fuerza lo que hizo a Aliena dar un respingo. Él se echó a reír y la soltó. Retrocedió, se quitó la túnica y la colgó en una percha. Luego se acercó de nuevo a la cama y apartó la sabana que cubría a Aliena. Ella tragó con dificultad. De aquella manera, desnuda ante sus ojos, se sentía vulnerable.

—Por el cielo que ésta tiene buen vello —alargó el brazo y la palpó entre las piernas. Aliena se puso rígida y luego, obligándose a tranquilizarse apartó los muslos—. Buena chica —dijo él al tiempo que metía un dedo dentro de ella.

Aliena no podía comprenderlo. Aquella misma mañana con Jack estaba húmeda y resbaladiza. Alfred gruñó y forzó más hondo el dedo.

Aliena tenía ganas de llorar. Sabía de antemano que no iba a disfrutar, pero no esperaba que él se mostrara tan insensible. Ni siquiera la había

besado todavía. *No me quiere*, se dijo, *creo que ni siquiera le gusto. Soy una hermosa yegua joven sobre la que está a punto de cabalgar*. De hecho solía tratar a su caballo mejor, le daba palmadas y le acariciaba para que se acostumbrara a él y le hablaba en tono cariñoso para calmarlo. Aliena luchó por contener las lágrimas. *Soy yo quien aceptó esto*, se dijo, *nadie me obligaba a casarme con él, así que ahora he de soportarlo.*

—Seca como un sarmiento —farfulló Alfred.

—Lo siento —musitó la joven.

Alfred apartó la mano, escupió dos veces en ella y la frotó entre las piernas de Aliena. Parecía una actitud espantosamente desdeñosa.

Aliena se mordió el labio y apartó la vista.

Él le separó los muslos; ella cerró los ojos y luego los abrió obligándose a mirarle mientras pensaba: *Acostúmbrate a esto; vas a estar haciéndolo durante el resto de tu vida.* Él se metió en la cama y se arrodilló entre las piernas de ella. Pareció fruncir el ceño. Le puso una mano entre los muslos obligándola a abrirse y metió la otra mano debajo de su propia camisa. Aliena podía ver la mano moviéndose debajo del tejido. El ceño de él se hizo más profundo.

—Santo cielo —farfulló—. Tienes tan poca vitalidad que me corta. Es como estar con un cadáver.

Era injusto que la culpara a ella.

—¡No sé lo que se espera que haga! —manifestó llorosa.

—Algunas chicas disfrutan con ello —replicó él.

¡Disfrutar!, se dijo Aliena. *¡Imposible!* Pero entonces recordó cómo aquella misma mañana había gemido y gritado de puro deleite. Parecía no existir relación alguna entre lo que hizo por la mañana y lo que estaba haciendo en aquellos momentos. Era una locura. Se incorporó y se sentó en la cama. Alfred se estaba frotando debajo de la camisa.

—Déjame a mí —le dijo Aliena al tiempo que deslizaba la mano entre las piernas de él.

La encontró laxa y sin vitalidad. No estaba segura de lo que tenía que hacer con ella. La apretó suavemente; luego, la frotó con las yemas de los dedos. Le miró a la cara espiando su reacción. Sólo parecía enfadado. Aliena prosiguió sin el menor resultado.

—Hazlo más fuerte —le dijo Alfred.

Empezó a frotarla con vigor. Seguía blanda, pero él movía las caderas como si estuviera disfrutando con ello. Animada, empezó a friccionar con más fuerza todavía. De repente Alfred gritó de dolor y se apartó.

—¡Vaca estúpida! —le gritó al tiempo que le daba una bofetada con el revés de la mano, con tal fuerza que la hizo caer de lado

Quedó tumbada en la cama gimiendo por el dolor y el miedo.

—¡No sirves para nada! ¡Estás maldita! —gritó él furioso.

—¡Lo he hecho lo mejor que he podido!

—Tienes un coño insensible.

Escupió, la cogió por los brazos, la levantó en alto y la echó de la cama. Aliena cayó al suelo sobre la paja.

—Esa bruja de Ellen es la culpable de esto —dijo—. Siempre me ha odiado.

Aliena rodó y luego, arrodillándose en el suelo, se quedó mirándolo. No parecía que fuera a golpearla de nuevo. Ya no estaba enfurecido, sólo amargado.

—Puedes quedarte ahí —le dijo—. No me sirves como mujer, así que debes quedarte fuera de mi cama. Puedes ser como un perro y dormir en el suelo. —calló un instante—. ¡No puedo soportar que me mires! —gritó con una nota de pánico en la voz. Dirigió la vista en derredor en busca de la vela y, en cuanto la encontró, la apagó de un manotazo, a continuación de lo cual cayó al suelo.

Aliena permaneció inmóvil en la oscuridad. Oyó a Alfred acostarse sobre el colchón de plumas, cubrirse con la manta y arreglarse las almohadas. Ella no se atrevía ni a respirar. Alfred siguió despierto durante mucho tiempo, moviéndose inquieto y dando vueltas en la cama, pero no se levantó y tampoco habló con ella. Al fin se quedó sosegado y su respiración se hizo regular. Cuando estuvo segura de que dormía, atravesó a gatas la habitación evitando que la paja crujiera y fue hasta el rincón. Se acurrucó allí y permaneció despierta. Por último rompió a llorar. Intentó contenerse por miedo a despertarle, pero le fue imposible contener las lágrimas y empezó a sollozar calladamente. Si a Alfred le había despertado el ruido, no dio señales de ello. Aliena siguió donde estaba, tumbada en un rincón sobre la paja, llorando en silencio hasta que el sueño la rindió.

CAPÍTULO DOCE

1

Durante todo el invierno, Aliena estuvo enferma.

Apenas dormía ninguna noche, envuelta en su capa, sobre el suelo, a los pies de la cama de Alfred y, por el día, se sentía embargada por una insuperable lasitud. A menudo tenía náuseas, por lo que comía muy poco, pese a lo cual parecía que ganaba peso. Estaba segura de que había ensanchado de pecho y caderas, y también de cintura.

A ella correspondía llevar la casa de Alfred, a pesar de que, en realidad, era Martha quien hacía la mayor parte del trabajo. Los tres formaban una lamentable familia. A Martha nunca le gustó su hermano, al cual Aliena aborrecía ya cordialmente, por lo que no era de extrañar que Alfred pasara el mayor tiempo posible fuera de la casa, trabajando durante el día y metido en la cervecería cada noche. Martha y Aliena compraban la comida y la guisaban sin entusiasmo alguno y las veladas las pasaban haciendo ropa. Aliena esperaba con ansia la primavera porque cuando la temperatura volviera a ser templada, ella podría acudir a su cañada secreta en las tardes de domingo. Allí le sería posible descansar en paz y soñar con Jack.

Entretanto, su único consuelo era Richard. Tenía un brioso corcel negro, una espada nueva y un escudero con un pony. Una vez más luchaba junto al rey Stephen, aunque con escaso entusiasmo. La guerra seguía en marcha con el nuevo año. La reina Maud había escapado de nuevo del castillo de Oxford, donde Stephen la tenía acorralada. Su hermano, Robert de Gloucester, había vuelto a tomar Wareham, de manera que la alternancia proseguía al ir ganando un poco cada una de las partes para luego perderlo. Pero Aliena continuaba cumpliendo su juramento y eso, al menos, le daba cierta satisfacción.

Con la primera semana del año, Martha empezó a sangrar por primera vez. Aliena le preparó una bebida caliente con hierbas y miel para calmarle los dolores, contestó a sus preguntas sobre esa maldición a la mujer y se fue a buscar la caja de paños que tenía para sus propias reglas. Sin embargo la caja no estaba en la casa. Cayó en la cuenta de que al casarse, no se la había traído.

Pero de eso hacía ya tres meses.

Lo que significaba que durante esos tres meses no había tenido la regla.

O sea, desde el día de su boda.

Es decir, desde que hizo el amor con Jack.

Dejó a Martha sentada junto al fuego de la cocina, tomando su bebida de miel y calentándose los pies. Atravesó la ciudad y llegó a su vieja casa. Richard no estaba en ella pero Aliena tenía una llave. No le costó encontrar la caja. Sin embargo, no se marchó en seguida. Por el contrario, se sentó junto a la fría chimenea, envuelta en la capa y sumida en sus pensamientos.

Se había casado con Alfred el día de la Sanmiguelada. Ahora ya quedaba atrás la Navidad. Eso hacía la cuarta parte de un año. Habían pasado tres lunas nuevas. Y debería haber tenido la regla tres veces.

Sin embargo, su caja de paños había estado todo ese tiempo en el estante alto junto a la piedra que Richard utilizaba para afilar los cuchillos de cocina. Y, en esos momentos, la tenía sobre el halda. Pasó el dedo por la tosca madera y lo retiró sucio. La caja estaba cubierta de polvo.

Lo peor de todo era que nunca había hecho el amor con Alfred.

Después de aquella primera noche tan espantosa, él lo había intentado de nuevo, tres veces. Una a la noche siguiente; luego, una semana después y por tercera vez al cabo de un mes, cierta noche que regresó a casa como una cuba. Pero, en las tres ocasiones, se había mostrado por completo incapaz. En un principio, Aliena le había animado por cierto sentido del deber; pero cada uno de sus fallos le enfurecía más que el anterior y Aliena llegó a sentirse asustada.

Parecía más seguro mantenerse apartada de su camino, vestir de manera poco atractiva, asegurarse de que nunca la viera desnudarse y hacer cuanto estuviera a su alcance para que la olvidara. Ahora se preguntaba si no debería haberlo intentado con más ahínco. Sin embargo, en lo más íntimo de su ser, sabía que no habría servido de nada. Era inútil. Aliena no estaba segura del motivo. Tal vez se debiera a la maldición de Ellen, o también era posible que Alfred fuera sencillamente impotente, o acaso se debiera al recuerdo de Jack. Pero de lo que sí estaba segura era de que ahora ya Alfred jamás le haría el amor.

Así que habría de saber, de manera inevitable, que el bebé no era suyo.

Presa de angustia se quedó mirando las cenizas frías en la chimenea de Richard, preguntándose por qué habría de tener siempre tan mala suerte. Allí estaba ella intentando sacar el mejor partido posible de un matrimonio desastroso y descubriendo de repente que se hallaba encinta de otro hombre como resultado de un único coito.

Era inútil seguir compadeciéndose de sí misma. Tenía que decidir lo que había de hacer.

Se llevó la mano al vientre. Ahora ya sabía por que había ido engordando, por qué tenía siempre náuseas y por qué se sentía tan fatigada en todo momento. Allí dentro había un personajillo. Sonrió para sí. Sería encantador tener un bebé.

Meneó la cabeza. No sería en modo alguno encantador. Alfred se pondría furioso como un toro. No cabía predecir lo que haría. Tal vez matarla, o arrojarla de la casa, incluso matar al bebé. De repente, tuvo el horrible presentimiento de que acaso intentara hacer daño a la criatura, dándole a ella patadas en el vientre. Se secó la frente. Un sudor frío le recorría el cuerpo.

No se lo diré, pensó.

¿Podría mantener en secreto su embarazo? Tal vez. Ya se había acostumbrado a vestir ropas holgadas, sin forma. Quizás no se pusiera demasiado gorda. A algunas mujeres casi no se les notaba. Alfred era el peor observador de los hombres. Sin duda las mujeres de más experiencia de la ciudad se darían cuenta; pero confiaba en que guardaran el secreto o que, al menos, no hablaran de ello con los hombres. Llegó a la conclusión de que, en efecto, existía la posibilidad de mantener a Alfred ignorante hasta que el niño hubiera nacido.

¿Y entonces qué?

Bueno. Al menos aquella pizca de criatura habría llegado al mundo sano y salvo. Alfred no habría podido matarla propinando puntapiés a Aliena en el vientre. Pero seguiría sabiendo que no era suya. En lo que no cabía duda era en que iba a aborrecer al pobre bebé. Sería un borrón permanente sobre su virilidad. Sería un infierno.

Aliena se sentía incapaz de pensar hasta tan dilatada fecha. De manera que decidió que lo más seguro sería concentrarse en los próximos seis meses. Entretanto, trataría de meditar qué iba a hacer una vez hubiera nacido la criatura.

Me pregunto qué será, niño o niña, se dijo. Se puso en pie con la caja de paños limpios para la primera menstruación de Martha. *Me das lástima, Martha*, se dijo fatigada, *tienes ante ti todo esto*.

Philip pasó aquel invierno rumiando sus cuitas.

Se había sentido horrorizado ante la maldición pagana de Ellen, lanzada en el pórtico de una iglesia durante un oficio sagrado. Ahora ya no le cabía la menor duda de que era una bruja. Sólo lamentaba su propia imprudencia al haberle perdonado el insulto que infirió a la Regla de San Benito, hacía ya tantos años. Debería de haber sabido que una mujer capaz de hacer aquello

jamás se arrepentiría de veras. Sin embargo, una consecuencia afortunada de todo aquel aterrador asunto, Ellen había vuelto a abandonar Kingsbridge, ya que desde el día de la ceremonia nupcial no se la había vuelto a ver. Philip ansiaba que nunca más reapareciera.

A todas luces, Aliena era desdichada en su matrimonio con Alfred; aunque Philip no creyera que fuese debido a la maldición. Él apenas sabía nada sobre la vida matrimonial; pero cabía suponer que una persona rebosante de vida, con cultura e inteligencia como era Aliena habría de sentirse infeliz viviendo con alguien tan estrecho de miras y con intelecto tan pobre como Alfred, bien fueran marido y mujer o cualquier otra cosa.

Claro que Aliena debería haberse casado con Jack. Ahora ya Philip lo comprendía, y se sentía culpable por haber estado tan absorto en sus propios planes sobre el chico, que no se dio cuenta de lo que en realidad necesitaba el muchacho. Jack no estaba hecho en modo alguno para vivir enclaustrado, y Philip se había equivocado al presionar sobre él. Y ahora Kingsbridge había perdido la inteligencia y la energía de aquel valioso joven.

Parecía como si todo hubiera ido mal desde el desastre de la feria de vellón. El priorato estaba más endeudado que nunca. Philip había prescindido de la mitad de los trabajadores en la obra, porque ya no tenía dinero para pagarles. En consecuencia, la población de la ciudad se había reducido y, a causa de ello, el mercado dominical era también más pequeño en aquellos momentos. Los ingresos de Philip por rentas eran por tanto, menores. Kingsbridge estaba cayendo en vertiginosa espiral.

La clave del problema estaba en la moral de las gentes. A pesar de que habían reconstruido sus casas y reanudado sus pequeños negocios, no tenían confianza alguna en el futuro. Cualesquiera que fueran sus planes, todo aquello que pudieran construir resultaría barrido en un día por William Hamleigh, si se le ocurría atacar de nuevo. Esa corriente subterránea de inseguridad inhibía a la gente y llegaba a paralizar todo tipo de empresa.

Philip acabó comprendiendo que tenía que hacer algo para detener la caída. Necesitaba realizar algo espectacular para decir al mundo en general, y a sus ciudadanos en particular, que Kingsbridge luchaba por la supervivencia. Pasaba muchas horas rezando y dedicado a la meditación para ver si lograba decidir cuál habría de ser la proeza.

Lo que en realidad necesitaba era un milagro. Si los huesos de San Adolfo curaran de una plaga a una princesa, hicieran que un pozo de agua salobre la diera potable, la gente acudiría en peregrinaje a Kingsbridge. Pero el santo hacía ya años que no realizaba milagros. A veces Philip se preguntaba si sus métodos prácticos y regulares de gobernar el priorato no desagradarían al santo, ya que los milagros parecían ocurrir con más

frecuencia en aquellos lugares donde el Gobierno era menos sensato y en su atmósfera se respiraba un intenso fervor religioso, cuando no auténtica histeria. Pero a Philip le habían enseñado en una escuela más a ras de tierra. El padre Peter, abad en su primer monasterio solía decir: *Reza para que se realicen milagros, pero planta berzas.*

La catedral era el símbolo de la vida y el vigor de Kingsbridge. ¡Si al menos pudiera acabarse gracias a un milagro! En cierta ocasión había rezado durante toda la noche para que se produjera. No obstante, por la mañana el presbiterio seguía sin tejado y abierto a todos los vientos y sus altos muros continuaban sin terminar allí donde habían de unirse con las paredes del crucero.

Philip no había contratado a un nuevo maestro constructor. Se había sentido escandalizado al conocer los salarios tan altos que pedían. Nunca llegó a darse cuenta de lo barato que era Tom. Como quiera que fuese, Alfred dirigía a los reducidos efectivos de trabajadores sin grandes dificultades. Desde que se casó se mostraba más bien malhumorado, como un hombre que hubiera vencido a muchos rivales para convertirse en rey y que, a la fin y a la postre, encontrara el reinado una pesada carga. Sin embargo, era autoritario y contundente, y los demás hombres lo respetaban.

Pero Tom había dejado un hueco imposible de llenar. Philip notaba mucho su falta, no sólo como maestro de obras, sino también en el terreno personal. A Tom le había interesado saber por qué las iglesias tenían que construirlas de una manera en lugar de hacerse de otra, y Philip había disfrutado especulando con él sobre el hecho de que algunas construcciones se mantenían en pie mientras otras se derrumbaban. Tom no había sido un hombre demasiado devoto; pero, de cuando en cuando, hacía preguntas a Philip sobre teología, lo que demostraba que dedicaba tanta inteligencia a su religión como a su trabajo. El intelecto de Tom era más o menos equiparable al de Philip, quien había podido conversar con él sin tener que descender a un nivel inferior. En la vida de Philip no podía decirse que abundara ese tipo de personas. Jack había sido una de ellas, pese a su juventud, y también Aliena. Pero ésta había desaparecido, sumergida en su lamentable matrimonio. Cuthbert Whitehead se estaba ya haciendo viejo y Milius Bursar se hallaba casi siempre lejos del priorato, recorriendo las granjas de ovejas, contando acres, corderos y sacos de lana. En su día, un priorato rebosante de vida y de trabajo, en una próspera ciudad catedralicia, atraería eruditos de la misma manera que un ejército victorioso atraía luchadores. Philip esperaba con ansia ese momento. Pero jamás llegaría, a menos que encontrara una manera de insuflar energía a Kingsbridge.

—Ha sido un invierno benigno —comentó Alfred una mañana, poco después de Navidad—. Podemos empezar antes que de costumbre.

Aquello indujo a pensar a Philip. Ese verano construirían la bóveda. Una vez acabada, el presbiterio estaría en condiciones de ser utilizado, y Kingsbridge dejaría de ser una ciudad catedralicia sin catedral. El presbiterio y el coro eran la parte más importante de la iglesia. El altar elevado y las reliquias sagradas se mantenían en el extremo oriental más alejado, llamado propiamente presbiterio, y la mayoría de los oficios sagrados se celebraban en el coro, donde se sentaban los monjes. El resto de una iglesia tan sólo se utilizaba los domingos y fiestas de guardar. Una vez consagrado el presbiterio, lo que hasta entonces había sido un enclave en construcción, se convertía en iglesia aunque todavía incompleta.

Era una lástima tener que esperar casi un año antes de que eso tuviera lugar. Alfred había prometido terminar la bóveda para finales de la temporada de construcción de ese año, que por lo general terminaba en noviembre, dependiendo del tiempo. Pero, al decir Alfred que podría empezar antes, Philip empezó a preguntarse si no podría terminar también antes. Todo el mundo quedaría asombrado si la iglesia pudiera abrirse ya ese verano. Era el tipo de acontecimiento que había estado esperando. Algo que sorprendiera a todo el Condado y lanzara el mensaje de que a Kingsbridge no se la podía arrumbar por mucho tiempo.

—¿Podrías terminar para Pascua de Pentecostés? —preguntó impulsivo Philip.

Alfred tomó aire con los dientes apretados y pareció dubitativo.

—El abovedado es el trabajo más delicado de todos —respondió—. No debe hacerse de forma apresurada, y tampoco se puede dejar que lo hagan los aprendices.

Philip se dijo irritado que su padre hubiera contestado tajante sí o no.

—Supongamos que puedo proporcionarte trabajadores extra... Monjes. ¿Representaría eso una ayuda razonable?

—Un poco. Lo que realmente necesitamos son albañiles.

—Podría costear uno o dos más —se comprometió Philip con temeridad.

Un invierno templado suponía un adelanto del esquileo, así que existía la posibilidad de empezar a vender la lana más pronto de lo habitual.

—No sé.

Alfred parecía seguir siendo pesimista.

—Supongamos que ofrezco una bonificación a los albañiles —planteó Philip—. Un salario extra de una semana si la bóveda queda lista para Pascua de Pentecostés.

—Nunca oí hablar de nada semejante —repuso Alfred.

Parecía como si le hubieran hecho una sugerencia inadecuada.

—Bien, siempre es tiempo de empezar —aseguró Philip malhumorado, pues la cautela de Alfred empezaba a ponerle nervioso—. ¿Qué me dices?

—No respondo que sí ni que no —alegó Alfred impasible—. Se lo diré a los hombres.

—¿Hoy? —inquirió Philip con impaciencia.

—Hoy.

Philip hubo de contentarse con ello.

William Hamleigh y sus caballeros llegaron al palacio del obispo Waleran, siguiendo a una carreta de bueyes cargada al máximo con sacos de lana. Había comenzado la nueva temporada de esquileo.

Waleran, al igual que William, estaba comprando lana a los granjeros a los precios del último año. Esperaban venderla por bastante más dinero. Ninguno de los dos encontraban serias dificultades para obligar a sus arrendatarios a venderles la lana. Algunos campesinos que desafiaron la regla fueron expulsados e incendiadas sus granjas, con lo cual ya no hubo más rebeldes.

Al atravesar William la puerta, levantó la mirada hacia la colina.

Durante siete años habían permanecido allí las inconclusas murallas del castillo que el obispo nunca llegó a construir, recordatorio permanente de cómo el prior Philip había ganado por la mano a Waleran. Tan pronto como este último empezara a cosechar los beneficios de su negocio de lana, lo más probable era que empezara de nuevo a construir. En los tiempos del viejo rey Henry, un obispo no tenía necesidad de más defensas que una deleznable valla construida con postes de madera, detrás de un pequeño foso que rodeaba el palacio.

Sin embargo, al cabo de cinco años de guerra civil, hombres que no eran siquiera condes ni obispos se construían castillos formidables.

Las cosas le iban bien a Waleran, se decía con acritud William, mientras desmontaba en las cuadras. Había permanecido leal al obispo Henry de Winchester a través de todos los cambios en la lealtad de éste, y el resultado era que se había convertido en uno de los aliados más fieles de Henry. A lo largo de los años Waleran había ido enriqueciéndose con una corriente constante de adquisición de propiedades, habiendo visitado por dos veces Roma.

William no había sido tan afortunado, y de ahí su acritud. A pesar de haber seguido a Waleran en todos sus cambios de lealtad y no obstante haber aportado numerosos ejércitos a las dos partes contendientes en la guerra civil, todavía no le había sido confirmado el Condado de Shiring. Había estado

rumiando sobre aquello durante una tregua en la lucha y había llegado a sentirse tan furioso que decidió enfrentarse a Waleran.

Subió los escalones hasta la entrada del salón, seguido de Walter y sus otros caballeros. El mayordomo que se hallaba de guardia en la parte interior de la puerta estaba armado, un indicio más de cómo eran los tiempos. El obispo Waleran se encontraba sentado en un gran sillón en el centro de la habitación, como siempre, con sus huesudos brazos y piernas en distintas direcciones, como si le hubieran dejado caer allí con desgana. Baldwin, ahora ya arcediano, se encontraba en pie junto a él, sugiriendo su actitud que estaba a la espera de recibir instrucciones. Waleran tenía los ojos clavados en el fuego, sumido en sus pensamientos, aunque al acercarse William levantara la cabeza, con gesto vivo.

William experimentó su habitual repugnancia mientras saludaba a Waleran y tomaba asiento. Las manos delgadas y suaves del prelado, su lacio pelo negro, su tez lívida y aquellos ojos claros y malignos le ponían la piel de gallina. Representaba cuanto él aborrecía. Tortuoso, físicamente débil, arrogante e inteligente.

Estaba seguro de que Waleran le devolvía con creces esos sentimientos, pues nunca era capaz de disimular del todo el disgusto que sentía ante la presencia de William. Se sentó erguido cruzándose de brazos, los labios un poco fruncidos y con un asomo de ceño. En conjunto, como si estuviera sufriendo un principio de indigestión.

Hablaron de la guerra durante un rato. Fue una conversación afectada e incómoda, y William se sintió aliviado al interrumpirles un mensajero con una carta escrita sobre un rollo de pergamino y sellado con cera. Waleran envió al mensajero a la colina para que le dieran de comer. No abrió la carta.

William aprovechó la oportunidad para cambiar de tema.

—No he venido para intercambiar noticias sobre batallas. Acudí para deciros que ya se me ha acabado la paciencia.

Waleran enarcó las cejas pero no dijo palabra. El silencio era su respuesta a las cuestiones desagradables.

William siguió adelante.

—Hace casi tres años que murió mi padre. Pero el rey Stephen aún no me ha confirmado como conde. Es un verdadero ultraje.

—Estoy de acuerdo por completo —asintió con languidez Waleran.

Manoseó su carta, examinando el sello y jugueteando con la cinta.

—Eso está bien, porque vais a tener que hacer algo al respecto —machacó William.

—Yo no puedo nombrarte conde, mi querido William.

William sabía de antemano que Waleran adoptaría aquella actitud y no estaba dispuesto a aceptarla.

—El hermano del rey os presta oído.

—¿Pero qué podría decirle? ¿Que William Hamleigh sirve bien al rey? Si es así, el rey ya lo sabe; y, si no es verdad, lo sabe también.

William era incapaz de igualar la lógica de Waleran, de manera que se limitó a ignorar sus argumentos.

—Me lo debéis, Waleran Bigod.

El obispo pareció experimentar una leve irritación. Apuntó a William con la carta.

—Yo no te debo nada. Siempre has actuado para lograr tus propios fines, incluso cuando hacías lo que yo quería. Entre nosotros no existe deuda de gratitud alguna.

—Te lo repito, no esperaré por más tiempo.

—¿Qué harás? —le preguntó con un atisbo de desdén.

—Bien. Primero iré yo mismo a ver al obispo Henry.

—¿Y luego?

—Le diré que habéis mostrado oídos sordos a mis súplicas y que, en consecuencia, cambiaré de lado y prestaré mi lealtad a la emperatriz Maud.

William observó satisfecho el cambio de expresión de Waleran. Se había quedado algo más pálido y parecía un tanto sorprendido.

—¿Cambiarías de nuevo? —preguntó Waleran escéptico.

—Sólo una vez más es igual —respondió William resuelto.

La indiferencia arrogante de Waleran se alteró, aunque de forma muy leve. La carrera de Waleran se había visto beneficiadísima por su habilidad para hacer pasar a William y sus caballeros a la parte combatiente hacia la que se inclinaba en aquel momento el obispo Henry. Sería para él un duro golpe que, de repente, William se volviese indiferente; aunque no un golpe fatal y decisivo. William observaba el rostro de Waleran mientras ponderaba su amenaza. William podía leer en la mente del otro hombre. Estaba pensando que quería conservar la lealtad de William pero, al propio tiempo, se preguntaba cuánto debería arriesgar para obtenerla.

A fin de ganar tiempo, Waleran rompió el sello de su carta y la desenrolló. Mientras leía, sus mejillas, de un blanco semejante al vientre de los peces, empezaron a enrojecer levemente por la ira.

—¡Maldito sea ese hombre! —silbó entre dientes.

—¿Qué pasa? —preguntó William.

Le alargó la carta.

William la cogió y empezó a descifrarla: "Al... obispo... más... santo... y amable..."

Waleran la cogió de nuevo, impaciente ante tan lenta lectura.

—Es del prior Philip —dijo—. Me informa que el presbiterio de la catedral estará acabado para Pascua de Pentecostés y tiene la desfachatez de suplicarme que sea yo quien celebre el oficio sagrado.

—¿Cómo se las ha arreglado? —inquirió William sorprendido—. Creí que había despedido a la mitad de sus albañiles.

Waleran meneó la cabeza.

—Pase lo que pase, siempre parece rebrotar —dirigió a William una mirada calculadora—. Claro que él te aborrece. Cree que eres la propia encarnación del diablo.

William se preguntó qué estaría tramando la mente tortuosa de Waleran.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó.

—Para Philip sería un rudo golpe si en Pentecostés fueras confirmado conde.

—Vos no haríais eso por mí; pero sí por el rencor que sentís hacia Philip —refunfuñó William.

No obstante, en el fondo, se sentía esperanzado.

—Yo no puedo hacerlo en modo alguno —aseguró Waleran—. Pero hablaré con el obispo Henry.

Levantó la vista, expectante, hacia su interlocutor. William vaciló un instante.

—Gracias —farfulló al fin reacio.

Aquel año, la primavera fue fría y tristona, y llovía en la mañana de Pentecostés. Por la noche, Aliena se había despertado con un dolor de espalda que todavía seguía molestándola de cuando en cuando de un modo lacerante. Antes de acudir a la iglesia, se sentó en la cocina fría y estuvo trenzándole el pelo a Martha, mientras Alfred despachaba un copioso desayuno con pan blanco, queso tierno y cerveza fuerte. Una agudísima punzada le hizo pararse y ponerse en pie un instante con una mueca de dolor.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Martha al darse cuenta.

—Dolor de espalda —se limitó a contestar Aliena.

No quería hablar de ello porque, con toda seguridad, aquel dolor se debía a que dormía en el suelo en aquella habitación trasera con tantas corrientes, circunstancia que todo el mundo ignoraba, incluso Martha, la cual se levantó y cogió una piedra caliente del fuego. Aliena se sentó. Martha envolvió la piedra en un trozo de cuero viejo y chamuscado y la mantuvo sujeta contra la espalda de Aliena, lo cual proporcionó a ésta un inmediato alivio. Martha empezó a trenzar el pelo de Aliena, que ya le había crecido desde que se le

quemó y era de nuevo una masa alborotada de bucles oscuros. Aliena se sintió tranquilizada.

Desde que Ellen se fue, Martha y ella habían intimado muchísimo. La pobre chica había perdido a su madre y luego a su hermanastro. Aliena se consideraba a sí misma una pobre sustituta de madre. Además, sólo tenía diez años más que Martha. Y, aunque pareciese extraño, la persona que ésta echaba más en falta era a su hermanastro Jack.

De una manera o de otra, todo el mundo echaba de menos a Jack.

Aliena se preguntaba dónde estaría. Tal vez se encontrara cerca, trabajando en una catedral, en Gloucester o Salisbury. Pero lo más probable era que se hubiera ido a Normandía. Aunque bien podía estar mucho más lejos, en París, Roma, Jerusalén o Egipto. Recordando las historias que los peregrinos contaban sobre aquellos lugares remotos, se imaginaba a Jack en un inmenso desierto de arena, tallando piedras para una fortaleza sarracena bajo un sol cegador.

¿Pensaría en ella en esos momentos?

El hilo de sus evocaciones quedó interrumpido por el ruido de cascos que llegaba de afuera, y un momento después entraba su hermano llevando al caballo de la brida. Jinete y montura estaban empapados y llenos de barro. Aliena retiró agua caliente del fuego para que se lavara las manos y la cara, y Martha condujo al animal al patio de atrás. Aliena puso sobre la mesa de la cocina pan y carne fría y le escanció cerveza en una jarra.

—¿Qué noticias hay de la guerra? —preguntó Alfred.

Richard se secó las manos con un paño y se sentó, disponiéndose a desayunar.

—Nos derrotaron en Wilten —dijo.

—¿Capturaron a Stephen?

—No, escapó al igual que lo hizo Maud en Oxford. Ahora Stephen está en Winchester y Maud se encuentra en Bristol. Los dos se lamen las heridas y consolidan sus posiciones en las zonas que controlan.

Aliena pensaba que las noticias siempre parecían las mismas. Una de las partes, o ambas, había ganado una pequeña victoria o sufrido una pequeña derrota, pero nunca aparecían perspectivas de que la guerra fuese a terminar.

—Te estás poniendo gorda —dijo Richard mirando a su hermana.

Esta asintió sin decir palabras. Estaba ya de ocho meses pero nadie lo sabía. Gracias al cielo el tiempo había sido frío, por lo que le fue posible seguir llevando muchos ropones sueltos de invierno que ocultaban su silueta. Dentro de unas semanas, el bebé habría nacido y todo saldría a la luz. Seguía sin tener la más mínima idea de lo que iba a hacer llegado el momento.

Repicó la campana llamando a misa a los fieles. Alfred se calzó las botas y miró expectante a Aliena.

—Me parece que no voy a ir —dijo ella—: Me siento fatal.

Alfred se encogió de hombros indiferente y se volvió hacia Richard.

—Tú deberías venir, Richard. Hoy estará allí todo el mundo. Se celebra el primer oficio sagrado en la nueva iglesia.

Richard se mostró sorprendido.

—¿La habéis cubierto ya? Creí que eso se iba a llevar todo el resto del año.

—Nos apresuramos, eso es todo. El prior Philip ofreció a los hombres el salario extra de una semana si estaba terminado para hoy. Es asombroso lo deprisa que trabajaron. Aun así, acabamos de concluirlo. Esta mañana pusimos la cimbra.

—Tengo que ver eso.

Se metió el resto de la carne y el pan en la boca y se puso en pie.

—¿Quieres que me quede contigo? —preguntó Martha a Aliena.

—No, gracias. Estoy bien. Tú vete. Yo me echaré un rato.

Los tres se pusieron las capas y salieron. Aliena entró en la habitación trasera, llevando consigo la piedra caliente con su envoltura de cuero. Se tumbó en la cama de Alfred con la piedra debajo de la espalda. Desde su matrimonio, se sentía terriblemente aletargada.

Antes, había dirigido una casa y además, fue la comerciante de lana más ocupada de todo el Condado. Pero ahora le costaba incluso dirigir la casa de Alfred, a pesar de no tener ninguna otra cosa que hacer.

Siguió durante un rato acostada allí, compadeciéndose de sí misma y deseando quedarse dormida. De repente, sintió correr por la parte interior del muslo un chorrito de agua tibia. Aquello la sobresaltó. Era como si estuviera orinando, pero no lo hacía. Un momento después, el chorrito se convirtió en una cascada. Se incorporó rápida.

Sabía lo que ello significaba. Había roto aguas. La criatura llegaba.

Se sintió atemorizada. Llamó a voces a su vecina.

—¡Mildred! ¡Ven aquí, Mildred!

Pero entonces recordó que aquel día nadie se había quedado en casa. Todos habían ido a la iglesia.

Se había reducido ya el flujo del líquido; pero la cama de Alfred estaba empapada. Se pondría furioso, se dijo temerosa. Pero luego recordó que, como quiera que fuese, se pondría furioso porque sabría que la criatura no era suya. *¿Qué voy a hacer, Dios mío?*, se dijo Aliena.

Volvió a sentir el dolor en la espalda y entonces comprendió que debía de tratarse de lo que llamaban dolores de parto. Se olvidó por completo de

Alfred. Iba a dar a luz. Estaba demasiado asustada al pensar que iba a pasar por ello completamente sola. Quería que alguien le ayudara. Decidió ir a la iglesia.

Sacó las piernas de la cama. Sintió otro espasmo y se detuvo con el rostro contraído por el dolor. Hasta que pasó. Entonces salió de la cama y abandonó la casa.

Su mente era un torbellino mientras avanzaba vacilante por la embarrada calle. Al llegar a la puerta del priorato, le volvieron los dolores y hubo de recostarse contra el muro y apretar los dientes hasta que hubieron pasado. Entonces entró en el recinto del priorato. La mayoría de los ciudadanos de la localidad se agolpaban en el pasillo de la nave central y en los de las dos naves laterales. El altar se encontraba en el extremo más alejado. La nueva iglesia tenía un aspecto peculiar. El techo redondeado de piedra habría de tener sobre él, finalmente, un tejado de madera triangular, pero, en aquellos momentos, parecía desprotegido, como un hombre calvo sin sombrero. Los fieles se encontraban en pie, de espaldas a Aliena. Mientras avanzaba con paso vacilante por la catedral, el obispo Waleran Bigod se puso en pie para tomar la palabra. Como en una pesadilla Aliena vio que William Hamleigh se encontraba en pie junto a él. Las palabras del obispo llegaron hasta ella penetrando a través de su aturdimiento.

—Es para mí motivo de inmenso orgullo y placer deciros que nuestro señor, el rey Stephen, ha confirmado a Lord William como conde de Kingsbridge.

A pesar de su dolor y su miedo, Aliena escuchó aquello horrorizada. Durante seis años, desde aquel espantoso día en que vieron a su padre en la prisión de Winchester, ella había dedicado toda su vida a recuperar la propiedad familiar. Junto con Richard habían sobrevivido a ladrones y violadores, a incendios y guerra civil. En varias ocasiones pareció que tenían el premio al alcance de la mano. Pero ahora ya lo habían perdido.

Hubo un murmullo iracundo entre los allí congregados. Todos ellos habían sufrido a manos de William, y todavía abrigaban temor hacia él. No se sentían en modo alguno felices al verle honrado por el rey que se suponía que tenía que protegerlos. Aliena miró en derredor buscando a Richard, para ver cómo encajaba aquel golpe final. Pero le fue imposible localizarle.

El prior Philip se puso en pie con el rostro ensombrecido y empezó a cantar el himno. Los fieles le siguieron con desgana. Aliena se apoyó contra una columna al sufrir de una nueva contracción. Se encontraba al fondo de la multitud y nadie paró mientes en ella. En cierto modo, aquella mala noticia la calmó. *Sencillamente voy a tener un hijo*, se dijo, *es algo que pasa todos los*

días. Sólo necesito encontrar a Martha o a Richard, y ellos se ocuparán de lo que haga falta.

Una vez que le hubo pasado el dolor, se abrió camino entre los fieles buscando a Martha. En el pasillo de la nave lateral septentrional había un grupo de mujeres, y Aliena se dirigió hacia ellas. La gente la miraba con curiosidad. Pero, en aquel momento, otra cosa distrajo su atención. Un ruido extraño, como si algo retumbase. En un principio apenas se oyó debido al cántico, pero éste calló en seguida al ir adquiriendo más fuerza el sonido retumbante.

Aliena llegó adonde estaban las mujeres en grupo. Miraban ansiosas en derredor, buscando el origen del ruido.

—¿Habéis visto a mi cuñada Martha? —preguntó a una de ellas, poniéndole la mano en el hombro.

La mujer la miró, y Aliena reconoció a Hilda, la esposa del curtidor.

—Creo que Martha está en el otro lado —respondió Hilda.

Pero entonces el trueno se hizo ensordecedor, y la mujer apartó la vista.

Aliena siguió su mirada. En el centro de la iglesia, todo el mundo tenía los ojos levantados hacia arriba, hacia la parte superior de los muros. La gente que se encontraba en las naves laterales torcía el cuello para escrutar a través de los arcos. Alguien chilló. Aliena pudo ver que en el muro más alejado aparecía una grieta y que ésta iba prolongándose entre dos ventanas vecinas, en el triforio. Mientras miraba, varios grandes trozos de mampostería cayeron desde lo alto sobre el gentío que ocupaba el centro de la iglesia. Se escuchó una cacofonía de alaridos y chillidos, y se inició una desbandada general. Tembló el suelo bajo los pies de Aliena. Incluso mientras intentaba abrirse camino para salir de la iglesia, se dio cuenta de que los altos muros se estaban resquebrajando por la parte superior y de que el tambor de la bóveda se estaba agrietando. Delante de ella, había caído Hilda, la mujer del curtidor. Aliena tropezó con ella y dio también con sus huesos en el suelo. Mientras intentaba levantarse cayó sobre ella una lluvia de piedras pequeñas. Luego, crujió el tejado bajo la nave al desplomarse. Algo le golpeó la cabeza y todo se puso negro.

Philip había comenzado el oficio sintiéndose orgulloso y agradecido. Aunque con el tiempo muy justo, la bóveda quedó terminada en la fecha prevista. En realidad, tan sólo habían quedado abovedados tres de los cuatro intercolumnios del presbiterio, ya que el cuarto no podía hacerse hasta que fuera construida la crujía y quedaran unidos a los cruceros los muros sin terminar del presbiterio. Sin embargo, con tres intercolumnios ya era suficiente. Se había quitado de en medio todo el equipo de los albañiles. Las herramientas, las pilas de piedra y madera, los postes y tablones de los

andamios, así como los montones de escombros y porquerías. Se había limpiado a fondo el presbiterio. Los monjes habían enjalbegado la obra en piedra y pintado líneas rojas muy rectas sobre la argamasa haciendo que la obra de mampostería pareciera más pulida. Desde la cripta, habían trasladado el altar y el sitial del obispo. Sin embargo, todavía seguían abajo los huesos del santo conservados en su ataúd de piedra. Cambiarlos requería una ceremonia solemne, denominada traslación, que había de constituir la culminación de los ritos de ese domingo. Al empezar el oficio sagrado, con el obispo instalado en su sitial, los monjes alineados detrás del altar con sus hábitos nuevos, y la gente de la ciudad apiñada en el cuerpo central de la iglesia y agolpándose en las naves laterales, Philip se sintió plenamente colmado, y dio gracias a Dios por haberle llevado con éxito hasta el final de la primera etapa, que era crucial en la construcción de la catedral.

El anuncio que hizo Waleran, referido a William, despertó la ira de Philip. Había sido sincronizado a todas luces para empañar esa ocasión triunfal y recordar a los ciudadanos que seguían a la merced de su bárbaro señor. Philip estaba intentando, de forma desesperada, encontrar respuesta adecuada cuando la nave comenzó a retumbar.

Era como una pesadilla que en ocasiones tenía Philip, en la cual caminaba sobre el andamio, a gran altura, muy tranquilo respecto a su seguridad y, de repente, advertía un nudo suelto en las cuerdas, nada grave, en realidad; pero que cuando se disponía a apretar el nudo el tablón sobre el que se encontraba se ladeaba un poco, al principio no mucho, lo suficiente para hacerle vacilar; pero luego, de pronto, se encontraba cayendo a través del inmenso espacio del presbiterio de la catedral... A una velocidad terrible. Y sabía que estaba a punto de morir.

En un principio el ruido resultó confuso. Por un instante, creyó que se trataba de un trueno. Luego, se escuchó con más fuerza y la gente dejó de cantar. A pesar de ello, Philip siguió suponiendo que se trataba tan sólo de un fenómeno extraño, al que pronto se encontraría una explicación y que, lo más que haría, sería interrumpir el oficio sagrado. Pero entonces miró hacia arriba. En el tercer intercolumnio, donde tan sólo esa misma mañana había quedado instalada la cimbra, estaban apareciendo grietas en la mampostería, en la parte superior de los muros a nivel del triforio. Se formaron de súbito y fueron extendiéndose por el muro desde una ventana del triforio a la contigua, semejantes a agresivas serpientes. La primera reacción de Philip fue de decepción. Le había colmado de felicidad que el presbiterio hubiera quedado terminado; pero ahora habría de emprender reparaciones y toda la gente que había quedado tan impresionada por la rapidez del trabajo de los albañiles diría ahora: *Quien correr se propone a caer se dispone.* Y entonces

la parte superior de los muros pareció inclinarse hacia delante, y Philip comprendió, embargado por una sensación espantosa de horror, que aquello no conduciría sencillamente a interrumpir el oficio sagrado, sino que iba a producirse una auténtica catástrofe.

Aparecieron grietas en la curvatura de la bóveda. Una piedra enorme se desprendió del entretejido de albañilería y fue descendiendo por el aire. La gente empezó a gritar y a intentar apartarse de su trayectoria. Antes de que Philip pudiera ver si alguien había resultado herido de gravedad, empezaron a caer más piedras. A los fieles les entró el pánico y empezaron a empujarse, a darse codazos y pisotearse unos a otros al tratar de evitar las piedras que caían. Philip tuvo la descabellada idea de que aquél era otro ataque, de algún tipo, de William Hamleigh. Pero de pronto vio al propio William, justo delante de los allí congregados, golpeando a la gente que le rodeaba en un aterrado intento por escapar. Entonces comprendió que el desastre no podía ser obra de William en perjuicio de sí mismo.

La mayoría de la gente intentaba alejarse del altar para salir de la catedral por el extremo oeste, que aún seguía descubierto. Pero lo que se estaba hundiendo era precisamente ese espacio abierto, la zona más occidental de la edificación. El problema residía en el tercer intercolumnio. En el segundo, que era donde se encontraba Philip, la bóveda parecía resistir y, detrás de él, el primer intercolumnio, donde se encontraban alineados los monjes, conservaba su solidez. En aquella parte, la fachada este mantenía juntos los muros.

Vio al pequeño Jonathan y a Johnny Eightpence, ambos acurrucados en el extremo más alejado de la nave norte. Philip llegó a la conclusión de que allí se encontraban más seguros que en cualquier otra parte. Entonces se dio cuenta de que debía intentar poner a salvo al resto de su rebaño.

—¡Venid todos hacia aquí! —les gritó—. ¡Todo el mundo! ¡Venid hacia aquí!

Le oyeran o no, no siguieron su consejo.

En el tercer intercolumnio, se derrumbó la parte superior de los muros desplomándose, hacia fuera, y toda la bóveda se vino abajo.

Cayeron piedras grandes y pequeñas, como una granizada letal, sobre la histérica muchedumbre de fieles. Philip, precipitándose hacia delante, agarró a un ciudadano.

—¡Retroceded! —gritó, empujándolo hacia el extremo oriental.

El hombre, sobresaltado, vio a los monjes acurrucados contra el muro más alejado y corrió a reunirse con ellos. Philip repitió el gesto con dos mujeres. Las gentes que estaban en su entorno se dieron cuenta de la intención del prior y se dirigieron hacia el este sin necesidad de que les

empujara. Otros empezaron a captar la idea y se inició un movimiento general en aquella dirección de quienes formaban la parte delantera de la congregación. Al levantar Philip la vista por un instante, comprobó aterrado que el segundo intercolumnio seguía el mismo camino del tercero. Las mismas grietas empezaban a extenderse a través del trifolio, produciendo daños en la bóveda justo sobre su cabeza. Prosiguió llevando a la gente a la seguridad del extremo oriental, consciente de que cada persona que enviaba allí era acaso una vida salvada. Sobre la afeitada cabeza le cayó una lluvia de argamasa, y luego empezaron a venir las piedras. La gente se estaba dispersando. Algunos habían buscado refugio en la protección de las naves laterales; otros se apelotonaban contra el muro este, entre ellos el obispo Waleran. Y había quienes seguían intentando alejarse del extremo oeste, arrastrándose sobre los escombros y los cuerpos en el tercer intercolumnio. Una piedra golpeó en el hombro a Philip. Le dio de refilón pero le causó dolor. Se llevó las manos a la cabeza para protegérsela y miró desconcertado en torno suyo. Se encontraba solo en el centro del intercolumnio. Todo el mundo se había refugiado en los límites de la zona de peligro. Había hecho cuanto le había sido posible. Corrió hacia el extremo oriental.

Una vez allí, se volvió a mirar hacia arriba. En aquellos momentos, se estaba viniendo abajo el triforio del segundo intercolumnio y la bóveda se desplomaba dentro del presbiterio como réplica exacta de lo ocurrido en el intercolumnio tercero. Sin embargo, hubo pocas víctimas, ya que la gente había tenido la oportunidad de quitarse de en medio y, además, parecía que los tejados de las naves laterales resistían; en tanto que en el tercer intercolumnio se habían desfondado. La multitud que logró alcanzar el extremo este retrocedió aún mas, apretándose contra el muro, y todos los ojos estaban clavados en la bóveda para comprobar si el hundimiento se propagaría al primer intercolumnio. El estruendo por el derrumbe de la obra de albañilería perdió fuerza, aun cuando en el aire flotaba una oleada de polvo y piedras pequeñas que, durante unos momentos, no permitió ver nada. Philip contuvo el aliento. Finalmente, se asentó la polvareda y pudo contemplar de nuevo la bóveda. Se había desplomado hasta el mismo borde del primer intercolumnio; pero, por el momento, parecía resistir.

Se asentó el polvo. Todo quedó en silencio. Philip contempló estupefacto las ruinas de su iglesia. Tan sólo el primer intercolumnio permanecía intacto. En el segundo, los muros habían quedado al nivel de la galería; en el tercero y el cuarto, tan sólo quedaban las naves laterales aunque con graves daños. El suelo de la iglesia estaba cubierto de escombros y, entre ellos, se veían los cuerpos inmóviles de los muertos y los agitados por débiles espasmos de los heridos.

Siete años de trabajo y centenares de libras habían quedado destruidos, por no hablar de lo más importante, de las docenas de personas que habían resultado muertas, acaso centenares, en tan sólo unos terribles momentos. Philip se sentía embargado por un inmenso dolor por todo el trabajo desperdiciado, por la gente perdida, por las viudas y huérfanos que quedaban atrás. Los ojos se le llenaron de lágrimas amargas.

—¡Esto es el resultado de tu condenada arrogancia, Philip! —le dijo al oído una voz dura.

Al volverse, se encontró con el obispo Waleran, con los negros ropajes cubiertos de polvo y una maliciosa expresión triunfal en los ojos. Se le rompía el corazón al contemplar aquella tragedia; pero que encima le culparan de ella era algo que no podía soportar.

Hubiera querido decir: *¡Sólo traté de hacerlo lo mejor que podía!* Pero le fue imposible articular palabra. Parecía tener la garganta atenazada, y se sentía incapaz de hablar.

Se le iluminó la mirada al ver a Johnny Eightpence salir con Jonathan del cobijo que les prestaba la nave. De repente, recordó sus responsabilidades. Tendría mucho tiempo por delante para torturarse sobre quién era el culpable. En aquellos momentos había montones de heridos y muchos atrapados entre los escombros. Su deber era organizar la operación de salvamento.

—¡Apártate de mi camino! —exclamó tajante mirando furibundo al obispo Waleran.

Sobresaltado, el obispo se hizo a un lado y Philip se precipitó hacia el altar.

—¡Escuchadme! —dijo con toda la potencia de su voz—. Tenemos que ocuparnos de los heridos, sacar a quienes se encuentran sepultados bajo los escombros y, luego, enterrar a los muertos y rezar por sus almas. Nombraré a tres responsables para que organicen todo esto.

Pasó revista a las caras que lo rodeaban para descubrir, a primera vista, quiénes seguían vivos y bien. Localizó a Alfred.

—Alfred Builder se encargará de apartar los escombros y de rescatar a las personas que se encuentren atrapadas, y quiero que todos los albañiles y artesanos trabajen con él.

Miró a los monjes y sintió un gran alivio al comprobar que Milius, su más estrecho confidente, se encontraba sano y salvo.

—Milius Bursar se ocupará de sacar de la iglesia a los muertos y heridos y necesitará ayudantes jóvenes y fuertes. Randolph Infirmaryr tendrá a su cargo a los heridos, una vez que se encuentren fuera de toda esta horrible

confusión, y los de más edad pueden ayudarle, en especial las mujeres. Muy bien..., pongamos manos a la obra.

Bajó de un salto del altar. Se produjo cierta batahola al empezar la gente a dar órdenes y a hacer preguntas.

Philip se acercó a Alfred, que parecía conmocionado y asustado. Si hubiera que culpar a alguien de aquel desastre era a él, en su calidad de maestro de obras, pero no era el momento de recriminaciones.

—Divide a tu gente en equipos y señálales las distintas zonas en las que han de trabajar —le dijo.

Por un instante, Alfred le miró con expresión vacua, pero al instante pareció reaccionar.

—Sí. De acuerdo. Empezaremos por el extremo oeste para sacar los escombros.

—Bien.

Philip se puso de nuevo en marcha abriéndose camino entre la gente para llegar junto a Milius, a quien oyó decir:

—Llevaos a los heridos bien lejos de la iglesia y dejadles sobre la hierba. Luego sacad a los muertos y trasladadlos a la parte norte.

Philip se alejó seguro, como siempre, de que Milius haría las cosas bien. Vio a Randolph Infirmaryr caminar sorteando los escombros y le siguió presuroso. Los dos fueron abriéndose camino entre los montones de piedra trabajada que había quedado inútil. Fuera de la iglesia, en la parte oeste, se hallaban muchísimas personas que lograron escapar antes del derrumbamiento final y estaban ilesas.

—Utiliza a esa gente —dijo Philip a Randolph—. Envía a alguien a la enfermería para que traiga tu equipo y suministros. Haz que algunos vayan a la cocina a buscar agua caliente. Pide al racionero vino fuerte para aquellos a quienes haya que reanimar. Asegúrate de depositar afuera a los muertos y a los heridos, perfectamente alineados con un espacio entre ellos, a fin de que tus ayudantes no tropiecen con los cuerpos.

Miró en derredor. Los supervivientes empezaban a trabajar. Muchos de ellos que encontraron refugio en el extremo oriental que permanecía intacto, habían seguido a Philip a través de los escombros y comenzaban ya a retirar los cuerpos. Algún que otro herido que sólo quedó conmocionado o aturdido se ponía ya en pie sin ayuda.

Philip vio a una anciana, sentada en el suelo con aire desconcertado. La reconoció como Maud Silver, la mujer del orfebre. Le ayudó a levantarse y la llevó lejos del lugar del siniestro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella sin mirarle—. No sé lo que ha ocurrido.

—Yo tampoco, Maud —respondió Philip. Al volverse para ayudar a otra persona, le vinieron a la mente las palabras del obispo Waleran: ¡Éste es el resultado de tu condenada arrogancia, Philip! Aquella acusación le hirió en lo vivo porque pensaba que acaso fuera verdad. Siempre estaba presionando para lograr más, para que se hiciera mejor, para que fueran más rápidos. Había presionado a Alfred para que terminara la bóveda, al igual que presionó para lograr una feria del vellón, también para que les dieran la cantera de Shiring. En cada una de las ocasiones todo había acabado en tragedia: la matanza de los canteros, el incendio de Kingsbridge y ahora esto. No cabía duda de que la culpable era la ambición. Los monjes harían mejor en vivir resignados, aceptando las tribulaciones y reveses de este mundo como lecciones de paciencia dadas por el Todopoderoso.

Mientras Philip ayudaba a trasladar a los gimientes heridos y a los cuerpos inertes de los muertos desde las ruinas de su catedral, decidió que, en el futuro, dejaría en manos de Dios el mostrarse ambicioso y apremiante. Él, Philip, adoptaría una actitud pasiva aceptando cuanto ocurriera. Si Dios quisiera una catedral, él aportaría la cantera, si incendiaban la ciudad había de considerarse como una señal de que Dios no quería que hubiera una feria del vellón, y ahora que la iglesia se había hundido, Philip no la reconstruiría.

Mientras tomaba aquella decisión, vio a William Hamleigh.

El nuevo conde de Shiring se encontraba sentado en el suelo del tercer intercolumnio, cerca de la nave norte, con el rostro ceniciento y estremeciéndose de dolor. Le había caído una gran piedra sobre el pie. Mientras ayudaba a retirar la piedra, Philip se preguntaba por qué Dios había permitido que murieran tantas gentes buenas y dejado que se salvara un animal como William.

El conde estaba haciendo grandes alardes de dolor por lo del pie; pero, por lo demás, se encontraba perfectamente. Le ayudaron a ponerse en pie. Luego, apoyándose en el hombro de un hombretón más o menos de su misma constitución, se alejó cojeando. Y entonces se oyó el llanto de una criatura.

Todo el mundo lo oyó. Pero no se veían bebés por parte alguna. La gente, desconcertada, miró en derredor. Volvió a oírse el llanto y entonces Philip se dio cuenta de que procedía de debajo de un gran montón de piedras en la nave.

—¡Por aquí! —llamó, se encontró con la mirada de Alfred y le hizo una seña de que se acercara—. Debajo de todo eso hay un niño vivo —le dijo.

Todos habían oído el llanto. Parecía el de una criatura muy pequeña, prácticamente recién nacida.

—Tenéis razón —convino Alfred—. Vamos a retirar algunas de estas piedras grandes.

Él y sus ayudantes empezaron a apartar escombros de un montón que bloqueaba por completo el arco del tercer intercolumnio. Philip se unió a ellos. No podía recordar quién, entre las mujeres de la ciudad, había dado a luz durante las últimas semanas. Claro que tal vez el nacimiento podía no haber llegado a su conocimiento, ya que a pesar de que durante el año último, la población de la ciudad se había reducido, todavía era lo bastante numerosa como para que no se enterara de un hecho tan corriente.

De repente dejó de oírse el llanto. Todo el mundo se quedó quieto a la escucha. Pero no volvió a empezar. Reanudaron la tarea cariacontecidos. Era una operación arriesgada, ya que si se retiraba una piedra podía provocarse la caída de otras. Ése era precisamente el motivo de que Philip hubiera encargado el trabajo a Alfred. Sin embargo, éste no se mostraba tan cauteloso como a él le hubiera gustado y parecía dejar que todo el mundo hiciera las cosas a su modo, apartando las piedras sin seguir un plan organizado.

—¡Esperad! —gritó Philip en un momento dado en que el montón osciló de forma peligrosa.

Todos se detuvieron. Philip se dio cuenta de que Alfred se encontraba demasiado impresionado para organizar a la gente de manera adecuada. Habría de hacerlo él mismo.

—Si hay alguien vivo ahí debajo, algo debe de haberles protegido —dijo—, y si dejamos que ese montón oscile podrían perder esa protección y nuestros propios esfuerzos les matarían. Hagamos esto con cuidado. —Señaló a un grupo de canteros que se encontraban allí en pie—. Vosotros tres, subid al montón y empezad a quitar piedras de encima. Pero no os las llevéis vosotros mismos; dad cada una a uno de nosotros y las dejaremos aparte.

Empezaron de nuevo a trabajar siguiendo el plan de Philip. Parecía más rápido y seguro.

Como el bebé había dejado de llorar, no sabían muy bien la dirección que debían seguir, de manera que despejaron un trecho muy amplio, casi toda la anchura del intercolumnio. Algunos de los escombros eran de los que habían caído de la bóveda; pero el tejado de la nave se había derrumbado en parte, de modo que había trozos de madera y pizarra, así como piedras y argamasa.

Philip trabajaba infatigable. Quería que la criatura sobreviviera.

A pesar de que había docenas de personas muertas, el bebé parecía más importante. Tenía la sensación de que, si lograban rescatarle con vida, aún habría esperanza para el futuro. Mientras apartaba las piedras tosiendo y

medio cegado por el polvo, rezaba fervoroso para que pudieran encontrarlo vivo.

Finalmente pudo atisbar sobre el montón de escombros el muro exterior de la nave y parte de la ahondada ventana. Parecía haber un espacio detrás del montón. Tal vez quedara allí alguien vivo. Un albañil trepó con dificultad por el cúmulo de piedras y escrutó.

—¡Jesús! —exclamó.

Por una vez Philip no tuvo en cuenta la irreverencia.

—¿Está bien el niño? —preguntó.

—No sabría decirlo —repuso el albañil.

Philip quería preguntarle qué había visto o, mejor aún, echar un vistazo él mismo; pero el hombre había reanudado el trabajo limpieza de piedras con renovado vigor y nada pudo hacer salvo seguir ayudando, aguijoneado por la curiosidad.

El montón fue reduciéndose deprisa. Había una piedra enorme prácticamente a nivel del suelo, tuvieron que intervenir tres hombres para moverla. Al quedar apartada a un lado, Philip vio al bebé.

Estaba desnudo y acababa de nacer. La blanca piel se hallaba sucia de sangre y del polvo de la construcción, pero aún pudo ver que tenía la cabeza cubierta de un asombroso pelo color zanahoria. Al observarlo más de cerca, Philip comprobó que era un chico. Se encontraba sobre el pecho de una mujer y mamaba de ella. Ella también estaba viva. Sus ojos se encontraron con los de Philip y esbozó una sonrisa, fatigada y feliz.

Era Aliena.

Aliena nunca regresó a la casa de Alfred.

Éste había ido pregonando por doquier que la criatura no era suya y, a modo de prueba, alegaba el pelo rojo del chiquillo del mismo color que el de Jack. Sin embargo, no intentó hacer daño alguno al bebé ni a Aliena, aparte de asegurar que no estaba dispuesto a que vivieran en su casa.

Ella se trasladó de nuevo a la casa de una sola habitación, en el barrio pobre, con su hermano Richard. Se sentía aliviada por el hecho de que la venganza de Alfred hubiera sido tan leve, y además contenta de no tener que seguir durmiendo en el suelo a los pies de la cama de él, como un perro. Pero, sobre todo, se sentía orgullosa y emocionada con su encantador bebé. Tenía el pelo rojo, los ojos azules y una tez blanquísima y le recordaba en todo momento a Jack.

Nadie sabía por qué se había derrumbado la iglesia. Sin embargo abundaban las teorías. Algunos alegaban que Alfred no tenía capacidad para ser maestro de obras. Otros culpaban a Philip, por lo mucho que había

apremiado a fin de que la bóveda estuviera terminada para Pentecostés. Algunos albañiles afirmaban que la cimbra se había retirado antes de que la argamasa fraguara por completo. Un albañil viejo comentó que, en principio, los muros no estaban preparados para soportar el peso de una bóveda de piedra.

Habían resultado muertas setenta y nueve personas, incluidas las que fallecieron después a causa de las heridas. Todo el mundo afirmaba que hubieran sido muchas más si el prior Philip no hubiera conducido a tanta gente hacia el extremo oriental. El cementerio del priorato estaba ya pleno como resultado del incendio durante la feria del vellón el año anterior, y la mayoría de los muertos hubieron de ser enterrados en la iglesia parroquial. Mucha gente aseguraba que la catedral estaba maldita.

Alfred se llevó a todos sus albañiles a Shiring, donde estaba construyendo casas en piedra para las gentes acaudaladas de la ciudad. Los demás artesanos fueron yéndose a Kingsbridge. En realidad no se despidió a ninguno, y Philip seguía pagando los salarios; pero los hombres no tenían otra cosa que hacer que retirar los escombros y adecentar el lugar, por lo que, al cabo de unas semanas, todos se habían marchado. Ya no acudían voluntarios a trabajar los domingos, el mercado quedó reducido a unos cuantos puestos desprovistos de entusiasmo, y Malachi cargó a su familia y sus posesiones en una inmensa carreta tirada por cuatro bueyes y abandonó la ciudad en busca de pastos más verdes.

Richard alquiló su caballo de guerra a un granjero, y Aliena y él vivían del rédito. Sin el apoyo de Alfred, no podía seguir viviendo como un caballero y, de cualquier manera, ya poco importaba habiendo sido William nombrado conde. Aliena seguía ligada al juramento que hizo a su padre; pero, por el momento, no había nada que ella pudiera hacer para cumplirlo. Richard se sumió en la inercia. Se levantaba tarde, pasaba la mayor parte del día sentado al sol y las noches en la cervecería.

Martha continuaba viviendo en la casa grande, sola, salvo por una sirviente ya de edad. Sin embargo, pasaba la mayor parte del tiempo con Aliena, le encantaba ayudarle con el bebé, sobre todo siendo tan parecido a su queridísimo Jack. Deseaba que Aliena hiciera volver a éste; pero ella se mostraba remisa siquiera a nombrarle, por razones que ni ella misma alcanzaba a entender del todo.

El verano pasó para Aliena envuelta en un aura de gozo maternal. Pero, una vez recogida la cosecha, al refrescar algo y hacerse las tardes más cortas, comenzó a sentirse inquieta.

Siempre que pensaba en su futuro le venía Jack a la mente. Se había ido, ella no tenía idea de a dónde, y probablemente jamás volvería. Pero seguía

estando con ella, siempre presente en sus pensamientos, rebosante de vida y energía, una imagen tan clara y vívida que era como si le hubiera visto tan sólo el día anterior. Consideró la posibilidad de trasladarse a otra ciudad y hacerse pasar por viuda; pensó en intentar convencer a Richard para que se ganara la vida de alguna manera; reflexionó sobre la posibilidad de tejer o lavar ropa, incluso entrar como sirvienta en casa de alguna de las escasas familias que aún eran lo bastante ricas para poder pagar al servicio. Pero cada uno de sus nuevos proyectos era recibido con risa desdeñosa por el Jack imaginario que habitaba en su cabeza: "Nada te saldrá bien sin mí." Hacer el amor con Jack en la mañana de su boda con Alfred era el pecado más grave que había cometido, y no le cabía la menor duda de que ahora la estaban castigando por ello. No obstante, había veces en que sentía que era la única cosa buena que había hecho en toda su vida y, cuando miraba a su hijito, le resultaba imposible lamentarlo. Sin embargo se hallaba inquieta. Un niño no era suficiente. Se sentía incompleta, vacía. Su casa le parecía demasiado pequeña, Kingsbridge era una ciudad medio muerta, la vida resultaba demasiado monótona.

Empezó a mostrarse impaciente con el chiquillo y regañona con Martha.

Al terminar el verano, el granjero les devolvió el caballo de guerra. Ya no lo necesitaba y, de repente, Richard y Aliena se encontraron sin ingresos.

Cierto día, a principios de otoño, Richard fue a Shiring a vender su armadura. Mientras se encontraba fuera y Aliena estaba comiendo manzanas para ahorrar dinero, apareció en la casa la madre de Jack.

—¡Ellen! —exclamó Aliena.

Se sobresaltó mucho. Su voz denotaba consternación, ya que Ellen había maldecido una ceremonia nupcial en la iglesia, y el prior Philip aún podía castigarla por ello.

—He venido a ver a mi nieto —dijo con calma Ellen.

—¿Pero cómo sabías que...?

—Se oyen cosas incluso en el bosque. —Se acercó a la cuna que estaba en un rincón y contempló al niño dormido, se suavizó su expresión—. Bien, bien. No cabe la menor duda de quién es su padre. ¿Está sano?

—Jamás ha tenido nada... Es pequeño pero fuerte —respondió Aliena con orgullo, y luego añadió—: Como su abuela.

Observó a Ellen. Estaba más delgada que cuando se fue y también más atezada. Vestía una túnica de cuero corta que descubría sus curtidas pantorrillas. Iba descalza. Tenía un aspecto joven y parecía mantenerse en buena forma. Era evidente que la vida en el bosque le sentaba bien. Aliena le calculó treinta y cinco años.

—Pareces encontrarte muy bien —le dijo.

—Os echo de menos a todos —respondió Ellen—. Te echo de menos a ti y a Martha. Incluso a tu hermano Richard. Y echo de menos a mi Jack. Y también a Tom.

Su expresión era de tristeza.

Aliena seguía preocupada por la seguridad de Ellen.

—¿Te ha visto alguien entrar aquí? Tal vez los monjes quieran castigarte.

—No hay monje alguno en Kingsbridge con arrestos suficientes para detenerme —alegó Ellen, sonriendo burlona—. Pero de todas formas he andado con mucho cuidado... Nadie me ha visto.

Hubo una pausa. Ellen dirigió una mirada penetrante a Aliena, la cual se sintió un poco incómoda ante los extraños ojos color miel de Ellen, la cual por fin dijo:

—Estás desperdiciando tu vida.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Aliena.

Las palabras de Ellen hicieron vibrar de inmediato una fibra de su ser.

—Tendrías que ir en busca de Jack.

Aliena se sintió maravillosamente esperanzada.

—Pero no puedo —contestó.

—¿Por qué no?

—En primer lugar no sé dónde esta.

—Yo sí.

A Aliena empezó a latirle el corazón con fuerza. Pensaba que nadie sabía a dónde había ido Jack. Era como si se hubiera desvanecido de la faz de la tierra. Pero ahora ya podía imaginárselo en un lugar determinado, real. Eso lo cambiaba todo. Acaso estuviera en alguna parte cerca de allí. Podría enseñarle a su hijo.

—Al menos sé a dónde se dirigía —siguió diciendo Ellen.

—¿A dónde? —preguntó Aliena con tono apremiante.

—A Santiago de Compostela.

—¡Dios mío!

Todas sus esperanzas se derrumbaron y se sintió decepcionada y sin esperanzas. Compostela era la ciudad de España en la que estaba enterrado el apóstol Santiago. Eran necesarios varios meses para llegar a ella. En definitiva era como si Jack se encontrara en el otro extremo del mundo.

—Esperaba hablar con los juglares que encontrara de camino y averiguar algo sobre su padre.

Aliena asintió desconsolada. Era lógico. Jack siempre se había sentido dolido de saber tan poco acerca de su padre. Incluso cabía la posibilidad de que no volviera jamás. Durante un viaje tan largo era casi seguro que encontraría una catedral en la que quisiera trabajar y acaso luego se instalara

allí definitivamente. Al ir en busca del padre, probablemente perdería a su hijo.

—Está tan lejos —se lamentó Aliena—. Me gustaría ir en su busca,

—¿Por qué no? —replicó Ellen—. Miles de personas van allí en peregrinación ¿Acaso no puedes hacerlo tú?

—Juré a mi padre ocuparme de Richard hasta que fuera conde —le contestó Aliena—. No puedo dejarlo.

Ellen se mostró escéptica.

—¿Cómo te imaginas que lo haces ahora mismo? —le preguntó—. No tenéis un céntimo y William es el nuevo conde. Richard ha perdido toda posibilidad de recuperar el Condado. Le ayudas tan poco en Kingsbridge como si estuvieras en Compostela. Has consagrado tu vida a ese estúpido juramento. Pero ahora ya no puedes hacer nada más. No veo por qué motivo habrías de merecer los reproches de tu padre. Si quieres mi opinión, el mayor favor que podrías hacer a Richard sería el de apartarte de él por un tiempo, y darle la oportunidad de que aprenda a ser independiente.

Aliena se dijo que todo aquello era verdad, que de momento no podía prestar ayuda alguna a su hermano, tanto si se quedaba en Kingsbridge como si no ¿Sería posible que ya estuviera libre? ¿Libre para ir en busca de Jack? Sólo de pensarlo el corazón le latía con fuerza.

—Pero no tengo dinero para ir de peregrinación —objetó.

—¿Qué ha sido de aquel enorme caballo de guerra?

—Aún lo tenemos.

—Véndelo.

—No podría. Es de Richard.

—¡Por Dios Santo! ¿Quién demonios lo compró? —preguntó Ellen enfadada—. ¿Realizó Richard durante años un duro trabajo para establecer un negocio de lanas? ¿Acaso Richard negoció con los codiciosos campesinos y los ladinos compradores flamencos? ¿Compró Richard la lana y la almacenó, y estableció un puesto de mercado y la vendió? ¡No me digas que el caballo es de Richard!

—Se pondrá tan furioso...

—Estupendo. Esperemos que se ponga lo bastante furioso que se sienta impulsado a trabajar por primera vez en su vida.

Aliena abrió la boca para hablar, pero en seguida volvió a cerrarla.

Ellen tenía razón. Richard siempre había contado con ella para todo.

Mientras su hermano había estado luchando por recuperar su patrimonio, Aliena se había sentido obligada a mantenerle. Pero ya había dejado de luchar. Por lo tanto no tenía derecho a exigirle nada. Ella fue quien compró el condenado caballo y por lo tanto podía venderlo.

Se imaginó encontrándose de nuevo con Jack. Veía ya su cara sonriéndole. Se besarían. Experimentó un estremecimiento de placer en la espalda. Y sintió que empezaba a sentir humedad en aquella parte con sólo pensar en ello. Eso le hizo sentirse incómoda.

—Claro que viajar resulta arriesgado —reconoció Ellen.

Aliena sonrió.

—Eso es algo que no me preocupa lo más mínimo. He estado viajando desde que tenía diecisiete años. Puedo cuidar de mí.

—Como quiera que sea, habrá centenares de personas en el camino a Compostela. Puedes unirte a un grupo grande de peregrinos. No tienes por qué viajar sola.

Aliena suspiró.

—Verás. Si no tuviera el bebé creo que lo haría.

—Por él precisamente debes hacerlo —le aconsejó Ellen—. Necesita un padre.

Aliena no lo había considerado desde aquel punto de vista. Sólo había pensado en el viaje de una forma egoísta. En aquel momento comprendió que el niño necesitaba a Jack tanto como ella. En su obsesión por el cuidado cotidiano de la criatura no había pensado en su futuro. De súbito le pareció terriblemente injusto que el niño creciera sin conocer al genio único, adorable y deslumbrador que era su padre.

Se dio cuenta de que se estaba convenciendo a sí misma de hacer el viaje y sintió un ramalazo de aprensión.

Entonces surgió una dificultad.

—No puedo llevarme el bebé a Compostela.

Ellen se encogió de hombros.

—No encontrará diferencia alguna entre España e Inglaterra. Pero no es forzoso que te lo lleves.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Déjalo conmigo. Lo alimentaré con leche de cabra y miel silvestre.

Aliena negó con la cabeza.

—No soportaría estar separada de él. Lo quiero demasiado.

—Si tanto lo quieres, ve y encuentra a su padre —le dijo Ellen.

2

Aliena halló un barco en Wareham. Cuando de jovencita navegaba para ir a Francia con su padre, lo hacían en uno de los barcos de guerra normandos. Eran unas embarcaciones largas y estrechas cuyos costados se curvaban hasta formar una punta alta y aguda a babor y estribor. Llevaban hileras de

remeros a cada lado y una vela de cuero cuadrada. En esta ocasión, el barco que había de llevarla a Normandía era similar a aquellos barcos de guerra, pero más ancho en el centro y más profundo para poder contener la carga; procedía de Burdeos, y Aliena había visto a los marineros descalzos descargar grandes toneles de vino destinados a las bodegas de las gentes acaudaladas.

Sabía que tenía que dejar a su bebé, pero ello le partía el corazón. Cada vez que lo miraba, se repetía todos los argumentos y acababa decidiendo una vez más que debía irse. Pese a todo, no quería separarse del niño.

Ellen había ido a Wareham con ella allí. Aliena se reunió con dos monjes de la abadía de Glastonbury que iban a visitar su propiedad en Normandía. En el barco iban otros tres pasajeros. Un joven escudero que había pasado cuatro años con un pariente inglés y regresaba a Toulouse con sus padres, y dos jóvenes albañiles que habían oído decir que los salarios eran más altos y las jóvenes más bonitas al otro lado de las aguas. La mañana que tenían que zarpar, todos ellos esperaron en la cervecería mientras la tripulación cargaba en el barco pesados lingotes de estaño de Cornualles. Los albañiles bebieron varias jarras de cerveza, pero no parecían embriagados. Aliena abrazaba al niño y lloraba en silencio.

Por último, el barco se dispuso a zarpar. La yegua negra y robusta que Aliena compró en Shiring jamás había visto el mar y se negaba a subir por la plancha. El escudero y los albañiles aportaron su colaboración entusiasta y finalmente el caballo subió a bordo.

Las lágrimas cegaban a Aliena cuando entregó el bebé a Ellen.

—No puedes hacer esto. Me equivoqué al sugerírtelo —dijo al tiempo que cogía al chiquillo.

Arreció el llanto de Aliena.

—Pero está Jack —dijo sollozando—. No puedo vivir sin Jack. Sé que no puedo. Tengo que buscarlo.

—Si, claro —se mostró de acuerdo Ellen—. No quiero decirte que renuncies al viaje. Pero no puedes dejar detrás de ti al niño. Llévatelo contigo.

Aliena se sintió embargada por la gratitud y siguió llorando sin cesar.

—¿Crees que estará bien?

—Durante todo el camino hasta aquí se ha sentido feliz cabalgando contigo. El resto del viaje será por el estilo. Y desde luego no le gusta demasiado la leche de cabra.

—Vamos, señoras. La marea está subiendo —les dijo el capitán del barco.

Aliena cogió de nuevo al bebé y besó a Ellen.

—Gracias. Soy tan feliz.

—Buena suerte.

Aliena dio media vuelta y subió corriendo por la plancha hasta el barco.

Se hicieron a la mar de inmediato; siguió saludando a Ellen con la mano, hasta que sólo fue un punto sobre el muelle. Cuando salieron de Poole Harbour empezó a llover. Arriba no había dónde refugiarse, por lo que Aliena se sentó en el fondo con los caballos y el cargamento. La cubierta parcial, sobre la que se sentaban los remeros, y que estaba por encima de su cabeza, no llegaba a protegerle del todo del mal tiempo, pero pudo mantener seco al niño envuelto en su capa; parecía como si el vaivén del barco le gustara porque se quedó dormido. Al caer las sombras y echar anclas el barco, Aliena se unió a los monjes en sus oraciones. Luego, dormitó inquieta, manteniéndose sentada y erguida con el bebé en brazos.

Al día siguiente, desembarcaron en Barfleur, y Aliena encontró hospedaje en la ciudad más cercana, Cherburgo. Pasó otro día recorriendo la ciudad, hablando con posaderos y constructores, preguntándoles si habían visto a un joven albañil inglés con el pelo de un rojo llameante. Nadie lo recordaba. Había montones de normandos pelirrojos y por ello tal vez no les llamara la atención. O acaso hubiera embarcado en otro puerto.

Pensándolo bien, Aliena no esperaba encontrar tan pronto el rastro de Jack, aunque de todos modos se sintió descorazonada. Al día siguiente, se puso en marcha, dirigiéndose hacia el sur. Viajó con un vendedor de cuchillos, su gorda y alegre mujer y sus cuatro hijos. Avanzaban muy despacio y Aliena estaba contenta de que mantuvieran aquel ritmo, sin llegar a cansar al caballo, que habría de llevarla durante un largo camino. A pesar de la protección que le proporcionaba viajar con una familia, seguía llevando bajo su manga izquierda, siempre dispuesta, la larga y afilada daga. No parecía adinerada, su indumentaria era caliente, pero no primorosa, y el caballo daba la impresión de fuerza aunque no de brío. Tenía buen cuidado de mantener a mano algunas monedas, sin mostrar nunca el pesado cinturón con dinero que llevaba sujeto a la cintura debajo de la túnica. Amamantaba al bebé con discreción, sin permitir que hombres extraños le vieran el pecho.

Aquella noche recibió una inmensa dosis de optimismo gracias a un golpe de suerte. Se detuvieron en una pequeña aldea llamada Lessay y en ella Aliena encontró a un monje que recordaba con toda claridad a un joven albañil inglés que se había mostrado fascinado ante el nuevo y revolucionario castillaje de la bóveda en la iglesia abadía. Aliena no cabía en sí de gozo. El monje recordaba incluso que Jack había dicho que había desembarcado en Honfleur, lo que explicaba que en Cherburgo no se encontrara rastro de él. A pesar de que eso ocurrió hacía ya un año, el monje hablaba con agrado de Jack, y era evidente que su personalidad le había resultado muy simpática.

Aliena estaba emocionada por estar hablando con alguien que le había visto. Aquello le confirmaba que se encontraba en el buen camino.

Finalmente se separó del monje y se echó a dormir sobre el suelo de la casa de huéspedes de la abadía. Antes de quedarse dormida, abrazó con fuerza al bebé.

—Vamos a encontrar a tu padre —le susurró junto a la diminuta y rosada oreja.

En Tours el bebé cayó enfermo.

La ciudad era rica, sucia y se hallaba atestada de gente. Las ratas corrían en gran número por los inmensos almacenes de grano junto al río Loira. Estaba llena de peregrinos. Tours era un punto de salida tradicional para peregrinar a Compostela. Y además se avecinaba la fiesta de San Martín, primer obispo de Tours, y muchos habían acudido a la iglesia de la abadía para visitar su tumba. San Martín era famoso por haber cortado su capa en dos para dar la mitad a un mendigo desnudo. Con motivo de esa fiesta, las posadas y casas de huéspedes de Tours se encontraban abarrotadas. Aliena se vio obligada a aceptar lo que a duras penas pudo encontrar y se quedó en una pobre taberna junto a los muelles, dirigida por dos hermanas que eran demasiado viejas y frágiles para mantener el lugar limpio.

Al principio Aliena no pasó mucho tiempo en su alojamiento. Con el niño en brazos recorrió las calles preguntando por Jack. Pronto se dio cuenta de que la ciudad desbordaba en todo momento de gente, por lo que los posaderos ni siquiera podían recordar a los huéspedes de la penúltima semana, así que no valía la pena preguntar por alguien que acaso pasó por allí hacía ya un año. Pese a todo, se detenía en cada uno de los enclaves de las construcciones para preguntar si habían empleado a un joven albañil inglés pelirrojo de nombre Jack. Nadie lo había contratado.

Aliena estaba decepcionada. No había sabido nada de él desde Lessay. Si hubiera seguido adelante con su plan de ir a Compostela, casi con toda certeza hubiera acudido a Tours. Empezó a temer que hubiera cambiado de idea.

Al igual que todo el mundo, fue a la iglesia de San Martín. Y allí vio a un equipo de obreros ocupado en un intensivo trabajo de reparaciones.

Buscó al maestro de obras, un hombre pequeño y de mal genio que empezaba a quedarse calvo, y le preguntó si había trabajado para él un albañil inglés.

—Jamás empleo ingleses —dijo el hombre con brusquedad antes de que Aliena hubiera terminado de hablar—. Los albañiles ingleses no sirven para nada.

—Éste es muy bueno —aseguró Aliena—. Y habla bien francés, así que tal vez no te dieras cuenta de que es inglés. Es pelirrojo.

—No, nunca lo he visto —afirmó sin contemplaciones el maestro al tiempo que daba media vuelta.

Aliena regresó a su alojamiento bastante deprimida. No era en modo alguno alentador recibir un trato grosero sin motivo alguno. Aquella noche, sufrió trastornos de vientre y no pegó ojo. Al día siguiente, se encontró demasiado enferma para salir a la calle y pasó todo el día en la taberna, tumbada en la cama. Por la ventana, entraba la peste del río y, de abajo, le llegaban los desagradables olores de vino derramado y aceite de oliva. A la mañana siguiente el bebé se despertó enfermo.

La despertó su llanto. No era la rabieta habitual, vigorosa y exigente, sino un lloriqueo débil y lastimero. Sufría los mismos trastornos de vientre que ella; pero además estaba febril. Tenía cerrados con fuerza sus ojos azules, siempre tan vivos y despiertos y las diminutas manos apretadas. Su carita estaba enrojecida y moteada.

Como nunca había estado enfermo, Aliena no sabía qué hacer.

Le dio el pecho. Por un momento mamó sediento, luego empezó a llorar de nuevo y a continuación volvió a mamar. No pareció que la leche le diera consuelo.

En la taberna, trabajaba una camarera joven y agradable y Aliena le pidió que fuera a la abadía y comprara agua bendita. Pensó también en enviarla en busca de un médico, pero ésos siempre querían sangrar a la gente y Aliena no creía que el bebé fuera a mejorar sangrándole.

La sirvienta volvió con su madre, que quemó un manojo de hierbas secas en un recipiente de hierro. Produjeron un humo acre que pareció absorber los malos olores de aquel lugar.

—El niño tendrá sed, dale el pecho siempre que quiera —dijo a Aliena— Tú misma bebe mucho para que tengas leche abundante. Es cuanto puedes hacer

—¿Se pondrá bien? —preguntó ansiosa Aliena.

La mujer se mostró comprensiva.

—No lo sé, querida. Es difícil saberlo cuando son tan pequeños. Por lo general sobreviven a este tipo de cosas. Aunque a veces no. ¿Es el primero?

—Sí.

—Bueno, recuerda que siempre puedes tener más.

Es que éste es el hijo de Jack, y ya le he perdido a él, se dijo Aliena. Pero guardó para sí sus pensamientos, dio las gracias a la mujer y le pagó las hierbas.

Una vez que se fueron, diluyó el agua bendita con agua corriente, humedeció en ella un paño y refrescó la cabeza del niño.

Pareció empeorar a medida que avanzaba el día. Aliena le daba el pecho cuando lloraba, le cantaba para mantenerle despierto y le refrescaba con el agua bendita cuando dormía. Mamaba continuamente, aunque de manera caprichosa. Por fortuna, Aliena tenía mucha leche, siempre la había tenido; también ella seguía enferma y sólo comía pan duro y vino aguado. A medida que pasaban las horas empezó a aborrecer aquella habitación, con sus paredes desnudas salpicadas de cagadas de moscas, el tosco pavimento de madera, la puerta mal ajustada y el ridículo ventanuco. Había exactamente cuatro muebles. Una desvencijada cama, un taburete de tres patas, un colgador de ropa, y un candelabro de pie con tres brazos, aunque con una sola vela.

Cuando empezó a anochecer, acudió la sirvienta y encendió la vela. Miró al bebé que estaba acostado, agitando brazos y piernas y quejándose lastimero.

—Pobrecito —se compadeció la muchacha—. No entiende por qué se siente tan mal.

Aliena se levantó del taburete y se dirigió a la cama, pero mantuvo encendida la vela para poder ver al bebé. Ambos pasaron toda la noche dormitando inquietos. Ya de amanecida, la respiración del niño se hizo más leve y dejó de llorar y moverse.

Aliena empezó a sollozar en silencio. Había perdido el rastro de Jack, y su hijo iba a morir allí, en una casa llena de gente extraña en una ciudad muy lejos de su hogar; jamás habría otro Jack y nunca volvería a tener otro hijo. Tal vez también debería morir ella. Acaso eso fuera lo mejor.

Al romper el alba, apagó la vela y se sumió en un sueño. Estaba exhausta.

De abajo, llegó un fuerte ruido que la despertó. El sol estaba alto y en la orilla del río, debajo de su ventana, había un estruendoso e intenso ajetreo. El bebé se había quedado prácticamente inmóvil y su carita estaba, al fin, tranquila. Aliena sintió helársele el corazón. Le tocó el pecho. No lo tenía caliente y tampoco frío. Su respiración se hizo entrecortada. De repente el niño lanzó un suspiro profundo y estremecido, y abrió los ojos. Aliena estuvo a punto de desmayarse por el alivio.

Lo cogió en brazos y lo estrechó contra sí. El bebé empezó a gritar con fuerza. Entonces Aliena comprendió que ya estaba bien. La temperatura era normal y no parecía dolerle nada. Le dio de mamar y el niño chupó ávido. En vez de dejarlo, después de unas cuantas chupadas prosiguió incansable, y

una vez que terminó con un pecho mamó del otro hasta el fin. Luego, ya satisfecho, se quedó profundamente dormido.

Aliena se dio cuenta de que también sus males habían desaparecido, aunque se encontraba como si la hubieran exprimido. Durmió junto al niño hasta mediodía y entonces le volvió a dar de mamar. Luego, bajó a la taberna y comió queso de cabra con pan tierno y un poco de bacón.

Tal vez fuera el agua bendita de San Martín la que hizo ponerse bien al niño. Aquella tarde volvió junto a la tumba del santo para darle las gracias.

Mientras se encontraba en la gran iglesia abadía, observó a los constructores mientras trabajaban, pensando en Jack quien, después de todo, aún podría ver a su hijo. Aliena se preguntaba si no se habría desviado de su ruta original. Tal vez estuviera trabajando en París esculpiendo piedras para una nueva catedral que se construyese allí. Mientras pensaba en él, se le iluminó la mirada al ver que los constructores estaban instalando un nuevo voladizo. Estaba esculpido con la figura de un hombre que parecía sostener sobre sus espaldas todo el peso del pilar. Emitió un sonido entrecortado. Al punto supo, sin la menor sombra de duda, que aquella figura contorsionada y atormentada la había esculpido Jack ¡De manera que había estado allí!

Con el corazón palpitante, se acercó a los hombres que estaban haciendo el trabajo.

—¡Ese voladizo! —dijo casi sin aliento— El hombre que lo esculpió era inglés, ¿verdad?

—Así es. Lo hizo Jack Fitzjack —le contestó un viejo trabajador—. En mi vida he visto nada semejante.

—¿Cuándo estuvo aquí? —volvió a preguntar Aliena.

Contuvo el aliento mientras el viejo se rascaba la cabeza canosa a través de una grasienta gorra.

—Por ahora debe de hacer casi un año. Verás, no se quedó mucho tiempo. Al maestro de obras no le gustaba —bajó la voz—. Si quieres saber la verdad, Jack era demasiado bueno. Superaba con mucho al maestro. De manera que tenía que irse.

Se llevó un dedo a un lado de la nariz como quien hace una confidencia.

—¿Dijo a dónde iba? —inquirió Aliena excitada.

El viejo miró al bebé.

—Si el pelo revela algo, este niño es de él.

—Sí, lo es.

—¿Crees que Jack se alegrará de verte?

Aliena comprendió que aquel trabajador pensaba que tal vez Jack estuviera huyendo de ella. Se echó a reír.

—Sí, claro. Estará muy contento de verme.

El hombre se encogió de hombros.

—Dijo que se iba a Compostela, si es que te sirve de algo.

—¡Gracias! —exclamó feliz Aliena y, ante el asombro y la satisfacción del viejo, le besó.

Las rutas de peregrinos que atravesaban Francia convergían en Ostbat, al pie de los Pirineos. Allí, el grupo de unos veinte peregrinos con quienes viajaba Aliena aumentó hasta alrededor de setenta. Era un grupo de pies doloridos pero muy alegre. Algunos eran ciudadanos prósperos, otros tal vez fugitivos de la justicia, había incluso unos cuantos borrachos y varios monjes y clérigos. Los hombres de Dios se encontraban allí impulsados por la devoción; pero la mayoría de los demás parecían dispuestos a pasarlo bien. Se escuchaban diversos idiomas, incluidos el flamenco, una lengua alemana, y otra del sur francés llamada de Oc. Sin embargo, no había falta de comunicación entre ellos y, mientras atravesaban los Pirineos, cantaban juntos, practicaban juegos, relataban historias y, en algunos casos, tenían relaciones amorosas.

Por desgracia, después de Tours, Aliena no volvió a encontrar más gente que recordara a Jack. Y, durante toda la ruta por Francia tampoco vio tantos juglares como había imaginado. Uno de los peregrinos flamencos, un hombre que había hecho antes aquel camino, aseguró que habría bastantes más en la parte española, al otro lado de las montañas.

Y estaba en lo cierto. En Pamplona, Aliena se sintió excitada al encontrar a un juglar que recordaba haber hablado con un joven inglés pelirrojo que iba preguntando acerca de su padre.

Mientras los fatigados peregrinos avanzaban lentos a través del norte de España en dirección a la costa, Aliena encontró a varios juglares más, y la mayoría de ellos recordaban a Jack. Se dio cuenta con excitación creciente de que todos ellos habían dicho que se dirigía a Compostela.

Pero ninguno recordaba haberle visto de regreso.

Lo que quería decir que aún seguía allí. Mientras sentía el cuerpo cada vez más dolorido, su espíritu se sentía, por el contrario, más animado. Durante los últimos días del viaje, apenas podía contener su optimismo. Estaba mediado el invierno pero el tiempo era cálido y soleado. El niño, que ya tenía seis meses, estaba fuerte y contento. Aliena se hallaba segura de encontrar a Jack en Compostela.

Llegaron allí el día de Navidad.

Se encaminaron directamente a la catedral para oír misa. Como era de esperar, la iglesia estaba atestada. Aliena dio vueltas una y otra vez entre los fieles, observando los rostros. Pero Jack no estaba allí.

Claro que no era muy devoto. De hecho jamás acudía a iglesias salvo para trabajar. Cuando encontró alojamiento ya había oscurecido. Se acostó, pero apenas pudo dormir a causa de la excitación, sabiendo que Jack se encontraría probablemente a escasa distancia de ellos y que al día siguiente lo vería, lo besaría y le mostraría al niño.

Se levantó con las primeras luces. El pequeñín acusó su impaciencia y mamó irritado, mordiéndole los pezones con sus encías. Aliena se lavó presurosa para salir de inmediato con él en brazos. Mientras caminaba por las polvorientas calles, esperaba ver a Jack a la vuelta de cada esquina. ¡Pues no iba a quedarse asombrado cuando la viera! ¡Y qué contento se pondría! Sin embargo, al no verlo por las calles empezó a visitar todas las casas de huéspedes. Tan pronto como la gente empezó a trabajar, Aliena acudió a los enclaves de las construcciones y habló con los albañiles. Conocía las palabras cantero y pelirrojo en lengua castellana, y además los habitantes de Compostela estaban familiarizados con los extranjeros, de manera que logró entenderse. Pero no halló rastro de Jack. Empezó a preocuparse. La gente tenía que conocerlo con toda seguridad. No era el tipo de persona que pudiera pasar inadvertida, y debía de haber estado allí durante varios meses. También se mantenía alerta para descubrir su estilo característico de esculpir. No vio nada.

Mediada la mañana, encontró a una tabernera de mediana edad, coloradota, que hablaba francés y recordaba a Jack.

—Un guapo mozo... ¿Es tuyo? De cualquier manera, ninguna de las mozas locales sacó nada en limpio de él. Estuvo aquí a mediados del verano; pero, desafortunadamente, no se quedó mucho tiempo. Y tampoco quiso decir a dónde iba. Me era simpático. Si lo encuentras, dale un abrazo de mi parte.

Aliena regresó a su alojamiento y se tumbó en la cama con los ojos clavados en el techo. El bebé gruñía; pero, por una vez, no le hizo caso. Estaba exhausta, decepcionada y sentía añoranza. No era justo. Había seguido su rastro hasta Compostela, y él se había marchado a alguna otra parte.

Como no había regresado a los Pirineos, y como al este de Compostela sólo había una faja de costa y el océano que llegaba al fin del mundo, Jack debió de haber seguido más hacia el sur. Tendría que ponerse de nuevo en marcha y cabalgar sobre su yegua negra, con el bebé en brazos, hacia el corazón de España.

Se preguntó cuánto habría de alejarse de su casa antes de que su peregrinaje diera fin.

Jack pasó el día de Navidad con su amigo Raschid Alharoun, en Toledo. Raschid era un sarraceno converso que había hecho una fortuna importando especias de Oriente, en especial pimienta. Se conocieron durante una misa de mediodía en la gran catedral, y luego regresaron paseando bajo el tibio sol invernal a través de las angostas calles y el aromático mercado, hacia el barrio opulento.

La casa de Raschid estaba construida con una deslumbrante piedra blanca, alrededor de un patio con una fuente en el centro. Las arcadas en penumbra del patio recordaban a Jack el claustro del priorato de Kingsbridge. En Inglaterra daban protección frente al viento y la lluvia; pero, en España, estaban más bien destinadas a mitigar la fuerza del sol.

Raschid y sus invitados tomaron asiento sobre cojines ante una mesa baja. Las mujeres e hijas servían a los hombres, así como varias muchachas sirvientes cuyo lugar en la casa era un tanto dudoso.

Raschid, como cristiano, sólo podía tener una esposa; aunque Jack sospechaba que había eludido con sigilo la desaprobación de la Iglesia en cuanto a las concubinas.

Las mujeres constituían la principal atracción en la acogedora casa de Raschid. Todas ellas eran hermosas. Su esposa era una mujer escultural, de ademanes graciosos, de suave tez morena, pelo negro luminoso y límpidos ojos castaños, y las hijas eran versiones más esbeltas del mismo tipo.

—Mi Raya es la hija perfecta —dijo Raschid mientras ella daba vuelta a la mesa con un cuenco de agua perfumada para que los invitados se enjuagaran las manos—. Es atenta, obediente y bella. Joseph es un hombre afortunado.

El novio inclinó la cabeza como reconociendo su buena fortuna.

La segunda hija era orgullosa, incluso altanera. Pareció que le molestaban las alabanzas referidas a su hermana. Miró altiva a Jack mientras escanciaba en su copa una extraña bebida contenida en una jarra de cobre.

—¿Qué es? —le preguntó él.

—Licor de menta —repuso ella desdeñosa.

Le molestaba servirle por ser hija de un hombre importante y él un vagabundo pobretón.

Aysha, la hija tercera, era por la que más simpatía sentía Jack. En los tres meses que había estado allí, llegó a conocerla muy bien. Tenía quince o dieciséis años, era menuda y se mostraba rebosante de vida, siempre sonriente. Aunque era tres o cuatro años más joven que él no parecía una adolescente. Tenía una inteligencia viva e inquisitiva. Le hacía preguntas interminables acerca de Inglaterra y su diferente estilo de vida. A menudo se burlaba de la sociedad de Toledo, el esnobismo de los árabes, los dengues de

los judíos y el mal gusto de los nuevos ricos cristianos. A veces, hacía reír a Jack a carcajadas.

Aunque era la más joven, parecía la menos inocente de las tres. En ciertas ocasiones, la forma en que miraba a Jack al inclinarse sobre él para poner en la mesa una fuente de sabrosos camarones, parecía revelar una vena inconfundiblemente licenciosa. Aysha encontró su mirada y dijo "licor de menta" imitando a la perfección los modales presumidos de su hermana. Y Jack no pudo contener la risa. Cuando estaba con Aysha, solía olvidar durante horas a Aliena.

Pero, en cuanto se encontraba lejos de aquella casa, Aliena ocupaba sus pensamientos como si sólo el día anterior se hubiera separado de ella. Su recuerdo le resultaba penosamente vívido, a pesar de que no la había visto hacía más de un año. Podía evocar cada una de sus expresiones. Riendo, pensativa, suspicaz, ansiosa, complacida, asombrada y, con más claridad que todas ellas, apasionada. Tampoco había olvidado nada de su cuerpo y todavía podía ver la curva de su seno, sentir la suave piel del interior de su muslo, saborear sus besos y aspirar el aroma de su despertar. Sentía frecuentemente nostalgia de ella.

A fin de calmar ese deseo frustrado, imaginaba a veces qué estaría haciendo Aliena. En su pensamiento, podía verla tirando de las botas de Alfred al final del día, sentada comiendo con él, besándolo, haciendo el amor con él, y dando el pecho a un chiquillo que era la viva imagen de Alfred. Aquellas visiones le torturaban pero no impedían que la añorase.

En aquel día, Navidad, Aliena asaría un cisne y lo revestiría con sus plumas para sacarlo a la mesa. Para beber, tendrían ponche hecho con cerveza, huevos, leche y nuez moscada. La comida que Jack tenía ante sí no podía ser más diferente. Había platos de cordero que le hacían la boca agua, hechos con especias desconocidas, arroz mezclado con nueces y ensaladas aliñadas con zumo de limón y aceite de oliva. Le había costado algo acostumbrarse a los guisos españoles. Jamás servían grandes cuartos de vaca, patas de cerdo ni tampoco pierna de venado, sin los que, en Inglaterra, ninguna fiesta estaba completa. Y tampoco gruesas rebanadas de pan. No tenían los alazanes praderas en las que podían pastar grandes rebaños de ganado, y tampoco los fértiles suelos donde cultivar grandes extensiones de trigales ondulantes. Compensaban las cantidades de carne, relativamente pequeñas, mediante maneras imaginativas de cocinar con todo tipo de especias y, en lugar del omnipresente pan de los ingleses, disfrutaban de una gran variedad de vegetales y frutas.

Jack vivía en Toledo con un pequeño grupo de clérigos ingleses. Formaban parte de una comunidad internacional de eruditos, en la que se encontraban judíos, musulmanes y mudéjares. Los ingleses se ocupaban de traducir obras de matemáticas del árabe al latín, para que así pudieran leerlas los cristianos. Entre ellos existía un ambiente de excitación febril, a medida que descubrían y exploraban el acervo atesorado por la sabiduría árabe. De manera fortuita habían admitido a Jack en calidad de estudiante. Daban acogida en su círculo a todo aquel que comprendiera lo que estaban haciendo y compartiera su entusiasmo. Eran semejantes a campesinos que hubieran estado laborando durante años para obtener una cosecha de una tierra pobre y, de repente, se encontraran en un fecundo valle de aluvión. Jack había abandonado la construcción para estudiar matemáticas. Hasta ese momento, no necesitó trabajar por dinero. Los clérigos le facilitaban cama y toda la comida que quisiera, e incluso le hubieran dado indumentaria y sandalias nuevas si las precisara.

Raschid era uno de sus mecenas. En su calidad de mercader internacional, dominaba varias lenguas y era en extremo cosmopolita en sus actitudes. En su casa hablaba el castellano, la lengua de la España cristiana, en lugar del mozárabe. Su familia también hablaba francés, la lengua de los normandos, que eran mercaderes importantes. A pesar de ser un comerciante, tenía un poderoso intelecto y una curiosidad abierta a todos los campos. Se deleitaba hablando con los eruditos acerca de sus teorías. Había simpatizado de inmediato con Jack, el cual cenaba en su casa varias veces por semana.

—¿Qué nos han enseñado esta semana los filósofos? —le preguntó Raschid tan pronto como empezaron a comer.

—He estado leyendo a Euclides.

Los Elementos de Geometría de Euclides, era uno de los primeros libros traducidos.

—Euclides es un extraño nombre para un árabe —apunto Ismail, hermano de Raschid.

—Era griego —le explicó Jack—. Vivió antes del nacimiento de Cristo. Los romanos perdieron su trabajo; pero los egipcios lo conservaron, de manera que ha llegado hasta nosotros en árabe.

—¡Y ahora los ingleses lo están traduciendo al latín! —exclamó Raschid—. Resulta divertido.

—¿Pero qué has aprendido? —le preguntó Josef, el prometido de Raya.

Jack vaciló un instante. Resultaba difícil de explicar. Intentó exponerlo de una manera práctica.

—Mi padrastro, el constructor, me enseñó cómo realizar ciertas operaciones geométricas. Cómo dividir una línea en dos partes iguales, cómo trazar un ángulo recto y cómo dibujar un cuadrado dentro de otro, de manera que el más pequeño sea la mitad del área del grande.

—¿Cuál es el objetivo de tales habilidades? —le interrumpió Josef.

Había una nota de desdén en su voz. Consideraba a Jack como un advenedizo y sentía envidia de la atención que Raschid le prestaba.

—Esas operaciones son esenciales para proyectar construcciones —contestó Jack en tono amable, simulando no haberse dado cuenta del tono de Josef—. Echad un vistazo a este patio. El área de las arcadas cubiertas todo alrededor de los bordes es exactamente igual al área abierta en el centro. La mayoría de los patios pequeños están construidos de igual manera, incluidos los claustros de los monasterios. Ello se debe a que esas proporciones son las más placenteras. Si el centro fuera mayor, parecería una plaza de mercado y, de ser más pequeño, da la impresión de un agujero en el tejado. Pero, para obtener la impresión adecuada, el constructor ha de ser capaz de concebir la zona abierta en el centro de tal manera que sea exactamente la mitad de todo el conjunto.

—¡Nunca pensé en ello! —exclamó Raschid con tono triunfal.

Nada le gustaba más que aprender algo nuevo.

—Euclides explica por qué dan resultado esas técnicas —siguió diciendo Jack—. Por ejemplo, las dos partes de la línea dividida son iguales porque forman los lados correspondientes de triángulos congruentes.

—¿Congruentes? —inquirió Raschid.

—Quiere decir exactamente iguales.

—Ah..., comprendo.

Sin embargo, Jack pudo darse cuenta de que nadie más lo entendía.

—Pero tú podías realizar todas esas operaciones antes de leer a Euclides, de manera que no veo que hayas aprendido algo nuevo —alegó Josef.

—Un hombre siempre se perfecciona al lograr comprender algo —protestó Raschid.

—Además, ahora que ya entiendo algunos principios de la geometría, puede que sea capaz de concebir soluciones a nuevos problemas que desconcertaban a mi padrastro —manifestó Jack.

Se sentía más bien defraudado por aquella conversación. Euclides había llegado a él como el cegador destello de una revelación; pero estaba fracasando al tratar de comunicar la emocionante importancia de aquellos nuevos descubrimientos. Así que, en cierto modo, cambió de táctica.

—Lo más interesante de Euclides es el método —dijo—. Toma cinco axiomas, verdades tan evidentes que no necesitan explicación, y todo lo demás lo deduce de ellas recurriendo a la lógica.

—Dame un ejemplo de axioma —pidió Raschid.

—Una línea recta puede prolongarse de manera indefinida.

—No, no puede —intervino Aysha, que estaba dando vuelta a la mesa con un cuenco de higos.

Los invitados sintieron cierto sobresalto al oír que una joven intervenía en la conversación, pero Raschid se echó a reír indulgente.

Aysha era su favorita.

—¿Y por qué no? —le preguntó.

—En un momento dado ha de terminar —respondió ella.

—Pero en tu imaginación puede prolongarse indefinidamente —alegó Jack.

—En mi imaginación, el agua puede correr hacia arriba y los perros hablar latín —respondió con desenfado.

Su madre, que entraba en aquel momento en la habitación, oyó aquella réplica.

—¡Aysha! —exclamó con tono duro— ¡Afuera!

Todos los hombres rieron. Aysha hizo una mueca y salió.

—Quienquiera que se case con ella se las va a ver y a desear —comentó el padre de Josef.

Todos rieron de nuevo y también Jack. Luego, se dio cuenta de que cuantos se hallaban presentes lo miraban, como si la chanza estuviera dirigida a él.

Después de la comida, Raschid mostró su colección de juguetes mecánicos. Tenía un tanque que se podía llenar con una mezcla de agua y vino y que luego salían por separado, un maravilloso reloj movido con agua que marcaba las horas del día con impresionante exactitud, una jarra que se volvía a llenar por sí misma pero que nunca se derramaba, una pequeña estatua en madera de una mujer cuyos ojos estaban hechos con una especie de cristal que absorbía agua con la calma diurna y que luego la vertía con el frescor de la noche, por lo que parecía que estaba llorando.

Jack compartía la fascinación de Raschid ante aquellos juguetes, pero lo que más intrigado le tenía era la estatua llorosa ya que, en tanto que los mecanismos de los otros resultaban sencillos una vez explicados, nadie había logrado saber en realidad cómo funcionaba el de la estatua.

Por la tarde, se sentaron bajo las arcadas, alrededor del patio practicando juegos, dormitando o manteniendo una charla superficial. Jack deseaba haber pertenecido a una gran familia como aquella, con hermanos, tíos y parientes

políticos y haber tenido un hogar que todos pudieran visitar, así como una posición respetable en una ciudad pequeña. De repente, recordó la conversación que mantuvo con su madre la noche que le liberó de la celda de castigo del priorato. Él le había preguntado sobre los parientes de su padre y ella le había dicho: *Si, tenía una gran familia allá, en Francia; así que en alguna parte tengo una familia como ésta*, se dijo Jack. *Los hermanos y hermanas de mi padre son mis tíos y mis tías. Es posible que tenga primos de mi misma edad. Me pregunto si algún día los encontraré*.

Se sentía a la deriva. Era capaz de sobrevivir en cualquier parte, pero no pertenecía a ninguna; podía ser tallista, constructor, monje y matemático, pese a lo cual, ignoraba quién era el auténtico Jack, si es que lo había. A veces se preguntaba si no debería ser un juglar como su padre o una proscrita como su madre. Tenía diecinueve años, no poseía hogar ni raíces, carecía de familia y de objetivo en la vida.

Jugó al ajedrez con Josef y le ganó. Luego, se acercó Raschid.

—Déjame tu silla, Josef —pidió—. Quiero saber más cosas sobre Euclides.

Josef, obediente, cedió la silla a su futuro suegro y se alejó. Había oído cuanto le apetecía sobre Euclides.

—¿Estás disfrutando? —preguntó Raschid a Jack al tiempo que tomaba asiento.

—Tu hospitalidad es incomparable —respondió Jack en tono amable. Había aprendido los modales corteses de Toledo.

—Gracias, pero yo me refería a Euclides.

—Sí. Me parece que no he logrado explicar bien la importancia de este libro. Verás...

—Creo que te comprendo —le interrumpió Raschid—. Al igual que a ti me gusta el conocimiento por el conocimiento.

—Sí.

—Sin embargo, un hombre ha de ganarse la vida.

Jack no pudo discernir la importancia de aquella observación, de manera que esperó a que Raschid continuara hablando. Sin embargo, éste se recostó en su asiento con los ojos entornados, al parecer disfrutando satisfecho del comprensivo silencio entre amigos. Jack empezó a preguntarse si Raschid no le estaba reprochando que no trabajara en un oficio.

—Espero que un día volveré a trabajar en la construcción —dijo por fin Jack.

—Eso está bien.

Jack sonrió.

—Cuando salí de Kingsbridge, montando el caballo de mi madre y con las herramientas de mi padrastro en una bolsa colgada del hombro, pensaba que

sólo había una manera de construir una iglesia. Muros gruesos con arcos redondos y ventanas pequeñas, todo ello cubierto por un techo de madera o una bóveda de piedra en forma de cañón. Las catedrales que vi durante mi camino desde Kingsbridge a Southampton no me hicieron pensar lo contrario. Pero Normandía cambió mi vida.

—Puedo imaginarlo —dijo Raschid somnoliento.

No estaba demasiado interesado, así que Jack evocó aquellos días en silencio. Horas después de desembarcar en Honfleur, estaba contemplando la iglesia abadía de Jumièges. Era la iglesia más alta que jamás había visto. Pero por lo demás, tenía los habituales arcos redondeados y el techo de madera... salvo en la sala capitular, donde el abad Urso había construido un revolucionario techo de piedra. En lugar de un cañón liso y continuo o una bóveda con la arista de encuentro, aquel techo tenía nervaduras que emergían de la parte superior de las columnas y se encontraban en el fastigio del tejado.

Las nervaduras eran gruesas y fuertes y las secciones triangulares del techo delgadas y ligeras. El monje conservador de la obra había explicado a Jack que, de esa manera, resultaba más fácil de construir.

Se colocaban las nervaduras primero y entonces se hacía más sencillo poner las secciones entre ellas. Ese tipo de bóveda era asimismo más ligero. El monje había esperado tener noticias por Jack de las innovaciones técnicas en Inglaterra; pero éste hubo de desengañarle.

Sin embargo al monje le agradó la evidente apreciación de Jack de las bóvedas con nervaduras y le dijo que, en Lessay, no lejos de allí, había una iglesia en la que todas las bóvedas eran con nervaduras.

Al día siguiente, Jack se fue a Lessay y pasó toda la tarde en la iglesia contemplando extasiado la bóveda. Llegó a la conclusión de que lo más asombroso de todo era la manera en que las nervaduras, descendiendo desde el fastigio de la bóveda hasta los capiteles que coronaban las columnas, parecían expresar la forma en que los elementos más fuertes sostenían el peso del tejado. Las nervaduras hacían patente la lógica de la obra.

Jack viajó en dirección sur, hacia el Condado de Anjou y encontró trabajo para hacer reparaciones en la iglesia abadía de Tours. No tuvo dificultad alguna en convencer al maestro de obras para que le diera ocupación. Las herramientas que llevaba consigo demostraban que era albañil y, al cabo de un día de trabajo, el maestro quedó convencido de que era muy bueno. Su jactancia ante Aliena de que podía encontrar trabajo en cualquier parte del mundo no fue del todo vana.

Entre las herramientas que heredó de Tom, estaba la regla de codo. Sólo las tenían los maestros de obras y, cuando los demás descubrieron que Jack

poseía una, quisieron saber cómo había llegado a maestro tan joven. Su primer impulso fue confesarles que, en realidad, no era maestro de obras, pero luego decidió decir que lo era. Después de todo, había dirigido efectivamente en el enclave de Kingsbridge, en su época de monje, y era capaz de dibujar planos lo mismo que Tom. Pero al maestro para el que estaba trabajando le fastidió descubrir que había contratado a un posible rival. Cierto día, Jack sugirió una modificación al monje encargado de la obra y dibujó sobre el suelo lo que quería decir. Allí comenzaron sus dificultades. El maestro de obras quedó convencido de que Jack intentaba quitarle el puesto. Empezó a encontrar defectos a su trabajo y lo dedicó a la monótona tarea de cortar bloques lisos.

Pronto se puso de nuevo en marcha. Se dirigió a la abadía de Cluny, el núcleo central de un imperio monástico que se extendía por toda la cristiandad. Era la orden cluniacense la iniciadora e impulsora del ya famoso peregrinaje a la tumba de Santiago en Compostela.

A lo largo de la ruta jacobea, había iglesias dedicadas a San Yago y monasterios cluniacenses que se ocupaban de los peregrinos. Como el padre de Jack había sido juglar en la vía de peregrinos, parecía posible que hubiera visitado Cluny. Sin embargo no había sido así. En Cluny no había juglares. Allí Jack no averiguó nada sobre su padre.

Sin embargo, aquel viaje no había resultado en modo alguno inútil. Cada uno de los arcos que Jack había visto siempre antes de entrar en la iglesia abadía de Cluny, habían sido semicirculares. Y cada una de las bóvedas tenían la forma de cañón, semejante a una larga línea de arcos, todos unidos entre sí, o formando aristas como en el cruce donde se encuentran dos túneles. Los arcos de Cluny no eran de medio punto.

Se alargaban hasta acabar en punta.

En las principales arcadas, había arcos apuntados, la bóveda aristada de las naves laterales tenía también arcos en ojiva y, lo más asombroso de todo, sobre la nave había un techo de piedra que sólo podía describirse como una bóveda de cañón ojival. A Jack siempre le habían enseñado que un círculo era fuerte por ser perfecto y que un arco redondeado era fuerte porque formaba parte de un círculo. Hubiera pensado que los arcos en punta eran flojos. Por el contrario, los monjes le habían dicho que esos arcos eran mucho más fuertes que los antiguos redondos. Y la iglesia de Cluny parecía demostrarlo, ya que era muy alta, a pesar del gran peso del trabajo en piedra sobre su bóveda apuntada.

Jack no permaneció por mucho tiempo en Cluny. Siguió viaje hacia el sur por la ruta de peregrinos, apartándose de ella siempre que le parecía. A principios de verano, había trovadores a todo lo largo del recorrido, en las

ciudades más grandes o cerca de los monasterios cluniacenses. Recitaban sus narraciones en verso ante una multitud de peregrinos delante de las iglesias o de las capillas, en ocasiones acompañándose de una mandolina, tal como Aliena le había dicho. Jack se acercó a cada uno de ellos para preguntarle si había conocido a un trovador llamado Jack Shareburg. Todos le respondieron negativamente.

Seguían asombrándole las iglesias que iba viendo en su caminar por el suroeste de Francia y el norte de España. Eran mucho más altas que las catedrales inglesas. Algunas de ellas tenían bóvedas de cañón fileteadas. El fileteado, pasando de pilón a pilón a través de la bóveda de la iglesia, posibilitaba la construcción por etapas, un intercolumnio tras otro, en lugar de todos a la vez. Y también cambiaban el aspecto de un templo. Al acentuar las divisiones entre intercolumnios, quedaba patente que la construcción estaba formada por series de unidades idénticas, semejante a una hogaza bien cortada, y ello imponía orden y lógica en el inmenso espacio interior.

Llegó a Compostela mediado el verano. Ignoraba que hubiera lugares en el mundo en los que hiciera tanto calor. Santiago era otra de aquellas iglesias altas que te dejaban sin respiración. Su nave, todavía en construcción, tenía también una bóveda fileteada de cañón. Desde allí bajó más hacia el sur.

Hasta una época reciente, los reinos de España habían estado bajo el dominio de los sarracenos. En realidad, la mayor parte del país al sur de Toledo aún seguía estando dominada por los musulmanes. Jack se sentía fascinado por el aspecto de las construcciones sarracenas. Su interior alto y fresco, sus arcadas, su piedra labrada, de un blanco cegador bajo el sol. Pero lo más interesante fue el descubrimiento de que, en la arquitectura musulmana, se utilizaba la bóveda de nervios y los arcos apuntados. Tal vez fuera de ellos de quienes tomaron los franceses sus nuevas ideas.

Jamás podría trabajar en otra iglesia como lo había hecho en la catedral de Kingsbridge, se dijo mientras, en aquella calurosa tarde española, se hallaba sentado escuchando vagamente las risas de las mujeres en alguna parte de la gran casa, remanso de frescor. Todavía seguía queriendo construir la catedral más hermosa del mundo, pero no sería una construcción maciza y sólida, semejante a una fortaleza.

Quería poner en práctica las técnicas nuevas, la bóveda de nervios y los arcos ojivales. Sin embargo, se dijo que no las utilizaría como se había hecho hasta entonces. En ninguna de las iglesias que había visto, se habían agotado sus posibilidades. Dentro de su mente, empezaba a tomar forma la imagen de una iglesia. Los detalles eran todavía difusos pero la sensación del conjunto estaba perfectamente delineada. Era una construcción espaciosa, aireada, con

la luz del sol derramándose a través de sus grandes ventanas y una bóveda arqueada tan alta que pareciese alcanzar el cielo.

—Josef y Raya necesitarán una casa —dijo de pronto Raschid—. Si la construyeras tú, luego vendrían otras.

Aquello sobresaltó a Jack. Jamás había pensado en construir casas.

—¿Crees que quieren que les construya su casa? —preguntó.

—Es posible.

Se hizo otro largo silencio durante el que Jack consideró la vida como constructor de casas para los mercaderes acaudalados de Toledo.

Raschid pareció despabilarse por completo. Se incorporó y abrió bien los ojos.

—Me gustas, Jack —dijo—. Eres un hombre honrado y vale la pena hablar contigo, que es más de lo que se puede decir de la mayoría de la gente que conozco. Confío en que siempre seremos amigos.

—Yo también —declaró Jack, sorprendido en cierto modo ante aquel inesperado tributo.

—Soy cristiano, así que no tengo a mis mujeres recluidas, como hacen algunos de mis hermanos musulmanes. Por otra parte, soy árabe, lo que significa que tampoco les doy del todo la... perdóname, la libertad inmoderada a que están acostumbradas otras mujeres. Les permito reunirse y hablar en la casa con invitados masculinos. Incluso que hagan amistad. Pero, llegado el punto en que la amistad empieza a convertirse en algo más, como es tan natural que ocurra entre gente joven, entonces espero del hombre que actúe con seriedad. Otra cosa sería un insulto.

—Desde luego —asintió Jack.

—Sabía que lo comprenderías. —Raschid se levantó y puso una mano afectuosa sobre el hombro de Jack—. Nunca he tenido la bendición de un hijo. Pero, si me hubiese sido dado un varón, creo que sería como tú.

—Espero que más moreno —replicó impulsivo Jack.

Por un instante, Raschid se le quedó mirando desconcertado. Luego, estalló en una risa estrepitosa, que sobresaltó a los demás invitados que se encontraban en el patio.

—¡Más moreno!

Entró en la casa todavía riendo a carcajada limpia.

Los invitados de mayor edad empezaron a despedirse. Jack se sentó solo, reflexionando sobre lo que se le había dicho mientras refrescaba con la caída de la tarde. De lo que no cabía duda era de que le estaban proponiendo un trato. Si se casaba con Aysha, Raschid lo lanzaría como constructor de casas de la gente adinerada de Toledo. Aunque también había una advertencia. Si no tienes la intención de casarte con ella, mantente alejado.

Las gentes de España tenían unos modales más refinados que los ingleses; pero, cuando era necesario, sabían hacerse comprender con claridad.

Cuando Jack reflexionaba sobre su situación, a veces le parecía increíble. *¿Soy de veras yo?* se decía. *¿Es éste Jack Jackson, el hijo bastardo de un hombre que fue ahorcado, criado en el bosque, aprendiz de albañil y monje huido? ¿Se me está ofreciendo realmente a la hermosa hija de un acaudalado mercader árabe además de un trabajo garantizado como constructor en esta tranquila ciudad? Parece demasiado bueno para ser verdad. ¡Si incluso me gusta la joven!*

El sol empezaba a declinar y el patio estaba en sombras. En la arcada sólo quedaban dos personas, Josef y él. Se estaba preguntando si no habría sido preparada de antemano aquella situación, cuando aparecieron Raya y Aysha, lo que le confirmó que, en efecto lo había sido. A pesar de la teórica severidad respecto al contacto físico entre muchachas y jóvenes, la madre de ellas sabía muy bien lo que estaba sucediendo, y era muy posible que también Raschid. Concederían a los enamorados unos momentos de soledad. Luego, antes de que tuvieran tiempo de hacer nada serio, aparecería en el patio la madre, dando la impresión de sentirse ofendida, y ordenaría a sus hijas que entraran en la casa.

Raya y Josef, que se hallaban en el otro extremo del patio empezaron de inmediato a besarse. Jack se puso en pie mientras Aysha se acercaba. Llevaba un vestido blanco que le llegaba al suelo, de algodón egipcio, un tejido que Jack jamás vio antes de llegar a España. Más suave que la lana y más fino que el lino, moldeaba el cuerpo de Aysha al moverse ésta, y su blancura parecía centellear en el crepúsculo. Hacía que sus ojos castaños parecieran casi negros. Se acercó mucho a él sonriendo con picardía.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó.

Jack supuso que se refería a su padre.

—Me ofreció situarme como constructor de casas.

—¡Vaya una dote! —exclamó Aysha desdeñosa—. ¡No puedo creerlo! Al menos podía haberte ofrecido dinero.

Jack se dio cuenta de que Aysha le fastidiaba la tradicional oblicuidad sarracena. Encontró su franqueza reconfortante.

—Creo que no quiero construir casas —respondió.

De repente Aysha adoptó una actitud solemne.

—¿Te gusto?

—Tú sabes que sí.

Aysha dio un paso adelante, alzó la cara, cerró los ojos, se puso de puntillas y le besó. Olía a almizcle y a ámbar gris. Abrió la boca e introdujo la lengua juguetona entre los labios de él. Los brazos de Jack la rodearon casi

de manera involuntaria. Puso las manos en su cintura. El algodón era muy ligero, daba casi la sensación de estar tocando la piel desnuda. Aysha le cogió una mano y se la llevó a un seno. Su cuerpo era delgado y prieto y el seno como un montículo pequeño y firme, con un pezón minúsculo y duro. El pecho le subía y le bajaba al empezar a excitarse. Jack quedó asombrado al sentir la mano de ella moverse entre sus piernas. Le apretó el pezón con la yema de los dedos. Aysha lanzó una exclamación entrecortada y se apartó de él jadeante. Jack dejó caer las manos.

—¿Te he hecho daño? —musitó.

—No —dijo ella.

Jack pensó en Aliena y se sintió culpable, aunque al punto se dijo que era una tontería. ¿Por qué habría de pensar que estaba traicionando a una mujer que se había casado con otro hombre?

Aysha se quedó mirándolo un instante. Era casi de noche, pero pudo ver la cara de ella encendida por el deseo. Le cogió la mano y se la volvió a llevar al seno.

—Hazlo otra vez, pero más fuerte —le pidió con tono apremiante.

Jack le cogió el pezón y se inclinó hacia delante para besarla; pero ella apartó la cabeza y le miró a la cara mientras la acariciaba.

Jack le apretó suavemente el pezón y luego, acatando su deseo, se lo pellizcó con fuerza. Aysha arqueó la espalda impulsando sus pequeños senos, mientras que los pezones semejaban botones pequeños y duros debajo del vestido. Jack bajó la cabeza hacia el seno. Sus labios se cerraron alrededor del pezón a través del algodón. Luego, de manera impulsiva se lo cogió entre los dientes y mordió. La oyó aspirar con fuerza.

Jack la sintió estremecerse de pies a cabeza. Aysha, levantándole la cabeza, se apretó con fuerza contra él, que bajó la cara hacia la suya. Ella empezó a besarle con auténtico frenesí como si quisiera cubrirle todo el rostro con la boca, mientras seguía apretando el cuerpo de él contra el suyo emitiendo leves gemidos asustados que le salían del fondo de la garganta. Jack se sentía excitado, desconcertado y con cierto temor. Jamás le había pasado nada semejante. Pensó que estaba a punto de alcanzar el clímax. Y entonces les interrumpieron.

—¡Raya! ¡Aysha! ¡Entrad inmediatamente! —llegó imperiosa la voz de la madre desde la puerta.

Aysha lo miró jadeando. Al cabo de un momento, volvió a besarle con fuerza, apretando los labios contra los de él hasta magullárselos.

Luego, se apartó.

—¡Te quiero! —siseó.

Y entró corriendo en la casa.

Jack la vio irse. Raya la siguió con paso más tranquilo. La madre dirigió una mirada desaprobadora a Jack y a Josef, y después siguió a sus hijas y cerró la puerta con gesto perentorio. Jack permaneció allí en pie con los ojos clavados en la puerta cerrada, preguntándose qué tenía que deducir de todo aquello.

Josef se acercó atravesando el patio y sacándole de su ensoñación.

—Son verdaderamente hermosas..., ¡las dos! —dijo con un guiño conspirador.

Jack asintió con aire ausente y se dirigió a la puerta. Josef le siguió. Una vez que hubieran atravesado el arco, surgió un sirviente de las sombras y cerró la puerta tras ellos.

—Lo malo de estar prometido es que te deja con una desazón entre las piernas —comentó Josef.

Jack no contestó. Josef siguió diciendo:

—Tal vez vaya a casa de Fátima para desahogarme.

Fátima era el prostíbulo. A pesar de su nombre sarraceno, casi todas las jóvenes eran de tez clara y las escasas prostitutas árabes estaban muy cotizadas.

—¿Quieres acompañarme? —agregó.

—No —le contestó Jack—. Yo tengo una desazón de tipo diferente. Buenas noches.

Se alejó rápido. Incluso en los mejores momentos, Josef no era uno de sus acompañantes favoritos, y esa noche Jack no estaba de talante para contemporizar.

El aire iba haciéndose más fresco a medida que se acercaba al colegio en cuyo dormitorio le aguardaba una dura cama; sentía que se encontraba en un momento crucial. Le estaban ofreciendo una vida cómoda y próspera y, para ello, todo cuanto había de hacer era olvidar a Aliena y abandonar su aspiración de construir la catedral más hermosa del mundo.

Aquella noche soñó que Aysha se le acercaba, resbaladizo el cuerpo desnudo por los aceites perfumados, y que se frotaba contra él. Pero no le dejaba que le hiciera el amor.

Cuando se despertó por la mañana, ya tenía tomada su decisión.

Los sirvientes no habían dejado entrar a Aliena en la casa de Raschid Alharoun. Debía tener todo el aspecto de una mendiga, se dijo, mientras permanecía en pie ante la puerta con su túnica polvorienta y sus gastadas botas, con su hijo en brazos.

—Decid a Raschid Alharoun que vengo de Inglaterra y estoy buscando a su amigo Jack Fitzjack —dijo en francés al tiempo que se preguntaba si

aquellos sirvientes de tez oscura eran capaces de entender una sola palabra; después de una consulta, entre susurros, en algún tipo de lengua sarracena, uno de los sirvientes, un hombre alto, con tez y pelo acarbonados, semejante éste último al vellón de una oveja negra, entró en la casa.

Aliena se agitaba inquieta mientras los demás sirvientes la miraban ya de forma descarada. Ni siquiera durante su interminable peregrinaje había adquirido el don de la paciencia; después de la decepción sufrida en Compostela, siguió su ruta por el interior de España, hacia Salamanca; allí nadie recordaba a un joven pelirrojo interesado en catedrales y trovadores. Pero un amable monje le dijo que en Toledo había una comunidad de eruditos ingleses; parecía una esperanza endeble. Sin embargo, Toledo no estaba demasiado lejos de allí, de manera que siguió adelante por el polvoriento camino.

Allí la esperaba otra torturadora decepción. Sí, Jack había estado allí, ¡vaya golpe de suerte!, pero, por desgracia, ya se había ido. No obstante, podría alcanzarle, pues sólo le llevaba un mes de adelanto. Pero, una vez más, nadie sabía a dónde pudo haber ido. En Compostela, cabía pensar que Jack habría tomado el camino del sur porque ella llegaba del este y porque, al norte y el oeste, estaba la mar. Pero, para su desdicha allí había más posibilidades.

Pudo haberse dirigido hacia el noroeste, de nuevo a Francia, hacia el oeste, a Portugal, o hacia el sur a Granada. Y desde la costa española pudo haber tomado un barco para Roma, Túnez, Alejandría o Beirut.

Aliena había decidido renunciar a la búsqueda si no recibía una información fidedigna sobre el camino tomado por Jack. Se sentía exhausta y muy lejos de casa. Prácticamente no le quedaban energías ni poder de decisión y no podía afrontar la perspectiva de seguir adelante con tan frías posibilidades de éxito. Se hallaba dispuesta a dar media vuelta, regresar a Inglaterra y tratar de olvidar para siempre a Jack.

De la blanca casa salió otro sirviente. Vestía una indumentaria más lujosa y hablaba francés. Miró a Aliena cauteloso, pero se dirigió a ella con cortesía.

—¿Sois amiga de Jack?

—Sí, una vieja amiga de Inglaterra. Me gustaría hablar con Raschid Alharoun.

El sirviente miró al chiquillo.

—Soy pariente de Jack —le dijo Aliena.

En realidad no dejaba de ser cierto, pues era la mujer separada del hermanastro de Jack, y eso era parentesco.

—Haced el favor de acompañarme —dijo el criado, abriendo más la puerta.

Aliena penetró agradecida en el interior. Si no la hubieran recibido, aquel habría sido el final del camino.

Siguió al servidor a través de un agradable patio, dejando atrás una cantarina fuente. Se preguntaba cómo habría llegado Jack hasta el hogar de esa próspera familia. No era creíble una amistad semejante. ¿Habría recitado narraciones en verso bajo aquellas umbrosas arcadas?

Entraron en el edificio. Era una mansión palaciega, con habitaciones frescas de techos altos, suelos de piedra y mármol, muebles primorosamente tallados, suntuosas tapicerías. El sirviente alzó una mano para indicarle que esperara, y luego tosió un poquito. Un instante después, entró sigilosa en la habitación una mujer sarracena, alta, con una túnica negra, sujetando una de las esquinas delante de la boca con un ademán que resultaba insultante en cualquier lugar.

—¿Quién eres? —preguntó en francés mirándola muy fijo.

Aliena se irguió todo lo alta que era.

—Soy Lady Aliena, hija del fallecido conde de Shiring —dijo con la mayor altivez que le fue posible—. Supongo que tengo el placer de estar hablando con la esposa de Raschid, el vendedor de pimienta.

Era capaz de practicar el juego tan bien como cualquiera.

—¿Y qué buscáis aquí?

—He venido a ver a Raschid.

—No recibe a mujeres.

Aliena comprendió que no había esperanza alguna de obtener su cooperación. Sin embargo, como no tenía otro sitio adonde ir, siguió intentándolo.

—Tal vez quiera recibir a una amiga de Jack —insistió.

—¿Jack es su marido?

—No. —Aliena vaciló un instante—. Es mi cuñado.

La mujer parecía escéptica. Al igual que la mayoría de la gente debía pensar que Jack había dejado embarazada a Aliena abandonándola luego y que ésta le perseguía con el fin de obligarle a casarse con ella y a mantener al niño.

La mujer se volvió y dijo algo en una lengua que Aliena no comprendió. Un momento después entraron en la habitación tres muchachas. Por el aspecto, era evidente que se trataba de sus hijas. Les habló en el mismo lenguaje, y las jóvenes se quedaron mirándola. Luego siguió una rápida conversación en la que se pronunció con frecuencia el nombre de Jack.

Aliena se sentía humillada. Estuvo tentada a dar media vuelta y marcharse. Pero eso significaría renunciar del todo a su búsqueda.

Aquella horrible gente era su última esperanza.

—¿Dónde está Jack? —preguntó en voz alta, interrumpiendo la conversación.

Su intención era mostrarse enérgica; pero se dio cuenta, desalentada, de que su voz sonaba doliente.

Las hijas guardaron silencio.

—No sabemos dónde está —dijo la madre.

—¿Cuándo le visteis por última vez?

La madre vaciló. Era evidente que no quería contestar; aunque, por otra parte, era imposible que pretendiera ignorar cuándo fue la última vez que lo vieron.

—Abandonó Toledo al día siguiente de Navidad —admitió reacia.

Aliena se forzó a sonreír con amabilidad.

—¿No recordáis si dijo algo acerca del lugar a que se dirigía?

—Ya te lo he dicho, no sabemos dónde está.

—Tal vez se lo comunicara a vuestro marido.

—No. No lo hizo.

Aliena perdió toda esperanza. Sentía de manera intuitiva que aquella mujer sí sabía algo. Sin embargo estaba claro que no tenía intención de revelarlo. De repente Aliena se sintió débil y rendida.

—Jack es el padre de mi hijo. ¿No creéis que le gustaría verlo? —dijo con lágrimas en los ojos.

La más joven de las tres hijas empezó a decir algo; pero su madre la interrumpió. Entre madre e hija hubo un violento intercambio. Al parecer, ambas tenían el mismo temperamento fuerte. Pero al final la hija calló.

Aliena esperaba. Sin embargo, no hubo nada más. Las cuatro se limitaron a mirarla. Estaba claro que le eran hostiles; pero era su curiosidad la que hacía que no tuvieran prisa por que se fuera. No merecía la pena seguir allí. Más le valdría irse, regresar a su alojamiento y hacer los preparativos para el largo viaje de retorno a Kingsbridge.

Respiró hondo y consiguió hablar con tono frío y firme.

—Os agradezco vuestra hospitalidad —dijo.

La madre tuvo la decencia de parecer levemente avergonzada.

Aliena salió de la habitación.

El servidor esperaba rondando afuera. Se acercó a ella y la acompañó a través de la casa. Aliena intentaba contener las lágrimas. Le resultaba de una frustración insoportable tener que reconocer que todo aquel viaje había fracasado por culpa de la malignidad de una mujer.

El servidor la conducía ya por el patio cuando, casi a punto de llegar a la puerta, Aliena oyó correr a alguien. Miró hacia atrás y vio que la hija más joven iba tras ella. Se detuvo y esperó. El servidor parecía incómodo.

La joven era pequeña y delgada. Y además muy bonita, con una tez dorada y ojos tan oscuros que casi parecían negros. Vestía un traje blanco que hizo sentirse a Aliena polvorienta y sucia. Habló en un francés vacilante.

—¿Le amáis? —preguntó de sopetón.

Aliena vaciló. Comprendió que ya no tenía dignidad que perder.

—Sí. Le amo —confesó.

—¿Y él os ama?

Aliena estuvo a punto de decir que sí, pero entonces se acordó de que hacía más de un año que no lo veía.

—Hubo un tiempo en que me quiso —dijo.

—Creo que os ama —afirmó la joven.

—¿Qué os hace decir eso?

A la joven se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Le quería para mí. Y casi lo logré. —Miró al bebé—. Pelo rojo y ojos azules.

Las lágrimas le corrían por las mejillas suaves y morenas.

Aliena se quedó mirándola. Aquello explicaba la acogida hostil que acababa de recibir. La madre quería que Jack se casara con aquella joven. No debía tener más de dieciséis años; pero su aspecto sensual la hacía parecer mayor. Aliena se preguntaba qué habría pasado entre ellos.

—¿Decís que "casi" lo lograsteis? —le preguntó.

—Si —afirmó la joven desafiante—. Yo sabía que le gustaba. Al irse me destrozó el corazón. Pero ahora lo comprendo.

Perdió la compostura y la pena contrajo su rostro.

Aliena podía sentir simpatía por una mujer que hubiera amado a Jack y le hubiera perdido. Dejó caer la mano sobre el hombro de la joven en un intento por consolarla. Pero había algo más importante que la compasión.

—Escuchad —dijo en tono apremiante—. ¿Sabéis a dónde ha ido?

La muchacha levantó la mirada y asintió sollozando.

—¡Decídmelo!

—A París —contestó.

¡París!

Aliena se sentía jubilosa. Había recuperado el rastro. París estaba muy lejos. Pero el viaje lo realizaría en su mayor parte a través de terreno familiar. Y Jack sólo le llevaba un mes de delantera. Se sentía rejuvenecida. "Al final le encontraré —se dijo—. ¡Sé que lo encontraré!"

—¿Vais ahora a París? —le preguntó la joven.

—Sí, claro —le respondió Aliena—. Después de haber llegado tan lejos, no voy a detenerme ahora. Gracias por decírmelo..., muchas gracias.

—Quiero que sea feliz —se limitó a responder Aysha.

El servidor se agitaba fastidiado. Parecía como si creyera que aquello le iba a crear dificultades.

—¿Dijo algo más? —preguntó Aliena a la joven—. ¿Qué camino seguiría o algo que pueda ayudarme?

—Quiere ir a París porque alguien le ha dicho que allí están construyendo hermosas iglesias.

Aliena asintió. Estaba convencida de que así era.

—Y se llevó la dama llorosa.

Aliena no supo qué quería decir con aquello.

—¿La dama llorosa? ¿Una dama?

La joven meneó la cabeza.

—No sé exactamente cómo se dice. Una dama. Llora. Por los ojos.

—¿Queréis decir un cuadro? ¿Una dama pintada?

—No entiendo —contestó Aysha y miró ansiosa por encima del hombro—. He de irme.

Quienquiera que fuese la dama llorosa no parecía tener demasiada importancia.

—Gracias por ayudarme —repitió Aliena.

Aysha se inclinó y besó al chiquillo en la frente. Sus lágrimas le cayeron sobre los sonrosados mofletes. Miró a Aliena.

—Quisiera estar en vuestro lugar.

Luego, dando media vuelta entró corriendo en la casa.

Jack tenía su alojamiento en la Rue de la Boucherie, un suburbio de París en la orilla izquierda del Sena. Al apuntar el alba ensilló su caballo. Al final de la calle, torció a la derecha y pasó a través de la puerta de la torre que protegía el Petit Pont, el puente que conducía hasta la ciudad-isla en medio del río.

A cada lado, las casas de madera se proyectaban sobre los bordes del puente. En los trechos existentes entre casa y casa, había bancos de piedra, donde, a última hora de la mañana, maestros famosos daban clase al aire libre. El puente condujo a Jack hasta la Juiverie, la calle mayor de la isla. Las panaderías a lo largo de la calle estaban atestadas de estudiantes comprando su desayuno. Jack eligió una empanada con anguila ahumada.

Torció a la izquierda frente a la sinagoga; luego, a la derecha hacia el palacio real y cruzó el Grand Pont, el puente que conducía a la orilla derecha. Ya empezaban a abrir las pequeñas y bien construidas tiendas de los prestamistas y de los orfebres. Al final del puente, atravesó otro portillo y entró en el mercado de pescado, que se encontraban ya en plena actividad.

Se abrió camino entre la multitud y empezó a andar por la enfangada calle que conducía a la ciudad de Saint-Denis.

Cuando todavía estaba en España, oyó hablar a un albañil viajero del abad Suger y de la nueva iglesia que estaba construyendo en Saint-Denis. Aquella primavera, mientras se dirigía hacia el norte, a través de Francia, trabajando de cuando en cuando siempre que necesitaba dinero, oyó con frecuencia mencionar a Saint-Denis. Al parecer, los constructores estaban utilizando ambas técnicas nuevas, la bóveda de nervios y los arcos ojivales, y la combinación resultaba asombrosa.

Cabalgó durante más de una hora a través de campos y viñedos. El pavimento no estaba empedrado pero tenía mojones. Dejó atrás la colina de Montmartre, con un templo romano en ruinas en la cima, y atravesó la aldea de Clignancourt. Recorridas tres millas, llegó a la pequeña ciudad amurallada de Saint-Denis.

Denis había sido el primer obispo de París. Fue decapitado en Montmartre, y luego siguió caminando, con la cabeza cortada entre las manos, a través del campo, hasta aquel sitio, donde al final cayó.

Lo enterró una mujer devota y después se erigió un monasterio sobre su tumba. La iglesia se convirtió en lugar de enterramiento de los reyes de Francia. Suger, el obispo actual, era un hombre poderoso y con mucha ambición que había reformado el monasterio, y empezaba ya a modernizar la iglesia.

Jack entró en la ciudad. Detuvo su caballo en el centro de la plaza del mercado para contemplar la fachada oriental de la iglesia. Allí no se veía nada revolucionario. Era una fachada al estilo antiguo, con dos torres gemelas y tres entradas de arcos redondeados. Le gustó bastante la forma atrevida en que los estribos se proyectaban del muro, pero no había cabalgado cinco millas para ver aquello.

Ató su caballo a una baranda que había frente a la iglesia y se acercó más. Lo esculpido alrededor de los tres portales era muy bueno. Temas rebosantes de vida cincelados con suprema exactitud.

Jack entró en la iglesia.

En el interior, se producía un cambio inmediato. Antes de la nave propiamente dicha había una entrada baja o nartex. Al mirar hacia el techo, no pudo evitar sentirse excitado. Allí los constructores habían recurrido a una combinación de bóveda de nervios y arcos ojivales.

Se dio cuenta de inmediato que ambas técnicas se emparejaban a la perfección. La gracia de los arcos ojivales se acentuaba con los nervios que seguían su línea.

Pero aún había más. Entre los nervios, aquel constructor había colocado piedras como en un muro en lugar de la usual maraña de argamasa y mampuesto. Jack comprendió que, al ser más fuerte la capa de piedras, podía ser más delgada y por lo tanto más ligera.

Mientras miraba hacia arriba ladeando el cuello hasta dolerle, descubrió que aquella combinación presentaba otro rasgo notable. Podía hacerse que dos arcos ojivales de anchos diferentes adquirieran la misma altura sólo con ajustar la curva del arco, lo cual daba al intercolumnio un aspecto más natural, en tanto que eso no era posible con arcos. La altura de un arco de medio punto era siempre la mitad de su ancho, de manera que un arco ancho había de ser más alto que otro estrecho. Eso significaba que, en un intercolumnio rectangular, los arcos estrechos habían de irrumpir desde un punto más alto del muro que los anchos, a fin de que, en la parte superior todos quedaran al mismo nivel y el techo resultara uniforme. El resultado siempre había sido sesgado. Ahora ya estaba solucionado ese problema.

Jack bajó la cabeza para dar un descanso a su cuello. Se sentía tan jubiloso como si le hubieran coronado rey. Así es como construiré mi catedral, se dijo.

Dirigió la mirada al cuerpo central de la iglesia. La nave propiamente dicha era a todas luces muy vieja, pero relativamente larga y ancha. Había sido edificada hacía muchísimos años, por un constructor diferente del actual y era convencional por completo. Pero luego, en la crujía, parecía como si hubiera escalones hacia abajo, que sin duda conducían a la cripta y a las sepulturas reales, mientras que otros se dirigían hacia arriba, hacia el presbiterio. Daba la impresión de que éste se hallara flotando un poco, a cierta distancia del suelo. Desde el ángulo en que él estaba, la estructura quedaba oscurecida por la deslumbrante luz del sol que entraba por las ventanas del ala este, hasta el punto de que Jack pensó que los muros no estarían terminados y que el sol entraría por los huecos. Cuando Jack salió de la nave al crucero, vio que el sol entraba a través de hileras de ventanas altas, algunas con vidrieras de colores y los rayos del sol parecía inundar toda la inmensa estructura de la iglesia con luz y calor. Jack no alcanzaba a comprender cómo se las habían arreglado para disponer de un espacio tan grande de ventanas. Parecía haber más ventanas que muro. Estaba maravillado. ¿Cómo habían logrado hacerlo de no ser por magia?

Mientras subía los peldaños que conducían al presbiterio, sintió un estremecimiento de temor supersticioso. Se detuvo al final de ellos y atisbó en la confusión de haces de luces de colores y de piedras que tenía ante sí. Poco a poco, fue abriéndose paso la idea de haber visto ya algo semejante. Pero en su imaginación. Ésa era la iglesia que había soñado construir, con sus

amplias ventanas y onduladas bóvedas, una estructura de luz y aire que semejara mantenerse por arte de encantamiento.

Un instante después, lo vio desde un prisma diferente. De repente todo encajó y, en un destello de revelación, Jack vio lo que habían hecho el abad Suger y su constructor.

El principio de la bóveda de nervios consistía en hacer un techo con algunas nervaduras fuertes, rellenando con material los huecos entre ellas. Habían aplicado ese principio a toda la construcción. El muro del presbiterio consistía en algunos pilares fuertes unidos por ventanas. La arcada que separaba el presbiterio de sus naves laterales no era un muro sino una hilera de pilares unidos por arcos ojivales, dejando amplios espacios a través de los que la luz de las ventanas podía penetrar hasta el centro de la iglesia. La propia nave se hallaba dividida en dos por una hilera de columnas.

Allí se habían combinado arcos ojivales y bóvedas de nervio al igual que en el nartex. Pero ahora ya se hacía evidente que éste había sido un cauteloso ensayo de la nueva técnica. En comparación con lo que tenía delante el nartex era más bien recio, con sus nervios y molduras demasiado pesados y sus arcos en exceso pequeños. Aquí todo era delgado, ligero, delicado y airoso. Incluso lo sencillos boceles eran todos estrechos y las columnillas largas y esbeltas.

Hubiera dado la sensación de ser demasiado frágil salvo por el hecho de que la nervadura demostraba con toda claridad que el peso de la construcción lo soportaban los estribos y las columnas. Aquello era una demostración irrefutable de que un gran edificio no necesitaba muros gruesos con ventanas minúsculas y estribos macizos. A condición de que el peso se hallara distribuido con precisión exacta sobre un armazón capaz de soportar peso, el resto de la construcción podía ser un trabajo ligero en piedra, cristal o, incluso, un espacio vacío. Jack se sentía hechizado. Era casi como enamorarse. Euclides había sido una revelación, pero eso era algo más que una revelación, porque también era bello. Jack había tenido visiones de una iglesia como aquélla y, en esos momentos, la estaba contemplando en la realidad, tocándola, en pie debajo de su bóveda que parecía alcanzar el cielo.

Dio vuelta al extremo oriental, el ábside, mirando el abovedado de la nave doble. Los nervios se arqueaban sobre su cabeza semejantes a las ramas en un bosque de árboles de piedra perfectos. Allí, al igual que en el nartex, el relleno entre los nervios del techo consistía en piedra cortada unida con argamasa en lugar de la utilización más fácil, aunque más pesada, de argamasa y mampuesto. El muro exterior de la nave tenía parejas de grandes ventanas con la parte superior en ojiva, acoplándose así a los arcos ojivales. Aquella arquitectura revolucionaria hallaba un complemento perfecto en los

ventanales de vidrieras de colores. Jack jamás había visto en Inglaterra cristales de color, si bien en Francia los encontró con frecuencia. Sin embargo, en las ventanas pequeñas de las iglesias al viejo estilo, no adquirían toda su belleza. Allí, el efecto del sol matinal derramándose a través de ventanas con muchos y prodigiosos colores, era algo más que hermoso. Era como un encantamiento.

Como la iglesia era redondeada, las naves laterales se curvaban alrededor de ella para encontrarse en el extremo oriental, formando una galería circular o pasarela. Jack recorrió todo aquel semicírculo y luego, dando media vuelta, volvió al punto de partida todavía maravillado.

Y entonces vio a una mujer.

La reconoció. Ella sonrió. Jack sintió que se le paraba el corazón.

Aliena se protegió los ojos con la mano. La luz del sol que entraba por las ventanas del extremo oriental de la iglesia la cegaba. Semejante a una visión, avanzaba hacia ella una figura saliendo del centelleo de la luz del sol coloreada. Parecía como si su pelo estuviera ardiendo. Se acercó más. Era Jack.

Aliena creyó desmayarse.

Se acercó y se paró delante de ella. Estaba delgado, terriblemente delgado, pero en sus ojos brillaba una emoción intensa. Por un instante, se miraron en silencio. Cuando Jack habló al fin, su voz era ronca.

—¿Eres realmente tú?

—Sí —respondió Aliena apenas en un susurro—. Soy yo misma.

La tensión fue excesiva y rompió a llorar. Jack la rodeó con los brazos y la apretó con fuerza contra sí. Entre ellos estaba el niño que Aliena llevaba en brazos.

—Vamos, vamos —le dijo dándole unas palmaditas en la espalda como si fuera una chiquilla.

Se apoyó contra él, respirando su polvoriento olor familiar, escuchando su entrañable voz mientras la tranquilizaba y dejando que sus lágrimas cayeran sobre su huesudo hombro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Jack mirándola a la cara.

—Buscándote —contestó Aliena.

—¿Buscándome? —repitió él incrédulo—. ¿Entonces...? ¿Y cómo me has encontrado?

Aliena se limpió sus ojos y sorbió.

—Te he seguido.

—¿De qué manera?

—Preguntaba a las gentes si te habían visto. Sobre todo a albañiles, pero también a algunos monjes y posaderos.

Jack abrió los ojos asombrado.

—¿Quieres decir... que has estado en España?

Ella asintió.

—Compostela y luego Salamanca. Finalmente Toledo.

—¿Cuánto hace que estás viajando?

—Las tres cuartas partes de un año.

—Pero... ¿por qué?

—Porque te quiero.

Jack parecía confundido. Se le saltaron las lágrimas.

—Yo también te quiero —musitó.

—¿De veras? ¿Me quieres todavía?

—Sí, sí.

Aliena estaba convencida de que lo decía de corazón. Levantó la cara. Jack se inclinó por encima del bebé y la besó suavemente. El roce de sus labios la hizo sentir una especie de vértigo.

El niño rompió a llorar.

Aliena interrumpió el beso y lo meció un poco. En seguida se tranquilizó.

—¿Cómo se llama el bebé? —preguntó Jack.

—Todavía no le he puesto nombre.

—¿Por qué no? Debe de tener ya un año.

—Quería consultarlo antes contigo.

—¿Conmigo? —Se extrañó Jack—. ¿Y qué hay de Alfred? Es el padre quien... —dejó la frase sin terminar—. ¿Acaso es...? ¿Acaso es mío?

—Míralo —se limitó a decir Aliena.

—Pelo rojo... Debe de haber pasado un año y tres cuartos desde...

Aliena hizo un ademán de asentimiento.

—¡Dios mío! —exclamó Jack desconcertado—. ¡Mi hijo!

Tragó saliva.

Aliena observaba ansiosa su cara mientras él trataba de asimilar la noticia. ¿Debía considerar aquello como el fin de su juventud y su libertad? Su expresión se hizo solemne. Habitualmente un hombre tiene nueve meses por delante para habituarse a la idea de ser padre.

Pero él se veía en la circunstancia de tener que asumirlo de inmediato. Miró de nuevo al bebé y por fin sonrió.

—Nuestro hijo —dijo—. Estoy muy contento.

Aliena suspiró complacida. Al fin todo estaba saliendo bien.

A Jack se le ocurrió algo más.

—¿Y qué me dices de Alfred? ¿Sabe que...?

—Claro. Sólo tenía que mirar al niño. Además... —parecía incómoda—. Además tu madre maldijo el matrimonio y Alfred no fue nunca capaz de... ya sabes, de hacer algo.

Jack rió con dureza.

—Eso sí que es verdadera justicia —declaró.

A Aliena no le gustó la fruición con que lo dijo.

—Para mí resultó muy duro —aseguró con tono de leve reproche.

Jack cambió en seguida de expresión.

—Lo siento —se disculpó—. ¿Qué hizo Alfred?

—Cuando vio al niño me echó de la casa.

Jack parecía furioso.

—¿Te hizo daño?

—No.

—De todas maneras es un cerdo.

—Me alegro de que me echara. Debido a eso salí en tu busca. Y ahora te he encontrado. Soy tan feliz que no sé qué hacer.

—Fuiste muy valiente —elogió Jack—. Aún no puedo creerlo. ¡Me seguiste a todo lo largo del camino!

—¡Volvería a hacerlo! —afirmó Aliena con fervor.

Jack la besó otra vez.

—Si insistís en comportaros de manera impúdica en la iglesia permaneced en la nave, por favor —dijo una voz en francés.

Era un monje joven.

—Lo siento, padre —contestó Jack al tiempo que cogía a Aliena por el brazo.

Bajaron los escalones y atravesaron la parte sur del crucero.

—Fui monje durante un tiempo... Sé lo duro que es para ellos ver besándose a unos amantes felices.

Amantes felices, se dijo Aliena. *Eso es lo que nosotros somos*.

Caminaron a lo largo de la iglesia y salieron a la ajetreada plaza del mercado. Aliena apenas podía creer que se encontrara allí en pie, al sol, con Jack a su lado. Era tal su felicidad que le era difícil soportarla.

—Bien —dijo Jack—. ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé —repuso ella sonriente.

—Pues vayamos a buscar una hogaza de pan y una botella de vino y nos iremos al campo a almorzar.

—Parece el paraíso.

Fueron al panadero y al bodeguero y luego compraron un gran trozo de queso a una lechera del mercado. En menos que canta un gallo salieron cabalgando de la aldea en dirección a los campos.

Aliena no apartaba la mirada de Jack para asegurarse de que en realidad estaba allí, cabalgando junto a ella, respirando y sonriendo.

—¿Cómo se las arregla Alfred en el enclave de la construcción? —preguntó Jack.

—No te lo he dicho, claro. —Aliena había olvidado todo el tiempo que Jack había estado fuera—. Se produjo un terrible desastre. El tejado se vino abajo.

—¿Cómo?

La fuerza de la exclamación sobresaltó al caballo de Jack, que dio una ligera espantada. Su amo lo calmó.

—¿Cómo ocurrió eso?

—Nadie lo sabe. Para el domingo de Pentecostés tuvieron abovedados tres intercolumnios, y luego todo se derrumbó durante el oficio. Fue espantoso... Murieron setenta y cinco personas.

—Es terrible. —Jack se sentía impresionado—. ¿Cómo lo tomó el prior Philip?

—Muy mal. Ha renunciado a construir. Parece haber perdido toda energía. Ahora no hace nada.

A Jack le resultaba difícil imaginarse a Philip en semejante estado. Siempre se había mostrado rebosante de entusiasmo y decisión.

—¿Entonces qué ha pasado con los artesanos?

—Todos fueron yéndose. Alfred ahora vive en Shiring y construye casas.

—Kingsbridge debe de estar medio vacío.

—Está volviendo a ser lo que era, una aldea.

—Me pregunto qué fue lo que Alfred hizo mal —dijo Jack casi para sí—. Esa bóveda en piedra jamás figuró en los planos originales de Tom. Pero Alfred hizo más grandes los contrafuertes para que soportaran el peso, de manera que debía de estar bien.

Aquella noticia le había entristecido, así que cabalgaron en silencio. A una milla más o menos de Saint-Denis ataron sus caballos a la sombra de un olmo y se sentaron a la vereda de un verde trigal, junto a un pequeño arroyo, para comer. Jack tomó un trago de vino y chasqueó los labios.

—En Inglaterra no hay nada semejante al vino francés —comentó.

Partió la hogaza y dio un trozo a Aliena.

Ella se desabrochó tímidamente la pechera de encaje de su vestido y dio el pecho al bebé. Al darse cuenta de que Jack la miraba se ruborizó. Carraspeó para aclararse la garganta y habló para ocultar su incomodidad.

—¿Sabes ya qué nombre te gustaría ponerle? —preguntó para disimular su turbación—. ¿Tal vez Jack?

—No sé —parecía pensativo—. Jack fue el padre que nunca conocí. Acaso fuera un mal presagio dar a nuestro hijo el mismo nombre. Quien ha estado más cerca de ser un verdadero padre ha sido Tom Builder.

—¿Te gustaría que se llamase Tom?

—Creo que sí.

—Tom era un hombre tan grande. ¿Qué te parece Tommy?

—Que sea Tommy —aceptó Jack.

Indiferente a la trascendencia de aquel momento, Tommy se había quedado dormido después de tomar su ración. Aliena lo dejó sobre el suelo con un pañuelo doblado a modo de almohada. Luego, miró a Jack. Se sentía incómoda. Ansiaba que le hiciera el amor, allí mismo, sobre la hierba, pero estaba segura de que Jack se escandalizaría si se lo pidiera, de modo que se limitó a mirarlo y a esperar.

—Si te digo una cosa prométeme que no tendrás mala opinión de mí —dijo Jack—. Desde que te he visto, apenas puedo pensar en otra cosa que en tu cuerpo desnudo debajo del vestido —confesó con voz turbada.

Aliena sonrió.

—No tengo mala opinión de ti —le respondió—. Me siento contenta.

Jack se quedó mirándola con avidez.

—Te quiero cuando me miras así —le dijo Aliena.

Jack tragó con dificultad.

Aliena le tendió los brazos y él se acercó y la abrazó.

Habían transcurrido casi dos años desde la única vez que hicieron el amor. Aquella mañana ambos se habían sentido arrebatados por el deseo y el dolor. Pero ahora ya eran tan sólo dos amantes en el campo. De repente a Aliena la embargó la ansiedad. ¿Iría todo bien?

Sería terrible que algo fuera mal al cabo de todo aquel tiempo.

Se tumbaron en la hierba, uno junto al otro y se besaron. Aliena cerró los ojos y abrió la boca. Sintió la mano ansiosa de él en su cuerpo, explorándolo apremiante. Notó excitación en la parte baja de la espalda. Jack le besó los párpados y la punta de la nariz.

—Todo este tiempo te he añorado hasta el dolor. Cada día —le dijo.

Aliena lo abrazó con fuerza.

—Me siento muy contenta de haberte encontrado.

Hicieron el amor tranquilamente, felices, al aire libre, con el sol cayendo sobre ellos y el arroyo fluyendo cantarín a su lado. Tommy durmió durante todo el tiempo y despertó cuando ya habían terminado.

La estatuilla de madera de la dama no había llorado desde que salió de España. Jack no sabía cómo funcionaba, así que no entendía por qué no había

llorado fuera de su propio país. Sin embargo, tenía la idea general de que las lágrimas brotaban al anochecer y eran debidas a la súbita frialdad del aire. Además, como se había dado cuenta de que las puestas de sol eran más graduales en los territorios septentrionales, sospechaba que el problema estaba relacionado con los anocheceres más lentos. Sin embargo conservó la estatua. Resultaba un tanto voluminosa para llevarla de camino, pero era un recuerdo de Toledo y le traía a la memoria a Raschid y también a Aysha, aunque eso no se lo dijo a Aliena. Pero, cuando un cantero de Saint-Denis necesitó un modelo para una estatua de la Virgen, Jack llevó a la dama de madera al alojamiento de los albañiles y la dejó allí.

La abadía le había contratado para que trabajara en la reconstrucción de la iglesia. El nuevo presbiterio que de tal manera le había deslumbrado, aún no estaba del todo completo y habían de terminarlo a tiempo para la ceremonia de consagración a mediados de verano. Pero el enérgico abad estaba preparando ya la reconstrucción de la nave de acuerdo con el nuevo estilo revolucionario, y empleó a Jack para que esculpiera por anticipado piedras a tal fin.

La abadía le alquiló una casa en la aldea y a ella se trasladó con Aliena y Tommy.

Durante la primera noche que pasaron en ella, hicieron el amor cinco veces. Vivir juntos como marido y mujer parecía la cosa más natural del mundo. Al cabo de unos días, Jack se sintió como si hubieran estado juntos toda la vida. Nadie les preguntó si su unión había sido bendecida por la Iglesia.

El maestro de obras de Saint-Denis era el más grande albañil que jamás conoció Jack. Mientras terminaban el nuevo presbiterio y se preparaban para reconstruir la nave, Jack observaba al maestro y asimilaba cuanto hacía. Los avances técnicos introducidos allí se debían a él, no al abad. En general, Suger se mostraba favorable a las nuevas ideas, aunque estaba más interesado en el ornamento que en la estructura. Su proyecto favorito era el de una nueva tumba para los restos de Saint-Denis y de sus dos compañeros, Rusticus y Eleutherius. Las reliquias se conservaban en la cripta. Pero Suger tenía la intención de subirlas al nuevo presbiterio para que todo el mundo pudiera venerarlos. Los tres ataúdes descansarían en una tumba de piedra revestida de mármol negro. La parte superior de la tumba era una iglesia en miniatura hecha con madera dorada. En su nave central y las laterales, había tres ataúdes vacíos, uno por cada mártir.

La tumba sería instalada en el centro del nuevo presbiterio, adosada a la parte de atrás del nuevo altar mayor. Ya estaban colocados en su sitio tanto el altar como la base de la tumba. La iglesia en miniatura se encontraba en el

taller de los carpinteros, donde un minucioso artesano iba dorando cuidadosamente la madera con pintura de oro inapreciable. Suger no era hombre que hiciera las cosas a medias.

Conforme se aceleraban los preparativos para la consagración, Jack advirtió que el obispo era un organizador formidable. Suger invitó a todo aquel que era alguien, y en su mayoría aceptaron. En especial el rey y la reina de Francia y diecinueve arzobispos y obispos, incluido el arzobispo de Canterbury. Los artesanos pescaban aquellos retazos de noticias mientras trabajaban dentro y fuera de la iglesia. Jack veía con frecuencia al propio Suger, con su hábito de tejido casero, caminando alrededor del monasterio al tiempo que daba instrucciones a un rebaño de monjes que le seguían como patitos obedientes. Le recordaba a Philip de Kingsbridge. Al igual que los de él, los orígenes de Suger eran humildes. También como Philip había reorganizado las finanzas y administrado con rigidez las propiedades del monasterio haciendo que los ingresos fueran mucho mayores; y, lo mismo que Philip, había gastado ese dinero extra en construir. Por último, era tan activo, enérgico y de firmes ideas como Philip.

Sólo que, según Aliena, Philip ya no era nada de eso.

Jack encontraba aquello difícil de creer. Imaginarse a un Philip doblegado y abúlico, era tan inimaginable como pensar en un Waleran Bigod amable. Sin embargo, Philip había sufrido toda una serie de terribles decepciones. Primero el incendio de la ciudad. Jack todavía se estremecía al recordar aquel día espantoso. El humo, el terror, los siniestros jinetes con sus teas llameantes y el pánico ciego de la muchedumbre histérica. Acaso fuera ya entonces cuando Philip perdió su ánimo. La ciudad quedó sin impulso. Jack lo recordaba bien. Un ambiente de miedo e incertidumbre había invadido aquel lugar, semejante al débil pero inconfundible olor de decadencia. No era de extrañar que Philip hubiera querido que la ceremonia de inauguración del nuevo presbiterio fuera un símbolo de renovada esperanza. Y, al dar como resultado un nuevo desastre, debió de haber renunciado de manera definitiva.

Ahora ya los constructores se habían dispersado, el mercado había ido declinando y la población reduciéndose. Aliena dijo que la gente joven empezaba a irse a Shiring. Naturalmente no era más que un problema de moral. El priorato seguía conservando todas sus propiedades, incluidos los grandes rebaños de ovejas que aportaban centenares de libras cada año. Si sólo fuera cuestión de dinero, era innegable que Philip podía permitirse comenzar de nuevo a construir, hasta cierto punto. Claro que no sería fácil. Los albañiles se sentirían supersticiosos de tener que trabajar en una iglesia que ya se había derrumbado una vez. Y resultaría difícil despertar de nuevo el entusiasmo de las gentes locales. Pero, a juzgar por lo que Aliena había

explicado, el principal problema residía en que Philip había perdido el ánimo. A Jack le hubiera gustado poder hacer algo para ayudarle a recuperarlo.

Entretanto, dos o tres días antes de la ceremonia empezaron a llegar a Saint-Denis los obispos, arzobispos, duques y condes. A todos los notables les llevaron a visitar la construcción. El propio Suger escoltó a los visitantes más distinguidos. A los dignatarios menos importantes, los acompañaron en el recorrido monjes o artesanos. Todos ellos quedaron maravillados ante la ligereza de la nueva construcción y el soleado efecto de las grandes ventanas con cristales multicolores. Como casi todos los jefes de la Iglesia más destacados de Francia estaban contemplando aquello, Jack tuvo la impresión de que el nuevo estilo sería muy imitado y se propagaría mucho. De hecho, aquellos albañiles que pudieran decir que habían trabajado en Saint-Denis serían solicitadísimos. Acudir allí resultó ser una decisión más inteligente de lo que nunca imaginara. Había aumentado en gran manera sus oportunidades de proyectar y construir él mismo una catedral.

El rey Luis llegó el sábado, con su mujer y su madre, y se instalaron en casa del abad. Aquella noche se entonaron maitines desde el crepúsculo vespertino hasta el amanecer. Al salir el sol, había ya una multitud de campesinos y ciudadanos parisienses fuera de la iglesia, esperando lo que prometía ser la más grande asamblea de hombres santos, y también de hombres poderosos, que la mayoría de ellos pudieran ver jamás. Jack y Aliena se unieron a los congregados tan pronto como ella hubo dado de mamar a Tommy.

Llegará el día, se decía Jack, *en que diga a Tommy: Tú no lo recuerdas, pero cuando tenías exactamente un año viste al rey de Francia.*

Compraron pan y sidra para el desayuno y lo comieron mientras esperaban a que comenzara el acto solemne. Claro que al público no le estaba permitido entrar en la iglesia, y además los hombres de armas del rey lo mantenían a distancia. Pero todas las puertas estaban abiertas y las gentes se arracimaban en aquellos lugares desde donde podían ver mejor. La nave se hallaba atestada de damas y caballeros pertenecientes a la nobleza. Por fortuna, el presbiterio estaba elevado varios pies debido a la gran cripta que había debajo de él, de manera que a Jack le era posible seguir la ceremonia.

Al otro extremo de la nave se produjo una gran actividad y, de repente, todos los nobles se inclinaron. Por encima de sus agachadas cabezas, Jack pudo ver al rey que entraba en la iglesia por el lado sur. No podía distinguir los rasgos del rey, aunque sí su túnica púrpura, que era como una explosión vívida de color mientras avanzaba hacia el centro de la crujía y se arrodillaba ante el altar mayor. Inmediatamente después, iban los obispos y arzobispos, todos ellos vestidos con deslumbrantes ropajes blancos bordados en oro, y

cada obispo llevaba su báculo de ceremonia. En realidad, debería ser un sencillo cayado de pastor, pero había tantos adornados con piedras preciosas fabulosas que todo la procesión centelleaba semejante a un arroyo de montaña bajo los rayos del sol.

Todos ellos atravesaron despacio la iglesia y subieron los peldaños hasta el presbiterio para ocupar los lugares para ellos reservados alrededor de la pila bautismal, que contenía, como Jack sabía, porque había presenciado todos los preparativos, varios galones de agua bendita. A ello siguió un periodo de calma, durante el que se dijeron oraciones y se cantaron himnos. El gentío se agitaba inquieto y Tommy parecía fastidiado. Luego, los obispos se pusieron de nuevo en marcha formando procesión.

Salieron de la iglesia por la puerta sur y desaparecieron en el interior del claustro ante la decepción de los espectadores; pero luego emergieron desde los edificios monásticos y desfilaron por delante de la fachada de la iglesia. Cada obispo llevaba en la mano una especie de pincel llamado hisopo y una vasija con agua bendita. A medida que pasaban cantando, introducían el hisopo en el agua y asperjaban los muros de la iglesia. El gentío se abalanzó, pidiendo una bendición e intentando tocar los pajes blancos como la nieve de los santos varones. Los hombres de armas del rey sacudían a las gentes con bastones para hacerlas retroceder. Jack permanecía bastante alejado. No necesitaba bendición alguna y prefería mantenerse distante de aquellos bastones.

La procesión hizo su majestuoso recorrido a lo largo de la parte norte de la iglesia, y la multitud la siguió, pisoteando las tumbas del cementerio. Algunos espectadores se habían anticipado a tomar posiciones allí y se resistían al empuje de los recién llegados. Se iniciaron una o dos peleas.

Los obispos, dejando atrás el pórtico norte siguieron caminando alrededor del semicírculo del extremo este, la parte nueva. Allí era donde se habían construido los talleres de los artesanos y, en esos momentos, la muchedumbre invadía aquel terreno amenazando con derribar las ligeras edificaciones de madera. Al empezar a desaparecer de nuevo la cabeza de la procesión en el interior de la abadía, las gentes más histéricas que se hallaban entre la muchedumbre, empezaron a mostrarse exasperadas y empujaron hacia delante con una mayor determinación. Los hombres del rey respondieron con creciente violencia.

Jack empezó a sentirse inquieto.

—No me gusta el cariz que toma esto —dijo a Aliena.

—Estaba a punto de decirte lo mismo —le contestó ella—. Más valdrá que nos vayamos de aquí.

Antes siquiera de que pudieran moverse, estalló una refriega entre los hombres del rey y un grupo de jóvenes que se encontraban en primera línea. Los hombres de armas los vapuleaban ferozmente con sus garrotes; pero los jóvenes, en lugar de amilanarse, peleaban a su vez. El obispo que iba al final se apresuró a entrar en el claustro, con una aspersión a todas luces rutinaria de la última parte del presbiterio. Una vez que los santos varones hubieran desaparecido de la vista, el gentío concentró su atención en los hombres de armas. Alguien arrojó una piedra que le dio en la frente a uno de ellos. Su caída fue acompañada de vítores. Pronto se generalizó la pelea cuerpo a cuerpo. Otros hombres de armas acudían corriendo desde la fachada oeste de la iglesia para defender a sus camaradas.

Aquello llevaba trazas de convertirse en un motín.

Y no cabía la esperanza de que la ceremonia retuviera la atención de todos ellos en los escasos momentos siguientes. Jack sabía que los obispos y el rey descendían en aquel instante a la cripta para recoger los restos de San Denis. Desfilarían con ellos alrededor de todo el claustro pero no saldrían al exterior. Los dignatarios no comparecerían de nuevo hasta que hubiera terminado el oficio sagrado. El abad Suger no había previsto un número tal de espectadores, y tampoco había tomado medida alguna para mantenerlos contentos y distraídos. Y, en aquellos momentos, estaban insatisfechos, tenían calor, porque el sol estaba ya alto, y querían desahogar sus emociones.

Los hombres del rey iban armados pero los espectadores no. En un principio, los primeros llevaban las de ganar, hasta que alguien tuvo la feliz idea de irrumpir en las cabañas de los artesanos en busca de herramientas. Un par de jóvenes derribaron de un puntapié la puerta de los albañiles y, un momento después, salieron enarbolando sendos martillos de cabeza. Entre la multitud había albañiles, y algunos de ellos se abrieron camino hasta la cabaña e intentaron impedir que la gente entrara. Pero se vieron incapaces de contener el alud y fueron apartados bruscamente. Jack y Aliena intentaban salir del maremágnum. Pero la gente que había detrás de ellos empujaba apremiante y se encontraron inmovilizados. Jack mantenía a Tommy apretado contra el pecho, protegiendo la espalda del chiquillo con los brazos y cubriéndole la cabecita con las manos al tiempo que forcejeaba por mantenerse cerca de Aliena. Entonces vio a un hombre pequeño, de barba negra y aspecto furtivo, salir de la cabaña de los albañiles llevando en las manos la estatua de madera de la dama llorosa. *Nunca más volveré a verla*, se dijo apenado. Pero estaba demasiado ocupado intentando salir de aquella horrible situación para preocuparse de que la estuvieran robando.

Pese a todos sus esfuerzos, se vio impulsado hacia delante, hacia el pórtico norte donde la lucha era más encarnizada. Y se dio cuenta de que lo mismo le estaba ocurriendo al ladrón de la barba negra. El hombre intentaba huir con su botín, apretando contra su pecho la estatua de madera igual que Jack hacía con Tommy. Pero también él se veía obligado a seguir donde estaba debido a la presión de la muchedumbre.

De repente, a Jack se le ocurrió una idea. Hizo que Aliena cogiera a Tommy.

—Sigue pegada a mí —le dijo.

Luego, agarrando al ladrón, intentó quitarle la estatua. El hombre se resistió por un instante, pero Jack era más grande y, además, al ladrón le interesaba ya más salvar el pellejo que robar la estatua. Así que, al cabo de un momento, soltó su presa.

Jack alzó la estatuilla sobre la cabeza.

—¡Reverenciad a la Madonna!

En un principio nadie le prestó atención. Pero luego dos personas lo miraron.

—¡No tocar a la Virgen Santa! —gritó con todas sus fuerzas.

La gente que le rodeaba retrocedió supersticiosa, dejando un hueco en derredor de Jack, el cual empezó a enfervorizarse con el tema.

—¡Es pecado profanar la imagen de Nuestra Señora!

Manteniendo la estatua bien alta sobre su cabeza, siguió caminando hacia delante, en dirección a la iglesia. *Es posible que esto resulte*, se dijo sintiendo renacer la esperanza. La mayoría de la gente dejó de pelear para averiguar lo que estaba ocurriendo. Jack volvió la cabeza para mirar detrás de sí. Aliena le seguía. Por otra parte, no podía dejar de hacerlo debido al empuje de la gente. Sin embargo la lucha empezaba a decaer rápidamente. El gentío cambió de dirección hacia Jack y entre ellos se empezaban a repetir sus palabras con un murmullo maravillado.

—Es la Madre de Dios... Salve, Regina... Abrid paso a la Santísima Virgen...

Todo cuanto la gente quería era espectáculo y, ahora que Jack les ofrecía uno, dejaron de luchar casi por completo y sólo dos o tres grupitos seguían peleándose en los extremos. Jack continuaba avanzando con toda solemnidad. Se hallaba un tanto atónito por la facilidad con que había cortado el motín. La muchedumbre le siguió hasta el pórtico norte de la iglesia. Allí, depositó la estatua en el suelo, con gran reverencia, bajo la sombra fresca del umbral de la puerta. Medía algo más de dos pies de altura y, sobre el suelo parecía menos impresionante.

La gente se agolpó ante la puerta a la expectativa. Jack no sabía qué podía hacer. Probablemente esperaban oír un sermón. Se había comportado como un eclesiástico, llevando en alto la estatua y pronunciando sonoras advertencias; pero con ella había llegado al límite de sus habilidades sacerdotales. Se sentía temeroso. ¿Qué haría toda aquella gente si ahora les decepcionaba?

De repente se escuchó una general exclamación entrecortada.

Jack miró hacia atrás. Algunos de los nobles de la congregación formaban un grupo en el crucero norte, mirando hacia fuera. Pero Jack no veía nada que justificara el aparente asombro de la gente.

—¡Un milagro! —gritó alguien y otros repitieron su grito.

—¡Un milagro!

—¡Un milagro!

Jack miró la estatua y al punto lo comprendió todo. De sus ojos brotaba agua. En un principio quedó maravillado como el resto de la gente, pero un instante después recordó su teoría de que la dama lloraba cuando se producía un cambio súbito del calor al frío, como sucedía en las regiones del sur al caer la noche. La estatua acababa de ser trasladada de la calina del día al pórtico norte. Ello explicaría las lágrimas. Pero claro, la gente no sabía eso. Todo cuanto veían era una estatua que lloraba, lo cual los tenía maravillados.

Una mujer que se encontraba delante, arrojó una pequeña moneda de plata francesa equivalente al penique, a los pies de la imagen.

Jack hubo de contenerse para no echarse a reír. ¿De qué servía arrojar dinero a un pedazo de madera? Pero la gente había sido adoctrinada por la Iglesia hasta tal punto que su reacción automática ante algo sagrado era la de dar dinero. Otros muchos entre la multitud siguieron el ejemplo de la mujer.

A Jack nunca se le ocurrió que el juguete de Raschid pudiera producir dinero. En realidad no podía hacerlo para Jack. La gente no lo daría si creyese que su destino final era su bolsa particular. Pero representaría una fortuna para cualquier iglesia.

Al comprenderlo así, vio de súbito lo que tenía que hacer.

Fue como un fogonazo y empezó a hablar antes siquiera que él mismo hubiera comprendido las complicaciones. Las palabras acudieron a su boca al propio tiempo que los pensamientos.

—La Madonna de las Lágrimas no me pertenece a mí, sino a Dios — empezó diciendo.

Se hizo el silencio entre las gentes. Aquél era el sermón que habían esperado. Detrás de Jack los obispos estaban cantando dentro de la iglesia; pero ya nadie se interesaba por ellos. Jack continuó:

—Durante centenares de años ha languidecido en tierras de los sarracenos.

No tenía idea de cuál sería la historia de la estatua; pero eso no parecía importar. Los propios sacerdotes jamás indagaban demasiado a fondo la verdad sobre las historias de milagros y reliquias sagradas.

—Ha recorrido muchas millas —siguió diciendo Jack—, pero su viaje todavía no ha terminado. Su destino es la iglesia catedral de Kingsbridge, en Inglaterra.

Se encontró con la mirada de Aliena que le escuchaba asombrada.

No resistió la tentación de guiñarle el ojo para que supiera que lo estaba inventando a medida que hablaba.

—Yo tengo la misión sagrada de llevarla a Kingsbridge. Allí encontrará al fin la paz. —Mientras miraba a Aliena se le ocurrió la inspiración más brillante y definitiva, y agregó—: He sido designado maestro de obras de la nueva iglesia en Kingsbridge.

Aliena se quedó con la boca abierta. Jack miró hacia otro lado.

—La Madonna de las Lágrimas ha ordenado que se construya en su honor, en Kingsbridge, una iglesia nueva y más gloriosa y, con su ayuda, construiré para ella una capilla como el nuevo presbiterio que ha sido erigido aquí para los sagrados restos de Saint-Denis.

Bajó la vista y el dinero del suelo le dio la idea para el toque final.

—Vuestras monedas se utilizarán para la construcción de la nueva iglesia —dijo—. La Madonna da su bendición a todo hombre, mujer y niño que ofrezca un donativo para ayudar a la construcción de su nuevo hogar.

Hubo un momento de silencio. Luego, los que allí se encontraban empezaron a arrojar monedas al suelo alrededor de la base de la estatua. Algunos exclamaban "Aleluya" o "Alabado sea Dios", mientras que otros pedían una bendición e incluso algunos un favor especifico: "Haced que Robert se ponga bien" o "Permitid que Anne conciba" e incluso "Dadnos una buena cosecha". Jack estudiaba los rostros Aquellas personas se sentían excitadas, transportadas y felices. Empujaban hacia delante, dándose codazos unas a otras en su empeño por entregar sus peniques a la Madonna de las Lágrimas. Jack bajó de nuevo los ojos contemplando maravillado cómo se amontonaba el dinero a sus pies semejante a la nieve arrastrada por la ventisca.

La Madonna de las Lágrimas produjo el mismo efecto en todas las ciudades y aldeas de camino hacia Cherburgo. Solía acudir una multitud mientras atravesaban en procesión la calle mayor y luego una vez que se detenían ante la fachada de la iglesia para dar tiempo a que acudiera toda la

población, conducían la estatua al interior de la iglesia donde empezaba a llorar. A partir de ese momento las gentes tropezaban unas con otras en su ansia de dar dinero para la construcción de la Catedral de Kingsbridge.

En un principio casi estuvieron a punto de perderla. Los obispos y arzobispos examinaron la estatua y la proclamaron genuinamente milagrosa. El abad Suger quiso quedársela para Saint-Denis; ofreció a Jack una libra, luego diez y, finalmente, cincuenta. Cuando comprendió que a Jack no le interesaba el dinero amenazó con quedarse con la estatua por la fuerza. Pero el arzobispo Theobald de Canterbury se lo impidió. Theobald intuyó también el potencial económico de la estatua y quería que fuese a Kingsbridge, que pertenecía a su diócesis. Suger cedió de mala gana, expresando groseras reservas sobre la realidad del milagro.

En Saint-Denis, Jack había dicho a los artesanos que contrataría a cualquiera de ellos que quisiera seguirle hasta Kingsbridge. Tampoco aquello le gustó demasiado a Suger. De hecho la mayoría de ellos se quedarían donde estaban, por aquello de que más vale pájaro en mano que ciento volando, pero había algunos que habían ido allí desde Inglaterra, y acaso se sintieran tentados de regresar. Y finalmente otros harían correr la voz, porque era deber de todo albañil hacer saber a sus hermanos la existencia de nuevos enclaves en construcción. En cuestión de semanas, artesanos de toda la cristiandad empezarían a afluir a Kingsbridge, tal como Jack hizo en los seis o siete enclaves en los que había trabajado durante los dos últimos años. Aliena preguntó a Jack qué haría si el priorato de Kingsbridge no le nombrara maestro de obras. Jack no tenía idea. Había hecho aquel anuncio de sopetón, pero no poseía planes alternativos para el caso de que las cosas salieran mal.

El arzobispo Theobald, después de haber reclamado a la Madonna de las Lágrimas para Inglaterra, no estaba dispuesto a que Jack se la llevara sin más. Envió a dos sacerdotes de su séquito, Reynold y Edward, para que lo acompañaran, a él y a Aliena, durante su viaje.

En un principio a Jack le molestó; pero pronto simpatizó con ellos. Reynold era un joven de rostro fresco, dado a la polémica y de mente viva. Estaba muy interesado en las matemáticas que Jack había aprendido en Toledo. Edward era un hombre de más edad, de modales tranquilos, y algo tragaldabas. Su principal tarea consistía como era natural, en asegurarse de que nada del dinero recaudado con las donaciones fuera a parar a la bolsa de Jack. De hecho los sacerdotes utilizaron aquellas donaciones para pagar sus gastos de viaje, en tanto que Aliena y Jack se pagaron los suyos propios, de manera que el arzobispo hubiera hecho mucho mejor en confiar en Jack.

Fueron a Cherburgo de camino hacia Barfleur, donde habían de tomar el barco para Wareham. Jack supo que algo andaba mal mucho antes de que

llegaran al centro del pequeño pueblo costero. La gente no miraba a la Madonna. A quien miraban era a Jack.

Los sacerdotes se dieron cuenta al cabo de un rato. Llevaban la estatua sobre unas pequeñas andas de madera, como hacían siempre que entraban en una ciudad.

—¿Qué pasa? —preguntó Reynold a Jack, cuando las gentes, en número cada vez mayor, empezaron a seguirles.

—No lo sé.

—Están más interesados en ti que en la estatua. ¿Has estado aquí?

—Nunca.

—Son los de más edad quienes se fijan en Jack. Los jóvenes miran la estatua —observó Aliena.

Tenía razón. Los niños y los jóvenes reaccionaban con curiosidad ante la estatua. Era la gente de mediana edad quien miraba a Jack. Éste intentó devolverles la mirada y se dio cuenta de que estaban atemorizados. Uno, al verle, llegó a hacer la señal de la Cruz.

—¿Qué tienen contra mí? —se preguntó en voz alta.

No obstante, su procesión atraía seguidores con la misma rapidez de siempre y llegaron a la plaza del mercado con un gran gentío a la zaga.

Colocaron a la Madonna en el suelo, delante de la iglesia. El aire olía a agua salada y a pescado fresco. Varias personas entraron en el templo.

Lo que solía ocurrir a continuación era que salía el párroco y hablaba con Reynold y Edward. Se discutía y se daban explicaciones y luego se entraba la estatua en la iglesia donde pudiera llorar. La Madonna sólo les había fallado en una ocasión, en un día frío cuando Reynold insistió en realizar el proceso pese a la advertencia de Jack de que era posible que no ocurriera nada. Ahora ya aceptaban su consejo.

Ese día el tiempo era perfecto pero algo andaba mal. En los rostros atezados y curtidos de los marineros y pescadores que les rodeaban, se reflejaba un temor supersticioso. Los jóvenes percibían la inquietud de sus mayores y todo el mundo se mostraba suspicaz y un poco hostil. Nadie se acercó al pequeño grupo para hacer preguntas acerca de la imagen. Permanecían a cierta distancia, hablando en voz baja y a la espera de que ocurriera algo.

Al final apareció el sacerdote. En las otras ciudades el cura se había acercado con cautelosa curiosidad. El de Cherburgo llegó al modo de un exorcista, con la cruz alzada delante de él como un escudo, y llevando un cáliz con agua bendita en la otra mano.

—¿Qué cree que va a tener que hacer... ahuyentar a los demonios? —preguntó Reynold.

El sacerdote avanzó, entonando algo en latín y se acercó a Jack.

Luego, le dijo en francés:

—Te ordeno a ti, espíritu diabólico, que vuelvas al lugar de los Fantasmas. En el nombre del...

—¡Yo no soy un espíritu, condenado loco! —estalló Jack, que se sentía irritado.

—... Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... —siguió diciendo el sacerdote.

—Viajamos con una misión del arzobispo de Canterbury —protestó Reynold—. Él mismo nos ha bendecido.

—No es un espíritu. Le conozco desde los doce años —alegó Aliena.

El sacerdote empezó a mostrarse inseguro.

—Sois el espíritu de un hombre de este pueblo que murió hace veinticuatro años —alegó.

Varias personas entre aquel gentío vocearon su acuerdo y el sacerdote empezó de nuevo con su conjuro.

—No tengo más que veinte años —protestó Jack—. Tal vez me parezca al hombre que murió.

Alguien salió de entre la muchedumbre.

—No es sólo que te parezcas —dijo—. Tú eres él..., idéntico desde el día que moriste.

La multitud murmuraba con temor supersticioso. Jack, ya muy nervioso, miró a quien así hablaba. Era un hombre de unos cuarenta años, de barba gris, vistiendo las ropas de un artesano con buena fortuna o de un pequeño mercader. No era uno de esos tipos histéricos. Jack se dirigió a él con voz algo quebrada.

—Mis compañeros me conocen —dijo—. Dos son sacerdotes. La mujer es mi esposa. El chiquillo, mi hijo. ¿Son ellos también espíritus?

El hombre pareció vacilar.

Entonces habló una mujer de pelo blanco, en pie junto a él.

—¿No me conoces, Jack?

Jack dio un salto como si le hubieran pinchado. Ahora ya estaba asustado, de verdad.

—¿Cómo sabes mi nombre? —le preguntó.

—Porque soy tu madre —le contestó ella.

—No lo es —gritó Aliena y Jack detectó también una nota de pánico en su voz—. ¡Conozco a su madre y no eres tú! ¿Qué está pasando?

—Magia demoníaca —sentenció el sacerdote.

—Esperad un minuto —pidió Reynold—. Es posible que Jack estuviera emparentado con el hombre que murió. ¿Tenía hijos?

—No —respondió con firmeza el hombre de la barba canosa.

—¿Estás seguro?

—Nunca llegó a casarse.

—No es necesario.

Una o dos personas rieron. El sacerdote las miró con severidad.

—Murió a los veinticuatro años y este Jack dice que sólo tiene veinte —dijo el hombre de la barba gris.

—¿Cómo murió? —preguntó Reynold.

—Ahogado.

—¿Visteis el cuerpo?

Se hizo el silencio.

—No, jamás vi su cuerpo —aseguró el hombre de la barba gris.

—¿Alguien lo vio? —insistió Reynold, alzando la voz ante el atisbo de la victoria.

Nadie contestó.

—¿Vive tu padre? —preguntó Reynold dirigiéndose a Jack.

—Murió antes de que yo naciera.

—¿Qué hacía?

—Era juglar.

Corrió un murmullo entre la multitud.

—Mi Jack era juglar —dijo la mujer del pelo blanco.

—Pero este Jack es cantero —afirmó Reynold—. Yo mismo he visto su trabajo. Sin embargo sí que puede ser hijo del trovador. —Se volvió hacia Jack—. ¿Cómo se llamaba tu padre? Supongo que Jack Jongleur.

—No. Le llamaban Jack Shareburg.

El sacerdote repitió el nombre, pronunciándolo de manera ligeramente diferente.

—¿Jacques Cherbourg?

Jack estaba estupefacto. Nunca había entendido el nombre de su padre, pero ahora estaba claro. Como a tantos hombres viajeros, se le llamaba por el nombre de la ciudad de la que era originario.

—Sí —repitió Jack asombrado—. Claro. Jacques Cherbourg.

Al fin había encontrado las huellas de su padre, mucho tiempo después de haber renunciado a seguir buscando. Había recorrido todo el camino de Normandía. Por fin había hallado respuesta al interrogante. Sentía una satisfacción fatigada, como si acabara de dejar en el suelo un pesado fardo, después de haberlo cargado durante un largo camino.

—Entonces todo ha quedado claro —afirmó Reynold, mirando triunfalmente a todo aquel gentío—. Jacques Cherbourg no se ahogó, sobrevivió. Fue a Inglaterra, vivió allí durante un tiempo, dejó encinta a una muchacha y murió. La joven dio a luz a un niño al que puso el nombre del

padre. Jack tiene ahora veinte años, y es idéntico a su padre cuando vivía aquí hace veinticuatro. —Reynold miró al sacerdote—. No son necesarios los exorcismos, padre. Es sólo una reunión de familia.

Aliena pasó el brazo por el de Jack y le apretó la mano. Estaba estupefacto. Tenía un centenar de preguntas por hacer; pero no sabía por dónde empezar. Lanzó una al azar.

—¿Por qué estáis tan seguros de que murió?

—Todos los que iban a bordo del White Ship murieron.

—¿El White Ship?

—Recuerdo lo del White Ship —intervino Edward—. Fue un desastre de grandes repercusiones. En él murió ahogado el heredero del trono. Luego, Maud se convirtió en la heredera y ése es el motivo de que ahora tengamos a Stephen.

—¿Pero por qué iba él en ese barco? —preguntó Jack.

Le contestó la anciana que había hablado antes.

—Tenía que entretener a los nobles durante el viaje —miró a Jack—. Entonces tú debes de ser su hijo. Mi nieto. Siento haber creído que eras un espíritu. ¡Te pareces tanto a él!

—Tu padre era mi hermano —explicó el hombre de la barba gris—. Soy tu tío Guillaume.

Jack comprendió entonces, con una sensación cálida, que aquella era la familia que tanto había anhelado, los parientes de su padre. Ya no estaba solo en el mundo. Al fin había encontrado sus raíces.

—Bueno, éste es mi hijo Tommy —dijo—. Mirad su pelo rojo.

La mujer del cabello blanco miró con cariño al chiquillo.

—¡Por las ánimas benditas! —exclamó luego en tono sobresaltado—. ¡Si soy bisabuela!

Todos rieron.

—Me pregunto cómo llegaría mi padre a Inglaterra.

CAPÍTULO TRECE

1

—Así que dios dijo a Satanás: "Mira a mi hombre Job. Míralo. Ahí tienes a un hombre bueno como jamás vi otro." —Philip hizo una pausa para causar más efecto; naturalmente aquello no era una traducción, era una versión libre de la historia—. "Dime si no es un hombre perfecto y recto que tiene el temor de Dios y no comete pecado." Y Satanás dijo: "Es natural que te adore. Le has dado todo cuanto puede desear. Siete hijos y tres hijas. Siete mil ovejas y tres mil camellos así como quinientas parejas de bueyes y quinientos asnos. Ésa es la razón de que sea un hombre bueno." Así que Dios dijo: "Muy bien. Despójale de todo ello y observa lo que pasa." Y eso fue precisamente lo que hizo Satanás.

Mientras Philip predicaba, su mente volvía sin cesar a una misteriosa carta que había recibido aquella misma mañana del arzobispo de Canterbury. Empezaba felicitándole por haber entrado en posesión de la Madonna de las Lágrimas. Philip ignoraba qué podía ser una Madonna de las Lágrimas pero de lo que sí estaba seguro era de que él no tenía ninguna. El arzobispo se congratulaba de que Philip hubiera reanudado la construcción de la nueva catedral. Philip no había hecho tal cosa. Esperaba una señal de Dios antes de empezar a hacer nada y, entretanto, celebraba los oficios del domingo en la nueva iglesia parroquial, más bien pequeña. Por último, el arzobispo Theobald alababa su agudeza al designar a un maestro de obras que había trabajado en el nuevo presbiterio de Saint-Denis. Claro que Philip había oído hablar de la abadía de Saint-Denis y del famoso abad Suger, el eclesiástico más poderoso del reino de Francia; pero nada sabía del nuevo presbiterio que habían construido allí, y tampoco había designado maestro de obras alguno, de ninguna parte. A Philip se le ocurrió que acaso la carta estuviera en un principio destinada a otra persona y que se la hubieran enviado por error.

—Ahora bien, ¿qué dijo Job al perder todas sus riquezas y morir sus hijos? ¿Maldijo a Dios? ¿Adoró a Satanás? ¡No! Dijo: "Nací desnudo y desnudo moriré. El Señor lo da y el Señor lo quita. ¡Bendito sea el Nombre del Señor!" Esto es lo que dijo Job. Y entonces Dios dijo a Satanás: "Ya te lo dije." Y Satanás dijo: "Muy bien, pero sigue teniendo salud, ¿no? Y un hombre es capaz de cualquier cosa siempre que tenga buena salud." Y Dios vio que habría que hacer sufrir más aún a Job para demostrar cómo era, así que dijo:

"Entonces despójale de su salud y observa qué pasa." Y Satanás hizo que Job cayera enfermo, quedando cubierto de pústulas desde la cabeza hasta las plantas de los pies.

En las iglesias empezaban a hacerse más frecuentes los sermones. Durante la juventud de Philip solían ser raros. El abad Peter era contrario a ellos, pues afirmaba que predisponían al sacerdote a sentirse pagado de sí mismo. El punto de vista anticuado sostenía que los fieles debían de ser meros espectadores, siendo testigos silenciosos de los misteriosos ritos sagrados, escuchando las palabras en latín sin entenderlas, confiando a ciegas en la eficacia de la intercesión del sacerdote. Pero las ideas habían cambiado. En los tiempos que corrían, los pensadores progresistas ya no veían a los fieles como observadores mudos de una ceremonia mística. Se consideraba a la Iglesia como formando parte integral de su vida cotidiana. Marcaba los hitos de su existencia, desde el bautismo, a través del matrimonio y del nacimiento de los hijos, hasta la extremaunción y la sepultura en tierra sagrada. Podía ser el señor, el juez, el empleado o el cliente.

Cada vez se esperaba más de los cristianos que lo fueran todos los días, no sólo los domingos. Desde el punto de vista moderno necesitaban algo más que los ritos. Necesitaban explicaciones, gobierno, aliento y exhortación.

—Y ahora he de deciros que creo que Satanás tuvo una conversación con Dios sobre Kingsbridge —dijo Philip—. Creo que Dios dijo a Satanás: "Mira a mi gente de Kingsbridge. ¿Acaso no son buenos cristianos? Míralos trabajar con ahínco durante toda la semana en sus campos y talleres y luego pasar todo el domingo construyendo una nueva catedral para mí. ¡Dime, si puedes, que no es buena gente!" Y Satanás dijo: "Son buenos porque les va bien. Les has dado buenas cosechas y un hermoso tiempo, clientes para sus tiendas y protección frente a los malvados condes. Pero quítales todo eso y ellos se vendrán conmigo." Así que Dios dijo: "¿Qué quieres hacer?" Y Satanás dijo: "Incendiar la ciudad." Y Dios dijo: "Muy bien, incéndiala y veamos qué pasa." Así que Satanás envió a William Hamleigh para que prendiera fuego a nuestra feria del vellón.

A Philip le proporcionaba inmenso consuelo la historia de Job. Al igual que él, Philip había trabajado duro durante toda su vida para cumplir la voluntad de Dios lo mejor que sabía. Y, al igual que Job, sólo había recibido a cambio mala suerte, fracaso e ignorancia. Pero la finalidad del sermón era levantar el espíritu de la gente de la ciudad, y Philip podía darse cuenta de que no lo estaba logrando. Sin embargo la historia todavía no había terminado.

—Y entonces Dios dijo a Satanás: "¡Y ahora mira! Has hecho arder toda la ciudad hasta los cimientos y todavía siguen construyendo una catedral

nueva para mí. ¡Ahora dime que no es buena gente!" Pero Satanás dijo: "Fui demasiado indulgente con ellos. La mayoría escaparon al incendio y pronto construyeron de nuevo sus pequeñas casas de madera. Déjame que les envíe un auténtico desastre y entonces veremos qué pasa." Dios suspiró y dijo: "Así pues, ¿qué te propones hacer ahora?" Y Satanás dijo: "Voy a hacer que el techo de la iglesia se desplome sobre sus cabezas." Y así lo hizo... como todos sabemos.

Al recorrer con la mirada a los fieles allí reunidos, Philip vio que eran muy pocos los que no habían perdido algún pariente en aquel espantoso derrumbamiento. Allí estaba la viuda Meg, que tuvo un buen marido y tres mocetones de hijos, todos muertos en la catástrofe. Desde entonces no había hablado una sola palabra y el pelo se le había vuelto blanco. Otros sufrieron mutilaciones. A Peter Pony le había aplastado la pierna y cojeaba. Antes fue un excelente capturador de caballos; pero, desde el accidente, trabajaba con su hermano haciendo sillas de montar. Apenas había una familia en la ciudad que no hubiera sufrido las consecuencias del derrumbamiento. Sentado en el suelo, en primera fila, se encontraba un hombre que había perdido el uso de las piernas. Philip frunció el ceño. ¿Quién era aquel hombre? No había quedado inválido al desplomarse la bóveda. Philip nunca lo había visto hasta entonces. Luego, recordó que le habían dicho que por la ciudad mendigaba un tullido que dormía en las ruinas de la catedral. Philip había ordenado que le dieran una cama en la casa de huéspedes.

Su mente empezaba a vagar de nuevo. Volvió a tomar el hilo del sermón.

—¿Y qué hizo entonces Job? Su mujer le dijo: "¡Maldice a Dios y muere!" Pero ¿lo hizo él? No lo hizo. ¿Perdió su fe? No la perdió. Job había decepcionado a Satanás. Y yo os digo... —Philip alzó la mano con gesto dramático para subrayar sus palabras—. Y yo os digo que ¡Satanás va a sentirse decepcionado con la gente de Kingsbridge! Porque nosotros seguiremos adorando al Dios verdadero al igual que lo adoró Job a pesar de todas sus tribulaciones.

Hizo una nueva pausa para dejarles que digirieran aquello; pero se dio cuenta de que había fracasado en su empeño por conmoverlos.

Los rostros que le miraban estaban interesados, pero no estimulados.

De hecho él no era un predicador capaz de despertar entusiasmo. Era un hombre con los pies en la tierra. No podía atraer a una congregación sólo con su personalidad. Era verdad que la gente llegaba a mostrarle intensa lealtad; pero no de inmediato. Era algo que se producía con lentitud, al paso del tiempo, cuando llegaban a comprender cómo era su vida y todo cuanto había logrado. A veces su trabajo inspiraba a las gentes, o lo había hecho en los viejos tiempos; pero sus palabras nunca.

Sin embargo todavía estaba por llegar la mejor parte de la historia.

—¿Qué le pasó a Job después de que Satanás le hubiera hecho pasar por las peores vicisitudes? Dios le dio más de lo que tuvo en un principio. ¡Le dio el doble! Donde habían pastado siete mil ovejas, lo hicieron catorce mil. Los tres mil camellos que había perdido fueron sustituidos por seis mil. Y fue padre de otros siete varones y de tres hijas más.

Todos parecían indiferentes. Philip prosiguió con la siembra.

—Y llegará día en que la prosperidad vuelva a Kingsbridge. Las viudas se casarán de nuevo y los viudos encontrarán esposa. Y aquéllas cuyos hijos murieron volverán a concebir. Y nuestras calles estarán rebosantes de gentes y en nuestras tiendas abundarán el pan y el vino, el cuero y el latón, las hebillas y los zapatos. Y un día reconstruiremos nuestra catedral.

La dificultad estribaba en que no estaba seguro de creerlo él mismo, y quizás por ello no podía decirlo con convicción. No era de extrañar que los fieles allí congregados permanecieran impasibles.

Bajó la vista al grueso libro que tenía delante y que había sido traducido del latín al inglés.

—"Y Job vivió después de esto ciento cuarenta años más, y vio a sus hijos y a los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación. Y murió anciano y colmado de días."

Hubo cierta confusión al fondo de la pequeña iglesia. Philip levantó la vista irritado. Se daba cuenta de que su sermón no había producido el efecto que esperaba. Sin embargo, quería que se guardaran unos momentos de silencio una vez que lo hubo terminado. La puerta de la iglesia estaba abierta y los que se encontraban al final miraban hacia fuera. El prior pudo apreciar que había un gentío. Se dijo que allí debería encontrarse todo habitante de Kingsbridge que no estuviera en la iglesia. ¿Qué estaba pasando?

Se le ocurrieron varias posibilidades, que había habido una pelea, un incendio, que alguien se estaba muriendo, que se acercaba una gran tropa de jinetes... Pero estaba desprevenido en absoluto para lo que en realidad ocurrió. Primero llegaron dos sacerdotes portando la estatua de una mujer sobre una tabla cubierta con una sabanilla de altar bordada. Su porte solemne daba a entender que la estatuilla representaba a una santa, con toda posibilidad a la Virgen. Detrás de los sacerdotes avanzaban otras dos personas. Y fueron ellas las que le proporcionaron la mayor sorpresa. Una era Aliena y la otra Jack.

Philip miró a Jack con afecto mezclado de exasperación. *¡Ese muchacho!,* se dijo. *El primer día que llegó aquí ardió la vieja catedral y desde entonces nada de lo relacionado con él ha sido normal.* Pero Philip se sentía más complacido que irritado con la entrada de Jack. Pese a todas las dificultades

que creó, hacía la vida interesante. ¡Muchacho! Philip volvió a mirarle. Jack no era ya un muchacho. Había estado fuera dos años pero había envejecido diez y su mirada era fatigada y experimentada. ¿Dónde había estado? ¿Y cómo lo había encontrado Aliena?

La procesión avanzó hacia el centro de la iglesia. Philip decidió no hacer nada y esperar acontecimientos. Se escuchó un murmullo excitado al reconocer la gente a Jack y Aliena. Luego, se oyó algo diferente, como un murmullo maravillado y alguien dijo:

—¡Está llorando!

Otras voces lo repitieron a modo de letanía:

—¡Está llorando, está llorando!

Philip escrutó la imagen. En efecto, de los ojos le brotaba agua. De repente recordó la misteriosa carta del arzobispo sobre la milagrosa Madonna de las Lágrimas. Así que se trataba de esto. En cuanto a que el llanto fuera un milagro Philip se reservaría por el momento su juicio. Podía ver que los ojos parecían estar hechos de piedra, o acaso alguna clase de cristal, en tanto que el resto de la estatua era de madera. Tal vez tuviera que ver algo con eso.

Los sacerdotes, dando media vuelta, colocaron la tabla en el suelo, de manera que la Madonna quedaba de cara a los fieles. Fue entonces cuando Jack empezó a hablar.

—La Madonna de las Lágrimas vino a mí en un país muy, muy lejano —empezó a decir.

A Philip no le gustó que Jack se apropiara el oficio divino, pero decidió no actuar de modo precipitado. Dejaría que dijera lo que se proponía. De cualquier forma estaba intrigado.

—Me la dio un sarraceno converso —siguió diciendo Jack.

Entre los fieles se produjo un murmullo de sorpresa. En tales historias, los sarracenos eran, por lo general, el enemigo bárbaro de rostro negro y muy pocos eran los que sabían que algunos de ellos se habían convertido al cristianismo.

—Al principio me pregunté por qué me la habrían dado a mí. Sin embargo la llevé conmigo, durante muchas millas.

Jack tenía a los fieles pendientes de sus labios. *Es un predicador de sermones mucho mejor que yo*, se dijo Philip tristemente. *Puedo darme cuenta de la tensión que se está formando.*

Jack prosiguió:

—Hasta que al fin empecé a darme cuenta de que lo que ella quería era ir a casa. ¿Pero dónde estaba su casa? Finalmente lo descubrí. Quería venir a Kingsbridge.

Por la congregación corrió un murmullo de asombro. Philip se sentía escéptico. Había una diferencia entre la manera en que Dios actuaba y la forma en que lo hacía Jack. Y ésta llevaba sin duda la marca de Jack. Sin embargo Philip permaneció en silencio.

—Pero entonces me dije: ¿A dónde puedo llevarla? ¿Qué capilla tendrá en Kingsbridge? ¿En qué iglesia encontrará al fin reposo? —miró en derredor al sencillo interior enjalbegado de la iglesia parroquial como diciendo: "Ésta desde luego no sirve"—. Y fue como si ella hubiera hablado y me dijera: "Tú, Jack Jackson, harás una capilla para mí y me construirás una iglesia."

Philip empezó a comprender lo que maquinaba Jack. La Madonna era la chispa que prendería de nuevo el entusiasmo del pueblo por la construcción de una nueva catedral. Lograría lo que el sermón de Philip sobre Job no había conseguido. A pesar de ello, Philip seguía preguntándose: *¿Es la Voluntad de Dios o sólo la de Jack?*

—Así que le pregunté: "¿Con qué? No tengo dinero." Y ella dijo: "Yo os proveeré de él." Bien. Nos pusimos en camino con la bendición del arzobispo Theobald de Canterbury. —Al nombrar al arzobispo Jack miró de reojo a Philip.

Me está diciendo algo, pensó el prior. *Está diciendo que tiene un respaldo poderoso para esto.*

Jack volvió a dirigir la mirada a los fieles.

—Y, a lo largo de todo el camino, desde París a través de Normandía, cruzando la mar y luego en la ruta hasta Kingsbridge, cristianos devotos han venido dando dinero para la construcción de la capilla de la Madonna de las Lágrimas.

A continuación, Jack hizo una seña a alguien que se encontraba en el exterior.

Un instante después, dos sarracenos tocados con un turbante entraron solemnemente en la iglesia llevando sobre los hombros un cofre zunchado.

Los aldeanos retrocedieron atemorizados. Incluso Philip estaba asombrado. Sabía que, en teoría, los sarracenos tenían la tez morena pero jamás había visto uno y la realidad resultaba asombrosa. Sus ropajes ondulantes y multicolores resultaban también muy llamativos. Avanzaron entre los maravillados fieles y se arrodillaron delante de la Madonna. Con ademán reverente, depositaron el cofre en el suelo.

Se escuchó un ruido como el de una cascada y del cofre brotó un chorro de peniques de plata, centenares, miles. La gente se agolpaba para mirarlos. Ninguno de ellos había visto en su vida tanto dinero junto.

Jack alzó la voz para que pudieran oírle a través de sus exclamaciones.

—La he traído a casa y ahora la entrego para la construcción de la nueva catedral.

Se volvió y clavó los ojos en los de Philip, al tiempo que hacía una leve inclinación de cabeza como diciendo: *Ahora os toca a vos.*

Philip aborrecía que le manipularan de aquella manera; aunque, al mismo tiempo, no tenía más remedio que reconocer que todo aquello se había llevado con maestría inigualable. No obstante; eso no significaba que fuera a admitirlo sin más. La gente podría aclamar a la Madonna de las Lágrimas; pero a Philip correspondía decidir si debía permanecer en la catedral de Kingsbridge junto con los huesos de san Adolphus. Y todavía no estaba convencido.

Algunos fieles empezaron a hacer preguntas a los sarracenos.

Philip, bajando de su púlpito se acercó más para escuchar.

—Vengo de un país muy, muy lejano —estaba diciendo uno de ellos.

El prior quedó sorprendido al oír que hablaba inglés exactamente igual que un pescador de Dorset; pero la gran mayoría de los aldeanos ni siquiera sabían que los sarracenos tenían lengua propia.

—¿Cómo se llama tu país? —le preguntó alguien.

—Mi país se llama África —contestó el sarraceno.

Claro que, como Philip bien sabía, aunque no así la casi totalidad de los ciudadanos, en África había más de un país, y Philip se preguntaba a cuál de ellos pertenecería aquel sarraceno. Resultaría en extremo excitante que fuera de algunos de los que mencionaba la Biblia, como Egipto o Etiopía.

Una chiquilla alargó tímidamente un dedo y tocó la mano morena. El sarraceno le sonrió. Aparte del color, su aspecto no era diferente del de cualquier otro, se dijo Philip.

—¿Cómo es África? —preguntó la niña, ya un poco lanzada.

—Hay grandes desiertos y árboles que dan higos.

—¿Qué son higos?

—Es... es una fruta, que se parece a la fresa y sabe como la pera

De repente asaltó a Philip una terrible sospecha.

—Dime, sarraceno, ¿en qué ciudad has nacido? —le preguntó.

—En Damasco —respondió el hombre.

Philip vio confirmada su sospecha. Estaba furioso. Cogió a Jack del brazo y se lo llevó a un lado.

—¿A qué estás jugando? —inquirió con tono iracundo aunque mesurado.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Jack intentando hacerse el inocente

—Esos dos hombres no son sarracenos. Son pescadores de Warehouse con la cara y las manos enmascaradas.

A Jack no parecía preocuparle que se hubiera descubierto su engaño.

—¿Cómo lo adivinó? —preguntó haciendo una mueca.

—No creo que ese hombre haya visto un higo en su vida. Y Damasco no está en África. ¿Qué significa esta falsedad?

—Es un engaño inofensivo —contestó Jack al tiempo que esbozaba su simpática sonrisa.

—No existe eso que tú llamas un engaño inofensivo —repuso con frialdad Philip.

—Muy bien. —Jack se dio cuenta de que Philip estaba enfadado y se puso serio—. Su objetivo es el mismo que un dibujo coloreado en una página de la Biblia. No es la verdad, es una ilustración. Mis hombres de Dorset teñidos de marrón están representando el hecho real de que la Madonna de las Lágrimas procede de tierras sarracenas.

Los dos sacerdotes y Aliena se habían apartado del gentío que se agolpaba alrededor de la Madonna, y se reunieron con Philip y Jack.

—No te asusta dibujar una serpiente. Una ilustración no es un embuste.

—Tus sarracenos no son una ilustración, son sencillamente impostores —replicó Philip haciendo caso omiso de los demás.

—Desde que se incorporaron los sarracenos hemos recogido mucho más dinero —alegó Jack.

Philip miró los peniques amontonados en el suelo.

—Los ciudadanos deben creer que ahí hay suficiente para construir toda una catedral —dijo—. A mí me da la impresión de que habrá un centenar de libras. Tú sabes bien que con eso no se cubre siquiera un año de trabajo.

—El dinero es como los sarracenos —contestó Jack—. Es simbólico. Sabéis que tenéis el dinero para empezar a construir.

Eso era verdad. No había nada que impidiera a Philip construir. La Madonna era tan sólo el incentivo que se necesitaba para hacer volver a la vida a Kingsbridge. Atraería gente a la ciudad, peregrinos y estudiosos, así como curiosos ociosos. Daría nuevo impulso a la vitalidad ciudadana. Se la consideraría como un buen presagio. Philip había estado esperando una señal de Dios y ansiaba realmente creer que estuviera allí. Pero desde luego no daba la impresión de que así fuera. Parecía más bien una trapacería de Jack.

—Soy Reynold y éste es Edward, trabajamos para el arzobispo de Canterbury —dijo el más joven de los sacerdotes—. Él nos envió para acompañar a la Madonna de las Lágrimas.

—Si tenéis la bendición del arzobispo, ¿a qué necesitáis un par de falsos sarracenos para dar legitimidad a la Madonna? —les preguntó Philip.

Edward pareció algo avergonzado.

—Fue idea de Jack. Pero confieso que yo no encontré que hubiera en ello nada de malo. ¿No albergará dudas sobre la Madonna, Philip? —preguntó Reynold.

—Puedes llamarme padre —le contestó el prior con voz tajante—. Que trabajes para el arzobispo no te da derecho a mostrarte confianzudo con tus superiores. La respuesta a tu pregunta es que sí. Siento dudas respecto a la Madonna. No voy a instalar esta estatua en el recinto de la catedral de Kingsbridge hasta tener la convicción de que se trata de una imagen sagrada.

—Una estatua de madera llora —arguyó Reynold—. ¿Qué más milagro queréis?

—El llanto no tiene explicación. Pero ello no lo convierte en milagro. También es inexplicable la transformación del agua líquida en hielo sólido. Sin embargo, no es un milagro.

—El arzobispo se sentirá muy decepcionado si rechazáis a la Madonna. Hubo de librar una auténtica batalla para evitar que el abad Suger ordenara que permaneciera en Saint-Denis.

Philip sabía que le estaban amenazando. *El joven Reynold habrá de esforzarse mucho más si quiere intimidarme*, se dijo.

—Estoy seguro de que el arzobispo no querrá que acepte la Madonna sin hacer antes algunas indagaciones de rutina respecto a su legitimidad —respondió con afabilidad.

Se sintió un movimiento en el suelo. Philip miró hacia abajo y vio al tullido en el que ya se había fijado antes. El desgraciado avanzaba penosamente por el suelo, arrastrando tras de sí las piernas paralizadas, intentando acercarse a la estatua. En cualquier dirección que se moviese encontraba el paso cerrado por el gentío. Philip se hizo a un lado de manera automática para dejarle el camino libre. Los sarracenos permanecían vigilantes para que la gente no tocara la estatua. Pero el tullido se les pasó por alto. Philip vio al hombre alargar la mano. En circunstancias normales, el prior hubiera impedido que alguien tocara una reliquia sagrada; pero todavía no había aceptado a aquella imagen como tal, así que le dejó hacer. El tullido tocó el borde de la túnica de madera. De repente lanzó un grito triunfal.

—¡Lo siento! —empezó a clamar—. ¡Lo siento!

Todo el mundo se quedó mirándolo.

—¡Siento que me vuelven las fuerzas! —vociferó.

Philip lo miró incrédulo, sabedor de lo que vendría después. El hombre dobló una pierna, luego la otra.

Hubo un murmullo sobresaltado entre los mirones. El tullido alargó una mano y alguien se la cogió. Con un esfuerzo, el hombre logró ponerse en pie.

La multitud pareció enfervorizada.

—¡Intenta andar! —gritó alguien

El hombre, sin soltar la mano de quien le había prestado ayuda, trató de dar un paso, luego otro. Se había hecho un silencio mortal. Al dar el tercer paso, el hombre vaciló y estuvo a punto de caer. Hubo un sobresalto general. Pero el hombre, recuperando el equilibrio, empezó a andar.

Hubo una explosión de vítores.

Empezó a andar por el pasillo seguido de la gente. Al cabo de unos cuantos pasos, echó a correr. Los vítores arreciaron al atravesar la puerta de la iglesia y salir a la luz del sol, seguido por la mayoría de los fieles.

Philip miró a los sacerdotes. Reynold estaba maravillado y a Edward le caían lágrimas por las mejillas. Era evidente que no habían tomado parte en aquello.

—¿Cómo has tenido la osadía de recurrir a semejante truco? —preguntó furioso Philip volviéndose hacia Jack.

—¿Truco? ¿Qué truco? —dijo Jack.

—A ese hombre nunca se le ha visto por aquí hasta hace sólo unos días. Dentro de dos o tres desaparecerá con los bolsillos repletos de tu dinero, y jamás se le volverá a ver. Sé cómo se hacen esas cosas Jack. Lamentablemente no eres la primera persona que simula un milagro. A ese hombre no le ha pasado nada en las piernas, ¿verdad? Es otro pescador de Wareham.

La acusación resultó confirmada por la expresión culpable de Jack

—Ya te dije que no debías hacerlo, Jack —le recordó Aliena.

Los dos sacerdotes se habían quedado petrificados. Lo habían creído de buena fe. Reynold estaba furioso. Se volvió hacia Jack.

—¡No tenías derecho! —dijo con voz entrecortada.

Philip se sentía triste al tiempo que embargado por la ira. En el fondo de su corazón albergaba la esperanza de que la Madonna resultara ser auténtica, porque sabía muy bien que contribuiría a revitalizar el priorato y la ciudad. Pero no estaba de Dios que fuera así. Recorrió con la mirada la pequeña iglesia parroquial. Allí sólo quedaba un puñado de fieles que seguían mirando la estatua.

—Esta vez has ido demasiado lejos —amonestó a Jack.

—Las lágrimas son auténticas, ahí no hay truco alguno —alegó—. Pero reconozco que el tullido fue un error.

—Ha sido algo peor que un error —dijo Philip enfadado—. Cuando la gente sepa la verdad, les hará perder la fe en todos los milagros.

—¿Qué necesidad tienen de conocer la verdad?

—Porque tendré que explicarles la razón por la que la Madonna no será instalada en la catedral. Porque, como es natural, ahora ya está descartado que acepte la estatua.

—Me parece que esa decisión es algo precipitada... —empezó a decir Reynold.

—Cuando quiera tu opinión, joven, ya te la pediré —contestó Philip con tono tajante.

Reynold cerró la boca. No así Jack.

—¿Estáis seguros de tener derecho a privar a vuestra gente de la Madonna? Miradlos.

Señaló un puñado de fieles que habían quedado rezagados. Entre ellos se encontraba Meg Widow. Estaba arrodillada delante de la estatua derramando abundantes lágrimas. Philip se dio cuenta de que Jack ignoraba que Meg hubiera perdido a toda la familia en el derrumbamiento del techo de Alfred. La emoción de la mujer conmovió a Philip y se preguntó si, después de todo, no tendría razón Jack. ¿Por qué privar de aquello a la gente? Porque no es honrado, se amonestó con severidad. Creían en la estatua porque habían visto operarse un falso milagro. Se forzó a mostrarse insensible.

Jack se arrodilló junto a Meg.

—¿Por qué estás llorando? —le preguntó.

—Es muda —le advirtió Philip.

—La Madonna ha sufrido como yo —dijo entonces Meg—. Ella lo comprende.

Philip se quedó de piedra.

—¿Lo veis? La estatua dulcifica su sufrimiento... ¿qué estáis mirando?

—Es muda —repitió Philip—. Durante más de un año no ha dicho una sola palabra.

—¡Es verdad! —exclamó Aliena—. Meg se quedó muda después de que su marido y sus hijos murieran al derrumbarse la bóveda.

—¿Esta mujer? —dijo Jack—. Pero si acaba...

Reynold parecía desconcertado.

—¿Queréis decir que éste es un milagro? —preguntó—. ¿Un milagro auténtico?

Philip observó la expresión de Jack. Se hallaba tan asombrado como todos. Esta vez no había engaño. El prior estaba conmovido. Había visto alzarse la mano de Dios y obrar un milagro. Temblaba ligeramente.

—Muy bien, Jack —dijo con voz insegura—. Pese a cuanto has hecho para desacreditar a la Madonna de las Lágrimas, parece como si, después de todo, Dios tenga la intención de hacer maravillas.

Por una vez en su vida, Jack se había quedado sin palabras.

Philip dio media vuelta y fue junto a Meg. La asió por ambas manos y le hizo levantarse con miramiento.

—Dios ha hecho que vuelvas a estar bien, Meg —le dijo con voz temblorosa por la emoción—. Ahora podrás empezar una nueva vida. — Entonces recordó que había dicho un sermón referido a la historia de Job y las palabras volvieron a él—. "Y así el Señor bendijo las postrimerías de Job más que sus principios..."

Había dicho a la ciudad de Kingsbridge que lo mismo sería verdad para ellos. Al contemplar el éxtasis en la cara de Meg, bañada por las lágrimas, se preguntó si eso podría ser, acaso, el comienzo de ello.

En la sala capitular se produjo un tumulto al presentar Jack su boceto para la nueva catedral.

Philip le había advertido ya que habría dificultades. Como era natural, el prior había visto los dibujos de antemano. Una mañana temprano, Jack le llevó a su casa un plano y un alzado, dibujados sobre argamasa con marcos de madera. Los habían estudiado juntos bajo la clara luz matinal.

—Ésta va a ser la iglesia más hermosa de Inglaterra, Jack —había dicho Philip— pero tendremos dificultades con los monjes.

Jack sabía ya, de la época que pasó como novicio, que Remigius y sus compinches seguían oponiéndose de manera sistemática a cualquier proyecto que le fuera querido a Philip, a pesar de que hubieran transcurrido ya ocho años desde que Philip triunfó en la elección frente a Remigius. Rara vez lograban un apoyo numeroso del resto de los hermanos. Pero, en esta ocasión, Philip se sentía inseguro. Eran tan conservadores casi todos ellos que existía la posibilidad de que les asustara un proyecto tan revolucionario. Sin embargo nada podía hacerse salvo mostrarles los dibujos e intentar convencerlos. Lo cierto era que Philip no podía seguir adelante y construir la catedral sin el pleno apoyo de la mayoría de los monjes.

Al día siguiente, Jack estuvo presente en la sala capitular y presentó sus planes. Los dibujos estaban colocados sobre un banco y adosados al muro. Los monjes se agolparon alrededor para mirarlos. Mientras examinaban los detalles, hubo un murmullo de discusiones que fue ascendiendo hasta convertirse en alboroto. Jack se sintió desalentado. El tono era desaprobador, bordeando casi la afrenta. Las voces fueron ascendiendo de tono cuando empezaron a discutir entre ellos, unos atacando el boceto y otros defendiéndolo.

Al cabo de un rato, Philip los llamó al orden y se tranquilizaron.

—¿Por qué son puntiagudos los arcos? —inquirió Milius Bursar, pregunta que había sido preparada de antemano.

—Se trata de una nueva técnica que están utilizando en Francia —explicó Jack—. Ya la he visto en varias iglesias. El arco ojival es más fuerte. Eso es lo que me permitirá construir la iglesia tan alta. Probablemente será la más alta de Inglaterra.

Jack se dio cuenta de que aquella idea les gustaba.

—Las ventanas son muy grandes —apuntó alguien más.

—No son necesarios los muros gruesos —afirmó Jack—. Lo han demostrado en Francia. Son las pilastras las que soportan la construcción, especialmente con la bóveda de nervios. Y el efecto de las ventanas grandes es imponente. En Saint-Denis el abad ha puesto cristal en colores con imágenes. La iglesia se convierte entonces en un lugar soleado y aireado en lugar de tenebroso y triste.

Varios monjes movían la cabeza en señal de asentimiento. *Tal vez no eran tan conservadores*, se dijo Philip.

Pero el siguiente en hablar fue Andrew Sacristán.

—Hace dos años eras un novicio entre nosotros. Se te castigó por atacar al prior y evitaste el castigo fugándote. Y ahora regresas queriendo decirnos cómo construir nuestra iglesia.

Antes de que Jack tuviera tiempo de hablar se elevó la protesta de uno de los monjes más jóvenes.

—¡Eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando! ¡Lo que se halla en discusión es el proyecto, no el pasado de Jack!

Varios monjes intentaron hablar al mismo tiempo, algunos de ellos gritando. Philip les hizo callar a todos y pidió a Jack que contestara la pregunta.

Jack había esperado que ocurriría algo semejante y estaba preparado.

—Peregriné a Santiago de Compostela como penitencia por ese pecado, padre Andrew, y abrigo la esperanza de que el hecho de haberos traído a la Madonna de las Lágrimas se considere como compensación a mi iniquidad —dijo con mansedumbre—. No estoy predestinado a ser monje, pero espero servir a Dios de manera diferente como su constructor.

Todos parecieron aceptar su alegato.

Sin embargo Andrew no había terminado.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó, aunque con toda seguridad conocía la respuesta.

—Veinte años.

—Eres muy joven para maestro de obras.

—Aquí todo el mundo me conoce. He vivido en Kingsbridge desde que era muchacho —*Desde que prendí fuego a vuestra iglesia*, se dijo para sus adentros, sintiéndose culpable—. Hice mi aprendizaje a las órdenes del

maestro de obras original. Habéis visto mi trabajo con la piedra. Cuando era novicio trabajé con el prior Philip y con Tom Builder como oficial de las obras. Pido humildemente a los hermanos que me juzguen por mi trabajo, no por mi edad.

Era otra parrafada preparada. Observó que uno de los monjes sonreía al oír lo de humildemente, pensó que tal vez hubiera cometido un pequeño error. Todos sabían que entre las cualidades que pudiera tener, no figuraba en modo alguno la humildad.

Andrew aprovechó rápido su lapsus.

—¿Humilde tú? —exclamó al tiempo que su faz enrojecía como si le hubieran ofendido—. No fue un acto de humildad por tu parte anunciar a los albañiles de París hace tres meses que ya habías sido designado aquí como maestro de obras.

De nuevo se produjeron murmullos de indignación entre los monjes. Jack se lamentó para sus adentros. *¿Cómo diablos le había llegado a Andrew esa información? Tal vez Reynold o Edward habían sido indiscretos.*

—Esperaba poder atraer de esa manera a Kingsbridge a algunos de aquellos artesanos —contestó mientras se hacía el silencio—. Serán útiles quienquiera que sea el maestro de obras. No creo que mi presunción pudiera resultar en modo alguno perjudicial —intentó esbozar una simpática sonrisa—. Pero siento no haber sido más humilde.

Esa declaración no pareció tener muy buena acogida.

Milius Bursar lo sacó del apuro formulando otra pregunta preparada de antemano.

—¿Qué te propones hacer con el presbiterio actual que se encuentra derrumbado en parte?

—Lo he examinado con muchísimo cuidado —contestó Jack—. Puede repararse. Si hoy designáis maestro de obras, en un año lo pondré en condiciones de ser utilizado de nuevo. Además, podéis continuar haciendo uso de él mientras construyo los cruceros y la nave de acuerdo con el nuevo proyecto. Luego, una vez terminada la nave, propongo la demolición del presbiterio para construir uno nuevo que armonice con el resto de la iglesia.

—¿Pero cómo sabremos que el viejo presbiterio no se derrumbará de nuevo? —inquirió Andrew.

—El derrumbamiento se debió a la bóveda en piedra de Alfred, que no estaba incluida en los planes originales. Los muros no eran lo bastante fuertes para sostenerla. Propongo volver a utilizar el proyecto de Tom y construir un techo de madera.

Hubo murmullos de sorpresa. El motivo del derrumbamiento del techo había sido un asunto de controversia.

—Pero Alfred aumentó el tamaño de los contrafuertes a fin de que soportaran el mayor peso —alegó Andrew.

Aquello también había tenido intrigado a Jack; pero creía haber encontrado la respuesta.

—Seguían sin ser lo bastante fuertes, sobre todo en la parte superior. Si estudiáis las ruinas, podréis ver que la parte de la estructura que cedió fue el trifolio. A ese nivel, el refuerzo era muy flojo.

Aquello pareció satisfacerles. Jack tuvo la impresión de que su habilidad para dar una respuesta decidida había servido para afirmar su posición como maestro de obras.

Remigius se puso en pie. Jack se había estado preguntando cuándo pensaría aportar su grano de arena.

—Me gustaría leer un verso de las Sagradas Escrituras a los hermanos capitulares —dijo en tono más bien teatral.

Miró a Philip, y éste le dio su asentimiento.

Remigius se acercó al facistol y abrió la gran Biblia. Jack estudió al hombre. Su boca de labios finos se movía de continuo con gesto nervioso y tenía los acuosos ojos azules algo saltones, lo cual le daba una permanente expresión de indignación. Era la imagen viva del resentimiento. Hacia años llegó a creer que estaba destinado a ser un líder; pero, en realidad, tenía un carácter demasiado débil y ahora ya estaba condenado a vivir una vida decepcionante, intentando perturbar a hombres mejores que él.

—El Libro del Éxodo —salmodió mientras pasaba las hojas del pergamino—. Capítulo veinte. Versículo catorce.

Jack se preguntó qué estaría pergeñando. Remigius leyó:

—"No cometerás adulterio."

Cerró el libro de golpe y volvió a su asiento.

—¿Tal vez querrás decirnos, hermano Remigius, por qué elegiste leernos ese breve versículo en plena discusión sobre los planes de construcción de la catedral? —preguntó Philip con tono de exasperada tranquilidad.

Remigius apuntó a Jack con dedo acusador.

—¡Porque el hombre que quiere ser nuestro maestro de obras está viviendo en pecado! —tronó.

Jack apenas podía creer que hablara en serio.

—Es verdad que nuestra unión no ha sido bendecida por la Iglesia debido a circunstancias especiales, pero nos casaremos tan pronto como queráis —alegó indignado.

—No podéis. Aliena ya está casada —afirmó Remigius en tono triunfal.

—Pero esa unión nunca llegó a consumarse.

—Sin embargo la pareja se casó en la iglesia.

—Si no me dejáis casarme con ella, ¿cómo puedo evitar cometer adulterio? —preguntó Jack ya enfadado.

—¡Basta! —Era la voz de Philip.

Jack le miró. Parecía furioso.

—¿Estas viviendo en pecado con la mujer de tu hermano, Jack? —le preguntó.

Jack se quedó de piedra.

—¿No lo sabíais?

—¡Naturalmente que no! —rugió Philip—. ¿Acaso crees que de haberlo sabido hubiera permanecido callado?

Se hizo el silencio. En Philip no era habitual gritar. Jack se dio cuenta de que se enfrentaba a dificultades reales. Sin duda su delito no era más que un tecnicismo pero todos sabían que los monjes se mostraban muy estrictos respecto a tales cosas. Y el hecho de que Philip no hubiera estado enterado de que se hallara viviendo con Aliena empeoraba aún más la cuestión. Había permitido a Remigius coger a Philip por sorpresa haciéndole quedar en ridículo. Y ahora Philip habría de mostrarse firme y demostrar que era severo.

—Pero no podéis construir una pobre iglesia sólo para castigarme —alegó Jack con tono lastimero.

—Habrás de dejar a la mujer —repuso Remigius redondeándose.

—Vete al cuerno, Remigius —replicó Jack—. Tiene un hijo mío de un año.

Remigius volvió a sentarse con expresión satisfecha.

—Si sigues hablando de esa manera en la sala capitular, tendrás que irte, Jack —le advirtió Philip.

Jack sabía que debería calmarse; sin embargo, era superior a sus fuerzas.

—¡Pero es ridículo! —exclamó—. ¡Me estáis diciendo que abandone a mi mujer y a nuestro hijo! Eso no es moralidad, es una falacia.

Como quiera que fuese, la ira de Philip pareció calmarse y Jack vio en sus claros ojos azules la mirada de simpatía que le era más familiar.

—Jack, tú puedes considerar de forma pragmática las leyes de Dios, pero nosotros preferimos mostrarnos más rígidos... Ésa es la razón de que seamos monjes. Y no podemos tenerte como constructor mientras sigas practicando el adulterio.

Jack recordó una cita de las Escrituras.

—Jesús dijo: "Quien esté libre de pecado que arroje la primera piedra."

—Sí; pero Jesús dijo a la mujer adúltera: "Ve y no vuelvas a pecar." —Y luego volvióse hacia Remigius—. Si el adulterio cesara, ¿he de suponer que retirarías tu oposición?

—¡Desde luego! —aseguró Remigius.

Pese a sentirse furioso y desgraciado, Jack se dio cuenta de que Philip había ganado por la mano a Remigius. Había convertido el adulterio en la cuestión decisiva, eludiendo de esa manera todo el problema del nuevo proyecto. Pero Jack no estaba dispuesto en modo alguno a aceptar aquello.

—¡No voy a dejarla! —afirmó.

—Es posible que no sea por mucho tiempo.

Jack hizo una pausa. Aquello le había cogido por sorpresa.

—¿Qué queréis decir?

—Podrás casarte con Aliena si obtiene la anulación de su primer matrimonio.

—¿Puede hacerse?

—Sería automático si, como dices, el matrimonio no llegó a consumarse.

—¿Qué he de hacer?

—Hacer una petición a un tribunal eclesiástico. En circunstancias normales, sería el tribunal del obispo Waleran; pero, en este caso, probablemente deberías hacerlo directamente al arzobispo de Canterbury.

—¿Y puedo esperar que el arzobispo dé su consentimiento?

—En justicia sí.

Jack comprendió al punto que aquella respuesta no era totalmente inequívoca.

—Pero entre tanto, ¿tendremos que vivir separados?

—Así es..., si quieres ser designado maestro de obras de la catedral de Kingsbridge.

—Me estáis pidiendo que elija entre las dos cosas que más amo en todo el mundo —dijo Jack.

—No por mucho tiempo —le aseguró Philip.

La inflexión de su voz hizo que Jack lo mirara muy atento. Había en ella auténtica compasión. Philip sentía de veras tener que hacer tal cosa.

—¿Por cuánto tiempo? —le preguntó.

—Podría ser hasta un año.

—¡Un año!

—No tendréis que vivir en ciudades diferentes —dijo Philip—. Puedes seguir viendo a Aliena y al niño.

—¿Sabéis que fue hasta España para buscarme? —preguntó Jack—. ¿Podéis imaginároslo? —Pero los monjes no tenían ni idea de lo que era el amor—. Y ahora tendré que decirle que hemos de vivir separados —murmuró con amargura.

Philip se puso en pie y dejó caer la mano sobre el hombro de Jack.

—Te aseguro que el tiempo pasará más deprisa de lo que tú crees —dijo—. Y estarás ocupado... construyendo la nueva catedral.

2

En ocho años el bosque había crecido y cambiado. Jack pensó que nunca podría perderse en un terreno que un día conoció como la palma de su mano. Pero en eso se había equivocado. Los antiguos rastros habían desaparecido bajo la invasión de la vegetación y otros habían resultado hollados por los venados, los verracos y los ponys salvajes. Los arroyos habían cambiado su curso, muchos árboles viejos habían caído y los jóvenes eran más altos. Todo parecía haberse reducido, las distancias daban la impresión de ser más cortas y las colinas con menos pendiente. Pero lo más asombroso de todo era que allí se sentía como un extraño. Cuando un joven venado se le quedó mirando sobresaltado a través de una cañada, Jack fue incapaz de distinguir a qué familia pertenecía o dónde estaría su madre. Cuando una bandada de patos salió volando, no supo al instante de qué parte de las aguas habían salido y por qué. Y se hallaba nervioso porque no tenía idea de dónde estaban los proscritos.

Había cabalgado durante la mayor parte del camino desde Kingsbridge, pero hubo de desmontar tan pronto como se salió del camino principal, ya que los árboles crecían muy bajos sobre el sendero para que pudiera seguir sobre el caballo. El retorno a los lugares de caza de su adolescencia le había hecho sentirse irracionalmente triste.

Nunca había apreciado, porque jamás se percató de ello, de lo sencilla que entonces había sido la vida. Su gran pasión habían sido las fresas, y sabía que todos los veranos, durante unos días, tendría en el suelo del bosque cuantas fuera capaz de comer. Pero ahora todo era problemático. Su combativa amistad con el prior Philip, su amor frustrado por Aliena, su inmensa ambición por construir la catedral más hermosa del mundo, su vehemente necesidad por descubrir la verdad sobre su padre.

Se preguntaba cuánto habría cambiado su madre en los dos años que él había estado fuera. Ansiaba verla de nuevo. Claro que se las había arreglado bien solo; pero resultaba muy tranquilizador tener en tu vida a alguien siempre dispuesto a luchar por ti, y había echado de menos ese sentimiento reconfortante.

Tardó todo el día en llegar a la parte del bosque donde su madre y él solían vivir. Empezaba a oscurecer deprisa en la corta tarde invernal. Pronto habría de renunciar a la búsqueda de su vieja cueva y dedicarse a encontrar un lugar resguardado para pasar la noche.

Haría frío. *¿Por qué me preocupo?*, se dijo. Solía pasar en el bosque noche tras noche.

Al final, ella lo encontró a él.

Estaba a punto de darse por vencido. Un sendero angosto y casi invisible a través de la vegetación, con toda probabilidad utilizado tan sólo por tejones y zorros, quedó interrumpido por matorrales. No tenía otro remedio que volver sobre sus pasos. Al hacer girar a su caballo se dio de manos a boca con ella.

—Has olvidado moverte con sigilo en el bosque —le reprochó Ellen—. He podido oírte pateando desde una milla.

Jack sonrió. No había cambiado.

—Hola, madre —dijo y la besó en la mejilla.

Luego, en una expresión de cariño la abrazó con fuerza.

Ellen le tocó la cara.

—Estas más flaco que nunca.

Jack se quedó mirándola. Estaba morena y con un aspecto saludable. Conservaba el pelo abundante y oscuro, sin una sola cana. Sus ojos tenían el mismo color dorado y aún parecía ver a través de Jack.

—Sigues siendo la misma —le dijo.

—¿A dónde fuiste? —le preguntó.

—Hice toda la ruta hasta Compostela y todavía llegué más lejos, hasta Toledo.

—Aliena fue en tu busca...

—Y me encontró. Gracias a ti.

—Me alegro. —Cerró los ojos como alzando una plegaria de gracias—. Estoy tan contenta.

Lo condujo a través del bosque hasta la cueva, que estaba a menos de una milla. Jack pensó que, después de todo, su memoria no era tan mala. Ellen había encendido una gran hoguera de troncos y tres velas de juncos. Le dio un pichel de sidra que había hecho con manzanas y miel silvestre y asaron algunas castañas. Jack había recordado los artículos que una moradora de los bosques no podía hacer por sí misma y había llevado a su madre cuchillos, cuerdas, jabón y sal. Ellen empezó a desollar un gazapo para la cazuela.

—¿Cómo te encuentras, madre? —preguntó Jack.

—Bien —repuso ella; luego, al mirarle, comprendió que la pregunta iba en serio—. Echo de menos a Tom Builder —añadió—. Pero ha muerto y no me interesa tener otro marido.

—Aparte de eso, ¿eres feliz aquí?

—Sí y no. Estoy acostumbrada a vivir en el bosque. Me gusta estar sola. Nunca me acostumbré a esos sacerdotes refitoleros que se empeñan en decirme cómo he de comportarme. Pero te echo de menos a ti, y a Martha, y a Aliena. Y me gustaría poder ver más a menudo a mi nieto —sonrió—. Pero

nunca podré volver a vivir en Kingsbridge, después de haber maldecido una boda cristiana. El prior Philip jamás me lo perdonará. Sin embargo, todo ha valido la pena si he logrado que al fin estéis juntos Aliena y tú. —Levantó la vista de su trabajo con una sonrisa complicada—. ¿Qué tal te va la vida de casado?

—Bueno —dijo Jack vacilante—. No estamos casados. A los ojos de la Iglesia, Aliena sigue casada con Alfred.

—No seas estúpido. ¿Qué sabe la Iglesia de eso?

—Bueno, saben quiénes están casados y no me dejarían construir la nueva catedral mientras siguiera viviendo con la mujer de otro hombre.

Ellen tenía la mirada ensombrecida por la ira.

—¿De manera que la has dejado?

—Sí, hasta que Aliena obtenga la anulación.

Madre dejó a un lado la piel del gazapo. Manejando un cuchillo afilado con las manos ensangrentadas, empezó a desmembrarle echando los trozos en la olla que hervía en el fuego.

—En cierta ocasión, el prior Philip me hizo también eso, cuando estaba con Tom —dijo mientras cortaba con destreza las tajadas de carne—. Sé por qué se pone tan frenético con las gentes que hacen el amor. Es porque no le está permitido hacerlo a él, y le molesta la libertad que tienen otros para disfrutar de lo que le esta vedado. Claro que cuando están casados por la Iglesia no puede hacer nada. Pero, si no lo están, tiene ocasión de fastidiarles y eso le hace sentirse mejor.

Cortó las patas del conejo y las arrojó a un balde de madera con otros desperdicios.

Jack asintió. Había aceptado lo inevitable; pero cada vez que daba buenas noches a Aliena y se alejaba de su puerta se sentía furioso con Philip y comprendía el persistente resentimiento de su madre.

—Sin embargo no es para siempre —dijo.

—¿Cómo lo ha tomado ella?

Jack hizo una mueca.

—No muy bien. Pero se considera la culpable de la situación por haberse casado con Alfred.

—Y así es. Y también culpa tuya por empecinarte en construir iglesias.

Jack sentía mucho que su madre no compartiera su idea.

—No merece la pena construir cualquier otra cosa, madre. Las iglesias son más grandes, más altas y más hermosas y difíciles de edificar y tienen más adornos y grabados que cualquier otro tipo de edificios.

—Y tú no estarías satisfecho con algo menos.

—Así es.

Ellen meneó perpleja la cabeza.

—Jamás entenderé de dónde has sacado la idea de que estás predestinado a algo grande. —Echó en la olla el resto del gazapo y empezó a limpiar la parte interior de la piel—. Ciertamente no la heredaste de tus antepasados.

Aquélla era la ocasión que Jack había estado esperando.

—Cuando estuve en ultramar, madre, supe algo más de mis antepasados.

Ellen cesó de rascar y se quedó contemplándolo.

—¡Por todos los santos! ¿Qué quieres decir?

—Encontré la familia de mi padre.

—¡Buen Dios! —Dejó caer la piel del gazapo—. ¿Cómo lo lograste? ¿De dónde son? ¿Qué aspecto tienen?

—En Normandía hay una ciudad llamada Cherburgo. Era de allí.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Me parezco tanto a él que creyeron que era su fantasma.

Madre se dejó caer pesadamente sobre un taburete. Jack se sentía culpable por haberle ocasionado semejante sobresalto. Pero no había esperado que la noticia le causara tal impresión.

—¿Cómo... cómo es su gente?

—Su padre ha muerto pero su madre vive todavía. Se mostró muy cariñosa cuando al fin se convenció de que yo no era el fantasma de mi padre. Su hermano mayor es carpintero y tiene una mujer y tres hijas. Mis primos —sonrió—. ¿Es estupendo, verdad? Tenemos parientes.

Aquella idea pareció trastornar a Ellen, que se mostró desolada.

—Siento muchísimo no haberte podido criar en condiciones normales, Jack.

—Yo no —contestó él con tono ligero, pues cuando su madre parecía tener remordimiento él se sentía incómodo, ya que no era propio de ella—. Pero estoy contento de haber conocido a mis primos. Incluso si no hubiera de volver a verlos jamás, es bueno saber que están ahí.

Ellen asintió con tristeza.

—Lo comprendo.

Jack respiró hondo.

—Creyeron que mi padre se ahogó en un naufragio hace veinticuatro años. Iba a bordo de un navío llamado el White Ship, que se hundió cerca de la costa de Barfleur. Se pensó que todo el mundo se había ahogado. Pero es evidente que mi padre sobrevivió. Sin embargo, no llegaron a enterarse porque jamás volvió a Cherburgo.

—Fue a Kingsbridge —dijo Ellen.

—Pero, ¿por qué?

Su madre suspiró.

—Se agarró a un barril y fue arrastrado hasta la orilla, cerca de un castillo —explicó Ellen—. Acudió al castillo para comunicar el naufragio. Allí encontró a varios barones poderosos que se mostraron muy consternados al parecer de él. Le cogieron prisionero y le trajeron a Inglaterra. Al cabo de semanas y meses, todo eso lo tenía muy confuso, acabó en Kingsbridge.

—¿Dijo algo más sobre el naufragio?

—Sólo que el barco se hundió con gran rapidez, como si le hubieran hecho un boquete.

—Parece como si hubieran necesitado quitarlo de en medio.

Su madre asintió.

—Y luego, al comprender que no podían mantenerle eternamente prisionero, lo mataron.

Jack se arrodilló frente a ella obligándola a mirarle.

—¿Pero quiénes eran ellos, madre? —preguntó con voz temblorosa por la emoción.

—Ya me preguntaste eso antes.

—Y tú jamás me lo dijiste.

—¡Porque no quiero que pases la vida intentando vengar la muerte de tu padre!

Jack tuvo la sensación de que seguía tratándolo como a un niño, ocultándole información que pudiera no ser buena para él. Trató de mostrarse adulto y conservar la calma.

—Voy a pasarme la vida construyendo la catedral de Kingsbridge y trayendo niños al mundo con Aliena. Pero quiero saber por qué ahorcaron a mi padre. Y los únicos que tienen la respuesta son los hombres que declararon en falso contra él. De manera que he de saber quiénes fueron.

—Por aquel entonces yo no conocía sus nombres.

Jack sabía que estaba intentando evadirse, lo cual le hizo sentirse furioso.

—¡Pero ahora los conoces!

—Sí, los conozco —repuso ella llorosa, y Jack comprendió que todo aquello le resultaba tan penoso a ella como a él—. Y voy a decírtelos porque me doy cuenta de que nunca dejarás de preguntar.

Sorbeteó y se limpió las lágrimas. Jack esperaba ansioso.

—Eran tres. Un monje, un sacerdote y un caballero.

Jack la miró con fijeza.

—Sus nombres.

—¿Vas a preguntarles si mintieron bajo juramento?

—Sí.

—¿Y esperas que te lo digan?

—Tal vez no. Les miraré a los ojos mientras les pregunte y eso tal vez me revele cuanto necesito saber.

—Acaso ni siquiera sea posible tal cosa.

—¡Necesito intentarlo, madre!

Ellen suspiró.

—El monje era el prior de Kingsbridge.

—¡Philip!

—No, no era Philip. Fue antes de él. Era James, su predecesor.

—Pero si ha muerto.

—Te dije que acaso no fuera posible interrogarles.

Jack entornó los ojos.

—¿Quiénes eran los otros?

—El caballero era Percy Hamleigh, el conde de Shiring.

—¿El padre de William?

—Sí.

—¡También está muerto!

—Sí.

Jack tuvo la terrible sensación de que iba a resultar que los tres habían muerto y que el secreto habría quedado enterrado con sus huesos.

—¿Quién era el sacerdote? —preguntó apremiante.

—Se llamaba Waleran Bigod. Ahora es el obispo de Kingsbridge.

Jack dio un suspiro de profunda satisfacción.

—Y todavía vive.

En Navidad quedó terminado el castillo del obispo Waleran. Una hermosa mañana a principios del año nuevo, William Hamleigh y su madre fueron a visitarlo. Lo vieron ya a distancia a través del valle. Se encontraba en la cima más alta de las colinas que se alzaban enfrente, dominando de manera imponente los campos que los rodeaban. Al atravesar el valle, pasaron por delante del viejo palacio. Ahora ya se utilizaba como almacén para el vellón. Gran parte de los gastos de construcción del castillo se había pagado con los ingresos de la lana. Subieron al trote la suave pendiente del extremo más alejado del valle y siguieron avanzando a través de un hueco en las murallas de tierra y de un profundo foso seco hasta una entrada con portillo en un muro de piedra. Era un castillo muy seguro, con murallas, foso y muros de piedra, muy superior al del propio William y a muchos de los del rey.

Una torre del homenaje, maciza y cuadrada, de tres niveles, dominaba el patio interior y empequeñecía la iglesia de piedra que se alzaba a su lado.

William ayudó a su madre a desmontar. Dejaron a sus caballeros los caballos para que los llevaran a las cuadras y subieran los escalones que conducían al zaguán.

Era mediodía y los servidores de Waleran estaban preparando la mesa. Algunos de sus arcedianos, deanes, empleados y familiares, esperaban para almorzar. William y Regan aguardaron a su vez mientras un mayordomo subía a las habitaciones privadas del obispo para anunciarle su llegada.

William ardía por dentro comido de feroces celos. Aliena estaba enamorada y todo el Condado lo sabía. Había dado a luz a un hijo del amor y su marido la había arrojado de su casa. Con el bebé en brazos había ido en busca del hombre que amaba y lo había encontrado después de recorrer media cristiandad. La historia había corrido de boca en boca por todo el sur de Inglaterra. William se sentía enfermo de odio cada vez que la oía. Pero se le había ocurrido una manera de tomar venganza.

Les hicieron subir las escaleras y los invitaron a pasar a la cámara de Waleran. Lo encontraron sentado ante una mesa con Baldwin, que ya era arcediano. Los dos clérigos estaban contando dinero sobre un mantel a cuadros, colocando los peniques de plata en pilas de doce y moviéndolos de los cuadros negros a los blancos. Baldwin se puso en pie e hizo una inclinación ante Lady Regan. Luego se apresuró a recoger el mantel con las monedas.

Waleran, levantándose a su vez, se dirigió a un sillón que había junto al fuego. Se movía con rapidez, de modo semejante a una araña, y William sintió una vez más la vieja y familiar repugnancia. Pese a todo, decidió mostrarse untuoso. Recientemente había oído hablar de la espantosa muerte del conde de Hereford, que se había peleado con el obispo de Hereford y que había muerto en estado de excomunión. Su cuerpo había sido enterrado en tierra no consagrada. William temblaba aterrado cada vez que se imaginaba su propio cuerpo yaciendo en suelo no bendecido, vulnerable ante todos los diablos y monstruos que poblaban las entrañas de la tierra. Jamás se enfrentaría al obispo.

Waleran estaba tan pálido y flaco como siempre, y los ropajes negros colgaban de su cuerpo como la colada tendida en un árbol. Parecía como si nunca cambiara. William sabía que él sí que había cambiado. La comida y el vino eran sus principales placeres y cada año estaba algo más gordo a pesar de la vida activa que llevaba, de tal manera que la costosa cota de malla que hicieron para él al cumplir los veintiún años, hubo de ser sustituida por dos veces en los siete años siguientes.

Waleran acababa de regresar de York. Había estado fuera casi medio año.

—¿Habéis tenido éxito en vuestro viaje? —le preguntó William con deferencia.

—No —repuso Waleran—. El obispo Henry me envió allí para que tratara de resolver una disputa que ya dura cuatro años sobre quién ha de ser el arzobispo de York. Fracasé. La polémica sigue en pie.

William se dijo que cuanto menos se hablara de ello tanto mejor.

—Mientras habéis estado fuera, aquí ha habido muchos cambios. Especialmente en Kingsbridge —dijo.

—¿En Kingsbridge? —preguntó sorprendido Waleran—. Creí que ese problema había quedado resuelto de una vez por todas.

—Ahora tienen a la Madonna de las Lágrimas.

Waleran parecía irritado.

—¿De qué diablos hablas?

—Es una estatua de madera de la Virgen que llevan en procesión —contestó la madre de William—. En ciertos momentos, le brota agua de los ojos. La gente cree que es milagrosa.

—Es milagrosa —afirmó William—. ¡Una estatua que llora!

Waleran lo miró desdeñoso.

—Milagrosa o no, en los últimos meses ya la han visitado miles de personas —intervino de nuevo Regan—. Entretanto, el prior Philip ha empezado de nuevo a construir. Están reparando el presbiterio y poniendo un techo nuevo de madera. También han comenzado en el resto de la iglesia. Han cavado los cimientos para el crucero y han llegado de París algunos canteros nuevos.

—¿De París? —inquirió Waleran.

—Ahora están construyendo la iglesia al estilo de Saint-Denis, lo que quiera que eso sea —informó Regan.

Waleran hizo un ademán de asentimiento.

—Arcos ojivales. He oído hablar de ello.

A William le importaba un rábano cuál pudiera ser el estilo de la catedral de Kingsbridge.

—La cuestión es que algunos de los jóvenes que cuidan mis granjas se están yendo a Kingsbridge para trabajar como jornaleros, y que han vuelto a abrir los domingos el mercado de Kingsbridge quitándole negocios al de Shiring. ¡Y se repite la vieja historia! —dijo William mirando incómodo a los otros dos, al tiempo que se preguntaba si alguno de ellos sospecharía que él tuviera un motivo ulterior.

Pero ninguno parecía receloso.

—La peor equivocación que jamás he cometido ha sido la de ayudar a Philip a que fuera nombrado prior —dijo Waleran.

—Sencillamente van a tener que aprender que hay cosas que no pueden hacer —dijo William.

Waleran lo miró pensativo.

—¿Qué te propones?

—Entraré de nuevo a saco en la ciudad.

Y cuando lo haga, se dijo, *mataré a Aliena y a su amante.* Se quedó con la mirada fija en el fuego para no encontrarse con los ojos de su madre y evitar que leyera sus pensamientos.

—No estoy seguro de que puedas —dijo Waleran.

—Lo he hecho antes. ¿Por qué no habría de hacerlo de nuevo?

—La última vez tenías un buen motivo: la feria del vellón.

—Esta vez es el mercado. Tampoco para él les dio nunca permiso el rey Stephen.

—No es lo mismo. Philip tentó a su suerte al celebrar una feria del vellón y tú atacaste de inmediato. El mercado de los domingos hace ya seis años que se celebra en Kingsbridge y, de cualquier manera, se encuentra a veinte millas de Shiring y por lo tanto puede autorizarse.

William contuvo su ira. Hubiera querido decir a Waleran que dejara de comportarse como una débil vieja. Pero no daría resultado.

Mientras se tragaba su protesta, entró un mayordomo en la sala y permaneció en silencio junto a la puerta.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Waleran.

—Hay un hombre que insiste en veros, mi señor obispo. Su nombre es Jack Jackson. Un constructor de Kingsbridge. ¿Debo despedirle?

A William le latió el corazón con fuerza. Era el amante de Aliena.

¿Cómo aparecía ese hombre allí precisamente en el momento en que William proyectaba matarlo? Acaso tuviera poderes sobrenaturales.

William se sintió embargado por el temor.

—¿De Kingsbridge? —preguntó Waleran interesado.

—Es su nuevo maestro de obras, el que trajo la Madonna de las Lágrimas de España —informó Regan.

—Interesante —comentó Waleran—. Echémosle un vistazo. Hazle pasar —dijo al mayordomo.

William se quedó mirando la puerta con supersticioso terror.

Esperaba ver aparecer a un hombre alto, temible y con una gran capa negra, que le señalaría directamente a él con un dedo acusador. Pero al entrar Jack, William se sintió atónito ante su juventud. Jack no podría tener mucho más de veinte años. Tenía el pelo rojo y unos ojos azules y penetrantes que pasaron indiferentes por William, se detuvieron un instante en Regan, cuyas horribles marcas faciales llamaban la atención de

quienquiera que no estuviera familiarizado con ellas y se detuvieron finalmente en Waleran.

—Bien, mozo, ¿qué asuntos tienes conmigo? —preguntó Waleran con voz fría y altanera, habiendo percibido, al igual que William, la actitud rebelde del joven constructor.

—La verdad —respondió Jack—. ¿Cuántos hombres habéis colgado?

William aspiró con fuerza. Era una pregunta ofensiva e insolente.

Miró a los otros. Su madre estaba inclinada hacia delante mirando a Jack con el ceño fruncido, como si le hubiera visto antes e intentara recordar quién era. Waleran se mostraba fríamente divertido.

—¿Se trata acaso de una adivinanza? —preguntó al fin—. He visto más hombres ahorcados de los que tú puedes imaginar, y todavía es posible que haya otro si no te comportas con respeto.

—Hace veintidós años, vos presenciasteis en Shiring el ahorcamiento de un hombre llamado Jack Shareburg.

William oyó la exclamación ahogada de su madre.

—Era un juglar —siguió diciendo Jack—. ¿Lo recordáis?

William percibió que, de repente, el ambiente en la sala se había puesto tenso. En Jack Jackson debía haber algo aterradoramente sobrenatural para haber causado semejante efecto sobre su madre y sobre Waleran.

—Creo que tal vez lo recuerde —dijo Waleran.

William percibió en su voz la lucha por mantener el control. ¿Qué estaba pasando allí?

—Imagino que así es —dijo Jack, que se mostraba de nuevo insolente—. El hombre fue condenado por el testimonio de tres personas. Dos de ellas ya han muerto. La tercera sois vos.

Waleran asintió.

—Había robado algo del priorato de Kingsbridge..., un cáliz incrustado con piedras preciosas.

En los ojos azules de Jack apareció una mirada dura.

—No lo hizo.

—Yo mismo le cogí con el cáliz en su poder.

—Mentisteis.

Hubo una pausa. Al hablar Waleran de nuevo, lo hizo con tono tranquilo pero la expresión de su rostro era dura como el acero.

—Tal vez ordene que te arranquen la lengua por esto —dijo.

—Sólo quiero saber por qué lo hicisteis —dijo Jack corno si no hubiera oído aquella terrible amenaza—. Ahora podéis hablar con toda franqueza. William no representa amenaza alguna para vos y su madre parece estar ya al tanto de todo.

William miró a su madre. Era verdad, por su actitud parecía estar al corriente del asunto. Ahora ya William estaba absolutamente confundido. Parecía, aunque apenas se atrevía a abrigar aquella esperanza que, en realidad, la visita de Jack no tenía nada que ver con William y sus planes secretos para matar al amante de Aliena.

—¿Estás acusando al obispo de perjurio? —preguntó Regan a Jack.

—No repetiré públicamente la acusación —aseguró Jack con frialdad—. Carezco de pruebas y, de cualquier manera, no estoy interesado en vengarme. Sólo quisiera poder comprender por qué acusasteis a un hombre inocente.

—Sal de aquí —ordenó Waleran con tono glacial.

Jack asintió como si no esperara otra cosa. Aun cuando no hubiera obtenido respuesta a sus preguntas, en su cara campeaba una expresión de satisfacción como si sus sospechas hubieran sido confirmadas.

William seguía desconcertado por todas las cosas que se habían dicho.

—Espera un momento —le dijo.

Jack se volvió, ya ante la puerta, y se quedó mirándolo con aquellos ojos burlones.

—¿Por qué...? —William tragó, logrando dominar la voz—. ¿Por qué te interesa todo eso? ¿Por qué has venido aquí a hacer esas preguntas?

—Porque el hombre al que ahorcaron era mi padre —respondió Jack. Acto seguido abandonó la sala.

Se hizo el silencio en la habitación. De manera que el amante de Aliena, el maestro de obras de Kingsbridge era hijo de un ladrón que había sido ahorcado en Shiring. *Bueno, ¿y qué?*, se dijo William.

Pero madre parecía inquieta y Waleran realmente alterado.

—Esa mujer me ha acosado durante veinte años —dijo finalmente Waleran con amargura.

Habitualmente se mostraba tan cauto que William quedó asombrado al verle dar rienda suelta a sus sentimientos.

—Desapareció al derrumbarse la catedral —añadió Regan—. Pensé que jamás volveríamos a saber de ella.

—Ahora es su hijo quien viene a atormentarnos.

Había auténtico miedo en la voz de Waleran.

—¿Por qué no le enviáis aherrojado a la prisión por haberos acusado de perjurio? —preguntó William.

Waleran lo miró con desprecio.

—Tu hijo es un condenado estúpido, Regan —dijo por último.

William se dio cuenta entonces de que la acusación de perjurio debía ser cierta. Y si él era capaz de comprenderlo, igual podía hacer Jack.

—¿Está enterado alguien más? —preguntó.

—Antes de morir, el prior James confesó su perjurio a su prior, Remigius. Pero éste no representa peligro alguno, siempre ha estado de nuestra parte y en contra de Philip. La madre de Jack sabe algo sobre ello aunque no todo. De lo contrario, hace mucho tiempo que hubiera hecho uso de la información. Pero Jack ha viajado por muchas partes, tal vez haya descubierto algo que su madre no supiera.

A William se le ocurrió que aquella extraña historia del pasado podría utilizarla en provecho propio.

—Entonces matemos a Jack Jackson —dijo sin pensarlo dos veces.

Waleran desdeñoso negó con la cabeza.

—Eso sólo serviría para llamar la atención sobre él y sus acusaciones —dijo Regan.

William quedó decepcionado. Le había parecido casi providencial.

—No es necesario que sea así —dijo.

Se le había ocurrido una nueva idea.

Ambos le miraron escépticos.

—Jack puede resultar muerto sin llamar sobre él la atención —dijo William con empecinamiento.

—Este bien. Dinos cómo —le respondió Waleran.

—Puede morir durante un ataque a Kingsbridge.

A última hora de la tarde, Jack recorría el enclave de la construcción junto con el prior Philip; habían retirado los escombros del presbiterio, que fueron colocados en dos inmensos montones en la parte septentrional del recinto del priorato. Se habían instalado nuevos andamios y los albañiles estaban ya reconstruyendo los muros derrumbados. A lo largo de la enfermería había un gran montón de madera.

—Te mueves con rapidez —comento Philip.

—No todo lo deprisa que quisiera —repuso Jack.

Inspeccionaron los cimientos de los cruceros. Abajo, y en los profundos agujeros, había cuarenta o cincuenta trabajadores, cogiendo paladas de cieno y llenando baldes con él, mientras otros, a nivel del suelo, manipulaban el torno que sacaba los baldes de los agujeros. Cerca se habían apilado inmensos bloques de piedra toscamente cortada destinados a los cimientos.

Jack condujo a Philip a su propio taller. Era mucho más grande que lo que fue el cobertizo de Tom. Uno de los lados estaba completamente descubierto para tener buena luz. La mitad del terreno se hallaba ocupada por la zona de dibujos. Había colocado planchas sobre la tierra y, alrededor de ellas, un borde de madera, un par de pulgadas más alto que las propias

planchas, y vertido argamasa dentro de sus límites hasta colmar el marco hasta casi rebosar. Una vez la argamasa fraguada, resultaba bastante duro andar sobre ella, pero podían trazarse los dibujos con un pedazo de alambre de hierro, afilado en uno de los extremos hasta obtener una punta aguda. Allí era donde Jack dibujaba los detalles. Utilizaba compases, una regla de borde recto y un cartabón. El rasgueo de las marcas aparecía blanco y claro al trazarlo por primera vez; pero cambiaba en seguida a gris, lo que significaba que podían trazarse dibujos nuevos encima de los viejos sin que se produjeran confusiones. Era una idea que había recogido en Francia.

La mayor parte del resto de la cabaña estaba ocupada por el banco sobre el que Jack trabajaba la madera, haciendo las plantillas que mostrarían a los albañiles cómo esculpir la piedra. La luz había empezado a declinar, por lo que ya no trabajaría más con la madera.

Empezó a recoger sus herramientas.

—¿Qué es esto? —preguntó Philip cogiendo una plantilla.

—El plinto para la base de una columna.

—Preparas las cosas con mucha anticipación.

—Me muero de impaciencia por empezar a construir debidamente.

Por aquellos días, sus conversaciones eran tensas y se ceñían a los hechos.

Philip dejó la plantilla.

—He de irme a completas —dijo al tiempo que daba media vuelta.

—Y yo me iré a visitar a mi familia —dijo a su vez Jack con tono acre.

Philip se detuvo, se volvió como si fuera a hablar, pareció entristecido y, al final, se alejó.

Jack puso el candado a su caja de herramientas. Había sido una observación estúpida. Aceptó el trabajo en las condiciones impuestas por Philip, y ahora ya era inútil lamentarse. Pero se sentía constantemente furioso con el prior y no siempre era capaz de contenerse.

Abandonó el recinto del priorato entre dos luces y se encaminó a la pequeña casa del barrio pobre donde Aliena vivía con su hermano Richard. Al entrar Jack, Aliena sonrió feliz pero no se besaron. Ahora jamás se tocaban por miedo a excitarse y entonces habrían de separarse frustrados, o ceder a su deseo y correr el riesgo de que les sorprendieran rompiendo su promesa al prior Philip.

Tommy jugaba en el suelo. Tenía ya año y medio y su manía por entonces era poner cosas unas encima de otras. Tenía delante de él cuatro o cinco cuencos de cocina, y colocaba incansable los pequeños dentro de los mayores, intentando luego meter los más grandes dentro de los pequeños. A Jack le llamó poderosamente la atención la idea de que Tommy no supiera, de

manera instintiva, que un cuenco grande no podía meterse dentro de otro pequeño. Eso era algo que los seres humanos habían de aprender. Tommy luchaba con relaciones de espacio, al igual que lo hacía Jack cuando intentaba visualizar algo, como la forma de una piedra en una bóveda ojival.

Jack se sentía fascinado por Tommy y también inquieto por él.

Hasta entonces, nunca se había preocupado por sus posibilidades para encontrar trabajo, por conservarlo y ganarse la vida. Se había lanzado a cruzar Francia sin pensar ni por un momento en que podía verse en la miseria y morir de hambre. Pero ahora precisaba seguridad. La necesidad de proteger a Tommy era mucho más imperiosa que la de cuidar de sí mismo. Por primera vez en su vida tenía responsabilidad.

Aliena puso sobre la mesa una jarra de vino y pan de especias, y se sentó luego enfrente de Jack. Dio a Tommy un trozo de bizcocho, pero el niño no tenía hambre y empezó a tirarlo en migajas por el suelo.

—Me hace falta más dinero, Jack —dijo Aliena.

Jack se mostró sorprendido.

—Te doy doce peniques a la semana. Y sólo gano veinticuatro.

—Lo siento —se excusó ella—. Tú vives solo... no necesitas tanto.

Jack pensó que aquello no era razonable.

—Pero un jornalero gana tan sólo seis peniques semanales y algunos de ellos tienen cinco o seis hijos.

Aliena parecía enojada.

—No sé cómo se las arreglan las mujeres de los jornaleros para llevar su casa. Nunca me enseñaron. Y no gasto en mí un solo penique. Pero tú cenas aquí todas las noches. Y además está Richard...

—Bien, ¿qué pasa con Richard? —dijo Jack enfadado—. ¿Por qué no se gana la vida?

Jack pensaba que Aliena y Tommy ya eran carga suficiente para él.

—Que yo sepa Richard no es responsabilidad mía.

—Bueno, lo es mía —respondió Aliena con calma—. Cuando me aceptaste a mí también le aceptaste a él.

—No recuerdo haberlo hecho —dijo furioso.

—No te enfades.

Era demasiado tarde. Jack ya estaba enfadado.

—Richard tiene veintitrés años, dos más que yo. ¿Cómo es que soy yo quien le mantiene? ¿Por qué he de comer yo sólo pan de desayuno y pagar por el bacón de Richard?

—Verás, estoy otra vez encinta.

—¿Cómo?

—Voy a tener otro bebé.

El enfado de Jack se desvaneció como por ensalmo. Le cogió la mano.

—¡Es maravilloso!

—¿Estás contento? —le preguntó Aliena—. Tenía miedo de que te enfadaras.

—¡Enfadarme! ¡Estoy emocionado! No llegué a conocer a Tommy de recién nacido y ahora descubriré lo que me había perdido.

—¿Pero qué me dices de la nueva responsabilidad? ¿Y del dinero?

—Al diablo con el dinero. Sólo es que estoy malhumorado porque nos vemos obligados a vivir separados. Tenemos mucho dinero. ¡Pero otro bebé! Espero que sea una niña. —Entonces recordó algo y frunció el ceño—. Pero... ¿cuándo?

—Debe de haber sido antes de que el prior Philip nos hiciera vivir aparte.

—Debió de ser la víspera de Todos Santos. ¿Recuerdas aquella noche? Me hiciste cabalgar como a un caballo... —Hizo una mueca.

—Lo recuerdo —repuso Aliena ruborizándose.

Jack la miró con cariño.

—Me gustaría hacerlo ahora.

—A mí también —repuso ella sonriendo.

Se cogieron las manos por encima de la mesa.

En aquel momento entró Richard.

Abrió de golpe la puerta y entró, muerto de calor y polvoriento, llevando de las riendas un caballo cansado.

—Tengo malas noticias —exclamó jadeante.

Aliena cogió a Tommy del suelo para evitar los cascos del caballo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jack.

—Mañana hemos de irnos todos de Kingsbridge —dijo Richard.

—¿Pero por qué?

—El domingo William Hamleigh va a incendiar de nuevo la ciudad.

—¡No! —exclamó Aliena horrorizada.

Jack se quedó de hielo. Revivía la escena de tres años atrás cuando los jinetes de William asaltaron la feria del vellón con sus antorchas ardiendo y sus brutales trancas. Recordó el pánico, los chillidos y el olor a carne quemada. Volvió a ver el cuerpo de su padrastro con la frente destrozada. Se sentía realmente enfermo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó a Richard.

—Había ido a Shiring y vi a algunos de los hombres de William comprando armas en la tienda del armero...

—Eso no significa...

—Hay más. Los seguí hasta una cervecería y escuché su charla. Uno de ellos preguntaba qué defensas tenía Kingsbridge y otro le contestó que ninguna.

—¡Santo Dios! Así es —exclamó Aliena.

Miró a Tommy y se llevó la mano al vientre donde estaba creciendo su nuevo hijo. Levantó los ojos y se encontró con los de Jack.

Ambos pensaban lo mismo.

—Más tarde entré en conversación con algunos de los más jóvenes que no me conocen —siguió diciendo Richard—. Les hablé de la batalla de Lincoln y de cosas parecidas y dije que estaba buscando a alguien junto a quien luchar. Me contestaron que fuera a Earlcastle, pero que había de ser hoy porque partían mañana y la batalla se libraría el domingo.

—¡El domingo! —musitó Jack atemorizado.

—Cabalgué hasta Earlcastle a fin de asegurarme.

—Eso fue peligroso, Richard —le respondió Aliena.

—Estaban claros todos los indicios. Mensajeros que iban y venían, gentes afilando las armas, ejercitando a los caballos, limpiando las tachuelas... No cabe la menor duda. Ni las maldades más monstruosas satisfarían al diabólico William... Siempre intenta superarse —acabó diciendo Richard con voz rebosante de odio. Se llevó la mano a la oreja derecha y rozó la vieja cicatriz, con un inconsciente gesto nervioso.

Jack estudió por un instante a Richard. Era un haragán y un botarate, pero había un extremo en el que podía confiarse en su juicio: lo militar. Si decía que William estaba planeando una incursión, había que considerar casi seguro que tenía razón.

—Es una verdadera catástrofe —musitó Jack casi para sí.

En aquellos momentos, Kingsbridge estaba empezando a recuperarse de su hundimiento. Hacía tres años que prendieron fuego a la feria del vellón, y dos del derrumbamiento de la catedral sobre los fieles. Y ahora esto. La gente diría que de nuevo planeaba la mala suerte sobre Kingsbridge. Incluso si mediante la huida lograran evitar el derramamiento de sangre, Kingsbridge quedaría arruinada. Nadie querría vivir allí, acudir al mercado o trabajar en la ciudad. Hasta podría llegar a interrumpirse la construcción de la catedral.

—Hemos de ir a decírselo al prior Philip..., ahora mismo.

Jack se mostró de acuerdo.

—Los monjes estarán cenando. En marcha.

Aliena cogió a Tommy. Todos subieron presurosos la colina en dirección al monasterio, bajo el crepúsculo vespertino.

—Cuando la catedral esté terminada podrán celebrar el mercado en su interior. Eso lo protegerá de las incursiones —dijo Richard.

—Pero entre tanto necesitamos los ingresos del mercado para terminar la catedral —repuso Jack.

Richard, Aliena y Tommy esperaron fuera mientras Jack entraba en el refectorio. Un monje joven estaba leyendo en voz alta en latín mientras los demás comían en silencio. Jack reconoció un pasaje terrible del Libro del Apocalipsis. Permaneció en pie, en el umbral y buscó con la mirada a Philip. Éste se mostró sorprendido de verle, pero se levantó de la mesa y fue derecho hacia él.

—Malas noticias —dijo Jack ceñudo—. Dejaré que Richard os las comunique.

Hablaron entre las sombras cavernosas del presbiterio reparado.

Richard dio a Philip los detalles en pocas palabras.

—¡Pero si no celebramos una feria del vellón..., sólo un pequeño mercado! —exclamó Philip cuando Richard hubo terminado.

—Al menos tenemos la oportunidad de evacuar mañana la ciudad. Nadie resultará herido. Y podemos reconstruir nuestras casas como lo hicimos la última vez —sugirió Aliena.

—A menos que William decida ir a la caza de los evacuados —advirtió Richard ceñudo—. De él no me extrañaría.

—Incluso si todos nosotros logramos escapar creo que esto sería el fin del mercado —dijo Philip con gran tristeza—. Después de una cosa así, la gente no se atreverá a instalar puestos en Kingsbridge.

—Y puede significar el fin de la catedral —apuntó Jack—. En los últimos diez años, la iglesia se ha quemado una vez y se ha derrumbado otra. Muchos albañiles murieron al arder la ciudad. Un desastre más y sería el último, creo yo. La gente diría que trae mala suerte.

Philip parecía agobiado. Jack pensaba que todavía no había cumplido los cuarenta y sin embargo su cara empezaba a estar surcada de arrugas y su pelo era ya más gris que negro.

—No voy a aceptarlo. Creo que no es la voluntad de Dios —dijo con una mirada peligrosa en sus claros ojos azules.

Jack se preguntaba de qué estaría hablando. ¿Cómo podía "no aceptarlo"? Era como si los pollos dijeran que se negaban a aceptar al zorro, como si pudieran influir en ello.

—Entonces, ¿qué vais a hacer? —preguntó Jack escéptico—. ¿Rezar para que William se caiga esta noche de la cama y se rompa el cuello?

Richard se mostró excitado ante la idea de resistencia.

—¡Luchemos! —exclamó—. ¿Por qué no? Nosotros somos centenares, William traerá cincuenta hombres, cien todo lo más... Podemos ganar sólo por ser más numerosos.

—¿Y cuántos de los nuestros morirán? —protestó Aliena.

Philip negaba con la cabeza.

—Los monjes no luchan —dijo pesaroso—. Y no puedo pedir al pueblo que dé su vida cuando yo no estoy dispuesto a arriesgar la mía propia.

Philip miró a Richard, que era lo que tenían más a mano con experiencia militar.

—¿Hay alguna manera de que podarnos defender la ciudad sin una batalla frente a frente?

—Ninguna en una ciudad que no esté amurallada —repuso Richard—. No tenemos nada que oponer al enemigo salvo cuerpos.

—Ciudad amurallada —dijo Jack pensativo.

—Podemos desafiar a William a que resuelva la situación en combate individual, una lucha entre campeones. Pero no creo que lo aceptara.

—¿Las murallas servirían? —inquirió Jack.

—Podrían salvarnos en otro momento; pero no ahora. No podemos construir murallas de la noche a la mañana.

—¿Tú crees?

—Claro que no, no seas...

—Cállate, Richard —le ordenó Philip imperioso. Miró esperanzado a Jack—. ¿Qué estás pensando?

—Un muro no es tan difícil de construir.

—Sigue.

La mente de Jack era un torbellino. Los demás le escuchaban conteniendo aliento.

—No hay arcos, ni bóvedas, ni ventanas ni tejado... Un muro puede construirse en una noche si se dispone de hombres y materiales.

—¿Con qué lo construiríamos?

—Mirad a vuestro alrededor. Aquí hay bloques de piedra debidamente cortados destinados a los cimientos —dijo Jack—. Hay madera almacenada que supera la altura de una casa. Y, en el cementerio, hay montones de escombros del derrumbamiento. Abajo, en la orilla del río, hay también muchísima piedra traída de la cantera. Los materiales no escasean.

—Y la ciudad está llena de constructores —añadió Philip.

Jack asintió.

—Los monjes pueden ocuparse de la organización, los constructores del trabajo especializado y, como jornaleros, disponemos de toda la población de la ciudad. —Sus pensamientos se precipitaban vertiginosos—. La muralla habrá de extenderse a todo lo largo de esta orilla del río. Desmantelaremos el puente. Luego, habremos de hacer subir el muro colina arriba a todo lo largo del barrio pobre hasta que llegue a unirse al muro este del priorato... por

fuera hacia el Norte y luego colina abajo, hasta llegar de nuevo a la orilla del río. No sé si habrá bastante piedra para todo eso.

—No es preciso que sea de piedra para que resulte efectiva —dijo Richard—. Un sencillo foso con un terraplén de tierra construido con cieno extraído del foso hará el mismo efecto, especialmente en un lugar donde el enemigo ha de atacar cuesta arriba.

—Pero en piedra aún será mejor —insistió Jack.

—Sí que sería mejor, aunque no esencial. El objeto de una muralla es el de retrasar todo lo posible al enemigo mientras se encuentra en posición peligrosa y permitir al defensor bombardearle debidamente protegido.

—¿Bombardearle? —preguntó Aliena—. ¿Con qué?

—Piedras, aceite hirviendo, flechas... En la mayoría de los hogares de la ciudad hay un arco.

—Así que, después de todo, tendremos que acabar peleando —dijo Aliena estremeciéndose.

—Pero no cuerpo a cuerpo. No del todo.

Jack se sentía atormentado. Lo más seguro era que todos se refugiaran en el bosque con la esperanza de que William quedara satisfecho con el incendio de la ciudad. Pero incluso entonces corrían el riesgo de que él y sus hombres fueran en persecución de la gente. ¿Sería mayor el peligro si se quedaran allí detrás de una muralla? Si algo fuera mal y William y sus huestes encontraran una manera de romper el muro, la carnicería sería aterradora. Jack miró a Tommy y a Aliena y pensó en el nuevo ser que crecía en las entrañas de ésta.

—Hay una solución intermedia —dijo—. Podríamos evacuar a las mujeres y los niños y quedarnos los hombres a defender las murallas.

—No, gracias —respondió Aliena con tono firme—. Eso sería lo peor del mundo. No tendríamos murallas y tampoco hombres que lucharan por nosotras.

Jack comprendió que llevaba razón. Las murallas de nada servirían sin gente que las defendiera y no se podía dejar en el bosque, indefensas, a las mujeres y a los niños. Era posible que William dejara tranquila la ciudad y se encarnizara con las mujeres.

—Tú eres el constructor, Jack —dijo Philip—. ¿Podemos levantar una muralla en un día?

—Nunca he construido una muralla —respondió Jack—. Naturalmente no se puede ni hablar de dibujo de planos. Habremos de asignar en cada sección a un artesano y que actúe según su mejor criterio. La argamasa apenas se habrá secado para el domingo por la mañana. Será la muralla peor construida de Inglaterra. Pero, sí, podemos hacerla.

Philip se volvió hacia Richard.

—Tú has presenciado batallas. ¿Podremos contener a William si levantamos una muralla?

—Desde luego —repuso Richard—. Vendrá preparado para una incursión relámpago, no para un asedio. Si se encuentra con una ciudad fortificada no habrá nada que pueda hacer.

Finalmente Philip miró a Aliena.

—Tú eres una de las personas vulnerables, con un hijo al que proteger. ¿Qué piensas? ¿Deberíamos huir al bosque y esperar que William no venga detrás de nosotros o quedarnos y construir una muralla para evitar que entre?

Jack contuvo el aliento.

—No es una cuestión de seguridad —contestó Aliena al cabo de una pausa—. Vos, Philip, habéis dedicado vuestra vida a este priorato. Para ti, Jack, la catedral es tu sueño. Si huimos perderéis todo por cuanto habéis vivido. En lo que a mí se refiere... Tengo una razón especial para querer que sea dominado el poder de William Hamleigh. Yo digo que nos quedemos.

—Muy bien —decidió Philip—. Construiremos una muralla.

Al caer la noche, Jack, Richard y Philip recorrieron los límites de la ciudad con linternas para decidir por dónde habría de ir la muralla.

La ciudad se levantaba sobre una colina baja, serpeando el río por ambos lados de ella. Las riberas eran demasiado blandas para soportar una muralla de piedra sin unos buenos cimientos, de manera que Jack propuso construir allí una cerca de madera. Ello satisfizo plenamente a Richard. El enemigo no podía atacar la cerca salvo desde el río, lo que era casi imposible.

En los otros dos lados, algunos trozos de muralla serían simplemente terraplenes de tierra con un foso. Richard declaró que ello resultaría efectivo allí donde hubiera pendiente y el enemigo se viera obligado a atacar colina arriba. Sin embargo, donde el suelo estaba nivelado, la muralla habría de ser de piedra. Jack recorrió luego la aldea, reuniendo a sus constructores. Los sacó de sus casas, y a algunos de sus camas, y se los llevó a la cervecería. Les expuso la situación y les explicó la manera en que la ciudad iba a solventarla. Luego, acompañado por ellos, recorrió los límites de la ciudad asignando a cada hombre un sector de la muralla. La construida en madera a los carpinteros, la de piedra a los albañiles y los terraplenes a los aprendices y jornaleros. Pidió a cada uno de aquellos hombres que dejaran marcada su sección con estacas y cordel antes de irse a la cama y que reflexionaran antes de dormirse en cómo la iban a construir. Pronto quedó marcado el perímetro de la ciudad por una línea de puntos de luces parpadeantes, al ir señalizando los artesanos su zona al resplandor de las linternas. El herrero encendió su

fuego y se dispuso a pasar el resto de la noche haciendo azadas. Aquella desusada actividad, después de oscurecido, perturbó los rituales del sueño de muchos de los ciudadanos, y los artesanos pasaron mucho tiempo explicando lo que estaban haciendo a preguntones adormilados.

Sólo los monjes, que se habían ido a la cama al caer la tarde, durmieron en la más bienaventurada ignorancia. Pero a media noche, cuando los artesanos terminaban ya con sus preparativos y la mayoría de los ciudadanos se habían retirado, aunque sólo fuera para hablar de las noticias con excitados murmullos debajo de las sábanas, se despertó a los monjes. Los oficios fueron breves y se les dio pan y cerveza en el refectorio mientras Philip les ponía al corriente de lo que sucedía. Al día siguiente, habían de ser los organizadores. Se les dividió en equipos. Cada uno de ellos trabajaría para un constructor. Recibirían órdenes de él y vigilarían las operaciones de excavación, extracción, recogida y transporte. Philip hizo resaltar que su principal objetivo era el de asegurarse de que el constructor tuviera en todo momento el necesario suministro de cuantos materiales necesitara, piedras, argamasa, madera y herramientas.

Mientras Philip hablaba, Jack se estaba preguntando qué estaría haciendo William Hamleigh. Earlcastle se hallaba a una dura jornada de Kingsbridge. Pero William no intentaría hacerla en un día, ya que, en tal caso, su ejército llegaría exhausto. Se pondrían en marcha esa mañana a la salida del sol. No cabalgarían todos juntos sino separados y disimulando sus armas y armaduras durante el viaje para evitar que cundiera la alarma. Por la tarde, se reunirían con discreción en alguna parte, a una o dos horas de Kingsbridge, probablemente en la hacienda de alguno de los principales arrendatarios de William. Por la noche beberían cerveza, afilarían sus armas y se contarían unos a otros historias espeluznantes de triunfos anteriores, jóvenes mutilados, ancianos pateados bajo los cascos de los caballos de guerra, muchachas violadas y mujeres sodomizadas, niños degollados y bebés ensartados con las puntas de las espadas mientras que sus madres chillaban angustiadas. Y luego, a la mañana siguiente atacarían. Jack se estremeció de horror. *Pero esta vez vamos a detenerlos*, se dijo

A pesar de todo, tenía miedo.

Cada equipo de monjes localizó su propio trecho de muro y su fuente de materiales. Después, con los primeros albores en el horizonte oriental, se dirigieron al barrio que les estaba asignado; llamaban a las puertas y despertaban a sus moradores mientras la campana del monasterio tañía apremiante.

Al salir el sol, la operación ya estaba del todo en marcha. Los hombres y mujeres jóvenes trabajaban, mientras que los de más edad proporcionaban

comida y bebida y los niños hacían encargos y llevaban mensajes. Jack recorría sin cesar el enclave, observando ansioso los progresos. Al que mezclaba la argamasa le aconsejó que utilizara menos cal viva, para que fraguara mejor. Vio a un carpintero haciendo la cerca con tablas de andamios y dijo a sus jornaleros que utilizaran madera cortada de un montón diferente. Se aseguró de que las distintas secciones de la muralla quedaran unidas entre sí con limpieza. Bromeaba, sonreía y alentaba a la gente.

El sol estaba ya alto en el claro cielo azul. Se preparaba un día caluroso. La cocina del priorato suministraba barriles de cerveza; pero Philip ordenó que la aclararan con agua, con lo que Jack estuvo de acuerdo porque, cuando la gente trabajaba duro, solían beber mucho con aquel tiempo y no quería correr el riesgo de que se quedaran dormidos.

A pesar del horroroso peligro que les amenazaba, había un incongruente ambiente de júbilo. Se sentían como en fiestas, cuando en la ciudad todos hacían algo juntos: cocer el pan en época de San Pedro Encadenado, el primero de agosto, o hacer flotar velas río abajo en la noche de San Juan. La gente parecía olvidar el peligro que era motivo de su actividad. Sin embargo, Philip observó que algunas personas abandonaban discretamente la ciudad. Tal vez pensaran probar suerte en el bosque; aunque lo más probable sería que tuvieran en aldeas cercanas parientes que los acogieran. Pero casi todos se quedaron.

A mediodía, Philip volvió a tocar la campana y el trabajo se suspendió para almorzar. Mientras los trabajadores comían, el prior, en compañía de Jack, realizó un recorrido por el muro. Pese a toda aquella actividad no parecía que hubiesen hecho mucho. Los muros de piedra sólo alcanzaban el nivel del suelo, los terraplenes de tierra no eran más que montículos bajos, y había grandes brechas en la cerca de madera.

—¿Lo acabaremos a tiempo? —preguntó Philip al finalizar la inspección.

Jack, que durante toda la mañana se había esforzado por parecer animado y optimista, en aquel momento se vio obligado a formular una opinión realista.

—Desde luego que no, si continuamos a este ritmo —contestó desalentado.

—¿Qué podemos hacer para acelerar las cosas?

—La manera habitual de construir más deprisa suele ser construir mal.

—Entonces construyamos mal. ¿Pero cómo?

Jack reflexionó un instante.

—Por el momento, tenemos albañiles levantando muros, carpinteros construyendo cercas, jornaleros haciendo terraplenes y a los ciudadanos llevando y trayendo materiales. Pero la mayoría de los carpinteros pueden

construir un muro liso y también la mayoría de los jornaleros saben levantar una cerca. Además, podemos dejar que los habitantes de la ciudad caven el foso y arrojen la tierra a los terraplenes. Y tan pronto como la operación esté encaminada, los monjes más jóvenes pueden dar de lado la organización y empezar ellos mismos a trabajar.

—Muy bien.

Al terminar la gente de comer, se les transmitieron las nuevas órdenes. Jack se dijo que aquélla no sólo iba a ser la muralla peor construida de Inglaterra, sino que probablemente también la de vida más corta. Sería un verdadero milagro si toda ella seguía en pie al cabo de una semana.

Al llegar la tarde, la gente empezaba a sentirse cansada, en especial aquellos que habían estado levantados toda la noche. Se desvaneció el ambiente festivo y los trabajadores se concentraron con ahínco en la dura tarea. Los muros de piedra fueron adquiriendo altura, el foso se hizo más profundo y las brechas en la cerca empezaron a cerrarse. Cuando el sol comenzaba a descender por la línea occidental del horizonte, suspendieron el trabajo para cenar y luego empezaron de nuevo.

Al caer la noche, todavía no estaba terminada la muralla.

Philip estableció una vigilancia, ordenó a todo el mundo, salvo a los guardianes, que durmieran unas horas y dijo que tocaría la campana a media noche. Los agotados ciudadanos fueron a acostarse.

Jack se dirigió a casa de Aliena. Richard y ella estaban todavía despiertos.

—Quiero que vayas a ocultarte a los bosques con Tommy —dijo Jack a Aliena.

Aquella idea le había estado rondando todo el día. En un principio la rechazó; pero, a medida que pasaba el tiempo, seguía volviendo a su mente el espantoso recuerdo del día en que William prendiera fuego a la feria del vellón, y finalmente decidió alejarla de allí.

—Prefiero quedarme —contestó ella con firmeza.

—No sé si esto resultará, Aliena, y no quiero que estés aquí si William Hamleigh logra atravesar la muralla.

—Pero no puedo irme cuando lo estás organizando de manera para que todos se queden y luchen —alegó tratando de razonar con él.

Pero a Jack había dejado de preocuparle lo que fuera o no razonable.

—Si te vas ahora no se enterarán.

—Al final se darán cuenta.

—Para entonces todo habrá terminado.

—Piensa en el baldón.

—¡Al diablo con el baldón! —gritó, fuera de sí al no ser capaz de encontrar las palabras que lograran convencerla—. ¡Lo que quiero es que estés a salvo!

Su tono iracundo despertó a Tommy que rompió a llorar. Aliena lo cogió en brazos y empezó a mecerlo.

—Ni siquiera estoy segura de que me encuentre a salvo en el bosque —dijo.

—William no buscará en el bosque. Lo que le interesa es la ciudad.

—Quizás esté interesado en mí.

—Puedes ocultarte en tu cañada. Allí nunca va nadie.

—William puede encontrarla por casualidad.

—Escúchame. Estarás más segura que aquí. Lo sé bien.

—De todas maneras quiero quedarme.

—Y yo no quiero que te quedes —respondió Jack con dureza.

—Bien, pues a pesar de todo me quedo —afirmó Aliena con una sonrisa, haciendo caso omiso de su deliberada rudeza.

Jack contuvo una maldición. No había forma de discutir con ella una vez que había decidido algo. Era más tozuda que una mula.

Cambiando de táctica empezó a suplicarle.

—Estoy asustado, Aliena, por lo que pueda ocurrir mañana.

—Yo también lo estoy —confesó ella—. Y creo que debemos de estarlo juntos.

Jack sabía que debería ceder de buen grado, pero estaba demasiado preocupado.

—¡Maldita sea! —exclamó furioso.

Y salió airado de la casa.

Permaneció en pie afuera, aspirando el aire de la noche. Al cabo de unos momentos recobró la serenidad. Seguía estando preocupadísimo; pero era estúpido enfadarse con ella. Ambos podían morir a la mañana siguiente.

Entró de nuevo en la vivienda. Aliena seguía en pie donde la había dejado. Se la veía triste.

—Te quiero —dijo Jack.

Se abrazaron y permanecieron así durante largo rato.

Cuando volvió a salir, la luna estaba alta. Procuró calmarse con la idea de que tal vez Aliena tuviera razón, que iba a estar más segura allí que en los bosques. Al menos así podría saber si se encontraba en dificultades y hacer cuanto estuviera a su alcance para protegerla.

Sabía que aunque se fuera a la cama no podría dormir. Tenía el estúpido temor de que todos se quedaran dormidos pasada la medianoche y que nadie se despertara hasta la madrugada, con la llegada de los hombres de William

pasando a la gente a cuchillo e incendiándolo todo. Caminó sin parar alrededor de la ciudad. Era extraño. Hasta ese momento Kingsbridge nunca había tenido perímetro. Los muros de piedra llegaban a la cintura, lo que no era suficiente. Las cercas eran altas pero todavía tenían brechas que un centenar de hombres podrían atravesar a caballo en cuestión de minutos. Los terraplenes de tierra no eran lo suficientemente altos para impedir que un buen caballo los superara. Todavía quedaba mucho por hacer.

Se detuvo en el lugar donde estuvo el puente. Lo habían desmontado por piezas y almacenado éstas en el priorato. Miró más allá del agua iluminada por la luna. Vio acercarse una figura borrosa a lo largo de la cerca de madera y sintió un estremecimiento de aprensión supersticiosa. Pero no era otra persona que el prior Philip, tan imposibilitado de dormir como él.

En aquellos instantes, el resentimiento que Jack sentía contra Philip había sido superado por la amenaza de William, y el joven no se sentía antagónico frente al prior.

—Si sobrevivimos a esto, habremos de reconstruir la muralla palmo a palmo —dijo.

—Estoy de acuerdo —respondió Philip con fervor—. Hemos de encaminar nuestros esfuerzos a tener en un año una muralla de piedra en derredor de la ciudad.

—Justo aquí, donde el puente cruza el río, pondría una puerta y una barbacana, para mantener a la gente afuera sin necesidad de desmontar el puente.

—La organización de la defensa de una ciudad no es una cosa en la que los monjes seamos duchos.

Jack asintió. Se suponía que no debían participar en tipo alguno de violencia.

—Pero si vos no lo organizáis, ¿quién lo hará?

—¿Qué me dices de Richard, el hermano de Aliena?

A Jack le sobresaltó la idea; pero tras un momento de reflexión comprendió que era muy inteligente.

—Le vendría como anillo al dedo. Lo mantendría apartado de la ociosidad y además yo no habría de mantenerlo durante más tiempo —reconoció entusiasmado, y miró a Philip con reticente admiración—. Jamás os detenéis, ¿verdad?

Philip se encogió de hombros.

—Quisiera que todos nuestros problemas se resolvieran con la misma facilidad.

Jack volvió a referirse al muro.

—Supongo que ahora Kingsbridge será una ciudad fortificada por siempre jamás.

—No por siempre, pero sí hasta que Jesús venga de nuevo.

—Nunca se sabe —respondió Jack—. Puede llegar día en que salvajes como William Hamleigh no estén en el poder, que las leyes protejan a la gente corriente en lugar de esclavizarla, y que el rey imponga la paz en lugar de la guerra. Pensad en ello. Un día en que en Inglaterra, las ciudades no necesiten murallas.

Philip movió la cabeza.

—¡Qué imaginación! —dijo—. No ocurrirá hasta el día del Juicio Final.

—Supongo que no.

—Debe ser casi medianoche. Hora de volver a empezar.

—Philip, antes de que os vayáis.

—Dime.

Jack aspiró hondo.

—Todavía estamos a tiempo de cambiar los planes. Podemos evacuar ahora la ciudad.

—¿Tienes miedo, Jack? —preguntó Philip aunque sin ánimo de molestar.

—Sí. Pero no por mí. Por mi familia.

El prior hizo un ademán de asentimiento.

—Míralo de esta manera. Si ahora os vais, puede ser que estéis a salvo mañana. Pero William volverá cualquier otro día. Si ahora le dejamos salirse con la suya, siempre viviremos atemorizados. Tú, yo, Aliena y también el pequeño Tommy. Crecerá con el temor a William o a otro como él.

Tiene razón, se dijo Jack. *Si los niños como Tommy han de crecer libres, sus padres tienen que dejar de huir de William.*

Jack suspiró.

—Muy bien.

Philip se fue a hacer sonar la campana. Jack se dijo que era un gobernante que mantenía la paz, impartía justicia y no oprimía bajo su férula a la gente pobre. Pero, en realidad, ¿hay que ser célibe para hacer todo eso?

La campana empezó a tañer. Las lámparas se encendieron en las casas cerradas. Y los artesanos salieron a trompicones, restregándose los ojos y bostezando. Empezaron a trabajar con lentitud y hubo intercambios malhumorados con los jornaleros. Pero Philip tenía en marcha el horno del priorato y pronto hubo pan caliente y mantequilla fresca con lo cual se levantaron los ánimos.

De amanecida, Jack hizo otro recorrido con Philip. Ambos avizoraron ansiosos el horizonte, a fin de descubrir algún indicio de jinetes. Estaba casi terminada la cerca a orillas del río, con todos los carpinteros trabajando

juntos para cubrir las últimas yardas. En los otros dos lados, los terraplenes de tierra alcanzaban ya la altura de un hombre y, en el exterior, la profundidad del foso la superaba en tres o cuatro pies. Un asaltante podría trepar con dificultad pero habría de desmontar de su caballo. La muralla había alcanzado también la altura de una persona; pero las tres o cuatro últimas hiladas de piedra adolecían de flojedad, ya que la argamasa no había llegado a fraguar. Sin embargo, el enemigo no se enteraría de ello hasta que intentara escalar la muralla; podía llegar incluso a desconcertarles.

Aparte de aquellas pocas brechas en la cerca de madera, el trabajo estaba terminado y Philip dio nuevas órdenes. Los hombres de más edad y los niños irían al monasterio y se refugiarían en el dormitorio.

Jack se sintió complacido. Aliena tendría que quedarse con Tommy y los dos estarían bien detrás de la primera línea. Los artesanos tenían que seguir con la construcción, pero algunos de sus jornaleros se convertirían en escuadrones militares bajo el liderazgo de Richard.

Cada grupo tendría a su responsabilidad la sección de muralla que hubiera construido. Aquellos ciudadanos, hombres y mujeres que poseyeran arcos, habían de estar preparados en los muros para lanzar flechas contra los agresores. Quienes no dispusieran de armas, lanzarían piedras y habrían de tener grandes montones de ellas preparados. Agua hirviendo era otra arma útil, y los calderos se mantenían calientes y dispuestos a ser arrojados sobre los atacantes desde puntos estratégicos. Varios ciudadanos eran dueños de espadas; pero éstas eran armas menos útiles. Si se llegaba a la lucha cuerpo a cuerpo, sería señal de que el enemigo había entrado y entonces la construcción de la muralla habría sido en vano.

Jack se había mantenido despierto durante ocho horas seguidas.

Le dolía la cabeza y tenía los ojos nublados. Se sentó sobre el tejado de barda de una casa cercana al río y miró a través de los campos mientras los carpinteros se apresuraban a terminar la cerca. De repente, pensó que era posible que los hombres de William dispararan flechas encendidas por encima de la muralla en un intento de prender fuego a la ciudad sin saltar el muro. Con ademán cansino se levantó del tejado y subió por la colina hasta el recinto del priorato. Allí descubrió que a Richard se le había ocurrido la misma idea y ya había hecho que algunos de los monjes prepararan barriles de agua, así como baldes en puntos estratégicos alrededor de los límites exteriores de la ciudad.

Estaba a punto de abandonar el priorato cuando oyó lo que parecían voces de alarma.

Con el corazón palpitante trepó como pudo al tejado de la cuadra y miró hacia el oeste. En el camino que conducía hasta el puente, a una milla más o

menos, una nube de polvo revelaba el acercamiento de un grupo numeroso de jinetes. Hasta ese momento, todo había tenido un elemento de irrealidad. Pero en aquellos instantes los hombres dispuestos a incendiar Kingsbridge estaban ya allí, cabalgando por el camino y, de súbito, el peligro era espantosamente real.

Jack sintió una necesidad apremiante de ver a Aliena, pero no había tiempo. Saltó del tejado y corrió colina abajo hasta la orilla del río. Había un grupo de hombres delante de la última brecha. Mientras Jack miraba, hincaron las estacas en el suelo, tapando el hueco y clavaron presurosos las dos últimas trabazones a la parte interior, acabando así el trabajo. La mayoría de los ciudadanos se encontraban allí, aparte de aquellos que habían buscado refugio en el refectorio.

Momentos después de haber llegado Jack, lo hizo Richard corriendo al tiempo que gritaba:

—¡No hay nadie al otro lado de la ciudad! ¡Puede haber un segundo grupo introduciéndose por detrás de nosotros! ¡Volved a vuestros puestos! ¡Rápido! —Mientras empezaban a alejarse, dijo a Jack entre dientes—: ¡No hay disciplina! ¡No hay ninguna disciplina!

Jack veía a través de los campos cómo se acercaba la nube de polvo y se hacían visibles las siluetas de los jinetes. Pensó que eran como abortos del infierno, consagrados de manera demencial a sembrar la muerte y la destrucción. Existían porque los condes y los reyes los necesitaban. Era posible que Philip fuera un redomado ignorante en cuestiones de amor y matrimonio; pero, al menos, había encontrado la manera de gobernar una comunidad sin tener que recurrir a la ayuda de semejantes salvajes.

Era una extraña ocasión para tales reflexiones. ¿Sería en eso en lo que los hombres pensaban cuando estaban a punto de morir?

Los jinetes se acercaban. Eran más de los cincuenta que Richard había previsto. Jack calculó que sumarían casi un centenar. Se dirigieron al lugar donde había estado el puente y entonces fue cuando empezaron a reducir la marcha. Jack sintió levantársele el ánimo al verles detenerse en seco y frenar a sus caballos en la pradera del otro lado del río. Mientras miraban a través del agua la muralla de la ciudad recién levantada, alguien cerca de Jack rompió a reír. Otro más le hizo eco y, al cabo de un instante, las risas se propagaron como un fuego, de manera que pronto hubo cincuenta, cien, doscientos hombres y mujeres que se reían como locos de los desconcertados hombres de armas inmovilizados en la ribera sin nadie contra quien luchar.

Varios jinetes desmontaron y se lanzaron en tropel. Atisbando a través de la leve brumal matinal, Jack creyó haber visto el pelo amarillo y la cara roja de William Hamleigh en el centro del grupo; pero no estaba seguro.

Al cabo de un rato montaron de nuevo sus caballos, se reagruparon y volvieron grupas. Las gentes de Kingsbridge lanzaron un potente grito de victoria. Pero Jack no creía que William hubiera desistido ya. No se volvían por el camino por el que habían llegado, sino que cabalgaban río arriba. Richard se acercó a Jack.

—Están buscando un vado. Cruzarán el río y atravesarán los bosques para llegar hasta nosotros desde el otro lado. Haz correr la voz —le dijo.

Jack dio vuelta rápidamente al muro e hizo saber las previsiones de Richard. Al norte y al este, la muralla era de tierra o de piedra.

Pero no había río en medio. Por aquel lado la muralla se unía al muro este del recinto del priorato, tan sólo a unos pasos del refectorio donde habían buscado refugio Aliena y Tommy. Richard dejó situados a Oswald, el chalán, y a Dick Richards, el hijo del curtidor, en el tejado de la enfermería con sus arcos y flechas. Eran los mejores tiradores de la ciudad. Jack se dirigió a la esquina noreste y permaneció en pie en el terraplén de tierra observando a través del campo los bosques. De ellos surgirían, con toda seguridad, los hombres de William.

El sol estaba alto en el cielo. Era otro de aquellos días calurosos y sin una sola nube. Los monjes fueron dando la vuelta a las murallas con pan y cerveza. Jack se preguntaba hasta qué distancia río arriba iría William. A una milla de allí, había un lugar por donde un buen caballo podía cruzar a nado; pero a un forastero aquello le parecería arriesgado y seguramente William seguiría un par de millas más donde hallaría un vado poco profundo.

Jack se preguntaba cómo se sentiría Aliena. Ansiaba ir al refectorio para verla; pero, por otra parte, era reacio a abandonar la muralla; ya que, si él lo hacía, otros seguirían su ejemplo y la muralla quedaría indefensa.

Mientras se esforzaba por resistir a la tentación, se oyó un grito y los jinetes reaparecieron.

Emergieron de los bosques por el este, de tal manera que el sol daba en los ojos a Jack al mirar en dirección a ellos. Sin duda lo habían hecho adrede. Al cabo de un momento, se dio cuenta de que no se estaban acercando sino cargando. Debieron de haber frenado ocultos en los bosques, y estudiado el terreno planeando seguidamente la acometida. Jack se quedó petrificado por el miedo. No pensaban echar un vistazo a la muralla y luego irse. Iban a tratar de saltarla. Los caballos atravesaban el campo al galope. Uno o dos ciudadanos dispararon flechas. Richard, que se encontraba en pie cerca de Jack, gritó furioso:

—¡Demasiado pronto! ¡Demasiado pronto! ¡Esperad hasta que lleguen al badén...! ¡Entonces no podréis fallar!

Pocos le oyeron y una ligera andanada de flechas inútiles cayó al suelo sobre los verdes pimpollos de cebada. *Como fuerzas militares somos un desastre,* pensó Jack. *Tan sólo la muralla puede salvarnos.*

En una mano tenía una piedra y en la otra una honda como la que utilizaba de muchacho cuando mataba patos para comer. Se preguntaba si su disparo seguiría siendo certero. Se apercibió de que estaba apretando sus armas con toda la fuerza de que era capaz, y se forzó a relajar sus músculos. Las piedras resultaban efectivas contra los patos, pero daban la impresión de que serían ineficaces contra hombres con armaduras montando grandes caballos y que se acercaban a pasos agigantados. Tragó con dificultad. Vio que algunos de los enemigos llevaban arcos y flechas encendidas. Un instante después vio que los hombres con los arcos se dirigían hacia las murallas de piedra en tanto que los otros lo hacían en dirección a los terraplenes de tierra. Ello significaba que William había decidido no atacar la muralla de piedra. No se había enterado de que la argamasa estaba tan fresca que hubiera podido derribar el muro sólo con empujarlo con una mano. Le habían engañado. Jack disfrutó de aquel breve momento de triunfo.

Los atacantes estaban ya frente a los muros.

Las gentes de la ciudad empezaron a disparar a lo loco y una lluvia de apresuradas flechas cayó sobre los jinetes. Pese a su mala puntería no dejaron de producir algunas víctimas. Los caballos alcanzaron el vado. Algunos hicieron un renuncio y otros cargaron mojándose y subiendo por el otro lado. Justo frente a la posición que ocupaba Jack un hombre inmenso, con una baqueteada cota de malla, hizo saltar a su caballo a través del vado de tal manera que alcanzó la parte baja de la pendiente del terraplén y se disponía a subirla. Jack cargó su honda y la disparó. Su puntería seguía siendo tan buena como siempre. La piedra dio de lleno en el hocico del caballo, el cual lanzó un relincho de dolor, se levantó de manos y luego dio media vuelta. Se alejó cojeando. Pero su jinete había descabalgado, y sacó la espada.

La mayoría de los caballos dieron media vuelta, bien por propia iniciativa, bien porque les habían obligado sus jinetes. Pero varios hombres atacaban a pie y otros volvían de nuevo dispuestos a otra carga. Mirando por encima del hombro, Jack vio que algunos tejados de barda estaban ardiendo, pese a los esfuerzos de las apagadoras ocasionales, las mujeres jóvenes de la ciudad, por extinguir las llamas. Jack tuvo la aterradora sospecha de que la defensa no iba a dar resultado. Que, pese al esfuerzo heroico de las últimas treinta y seis horas, aquellos bárbaros atravesarían la muralla, prenderían fuego a la ciudad y cometerían terribles desmanes con la gente. Le aterraba la perspectiva de una lucha cuerpo a cuerpo. Jamás le habían enseñado a

luchar; nunca manejó una espada. Ni siquiera la tenía. Su única experiencia de lucha fue cuando Alfred le venció. Se sentía desvalido.

Los jinetes cargaron de nuevo. Los atacantes que habían perdido sus monturas subían a pie por los terraplenes. Sobre ellos caían sin cesar piedras y flechas. Jack utilizaba su honda de manera sistemática, cargaba y disparaba, cargaba y disparaba como una máquina.

Varios asaltantes cayeron bajo aquel derroche de proyectiles. Frente a Jack un jinete se fue al suelo y perdió el yelmo, dejando al descubierto una cabeza de pelo amarillo. Era el propio William.

Ningún caballo alcanzó el terraplén de tierra, pero sí lo hicieron algunos hombres a pie y, ante el horror de Jack, los ciudadanos se vieron obligados a la lucha cuerpo a cuerpo con ellos, oponiendo a las espadas y lanzas de los atacantes sus estacas y hachas. Algunos de los enemigos llegaron hasta arriba y Jack vio caer cerca de él a tres o cuatro vecinos de la ciudad. Le embargó el espanto. Sus gentes estaban perdiendo la batalla.

Pero ocho o diez vecinos rodearon a cada uno de los agresores que lograron atravesar la muralla, golpeándoles con estacas y propinándoles hachazos inmisericordes. Aun cuando varios ciudadanos resultaron heridos, todos los atacantes fueron muertos rápidamente.

Y entonces los ciudadanos empezaron a hacer retroceder a los otros pendiente abajo de los terraplenes. La carga resultó un fracaso. Aquellos guerreros que seguían montados en sus cabalgaduras iban de un lado a otro inseguros, mientras en los terraplenes seguían librándose algunas refriegas sueltas. Jack descansó por un momento, jadeante, agradecido a aquella tregua, esperando temeroso el siguiente movimiento del enemigo.

William levantó su espada al aire y gritó para llamar la atención de sus hombres. Trazó un círculo con la hoja de su arma para que se reunieran, y luego señaló hacia las murallas. Los agresores se reagruparon y se prepararon a cargar de nuevo contra las murallas.

Jack vio su oportunidad.

Cogió una piedra, la colocó en la honda y apuntó con sumo cuidado a William.

La piedra voló por los aires tan recta como una hilada de albañil, golpeando a William en plena frente con tal fuerza que Jack pudo oír el impacto que produjo contra el hueso.

William se desplomó.

Sus huestes vacilaron inseguras y la carga resultó fallida.

Un hombre grande y moreno saltó de su caballo y acudió junto a William. Jack creyó reconocer a Walter, el escudero de William que siempre cabalgaba con él. Sin soltar las riendas, se arrodilló junto al cuerpo postrado de William.

Por un instante Jack pensó que éste pudiera haber muerto. Luego, se movió y Walter le ayudó a incorporarse. William parecía obnubilado. Los dos grupos de combatientes le observaban. La lluvia de piedras y flechas cesó un momento. Con aire todavía inseguro, William montó el caballo de Walter ayudado por éste, que a su vez montó detrás de él. Hubo un rato de vacilación, mientras todos se preguntaban si William estaría en condiciones de seguir adelante. Walter agitó su espada en círculo, indicando así que se reunieran y, a continuación, ante un alivio indecible, apuntó hacia los bosques.

Walter espoleó al caballo e iniciaron la marcha. Otros jinetes les siguieron. Los que todavía peleaban en los terraplenes renunciaron a la lucha, retrocedieron y corrieron a través del campo a la zaga de su jefe.

Les siguieron algunas piedras y flechas por encima de la cebada.

Los ciudadanos lanzaron vítores.

Jack miró en derredor suyo y se sintió confuso. ¿Había terminado todo? Apenas podía creerlo. Los fuegos iban extinguiéndose, pues las mujeres habían sido capaces de contenerlos. Los hombres danzaban en los terraplenes abrazándose gozosos. Richard se acercó a Jack y le dio unas palmadas en la espalda.

—Ha sido tu muralla la que lo ha logrado, Jack —le dijo—. Tu muralla.

Los vecinos de la ciudad y los monjes se agolparon alrededor de ambos. Todos querían felicitar a Jack, y también se felicitaban así mismos.

—¿Se han ido de veras? —preguntó Jack.

—Desde luego —le contestó Richard—. No volverán ahora que han descubierto que estamos decididos a defender las murallas. William sabe que no se puede tomar una ciudad amurallada cuando la gente ha resuelto oponer resistencia. Al menos no se puede sin disponer de un gran ejército y prepararse para un asedio de seis meses.

—Así que todo ha terminado —concluyó aturdido.

Aliena se le acercó abriéndose camino entre la gente con Tommy en brazos. Jack la abrazó emocionado. Estaban vivos y juntos y por ello se sentía feliz.

De repente acusó los efectos de dos días sin dormir y le apeteció tumbarse. Pero no fue posible. Dos jóvenes albañiles lo agarraron y lo subieron en hombros. Sonaron vítores. Los muchachos se pusieron en marcha y la multitud marchó tras ellos. Jack quería decirles que no era él quien los había salvado, sino ellos mismos. Pero sabía que no iban a escuchar. Querían un héroe. A medida que corrían las noticias y que toda la ciudad se daba cuenta de que habían ganado, los vítores se hicieron estruendosos. Jack se dijo que, durante años, habían estado viviendo bajo la amenaza de William; pero que ese día habían ganado su libertad. Lo llevaron por toda la ciudad en

procesión triunfal, saludando y sonriendo; pero ansioso de que llegara el momento en que pudiera reposar la cabeza, cerrar los ojos y entregarse a un apacible sueño.

3

La Feria del vellón de Shiring era más grande y mejor que nunca.

La plaza ante la iglesia parroquial, donde se celebraban mercados y ejecuciones, y también la feria anual, estaba atestada de puestos y de gente. La mercancía principal era la lana; pero podían verse asimismo, todos los demás artículos que era posible comprar y vender en Inglaterra. Brillantes espadas nuevas, sillas con motivos decorativos grabados, cochinillos cebados, botas rojas, bizcochos de jengibre y sombreros de paja. Mientras William recorría la plaza acompañado del obispo Waleran, calculaba que el mercado iba a proporcionarle más dinero que nunca. Sin embargo, en esa ocasión, no sentía placer alguno.

Todavía no había logrado sobreponerse a la humillación de su derrota en Kingsbridge. Había pensado lanzarse a la carga sin que le opusieran resistencia y prender fuego a la ciudad. Por el contrario, perdió hombres y caballos y tuvo que retirarse sin haber logrado nada. Y lo peor de todo era que sabía que la construcción de la muralla había sido organizada por Jack Jackson, el amante de Aliena, precisamente el hombre al que se proponía matar.

Había fracasado en su intento; aunque seguía decidido a tomar venganza. Waleran también estaba pensando en Kingsbridge.

—Todavía no sé cómo pudieron construir la muralla con tanta rapidez —dijo.

—Probablemente no tendría mucho de muralla —opinó William.

Waleran hizo un ademán de asentimiento.

—Pero estoy seguro de que el prior Philip estará ya muy ocupado mejorándola. Si yo fuera él, haría la muralla más fuerte y más alta, construiría una barbacana y apostaría un centinela de noche. Tus días de incursiones a Kingsbridge han terminado.

William lo reconoció para sus adentros pero simuló no estar de acuerdo.

—Todavía puedo poner sitio a la ciudad.

—Eso ya es una cuestión diferente. Es posible que el rey deje pasar una incursión rápida. Pero un asedio prolongado durante el cual los ciudadanos pueden enviarle un mensaje suplicando que los proteja... podría resultar embarazoso.

—Stephen no actuaría en contra mía —aseguró William—. Me necesita.

Sin embargo no las tenía todas consigo. Al final aceptaría el punto de vista del obispo; pero quería que Waleran se lo ganara a pulso para contraer así una pequeña deuda con él. Luego, haría la petición que le obsesionaba.

Ante ellos surgió una mujer flaca y fea que empujaba delante de sí a una bonita chiquilla de unos trece años, con toda probabilidad hija suya. La madre apartó la pechera del deleznable vestido de la niña para mostrarle sus senos pequeños y todavía sin desarrollar.

—Sesenta peniques —silbó entre dientes.

William sintió que empezaba a excitarse; pero movió negativamente la cabeza y pasó de largo.

La niña prostituta le hizo pensar en Aliena. Cuando la desfloró apenas era una adolescente. Había pasado casi una década pero seguía sin poder olvidarla. Tal vez ya nunca podría tenerla para sí; pero podía impedir que la tuviera otro.

Waleran estaba pensativo. Apenas parecía ver a dónde iba. La gente se apartaba de su camino como si temieran que les rozaran siquiera los faldones de su ropaje negro.

—¿Te has enterado de que el rey tomó Faringdon? —preguntó al cabo de un momento.

—Yo estaba allí.

Había sido la victoria más decisiva de toda la larga guerra civil.

Stephen había capturado a centenares de caballeros y se había adueñado de un gran arsenal. También había obligado a Robert de Gloucester a retirarse al oeste del país. Tan crucial había sido la victoria, que Ranulf de Chester, el viejo enemigo de Stephen en el norte, había depuesto las armas y jurado lealtad al rey.

—Ahora que Stephen está más afirmado, no se mostrará tan tolerante con aquellos barones suyos que libren sus propias guerras —opinó Waleran.

—Es posible —admitió William.

Se preguntaba si era el momento oportuno para mostrarse de acuerdo con Waleran y hacer su petición. Vaciló porque se sentía incómodo. Al hacer aquella petición iba a revelar algo de su alma y aborrecía hacerlo ante un hombre tan despiadado como el obispo Waleran.

—Deberías dejar tranquila a la ciudad de Kingsbridge, al menos por un tiempo —siguió diciendo Waleran—. Tienes la Feria del vellón, sigues teniendo un mercado semanal, aunque algo más pequeño de lo que fue antes. Tienes el negocio de la lana. Y también toda la tierra más fértil del Condado, ya sea directamente bajo tu control o cultivada por tus arrendatarios. Mi situación es también mejor de lo que solía ser. He mejorado mi propiedad y racionalizado mis arrendamientos. He construido mi castillo. Cada vez es menos necesario

luchar con el prior Philip..., en el preciso momento en que la situación se está poniendo políticamente peligrosa.

Por toda la plaza del mercado la gente hacía y vendía comida y el aire estaba invadido por los olores. Sopa de especias, pan recién horneado, manjares dulces, jamón cocido, bacón frito, tarta de manzanas. William sentía nauseas.

—Vayamos al castillo —propuso.

Los dos hombres abandonaron la plaza del mercado y caminaron colina arriba. El sheriff iba a darles de almorzar. William se detuvo ante la puerta del castillo.

—Tal vez tengáis razón respecto a Kingsbridge —convino.

—Me alegro de que lo comprendas.

—Pero aún tengo que vengarme de Jack Jackson y vos podéis proporcionarme la ocasión si queréis.

Waleran enarcó, elocuente, una ceja. Su expresión decía que le fascinaba escuchar, pero que no se consideraba en la obligación de hacerlo.

William se lanzó de cabeza.

—Aliena ha solicitado la anulación de su matrimonio.

—Sí, lo sé.

—¿Cuál creéis que será el resultado?

—A lo que parece el matrimonio nunca llegó a consumarse.

—¿Y sólo es preciso eso?

—Creo que sí. Según Graciano, un erudito a quien he estudiado mucho, lo que constituye un matrimonio es el consentimiento mutuo de las dos partes. Pero también mantiene que el acto de unión física "completa" o "perfecciona" el matrimonio. Y dice de manera específica que, si un hombre se casa con una mujer y no copula con ella, y luego se casa con una segunda con la que sí copula, el matrimonio valido es el segundo, es decir, el consumado.

Sin duda la fascinante Aliena había mencionado dicho extremo en su solicitud, si es que la han aconsejado bien, e imagino que lo había hecho el prior Philip. William estaba impaciente ante todas aquellas teorías.

—O sea que obtendrán la anulación.

—A menos que alguien esgrima el argumento contrario a Graciano. De hecho son dos, uno teológico y el otro práctico. El teológico alega que la definición de Graciano es denigrante para el matrimonio de José y María, ya que no fue consumado. El argumento práctico se refiere a aquellos matrimonios acordados por razones políticas o para unir dos fortunas, entre dos niños en edades en que físicamente son incapaces de consumar la unión. Si el novio o la novia llegaran a morir antes de la pubertad, de acuerdo con la

definición de Graciano el matrimonio quedaría invalidado, lo que podría acarrear consecuencias muy embarazosas.

A William nunca le fue posible seguir las enrevesadas controversias clericales; pero tenía una idea bastante aproximada de cómo se solventaban.

—Lo que queréis decir es que lo mismo puede terminar de una manera que de otra.

—Sí.

—Y el resultado dependerá de quién ejerza una mayor presión.

—Sí. En este caso no hay nada que pueda influir sobre el resultado. No existen propiedades, no es cuestión de lealtad ni de alianza militar. Pero, si hubiera algo más en juego, y alguien, por ejemplo un arcediano, esgrimiera con fuerza el argumento contra Graciano, lo más probable sería que rechazaran la anulación. —Dirigió una mirada conocedora a William, quien se agitó incómodo—. Creo que puedo adivinar lo que ahora vas a pedirme.

—Quiero que os opongáis a la anulación.

Waleran entornó los ojos.

—No llego a entender si amas a esa infeliz mujer o la odias.

—Yo tampoco lo sé.

Aliena se encontraba sentada sobre la hierba, en la sombra verdeante debajo de la vigorosa haya. La cascada salpicaba a sus pies, sobre las rocas, gotitas semejantes a lágrimas. Era la cañada donde Jack le contaba todas aquellas historias. Allí era donde él le había dado aquel primer beso, de manera tan casual, y con tal rapidez que ella fingió que no había ocurrido nada. Allí era donde se había enamorado de él, negándose a admitirlo incluso a ella misma. Ahora deseaba de todo corazón habérsele entregado en aquel entonces, que se hubieran casado y tenido sus hijos. Ahora sería ya su mujer por mucho que intentaran impedirlo.

Se tumbó para descansar su espalda dolorida. Se hallaban en pleno verano. El aire era caliente y no se movía una brizna. Ese embarazo era muy pesado y todavía le quedaban por delante seis semanas. Se dijo si no iría a tener gemelos, aunque las patadas sólo las sentía en un lado y cuando Martha, la hermanastra de Jack había puesto el oído contra el vientre de Aliena, sólo había escuchado el latido de un corazón.

Aquel domingo por la tarde Martha se había quedado cuidando de Tommy a fin de que Aliena y Jack se encontraran en los bosques para estar solos un rato y hablar de su futuro. El arzobispo había rechazado la anulación, al parecer porque el obispo Waleran se había opuesto.

Philip dijo que podían volver a solicitarlo; pero que, entretanto, tenían que seguir viviendo separados. Estaba de acuerdo en que ello era injusto; no

obstante, opinaba que debía ser la voluntad de Dios. A Aliena le parecía bastante mala voluntad.

La amargura de su pesar era un peso que llevaba consigo como su embarazo. A veces lo sentía de manera más consciente, mientras en otras ocasiones casi lo olvidaba. Pero siempre estaba allí. En algunos momentos, le hacía daño como un dolor habitual. Lamentaba haber hecho daño a Jack, lamentaba el que se hizo a sí misma, incluso lamentaba los sufrimientos del aborrecible Alfred, que ahora vivía de continuo en Shiring y jamás aparecía por Kingsbridge. Se casó con él con el único objeto de mantener a Richard en su intento por recuperar el Condado. Había fracasado en el logro de esa meta y habían contrariado su verdadero amor por Jack. Tenía ya veintiséis años, su vida había quedado arruinada. Todo por su propia culpa.

Recordó con nostalgia aquellos primeros días con Jack. Cuando lo conoció era un chiquillo, aunque, eso sí, fuera de lo corriente. Al crecer siguió pensando en él como en un muchacho. A eso se debió que la cogiera desprevenida. Había rechazado a todos los pretendientes; pero nunca pensó en que Jack fuera uno de ellos, y así había ido dejando que la conociera. Aliena se preguntaba por qué se habría resistido tanto a amar. Adoraba a Jack y no existía placer en su vida semejante al gozo de yacer con él. Sin embargo, hubo un tiempo en que cerró los ojos de manera deliberada a aquella maravillosa felicidad.

Cuando rememoraba el pasado, la vida antes de Jack le parecía vacía. Había trabajado frenéticamente para sacar adelante su negocio de lana. Pero, en la actualidad, aquellos días tan ocupados se le aparecían desprovistos de toda alegría, como un palacio vacío o una mesa servida con bandejas de plata y copas de oro aunque sin manjares.

Oyó pasos y se incorporó rápida. Era Jack. Estaba delgado y tenía buena apostura, como un gato escurridizo. Se sentó junto a ella y la besó suavemente en la boca. Olía a sudor y al polvo de la piedra.

—Hace tanto calor —le dijo—. Bañémonos en el río.

La tentación era irresistible.

Jack se quitó la ropa. Ella le observaba devorándolo con los ojos.

Hacía meses que no veía su cuerpo desnudo. En las piernas tenía mucho pelo rojo, pero nada en el pecho. Se quedó mirándola a la espera de que se desnudara. Aliena sentía timidez. Nunca la había visto cuando estuvo encinta. Deshizo lentamente el lazo del cuello de su vestido de lino y luego se lo sacó por la cabeza. Observó ansiosa la expresión de él, temiendo que aborreciera su cuerpo hinchado; pero Jack no mostró repugnancia alguna; bien al contrario, su mirada no expresaba más que cariño. *Debería de haberlo sabido,* se dijo. *Debería de haber sabido que me querría igual.*

Con un rápido movimiento, Jack se arrodilló en tierra junto a ella y besó la piel tensa de su abultado vientre. Aliena rió turbada. Jack le rozó el ombligo.

—El ombligo te sobresale —comentó.

—¡Sabía que ibas a decírmelo!

—Solía ser como un hoyuelo... ahora parece un pezón.

Aliena volvió a sentir timidez.

—Vamos a bañarnos —propuso—. En el agua se sentiría más a gusto.

El remanso junto a la cascada tenía tres pies de profundidad.

Aliena se sumergió en el agua. La sentía deliciosamente fresca sobre su piel ardorosa y se estremeció de deleite. Jack llegó junto a ella. No había espacio para nadar. El remanso sólo tenía unos pies de ancho. Jack puso la cabeza debajo de la cascada para quitarse del pelo el polvo de la piedra. Aliena se hallaba a gusto en el agua, que la aliviaba del peso de su embarazo. Hundió la cabeza para limpiarse el pelo.

Al emerger de nuevo para respirar, Jack la besó.

Aliena balbuceó y rió jadeante, quitándose el agua de los ojos.

Extendió los brazos para mantener el equilibrio y una de sus manos se cerró sobre un duro vástago que sobresalía erecto entre las piernas de Jack semejante al asta de una bandera. Jadeó por el placer.

—He echado de menos esto —le dijo Jack al oído.

Tenía la voz ronca por el deseo y por alguna otra emoción, tal vez tristeza.

Aliena notaba la garganta seca por ese mismo deseo.

—¿Vamos a romper nuestra promesa? —le preguntó.

—Ahora y por toda la eternidad.

—¿Qué quieres decir?

—No viviremos separados. Nos vamos de Kingsbridge.

—¿Y qué harás?

—Ir a una ciudad distinta y construir otra catedral.

—Pero no serás maestro. Y no será tu proyecto.

—Acaso algún día encuentre otra oportunidad. Soy joven.

Tal vez fuera posible, pero Aliena sabía que sería luchar contra corriente. Y Jack también lo sabía. Le conmovió hasta tal punto el sacrificio que quería hacer por ella que se le saltaron las lágrimas. Nadie la había amado así nunca y nadie más lo haría jamás. Pero no estaba dispuesta a que Jack renunciara a lo que más le gustaba hacer.

—No resultará —le dijo.

—¿Qué quieres decir?

—No voy a irme de Kingsbridge.

Jack se enfadó.

—¿Por qué no? En cualquier otro sitio podremos vivir como marido y mujer y a nadie le importará. Podemos incluso casarnos en una iglesia.

Aliena le acarició la cara.

—Te quiero demasiado para apartarte de la catedral de Kingsbridge.

—Eso lo he de decidir yo.

—Te quiero muchísimo, Jack, por tu ofrecimiento. El hecho de que estés dispuesto a renunciar al trabajo de tu vida para vivir conmigo es... Casi se me rompe el corazón al pensar cuánto debes amarme. Pero no quiero ser la mujer que te aparte del trabajo que tanto quieres. No estoy dispuesta a irme contigo de esa manera. Ensombrecería toda nuestra vida. Tú podrías perdonármelo, pero yo jamás lo haría.

La expresión de Jack era triste.

—Sé bien que cuando has tomado una decisión no hay nada que te haga cambiar. ¿Pero qué podemos hacer?

—Intentaremos otra vez la anulación. Viviremos separados.

Jack parecía desconsolado.

—Y vendremos aquí todos los domingos y romperemos nuestra promesa —terminó diciendo ella.

Jack se ciñó a ella y Aliena pudo sentir que Jack volvía a excitarse.

—¿Todos los domingos?

—Sí.

—Podrías quedarte encinta otra vez.

—Nos arriesgaremos. Y voy a empezar a fabricar tejidos como solía hacer. He vuelto a comprar a Philip la lana que no ha vendido y empezaré a organizar a la gente de la ciudad para que la hile y la teja. Luego, la abatanaré en el molino.

—¿Cómo has pagado a Philip? —preguntó Jack sorprendido.

—Todavía no lo he hecho. Le pagaré en balas de tela una vez que la haya confeccionado.

Jack asintió con la cabeza.

—Ha aceptado ese trato porque quiere que te quedes aquí y asegurarse así de que yo también me quede —comentó con amargura.

Aliena asintió.

—Pero aun así obtendrá con ella tela más barata.

—Condenado Philip. Siempre logra lo que quiere.

Aliena comprendió que había ganado.

—Te quiero —dijo besándole.

Él la besó a su vez, acariciándole todo el cuerpo, y deteniéndose anhelante en sus partes secretas.

—Pero necesito estar contigo todas las noches, no sólo los domingos —declaró dejando de acariciarla.

Aliena lo besó en la oreja.

—Un día lo estaremos —respondió con voz entrecortada—. Te lo prometo.

Jack se colocó detrás de ella, dejándose llevar por el agua, y la atrajo hacia sí de manera que sus piernas le quedaran debajo. Aliena separó los muslos y flotó suavemente quedando contra él, que le acarició los senos turgentes, jugueteando con sus inflamados pezones. Finalmente la penetró y ella se estremeció de placer.

Hicieron el amor en el fresco remanso, con lentitud y suavidad, acompañados por el ímpetu de la cascada. Jack rodeó con los brazos el vientre de Aliena, tocándola con sus hábiles manos entre las piernas, presionando y acariciando mientras entraba y salía. Nunca habían realizado antes nada semejante, no habían hecho el amor de esa manera en que podía acariciar al mismo tiempo todas sus partes más sensitivas. Y era muy diferente, un placer más intenso, tan diferente como el existente entre un dolor agudo y otro sordo. Pero acaso se debiera a que se sentía tristísimo. Al cabo de un rato, Aliena se abandonó a aquella sensación. Su intensidad aumentó con tal rapidez que el orgasmo la cogió por sorpresa, asustándola casi. Se sintió sacudida por espasmos de placer tan convulsos que la obligaron a gritar.

Jack permanecía dentro de ella, duro, insatisfecho, mientras Aliena contenía el aliento. Jack estaba quieto, ya sin empujar; pero Aliena se dio cuenta de que no había alcanzado el clímax. Al cabo de un rato empezó a moverse de nuevo, alentándolo; pero él no reaccionó. Aliena volvióse y lo besó por encima del hombro. En su cara el agua era cálida. Estaba llorando.

QUINTA PARTE (1152-1155)

CAPÍTULO CATORCE

1

Jack acabó los cruceros, los dos brazos de la cruz que formaba la planta de la iglesia. Había tardado siete años. Aquello era cuanto él había soñado. Perfeccionó las ideas de Saint-Denis, haciéndolo todo más alto y estrecho. Los grupos de fustes de los estribos se alzaban gráciles a través de la galería y se convertían luego en los nervios de la bóveda, curvándose hasta unirse en el centro del techo. Las elevadas ventanas ojivales inundaban de luz el interior. Las molduras eran preciosas y delicadas, y la ornamentación esculpida componía un denso follaje de piedra.

Sin embargo en el presbiterio descubrió unas grietas.

Permanecía en pie en el alto pasaje del presbiterio, mirando a través del vacío del crucero norte, cavilando. Era una deslumbrante mañana primaveral. Se sentía desconcertado y frustrado. De acuerdo con el profundo saber de los albañiles, la estructura era fuerte. Pero una larga fisura revelaba alguna debilidad. Su bóveda era más alta que cualquier otra que él hubiera visto jamás, pero no hasta el punto de poner en peligro la estructura. No había cometido la equivocación de Alfred colocando una bóveda de piedra en una edificación que no había sido construida para soportar ese peso. Sus muros habían sido concebidos para una bóveda de piedra. No obstante, habían aparecido grietas en el presbiterio, más o menos en el mismo sitio en que el techo anterior se había derrumbado.

Pero Alfred había cometido un error de cálculo, y Jack estaba completamente seguro de no haber incurrido en la misma equivocación. Algún nuevo factor debía de haber intervenido en la falla y Jack ignoraba cuál podía ser.

No resultaba peligroso, al menos a corto plazo. Habían rellenado las grietas con argamasa y no volvieron a aparecer. La edificación era segura. Pero también débil; y para Jack esa debilidad lo estropeaba todo. Quería que su iglesia perdurara hasta el Día del Juicio Final.

Salió del trifolio y bajó la escalera de la torreta hasta la galería, donde había preparado el suelo para sus dibujos, en la esquina en la que entraba buena luz a través de una de las ventanas del pórtico norte. Empezó a dibujar

el plinto de un pilar de nave. Dibujó un diamante; luego, un cuadrado dentro del diamante y, finalmente, un círculo en el interior del cuadrado. Los principales fustes del pilar emergerían de los cuatro puntos del diamante y ascenderían por la columna, para distribuirse luego hacia el norte, el sur, el este y el oeste, convertidos en arcos o nervios. Otros fustes secundarios, saliendo de las esquinas del cuadrado, se alzarían también para convertirse en nervios de bóveda, atravesando en diagonal la de la nave central, por un lado, y la de la lateral, por el otro. El círculo en el centro representaba el núcleo del pilar.

Todos los dibujos de Jack se basaban en sencillas formas geométricas y en algunas proporciones no tan sencillas, tales como la proporción de la raíz cuadrada de dos a la raíz cuadrada de tres. Jack había aprendido en Toledo a calcular las raíces cuadradas. Pero la mayoría de los albañiles no sabían hacerlo y, en su lugar, recurrían a cálculos simples. Sabían que si se trazaba un círculo alrededor de las cuatro puntas de un cuadrado, el diámetro del círculo era mayor que el lado del cuadrado en la proporción de la raíz cuadrada de dos a uno. Esa proporción, raíz cuadrada a uno, era la fórmula más antigua de los albañiles, porque, en una construcción sencilla, era la proporción entre el ancho exterior con el interior dando así, por lo tanto, el grosor del muro.

La tarea de Jack era mucho más complicada a causa del significado religioso de varios números. El prior Philip proyectaba consagrar de nuevo la iglesia a la Virgen María, dado que la Virgen de las Lágrimas había hecho más milagros que la tumba de San Adolfo y, en consecuencia, querían que Jack utilizara los números nueve y siete que eran los de María. Por lo tanto, había diseñado la nave con nueve intercolumnios, y con siete el nuevo presbiterio, el cual habría de construirse una vez estuviera terminado todo el resto. Las arcadas ciegas entrelazadas en las naves laterales tendrían siete arcos por intercolumnio y, en la fachada oeste, habría nueve estrechas ventanas ojivales. Jack no tenía opinión acerca del significado teológico de los números, pero sentía de manera instintiva que, si se utilizaban los mismos números de forma consecuente, con toda seguridad, se obtenía una mayor armonía en el edificio una vez acabado.

Antes de que hubiera terminado de dibujar el plinto, le interrumpió el maestro trastejador que se había encontrado con un problema y quería que Jack lo resolviera.

Siguió al hombre por la escalera de la torreta y, dejando atrás el trifolio, se encontraron en la zona del tejado. Atravesaron los domos que formaban la parte superior de la bóveda de nervios. Sobre ellos, los trastejadores estaban desenrollando grandes láminas de plomo y clavándolas sobre las traviesas,

empezando desde abajo y subiendo, de forma que las láminas superiores fueran cubriendo las más bajas impidiendo la entrada de la lluvia.

Jack descubrió al punto el problema. Al final de una gotera y entre dos cubiertas sesgadas, había colocado un fastigio decorativo. Pero había dejado el diseño en manos de un maestro albañil, y éste no tomó precauciones para que el agua de lluvia del tejado pasara a través o por debajo del fastigio. El albañil habría de cambiar aquello. Dijo al maestro trastejador que le transmitiera sus instrucciones y volvió de nuevo a sus dibujos.

Quedó asombrado al encontrar allí a Alfred esperándolo.

Hacía diez años que no había cruzado palabra con él. De cuando en cuando, lo había visto de lejos, en Shiring o en Winchester. Aliena tampoco lo había visto desde hacía nueve años, a pesar de seguir casados de acuerdo con la Iglesia. Martha iba a visitarlo una vez al año a su casa de Shiring. Siempre volvía con la misma información: seguía prosperando con la construcción de casas para los ciudadanos de Shiring, vivía solo y continuaba siendo el de siempre.

Pero, en esta ocasión, Alfred no parecía muy próspero. Jack encontró que tenía un aspecto cansado y derrotado. Siempre había sido fuerte y corpulento; sin embargo, ahora se le veía flaco. Tenía la cara más delgada y la mano, con la que se apartaba el pelo de los ojos, y que un día fue carnosa, estaba huesuda.

—Hola, Jack —dijo. Su expresión era agresiva, aunque el tono de voz parecía querer mostrarse congraciador. Una mezcla poco atrayente.

—Hola, Alfred —contestó Jack cauteloso—. La última vez que te vi llevabas una túnica de seda y te estabas poniendo gordo.

—Eso fue hace tres años. Antes de la primera de las malas cosechas.

—Sí, claro.

Tres malas cosechas seguidas habían provocado el hambre. Los siervos morían de inanición, los arrendatarios de granjas estaban en la miseria y cabía suponer que los burgueses de Shiring ya no podían permitirse nuevas y espléndidas casas de piedra. Alfred estaba acusando aquella situación de extrema necesidad. Jack le preguntó:

—¿Y qué te trae por Kingsbridge después de tanto tiempo?

—Oí hablar de tus cruceros y vine a echar una ojeada. —Su tono era de admiración envidiosa—. ¿Dónde aprendiste a construir así?

—En París —contestó Jack lacónico. No quería discutir aquel periodo de su vida con su hermanastro, puesto que él había sido la causa de su exilio.

—Bien. —Alfred parecía incómodo. Finalmente dijo con estudiada indiferencia:

—Estaría dispuesto a trabajar aquí a fin de aprender algunas cosas.

Jack se quedó atónito. ¿Era posible que Alfred tuviera la desfachatez de pedirle trabajo? Tratando de ganar tiempo le preguntó:

—¿Y qué me dices de tu cuadrilla?

—Ahora trabajo por mi cuenta —le contestó Alfred intentando siempre mostrarse indiferente—. No hay trabajo suficiente para una cuadrilla.

—De todas formas, por el momento no necesitamos a nadie —alegó Jack con parecida indiferencia—. Estamos al completo.

—Pero siempre te vendrá bien un buen albañil, ¿no?

Jack apreció una nota suplicante en su voz y comprendió que Alfred estaba desesperado. Decidió mostrarse franco.

—Después de la vida que hemos llevado, soy la última persona a la que debieras recurrir en busca de ayuda, Alfred.

—Y lo eres, en efecto —admitió Alfred sin rodeos—. Lo he intentado en todas partes. Nadie tiene trabajo. Es a causa de la hambruna.

Jack pensó en todas las veces que Alfred le había maltratado, atormentado y golpeado. Fue él quien le condujo al monasterio, y luego le obligó a alejarse de su hogar y su familia. No existía motivo alguno que pudiera inducirle a ayudarle. Antes al contrario, tenía grandes razones para regocijarse con su desgracia.

—No te admitiría aunque necesitara hombres —le contestó.

—Pensé que podrías hacerlo —alegó Alfred con terca insistencia—. Después de todo, mi padre te enseñó cuanto sabes. Gracias a él eres maestro de obras. ¿No me ayudarás en memoria suya?

Por Tom. De repente, Jack sintió cierto remordimiento de conciencia. Tom había intentado ser un buen padrastro. No se había mostrado cariñoso ni comprensivo; pero a sus propios hijos los había tratado de manera parecida. Fue paciente y generoso en la transmisión de sus conocimientos y habilidades. Y también había hecho feliz casi siempre a su madre. *Después de todo*, se dijo Jack, *aquí estoy, soy un maestro constructor, triunfador y próspero, y me hallo en camino de lograr mi ambición de construir la catedral más hermosa del mundo, mientras que Alfred se encuentra arruinado y hambriento y también sin trabajo. ¿No es esto ya suficiente venganza?*

No, no lo es, se dijo.

Luego se aplacó.

—Muy bien —contestó—. Quedas contratado en memoria de Tom.

—Gracias —dijo Alfred con expresión hermética—. ¿He de empezar de inmediato?

Jack asintió.

—Estamos echando los cimientos en la nave. Dedícate a ello por el momento.

Alfred alargó la mano. Jack vaciló un instante; luego, se la estrechó, y comprobó que seguía teniendo la fuerza de siempre.

Alfred desapareció. Jack permaneció allí en pie, mirando hacia abajo su dibujo de un plinto de la nave. Era de tamaño natural a fin de que, cuando estuviera acabado, un maestro carpintero pudiera hacer una plantilla de madera directamente del dibujo. Y esa plantilla la utilizarían los albañiles para marcar las piedras que hubiera que tallar.

¿Habría tomado la decisión correcta? Recordaba que la bóveda de Alfred se había derrumbado. Por supuesto, no confiaría trabajos difíciles, como el abovedado o los arcos. Muros y suelos lisos sería su trabajo.

Mientras Jack seguía reflexionando, sonó la campana del mediodía para el almuerzo. Dejó su instrumento de alambre para dibujar y bajó por la escalera de la torreta hasta llegar al suelo.

Los albañiles casados se iban a almorzar a casa y los solteros lo hacían en la logia. En algunas obras daban el almuerzo a fin de evitar los retrasos en acudir al trabajo por las tardes, el ausentismo y la embriaguez. Pero la comida de los monjes era a menudo espartana, y la mayoría de los trabajadores de la construcción preferían llevar la suya. Jack vivía en la vieja vivienda de Tom, con Martha, su hermanastra, que desempeñaba las tareas de ama de casa. Y siempre que Aliena estaba ocupada, se encargaba también de cuidar de Tommy y del segundo hijo de Jack, una niña llamada Sally. Por lo general, Martha hacía el almuerzo para Jack y los niños y, a veces, se les unía Aliena.

Jack abandonó el recinto del priorato y se dirigió con paso rápido a casa. Durante el camino le asaltó una idea. ¿Pensaría Alfred instalarse de nuevo en la casa con Martha? Después de todo era su hermana. No había pensado en ello cuando le dio trabajo.

Al cabo de un momento, llegó a la conclusión de que era un temor estúpido. Hacía mucho que habían pasado los días en que Alfred podía intimidarle. Era el maestro de obras de Kingsbridge, y si él decía que Alfred no podía instalarse en la casa, desde luego que no lo haría.

Abrigó cierto temor de encontrarse con Alfred sentado a la mesa de la cocina, y se sintió aliviado al descubrir que no era así. Aliena vigilaba a los niños mientras comían, en tanto que Martha removía el contenido de un puchero que tenía en el fuego.

Dio un beso rápido a Aliena en la frente. Ahora ya tenía treinta y tres años; pero su aspecto era el mismo que hacía diez. Su pelo seguía siendo una abundante masa de bucles castaño intenso y tenía la misma boca generosa y los hermosos ojos oscuros. Sólo cuando estaba desnuda revelaba los efectos físicos causados por el tiempo y la maternidad. Sus maravillosos y turgentes

senos habían perdido algo de firmeza, tenía las caderas más anchas y su vientre jamás recuperaría su dura lisura original.

Jack miró con cariño a sus dos hijitos.

Tommy, de nueve años, un muchacho pelirrojo y saludable, alto para su edad. Se zampaba el guisado de cordero como si no hubiera comido en una semana. Sally, de siete, con bucles oscuros como su madre, sonriendo feliz y enseñando un hueco entre los dientes delanteros, igual que Martha cuando Jack la vio por primera vez hacía ya diecisiete años. Tommy iba todas las mañanas a la escuela en el priorato para aprender a leer y escribir. Pero, como los monjes no admitían niñas, era Aliena la que enseñaba a Sally.

Jack se sentó. Martha retiró la olla del fuego y la colocó sobre la mesa. Era una muchacha extraña. Había cumplido ya los veinte; pero no parecía tener interés en casarse. Siempre había estado muy encariñada con Jack, y se sentía satisfecha de llevar la casa para él. Sin lugar a dudas, Jack presidía el hogar más extraño del condado. Aliena y él eran dos de los principales ciudadanos de la ciudad. Él en su calidad de maestro de obras de la catedral, y ella por ser la mayor fabricante de tejidos fuera de Winchester. Todo el mundo los trataba como si fuesen marido y mujer. Sin embargo, les estaba prohibido pasar las noches juntos y habitaban en casas distintas. Aliena vivía con su hermano y Jack con su hermanastra. Los domingos por la tarde, y también los días de fiesta, desaparecían. Y todo el mundo sabía lo que estaban haciendo. Salvo, como era natural, el prior Philip. Por otra parte, la madre de Jack vivía en una cueva en el bosque, porque se suponía que era bruja.

De cuando en cuando, Jack se ponía furioso al recordar que no le permitían casarse con Aliena. Yacía despierto escuchando a Martha roncar en la habitación contigua y pensaba: *Tengo veintiocho años. ¿Por qué he de dormir solo?* Al día siguiente se mostraba malhumorado con el prior Philip, rechazando cuantas sugerencias o solicitudes se hacían en la sala capitular, dándolas por impracticables o en extremo costosas, negándose a discutir alternativas, como si sólo hubiera una forma de construir una catedral y ésa fuera la suya propia.

También Aliena se sentía desgraciada y la tomaba con Jack. Se volvía impaciente e intolerante, criticando todo cuanto él hacía, acostando a los niños tan pronto como él llegaba. Cuando él comía, ella decía que no tenía apetito. Al cabo de uno o dos días de semejante talante, rompía a llorar y decía que lo sentía. Eran felices de nuevo, hasta la siguiente vez en que la tensión era demasiado para ella.

Jack se sirvió guisado en un cuenco y empezó a comer.

—Adivinad quién vino al enclave esta mañana —dijo, y sin esperar respuesta, añadió—: Alfred.

Martha dejó caer sobre el fogón la tapadera de hierro de una olla, con un fuerte chasquido metálico. Jack la miró y vio el miedo reflejado en su rostro. Se volvió hacia Aliena y observó que había palidecido.

—¿Qué está haciendo en Kingsbridge? —preguntó Aliena.

—Buscando trabajo. El hambre ha empobrecido a los mercaderes de Shiring y ya no construyen casas de piedra como solían hacer. Ha disuelto su cuadrilla y no puede encontrar ocupación.

—Espero que lo hayas enviado con viento fresco —dijo Aliena.

—Dijo que debería darle trabajo en recuerdo de Tom —alegó Jack nervioso, pues no había previsto semejante reacción por parte de ambas mujeres—. Al fin y al cabo todo se lo debo a Tom.

—Al diablo con eso —replicó Aliena.

Jack pensó que aquella expresión se la debía a su madre.

—Bueno, en definitiva, lo he contratado —informó.

—¡Jack! —chilló Aliena—. ¿Cómo has podido? ¡No tienes derecho a dejar que ese demonio vuelva a Kingsbridge!

Sally empezó a llorar. Tommy miraba a su madre con los ojos muy abiertos.

—Alfred no es un demonio. Está hambriento y sin dinero. Lo he salvado en recuerdo de su padre —reiteró Jack.

—No te hubiera dado tanta lástima si te hubiera obligado a dormir en el suelo a los pies de su cama, como un perro, durante nueve meses.

—A mí me ha hecho cosas peores... Pregúntale a Martha.

—Y a mí —agregó ésta.

—Pero llegué a la conclusión de que verlo en ese estado era ya suficiente venganza para mí.

—Bien, pero no lo es para mí —alegó Aliena—. ¡Por todos los santos que eres un condenado loco, Jack Jackson! A veces doy gracias a Dios de no estar casada contigo.

Aquello le dolió. Jack apartó la mirada. Sabía que Aliena no decía aquello de corazón; pero ya era bastante malo que lo dijera, incluso dominada por la ira. Cogió la cuchara y empezó a comer. Aunque ya no tenía hambre.

Aliena dio a Sally unas palmaditas en la cabeza y le metió en la boca un trozo de zanahoria.

Jack miró a Tommy, que seguía con los ojos clavados en Aliena, evidentemente asustado.

—Come, Tommy —le dijo Jack—. Está bueno.

Terminaron de comer en silencio.

En la primavera del año en que fueron terminados los cruceros, el prior Philip realizó un recorrido por las propiedades que el monasterio tenía en el sur. Al cabo de tres pésimos años, necesitaba una buena cosecha y quería comprobar el estado en que se encontraban las granjas.

Se llevó consigo a Jonathan. El huérfano del priorato era ya un adolescente de dieciséis años, alto, desmañado e inteligente. Al igual que Philip a su misma edad, no parecía albergar duda alguna de lo que quería que fuese su vida. Había completado su noviciado y hecho los votos, y ya era el hermano Jonathan. Y también como Philip, estaba interesado en el lado práctico del servicio de Dios, y trabajaba como ayudante del ya anciano Cuthbert. Philip estaba orgulloso del muchacho. Era devoto, trabajador y gustaba a todos.

Llevaban como escolta a Richard, el hermano de Aliena. Éste había encontrado al fin su sitio en Kingsbridge. Una vez construida la muralla de la ciudad, Philip sugirió a la comunidad parroquial que nombraran a Richard Jefe de Vigilancia, responsable de la seguridad ciudadana. Organizaba a los centinelas nocturnos y se ocupaba del mantenimiento y mejora de los muros. En los días de mercado y en las fiestas de guardar, estaba autorizado a detener a camorristas y borrachos. Tales tareas que habían llegado a ser esenciales al convertirse el pueblo en ciudad, no podían ser hechas por los monjes, de modo que la comunidad parroquial, que en principio Philip había considerado una amenaza a su autoridad, había llegado a ser útil después de todo. Y Richard estaba contento. Tenía ya casi treinta años. Pero la vida activa le mantenía con aspecto joven.

A Philip le hubiera agradado que la hermana de Richard estuviera también asentada. Si había una persona a la que la Iglesia le hubiera fallado, ésa era Aliena. Jack era el hombre al que quería y el padre de sus hijos. Pero la Iglesia insistía en que estaba casada con Alfred, incluso no habiendo tenido jamás trato carnal con él. Y, además, se hallaba imposibilitada de obtener la anulación del matrimonio por culpa de la mala voluntad del obispo. Era vergonzoso, y Philip se sentía culpable, incluso no siendo él responsable de la negativa eclesiástica.

—Me pregunto por qué Dios permite que las gentes mueran de hambre —dijo el joven Jonathan, casi al término del viaje cuando volvían ya a casa cabalgando a través del bosque en una clara mañana primaveral.

Era una pregunta que todos los monjes jóvenes se hacían tarde o temprano y, para ella, había infinidad de respuestas.

—No culpes a Dios de esta hambruna.

—Pero el mal tiempo, que ha sido causa de esas malas cosechas, fue obra de Dios.

—La hambruna no se debe sólo a las malas cosechas —respondió Philip—. Siempre, cada cierto tiempo, ha habido malas cosechas. Sin embargo, la gente no se moría de hambre. La característica especial de esta crisis es que ha tenido lugar al cabo de tantos años de guerra civil —dijo Philip.

—¿Y por qué es diferente? —insistió Jonathan.

—La guerra es mala para el cultivo de la tierra —intervino Richard—. Se mata al ganado para alimentar a los ejércitos, las cosechas se queman para que no caigan en manos enemigas y las granjas quedan abandonadas cuando los caballeros van a la guerra.

Philip agregó:

—Y, cuando los tiempos son inciertos, las gentes no se muestran dispuestas a invertir tiempo y energía desbrozando nuevos terrenos, aumentando el ganado, cavando zanjas o construyendo graneros.

—Nosotros no hemos dejado de hacer esos trabajos —alegó Jonathan.

—Los monasterios son diferentes. Pero la mayoría de los granjeros corrientes abandonaron de tal manera sus granjas durante la lucha, que cuando llegó el mal tiempo no estaban en buenas condiciones para ponerlas en marcha. Los monjes ven más allá. Pero nosotros tenemos otro problema. El precio de la lana ha caído debido a la hambruna.

—No veo la relación —dijo Jonathan.

—Supongo que se deberá a que la gente hambrienta no compra ropa —repuso Philip. Hasta donde Philip recordaba, era la primera vez que el precio de la lana había dejado de subir cada año. Se vio obligado a reducir el ritmo de la construcción de la catedral, a no admitir nuevos novicios y a suprimir el vino y la carne en la dieta de los monjes—. Eso significa, por desgracia, que estamos economizando precisamente cuando a Kingsbridge acude sin cesar gente en la miseria que busca trabajo —añadió.

—Y terminan haciendo cola ante la puerta del priorato para que les den pan bazo y un cuenco de potaje—concluyó Jonathan.

Philip asintió ceñudo. Se le partía el corazón al ver a hombres fuertes reducidos a mendigar el pan porque no podían encontrar un empleo.

—Pero recuerda que la culpa es de la guerra, no del mal tiempo —dijo el prior.

—Espero que tengan reservado un lugar especial en el infierno para los condes y reyes causantes de tanta miseria —exclamó Jonathan con pasión juvenil.

—Así lo espero... ¡Que los santos nos protejan! ¿Qué es esto?

Había surgido una figura extraña de entre la maleza y corría a toda velocidad hacia Philip. Iba vestido de harapos, llevaba el pelo enmarañado y la cara negra por la suciedad. Philip pensó que el pobre hombre debía andar huyendo de algún enloquecido verraco, o incluso de un oso que se hubiera escapado.

Pero entonces el harapiento se lanzó contra Philip. El cual quedó tan sorprendido que cayó del caballo.

Su atacante cayó sobre él. Olía como un animal y también emitía ruidos como si lo fuera. Lanzaba constantes gruñidos inarticulados. Philip se retorcía y daba puntapiés. El hombre parecía querer apoderarse de la bolsa de cuero que llevaba colgada al hombro. El prior comprendió al fin que trataba de robarle. La bolsa de cuero sólo contenía un libro, *El cantar de los cantares.* Philip luchaba desesperadamente por liberarse, no porque estuviera encariñadísimo con el libro, sino porque el ladrón estaba sucio hasta la repugnancia.

Pero Philip se encontraba enredado con la correa de la bolsa que el bandido no quería soltar. Rodaron por el suelo. El monje tratando de apartarse y el bandido intentando hacerse con la bolsa. Philip apenas se había dado cuenta que su caballo había huido. De repente, Richard agarró al ladrón y lo apartó. Philip siguió rodando y luego se incorporó y se quedó sentado. Pero pasó un momento antes de que se pusiera de pie. Estaba aturdido y mareado. Aspiró el aire fresco, aliviado de verse libre del mefítico abrazo del ladrón. Se palpó las magulladuras. No tenía nada roto. Luego, dirigió su atención a los otros.

Richard tenía al ladrón inmovilizado boca abajo en el suelo con un pie entre las paletillas del hombre y la punta de su espada rozándole la nuca. Jonathan sostenía perplejo las riendas de los otros dos caballos.

Philip se incorporó cauteloso, con una gran sensación de debilidad. *Cuando tenía la edad de Jonathan, podía caerme de un caballo y ponerme de nuevo en pie como impulsado por un resorte*, se dijo.

—Si vigiláis a esta sabandija, iré a traer vuestro caballo —dijo Richard tendiendo su espada a Philip.

—Muy bien —repuso el prior apartando de sí la espada—. No necesitaré eso.

Richard vaciló y luego envainó el arma. El ladrón permanecía inmóvil. Las piernas que aparecían por debajo de su túnica estaban flacas como sarmientos y tenían su mismo color. Iba descalzo. Philip no había corrido grave peligro ni por un instante. Aquel pobre hombre estaba demasiado débil para retorcer el cuello siquiera a una gallina. Richard se alejó en busca del caballo de Philip.

El ladrón vio irse a Richard y pareció a punto de saltar. Philip supo que el hombre iba a intentar huir.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó para detenerle.

El ladrón, levantando la cabeza miró a Philip como si le creyera loco.

Philip se acercó al caballo de Jonathan y abrió unas alforjas.

Sacó una hogaza, la partió y alargó la mitad al ladrón. El hombre la agarró, todavía incrédulo y, de inmediato, se la metió casi toda en la boca.

Philip se sentó en el suelo y le observó. El hombre comía como un animal, intentando tragar cuanto le era posible antes de que pudieran arrebatarle el pan. En un principio, a Philip le pareció un hombre viejo; pero ahora que lo podía ver mejor, se dio cuenta de que el ladrón era en realidad muy joven, acaso veinticinco años. Richard regresó llevando de la brida al caballo de Philip. Se mostró indignado al ver al ladrón sentado y comiendo.

—¿Por qué le habéis dado nuestra comida? —demandó a Philip.

—Porque está hambriento.

Richard no contestó, pero su expresión daba a entender que consideraba locos a todos los monjes.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Philip al ladrón cuando éste hubo terminado de comer.

El hombre parecía cauteloso. Vaciló. Al prior se le ocurrió la idea de que hacía algún tiempo que no hablaba con otro ser humano.

—David —respondió al fin.

Como quiera que fuese todavía sigue cuerdo, pensó Philip.

—¿Qué te ha ocurrido, David? —le preguntó.

—Después de la última cosecha, perdí mi granja.

—¿Quién era tu señor?

—El conde de Shiring.

William Hamleigh. No le sorprendió.

Miles de arrendatarios granjeros se habían encontrado imposibilitados de pagar sus arriendos al cabo de tres malas cosechas. Cuando alguno de los arrendatarios de Philip fallaba, se limitaba a perdonarle la renta; ya que si hacía que quedaran en la miseria, de todas maneras acudirían al priorato en busca de caridad. Otros propietarios, en especial William Hamleigh, se aprovechaban de la crisis para despedir a sus arrendatarios y tomar posesión de nuevo de sus granjas. El resultado era el gran aumento del número de proscritos que vivían en el bosque y asaltaban a los viajeros. Ése era el motivo de que Philip llevara consigo a Richard a todas partes a modo de protección.

—¿Y qué hay de tu familia? —preguntó al ladrón.

—Mi mujer cogió al bebé y volvió con su madre. Pero no había sitio para mí.

Era la historia de siempre.

—Es pecado atacar a un monje, David, y también está mal vivir del robo.

—Entonces, ¿cómo podré subsistir? —gritó el hombre.

—Si vas a quedarte en el bosque, más te valdrá coger pájaros y peces.

—¡No sé hacerlo!

—Como ladrón eres un fracaso —le criticó Philip—. ¿Qué posibilidad de éxito tenías, sin armas, contra nosotros, que somos tres y llevamos a Richard armado hasta los dientes?

—Estaba desesperado.

—Bien, la próxima vez que estés desesperado acude a un monasterio. Siempre hay algo para que un hombre pobre pueda comer.

Philip se puso en pie. Sentía en la boca el regusto acre de la hipocresía. Sabía que los monasterios no tenían posibilidad de alimentar a todos los proscritos. En realidad, la mayoría de ellos no tenían otra alternativa que el robo. Pero su papel en la vida era aconsejar que se viviera de modo virtuoso y no buscar excusas para el pecado.

Nada más podía hacer por aquel desgraciado. Cogió a Richard las riendas de su caballo y lo montó. Se dio cuenta de que las heridas y magulladuras producidas por la caída iban a dolerle durante días.

—Sigue tu camino y no vuelvas a pecar —dijo emulando a Jesús.

—En verdad que sois demasiado bueno —comentó Richard mientras seguían su camino.

Philip movió la cabeza, apesadumbrado.

—La triste realidad es que no soy lo bastante bueno.

William Hamleigh se casó el domingo anterior al de Pentecostés.

Fue idea de su madre.

Durante años, le había estado fastidiando con la cantinela de que buscara esposa y engendrara un heredero. Pero él siempre fue dando de lado aquella idea. Las mujeres le aburrían y, por algo que no comprendía y en lo que no quería pensar, le hacían sentirse inquieto. Siempre había estado diciendo a su madre que pronto se casaría; pero jamás hacía nada al respecto.

Al final fue ella quien le encontró una novia.

Se llamaba Elizabeth. Era hija de Harold de Weymouth, acaudalado caballero y poderoso partidario de Stephen. Regan Hamleigh explicó a su hijo que, con un pequeño esfuerzo por su parte, habría podido hacer un matrimonio mejor. Debió casarse con la hija de un conde; pero, como no parecía estar dispuesto a hacer nada, Elizabeth serviría.

William la había visto en la corte del rey, en Winchester. Y Regan se había dado cuenta de que la miraba. Tenía una cara bonita, una masa de bucles de un tono castaño claro, un gran busto y caderas estrechas.

Contaba catorce años.

Mientras William la estuvo mirando, se imaginaba un encuentro con ella una noche oscura, poseyéndola por la fuerza en alguna callejuela de Winchester. Ni por un instante había pensado en el matrimonio. Sin embargo, su madre descubrió en seguida que se mostraba receptivo y que la joven era una hija obediente que haría lo que le dijeran. Preparó una entrevista después de haber tranquilizado a William de que no se repetiría la humillación que Aliena infligió a la familia.

William estuvo nervioso. La última vez que hizo algo parecido era un joven inexperto de veinte años, hijo de un caballero, y se dirigió a una joven y arrogante dama de la nobleza. Pero ahora era un hombre encallecido en las batallas, de treinta y siete, y hacía diez que era el conde de Shiring. Era estúpido sentirse nervioso por una entrevista con una zagala de catorce años.

Sin embargo, ella estaba todavía más nerviosa. Y también desesperada por gustarle. Habló muy excitada de su casa y su familia, de sus caballos y sus perros, de parientes y amigos. William permanecía sentado en silencio, observando su cara e imaginándose qué aspecto tendría desnuda.

Los casó el obispo Waleran en la capilla de Earlcastle. Existía la costumbre de invitar a todos los personajes de importancia del Condado, y William hubiera perdido prestigio de no haber ofrecido un opíparo banquete. En los terrenos del castillo, se asaron tres bueyes enteros y docenas de ovejas y cerdos. Los invitados bebieron cerveza, sidra y vino de las bodegas del castillo hasta casi el agotamiento. La madre de William presidía el festejo con una expresión de triunfo en su desfigurado rostro. El obispo Waleran consideraba un tanto desagradables aquellas celebraciones vulgares y se retiró cuando el tío de la novia empezó a contar historias escabrosamente divertidas sobre recién casados.

Al caer la noche, los novios se retiraron a su cámara, dejando que los invitados continuaran la jarana. William había asistido a suficientes bodas para estar al tanto de las ideas que en aquellos momentos se les estaban ocurriendo a los invitados más jóvenes, de manera que hizo que Walter montara guardia delante de la puerta y la atrancó por dentro para evitar interrupciones.

Elizabeth se quitó la túnica y los zapatos y permaneció allí en pie con su camisola de lino.

—No sé qué hacer —se limitó a decir—. Tendrás que enseñarme.

Aquello no era del todo tal y como William se lo había imaginado.

Se acercó a ella. Elizabeth levantó la cara y él la besó en los suaves labios. Aquel beso no pareció despertar excitación alguna.

—Quítate la camisa y échate en la cama —le dijo

La joven se sacó la camisa por la cabeza. Estaba más bien rellena. Sus grandes senos tenían unos minúsculos pezones. El pubis estaba cubierto de un vello ralo color castaño. Se acercó a la cama y se tumbó, obediente, boca arriba.

William se quitó las botas. Se sentó en el lecho junto a ella y le estrujó los senos. Tenía la piel suave. Aquella joven dulce complaciente y risueña no se parecía en nada a la imagen que a él le hacía que la garganta se le quedara seca: la de una mujer atenazada por la pasión gimiendo y sudando debajo de su cuerpo. Se sintió engañado.

Le puso la mano entre los muslos y ella separó de inmediato las piernas; metió el dedo dentro de ella. La joven dolorida lanzó una exclamación entrecortada.

—Está bien, no te preocupes —se apresuró a decir Elizabeth.

Por un instante William se preguntó si no estaría siguiendo un camino equivocado. Tuvo una imagen fugaz de una escena diferente en la que los dos se encontraban tumbados uno al lado del otro tocándose, charlando y empezando a conocerse de forma gradual. Sin embargo, el deseo se había despertado al fin en él al oírla jadear dolorida. Se quitó aquellas estúpidas ideas de la cabeza y movió el dedo con mayor brusquedad, mientras miraba a la muchacha, que se esforzaba por soportar el sufrimiento en silencio.

William se subió a la cama y se arrodilló entre las piernas de ella. No estaba del todo excitado. Se frotó el miembro para que se le endureciese, pero lo consiguió sólo a medias. Estaba seguro de que era aquella condenada sonrisa de Elizabeth lo que provocaba su impotencia. Le metió dos dedos dentro y ella lanzó un grito de dolor. Eso estaba mejor. Y entones la estúpida zorra empezó de nuevo a sonreír. William llego a la conclusión de que tendría que borrarle aquella sonrisa de la cara. La abofeteó con fuerza. La joven gritó y el labio empezó a sangrarle. Eso ya estaba mejor.

Volvió a golpearla.

Elizabeth comenzó a llorar.

Después de aquello todo fue bien.

El domingo siguiente era el de Pentecostés, y se esperaba que una inmensa multitud acudiera a la catedral. El obispo Waleran celebraría el oficio. Incluso había más gente de la habitual, ya que todo el mundo quería ver los nuevos cruceros recién terminados. Según los rumores eran algo asombroso. Durante el servicio de ese día William mostraría su mujer a los ciudadanos

corrientes del Condado. No había estado en Kingsbridge desde que levantaron las murallas. Pero Philip no podía impedirle que acudiera a la iglesia.

Su madre había muerto dos días antes de Pentecostés.

Rondaba los sesenta. Fue algo repentino. El viernes después de cenar sintió que no respiraba bien y se fue pronto a la cama. Poco antes de la madrugada su doncella fue a decir a William que su madre se encontraba mal. Levantóse de la cama y se dirigió vacilante hacia su dormitorio, frotándose la cara. La encontró haciendo terribles esfuerzos para respirar, sin poder hablar, con la mirada llena de terror.

William quedó espantado ante aquellos estremecidos y convulsos jadeos y también por su mirada. No apartaba los ojos de él como si esperara que hiciera algo. Estaba tan asustado que se dispuso a abandonar la habitación. Dio media vuelta. Pero entonces vio a la doncella en pie junto a la puerta, y se sintió avergonzado por su miedo. Se forzó a volver a mirar a madre. Su cara parecía cambiar de forma de manera incesante bajo la luz temblorosa de una vela. Su respiración, ronca y entrecortada, iba haciéndose cada vez más estentórea, hasta que pareció que iba a explotarle en la cabeza. William no podía comprender cómo no había despertado a todo el castillo. Se llevó las manos a los oídos para protegerse de aquel ruido. No obstante, seguía oyéndolo. Era como si le estuviera gritando igual que cuando era un chiquillo y le dirigía aquellas furiosas y demenciales filípicas. Su cara también parecía enfurecida, con la boca abierta, los ojos de mirada fija, el pelo enmarañado. Cada vez era más fuerte la certeza de que le estaba pidiendo algo. Él seguía sintiendo que iba haciéndose más joven y pequeño, hasta que llegó a poseerle un terror ciego que no sentía desde su infancia, un terror que emanaba del convencimiento de que la única persona a la que quería era un monstruo rabioso. Siempre había sido así. Siempre que ella le ordenaba, y lo hacía de continuo, que se acercara, o que se alejara, o que montara su pony o que se fuera, William se había mostrado lento en cumplir sus órdenes, y entonces su madre le gritaba, con lo que él se asustaba tanto que no podía comprender lo que le estaba pidiendo que hiciera. Entonces llegaban a un punto muerto, ella gritando cada vez más y él quedándose ciego, sordo y mudo por el terror.

Pero esa vez fue diferente.

Esa vez ella murió.

Primero cerró los ojos. Entonces William empezó a calmarse. La respiración de ella fue debilitándose poco a poco. El rostro adquirió un tono ceniciento a pesar de los granos. Incluso la llama de la vela parecía arder con menor intensidad y las sombras oscilantes ya no asustaban a William. Por ultimo dejó de respirar.

—Bueno, ahora ya se encuentra bien, ¿no? —comentó William.

La doncella prorrumpió en llanto.

Él se sentó junto a la cama y contempló el rostro inmóvil. La doncella fue en busca del sacerdote.

—¿Por qué no me habéis llamado antes? —preguntó éste indignado.

William apenas le oyó. Se quedó con ella hasta la salida del sol. Entonces, las sirvientas le pidieron que se fuera para que pudieran "prepararla". William bajó al vestíbulo donde los habitantes del castillo, caballeros, hombres de armas, clérigos y sirvientes estaban tomando el desayuno. Sentóse a la mesa junto a su joven esposa y bebió algo de vino. Uno o dos caballeros y el mayordomo de la casa le hablaron. Pero William no les contestó. Finalmente llegó Walter y se sentó a su lado. Había vivido con William muchos años y sabía cuándo permanecer callado.

—¿Están preparados los caballos? —preguntó William al cabo de un rato.

Walter pareció sorprendido

—¿Para qué?

—Para el viaje a Kingsbridge. Dura dos días, así que habremos de salir esta mañana.

—No creo que debiéramos ir, dadas las circunstancias.

Por alguna razón aquello disgustó a William.

—¿Acaso dije que no fuéramos a ir?

—No, Lord.

—¡Entonces iremos!

—Sí, Lord. —Walter se puso en pie—. Me ocuparé de inmediato.

Se pusieron en marcha mediada la mañana. El conde, Elizabeth y el séquito habitual de caballeros y escuderos. William tenía la sensación de caminar en sueños. Parecía como si el paisaje se alejara de él en lugar de ser él quien lo hacía. Elizabeth cabalgaba junto a su marido, magullada y en silencio. Cada vez que se detenían, Walter se ocupaba de todo. Y a cada comida William tomaba algo de pan y bebía varias copas de vino. Por la noche dormitaba a intervalos.

Cuando se aproximaban ya a Kingsbridge podían ver a cierta distancia, y a través de los campos, la catedral. La vieja catedral había sido una construcción ancha y achaparrada, con ventanas pequeñas como unos ojillos debajo de unas cejas de arcos redondeados. El aspecto de la nueva iglesia era radicalmente distinto, a pesar de que no estaba todavía terminada. Era alta y esbelta, y las ventanas tenían una altura que parecía inconcebible. Al acercarse más observó que empequeñecía los edificios alrededor del priorato como la vieja catedral nunca lo hizo.

El camino bullía de jinetes y caminantes. Todos ellos se dirigían a Kingsbridge. El oficio del domingo de Pentecostés era muy popular, porque tenía lugar a principios de verano, cuando el tiempo ya era muy bueno y los caminos estaban secos. Ese año había todavía más gente de la habitual, atraída por la novedad del nuevo edificio.

La última milla la recorrieron William y su grupo a medio galope, dispersando a los caminantes descuidados, y atravesaron ruidosamente el puente levadizo de madera que salvaba el río. Ahora ya, Kingsbridge era una de las ciudades más fortificadas de Inglaterra. Tenía un recio muro de piedra con un parapeto encastillado, y allí donde el anterior puente conducía directamente a la calle mayor, el camino estaba atravesado por una barbacana construida en piedra con unas puertas zunchadas enormes y pesadísimas que en aquellos momentos se encontraban abiertas pero que, por la noche, quedaban siempre cerradas a cal y canto. *Supongo que ya nunca me será posible volver a incendiar esta ciudad*, se dijo vagamente William.

La gente lo miraba mientras cabalgaba por la calle mayor en dirección al priorato. Claro que la gente siempre miraba a William. Era el conde. Aquel día se mostraban también interesados por la joven novia que cabalgaba a su izquierda. A su derecha lo hacía, como siempre, Walter.

Entraron en el recinto del priorato y desmontaron delante de las cuadras. William dejó su caballo al cuidado de Walter y se volvió a mirar la iglesia. El extremo oriental, la parte superior de la cruz, se encontraba en la zona más alejada del recinto, oculta a la vista. El extremo occidental, el pie de la cruz, aún no estaba construido; pero su forma se hallaba marcada en el suelo con estacas y cordel, y ya se habían lanzado algunos de los cimientos. Entre medias, se encontraba la parte nueva, los brazos de la cruz, consistente en los cruceros norte y sur, con el espacio entre ambos llamado crujía. Las ventanas eran tan grandes como le habían parecido. William jamás en su vida había visto un edificio semejante.

—Es fantástico —exclamó Elizabeth rompiendo su sumiso silencio.

William deseó haberla dejado en el castillo.

Un poco desconcertado, avanzó lento por la nave, entre las hileras de estacas y cordel, con Elizabeth a la zaga. El primer intercolumnio había sido construido en parte, y parecía como si sostuviera el inmenso arco ojival que formaba la entrada occidental en dirección al cruce. William atravesó aquel arco increíble y se encontró en la atestada crujía.

El nuevo edificio parecía irreal. Era demasiado alto, demasiado esbelto, demasiado airoso y frágil para mantenerse en pie. Daba la impresión de que no tuviera muros, nada que sostuviera el tejado salvo una hilera de curiosas

pilastras alzándose expresivas. Al igual que todos los que se encontraban allí, William hubo de estirar el cuello para mirar hacia arriba, y vio que las pilastras continuaban hasta el techo curvado para encontrarse en el coronamiento de la bóveda, semejantes a las ramas más altas de un grupo de olmos entrelazados en el bosque.

Empezó el oficio. El altar había sido instalado en el extremo más próximo del presbiterio, con los monjes detrás de él de manera que la crujía y las dos naves de crucero quedaban libres para los fieles, pero, así y todo, la multitud invadía la nave todavía sin construir. William se abrió camino hasta la parte preferente, como era su prerrogativa, y quedó en pie, próximo al altar con los demás nobles del condado, quienes le hicieron una inclinación de cabeza y hablaron entre sí en voz baja.

El techo de madera pintada del viejo presbiterio se encontraba desmañadamente yuxtapuesto con el alto arco oriental del cruce, y era evidente que el constructor tenía la intención de acabar demoliendo el presbiterio y reconstruirlo a tono con el nuevo estilo.

Un momento después de que a William se le hubiera ocurrido aquella idea, su mirada tropezó con el constructor en cuestión: Jack Jackson. Era un apuesto diablo con abundante cabellera roja, y vestía una túnica granate, bordada en la parte inferior y en el cuello, igual que un noble. Parecía satisfecho de sí mismo, sin duda por haber construido los cruceros con tanta rapidez y porque todo el mundo hubiera quedado tan asombrado de su diseño. Llevaba cogido de la mano a un muchacho de nueve años que era su viva imagen. William comprendió, sobresaltado, que debía de tratarse del hijo de Aliena y le invadió un agudo sentimiento de envidia. Un momento después, descubrió a la propia Aliena. Se encontraba de pie al lado de Jack, un poco retrasada, con una leve sonrisa de orgullo. A William el corazón le dio un salto. Estaba tan encantadora como siempre. Elizabeth era una pobre sustituta, una pálida imitación de aquella mujer real y ardiente. Aliena llevaba en brazos a una niña de unos siete años, y William recordó que había tenido un segundo hijo con Jack a pesar de no estar casados.

William miró con más detenimiento a Aliena. Después de todo, no seguía tan encantadora como antes. Tenía arrugas alrededor de los ojos, seguramente por las preocupaciones, y detrás de su orgullosa sonrisa había una sombra de tristeza. Claro que, al cabo de todos aquellos años, todavía no había podido casarse con Jack, se dijo William con satisfacción. El obispo Waleran había mantenido su promesa, impidiendo una y otra vez la anulación. Aquella idea solía reconfortar a menudo a William.

Entonces William se apercibió de que era Waleran quien en ese momento estaba en pie ante el altar, alzando la hostia sobre su cabeza para ofrecerla a

la mirada de los fieles. Centenares de personas cayeron de rodillas. En ese instante, el pan ya se había convertido en Cristo, una transformación que nunca dejaba de admirar a William, aunque no tuviera ni idea de lo que representaba.

Durante un rato, se concentró en el servicio, observando los gestos místicos de los sacerdotes, escuchando las incomprensibles frases en latín y farfullando fragmentos familiares de las respuestas. Persistía en él la sensación de aturdimiento que había tenido en el último día. La nueva iglesia mágica, con la luz del sol jugueteando en sus increíbles columnas, contribuía a intensificar la impresión de que se encontraba en un sueño.

El oficio estaba a punto de terminar. El obispo Waleran se volvió y se dirigió a los fieles.

—Y ahora rezaremos por el alma de la condesa Regan Hamleigh, madre del conde William de Shiring, la cual murió en la noche del viernes.

Hubo un ronroneo de comentarios al escuchar la gente la noticia, pero William miraba horrorizado al obispo. Al fin se había dado cuenta de lo que ella trataba de decirle mientras se moría. Había estado pidiendo un sacerdote... y William no envió a buscarlo. La había visto ir perdiendo fuerzas, la había visto cerrar los ojos, la había oído dejar de respirar y la había dejado morir sin confesión. ¿Cómo pudo haber hecho algo semejante? Desde el viernes por la noche, el alma de ella había estado en el infierno, sufriendo los tormentos que tan gráficamente le describió a menudo, sin oraciones que le dieran el descanso. Pesaba tanto la culpa sobre su corazón que le pareció sentir que sus latidos iban disminuyendo y, por un instante, pensó que también él iba a morir. ¿Cómo había podido dejar que se extinguiera con el alma desfigurada por los pecados al igual que el rostro por los furúnculos, mientras anhelaba la paz del cielo?

—¿Qué voy a hacer? —dijo en voz alta.

La gente que le rodeaba lo miró sorprendida.

Una vez concluida la plegaria y cuando los monjes ya habían salido en procesión, William seguía arrodillado delante del altar. Los restantes fieles fueron saliendo a la luz del sol ignorándole. Todos excepto Walter, que permanecía cerca de él vigilando y esperando. William rezaba con gran fervor. Tenía la imagen de su madre en la mente mientras repetía el Padrenuestro y todos los retazos de oraciones y oficios que era capaz de recordar. Al cabo de un rato, se olvidó de que había otras cosas que podía hacer. Podía encender velas, podía pagar a sacerdotes y monjes para que dijeran misas por ella con regularidad, podía incluso hacer construir una capilla especial en beneficio de su alma. Pero todo cuanto se le ocurría le parecía insuficiente. Era como si

pudiese verla, moviendo la cabeza mostrándose dolida y decepcionada por él, al tiempo que decía: *¿Cuánto tiempo dejarás que tu madre sufra?*

Sintió que una mano se posaba sobre su hombro y levantó los ojos. El obispo Waleran estaba frente a él, todavía vestido con el magnífico ropaje que se ponía en Pentecostés. Sus ojos negros se clavaron en los de William, el cual sintió que no tenía secretos bajo aquella penetrante mirada.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Waleran.

William se dio cuenta entonces de que tenía la cara húmeda por las lágrimas.

—¿Dónde está ella? —preguntó a su vez.

—Ha ido a ser purificada por el fuego.

—¿Sufre?

—Sufre muchísimo. Pero podemos hacer que las almas de nuestros seres queridos atraviesen rápidamente ese lugar terrible.

—¡Haré lo que sea! —sollozó William—. ¡Decidme qué puedo hacer! ¡Por favor!

Los ojos de Waleran brillaban, codiciosos.

—Construye una iglesia —le dijo—. Una igual que ésta. Pero en Shiring.

Aliena se sentía amargada por una ira sorda cada vez que viajaba por las propiedades que fueron parte del Condado de su padre. La sacaban de quicio todas las zanjas bloqueadas, las cercas rotas y vacías, los establos en ruinas. Le entristecían las praderas abandonadas y le rompían el corazón las aldeas desiertas. No se trataba sólo de las malas cosechas. El Condado podía haber alimentado a su gente incluso ese año, si hubiera estado bien administrado. Pero William Hamleigh no tenía idea de cómo manejar sus tierras. Para él, el Condado era sólo un cofre de tesoros particular y no unas propiedades que alimentaban a miles de personas. Cuando sus siervos no tenían alimentos, morían de inanición. Cuando sus arrendatarios no podían pagar las rentas, los echaba a la calle. Desde que William era conde, los acres cultivados se habían reducido de manera increíble, ya que las tierras de algunos arrendatarios expulsados habían vuelto a su estado natural. Y ni siquiera tenía cerebro para darse cuenta de que, a la larga, ello iba en contra de sus propios intereses.

Lo peor de todo era que Aliena se sentía en parte responsable. Se trataba de las propiedades de su padre y, tanto ella como Richard, no habían sido capaces de recuperarlas para la familia. Habían renunciado al ser nombrado William conde y perder Aliena todo su dinero. Pero el fracaso seguía irritándola y no había olvidado la promesa que hizo.

En el camino que iba de Winchester a Shiring, con un cargamento de hilaza y un musculoso carretero con una espada al cinto, recordaba las

cabalgadas con su padre por ese mismo camino. Él siempre estaba poniendo nuevas tierras en condiciones de cultivo, despejando zonas de bosque, desecando pantanos o arando laderas de colina. En los años de carestía, tenía reservas suficientes de semillas para cubrir las necesidades de quienes habían sido poco previsores o estaban demasiado hambrientos para conservar las suyas. Jamás obligó a sus arrendatarios a vender sus animales o arados para pagar la renta, porque sabía que, si lo hicieran, al año siguiente se encontrarían imposibilitados de trabajar.

Trataba bien la tierra, conservando su capacidad de producción al igual que un buen granjero cuidaría de una vaca lechera.

Cada vez que pensaba en los viejos tiempos con su rígido, pero inteligente y orgulloso padre junto a ella, sentía como una herida de dolor de la pérdida. La vida había empezado a ir cuesta abajo cuando se lo llevaron. Visto de manera retrospectiva, todo cuanto ella hizo desde entonces parecía no tener sentido. Vivir en el castillo con Matthew en un mundo de ensueño, ir a Winchester con la vana esperanza de ver al rey, incluso luchar por mantener a Richard mientras él combatía en la guerra civil. Había alcanzado lo que otras gentes consideraban un éxito. Se había convertido en una próspera comerciante de lanas. Pero ello sólo le aportó una apariencia de felicidad. Había encontrado una manera de vivir y una posición en la sociedad que le proporcionaba seguridad y estabilidad. Sin embargo, en el fondo de su corazón, continuaba dolida y perdida. Hasta que Jack entró en su vida.

Desde entonces la imposibilidad de casarse con él lo había agostado todo. Llegó a aborrecer al prior Philip, a quien una vez consideró como su salvador y mentor. Hacía años que no mantenía con él una conversación tranquila y amable. Claro que no era culpa suya que no pudieran obtener la anulación del matrimonio, pero fue él quien insistió en que vivieran separados. Aliena no podía por menos que sentirse resentida con él.

Quería a sus hijos, pero se preocupaba por ellos al verlos crecer en un hogar tan poco natural en el que el padre se va de casa a la hora de acostarse. Por fortuna, eso no había tenido hasta el momento efectos negativos. Tommy era un muchacho guapo y fuerte al que le gustaba la pelota, las carreras y jugar a los soldados; y Sally una chiquilla dulce y reflexiva que contaba cuentos a sus muñecas y a la que le encantaba contemplar a Jack en su zona de dibujo. Sus continuas necesidades y su cariño sencillo eran los únicos elementos sólidamente normales en la excéntrica vida de Aliena.

Claro que, además, contaba con su trabajo. Durante la mayor parte de su vida adulta había comerciado con algo. En la actualidad, tenía docenas de hombres y mujeres en aldeas dispersas, hilando y tejiendo para ella en sus

hogares. Hacía tan sólo unos años habían sido centenares, pero, al igual que todos, también sentía los efectos de la hambruna y de nada le serviría hacer más tejido del que pudiera vender. Incluso si estuviera casada con Jack seguiría queriendo conservar su trabajo independiente.

El prior Philip decía de continuo que la anulación podía ser concedida cualquier día. Pero hacía ya siete largos años que Aliena y Jack vivían aquella irritante vida, comiendo y criando a sus hijos juntos pero durmiendo separados.

Aliena sentía la infelicidad de Jack de un modo más profundo que la suya propia. Podía decirse que lo adoraba. Nadie sabía lo mucho que lo quería, salvo tal vez Ellen, su madre, que lo veía todo. Lo quería porque la había devuelto a la vida. Hasta entonces había sido como una larva, y Jack la había sacado de su envoltura mostrándole que era una mariposa. Hubiera pasado toda su vida ajena a los gozos y sufrimientos del amor, si él no hubiera compartido con ella sus historias, y no la hubiera besado con tanta suavidad, despertando luego, lenta y cariñosamente, el amor que yacía dormido en su corazón. Había sido tan impaciente y tolerante pese a su juventud... Sólo por eso lo amaría siempre.

Mientras atravesaba el bosque, se preguntaba si no se encontraría con Ellen, la madre de Jack. La veían de cuando en cuando en la feria de alguna ciudad y, más o menos una vez al año, solía ir a Kingsbridge a la caída del sol para pasar la noche con sus nietos. Aliena se sentía afín a Ellen, ambas eran mujeres fuera de serie, que no encajaban con lo que se esperaba de ellas. Sin embargo, salió finalmente del bosque sin tropezar con Ellen.

Mientras viajaba a través de tierras cultivadas, observaba las mieses madurando en los campos. Se dijo que ese año habría buenas cosechas. El verano no había sido demasiado propicio, porque llovió e hizo frío. Pero no habían sufrido las inundaciones ni las plagas que agitaron las tres anteriores. Aliena se sintió agradecida. Miles de personas vivían casi al borde del hambre, y otro invierno malo acabaría con la mayoría de ellas.

Se detuvo para que sus bueyes bebieran en la fuente que se alzaba en el centro de una aldea llamada Monksfield, la cual formaba parte de las propiedades del conde. Era un lugar bastante grande rodeado de algunas de las mejores tierras del Condado y tenía su propio sacerdote y una iglesia construida con piedra. Sin embargo, tan sólo la mitad más o menos de esos campos habían sido cultivados ese año. Los que lo fueron estaban ya cubiertos de trigales amarillos, mientras que el resto se encontraba invadido por la cizaña.

Otros dos viajeros se habían detenido junto a la fuente para dar de comer a sus caballos. Aliena los observó cautelosa. En ocasiones convenía

unirse a otras gentes a fin de protegerse mutuamente. Sin embargo, para una mujer también podía ser peligroso. Aliena había llegado a la conclusión que un hombre como aquel carretero estaba perfectamente dispuesto a hacer cuanto ella le dijera siempre que estuvieran solos, pero si hubiera otros hombres presentes era posible que se mostrara inclinado a la subordinación.

Sin embargo, uno de aquellos dos viajeros que se encontraban en Monksfield era una mujer. Luego de mirarla con atención cambió la palabra "mujer" por la de "joven". Aliena la reconoció. Había visto a aquella muchacha el domingo en Pentecostés en la catedral de Kingsbridge. Era la condesa Elizabeth, la mujer de William Hamleigh. Parecía desdichada e intimidada. La acompañaba un taciturno hombre de armas, sin duda su guardián. *Esa suerte pude haber corrido yo*, se dijo Aliena, *si me hubiera casado con William. Gracias a Dios me rebelé.*

El hombre de armas hizo un breve saludo al carretero, ignorando a Aliena, quien pensó que lo mejor sería prescindir de ellos.

Mientras descansaban, el cielo empezó a encapotarse y sopló un viento frío.

—Tormenta de verano —opinó lacónico el carretero.

Aliena miró ansiosa al cielo. No le importaba mojarse pero la tormenta podría obligarles a marchar más despacio y acaso se encontraran en campo abierto al caer la noche. Cayeron algunas gotas de lluvia. Tendrían que buscar refugio, se dijo reacia.

—Más vale que sigamos aquí un rato —dijo la condesa a su guardián.

—Imposible —repuso con brusquedad el hombre—. Órdenes del amo.

A Aliena le ofendió oír a aquel hombre hablar de esa manera a la joven.

—¡No seas estúpido! —le dijo—. ¡Tu obligación es velar por tu ama!

El guardián la miró sorprendido.

—¿A ti qué te importa? —le replicó en tono grosero.

—Va a estallar una tormenta, idiota —le contestó Aliena con su tono más aristocrático—. No puedes pretender que una dama viaje con este tiempo. Tu amo te azotará por tu estupidez.

Aliena se volvió hacia la condesa Elizabeth. La joven la miraba ansiosa, a todas luces complacida de que alguien plantara cara a ese fanfarrón de su guardián. Empezaba a arreciar la lluvia. Aliena tomó una rápida decisión:

—Venid conmigo —dijo a Elizabeth.

Antes de que el guardián pudiera intervenir, había cogido de la mano a la joven y se había alejado. La condesa Elizabeth la siguió gustosa, sonriendo como una niña a la que sacaran de la escuela. Aliena pensó que acaso el guardián fuera detrás de ella y se llevara a la joven; pero en aquel momento hubo un relámpago y la lluvia se convirtió en un aguacero. Aliena echó a

correr arrastrando consigo a Elizabeth y, después de cruzar el cementerio, llegaron ante una casa de madera que se alzaba junto a la iglesia.

La puerta se hallaba abierta. Entraron corriendo. Aliena había supuesto que era la casa del párroco y había acertado. Un hombre de aspecto malhumorado vistiendo una sotana negra y con una pequeña cruz colgada del cuello con una cadena, se puso en pie al entrar ellas.

Aliena sabía que la obligación de hospitalidad representaba un pesado fardo para muchos párrocos, y de modo muy especial en aquellos tiempos de hambruna.

—Mis acompañantes y yo necesitamos refugio —dijo anticipándose a una posible resistencia.

—Sois bienvenidos —contestó el párroco entre dientes.

Era una casa de dos habitaciones con un cobertizo contiguo para los animales. Aquello no estaba muy limpio a pesar de que a los animales se les mantenía afuera. Sobre la mesa había un barrilete de vino.

Al tomar asiento, un perrillo les ladró agresivo.

Elizabeth apretó el brazo a Aliena.

—Muchísimas gracias —dijo con los ojos humedecidos por la gratitud—. Ranulf me hubiera hecho seguir adelante, nunca me escucha.

—No tiene importancia —le contestó Aliena—. Esos hombres grandes y fuertes son todos unos cobardes.

Observó a Elizabeth y se dio cuenta de que la pobre muchacha poseía un gran parecido con ella. Ya tenía bastante con ser la mujer de William; pero ser su segunda elección debía ser un auténtico infierno en la tierra.

—Soy Elizabeth de Shiring. ¿Quién sois vos? —dijo Elizabeth.

—Me llamo Aliena. Soy de Kingsbridge.

Contuvo el aliento preguntándose si Elizabeth reconocería el nombre y se daría cuenta de que era la mujer que rechazó a William Hamleigh. Pero era demasiado joven para recordar aquel escándalo.

—Es un nombre poco corriente —fue cuanto dijo.

Del cuarto trasero salió una mujer desaliñada de rostro vulgar y gruesos brazos desnudos, en actitud desafiante, que les ofreció un vaso de vino. Aliena supuso que se trataba de la mujer del párroco. Él diría que era su ama de llaves, ya que en teoría el matrimonio estaba prohibido entre los curas. Las mujeres de los sacerdotes provocaban dificultades sin fin. Era cruel obligar al hombre a que la echara y por lo general resultaba afrentoso para la Iglesia. Aunque la mayoría de la gente decía que los sacerdotes debían mantenerse castos, solían adoptar una actitud condescendiente en ciertos casos, porque se conocía a la mujer. De manera que la Iglesia seguía

haciéndose la sorda ante relaciones como aquélla. *Puedes estar agradecida, mujer*, se dijo Aliena; *tú al menos vives con tu hombre.*

El hombre de armas y el carretero entraron con el pelo chorreando. El guardián, Ranulf, se plantó delante de Elizabeth.

—No podemos detenernos aquí —dijo.

Ante la sorpresa de Aliena, Elizabeth se sometió de inmediato.

—Muy bien —dijo poniéndose en pie.

—Sentaos —dijo Aliena, haciéndola tomar de nuevo asiento, y poniéndose en pie delante del guardián, agitó el dedo delante de su cara—. Si escucho otra palabra tuya pediré ayuda a los aldeanos para que vengan a rescatar a la condesa de Shiring. Ellos saben cómo tratar a tu señora a pesar de que tú lo ignoras.

Vio a Ranulf sopesando los pros y los contras. De llegar a un enfrentamiento, era capaz de habérselas con Elizabeth y Aliena, y también con el carretero y el párroco. Pero si se le unían algunos aldeanos se encontraría con dificultades.

—Tal vez la condesa prefiera seguir camino —dijo mirando agresivo a Elizabeth.

La joven parecía aterrorizada.

—Bien, señoría. Ranulf ruega humildemente que le exprese su voluntad —dijo Aliena.

Elizabeth se quedó mirándola.

—Sólo tenéis que decirle lo que queréis —dijo Aliena con tono alentador—. Su deber es cumplir vuestras órdenes.

La actitud de Aliena infundió valor a Elizabeth.

—Descansaremos aquí. Ve y ocúpate de los caballos, Ranulf —dijo después de respirar hondo.

El hombre asintió con un gruñido y salió.

Elizabeth contempló atónita cómo se alejaba.

—Va a mear de firme —anunció el carretero.

El sacerdote frunció el ceño ante aquella vulgaridad.

—Estoy seguro de que lloverá como de costumbre —dijo con tono estirado.

Aliena no pudo evitar echarse a reír, y Elizabeth la imitó.

Tuvo la impresión de que la joven no reía a menudo.

El ruido de la lluvia se convirtió en sonoro tamborileo. Aliena miró a través de la puerta abierta. La iglesia sólo estaba a unas cuantas yardas pero la lluvia impedía verla.

—¿Has puesto a buen recaudo la carreta? —preguntó Aliena al carretero.

El hombre asintió.

—Con los animales. No quiero que mi hilo quede apelmazado.

Ranulf entró de nuevo completamente empapado.

Hubo un relámpago seguido del prolongado retumbar del trueno.

—Esto no hará mucho bien a las cosechas —comentó el párroco con acento lúgubre.

Tiene razón, se dijo Aliena. *Lo que necesitaban eran tres semanas de benéfico sol.*

Se produjo otro relámpago seguido de otro trueno más largo todavía, y una ráfaga de viento sacudió la casa de madera. A Aliena le cayó en la cabeza agua fría y, al mirar hacia arriba, vio una gotera en el tejado de barda. Apartó de allí su asiento. La lluvia entraba también por la puerta; pero nadie parecía tener interés en cerrarla. Le gustaba mirar la tormenta y, al parecer, a los otros les pasaba igual.

Contempló a Elizabeth. La joven estaba blanca como la pared.

La rodeó con un brazo. Temblaba, a pesar de que no hacía frío.

La apretó contra sí.

—Estoy asustada —musitó Elizabeth.

—No es más que una tormenta —la tranquilizó.

Afuera se había puesto muy oscuro. Aliena pensó que ya debía ser hora de la cena y entonces cayó en la cuenta de que todavía no había almorzado. Sólo era mediodía. Se levantó y se acercó a la puerta. El cielo tenía un color gris oscuro. No recordaba haber visto jamás un tiempo semejante en verano. El viento soplaba con fuerza. Un relámpago iluminó varios objetos arrastrados por delante de la puerta. Una manta, un pequeño arbusto, un escudillo de madera, un barrilillo vacío.

Entró de nuevo con el ceño fruncido y se sentó otra vez. Empezaba a sentirse algo preocupada. La casa volvió a temblar. La viga central que sostenía el caballete del tejado estaba vibrando. *Ésta es una de las casas mejor construidas de la aldea*, se dijo, *si se encuentra tan poco firme, es posible que alguna de las viviendas más pobres esté a punto de derrumbarse.* Miró al cura.

—Si esto empeora tal vez hayamos de reunir a los aldeanos y que se refugien en la iglesia —suspiró.

—No estoy dispuesto a salir con este diluvio —manifestó el sacerdote con una breve carcajada.

Aliena se quedó mirándolo con incredulidad.

—Es vuestro rebaño —le dijo—. Sois su pastor.

El cura la miró a su vez con insolencia.

—Yo debo rendir cuentas al obispo de Kingsbridge, no a vos; y no voy a hacer el tonto sólo porque vos me lo digáis.

—Al menos poned los bueyes a buen recaudo —sugirió Aliena.

Las posesiones más valiosas en una aldea como aquélla eran las yuntas de ocho bueyes que arrastraban el arado. Los campesinos no podían cultivar la tierra sin esos animales. Y como ningún agricultor podía permitirse la posesión de una yunta de arar, eran propiedad de la comunidad. Parecía evidente que el cura había de tener en gran estima la yunta, ya que su prosperidad también dependía de ella.

—No tenemos yunta de arar —contestó.

Aliena se mostró confundida

—¿Por qué?

—Hubimos de vender cuatro de ellas para pagar el arriendo. Luego, matamos a las restantes para comer carne en invierno.

Eso explicaba aquellos campos a medio arar, se dijo Aliena. Sólo habían podido cultivar los terrenos más ligeros utilizando caballos o mano de obra para arrastrar el arado. Tal cosa la enfureció. Era estúpido al tiempo que inhumano por parte de William obligar a aquellas gentes a vender sus yuntas, porque eso significaba que también este año encontrarían dificultades para pagarle el arriendo, aunque el tiempo hubiese sido bueno. Experimentó deseos de coger a William por el cuello y retorcérselo.

Otra fuerte ráfaga de viento hizo estremecerse la casa de madera.

De repente, pareció deslizarse un lado del tejado. Luego, se alzó varias pulgadas desprendiéndose del muro y, a través de aquella rendija, Aliena pudo ver el cielo negro y un relámpago en zigzag. Se levantó de un salto al tiempo que la ráfaga se calmaba y el tejado de barda se desplomó de nuevo sobre sus soportes. Ahora aquello empezaba a ponerse peligroso. Siguió en pie y gritó al sacerdote por encima del estruendo provocado por el tiempo.

—¡Id al menos a abrir la puerta de la iglesia!

El cura se mostró resentido pero hizo lo que se le decía. Cogió una llave de la cómoda, se cubrió con una capa, salió y desapareció bajo la lluvia. Aliena empezó a organizar a los demás.

—Lleva mi carreta y los bueyes a la iglesia, carretero. Y tú, Ranulf, lleva los caballos. Venid conmigo, Elizabeth.

Se pusieron las capas y salieron. Resultaba difícil caminar en línea recta a causa del viento, y hubieron de cogerse de la mano para mantener el equilibrio. Se abrieron camino a través del cementerio. La lluvia se había convertido en granizo y sobre las lápidas rebotaban grandes piedras de hielo. En una esquina del camposanto Aliena vio un manzano tan desnudo como en invierno. El ventarrón había despojado sus ramas de hojas y frutos. *Este otoño no habrá muchas manzanas en el Condado*, se dijo.

Un momento después habían llegado a la iglesia y entrado en ella. La repentina quietud fue como si se quedaran sordos. El viento todavía seguía aullando y la lluvia repicando sobre el tejado. También se oía el estruendo de los truenos cada pocos minutos; pero todo ello lejano. Algunos de los aldeanos se encontraban ya allí con sus capas empapadas. Habían llevado consigo sus bienes, las gallinas metidas en sacos, los cerdos atados y las vacas con cabezales. La iglesia se hallaba a oscuras; pero la escena era iluminada sin cesar por los relámpagos. Al cabo de unos momentos el carretero introdujo allí la carreta de Aliena. Le seguía Ranulf con los caballos.

—Hagamos que coloquen a los animales en la parte oeste y que la gente se instale en la zona este, antes de que la iglesia empiece a tener aspecto de un establo —propuso Aliena al cura.

Al parecer todo el mundo había aceptado ya que Aliena se hiciera cargo de la situación, por lo que el párroco asintió con la cabeza. Los dos se pusieron en acción, el cura dirigiéndose a los hombres y Aliena a las mujeres. La gente fue separándose poco a poco de los animales. Las mujeres condujeron a los niños al pequeño presbiterio y los hombres ataron el ganado a las columnas de la nave. Los caballos estaban asustados, girando los ojos y haciendo corvetas. Las vacas se tumbaron. Los aldeanos empezaron a formar grupos familiares y a pasarse unos a otros comida y bebida. Habían ido allí preparados para una larga estancia.

Era tal la violencia de la tormenta, que Aliena pensó que tenía que pasar pronto. Por el contrario, todavía empeoró. Se acercó a una ventana. Naturalmente no tenían cristal, sino que estaban cubiertas por un hermoso lino translúcido que en aquellos momentos colgaba desgarrado del marco de la ventana. Aliena se alzó hasta el alféizar para mirar hacia fuera. Todo cuanto pudo ver fue lluvia. El viento arreció, ululando alrededor de los muros. Aliena empezó a preguntarse si, incluso allí, estarían seguros. Recorrió discretamente el edificio.

Había pasado suficiente tiempo con Jack para conocer las diferencias entre las buenas y las malas obras de albañilería, y se sintió aliviada al comprobar que el trabajo en piedra había sido hecho con minuciosidad y limpieza. No había grietas. El templo estaba construido con bloques de piedra cortada, no de mampostería, y parecía sólido como una montaña.

El ama de llaves del párroco encendió una vela. Entonces descubrió Aliena que estaba cayendo la noche. El día había sido tan tenebroso que la diferencia era pequeña. Los niños se cansaron de correr arriba y abajo por las naves y se acurrucaron bien envueltos en sus capas para dormir. Las gallinas metieron la cabeza debajo del ala. Elizabeth y Aliena se sentaron juntas en el suelo con la espalda contra el muro.

Aliena estaba muerta de curiosidad por aquella infeliz joven que había aceptado el papel de mujer de William, ese papel que ella misma había rechazado hacía diecisiete años.

—Conocí a William cuando era muy joven. ¿Cómo es ahora? —dijo incapaz de contenerse por más tiempo.

—Lo aborrezco —aseguró Elizabeth con tono apasionado.

Aliena sintió una profunda lástima por ella.

—¿Cómo le conocisteis? —quiso saber Elizabeth.

Aliena tuvo la impresión de que se había dejado llevar por sus impulsos.

—A decir verdad, cuando tenía más o menos vuestra edad se pensó en que me casara con él.

—¡No! ¿Y por qué no lo hicisteis?

—Le rechacé y mi padre me respaldó. Pero se organizó un espantoso alboroto. Fui la causa de que se derramara mucha sangre. Pero ahora todo pertenece ya al pasado.

—¿Le rechazasteis? —Elizabeth se mostraba excitada—. Sois muy valiente. Quisiera ser como vos. —De nuevo parecía alicaída—. Pero yo no soy capaz de imponerme ni siquiera a los sirvientes.

—Estad segura de que podéis hacerlo —la alentó Aliena.

—Pero, ¿cómo? No me hacen ni caso porque sólo tengo catorce años.

Aliena reflexionó acerca de la cuestión. Luego, contestó:

—Para empezar, deberéis convertiros en la mensajera de los deseos de vuestro marido. Por la mañana, preguntadle qué le gustaría comer ese día, a quién querría ver, qué caballo le apetece montar o cualquier otra cosa que se os ocurra. Luego id al cocinero, al mayordomo del salón y al mozo de cuadras y dadles las órdenes del conde. Vuestro marido os estará agradecido y furioso con cualquiera que os ignore. De esa manera, la gente se acostumbrará a hacer lo que vos digáis. Luego, tomad buena nota de quiénes os ayudan gustosos y quiénes se muestran más reacios, y aseguraos de que los peores trabajos los hagan los que han mostrado mala voluntad. Entonces, la gente empezará a darse cuenta de que resulta conveniente dar gusto a la condesa. También os querrán mucho más que a William que, a fin de cuentas, no es muy amable. Finalmente llegaréis a ser una fuerza por derecho propio. La mayoría de las condesas lo son.

—Lo presentáis como si fuera muy fácil —dijo Elizabeth pensativa.

—No, no es fácil, pero podéis hacerlo si tenéis paciencia y no os desalentáis con demasiada facilidad.

—Creo que puedo —respondió la joven con decisión—. De veras creo que puedo.

Al final se durmieron. De cuando en cuando, el viento volvía a aullar y despertaba a Aliena. Miró en derredor suyo a la luz de la temblorosa llama de la vela. Vio que la mayoría de los adultos hacían lo que ellas, permanecían sentados erguidos, dormitando y luego despertándose de repente.

Debía ser alrededor de la medianoche cuando Aliena se despertó sobresaltada dándose cuenta de que esa vez debía de haber dormido una hora o más. Casi todo el mundo estaba sumido en un profundo sueño. Cambió de posición, se tumbó boca arriba y se arrebujó en la capa. La tormenta no había amainado, pero la gente estaba tan necesitada de descanso que olvidó su inquietud. El ruido de la lluvia contra los muros de la iglesia era semejante a olas rompiendo en la playa. Pero, en lugar de mantenerla despierta, ahora ya la arrullaba y le ayudaba a dormir.

Una vez más se despertó sobresaltada. Se preguntó qué sería lo que la habría perturbado. Escuchó atenta. Silencio. La tormenta se había calmado. Por las ventanas entraba una débil luz grisácea. Todos los aldeanos estaban profundamente dormidos.

Aliena se levantó. Sus movimientos hicieron abrir los ojos a Elizabeth.

Ambas habían tenido la misma idea. Se dirigieron a la puerta, la abrieron y salieron de la iglesia.

La lluvia había cesado y el viento no era más que una brisa.

Todavía no había salido el sol; no obstante, el cielo era de un gris perla. Aliena y Elizabeth miraron en derredor suyo, bajo la luz clara y aguanosa.

La aldea había desaparecido.

Aparte de la iglesia, no había quedado una sola edificación en pie.

Toda la zona aparecía llana como la palma de la mano. Algunas pesadas vigas descansaban contra el costado de la iglesia. Aparte de eso, sólo las piedras hincadas en el suelo, desperdigadas en aquel mar de barro, mostraban dónde habían estado las casas. En las lindes de lo que fue la aldea, todavía permanecían en pie cinco o seis árboles grandes, robles y castaños, aunque todos ellos parecían haber perdido varias ramas. No había quedado un solo árbol joven. Aturdidas ante aquella total devastación, Aliena y Elizabeth caminaron por lo que fue la calle. El suelo se hallaba cubierto de astillas y de pájaros muertos. Llegaron al primero de los trigales. Parecía como si un enorme rebaño de ganado hubiera pasado por allí por la noche. Las espigas, que ya estaban madurando, habían sido aplastadas, rotas, arrancadas de raíz y arrastradas por las aguas. La tierra aparecía abatida e inundada.

Aliena quedó horrorizada.

—¡Dios mío! —musitó—. ¿Y ahora qué comerá la gente?

Recorrieron los campos. Los daños eran los mismos en todas las partes. Subieron a una colina baja y desde la cima recorrieron con la mirada los campos circundantes. Allá donde miraban no veían más que cosechas perdidas, ovejas muertas, árboles derribados, praderas inundadas y casas hundidas. La destrucción era aterradora y Aliena se sintió embargada por una terrible sensación de tragedia. Se dijo que parecía como si la mano de Dios hubiera descendido sobre Inglaterra y hubiera golpeado su suelo destruyendo cuanto el hombre había construido, salvo las iglesias.

La devastación había conmovido también a Elizabeth.

—Es terrible —murmuró—. No puedo creerlo. No ha quedado nada.

Aliena asintió con gesto de consternación.

—Nada —repitió como un eco—. Este año no habrá cosechas.

—¿Y qué hará la gente?

—No lo sé. —Aliena añadió con una mezcla de compasión y miedo—: Se prepara un condenado invierno.

2

Una mañana, cuatro semanas después de la gran tormenta, Martha pidió a Jack más dinero. Éste quedó sorprendido. Ya le daba seis peniques semanales para la casa y sabía que Aliena le entregaba igual cantidad. Con esa suma había de alimentar a cuatro adultos y dos niños y comprar leña y junquillos para dos casas. Pero había muchas familias numerosas en Kingsbridge que sólo disponían de seis peniques semanales para cubrir todas las necesidades, comida, ropas y también el alquiler. Preguntó a Martha por qué necesitaba más.

Martha se mostró incómoda.

—Todos los precios han subido. El panadero pide un penique por una hogaza de cuatro libras y...

—¡Un penique! ¡Por una hogaza de cuatro libras! —Jack se hallaba escandalizado—. Deberíamos construirnos un horno y cocer nuestro propio pan.

—Bueno, a veces hago pan de sartén.

—Eso es verdad.

Jack recordó que durante la última semana habían tomado dos o tres veces pan cocido en la sartén.

—Pero el precio de la harina también ha subido, así que no ahorramos mucho —explicó Martha.

—Deberíamos comprar trigo y molerlo nosotros.

—No está permitido. Lo establecido es que utilicemos el molino del priorato. De cualquier forma, el trigo es caro también.

—Claro.

Jack comprendió que se estaba comportando de una manera estúpida. El pan era caro porque la harina era cara, y la harina era cara porque el trigo era caro, y el trigo era caro porque la tormenta destruyó la cosecha. No había que darle más vueltas. Notó que Martha parecía apesadumbrada. Siempre se inquietaba sobremanera cuando creía haberle disgustado. Sonrió para demostrarle que no tenía de qué preocuparse, al tiempo que le daba unas palmaditas en el hombro.

—No es culpa tuya —la animó.

—Parecías tan enfadado.

—Pero no contigo.

Se sentía culpable. Estaba convencido de que Martha sería capaz de cortarse la mano derecha antes que engañarle. En realidad, no comprendía por qué era tan adicta a él. Si fuera amor, se dijo, desde luego que a estas alturas ya estaría harta, porque ella y el mundo entero sabían que Aliena era el amor de su vida. En cierta ocasión había considerado la conveniencia de hacerle que se fuera, obligarle a salir de su enclaustramiento y su entrega. De esa manera, tal vez se enamorara de un hombre que le conviniera. Pero en el fondo de su corazón sabía que aquello no resultaría y que sólo lograría hacerla desesperadamente desdichada. De manera que dejó que todo siguiera como estaba. Echó mano al interior de su túnica para sacar su bolsa y cogió tres peniques de plata.

—Más vale que dispongas de doce peniques a la semana y veas si puedes arreglarte con eso —le dijo.

Parecía mucho. Su paga era tan sólo de veinticuatro peniques semanales, aunque tenía también otros gajes, como velas, ropas y botas.

Se echó al coleto el resto del pichel de cerveza y salió. Hacía un frío desusado para principios de otoño. El tiempo seguía siendo extraño. Recorrió con paso vivo la calle y entró en el recinto del priorato. Todavía no había salido el sol, y allí se encontraban tan sólo un puñado de artesanos. Recorrió la nave observando los cimientos. Casi estaban completos. Habían tenido suerte, ya que el trabajo con la argamasa, probablemente habría de suspenderse pronto ese año a causa del tiempo frío.

Levantó la vista hacia los nuevos cruceros. El placer que sentía por su propia creación estaba ensombrecido por las grietas. Habían reaparecido al día siguiente de la gran tormenta. Se hallaba decepcionadísimo. Claro que había sido una tormenta espantosa. Pero él había diseñado su iglesia para que sobreviviera a centenares de tormentas así. Movió la cabeza, perplejo y

subió por las escaleras de la torreta hasta la galería. Deseaba poder hablar con alguien que hubiera construido una iglesia semejante. En Inglaterra nadie lo había hecho, e incluso en Francia nunca habían alcanzado semejante altura. Siguiendo un impulso, no se dirigió a su zona de dibujo sino que continuó subiendo las escaleras hasta el tejado. Ya habían quedado colocadas todas las planchas y observó que el fastigio que había estado bloqueando la corriente de agua de lluvia disponía ya de un amplio canalón que corría a través de su base. Corría viento allá arriba y cada vez que se acercaba al borde trataba de encontrar algo donde sujetarse, ya que no sería el primer constructor que se caía de un tejado y se mataba, impelido por una ráfaga de viento, el cual siempre soplaba más fuerte en todo lo alto que en el suelo. De hecho el viento siempre parecía aumentar de manera desproporcionada conforme uno subía...

Permaneció allí con la mirada perdida en el espacio. El viento aumentaba de manera desproporcionada a medida que uno subía. Ésa era la respuesta a su rompecabezas. No era el peso de su bóveda el causante de las grietas, sino la altura. Estaba seguro de haber construido la iglesia lo bastante fuerte para soportar el peso. Sin embargo, no había contado con el viento. Esos altísimos muros estaban siendo azotados de manera constante y, dada su gran elevación, eso era suficiente para producir grietas. De pie en el tejado sintiendo toda su fuerza podía imaginar fácilmente el efecto que estaba teniendo sobre la estructura estrictamente equilibrada que había debajo de él. Conocía tan bien la edificación que casi podía sentir la tensión, como si los muros formaran parte de su cuerpo.

El viento daba de costado contra la iglesia, como estaba dando contra él. Y, puesto que la iglesia no podía combarse, aparecían las grietas.

Estaba segurísimo de haber encontrado la causa. ¿Pero qué había de hacer al respecto? Necesitaba reforzar el trifolio para que pudiera aguantar el viento. ¿Cómo? Si construyera contrafuertes macizos en la parte superior de los muros, quedaría destruido el deslumbrador efecto de ligereza y gracia que con tanto éxito había logrado. No obstante, si fuera eso lo que se necesitaba para mantener el edificio en pie, tendría que hacerlo.

Bajó las escaleras. No se sentía más contento, pese a haber logrado comprender por fin el problema, ya que parecía como si la solución pudiera destruir su sueño. *Acaso soy arrogante*, se dijo. *Estaba tan convencido de que podía construir la catedral más hermosa del mundo. ¿Por qué imaginé que yo podía ser mejor que cualquier otro? ¿Qué me hizo pensar que era algo tan especial? Debí haber copiado con exactitud el boceto de otro maestro y sentirme satisfecho.*

Philip le estaba esperando en la zona de dibujo. El prior tenía el ceño fruncido por la preocupación. La orla de pelo canoso alrededor de la afeitada cabeza aparecía alborotada. Daba la impresión de haber estado levantado toda la noche.

—Habremos de reducir nuestros gastos —dijo sin más preámbulo—. No tenemos dinero para seguir construyendo al ritmo actual.

Jack había estado temiendo aquello. El huracán destruyó las cosechas en la mayor parte del sur de Inglaterra y era de suponer que las finanzas del priorato acusarían el golpe. En el fondo de su corazón, tenía miedo de que, si la construcción se retrasaba demasiado, acaso él no viviera para ver acabada su catedral. Pero no dejó traslucir sus temores.

—Se acerca el invierno —dijo con tono indiferente—. De cualquier manera, por esta época el trabajo siempre sufre retrasos. Y este año el invierno llegará pronto.

—No lo bastante pronto —contestó Philip ceñudo—. Quiero que se reduzcan a la mitad nuestros gastos. De inmediato.

—¡A la mitad!

Parecía algo imposible.

—Hoy empieza el despido temporal de invierno.

La situación era peor de lo que Jack supuso. Habitualmente los trabajadores estivales terminaban a principios de diciembre más o menos. Pasaban los meses de invierno construyendo casas de madera o haciendo arados o carretas, bien para los suyos o para ganar dinero. Aquel año sus familias no se sentirían muy contentas de verlos.

—¿Sabéis que los enviáis a hogares donde la gente ya está pasando hambre? —preguntó Jack.

Philip se limitó a mirarlo irritado.

—Claro que lo sabéis —añadió Jack—. Siento habéroslo preguntado.

—Si no lo hago ahora, ocurrirá que cualquier domingo, mediado el invierno, todos los trabajadores se encontrarán en fila para cobrar su salario y yo sólo podré mostrarles un cofre vacío —dijo enérgico.

Jack se encogió de hombros sin nada más que objetar.

—Y eso no es todo —le advirtió Philip—. De ahora en adelante no se contratará a nadie, ni siquiera para reemplazar a los que se vayan.

—Hace meses que no contratamos.

—Contrataste a Alfred.

—Eso fue algo diferente —alegó Jack incómodo—. Muy bien. Nada de nuevos contratos.

—Y tampoco ascensos.

Jack asintió. De cuando en cuando, un aprendiz o un jornalero pedían que se le ascendiera a albañil o a cantero. Si los demás artesanos consideraban adecuado su trabajo, se atendía su solicitud y el priorato tenía que pagarle un salario más alto.

—Los ascensos son prerrogativa de la logia de albañiles —le recordó Jack.

—No es mi propósito cambiar eso —repuso Philip—. Estoy pidiendo a los albañiles que pospongan todo ascenso hasta que haya terminado el hambre.

—Se lo comunicaré —contestó Jack sin comprometerse.

Tenía la impresión de que aquello crearía problemas.

Philip siguió con sus restricciones.

—De ahora en adelante no se trabajará las fiestas de los santos.

Había demasiados días de santos. En principio eran fiestas; pero el que a los trabajadores les pagaran como tal era cuestión de negociación. En Kingsbridge, lo establecido era que, cuando en una misma semana caían dos o más festividades de santos, la primera era pagada y la segunda un día libre optativo. La mayoría de la gente elegía trabajar el segundo. Sin embargo, ahora no tendrían opción. El segundo día sería fiesta obligatoria sin cobrar. Jack se sentía incómodo ante la perspectiva de explicar a la logia todos aquellos cambios.

—Resultaría mucho más fácil que pudiera presentarlo como temas de discusión y no como una cuestión ya zanjada —dijo.

Philip meneó la cabeza.

—Entonces pensarían que se trata de cuestiones abiertas a negociación y algunas de las proposiciones podrían ser suavizadas. Sugerirían trabajar media jornada de las fiestas de los santos y permitir un número limitado de ascensos.

Desde luego, lo que decía era cierto.

—¿Acaso no es razonable? —preguntó Jack.

—Claro que es razonable —repuso Philip con irritación—. Sólo que no es caso de acomodación. Incluso me preocupa que esas medidas no sean suficientes, de manera que no puedo hacer concesión alguna.

—Muy bien —admitió Jack, pues era evidente que Philip no estaba en aquel momento de humor para avenencias—. ¿Algo más? —preguntó cauteloso.

—Sí. Suspende toda compra de suministros. Utiliza las existencias de piedra, hierro y madera.

—¡Si la madera la tenemos gratis! —protestó Jack.

—Pero hemos de pagar para que la acarreen hasta aquí.

—Es verdad. Está bien.

Jack se acercó a la ventana y se quedó mirando abajo, las piedras y los troncos de árbol almacenados en el recinto del priorato. Fue una acción refleja. Sabía bien lo que tenía almacenado.

—Eso no es problema —dijo al cabo de un momento—. Con la reducción de trabajadores tenemos materiales suficientes hasta el próximo verano.

Philip suspiró con fuerza.

—No tenemos seguridad de que el próximo año podamos contratar trabajadores estivales —dijo—. Dependerá del precio de la lana. Más vale que se lo adviertas.

Jack asintió.

—¿Tan mal esta la cosa?

—Es la peor situación que jamás he conocido —aseguró el prior—. Lo que este país necesitaba son tres años de buen tiempo. Y un nuevo rey.

—Amén a todo ello —rubricó Jack.

Philip volvió a su casa. Jack pasó la mañana preguntándose cómo enfocar aquellos cambios. Había dos formas de construir una nave. Intercolumnio por intercolumnio, empezando por la crujía y trabajando hacia el oeste, o hilada a hilada, lanzando previamente la base de toda la nave e ir subiendo luego. El segundo sistema resultaba más rápido pero se necesitaban más albañiles. Era el método que Jack había pensado utilizar. Ahora recapacitó sobre ello. La construcción de un intercolumnio tras otro era un sistema más adecuado para un número reducido de trabajadores. Además, tenía otra ventaja. Cualquier modificación que introdujera en su diseño para solucionar el problema de la resistencia al viento podía ponerse a prueba en uno o dos días antes de aplicarla a todo el edificio.

También cavilaba respecto a los efectos a largo plazo de la crisis económica. Era posible que en el transcurso de los años el trabajo fuera cada vez más escaso. Pesaroso, se veía a sí mismo haciéndose viejo, canoso y débil, sin haber logrado la ambición de su vida y siendo enterrado finalmente en el cementerio del priorato a la sombra de una catedral inacabada.

Al sonar la campana del mediodía, se encaminó a la logia de los albañiles. Los hombres se encontraban sentados con su cerveza y su queso. Jack se fijó, por primera vez, en que muchos de ellos no tenían pan. Pidió a los albañiles que habitualmente se iban a casa a almorzar si podían permanecer todavía un momento.

—El priorato esta quedándose corto de dinero —les dijo.

—Nunca he conocido un monasterio al que tarde o temprano no le ocurra lo mismo —comentó uno de los hombres de más edad.

Jack lo miró. Le llamaban Edward Twonose [8] porque tenía una verruga en la cara casi tan grande como la nariz. Era un buen entallador, con un ojo excelente para las curvas exactas, y Jack siempre lo había dedicado a los fustes y los tímpanos sobre capiteles.

—Tenéis que reconocer que aquí se administra mejor el dinero que en la mayoría de los sitios —dijo—. Pero el prior Philip no puede evitar las tormentas y las malas cosechas, y ahora se ve obligado a reducir sus gastos. Os hablaré de ello antes de que almorcéis. En primer lugar, no adquiriremos más existencias de piedra ni de madera.

Empezaban a acudir los artesanos de las otras logias para saber lo que se decía.

—La madera que tenemos no durará todo el invierno —apuntó uno de los carpinteros viejos.

—Sí durará —le contradijo Jack—. Trabajaremos más despacio porque habrá menos artesanos. Hoy comienza el despido temporal de invierno.

Se dio cuenta de inmediato que se había equivocado en la forma de plantear el tema. Surgieron protestas de todas partes mientras varios hombres hablaban a la vez. *Debiera habérselo comunicado poco a poco*, se dijo. Pero carecía de experiencia en ese tipo de cosas. Había sido maestro durante siete años; pero en todo ese tiempo nunca hubo crisis económica. De aquella batahola surgió la voz de Pierre Paris, uno de los albañiles que había acudido desde Saint-Denis. Al cabo de seis años de vivir en Kingsbridge, su inglés era todavía imperfecto y su enfado lo empeoraba todavía más, pero no por ello se desalentó.

—No podéis despedir hombres en martes —clamó.

—Eso es verdad —le apoyó Jack Blacksmith—. Tenéis que darles al menos hasta el fin de semana.

En ese momento metió baza Alfred, el hermanastro de Jack.

—Recuerdo cuando mi padre estaba construyendo una casa para el conde de Shiring y William Hamleigh llegó y despidió a toda la cuadrilla. Mi padre le dijo que tenía que darles a todos el salario de una semana, y mantuvo sujetas las bridas del caballo hasta que Hamleigh entregó el dinero.

Gracias por tu inoportunidad, Alfred, pensó Jack.

—Más vale que oigáis el resto —siguió diciendo tenaz—. De ahora en adelante, no habrá trabajo la fiesta de los santos y tampoco ascensos.

Aquello los puso todavía más furiosos.

—Inaceptable —dijo alguien.

Y varios de ellos repitieron el latiguillo: Inaceptable, inaceptable.

---

[8] Edward Dosnarices.

Eso provocó la ira de Jack.

—¿De qué estáis hablando? Si el priorato no tiene dinero a vosotros no se os va a pagar. ¿A qué viene esa cantinela de "Inaceptable, inaceptable", como una pandilla de colegiales en clase de latín?

Edward Twonose habló de nuevo.

—No estamos en una clase de colegiales, somos una logia de albañiles —dijo—. La logia tiene el derecho de promoción y nadie puede quitárselo.

—¿Y si no hay dinero para una paga extra? —dijo Jack acalorado.

—No creo eso —le rebatió uno de los albañiles jóvenes.

Era Dan Bristol, uno de los trabajadores de verano. No podía considerarse un cortador muy hábil, pero colocaba las piedras con exactitud y rapidez.

—¿Cómo puedes decir que no lo crees? ¿Qué sabes tú de la situación económica del priorato?

—Yo sé lo que veo —repuso Dan—. ¿Pasan hambre los monjes? No. ¿Hay velas en la iglesia? Sí. ¿Hay vino en el almacén? Sí. ¿Anda descalzo el prior? No. Luego hay dinero. Lo que no quiere es dárnoslo a nosotros.

Unos cuantos hombres mostraron ruidosamente su acuerdo. De hecho, el muchacho estaba equivocado al menos en un punto, en lo referente al vino. Pero ahora ya nadie creería a Jack, se había convertido en el representante del priorato. Y eso no era justo. Él no era responsable de las decisiones de Philip.

—Mirad, yo no hago más que repetiros lo que el prior me ha dicho. Yo no puedo garantizar que sea verdad. Pero si él nos dice que no hay bastante dinero y nosotros no le creemos, ¿qué podemos hacer?

—Podemos dejar todos de trabajar —propuso Dan—. De inmediato.

—Eso es —clamó otra voz.

Jack se dio cuenta, con cierto pánico, de que aquello comenzaba a escapársele de las manos.

—Esperad un instante —dijo, mientras trataba desesperadamente de encontrar algún argumento que hiciera bajar la temperatura—. Volvamos ahora al trabajo y esta tarde intentaré convencer al prior Philip para que modifique sus planes.

—No creo que debamos trabajar —se opuso Dan.

Jack no podía creer lo que estaba ocurriendo. Había previsto muchas amenazas contra la construcción de la iglesia de sus sueños, pero nunca se le ocurrió que los artesanos pudieran sabotearla.

—¿Por qué no habríamos de trabajar? —preguntó incrédulo—. ¿Con qué propósito?

—Tal como están las cosas, la mitad de nosotros ni siquiera estamos seguros de que se nos pague el resto de la semana —alegó Dan.

—Lo que va contra toda costumbre y práctica —añadió Pierre Paris.

La frase "costumbre y práctica" se utilizaba mucho en los tribunales.

—Trabajad al menos mientras intento hablar con Philip —pidió Jack desesperado.

—Si trabajamos, ¿puedes garantizarnos que todos cobraremos la semana completa? —preguntó Edward Twonose.

Jack sabía que, dado el actual talante de Philip, no podía dar semejante garantía. Como quiera que fuese, estuvo a punto de decir que sí y, de ser necesario, poner el dinero de su propio bolsillo. Pero al punto comprendió que todos sus ahorros no bastarían para cubrir los salarios de una semana.

—Haré cuanto me sea posible por convencerle y estoy seguro de que aceptará —fue cuanto pudo decir.

—No es bastante para mí —se resistió Dan.

—Y tampoco para mí —apostilló Pierre.

—Sin garantía no hay trabajo —declaró Dan.

Ante el desconsuelo de Jack, el acuerdo fue general.

Llegó al convencimiento de que, si seguía oponiéndose a ellos, perdería la escasa autoridad que le quedaba.

—La logia ha de actuar como un solo hombre —dijo recurriendo a aquella frase tan machacada—. ¿Estamos todos de acuerdo en que paremos?

Hubo un coro de asentimiento.

—Que así sea —concluyó Jack consternado—. Se lo diré al prior.

El obispo Waleran entró en Shiring acompañado por un pequeño ejército de ayudantes. El conde William le esperaba en el pórtico de la iglesia en la plaza del mercado. William frunció atónito el entrecejo. Había creído que se trataba de una mera reunión en el enclave, no de una visita oficial. ¿Qué estaría tramando aquel tortuoso obispo?

Acompañaba a Waleran un forastero montando un caballo zaino. El hombre era alto y ágil, con espesas cejas negras y una gran nariz aguileña. Tenía una expresión desdeñosa que parecía permanente. Cabalgaba junto a Waleran como si fueran iguales; pero no vestía como un obispo.

Una vez que hubieron desmontado, Waleran presentó al forastero.

—Conde William, le presento a Peter de Wareham, arcediano al servicio del arzobispo de Canterbury.

Ninguna explicación de lo que Peter está haciendo aquí, se dijo William. *Está claro que Waleran trama algo.*

—Vuestro obispo me ha hablado de la generosidad que mostráis hacia la Santa Madre Iglesia, Lord William —dijo el arcediano haciendo una inclinación.

Antes de que William pudiera contestar, Waleran señaló la iglesia parroquial.

—Este edificio será derribado para dejar sitio a la nueva iglesia, arcediano —anunció.

—¿Habéis designado ya un maestro de obras? —preguntó Peter.

William se preguntaba por qué un arcediano de Canterbury estaba tan interesado en la iglesia parroquial de Shiring. O acaso sólo se estuviera mostrando cortés.

—No, todavía no he encontrado maestro —respondió Waleran—. Hay muchos constructores buscando trabajo pero no puedo encontrar ninguno de París. Parece como si todo el mundo quisiera construir templos como el de Saint-Denis, y los albañiles familiarizados con el estilo están muy solicitados.

—Puede ser importante —comentó Peter.

—Hay un constructor esperando vernos luego, que es posible que nos pueda ayudar.

William se sintió una vez más confundido. ¿Por qué Peter consideraba tan importante construir al estilo de Saint-Denis?

—Naturalmente, la nueva iglesia será mucho más grande. Entrará bastante más adentro en la plaza.

A William no le gustaron los aires prepotentes que Waleran estaba adoptando.

—No puedo dejar que la iglesia invada la plaza del mercado.

Waleran parecía irritado, como si William hubiera hablado a destiempo.

—¿Por qué no? —dijo.

—Los días de mercado, cada pulgada de la plaza da dinero.

Dio la impresión de que Waleran se disponía a argüir algo, pero Peter sonrió.

—No debemos perjudicar semejante fuente de ingresos, ¿verdad? —dijo.

—Así es —asintió William.

Era él quien pagaba aquella iglesia. Por fortuna, la cuarta cosecha mala apenas había influido en sus ingresos. Los campesinos menos importantes habían pagado en especie y muchos habían entregado a William su saco de harina y su pareja de gansos, aun cuando ellos estaban viviendo con sopa de bellotas. Además, el saco de grano tenía un valor diez veces superior al de cinco años atrás, y el aumento del precio compensaba con creces por los arrendatarios que no habían pagado y los siervos muertos de inanición. Todavía tenía recursos para financiar la nueva construcción.

Se dirigieron a la parte trasera de la iglesia. Aquélla era una zona de viviendas que generaba ingresos mínimos.

—Podemos construir por este lado y derribar todas esas casas —sugirió William.

—Pero la mayor parte de ellas son residencias de clérigos —objetó Waleran.

—Encontraremos otras casas para los clérigos.

Waleran parecía descontento; sin embargo, no añadió otra palabra sobre el tema.

Cuando se hallaban en la parte norte de la iglesia, se inclinó ante ellos un hombre de espaldas anchas, de unos treinta años. Por su indumentaria, William pensó que se trataba de un artesano.

—Este es el hombre de quien os hablé, mi señor obispo. Se llama Alfred de Kingsbridge —dijo el arcediano Baldwin, el asiduo acompañante del obispo.

A primera vista, el hombre no parecía muy agradable. Era semejante a un buey, grande, fuerte y más bien lerdo. Pero, examinándole con más atención, se percibía en su cara una expresión artera como la de un zorro o un perro taimado.

—Alfred es el hijo de Tom Builder, el primer maestro de Kingsbridge, y él mismo fue maestro durante un tiempo hasta que su hermanastro le usurpó el puesto.

El hijo de Tom Builder, se dijo William. *Entonces ése era el hombre que se había casado con Aliena, pero que nunca llegó a consumar el matrimonio.* Lo observó con vivo interés. Jamás se le hubiera ocurrido que ese hombretón fuera impotente. Parecía saludable y normal. Pero Aliena podía ejercer extraños efectos sobre un hombre.

—¿Has trabajado en París y aprendido el estilo de Saint-Denis? —estaba preguntándole el arcediano Peter.

—No.

—Pero hemos de tener una iglesia construida según el nuevo estilo.

—En la actualidad, estoy trabajando en Kingsbridge, donde mi hermano es el maestro de obras. Trajo consigo el nuevo estilo de París y lo he aprendido de él.

William se estaba preguntando cómo habría podido el obispo Waleran sobornar a Alfred sin despertar sospechas. Pero luego recordó que Remigius, el sub-prior de Kingsbridge, estaba en manos de Waleran. Seguramente fue él quien hizo el acercamiento inicial.

Recordó algo más sobre Kingsbridge.

—Pero tu tejado se derrumbó —dijo a Alfred.

—No fue culpa mía. El prior Philip se empeñó en que cambiara el proyecto.

—Conozco a Philip —dijo Peter y su voz destilaba veneno—. Es un hombre arrogante y terco.

—¿Cómo es que le conocéis? —preguntó William.

—Hace muchos años fui monje en la celda de St-John-in-the-Forest cuando estaba regentada por Philip —explicó Peter con amargura—. Critiqué su régimen laxo y me nombró limosnero para quitarme de en medio.

Era evidente, a todas luces, que Peter seguía alimentando su resentimiento. Sin duda, era un factor en la trama que, con toda seguridad, estaba urdiendo Waleran.

—Sea como sea, no creo que quiera contratar a un constructor cuyos tejados se derrumban, cualesquiera que puedan ser sus excusas —declaró William.

—Soy el único maestro de obras de Inglaterra que ha trabajado en una iglesia del nuevo estilo, aparte de Jack Jackson.

—No me interesa en absoluto Saint-Denis. Creo que el alma de mi pobre madre será igualmente honrada con una iglesia de estilo tradicional.

William seguía en sus trece.

El obispo Waleran y el arcediano Peter intercambiaron una mirada.

—Un día esta iglesia podría ser la catedral de Shiring —dijo Waleran a William en voz baja al cabo de un momento.

Fue entonces cuando William lo comprendió todo con claridad meridiana. Hacía muchos años que Waleran había urdido el traslado de la sede de la diócesis de Kingsbridge a Shiring. Pero el prior Philip le había ganado por la mano. Y ahora Waleran ponía de nuevo en marcha su plan. Al parecer, en esta ocasión pensaba hacerlo de manera más tortuosa. La vez anterior se había limitado a pedir al arzobispo de Canterbury que le concediera lo que pedía. En esta ocasión, empezaría construyendo una nueva iglesia, lo bastante grande y prestigiosa para ser catedral, y buscando al propio tiempo aliados tales como Peter dentro del círculo del arzobispo antes de hacer su solicitud. Todo eso estaba muy bien.

Pero William lo único que quería era construir una iglesia en memoria de su madre, a fin de hacer más leve el paso de su alma por el fuego purificador, y se sentía resentido por el intento de Waleran de utilizar el proyecto para sus fines propios. Aunque, por otra parte, para Shiring sería un impulso enorme tener allí la catedral, y William se beneficiaría de ello.

—Hay algo más —estaba diciendo Alfred.

—¿Sí? —inquirió Waleran.

William miró a los dos hombres. Alfred era más grande, fuerte y joven que Waleran y hubiera podido derribarlo con una de sus manazas atada a la espalda. Sin embargo, se estaba comportando como el hombre débil en un enfrentamiento. Años atrás, a William le hubiera enfurecido ver a un estirado sacerdote de rostro pálido dominar a un hombre fuerte. Pero esas cosas habían dejado de trastornarle. Así era el mundo.

—Puedo traer conmigo a todos los trabajadores de Kingsbridge —dijo Alfred bajando la voz.

Captó de inmediato la atención de los tres oyentes.

—Repite eso —le pidió Waleran.

—Si me contratan como maestro de obras, traeré conmigo a todos los artesanos de Kingsbridge.

—¿Cómo sabremos que dices la verdad? —le preguntó Waleran cauteloso.

—No os pido que confiéis en mí —dijo Alfred—. Dadme el trabajo condicionado. Si no cumplo lo que prometo, me iré sin cobrar.

Por motivos diferentes, los tres hombres que le escuchaban odiaban al prior Philip, y al momento se sintieron excitados por la perspectiva de asestarle semejante golpe.

—La mayoría de los albañiles trabajaron en Saint-Denis —añadió Alfred.

—¿Pero cómo es posible que puedas traerlos contigo? —preguntó Waleran.

—¿Acaso importa eso? Digamos que me prefieren antes que a Jack.

William pensó que Alfred mentía a ese respecto, y Waleran parecía ser de la misma opinión, porque ladeó la cabeza y dirigió una larga mirada a Alfred por encima de su afilada nariz. Sin embargo, un momento antes, Alfred parecía decir la verdad. Cualquiera que fuese el verdadero motivo, daba la impresión de hallarse convencido de poder llevar consigo a los artesanos de Kingsbridge.

—Si todos te siguen hasta aquí, el trabajo quedará paralizado en Kingsbridge —dijo William.

—Sí —asintió Alfred—. Así será.

William miró a Waleran y a Peter.

—Necesitamos seguir hablando acerca de todo esto. Más vale que coma con nosotros.

Waleran asintió con la cabeza.

—Síguenos a mi casa. Está al otro extremo de la plaza del mercado.

—Lo sé —respondió Alfred—. La construí yo.

Durante dos días, el prior Philip se negó a discutir acerca de sus decisiones. Estaba mudo de ira y cada vez que veía a Jack se limitaba a dar media vuelta y a caminar en dirección contraria.

Al segundo día, llegaron tres carretas cargadas de harina procedentes de uno de los molinos que había alrededor del priorato. Las carretas iban custodiadas por hombres de armas, ya que por aquel entonces la harina era más valiosa que el oro. Comprobaba el cargamento el hermano Jonathan, que era ayudante racionero a las órdenes del viejo Cuthbert Whitehead. Jack observaba cómo Jonathan contaba los sacos. Notaba que había algo familiar en el rostro del joven monje, como si se pareciera a alguien a quien Jack conociera bien. Jonathan era alto y desgarbado, y tenía el pelo castaño claro.

Nada parecido a Philip, que era bajo, delgado y de pelo negro. Pero, aparte de los rasgos físicos, Jonathan era exactamente como el hombre que hizo para él las veces de padre. El muchacho era apasionado, de altos principios, decidido y ambicioso. A la gente le resultaba simpático, pese a su actitud un tanto rígida en cuanto a moralidad, que era más o menos el sentimiento que también prevalecía en Philip.

Ya que el prior se negaba a hablar, lo mejor sería cambiar unas palabras con Jonathan.

Jack permanecía a la espera mientras Jonathan pagaba a los hombres de armas y a los carreteros. Se comportaba con una eficiencia tranquila. Cuando los carreteros le pidieron más dinero del que les correspondía, como siempre solían hacer, rechazó su exigencia con calma; pero también con firmeza. Jack pensó que una educación monástica era una buena preparación para el liderazgo.

Liderazgo. Las carencias de Jack al respecto se habían hecho claramente patentes. Habla permitido que un problema derivara en crisis por su torpe actitud frente a sus hombres. Cada vez que pensaba en aquella reunión maldecía su ineptitud. Estaba decidido a encontrar una manera de enderezar las cosas.

En cuanto los carreteros se alejaron murmurando, Jack se acercó a Jonathan y le dijo:

—El prior está muy enfadado por el paro de los artesanos y albañiles.

Por un instante, pareció como si Jonathan fuera a decir algo desagradable, ya que era evidente que él mismo estaba enfadado. Pero el rostro se le serenó al fin.

—Parece enfadado, pero en el fondo está herido.

Jack asintió.

—Lo ha tomado como un agravio personal.

—Sí. Tiene la sensación de que los artesanos le han fallado en un momento de necesidad.

—En cierto modo, entiendo que así ha sido —reconoció Jack—. Pero Philip cometió un importante error al tratar de alterar las prácticas de trabajo.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —le replicó Jonathan.

—Podía haber discutido primero con ellos la crisis. Acaso hubieran podido sugerirle algunas economías ellos mismos. Pero no estoy en situación de culpar a Philip porque yo he cometido la misma equivocación.

Aquello despertó la curiosidad de Jonathan.

—¿Cómo?

—Comuniqué a los hombres la serie de medidas restrictivas con la misma brusquedad y falta de tacto que lo hizo Philip conmigo.

Jonathan intentaba mostrarse tan ofendido como el prior y culpar del paro a la malevolencia de los hombres. Pero se estaba dando cuenta, reacio, de la otra cara de la moneda. Jack decidió dejarlo así.

Había plantado una semilla.

Se separó de Jonathan y volvió a la zona del suelo donde se encontraban los dibujos. Mientras cogía sus instrumentos, pensaba que la dificultad estribaba en que era Philip quien dirimía las cuestiones en la ciudad. Habitualmente, era el juez para los malhechores y el árbitro de las disputas. Hallaba desconcertante encontrar a Philip como parte activa en una querella, furioso, amargado e implacable. En esta ocasión, habría de restablecer la paz alguna otra persona. Y la única que se le ocurría a Jack era él mismo. En su calidad de maestro de obras, era el mediador capaz de dirigirse a ambas partes. Sus motivos eran indiscutibles. Quería seguir construyendo la catedral.

Pasó el resto del día reflexionando acerca de cómo llevar a cabo esa tarea y se preguntaba una y mil veces qué haría Philip.

Al día siguiente, estaba preparado para habérselas con el prior. Era un día frío y húmedo. Jack vagaba a primera hora de la tarde por el desierto enclave en construcción, con la capucha de su capa echada sobre la cabeza para protegerse de la humedad, simulando estudiar las grietas en el trifolio, problema que aún no estaba resuelto. Se mantuvo a la espera hasta que vio a Philip dirigirse presuroso hacia su casa desde los claustros. Una vez que Philip hubo entrado, Jack le siguió.

La puerta del prior siempre estaba abierta. Jack llamó con los nudillos y entró. El monje estaba arrodillado delante del pequeño altar situado en un rincón. A Jack le pareció que ya había rezado lo suficiente en la iglesia, la mayor parte del día y la mitad de la noche, para tener que seguir haciéndolo

también en casa. No ardía el fuego. Estaba economizando. Jack esperó en silencio hasta que Philip se levantó y se volvió hacia él.

—Esto tiene que acabar —dijo Jack.

El rostro habitualmente amable de Philip tenía una expresión dura.

—No veo que haya dificultad alguna —respondió con frialdad—. Si quieren, pueden volver al trabajo tan pronto como les parezca.

—Acatando vuestras condiciones.

Philip se limitó a mirarlo.

—No volverán si han de acatarlas —dijo Jack—. Y tampoco esperarán eternamente a que vos os mostréis razonable. —Y añadió presuroso—: Lo que ellos consideran razonable.

—¿No esperarán eternamente? —preguntó Philip—. ¿Y adónde irán cuando se cansen de esperar? No van a encontrar trabajo en parte alguna. ¿Acaso creen que éste es el único lugar donde se sufre hambre? La hay en toda Inglaterra. Todos los enclaves en construcción se han visto obligados a hacer recortes.

—De manera que estáis dispuesto a esperar a que vuelvan arrastrándose ante vos pidiendo el perdón —dedujo Jack.

Philip apartó los ojos.

—Yo no obligo a nadie a que se arrastre —replicó—. Y no creo haberte dado nunca motivo para que esperes semejante comportamiento por mi parte.

—No. Y ésa es precisamente la razón de que haya venido a veros —contestó Jack—. Sé que, en realidad, no queréis humillar a esos hombres, no es propio de vos. Y además, si volvieran sintiéndose vencidos y resentidos, su trabajo sería desastroso en los años venideros. Así que, a mi juicio y también al vuestro, hemos de dejarles guardar las apariencias. Y ello significa hacer concesiones.

Durante un prolongado momento, Philip mantuvo los ojos clavados en Jack, el cual pudo darse cuenta, por la expresión del prior, de la lucha que estaba librando entre la razón y los sentimientos. Por último sus rasgos se suavizaron.

—Más vale que nos sentemos —dijo.

Jack contuvo un suspiro de alivio y tomó asiento. Tenía planeado lo que iba a decir. No estaba dispuesto a repetir frases espontáneas y faltas de tacto como hizo ante los constructores.

—No es necesario que modifiquéis la congelación en la compra de suministros —empezó a decir—. Y también puede mantenerse la moratoria de nuevos contratos. Nadie se opone a ello. Creo que podríamos convencerles de

que no haya trabajo en las fiestas de los santos si obtienen concesiones en otras áreas.

Hizo una pausa para dejar que aquello calara. Hasta el momento estaba cediendo en todo sin pedir nada.

Philip hizo un ademán de asentimiento.

—Muy bien. ¿Qué concesiones?

Jack respiró hondo.

—Están ofendidísimos por la propuesta de suprimir los ascensos. Creen que estáis tratando de usurpar las tradicionales prerrogativas de la logia.

—Ya te he explicado que mi intención no es ésa —respondió Philip con tono exasperado.

—Lo sé, lo sé —se apresuró a decir Jack—. Claro que lo hicisteis. Y yo os creí, pero ellos no.

El rostro de Philip mostró una expresión agraviada. ¿Cómo era posible que alguien no le creyera? Jack siguió hablando deprisa:

—Pero eso fue en el pasado. Voy a proponer una avenencia que no os costará nada.

El prior pareció interesado.

—Les dejaremos que sigan aprobando solicitudes de ascensos; pero aplazando por un año el consiguiente aumento en el salario —siguió diciendo Jack, al tiempo que añadía para sus adentros: *A ver si puedes encontrar alguna objeción a esto*.

—¿Lo aceptarán? —preguntó Philip escéptico.

—Vale la pena intentarlo.

—¿Y qué pasará si al cabo del año sigo sin poder permitirme pagar aumentos de salario?

—Habrá que cruzar ese puente cuando se llegue a él.

—¿Quieres decir que habrá que volver a negociar de aquí a un año?

Jack se encogió de hombros.

—Si fuera necesario.

—Comprendo —dijo Philip sin comprometerse—. ¿Algo más?

—El mayor inconveniente con el que tropezamos es el despido inmediato de los trabajadores estivales.

A ese respecto, Jack se mostró absolutamente franco. Se trataba de un problema que no podía soslayarse ni dulcificarse.

—Jamás se ha permitido el despido inmediato en enclave de construcción alguno en toda la cristiandad —dijo—. Lo más pronto es al término de la semana. —Para evitar que Philip se sintiera como un estúpido, Jack añadió—: Debí de haberos advertido de ello.

—Así que cuanto he de hacer es emplearlos durante otros dos días.

—Ahora ya no creo que eso sea suficiente —opinó Jack—. Si desde el principio lo hubiéramos enfocado de otra manera podríamos haberlo logrado, pero ahora querrán una mayor obligación.

—Sin duda estás pensando en algo específico.

Así era, en efecto, y se trataba de la única concesión auténtica que Jack tenía que pedir.

—Ahora estamos a principios de octubre. Habitualmente prescindimos de los trabajadores estivales a primeros de diciembre. Podemos llegar a un convenio con los hombres, ceder un poco y hacerlo cada una de las partes a principios de noviembre.

—Con eso sólo obtengo la mitad de lo que necesito.

—Obtiene más de la mitad. Se beneficia de la paralización de las existencias, del aplazamiento en los aumentos de salario por ascensos y de las fiestas de los santos.

—Eso sólo son cosas accesorias.

Jack se echó hacia atrás desalentado. Había hecho cuanto estaba a su alcance. No tenía más argumentos que exponer a Philip, ni más recursos para la persuasión; nada le quedaba por decir. Había lanzado su flecha. Y Philip seguía resistiéndose. Jack estaba preparado para admitir la derrota. Miró el rostro pétreo del prior y esperó. Durante un largo rato de silencio, Philip miró hacia el altar que había en el rincón. Luego, volvió los ojos de nuevo a Jack.

—Habré de llevar esto a capítulo —dijo al fin.

Jack sintió un profundo alivio. No era una victoria pero le andaba muy cerca. Philip no pediría a los monjes que consideraran nada que él mismo no aprobara y casi siempre hacían lo que el prior quería.

—Espero que acepten —dijo Jack prácticamente sin fuerzas.

Philip se puso en pie y dejó caer la mano sobre el hombro de Jack.

Sonrió por primera vez.

—Lo harán si les presento el caso de manera tan persuasiva como lo has hecho tú —dijo.

Jack estaba sorprendido por aquel repentino cambio de humor.

—Cuanto antes haya terminado esto, menor será el efecto que pueda tener a largo plazo.

—Lo sé. He estado muy enfadado pero no quiero pelearme contigo.

Sin que él lo esperase, le alargó la mano.

Jack se la estrechó y se sintió contento.

—¿Debo decir a los constructores que acudan por la mañana a la logia para escuchar el veredicto del capítulo?

—Sí, por favor.

—Lo haré ahora mismo.

Se levantó dispuesto a marcharse.

—Jack —dijo Philip.

—Decidme.

—Gracias.

Jack contestó con un movimiento afirmativo de cabeza y salió.

Caminó bajo la lluvia sin ponerse la capucha. Se sentía feliz.

Aquella tarde fue a casa de cada uno de los artesanos y les comunicó que habría una reunión por la mañana. A los que no estaban en su vivienda, la mayoría solteros y trabajadores estivales, los encontró en una cervecería. Pero se hallaban serenos, ya que el precio de la cerveza andaba por las nubes, como todo, y nadie se podía permitir emborracharse. El único artesano al que no pudo encontrar fue a Alfred, al que hacía un par de días que no se le había visto. Por fin apareció a la anochecida. Entró en la cervecería con una extraña expresión triunfal en su bovino rostro. No dijo dónde había estado y Jack tampoco se lo preguntó. Le dejó bebiendo con otros hombres y se fue a cenar con Aliena y los niños.

A la mañana siguiente, comenzó la reunión antes de que el prior Philip llegara a la logia. Quería colocar las bases. Una vez más había preparado con toda minuciosidad lo que había de decir, para asegurarse de que no echaría a perder el caso por falta de tacto. Y una vez más intentó presentar las cosas como Philip pudiera hacerlo.

Todos los artesanos llegaron a la logia temprano. Su subsistencia estaba en juego. Uno o dos de los más jóvenes tenían los ojos enrojecidos. Jack supuso que la cervecería había estado abierta hasta tarde y algunos de ellos habrían olvidado por un rato su pobreza. Probablemente serían los más jóvenes y los trabajadores estivales quienes ofrecerían mayor resistencia. El punto de vista de los artesanos más viejos solía ser a más largo plazo. Las mujeres artesanas eran una reducida minoría, y siempre se mostraban cautelosas y conservadoras. Respaldarían cualquier tipo de arreglo.

—El prior Philip va a pedirnos que volvamos al trabajo y a ofrecernos algún tipo de avenencia —dijo Jack—. Antes de que llegue, hemos de discutir lo que estamos dispuestos a aceptar, qué es lo que deberemos rechazar sin contemplaciones y en qué momento estaríamos dispuestos a negociar. Deberemos presentar a Philip un frente unido. Supongo que todos estaréis de acuerdo.

Hubo algunos ademanes de asentimiento.

Jack se forzó a parecer un poco irritado.

—¡A mi juicio debemos rechazar de pleno el despido inmediato! —Golpeó el banco con el puño para subrayar su actitud inflexible respecto a ese punto. Algunos mostraron su acuerdo de manera ruidosa. Jack sabía que se trataba

de una petición que Philip no iba a hacer. Quería que los alborotadores se excitaran al máximo en la defensa de ese punto de la antigua costumbre y práctica de manera que, cuando Philip la aceptara, quedaran prácticamente desinflados.

—Y también tenemos que conservar el derecho a la logia a conceder ascensos. Porque los artesanos son los únicos capaces de juzgar si un hombre es diestro o no.

Una vez más se mostraba artero. Estaba enfocando la atención de los hombres al aspecto no económico de las promociones, con la esperanza de que, cuando hubieran obtenido ese punto, estuvieran dispuestos a un acuerdo sobre el pago.

—En cuanto al trabajo en las fiestas de los santos, creo que hay dos maneras de tratar este punto. Habitualmente las fiestas son objeto de negociación, no hay una costumbre y práctica general, al menos que yo sepa. —Se volvió hacia Edward Twonose y le preguntó—: ¿Qué opinas sobre eso, Edward?

—La práctica varía de un enclave a otro —contestó Edward.

Se le veía satisfecho de que le hubieran consultado. Jack hizo un gesto de asentimiento, alentándole a que siguiera hablando. El hombre empezó a enumerar diversos métodos de considerar las fiestas de los santos. La reunión se estaba desarrollando de acuerdo con los deseos de Jack. La prolongada discusión de un punto que no ofrecería demasiada controversia acabaría por aburrir a los hombres, minando sus energías para el enfrentamiento.

Sin embargo, el monólogo de Edward quedó interrumpido por una voz que llegaba de la parte de atrás.

—Todo eso carece de importancia —dijo.

Jack miró en aquella dirección y descubrió que quien hablaba era Dan Bristol, uno de los trabajadores temporeros.

—Uno después de otro, por favor. Deja que termine Edward.

Pero a Dan no se le acallaba fácilmente.

—Todo eso importa poco —insistió—. Lo que queremos es un aumento de salario.

—¿Un aumento? —Jack se sintió irritado ante aquella ridícula exigencia.

Sin embargo, le sorprendió que Dan recibiera apoyo.

—Eso es, un aumento —le respaldó Pierre—. Verás, una hogaza de cuatro libras cuesta un penique. Una gallina, cuyo precio solía ser de ocho peniques, ahora es de ¡veinticuatro! Apuesto a que hace semanas que ninguno de los que estamos aquí ha probado la cerveza fuerte. Todo está subiendo; pero la mayoría de nosotros seguimos cobrando el mismo salario por el que fuimos

contratados; es decir, doce peniques semanales. Y con eso hemos de alimentar a nuestras familias.

Jack sintió que se le caía el alma a los pies. Todo había estado transcurriendo a la perfección, pero aquella interrupción echaba abajo su estrategia. Sin embargo, se forzó por no oponerse a Dan y a Pierre, porque sabía que su influencia sería mayor si mostraba una mente abierta a todas las sugerencias.

—Estoy de acuerdo con vosotros dos —dijo ante la evidente sorpresa de ellos—. La cuestión estriba en qué posibilidades tenemos de convencer a Philip para que nos dé un aumento en un momento en que en el priorato escasea el dinero.

Nadie respondió a aquello.

—Necesitamos veinticuatro peniques semanales para poder seguir viviendo y, aun así, estaremos peor de lo que solíamos estar —dijo Dan.

Jack se sintió desalentado y confuso. ¿Por qué la reunión se le estaba escapando de las manos?

—Veinticuatro peniques semanales —repitió Pierre

Varios compañeros asintieron con la cabeza.

A Jack se le ocurrió que acaso no fuera el único que hubiera acudido a la reunión con una estrategia estudiada.

—¿Habéis discutido esto con anterioridad? —preguntó mirando con dureza a Dan.

—Sí. Anoche en la cervecería —le contestó en actitud desafiante—. ¿Hay algo malo en ello?

—En absoluto. Pero ¿querrías resumir las conclusiones en beneficio de aquellos de nosotros que no tuvimos el privilegio de asistir a la reunión?

—Muy bien.

Los hombres que no habían estado en la cervecería parecían resentidos. Pero daba la impresión de que a Dan le importaba poco. En el momento en que abría la boca, entró Philip. Jack le dirigió una mirada escrutadora. Parecía contento. Sus ojos se encontraron y el prior asintió con la cabeza de manera casi imperceptible. Jack se sintió jubiloso, los monjes habían aceptado el compromiso. Abría la boca para impedir que Dan hablara pero llegó con un instante de retraso.

—Queremos veinticuatro peniques semanales para los artesanos —dijo éste con voz estentórea—. Doce peniques para los jornaleros y cuarenta y ocho peniques para los maestros artesanos.

Jack miró de nuevo a Philip. Había desaparecido la expresión de contento, sustituida por otra dura e irritada que pronosticaba el enfrentamiento.

—Un instante —dijo Jack—. Ésa no es la opinión de la logia. Es una petición demencial pergeñada por un grupo de borrachos en la cervecería.

—No. No lo es —respondió otra voz, la de Alfred—. Creo que encontrarás que la mayoría de los artesanos apoyan la petición de la paga doble.

Jack lo miró furioso.

—Hace unos meses viniste suplicándome que te diera trabajo —le dijo—. Ahora estas exigiendo doble paga. ¡Debí dejarte que murieras de inanición!

—¡Y eso es lo que os ocurrirá a todos vosotros si no pensáis con cordura! —intervino el prior Philip.

Jack había ansiado desesperadamente evitar aquellas observaciones desafiantes; pero comprendía que no había ya alternativa. Toda su estrategia se había venido abajo.

—No volveremos a trabajar por menos de veinticuatro peniques. Y eso es todo —dijo Dan.

—Semejante cosa esta fuera de toda discusión. Es una idea demencial. Ni siquiera voy a considerarla —aseguró irritado el prior Philip.

—Y nosotros no consideraremos ninguna otra alternativa —contestó Dan—. En ninguna circunstancia trabajaremos por menos.

—Pero eso es estúpido. ¿Cómo podéis quedaros ahí sentados y decir que no trabajaréis por menos? Lo que pasa es que no trabajaréis, estúpido. ¡No tenéis otro sitio adonde ir! —dijo Jack.

—¿De veras? —le desafió Dan.

Se hizo el silencio en la logia.

Santo Dios, se dijo Jack perdida toda esperanza. Eso es, tienen una alternativa.

—Sí que tenemos otro sitio adonde ir —afirmó Dan poniéndose en pie—. Y, por lo que a mí respecta, allí es adonde me voy.

—¿De qué hablas? —preguntó Jack.

La expresión de Dan era triunfal.

—Me han ofrecido trabajo en otro enclave en Shiring. Para construir la nueva iglesia. Veinticuatro peniques semanales a cada artesano.

Jack miró en derredor.

—¿Ha recibido alguien más la misma oferta?

La logia en pleno parecía avergonzada.

Jack estaba desolado. Todo aquello estaba organizado. Le habían traicionado. Le hacía sentirse estúpido y también agraviado. El dolor se transformó en ira y buscó entre todos ellos al culpable.

—¿Quién ha sido de vosotros? —gritó—. ¿Quién de vosotros es el traidor?

Miró en derredor. Pocos fueron capaces de sostener su mirada.

Pero su vergüenza le servía de poco consuelo. Se sentía como un amante ultrajado.

—¿Quién os trajo esa oferta de Shiring? —vociferó—. ¿Quién va a ser el maestro de obras de Shiring?

Recorrió con la mirada a todos los allí reunidos y sus ojos se detuvieron en Alfred. Claro. Se sintió asqueado.

—¿Alfred? —dijo desdeñoso—. ¿Me dejáis para ir a trabajar para Alfred?

Se hizo el más absoluto silencio.

—Sí. Eso es lo que hacemos —respondió finalmente Dan.

Jack comprendió que estaba derrotado.

—Que así sea —murmuró con amargura—. Me conocéis y conocéis a mi hermano. Y habéis elegido a Alfred. Conocéis al prior Philip y conocéis al conde William. Y habéis elegido a William. Todo cuanto me resta deciros es que os merecéis todo lo que os hagan.

CAPÍTULO QUINCE

1

—Cuéntame una historia —dijo Aliena—. Ya no me cuentas nunca historias. ¿Recuerdas cómo solías hacerlo?

—Me acuerdo —dijo Jack.

Se encontraban en su cañada secreta del bosque. Era ya a finales de otoño; así que, en lugar de sentarse a la sombra junto al arroyo, habían encendido una hoguera al abrigo de una cresta rocosa. A pesar de que la tarde fuese fría y gris, habían entrado en calor haciendo el amor, y el fuego chisporroteaba alegre. Los dos estaban desnudos debajo de sus capas.

Jack abrió la de Aliena y le rozó el seno. Ella consideraba que sus senos eran demasiado grandes y la entristecía no tenerlos tan altos y firmes como lo fueron antes de tener a sus hijos, pero a Jack parecían gustarle igual, lo cual representaba un gran alivio.

—Una historia de una princesa que vivía en la torre de un alto castillo. —Le tocó suavemente el pezón—. Y de un príncipe que vivía en la torre de otro alto castillo. —Le acarició el otro seno—. Todos los días se miraban desde las ventanas de sus prisiones y anhelaban cruzar el valle que los separaba. —Descansó la mano en el hueco entre los dos senos y luego de repente empezó a bajarla—. ¡Pero en las tardes de todos los domingos se reunían en el bosque!

Aliena chilló, sobresaltada y luego se rió de sí misma.

Aquellas tardes de domingo eran los momentos dorados en una vida que se estaba desmoronando con celeridad.

La mala cosecha y la caída del precio de la lana habían sido causa de devastación económica. Los mercaderes estaban arruinados, los ciudadanos no tenían empleo y los campesinos se morían de hambre. Por fortuna, Jack todavía ganaba un salario. Con unos cuantos artesanos estaba construyendo poco a poco el primer intercolumnio de la nave. Pero Aliena había cerrado casi por completo su negocio de fabricación de tejidos. Y allí las cosas estaban peor que en el resto del sur de Inglaterra por la manera de reaccionar William ante la hambruna.

Para Aliena, ése era el aspecto más penoso de la situación. William se mostraba ambicioso de dinero a fin de construir su nueva iglesia en Shiring, la iglesia dedicada a la memoria de su madre, maligna y medio loca. Había

expulsado a tantos arrendatarios suyos por atrasos en la renta, que ahora había quedado sin cultivar parte de las mejores tierras del Condado, lo cual aumentaba la escasez de grano. Por otra parte, él había estado almacenándolo a fin de que el precio siguiera subiendo. Tenía unos cuantos empleados y nadie a quien alimentar, de manera que, en realidad, se aprovechaba de la carestía a corto plazo. Pero, a la larga, estaba causando un daño irreparable a la propiedad y a sus posibilidades de dar de comer a la gente. Aliena recordaba el Condado bajo el gobierno de su padre, un Condado rico con tierras fértiles y ciudades prósperas. Se le partía el corazón. Durante unos años, casi había olvidado el juramento que ella y su hermano hicieron a su padre moribundo. Desde que William Hamleigh fuera nombrado conde y ella empezó a formar una familia, la idea de que Richard recuperara el Condado había llegado a convertirse en una fantasía remota. El propio Richard se había asentado como Jefe de la Vigilancia. Incluso se había casado con una joven de la localidad, la hija de un carpintero. Aunque, por desgracia, la pobre muchacha no gozaba de buena salud y había muerto el año anterior sin darle hijos.

Desde que comenzó la hambruna, Aliena había empezado a pensar de nuevo en el Condado. Sabía que si Richard fuera conde podría hacer mucho, con su ayuda, para aliviar los sufrimientos causados por la escasez. Pero no era más que un sueño. William tenía el favor del rey Stephen, que llevaba la voz cantante en la guerra civil, y no había perspectivas de cambio.

Sin embargo, todos esos melancólicos deseos se desvanecían en la cañada secreta mientras yacían sobre el césped haciendo el amor.

Desde un principio ambos se habían mostrado codiciosos de sus respectivos cuerpos. Aliena nunca olvidaría lo escandalizada que se quedó ante su propia sensualidad en los comienzos, e incluso ahora, cuando ya tenía treinta y tres años y los partos habían desarrollado su trasero y hecho que su vientre tan liso quedara deformado, a Jack le consumía hasta tal punto el deseo por ella, que todos los domingos solían hacer el amor tres o cuatro veces.

En aquellos momentos, la broma de Jack sobre el bosque empezó a convertirse en una deliciosa caricia y Aliena le había cogido la cara para besarle cuando oyó una voz.

Ambos se quedaron rígidos. Su cañada se encontraba a cierta distancia del camino y oculta tras un soto. Nunca les habían interrumpido, salvo algún gamo incauto o un atrevido zorro. Escucharon conteniendo el aliento. Les llegó de nuevo la voz, seguida de otra. Mientras aguzaban el oído, captaron un ruido de fondo, como de crujir de ramas. Parecía como si un grupo numeroso de hombres se moviera por el bosque.

Jack cogió las botas que estaban en el suelo. Moviéndose sigiloso se acercó ágil al arroyo, que estaba a unos pasos de allí, llenó la bota de agua y la vació sobre el fuego. Las llamas se apagaron con un siseo y unas volutas de humo. Jack se introdujo sin ruido entre los matorrales, agazapado, y desapareció. Aliena se puso la camisola, la túnica y las botas y se envolvió de nuevo en la capa.

Jack regresó con el mismo paso silencioso con que se había ido.

—Proscritos —dijo.

—¿Cuantos? —musitó Aliena.

—Muchos. No pude verlos todos.

—¿Adónde van?

—A Kingsbridge —alzó una mano—. Escucha.

Aliena ladeó la cabeza. En la lejanía podía escuchar la campana del priorato de Kingsbridge tañendo rápida e incesantemente, advirtiendo del peligro. Casi se le paró el corazón.

—¡Los niños, Jack!

—Si atravesamos Muddy Bottom y vadeamos el río por el bosque de castaños, creo que llegaremos antes que los proscritos.

—¡Vámonos entonces! ¡Deprisa!

Jack la cogió por el brazo para hacerla callar y escuchó un momento. En el bosque siempre había oído cosas que ella no podía oír

Se debía sin duda a haber vivido en él. Aliena esperó

—Creo que ya se han ido todos —dijo finalmente Jack.

Salieron de la cañada. Al cabo de unos momentos llegaron al camino. No se veía a nadie. Lo cruzaron y cortaron a través de los bosques, siguiendo por un sendero apenas visible. Aliena había dejado a Tommy y a Sally con Martha jugando a *Nine Men's Morris,* delante de un alegre fuego. No estaba del todo segura del peligro que corrían, pero sí aterrada de que pudiera ocurrir algo antes de poder reunirse con sus hijos. Corrían cuando les era posible. Para desesperación de Aliena, el terreno era casi siempre demasiado abrupto y lo más que podía hacer era un trote corto mientras que Jack daba largas zancadas. Aquella ruta era mucho más dura que el camino, por lo que habitualmente no la utilizaban. Sin embargo, era muchísimo más rápida.

Descendieron por la empinada ladera que conducía a Muddy Bottom. A veces, forasteros incautos resultaban muertos en aquella ciénaga; pero no había peligro para quienes sabían cómo había que atravesarla. A pesar de todo, el cieno anegado parecía agarrar los pies de Aliena, obligándola a ir más despacio, manteniéndola alejada de Tommy y Sally. En la parte más alejada de Muddy Bottom, había un vado en el río. El agua fría alcanzó las rodillas de Aliena, limpiándole los pies del barro.

A partir de allí, el camino era recto. Las campanadas de alarma sonaban cada vez más fuertes a medida que se acercaban a la ciudad.

Cualquiera que fuese el peligro que amenazara por parte de los proscritos, al menos estaba advertida, se dijo Aliena intentando conservar el ánimo. Al salir ella y Jack del bosque, en la pradera que atravesaba el río desde Kingsbridge, veinte o treinta jovenzuelos que habían estado jugando a la pelota en una aldea cercana llegaron al mismo tiempo que ellos, dando voces broncas y sudando a pesar del frío.

Pasaron por el puente corriendo. La puerta ya estaba cerrada.

Pero las gentes que se encontraban en las almenas los habían visto y reconocido y, al acercarse, se abrió una pequeña poterna. Jack tomó la delantera e hizo que los muchachos les dejaran pasar a él y a Aliena. Bajaron la cabeza y entraron por el postigo. Aliena se sentía muy aliviada de haber llegado a la ciudad antes que los proscritos. Jadeantes por el esfuerzo, caminaron presurosos por la calle mayor. Las gentes de la ciudad tomaban posiciones en las murallas con venablos, arcos y montones de piedras para arrojar. Se estaba reuniendo a los niños para llevarlos al priorato. Aliena pensó que Martha debía de estar ya allí con Tommy y Sally. Jack y ella se encaminaron directamente al enclave del priorato.

En el patio de la cocina, Aliena vio, atónita, a Ellen, la madre de Jack, tan delgada y morena como siempre, a sus cuarenta años, pero con canas en su largo pelo y arrugas alrededor de aquellos ojos. Hablaba animadamente con Richard. El prior Philip se encontraba a cierta distancia de ellos haciendo entrar a los niños en la sala capitular.

Parecía no haber visto a Ellen.

Allí cerca, en pie, estaba Martha con Tommy y Sally. Aliena lanzó un suspiro de alivio y abrazó con fuerza a los dos niños.

—¡Madre! ¿Por qué estás aquí? —le preguntó Jack.

—Vine para advertiros de que una banda de proscritos se dirigía hacia aquí con el propósito de atacar la ciudad.

—Los vimos en el bosque —corroboró Jack.

Richard aguzó el oído.

—¿Los visteis? ¿Cuántos hombres eran?

—No estoy seguro pero me parecieron muchos. Al menos un centenar, tal vez más.

—¿Qué armas llevaban?

—Cachiporras. Cuchillos. Una o dos hachas. Pero, sobre todo, cachiporras.

—¿En qué dirección iban?

—Hacia la parte norte.

—Gracias. Voy a echar un vistazo desde las murallas.

—Lleva a los niños a la sala capitular, Martha —dijo Aliena. Luego, se dispuso a seguir a Richard al igual que Jack y Ellen.

—¿Qué pasa? —preguntaban sin cesar las gentes a Richard, mientras recorrían presurosos las calles.

—Proscritos —solía contestar lacónico sin reducir el paso.

En ocasiones como aquélla, Richard no tiene rival, pensó Aliena. *Dile que salga a ganarse el pan de cada día y verás que es incapaz. Pero, en una emergencia militar, se muestra frío, con la cabeza serena y por completo eficaz.*

Llegaron a la muralla septentrional de la ciudad y subieron por la escala hasta el parapeto. Había montones de piedras para arrojar contra los atacantes, colocadas a intervalos regulares. Ciudadanos con arcos y flechas estaban tomando ya posiciones en las almenas. Hacía ya algún tiempo que Richard había convencido a la comunidad de la ciudad para que una vez al año hicieran ejercicios militares. En un principio, la idea había hallado gran resistencia; pero, por último, se había convertido en un ritual como el de la representación estival y todo el mundo disfrutaba con ello. En aquellos momentos se hacían palpables los beneficios reales al reaccionar los ciudadanos con rapidez y confianza ante el toque de alarma.

Aliena, temerosa, intentaba penetrar con la mirada en el bosque a través de los campos. No veía nada.

—Debéis haber llegado muy por delante de ellos —dijo Richard.

—¿Por qué vienen aquí?

—Por los almacenes del priorato —contestó Ellen—. Es el único lugar en muchas millas a la redonda donde hay algo de comida.

—Claro.

Los proscritos eran gente hambrienta, desposeída de sus tierras por William, sin otra manera de sobrevivir que el robo. En las aldeas indefensas, poco o nada había para robar. Los campesinos no andaban mucho mejor que ellos. Tan sólo había comida en cantidad en los graneros de los terratenientes.

Mientras Aliena pensaba en ello los vio.

Aparecieron en la linde del bosque como ratas huyendo de un almiar en llamas. Invadieron todo el campo en dirección a la ciudad, veinte, treinta, cincuenta, un centenar de ellos. Un pequeño ejército. Probablemente habían confiado en coger a la ciudad desprevenida y entrar por las puertas. Pero, al oír la campana dando la alarma, comprendieron que se les habían anticipado. Sin embargo, siguieron adelante con la desesperación del hambriento. Algunos arqueros lanzaron unas flechas antes de tiempo.

—¡Esperad! ¡No malgastéis vuestras saetas! —les advirtió Richard a voz en grito.

La última vez que Kingsbridge fue atacada, Tommy tenía dieciocho meses y Aliena estaba encinta de Sally. Entonces se había refugiado en el priorato con la gente mayor y los niños. En esta ocasión, se quedaría en las almenas y ayudaría a combatir el peligro. La mayoría de las demás mujeres pensaban lo mismo. Había en las murallas casi tantas mujeres como hombres.

Como quiera que fuese y a medida que se acercaban los proscritos, Aliena se sentía atormentada. Estaba cerca del priorato. No obstante, era posible que los atacantes lograran entrar a través de alguna pequeña abertura y llegar allí antes que ella. O también podían herirla durante la lucha y dejarla incapacitada para proteger a sus hijos. También estaban Jack y Ellen. Si los tres murieran, sólo quedaría Martha para cuidar de Tommy y de Sally. Aliena vacilaba sin llegar a decidirse.

Los proscritos estaban ya casi ante las murallas. Fueron recibidos por una rociada de flechas y esa vez Richard no dijo a los arqueros que esperaran. Los asaltantes quedaron diezmados. No tenían armadura que los protegiera. Y tampoco organización. Nadie planeaba el ataque. Era como una estampida de animales, lanzándose de cabeza contra un muro. Y, cuando llegaban ante él, no sabían qué hacer. Desde las murallas almenadas los ciudadanos les bombardeaban con piedras. Varios proscritos atacaron la puerta norte con garrotes. Aliena, que conocía el grosor de aquella puerta de roble con refuerzos de hierro, sabía que pasaría toda la noche antes de que pudieran derribarla. Mientras tanto, Alf Butcher, el carnicero, y Arthur Saddler, el talabartero, se esforzaban por subir a la muralla un caldero de agua hirviendo procedente de la cocina de alguno de ellos, para derramarlo sobre la puerta.

Debajo directamente de Aliena, un grupo de proscritos empezó a formar una pirámide humana. Jack y Richard se dedicaron de inmediato a arrojarles piedras. Aliena, pensando en sus hijos, hizo lo mismo y al punto se le unió Ellen. Durante un rato, los desesperados proscritos lograron esquivar aquella lluvia de pedruscos. Pero cuando uno de ellos resultó alcanzado en la cabeza, la pirámide se vino abajo y renunciaron a sus esfuerzos.

Un momento después, llegaron chillidos de dolor desde la puerta norte al caer el agua hirviendo sobre las cabezas de los hombres que la estaban atacando.

Entonces, algunos de los proscritos se dieron cuenta de que sus camaradas muertos o heridos eran presa fácil y se dedicaron a desnudarlos. Empezaron a pelearse con aquellos que no estaban gravemente heridos. Entre los saqueadores rivales, hubo refriegas para disputarse las posesiones de los muertos. Aliena se dijo que aquello era una carnicería, una repugnante

y degradante carnicería. Las gentes de la ciudad dejaron de lanzar piedras al fracasar el ataque y los asaltantes lucharon entre sí como perros por un hueso.

Aliena se volvió hacia Richard.

—Están demasiado desorganizados para constituir una verdadera amenaza.

Richard asintió.

—Con alguna ayuda, podrían llegar a ser realmente peligrosos porque están desesperados. Pero ahora no tienen quien los dirija.

A Aliena se le ocurrió una idea.

—Un ejército a la espera de un jefe —dijo.

Richard no captó la idea pero a Aliena la excitó muchísimo.

Richard era un buen jefe sin ejército. Los proscritos eran un ejército sin jefe. Y el condado se estaba desmoronando.

Algunos ciudadanos seguían arrojando piedras y disparando flechas, contra los proscritos. Cayeron unos cuantos carroñeros más. Aquél fue el golpe definitivo e iniciaron la retirada, semejantes a una jauría vencida, con el rabo entre las patas volviendo la mirada, desolados, por encima del hombro. Y entonces, alguien abrió la puerta norte y un numeroso grupo de jóvenes se lanzaron a la carga, blandiendo espadas y hachas. Los proscritos emprendieron la huida, pero a algunos les dieron alcance y los mataron cruelmente.

—Debiste haber impedido que esos muchachos los persiguieran —dijo Ellen a Richard, al tiempo que se volvía, desazonada.

—Los jóvenes necesitan ver algo de sangre después de una lucha como ésta —repuso él—. Además, cuantos más matemos ahora, menor será el número con los que habremos de enfrentarnos la próxima vez.

Aliena se dijo que era el punto de vista de un soldado. En la época en que ella misma vio amenazada su vida día tras día, era posible que se hubiera comportado como aquellos jóvenes y perseguido a los proscritos para darles muerte. Ahora, lo que quería era que desapareciesen las causas de la proscripción, no los propios proscritos. Además, se le había ocurrido una manera de utilizarlos.

Richard encargó a alguien que tocaran la campana del priorato anunciando que el peligro había pasado, y dio instrucciones para que por la noche se estableciera una vigilancia doble con guardias patrullando, aparte de los centinelas.

Aliena fue al priorato a recoger a Martha y a los niños. Todos ellos se reunieron de nuevo en casa de Jack.

Aliena se sentía muy complacida de hallarse todos juntos. Ella, Jack y los niños, el hermano de Aliena, la madre de Jack y Martha. Era como cualquier otra familia corriente. Casi llegó a olvidarse de que su padre murió en una mazmorra, que ella estaba legalmente casada con el hermanastro de Jack, que Ellen era una proscrita y que...

Sacudió la cabeza. Inútil pretender que eran una familia normal.

Jack sacó del barril una jarra de cerveza y la escanció en grandes copas. Todos se sentían nerviosos y excitados después del peligro. Ellen encendió el fuego y Martha echó rodajas de nabo en una olla, a fin de hacer una sopa para la cena. Tiempos atrás, en una ocasión como ésa, habrían asado medio cochino.

—Este tipo de cosas van a repetirse antes de que acabe el invierno —pronosticó Richard bebiendo un largo trago de cerveza y limpiándose luego la boca con la manga.

—Deberían atacar las despensas del conde William, no las del prior Philip. William es quien ha convertido en mendigos a la mayoría de esas gentes —dijo Jack.

—A menos que mejoren sus tácticas, no tendrían más éxito con William del que han tenido con nosotros. Son como una manada de perros.

—Necesitan un jefe —dijo Aliena.

—¡Pide a Dios que no lo tengan nunca! Entonces serían verdaderamente peligrosos —dijo Jack

—Un jefe podría inducirles a atacar las propiedades de William, no las nuestras —alegó Aliena.

—No alcanzo a entenderte —dijo Jack—. ¿Haría eso un jefe?

—Lo haría si fuese Richard.

Se produjo el más absoluto silencio.

Aquella idea había ido cobrando cuerpo en la mente de Aliena, y ahora ya estaba convencida de que daría resultado. Así lograrían cumplir su juramento. Richard podría destruir a William y recuperar el Condado, en el cual quedaría restaurada la paz y la prosperidad. Cuanto más pensaba en ello mayor era su excitación.

—En la banda de hoy había más de cien hombres. —Se volvió hacia Ellen—. ¿Cuántos más hay en el bosque?

—Una infinidad —contestó—. Cientos de ellos. Miles.

Aliena, inclinándose sobre la mesa de la cocina, clavó los ojos en los de Richard.

—Conviértete en su jefe —dijo con energía—. Organízalos. Enséñales a luchar. Concibe planes de ataque. Y luego, lánzalos a la acción contra William.

Mientras hablaba, se dio cuenta de que estaba incitándole a que pusiera su vida en peligro y se sintió turbada. Tal vez le mataran en lugar de recuperar el Condado.

Pero a Richard no le atormentaban tales preocupaciones.

—Por Dios que es posible que tengas razón, Aliena —exclamó—. Podría tener un ejército propio y lanzarlo contra William.

Aliena vio cómo se le enrojecía el rostro por el odio largamente alimentado, y de nuevo se fijó en la cicatriz de la oreja izquierda, a la que le faltaba el lóbulo. Apartó de su mente el vil recuerdo que amenazaba con salir de nuevo a la superficie. A Richard empezaba a apasionarle la idea.

—Podría hacer incursiones entre los rebaños de William —dijo con fruición—. Robar sus ovejas, cazar sus venados, invadir sus graneros y saquear sus molinos. ¡Dios mío! ¡Cómo podría hacer sufrir a esa sanguijuela si tuviera un ejército!

Aliena se dijo que siempre había sido un soldado. Era su destino. A pesar de los temores por la seguridad de su hermano, se sentía excitada ante la perspectiva de que éste pudiera tener otra oportunidad de cumplir ese destino.

Pero Richard había tropezado con un obstáculo.

—Sin embargo, no sé cómo encontrar a los proscritos —dijo—. Siempre andan ocultándose.

—Eso puedo decírtelo yo —le dijo Ellen—. Desviándose del camino de Winchester, hay un sendero prácticamente invadido por la vegetación que conduce hasta una cantera abandonada. Ahí es donde tienen su guarida. Solían llamarle la cantera de Sally.

—¡Pero si yo no tengo una cantera! —exclamó Sally, que ya contaba siete años.

Todo el mundo se echó a reír.

Luego reinó de nuevo el silencio.

Richard se mostraba exultante y decidido.

—Muy bien —dijo con tono sombrío—. La cantera de Sally.

—Habíamos estado trabajando duro toda la mañana arrancando un macizo tocón, arriba en la colina —dijo Philip—. Cuando regresamos, mi hermano Francis estaba en pie ahí, en el corral de las cabras, contigo en brazos. Tenías solamente un día.

Jonathan se mostraba grave. Era un momento solemne para él.

Philip contempló St-John-in-the-Forest. Ahora ya no se veía mucho bosque. Con el paso de los años los monjes habían despejado muchos acres y el monasterio estaba rodeado de campos de cultivo. Había más edificios de

piedra, una sala capitular, un refectorio y un dormitorio, además de un buen número de graneros y lecherías de madera más pequeños. Apenas se reconocía el lugar que había sido hacía diecisiete años. También la gente era distinta. Varios de aquellos jóvenes monjes ocupaban cargos de responsabilidad en Kingsbridge. William Beauvis, que creó dificultades hacía tantos años al lanzar cera caliente de la vela a la calva del maestro de novicios, era ahora el prior. Algunos se habían ido. Aquel camorrista, Peter de Wareham, estaba en Canterbury trabajando para el arcediano joven y ambicioso, de nombre Thomas Becket.

—Me pregunto cómo serían —dijo Jonathan—. Me refiero a mis padres.

A Philip le dio pena por un instante. Él había perdido a sus padres; pero fue cuando ya tenía seis años, y podía recordarlos a los dos muy bien. Su madre, tranquila y amorosa, su padre, alto y de barba muy negra y, al menos para Philip, valeroso y fuerte, Jonathan no había conocido siquiera eso. Todo cuanto sabía de sus padres era que no lo habían querido.

—Sin embargo, podemos adivinar muchas cosas sobre ellos —dijo Philip.

—¿De veras? —preguntó Jonathan ávido—. ¿Qué cosas?

—Ante todo que eran pobres —respondió Philip—. La gente acaudalada no tiene motivo para abandonar a sus hijos. Que no tenían amigos. Los amigos saben cuando se espera un bebé y hacen preguntas si el niño desaparece. Que estaban desesperados. Sólo gentes desesperadas pueden soportar la pérdida de un hijo.

Los rasgos de Jonathan estaban rígidos por las lágrimas no vertidas. A Philip le hubiera gustado llorar por él, por ese muchacho que, al decir de todo el mundo, era tan semejante a él. Deseaba haber podido proporcionarle un poco de consuelo, decirle algo cálido y alentador sobre sus padres. ¿Pero cómo pretender que querían al chiquillo cuando le dejaron para que muriera?

—¿Por qué Dios hace esas cosas? —preguntó Jonathan.

Philip vio entonces su oportunidad.

—Una vez que se empieza a hacer esas preguntas se acaba en la confusión. Pero, en este caso, creo que la respuesta está clara. Dios te quería para él.

—¿De veras lo creéis?

—¿No te lo dije nunca antes? Siempre lo he creído. Así se lo expresé aquí mismo a los monjes el día que te encontramos. Les hice ver que Dios te había enviado aquí con algún designio suyo y que era nuestro deber criarte al servicio de Dios para que pudieras llevar a buen término la tarea que Él te había asignado.

—Me pregunto si mi madre sabrá eso.

—Lo sabrá si está con los ángeles.

—¿Cuál creéis vos que puede ser mi tarea?

—Dios necesita monjes que sean escritores, iluminadores, músicos y granjeros. Necesita hombres que desempeñen trabajos de responsabilidad como cillerero, prior y obispo. Necesita hombres que sepan comerciar con lana, curar a los enfermos, enseñar a los escolares y construir iglesias.

—Resulta difícil imaginar que tenga un papel específico para mí.

—No creo que se hubiera molestado tanto contigo si no lo tuviera —contestó Philip con una sonrisa—. Sin embargo, podría no ser un papel grandioso o importante en términos mundanos. Puede que quiera que te conviertas en uno de esos monjes tranquilos, en un hombre humilde que consagra su vida a la plegaria y a la contemplación.

Jonathan pareció desencantado.

—Supongo que es posible.

Philip se echó a reír.

—Pero no lo creo. Dios no haría un cuchillo con papel ni una camisa de dama con cuero de zapato. Tú no estás hecho para una vida de quietud y Dios lo sabe. Yo diría que quiere que luches por Él, no que cantes para Él.

—De veras lo espero.

—Pero, en este preciso momento, creo que lo que quiere es que vayas a ver al hermano Leo y averigües cuántos quesos tiene para la despensa de Kingsbridge.

—Muy bien.

—Iré a la sala capitular para hablar con mi hermano. Y recuerda, si cualquiera de los monjes te habla de Francis, di lo menos que puedas.

—No diré nada.

—En marcha, pues.

Jonathan atravesó con paso vivo el patio. Se había esfumado su talante solemne y, antes siquiera de llegar a la lechería, había recuperado su dinamismo habitual. Philip siguió observándolo hasta que lo vio desaparecer en el edificio. *Yo era igual que él aunque tal vez no tan inteligente*, se dijo.

Tomó la dirección opuesta, hacia la sala capitular. Francis había enviado un mensajero a Philip pidiéndole que se reuniese con él de la forma más discreta posible. Por lo que se refería a los monjes de Kingsbridge, Philip estaba haciendo una visita rutinaria a una de las células. Allí, naturalmente, la entrevista no podía ocultarse a los monjes, pero estaban tan aislados que no tenían a quién contárselo. Tan sólo el prior de la célula acudía alguna vez a Kingsbridge, y Philip le había hecho jurar el secreto.

Francis y él habían llegado esa misma mañana y, aunque no trataron de convencer a nadie de que la reunión era fortuita, sí aseguraron que la habían organizado por el simple gusto de verse. Ambos habían asistido a misa mayor

y luego almorzaron con los monjes. En esos momentos, era la única oportunidad de hablar a solas.

Francis estaba esperando en la sala capitular, sentado en un banco de piedra adosado a la pared. Philip casi nunca veía su propia imagen, ya que en un monasterio no hay espejos. Calculó su propio envejecimiento por los cambios sufridos por su hermano, que sólo tenía dos años menos. Francis, a los cuarenta y dos años, tenía algunas hebras de plata en su pelo negro y abundantes arrugas alrededor de sus ojos azules y brillantes. Su cuello y su cintura habían aumentado desde que Philip lo vio por última vez. *Yo debo tener el pelo más gris y, en cambio, menos grasa,* se dijo Philip. *Pero me pregunto quién tendría más arrugas resultantes de las preocupaciones.*

Se sentó junto a su hermano y quedó con la mirada perdida a través de la vacía sala octogonal.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Francis.

—De nuevo imperan los bárbaros —respondió Philip—. El priorato se está quedando sin dinero, casi tenemos parada la construcción de la catedral. Kingsbridge se halla en declive, medio Condado se muere de inanición, y no es seguro viajar.

Francis asintió.

—La misma historia se repite por toda Inglaterra.

—Tal vez los bárbaros imperen siempre —murmuró Philip con tono lúgubre—. Acaso la codicia supere siempre a la prudencia en los consejos de los poderosos. Es posible que el miedo domine siempre sobre la compasión en la mente de un hombre con una espada en la mano.

—Por lo común no eres tan pesimista.

—Hace unas semanas nos atacaron los proscritos. Fue un intento lastimoso. Tan pronto como unos cuantos hubieron muerto a manos de los ciudadanos, empezaron a luchar entre sí. Pero, cuando ya se retiraban, a los pobres infelices los persiguieron algunos jóvenes de nuestra ciudad e hicieron una carnicería entre los que pudieron alcanzar. Fue nauseabundo.

—Es difícil de entender —comentó Francis moviendo la cabeza.

—Yo creo entenderlo. Estaban asustados y sólo podían alejar el miedo vertiendo la sangre de la gente que lo había provocado. Eso mismo lo vi yo en los ojos de los hombres que mataron a nuestros padres. Mataban porque estaban asustados. ¿Pero qué es lo que podría acabar con ese miedo?

—La paz, la justicia, la prosperidad. Cosas difíciles de lograr —respondió Francis con un suspiro.

Philip asintió.

—Bien. ¿Qué traes entre manos?

—Estoy trabajando para el hijo de la emperatriz Maud. Se llama Henry.

Philip ya había oído hablar de aquel Henry.

—¿Qué tal es?

—Es un joven inteligente y decidido. Su padre ha muerto, así que es conde de Anjou. Y también duque de Normandía, por ser el nieto mayor del viejo Henry, que era rey de Inglaterra y duque de Normandía. Y está casado con Eleanor de Aquitania. Por lo tanto, es también duque de Aquitania.

—Gobierna sobre un territorio superior al del rey de Francia.

—En efecto.

—¿Y cómo es él?

—Educado, muy trabajador, rápido en las decisiones, inquieto, con una voluntad férrea. Tiene un temperamento terrible.

—Yo quisiera tener a veces un temperamento terrible —confesó Philip—. Hace que la gente se ande con cuidado. Como todo el mundo sabe que me muestro siempre razonable, nunca se me obedece con la misma celeridad que a un prior dispuesto a explotar en cualquier momento.

Francis se echó a reír.

—Sigue siendo tú mismo —le aconsejó, y luego recobró la seriedad—. Henry me ha hecho comprender la importancia de la personalidad del rey. No tienes más que fijarte en Stephen. Su discernimiento es poco firme, se muestra decidido durante unos momentos para luego ceder; es valiente hasta la temeridad y se pasa la vida perdonando a sus enemigos. Las gentes que le traicionan corren escasos riesgos, porque saben que pueden contar con su clemencia. En consecuencia, ha luchado sin éxito durante dieciocho años por gobernar un país que, cuando él lo recibió, era un reino unido. Henry tiene ya más control sobre su colección de duques y condes, que antes eran independientes, del que jamás haya tenido aquí Stephen.

A Philip le asaltó una idea.

—¿Por qué te ha enviado Henry a Inglaterra? —preguntó.

—Para vigilar el reino.

—¿Qué has encontrado?

—Que impera la anarquía y que está muriendo de inanición, azotado por las tormentas y asolado por la guerra.

Philip asintió, pensativo. El joven Henry era duque de Normandía porque era el hijo mayor de Maud, que fue la única hija legítima del viejo rey Henry, que fue duque de Normandía y rey de Inglaterra.

Por aquella línea de descendencia, Henry podía reclamar su derecho a la corona.

Su madre también había hecho la misma reclamación, y se le había negado por ser mujer y porque su marido era angevino. Pero el joven Henry

no sólo era varón, sino que tenía además la ventaja de ser normando por su madre y angevino por su padre.

—¿Va a intentar Henry ocupar el trono de Inglaterra? —preguntó Philip.

—Depende de mi informe —contentó Francis.

—¿Y qué le dirás?

—Que nunca habrá un momento mejor que éste.

—Alabado sea Dios —repuso Philip.

2

De camino hacia el castillo del obispo Waleran, el conde William se detuvo en una de sus propiedades, Crowford Mill. El molinero, un tipo duro de mediana edad llamado Wulfric, tenía derecho a moler el grano cultivado en once de las aldeas cercanas. En pago, de cada veinte sacos retenía dos, uno para él y el otro para William. William iba allí a recoger lo que le pertenecía. No solía hacerlo personalmente. Pero los tiempos no eran normales. Por aquellos días tenía que hacer que cada carro transportando harina o cualquier cosa comestible fuera acompañada por una escolta armada. A fin de utilizar a su gente de la manera más económica posible, había tomado la costumbre de llevar consigo uno o dos carros siempre que iba a alguna parte con su séquito de caballeros, y pasar a recoger cuanto le era posible.

La proliferación de delitos por parte de los proscritos era uno de los desafortunados efectos de la política firme que aplicaba a sus arrendatarios que no cumplían. Las gentes sin tierras se dedicaban con frecuencia al robo. En general no eran más eficientes como ladrones que lo habían sido como granjeros, y William confiaba en que la mayoría de ellos murieran durante el invierno. En un principio, sus esperanzas se habían cumplido. Los proscritos solían atacar a viajeros solitarios que no tenían mucho que pudieran robarles, o hacer incursiones mal organizadas contra objetivos bien defendidos.

Sin embargo, en los últimos tiempos habían mejorado las tácticas de los bandoleros. Siempre que atacaban, lo hacían con un número doble de hombres que el que tenían las fuerzas defensoras. Llegaban cuando los graneros estaban rebosantes, señal de que existía una cuidadosa labor de reconocimiento. Sin embargo, no se quedaban para luchar sino que cada hombre salía de estampida tan pronto como echaba mano a una oveja, un jamón, un queso, un saco de harina o una bolsa de monedas de plata. No valía la pena perseguirlos porque se evaporaban en el bosque, separándose y corriendo en todas direcciones. Alguien los estaba dirigiendo y lo hacía exactamente como lo habría hecho William.

El éxito de los proscritos le humillaba. Le hacía parecer como un bufón incapaz de proteger su propio Condado. Y, para empeorar las cosas, los proscritos rara vez robaban a algún otro. Parecía como si le estuvieran desafiando de manera deliberada. Nada aborrecía tanto William como la sensación de que se rieran a sus espaldas. Se había pasado la vida obligando a la gente a que lo respetaran, a él y a su familia, y esa banda de proscritos estaba deshaciendo toda su obra. Y lo que le soliviantaba de manera especial era que la gente fuera diciendo a espaldas suyas que le estaba bien empleado. Había tratado con extrema dureza a sus arrendatarios y ahora ellos se vengaban. Todo era culpa suya. Semejantes comentarios provocaban en él una furia apoplética.

Los aldeanos de Crowford observaron sobresaltados y temerosos la llegada de William con sus caballeros. Él contempló desdeñoso los rostros flacos y aprensivos que le seguían con la mirada desde las puertas y que al punto desaparecían. Aquellas gentes le habían enviado a su párroco para que le suplicara que ese año les permitiera moler su propio grano, alegando que les era imposible dar al molinero un diezmo. William se sintió inclinado a arrancarle la lengua al cura por su insolencia.

Hacía frío y había hielo en la represa del molino.

La noria estaba parada y la amoladera silenciosa. Una mujer salió de la casa que había al lado. Al mirarla, William sintió el aguijón del deseo. Tendría unos veinte años, una cara bonita y una masa de bucles densos. A pesar del hambre, sus senos eran grandes y los muslos fuertes. Salió sonriendo con descaro; pero, a la vista de los caballeros de William, se le borró la sonrisa y volvió a entrar con precipitación en la casa.

—No parece que le gustemos —comentó Walter—. Debe de haber visto a Gervase.

Era una vieja broma pero que hizo reír a todos.

Ataron sus caballos. No era exactamente el mismo grupo que William reunió al empezar la guerra civil. Por supuesto, Walter seguía con él y también Ugly Gervase y Hugh Axe. Pero Gilbert había muerto en la inesperada y sangrienta batalla contra los canteros y fue sustituido por Guillaume. Miles había perdido un brazo en un duelo a espada por culpa de los dados en una cervecería de Norwich, y Louis se había unido a la escolta. Ya no eran ni mucho menos muchachos; pero hablaban y actuaban como si lo fueran. Reían y bebían, jugaban y andaban de putas. William había perdido la cuenta de las cervecerías que había destruido, de los judíos que había atormentado y de las vírgenes que había desflorado.

Salió el dueño del molino. Su expresión acre se debía, sin duda, a la perenne impopularidad de los molineros. Su aspecto malhumorado revelaba

inquietud. Eso estaba bien. A William le gustaba que la gente se sintiera inquieta ante su presencia.

—No sabía que tuvieras una hija, Wulfric —dijo William mirándolo de reojo—. Me la has estado ocultando.

—Es Maggie, mi mujer —dijo.

—Mierda. Tu mujer es un espantajo, vieja y arrugada. La recuerdo bien.

—Mi May murió el año pasado, señor. Me he vuelto a casar.

—¡Condenado vejacón! —exclamó William con una sonriente mueca—. Ésta debe tener treinta años menos que tú.

—Veintinueve.

—Dejemos esto. ¿Dónde está mi harina? Un saco de cada veinte.

—Toda está aquí, señor. Haced el favor de pasar.

Para ir al molino tenían que atravesar la casa. William y los caballeros siguieron a Wulfric hasta la única habitación. La nueva y joven mujer del molinero se encontraba arrodillada delante del fuego poniendo leños. Al inclinarse, la túnica se le tensó por el trasero. William observó que tenía unas caderas poderosas. Naturalmente, la mujer de un molinero era la última en tener hambre durante los tiempos de escasez.

William se detuvo a mirarle el trasero. Los caballeros hicieron una mueca burlona y el molinero se afanó inquieto. La joven volvió la vista, se percató de que la estaban mirando y se puso en pie en actitud confusa.

—Tráenos algo de cerveza, Maggie. Somos hombres sedientos —le dijo William guiñándole un ojo.

Atravesaron la puerta del molino. La harina estaba apilada en sacos alrededor de la parte exterior de la era circular. No había muchos. Lo habitual era que los montones alcanzaran una altura superior a la de un hombre.

—¿Esto es todo? —preguntó William.

—La cosecha fue muy mala, señor —repuso Wulfric nervioso.

—¿Dónde están los míos?

—Aquí, señor.

Señaló hacia una pila de ocho o nueve sacos.

—¿Cómo? —William sintió la sangre subírsele a la cara—. ¿Esto es lo mío? Tengo dos carros fuera, ¿y tú me ofreces esto?

La expresión de Wulfric pareció aún más doliente.

—Lo siento, señor.

William los contó.

—¡Sólo nueve sacos!

—Es cuanto hay —dijo Wulfric, que estaba a punto de prorrumpir en llanto—. Verás los míos que están junto a los suyos; es el mismo número.

—¡Maldito embustero! —exclamó furioso William—. Los has vendido.

—No, señor —insistió Wulfric—. Eso es todo lo que ha habido.

Maggie entró con una bandeja y seis vasos de barro con cerveza. Se la presentó a los caballeros y cada uno cogió un cubilete. Bebieron con ansia. William la ignoró. Estaba demasiado irritado para beber. Maggie permaneció allí esperando con el último cubilete en la bandeja.

—¿Qué es todo esto? —preguntó William a Wulfric señalando el resto de los sacos.

—Esperando a que se los lleven, señor. Puede ver las marcas de sus propietarios.

Y así era. Cada saco iba marcado con una letra o símbolo. Naturalmente podía tratarse de un truco. No había manera de que William pudiera saber la verdad. Pero ésa no era su forma de aceptar aquel tipo de situación.

—No te creo —dijo—. Has estado robándome.

Wulfric insistió respetuosamente a pesar de que la voz le temblaba.

—Soy honrado, señor.

—Aún no ha nacido el molinero que sea honrado.

—Señor. —Wulfric tragó a duras penas—. Jamás os he estafado un solo grano de trigo, señor.

—Apostaría a que me has estado robando a mansalva.

A pesar del tiempo frío, a Wulfric le caía el sudor por la cara. Se limpió la frente con la manga.

—Puedo jurar por Jesús y todos los santos.

—Cierra la boca.

Wulfric quedó mudo.

William se enfurecía cada vez más; pero todavía seguía sin decidir lo que iba a hacer. Quería dar a Wulfric un buen susto. Tal vez dejar que Walter le sacudiera con los guantes de cota de malla, posiblemente llevarse parte o toda la propia harina de Wulfric. Y entonces su mirada se encontró con Maggie, sosteniendo la bandeja con un cubilete de cerveza, rígida por el pánico su bonita cara, los grandes y juveniles senos pugnando bajo la túnica enharinada. Y pensó en el correctivo perfecto para Wulfric.

—Agarra a la mujer —ordenó a Walter y luego se volvió a Wulfric—. Voy a enseñarte una lección que no olvidarás.

Maggie vio a Walter ir hacia ella pero ya era demasiado tarde para huir, pues la agarró por un brazo y tiró. La bandeja cayó al suelo con estrépito, derramándose la cerveza por el suelo al retroceder Maggie a la fuerza. Walter le retorció el brazo por detrás de la espalda y la mantuvo sujeta. La joven temblaba de terror.

—¡No! Dejadla a ella. ¡Por favor! —suplicó Wulfric aterrado.

William hizo un gesto de asentimiento satisfecho. Wulfric iba a ver a su joven esposa violada por varios hombres sin poder hacer nada para protegerla. La próxima vez se aseguraría de tener grano suficiente para satisfacer a su señor.

—Tu mujer está engordando con el pan hecho de harina robada, Wulfric, mientras que nosotros hemos de apretarnos los cinturones ¿Os parece que veamos cuánto ha engordado?

Hizo una seña con la cabeza a Walter.

Walter agarró la túnica de Maggie por el cuello y dio un violento tirón. La prenda se rasgó y cayó al suelo. Debajo, la muchacha llevaba una camisa de hilo que le llegaba a las rodillas. Sus grandes senos subían y bajaban al jadear de pánico. William se puso frente a ella. Walter le retorció con más fuerza el brazo haciéndola arquearse por el dolor, y sus senos se hicieron aún más evidentes. William miró a Wulfric. Luego, puso las manos sobre los pechos de Maggie y los amasó. Los sentía suaves y pesados.

Wulfric dio un paso adelante.

—Maldito —dijo.

—Sujetadlo —dijo William tajante. Y Louis agarró por los brazos al molinero manteniéndole inmóvil.

William rasgó la camisola de la joven.

La garganta se le quedó seca al contemplar el cuerpo blanco y voluptuoso.

—No, por favor —suplicó Wulfric.

William se sentía cada vez más enardecido por el deseo.

—Tumbadla y sujetadla —dijo.

Maggie empezó a chillar.

William se quitó el cinto y lo dejó caer al suelo al tiempo que los caballeros agarraban a Maggie por los brazos y las piernas. No le quedaba esperanza alguna de poder resistirse a cuatro hombres fuertes. Así y todo seguía retorciéndose y chillando. A William le gustaba eso. Sus senos saltaban al tiempo que se movía y los muslos se abrían y cerraban mostrando y ocultando su sexo. Los cuatro caballeros la sujetaron contra la era.

William se arrodilló entre las piernas de Maggie, levantándose la falda de su túnica. Contempló al marido. Wulfric estaba como demente. Miraba horrorizado y farfullaba súplicas de clemencia que no podían oírse entre los chillidos. William saboreaba aquel instante. La mujer aterrada, los caballeros sujetándola contra el suelo, el marido mirando.

Fue entonces cuando Wulfric apartó la mirada.

William tuvo la sensación de peligro. En la habitación, todos tenían los ojos fijos en él y en la muchacha. Lo único capaz de distraer la atención de

Wulfric era la posibilidad de ayuda salvadora. William volvió la cabeza y miró hacia la puerta.

En ese mismo instante, algo duro y pesado le golpeó en la cabeza.

Lanzando un rugido de dolor se derrumbó sobre Maggie. Su cara golpeó contra la de ella. De repente, pudo oír a hombres gritando. Muchos. Por el rabillo del ojo vio caer a Walter, al que también habían golpeado. Los caballeros soltaron a Maggie. William descubrió en su rostro una expresión de asombro y alivio. Empezó a retorcerse para salir de debajo de él. William la dejó ir y rodó rápidamente.

Lo primero que vio sobre él fue a un hombre de aspecto salvaje enarbolando un hacha de leñador, y se dijo: *¡Por todos los santos! ¿Quién es éste? ¿El padre de la mujer?* Vio a Guillaume levantarse y volverse y, a renglón seguido caer el hacha con fuerza sobre su cuello desprotegido. La hoja se hundió profundamente en él. Guillaume cayó muerto sobre William. Su sangre le empapó la túnica.

William apartó el cuerpo de él. Cuando pudo volver a mirar, observó que el molino había sido invadido por una multitud de hombres sucios, con harapos, los pelos revueltos, armados con estacas y hachas. Había un buen número de ellos. Se dio cuenta de que se encontraba en una situación apurada. ¿Habían acudido los aldeanos a salvar a Maggie? ¡Cómo se habían atrevido! Antes de terminar el día, habría algunos ahorcamientos en la aldea. Enfurecido, se puso en pie con dificultad y echó mano a su espada.

No la tenía. Se había quitado el cinto para violar a Maggie.

Hugh Axe, Ugly Gervase y Louis luchaban encarnecidamente contra lo que parecía una gran muchedumbre de mendigos. En el suelo había varios campesinos muertos. Pese a todo, los tres caballeros se estaban viendo forzados a un lento retroceso a través de la era. William vio a Maggie desnuda, todavía chillando, abriéndose camino frenéticamente entre aquel maremágnum en dirección a la puerta y, a pesar de su confusión y de su miedo, sintió un espasmo de pesaroso deseo ante aquel trasero blanco y redondo. Entonces vio a Wulfric luchando cuerpo a cuerpo con algunos de los atacantes. ¿Por qué el molinero se enfrentaba a los hombres que habían acudido a salvar a su mujer? ¿Qué diablos estaba pasando?

William miró en derredor, desconcertado, en busca de su arma.

Se hallaba en el suelo, casi a sus pies. Recogió el cinturón y desenvainó la espada. Luego, retrocedió tres pasos para permanecer un instante más fuera del círculo de la lucha. Mirando por encima de él, vio que la mayoría de los atacantes se mantenían apartados del combate.

Lo que hacían era coger sacos de harina y salir corriendo. William empezó a comprender. Aquello no era una operación de rescate por parte de

los aldeanos ultrajados. Era una incursión desde el exterior. No estaban interesados en Maggie e ignoraban que William y sus caballeros se encontraran en el interior del molino. Todo cuanto querían era asaltarlo y robar la harina. Resultaba evidente quiénes eran los atacantes. Proscritos.

Sintió un arrebato. Esa era su oportunidad para devolver el golpe a la jauría rabiosa que había estado aterrorizando al Condado y vaciando sus graneros.

Sus caballeros estaban peleando con gran desventaja. Había al menos veinte atacantes. William se sentía asombrado ante el valor de los proscritos. Los campesinos se dispersaban por lo general como gallinas ante una guardia de caballeros, aunque superaran a éstos en una proporción de diez a uno. Pero esa gente luchaba con dureza y no se desalentaba al ver caer a uno de los suyos. Parecían incluso dispuestos a morir de ser necesario. Tal vez porque de todas maneras morirían de hambre a menos que pudieran robar la harina.

Louis se enfrentaba a dos hombres al mismo tiempo cuando llegó un tercero por detrás de él, y le golpeó con un pesado martillo de carpintero. Louis cayó al suelo y allí quedó. El hombre soltó el martillo y cogió la espada de Louis. Ahora quedaban dos caballeros frente a los veinte proscritos. Pero Walter se estaba recuperando del golpe en la cabeza y, desenvainando la espada, se incorporó a la refriega. William enarboló su arma y atacó también.

Los cuatro formaban un formidable equipo de luchadores. Estaban haciendo retroceder a los proscritos, que intentaban desesperados contener las centelleantes espadas con sus cachiporras y hachas. William empezaba a pensar que se estaba desmoronando la moral de los asaltantes y que pronto huirían a la desbandada.

—¡El legítimo conde! —gritó entonces uno de ellos.

Fue como una especie de grito reunificador. Otros lo corearon y los proscritos lucharon con más saña. El incesante grito de "¡El legítimo conde! ¡El legítimo conde!" heló el corazón de William a pesar de que estaba luchando por salvar la vida. Significaba que quienquiera que estuviera al frente de los proscritos tenía sus miras puestas en el título que él poseía. Luchó con una mayor dureza, como si esa escaramuza pudiera decidir el futuro del Condado.

William se fijó en que, en realidad, tan sólo la mitad de los proscritos se hallaban luchando contra los caballeros. El resto se estaba llevando la harina. El combate quedó reducido a un intercambio constante de acometidas y paradas, de ataques y retrocesos. Los proscritos, al igual que soldados sabedores de que pronto va a sonar la retirada, peleaban de un modo cauteloso, a la defensiva. Detrás de los que se mantenían luchando, los otros

sacaban del molino los últimos sacos de harina. Empezaron a retroceder hacia la puerta que conducía de la era a la casa. En menos que canta un gallo todo el Condado sabría que le habían robado ante sus propias narices. Y se convertiría en su hazmerreír. A tal punto le enfureció aquella idea, que lanzó un furioso ataque contra su adversario, atravesándole el corazón con una clásica acometida.

Luego, un proscrito alcanzó a Hugh con un afortunado ataque en el hombro derecho que lo dejó fuera de combate. En aquel momento eran dos los proscritos que se encontraban en la puerta conteniendo a los tres caballeros supervivientes. La situación era en sí humillante. Pero entonces, con impresionante arrogancia, uno de los proscritos indicó con un gesto al otro que se fuera. El hombre desapareció y el que quedó fue retrocediendo sin inmutarse hasta la única habitación de la casa del molinero.

Tan sólo uno de los caballeros podía permanecer en la puerta y luchar contra el proscrito. William se abrió paso apartando a Walter y a Gervase. Quería para sí a aquel hombre. Al cruzar las espadas, William supo de inmediato que el hombre no era un campesino desposeído. Era un duro y experto luchador como el propio William. Miró por primera vez el rostro del proscrito y el sobresalto fue tan descomunal que a punto estuvo de dejar caer la espada.

Su adversario era Richard de Kingsbridge.

La cara de Richard rebosaba de odio. William pudo ver la cicatriz en la oreja mutilada. La fuerza del rencor de Richard aterró a William más de lo que pudiera hacerlo su espada centelleante. William creía haber aplastado para siempre a Richard; pero éste había vuelto a la lid al frente de un ejército de harapientos que habían dejado en ridículo a William.

Richard cargó con dureza contra él, aprovechando su momentáneo desconcierto. William evitó una acometida, alzó su espada parando un golpe y retrocedió. Richard siguió avanzando. Pero William se encontraba ya, en parte, protegido por la puerta, lo que reducía el campo de movimiento de Richard hasta llevar a William hasta la era del molino, en tanto que Richard quedaba en la puerta. Walter y Gervase se lanzaron contra Richard, quien retrocedió de nuevo bajo la presión de los tres. Tan pronto como quedó la puerta libre, Walter y Gervase hubieron de retroceder y William volvió a quedar enfrentado a Richard.

William se dio cuenta de que Richard se encontraba en posición casi desesperada. Tan pronto como ganaba terreno, se veía enfrentado a los tres hombres. Cuando William se cansara, podía ceder el puesto a Walter. Para Richard era casi imposible contener a los tres por tiempo indefinido. Estaba librando una batalla perdida de antemano. Después de todo, tal vez ese día

no terminara con la humillación de William. Era posible que acabara con su más viejo enemigo. Richard debía de estar pensando lo mismo y era de presumir que hubiese llegado a idéntica conclusión. Sin embargo, no daba muestras de perder energía ni decisión. Miró a William con una sonrisa cruenta que acobardó a éste, y saltó hacia delante con una estocada larga. William la evitó, pero dio un traspié. Walter se abalanzó para evitar el golpe de gracia a William. Richard, en lugar de seguir atacando, dio media vuelta y salió corriendo. William se puso en pie, lo que provocó un encontronazo con Walter mientras que Gervase intentaba pasar entre ambos. Les costó un momento librarse unos de otros pero, en ese instante, Richard cruzó la pequeña habitación y salió de la casa cerrando la puerta de golpe. William fue tras él y la abrió. Los proscritos se aprestaban ya a la retirada y, para colmo de humillación, lo hacían montados en los caballos de los caballeros de William, el cual, al salir precipitadamente de la casa, pudo ver que Richard ocupaba la silla de su propia montura, un soberbio caballo de batalla que le había costado el rescate de un rey. Era evidente que habían desatado al caballo y lo tenían preparado. A William le asaltó la mortificante idea de que era la segunda vez que le robaba su caballo de batalla. Richard lo espoleó en las ijadas y el caballo se encabritó porque no acogía bien a los extraños. Pero Richard era un excelente jinete y permaneció en la silla. Tiró de las riendas, haciendo bajar la cabeza al caballo. En ese momento, William se precipitó hacia delante y se lanzó contra él blandiendo su espada. Debido a que el caballo corcoveaba, William falló su objetivo, quedando clavada la punta de su hoja en la madera de la silla. Luego, el animal salió corriendo y bajó como una flecha la calle de la aldea en seguimiento de los demás proscritos montados. William contempló cómo se marchaban. Se sentía embargado por un odio mortal.

El legítimo conde, se dijo. *El legítimo conde.*

Dio media vuelta. Walter y Gervase permanecían en pie detrás de él. Hugh y Louis estaban heridos, aunque ignoraba si sus heridas eran graves. Guillaume estaba muerto y había empapado de sangre la túnica de William. Experimentó una terrible humillación. Apenas era capaz de levantar la cabeza.

Por suerte, la aldea se encontraba desierta. Los campesinos se habían refugiado en los bosques sin esperar a ser testigos de la ira de William. El molinero y su mujer también se habían esfumado. Los proscritos se llevaron todas las monturas de los caballeros, dejando tan sólo los dos carros con los bueyes.

William miró a Walter.

—¿Viste quién era? Me refiero al último.

—Sí.

Walter tenía la costumbre de hablar lo menos posible cuando su amo estaba furioso.

—Era Richard de Kingsbridge —contestó William.

Walter asintió.

—Y le llamaban el legítimo conde —agregó William.

Walter no dijo ni una palabra.

William atravesó de nuevo la casa y entró en el molino.

Hugh se hallaba sentado, apretándose el hombro derecho con la mano izquierda. Estaba pálido.

—¿Cómo va eso? —le preguntó.

—No es nada —contestó—. ¿Quiénes eran esas gentes?

—Proscritos —repuso lacónico William.

Miró en derredor. En el suelo se encontraban siete u ocho proscritos, unos muertos y otros heridos. Vio a Louis tumbado boca arriba con los ojos abiertos. En principio, creyó que no vivía; entonces Louis parpadeó.

—Louis —dijo William.

El herido levantó la cabeza pero parecía confuso. Todavía no se había recuperado.

—Hugh, ayuda a Louis a subir al carro y tú, Walter, pon el cuerpo de Guillaume en el otro —ordenó William.

Los dejó cumpliendo sus órdenes y salió.

Ninguno de los aldeanos tenía caballo, pero el molinero sí. Era una jaca que se hallaba pastando en la hierba rala junto a la orilla del río. William encontró la silla y se la puso. Algo más tarde, abandonaba Crowford con Walter y Gervase conduciendo las yuntas de bueyes.

Su furia no amainó durante el viaje hasta el castillo del obispo Waleran. Por el contrario, iba en aumento mientras rumiaba sobre lo que había descubierto. Ya era bastante terrible que los proscritos hubieran sido capaces de desafiarle, pero todavía era mucho peor que estuvieran acaudillados por su viejo enemigo Richard. Y lo que ya resultaba por completo intolerable era que le llamaran el legítimo conde. Si no se acababa con ellos de manera definitiva, muy pronto Richard los utilizaría para lanzar un ataque directo contra él. Claro que sería ilegal que Richard se apoderara de esa manera del Condado. Pero William tenía la impresión de que cualquier queja de ataque ilegal, presentada por él tal vez no fuera acogida con simpatía. El hecho de que William hubiera caído en una emboscada siendo vencido y robado por los proscritos y de que pronto todo el Condado estuviera riéndose a mandíbula batiente de su humillación, no era el peor de sus problemas. De repente, su derecho al Condado se veía amenazado en serio.

Era indudable que tenía que matar a Richard. La cuestión consistía en cómo encontrarlo. Estuvo cavilando sobre el problema durante todo el camino hasta el castillo. Y, cuando llegó, lo único que había sacado en limpio era que, probablemente, la clave la tenía el obispo Waleran.

Entraron en el castillo de Waleran como un desfile cómico en una feria: el conde a lomos de una jaca cansina y sus caballeros conduciendo carros. William rugió órdenes perentorias a los hombres del obispo. Envió a uno de ellos en busca de un enfermero para Hugh y Louis, y a otro a que buscara a un sacerdote para rezar por el alma de Guillaume. Gervase y Walter fueron a la cocina a buscar cerveza y William entró en la torre del homenaje. Fue recibido por Waleran en sus habitaciones privadas. William aborrecía tener que pedir algo a Waleran. Pero necesitaba de su ayuda para localizar a Richard. El obispo estaba revisando una relación de cuentas, una lista interminable de números. Levantó la vista y vio la furia reflejada en el rostro de William.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con aquel tono levemente divertido que siempre sacaba de quicio a William, el cual rechinó los dientes.

—He descubierto quién es el que organiza y dirige a esos malditos proscritos.

Waleran enarcó una ceja.

—Es Richard de Kingsbridge.

—Ah. —Waleran asintió comprensivo—. Claro. Tiene sentido.

—Significa peligro —dijo furioso William, que detestaba que Waleran se mostrara frío y reflexivo respecto a las cosas—. Le llaman "el legítimo conde" —apuntó con un dedo hacia Waleran—. Ciertamente vos no querréis que este Condado vuelva a esa familia. Os odian y son amigos del prior Philip, vuestro viejo enemigo.

—Está bien, cálmate —respondió Waleran con tono condescendiente—. Sin duda alguna, estás en lo cierto. No puedo permitir que Richard de Kingsbridge recupere el Condado.

William se sentó. Empezaba a dolerle todo el cuerpo. Últimamente sufría las secuelas de la lucha como jamás las había sufrido. Sus músculos se hallaban tensos, y sus manos doloridas y heridas por los ataques o las caídas. Sólo tengo treinta y siete años, se dijo. ¿Empieza la vejez a esa edad?

—Tengo que matar a Richard. Una vez que haya desaparecido, los proscritos serán de nuevo una chusma inofensiva.

—Estoy de acuerdo.

—Matarlo será fácil. El problema está en encontrarlo. Pero en ello podéis ayudarme vos.

Waleran se frotó con el pulgar la afilada nariz.

—No sé cómo.

—Escuchad. Si están organizados tienen que encontrarse en alguna parte.

—No sé qué quieres decir. Están en los bosques.

—En circunstancias comunes, no se puede encontrar proscritos en el bosque. La mayoría de ellos no pasan dos noches seguidas en el mismo lugar. Hacen un fuego en cualquier parte y duermen en los árboles. Pero, si alguien quiere organizar a semejante gente, tiene que reunirlos a todos en un punto. Hay que tener una guarida permanente.

—Así que hemos de descubrir dónde esta la guarida de Richard.

—Exacto.

—¿Y cómo te propones hacerlo?

—Ahí es donde entráis vos.

Waleran parecía escéptico.

—Apuesto a que la mitad de la gente de Kingsbridge sabe dónde está —dijo William.

—Pero no nos lo dirán. En Kingsbridge todos nos odian a ti y a mí.

—No todos —dijo William—. No exactamente todos.

A Sally la Navidad le parecía maravillosa, pues la comida especial de Navidad era casi toda dulce: bizcochos de jengibre, pan de trigo, huevos y miel, licor de pera, que la hacía reír. Y ese embutido que hervía durante horas y luego era horneado, y cuyo relleno sabía a gloria. Ese año había menos cosas debido a la carestía. Pero Sally disfrutaba igualmente.

Le gustaba decorar la casa con acebo y colgar el muérdago del beso.

Que la besaran le hacía reír todavía más que el vino de pera. El primer hombre que atravesaba el umbral llevaba la suerte siempre que su pelo fuera negro. El padre de Sally tenía que quedarse en casa toda la mañana de Navidad porque su pelo rojo llevaría consigo la mala suerte.

A Sally le encantaba la representación de la Natividad en la iglesia. Le gustaba ver a los monjes vestidos como reyes orientales y de ángeles y pastores. Se reía como una loca cuando todos los falsos ídolos caían derribados con la llegada de la Sagrada Familia a Egipto. Pero lo mejor de todo era el obispo adolescente. El tercer día de Navidad los monjes vestían al más joven de los novicios con la indumentaria de obispo, y todo el mundo tenía que obedecerle.

La mayoría de las gentes de la ciudad esperaban en el recinto del priorato a que saliera el obispo adolescente. La costumbre era que diera órdenes a los ciudadanos de más edad y dignidad para que realizaran tareas bajas, como ir a coger leña o limpiar las cochiqueras. También se daba aires

exagerados, haciendo gracias e insultando a quienes tenían autoridad. El año anterior hizo que el sacristán desplumara una gallina. El resultado fue hilarante, ya que éste no tenía la menor idea de cómo se hacía y había plumas por doquier.

Con gran solemnidad, apareció un muchacho de unos doce años, de sonrisa traviesa, vistiendo un ropón de seda púrpura y llevando un báculo de madera. Venía a hombros de dos monjes y llevaba tras de sí al resto del monasterio. Todo el mundo aplaudió y lanzó vítores. Lo primero que hizo fue señalar al prior Philip.

—¡Tú, muchacho! ¡Ve al establo y almohaza al asno!

Hubo un estallido de risas. Todo el mundo sabía que el viejo asno tenía un genio de todos los demonios y que jamás se le había cepillado.

—Sí, mi señor obispo —dijo el prior Philip, y con una mueca sonriente, se encaminó a realizar su tarea.

—¡Adelante! —ordenó el obispo adolescente.

La procesión salió fuera del recinto del priorato, con los ciudadanos a la zaga. Algunas gentes se ocultaban y echaban el cerrojo a sus puertas por temor a que los eligieran para hacer algún trabajo desagradable. Pero entonces se perdían la diversión. Allí se encontraba toda la familia de Sally. Sus padres, su hermano Tommy, la tía Martha e incluso el tío Richard que había regresado inesperadamente a casa la noche anterior.

El obispo adolescente los condujo primero a la cervecería, visita que era tradicional. Pidió cerveza gratis para él y para todos los novicios. El cervecero se la dio de buena gana.

Sally se encontró sentada en un banco junto al hermano Remigius, uno de los monjes más viejos. Era un hombre alto, poco cordial, y la niña nunca había hablado con él. Pero en ese momento le sonreía.

—Es agradable que tu tío Richard haya vuelto a casa por la Navidad —le dijo.

—Me ha dado un gatito de madera que él mismo ha hecho con su cuchillo —le explicó Sally.

—Eso está muy bien. ¿Crees que se quedará mucho tiempo?

La niña se quedó pensativa.

—No lo sé.

—Espero que tendrá que marcharse pronto.

—Sí. Ahora vive en el bosque.

—¿Sabes tú dónde?

—Sí. En un lugar que se llama Sally's Quarry. ¡Tiene el mismo nombre que yo! —comentó riendo.

—Es verdad —dijo el hermano Remigius—. Muy interesante.

—Y ahora, Andrew, el sacristán y el hermano Remigius harán la colada de la viuda Poll —decidió el obispo adolescente una vez hubieron bebido.

Sally aplaudió riendo a carcajadas. La viuda Poll, una mujer gorda y de cara congestionada, era lavandera. A aquellos perezosos monjes les fastidiaría lavar las malolientes camisas y calcetines que las gentes se cambiaban cada seis meses.

El gentío abandonó la cervecería y llevaron en procesión al obispillo hasta la casa de una sola habitación de la viuda Poll, allá abajo, junto al muelle. A ella le dio un ataque de risa y se puso todavía más colorada cuando le comunicaron quién iba a hacer su colada.

Andrew y Remigius llevaron un pesado cesto de ropa sucia desde la casa hasta la orilla del río. Andrew abrió el cesto y Remigius, con una expresión de asco supremo sacó la primera pieza.

—¡Cuidado con ésa, hermano Remigius! ¡Es mi camisa! —gritó con descaro una joven.

Remigius enrojeció y todo el mundo se echó a reír.

Los dos monjes hicieron de tripas corazón y empezaron a lavar la ropa en las aguas del río, con los ciudadanos dándoles consejos y aliento. Sally se dio cuenta de que Andrew estaba hasta las mismísimas narices, en cambio Remigius tenía una extraña expresión de contento.

Una bola enorme de hierro colgaba de un andamio sujeta por una cadena. Recordaba el dogal del verdugo balanceándose en el extremo de una horca. También había una cuerda atada a la bola. Esa cuerda pasaba por una garrucha sobre la estaca superior del andamio y pendía hasta el suelo donde dos jornaleros la sujetaban. Cuando éstos tiraron de ella, la bola subió y retrocedió hasta tocar la garrucha, y la cadena quedó horizontal a lo largo del andamio.

Se encontraba mirando la mayoría de la población de Shiring.

Los hombres soltaron la cuerda. La bola de hierro cayó y osciló y se estrelló contra el muro de la iglesia. Sonó un golpe terrorífico, el muro se estremeció y William sintió el impacto en el suelo, bajo sus pies. Pensó que hubiera sido formidable tener a Richard sujeto a aquel muro precisamente en el lugar contra el que se había estrellado la bola. Habría quedado aplastado como una mosca.

Los jornaleros tiraron de nuevo de la cuerda. William se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento al detenerse la bola de hierro arriba, al final del trayecto. Los hombres la soltaron; se balanceó y esa vez sí que hizo un agujero en el muro de piedra. Todos aplaudieron.

Era un mecanismo ingenioso.

William estaba contento de ver que el trabajo avanzaba en el enclave donde construiría la nueva iglesia. Pero ese día su mente estaba ocupada por cuestiones más urgentes. Con la mirada, buscó en derredor al obispo Waleran. Lo localizó al fin. Se hallaba hablando con Alfred Builder.

—¿Está ya aquí el hombre? —preguntó William al obispo llevándoselo aparte.

—Es posible —repuso Waleran—. Ven a mi casa.

Atravesaron la plaza del mercado.

—¿Has traído tus tropas? —preguntó Waleran.

—Claro. Doscientos hombres. Están esperando en los bosques, justo a la salida de la ciudad.

Entraron en la casa. Hasta William llegó el olor a jamón cocido.

Se le hizo la boca agua, pese al gran apremio. En aquellos momentos, la mayoría de la gente estaría administrando con enorme tiento sus víveres; pero en Waleran parecía cuestión de principios no permitir que la carestía cambiara su modo de vida. Al obispo, aunque nunca comía demasiado, le gustaba que todo el mundo supiera que era demasiado rico y poderoso para que pudieran afectarle unas simples cosechas.

La vivienda de Waleran era una casa urbana clásica de fachada estrecha, con un salón en la parte delantera, una cocina detrás y un patio en la parte trasera, en el que había un pozo negro, una colmena y una cochiquera. William se tranquilizó al ver a un monje esperando en el salón.

—Buenos días, hermano Remigius —le saludó Waleran.

—Buenos días, mi señor obispo. Buenos días, Lord William —dijo Remigius.

William miró ansioso al monje. Era un hombre nervioso, de rostro arrogante y saltones ojos azules. Su cara le resultaba vagamente familiar, una entre tantas cabezas tonsuradas en los oficios sagrados de Kingsbridge. Durante años, William había estado oyendo hablar de él como un espía de Waleran en el territorio del prior Philip, pero era la primera vez que hablaba con el hombre.

—¿Tenéis alguna información para mí? —le preguntó.

—Es posible —respondió Remigius.

Waleran se quitó la capa bordeada de piel y se acercó al fuego para calentarse las manos. Un sirviente les llevó vino de bayas de saúco caliente en cubiletes de plata. William cogió uno y lo bebió esperando impaciente que el sirviente se retirara.

Waleran saboreó el vino mientras dirigía a Remigius una mirada inquisitiva.

—¿Qué excusa has dado para abandonar el priorato? —le preguntó Waleran una vez el sirviente hubo salido.

—Ninguna —contestó Remigius.

Waleran enarcó una ceja.

—No voy a regresar —aseguró Remigius desafiante.

—¿Cómo es eso?

Remigius aspiró hondo.

—Estás construyendo aquí una catedral.

—No es más que una iglesia.

—Va a ser muy grande. Planeas que acabe siendo una iglesia catedral.

—Supongamos por un momento que estés en lo cierto —dijo Waleran tras una breve vacilación.

—La catedral habrá de estar gobernada por un capítulo, ya sea de monjes o de canónigos.

—¿Y qué?

—Quiero ser el prior.

William se dijo que eso tenía lógica.

—Y estabas tan seguro de llegar a serlo que abandonaste Kingsbridge sin el permiso de Philip y sin excusa alguna —comentó Waleran con tono agrio.

Remigius pareció incómodo. William simpatizaba con él. Aquel talante desdeñoso que con tanta frecuencia adoptaba Waleran era suficiente para molestar a cualquiera.

—Espero no haberme mostrado confiado en exceso —dijo Remigius.

—Es de presumir que podrás conducirnos hasta Richard.

—Sí.

—¡Hombre listo! ¿Dónde está? —interrumpió William excitado.

Remigius se mantuvo en silencio y miró a Waleran.

—¡Vamos, Waleran! ¡Dadle el cargo, por Dios bendito! —intercedió William.

Waleran seguía mostrándose vacilante. William sabía que no soportaba que lo coaccionara nadie.

—Muy bien, serás prior —aceptó por último Waleran.

—Y ahora, ¿dónde está Richard?

Remigius seguía con la mirada clavada en el obispo.

—¿A partir de hoy mismo?

—A partir de hoy mismo.

Entonces Remigius se volvió hacia William.

—Un monasterio no es tan sólo una iglesia y un dormitorio. Necesita tierras, granjas, iglesias que paguen diezmos...

—Decidme dónde está Richard y, para empezar, os daré cinco aldeas con sus iglesias parroquiales —le aseguró William.

—La fundación necesitará la correspondiente carta de privilegio.

—No temas. La tendrás —le aseguró Waleran.

—Vamos, hombre de Dios. Tengo un ejército esperando a las afueras de la ciudad. ¿Dónde se halla la guarida de Richard?

—En un lugar llamado Sally's Quarry, cerca del camino de Winchester.

—¡Lo conozco! —William hubo de contenerse para no lanzar un alarido de triunfo—. Es una cantera abandonada. Ya no va nadie por allí.

—La recuerdo —declaró a su vez Waleran—. Hace años que no se trabaja en ella. Es una excelente guarida. Nunca sabrías que existe a menos que dieras con ella.

—Pero también es una trampa —exclamó William con feroz regocijo—. Los tres muros que la forman son prácticamente impenetrables. Nadie escapará. Y además no cogeré prisioneros —su excitación subió de tono al imaginarse la escena—. Haré una auténtica carnicería. Será como matar pollos en un gallinero.

Los dos hombres de Dios lo miraban de forma extraña.

—¿Acaso os asalta algún pequeño escrúpulo, hermano Remigius? —preguntó William desdeñoso—. ¿Os revuelve el estómago la idea de una matanza, mi señor obispo? —Sabía, por la expresión de sus caras, que había dado en el clavo con los dos. Esos hombres religiosos eran grandes maquinadores, pero cuando se trataba de derramamiento de sangre tenían que seguir confiando en los hombres de acción—. Sé que estaréis rezando por mí —dijo sarcástico.

Y en seguida se puso en marcha.

Tenía el caballo atado fuera. Era un soberbio garañón negro que había sustituido, aunque no igualado, al caballo de batalla que Richard le robó. Lo montó y salió cabalgando de la ciudad. Contuvo su excitación e intentó pensar con frialdad en las posibles tácticas. Se preguntó cuántos proscritos habría en Sally's Quarry. En cada una de sus incursiones hicieron acto de presencia más de cien hombres. Serían al menos doscientos, tal vez incluso quinientos. Era posible, incluso, que superaran los efectivos de William. De manera que habría de aprovechar al máximo sus ventajas. Una de ellas era la sorpresa. Otra, las armas. La mayoría de los proscritos tenían garrotes, martillos y, en el mejor de los casos, hachas. Por supuesto, ninguna armadura. Pero la ventaja más importante era que los hombres de William iban a caballo. Los proscritos tenían pocos caballos y no era probable que muchos de ellos estuvieran cabalgando en el preciso momento en que eran atacados. Para darse un mayor margen, decidió enviar a algunos arqueros por las laderas

laterales de la colina para disparar durante unos momentos hacia la cantera antes del asalto definitivo.

Lo principal de todo era evitar que escapara un solo proscrito. Al menos hasta que estuviera seguro de que Richard había muerto o había sido capturado. Decidió situar a un puñado de hombres de confianza en la retaguardia antes del ataque definitivo y atrapar a cuantos proscritos astutos intentaran zafarse.

Walter seguía esperando con los caballeros y hombres de armas en el mismo lugar donde William los dejó un par de horas antes. Se mostraban ansiosos y su moral era alta, ya que daban por descontada una fácil victoria. Poco después iban al trote por el camino de Winchester.

Walter cabalgaba junto a William en el más absoluto silencio. Una de las mejores cualidades de Walter era su habilidad para mantenerse callado. William se había dado cuenta de que la mayoría de la gente le hablaba sin cesar, incluso cuando no tenían nada que decir, tal vez por el propio nerviosismo. Walter respetaba a William, pero no se mostraba nervioso ante él. Hacía demasiado tiempo que estaban juntos.

William se sentía embargado por una mezcla familiar de expectación anhelante y temor mortal. Luchar era lo único en el mundo que hacía bien, y cada vez arriesgaba su vida. Pero la incursión aquella era especial. En esta ocasión tenía la oportunidad de destruir al hombre que durante quince años había sido una espina clavada en su carne.

Al cabo de unas millas se desviaron del camino de Winchester.

Tomaron por un sendero apenas visible, hasta el punto de que William lo hubiera pasado por alto de no haber estado buscándolo. Una vez dentro de él, podía seguirlo observando la vegetación. Había una franja de cuatro o cinco yardas de ancho sin árboles desarrollados. Envió a los arqueros por delante y, para darles tiempo, redujo durante unos momentos la marcha del resto de sus hombres. Era un día de enero claro, y los árboles sin hojas apenas reducían la fría luz del sol. Hacía ya muchos años que William no había estado en la cantera y no sabía a qué distancia podía encontrarse. Sin embargo, cuando se hallaban a una milla más o menos del camino, empezó a descubrir indicios de que el sendero estaba siendo utilizado. Vegetación pisoteada, pimpollos rotos y el barro removido. Experimentó una gran satisfacción al ver confirmado el informe de Remigius.

Se sentía tan tenso como la cuerda de un arco. Los indicios se hicieron cada vez más patentes. Hierba muy aplastada, cagajones de caballos, desperdicios humanos. A aquella distancia, dentro del bosque, los proscritos no se habían molestado en ocultar su presencia. Ya no cabía la menor duda. Se encontraban allí. La batalla se hallaba a punto de comenzar.

La guarida debía de estar ya muy cerca. William aguzó el oído. En cualquier momento sus arqueros empezarían el ataque y se escucharían gritos y maldiciones, chillidos de dolor y el relincho de caballos aterrados.

El sendero los condujo hasta un gran calvero y William vio, a un par de centenares de yardas, la entrada a la Sally's Quarry. No se oía ruido alguno. Algo andaba mal. Sus arqueros no disparaban. William sintió un escalofrío de aprensión. ¿Qué había pasado? ¿Era posible que sus arqueros hubieran caído en una emboscada y que los centinelas los hubieran dejado fuera de combate sin hacer ruido? No a todos, eso seguro.

Pero no había tiempo de cábalas. Se encontraba casi encima de los proscritos. Espoleó su caballo y lo lanzó al galope. Sus hombres le siguieron y se lanzaron con gran estruendo hacia la guarida. El temor de William se había desvanecido ante el júbilo de la carga. El camino hasta la guarida era como una pequeña garganta tortuosa, de modo que el interior no podía verse al acercarse. Miró hacia arriba y vio a algunos de sus arqueros en la cima del farallón, mirando hacia abajo. ¿Por qué no disparaban? Tuvo una premonición de desastre y habría dado media vuelta, a no ser porque ya no podían detener a los caballos lanzados a la carga. Con la espada en la mano derecha, sujetando las riendas con la izquierda, el escudo colgándole del cuello, galopó hasta la cantera abandonada.

Allí no había nadie.

El desencanto le sacudió como un golpe físico. Estaba a punto de romper a llorar. Todos los indicios lo habían avalado. Estaba tan seguro. Sentía la frustración en las entrañas, como un dolor. Al ir los caballos reduciendo la marcha, William pudo comprobar que, de hecho, había sido la guarida de los proscritos hasta hacía poco. Se veían cobertizos construidos con ramas y cañas, restos de fuegos para cocinar y también estercoleros. En una esquina de la zona, se habían clavado algunas estacas para utilizarlo como corral para los caballos. William pudo ver acá y allá restos de ocupación humana. Huesos de pollo, sacos vacíos, un zapato viejo, una olla rota. Incluso una de las hogueras parecía humear todavía. Renació en él la esperanza. Tal vez acabaran de irse y todavía pudiera alcanzarlos. Fue entonces cuando descubrió una única figura en cuclillas junto al fuego. La figura se puso en pie. Era una mujer.

—Bien, bien, William Hamleigh —dijo ella—. Demasiado tarde, como de costumbre.

—¡Vaca insolente! Te arrancaré la lengua por eso —vociferó William.

—No me tocarás —repuso ella con calma—. He maldecido a mejores hombres que tú.

Se llevó tres dedos a la cara, como una bruja. Los caballeros retrocedieron y William se santiguó a fin de protegerse. La mujer lo miró sin temor alguno con un par de extraños ojos dorados:

—¿No me reconoces, William? —le preguntó—. En una ocasión intentaste comprarme por una libra. —Se echó a reír—. Fuiste afortunado al no lograrlo.

William recordó aquellos ojos. Era la viuda de Tom Builder, la madre de Jack Jackson, la bruja que vivía en el bosque. Se sentía desde luego muy satisfecho de no haberla comprado. Y ansiaba alejarse de ella lo más deprisa posible, pero antes tenía que interrogarla.

—Muy bien, bruja —le dijo—. ¿Estaba aquí Richard Kingsbridge?

—Hasta hace dos días.

—¿Y puedes decirme a dónde se fue?

—Sí, claro que puedo —contestó ella—. Él y sus proscritos se han ido a luchar por Henry.

—¿Henry? —repitió William como un eco. Tenía la horrible sensación de saber a qué Henry se refería—. ¿El hijo de Maud?

—Sí.

William se quedó helado. Era posible que el joven y enérgico duque de Normandía tuviera éxito donde su madre había fracasado y, si en esta ocasión Stephen era derrotado, William podía caer con él.

—¿Qué ha pasado? —indagó con tono apremiante—. ¿Qué ha hecho Henry?

—Ha cruzado las aguas con treinta y seis barcos y ha desembarcado en Wareham. Según dicen, ha traído con él un ejército de tres mil hombres. Nos han invadido.

3

La ciudad de Winchester se hallaba atestada. La situación era tensa y peligrosa. Allí se encontraban los dos ejércitos. Las fuerzas del rey Stephen estaban guarecidas en el castillo. Los rebeldes del duque Henry, incluidos Richard y sus proscritos, se encontraban acampados fuera de las murallas de la ciudad en Saint Gile's Hill, lugar donde se celebraba la feria anual. A los soldados de ambas partes les estaba vedado entrar en la población; pero muchos de ellos, desafiando la prohibición, pasaban las noches en las cervecerías, los reñideros de gallos y los burdeles, donde se emborrachaban, abusaban de las mujeres, luchaban y se mataban entre sí durante partidas de dados y *Nine-Men's Morris*.

El rey había perdido todo espíritu combativo en el verano, cuando murió su hijo mayor. En aquellos momentos, Stephen moraba en el castillo real, y el

duque Henry se alojaba en el palacio del obispo. Sus representantes, el arzobispo Theobald de Canterbury, en nombre del rey, y el viejo desfacedor de poderíos, el obispo Henry de Winchester por parte del duque Henry, estaban celebrando conversaciones de paz. Cada mañana, el arzobispo Theobald y el obispo Henry se reunían en el palacio episcopal. A mediodía, el duque Henry solía atravesar las calles de Winchester con sus lugartenientes, incluido Richard, para ir a almorzar al castillo.

La primera vez que Aliena vio al duque Henry no pudo creer que fuera el hombre que gobernaba un imperio tan grande como Inglaterra. Tendría unos veinte años y su rostro estaba atezado y lleno de pecas como el de un campesino. Vestía una sencilla túnica oscura sin bordado alguno y llevaba muy corto el pelo rojizo. Ofrecía el aspecto del laborioso hijo de un hacendado próspero. Sin embargo, percibió, al cabo de un tiempo, que tenía una especie de magnetismo de poder. Era de baja estatura y musculoso, con hombros anchos y una gran cabeza. Pero la impresión de gran fuerza física quedaba compensada por unos ojos grises penetrantes y observadores. La gente que le rodeaba jamás se acercaba a él demasiado, sino que lo trataba con una familiaridad cautelosa, como si temieran que fuese a montar en cólera en cualquier momento.

Aliena pensaba que, en el castillo, los comensales debían sufrir una desagradable tensión al tener a los jefes de ambos ejércitos comiendo juntos. Se preguntaba cómo soportaría Richard sentarse a la misma mesa con el conde William. Ella le habría amenazado con el cuchillo de trinchar en lugar de pasarle el venado asado. Por su parte, sólo veía a William desde cierta distancia y en breves ocasiones. Parecía inquieto y malhumorado, lo cual constituía una buena señal.

Mientras los condes, obispos y abates se reunían en la torre del homenaje, la pequeña nobleza lo hacía en el patio del castillo, tales como los caballeros, los sheriffs, los barones de menor importancia, los funcionarios de justicia y los habitantes del castillo. Gentes que no podían estar lejos de la ciudad capital mientras se estaba decidiendo su futuro y el del reino. Casi todas las mañanas, Aliena encontraba allí al prior Philip. Corrían docenas de rumores distintos. Un día se decía que todos los condes que apoyaban a Stephen serían privados del título, lo que significaría el fin de William. Al día siguiente, todos ellos iban a conservar el Condado, lo que arruinaría las esperanzas de Richard. Se derribarían todos los castillos de Stephen. Luego los de los rebeldes. El siguiente rumor aseguraba que los del uno y los del otro. Después ninguno. Una voz insistía en que todos los partidarios de Henry recibirían el título de caballeros y un centenar de acres. Richard no quería aquello, quería el Condado.

Richard no tenía ni idea de qué rumores eran veraces, en el caso de que lo fuera alguno. A pesar de ser uno de los lugartenientes en los que más confiaba Henry en el campo de batalla, no se le consultaba sobre los detalles de las negociaciones políticas. Sin embargo, Philip parecía saber lo que estaba ocurriendo. No quería decir quién le facilitaba aquella información. Pero Aliena recordaba que tenía un hermano que visitaba Kingsbridge de cuando en cuando y que había trabajado para Robert de Gloucester y la emperatriz Maud. Teniendo en cuenta que Robert y Maud ya habían muerto, era posible que trabajase para el duque Henry.

Philip declaró que los negociadores estaban a punto de firmar un acuerdo. El trato era que Stephen seguiría en el trono hasta su muerte. Pero que su sucesor sería Henry. Aquello inquietó a Aliena.

Stephen podía vivir otros diez años. ¿Qué pasaría entretanto? Era indudable que los condes de Stephen no serían desposeídos mientras éste siguiera gobernando. Y entonces, ¿qué recompensas obtendrían los partidarios de Henry como Richard? ¿Se suponía que habían de esperar?

Philip supo la respuesta un día, a última hora de la tarde, cuando ya hacía una semana que estaban todos en Winchester. Envió como mensajero a un novicio para que llevara ante él a Aliena y Richard.

Mientras caminaban por las viejas calles del recinto de la catedral, Richard sentía un anhelo frenético y Aliena apenas podía contener el nerviosismo.

Philip estaba esperándolos en el cementerio. Hablaron entre las tumbas, en tanto que se iba poniendo el sol.

—Han llegado a un acuerdo —informó Philip sin preámbulo alguno—. Pero es algo embrollado.

Aliena no pudo soportar por más tiempo la tensión.

—¿Será Richard conde? —preguntó con tono apremiante.

Philip agitó la mano de un lado a otro como queriendo decir tal vez sí o tal vez no.

—Resulta complicado. Han llegado a un acuerdo. Las tierras de las que se hayan apoderado usurpadores serán devueltas a las gentes que las poseían en tiempos del viejo rey Henry.

—Es cuanto necesito —contestó Richard al punto—. Mi padre era conde en tiempos del viejo rey Henry.

—¡Cállate, Richard! —le conminó Aliena, y volviéndose hacia Philip le preguntó—: ¿Dónde esta la complicación?

—En el acuerdo no hay nada que estipule que Stephen haya de ponerlo en vigor. Probablemente no habrá cambio alguno hasta su muerte, cuando Henry sea rey.

—¡Pero eso lo deja sin efecto! —exclamó Richard abatido.

—No del todo —puntualizó Philip—. Significa que tú eres el conde legítimo.

—Pero he de vivir como un proscrito hasta la muerte de Stephen, en tanto que ese animal de William ocupa mi castillo —exclamó Richard furioso.

—No hables tan alto —le reconvino Philip al pasar cerca de ellos un sacerdote—. Todo esto todavía es secreto.

Aliena se hallaba irritadísima.

—No estoy dispuesta a aceptar tal cosa —dijo—. No pienso esperar a que Stephen muera. He estado aguardando durante diecisiete años y ya estoy harta.

—¿Y qué puedes hacer? —preguntó Philip.

Aliena se encaró con Richard.

—La mayoría del país te aclama como el legítimo conde. Stephen y Henry han reconocido ahora que lo eres. Debes apoderarte del castillo y gobernar como el conde legítimo.

—¿Cómo voy a apoderarme? William lo habrá dejado sin duda bien protegido.

—Dispones de un ejército, ¿no es así? —dijo Aliena impulsada por su propia ira y frustración—. Tienes derecho al castillo y tienes fuerza para apoderarte de él.

Richard meneó la cabeza.

—Durante quince años de guerra civil, ¿sabes cuántas veces he visto tomar un castillo mediante ataque frontal? Ninguna. —Como siempre que se abordaban cuestiones militares, Richard mostraba autoridad y madurez—. Casi nunca se logra. A veces se toma una ciudad pero jamás un castillo. Pueden rendirse al cabo de un asedio o recibir refuerzos para continuar la lucha. También he visto que los han tomado debido a la cobardía, mediante estratagemas o traición. Pero en ningún caso por la fuerza.

Aliena seguía sin estar dispuesta a aceptar aquello. Era un dictamen desalentador. Le resultaba imposible resignarse a pasar más años de paciente expectación.

—Así pues, ¿qué ocurriría si condujeras a tu ejército hasta el castillo de William?

—Alzarían el puente levadizo y cerrarían las puertas antes de que pudiéramos entrar. Acamparíamos fuera. Entonces llegaría William con su ejército al rescate y atacaría nuestro campamento. Pero, incluso si le derrotásemos, seguiríamos sin tener el castillo. Los castillos son difíciles de atacar y fáciles de defender. Por eso se construyen.

Mientras hablaba, en la mente agitada de Aliena germinaba una idea.

—Cobardía, estratagema o traición —dijo.

—¿Qué?

—Dices que has visto tomar castillo por cobardía o mediante estratagemas o traición.

—Sí, claro.

—¿Cuál de esas fórmulas utilizó William cuando nos quitó el castillo hace tantos años?

Philip la interrumpió.

—Los tiempos eran diferentes. El país había disfrutado de paz durante treinta y cinco años bajo el gobierno del viejo rey Henry. William cogió a vuestro padre por sorpresa.

—Recurrió a una estratagema —explicó Richard—. Entró en el castillo subrepticiamente con algunos hombres, antes de que se diera la alarma. Pero el prior Philip tiene razón. Hoy día esa celada no daría resultado. La gente se ha vuelto mucho más cautelosa.

—Yo puedo entrar —dijo Aliena segura de sí misma, a pesar de que, mientras hablaba, sentía que el temor le atenazaba el corazón.

—Claro que puedes, eres una mujer —asintió Richard—. Pero una vez dentro no te sería posible hacer nada. Eso sería lo que te abriría la entrada. Eres inofensiva.

—No seas tan condenadamente arrogante —le cortó en seco Aliena—. He matado para protegerte, y eso es más de lo que tú has hecho jamás por mí, pedazo de ingrato. Así que no te atrevas a decir que soy inofensiva.

—Muy bien, no eres inofensiva —admitió Richard enfadado—. ¿Y qué harías una vez dentro del castillo?

Se desvaneció el enfado de Aliena. *¿Qué haría?* se dijo temerosa. *¡Al diablo con todo! Tengo al menos tanto valor y recursos como ese cerdo de William.*

—¿Qué fue lo que hizo William?

—Mantener echado el puente levadizo y abierta la puerta el tiempo suficiente para que entraran las principales fuerzas de asalto.

—Entonces, eso es lo que haré —aseguró Aliena con el corazón en la boca.

—¿Pero cómo? —preguntó Richard escéptico.

Aliena recordó haber dado valor y consuelo a una jovencita de catorce años, aterrada por la tormenta.

—La condesa me debe un favor —dijo—. Y odia a su marido.

Aliena y Richard, junto con cincuenta de sus mejores hombres, cabalgaron durante la noche y llegaron a las cercanías de Earlcastle con el

alba. Se detuvieron en el bosque que había en los campos del castillo. Aliena desmontó, se quitó la capa de lana de Flandes y las botas de piel suave, y los sustituyó por un tosco mantón de campesina y un par de zuecos. Uno de los hombres le entregó un cesto de huevos frescos colocados sobre paja. Aliena se lo colgó del brazo.

Richard la examinó de arriba abajo.

—Perfecto. Una campesina llevando productos para las cocinas del castillo.

Aliena tragaba con dificultad. El día anterior lo pasó rebosante de energía y audacia; pero, en aquellos momentos en que iba a llevar a cabo su plan, se sentía en verdad asustada.

Richard la besó en la mejilla.

—Cuando oiga la campana diré el Padrenuestro despacio y sólo una vez. Entonces, la avanzadilla se pondrá en marcha. Todo cuanto has de hacer es tranquilizar a los guardianes con un falso sentido de seguridad para que diez de mis hombres puedan atravesar los campos y entrar en el castillo sin despertar la alarma —le dijo.

Aliena asintió.

—Pero asegúrate de que el cuerpo principal no se descubra hasta que la avanzadilla haya atravesado el puente levadizo —aconsejó a su hermano.

Richard sonrió.

—Yo iré en cabeza del cuerpo principal. No te preocupes. Buena suerte.

—Y a ti también

Aliena se alejó.

Salió del bosque y atravesó los campos abiertos en dirección al castillo que abandonó aquel aciago día, hacía dieciséis años. Al ver de nuevo el lugar, tuvo un recuerdo vívido y aterrador de aquella otra mañana, el aire húmedo después de la tormenta, y de los dos caballos atravesando veloces la puerta y corriendo por los campos empapados de lluvia, Richard a la grupa del caballo de batalla y ella en el otro más pequeño. Iban muertos de miedo. Se había pasado la vida negando lo ocurrido, empeñándose en olvidar, salmodiando para sí como el ritmo de los cascos del caballo: *No puedo recordar. No puedo recordar, no puedo, no puedo.* Y le había dado resultado. Durante mucho tiempo después, fue incapaz de rememorar la violación, pensando tan sólo que le había pasado algo terrible pero sin poder recordar los detalles. Y sólo cuando se enamoró de Jack le volvieron a la mente. Aquel recuerdo la aterró entonces hasta tal punto que había sido incapaz de corresponder al amor de él. Gracias a Dios, Jack tuvo una paciencia extraordinaria. Así es como Aliena llegó a saber que el amor de Jack era fuerte, al haber tenido que soportar tanto y seguir amándola.

Al ir acercándose al castillo, evocó algunos buenos recuerdos para calmar los nervios. Allí vivió de niña con su padre y Richard. Tuvieron riquezas y seguridad. Había jugado con su hermano en las murallas del castillo, merodeando por las cocinas y rapiñando alguna que otra golosina. Se sentaba junto a su padre para cenar en el gran salón. No sabía que era feliz, se dijo. No tenía ni idea de lo afortunada que era al no temer nada.

Hoy comenzarán de nuevo aquellos buenos tiempos, se dijo. *Si soy capaz de hacerlo bien.*

Había afirmado confiada. *La condesa me debe un favor y odia a su marido.* Pero, mientras cabalgaban durante la noche, estuvo reflexionando acerca de todas las cosas que podían ir mal. En primer lugar, era posible que ni siquiera pudiera entrar en el castillo, podía haber ocurrido algo que pusiera en estado de alerta a la guarnición. Tal vez los guardias fueran suspicaces, o tener la desgracia de topar con un centinela que le obstruyera el paso. En segundo lugar, y una vez dentro, podía ser incapaz de persuadir a Elizabeth para que traicionara a su marido. Había pasado año y medio desde que se encontró con ella durante la tormenta. Con el tiempo, las mujeres llegan a acostumbrarse a los hombres más depravados, y cabía la posibilidad de que Elizabeth se hubiera reconciliado ya con su suerte. Y, en tercer y último lugar, incluso si Elizabeth se mostraba dispuesta, podía darse que no tuviera la autoridad o la energía para hacer lo que Aliena quería. La última vez que se vieron era una chiquilla asustada y era muy fácil que la guardia del castillo se negara a obedecer lo que les dijera.

Aliena se sintió extrañamente vigilante mientras atravesaba el puente levadizo. Podía verlo y oírlo todo con una claridad fuera de lo normal. La guarnición empezaba en aquellos momentos a despertarse. Unos cuantos guardias legañosos deambulaban por las murallas, bostezando y tosiendo; junto a la entrada, se encontraba tumbado un perro viejo rascándose las pulgas. Se echó hacia delante la capucha para ocultar más el rostro, por si alguien pudiese reconocerla, y pasó por debajo del arco.

En la garita, montaba la guardia un astroso centinela, sentado en un banco y comiendo un gran trozo de pan. Su indumentaria era desaliñada, y el cinto colgaba de un clavo al fondo de la caseta.

Aliena, con el corazón en la boca y una sonrisa que enmascaraba su miedo, le mostró el cesto de huevos. El hombre hizo un ademán impaciente con la mano. Había superado el primer obstáculo.

Prácticamente no existía disciplina. Era comprensible, se trataba en definitiva de fuerzas representativas que habían quedado allí mientras los mejores hombres iban a la guerra. La agitación se hallaba en otra parte.

Hasta ese instante.

Por el momento todo iba bien. Aliena atravesó el patio inferior con los nervios a flor de piel. Le resultaba muy raro ser una extraña caminando por un lugar que había sido su hogar, ser una infiltrada donde en tiempos tuvo derecho a ir por donde quisiera. Las edificaciones de madera eran distintas. Las cuadras eran más grandes, la cocina había sido trasladada y había una nueva armería construida en piedra. Todo parecía más sucio de lo que solía estar. Pero la capilla continuaba allí, la capilla donde ella y Richard permanecieron sentados durante aquella horrorosa tormenta, conmocionados y mudos, helados de frío. Un grupo de sirvientes del castillo comenzaba sus tareas matinales. Uno o dos hombres de armas circulaban por el complejo. Ofrecían un aspecto amenazador. Pero tal vez se debiese a que Aliena tenía conciencia de que hubieran podido matarla de haber sabido lo que iba a hacer.

Si su plan tenía éxito, esa noche sería de nuevo dueña del castillo. La idea era emocionante aunque irreal, como un sueño maravilloso e imposible.

Entró en la cocina. Un muchacho se encontraba alimentando el fuego y una jovencita cortaba zanahorias. Aliena les dirigió una alegre sonrisa.

—Veinticuatro huevos frescos —dijo al tiempo que ponía el cesto sobre la mesa.

—La cocinera aún no se ha levantado —dijo el chico—. Tendrás que esperar por tu dinero.

—¿Podría tomar un bocado de pan de desayuno?

—En el gran zaguán.

—Gracias.

Dejó el cesto y volvió a salir.

Atravesó el segundo puente levadizo en dirección al complejo superior. Sonrió al guarda apostado en la segunda entrada. Tenía el pelo revuelto y los ojos inyectados en sangre. La miró de arriba abajo

—¿Adónde vas? —le preguntó con tono inquieto y desafiante.

—A desayunar algo —repuso ella sin pararse.

La miró de reojo.

—Yo tengo algo para darte de comer —le gritó.

—Pero a lo mejor lo escupo —le contestó por encima del hombro.

Ni por un instante habían sospechado de ella. No creían que una mujer pudiera ser peligrosa. Eran realmente estúpidos. Las mujeres eran capaces de hacer casi todo lo que hacían los hombres. ¿Quiénes se hacían cargo de cuanto era necesario cuando los hombres se iban a luchar en las guerras o a las cruzadas? Había mujeres carpinteras, tintoreras, curtidoras, panaderas y cerveceras. La propia Aliena figuraba entre los comerciantes más importantes del Condado. Las obligaciones de una abadesa gobernando un convento eran

exactamente las mismas que las de un abad. ¡Pero si precisamente había sido una mujer, la emperatriz Maud, la causante de la guerra civil que se había prolongado durante quince años! Sin embargo, esos zoquetes de hombres de armas no esperaban que una mujer fuera un agente enemigo, porque no era habitual.

Subió corriendo los escalones de la torre del homenaje y entró en el salón. No había mayordomo junto a la puerta. Seguramente porque el amo se hallaba fuera. *En el futuro me aseguraré de que siempre haya un mayordomo junto a la puerta*, se dijo Aliena, *esté o no el amo en casa.*

Quince o veinte personas se encontraban desayunando alrededor de una mesa pequeña. Alguno le dirigió una rápida mirada pero nadie hizo caso de ella. Se fijó en que el salón estaba muy limpio y que mostraba uno o dos toques femeninos. Las paredes recién enjalbegadas y yerbas aromáticas mezcladas con los junquillos del suelo. Elizabeth había estampado en cierto modo su marca. Era una señal esperanzadora.

Sin hablar con la gente sentada en la mesa, Aliena atravesó el salón hasta las escaleras de la esquina, intentando dar la impresión de encontrarse allí de pleno derecho, pero temiendo que la detuvieran en cualquier momento. Llegó al pie de la escalera sin llamar la atención. Corrió hacia los apartamentos privados situados en el piso alto. Entonces, oyó a alguien decir: *¡Eh, tú! No puedes subir ahí.*

Aliena hizo caso omiso. Sintió correr a alguien detrás de ella.

Llegó arriba jadeante. ¿Dormiría Elizabeth en la habitación principal, la que ocupaba el antiguo conde? ¿O tendría una cama propia en la alcoba que fue de Aliena? Vaciló un instante con el corazón casi saliéndosele del pecho. Supuso que para entonces William estaría aburrido de que Elizabeth durmiera con él todas las noches y era casi seguro que le hubiera permitido tener un dormitorio propio. Aliena tocó con los nudillos en la habitación más pequeña. La puerta se abrió.

Había acertado. Elizabeth se encontraba sentada junto al fuego, en camisón, cepillándose el pelo. Levantó la mirada, frunciendo el entrecejo, y luego reconoció a Aliena.

—¡Sois vos! —exclamó—. ¡Vaya sorpresa!

Parecía complacida.

Aliena escuchó unos pesados pasos detrás de ella.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—¡Pues claro! Y sed bienvenida.

Aliena entró y cerró con la mayor rapidez que pudo. Se acercó a donde Elizabeth estaba sentada. Un hombre irrumpió en la habitación.

—¡Eh, tú! ¿Quién te crees que eres? —dijo yendo hacia Aliena en actitud de agarrarla.

—¡Quédate donde estás! —le gritó ella con su tono más autoritario.

El hombre vaciló. Aliena aprovechó aquel instante y dijo:

—Vengo a ver a la condesa con un mensaje del conde William. Te habrías enterado en su momento si hubieras estado montando guardia junto a la puerta en vez de estar embutiéndote con pan bazo.

El hombre adoptó una actitud culpable.

—Está bien, Edgar. Conozco a esta dama —le dijo Elizabeth.

—Entendido, condesa.

Y sin más, salió y cerró la puerta.

Lo he logrado, se dijo Aliena. *He entrado.*

Miró en derredor mientras se le calmaban los latidos del corazón. La habitación no parecía muy distinta a cuando era suya. Había pétalos secos en un cuenco, un bonito tapiz en la pared, algunos libros y un baúl para vestidos. La cama seguía en su sitio. Era la misma. Sobre la almohada, había una muñeca de trapo como la que Aliena había tenido. La hizo sentirse vieja.

—Ésta era mi habitación —dijo.

—Lo sé —repuso Elizabeth.

Aliena quedó sorprendida. No había hablado con Elizabeth de su pasado.

—Desde aquella terrible tormenta, lo averigüé todo sobre vos —le explicó Elizabeth y añadió a continuación—: ¡Os admiro tanto!

Sus ojos brillaban de adoración por lo heroico de su conducta.

Aquello era una buena señal.

—¿Y William? —preguntó Aliena—. ¿Sois feliz viviendo con él?

Elizabeth apartó los ojos.

—Bueno —dijo—. Ahora tengo mi propia habitación y pasa mucho tiempo fuera. En realidad todo va mejor.

Prorrumpió en amargo llanto.

Aliena se sentó en la cama y rodeó a la joven con los brazos. Elizabeth lloraba con sollozos profundos y desgarradores y las lágrimas le bañaban la cara.

—¡Le odio! ¡Quisiera morirme! —dijo con voz entrecortada por los sollozos.

Su angustia era tan desgarradora y ella tan joven, que Aliena sintió también deseos de llorar. Tenía la penosa certeza de que la suerte de Elizabeth pudo haber sido la suya. Le dio unas palmaditas cariñosas en la espalda como hubiera podido hacer con Sally.

Elizabeth fue calmándose poco a poco. Se limpió la cara con la manga del camisón.

—Tengo miedo de tener un bebé —dijo con tristeza—. Estoy aterrada, porque sé cómo maltrataría al niño.

—Lo comprendo —le contestó Aliena.

Hubo un tiempo que ella misma se sintió aterrorizada con la idea de haber quedado encinta con un hijo de William.

Elizabeth la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Es verdad lo que se dice que os hizo a vos?

—Sí, es verdad. Tenía vuestra edad cuando ocurrió.

Por un instante ambas se miraron fijamente, unidas por un odio común. De repente, Elizabeth pareció haber dejado de ser niña.

—Si queréis, podéis libraros de él. Hoy —sugirió Aliena.

Elizabeth se quedó mirándola.

—¿De verdad? —preguntó con lastimoso anhelo—. ¿De verdad?

Aliena hizo un ademán de asentimiento.

—Por eso estoy aquí.

—¿Podré irme a casa? —preguntó Elizabeth de nuevo con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Podré irme a Weymouth con mi madre? ¿Hoy?

—Sí. Pero habréis de ser valerosa.

—Haré cualquier cosa —manifestó la joven—. ¡Cualquier cosa! No tenéis más que decírmelo.

Aliena recordaba haberle explicado cómo hacerse respetar por los empleados de su marido y se preguntó si Elizabeth habría sido capaz de poner en práctica sus indicaciones.

—¿Continúan los sirvientes avasallándoos? —le preguntó con toda franqueza.

—Lo intentan.

—Pero vos no les dejaréis, imagino.

Elizabeth pareció algo incómoda.

—Bueno, a veces sí. Pero ahora ya tengo dieciséis años y he sido condesa casi durante dos años. Además, he tratado de seguir vuestro consejo y debo confesaros que ha dado resultado.

—Dejadme que os lo explique —empezó diciendo Aliena—. El rey Stephen ha firmado un pacto con el duque Henry. Todas las tierras han de ser devueltas a quienes las poseían en tiempos del viejo rey Henry, lo cual significa que mi hermano Richard se convertirá de nuevo en conde de Shiring algún día. Pero él lo quiere ahora.

Elizabeth la miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Va a luchar Richard contra William?

—Richard se encuentra ahora muy cerca de aquí con un pequeño destacamento de hombres. Si pudiera apoderarse hoy del castillo, sería reconocido como el legítimo conde y William estaría acabado.

—No puedo creerlo —exclamó Elizabeth—. Realmente no puedo creer que sea verdad.

Su repentino optimismo parecía más desgarrador incluso que su tremendo abatimiento.

—Todo cuanto habéis de hacer es dejar entrar a Richard pacíficamente —expuso Aliena—. Luego, cuando todo haya terminado, os llevaremos a vuestra casa.

Elizabeth pareció de nuevo temerosa.

—No estoy segura de que los hombres hagan lo que yo les diga.

Eso era precisamente lo que preocupaba a Aliena.

—¿Quién es el capitán de la guardia?

—Michael Armstrong. No me gusta.

—Haz que venga.

—Muy bien. —Elizabeth se sonó, se puso en pie y se acercó a la puerta—. ¡Madge! —llamó con voz aguda.

Aliena oyó contestar a bastante distancia.

—Ve a buscar a Michael —ordenó la joven condesa—. Dile que venga de inmediato. Necesito hablar con él con toda urgencia. Date prisa, por favor.

Volvió a entrar y se apresuró a vestirse, echándose una túnica sobre el camisón y atándose las botas. Aliena la instruyó a toda prisa.

—Decid a Michael que toque la campana grande para convocar a todo el mundo en el patio. Comunicadle que habéis recibido un mensaje del conde William y que queréis hablar a toda la guarnición, a los hombres de armas, a los sirvientes y a todo el mundo. Que queréis que tres o cuatro hombres monten guardia mientras todos están reunidos en el patio inferior. Decidle también que estáis esperando, de un momento a otro, la llegada de un grupo de diez o doce jinetes con un nuevo mensaje y que deben ser llevados ante vos tan pronto como se presenten.

—Espero acordarme de todo —dijo Elizabeth nerviosa.

—No os preocupéis. Si olvidáis algo, yo os lo apuntaré.

—Eso me tranquiliza.

—¿Cómo es Michael Armstrong?

—Maloliente y avinagrado. Con la constitución de un buey.

—¿Inteligente?

—No.

—Tanto mejor.

Al cabo de un momento llegó el hombre. Tenía cara de pocos amigos, el cuello corto y unos hombros macizos. Iba dejando una estela de olor a pocilga. Miró interrogante a Elizabeth, dando la impresión de que le había fastidiado que le molestaran.

—He recibido un mensaje del conde —empezó diciendo Elizabeth.

Michael alargó la mano.

Aliena se sintió horrorizada al darse cuenta de que no había provisto a Elizabeth de una carta. Todo el engaño podía venirse abajo nada más empezar a causa de un estúpido olvido. Elizabeth la miró desesperada. Aliena intentó frenéticamente encontrar algo qué decir.

Finalmente se sintió inspirada.

—¿Sabes leer, Michael?

El hombre adoptó una actitud resentida.

—El sacerdote me la leerá.

—Tu señora puede leerla.

Elizabeth parecía asustada. Sin embargo, representó su papel.

—Yo misma comunicaré el mensaje a toda la guarnición, Michael. Toca la campana y que todos se reúnan en el patio. Pero asegúrate de dejar tres o cuatro hombres de guardia en las murallas.

Como se temía Aliena, a Michael no le gustó que Elizabeth tomara el mando de esa manera. Parecía sublevado.

—¿Por qué no dejar que me dirija yo a ellos?

Aliena sospechó, inquieta, que tal vez no lograra convencer a aquel hombre. Acaso fuera demasiado estúpido para atender a razones.

—He traído a la condesa noticias trascendentales de Winchester. Quiere comunicárselas ella misma a sus gentes —dijo.

—Bien. ¿Cuál es esa noticia?

Aliena no contestó, limitándose a mirar a Elizabeth, la cual parecía de nuevo asustada. Sin embargo, Aliena tampoco le indicó lo que se suponía que contenía el mensaje ficticio. Finalmente prosiguió hablando como si Michael no hubiera dicho nada.

—Ordena a los guardias que estén atentos a la llegada de diez o doce jinetes. Su jefe traerá nuevas noticias del conde William y tiene que presentarse ante mí de inmediato. Ahora ve y toca la campana.

Era evidente que Michael estaba dispuesto a poner objeciones.

Siguió allí inmóvil, con el ceño fruncido mientras Aliena contenía el aliento.

—Más mensajeros —farfulló como si fuera algo difícil de entender—. Esta dama con un mensaje y doce jinetes con otro.

—Sí. Y ahora haz el favor de ir a tocar la campana —le apremió Elizabeth.

Aliena pudo darse cuenta del trémolo que había en su voz.

Michael parecía haberse quedado sin argumentos. No podía comprender lo que estaba ocurriendo. Pero tampoco encontraba nada que objetar.

—Muy bien, señora —gruñó al fin, y salió de la habitación.

Aliena respiró de nuevo.

—¿Qué va a ocurrir? —preguntó Elizabeth.

—Cuando estén todos reunidos en el patio, vos les diréis lo de la paz entre el rey Stephen y el duque Henry —la instruyó Aliena—. Eso tendrá entretenidos a todos. Mientras estéis hablando, Richard enviará una avanzadilla de diez hombres. Pero los guardias creerán que son los mensajeros que estamos esperando. De modo que no cundirá el pánico. Por lo que no levantarán el puente levadizo. Vos intentaréis tener a todo el mundo pendiente de vuestras palabras en tanto que la avanzadilla se acerca al castillo. ¿De acuerdo?

Elizabeth parecía nerviosa.

—¿Y luego qué?

—Cuando yo os dé la señal, decid que habéis rendido el castillo a Richard, el conde legítimo. Entonces los hombres de Richard saldrán de su escondrijo y atacarán. En ese momento, Michael se dará cuenta de lo que está sucediendo. Pero sus hombres se mostrarán indecisos sobre a quién deben lealtad, porque vos les habéis dicho que se rindan a Richard, el conde legítimo, y la avanzadilla se encontrará ya en el interior para evitar que nadie cierre las puertas.

Empezó a tañer la campana y a Aliena se le hizo un nudo en el estómago a causa del miedo.

—Ya no tenemos mas tiempo —dijo—. ¿Cómo os sentís?

—Asustada.

—Yo también. Vamos.

Bajaron las escaleras. La campana de la torre en la casa de guardia estaba sonando como cuando Aliena era una alegre y despreocupada muchacha. La misma campana, el mismo sonido. *Sólo ella era diferente*, pensó. *Sabía que podía escucharse a través de todos los campos hasta el lindero del bosque. En aquellos momentos, Richard estaría diciendo por lo bajo y lentamente el Padrenuestro, para calcular el tiempo que habría de esperar antes de enviar su avanzadilla.*

Aliena y Elizabeth se dirigieron desde la torre del homenaje, a través del puente levadizo interior, hasta el patio inferior. Elizabeth estaba pálida por el pánico; pero apretaba la boca con gesto decidido. Aliena le sonreía para darle ánimos, y luego se cubrió de nuevo con la capucha. Hasta aquel momento no había visto ningún rostro familiar. No obstante, su cara era bien conocida por

todo el Condado, y con toda seguridad alguien la reconocería tarde o temprano. Si Michael Armstrong llegara a descubrir quién era ella, pensaría que había gato encerrado por muy corto de alcances que fuera. Varias personas la miraron curiosas, pero nadie le habló.

Elizabeth y ella se dirigieron al centro del patio inferior. Como el suelo estaba levemente inclinado. Aliena podía ver a través de la puerta principal y por encima de las cabezas de la muchedumbre, los campos en el exterior. En esos momentos, la avanzadilla estaría saliendo al descubierto, aunque todavía no se apreciaban indicios de ella. Dios mío, espero que no se haya presentado obstáculo alguno, se dijo temerosa.

Elizabeth necesitaría mantenerse en pie, a cierta altura, mientras se dirigía a la gente. Aliena dijo a un sirviente que fuera a las cuadras a buscar un escabel de los que se usaban para montar. Mientras esperaban, una mujer de edad se quedó mirando a Aliena.

—¡Vaya, si es Lady Aliena! ¡Qué gusto de verla! —dijo.

A Aliena le dio un vuelco el corazón. Reconoció en la mujer a una cocinera que trabajaba en el castillo antes de la llegada de los Hamleigh.

—Hola, Tilly. ¿Cómo estás? —le dijo forzando una sonrisa.

Tilly dio con el codo a su vecina.

—¡Eh, aquí esta Lady Aliena después de tantos años! ¿Seréis otra vez el ama, señora?

Aliena no quería ni pensar que aquella idea se le ocurriera también a Michael Armstrong. Miró ansiosa en derredor. Por suerte Michael no andaba por allí cerca. Sin embargo, uno de sus hombres de armas había oído aquel intercambio y miraba a Aliena con el ceño fruncido. Ella le devolvió la mirada con una expresión fingida de despreocupación. El hombre no tenía más que un ojo, lo que indudablemente era la causa de que se hubiera quedado allí en lugar de partir para la guerra con William. De repente, a Aliena le pareció divertido que un hombre la mirara con un solo ojo y hubo de aguantar la risa. Comprendió que estaba un poco histérica.

El sirviente regresó con el montador. La campana había dejado de tocar. Aliena hizo un esfuerzo para serenarse mientras Elizabeth permanecía en pie sobre el montador y el gentío quedaba silencioso.

—El rey Stephen y el duque Henry han firmado la paz —informó Elizabeth.

Hizo una pausa y se oyeron vítores. Aliena miraba a través de la puerta. *¡Ahora, Richard!* pensaba. *¡Ahora es el momento! ¡No lo dejes para más tarde!*

Elizabeth sonrió y dejó durante un rato que la gente siguiera vitoreando.

—Stephen seguirá ocupando el trono hasta su muerte y, entonces, le sucederá Henry —continuó.

Aliena escrutaba a los guardias y a través de la puerta. Parecían tranquilos. ¿Dónde estaba Richard?

—El tratado de paz traerá muchos cambios a nuestras vidas —dijo Elizabeth.

Aliena vio ponerse rígidos a los guardias. Uno de ellos levantó la mano para protegerse los ojos y atisbó a través de los campos mientras que otro, volviéndose, miraba hacia abajo, al patio, como si esperara llamar la atención del capitán. Pero Michael estaba escuchando con gran atención a Elizabeth.

—El rey actual ha acordado con el futuro rey que todas las tierras sean devueltas a quienes las poseían en tiempos del viejo rey Henry.

Aquello provocó un murmullo de comentarios entre el gentío, al preguntarse las gentes si el cambio afectaría al Condado de Shiring.

Aliena notó que Michael Armstrong parecía pensativo. A través de la puerta divisó al fin los caballos de la avanzadilla de Richard. *¡Apresuraos!* se dijo. *¡Apresuraos!* Pero cabalgaban a un trote sosegado como no queriendo alarmar a los guardias.

Elizabeth seguía hablando.

—Todos nosotros debemos de dar gracias a Dios por este tratado de paz. Habremos de rezar para que el rey Stephen gobierne con prudencia y sabiduría durante sus últimos años y que el joven duque mantenga la paz hasta que Dios se lleve a Stephen.

Lo estaba haciendo magníficamente; pero comenzó a mostrarse turbada, como si empezara a no saber qué más decir.

Todos los guardias miraban hacia fuera observando al grupo que se acercaba. Les habían dicho que lo esperaran dándoles instrucciones para que condujera inmediatamente al jefe ante la condesa. Por lo tanto, no tenían que hacer nada. Pero sentían curiosidad. El hombre tuerto volvió la cabeza y miró de nuevo a través de la puerta. Luego, otra vez a Aliena, la cual sospechó que estaría haciendo cábalas sobre el significado de la presencia de ella en el castillo y la llegada de un grupo de jinetes.

Finalmente, uno de los guardias que se encontraba en la muralla almenada pareció tomar una decisión, empezó a bajar una escalera y desapareció.

Las gentes comenzaban a mostrarse algo inquietas. Elizabeth divagaba de manera magnífica, pero ellos estaban impacientes por noticias de trascendencia.

—Esta guerra comenzó al año de mi nacimiento y, al igual que tanta gente joven del reino, estoy deseando averiguar cómo es la paz.

El guardia de las murallas apareció desde la base de una torre, atravesó rápidamente el complejo y habló con Michael Armstrong.

Aliena pudo ver a través de la puerta que los jinetes se encontraban todavía a unas doscientas yardas mas o menos. No estaban lo bastante cerca. Hubieran querido gritar por la frustración. No podría mantener la situación durante mucho más tiempo.

Michael Armstrong se volvió, mirando a través de la puerta con el ceño fruncido. Entonces el hombre tuerto le tiró de la manga señalando hacia Aliena.

Ella tuvo miedo de que Michael cerrara las puertas y levantara el puente levadizo antes de que Richard pudiese entrar. Pero no sabía qué podía hacer para impedírselo. Se preguntó si tendría el coraje de lanzarse contra él antes de que diera la orden. Todavía llevaba su daga oculta bajo la manga del brazo izquierdo, incluso podía matarlo.

Michael dio media vuelta con decisión. Aliena tocó en el hombro a Elizabeth.

—¡Detened a Michael! —siseó.

Elizabeth abrió la boca para hablar pero no pudo emitir palabra.

Se sentía petrificada por el miedo. De repente, cambió de expresión.

Aspiró hondo, irguió la cabeza y habló con voz que rezumaba autoridad.

—¡Michael Armstrong!

Michael se volvió.

Aliena comprendió que ya no podían retroceder. Richard no se encontraba lo bastante cerca y a ella se le había acabado el tiempo.

—¡Ahora! ¡Dilo ahora! —apremió a Elizabeth.

—He rendido este castillo al conde legítimo de Shiring, Richard de Kingsbridge —dijo Elizabeth.

Michael se quedó mirándola incrédulo.

—¡No podéis hacer eso! —gritó.

—Os ordeno a todos que depongáis las armas. No debe haber derramamiento de sangre.

—¡Levantad el puente levadizo! ¡Cerrad las puertas! —aulló Michael dando media vuelta.

Los hombres de armas se precipitaron a cumplir sus órdenes. Pero las había dado con un poco de retraso. Al llegar los hombres a las macizas puertas zunchadas que cerrarían el arco de entrada, la avanzadilla de Richard había atravesado el puente levadizo, entrando en el complejo. La mayoría de los hombres de Michael no llevaban armadura, y algunos de ellos ni siquiera tenían consigo sus espadas, por lo que se dispersaron delante de los jinetes.

—Que todo el mundo permanezca tranquilo. Estos mensajeros confirmarán mis órdenes.

Desde las murallas llegó una voz. Uno de los guardas haciendo bocina con las manos gritaba.

—¡Hazles frente, Michael! ¡Nos están atacando! ¡Montones de ellos!

—¡Traición! —rugió Michael desenvainando la espada.

Pero dos de los hombres de Richard se abalanzaron hacia él con las espadas centelleantes. Brotó la sangre y Michael cayó. Aliena apartó la mirada.

Algunos hombres habían tomado posesión de la casa de guardia.

Dos de ellos subieron a las murallas y los guardias de William se rindieron.

A través del portillo, Aliena vio avanzar galopando el grueso de los efectivos que atravesaban los campos en dirección al castillo. El ánimo se le iluminó como el sol.

—Es una rendición pacífica —gritaba Elizabeth con todas sus fuerzas—. Os prometo que nadie resultará herido. Lo único que habéis de hacer es seguir donde estáis.

Todo el mundo se quedó como petrificado escuchando el trueno a medida que el ejército de Richard se iba acercando. Los hombres de armas de William parecían confusos e inseguros. Ninguno de ellos hizo nada. Su jefe había caído y su condesa les había dicho que se rindieran. Los servidores del castillo se quedaron paralizados ante la rapidez con que se sucedían los acontecimientos.

Y entonces Richard atravesó la puerta montado en su caballo de guerra.

Era un gran momento. Aliena sintió el corazón rebosante de orgullo. Richard aparecía apuesto, sonriente y triunfante. Aliena gritó:

—¡El legítimo conde!

Los hombres que entraban en el castillo detrás de Richard recogieron el grito que fue repetido a su vez por parte del gentío que se encontraba en el patio. La mayoría de ellos no sentían la más mínima simpatía por William. Richard dio la vuelta al complejo a paso lento, saludando y agradeciendo los vítores.

Aliena pensó en todo lo que había pasado para lograr que llegara ese momento. Tenía treinta y cuatro años y la mitad de ellos los había pasado luchando por ver lo que ahora veía. *Toda mi vida de adulta*, se dijo, *eso es lo que he dado.* Recordó cuando atiborraba los sacos de lana hasta tener las manos rojas, hinchadas y sangrantes. Le vinieron a la memoria los rostros que había visto por los caminos, caras de hombres, codiciosas, crueles y lascivas, que la hubieran matado de haber dado la menor muestra de

debilidad. Pensó en cómo había endurecido el corazón frente al querido Jack para casarse con Alfred, y rememoró aquellos meses durante los cuales había dormido en el suelo a los pies de su cama, igual que un perro. Y todo porque ella había prometido pagar por armas y armadura a fin de que Richard pudiera luchar para recuperar ese castillo.

—Esto es, padre —dijo en voz alta, sin que nadie la oyera, porque los vítores eran estentóreos—. Esto es lo que tú querías —dijo a su padre muerto con el corazón henchido de amargura y también de triunfo—. Te lo prometí y he mantenido mi promesa. Cuidé de Richard y él ha luchado durante todos estos años. Al fin estamos de nuevo en casa. Richard ya es conde. Ahora —levantó la voz hasta convertirla en un grito, pero todo el mundo gritaba y nadie se dio cuenta de que las lágrimas le corrían por las mejillas—, ahora, padre, ya he cumplido contigo. De manera que regresa a tu tumba y déjame vivir en paz.

CAPÍTULO DIECISÉIS

1

Remigius se mostraba arrogante incluso en la penuria. Entró en la casa solariega de madera, en la aldea Hamleigh, levantando con desdén su larga nariz ante los inmensos soportes de tosca madera que sostenían el tejado, ante las paredes de zarzo encalado y la hoguera sin chimenea en el centro del suelo de tierra batida.

William lo observó al entrar. *Es posible que la suerte me haya dado la espalda; pero no he caído tan bajo como tú*, se dijo mirando las viejas sandalias tan reparadas, la desaseada sotana, el rostro sin afeitar y el pelo revuelto. Remigius nunca había sido gordo, pero ahora estaba más flaco que nunca. Su altiva expresión no lograba disimular las arrugas de agotamiento o sus amoratadas ojeras. Remigius aún no había sido doblegado pero sí llevaba recibidos muchos golpes.

—Que Dios te bendiga, hijo mío —dijo a William.

William no estaba dispuesto a soportar aquellas actitudes.

—¿Qué queréis, Remigius?

Insultaba deliberadamente al monje al no llamarle "padre" o "hermano".

Remigius se sobresaltó como si le hubieran golpeado. William supuso que habría recibido algunos desplantes de ese estilo desde que volvió al mundo.

—El conde Richard se ha apropiado de nuevo de las tierras que me diste como deán del capítulo de Shiring.

—No es sorprendente —replicó William—. Todo ha de ser devuelto a quienes lo poseían en tiempos del viejo rey Henry.

—Pero entonces me quedo sin medios de subsistencia.

—Vos y un montón de gente más —le contestó William con despreocupación—. Tendréis que volver a Kingsbridge.

Remigius palideció por la ira.

—No puedo hacer eso —protestó en voz baja.

—¿Y por qué no? —le replicó William, que disfrutaba atormentándole.

—Tú sabes bien por qué no.

—¿Os diría Philip que no debisteis haber sonsacado secretos a niñas pequeñas? ¿Acaso creéis que piensa que le habéis traicionado al decirme dónde se ocultaban los proscritos? ¿Estará furioso con vos por haberos convertido en el deán de una iglesia que había de ocupar el lugar de su propia catedral? Bien, entonces supongo que no podéis volver.

—Dame algo —le suplicó Remigius—. Una aldea, una granja. ¡Una iglesia pequeña!

—No hay recompensas por perder, monje —le dijo William con acritud; estaba disfrutando de veras con todo aquello—. En el mundo que hay fuera del monasterio, nadie se preocupa de ti. Los patos se tragan a los gusanos y los zorros matan a los patos. Luego, llega el hombre y dispara contra los zorros. El diablo caza al hombre.

La voz de Remigius era casi un susurro.

—¿Qué puedo hacer?

—Mendigad —le aconsejó William sonriendo.

Remigius dio media vuelta y salió de la casa.

Todavía orgulloso, pensó William, *aunque no por mucho tiempo. Mendigarás.*

Le complacía ver que la caída de otro había sido más dura que la suya. Jamás olvidaría el penoso suplicio de permanecer en pie delante de la puerta del que consideraba su propio castillo y ver que se le negaba la entrada. Ya había tenido sospechas al enterarse de que Richard había dejado Winchester con algunos de sus hombres. Luego, cuando se anunció el pacto de paz, la inquietud se convirtió en alarma y, junto con sus caballeros y hombres de armas, cabalgó sin descanso hasta Earlcastle. Había una reducida fuerza vigilando el castillo, por lo que imaginó que encontraría a Richard acampado en los alrededores montando el asedio. Al ver que todo parecía tranquilo se sintió aliviado y se burló de sí mismo por su excesivo temor ante la súbita desaparición de Richard.

Al acercarse más, vio que el puente levadizo estaba levantado.

—¡Abrid al conde! —gritó deteniéndose al borde del foso.

Fue entonces cuando Richard apareció en las murallas.

—El conde está dentro.

Fue como si la tierra se hubiera abierto a sus pies. Siempre había tenido miedo de Richard, siempre lo había considerado un rival peligroso. Sin embargo, en aquellos momentos, no se había sentido en exceso vulnerable. Imaginó que el peligro real se presentaría a la muerte de Stephen, cuando Henry ascendiera al trono, pero que acaso aquello ocurriera dentro de unos diez años. En esos momentos, mientras se encontraba sentado en una miserable casa solariega, rumiando sus errores, comprendió con amargura que, en realidad, Richard había sido más listo que él. Se había deslizado a través de una angosta brecha. No podían acusarle de quebrantar la paz del rey, ya que todavía proseguía la guerra. Su reclamación del condado estaba legitimada por los términos del tratado de paz. Y Stephen, envejecido, cansado y derrotado carecía de energías para nuevas batallas. Richard,

magnánimo, había liberado a aquellos hombres de armas que quisieran continuar al servicio de William. Waldo One-eye [9] contó a William cómo habían tomado el castillo. Le exasperó la traición de Elizabeth, pero lo que para él resultaba más humillante era el papel desempeñado por Aliena. La chiquilla indefensa a la que él violó, atormentó y arrojó de su casa hacía tantos años, había vuelto para tomar venganza. Cada vez que pensaba en ello le subían del estómago bocanadas amargas, como si hubiera bebido vinagre.

Su primera intención había sido luchar contra Richard. William podía haber conservado su ejército, vivir en los campos y extorsionar impuestos y suministros a los campesinos, manteniendo una batalla continua con su rival. Pero Richard poseía el castillo y tenía el tiempo de su parte, ya que Stephen, que apoyaba a William, estaba viejo y derrotado, mientras que el joven duque Henry, que respaldaba a Richard, acabaría convirtiéndose en el segundo rey Henry.

Así que William decidió cortar por lo sano. Se retiró a la aldea de Hamleigh, y se instaló de nuevo en la casa solariega en la que creció.

Hamleigh y las aldeas de alrededor le habían sido concedidas a su padre hacía treinta años. Era una propiedad que nunca formó parte del Condado, de manera que Richard no tenía derecho alguno sobre ella.

William esperaba que, si se mantenía apartado, Richard se diera por satisfecho con la venganza lograda y le dejara en paz. Hasta entonces había dado resultado. Sin embargo, William aborrecía la aldea de Hamleigh. Aborrecía las casas pequeñas y aseadas, los excitables patos en la alberca, la iglesia en piedra de un gris claro, los chiquillos con mofletes como manzanas, las mujeres de anchas caderas y los hombres fuertes y resentidos. La aborrecía por ser humilde, sencilla y pobre, y también porque simbolizaba la caída del poder de su familia. Observaba a los afanosos campesinos empezar la siembra de primavera, calculando su parte de aquella cosecha en verano. Y la encontraba escasa. Fue a cazar a su pequeña extensión de bosque sin lograr encontrar ni un venado.

—Ahora sólo podréis cazar jabalís, señor. Los proscritos acabaron con los venados durante la época del hambre —le había dicho el guardabosque.

Celebraba juicios en el gran salón de la casa solariega, con el viento soplando a través de tos agujeros en los muros de zarzo enjalbegado. Dictaba duras sentencias e imponía fuertes multas. Gobernaba, en fin, de acuerdo con sus caprichos. Pero ello le proporcionaba escasa satisfacción.

---

[9] Tuerto.

Como era lógico, había abandonado la construcción de la majestuosa iglesia nueva de Shiring. No se podía permitir construirse una casa de piedra; cuanto menos una iglesia. Los constructores habían dejado de trabajar al suspender él el pago de los salarios. Ignoraba lo que había sido de ellos. Tal vez hubieran regresado a Kingsbridge para trabajar con el prior Philip.

Sufría pesadillas.

Siempre era la misma. Veía a su madre en el lugar de los muertos. Sangraba por los oídos y los ojos y, cuando abría la boca para hablar, le salía más sangre. Aquella imagen despertaba en él un terror mortal.

A plena luz del día no sabría decir cuál era el fin del sueño que tanto temía, ya que su madre no le amenazaba de manera alguna. Pero, por la noche, cuando su madre se le acercaba, el pavor se apoderaba por completo de él. Era un pánico irracional, histérico, ciego. En cierta ocasión, siendo muchacho, había vadeado un remanso que, de repente, se hizo profundo y se encontró sumergido bajo la superficie y sin poder respirar. La angustiosa necesidad de aire era uno de los recuerdos indelebles de su infancia. Pero esto era diez veces peor. Intentar huir del rostro ensangrentado de su madre era como intentar correr veloz por la arena. Solía despertarse con un violento sobresalto, como si le hubieran lanzado a través de la habitación, sudando y quejándose, el cuerpo dolorido por la espantosa tensión. Walter solía acudir junto a su lecho con una vela, ya que dormía en el salón, separado por una mampara, de los hombres, pues allí no había dormitorio.

—Has gritado, señor —murmuraba Walter.

William aspiraba con fuerza, contemplando la cama auténtica, la pared auténtica y al verdadero Walter, mientras la fuerza de la pesadilla se iba desvaneciendo hasta llegar un momento en que ya no sentía miedo alguno.

—No es nada. Sólo un sueño. Vete —solía decirle.

Pero le asustaba volver a dormirse. Y al día siguiente los hombres lo miraban como si estuviera embrujado.

Unos días después de su conversación con Remigius, se encontraba sentado en el mismo asiento duro, junto al mismo fuego humeante, cuando entró el obispo Waleran.

William se sobresaltó. Había oído caballos pero supuso que era Walter que volvía del molino. No supo qué hacer al ver al obispo.

Waleran siempre se había mostrado arrogante y con aires de superioridad y, de vez en cuando, lograba que William se sintiera estúpido, desmañado y vulgar. Era humillante que Waleran pudiera ver el ambiente humilde en que vivía.

William no se levantó para saludar a su visitante.

—¿Qué queréis? —preguntó con tono cortante.

No tenía motivo para mostrarse cortés. Lo único que deseaba era que Waleran se largara lo antes posible.

El obispo hizo caso omiso de su descortesía.

—El sheriff ha muerto —dijo.

En un principio William no supo adónde quería llegar.

—¿Y a mí qué me importa?

—Habrá un nuevo sheriff.

William estaba a punto de decir: ¿Y qué? Pero se contuvo.

A Waleran le preocupaba quién sería el nuevo sheriff. Y había acudido a hablar de ello con William. Eso sólo podía significar una cosa. Volvió a alentar esperanzas, mas se refrenó. En todo cuanto concernía a Waleran, las grandes esperanzas acababan en frustración y desesperación.

—¿En quién habéis pensado? —le preguntó.

—En ti.

Era la respuesta que William no se había atrevido a esperar. Un sheriff listo y despiadado podía ser casi tan importante como un conde o un obispo. Ése podía ser su camino de vuelta a las riquezas y al poder. Se detuvo a considerar los obstáculos.

—¿Y por qué el rey Stephen habría de nombrarme?

—Le apoyasteis contra el duque Henry con el resultado de que perdisteis vuestro Condado. Imagino que le gustaría recompensarte.

—Nadie hace jamás nada por gratitud —contestó William repitiendo una muletilla de su madre.

—Stephen no estará contento de que el conde de Shiring sea un hombre que luchó contra él. Es posible que quiera que su sheriff sea una fuerza compensadora frente a Richard.

Aquello parecía tener más lógica. William empezó a sentirse excitado contra su voluntad. Comenzó a creer que, en realidad, podría llegar a salir de aquel agujero llamado aldea Hamleigh. Tendría de nuevo una fuerza respetable de caballeros y hombres de armas, en lugar del lamentable puñado de guardianes de que disponía por el momento. Presidiría el tribunal del Condado de Shiring y quebrantaría la voluntad de Richard.

—El sheriff vive en el castillo de Shiring —dijo anhelante.

—Y serías de nuevo rico —añadió Waleran.

—Sí.

Si se sabía explotar bien, el cargo de sheriff podría resultar muy beneficioso. William haría casi tanto dinero como cuando era conde.

Pero se preguntaba por qué Waleran habría mencionado esa cuestión.

Un instante después, el propio Waleran le daba la respuesta.

—Al fin y al cabo, estarías de nuevo en condiciones de financiar la nueva iglesia.

De manera que era eso. Waleran jamás hacía nada sin un motivo ulterior. Quería que William fuera sheriff para que pudiera construirle una iglesia. William estaba más que dispuesto a colaborar con el plan. Si pudiera terminar la iglesia en memoria de su madre, tal vez se acabaran las pesadillas.

—¿Creéis de verdad que puede lograrse? —preguntó ansioso.

Waleran asintió.

—Naturalmente costará dinero, pero creo que puede hacerse.

—¿Dinero? —inquirió William inquieto de repente—. ¿Cuánto?

—Resulta difícil de decir. En algunos lugares como Lincoln o Bristol el cargo de sheriff te costaría de quinientas a seiscientas libras; pero allí son más ricos que los cardenales. En un lugar pequeño como Shiring, si eres el candidato que quiere el rey, y de eso yo puedo ocuparme, es posible que pudieras obtenerlo por cien libras.

—¡Cien libras!

Se derrumbaron las esperanzas de William. Desde el principio, había temido una decepción.

—¿Creéis que si tuviera cien libras estaría viviendo así?

—Puedes obtenerlas —dijo Waleran con tono ligero.

—¿De quién? —William tuvo una idea—. ¿Me las daréis vos?

—No seas estúpido —dijo Waleran con irritante condescendencia—. Para eso están los judíos.

William comprendió, con esa mezcla de esperanza y resentimiento que ya le era familiar, que una vez más el obispo tenía razón.

Habían pasado dos años desde que aparecieron las primeras grietas, y Jack todavía no había encontrado solución al problema. Y lo peor era que habían aparecido otras idénticas en el primer intercolumnio de la nave. En su boceto había algo básico que estaba equivocado. La estructura era lo bastante fuerte para soportar el peso de la bóveda, aunque no para ofrecer resistencia a los vientos que soplaban con tal fuerza contra los muros altos.

Permanecía en pie en el andamio a gran distancia del suelo, observando caviloso de cerca las nuevas grietas. Tenía que encontrar alguna forma de reforzar la parte superior del muro para que no se alterara con el viento.

Reflexionó en torno a la manera en que había quedado fortalecida la parte inferior del muro. En el exterior de la nave lateral, había pilares fuertes y gruesos que estaban conectados al muro de la nave mediante arbotantes ocultos en el tejado de ésta. Los arbotantes y los pilares proyectaban el muro

a cierta distancia, semejantes a contrafuertes remotos. Como los apoyos quedaban escondidos, el aspecto de la nave era ligero y elegante.

Tenía que concebir un sistema similar para la parte superior.

Podía hacer una nave lateral de dos pisos y limitarse a repetir los contrafuertes remotos. Pero con ello impediría la entrada de la luz que llegaba a través del trifolio, cuando todo el concepto del nuevo estilo de construcción se basaba en dejar entrar más luz en la iglesia.

Claro que no era la nave como tal la que aportaba el apoyo. Éste procedía de los pesados pilares del muro lateral y de los arbotantes conectados. La nave ocultaba esos elementos estructurales. Si pudiera construir pilares y arbotantes para sostener el trifolio, sin incorporarlos dentro de una nave, habría resuelto de un golpe el problema.

Desde el suelo le llamó una voz.

Frunció el ceño. Parecía como si hubiera estado a punto de ocurrírsele algo antes de que le interrumpieran. Pero ya se le había escapado. Miró hacia abajo. Le estaba llamando Philip.

Entró en la torreta y descendió la escalera de caracol. El prior le estaba esperando abajo. Se hallaba tan furioso que echaba humo.

—¡Richard me ha traicionado! —dijo sin más preámbulo.

Jack se mostró sorprendido.

—¿Cómo?

En un principio Philip no contestó a la pregunta.

—Después de cuanto he hecho por él —prosiguió furibundo—. Compré a Aliena la lana cuando todo el mundo intentaba estafarla. De no haber sido por mí, es posible que nunca hubiera podido iniciarse. Luego, cuando todo se hundió, le proporcioné un trabajo como Jefe de Vigilancia. Y el pasado noviembre le di el soplo del Tratado de Paz, lo que le permitió apoderarse de Earlcastle. Y ahora que ha recuperado el Condado y que gobierna con todo esplendor, me ha dado la espalda.

Jack jamás había visto a Philip tan lívido. El prior, cuya afeitada cabeza estaba enrojecida por la indignación, no podía ni hablar, y tartamudeaba.

—¿De qué manera os ha traicionado Richard? —preguntó Jack.

Una vez más Philip hizo caso omiso a la pregunta.

—Siempre supe que Richard era un hombre débil. A lo largo de los años, prestó escaso apoyo a Aliena. Se limitó a recibir lo que quería de ella y jamás tuvo en cuenta las necesidades de su hermana. Pero no pensé que llegara a ser un bellaco tan redomado.

—¿Qué ha hecho exactamente?

Finalmente logró que Philip le dijera lo que ocurría.

—Se niega a permitirnos acceso a la cantera.

Jack se mostró escandalizado. En verdad que aquello era un acto de increíble ingratitud.

—¿Y cómo lo justifica?

—Ha quedado establecido que todo ha de ser devuelto a quienes lo poseían en tiempos del viejo rey Henry. Y la cantera nos la concedió a nosotros el rey Stephen.

La codicia de Richard era escandalosa pero a Jack no le enfurecía tanto como a Philip. Ahora ya estaba construida la mitad de la catedral, en su mayor parte con piedra que habían tenido que pagar y, como quiera que fuese, seguirían haciéndolo.

—Bien, supongo que desde un punto de vista estricto, Richard cumple lo estipulado —dijo Jack en tono razonador.

Philip se mostró ofendido.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa?

—Es algo parecido a lo que vos me hicisteis a mí —contestó Jack—. Después de haberos traído la Madonna de las Lágrimas y de haceros un boceto maravilloso para vuestra nueva catedral, y de construir unas murallas alrededor de la ciudad para protegeros de William, me anunciasteis que no podía vivir con la mujer que es la madre de mis hijos. Eso también es ingratitud.

Philip se mostró escandalizado ante aquel paralelismo.

—¡Eso es algo completamente distinto! —protestó—. Y no quiero que viváis separados. Es Waleran quien ha impedido la anulación. Las leyes de Dios dicen que no cometerás adulterio.

—Estoy seguro de que Richard podría alegar algo similar —insistió Jack—. No ha sido él quien ha ordenado la devolución de propiedades. No hace más que cumplir la ley.

Sonó la campana de mediodía.

—Existe una diferencia entre las leyes de Dios y las del hombre —rebatió Philip.

—Pero tenemos que vivir con ambas —replicó Jack—. Y ahora me voy a almorzar con la madre de mis hijos.

Se alejó dejando a Philip con aspecto trastornado. En realidad, no creía que Philip fuera tan ingrato como Richard; pero, en cierto modo, había dado rienda suelta a sus sentimientos al expresarse así. Decidió que preguntaría a Aliena qué pasaba con la cantera. Después de todo, tal vez se pudiera convencer a Richard de que la cediera de nuevo. Ella lo sabría.

Salió del recinto del priorato y recorrió las calles hasta la casa en la que vivía con Martha. Como de costumbre. Aliena y los niños estaban en la

cocina. Una buena cosecha durante el último año había terminado con el hambre. Los alimentos ya no eran escasísimos.

Sobre la mesa había pan de trigo y asado de cordero.

Jack besó a los niños. Sally le dio un suave beso infantil; pero Tommy, que ya tenía once años y estaba impaciente por crecer, le presentó la mejilla y parecía incómodo. Jack sonrió pero no dijo nada. Recordaba los tiempos en que a él los besos se le antojaban tontos.

Aliena parecía incómoda.

—Philip esta furioso porque Richard no quiere darle la cantera —le comunicó Jack sentándose junto a ella en el banco.

—Es terrible —dijo Aliena con tono sosegado—. Richard es un desagradecido.

—¿Crees que se le podría convencer de que cambiara de idea?

—En verdad que no lo sé —respondió Aliena.

Parecía aturdida.

—No da la impresión de que te interese mucho el problema —observó Jack.

Ella lo miró desafiante.

—No. En efecto no me interesa.

Jack conocía aquel talante.

—Más vale que me digas lo que te bulle en la cabeza.

Aliena se puso en pie.

—Vayamos a la otra habitación.

Con una mirada lastimera a la pierna de cordero, Jack se levantó de la mesa y siguió a Aliena hasta el dormitorio. Dejaron la puerta abierta, como de costumbre, para evitar sospechas por si a alguien se le ocurría entrar en la casa. Aliena se sentó en la cama y se cruzó de brazos.

—He tomado una importante decisión —empezó diciendo.

Tenía una actitud tan seria que Jack se preguntó qué rayos podía haber pasado.

—Durante casi toda mi vida de adulta he soportado dos fardos abrumadores. Uno era el juramento que hice a mi padre cuando se hallaba moribundo. El otro, mis relaciones contigo.

—Pero ahora ya has cumplido el juramento que hiciste a tu padre —observó Jack.

—Sí. Y quiero quedar también libre del otro fardo. He decidido dejarte.

Jack sintió que se le paraba el corazón. Sabía que Aliena no decía esas cosas a la ligera. Hablaba en serio. Se quedó mirándola sin palabras. Se sentía desconcertado ante aquel anuncio, ya que nunca había imaginado que

pudiera apartarse de él. ¿Cómo era posible que le ocurriera algo tan espantoso?

—¿Hay algún otro? —le preguntó.

Fue lo primero que se le vino a la cabeza.

—No seas estúpido.

—¿Entonces, por qué?

—Porque no puedo soportarlo más tiempo —dijo Aliena con los ojos llenos de lágrimas—. Hace ya diez años que esperamos esa anulación. Y jamás llegará, Jack. Estamos condenados a vivir así para siempre, a menos que nos separemos.

—Pero...

Trató de encontrar algo que decir. El anuncio de Aliena era tan desolador que parecía inútil discutir, igual que tratar de huir de un huracán. Sin embargo, lo intentó:

—¿No es mejor que nada? ¿No es mejor que la separación?

—A la larga no lo es.

—¿Y qué cambiará con que te vayas?

—Podría conocer a alguien, enamorarme de nuevo y vivir una vida normal —dijo ella.

Pero estaba llorando.

—Aun así seguirás casada con Alfred.

—Pero nadie lo sabrá ni tampoco les importará. Podría casarme un párroco que nunca haya oído hablar de Alfred Builder o que, aunque estuviera al tanto, no considerara el matrimonio válido.

—No puedo creer lo que estás diciendo. Y tampoco puedo aceptarlo.

—Diez años, Jack. He esperado diez años para tener una vida normal contigo. No esperaré más.

Aquellas palabras fueron como golpes. Aliena seguía hablando pero él ya no la oía. Sólo pensaba en cómo sería su vida sin ella.

—Veras, yo jamás he querido a nadie más —la interrumpió.

Aliena dio un respingo, como si hubiera sentido un gran dolor.

Pero siguió con lo que estaba diciendo.

—Necesito unas semanas para organizarlo todo. Alquilaré una casa en Winchester. Deseo que los niños se acostumbren a la idea antes de que empiecen su nueva vida.

—Me vas a quitar a mis hijos —dijo él como alelado.

Aliena asintió.

—Lo siento —dijo, y por primera vez pareció vacilar en su decisión—. Sé que te echarán de menos. Pero necesitan llevar una vida normal.

Jack no pudo soportar más. Dio media vuelta.

—No te vayas. Hemos de hablar más de ello, Jack. —pidió Aliena.

Jack se alejó sin decir palabra. Oyó que lo llamaba:

—¡Jack!

Cruzó la sala de estar sin mirar a los niños y salió de la casa.

Aturdido, volvió a la catedral sin saber a qué otro sitio ir. Los constructores estaban todavía almorzando. No podía llorar. Era demasiado terrible para que pudiera resolverse en lágrimas. Sin pensarlo, subió la escalera del crucero norte hasta el final y salió al tejado. Allí arriba soplaba una brisa bastante fuerte, a pesar de que al nivel del suelo apenas se notaba. Jack miró hacia abajo. Si cayera desde allí aterrizaría en el tejado voladizo de la nave a lo largo del crucero. Probablemente moriría, pero no era seguro. Caminó hasta el cruce y quedó en pie allí donde el tejado terminaba a pico. Si la catedral, conforme al nuevo estilo, no era estructuralmente segura, y Aliena le iba a dejar, no tenía razón alguna para vivir.

Claro que la decisión de Aliena no había sido tan repentina como parecía. Hacía años que se sentía descontenta; ambos lo estaban. Pero se habían acostumbrado a la infelicidad. La recuperación de Earlcastle sacó a Aliena de su apatía y le hizo recordar que era dueña de su propia vida. Había desestabilizado una situación ya de por sí inestable. Algo semejante a la forma en que la tormenta había abierto grietas en las paredes de la catedral.

Observó el muro del crucero y el tejado de la nave lateral. Podía ver los pesados contrafuertes proyectándose desde el muro de la nave lateral y podía visualizar el arbotante que se hallaba debajo del tejado, conectando el contrafuerte con el pie del trifolio. Lo que estaba pensando, momentos antes de que Philip le distrajera aquella mañana, era que la solución del problema sería un contrafuerte más alto, acaso otros veinte pies de altura con un segundo arbotante cruzando la brecha hasta el punto del muro en el que estaban apareciendo las grietas. El arco y el contrafuerte alto darían apoyo a la mitad superior de la iglesia y mantendrían el muro rígido cuando soplara el viento.

Eso resolvería probablemente el problema. La dificultad estribaba en que, si construía una nave de dos pisos para ocultar el contrafuerte alargado y el arbotante secundario, perdería luz. Y si no lo hacía. *¿Y qué si no lo hago?*, se dijo.

Tenía la sensación de que ya nada importaba demasiado, ya que su vida se estaba desmoronando y con semejante talante no podía ver que hubiera nada malo en la idea de contrafuertes descubiertos. De pie allí, en el tejado, podía imaginar fácilmente el aspecto que tendrían. Una fila de columnas macizas de piedra se alzaría desde el muro lateral de la nave. Desde la parte superior de cada columna, un arbotante atravesaría el espacio vacío hasta el

trifolio. Tal vez pudiera poner un fastigio decorativo en la parte superior de cada columna, en el punto de arranque del arco. Eso era. Así tendría mejor aspecto.

Era una idea revolucionaria, construir grandes miembros de refuerzo en una posición en la que aparecieran claramente visibles. Pero formaba parte del nuevo estilo demostrar cómo se sostenía el edificio.

De cualquier modo, su instinto le decía que estaba en lo cierto.

Cuanto más pensaba en ello más le gustaba. Visualizó la iglesia desde el oeste. Los arbotantes se asemejarían a las alas de una bandada de aves que estuvieran en fila, en el preciso momento del despegue. No era preciso que fueran macizos. Siempre que estuvieran bien construidos, podían ser esbeltos y elegantes, ligeros aunque fuertes, como el ala de un ave. Contrafuertes alados, se dijo, para una iglesia tan ligera que podría volar.

Me pregunto si dará resultado.

De súbito una ráfaga de viento le hizo perder el equilibrio. Se balanceó al borde del tejado. Por un momento creyó que iba a caer y se iba a matar. Pero al fin recuperó el equilibrio y se apartó del borde con el corazón palpitante.

Fue retrocediendo despacio y con sumo cuidado a lo largo del tejado hasta alcanzar la puerta de la torreta. Y bajó.

2

En la iglesia de Shiring las obras habían quedado completamente paradas. Al prior Philip le produjo cierto deleite aquello. Después de tantas veces como hubo de contemplar, desconsolado, un enclave de construcción desierto, no podía evitar sentir cierto placer al ver que ahora les ocurría lo mismo a sus enemigos. Alfred Builder sólo había tenido tiempo de demoler la vieja iglesia y echar los cimientos del nuevo presbiterio antes de que William fuera despojado del Condado, con lo cual se acabó el dinero. Philip se decía que estaba cometiendo pecado al sentirse tan contento por la ruina de una iglesia.

Sin embargo era, a todas luces, la voluntad de Dios que la catedral fuera construida en Kingsbridge y no en Shiring. La mala fortuna que había desbaratado el proyecto de Waleran parecía un signo muy claro de las intenciones divinas.

Ahora que la iglesia más grande de la ciudad había sido derribada, las audiencias se celebraban en el gran salón del castillo. Philip cabalgaba colina arriba acompañado de Jonathan, a quien había designado su ayudante personal con ocasión de la total reorganización que siguió a la deserción de Remigius. Philip se había sentido conmocionado por aquella traición; aunque,

por otro lado, se halló muy satisfecho de perderlo de vista. Desde que Philip derrotó a Remigius en las elecciones, éste había sido una espina clavada en su carne. La vida en el priorato era más agradable desde que él se fue.

Milius era el nuevo sub-prior. Sin embargo seguía desempeñando el cargo de tesorero con otros tres monjes a sus órdenes en la tesorería.

Desde que Remigius se fue, nadie era capaz de imaginar lo que solía hacer durante todo el día.

Philip se sentía muy satisfecho de trabajar con Jonathan. Disfrutaba explicándole cómo debía gobernarse el monasterio, educándolo acerca de las maneras de regirse que tenía el mundo, mostrándole el mejor modo de tratar con las gentes. Por lo general, el muchacho resultaba simpático; pero a veces podía mostrarse acerbo y provocar la susceptibilidad de las gentes inseguras. Tenía que aprender que quienes le trataban de forma hostil lo hacían debido a su propia debilidad. Jonathan percibía la hostilidad y reaccionaba con enfado, en lugar de observar la debilidad y procurarles la seguridad en sí mismos.

Jonathan tenía una mente ágil y a menudo sorprendía a Philip por la rapidez con que comprendía las cosas. Philip se descubría a veces cometiendo pecado de orgullo al pensar lo parecido que el muchacho era a él.

Ese día lo llevaba consigo para enseñarle cómo actuaba el tribunal del Condado. Philip iba a pedir al sheriff que ordenara a Richard la apertura de la cantera al priorato. Estaba completamente seguro de que Richard estaba equivocadísimo desde el punto de vista legal. La nueva legislación sobre la devolución de la propiedad a quienes la poseían en la época del viejo rey Henry no afectaba en modo alguno los derechos del priorato. Su objeto era permitir al duque Henry la sustitución de los condes de Stephen por los suyos propios, y de esa manera recompensar a quienes le habían ayudado. Era evidente que no podía aplicarse a los monasterios. Philip tenía confianza en ganar el caso pero había que contar con un factor desconocido. El viejo sheriff había muerto y ese mismo día se anunciaría el nombre del sustituto. Nadie sabía quién podría ser. Se barajaban tres o cuatro nombres entre los ciudadanos más destacados de Shiring: David Merchant, el comerciante en sedas; Rees Welsh, un sacerdote que había actuado en el tribunal del rey; Giles Lionhert, un caballero terrateniente con propiedades en los alrededores de la ciudad; o Hugh the Bastard, el hijo clandestino del obispo de Salisbury. Philip esperaba que fuera Rees; no por tratarse de un colega sino porque lo más probable sería que favoreciese a la Iglesia. Pero Philip no estaba demasiado preocupado. Daba casi por hecho que cualquiera iba a sentenciar a su favor.

Entraron cabalgando en el castillo. No estaba demasiado fortificado. Como el conde de Shiring tenía un castillo aparte, fuera de la ciudad, Shiring

se había librado de batallas durante varias generaciones. Más que fortaleza, era un centro administrativo, con despachos y viviendas para el sheriff y sus hombres. Y también mazmorras para quienes quebrantaban la ley. En el interior de los muros de piedra no había una verdadera torre del homenaje, sino una serie de edificaciones en madera. Philip y Jonathan acomodaron a sus caballos en la cuadra y se encaminaron hacia el edificio más amplio, el gran salón.

Las mesas de caballete que habitualmente formaban una T, habían sido colocadas de forma distinta. Se había observado la parte superior de la T montándola sobre un estrado que la situaba en un plano superior al del resto del salón. Las otras mesas estaban colocadas a los lados del salón, de manera que los demandantes se sentaran separados, evitando así la tentación de la violencia física.

El salón se encontraba ya repleto. Allí estaba el obispo Waleran, instalado en el estrado, con expresión malévola. Philip observó sorprendido a William Hamleigh sentado junto a él, hablando con el obispo por la comisura de la boca mientras observaban a la gente que iba llegando. ¿Qué hacía William allí? Durante nueve meses se había mantenido inactivo, sin apenas salir de su aldea. Philip, junto con otras muchas gentes del Condado, había albergado la esperanza de que siguiera así para siempre. Pero allí estaba, sentado en el banco como si todavía fuera el conde. El prior se preguntaba qué pequeña trama codiciosa, cruel y mezquina le habría llevado ese día al tribunal del Condado.

Philip y Jonathan se sentaron a un lado de la habitación y esperaron los procedimientos. En el tribunal se respiraba un ambiente activo y optimista. Como la guerra había llegado ya a su fin, la élite del país dirigía de nuevo su atención a los afanes de crear riqueza. Era una tierra fértil, que compensaba rápida sus esfuerzos. Ese año se esperaban cosechas excepcionales. El precio de la lana estaba subiendo. Philip había vuelto a emplear a casi todos los constructores que se fueron durante los momentos más duros de la época del hambre.

Las gentes que habían sobrevivido en todas partes eran las personas más jóvenes, más fuertes y más saludables, las cuales en aquellos momentos, rebosaban de esperanzas. Allí, en el gran salón del Castillo de Shiring, se hacía evidente, por sus cabezas erguidas, por el tono de sus voces, por las botas nuevas de los hombres y la elegante indumentaria de las mujeres; y, además, por el hecho de ser lo bastante prósperos para poseer algo digno de ser disputado ante un tribunal.

Se pusieron en pie al entrar el ayudante del sheriff y el conde Richard. Ambos hombres subieron al estrado y permanecieron en pie. El ayudante leyó el decreto real nombrando al nuevo sheriff.

Mientras comenzaba con la verborrea inicial, Philip miró en derredor en busca de los cuatro presuntos candidatos. Esperaba que el ganador tuviera valor. Lo necesitaba para imponer la ley ante magnates locales tan poderosos como el obispo Waleran, el conde Richard y Lord William. Era posible que el candidato triunfador conociera ya su nombramiento, puesto que no había motivo para mantenerlo secreto. Pero ninguno de los cuatro parecía muy animado. Normalmente, el designado permanecía en pie junto al ayudante mientras éste leía la proclamación. Pero los únicos que estaban allá arriba con él eran Richard, Waleran y William. A Philip se le ocurrió la idea aterradora de que pudieran haber nombrado sheriff a Waleran. Pero de inmediato se sintió mucho más horrorizado al escuchar lo que el ayudante leyó a continuación.

—... designo para el cargo de sheriff de Shiring a mi servidor William de Hamleigh y ordeno a todos los hombres que le ayuden.

Philip miró a Jonathan.

—¡William! —exclamó.

Se oyeron murmullos de sorpresa y desaprobación entre los ciudadanos asistentes.

—¿Cómo habrá podido conseguirlo? —preguntó Jonathan.

—Supongo que pagando.

—¿Y de dónde sacó el dinero?

—Me imagino que habrá obtenido un préstamo.

William se dirigió sonriente hacia el trono de madera instalado en el centro. Philip recordó que un día había sido un joven apuesto. Todavía no había cumplido los cuarenta, estaba rondándolos; pero parecía más viejo. Tenía el cuerpo pesado y la tez congestionada por el vino. Había desaparecido la fuerza dinámica y el optimismo que prestan atractivo a los rostros jóvenes, siendo sustituidos por un aspecto disipado.

Al tiempo que William se sentaba, Philip se puso en pie.

—¿Nos vamos? —musitó Jonathan al tiempo que le imitaba.

—Sígueme —le dijo en voz queda.

Se hizo el silencio en el salón. Todas las miradas les seguían mientras atravesaban la sala del tribunal. El gentío iba abriéndoles paso. Llegaron a la puerta y salieron. Al cerrarse tras ellos, hubo un murmullo general de comentarios.

—No teníamos posibilidad de éxito con William en el cargo —comentó Jonathan.

—Habría sido aún peor —dijo Philip—. Si hubiéramos presentado nuestra demanda es posible que hubiéramos perdido otros derechos.

—La verdad es que nunca pensé en ello.

Philip asintió tristemente.

—Con William de sheriff, Waleran de obispo y el desleal Richard de conde, ya es del todo imposible que el priorato de Kingsbridge obtenga justicia en este Condado. Pueden hacernos cuanto quieran.

Mientras un mozo de cuadra les ensillaba los caballos, siguió exponiendo sus ideas.

—Voy a suplicar al rey que otorgue la condición de municipio a Kingsbridge. De esa manera, tendremos nuestro propio tribunal y pagaremos nuestros impuestos directamente al rey. Estaríamos fuera de la jurisdicción del sheriff.

—En el pasado siempre fuisteis contrario a ello —observó Jonathan.

—Estaba en contra porque concede a la ciudad el mismo poder que al priorato. Pero ahora creo que podemos aceptarlo como precio de la independencia. La alternativa es William.

—¿Nos concederá tal cosa el rey Stephen?

—Es posible por un precio. Pero, si no lo hace él, tal vez lo haga Henry cuando suba al trono.

Montaron sus caballos atravesando con gran desánimo la ciudad.

Traspusieron la puerta y pasaron junto al vaciadero de desperdicios que había en los campos yermos, nada más salir. Algunas gentes decrépitas hurgaban en la basura buscando algo que pudieran comer, ponerse o quemar para calentarse. Philip los miró indiferente al pasar. De repente, uno de ellos le llamó la atención. Una figura alta y familiar se encontraba inclinada sobre un montón de harapos, rebuscando entre ellos los que pudieran servir, Philip detuvo su caballo.

Jonathan lo imitó.

—Mira —dijo Philip.

Jonathan siguió la dirección de su mirada.

—Remigius —murmuró en voz queda al cabo de un minuto.

Philip se quedó observándolo. Era evidente que Waleran y William se habían desentendido de él hacía ya algún tiempo, al agotarse los fondos para la nueva iglesia. Ya no le necesitaban. Remigius había traicionado a Philip, al priorato y a Kingsbridge, todo ello por la esperanza de ser nombrado deán de Shiring. Pero el premio se había reducido a cenizas.

Philip hizo salir a su caballo del camino y atravesar el campo yermo hasta donde se encontraba Remigius. Jonathan le siguió. Se sentía un olor nauseabundo que parecía ascender del suelo semejante a la niebla. Al

acercarse, observó que Remigius estaba flaco hasta parecer casi un esqueleto. Llevaba el hábito sucio e iba descalzo.

Tenía sesenta años y había pasado toda su vida de adulto en el priorato de Kingsbridge. Nadie le enseñó jamás a vivir en la miseria. Philip le vio sacar de aquella basura un par de zapatos de cuero. Tenían grandes agujeros en las suelas pero Remigius los miró con la expresión de un hombre que acabara de encontrar un tesoro oculto.

Cuando se disponía a probárselos, vio a Philip. Se enderezó. En su rostro podía verse la lucha que mantenían sus sentimientos de vergüenza y de desafío.

—Bien, ¿has venido a deleitarte con mi situación? —preguntó al cabo de un momento.

—No —contestó Philip con voz tranquila.

Su viejo enemigo ofrecía una imagen tan lamentable que Philip sólo sentía compasión por él. Desmontó y sacó un frasco de sus alforjas.

—He venido a ofrecerte un trago de vino.

Remigius no hubiera querido aceptar pero estaba demasiado necesitado para andarse con remilgos. Vaciló tan sólo un instante y le arrebató el frasco. Olfateó el vino con suspicacia y se llevó el frasco a la boca. Una vez que hubo empezado a beber no veía la manera de parar. Sólo quedaba media pinta y la apuró en cuestión de segundos.

Cuando apartó el frasco, se tambaleó un poco.

Philip le cogió el recipiente vacío y volvió a meterlo en las alforjas.

—Más vale que comas también algo —dijo al tiempo que sacaba una pequeña hogaza.

Remigius cogió el pan que le tendía y empezó a zampárselo. Era evidente que hacía días que no había comido y, probablemente, no había tenido una comida decente durante semanas. *Puede morirse pronto*, se dijo con tristeza Philip. *Si no de hambre, es muy posible que de vergüenza.*

El pan desapareció como por encanto.

—¿Quieres volver? —le preguntó Philip.

Oyó a Jonathan emitir una exclamación entrecortada. Al igual que muchos monjes, Jonathan esperaba no ver jamás a Remigius. Debió pensar que Philip se había vuelto loco al ofrecerle regresar al monasterio.

—¿Volver? ¿En calidad de qué? —dijo, recuperando por un instante los resabios del viejo Remigius.

Philip movió la cabeza pesaroso.

—En mi priorato nunca volverás a ocupar cargo alguno, Remigius. Vuelve sencillamente como un humilde monje. Pide a Dios que te perdone tus

pecados y vive el resto de tu vida en oración y contemplación, preparando tu alma para el cielo.

Remigius echó la cabeza hacia atrás y Philip esperó recibir una negativa desdeñosa. Pero nunca llegó. Remigius abrió la boca para hablar; a continuación volvió a cerrarla y bajó la mirada. Philip permaneció inmóvil y callado, observando, preguntándose qué iría a pasar. Se hizo el silencio durante largo rato. Philip contenía el aliento. Al alzar de nuevo Remigius el rostro lo tenía húmedo por las lágrimas.

—Sí, padre, por favor —dijo—. Quiero volver a casa.

Philip se sintió embargado por un ardiente gozo.

—Entonces pongámonos en marcha —decidió—. Monta mi caballo.

Remigius quedó pasmado.

—¿Qué estáis haciendo, padre? —preguntó Jonathan.

—Vamos, haz lo que te digo —insistió Philip a Remigius.

Jonathan se hallaba horrorizado.

—¿Pero cómo viajaréis, padre?

—Iré andando —contestó Philip con expresión feliz—. Uno de nosotros ha de hacerlo.

—¡Que sea Remigius! —protestó Jonathan con tono ultrajado.

—Dejémoslo que cabalgue —dijo a su vez Philip— Hoy ha complacido a Dios

—¿Y que me decís de vos? ¿No habéis complacido a Dios más que Remigius?

—Jesús dijo que hay más gozo en el cielo por un pecador arrepentido que por noventa y nueve justos —replicó Philip— ¿Acaso no recuerdas la parábola del hijo prodigo? Cuando volvió a casa, su padre mató el becerro bien cebado. Los ángeles se regocijan con las lágrimas de Remigius. Lo menos que puedo hacer yo es darle mi caballo.

Cogió las riendas del animal y lo condujo a través del campo yermo hasta el camino. Jonathan le siguió.

—Por favor padre, coged mi caballo y dejad que camine yo —pidió Jonathan desmontando cuando hubieron llegado al camino.

Philip se volvió hacia él y le habló con cierta severidad.

—Monta de nuevo tu caballo y deja de polemizar conmigo. Limítate a reflexionar acerca de lo que se está haciendo y por qué.

Jonathan pareció perplejo, pero volvió a montar y quedó callado.

Tomaron el camino de regreso a Kingsbridge. Se encontraba a veinte millas de distancia. Philip empezó a caminar. Se sentía feliz. El retorno de Remigius compensaba con creces la cantera. *He perdido en el tribunal,* se

dijo, *pero no eran más que piedras. Lo que he ganado es algo infinitamente más valioso. Hoy he ganado el alma de un hombre.*

3

En el barril flotaban las manzanas frescas y maduras, brillando rojas y amarillas mientras el sol reverberaba sobre el agua. Sally, de nueve años, se inclinaba excitada sobre el borde del barril con las manos entrelazadas a la espalda, intentando coger una manzana con los dientes. Al escurrírsele, hundió la cara en el agua. La sacó al punto, escupiendo y muerta de risa. Aliena sonrió un poco y le secó la cara.

Era una tarde cálida de finales de verano. Se celebraba la fiesta de un santo y la mayor parte de la ciudad se encontraba reunida en la pradera al otro lado del río para el juego de la manzana. Esa era una de las ocasiones con las que Aliena siempre disfrutaba. Pero el hecho de que iba a ser su ultima fiesta de santo en Kingsbridge atormentaba de continuo su mente, haciendo decaer su ánimo; seguía decidida a dejar a Jack, pero desde el mismo instante en que tomó esa determinación, empezó a sentir el dolor de la pérdida.

Tommy merodeaba alrededor del barril y Jack lo llamó.

—¡Vamos, Tommy, inténtalo!

—Todavía no —le contestó.

A los once años, Tommy sabía que era más listo que su hermana, y también pensaba que iba muy por delante de la mayoría de los demás. Estuvo durante un rato observando, dedicado a estudiar la técnica de quienes lograban hacerse con la manzana. Aliena se fijaba en su observación, sentía por el muchacho un cariño especial. Jack tenía más o menos su edad cuando lo conoció, y Tommy era idéntico a él de muchacho. Cuando lo miraba, sentía la nostalgia de la infancia. Jack quería que Tommy fuera constructor, pero, hasta entonces, no había mostrado interés alguno por la construcción, sin embargo había mucho tiempo por delante.

Por fin se detuvo ante el barril. Se inclino sobre él y fue bajando muy despacio la cabeza, con la boca completamente abierta hundió en el agua la manzana que había elegido y metió toda la cara. Luego, la sacó triunfante con la manzana entre los dientes.

Tommy tendría éxito con todo cuanto se propusiera; había en él algo de su abuelo, el conde Bartholomew. Tenía una voluntad muy fuerte y un sentido algo inflexible acerca del bien y del mal. Era Sally la que había heredado la naturaleza despreocupada de Jack y su desdén por las reglas del hombre. Cuando el padre contaba historias a los niños, Sally siempre simpatizaba con

los desheredados, en tanto que Tommy lo más probable era que los enjuiciara. Cada uno de los chiquillos tenía la personalidad de uno de sus progenitores y el físico del otro. La despreocupada Sally tenía las facciones correctas y la maraña de bucles oscuros de su madre, en tanto que el decidido Tommy tenía el pelo color zanahoria de su padre así como su tez blanca y sus ojos azules.

—¡Aquí llega tío Richard! —gritó en ese momento Tommy.

Aliena dio media vuelta y siguió la dirección de su mirada. En efecto, su hermano el conde llegaba cabalgando a la pradera acompañado de unos cuantos caballeros y escuderos. Aliena estaba horrorizada ¿Cómo era posible que tuviera la desfachatez de dejarse ver por allí después de la faena que había hecho a Philip con la cantera?

Se acercó al barril sonriendo a todo el mundo y estrechando manos.

—Intenta pescar una manzana, tío Richard. ¡Puedes hacerlo! —dijo Tommy.

Richard metió la cabeza en el barril y la sacó con una manzana entre los dientes blancos y fuertes y con el pelo rubio chorreando.

Siempre ha sido más hábil en los juegos que en la vida real, se dijo Aliena.

No iba a permitir que se saliera con la suya, como si nada malo hubiera hecho. Era posible que otros temieran decirle algo porque se trataba del conde. En cambio, para ella era tan sólo su estúpido hermano pequeño.

Se acercó a darle un beso: pero ella le apartó.

—¿Cómo has podido robar la cantera al priorato? —le increpó. Jack, presintiendo que se avecinaba una pelea, cogió de la mano a los niños y se alejó.

Richard pareció dolido.

—Todas las propiedades han sido devueltas a quienes las poseían en...

—No me vengas con ésas —le interrumpió Aliena—. ¡Después de todo lo que Philip ha hecho por ti!

—La cantera forma parte de mi herencia —dijo.

La llevó aparte y empezó a hablar en voz baja para que nadie más pudiera oírles.

—Además —explicó— necesito el dinero que obtengo con la venta de la piedra, Alie.

—Eso es porque no haces otra cosa que ir de caza y practicar la cetrería.

—¿Y qué habría de hacer?

—Lo que debieras hacer es preocuparte de que la tierra produzca riqueza. ¡Hay tanto por hacer! Reparar los daños causados por la guerra y el hambre, introducir nuevos métodos de cultivos, limpiar los bosques y desecar los

pantanos. ¡Así es como aumentarías tu riqueza! Y no robando la cantera que el rey Stephen dio al priorato de Kingsbridge.

—Jamás he cogido nada que no fuera mío.

—¡Si no has hecho otra cosa! —le rebatió Aliena.

Estaba ya lo bastante enfadada para decir cosas que era mejor callar.

—Jamás has trabajado para conseguir algo. Cogiste mi dinero para tus estúpidas armas, cogiste el trabajo que te dio Philip, cogiste el Condado cuando yo te lo entregué en bandeja de plata. Y ahora ni siquiera eres capaz de gobernarlo sin coger cosas que no te pertenecen.

Dio media vuelta y se alejó furiosa.

Richard iba a seguirla pero alguien se interpuso inclinándose para saludarle y preguntarle cómo estaba. Aliena le oyó dar una respuesta cortés y entablar luego una conversación. Tanto mejor. Había dicho lo que se proponía y no quería discutir más con él. Llegó al puente y miró hacia atrás. Alguien más hablaba en aquel momento con Richard, el cual le hizo una señal con la mano indicándole que quería seguir hablando con ella pero que en ese momento se hallaba ocupado. Vio a Jack, a Tommy y a Sally que empezaban a jugar con un palo y una pelota. Se quedó mirándolos mientras se divertían juntos al sol.

Comprendió que no podía separarlos. *¿Pero de qué otra manera puedo llevar una vida normal?*, se preguntó:

Cruzó el puente y entró en la ciudad. Quería estar un rato sola.

Había alquilado una casa en Winchester. Era muy grande. Tenía una tienda en la planta baja y, encima, una gran sala de estar y dos dormitorios separados. También había, al final del patio, un enorme almacén, para sus tejidos. Pero cuanto más se acercaba la fecha del traslado, menos deseos tenía de llevarlo a cabo.

Hacía calor en las calles de Kingsbridge, las cuales se hallaban polvorientas. El aire estaba lleno de las moscas que se alimentaban en los incontables estercoleros. Todas las tiendas y casas permanecían cerradas a cal y canto. La ciudad se encontraba desierta. Todo el mundo se había ido a la pradera.

Se dirigió a casa de Jack. Allí era adonde acudirían todos una vez terminado el juego de la manzana. Vio la puerta abierta. Frunció el ceño irritada. ¿Quién la habría dejado así? Demasiada gente tenía la llave. Ella, Jack, Richard y Martha. No había gran cosa que robar. Desde luego Aliena no tenía allí su dinero. Hacía ya años que Philip la dejaba guardarlo en la tesorería del priorato. Pero la casa se estaría llenando de moscas.

Entró. Había una fresca penumbra. Las moscas revoloteaban en el centro de la habitación. Unos moscardones se arrastraban por la mantelería y dos avispas peleaban furiosas alrededor de la tapa del tarro de miel.

Y Alfred estaba sentado sobre la mesa.

Aliena lanzó un leve grito de terror pero se recuperó de inmediato.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó.

—Tengo una llave.

La ha guardado durante mucho tiempo, se dijo Aliena. Se quedó mirándolo. Tenía huesudos los anchos hombros, y la cara demacrada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

—He venido a verte.

Aliena notó que estaba temblando; no de miedo sino de ira.

—Pues yo no quiero volver a verte a ti, ni ahora ni nunca —le espetó—. Me trataste como a un perro y luego a Jack le diste lástima y te empleó. Pero traicionaste su confianza y te llevaste a todos los artesanos contigo a Shiring.

—Necesito dinero —dijo con un tono en el que se mezclaban la súplica y el desafío.

—Entonces trabaja.

—En Shiring han suspendido la construcción y aquí en Kingsbridge no puedo encontrar trabajo.

—Pues vete a Londres. O a París.

Insistió con la tozudez de un buey.

—Pensé que tú me ayudarías a salir adelante.

—Aquí no te necesitamos para nada. Más vale que te vayas.

—¿No tienes piedad? —le preguntó.

Su tono ya no era desafiante sino pura súplica. Aliena se apoyó sobre la mesa para mantenerse firme.

—¿Todavía no has comprendido, Alfred, que te aborrezco?

—¿Por qué? —inquirió.

Parecía ofendido, como si aquello fuera una sorpresa para él. *Santo cielo, es realmente estúpido*, se dijo Aliena. *Es cuanto puede decirse de él como excusa.*

—Dirígete al monasterio si quieres caridad —respondió cautelosa—. La capacidad para el perdón que tiene el prior Philip es sobrehumana. La mía no.

—Pero eres mi mujer —alegó Alfred.

Eso sí que era bueno.

—No soy tu mujer —dijo apretando los dientes—. Tú no eres mi marido, jamás lo fuiste. Y ahora sal de esta casa.

La cogió por sorpresa y la agarró por el pelo.

—Eres mi mujer —repitió.

La atrajo hacia sí sobre la mesa y con la mano libre le agarró un seno apretándoselo con fuerza.

Aquello desconcertó a Aliena. Era lo último que esperaba de un hombre que durante nueve meses había dormido en la misma habitación con ella sin haber logrado una sola vez realizar el acto sexual.

Empezó a chillar intentando apartarse de él. Pero la tenía fuertemente sujeta por el cabello y la atrajo de nuevo hacia sí.

—Nadie te oirá gritar —le dijo—. Todos están del otro lado del río.

Aliena sintió de súbito auténtico miedo. Estaban solos y Alfred era muy fuerte. ¡Al cabo de tantas millas recorriendo los caminos, de tantos años de arriesgar el cuello viajando, la estaba atacando, en su casa, el hombre con el que se había casado!

—Estás asustada, ¿eh? Más te valdrá ser amable —la coaccionó Alfred viendo el pánico en sus ojos.

Luego, la besó en la boca. Aliena le mordió el labio con toda la fuerza de que era capaz, y él lanzó un rugido de dolor.

Aliena no vio el golpe que se avecinaba. Explotó con tal fuerza contra su mejilla que, al momento, pensó aterrada que le había roto los huesos. Por un instante perdió la visión y el equilibrio. El golpe la apartó de la mesa y sintió que caía. Los junquillos del suelo amortiguaron el impacto. Sacudió la cabeza para aclarársela y trató de sacar la daga que llevaba sujeta al brazo izquierdo. Antes de que pudiera hacerlo, sintió que la agarraban por las muñecas y oyó a Alfred decir

—Sé lo de esa pequeña daga. Te he visto desnudarte, ¿recuerdas?

Le soltó las manos, la golpeó de nuevo en la cara y cogió la daga.

Aliena intentó zafarse. Alfred se sentó sobre sus piernas y, con la mano izquierda, la agarró por la garganta. Ella agitó los brazos desesperada. De repente, la punta de la daga se encontró a una pulgada de su ojo.

—Estate quieta o te sacaré los ojos —la amenazó Alfred.

Se quedó rígida. Le aterraba la idea de quedarse ciega. Había visto hombres a los que a modo de castigo habían dejado ciegos. Recorrían las calles pidiendo limosnas con sus cuencas vacías clavadas de un modo horrible en el transeúnte. Los chiquillos los atormentaban pellizcándoles y poniéndoles la zancadilla hasta lograr enfurecerlos, en su vano intento de pescar a alguno de sus atormentadores, lo que hacía el juego más divertido. Por lo general morían al cabo de uno o dos años.

—Pensé que esto te calmaría —dijo Alfred.

¿Por qué hacía aquello? Jamás le demostró sentir el menor deseo. ¿Sería porque estaba vencido y furioso y ella era vulnerable? ¿Acaso representaba el mundo que le había rechazado?

Alfred se inclinó hacia delante sujetándola con una rodilla a cada lado de las caderas, sin apartar la daga de su ojo. Una vez más, acercó su cara a la de ella.

—Ahora muéstrate cariñosa —le aconsejó, besándola otra vez.

La barba sin afeitar le rascaba la cara. El aliento le olía a cerveza y cebolla. Aliena apretó con fuerza la boca.

—No eres muy cariñosa —le reprochó—. Bésame tú.

Volvió a besarla al tiempo que le acercaba más la punta de la daga.

Cuando le rozó el párpado Aliena movió los labios. El sabor de su boca le produjo náuseas. Alfred metió su áspera lengua entre los labios de ella, que sintió como si fuera a vomitar e intentó desesperadamente contenerse por miedo a que la matara. Él se apartó de nuevo, aunque manteniendo la daga junto a su cara.

—Ahora toca esto —le dijo.

Le cogió la mano y la metió por debajo de su túnica. Aliena rozó su órgano.

—Cógelo —le dijo.

Ella obedeció.

—Ahora frótalo suavemente.

Así lo hizo Aliena. Pensó que, si le daba placer total, tal vez evitaría de esa manera el que la penetrara. Lo miró a la cara con terror. Estaba congestionado y tenía los ojos cargados. Se lo frotó hasta el final, recordando que eso enloquecía a Jack. Mucho se temía que nunca iba a volver a disfrutar con aquello, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Alfred hizo con la daga un movimiento peligroso.

—¡No tan fuerte! —le gritó.

Aliena se concentró.

Y entonces se abrió la puerta.

El corazón de Aliena saltó esperanzado. Por una rendija, entró en la habitación un brillante rayo de sol que la deslumbró a través de las lágrimas. Alfred se quedó rígido. Ella apartó la mano.

Los dos miraron hacia la puerta. ¿Quién era? Aliena no podía ver. *Que no sea uno de los niños, por favor, Dios mío*, suplicó. *Me sentiría tan avergonzada.* Se escuchó un rugido de ira. Era la voz de un hombre. Parpadeó intentando ver y reconoció a su hermano. El pobre Richard. Era casi peor que si se hubiera tratado de Tommy. Richard, que en la oreja izquierda, en lugar del lóbulo, tenía una cicatriz que le recordaba siempre la terrible escena que le obligaron a presenciar cuando sólo tenía catorce años. Y ahora estaba presenciando otra. ¿Cómo podría soportarlo?

Alfred empezaba a ponerse en pie. Pero Richard fue demasiado rápido para él. Aliena tuvo una visión borrosa de su hermano atravesando la pequeña habitación y levantando el pie calzado con la bota, el cual alcanzó con un golpe tremendo la mandíbula de Alfred, que se estrelló contra la mesa. Richard se lanzó sobre él, pisando a Aliena sin darse siquiera cuenta, y le atacó con los puños y los pies. Ella se quitó de en medio a duras penas. El rostro de Richard era una máscara de furia indómita. No miró a Aliena. Ella se dio cuenta de que no le importaba. Estaba enfurecido, no por lo que Alfred le hubiera hecho en esos momentos, sino por lo que William y Walter le hicieran a él, Richard, dieciocho años antes. Entonces era joven, débil e indefenso; pero se había convertido ya en un hombre alto y fuerte, en un luchador experimentado, y al fin encontraba un blanco para la ira enloquecedora que alimentó durante todos esos años.

Golpeó a Alfred una y otra vez con ambos puños. Alfred retrocedía tambaleándose alrededor de la mesa, y hacía un débil intento de protegerse con los brazos levantados. Richard le alcanzó en la barbilla con un potente derechazo y Alfred cayó de espaldas.

Quedó tumbado sobre los junquillos mirando hacia arriba aterrado. Aliena se hallaba asustada por la violencia de su hermano.

—¡Basta ya, Richard! —le gritó.

Él la ignoró por completo y se adelantó para seguir dando puntapiés a Alfred, el cual, de repente, se dio cuenta de que todavía tenía en la mano la daga de Aliena. Esquivó los golpes y, poniéndose rápidamente en pie, atacó con el arma. Richard, cogido por sorpresa, saltó hacia atrás. Alfred se lanzó de nuevo contra él, haciéndole retroceder a través de la habitación. Aliena observó que los dos hombres eran de estatura y constitución semejantes. Richard era un luchador nato pero Alfred tenía un arma. Las fuerzas estaban ya desgraciadamente equilibradas. De repente, Aliena temió por su hermano. ¿Qué pasaría si fuera Alfred quien venciera? Entonces sería ella la que habría de luchar contra Alfred.

Miró en derredor buscando algo con que atacar. Clavó los ojos en el montón de leña que había junto al hogar. Cogió un pesado tronco.

Alfred se lanzó de nuevo contra Richard. Éste le esquivó. Luego, cuando Alfred tenía el brazo tensado, Richard lo agarró por la muñeca y tiró de él. Alfred avanzó hacia delante tambaleándose, perdido el equilibrio. Richard le dio rápidos y repetidos golpes con los puños en el cuerpo y la cara. Richard tenía el rostro contraído en una mueca salvaje, la sonrisa de un hombre que estaba tomándose venganza.

Alfred empezó a gimotear levantando de nuevo los brazos para protegerse.

Richard vaciló jadeante. Aliena pensó que aquello acababa allí. Pero, de repente, Alfred atacó de nuevo con rapidez sorprendente y esa vez la punta de la daga rozó la mejilla de Richard, quien retrocedió de un salto, sintiendo el escozor del rasguño. Alfred avanzó con la daga en alto. Aliena comprendió que iba a matar a su hermano.

Corrió hacia Alfred enarbolando el leño con todas sus fuerzas. No acertó con la cabeza; pero le alcanzó en el hombro derecho. Oyó el crujido al chocar el madero con el hueso. La mano de Alfred quedó inerte por el golpe y se le cayó la daga.

Aquello terminó de una manera espantosamente rápida.

Richard se inclinó, cogió la daga de Aliena y, con ese mismo movimiento, cogiendo a Alfred desprevenido se la hundió en el pecho con terrible fuerza.

La daga se hundió hasta la empuñadura.

Aliena se quedó mirando horrorizada. Había sido un golpe espantoso. Alfred chilló como un cerdo en el matadero. Richard sacó la daga, lo cual hizo brotar la sangre. Alfred abrió la boca para volver a gritar pero sin emitir sonido alguno. La cara se le puso blanca; luego gris y, cerrando los ojos, cayó al suelo. La sangre empapó los junquillos.

Aliena se arrodilló junto a él. Los párpados se agitaron levemente.

Todavía respiraba pero su vida se extinguía. Miró a Richard que estaba en pie respirando con fuerza.

—Se está muriendo —le dijo.

Richard asintió. No parecía muy impresionado.

—He visto morir a hombres mejores —dijo—. Y he matado a hombres que lo merecían menos.

Aliena se sintió turbada ante su frialdad; pero no dijo nada. Acababa de recordar la primera vez que Richard mató a un hombre. Fue después de que William se hubiera apoderado del castillo. Richard y ella iban de camino a Winchester cuando dos ladrones les atacaron. Aliena apuñaló a uno de ellos, pero había obligado a Richard, que sólo tenía quince años, a asestarle el golpe de gracia. *Si es cruel, ¿quién le empujó a ello?*, se dijo sintiéndose culpable.

Observó de nuevo a Alfred. Tenía los ojos abiertos y la contemplaba. Casi se sintió avergonzado de la escasa compasión que le inspiraba ese hombre moribundo. Pensó, mientras le miraba a los ojos, que él jamás se había mostrado compasivo, indulgente ni generoso. Durante toda su existencia había alimentado sus resentimientos y rencores y había disfrutado con acciones vengativas y maliciosas. *Tu vida, Alfred, pudo haber sido diferente*, se dijo. *Pudiste mostrarte cariñoso con tu hermana y perdonar a tu hermanastro que fuera más inteligente que tú. Pudiste haberte casado por*

amor en lugar de hacerlo por venganza. Pudiste haber sido leal al prior Philip. Pudiste haber sido feliz.

De repente abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Dios, qué dolor! —dijo.

Aliena ansiaba que se muriera pronto.

Alfred cerró los ojos.

—Es el final —dijo Richard.

Alfred dejó de respirar.

Aliena se puso en pie.

—Soy viuda.

Alfred fue enterrado en el cementerio del priorato de Kingsbridge.

Así lo había deseado Martha, que era su única pariente consanguínea. También fue la única persona que sintió pena. Alfred jamás había sido bueno con ella, y hubo de refugiarse siempre en su hermanastro Jack en busca de cariño y protección. Sin embargo, quiso que lo enterraran cerca para así poder visitar la tumba. Cuando el ataúd fue descendido a tierra, sólo Martha lloró.

Jack parecía aliviadísimo de que Alfred ya no existiera. Tommy, en pie junto a Aliena, se mostraba muy interesado por todo aquello. Era el primer funeral familiar, y el ritual de la muerte le resultaba nuevo. Sally, muy pálida y asustada, se aferraba a la mano de Martha.

Richard también estaba allí. Dijo a Aliena, durante el oficio, que había acudido para pedir el perdón de Dios por haber matado a su cuñado. Se apresuró a añadir que no era que creyese haber hecho algo malo. Sólo quería estar a salvo.

Aliena, que tenía todavía la cara herida e hinchada por los golpes de Alfred, recordaba al difunto cómo era la primera vez que lo vio.

Había ido a Earlcastle con su padre, Tom Builder, y con Martha, Ellen y Jack. Ya entonces Alfred era el camorrista de la familia, grande, fuerte y bovino, un retorcido trapacero con una vena de bascosidad. Si por aquel entonces Aliena hubiera podido imaginar que acabaría casándose con él se habría sentido tentada de arrojarse desde las almenas. No pensó ni por un momento que volvería a ver a aquella familia una vez que hubieran marchado del castillo. Pero tanto unos como otros habían acabado viviendo en Kingsbridge. Alfred y ella habían creado la comunidad parroquial, que en aquellos momentos era una institución tan importante en la vida de la ciudad. Fue entonces cuando Alfred le pidió que se casara con ella. Ni por un momento se le ocurrió que hubiera podido hacerlo por rivalidad con su hermanastro y no por propio deseo. Entonces le había rechazado. Pero, más

adelante, Alfred descubrió cómo manipularla, convenciéndola al fin de que acudiera a tomarlo como esposo, con la promesa de ayudar a su hermano. Rememorando todo ello, Aliena llegó a la conclusión de que Alfred se merecía toda la frustración y humillación derivada de su matrimonio. Sus motivos habían sido crueles y merecido el desamor recibido.

Aliena no podía evitar sentirse feliz. Ya no había motivo para que se fuera a vivir a Winchester. Jack y ella se casarían de inmediato. Durante el funeral, adoptó una expresión solemne y, pese a las ideas graves que ocupaban su mente, su corazón rebosaba de gozo. Philip, con su capacidad al parecer ilimitada para perdonar a quienes le habían traicionado, consintió en enterrar allí a Alfred. Mientras los cinco adultos y los dos niños permanecían en pie ante la tumba abierta, llegó Ellen.

Philip estaba disgustado. Aquella mujer había maldecido una boda cristiana y su presencia en el recinto del priorato no era bienvenida. Claro que no podía impedirle que asistiera al funeral de su hijastro. Y, como los ritos habían llegado a su fin, Philip se limitó a retirarse. Aliena lo sentía de veras. Tanto Philip como Ellen eran buenas personas y consideraba una pena que existiera enemistad entre ellos. Pero es que eran buenos de distinta manera, y ambos se mostraban intolerantes con la ética del otro.

Ellen había envejecido. Mostraba más arrugas en la cara y tenía el pelo más canoso. Pero conservaba sus hermosos ojos dorados. Llevaba una túnica de piel, de confección rústica, sin nada más, ni siquiera zapatos. Tenía los brazos y piernas bronceados y musculosos. Tommy y Sally corrieron a besarla. Jack los siguió y la abrazó, apretándola con fuerza.

Ellen ofreció la mejilla a Richard para que la besara.

—Hiciste lo que debías. No te sientas culpable —le alentó.

Permaneció en pie al borde de la tumba mirando hacia el interior.

—Fui su madrastra. Me hubiera gustado saber cómo hacerle feliz —declaró.

Al apartarse de la tumba. Aliena la abrazó.

Luego, se alejaron caminando despacio.

—¿Quieres quedarte a almorzar? —preguntó Aliena a Ellen.

—Me agradará mucho. —Alborotó el pelo rojo de Tommy—. Deseo charlar con mis nietos. Crecen tan deprisa. Cuando conocí a Tom Builder, Jack tenía la edad de Tommy. —Se estaban acercando a la puerta del priorato—. Los años parecen pasar con más rapidez a medida que te vas haciendo mayor. Creo.

Se interrumpió a mitad de la frase y se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Aliena.

Ellen miraba a través de la puerta del priorato que estaba abierta.

La calle se encontraba desierta salvo por un puñado de chiquillos, arracimados en la parte más alejada y con los ojos clavados en algo oculto a la vista.

—¡No salgas, Richard! —le advirtió rápida Ellen.

Todos se detuvieron y Aliena pudo ver lo que la había alarmado.

Los niños parecían estar mirando algo o a alguien que se encontrara esperando en el exterior, oculto por el muro.

Richard reaccionó con celeridad.

—Es una estratagema —dijo.

Y, sin pensarlo dos veces, dio media vuelta y echó a correr.

Un momento después, una cabeza con casco se asomó por la puerta. Pertenecía a un corpulento hombre de armas. Al ver a Richard correr hacia la iglesia, dio la alarma y se precipitó al interior del recinto. Le siguieron tres, cuatro, cinco o más hombres.

El grupo que había asistido al funeral se dispersó. Los hombres, ignorándolos por completo, corrieron tras Richard. Aliena estaba asustada y confundida. ¿Quién se atrevería a atacar al conde de Shiring abiertamente y en un priorato? Contuvo el aliento mientras los veía perseguir a Richard a través del recinto. Éste saltó el muro bajo que los albañiles estaban construyendo. Sus perseguidores lo saltaron a su vez, sin importarles, al parecer, hacer irrupción en una iglesia. Los artesanos se quedaron inmóviles, con las trullas y los martillos en alto; primero ante Richard; luego, frente a sus perseguidores. Uno de los aprendices más jóvenes y de impulsos más rápidos, alargó una pala e hizo tropezar a uno de los hombres de armas, el cual salió por los aires. Pero nadie más intervino. Richard llegó junto a la puerta que conducía a los claustros. El perseguidor que estaba más cerca de él levantó la espada sobre su cabeza. Por un terrible momento, Aliena pensó que la puerta estaría aherrojada y que Richard no lograría entrar. El hombre de armas, descargó su espada sobre Richard pero, en ese preciso momento, éste abrió la puerta y pasó. La espada se clavó en la madera al cerrarse ésta.

Aliena respiró de nuevo.

Los hombres de armas se agruparon frente a la puerta del claustro y luego miraron inseguros en derredor. De repente, pareció que se daban cuenta de dónde se encontraban. Los artesanos les dirigían miradas hostiles sopesando sus hachas y martillos. Había cerca de un centenar de trabajadores y sólo cinco hombres de armas.

—¿Quiénes diablos son estas gentes? —preguntó furioso Jack.

—Son los hombres del sheriff —le contestó una voz a sus espaldas.

Aliena dio media vuelta irritada. Conocía aquella voz demasiado bien, por desgracia. Allí, junto a la puerta, montando un nervioso garañón negro,

armado y con cota de malla, se encontraba William Hamleigh. Sólo de verle sintió un escalofrío.

—Largo de aquí, despreciable insecto.

William enrojeció ante el insulto pero no se movió.

—Ha venido a hacer un arresto.

—Adelante. Los hombres de Richard te harán pedazos.

—No tendrá hombres cuando esté en prisión.

—¿Quién te crees que eres? ¡Un sheriff no puede encarcelar a un conde!

—Sí puede cuando se trata de asesinato.

Aliena lanzó una exclamación entrecortada. Comprendió de inmediato lo que tramaba la mente retorcida de William.

—¡No ha habido asesinato! —explotó.

—Lo ha habido —afirmó William—. El conde Richard asesinó a Alfred Builder. Y ahora tengo que informar al prior Philip de que está protegiendo a un asesino.

William espoleó a su caballo, pasó junto a ellos y atravesó hasta el extremo oeste de la nave en construcción. Se dirigió al patio de la cocina, donde eran recibidos los seglares. Aliena le seguía con la mirada incrédula. Era tan diabólico que resultaba difícil de creer. El pobre Alfred, al que acababan de enterrar, había hecho mucho daño por su falta de seso y debilidad de carácter. Su maldad resultaba más trágica que otra cosa. Pero William era un auténtico servidor del diablo. *¿Cuándo nos veremos libres de este monstruo?*, se preguntó Aliena.

Los hombres de armas se reunieron con William en el patio de la cocina y uno de ellos golpeó la puerta con la empuñadura de su espada. Los constructores habían abandonado su trabajo y se encontraban allí en pie, todos reunidos, mirando desafiantes a los intrusos. Tenían un aspecto peligroso con sus pesados martillos y sus aguzados cinceles. Aliena dijo a Martha que se llevara a los niños a casa. Jack y ella permanecieron junto a los constructores.

El prior Philip acudió a la puerta de la cocina. Era de menor estatura que William, y con su ligero hábito de verano parecía aún más pequeño en comparación con aquel robusto hombre a caballo, con cota de malla. Pero el rostro de Philip revelaba una ira tan justa que le hacía parecer más formidable.

—Estáis acogiendo a un fugitivo —dijo William.

—¡Abandona este lugar! —le interrumpió con voz estentórea.

William lo intentó de nuevo.

—Ha habido un asesinato.

—¡Sal de mi priorato inmediatamente! —le gritó Philip.

—Soy el sheriff.

—Ni siquiera el rey puede introducir hombres violentos en el recinto de un monasterio. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí!

Los constructores, furiosos, empezaron a murmurar entre sí. Los hombres de armas los miraban con cierto nerviosismo.

—Incluso el prior de Kingsbridge tiene que responder ante el sheriff —afirmó William.

—No en estos términos. Saca a tus hombres del recinto. Dejad vuestras armas en las cuadras. Cuando estés preparado para comportarte en la casa de Dios como un humilde pecador, podrás entrar en el priorato. Y sólo entonces el prior contestará a tus preguntas.

Philip entró de nuevo y cerró la puerta de golpe.

Los constructores le vitorearon.

Aliena quedó sorprendida al ver que también le estaba vitoreando.

Durante toda su vida, William había sido una figura poderosa y temida y se sentía reconfortada al verle dominado por el prior Philip.

Pero William todavía seguía negándose a admitir la derrota. Desmontó del caballo. Se desabrochó despacio el cinto del que pendía la espada y se lo entregó a uno de sus hombres. Dirigió a éstos unas breves palabras y retrocedieron a través del recinto del monasterio llevándose su espada. William estuvo observándolos hasta que llegaron a la puerta y luego se volvió de nuevo hacia la puerta de la cocina.

—¡Abrid al sheriff! —gritó.

Tras una pausa, se abrió la puerta y Philip volvió a salir. Miró de arriba abajo a William que se encontraba en pie y desarmado.

Luego, observó a los hombres de armas arracimados frente a la puerta en el extremo más alejado del recinto. Por fin, se encaró con William.

—¿Qué quieres?

—Estáis dando cobijo en el priorato a un asesino. Entregádmelo.

—En Kingsbridge no ha habido asesinato alguno —aseguró Philip.

—Hace cuatro días el conde de Shiring asesinó a Alfred Builder.

—Estás en un error —afirmó Philip—. Richard mató a Alfred; pero no fue asesinato. Sorprendió a Alfred in fraganti intentando perpetrar una violación.

Aliena se estremeció.

—¿Violación? —repitió William—. ¿A quién intentaba violar?

—A Aliena.

—¡Pero si es su mujer! —exclamó triunfante William—. ¿Cómo es posible que un hombre viole a su mujer?

Aliena comprendió la orientación que William estaba dando a sus argumentos y se sintió embargada por una ira casi irreprimible.

—Ese matrimonio jamás fue consumado, y Aliena ha solicitado una anulación —alegó Philip.

—Que nunca se le ha concedido. Se casaron ante la Iglesia. Y de acuerdo con la ley, todavía siguen casados. No hubo violación. Por el contrario —William se volvió de súbito y señaló con el dedo a Aliena—, esa mujer ha estado durante años queriendo librarse de su marido y acabó convenciendo a su hermano para que lo quitara de en medio. ¡Apuñalándolo hasta morir con la daga de ella!

Aliena sintió que una mano glacial la oprimía el corazón. La historia que William había contado era una afrentosa mentira. Sin embargo, para alguien que no hubiera visto lo ocurrido respondía tan bien a las conveniencias que la tomaría por real. Richard se encontraba en apuros.

—Un sheriff no puede detener a un conde —aseguró Philip.

Aliena se acordó de que eso era así. Lo había olvidado.

William sacó un pergamino.

—Tengo una orden real. Lo estoy arrestando en nombre del rey.

Aliena se sintió desolada. William había pensado en todo.

—¿Cómo ha logrado eso William? —murmuró.

—Actuó con gran rapidez —le contestó Jack—. Tan pronto como supo las noticias cabalgó hasta Winchester para ver a Stephen.

Philip alargó la mano.

—Enséñame la orden.

William la retuvo. Les separaban varias yardas. Habían llegado a un punto muerto en el que ninguno de los dos estaba dispuesto a moverse. William cedió al fin, recorrió la distancia y entregó la orden a Philip.

El prior la leyó y se la devolvió.

—Esto no te da derecho a atacar un monasterio.

—Me da derecho a detener a Richard.

—Se ha acogido a sagrado.

—¡Ah!

William no pareció sorprendido. Asintió como si acabara de escuchar la confirmación de algo inevitable y retrocedió dos o tres pasos.

Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz muy alta para ser oído con claridad por todos:

—Decidle que será detenido en el preciso momento en que abandone el priorato. Mis comisarios montarán guardia en la ciudad y en los alrededores de su castillo. Recordad... —Miró en derredor a todos los allí presentes—. Recordad que quien quiera que ataque a un comisario del sheriff, estará atacando a un servidor del rey. —Se volvió hacia Philip—. Decidle que puede

acogerse a sagrado tanto tiempo como quiera, pero que, si desea salir, habrá de habérselas con la justicia.

Se hizo el silencio. William bajó despacio los peldaños y atravesó el patio de la cocina. A Aliena sus palabras le habían sonado como una sentencia de prisión. El gentío se dividió para dejarle paso. Al llegar donde estaba Aliena le dirigió una mirada altiva. Todos contemplaban cómo se dirigía a la puerta y montaba en su caballo. Dio una orden y se alejó al trote, dejando a dos de sus hombres en pie, junto a la puerta, vigilando el interior.

Aliena, al darse la vuelta, se encontró a Philip en pie junto a ella y a Jack.

—Venid a mi casa —les dijo con tono tranquilo—. Hemos de discutir esto.

Entró de nuevo en la cocina.

Aliena tuvo la impresión de que Philip estaba secretamente complacido con algo.

Se recuperó la calma. Los constructores volvieron a su trabajo charlando animados. Ellen se encaminó a la casa para estar con sus nietos. Aliena y Jack atravesaron el cementerio, bordeando el enclave en construcción y entraron en la vivienda de Philip. El prior aún no había llegado. Se sentaron en un banco a esperar. Jack adivinó la inquietud de Aliena por su hermano y la abrazó para animarla.

Al mirar en derredor Aliena descubrió que, año tras año, la casa de Philip había ido haciéndose más confortable. Todavía parecía desnuda, en comparación con las habitaciones privadas de un conde en un castillo, pero no era tan austera como un día lo había sido. Delante del altarcito colocado en un rincón, había una alfombra pequeña a fin de proteger las rodillas del prior durante las largas noches de oración. Y en la pared, detrás del altar, colgaba un crucifijo de plata con piedras preciosas incrustadas que seguramente era un costoso regalo.

No le vendría mal a Philip mostrarse más indulgente consigo mismo a medida que se hace mayor, se dijo Aliena. *Tal vez así se mostrara también más indulgente con los demás.*

Momentos después entró el prior. Richard iba tras él. Se hallaba muy agitado y empezó a hablar de inmediato.

—William no puede hacer esto. ¡Es una locura! Encontré a Alfred intentando violar a mi hermana. Tenía una daga en la mano. ¡Estuvo a punto de matarme!

—Cálmate —le aconsejó Philip—. Hablemos de ello y examinemos con detenimiento cuáles son los peligros, si es que los hay. ¿Por qué no nos sentamos?

Richard se sentó pero siguió hablando.

—¿Peligros? ¡No hay peligro alguno! Un sheriff no puede encarcelar a un conde por motivo alguno. Ni siquiera por asesinato.

—Lo va a intentar —le aseguró Philip—. Tendrá hombres apostados alrededor del priorato.

Richard hizo un ademán quitándole importancia.

—Puedo eludir a los hombres de William con los ojos cerrados. No presentan problemas. Jack puede esperarme fuera de los muros de la ciudad con un caballo.

—¿Y cuando llegues a Earlcastle?

—Lo mismo. Puedo burlar a los hombres. O hacer que mi propia guardia salga a recibirme.

—Eso parece posible —reconoció Philip—. ¿Y luego qué?

—Luego nada —contestó Richard—. ¿Qué puede hacer William?

—Bien, todavía tiene en su poder una orden real que ordena que respondas a una acusación de asesinato. Intentara detenerte cada vez que abandones el castillo.

—Iré a todas partes con escolta.

—¿Y cuando celebres juicios en Shiring y otros lugares?

—Lo mismo.

—¿Crees que acatarán tus decisiones sabiendo que tú mismo eres un fugitivo de la justicia?

—Más les valdrá —respondió Richard con expresión torva—. Deberán recordar cómo hacía William acatar sus decisiones cuando era conde.

—Es posible que no estén tan asustados de ti como lo estaban de William. Acaso no te crean una sanguijuela diabólica como a él. Sólo espero que estén en lo cierto.

Aliena frunció el entrecejo. No era propio de Philip mostrarse tan pesimista, a menos que tuviera un verdadero motivo. Sospechaba que estaba estableciendo las bases de algún plan que guardaba en la manga. *Apostaría dinero a que la cantera tiene algo que ver con esto*, dijo para sí.

—Mi preocupación principal es el rey —explicó Philip—, Al negarte a responder ante la justicia, estás desafiando a la corona. Hace un año te hubiera dicho que adelante, que la desafiaras. Pero ahora que la guerra ha terminado no será tan fácil para los condes hacer cuanto quieran.

—Parece que no tienes otra salida, Richard —le dijo Jack.

—No puede hacerlo —intervino Aliena—. No tiene la menor posibilidad de que le hagan justicia.

—Aliena lleva razón —la apoyó Philip—. El caso sería presentado ante el tribunal real. Los hechos ya son conocidos. Alfred intentó forzar a Aliena, llegó Richard, lucharon y Richard mató a Alfred. Todo depende de la interpretación.

Al presentar la querella William, leal partidario del rey Stephen, y siendo Richard uno de los principales aliados del duque Henry, con toda probabilidad el veredicto sería de culpabilidad. ¿Por qué firmó la orden el rey Stephen? Es de suponer que porque ha decidido vengarse de Richard por luchar contra él. La muerte de Alfred le proporciona una excusa excelente.

—Tenemos que recurrir al duque Henry para que intervenga —dijo Aliena.

Entonces fue cuando Richard se mostró dubitativo.

—No quisiera tener que depender de él. Está en Normandía. Puede escribir una carta de protesta. ¿Pero qué más puede hacer? Si cruzara el canal con un ejército, rompería el tratado de paz, y no creo que arriesgara eso por mí.

Aliena parecía angustiada y asustada.

—Dios mío, Richard, estás en un callejón sin salida, y todo por salvarme.

Richard le sonrió con cariño.

—Y desde luego volvería a hacerlo, Alie.

—Lo sé.

Era sincero. Y valiente. Pese a todos sus defectos. Parecía injusto que hubiera de encararse a problema tan espinoso nada más haber recuperado su Condado. Como conde había sido una decepción para Aliena, una terrible decepción. Pero de ningún modo se merecía aquello.

—Menuda elección —dijo Richard—. Puedo quedarme en el priorato hasta que el duque Henry sea rey o que me ahorquen por asesinato. Me haría monje si no comieran tanto pescado.

—Puede que haya otra salida —sugirió Philip.

Aliena lo miró ansioso. Sospechaba que había estado tramando algo y le quedaría agradecidísimo si pudiera resolver el problema que Richard tenía ante sí.

—Puedes hacer penitencia por esa muerte —prosiguió Philip.

—¿Tendría que comer pescado? —preguntó Richard locuaz.

—Estoy pensando en Tierra Santa.

Se hizo el silencio. Palestina estaba gobernada por el rey de Jerusalén, Balduino III, un cristiano de origen francés. Sufría ataques constantes de los países musulmanes vecinos, en especial de Egipto por el Sur y de Damasco por el Este. Un viaje hasta allí, que duraba de seis meses a un año, y unirse a los ejércitos que luchaban en defensa del reino cristiano, era desde luego el tipo de penitencia que podía hacer un hombre para purgar una muerte. Aliena sintió cierta inquietud. No todos los que iban a Tierra Santa regresaban. Pero, durante años, había estado preocupada por Richard luchando en las batallas.

Tierra Santa no sería más peligrosa que Inglaterra. Le resultaría angustioso; pero ya estaba acostumbrada a ello.

—El rey de Jerusalén siempre necesita hombres —dijo Richard. Cada tantos años, el Papa solía enviar emisarios a recorrer el país intentando encontrar hombres jóvenes que quisieran ir a luchar a Tierra Santa.

—Pero acabo de recuperar mi Condado —alegó—. ¿Quién se encargaría de mis tierras mientras estuviese fuera?

—Aliena —respondió Philip.

Aliena se quedó de repente sin aliento. Philip estaba proponiendo que ella ocupara el lugar del conde y gobernara como su padre lo había hecho. Por un instante, aquella proposición la dejó estupefacta. Pero tan pronto como recobró el sentido supo que era la adecuada. Cuando un hombre se iba a Tierra Santa, era su mujer la que se ocupaba de administrar sus propiedades. No había razón que impidiera a una hermana llevar a cabo el mismo cometido por su hermano que carecía de esposa. Y gobernaría el Condado de la manera que siempre supo que había que gobernarlo, con justicia, previsión e imaginación. Podría hacer todas aquellas cosas que Richard, por desgracia, no había sabido hacer. El corazón le latía con fuerza mientras iba madurando la idea. Pondría a prueba las nuevas técnicas. Araría con caballos en lugar de bueyes y plantaría cosechas de primavera de avena y guisantes en tierras de barbecho. Desbrozaría terrenos para plantar, establecería nuevos mercados y, al cabo de tanto tiempo, abriría a Philip la cantera...

Era indudable que el prior había pensado en ello. De todos los planes inteligentes que Philip había concedido al paso de los años, ése era con toda probabilidad el más ingenioso. Resolvía tres problemas de una sola vez. Sacaba a Richard de su difícil situación, ponía a una persona competente a cargo del Condado y recuperaba, al fin, su cantera.

—No me cabe la menor duda de que el rey Balduino te recibirá con los brazos abiertos. Sobre todo si vas con aquellos caballeros y hombres que deseen unirse a ti. Será tu propia cruzada a escala menor —argumentó Philip.

Calló un momento para dejar que calase la idea.

—Ni que decirse tiene que allí William no podrá hacer nada contra ti —siguió diciendo—. Y volverás convertido en héroe. Entonces ya nadie se atrevería a intentar ahorcarte.

—Tierra Santa —exclamó Richard con la mirada transfigurada.

Es perfecto para él, se dijo Aliena. *Carece de facultades para gobernar el Condado. Es un soldado y ansía luchar.* En el rostro de su hermano vio aquella expresión soñadora. En su imaginación, ya se encontraba allí defendiendo un arenoso reducto, empuñando la espada y con una roja cruz en su escudo, luchando contra una horda pagana bajo el sol abrasador.

Y era feliz.

4

Toda la ciudad acudió a la boda.

Aliena quedó sorprendida. La mayoría de la gente les había tratado, a ella y a Jack, más o menos como si estuvieran casados. Imaginó, por tanto, que considerarían la boda como un mero formulismo. Pensaba que acudiría un pequeño grupo de amigos, en su mayoría personas de su misma edad, y los maestros artesanos compañeros de Jack. Pero allí se encontraban cuantos hombres, mujeres y niños había en Kingsbridge. Se sentía conmovida por su presencia. Y todos parecían tan contentos con su felicidad. Comprendió que habían simpatizado con su situación durante todos aquellos años, a pesar de haber tenido el tacto de no hablar nunca de ello. Y, en esos momentos, compartían con ella la alegría de su casamiento con el hombre al que amaba desde hacía tanto tiempo. Caminaba por las calles del brazo de su hermano Richard, deslumbrada por las sonrisas que la seguían y embriagada de felicidad.

Richard salía al día siguiente para Tierra Santa. El rey Stephen había aceptado aquella solución. En realidad parecía aliviado de librarse de Richard con tanta facilidad. Como era de esperar, el sheriff William estaba furioso, ya que su objetivo había sido, en todo momento, el de desposeer a Richard del Condado, y ya había perdido toda posibilidad de lograrlo. El propio Richard aún seguía teniendo aquella mirada soñadora. Estaba impaciente por partir.

No era así como mi padre había imaginado que fueran las cosas, pensaba Aliena mientras entraba en el recinto del priorato. *Richard luchando en tierras lejanas y yo desempeñando el papel del conde.* Sin embargo, ya no se sentía obligada a gobernar su vida de acuerdo con los deseos paternos. Hacía diecisiete años que luchaba sola. Y sabía algo que su padre no había acertado a comprender: que ella sería mejor conde que Richard. Con tranquilidad, empezaba a coger las riendas del poder. Los servidores del castillo se mostraban perezosos al cabo de años de abandono, y ella los había espabilado. Reorganizó los almacenes, hizo pintar el gran salón y limpiar a fondo el horno y la cervecería. La cocina tenía tal cantidad de pringue que la hizo arder hasta los cimientos para construir luego una nueva. Había empezado a pagar ella misma los salarios semanales, para demostrar que se había hecho cargo de todo. Despidió a tres hombres de armas por sus continuas borracheras.

También había ordenado la construcción de otro castillo a una hora de viaje de Kingsbridge. Earlcastle se hallaba demasiado lejos de la catedral.

Jack había diseñado el proyecto de la nueva fortaleza. Se trasladarían allí en cuanto estuviera terminada la torre del homenaje. Entretanto, distribuirían su tiempo entre Kingsbridge y Earlcastle. Ya habían pasado varias noches juntos en la antigua habitación de Aliena en Earlcastle, lejos de la mirada reprobadora de Philip. Eran como unos recién casados en plena luna de miel, sumergidos en una pasión física insaciable. Acaso porque, por primera vez en su vida, tenían un dormitorio con una puerta que podían cerrar. La intimidad era una extravagancia de los señores. Todos los demás dormían y hacían el amor abajo, en el zaguán comunal. Incluso las parejas que vivían en una casa, estaban siempre expuestas a que las vieran sus hijos, parientes o vecinos que pasaran por allí. Las gentes cerraban sus puertas cuando salían, no cuando estaban dentro. A Aliena nunca le había molestado aquello, pero ahora descubría la excitación especial que provocaba saber que podían hacer cuanto les viniera en gana sin arriesgarse a ser vistos. Recordó algunas de las cosas que ella y Jack habían hecho durante las dos últimas semanas y se ruborizó.

Jack la esperaba en la nave de la catedral, todavía a medio construir, junto con Martha, Tommy y Sally. Por lo general, en las bodas la pareja intercambiaba sus votos en el pórtico de la iglesia y luego entraban en ella para oír misa. En esa ocasión, el primer intercolumnio de la nave haría las veces de pórtico. Aliena se sentía contenta de casarse en la iglesia que estaba construyendo Jack. Era algo tan vinculado a él como la ropa que vestía, tan propia como su manera de hacer el amor. Su catedral sería como él, gallarda, innovadora, alegre y distinta a cuanto se había hecho hasta entonces. Lo miró amorosa. Tenía treinta años. Era un hombre muy guapo, con su mata de pelo rojo y sus brillantes ojos azules. Recordó que había sido un muchacho muy feo en quien nadie se fijaba. Él explicaba que se había enamorado de ella desde un principio, y que todavía le escocía recordar cómo se habían reído todos de él porque nunca había tenido un padre. De eso hacía casi veinte años.

Veinte años.

Acaso no hubiera vuelto a ver nunca a Jack a no ser por el prior Philip, el cual en ese momento entraba en la iglesia procedente del claustro y avanzaba sonriente por la nave. Estaba muy emocionado de poder al fin casarlos. Aliena pensó en cómo le conoció. Recordaba con toda claridad la desesperación que sintió cuando el mercader de lana intentó timarla después de todos los esfuerzos y sufrimientos por los que había tenido que pasar para llenar aquel saco de vellones. Y recordó su intensa gratitud hacia aquel monje joven, de pelo negro que la había salvado y que le dijo: *Siempre te compraré la lana.*

Ahora ya tenía el pelo canoso.

La había salvado pero luego estuvo a punto de destruir su vida al obligar a Jack a elegir entre ella y la catedral. En cuestiones sobre el bien y el mal era un hombre duro, algo semejante a su padre. Sin embargo, quiso oficiar él mismo la ceremonia del casamiento.

Ellen había lanzado una maldición contra su primer enlace.

Y había tenido efecto. Aliena se sentía satisfecha. Si su matrimonio con Alfred no hubiera resultado por completo insoportable, tal vez se hallara viviendo todavía con él. Era extraño pensar en lo que pudo haber sido. Le daba escalofríos, al igual que los malos sueños y las fantasmas terribles. Recordó a la bonita y sensual joven árabe de Toledo que estaba enamorada de Jack. ¿Qué habría pasado si se hubiera casado con ella? Aliena hubiera llegado a Toledo con su bebé en brazos para encontrar a Jack al calor del hogar, compartiendo su cuerpo y su alma con otra mujer. Se horrorizaba sólo de pensarlo.

Le escuchó musitar el Padrenuestro. Ahora le parecía asombroso pensar que cuando fue a vivir a Kingsbridge no le prestaba más atención que al gato del mercader de granos. Pero Jack sí que se había fijado en ella. Y todos esos años la había amado en secreto. ¡Qué paciente fue! Había visto cómo la cortejaban los hijos más jóvenes de la pequeña nobleza rural, uno tras otro, y también los vio retirarse decepcionados, ofendidos o desafiantes. Llegó a adivinar, y eso demostraba lo muy inteligente que era, que a ella no se la ganaba con galanteos; así que la abordó, más bien como un amigo que como un amante, reuniéndose con ella en los bosques, contándole historias y haciendo que le amase sin que se diera cuenta. Recordó aquel primer beso, tan ligero y casual y que, no obstante, siguió sintiéndolo ardiente en los labios durante semanas. Recordó el segundo beso con más claridad todavía. Cada vez que escuchaba el estruendo del molino abatanador, recordaba aquella oleada de deseo oscuro, extraño e importuno.

Una de sus continuas pesadumbres era hasta qué punto se volvió fría después de aquello. Jack la había querido de manera absoluta y franca; pero ella se había sentido tan asustada que lo rechazó pretendiendo que no le importaba. Aquello le hirió profundamente, a pesar de que siguió queriéndola y la herida llegó a curarse, le había dejado una cicatriz como siempre pasa con las heridas profundas. Aliena percibía a veces esa cicatriz por la forma en que la miraba cuando se enfadaban y ella le hablaba con frialdad. Los ojos de Jack parecían decir: Sí, te conozco, puedes llegar a ser muy fría, puedes herirme, he de estar en guardia.

¿Tenía esa mirada cautelosa en el momento en que estaba prometiendo amarla y serle fiel durante el resto de su vida? *Posee motivos suficientes para dudar de mí*, se dijo Aliena. *Me casé con Alfred. ¿Puede haber una traición*

mayor que ésa? Pero luego la compensé con creces recorriendo media cristiandad en su busca.

Todas esas decepciones, traiciones y reconciliaciones constituían la trama de la vida matrimonial. Pero Jack y ella habían pasado por todo eso antes de la boda. Ahora, al menos, se sentía segura de conocerlo. No había nada que le pudiera sorprender. Era una forma extraña de hacer las cosas; pero tal vez mejor que pronunciar tus votos antes, y empezar luego a conocer a tu cónyuge. Claro que los sacerdotes no estarían de acuerdo. Philip sufriría una apoplejía si supiera lo que estaba pensando en esos momentos. Pero era notorio que los sacerdotes sabían menos que nadie acerca del amor.

Hizo sus promesas repitiendo las palabras que iba pronunciando el prior y diciéndose lo hermosa que era la promesa. Con mi cuerpo te adoro. Philip jamás comprendería eso.

Jack le puso un anillo en el dedo. *He estado esperando esto durante toda mi vida*, se dijo Aliena. Se miraron a los ojos. Estaba segura de que algo había cambiado en él. Comprendió que, hasta entonces, Jack no había estado nunca realmente seguro de ella. En ese instante parecía satisfechísimo.

—Te quiero —dijo Jack—. Siempre te querré.

Aquélla era su promesa. El resto era religión; pero en aquel momento hacía su propia promesa y Aliena comprendió que ella también se había sentido insegura de él hasta ese día. Dentro de muy poco, se dirigirían al crucero para asistir a la misa. Y a renglón seguido recibirían los parabienes y buenos deseos de las gentes de la ciudad. Se llevarían a todos a casa y les darían comida y cerveza. Y les harían sentirse alegres. Pero ese breve instante les pertenecía. La mirada de Jack decía: *Tú y yo juntos, para siempre.* Y Aliena se dijo*: Al fin*.

Todo muy sosegado.

SEXTA PARTE (1170-1174)

CAPÍTULO DIECISIETE

1

Kingsbridge seguía creciendo. Hacía tiempo que había desbordado sus murallas primitivas, las cuales ya sólo protegían menos de la mitad de las casas. Habían transcurridos cinco años desde que la comunidad construyó nuevas murallas abarcando los suburbios que se habían ido formando extramuros. Y en esos momentos empezaban a formarse más suburbios fuera de las murallas nuevas. La pradera a la otra orilla del río, donde los ciudadanos habían celebrado tradicionalmente la fiesta de San Pedro Encadenado y la víspera de San Juan, se había convertido en una pequeña aldea llamada Newport.

Un frío domingo de Pascua el sheriff William Hamleigh cabalgó a través de Newport y cruzó el puente de piedra que conducía a lo que ahora se llamaba la ciudad vieja de Kingsbridge. Ese día iba a ser consagrada la nueva catedral recién terminada. Atravesó la imponente puerta de la ciudad y enfiló por la Calle Mayor que acababan de adoquinar. Las moradas a cada lado de la calle eran todas ellas casas de piedra con tiendas en la planta baja y viviendas encima. William se dijo con amargura que Kingsbridge era ya más grande, más bulliciosa, más rica de lo que jamás fue Shiring.

Al llegar al final de la calle, torció en dirección al recinto del priorato. Y allí, ante sus ojos, se alzaba el motivo del engrandecimiento de Kingsbridge y del declive de Shiring. La catedral.

Era deslumbradora.

Soportaban la altísima nave, una hilera de contrafuertes alados. El extremo oeste tenía tres grandes pórticos semejantes a puertas gigantes y sobre ellos hileras de altas y esbeltas ventanas ojivales flanqueadas por torres ahusadas Los cruceros, terminados hacía dieciocho años, habían sido los precursores de la idea, pero esto era lo asombroso: jamás hubo en parte alguna de Inglaterra un edificio semejante.

El mercado seguía celebrándose allí los domingos y el césped que había delante de la puerta de la iglesia estaba abarrotado de puestos. William desmontó y dejó que Walter se ocupara de los caballos.

Atravesó cojeando el césped en dirección al templo. Tenía cincuenta y cuatro años, estaba abotagado y sufría un dolor constante en piernas y pies a causa de la gota. Por esa razón se mostraba siempre malhumorado.

En el interior la catedral resultaba aún más impresionante. La nave central se acomodaba al estilo de los cruceros, pero el maestro constructor había hecho más refinado su diseño al construir sus columnas todavía más esbeltas y las ventanas más grandes. Pero aún había una innovación más. William había oído hablar de las cristaleras de colores, obra de artesanos que Jack Jackson había llevado desde París. Se preguntaba a qué se debería todo aquel alboroto sobre ello, ya que se imaginaba que una ventana coloreada sería algo así como un tapiz o una pintura. En aquel momento comprendió a lo que se referían. La luz del exterior brillaba a través de los cristales de colores produciendo un resplandor y el efecto era en verdad mágico.

La iglesia estaba atestada de gentes que estiraban el cuello para poder ver las ventanas. Las imágenes representaban pasajes de la Biblia, el cielo y el infierno, santos, profetas, apóstoles y algunos ciudadanos de Kingsbridge que presumiblemente habían pagado los vitrales en que aparecían. Un panadero llevando una bandeja de hogazas, un curtidor y sus cueros, un albañil con sus compases y su nivel. *Apuesto a que Philip obtuvo un jugoso beneficio de esas ventanas*, se dijo William con acritud.

La iglesia estaba llena para el oficio pascual. El mercado se había extendido hasta el interior del edificio como siempre ocurría y mientras avanzaba por la nave a William le ofrecían cerveza fría, pan caliente de jengibre e incluso echar un polvo rápido junto al muro por tres peniques. El clero seguía intentando prohibir la entrada en las iglesias a los vendedores. Pero era tarea imposible. William intercambió saludos con los ciudadanos más importantes del Condado. Pese a todas aquellas distracciones sociales y comerciales, William sentía constantemente atraída su mirada hacia arriba, a las deslizantes líneas de la arcada. Sus pensamientos eran absorbidos por los arcos y las ventanas los pilares con sus fustes agrupados, los nervios y segmentos del techo abovedado; todos parecían dirigirse hacia el cielo como ineludible recordatorio de que para él estaba construido el edificio.

El suelo se hallaba pavimentado, los pilares habían sido pintados y todas las ventanas tenían vitrales. Kingsbridge y el priorato eran ricos y toda la catedral proclamaba su prosperidad. En las capillas pequeñas de los cruceros había candelabros de oro y cruces incrustadas de piedras preciosas. Los ciudadanos también exhibían sus riquezas con túnicas de vistosos colores, broches y hebillas de plata y sortijas de oro.

Su mirada tropezó con Aliena.

Como cada vez que la veía, se le paró por un instante el corazón.

Estaba tan bella como siempre aunque ya debía pasar de los cincuenta. Conservaba su abundante pelo ondulado aunque lo llevaba más corto y parecía de un castaño algo más claro, como si se le hubiera descolorido un poco. Tenía unas atractivas arrugas en las comisuras de los ojos; había entrado ligeramente en años, pero no por ello resultaba menos deseable. Llevaba una capa azul orlada de seda roja y zapatos de piel roja. La rodeaba un grupo de personas deferentes. A pesar de que no fuera condesa sino tan sólo la hermana de un conde, su hermano se había instalado definitivamente en Tierra Santa y todos la trataban como si la condesa fuese ella. Su porte era el de una reina.

Sólo de verla William sintió en el estómago un odio amargo como bilis; había arruinado a su padre, le había violado, tomado su castillo, prendido fuego a su lana, y obligado a su hermano a exiliarse. No obstante, cada vez que creía haberla aplastado resurgía de la derrota con nuevas cotas de poder y de riquezas. Ahora que William estaba envejeciendo, sordo y atormentado por la gota se daba cuenta de que había pasado la vida bajo el influjo de un terrible encantamiento.

Junto a Aliena se encontraba un hombre alto y pelirrojo a quien, en un principio, William confundió con Jack. Sin embargo, al mirarle con mayor atención se fijó en que era demasiado joven y comprendió que debía ser su hijo. El muchacho iba vestido como un caballero y llevaba una espada. El propio Jack se encontraba a su lado. Era una o dos pulgadas más bajo que él y empezaba a clarearle el pelo rojo por las sienes. Cierto que era más joven que Aliena, unos cinco años si la memoria era fiel. Pero también él tenía arrugas alrededor de los ojos.

Hablaba animadamente con una joven que a buen seguro era su hija.

Se parecía a Aliena y era igual de bonita, pero llevaba el pelo severamente peinado hacia atrás y hecho trenzas. Además iba vestida con absoluta sencillez. Si debajo de aquella túnica marrón terroso se ocultaba un cuerpo voluptuoso, no quería que nadie lo supiera.

A William le embargaba un agrio resentimiento al contemplar la familia de Aliena próspera, enaltecida y feliz. Todo cuanto ellos tenían debería ser suyo. Pero todavía no había renunciado a la esperanza de vengarse.

Las voces de centenares de monjes se alzaron en un canto, ahogando las conversaciones y los gritos de los mercachifles. El prior Philip entró en la iglesia abriendo una procesión. Antes no había tantos monjes, pensó William. El priorato crecía al mismo ritmo que la ciudad. Philip, que ya tenía más de sesenta años, estaba casi calvo por completo y había engordado bastante, hasta el punto de que su cara, antaño delgada, era redonda. Como cabía esperar parecía satisfecho de sí mismo. La consagración de aquella catedral

había sido el gran objetivo que persiguió desde que llegó a Kingsbridge hacía ya treinta y cuatro años.

Se alzó un murmullo de comentarios con la entrada del obispo Waleran vestido con sus ropas más suntuosas. Su rostro pálido y anguloso se mostraba hierático. Pero William sabía que en el fondo de su ser estaba bramando. Esa catedral era el símbolo triunfal de la victoria de Philip sobre Waleran. William también aborrecía a Philip; no obstante, disfrutaba en secreto viendo humillado, para variar, al altivo obispo Waleran.

Rara vez se le veía por allí. Se había construido al fin una iglesia nueva en Shiring, con una capilla especial dedicada a la memoria de la madre de William, y aunque no fuera ni mucho menos tan grande e impresionante como esa catedral, Waleran había hecho de la iglesia de Shiring una especie de sede general.

Sin embargo, Kingsbridge seguía siendo la iglesia catedral pese a todos los esfuerzos de Waleran. Durante una guerra que se prolongaba ya más de tres décadas, Waleran había hecho cuanto estaba en su mano por destruir a Philip, pero al final fue éste quien triunfó. Era algo semejante a William y Aliena. En ambos casos la debilidad y los escrúpulos habían dado al traste con la fuerza y la crueldad. William nunca podría entenderlo.

Aquel día el obispo se había visto obligado a acudir a la catedral para la ceremonia de consagración. Habría resultado muy extraño que no se encontrara allí para recibir a los invitados de alta alcurnia.

Estaban presentes varios obispos de las diócesis vecinas, así como numerosos abates y priores distinguidos.

Thomas Becket, el arcediano de Canterbury, no estaría presente. Estaba enzarzado en una disputa con su viejo amigo el rey Henry, una disputa tan encarnizada y violenta, que el arcediano se había visto obligado a huir del país y refugiarse en Francia. Estaban enfrentados a causa de una serie de problemas legales; pero el quid de la disputa era muy simple: ¿Podía hacer el rey lo que le viniera en gana o tenía limitaciones? Era la disputa que el propio William había mantenido con el prior Philip. William era de la opinión de que el conde podía hacer cuanto le apeteciera porque para eso era conde. Henry pensaba igual en cuanto a los poderes del rey. Tanto el prior Philip como Thomas Becket estaban empeñados en restringir el poder de los gobernantes.

El obispo Waleran era un clérigo que estaba del lado de los gobernantes. Para él el poder estaba para ser utilizado sin cortapisas.

Las derrotas sufridas a lo largo de tres décadas no habían logrado debilitar su firme creencia de considerarse instrumento de la Voluntad de Dios ni su implacable decisión de cumplir con tan sagrado deber, William estaba seguro de que, incluso mientras procedía a la consagración de la catedral de

Kingsbridge, estaba concibiendo alguna manera de empañar el instante de gloria de Philip.

William estuvo moviéndose durante todo el oficio. Sus piernas se resistían más estando quieto de pie que andando. Cuando acudía a la iglesia de Shiring, Walter llevaba un asiento consigo. Así podía dormitar de cuando en cuando. Sin embargo, allí había personas con las que hablar y muchos de los fieles aprovechaban la ocasión para hacer negocios. William deambulaba por el templo, congraciándose con los poderosos, intimidando a los débiles y recogiendo información de todos y cada uno. Ya no seguía provocando terror entre la población como en sus buenos viejos tiempos; pero como sheriff aún se le temía y se le evitaba.

El oficio proseguía interminable. Hubo un largo intervalo durante el cual los monjes salieron al exterior y dieron vuelta a la iglesia lanzando a sus muros aspersiones de agua bendita. Ya próximo el final, el prior Philip anunció la designación de un nuevo sub-prior. Era el hermano Jonathan, el huérfano del priorato. Jonathan, que estaba en la treintena y era altísimo, le recordaba a William al viejo Tom Builder, que también había sido una especie de gigante.

Una vez que el oficio llegó a su fin, los invitados distinguidos se dirigieron hacia el crucero sur y la pequeña nobleza del Condado se agolpó para saludarles. William se les unió cojeando. Hubo un tiempo en que trataba a los obispos como iguales. Pero ahora tenía que inclinarse y adularlos junto con los caballeros y los pequeños terratenientes.

—¿Quién es el nuevo sub-prior? —preguntó Waleran a William llevándolo aparte.

—El huérfano del priorato —repuso William.

—Parece muy joven para ocupar ese cargo.

—Es mayor de lo que era Philip cuando lo designaron como prior.

Waleran parecía pensativo.

—El huérfano del priorato. Refréscame la memoria.

—Cuando Philip llegó aquí traía con él una criatura.

La expresión de Waleran se iluminó con el recuerdo.

—¡Por la cruz, eso es! Había olvidado al bebé de Philip. ¿Cómo he podido permitir que eso se haya escabullido de mi memoria?

—Han pasado treinta años. ¿A quién puede importarle?

Waleran dirigió a William aquella mirada desdeñosa que él tanto aborrecía y que parecía decir: *¿No eres capaz, de imaginar algo tan sencillo, pedazo de buey?* Sintió un dolor agudo en el pie y cambió de postura para intentar aliviarlo.

—Bien, ¿de dónde salió el niño? —preguntó Waleran.

William se tragó su resentimiento.

—Si mal no recuerdo, lo encontraron abandonado cerca de su vieja célula del bosque.

—Mejor que mejor —aseguró anheloso Waleran.

William seguía sin saber a lo que se refería.

—¿Y qué? —preguntó malhumorado.

—¿Tú dirías que Philip educó al niño como si fuera su propio hijo?

—Sí.

—Y ahora le nombra sub-prior.

—Es de suponer que lo hayan elegido los monjes. Creo que es muy popular.

—Quien sea sub-prior a los treinta y cinco años debe tener grandes posibilidades de llegar a ser prior.

William no estaba dispuesto a volver a decir: ¿Y qué? Así que se limitó a esperar sintiéndose como un colegial estúpido, a que Waleran se explicara.

—Jonathan es, a todas luces, hijo de Philip.

William se echó a reír. Había esperado una de aquellas profundas ideas y Waleran le salía con algo tan ridículo. Ante la gran satisfacción de William, su risotada hizo enrojecer un poco la tez cerúlea de Waleran.

—Nadie que conozca a Philip creería semejante cosa. Es un viejo sarmiento seco desde que naciera. ¡Vaya idea!

Volvió a estallar en risa. Es posible que Waleran se haya creído siempre muy listo pero esta vez ha perdido el sentido de la realidad.

El obispo mostró una altivez glacial.

—Y yo digo que Philip tenía una amante cuando dirigía aquel pequeño priorato del bosque. Al ser nombrado prior de Kingsbridge hubo de abandonar a la mujer. Ella no quería al bebé si no tenía al padre. De manera que se lo endosó a él. Como Philip es un sentimental se consideró obligado a cuidarse de la criatura de manera que lo hizo pasar por un niño abandonado.

—Increíble. Tratándose de otro, sí. Pero Philip de ninguna manera.

—Si la criatura fue abandonada ¿cómo podría demostrar de dónde procedía? —insistió Waleran.

—No puede —admitió William, y miró a través del crucero sur donde Philip y Jonathan hablaban con el obispo de Hereford—. Pero si ni siquiera se parecen.

—Tampoco tú te pareces a tu madre —adujo Waleran—. Dios sea alabado.

—Y ¿de qué sirve todo ello? —preguntó William—. ¿Qué va hacer al respecto?

—Denunciarlo ante un tribunal eclesiástico —afirmó Waleran.

Eso era diferente. Nadie que conociera a Philip creería por un solo instante la acusación de Waleran, pero un juez ajeno a Kingsbridge podría encontrarlo aceptable. William comprobó reacio que, después de todo, la idea de Waleran no era tan descabellada. Como siempre, era más astuto que William. Y además fariseo y provocador. Pero William estaba entusiasmado con la idea de hacer morder el polvo a Philip.

—¡Por Dios! —exclamó ansioso—. ¿Creéis que pueda hacerse?

—Depende de quién sea el juez. Pero es posible que yo consiga algo al respecto. Me pregunto...

William miró a través del crucero a Philip, triunfante y sonriente con su alto protegido al lado. Los amplios vitrales de las ventanas arrojaban sobre ellos una luz fascinante que les hacía parecer figuras de una ensoñación.

—Fornicación y nepotismo —exclamó William jubiloso—. ¡Dios mío!

—Si logramos hacer que se lo traguen será el fin de ese condenado prior —exclamó Waleran con fruición.

No era posible que ningún juez racional encontrara a Philip culpable.

La verdad era que nunca hubo de resistirse demasiado a la tentación de fornicar. Sabía, a través de la confesión, que algunos monjes luchaban desesperadamente contra los deseos carnales. Él no era de ésos. Hubo un tiempo, a los dieciocho años más o menos, que había sufrido sueños impuros, pero aquella fase no había durado mucho. Durante toda su vida le había resultado muy fácil la castidad. Nunca realizó el acto carnal y, probablemente, ya era demasiado viejo para esas cosas.

Sin embargo, la Iglesia estaba tomando muy en serio la acusación.

Un tribunal eclesiástico había de juzgar a Philip. Estaría presente un arcediano de Canterbury. Waleran quería que el juicio se celebrara en Shiring. Pero Philip luchó con éxito contra aquella idea y, en consecuencia, se celebraría en Kingsbridge, que en definitiva era la ciudad catedralicia. En aquellos momentos, Philip se encontraba retirando sus efectos personales de la casa del prior para dejar sitio al arcediano que se alojaría en ella.

Sabía que era inocente de fornicación de lo que se deducía, con toda lógica, que también lo era de nepotismo, ya que no se puede hablar de trato privilegiado de un pariente cuando se beneficia a alguien con quien no se tiene parentesco alguno. Sin embargo, escudriñaba en el fondo de su corazón para comprobar si había hecho mal al elevar a Jonathan. Al igual que los pensamientos impuros eran una especie de sombra de pecado mortal, acaso el favoritismo hacia un huérfano, por el que sentía un afecto inmenso, tuviera un levísimo matiz de nepotismo. Se esperaba de los monjes que renunciaran al consuelo de la vida familiar; no obstante, Jonathan había sido como un hijo

para Philip. Lo había hecho cillerero cuando todavía era muy joven y ahora le había promovido a sub-prior. *¿Lo hice por mi propio orgullo y satisfacción?*, se preguntó.

Sí, en efecto, se respondió.

Había obtenido una satisfacción inmensa enseñando a Jonathan, viéndole crecer y observándole cómo aprendía a dirigir los asuntos del priorato. Pero ocurría que, aunque todas esas cosas no hubieran producido una satisfacción enorme a Philip, Jonathan seguiría siendo el administrador joven más capaz del priorato. Era inteligente, devoto, imaginativo y concienzudo. Al haber crecido en el monasterio no conocía otra vida y jamás había ansiado la libertad. El propio Philip se crió en una abadía.

Nosotros, los huérfanos monacales, somos los mejores monjes, se dijo.

Metió un libro en una bolsa. El Evangelio según San Lucas. Tan sabio. Había tratado a Jonathan como a un hijo, pero no había cometido pecado alguno merecedor de ser llevado ante un tribunal eclesiástico. La acusación era absurda.

Por desgracia, la mera acusación resultaría perniciosa. Reduciría su autoridad moral. Habría gentes que la recordarían y, en cambio, olvidarían el veredicto. La próxima vez que Philip se levantara y dijera: *Los mandamientos dicen: No desearás la mujer de tu prójimo*, algunos de los fieles estarían pensando: *Pero tú te divertiste de lo lindo cuando eras joven.*

Jonathan irrumpió jadeante en la habitación. Philip frunció el ceño. El sub-prior no debería irrumpir en las habitaciones jadeando. Philip estaba a punto de lanzarse a una homilía sobre la dignidad de los funcionarios monásticos, pero Jonathan no le dio tiempo.

—¡Ya está aquí el arcediano Peter!

—Muy bien, muy bien —le tranquilizó Philip—. De todas formas ya he terminado —alargó a Jonathan la bolsa—. Lleva esto al dormitorio y no vayas corriendo por todas partes. Un monasterio es un lugar de paz y quietud.

Jonathan aceptó la bolsa y la reprimenda.

—No me gusta la expresión del arcediano —dijo.

—Estoy seguro de que será un juez justo y eso es cuanto necesitamos —lo calmó Philip.

Abrióse de nuevo la puerta y el arcediano entró. Era un hombre alto de aspecto dinámico, más o menos de la edad de Philip, escaso ya el pelo gris y con expresión de superioridad. Le resultaba vagamente familiar.

—Soy el prior Philip —dijo alargándole la mano.

—Os conozco —respondió el arcediano con aspereza—. ¿No me recordáis?

Philip sí que recordó aquella voz grave y se le cayó el alma a los pies. Era su más viejo enemigo.

—Arcediano Peter —dijo ceñudo—. Peter de Wareham.

—Era un pendenciero —explicaba Philip a Jonathan una vez hubieron dejado al arcediano acomodándose en la casa del prior—. Solía lamentarse de que no trabajábamos con suficiente ahínco, o que comíamos demasiado bien, incluso de que los oficios eran muy cortos. Aseguraba que yo me mostraba indulgente. Estoy seguro de que quería ser prior. Y desde luego habría sido un desastre. Lo nombré limosnero para que se pasase fuera la mayor parte del tiempo. Lo hice sencillamente para librarme de él. Era lo mejor para el priorato y para él mismo. Pero estoy seguro de que, al cabo de treinta y cinco años, todavía me odia por ello —suspiró—. Cuando tú y yo visitamos St-John-in-the-Forest después de la gran carestía supe que Peter había ido a Canterbury. Y ahora va a ocupar aquí el estrado para juzgarme.

Se encaminaron al claustro. Hacía buen tiempo y el sol calentaba.

En la parte norte cincuenta muchachos de tres clases diferentes aprendían a leer y escribir. El murmullo ahogado de sus lecciones flotaba a través del cuadrángulo. Philip recordaba cuando sólo asistían a la escuela cinco muchachos y el maestro de novicios era un viejecito caduco. Pensó en todo lo que había hecho allí. La construcción de la catedral, la transformación de un priorato empobrecido y prácticamente en la ruina en una institución acaudalada, influyente y activa, el agrandamiento de la ciudad de Kingsbridge. En la iglesia más de cien monjes celebraban misa cantada. Desde donde estaba sentado podía ver la asombrosa belleza de los vitrales en las ventanas del trifolio. A su espalda, por el lado este, se alzaba una biblioteca construida en piedra. Contenía centenares de libros sobre teología, astronomía, ética, matemáticas y de todas las ramas del conocimiento humano. Afuera, las tierras del priorato administradas lúcidamente en interés propio por funcionarios monásticos, mantenían, no sólo a los monjes, sino también a centenares de trabajadores del campo. ¿Le iban a quitar todo aquello por una falsedad? ¿Entregarían ese priorato próspero y temeroso de Dios a cualquier otro, a un peón del obispo Waleran como el escurridizo arcediano Baldwin o a un loco farisaico como Peter de Wareham para que lo condujeran de nuevo a la penuria, al deterioro en menos tiempo del que Philip empleó para encumbrarlo? ¿Se reducirían los grandes rebaños de ovejas a un puñado de corderas escrupulosas? ¿Volverían las granjas a reducir el ritmo de cultivos y a su invalidez por la cizaña? ¿Se cubriría de polvo la biblioteca por falta de uso? ¿Se hundiría esa hermosa catedral por la incuria y el abandono? *Dios me ayudó a lograr todo eso*, se dijo, *no puedo creer que su designio sea que quede en nada.*

—De todas maneras es imposible que el arcediano Peter pueda encontraros culpable —opinó Jonathan.

—Creo que lo hará —repuso Philip con tono triste.

—¿Puede hacerlo en conciencia? —pregunto Jonathan.

—Creo que durante toda su vida ha estado alimentando el deseo de hallar un agravio contra mí y ahora se le presenta la oportunidad de demostrar que yo he sido siempre el pecador y él, el justo. Como quiera que sea, Waleran lo ha descubierto y se ha asegurado de que designaran a Peter para juzgar el caso.

—¿Pero existe alguna prueba?

—No necesita pruebas. Escuchará la acusación, luego la defensa, seguidamente rezará para encontrar el buen camino y comunicará su veredicto.

—Es posible que Dios lo conduzca por el camino recto.

—Peter no escucha a Dios. Nunca lo ha escuchado.

—¿Y qué ocurrirá?

—Seré relevado —contestó Philip ceñudo—. Tal vez me dejen continuar aquí como simple monje, para que haga penitencia por mi pecado, pero no es muy probable. Lo más seguro es que me expulsen de la Orden para evitar mi influencia aquí.

—¿Y entonces qué pasará?

—Tendrá que haber una elección, como es lógico. Y, al llegar a ese punto, entrará en acción, por desgracia, la política real. El rey Henry mantiene una disputa con el arcediano de Canterbury, Thomas Becket y éste se encuentra exiliado en Francia. La mitad de sus arcedianos están con él, la otra mitad de los que se quedaron, se han puesto de parte del rey contra su arcediano. Es evidente que Peter pertenece a este grupo. El obispo Waleran se ha puesto también del lado del rey. Recomendará el prior que él elija, respaldado por los arcedianos de Canterbury y el rey. A los monjes de aquí les resultará dificilísimo oponerse a ella.

—¿Quién creéis que pueda ser?

—Permanece tranquilo. Seguro que Waleran ya ha pensado en alguien. Puede ser el arcediano Baldwin. O tal vez Peter de Wareham.

—¡Tenemos que hacer algo para evitarlo! —exclamó Jonathan.

Philip asintió.

—Pero todo está en contra nuestra. No hay nada que podamos hacer para modificar la situación política. La única posibilidad...

—¿Cuál es?

El caso parecía tan perdido que Philip prefirió no barajar ideas desesperadas. Sólo servirían para excitar el optimismo de Jonathan para que luego fuera mayor su decepción.

—Nada —contestó Philip.

—¿Qué ibais a decir?

Philip seguía rumiando las ideas.

—Si hubiera alguna manera de demostrar mi inocencia sin sombra de duda, sería imposible que Peter me declare culpable.

—¿Una prueba evidente a vuestro favor?

—Exacto.

—¿Cuál podría ser?

—No se puede demostrar una negativa. Habríamos de encontrar al verdadero padre.

Aquello despertó al punto el entusiasmo de Jonathan.

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Eso es lo que hay que hacer!

—Tranquilízate —le recomendó Philip—. Ya lo intenté en su día. Y no es probable que resulte más fácil ahora, al cabo de tantos años.

Jonathan no estaba dispuesto a dejarse desalentar.

—¿No hubo indicio alguno sobre mi origen?

—Me temo que ninguno.

Philip se sentía preocupado por haber dado a Jonathan esperanzas; lo más seguro era que no llegaran a cumplirse. Aunque el muchacho no podía acordarse de sus padres, siempre le había perturbado el hecho de que le abandonaran. Ahora creía que podría resolver el misterio y encontrar alguna explicación que demostrara que en realidad había tenido su cariño. Philip estaba seguro de que ello sólo provocaría frustración.

—¿Preguntasteis a las gentes que vivían en las cercanías? —inquirió Jonathan.

—Nadie vivía en las cercanías. La célula se encuentra en el corazón del bosque. Tus padres debieron llegar a través de muchas millas, tal vez desde Winchester. Ya he analizado minuciosamente esa cuestión.

—Por aquel tiempo ¿no visteis viajero alguno en el bosque? —insistió Jonathan.

—No —repuso Philip.

Luego frunció el entrecejo. ¿Era eso verdad? Algo acudió a su memoria. El día en que se encontró al niño, Philip había dejado el priorato para acudir al palacio del obispo y durante el camino había hablado con alguien. De repente se acordó.

—Bueno, sí. Me encontré con Tom Builder y su familia.

Jonathan estaba asombrado.

—¡Nunca me lo habíais dicho!

—Nunca me pareció importante. Y sigo pensando lo mismo. Me los encontré un día o dos después. Les pregunté y me respondieron que no habían visto a nadie que pudiera ser la madre o el padre de la criatura abandonada.

Jonathan se mostró cabizbajo. Philip temía que la investigación resultara para él una doble decepción, la de no averiguar quiénes fueron sus padres y la de fracasar en la demostración de su inocencia.

Pero ya no había forma de pararle.

—De todos modos, ¿qué hacía en el bosque? —insistió.

—Tom iba camino del palacio el obispo. Buscaba trabajo. Así fue como recalaron aquí.

—Quiero volver a interrogarles.

—Bien. Tom y Alfred han muerto. Ellen vive en el bosque y sólo Dios sabe cuándo reaparecerá. Pero puedes hablar con Jack y Martha.

—Merece la pena intentarlo.

Acaso Jonathan tuviera razón. Poseía la energía de la juventud.

Philip se había mostrado pesimista y desalentado.

—Adelante —dijo al joven monje—. Yo me siento viejo y cansado. De lo contrario se me habría ocurrido a mí. Habla con Jack. Es un hilo muy sutil del que colgarse. Pero también es nuestra única esperanza.

El dibujo de la ventana había sido trazado y pintado sobre una gran mesa de madera lavada previamente con cerveza, para evitar que se corrieran los colores. El dibujo representaba una genealogía de Cristo en forma de imágenes. Sally cogió un pedazo grueso de cristal coloreado de rubí y lo colocó en el dibujo, sobre el cuerpo de uno de los reyes de Israel. Jack nunca estuvo seguro de cuál de ellos, ya que nunca había sido capaz de recordar el enrevesado simbolismo de las imágenes teológicas. Sally sumergió un pincel fino en un cuenco con greda triturada y disuelta en agua, y pintó el contorno del cuerpo sobre el cristal. Hombros, brazos y la falda del ropaje. En la lumbre que ardía en el suelo junto a su mesa había una varilla de hierro con mango de madera. La sacó del fuego y, con rapidez aunque con minucioso cuidado, la pasó a lo largo del perfil que había pintado. El cristal se rompió limpiamente alrededor de todo el contorno. Su aprendiz cogió el trozo de cristal y empezó a pulir los bordes con un hierro limador.

A Jack le encantaba contemplar cómo trabajaba su hija. Era rápida, precisa y parca en movimientos. De niña siempre se había sentido fascinada por el trabajo de los vidrieros que Jack hizo venir de París.

Aseguró en todo momento que era eso lo que quería hacer cuando fuera mayor. Y siguió en sus trece. Jack reconocía con cierta tristeza que cuando la gente llegaba por primera vez a la catedral de Kingsbridge, se sentía más deslumbrada por los vitrales de Sally que por la arquitectura de su padre.

El aprendiz entregó a la joven el cristal pulido, y ella empezó a pintar sobre la superficie los pliegues de la túnica, utilizando una pintura hecha con ganga de hierro, orina y goma arábiga para que se adhiriera. El cristal liso pronto empezó a tener la apariencia de un tejido suave con pliegues ondulantes. Era en extremo hábil. Terminó en seguida. Luego, colocó el cristal pintado junto a otros, en una gamella de hierro, cuyo fondo estaba cubierto de cal. Una vez llena, la gamella iba al horno. Con el calor, la pintura se fundía con el cristal.

Sally miró a Jack, esbozó una breve y deliciosa sonrisa y cogió otro trozo de cristal.

Jack se alejó. Podría pasarse el día mirando cómo trabajaba; pero había cosas que hacer. Como Aliena siempre decía, estaba encandilado con su hija. Cuando la contemplaba, se sentía a veces como asombrado de haber sido el responsable de la existencia de aquella joven inteligente, independiente y juiciosa. Y le emocionaba que fuese una artesana tan buena.

Lo irónico era que siempre había insistido con Tommy para que se dedicara a la construcción. Incluso le había obligado a trabajar en el enclave durante un par de años. Pero el chico en lo que estaba interesado era en las labores del campo, la equitación, la caza y la esgrima, todas aquellas cosas que dejaban frío a Jack. Finalmente, hubo de aceptar la derrota. Tommy había servido de escudero a uno de los señores locales y no tardó en ser nombrado caballero. Aliena le concedió una pequeña propiedad compuesta por cinco aldeas. Y resultó ser Sally la que tenía talento. Tommy se había casado con la hija del conde de Bedford y tenían tres hijos. Así que Jack era ya abuelo. Sin embargo, Sally seguía soltera a los veinticinco años. Se parecía muchísimo a su abuela Ellen. Era agresivamente independiente.

Jack se dirigió al extremo oeste de la catedral y miró hacia arriba, a las torres gemelas. Estaban casi terminadas. Una gran campana de bronce venía de camino desde la fundición de Londres. Por esos días, a Jack ya no le quedaba mucho por hacer. Mientras en un día llegó a controlar un ejército de musculosos canteros y carpinteros, que colocaban hiladas de piedras cuadradas y construían andamiajes, en aquellos momentos ya sólo tenía a sus órdenes un puñado de tallistas y pintores realizando un trabajo preciso y esmerado en pequeña escala. Realizaban estatuas para hornacinas, construían fastigios y doraban las alas de ángeles de piedra. No había nada que diseñar aparte de algún nuevo edificio ocasional para el priorato. Una

biblioteca, una sala capitular, nuevos alojamientos para peregrinos, edificaciones para lavandería o lechería. Entre aquellos trabajos de poca monta, Jack se dedicaba también, por primera vez en muchos años, a tallar algo en piedra. Estaba impaciente por derribar el viejo presbiterio de Tom Builder y alzar un nuevo extremo este con su propio diseño. Pero el prior Philip quería disfrutar durante un año de la iglesia acabada antes de iniciar otra etapa de construcción. Philip empezaba a sentir el peso de los años. Jack temía que el pobre no viviera para ver reconstruido el presbiterio.

Sin embargo, el trabajo proseguiría después de la muerte de Philip, se dijo Jack al divisar la altísima figura del hermano Jonathan que se dirigía hacia él con grandes zancadas desde el patio de la cocina. Sería un excelente prior, quizás casi tan bueno como el propio Philip. Jack se sentía satisfecho de que la sucesión estuviera asegurada, ya que ello le permitía proyectar el futuro.

—Estoy preocupado por ese tribunal eclesiástico, Jack —le dijo Jonathan sin más preámbulos.

—Pensé que se trataba de una tormenta en un vaso de agua —respondió Jack.

—Eso creía yo... Pero resulta que el arcediano es un viejo enemigo del prior Philip.

—Maldición. Pero, de todos modos, no podrá declararle culpable.

—Puede hacer cuanto quiera.

Jack movió la cabeza asqueado. A veces se preguntaba cómo hombres como Jonathan podían seguir creyendo en la Iglesia existiendo tan abyecta corrupción.

—¿Qué vais a hacer?

—La única manera de demostrar su inocencia es averiguar quiénes eran mis padres.

—Algo tarde para eso, ¿no?

—Es nuestra única esperanza.

Jack se sintió algo turbado. No cabía duda de que estaban desesperados de verdad.

—¿Por dónde vais a empezar?

—Contigo. Tú estabas en la zona de St-John-in-the-Forest por la fecha en que yo nací.

—¿De veras? —Jack no comprendía adónde quería llegar Jonathan—. Viví allí hasta los once años, que son los que debo tener más que tú.

—El padre Philip dice que el mismo día que me hallaron, él se encontró con vosotros. Contigo, con tu madre, con Tom Builder y con los hijos de Tom.

—Sí, lo recuerdo. Devoramos toda la comida de Philip. Estábamos muertos de hambre.

—Procura recordar. ¿Visteis a alguien con un bebé o alguna mujer joven que pareciera haber estado encinta, en alguna parte de esa zona?

—Espera un momento, —Jack estaba perplejo—. ¿Me estás diciendo que te encontraron cerca de St-John-in-the-Forest?

—Eso es... ¿No lo sabías?

Jack apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—No, no lo sabía —dijo hablando de forma pausada mientras en su mente bullían las implicaciones de esa revelación—. Cuando llegamos a Kingsbridge, tú te encontrabas ya aquí y, como es lógico, supuse que te habían encontrado en los bosques cercanos.

De repente sintió la necesidad de sentarse. Cerca había un montón de escombros de la construcción y se dejó caer sobre ellos.

—Bueno, dime, ¿visteis a alguien en el bosque? —insistió Jonathan impaciente.

—Pues claro —contestó Jack—. No sé cómo decírtelo, Jonathan.

El monje palideció.

—¿Sabes algo acerca de esto, verdad? ¿Qué viste?

—Te vi a ti, Jonathan. Eso es lo que vi.

Jonathan se quedó con la boca abierta.

—¿Qué...? ¿Cómo?

—Había amanecido. Yo iba a la caza de patos. Oí un llanto. Encontré a una criatura recién nacida, envuelta en la mitad de una capa vieja yaciendo junto al rescoldo de una hoguera.

Jonathan se quedó mirándolo.

—¿Algo más?

Jack asintió con un movimiento de cabeza.

—El bebé se encontraba sobre una tumba reciente.

Jonathan tragó con dificultad.

—¿Mi madre?

Jack asintió.

A Jonathan se le saltaron las lágrimas pero siguió haciendo preguntas.

—¿Qué hiciste?

—Fui en busca de mi madre. Pero, cuando volvimos al lugar, vimos a un sacerdote a caballo llevando al bebé.

—Francis —dijo Jonathan con voz ahogada.

—¿Qué?

A Jack seguía costándole tragar.

—Me encontró el hermano del padre Philip. De allí es de donde me recogió.

—Dios mío.

Jack se quedó mirando a aquel monje alto al que las lágrimas le corrían por las mejillas. *Y aún no lo has oído todo, Jonathan*, dijo para su fuero interno.

—¿Viste a alguien que pudiera haber sido mi padre?

—Sí —respondió Jack con voz solemne—. Sé quién era.

—¡Dímelo! —musitó Jonathan.

—Tom Builder.

—¿Tom Builder? —Jonathan se dejó caer pesadamente sobre el suelo—. ¿Tom Builder era mi padre?

—Sí. —Jack movió la cabeza asombrado—. Ahora sé a quién me recuerdas. Tú y él sois las personas más altas que jamás he conocido.

—Cuando era niño, siempre fue bueno para mí —rememoró Jonathan en actitud confusa— Solía jugar conmigo. Me quería. Estaba con él tanto como con el prior Philip. —Las lágrimas le caían ya sin rebozo—. Era mi padre. Mi padre. —Alzó la mirada hacia Jack—. ¿Por qué me abandonó?

—Creían que de todas maneras ibas a morir. No tenían leche para darte. Ellos mismos se estaban muriendo de inanición. Lo sé. Se encontraban a millas de cualquier lugar habitado. Ignoraban que el priorato se hallaba cerca. Por alimento sólo tenían nabos y dártelos habría sido matarte.

—O sea que, después de todo, me querían.

Jack evocó la escena como si hubiera tenido lugar el día anterior, la hoguera medio apagada, la tierra recién removida de la tumba y el diminuto y sonrosado bebé agitando brazos y piernas dentro de la vieja capa gris. Era asombroso que aquella cosa diminuta se hubiera transformado en el hombre alto que, sentado en el suelo, lloraba frente a él.

—Sí, claro que te querían.

—¿Cómo es que nadie habló nunca de ello?

—Tom se sentía desde luego avergonzado —explicó Jack—. Mi madre debía saberlo y supongo que nosotros, los niños, lo sospechábamos. Como quiera que fuese, se trataba de un tema de conversación prohibido, y, desde luego, jamás relacionamos aquel bebé contigo.

—Tom sí que debió haberlo relacionado —opinó Jonathan.

—Sí.

—Me pregunto por qué no volvió a hacerse cargo de mí.

—Mi madre le dejó al poco tiempo de que llegásemos aquí —contestó Jack—. Al igual que Sally, era difícil de complacer. Como quiera que fuese, ello significaba que Tom había de contratar un ama para que se ocupara de ti.

Creo que debió decirse: *¿Por qué no dejar que continúe en el monasterio?* Aquí estabas muy bien cuidado.

Jonathan asintió.

—Por el querido Johnny Eightpence, que Dios tenga en su santa gloria.

—De esa manera Tom estaba más tiempo contigo. Te pasabas todo el día corriendo por el recinto del priorato y él se pasaba la jornada trabajando aquí. Si te hubiera llevado lejos y te hubiera dejado en casa con una mujer que cuidara de ti, habría estado a tu lado mucho menos tiempo. Y me imagino, con el paso de los años y por el hecho de haberte convertido en el huérfano del priorato y sentirte así feliz, fue encontrando cada vez más natural que permanecieras entre los monjes. De todas maneras, las gentes suelen dar un hijo a Dios.

—Todos estos años los he pasado haciendo cábalas sobre mis padres —confesó Jonathan y Jack sintió pena por él—; he tratado de imaginar cómo serían, pedí a Dios que me dejara conocerlos, me pregunté si me habrían querido, pensé qué motivos habrían tenido para abandonarme. Ahora ya sé que mi madre murió al traerme al mundo y que mi padre estuvo junto a mí el resto de su vida. —Sonrió a través de las lágrimas—. No puedo decirte lo feliz que me siento.

El propio Jack estaba al borde del llanto.

—Eres igual que Tom —dijo para disimular.

—¿De veras?

Jonathan se mostró complacido.

—¿No recuerdas lo alto que era?

—Entonces todos los adultos me parecían altos.

—Tenía unas facciones correctas como las tuyas. Bien cinceladas. Si llevaras barba, la gente te tomaría por él.

—Recuerdo el día de su muerte —evocó Jonathan—. Me llevó por toda la feria. Vimos la lucha del oso. Luego, trepé por el muro del presbiterio. Y me sentí demasiado asustado para bajar, así que subió él y me llevó consigo. Entonces vio que llegaban los hombres de William, así que me dejó en el claustro. No volví a verlo con vida.

—Lo recuerdo —asintió Jack—, presencié cómo bajaba contigo en brazos.

—Se aseguró de ponerme a salvo —musitó Jonathan con admiración y gratitud.

—Luego fue en busca de los demás —continuó Jack.

—En realidad me quería.

Entonces a Jack se le ocurrió algo.

—Todo esto influirá sobre el juicio de Philip, ¿no es así?

—Lo había olvidado —exclamó Jonathan—. Sí, claro que influirá. ¡Ave María!

—¿Tenemos una prueba irrefutable? —preguntó Jack—. Yo vi al sacerdote y al bebé; pero, en realidad, no vi que se lo llevara al priorato.

—Francis sí que lo vio. Pero como es hermano de Philip, su testimonio no será estimado.

—Mi madre y Tom se fueron juntos aquella mañana —reconstruyó Jack haciendo un esfuerzo de memoria—. Dijeron que iban en busca de un sacerdote. Apuesto a que se dirigieron al priorato para asegurarse de que la criatura se encontraba bien.

—Si lo dijera así ante el tribunal, el caso quedaría concluido —exclamó Jonathan ansioso.

—Philip cree que es bruja —le hizo observar Jack—. ¿La dejaría atestiguar?

—Podemos sorprenderle. Pero ella también lo aborrece. ¿Estaría dispuesta a testificar?

—No lo sé —dijo Jack— Lo mejor es que se lo preguntemos.

—¿Fornicación y nepotismo? —exclamó la madre de Jack—. ¿Philip? —rompió a reír—. Jamás he oído cosa más absurda.

—Se trata de algo grave, madre —apuntó Jack.

—Philip no fornicaría aunque lo metieran en un barril con tres rameras —dijo—. ¡No sabría cómo hacerlo!

Jonathan parecía incómodo.

—A pesar de que la acusación sea absurda, el prior Philip se encuentra en graves dificultades —dijo.

—¿Y por qué habría yo de ayudar a Philip? —preguntó Ellen—. Sólo me ha dado aflicciones.

Jack se había temido aquello. Su madre jamás había perdonado al prior que los separara a ella y a Tom.

—Philip me hizo a mí lo mismo que a ti. Si yo he podido perdonarle, tú también puedes.

—No soy de las que perdonan —contestó Ellen.

—Entonces no lo hagas por Philip, hazlo por mí. Quiero seguir construyendo en Kingsbridge.

—¿El qué? La iglesia está acabada.

—Quiero derribar el presbiterio de Tom y reconstruirlo de acuerdo con un nuevo estilo.

—Por todos los cielos...

—Philip es un buen prior, madre; y cuando él se vaya Jonathan ocupará su puesto. Eso, naturalmente, si vienes a Kingsbridge y dices la verdad ante el tribunal.

—Odio los tribunales —repuso ella—. Nunca sale nada bueno de ellos.

Era irritante. Tenía la clave del juicio de Philip, podía asegurar que fuera declarado inocente. Pero era una anciana testaruda. Jack albergaba serios temores de no llegar a convencerla. Intentaría aguijonearla para que consintiera.

—Comprendo que es un camino demasiado largo de recorrer para alguien de tus años —insinuó artero—. ¿Qué edad tienes... sesenta y ocho?

—Sesenta y dos y no intentes provocarme —le dijo con brusquedad—. Estoy mejor que tú, muchacho.

Es posible que sea así, se dijo Jack. Tenía el pelo blanco como la nieve y el rostro con muchas arrugas, pero sus sorprendentes ojos dorados eran los mismos de siempre. Tan pronto como vio a Jonathan supo quién era.

—Bien, no necesito preguntarte por qué estas aquí —le había dicho—. Has descubierto tu procedencia, ¿verdad? Por Dios que eres tan alto como tu padre y casi tan fornido.

También ella seguía siendo tan independiente y terca como siempre.

—Sally es igual que tú —le dijo Jack.

Ellen pareció complacida.

—¿De veras? —sonrió—. ¿En qué sentido?

—En el de su obstinación.

—Humm —parecía enojada—. Entonces le irá de perlas.

Jack llegó a la conclusión de que ya sólo le quedaba suplicar.

—Por favor, madre. Ven con nosotros a Kingsbridge y di la verdad.

—No sé —respondió Ellen.

—Tengo algo más que pedirte —le dijo Jonathan.

Jack se preguntó con qué saldría ahora. Temía que dijera algo que pudiera provocar el rechazo de su madre. Era fácil, sobre todo tratándose del clero. Contuvo el aliento.

—¿Podrías llevarme adonde mi madre está enterrada? —preguntó Jonathan.

Jack se tranquilizó. No había nada malo en eso. Por el contrario, Jonathan no podía haber pensado en algo mejor para enternecerla.

Ellen abandonó de inmediato su actitud desdeñosa.

—Claro que te llevaré —dijo—. Estoy segura de que podré encontrar el lugar.

Jack se mostraba reacio a perder el tiempo. El juicio empezaba el día siguiente por la mañana y les quedaba un largo camino por recorrer. Pero tuvo la sensación de que debía dejar que la suerte siguiera su curso.

—¿Quieres ir ahora allí? —preguntó Ellen a Jonathan.

—Si es posible sí. Por favor.

—Muy bien.

Ellen se puso en pie. Cogió una capa corta de piel de conejo y se la echó por los hombros. Jack estuvo a punto de decirle que tendría demasiado calor con aquello; pero se abstuvo. Las personas mayores siempre tienen más frío.

Abandonaron la cueva con su olor a manzanas almacenadas y humo de leña, atravesaron los matorrales de alrededor de la entrada, que servían para ocultarla, y salieron bajo los rayos del sol primaveral. La madre se puso en marcha sin vacilar. Jack y Jonathan desataron sus caballos y la siguieron. No podían cabalgar a causa de la excesiva vegetación. Jack se fijó en que su madre andaba más despacio que antes. No estaba tan en forma como pretendía.

Jack no habría podido encontrar el lugar por sí mismo. Hubo un tiempo en que era capaz de recorrer aquel bosque con la misma facilidad con que ahora se movía por Kingsbridge. Pero, en la actualidad, un calvero le parecía semejante a otro, al igual que las casas de Kingsbridge se le antojaban todas iguales a un forastero. Madre seguía una cadena de senderos de cabras a través del espeso bosque. De cuando en cuando, Jack reconocía algún punto de referencia asociado a un recuerdo infantil. Un enorme roble viejo donde en cierta ocasión se refugió de un jabalí, una conejera que les había proporcionado más de una cena, un arroyo truchero en el que recordó que había pescado peces gordos en un santiamén. Durante un trecho, sabía dónde se encontraba; pero al instante se sentía otra vez perdido.

Era asombroso pensar que hubo una época durante la cual aquel lugar que en esos momentos le parecía un lugar extraño, era como su casa. Las cañadas y sotos se hallaban tan carentes de sentido para él como sus dovelas y gálibos para los campesinos. Si en aquellos días hubiera querido imaginar cómo sería su vida, jamás se habría acercado siquiera a la realidad.

Caminaron algunas millas. Era un día cálido de primavera. Jack estaba sudando; pero madre seguía con la piel de conejo puesta. Hacia media tarde, se detuvo en un calvero penumbroso. Jack se dio cuenta de que respiraba anhelante y tenía la tez algo gris. En definitiva, ya era hora de que dejara el bosque y se fuera a vivir con él y con Aliena. Decidió esforzarse al máximo para convencerla.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Pues claro que me encuentro bien —contestó ella tajante—. Ya estamos.

Jack miró en derredor. No lo reconocía.

—¿Es aquí? —preguntó Jonathan.

—Sí —le aseguró Ellen.

—¿Dónde está el camino? —preguntó Jack.

—Hacia allí.

Una vez que Jack se hubo orientado, el calvero empezó a parecerle familiar. Allí estaba el enorme castaño de Indias. Por entonces, sus ramas aparecían desnudas y se veían pericarpios espinosos por todo el suelo del bosque. Pero, en esos momentos, el árbol se hallaba en flor, unas grandes flores blancas, semejantes a velas, que lo cubrían todo.

Habían empezado ya a caer y cada dos por tres se desprendía una nube de pétalos.

—Martha me ha contado lo ocurrido —dijo Jack—. Os detuvisteis aquí porque tu madre no podía seguir adelante. Tom encendió fuego e hirvió algunos nabos para cenar. No había otra cosa. Madre te trajo al mundo exactamente aquí, sobre el suelo. Tú naciste en perfecto estado, pero algo fue mal y ella murió.

A unos cuantos pies de la base del árbol, el suelo estaba algo ondulado.

—¡Mirad! —exclamó Jack—. ¿Veis el pequeño montículo?

Jonathan asintió con el rostro rígido por la emoción contenida.

—Ésta es la tumba.

Mientras Jack hablaba, unas flores cayeron del árbol sobre el montículo y lo cubrieron con una especie de alfombra de pétalos. Jonathan se arrodilló junto a la tumba y empezó a rezar.

Jack guardó silencio. Recordaba el momento en que descubrió a sus parientes en Cherburgo. Había sido una experiencia abrumadora. Pero la situación que atravesaba Jonathan debía ser de una emoción todavía más intensa.

Al fin se puso en pie.

—Cuando sea prior —dijo con tono solemne—, construiré exactamente aquí un pequeño monasterio con una capilla y un hostal para que, en adelante, nadie que viaje por este trecho del camino, haya de pasar una noche fría de invierno durmiendo al aire libre. Dedicaré el hostal a la memoria de mi madre. —Se quedó mirando a Jack—. Supongo que nunca supiste su nombre, ¿verdad?

—Se llamaba Agnes —dijo Ellen con voz queda—. El nombre de tu madre era Agnes.

El obispo Waleran presentó un caso convincente.

Empezó exponiendo ante el tribunal el precoz avance de Philip.

Cillerero de su monasterio cuando sólo tenía veintiún años; prior de la célula de St-John-in-the-Forest a los veintitrés, prior de Kingsbridge a la asombrosa edad de veintiocho. Insistía sin cesar en la juventud de Philip, logrando dar la impresión de que había cierta arrogancia en quienquiera que aceptara responsabilidades a edades tan tempranas.

Luego describió St-John-in-the-Forest, su lejanía y aislamiento, y habló de la libertad e independencia de las que podía disfrutar quien fuese su prior.

—A nadie puede extrañar —dijo— que, al estar cinco años haciendo lo que le apetecía, sólo con una supervisión ligera de cuando en cuando, ese inexperto joven de sangre ardiente tuviera un hijo.

Daba la impresión de que había sido algo inevitable. Waleran lo presentaba odiosamente creíble. A Philip le hubiera gustado estrangularlo.

Waleran siguió exponiendo que, cuando Philip llegó a Kingsbridge, llevó consigo a Jonathan y con él a Johnny Eightpence. Los monjes habían quedado escandalizados al ver aparecer a su nuevo prior con un bebé y una niñera. Eso sí que era verdad. Por un instante, Philip, olvidando las tensiones del momento, hubo de contener una sonrisa nostálgica.

Jugó con Jonathan de pequeño, le dio lecciones y más adelante hizo al muchacho su ayudante personal, seguía diciendo Waleran, como cualquier hombre haría con su propio hijo. Sólo que no se espera que los monjes tengan hijos.

—Jonathan se mostró precoz al igual que Philip —dijo Waleran—. Al morir Cuthbert Whitehead, fue nombrado cillerero, a pesar de que sólo tenía veintiún años. ¿No había en realidad en este monasterio de más de cien monjes ninguno capaz de desempeñar ese cargo? ¿Nadie capacitado, salvo un muchacho de veintiún años? ¿O era que Philip estaba dando preferencia a quien llevaba su propia sangre? Cuando Milius se fue para ser prior de Glastonbury, Philip designó a Jonathan tesorero. Tiene treinta y cuatro años de edad. ¿Es acaso el más prudente y devoto de todos los monjes de aquí? ¿O simplemente el favorito de Philip?

Philip observó al tribunal. Se había instalado en el crucero sur de la catedral de Kingsbridge. El arcediano Peter se encontraba sentado en un gran sillón profundamente tallado, semejante a un trono. Todo el personal de Waleran se hallaba presente, como también la gran mayoría de los monjes de Kingsbridge. Poco se trabajaría en el monasterio durante el juicio al prior. Todo eclesiástico importante del Condado estaba allí, e incluso algunos de los párrocos más humildes. Había también representantes de las diócesis vecinas. La comunidad eclesiástica del sur de Inglaterra esperaba el veredicto

del tribunal. Claro que no les interesaba la virtud de Philip o la falta de ella. Estaban siguiendo el pulso final entre el prior y el obispo.

Cuando Waleran se hubo sentado, Philip, tras prestar juramento, empezó a narrar la historia ocurrida hacía ya tantos años. Comenzó con el trastorno provocado por Peter de Wareham. Quería que todo el mundo supiera que tenía resentimiento contra él. Luego, llamó a Francis para que contara cómo había encontrado al bebé.

Jonathan se había ido, dejando un mensaje en el que le decía que estaba tras el rastro de una nueva información concerniente a sus padres. Jack también había desaparecido, por lo que Philip había llegado a la conclusión de que ese viaje tenía que ver con la madre de Jack, la bruja, y que Jonathan había temido que, de saberlo Philip, le hubiera prohibido ir a verla. Deberían estar ya de regreso, pero no era así. De cualquier modo, Philip no creía que Ellen tuviera nada que añadir a la historia que Francis estaba contando.

Cuando éste concluyó su relato, Philip empezó a hablar.

—Ese niño no era mío —afirmó sin rodeos—. Juro que no lo era. Lo juro sobre mi alma inmortal. Jamás he tenido comercio carnal con una mujer y hasta hoy permanezco en el estado de castidad que nos recomendó el apóstol Pablo. El señor obispo pregunta que por qué traté entonces al bebé como si fuera mío.

Miró en derredor a los presentes. Había llegado a la conclusión de que su única esperanza radicaba en que, al decir la verdad, Dios hablara lo bastante alto para penetrar la sordera espiritual de Peter.

—Mis padres murieron cuando yo tenía seis años. Los mataron en Gales los soldados del viejo rey Henry. El abad de un monasterio cercano nos salvó a mi hermano y a mí y, a partir de ese día, los monjes cuidaron de nosotros. Fui huérfano en un monasterio. Sé lo que es eso. Comprendo hasta qué punto el huérfano siente nostalgia de las manos de su madre, a pesar de su cariño por los hermanos que cuidan de él. Sabía que Jonathan se sentiría diferente a los demás, peculiar, ilegítimo. Yo he sufrido esa sensación de aislamiento, la sensación de ser distinto a cuantos me rodeaban, porque todos ellos tenían padre y madre y yo no. Al igual que él, me he sentido avergonzado de mí mismo por ser una carga para la caridad de los otros. Me preguntaba qué había de malo en mí para tener que verme privado de lo que otros dan por descontado. Sabía que, durante la noche, Jonathan soñaría con el cálido y fragante seno y la voz dulce de una madre que jamás llegó a conocer, con alguien que le quisiera de una manera absoluta.

El arcediano Peter mostraba un rostro pétreo.

Philip comprendió que era el peor tipo de cristiano que podía existir. Aceptaba todos los aspectos negativos, admitía todas las proscripciones,

insistía en todas las formas de negación y exigía el estricto castigo a cada ofensa. Sin embargo, ignoraba la compasión del cristianismo, negaba su misericordia, desobedecía de manera flagrante su ética de amor, y hacía befa de las mansas leyes de Jesús. Así eran los fariseos, se dijo Philip. No es de extrañar que el señor prefiera comer con publicanos y pecadores.

Siguió hablando, aun comprendiendo, desazonado, que nada de lo que dijera podría penetrar la armadura de la inflexibilidad de Peter.

—Nadie se ocuparía del muchacho como yo, a menos que lo hicieran sus propios padres. Pero a ellos jamás pudimos encontrarlos. Qué indicación tan clara de la voluntad de Dios...

Dejó sin terminar la frase. Jonathan acababa de entrar en la iglesia con Jack y entre los dos avanzaba la madre de éste, la bruja. Había envejecido. Tenía el pelo blanco como la nieve y la cara llena de arrugas. Pero caminaba con el porte de una reina, con la cabeza alta y aquellos extraños ojos dorados centelleando desafiantes. Philip estaba demasiado sorprendido para protestar.

En el tribunal se hizo el más absoluto silencio al entrar Ellen en el crucero y detenerse ante el arcediano Peter. Habló con voz sonora como la de una trompeta, cuyo eco fue propagándose desde el trifolio de la iglesia construida por su hijo.

—Juro por lo más sagrado que Jonathan es el hijo de Tom Builder, mi difunto marido, y de su primera mujer.

Se alzó un murmullo asombrado entre aquella multitud de clérigos. Por un instante, nadie pudo hacerse oír. Philip se quedó atónito, mirando a Ellen con la boca abierta. ¿Tom Builder? ¿Jonathan era hijo de Tom Builder? Al fijarse en Jonathan, supo de inmediato que aquella mujer decía la verdad. Eran iguales, no sólo por la estatura sino también por las facciones. Si Jonathan llevara barba no cabría la menor duda.

Su primera reacción fue una sensación de pérdida. Hasta ese momento había sido lo más parecido a un padre que tenía Jonathan. Pero Tom era su verdadero progenitor y, a pesar de que hubiera muerto, aquel descubrimiento lo cambiaba todo. Philip ya no podía considerarlo en su fuero interno como hijo suyo. Ahora Jonathan era el hijo de Tom. Philip lo había perdido.

El prior se dejó caer pesadamente en su asiento. Cuando la gente empezó a calmarse, Ellen contó cómo Jack había oído un llanto, y se encontró con un recién nacido. Philip le escuchaba confuso, mientras Ellen seguía diciendo que Tom y ella se habían ocultado entre los arbustos, vigilando, mientras Philip y los monjes regresaban de su trabajo matinal y encontraron a Francis esperándolos con la criatura y cómo Johnny Eightpence intentaba alimentarlo con un trapo empapado en la leche de cabra que había en un balde.

Philip recordaba con toda claridad lo interesado que se había mostrado el joven Tom cuando, uno o dos días después, se encontraron por casualidad y Philip les habló del niño abandonado. Por entonces, Philip pensó que su interés era el propio de cualquier hombre compasivo ante una historia enternecedora; pero, en realidad, Tom se estaba informando acerca de la suerte de su propio hijo.

Y entonces Philip recordó lo encariñado que se había sentido Tom con Jonathan durante los años que siguieron, a medida que el bebé iba transformándose en un chiquillo y más adelante en un muchacho travieso. Nadie se fijó en ello. Por aquellos días, todos en el monasterio trataban a Jonathan como a un cachorro y Tom pasaba todo su tiempo en el recinto del priorato, por lo que su comportamiento no tenía nada de extraño. Pero ahora, al contemplarlo de forma retrospectiva, Philip comprendía que la atención que Tom dedicaba a Jonathan era especial.

Al tomar asiento Ellen, Philip cayó en la cuenta de que su inocencia había quedado probada. Las revelaciones de Ellen habían sido tan abrumadoras que casi se olvidó de que estaba sometido a juicio. La historia de Ellen, de nacimiento y muerte, de desesperación y esperanza, de antiguos secretos y amor perdurable, hacía parecer trivial la cuestión de Philip. Claro que no era en modo alguno trivial. El futuro del priorato dependía de ella. Y Ellen le había dado una respuesta tan dramática que parecía imposible que el juicio fuera a proseguir.

Ni siquiera Peter de Wareham podría encontrarme culpable después de semejante prueba, se dijo Philip. Waleran había vuelto a perder.

Sin embargo, Waleran aún no estaba dispuesto a aceptar la derrota. Señaló a Ellen con un dedo acusador.

—Afirmas que Tom Builder te dijo que el bebé que había sido llevado a la célula era suyo.

—Sí —repuso ella cautelosa.

—Pero las otras dos personas que podrían confirmarlo, los niños Alfred y Martha, no os acompañaron al monasterio.

—No.

—Y Tom ha muerto. De manera que sólo tenemos tu palabra de que Tom te dijera eso. No puede comprobarse tu historia.

—¿Qué más comprobación queréis? —replicó ella briosa—. Jack vio al bebé abandonado, Francis lo recogió. Jack y yo nos encontramos con Tom, Alfred y Martha. Francis llevó al bebé al monasterio. Tom y yo espiamos en el priorato. ¿Cuántos testigos necesitáis para daros por satisfecho?

—No te creo —declaró Waleran.

—¿Vos no me creéis a mí? —le increpó Ellen.

Philip pudo verla de repente embargada por la ira, una ira profunda y apasionada.

—¿Vos no me creéis? —continuó—. ¿Vos, Waleran Bigod, a quien conozco bien como perjuro?

¿Y ahora qué va a pasar? Philip tuvo la premonición de un cataclismo. Waleran se había quedado lívido. Aquí hay algo más, se dijo, algo ante lo que Waleran siente temor. Notó un cosquilleo en el estómago.

De súbito Waleran tenía un aspecto vulnerable.

—¿Cómo sabes que el obispo es perjuro? —preguntó Philip.

—Hace cuarenta y siete años, en este mismo priorato, había un prisionero llamado Jack Shareburg —dijo Ellen.

Waleran la interrumpió.

—Este tribunal no está interesado en acontecimientos ocurridos hace tanto tiempo.

—Sí que lo está —afirmó Philip—. La acusación contra mí se remonta a un supuesto acto de fornicación cometido hace treinta y cinco años, mi señor obispo. Habéis pedido que demuestre mi inocencia. El tribunal no esperará menos de vos.

Se volvió hacia Ellen y le dijo:

—Prosigue.

—Nadie sabía por qué estaba preso y él menos que nadie. Pero llegó un día en que lo pusieron en libertad y le dieron un cáliz incrustado con piedras preciosas, acaso como recompensa por todos los años que había estado injustamente confinado. Naturalmente, él no quería aquel cáliz. No le servía para nada y era demasiado valioso para venderlo en un mercado. Así que lo dejó aquí, en la vieja catedral de Kingsbridge. Al poco tiempo, volvieron a detenerlo, esa vez fue Waleran Bigod, por entonces un sencillo cura rural, humilde pero muy ambicioso, y el cáliz reapareció misteriosamente en la bolsa de Jack Shareburg, el cual fue falsamente acusado de haberlo robado. Lo condenaron sobre la base del juramento de tres personas. Waleran Bigod, Percy Hamleigh y el prior James de Kingsbridge. Y le ahorcaron.

Se produjo un breve silencio de sorpresa.

—¿Cómo sabes todo eso? —le preguntó luego Philip.

—Yo era la única amiga de Jack Shareburg, que fue el padre de mi hijo, Jack Jackson, el maestro de obras de esta catedral.

Estalló un tumulto. Waleran y Peter intentaban hablar al mismo tiempo. Ninguno de ellos logró hacerse oír por encima del asombrado murmullo de los clérigos allí reunidos. Habían acudido a presenciar una confrontación, se dijo Philip, pero no esperaban aquello.

Finalmente, Peter logró imponer su voz.

—¿Por qué tres ciudadanos respetuosos con la ley habían de acusar en falso a un extranjero inocente? —preguntó escéptico.

—Para beneficiarse —dijo Ellen sin titubeos—. A Waleran Bigod le nombraron arcediano. A Percy le entregaron el señorío de Hamleigh y varias otras aldeas, convirtiéndose en un hacendado. Ignoro cuál sería la recompensa al prior James.

—Yo puedo contestar a eso —se oyó decir a una nueva voz.

Philip miró alrededor sobresaltado. Quien hablaba era Remigius.

Tenía ya más de setenta años, el pelo blanco y parecía propenso a divagar cuando hablaba. Pero en aquel momento, mientras permanecía en pie apoyado en su bastón, le brillaban los ojos y su expresión se mostraba alerta. Era raro oírle hablar en público. Desde su hundimiento y retorno al monasterio, había vivido con sosiego y humildad.

Philip se preguntaba qué se avecinaría. ¿De qué lado se inclinaría Remigius? ¿Aprovecharía aquella última oportunidad para apuñalar por la espalda a su viejo rival Philip?

—Yo puedo deciros cuál fue la recompensa que recibió el prior James —afirmó Remigius—. Al priorato se le dieron las aldeas de Northwold, Southwold y Hundedacre, además del bosque de Oldean.

Philip estaba irritado. ¿Podía ser cierto que el viejo prior hubiera declarado en falso bajo juramento, por unas cuantas aldeas?

—El prior James nunca fue buen administrador —siguió diciendo Remigius— El priorato se encontraba en serias dificultades y pensó que unos ingresos extra podrían ayudarnos. —Remigius hizo una pausa, luego agregó con tono incisivo—: Aportó algún beneficio y un gran daño. Los ingresos fueron útiles durante algún tiempo, pero el prior James jamás recobró el respeto de sí mismo.

Mientras escuchaba a Remigius, Philip recordó el aspecto hundido y abatido del viejo prior, y al fin comprendió.

—De hecho, James no había cometido perjurio, ya que lo único que había jurado era que el cáliz pertenecía al priorato. Pero sabía que Jack Shareburg era inocente y, sin embargo, no reveló nada. Durante el resto de su vida sufrió por ese silencio —explicó Remigius.

Y en verdad que tenía motivo, se dijo Philip. Era un pecado tan grave para un monje. El testimonio de Remigius confirmaba la historia de Ellen. Y condenaba a Waleran.

Remigius todavía seguía hablando.

—Algunos de los viejos que están aquí, todavía recordarán en qué condiciones se encontraba el priorato hace cuarenta años. Hundido, sin dinero, decrépito y desmoralizado. Y ello se debía al peso de la culpa que

gravitaba sobre el prior. Ya en el lecho de muerte, me confesó al fin su pecado. Yo quería...

A Remigius se le quebró la voz. En la iglesia reinaba el más expectante silencio. El anciano suspiró y cogió de nuevo el hilo:

—Yo quería ocupar su puesto y reparar el daño. Pero Dios eligió a otro hombre para esa tarea —hizo una nueva pausa y su cara envejecida se contrajo penosamente mientras se esforzaba en terminar—. Yo más bien diría, Dios eligió a un hombre mejor.

Se sentó bruscamente.

Philip se sentía sobresaltado, mareado y agradecido. Dos viejos enemigos, Ellen y Remigius, le habían salvado. La revelación de aquellos remotos secretos le hizo sentirse como si hubieran pasado por la vida con un ojo cerrado. El obispo Waleran estaba lívido de cólera. Debía haberse creído seguro al cabo de tantos años. Se encontraba inclinado hacia Peter, hablándole al oído, mientras entre la audiencia corría un murmullo incesante de comentarios.

—¡Silencio! —gritó Peter poniéndose en pie, y todos en la iglesia callaron—. ¡Este tribunal se levanta! —dijo.

—¡Esperad un minuto! —Era Jack Jackson—. ¡Eso no basta! —exclamó apasionado—. ¡Quiero saber por qué!

Ignorando a Jack, Peter se encaminó hacia la puerta que conducía al claustro, con Waleran a la zaga.

Jack les siguió.

—¿Por qué lo hicisteis? —gritó Jack—. Mentisteis bajo juramento y un hombre murió. ¿Os iréis de aquí sin una sola palabra?

Waleran tenía la mirada fija ante sí, los labios apretados, el rostro pálido y su expresión era una máscara de furia contenida.

—¡Contestadme, cobarde embustero! ¿Porque matasteis a mi padre? —vociferó.

Waleran salió de la iglesia y la puerta se cerró de golpe tras él.

CAPÍTULO DIECIOCHO

1

La carta del rey llegó mientras los monjes se encontraban cantando las capítulas.

Jack había construido una nueva sala capitular para acomodar a los ciento cincuenta monjes, el mayor número que, en toda Inglaterra, había en un solo monasterio. El edificio, redondo, tenía un techo bordeado de piedras y filas de graderías para que los monjes tomaran asiento. Los dignatarios monásticos se sentaban en bancos de piedra adosados a los muros, a una altura un poco superior al nivel del resto.

Philip y Jonathan ocupaban tronos esculpidos en la piedra del muro frente a la puerta.

Un monje joven estaba leyendo el capítulo séptimo de la Regla de San Benito: "El sexto peldaño de humildad se alcanza cuando un monje se contenta con todo cuanto es pobre y bajo." Philip se dio cuenta de que no sabía el nombre del monje que estaba leyendo. ¿Se debería a que se estaba volviendo viejo o a que la comunidad había llegado a ser muy grande? "El séptimo peldaño de humildad se alcanza cuando un hombre no sólo confiesa con su lengua que es más humilde e inferior a otros, sino que así lo cree en lo más profundo de su corazón." Philip sabía que no había llegado todavía a ese grado de humildad. Había alcanzado mucha durante sus setenta y dos años; la logró mediante valor y decisión, y también utilizando el cerebro; y necesitaba recordarse de manera constante que la verdadera razón de su éxito era la de haberse beneficiado de la ayuda de Dios, sin la que todos sus esfuerzos hubieran resultado vanos.

A su lado, Jonathan se agitaba inquieto. Había tenido más dificultades todavía con la virtud de la humildad que el propio Philip. La arrogancia era el defecto de los grandes líderes. Jonathan estaba ya preparado para hacerse cargo del priorato y se mostraba impaciente. Había estado hablando con Aliena y se hallaba ansioso por poner a prueba sus técnicas de cultivos, como la de arar con caballos y la de plantar guisantes y avena en tierras de barbecho para cosechar en primavera. *Hace treinta y cinco años yo también estaba impaciente por criar ovejas para lana*, se dijo Philip.

Sabía que lo que tenía que hacer era retirarse y dejar que Jonathan ocupara su puesto de prior. Él debería pasar sus últimos años en oración y

meditación. Desde luego era lo que solía aconsejar a otros. Pero ahora que ya era lo bastante viejo para retirarse, la perspectiva le aterraba. Su estado físico era perfecto y tenía la mente tan despierta como siempre.

Una vida de plegarias y meditación le volvería loco.

Sin embargo, Jonathan no esperaría eternamente. Dios le había dado las dotes para llevar un importante monasterio y no pensaba despreciar sus cualidades. Había visitado numerosas abadías a lo largo de los años y en todas partes causó una excelente impresión. Cualquier día, a la muerte de un abad, los monjes pedirían a Jonathan que se presentara a la elección, y a Philip le sería difícil negar su permiso.

El joven monje, cuyo nombre Philip no podía recordar, estaba terminando un capítulo cuando dieron con los nudillos en la puerta y entró el portero.

El hermano Stephen, el admonitor, lo miró con el ceño fruncido.

No debía interrumpir a los monjes durante las capítulas. El admonitor era el responsable de la disciplina y, al igual que cuantos tenían esa tarea a su cargo, Stephen era un observador a ultranza de las reglas.

—¡Ha llegado un mensajero del rey! —dijo el portero con un fuerte susurro.

—Ocúpate de ello, ¿quieres? —dijo Philip a Jonathan.

El mensajero insistía en entregar su carta a uno de los dignatarios monásticos. Jonathan salió de la sala. Los monjes murmuraban entre sí.

—Continuaremos con la necrología —dijo Philip con firmeza.

Al comenzar las oraciones por los difuntos se preguntaba qué tendría que decir el segundo rey Henry al priorato de Kingsbridge.

Con toda seguridad no se trataría de buenas noticias.

Henry había andado a la greña con la Iglesia durante seis largos años. La disputa empezó con motivo de la jurisdicción de los tribunales eclesiásticos, pero el empecinamiento del rey y la religiosidad de Thomas Becket, arcediano de Canterbury, habían impedido cualquier posible compromiso. La disputa llegó a convertirse en crisis. Becket se había visto obligado a exiliarse.

Pero lo más triste era que la Iglesia de Inglaterra no se mostraba unánime en su apoyo a Becket. Obispos como Waleran Bigod se habían puesto del lado del rey para obtener el favor real. Sin embargo, el Papa estaba presionando a Henry para que hiciera la paz con Becket. Acaso la peor consecuencia de aquel enfrentamiento fuera que, al necesitar apoyo Henry en el seno de la Iglesia inglesa, resultara en una mayor influencia en la corte de obispos ansiosos de poder, como Waleran.

Jonathan regresó y entregó a Philip un rollo de pergamino lacrado. El lacre llevaba impreso un inmenso sello real. Todas las miradas de los monjes estaban fijas en él. Philip llegó a la conclusión de que sería demasiado

pedirles que se concentraran en rezar por los difuntos teniendo semejante carta en la mano.

—Muy bien —dijo—. Seguiremos con las oraciones más tarde.

Rompió el sello y abrió la carta. Echó una ojeada al saludo y luego se la entregó a Jonathan, que tenía mejor vista.

—Léenosla, por favor.

Después de los saludos de rigor el rey escribía: "He nombrado nuevo obispo de Lincoln a Waleran Bigod, en la actualidad obispo de Kingsbridge." La voz de Jonathan quedó ahogada por el zumbido de las voces. Philip movió la cabeza disgustado. Desde las revelaciones durante el juicio de Philip, Waleran había perdido toda credibilidad en aquella comarca. No había manera de que continuara como obispo. De modo que había convencido al rey para que lo nombrara prelado de Lincoln, uno de los obispados más ricos del mundo.

Lincoln era la tercera diócesis más importante del reino después de Canterbury y York. De ahí al arzobispado no había más que un paso.

Henry podía estar incluso preparando a Waleran para ocupar el puesto de Thomas Becket. La idea de Waleran como arzobispo de Canterbury, jefe de la Iglesia de Inglaterra, era tan aterradora que Philip casi se sentía enfermo.

Una vez que se hubieron calmado los monjes, Jonathan reanudó su lectura.

—...y recomiendo al deán y capítulo de Lincoln que lo elijan.

Bueno, pensó Philip, *eso resulta más fácil de decir que de hacer.* Una recomendación real era casi una orden; pero no del todo.

Si el capítulo de Lincoln fuera contrario a Waleran o tuviera un candidato propio, podía crear dificultades al rey. Probablemente éste se saldría al final con la suya; pero no era en modo alguno una solución predeterminada.

—"Y ordeno al capítulo del priorato de Kingsbridge que celebre una elección para el nombramiento del nuevo obispo de Kingsbridge; y recomiendo la elección como obispo de mi servidor Peter de Wareham, arcediano de Canterbury."

Entre los monjes allí reunidos se alzó una protesta colectiva.

Philip se quedó paralizado por el horror. ¡El arcediano Peter, arrogante, vengativo y farisaico, era el elegido por el rey como nuevo obispo de Kingsbridge! Peter era un calco exacto de Waleran. Ambos eran hombres piadosos y temerosos de Dios; pero no tenían el sentido de su propia falibilidad, de tal manera que consideraban que sus deseos personales eran la voluntad de Dios. En consecuencia, perseguían sus objetivos de manera implacable. Con Peter de obispo, Jonathan pasaría su vida como prior

luchando por la justicia y la honradez en un Condado gobernado con puño de hierro por un hombre sin corazón.

Y si Waleran llegaba a ser nombrado arzobispo, no habría perspectivas de cambio.

Philip vio ante sí una era larga y sombría como durante el peor periodo de la guerra civil, cuando los condes del tipo de William hacían lo que les venía en gana, mientras sacerdotes arrogantes abandonaban a sus gentes. El priorato se hundiría una vez más, convirtiéndose en la debilitada sombra de su antiguo ser. Pero no era el único en sentir cólera.

—¡No será así! —clamó Steven Circuitor poniéndose en pie con el rostro congestionado pese a la regla impuesta por Philip de que durante el capítulo todos habían de hablar con calma y en voz queda.

Los monjes lo vitorearon.

—¿Qué podemos hacer? —Jonathan hizo esa pregunta crucial demostrando su prudencia.

—¡Tenemos que rechazar la petición del rey! —dijo Bernard Kitchener, gordo como siempre.

Varios monjes expresaron su acuerdo.

—¡Debemos escribir al rey diciéndole que nosotros elegiremos a quien nos parezca bien! —decidió Steven para añadir al cabo de un instante con timidez—: Con la ayuda de Dios, claro está.

—No estoy de acuerdo en que nos neguemos en redondo. Cuanto más pronto desafiemos al rey, antes descargará su furor sobre nuestras cabezas —expuso Jonathan.

—Jonathan tiene razón. Un hombre que pierda una batalla con el rey puede obtener el perdón, pero el hombre que la gane estará condenado —sentenció Philip.

—¡Pero estaremos cediendo! —explotó Steven.

Philip se sentía tan preocupado y temeroso como todos los demás pero tenía que aparentar calma.

—Tranquilízate, Steven, por favor —dijo—. Claro está que tenemos que luchar contra ese terrible nombramiento. Pero hemos de hacerlo con cuidado e inteligencia evitando en todo momento un claro enfrentamiento.

—Entonces, ¿qué vais a hacer? —preguntó Steven.

—Todavía no estoy seguro —repuso Philip.

En un principio se había sentido desalentado. Pero ya empezaba a recuperar su espíritu combativo. Se había pasado la vida librando esa batalla una y otra vez. Lo había hecho en el priorato cuando derrotó a Remigius y fue elegido prior. Y también en el Condado contra William Hamleigh y Waleran Bigod. Y ahora lo haría a escala nacional.

En esta ocasión sería frente al rey.

—Creo que iré a Francia —dijo—. A ver al arzobispo Thomas Becket.

A lo largo de toda su vida y en cuantas crisis se presentaban, Philip había sido capaz de concebir un plan. Siempre que su priorato, su ciudad o él mismo se habían visto amenazados por las fuerzas de la injusticia o de la barbarie, encontró una forma de defensa y de contraataque. No siempre estuvo seguro de alcanzar el éxito, pero jamás se había sentido sin saber qué hacer. Hasta ahora.

Al llegar a la ciudad de Sens, al sureste de París en el reino de Francia, todavía se sentía desconcertado. La catedral de Sens era la más grande edificación que jamás había visto. La nave debía medir cincuenta pies en cruz. Comparada con la catedral de Kingsbridge, Sens daba la impresión de espacio más que de luz.

Viajando a través de Francia se dio cuenta por primera vez en su vida de que había más diversidad de iglesias en el mundo de las que él imaginara y comprendió los efectos revolucionarios que el hecho de viajar había tenido en la mente de Jack Jackson. A su paso por París, Philip no dejó de visitar la iglesia abadía de Saint-Denis y pudo ver de dónde había sacado Jack algunas de sus ideas. También había visto dos iglesias con arbotantes como los de Kingsbridge. Era evidente que otros maestros de obras se habían visto enfrentados al mismo problema de Jack, y le dieron la misma solución.

Philip fue a presentar sus respetos al arzobispo de Sens, William Whitehands, un clérigo joven e inteligente que era sobrino del difunto rey Stephen. El arzobispo William invitó a almorzar a Philip, el cual se mostró halagado pero declinó la invitación. Había recorrido un largo camino para ver a Thomas Becket y al encontrarse ya cerca se sentía impaciente. Después de asistir a la misa en la catedral siguió el curso del río Yonne hacia el norte de la ciudad.

Llevaba un reducido acompañamiento para ser el prior de uno de los monasterios más ricos de Inglaterra. Sólo iban con él dos hombres de armas como protección, un monje joven de nombre Michael de Bristol como ayudante y un caballo de carga con un montón de libros sagrados, copiados y bellamente ilustrados en el scriptorium de Kingsbridge, para ofrecerlos de regalo a los abates y los obispos a quienes visitaran durante el viaje. Los costosos libros resultaron regalos impresionantes, contrastando de manera patente con el modesto séquito de Philip. Había sido un gesto deliberado. Quería el respeto de las gentes por el priorato, no para el prior.

Algo delante de la puerta norte de Sens, en una soleada pradera junto al río, se alzaba la venerable abadía de Sainte-Colombe, donde el arzobispo Thomas había estado viviendo durante los últimos tres años. Uno de los

sacerdotes de Thomas acogió calurosamente a Philip. Llamó a los sirvientes para que se ocuparan de sus caballos y equipaje y les hizo pasar a la casa de invitados donde se alojaba el arzobispo. Philip pensó que los exiliados debían sentirse contentos de recibir visitantes de casa, no sólo por motivos sentimentales, sino por ser una muestra de apoyo.

Ofrecieron comida y vino a Philip y a su ayudante y luego les presentaron a sus familiares. Casi todos sus hombres eran sacerdotes, en su mayoría jóvenes, y Philip pensó que muy inteligentes. Al cabo de un corto tiempo Michael discutía con uno de ellos sobre transustanciación. Philip saboreaba su copa de vino y escuchaba sin intervenir.

—¿Qué opináis sobre ello, padre Philip? Aún no habéis dicho ni una palabra —le preguntó uno de los sacerdotes.

—Por el momento los problemas teológicos espinosos son los que menos me preocupan.

—¿Por qué?

—Porque todos quedarán resueltos en el futuro y entretanto se conservan guardados de forma debida.

—¡Bien dicho!

Era una voz nueva y al levantar Philip la vista se encontró con el arzobispo Thomas de Canterbury.

Comprendió al punto que estaba ante un hombre notable. Thomas era alto, delgado y de facciones muy hermosas, una frente ancha y despejada, ojos brillantes, tez clara y pelo oscuro. Tendría unos diez años menos que Philip, rondaría los cincuenta o cincuenta y uno. Pese a sus infortunios su expresión era alegre y respiraba vitalidad.

Philip observó de inmediato que era un hombre de personalidad muy atrayente. Y ello explicaba en parte su notable ascenso desde unos humildes orígenes.

Philip se arrodilló y le besó la mano.

—¡Me siento tan contento de conocerte! Siempre he querido visitar Kingsbridge... He oído hablar mucho de su priorato y de su maravillosa catedral nueva —dijo Thomas.

Philip se sentía encantado y halagado.

—He venido a veros porque todo cuanto hemos logrado está siendo puesto en peligro por el rey.

—Quiero saberlo todo de inmediato —dijo Thomas—. Ven a mi cámara.

Dio media vuelta y salió.

Philip lo siguió sintiéndose a la vez complacido y aprensivo.

Thomas lo condujo a una habitación más pequeña. Había una suntuosa cama de madera y cuero con sábanas de hilo fino y una colcha bordada. Pero

Philip también vio un delgado colchón enrollado en un rincón y recordó las historias que se contaban de que Thomas jamás utilizaba los lujosos muebles ofrecidos por sus anfitriones. Philip se sintió por un instante culpable recordando su confortable lecho en Kingsbridge mientras que el primado de Inglaterra dormía en el suelo.

—Y hablando de catedrales, ¿qué te parece la de Sens? —le preguntó Thomas.

—Asombrosa —repuso Philip—. ¿Quién es el maestro de obras?

—William de Sense. Espero algún día poder inducirle a que acuda a Canterbury. Siéntate. Y ahora dime lo que esta ocurriendo en Kingsbridge.

Philip contó a Thomas todo lo referente al obispo Waleran y al arcediano Peter. Thomas parecía interesadísimo en cuanto decía Philip, y le hacía algunas preguntas que demostraban percepción y sutileza. Además de buena presencia y simpatía tenía cerebro. Tuvo que necesitar de todo para alcanzar una posición desde la cual pudiera doblegar la voluntad de uno de los reyes más fuertes que Inglaterra había tenido. Se decía que debajo de su indumentaria arzobispal Thomas llevaba un cilicio y Philip se forzó a recordar que debajo de su atractivo exterior había una voluntad de hierro.

Una vez el prior hubo terminado su historia, Thomas se mostró grave.

—No debe permitirse que eso ocurra —dijo.

—Así es —asintió Philip; el tono firme de Thomas era alentador—. ¿Podéis evitarlo?

—Únicamente si se me incorpora de nuevo a Canterbury.

Aquélla no era la respuesta que Philip hubiera esperado.

—Pero incluso ahora, ¿no podéis escribir al Papa?

—Lo haré —respondió Thomas—. Te prometo que el Papa no reconocerá a Peter como obispo de Kingsbridge. Pero no podemos permitirle que se instale en el palacio del obispo como tampoco nombrar a otro.

Philip se sentía sobresaltado y desmoralizado ante la contundente negativa de Thomas. Durante todo su viaje hasta allí había abrigado la esperanza de que Thomas haría lo que él no había podido hacer y encontraría la manera de dar al traste con la trama de Waleran. Pero el inteligente Thomas se encontraba también inerme. Todo cuanto podía ofrecerle era la esperanza de ser restaurado en Canterbury. Allí, naturalmente, tendría el poder de vetar los nombramientos episcopales.

—¿Existe alguna esperanza de que volváis pronto? —preguntó con tristeza.

—Alguna, si eres optimista —replicó Thomas—. El Papa ha concebido un tratado de paz y nos apremia, tanto a Henry como a mí, para que lo aceptemos. Para mí las condiciones son aceptables. Ese tratado me da todo

por lo que he estado luchando. Henry dice que también es aceptable para él. He insistido en que demuestre su sinceridad otorgándome el beso de la paz. Se niega.

La voz de Thomas cambió a medida que hablaba. Cesaron los altibajos propios de una conversación y quedó reducida a una insistente monotonía. De su rostro desapareció toda vitalidad y adquirió el aspecto de un sacerdote dando un sermón sobre abnegación a unos fieles distraídos. Philip descubrió en su expresión la tenacidad y el orgullo que le habían mantenido luchando todos aquellos años.

—La negativa del beso es una prueba de que planea atraerme de nuevo a Inglaterra y una vez allí denunciar los términos del tratado.

Philip asintió. El beso de la paz, que formaba parte del ritual de la misa, era el símbolo de confianza y ningún contrato, desde el matrimonio hasta una tregua, quedaba completo sin él.

—¿Qué puedo hacer? —se preguntó Philip, tanto como para sí como dirigiéndose a Thomas.

—Vuelve a Inglaterra y haz campaña a mi favor —dijo Thomas—. Escribe cartas a los priores y abates. Envía desde Kingsbridge una delegación al Papa. Suplica al rey. Pronuncia sermones en tu famosa catedral diciendo a la gente del Condado que su más alto sacerdote ha sido menospreciado por su rey.

Philip asintió. No pensaba hacer nada por el estilo. Lo que Thomas le estaba diciendo era que se uniera a la oposición en contra del rey. Era posible. Aquello podía contribuir a levantar la moral de Thomas, pero a Kingsbridge no le serviría de nada.

Acababa de ocurrírsele una cosa mejor. Si Henry y Thomas habían llegado a acercarse tanto, tal vez no fuera muy difícil unirles definitivamente. Philip reflexionó esperanzado. Acaso hubiera algo que él podía hacer. Aquella idea le hizo volver a sentirse optimista. Tal vez fuera algo descabellado, pero no tenía nada que perder.

Después de todo sólo discutían por un beso.

Philip se sintió desazonado al ver hasta qué punto había envejecido su hermano.

Francis tenía el pelo gris, unas orejas apergaminadas y su tez parecía reseca. Claro que en realidad tenía ya sesenta años, por lo que tal vez no fuera sorprendente. Pero su mirada era viva y parecía animado.

Philip llegó a la conclusión de que lo que le preocupaba era su propia edad. Como siempre, cada vez que veía a su hermano se daba cuenta de lo que él mismo había envejecido. Hacía años que no había visto un espejo. Se

preguntó si también él tendría bolsas debajo de los ojos. Se palpó la cara. Era difícil saberlo.

—¿Qué tal trabajas con Henry? —preguntó Philip curioso por averiguar, como todo el mundo, cómo eran los reyes en privado.

—Mejor que con Maud —contestó Francis—. Ella era más inteligente pero demasiado tortuosa. Henry es muy franco. Siempre se sabe lo que está pensando.

Se encontraban sentados en el claustro de un monasterio de Bayeux donde se alojaba Philip. La corte del rey Henry estaba aposentada en las cercanías. Francis todavía seguía trabajando para Henry durante los últimos veinte años. Ya era jefe de la cancillería, donde se escribían todas las cartas y cédulas reales. Era un cargo importante y poderoso.

—¿Franco? ¿Henry? El arzobispo Thomas no opina igual.

—Tremendo error de Thomas —dijo Francis con desdén.

Philip se dijo que Francis no debiera mostrarse tan despreciativo con el arzobispo.

—Thomas es un gran hombre —objetó.

—Thomas quiere ser rey —afirmó tajante Francis.

—Y Henry, a su vez, quiere ser arzobispo —le replicó Philip.

Se miraron irritados. *Si vamos a empezar a pelearnos*, se dijo Philip, *no es de extrañar que Henry y Thomas luchen tan encarnizadamente.*

—De cualquier manera tú y yo no vamos a discutir por ello —dijo sonriendo.

El rostro de Francis se serenó.

—No, claro que no. Recuerda que esta discusión me ha atormentado la vida desde hace ya seis años. Me resulta imposible ser tan objetivo como tú.

Philip hizo un ademán de asentimiento.

—¿Pero por qué Henry no quiere aceptar el plan de paz del Papa?

—Sí que quiere —rectificó Francis—. Estamos a un paso de la reconciliación. Pero Thomas pretende más. Se empecina en el beso de la paz.

—Pero si el rey es sincero, ¿por qué ha de importarle dar el beso de paz como garantía?

Francis alzó la voz.

—¡No figura en el plan! —dijo con tono exasperado.

—A pesar de eso, ¿por qué no darlo? —arguyó Philip.

Francis suspiró.

—Lo haría gustoso. Pero en cierta ocasión juró en público que jamás daría a Thomas el beso de la paz.

—Son muchos los reyes que han quebrantado sus juramentos —insistió Philip.

—Reyes de carácter débil. Henry jamás rompería un juramento público. Ese tipo de cosas son las que le hace tan diferente del lamentable rey Stephen.

—Entonces la Iglesia no debería intentar persuadirle de lo contrario —concedió Philip reacio.

—¿Y por qué Thomas insiste tanto en el beso? —preguntó Francis exasperado.

—Porque no confía en Henry, pues nada hay que le impida denunciar el tratado. ¿Y qué puede hacer Thomas al respecto? ¿Exiliarse de nuevo? Sus partidarios se han mostrado leales; pero están cansados. Thomas no puede pasar de nuevo por todo ello. De manera que antes de aceptar ha de tener garantías férreas.

Francis movió la cabeza con aire triste.

—Sin embargo, ahora se ha convertido en una cuestión de orgullo —dijo—. Sé que Henry no tiene intención de engañar a Thomas. Pero no permitirá que lo obliguen. Aborrece sentirse coaccionado.

—Y creo que lo mismo le pasa a Thomas —opinó Philip—. Ha pedido su garantía y no se volverá atrás.

Volvió a mover tristemente la cabeza. Había pensado que acaso Francis fuera capaz de sugerir alguna manera de acercar a los dos hombres. Pero la tarea parecía imposible.

—La ironía de todo ello es que Henry besaría complacido a Thomas después de que se hubieran reconciliado —dijo Francis—. Lo único que no quiere es que se lo impongan como condición previa.

—¿Lo ha dicho así? —preguntó Philip.

—Sí.

—¡Pues entonces eso lo cambia todo! —exclamó excitado Philip—. ¿Qué dijo exactamente?

—Dijo: *Le besaré la boca, le besaré los pies, y le oiré decir misa. Una vez que haya regresado.* Yo mismo se lo oí decir.

—Voy a comunicárselo a Thomas.

—¿Crees que podría aceptarlo? —preguntó ansioso Francis.

—Lo ignoro. —Philip no quería albergar demasiadas esperanzas—. Parece una condición tan insignificante. Recibiría el beso sólo un poco después de lo que él quería.

—Y por su parte, Henry apenas sí cede un poco —exclamó Francis con creciente excitación—. Da el beso pero de forma voluntaria, no obligado. Por Dios que puede dar resultado.

—Podrían celebrar el acto de reconciliación en Canterbury. Podría anunciarse previamente el acuerdo de tal manera que ninguno de los dos

pudiera cambiar las cosas en el último momento. Thomas podría decir misa y Henry darle el beso en la catedral.

Y entonces, se dijo en su fuero interno, *Thomas podría impedir los diabólicos planes de Waleran.*

—Voy a proponérselo al rey —le comunicó Francis.

—Y yo a Thomas.

Sonó la campana del monasterio. Los dos hermanos se pusieron en pie.

—Muéstrate persuasivo —pidió Philip—. Si esto da resultado, Thomas podrá volver a Canterbury y si Thomas regresa, Waleran Bigod estará acabado.

Se reunieron en una bonita pradera a la orilla de un río, en la frontera entre Normandía y el reino de Francia, cerca de las ciudades Friteval y Vievy-le-Raye. El rey Henry se encontraba ya allí cuando Thomas llegó con el arzobispo William de Sens. Philip, que formaba parte del séquito de Thomas, divisó a su hermano Francis. Estaba con el rey en el extremo más alejado del campo.

Henry y Thomas habían llegado a un acuerdo. En teoría.

Ambos habían aceptado el compromiso por el cual el beso de paz se daría durante una misa de reconciliación cuando Becket hubiera regresado a Inglaterra. Sin embargo, el trato no quedaba cerrado hasta que ellos dos no se hubieran reunido.

Thomas cabalgó hasta el centro del campo, dejando atrás a su gente y Henry hizo lo mismo, mientras todos les observaban conteniendo el aliento.

Hablaron durante muchas horas.

Nadie podía oír lo que estaban diciendo. Pero todos podían imaginarlo. Hablaban de las ofensas de Henry a la Iglesia, de la manera en que los obispos ingleses habían desobedecido a Thomas, de las controvertidas Constituciones de Clarendon, del exilio de Thomas, del papel desempeñado por el Papa. En un principio Philip había temido una furiosa discusión entre ellos y que se separaran más enemigos que nunca. Con anterioridad habían estado ya a punto de llegar a un acuerdo, reuniéndose como ahora; y, de repente, había surgido algo que hirió la susceptibilidad de alguno de ellos o de ambos, se produjo un intercambio de ásperas palabras, y se separaron furiosos, cada uno de ellos culpando al otro por su intransigencia. Pero cuanto más se prolongaba la conversación más optimista se sentía Philip. Tenía la impresión de que si alguno de los dos estuviera dispuesto a hacer un plante y marcharse, esto habría ocurrido hacía tiempo.

La calurosa tarde estival empezó a refrescar y la sombra de los olmos se alargaba a través del río, la tensión era ya insoportable.

Al final algo sucedió. Thomas se movió.

¿Se disponía a alejarse cabalgando? No. Estaba desmontando.

¿Qué significaría eso? Philip vigilaba conteniendo el aliento. Thomas, una vez en tierra firme, se acercó a Henry y se arrodilló a los pies del rey.

El rey bajó a su vez del caballo y abrazó a Thomas.

Los cortesanos de ambos lados empezaron a vitorear y a lanzar los sombreros al aire.

Thomas sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. El conflicto había quedado resuelto, gracias al sentido común y a la buena voluntad. Así era como deberían solucionarse todas las cosas.

Tal vez fuera un presagio.

2

Era el día de Navidad y el rey estaba fuera de sí. William Hamleigh se sentía aterrado. Sólo había conocido a una persona con un genio como el del rey Henry y esa persona era su madre. Henry resultaba casi tan aterrador como ella. De cualquier manera era un hombre intimidador con aquellos hombros anchos, con su pecho poderoso y la enorme cabeza. Pero cuando se enfurecía, se le inyectaban en sangre los ojos de un azul grisáceo, se le congestionaba la cara pecosa y su habitual inquietud se transformaba en el furioso deambular de un oso enfurecido.

Se encontraban en Bur-le-Roi, un pabellón de caza de Henry que se alzaba en un parque cerca de la costa de Normandía. El monarca debería haberse sentido feliz. Lo que más le gustaba en el mundo era cazar y aquél era uno de sus lugares favoritos. Pero estaba furioso.

Y el motivo era el arzobispo Thomas de Canterbury.

—¡Thomas, Thomas, Thomas! ¡Eso es cuanto oigo de vuestros apestosos prelados! ¡Thomas hace esto, Thomas hace aquello, Thomas os ha insultado. Thomas es injusto con vos! ¡Estoy harto de Thomas!

William observaba de manera furtiva las caras de los condes, los obispos y otros dignatarios sentados a la mesa de la comida de navidad en el gran salón. La mayoría de ellos parecían nerviosos.

Sólo uno se mostraba satisfecho. Waleran Bigod.

Waleran había predicho que Henry volvería a pelearse pronto con Thomas. Decía que Thomas había ganado con demasiada autoridad, que el plan del Papa obligaba al rey a consentir en exceso y que surgirían nuevas disputas cuando Thomas intentara beneficiarse de las promesas reales. Pero Waleran no se había limitado a sentarse y ver lo que ocurría. Había trabajado con ahínco para que su predicción se hiciera realidad. Con la ayuda de

William, presentaba continuas quejas ante Henry sobre lo que Thomas estaba haciendo desde que regresó de Inglaterra. Cabalgaba por todo el país con un ejército de caballeros, visitando a sus compinches, tramando todo tipo de planes traicioneros y castigando a los clérigos que habían ayudado al rey durante su exilio. Waleran bordaba todos aquellos informes antes de pasárselos al rey. Pero en cuanto decía había algo de verdad. Sin embargo, estaba animando las llamas de una hoguera que ya ardía bien. Todos aquellos que abandonaran a Thomas durante los seis años que duró la disputa y que en esos momentos vivían con el temor de la venganza, estaban más que dispuestos a difamarle ante el soberano.

De manera que Waleran se mostraba satisfechísimo cuando Henry se enfureció. Y no dejaba de ser comprensible ya que era uno de los más perjudicados con el regreso del arzobispo, el cual se había negado a confirmar el nombramiento de Waleran como obispo de Lincoln. Y por otra parte había presentado su propio candidato para el obispado de Kingsbridge. El prior Philip. De manera que, si Thomas se salía con la suya, Waleran perdería Kingsbridge y no obtendría Lincoln. Quedaría arruinado.

También se resentiría la posición de William. Con Aliena sustituyendo al conde, Waleran anulado, Philip confirmado obispo y sin duda Jonathan prior de Kingsbridge, William quedaría aislado, sin un solo aliado en el Condado. Ése era el motivo de que se hubiera unido a Waleran en la corte real para colaborar en la tarea de socavar el ya débil acuerdo entre el rey Henry y el arzobispo Thomas.

Nadie había comido mucho de los cisnes, gansos, pavos reales y patos presentados en la mesa. William que, siempre comía y bebía hasta hartarse, sólo mordisqueaba pan y tomaba sorbos de "posset", una bebida hecha con cerveza, leche, huevos y nuez moscada para tranquilizar su bilioso estómago.

La ira de Henry había estallado ante la noticia de que Thomas había enviado una delegación a Tours, donde se encontraba el Papa Alejandro, quejándose de que Henry no había cumplido con su parte del tratado de paz.

—No habrá paz hasta que hagáis ejecutar a Thomas —dijo Enjuger de Bohun, uno de los viejos consejeros del rey.

William quedó atónito.

—¡Ésa es la verdad! —rugió Henry.

William estaba convencido de que Henry había considerado aquella observación como una reflexión pesimista y no como una sugerencia seria. A pesar de ello tenía la sensación de que Enjuger no lo había dicho a la ligera.

—Cuando estuve de paso en Roma a mi regreso de Jerusalén, oí hablar de un Papa que había sido ejecutado por su insufrible insolencia. Maldito si

recuerdo ahora su nombre —terció William Malvoisin a modo de comentario indiferente.

—Parece que no se puede hacer nada más con Thomas. Mientras siga viviendo fomentará la sedición dentro y fuera del país —manifestó el arzobispo de York.

Aquellas tres declaraciones parecieron a William orquestadas.

Miró a Waleran, que en ese mismo instante tomó la palabra.

—Ciertamente resulta inútil apelar al buen sentido de Thomas.

—¡Callaos todos vosotros! —vociferó el rey—. ¡Ya he oído suficiente! ¡No hacéis otra cosa que lamentaros! ¿Cuándo moveréis vuestros traseros y haréis algo al respecto? —Se echó al coleto un trago de cerveza de su cubilete—. ¡Esta cerveza sabe a orines! —gritó furioso.

Apartó la silla y todos se apresuraron a ponerse en pie. Se levantó y, con paso airado, salió de la habitación.

Se hizo un silencio inquieto.

—El mensaje no puede estar más claro, mis Lores. Hemos de levantarnos de nuestros asientos y hacer algo respecto a Thomas —dijo por fin Waleran.

—Creo que debemos enviar una delegación a Thomas para llamarle al orden —sugirió William Mandeville, el conde de Essex.

—¿Y qué haréis si se niega a atenerse a razones? —preguntó Waleran.

—Creo que entonces deberíamos arrestarle en nombre del rey.

Varios de ellos empezaron a hablar a la vez. La asamblea se disolvió en grupos más pequeños. Quienes rodeaban al conde Essex empezaron a proyectar su delegación a Canterbury. William vio a Waleran con dos o tres caballeros jóvenes. Entonces, lo buscó a él con la mirada y le hizo seña de que se acercara.

—La delegación de William Mandeville no servirá de nada. Thomas los puede manejar con una mano atada a la espalda.

—Algunos de nosotros pensamos que ha llegado el momento de medidas más drásticas —planteó Reginald Fitzurse mirando con frialdad a William.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó éste.

—Ya has oído lo que ha dicho Enjuger.

—Ejecución —espetó Richard le Bret, un muchacho de unos dieciocho años.

William se quedó helado al oír aquella palabra. Así que iba en serio. Miró a Waleran.

—¿Pediréis la bendición del rey?

Fue Reginald el que contestó.

—Imposible. No puede sancionar algo así de antemano —sonrió diabólico—. Pero después sí que puede recompensar a sus leales servidores.

—Bien, William. ¿Estás con nosotros? —le preguntó el joven Richard.

—No estoy seguro —repuso William. Se hallaba excitado y asustado a un tiempo—. Tengo que pensarlo.

—No hay tiempo para pensar. Tendremos que ir ahora. Hemos de llegar a Canterbury antes que William Mandeville, de lo contrario los suyos nos estorbarán.

—Necesitaran ir acompañados de un hombre mayor para dirigirles y planear la operación —dijo Waleran a William.

William estaba desesperadamente ansioso por aceptar. Aunque no sólo resolvería todos sus problemas sino que probablemente el rey le concedería un condado por ello.

—¡Pero matar a un arzobispo debe ser un pecado terrible! —dijo.

—No te preocupes por eso —le aseguró Waleran—. Yo te daré la absolución.

La enormidad de lo que iban a hacer planeaba sobre William como un nubarrón tormentoso mientras el grupo de asesinos cabalgaba a través de Inglaterra. No podía pensar en otra cosa. Le era imposible comer o dormir. Se comportaba de manera extraña y hablaba distraído. Cuando el barco arribó a Dover se encontraba dispuesto a abandonar el proyecto.

Llegaron al castillo de Saltwood, en Kent, tres días después de Navidad, un lunes por la noche. El castillo pertenecía al arzobispo de Canterbury, pero durante el exilio lo había ocupado Ranulf de Broc, quien se había negado a devolverlo. En realidad una de las quejas que había presentado Thomas al Papa era la de que el rey Henry no le había devuelto el castillo.

Ranulf hizo cambiar de idea a William.

En ausencia del arzobispo, Ranulf había asolado Kent, aprovechándose de la falta de autoridad al igual que hizo William en otros tiempos. Y estaba dispuesto a cualquier cosa para poder seguir haciendo lo que le viniera en gana. Se mostró entusiasta con el plan y expresó su satisfacción ante la oportunidad de tomar parte. Empezó a discutir los detalles de inmediato con evidente fruición. Su enfoque realista despejó la bruma de temor supersticioso que enturbiara la visión de William, y empezó a imaginar una vez más lo que sería volver a ser conde, sin que nadie le dijera lo que había de hacer.

Se pasaron la mayor parte de la noche planificando la operación.

Con la punta de un cuchillo, Ranulf dibujó sobre la mesa un plano del recinto de la catedral y del palacio arzobispal. Los edificios monásticos se encontraban en el lado norte de la iglesia, lo que era desusado, pues lo normal era que estuvieran en la parte sur, como en Kingsbridge. El palacio del arzobispo se hallaba unido a la esquina noroeste del templo. Se entraba

en él desde el patio de la cocina. Mientras elaboraban el plan, Ranulf envió jinetes a sus guarniciones de Dover, Rochester y Blethingley, ordenando a sus caballeros que se reunieran con él por la mañana en el camino de Canterbury. Hacia el amanecer los conspiradores se fueron a dormir una hora o dos.

Después del largo viaje a William le dolían las piernas de una forma espantosa. Confiaba en que ésa fuera la última operación militar que tuviese que hacer. Pronto cumpliría los cincuenta y cinco, si había calculado bien, y se estaba haciendo demasiado viejo para tales cosas.

Pese a su cansancio y a la animosa influencia de Ranulf seguía sin poder dormir. La idea de matar a un arzobispo era demasiado aterradora, a pesar de que ya hubiera sido absuelto de su pecado. Tenía miedo de las pesadillas que pudieran atormentarle si llegara a dormirse.

Habían concebido un buen plan de ataque. Desde luego saldría mal. Siempre había algo que iba mal. Lo importante era mostrarse lo bastante flexible para poder habérselas con los imprevistos. Pero fuese como fuese no resultaría demasiado difícil, para un grupo de luchadores profesionales, dominar a un puñado de monjes afeminados.

La luz difusa de una gris mañana invernal penetró en la habitación a través de las ventanas semejantes a flechas. Al cabo de un rato William se levantó. Intentó decir sus oraciones pero le fue imposible. Los otros también se levantaron temprano. Desayunaron juntos en el zaguán. Además de William y Ranulf se encontraban allí Reginald Fitzurse, el que William había designado jefe del grupo de ataque, Richard le Bret, el jovenzuelo del grupo, William Tracy, el de más edad y Hugh Morville, el de más alto rango.

Se endosaron las armaduras y se pusieron en camino, montando caballos de Ranulf. Hacía un frío glacial y el cielo estaba oscuro, cubierto de nubes grises y bajas como si fuera a nevar. Siguieron por el viejo camino llamado Stone Street. Al cabo de dos horas y media, se les unieron otros varios caballeros.

Tenían como punto de reunión definitivo la abadía de Saint Agustine, en las afueras de la ciudad. Ranulf había asegurado a William que el abad era un antiguo enemigo de Thomas. De todos modos, William había decidido decirle que estaban allí para detener a Thomas, no para matarle. Debían mantener la ficción hasta el último momento. Nadie debería saber el verdadero objetivo real de la operación salvo el propio William, Ranulf y los cuatro caballeros venidos de Francia.

Llegaron a la abadía a las doce del mediodía. Allí se encontraban esperando los hombres convocados por Ranulf. El abad les dio de almorzar. El vino era muy bueno y bebieron hasta saciarse. Ranulf dio la orden a los

hombres de armas que rodearan todo el recinto de la catedral e impidieran que nadie saliera de ella.

William seguía temblando, incluso cuando se encontraba allí de pie, junto al fuego de la casa de invitados. Había de ser una operación sencilla. Pero si llegaran a fracasar, el castigo sería la muerte, con toda probabilidad. El rey encontraría una manera de justificar el asesinato de Thomas. Lo que jamás respaldaría sería un intento de asesinato. Habría de negar todo conocimiento respecto al hecho y ahorcar a quienes lo hubieran perpetrado. William había ahorcado a mucha gente en su calidad de sheriff de Shiring. Pero la idea de su propio cuerpo colgando del extremo de una cuerda todavía le hacía estremecerse.

Desvió sus pensamientos al Condado que le cabía esperar como recompensa por el éxito. Sería agradable volver a ser conde y pasar la vejez respetado, considerado y obedecido sin excusa alguna. Tal vez Richard, el hermano de Aliena, muriera en Tierra Santa y el rey Henry diera a William otra vez sus antiguas propiedades. Aquella idea le caldeó más que el fuego.

Al dejar la abadía eran ya un pequeño ejército. Sin embargo, no encontraron dificultad alguna para entrar en Canterbury. Gozaba de más preponderancia que Thomas, lo que sin duda alguna había inducido a éste a presentar su amarga queja al Papa. Tan pronto como estuvieron dentro los hombres de armas se dispersaron por todo el recinto de la catedral bloqueando las salidas.

Había empezado la operación. *Hasta aquel instante se podía, teóricamente, suspenderla sin sufrir menoscabo alguno. Pero a partir de ese momento la suerte estaba echada*, se dijo William con un escalofrío de temor.

Dejó a Ranulf a cargo del cerco, llevó consigo un grupo de caballeros y hombres a una casa situada enfrente de la entrada principal del recinto catedralicio. Luego atravesó la puerta con el resto de ellos. Reginald Fitzurse y los otros tres conspiradores cabalgaron hasta el patio de la cocina como si fueran visitantes oficiales y no intrusos armados. Pero William corrió hasta la casa de guardia, manteniendo quieto al aterrado portero a punta de espada.

El ataque estaba en marcha.

Con el corazón en la boca William ordenó a uno de los hombres de armas que maniatara al portero. A los demás les dejó que se metieran en la casa de guardia y cerraran la puerta. Ya nadie podía entrar ni salir. Había tomado un monasterio por las armas. Siguió a los cuatro conspiradores hasta el patio de la cocina. En la parte norte había cuadras, pero los cuatro habían atado sus caballos a una morera que había en el centro. Se quitaron cintos y yelmos, pues habían de mantener por algún tiempo la actitud de una visita pacífica.

William los alcanzó y dejó caer sus armas debajo del árbol. Reginald lo miró inquisitivo.

—Todo marcha bien —aseguró William—. El lugar está aislado.

Atravesaron el patio y se dirigieron al palacio. Entraron en el pórtico. William dejó de guardia en el porche a un caballero local. Los otros penetraron en el gran salón.

Los servidores de palacio estaban sentados y se disponían a cenar, lo cual significaba que ya habían servido a Thomas así como a los sacerdotes y monjes que se encontraban con él. Uno de los servidores se puso en pie.

—Somos hombres del rey —le dijo Reginald.

En el salón se hizo el silencio.

—Bienvenidos, mis señores —dijo, el que se había levantado—. Soy William Fitzanel, el mayordomo del salón. Pasad, por favor. ¿Deseáis cenar algo?

Se mostraba muy cordial, se dijo William, teniendo en cuenta que su señor se andaba a la greña con el rey. Probablemente le habrían sobornado.

—Nada de cena. Gracias —respondió Reginald.

—¿Una copa para reponerse del viaje?

—Tenemos un mensaje del rey para su señor —dijo impaciente Reginald—. Anúncianos de inmediato, por favor.

—Muy bien— contestó el mayordomo inclinándose. Como no iban armados no tenía motivo para negarse. Dejó la mesa y se encaminó hacia el lado opuesto al salón.

William y los caballeros le siguieron. Las miradas de los silenciosos servidores no se apartaban de ellos. William estaba temblando como solía ocurrirle antes de las batallas y ansiaba que comenzara la lucha, ya que entonces se serenaba.

Subieron una escalera hasta el piso superior.

Al final se encontraron en una espaciosa sala de recepción con bancos adosados a las paredes, en el centro de una de las cuales había un gran sitial. En los bancos se encontraban sentados varios sacerdotes y monjes con vestiduras negras, pero el sitial aparecía vacío.

El mayordomo recorrió la habitación hasta llegar junto a una puerta abierta.

—Mensajeros del rey, mi señor arzobispo —dijo con voz fuerte.

No pudo oírse la respuesta pero el arzobispo debió de haber dado su permiso, porque el mayordomo les hizo ademán de que entraran. Los monjes y sacerdotes miraron con ojos asombrados a los caballeros que atravesaban la estancia y entraban en la cámara interior. Thomas Becket, con sus ropajes de arzobispo, estaba sentado en el borde de la cama. Sólo había otra persona

en la habitación, un monje sentado a los pies de Thomas y escuchando. William encontró la mirada del monje y se sobresaltó al reconocer al prior Philip de Kingsbridge. ¿Qué estaba haciendo allí? Adulando sin duda y buscando favores. Philip había sido elegido obispo de Kingsbridge pero aún no le habían confirmado. *Ahora ya jamás lo será*, pensó William con brutal regocijo.

Philip también se sobresaltó al ver a William. Sin embargo, Thomas seguía hablando sin dar muestras de haber visto a los caballeros. Aquello era un alarde de descortesía calculada, se dijo William. Los caballeros tomaron asiento en los taburetes bajos y en los bancos alrededor de la cama. William hubiera preferido que no lo hicieran ya que así parecía que la visita era social y tuvo la impresión que, de alguna manera, habían perdido ímpetu. Tal vez fuera ése el propósito de Thomas.

El arzobispo los miró al fin. No se levantó para saludarles. Los conocía a todos salvo a William y sus ojos se detuvieron en Hugh Morville, el de más alta graduación.

—¡Ah, Hugh! —dijo.

William había encargado aquella parte de la operación a Reginald, de manera que fue él y no Hugh quien habló.

—Nos envía el rey desde Normandía. ¿Queréis oír su mensaje en público o en privado?

Thomas miró irritado de Reginald a Hugh y de nuevo al primero, como si le molestara tratar con un miembro de inferior rango a la delegación.

—Déjame, Philip —dijo suspirando.

Philip se levantó, pasando junto a los caballeros con aspecto preocupado.

—Pero no cierres la puerta —le advirtió Thomas mientras salía.

—Os requiero en nombre del rey para que nos acompañéis a Winchester a responder de acusaciones formuladas contra vos —expuso en cuanto Philip salió.

William tuvo la satisfacción de ver palidecer a Thomas.

—Así que ésas tenemos —comentó el arzobispo con calma, y alzó los ojos hacia el mayordomo que esperaba junto a la puerta—. Haz entrar a todos —le dijo Thomas—. Quiero que oigan esto.

Empezaron a desfilar monjes y sacerdotes, Philip entre ellos. Algunos se sentaron y otros se quedaron en pie recostados contra las paredes. William no tenía objeción alguna que hacer sino al contrario, cuanto más gente estuviera presente tanto mejor, ya que el objeto de ese encuentro era el de dejar establecido ante testigos que Thomas se había negado a cumplir una orden real.

Una vez todos se hubieron instalado, Thomas miró a Reginald.

—Repetidlo —le dijo.

—Os requiero en nombre del rey para que nos acompañéis a Winchester a responder de las acusaciones contra vos —repitió Reginald.

—¿De qué acusaciones se trata? —preguntó Thomas con tranquilidad.

—¡De traición!

Thomas movió la cabeza.

—Henry no me juzgará —aseguró con calma—. Bien sabe Dios que no he cometido delito alguno.

—Habéis excomulgado a servidores reales.

—No fui yo sino el Papa quien lo hizo.

—Habéis suspendido a otros obispos.

—He ofrecido restablecerlos en condiciones clementes. Lo han rechazado. Mi oferta sigue en pie.

—Habéis amenazado la sucesión al trono, menospreciando la coronación del hijo del rey.

—No he hecho semejante cosa. El arzobispo de York no tiene derecho a coronar a nadie y el Papa le ha reprendido por su desfachatez. Pero nadie ha sugerido que la coronación no sea válida.

—Una cosa conduce a la otra, condenado loco —exclamó Reginald exasperado.

—¡Ya he tenido suficiente! —clamó Thomas.

—Y nosotros ya te hemos aguantado bastante, Thomas Becket —gritó Reginald—. Por las llagas de Cristo que estamos hartos de ti, de tu arrogancia, de tus injurias y de tu traición.

Thomas se puso en pie.

—Los castillos del arzobispo están ocupados por los hombres del rey —clamó—. Las rentas del arzobispo las ha cobrado el rey. Se ha ordenado al arzobispo que no abandone la ciudad de Canterbury. ¿Y me dices que vosotros me habéis aguantado bastante?

—Mi señor, discutamos este asunto en privado —aconsejó uno de los sacerdotes a Thomas en un intento por calmar las cosas.

—¿Con qué fin? —replicó tajante Thomas—. Exigen algo que no debo hacer y no haré.

Los gritos habían atraído a todo el mundo en el palacio y ante la puerta de la cámara había un gran número de oyentes escuchando asombrados. La discusión se había prolongado lo suficiente. Nadie podía negar que Thomas se había resistido a cumplir una orden real. William hizo una seña a Reginald. Fue un ademán discreto, pero no pasó inadvertido para el prior Philip, que enarcó sorprendido las cejas, comprendiendo entonces que el jefe del grupo era William y no Reginald.

—Arzobispo Thomas, habéis dejado de estar bajo la paz y protección del rey —dijo Reginald con tono oficial, miró en derredor y se dirigió a los espectadores—. Desalojad la habitación —les ordenó.

Nadie se movió.

—A vosotros, monjes, os ordeno en nombre del rey que vigiléis al arzobispo e impidáis que se escape.

Claro que nadie lo haría. Y tampoco lo quería William, sino todo lo contrario. Lo que quería era que Thomas intentara realmente escapar ya que así les facilitaría su muerte.

Reginald se volvió hacia el mayordomo, William Fitzneal, quien, técnicamente, era el guardaespaldas del arzobispo.

—Quedas detenido —le dijo.

Cogió al mayordomo por el brazo y le hizo salir de la habitación.

El hombre no opuso resistencia. William y los demás caballeros les siguieron.

Bajaron las escaleras y atravesaron el salón. Richard, el caballero local, seguía de guardia en el pórtico. William se preguntó qué podía hacer con el mayordomo.

—¿Estás con nosotros? —le preguntó.

El hombre estaba aterrado.

—Lo estoy si estáis con el rey.

William consideró que, estuviera de un lado o del otro, se sentía demasiado asustado para representar peligro alguno.

—No lo pierdas de vista —dijo a Richard—. Nadie deberá abandonar el edificio. Mantén cerrada la puerta del pórtico.

Junto con los otros atravesó corriendo el patio hasta la morera.

Empezaron a ponerse presurosos los yelmos y las espadas. *Vamos a hacerlo ahora*, pensó William con temor. *¡Oh, Dios mío! Vamos a volver allí y a matar al arzobispo de Canterbury*. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que William se puso un yelmo, y el borde de la cota de malla que le protegía el cuello y los hombros le creaba dificultades. Maldijo sus dedos poco hábiles. Avistó a un muchacho que lo miraba con la boca abierta.

—¡Eh, tú! ¿Cómo te llamas? —le gritó.

El muchacho volvió la cabeza hacia la cocina, sin saber si contestar a William o salir corriendo.

—Robert, señor —dijo al cabo de un momento—. Me llaman Robert Pipe.

—Ven aquí, Robert Pipe y ayúdame con esto.

El muchacho titubeó de nuevo.

A William se le acabó la paciencia.

—Ven aquí ahora mismo o juro por la sangre de Jesús que te cercenaré la mano con esta espada.

El muchacho avanzó reacio. William le enseñó cómo sujetar la cota de malla mientras él se colocaba el yelmo. Al fin lo logró y Robert Pipe salió corriendo como alma que lleva el diablo. *Hablará a sus nietos de esto*, se le ocurrió por un instante a William. El yelmo tenía una abertura, con una faldilla de boca que podía correrse y sujetarla con una correa. Los demás habían cerrado las suyas con lo que sus caras quedaban ocultas y ya nadie podía reconocerles. William dejó la suya abierta todavía un momento. Cada uno de ellos blandía una espada en una mano y enarbolaba un hacha en la otra.

—¿Preparados? —preguntó William.

Todos asintieron.

En adelante apenas hablarían. No eran necesarias más órdenes como tampoco tomar nuevas decisiones. No tenían más que volver allí y matar a Thomas.

William se metió dos dedos en la boca y emitió un silbido agudo.

A continuación cerró su mirilla.

De la casa de guardia salió corriendo un hombre de armas que abrió la puerta principal de par en par.

Los caballeros apostados por William en la casa que había enfrente de la catedral cruzaron la calle, se dispersaron por el patio gritando tal como se les había dicho.

—¡Hombres del rey! ¡Hombres del rey!

William volvió corriendo en dirección al palacio.

El caballero Richard y el mayordomo William Fitzneal le abrieron la puerta del pórtico.

Mientras entraba, dos servidores del arzobispo aprovecharon la circunstancia de que Richard y William Fitzneal estaban distraídos y cerraron de golpe la puerta entre el pórtico y el salón.

William descargó todo su peso contra la puerta. Pero era demasiado tarde. La habían asegurado con una barra. Maldijo. ¡El primer contratiempo y demasiado pronto! Los caballeros empezaron a descargar sus hachas sobre la puerta, aunque con poco resultado. Estaba construida para resistir ataques. William empezó a sentir que perdía el control. Luchando contra el pánico que empezaba a embargarle, salió corriendo del pórtico mirando en derredor en busca de otra puerta. Reginald le siguió.

Por aquel lado del edificio no había nada. Se precipitaron hacia el lado oeste del palacio, más allá de la cocina apartada. Se encontraron en el huerto por el lado sur. William gruñó satisfecho. Allí, en el muro sur del palacio,

había una escalera que conducía al piso superior. Parecía una entrada privada a las habitaciones del arzobispo. Se desvaneció la sensación del pánico.

William y Reginald fueron rápidos hacia la escalera. Estaba rota en algunos sitios. Cerca había unas herramientas y una escala como si la estuvieran reparando. Reginald colocó la escala contra el lateral de la escalera y trepó saltándose los peldaños estropeados. Llegó arriba. Había una puerta que se abría sobre un mirador, un pequeño balcón cerrado. William vio cómo intentaba abrir la puerta. Estaba cerrada. Junto a ella había una ventana con un postigo. Reginald lo hizo saltar con un golpe de su hacha. Metió la mano, hurgó y, finalmente, abrió la puerta y entró.

William empezó a subir por la escala.

Philip se asustó en cuanto vio a William Hamleigh; pero los sacerdotes y monjes del séquito de Thomas parecieron en un principio complacidos. Luego, al oír los golpes contra la puerta del salón, tuvieron miedo y varios de ellos propusieron refugiarse en la iglesia.

Thomas se mostró desdeñoso.

—¿Refugiarnos? —dijo—. ¿De qué? ¿De esos caballeros? Un arzobispo no puede huir ante unos estúpidos bárbaros.

Philip pensó que tenía razón hasta cierto punto. La condición de arzobispo carecía de significado. El hombre de Dios, seguro al saber que le serán perdonados sus pecados, considera la muerte como un traslado feliz a un lugar mejor y no teme a las espadas. Sin embargo, ni siquiera un arzobispo debería mostrarse tan indiferente por su seguridad hasta el punto de invitar al ataque. Además Philip conocía por experiencia la brutalidad y depravación de William Hamleigh. De manera que cuando oyeron el estropicio de la ventana decidió tomar el mando.

Se asomó y pudo ver que el palacio estaba rodeado de caballeros.

Aquello le atemorizó todavía más. Era, a todas luces, un ataque planeado con todo cuidado y quienes lo perpetraban se hallaban dispuestos a practicar la violencia. Cerró presuroso la puerta del dormitorio, atravesándola con la barra. Los demás le observaban, satisfechos de que alguien decidido se hiciera cargo de la situación. El arzobispo Thomas seguía mostrándose desdeñoso, aunque no intentó detener a Philip.

Philip se mantuvo en pie junto a la puerta, escuchando. Oyó a alguien atravesar el mirador y entrar en la sala de audiencias. Se preguntó cuánto podría resistir la puerta del dormitorio. Sin embargo, el hombre no la atacó sino que atravesó la sala y empezó a bajar la escalera. Philip supuso que iría a abrir la puerta del salón desde el interior y franquear la entrada al resto de los caballeros. Aquello daba a Thomas unos momentos de respiro.

En la esquina del dormitorio, había otra puerta, oculta en parte por la cama.

—¿Adónde conduce? —preguntó Philip señalándola con tono apremiante.

—Al claustro —respondió alguien—. Pero está cerrada a machamartillo.

Philip cruzó la habitación e intentó abrir la puerta. En efecto estaba atrancada.

—¿Tenéis una llave? —preguntó a Thomas, y añadió luego—: Mi señor arzobispo.

Thomas hizo un ademán negativo con la cabeza.

—Que yo recuerde ese pasaje jamás ha sido utilizado —dijo con exasperante calma.

La puerta no parecía demasiado fuerte pero Philip tenía ya sesenta y dos años y la fuerza bruta jamás había sido su cualidad sobresaliente.

Retrocedió y lanzó un puntapié. La puerta sonó como una matraca. Philip, apretando los dientes, golpeó con más fuerza. Y de repente se abrió.

Philip miró a Thomas. Éste, al parecer, seguía mostrándose reacio a huir. Acaso todavía no había llegado a comprender, como lo había hecho Philip, que el número de caballeros y la naturaleza bien organizada de la operación revelaban una siniestra y firme intención de hacerle daño. Pero Philip sabía de manera instintiva que sería inútil asustar a Thomas para conseguir que huyera.

—Es la hora de vísperas —le dijo variando de táctica—. No deberíamos cambiar la disciplina de la oración por culpa de unos cuantos salvajes.

Thomas sonrió al ver que se utilizaba contra él su propio argumento.

—Muy bien —respondió poniéndose en pie.

Philip abrió la marcha sintiendo alivio por haber logrado que Thomas se pusiera en movimiento y también temor de que no lo hiciera con suficiente rapidez. El pasaje conducía abajo por un largo tramo de escaleras. No existía más luz que la que llegaba del dormitorio del arzobispo. Al final, había otra puerta. Philip le aplicó el mismo tratamiento que a la anterior. Pero era más fuerte y no cedió.

—¡Ayuda! ¡Abrir la puerta! ¡Deprisa! —empezó a gritar al tiempo que golpeaba contra el batiente.

Percibió la nota de pánico en su propia voz e hizo un esfuerzo por conservar la calma, a pesar de que el corazón le latía descompasado y tenía la certeza de que los caballeros de William debían irles a la zaga muy de cerca.

Los otros se unieron a él. Siguió golpeando la puerta y gritando.

—Dignidad, Philip. Por favor —oyó decir a Thomas.

Pero no hizo caso.

Quería proteger la dignidad del arzobispo. La suya carecía de importancia.

Antes de que Thomas pudiera volver a protestar escuchó el ruido de una barra que estaba siendo retirada y el de una llave que giraba en la cerradura. La puerta se abrió. Philip gruñó aliviado. Allí se encontraban en pie dos cillereros sobresaltados.

—No sabía que esta puerta condujera a parte alguna —comentó uno de ellos.

Philip los apartó impaciente; se encontraba en los almacenes del cillerero. Fue sorteando barriles y sacos para alcanzar otra puerta. La cruzó y salió al aire libre.

Empezaba a oscurecer.

Se encontraba en el paseo sur del claustro.

Con inmenso alivio, vio al otro extremo la puerta que conducía al crucero norte de la catedral de Canterbury.

Ya estaban casi a salvo.

Tenía que hacer entrar a Thomas en la catedral antes de que William y sus caballeros pudieran alcanzarles. El resto del grupo salió de los almacenes.

—A la iglesia. Deprisa —dijo Philip.

—No, Philip. No tan deprisa, entraremos en mi catedral con dignidad —le dijo Thomas.

Philip hubiera gritado.

—Naturalmente, mi señor —se limitó a decir.

Podía oír el ominoso sonido de fuertes pisadas por el pasaje en desuso. Los caballeros habían logrado irrumpir en el dormitorio y descubrieron la puerta del pasadizo. Sabía que la mejor protección del arzobispo era su dignidad, pero no había nada malo en evitar las dificultades.

—¿Dónde está la cruz del arzobispo? —preguntó Thomas—. No puedo entrar en mi iglesia sin mi cruz.

Philip gimió desesperado.

—Yo he traído la cruz. Aquí está —dijo uno de los sacerdotes.

—Llévala delante de mí como es habitual, por favor —pidió Thomas.

El sacerdote la alzó y se dirigió con apresuramiento contenido hacia la puerta de la iglesia.

Thomas le siguió.

El cortejo del arzobispo le precedió en la entrada a la catedral como el protocolo exigía, Philip entró el último y mantuvo la puerta abierta para él. Justo en el momento en que Thomas entraba, dos caballeros salieron precipitadamente de los almacenes del cillerero y se lanzaron corriendo por el paseo sur.

Philip cerró la puerta del crucero. Había una barra introducida en un hueco del muro junto a la jamba de la puerta. Philip la cogió y la colocó atravesada.

Dio media vuelta respirando aliviado y se recostó contra la puerta.

Thomas estaba recorriendo el estrecho crucero en dirección a los escalones que conducían a la nave norte del presbiterio. Pero cuando oyó el golpe de la barra al quedar colocada, se detuvo de repente y se volvió.

—No, Philip —dijo.

A Philip se le cayó el alma a los pies.

—Mi señor arzobispo.

—Esto es una iglesia, no un castillo. Quita esa barra.

La puerta sufrió violentas sacudidas al intentar los caballeros abrirla.

—Me temo que quieren matarnos —dijo Philip.

—Si es así probablemente lo lograrán, con barra o sin ella. ¿Sabes cuántas puertas más tiene esta iglesia? Ábrela.

Hubo una serie de fuertes golpes al atacar los caballeros con sus hachas.

—Podríais esconderos —alegó desesperado Philip—. Hay docenas de lugares... La entrada a la cripta se halla ahí mismo... Está oscureciendo.

—¿Esconderme, Philip? ¿En mi propia iglesia? ¿Lo harías tú?

Philip se quedó mirando a Thomas.

—No, no lo haría —dijo al fin.

—Abre la puerta.

Philip retiró la barra abrumado.

Los caballeros irrumpieron en la iglesia. Eran cinco. Llevaban los rostros ocultos por los yelmos y blandían espadas y hachas. Parecían emisarios infernales.

Philip sabía que no debería sentir miedo, pero sus afiladas armas le hacían temblar de horror.

—¿Dónde está Thomas Becket, traidor al rey y al reino? —gritó uno de ellos.

—¿Dónde está el traidor? ¿Dónde está el arzobispo? —vociferaron los otros.

Ya había oscurecido del todo y la gran iglesia se hallaba apenas iluminada por velas. Todos los monjes iban vestidos de negro y la visión de los caballeros quedaba parcialmente limitada por el yelmo. De repente Philip sintió renacer la esperanza, tal vez en la oscuridad no distinguieran a Thomas. Pero éste dio al traste de inmediato con aquel atisbo de esperanza.

—Aquí me tenéis. No soy traidor al rey sino un sacerdote de Dios. ¿Qué queréis? —dijo bajando los escalones en dirección a los caballeros.

Mientras el obispo permanecía enfrentado a los cinco hombres con las espadas desenvainadas, Philip supo de súbito, con toda certeza, que Thomas iba a morir ese día, allí mismo.

Las gentes del séquito debieron tener la misma sensación porque de repente la mayoría de ellos huyeron. Unos desaparecieron entre las sombras del presbiterio, otros se dispersaron por la nave entre los fieles que esperaban para el oficio y uno abrió una puertecita y subió corriendo una escalera de caracol. Philip sentía una profunda desazón.

—¡Deberíais rezar, no correr! —les gritó.

En aquel instante se le ocurrió que tal vez también le mataran a él si no huía. Pero le era imposible apartarse del lado del arzobispo.

—¡Renegad de vuestra traición! —conminó a Thomas uno de los caballeros.

Philip reconoció la voz de Reginald Fitzurse, que era quien había hablado antes.

—¡No tengo nada que renegar! —rechazó Thomas—. No he cometido traición.

Se mostraba mortalmente sereno, pero tenía el rostro lívido. Comprendió que Thomas, al igual que todos los demás, había comprendido que iba a morir.

—¡Huye, eres hombre muerto! —gritó Reginald al arzobispo.

Thomas permaneció inmóvil.

Philip se dijo que ellos querían que huyese. No acababan de decidirse a matarlo a sangre fría. Acaso Thomas también lo había comprendido porque permanecía inconmovible delante de ellos, desafiándoles a que le tocaran. Permanecieron así largo rato, todos inmóviles formando un terrible cuadro, los caballeros reacios a hacer el primer movimiento, el sacerdote demasiado orgulloso para huir.

Fue Thomas quien quiso que la fatalidad rompiera el hechizo.

—Estoy preparado para morir, pero no tocaréis a ninguno de mis hombres, sacerdotes, monjes o seglares.

Reginald fue el primero en hacer un movimiento. Blandió su espada frente a Thomas acercando su punta cada vez más a la cara; éste como desafiándose a sí mismo a tocar con la hoja al sacerdote. De súbito, con un rápido giro de la muñeca, Reginald quitó a Thomas la birreta.

De repente Philip volvió a sentirse esperanzado. No se atrevían a hacerlo, tenían miedo de tocarle.

Pero estaba equivocado. La resolución de los caballeros pareció haberse fortalecido con el estúpido gesto de tirar la birreta del arzobispo. Como si al hacerlo hubieran esperado verse golpeados por la mano de Dios y el hecho de

haber quedado impunes les hubiera dado valor para seguir adelante con sus aberraciones.

—Lleváoslo de aquí —dijo Reginald.

Los otros caballeros desenvainaron sus espadas y se acercaron a Becket.

Uno de ellos lo cogió por la cintura e intentó levantarlo.

Philip estaba desesperado. Al final lo habían tocado. Estaban dispuestos a poner las manos sobre un hombre de Dios. Philip tuvo una angustiosa sensación de lo profundo de su maldad como si estuviera mirando un negro pozo sin fondo. En lo más íntimo de su ser debían saber que irían al infierno. Sin embargo, lo hicieron.

Thomas perdió el equilibrio, agitó los brazos y empezó a forcejear.

Los demás caballeros unieron sus esfuerzos para intentar levantarle y sacarle de allí. Los únicos del séquito de Thomas que permanecieron allí fueron Philip y un sacerdote de nombre Edward Grim. Ambos se precipitaron a ayudarle. Edward lo agarró del manto, aferrándose a él con fuerza. Uno de los caballeros se volvió descargando sobre Philip el puño armado. El golpe le alcanzó en un lado de la cabeza, derribándolo aturdido.

Cuando se recuperó, los caballeros habían soltado a Thomas, que se encontraba en pie con la testa inclinada y las manos juntas en actitud de plegaria. Uno de los caballeros alzó su espada.

Philip, todavía en el suelo lanzó un largo y desamparado grito de protesta.

—¡Noooo!

Edward Grim levantó el brazo para parar el golpe.

—Me encomiendo a Ti. —empezó a decir Thomas.

Cayó la espada.

Alcanzó tanto a Thomas como a Edward. Philip escuchó su propio grito. La espada partió por la mitad el cráneo del arzobispo al tiempo que le cortaba el brazo al sacerdote. Mientras brotaba la sangre del brazo de Edward, Thomas cayó de rodillas. Philip miraba aterrado la espantosa herida en la cabeza de Thomas.

El arzobispo fue descendiendo poco a poco, con las manos por delante. Se apoyó en ellas un momento y se desplomó de bruces sobre el suelo de piedra.

Otro caballero, levantando a su vez la espada, la descargó. Philip lanzó un aullido involuntario de dolor. El segundo golpe dio en el mismo lugar que el primero y desprendió la parte superior del cráneo de Thomas. Llevaba tal fuerza que la espada golpeó el pavimento partiéndose en dos. El caballero arrojó la mitad con la empuñadura. Un tercer caballero cometió un acto que quedaría grabado como a fuego en la memoria de Philip por el resto de sus

días. Introdujo la punta de su espada en la cabeza abierta del arzobispo y esparció la masa encefálica por el suelo.

Philip sintió que le flaqueaban las piernas y cayó de rodillas, abrumado por el horror.

—¡Éste ya no se levantará! ¡Larguémonos! —dijo el caballero.

Dieron media vuelta y echaron a correr.

Philip les vio atravesar la nave, blandiendo las espadas para apartar a los fieles.

Cuando los asesinos se hubieron ido se hizo por un momento un silencio glacial. El cuerpo del arzobispo yacía de bruces sobre el suelo y la parte superior del cráneo con el pelo se encontraba junto a la cabeza como la tapa de una olla. Philip ocultó la cara entre las manos. Aquél era el final de toda esperanza. Los bárbaros han ganado. Tenía una sensación de vértigo e ingravidez como si estuviera hundido lentamente en un lago profundo, ahogándose en desesperación. Ya no había nada donde agarrarse, todo cuanto había parecido seguro era de súbito inestable.

Se había pasado la vida luchando contra el poder arbitrario de hombres malvados y ahora, en la prueba final, había quedado derrotado. Recordaba la segunda vez que William Hamleigh fue a prender fuego a Kingsbridge y los ciudadanos construyeron una muralla en un día. ¡Qué victoria la de ellos! La fortaleza pacífica de centenares de personas corrientes había vencido a la monstruosa crueldad del conde William. Le acudió asimismo a la memoria que Waleran Bigod había intentado que la catedral se construyera en Shiring a fin de poder controlarla para sus propios fines. Philip había movilizado a la gente de todo el condado. Centenares de ellos, más de un millar, acudieron a Kingsbridge aquel maravilloso domingo de Pentecostés hacía ya treinta y tres años, y la propia fuerza de su ardor derrotó a Waleran. Pero ahora ya no había esperanza. Todas las gentes corrientes de Canterbury, ni siquiera la población entera de la cristiandad, bastarían para volver a la vida a Thomas.

Arrodillado sobre las losas del crucero norte de la catedral de Canterbury, vio de nuevo a los hombres que irrumpieron en su hogar y asesinaron a sus padres ante sus propios ojos, hacía ya cincuenta y seis años. La emoción que vivía en ese momento, la de aquel chiquillo, no era miedo, ni siquiera dolor. Era furia. Incapaz de detener a aquellos inmensos hombres de rostro congestionado y ojos inyectados en sangre, había concebido la resplandeciente ambición de inmovilizar a semejantes espadachines, de embotar sus espadas y trabar a sus caballos de batalla, obligándoles a someterse a otra autoridad, a una autoridad más alta que la del reino de la violencia. Instantes después, mientras sus padres yacían muertos en el suelo, había llegado el abad Peter para mostrarle el camino. Desarmado e indefenso

detuvo de inmediato aquel mar de sangre, tan sólo con la autoridad de la Iglesia y la fuerza de su bondad. Aquella escena había inspirado a Philip durante toda su vida.

Hasta ese momento creyó que él, y las gentes como él, estaban ganando. Durante el medio siglo transcurrido habían alcanzado algunas victorias notables. Pero en esos instantes, al final ya de su vida, sus enemigos le demostraban que nada había cambiado. Sus triunfos habían sido temporales, su progreso ilusorio. Había vencido en unas cuantas batallas pero, en definitiva, no existían esperanzas para la causa. Unos hombres semejantes a los que mataron a sus padres habían asesinado ahora a un arzobispo en una catedral, como para demostrar, más allá de toda duda, que no había autoridad capaz de prevalecer contra la tiranía de un hombre con espada.

Jamás pensó que se atrevieran a asesinar al arzobispo Thomas, y menos en una iglesia. Pero tampoco pensó nunca que alguien pudiera matar a su padre. Y los mismos hombres sedientos de sangre, con espadas y yelmos le habían demostrado en ambos casos la espantosa verdad. Ahora, a los sesenta y dos años, mientras contemplaba el terrible espectáculo del cuerpo de Thomas Becket, se sentía poseído por la misma furia infantil, irrazonable y avasalladora del chiquillo de seis años cuyo padre ha muerto.

Se puso en pie. En la iglesia se palpaba la emoción mientras las gentes se agolpaban alrededor del cuerpo del arzobispo. Sacerdotes, monjes y fieles se iban acercando cada vez más, lentamente, aturdidos y embargados de horror. Philip comprendió que detrás de todas aquellas expresiones horrorizadas palpitaba una furia semejante a la suya. Había quien musitaba oraciones. Se escuchaba algún gemido.

Una mujer se inclino rápidamente y tocó el cuerpo sin vida, como buscando la suerte. Otros la imitaron. Entonces Philip vio a la primera mujer recoger furtivamente un poco de sangre en un minúsculo frasco, como si Thomas fuera un mártir.

El clero empezó a recobrar la razón. Osbert, el camarlengo del arzobispo, con las lágrimas cayéndole por la cara, sacó una navaja, cortó una tira de su propia camisa y se inclinó sobre el cuerpo intentando con desmayo la espantosa tarea de recomponer el cráneo de Thomas, en un esfuerzo patético de devolver un mínimo de dignidad a la persona terriblemente mutilada del arzobispo. Al hacerlo, un sordo gemido colectivo se propagó entre la muchedumbre. Unos monjes llevaban unas parihuelas. Levantaron con sumo cuidado el cadáver de Becket y lo colocaron sobre ellas. Se alargaron muchas manos para ayudarles. Philip vio que el hermoso rostro de Thomas tenía una expresión de paz, siendo la única señal de violencia un delgado hilo de sangre

que le caía desde la sien derecha y a través de la nariz hasta la mejilla izquierda.

Mientras levantaban las parihuelas, Philip recogió la parte superior de la espada con la que asesinaran a Thomas. Seguía pensando en la mujer que guardó sangre del arzobispo en una botella como si fuera un santo. Existía algo muy significativo y grande en aquel pequeño acto. Pero Philip todavía no sabía muy bien lo que era.

La gente siguió a las parihuelas como atraída por una fuerza invisible. Philip se incorporó al gentío movido por el mismo impulso misterioso que dominaba a todos. Los monjes condujeron el cuerpo a través del presbiterio, y lo depositaron suavemente en el suelo delante del altar mayor. Las gentes, muchas de ellas rezando en voz alta, observaban a un sacerdote que, habiendo llevado un lienzo limpio, vendaba pulcramente la cabeza, cubriendo luego casi todo el vendaje con una birreta nueva.

Un monje cortó de arriba abajo el manto negro del arzobispo, que estaba todo manchado de sangre y se lo quitó. Pareció no saber qué hacer con aquella prenda y se volvió dispuesto a arrojarla a un lado.

Uno de los fieles se apresuró a adelantarse y lo cogió como si se tratara de un objeto precioso.

La idea que había estado aleteando imprecisa en la mente de Philip adquirió forma con un fogonazo de inspiración. Los ciudadanos consideraban a Thomas un mártir, y se mostraban ansiosos por recoger su sangre y sus ropas como si tuvieran los poderes sobrenaturales de las reliquias de los santos. Philip había estado pensando en el asesinato como una derrota política de la Iglesia, pero la gente no lo entendía así. Lo veía como un martirio, y la muerte de un mártir, aunque fuera considerada como una derrota, al final nunca dejaba de aportar inspiración y fuerza a la Iglesia.

Philip pensó de nuevo en los centenares de personas que habían acudido a Kingsbridge para construir la catedral y en los hombres, mujeres y niños que estuvieron trabajando juntos durante la media noche para levantar la muralla de la ciudad. Si en aquellos momentos pudiera movilizarse a esa misma gente, reflexionaba sintiéndose cada vez más exaltado, podría lanzar un grito tan fuerte de ultraje que se oyera en todo el mundo.

Al mirar a los hombres y mujeres reunidos en derredor del cuerpo, con una expresión en sus caras de dolor y afrenta, Philip comprendió que sólo estaban esperando un líder.

¿Sería posible?

Se dio cuenta de que existía algo familiar en aquella situación. Un cuerpo mutilado, una muchedumbre de espectadores y algunos soldados a cierta distancia. ¿Dónde lo había visto antes? Tenía la impresión de que lo que

ocurriría a renglón seguido sería que un pequeño grupo de seguidores del hombre muerto se alinearían contra todo el poder y la autoridad de un poderoso imperio.

Naturalmente. Así empezó la Cristiandad.

Y una vez que lo hubo comprendido supo lo que había de hacer.

Se colocó delante del altar y se volvió hacia el gentío. Todavía llevaba en la mano la espada rota. Por un instante le asaltó la duda. ¿Puedo hacer esto? ¿Puedo empezar aquí ahora mismo un movimiento que llegue a sacudir el trono de Inglaterra? Y vio, en una o dos expresiones, además de dolor y furia, un atisbo de esperanza.

Alzó en alto la espada.

—Esta espada ha matado a un santo —empezó diciendo.

Corrió un murmullo de asentimiento.

—Esta noche hemos sido testigos de un martirio —continuó diciendo Philip alentado.

Los sacerdotes y los monjes parecían sorprendidos. Al igual que Philip, no habían captado de inmediato el significado real del asesinato que habían presenciado. Pero los ciudadanos sí se habían dado cuenta y expresaban su aprobación.

—Cada uno de vosotros debe salir de este lugar y proclamar lo que ha visto.

Varias personas asintieron vigorosamente con la cabeza. Estaban escuchando, pero Philip quería más. Quería inspirarles. La prédica nunca había sido su fuerte. No era uno de esos hombres capaces de tener a la audiencia pendiente de sus labios, de hacerla reír y llorar, de persuadirla que le siguiera por doquier. No sabía hacer trémolos con la voz y lograr que una luz de gloria brillara en sus ojos. Era un hombre práctico, con los pies en la tierra que en ese preciso momento necesitaba hablar como un ángel.

—Muy pronto todos los hombres, mujeres y niños de Canterbury sabrán que los hombres del rey han asesinado al arzobispo Thomas en la catedral. Pero sólo es el comienzo. La noticia se propagará por toda Inglaterra y, luego, por toda la Cristiandad.

Se daba cuenta de que estaba perdiendo su atención. En algunos rostros podía leerse la insatisfacción y la decepción.

—¿Pero qué hemos de hacer? —preguntó a gritos un hombre.

Philip comprendió que necesitaban realizar de inmediato algún tipo de acción. No era posible invocar una cruzada y luego enviar a la gente a la cama.

Una cruzada, se dijo. Era una idea.

—Mañana llevaré esta espada a Rochester. Pasado mañana a Londres. ¿Queréis venir conmigo?

La mayoría de ellos permanecieron impasibles, pero alguien al fondo gritó:

—¡Sí!

Luego, algunos más expresaron su asentimiento.

Philip levantó algo la voz.

—Contaremos nuestra historia en todas las ciudades y aldeas de Inglaterra. Mostraremos a la gente la espada que mató a Santo Thomas, al Santo. Les dejaremos ver las manchas de sangre en sus ropajes arzobispales. —Fue acalorándose y dejó que su ira disminuyese algo—. Lanzaremos un clamor que se extenderá por toda la Cristiandad; sí, incluso hasta Roma. Haremos que todo el mundo civilizado se enfrente a los bárbaros que han perpetrado este crimen terrible y blasfemo.

Esta vez la mayoría de los presentes expresaron su asentimiento.

Habían estado esperando encontrar alguna manera de manifestar sus emociones y Philip se la estaba dando.

—Este crimen —empezó diciendo despacio mientras su voz subía de tono hasta convertirse en un grito—. ¡Jamás, jamás, será olvidado!

Estalló un rugido de aprobación.

De repente, Philip supo adónde ir desde allí.

—¡Empecemos desde este momento nuestra cruzada! —dijo.

—¡Sí!

—¡Llevaremos esta espada por cada una de las calles de Canterbury!

—¡Sí!

—¡Y comunicaremos a todo ciudadano que se encuentre dentro de las murallas de lo que hemos sido testigos esta noche!

—¡Sí!

—¡Traed velas y seguidme!

Con la espada en alto avanzó por el centro de la catedral.

Los demás le siguieron.

Impulsado por una gran fuerza interior atravesó el presbiterio y la crujía bajo la nave. Algunos de los monjes y sacerdotes caminaban junto a él. No necesitó mirar hacia atrás ya que podía escuchar las pisadas de centenares de personas que le seguían. Salió por la puerta principal.

Allí experimentó por un instante inquietud. A través del huerto envuelto en sombras podía ver a hombres de armas saqueando el palacio del arzobispo. Si sus seguidores se enfrentaran a ellos la cruzada podría convertirse en una refriega antes siquiera de haber empezado. De repente se

sintió temeroso, se apresuró a dar media vuelta y condujo a la multitud hasta la calle a través de la puerta inmediata.

Uno de los monjes inició un himno. Detrás de los postigos de las ventanas podían verse luces y fuegos encendidos, pero a medida que la procesión pasaba por delante de ellas las gentes abrían sus puertas para ver qué estaba ocurriendo. Algunas personas hacían preguntas a quienes desfilaban. Otros se unían a la procesión.

Al doblar una esquina Philip vio a William Hamleigh.

Se encontraba en pie delante de una cuadra y parecía como si se acabara de quitar la cota de malla, y se dispusiera a montar su caballo y abandonar la ciudad. Había un puñado de hombres con él. Todos parecían expectantes, pues sin duda habían oído los cantos y se preguntaban qué era lo que pasaba.

A medida que iba acercándose la procesión de velas, William pareció en un principio desconcertado. Luego descubrió la espada rota en la mano de Philip. En su mente se hizo la luz. Se quedó mirando despavorido. Por fin habló.

—¡Deteneos! —vociferó—. ¡Os ordeno que os disperséis!

Nadie le hizo caso. Los hombres que estaban con William parecían inquietos. Incluso con sus armas eran vulnerables frente a una muchedumbre de más de cien seguidores fervientes.

—¡En nombre del rey os ordeno que detengáis esto! —dijo William hablando directamente a Philip.

Philip pasó veloz junto a él, empujado hacia delante por la presión del gentío.

—¡Demasiado tarde, William! —le gritó por encima del hombro—. ¡Demasiado tarde!

3

Los chiquillos llegaron temprano para el ahorcamiento.

Ya estaban allí, en la plaza del mercado de Shiring, arrojando piedras a los gatos, burlándose de los mendigos y peleándose entre sí, al llegar Aliena, sola y a pie, cubriéndose con una capa barata y con la capucha echada para ocultar su identidad.

Se detuvo a distancia y se quedó mirando el patíbulo. En un principio no había pensado en acudir. Eran demasiados los ahorcamientos que tuvo que presenciar a lo largo de los años en los que sustituyó al conde. Al no tener ya esa responsabilidad, había pensado que se sentiría feliz de no volver a ver nunca más, en toda su vida, a otro hombre ahorcado. Pero éste era distinto.

Ya no había de seguir desempeñando las funciones del conde porque Richard, su hermano, había resultado muerto en Siria y lo irónico del caso era que no ocurrió durante una batalla sino a causa de un terremoto. La noticia le llegó al cabo de seis meses. Hacía quince años que no le había visto y ya no lo vería más. Arriba, en la colina, se abrieron las puertas del castillo y salió el prisionero con su escolta seguido del nuevo conde de Shiring, Tommy, el hijo de Aliena.

Como Richard nunca tuvo hijos, era heredero su sobrino. El rey, anonadado y debilitado por el escándalo Becket, había optado por la línea de menor resistencia, confirmando rápidamente a Tommy como conde. Aliena había renunciado gustosa en favor de la generación más joven. Había logrado con el Condado lo que se propuso. De nuevo era rico y próspero, una tierra de ovejas gordas, verdes campos y activos molinos. Algunos de los terratenientes más importantes e innovadores habían adoptado las novedades que ella introdujo, arando con caballos, alimentándolos con la avena obtenida con el sistema de rotación triple de cosechas. En consecuencia la tierra podía proporcionar alimentos a más gentes todavía que durante el sabio gobierno de su padre.

Tommy sería un buen conde. Había nacido para eso. Durante mucho tiempo Jack se negó a comprenderlo. Quería que su hijo fuera constructor; pero, al final, se vio obligado a admitir la realidad. Tommy nunca fue capaz de cortar una piedra en línea recta y por el contrario era un líder natural. A los veintiocho años se mostraba ya decidido, firme, inteligente y de mente abierta. Ahora solían llamarle Thomas.

Al hacerse él cargo del gobierno, las gentes esperaban que Aliena siguiera viviendo en el castillo, dando la lata a su nuera y jugando con sus nietos. Aliena se rió de ellas. Le gustaba la mujer de Tommy; era una muchacha bonita, una de las hijas pequeñas del conde de Bedford, y adoraba a sus tres nietos, pero a lo que no estaba dispuesta era a retirarse a los cincuenta y dos años. Jack y ella habían tomado una gran casa de piedra cerca del priorato de Kingsbridge y Aliena había vuelto al negocio de la lana, comprando y vendiendo, comerciando con toda su antigua energía y ganando dinero en abundancia.

El grupo de ahorcamiento llegó a la plaza sacando a Aliena de su ensoñación. Miró atentamente al prisionero mientras avanzaba tropezando al final de una cuerda, con las manos atadas a la espalda. Era William Hamleigh.

Alguien frente a él le escupió. La plaza estaba abarrotada de gente, ya que eran muchos los que se sentían satisfechos de ver desaparecer a William. Incluso a quienes no tenían motivos de rencor contra él les resultaba algo

fuera de lo común ver colgar a un antiguo sheriff. Pero William se había visto implicado en el más escandaloso asesinato que jamás tuvo lugar.

Aliena nunca había ni imaginado una reacción semejante a la que se produjo ante el asesinato del arzobispo Thomas. La noticia se había propagado como fuego por toda la Cristiandad, desde Dublín a Jerusalén, y desde Toledo hasta Oslo. El Papa había guardado luto. La mitad continental del imperio del rey Henry había sido puesta bajo interdicción, lo que significaba que todas las iglesias se mantendrían cerradas y no habría oficios sagrados, salvo el bautismo. En Inglaterra las gentes empezaban a peregrinar a Canterbury, igual que si se tratara del sepulcro de un santo como Santiago de Compostela.

Y hubo milagros. El agua teñida con la sangre del mártir y jirones del manto que llevaba cuando le asesinaron, curaban a gente enferma no sólo en Canterbury sino en toda Inglaterra.

Los hombres de William habían intentado robar el cuerpo conservado en la catedral. Pero los monjes ya lo habían previsto, y se apresuraron a ocultarlo. Ahora se encontraba a buen recaudo en el interior de una bóveda de piedra y los peregrinos habían de introducir la cabeza por un hueco en el muro para besar el sarcófago de mármol.

Fue el último crimen de William. Había regresado a hurtadillas a Shiring. Pero Tommy le había detenido acusándole de sacrilegio. Fue considerado culpable por el tribunal del obispo Philip. En circunstancias normales nadie se hubiera atrevido a condenar a un sheriff por tratarse de un funcionario de la corona. Pero en ese caso la situación era a la inversa. Nadie, ni siquiera el rey, se atrevería a defender a uno de los asesinos de Becket.

William iba a tener un mal final.

Tenía los ojos desorbitados, con la mirada fija, la boca abierta y babeante, gemía incoherencias y tenía una mancha en la delantera de su túnica por haberse orinado.

Aliena observó a su viejo enemigo avanzar casi a ciegas y a trompicones hacia la horca. Recordó al muchacho joven, arrogante y cruel que la violó hacía treinta y cinco años. Resultaba difícil creer que se hubiera convertido en semejante ser infrahumano, quejumbroso y aterrado. Ni siquiera se asemejaba al viejo caballero gordo, gotoso y defraudado que fue en los últimos tiempos. A medida que se acercaba al patíbulo empezó a forcejear y a chillar. Los hombres de armas tiraban de la cuerda como si se tratara de un cerdo que llevaran al matadero. Aliena no pudo encontrar piedad en su corazón, lo único que sentía era alivio. William jamás volvería a aterrorizarla.

Mientras le subían a la carreta de bueyes empezó a patalear y a berrear. Parecía un animal, con la cara congestionada, montaraz y sucio; Aunque por

otra parte se asemejaba a un niño, balbuceando y sin parar de llorar. Se necesitó la ayuda de cuatro hombres para sujetarle mientras un quinto le echaba el dogal al cuello. Hasta tal punto luchaba, que el nudo se apretó antes de que él cayera, siendo sus propios esfuerzos los que empezaron a estrangularlo. Los hombres de armas retrocedieron. William se contorsionaba, ahogándose mientras su gorda cara adquiría un color púrpura. Aliena miraba espantada. Ni siquiera en los momentos de mayor furia y odio le había deseado una muerte semejante.

No se escuchó ruido alguno cuando ya estaba ahogado. El gentío permanecía inmóvil. Incluso los chiquillos quedaron mudos ante aquel espantoso espectáculo.

Alguien golpeó al buey en el flanco y el animal caminó hacia delante. William cayó al fin; pero la caída no le rompió el cuello y permaneció colgado del extremo de la soga asfixiándose lentamente.

Sus ojos seguían abiertos. Aliena tuvo la sensación de que la estaba mirando. La mueca de su rostro, mientras colgaba retorciéndose en la agonía, le resultaba familiar. Era la misma que tenía cuando la estaba violando, justo antes de tener el último orgasmo. Aquel recuerdo fue como si la apuñalaran, pero se obligó a no apartar la mirada.

Se prolongó durante mucho tiempo; sin embargo, el gentío permanecía allí sin moverse durante todo el proceso. La cara de William se oscurecía más y más. Sus agónicas contorsiones se convirtieron en débiles sacudidas. Finalmente los ojos se le hundieron, los párpados se cerraron y se quedó quieto. De repente y de manera espeluznante, apareció, entre los dientes la lengua, negra e hinchada.

Estaba muerto.

Aliena se sintió exhausta. William había cambiado su vida, hubo un tiempo en que habría dicho que la había destrozado. Pero ahora estaba muerto, imposible ya de volver a hacer daño a ella ni a nadie más.

El gentío empezó a disolverse. Los chiquillos remedaban los unos a los otros las angustias de la muerte, poniendo los ojos en blanco y sacando la lengua. Un hombre de armas subió al patíbulo y descolgó a William.

Aliena encontró la mirada de su hijo. Parecía sorprendido de verla. Se acercó a ella de inmediato y se inclinó para darle un beso.

Mi hijo, se dijo Aliena. *Mi formidable hijo, el hijo de Jack.*

Recordó lo aterrada que se había sentido ante la posibilidad de tener un hijo de William. Bueno, al fin y al cabo algunas cosas salían bien.

—Pensé que no querrías venir aquí —dijo Tommy.

—Tenía que hacerlo —contestó ella—; tenía que verle muerto.

Tommy pareció sobresaltado. No lo comprendía, en verdad que no. Aliena se alegró. Esperaba que su hijo jamás tuviera que comprender esas cosas.

Tommy le echó el brazo por los hombros y juntos salieron de la plaza.

Aliena no volvió la vista atrás.

Un caluroso día de pleno verano Jack comía con Aliena y Sally a la fresca del crucero norte, en la parte superior de la galería sentados sobre la argamasa cubierta de garabatos de su suelo de dibujo. El cántico de los monjes en el presbiterio, durante el oficio de sexta, era como un murmullo sordo semejante al ímpetu de una cascada lejana.

Comían chuletas de cordero frías con pan tierno de trigo y bebían de un cántaro de cerveza dorada. Jack había pasado la mañana diseñando el trazado de un nuevo presbiterio que empezaría a construir el próximo año. Sally miraba el dibujo mientras hincaba sus bonitos dientes blancos en una chuleta. Jack sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que emitiera algún juicio crítico sobre ello. Miró a Aliena. Ella también había estado leyendo en la expresión de Sally y sabía lo que se avecinaba. Intercambiaron una mirada de entendimiento y sonrieron.

—¿Por qué quieres que el extremo este sea redondeado? —preguntó Sally a su padre.

—Lo basé en un dibujo de Saint-Denis —repuso Jack.

—Pero, ¿tiene alguna ventaja?

—Sí. Puedes mantener a los peregrinos en movimiento.

—Y para ello has colocado esa hilera de pequeñas ventanas.

Jack sabía que pronto saldrían a colación las ventanas siendo Sally una vidrierista.

—¿Pequeñas ventanas? —exclamó simulando indignación—. ¡Esas ventanas son inmensas! Cuando por primera vez puse en esta iglesia ventanas de este tamaño, la gente pensó que todo el edificio se vendría abajo por falta de apoyo estructural.

—Si la parte posterior del presbiterio fuera cuadrada, tendrías un muro completamente plano —insistió Sally—. Y entonces sí que podrías poner ventanas realmente grandes.

La idea de Sally parece excelente, se dijo Jack. Con el trazado del ábside redondeado, todo el presbiterio había de tener alrededor una misma elevación continua dividida en las tres tradicionales hiladas de arcada, galería y trifolio. Un extremo cuadrado ofrecería la oportunidad de cambiar el diseño.

—Es posible que haya otra forma de mantener en movimiento a los peregrinos —dijo pensativo.

—Y el sol naciente brillaría a través de las grandes ventanas.

Jack podía ya imaginarlo.

—Podría haber una hilera de altos arcos apuntados semejantes a lanzas en un bastidor.

—O una gran ventana redonda como una rosa.

Era una idea deslumbrante. Para quien estuviera en la nave mirando a lo largo de la iglesia hacia el este, la ventana redonda semejaría un inmenso sol explotando en infinitos fragmentos de maravillosos colores.

Jack podía verlo ya.

—Me pregunto qué tema querrían los monjes.

—La ley y los profetas —dijo Sally.

Jack se quedó mirándola con las cejas enarcadas.

—Eres una astuta zorrilla. Ya has discutido sobre la idea con el prior Jonathan ¿verdad?

Sally parecía sentirse culpable, pero la llegada de Peter Chiser, un joven tallista en piedra, le evitó la respuesta. Era un hombre tímido y desmañado. El rubio pelo le caía sobre los ojos, pero esculpía cosas hermosas, y Jack estaba contento de tenerlo.

—¿Qué puedo hacer por ti, Peter? —le preguntó.

—En realidad vengo buscando a Sally.

—Pues ya la has encontrado.

En ese momento, Sally se levantaba y sacudía las migas de pan de la delantera de su túnica.

—Nos veremos luego —dijo.

Peter y ella salieron por la puerta baja y descendieron la escalera de caracol.

Jack y Aliena se miraron.

—¿Se ha ruborizado? —preguntó Jack.

—Espero que sí —repuso Aliena—. Va siendo hora de que se enamore de alguien, caramba. ¡Tiene veintiséis años!

—Bien, bien. Había perdido toda esperanza. Creí que pensaba convertirse en una solterona.

Aliena meneó la cabeza.

—Eso no va con Sally. Es fogosa como la que más. Pero también es selectiva.

—¿De veras? —preguntó Jack— Las jóvenes del Condado no hacen cola para casarse con Peter Chiser.

—Las jóvenes del Condado se enamoran de hombres guapos y vigorosos como Tommy, que son magníficos jinetes y llevan la capa forrada de seda

roja. Sally es diferente. Necesita a alguien inteligente y sensitivo. Peter es ideal para ella.

Jack asintió. Nunca había pensado en ello, pero sabía de manera intuitiva que Aliena tenía razón.

—Es como su abuela —dijo—. Mi madre se enamoró de un hombre fuera de lo corriente. Alguien especial.

—Sally es como tu madre y Tommy como mi padre —dijo Aliena.

Jack le sonrió. Aliena estaba más hermosa que nunca. Tenía mechas grises en el pelo y la piel de su garganta no mostraba la lisura de mármol como en otros tiempos; había perdido las redondeces de la maternidad, los finos huesos de su rostro encantador se habían hecho más prominentes y había adquirido una belleza casi estructural. Jack alargó la mano y trazó una línea de su mandíbula.

—Como mis arbotantes —dijo.

Aliena sonrió.

Le hizo una fugaz caricia en el cuello y el pecho. Sus senos también habían cambiado. Los recordaba enhiestos, como ingrávidos, con los pezones duros. Luego al quedarse encinta se le habían hecho más grandes, así como los pezones. Ahora los tenía más bajos y blandos y se le movían de una forma atrayente cuando andaba. Jack los había amado a través de todos los cambios. Se preguntó cómo serían cuando Aliena fuera vieja. ¿Se encogerían y arrugarían? *Probablemente también los amaré entonces* se dijo; sintió que el pezón de Aliena se endurecía bajo su tacto. Se inclinó y la besó en los labios.

—Estamos en la iglesia, Jack —murmuró ella.

—¡Qué importa! —repuso él bajando la mano desde el vientre hasta la ingle.

Se oyeron pasos en las escaleras.

Jack se apartó con actitud culpable.

Aliena hizo una mueca sonriente ante su desconcierto.

—Castigo de Dios —le dijo sin el menor respeto.

—Ya te veré más tarde —musitó Jack con tono burlonamente amenazador.

Las pisadas alcanzaron el final de la escalera y apareció el prior Jonathan, saludó a ambos con solemnidad. Su gesto parecía grave.

—Hay algo que quiero que escuches, Jack —le dijo—. ¿Querrías venir al claustro conmigo?

—Claro. —Jack se puso en seguida en pie.

Jonathan se dirigió de nuevo a la escalera de caracol. Jack, deteniéndose en la puerta, apuntó con un dedo amenazador a Aliena.

—Más tarde —dijo.

—¿Prometido? —inquirió ella con una sonrisa.

Jack siguió a Jonathan por las escaleras y a través de la iglesia hasta la puerta del crucero sur que conducía al claustro. Tras recorrer el paseo norte, dejando atrás a los estudiantes con sus tablillas de cera, se detuvieron en un ángulo. Con un ademán de cabeza Jonathan indicó a Jack un monje que estaba sentado solo en un saliente de piedra a mitad de camino del paseo oeste. El monje llevaba echada la capucha de modo que le cubría la cara, pero al detenerse ellos, el hombre se volvió, levantó los ojos y apartó rápidamente la mirada.

Jack no pudo evitar dar un paso atrás.

El monje era Waleran Bigod.

—¿Qué diablos hace aquí? —preguntó furioso Jack.

—Preparándose para el encuentro con su hacedor —respondió Jonathan.

Jack frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Es un hombre acabado. No tiene posición, poder ni amigos. Ha comprendido que Dios no quiere que sea un obispo grande y poderoso. Ha comprendido lo equivocado de su comportamiento. Ha venido hasta aquí a pie y ha suplicado que se le admita como un humilde monje para pasar el resto de su vida pidiendo perdón a Dios por sus pecados.

—Me resulta difícil creerlo —declaró Jack.

—Al principio a mí también —reconoció Jonathan—. Pero he acabado comprendiendo que siempre ha sido un hombre genuinamente temeroso de Dios.

Jack se mostraba escéptico.

—Creo de veras que es devoto. Sólo ha cometido un error crucial. Ha creído que al servicio de Dios el fin justifica los medios. Ello le daba licencia para hacer cualquier cosa.

—¿Hasta conspirar en el asesinato de un obispo?

—¡Dios le castigará por eso, no yo!

Jack se encogió de hombros. Era el tipo de cosas que hubiera dicho Philip. Jack ya no encontraba motivo alguno para dejar que Waleran viviera en el priorato. Sin embargo así era como se comportaban los monjes.

—¿Para qué queréis que lo vea yo?

—Quiere decirte por qué ahorcaron a tu padre.

Jack se quedó de repente helado.

Waleran seguía sentado inmóvil como una piedra, con la mirada perdida en el espacio. Iba descalzo. Por debajo del borde de su túnica de fabricación

casera podían verse los tobillos blancos y frágiles de un viejo. Jack se dio cuenta de que Waleran ya no inspiraba temor. Estaba débil, vencido y triste.

Jack caminó despacio y se sentó en el banco a un paso de Waleran.

—El viejo rey Henry era fuerte en demasía —dijo Waleran sin más preámbulo—. Y eso no gustaba a algunos barones... Estaban demasiado frenados. Querían que el siguiente rey fuera más débil. Pero Henry tenía un hijo, William.

Todo aquello era una historia antigua.

—Eso fue antes de que yo naciera —objetó Jack.

—Tu padre murió antes de que tú nacieras —repuso Waleran con un levísimo atisbo de su vieja arrogancia.

Jack asintió.

—Adelante pues.

—Un grupo de barones decidió librarse de William, el hijo de Henry. Pensaban que si la sucesión se presentaba dudosa podrían tener una mayor influencia en la elección del nuevo rey.

Jack escrutaba la cara pálida y delgada de Waleran, buscando pruebas de engaño. Aquel viejo sólo parecía fatigado, derrotado y comido por los remordimientos. Si tramaba algo, Jack no descubriría indicio alguno.

—Pero William murió durante el naufragio del White Ship —le recordó Jack.

—Ese naufragio no fue un accidente —confesó Waleran.

Jack se sobresaltó. ¿Podía ser verdad semejante cosa? ¿Asesinado el heredero del trono sólo porque un grupo de barones querían una monarquía débil? Aunque en realidad no era más espantoso que el asesinato del arzobispo.

—Proseguid —dijo.

—Los hombres de los barones barrenaron todo el barco y huyeron en un bote. Todos los demás se ahogaron salvo uno, que se agarró a una verga y flotó hasta la orilla.

—Era mi padre —dijo Jack, que ya empezaba a ver claro.

Waleran tenía la cara pálida y los labios exangües. Hablaba con tono monocorde y evitando mirar a Jack a los ojos.

—Llegó a una playa cercana al castillo que pertenecía a uno de los conspiradores y lo cogieron. El hombre no tenía el menor interés de dar a conocer la verdad. De hecho nunca llegó a saber que el barco había sido hundido. Pero había visto cosas que hubieran llegado a alertar a otros que sí la descubrirían en el caso de que continuara libre y pudiera hablar sobre su experiencia. De manera que lo secuestraron, lo trajeron a Inglaterra y lo dejaron en manos de personas en las que podían confiar.

Jack sintió una profunda tristeza. Todo cuanto su padre quiso siempre hacer fue divertir a la gente, había dicho madre. Pero había algo extraño en esta historia de Waleran.

—¿Por qué no lo mataron de inmediato? —preguntó Jack.

—Debieron hacerlo —contestó Waleran impasible—. Pero era un hombre inocente, un trovador, alguien que proporcionaba placer a todo el mundo. No se decidieron a hacerlo —sonrió con tristeza—. En definitiva, hasta las personas más crueles tienen algún escrúpulo.

—¿Por qué cambiaron entonces de idea?

—Porque acabó haciéndose peligroso incluso aquí. En un principio no constituyó amenaza para nadie. Ni siquiera sabía hablar inglés. Pero, naturalmente, fue aprendiendo y empezó a hacer amigos. Así que lo encerraron en la celda prisión que hay debajo del dormitorio. Entonces la gente empezó a preguntarse por qué lo habían encerrado. Se convirtió en algo embarazoso. Comprendieron que nunca estarían tranquilos mientras él siguiera vivo. De manera que, finalmente, nos ordenaron que lo matásemos.

Así de fácil, se dijo Jack.

—¿Y por qué les obedecisteis vos?

—Los tres éramos ambiciosos —dijo Waleran, y por primera vez aparecían en su rostro atisbos de emoción, la boca contraída con una mueca de remordimiento—. Percy Hamleigh, el prior James y yo. Tu madre dijo la verdad. Nos recompensaron a todos. Yo me convertí en arcediano y mi carrera en la Iglesia tuvo un espléndido comienzo. Percy Hamleigh fue un terrateniente importante y el prior James obtuvo una incorporación sustancial de bienes a las propiedades del priorato.

—¿Y los barones?

—Después del naufragio y durante los tres años siguientes atacaron a Henry: Fulk de Anjou, William Clito en Normandía y el rey de Francia. Durante cierto tiempo pareció muy vulnerable. Pero derrotó a todos sus enemigos y gobernó otros diez años más. Sin embargo, al fin llegó la anarquía que los barones ansiaban cuando murió Henry sin heredero varón y subió al trono Stephen. Mientras ardía la guerra civil durante las dos décadas siguientes, los barones gobernaron como reyes en sus propios territorios sin una autoridad central que pudiera doblegarlos.

—Y por eso murió mi padre.

—Pero incluso eso salió mal. La mayoría de aquellos barones murieron en el campo de batalla y también algunos de sus hijos. Las pequeñas mentiras que dijimos por esta parte del país para que tu padre muriera, se volvieron luego contra nosotros. Después del ahorcamiento, tu madre nos maldijo y nos maldijo bien. Al prior James lo destruyó el conocimiento de lo que había

hecho, tal como explicó Remigius ante el tribunal sobre nepotismo. Percy Hamleigh murió antes de que la verdad saliera a la luz, pero a su hijo lo ahorcaron. Y ya me ves a mí. Mi perjurio rebotó en contra mía casi cincuenta años después y acabó con mi carrera. —Waleran tenía el rostro ceniciento y parecía exhausto, como si el rígido dominio de sí mismo le costara un terrible esfuerzo—. Todos teníamos miedo de tu madre porque no estábamos seguros de lo que sabía. A fin de cuentas no era mucho, aunque sí lo bastante.

Jack se sentía agotado como parecía estarlo Waleran. Al fin había logrado descubrir la verdad acerca de su padre, algo que anheló durante toda su vida. Ahora ya no sentía ira ni ansia de venganza. Jamás conoció a su verdadero padre; pero tuvo a Tom, que le había transmitido su amor por las edificaciones, la segunda gran pasión de su vida.

Jack se puso en pie. Todos estos acontecimientos se remontaban a un pasado demasiado lejano para hacerle llorar. Desde entonces habían pasado muchas cosas y la mayoría de ellas buenas.

Bajó su mirada hacia el lamentable anciano sentado en el banco.

Era irónico que fuera precisamente Waleran quien estuviera sufriendo la amargura de la pesadumbre. Jack sintió lástima de él. Se dijo que era terrible ser viejo y saber que has empleado mal tu vida. Waleran levantó la vista y sus ojos se encontraron por primera vez. El anciano se estremeció y volvió la cara como si le hubieran abofeteado. Por un instante, Jack pudo leer su pensamiento y comprendió que había visto en sus ojos una expresión de lástima. Y para Waleran la piedad de sus enemigos era la peor de las humillaciones.

4

Philip estaba de pie ante la puerta oeste de la vetusta ciudad cristiana de Canterbury vistiendo toda la fastuosa indumentaria de un obispo inglés. En la mano llevaba un báculo incrustado con piedras preciosas, equiparable al rescate de un rey. Llovía a cántaros.

Tenía sesenta y seis años y la lluvia helaba sus viejos huesos. Esa sería la última vez que se aventuraría tan lejos de casa. Pero no se hubiera perdido ese día por nada del mundo. En cierto modo la ceremonia que estaba a punto de celebrarse era la coronación del trabajo de toda su vida.

Tres años habían pasado desde el legendario asesinato del arzobispo Thomas. En tan corto tiempo, el culto místico a Thomas Becket se había extendido por todo el mundo. Philip no había tenido la más leve idea de lo que estaba iniciando cuando marchó a la cabeza de la pequeña procesión de las velas por las calles de Canterbury. El Papa había canonizado a Thomas con

un apresuramiento casi indecoroso. Incluso se llegó a crear en Tierra Santa una nueva Orden de caballeros monjes llamada los caballeros de santo Thomas de Acre. El rey Henry no fue capaz de acallar un movimiento popular tan poderoso. Tenía demasiada fuerza para que nadie, individualmente, pudiera acabar con él.

Para Philip la importancia de todo aquel fenómeno residía en haber puesto de manifiesto el poder del Estado. La muerte de Thomas demostró que, en un conflicto entre la Iglesia y la corona, siempre prevalecería el monarca mediante la utilización de la fuerza bruta. Pero el culto a santo Thomas ponía de relieve que esa victoria, siempre sería una victoria pírrica. Después de todo, el poder de un rey no era absoluto. La voluntad del pueblo estaba en condiciones de refrenarlo. Ese cambio había tenido lugar durante la vida de Philip y no sólo lo había presenciado sino que había contribuido a instaurarlo. La ceremonia de ese día era su conmemoración.

Un hombre achaparrado, de cabeza grande, caminaba hacia la ciudad entre la bruma de la lluvia. No llevaba botas ni sombrero. Lo seguía, a cierta distancia, un numeroso grupo de gentes a caballo. Era el rey Henry.

La muchedumbre permanecía callada y quieta como en un funeral, mientras el monarca, empapado por la lluvia, avanzaba por el barro hacia la puerta de la ciudad.

De acuerdo con un plan previamente establecido, Philip salió al camino, y empezó a andar delante del rey descalzo en dirección a la catedral. Henry lo seguía con la cabeza inclinada. La rigidez dominaba su habitual porte airoso. Con su actitud, componía la imagen viva de la penitencia. Los ciudadanos contemplaban atónitos y en silencio al rey de Inglaterra humillándose ante sus ojos. El séquito del soberano lo seguía un poco alejado.

Philip lo condujo despacio a través de la entrada de la catedral.

Las imponentes puertas de la espléndida iglesia estaban abiertas de par en par. Entraron. Una solemne procesión de dos personas, que representaba la culminación de la crisis política del siglo. La nave se hallaba atestada de gente, la cual les abrió paso. Musitaban frases entre sí, estupefactos ante el espectáculo del rey más orgulloso de la Cristiandad empapado por la lluvia y entrando en la iglesia como un mendigo.

Avanzaron lentos por la nave y descendieron los peldaños que conducían hasta la cripta. Allí junto al nuevo sarcófago del mártir se encontraban esperando los monjes de Canterbury junto con los obispos y abates más importantes del reino.

El rey se arrodilló en el suelo. Sus cortesanos entraron en la cripta detrás de él.

Y delante de todo el mundo, Henry de Inglaterra, el segundo de ese nombre, confesó sus pecados y dijo haber sido la causa no consciente del asesinato de santo Thomas.

Una vez que hubo confesado, se quitó la capa. Debajo llevaba una túnica verde y un cilicio. Se arrodilló de nuevo, se dobló y presentó la espalda.

El obispo de Londres cimbreó una vara.

El rey iba a ser flagelado.

Recibiría cinco golpes de cada sacerdote y tres de cada monje.

Claro que los golpes eran simbólicos. Considerando que se encontraban presentes ochenta monjes, una flagelación auténtica lo hubiera matado.

El obispo de Londres rozó la espalda del rey con cinco golpes ligeros de la vara. Luego, se volvió y entregó la vara a Philip, obispo de Kingsbridge.

Philip se adelantó para azotar al rey. Se sentía contento de haber vivido para ver aquello. A partir de hoy, se dijo, el mundo será un poco mejor.

Reconocimientos

Debo agradecer especialmente a

Jean Gimpel, Geoffrey Hindley, Warren Hollister and Margaret Wade Labarge por concederme el beneficio de sus conocimientos acerca de la Edad Media.

También agradezco a Ian y Marjory Chapman por su paciencia, ánimo e inspiración.

Acerca del Autor

KEN FOLLETT vive en Londres con su esposa, Bárbara, e hijos. Tenía solamente veintisiete años cuando escribió *Eye of the Needle* (El Ojo de la Aguja). Desde entonces ha escrito cinco libros de fama internacional. Publicado poco tiempo después de cumplir cuarenta años, *The Pillars of the Earth* (Los Pilares de la Tierra) es la culminación de la fascinación que sintiera por las asombrosas catedrales góticas y la turbulenta era que las produjo.

KEN FOLLETT nació en Cardiff (Gran Bretaña) en 1949 y estudió en el University College de Londres. Tras acabar sus estudios, inició su carrera profesional como periodista. En 1978 publicó su primera novela, *El ojo de la aguja,* que se convirtió rápidamente en un éxito editorial. Tras su primer logro, Ken Follett demostró que era mucho más que una promesa, obteniendo el favor del público y de la crítica especializada con cada una de sus novelas. Entre su prolífica obra cabe destacar: *El valle de los leones, Escándalo Modigliani, El hombre de San Petersburgo, Noche sobre las aguas, Una fortuna peligrosa, Un lugar llamado libertad, El tercer gemelo, En la boca del dragón, Alto riesgo, Doble juego* y *Los pilares de la tierra,* que se ha convertido en uno de los mayores *best sellers* de la historia y en su novela más famosa.